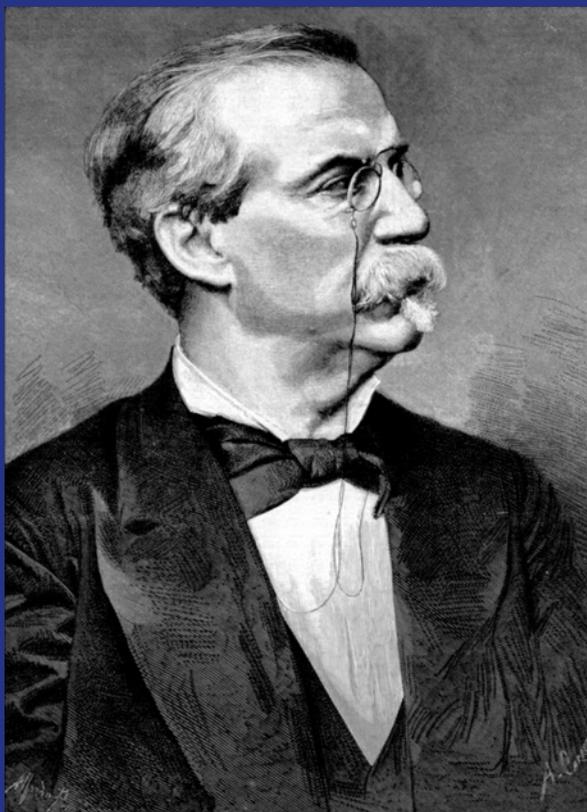


CÁNOVAS DEL CASTILLO
JUICIO QUE MERECIÓ
A SUS CONTEMPORÁNEOS
ESPAÑOLES Y EXTRANJEROS

Recopilación hecha por su hermano Emilio
de gran parte de lo escrito y publicado con motivo de su muerte

EMILIO CÁNOVAS DEL CASTILLO



125 años del magnicidio de Cánovas del Castillo
(1897-2022)

Agencia Estatal Boletín Oficial del Estado

CÁNOVAS DEL CASTILLO
JUICIO QUE MERECIÓ
A SUS CONTEMPORÁNEOS
ESPAÑOLES Y EXTRANJEROS

CÁNOVAS DEL CASTILLO JUICIO QUE MERECIÓ A SUS CONTEMPORÁNEOS ESPAÑÓLES Y EXTRANJEROS

Recopilación hecha por su hermano Emilio de gran parte
de lo escrito y publicado con motivo de su muerte

125 AÑOS DEL MAGNICIDIO DE CÁNOVAS DEL CASTILLO
(1897-2022)



AGENCIA ESTATAL BOLETÍN OFICIAL DEL ESTADO

MADRID, 2022

Primera edición: agosto de 2022.

En portada: Retrato de Antonio Cánovas del Castillo (sobre una fotografía de Laurent).

Contraportada: *Jura de la Constitución por S.M. la Reina Regente doña María Cristina* (Joaquín Sorolla, boceto de Jover). En el cuadro, Cánovas sostiene los Evangelios ante la reina.



Esta obra está sujeta a licencia Creative Commons de Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional, (CC BY-NC-ND 4.0).

© Agencia Estatal Boletín Oficial del Estado para esta edición.

© Digitalización por la Biblioteca Nacional de España.

<https://cpage.mpr.gob.es/>

NIPO AEBOE: 090-22-185-4 (en papel)

090-22-186-X (en línea, PDF)

ISBN: 978-84-340-2851-7

Depósito Legal: M-19193-2022

Imprenta Nacional de la Agencia Estatal Boletín Oficial del Estado
Avda. de Manoteras, 54. 28050 MADRID

ÍNDICE GENERAL DE LA OBRA

	<u>Páginas</u>
Introducción: La crónica de una sentencia de muerte	9
I. Acción, reacción, acción	9
II. Preparación del atentado	10
III. El atentado	11
IV. El consejo de guerra	15
V. ¿Actuó en solitario Angiolillo?	16
Bibliografía	19
Cánovas del Castillo. Juicio que mereció a sus contemporáneos españoles y extranjeros. Recopilación hecha por su hermano Emilio de gran parte de lo escrito y publicado con motivo de su muerte. Madrid, 1901	21
Introducción, por don Emilio Cánovas del Castillo	23
Los primeros años de don Antonio Cánovas del Castillo, por el mismo hermano	55
Necrología del propio don Antonio Cánovas del Castillo, por don Vicente Vignau y Ballester	67
Necrología de don Antonio Cánovas del Castillo, por don Fernando Cos-Gayón	75
Primera parte. La prensa nacional	95
Sección primera. Periódicos políticos y no políticos de Madrid	95

Sección segunda. La prensa de Madrid en los tres primeros aniversarios de la muerte de Cánovas	161
Sección tercera. Periódicos políticos, literarios y de noticias de las provincias	185
Sección cuarta. Periódicos de las islas de Cuba, Puerto Rico y Filipinas	347
Segunda parte. Prensa extranjera	375
Tercera parte. Recuerdos y juicios críticos acerca de Cánovas ..	465
Cuarta parte. Manifestaciones de pésame y honores fúnebres ..	579
Quinta parte. Homenajes permanentes	635
Índice	657

INTRODUCCIÓN: LA CRÓNICA DE UNA SENTENCIA DE MUERTE

No es propósito de esta introducción trazar una semblanza de la vida y la obra del gran estadista, artífice de la Restauración y de veinticinco años de estabilidad política en España. Se va a procurar, mediante grandes y generales trazos, exponer el clima de violencia anarquista que sacudió España en los cinco años precedentes a la muerte de Cánovas. En otros países europeos también se produjo el terrible fenómeno, pero en España coincidió con el inicio del declive del sistema canovista, la crisis de los partidos dinásticos y la guerra e insurrección cubana, lo que generó un clima de temor e inestabilidad en la sociedad española.

I. ACCIÓN, REACCIÓN, ACCIÓN

Para muchos historiadores, el terrorista anarquista no es un psicópata, sino un fanático imbuido por una idea regeneradora de la humanidad doliente, para cuya realización, si es preciso, deben morir miles de inocentes. Esa idea constituye una nueva religión, en la que el terrorista se inmola y es glorificado ascendiendo a un *santoral anarquista*.

La oleada de atentados terroristas anarquistas en España se inicia en 1893, cuando el 24 de septiembre, durante los actos de la celebración de la fiesta de la Merced, tiene lugar un atentado en la Gran Vía barcelonesa contra el general Martínez Campos, capitán general de Cataluña, que es levemente herido. Una persona resultó muerta y varios oficiales heridos. El autor fue el joven Paulino Pallás, fusilado dos semanas más tarde, que antes de morir pronunció la célebre frase: *la venganza será terrible*.

No mentía, ya que el siete de noviembre de ese mismo año 1893, se produjo el atentado en el patio de butacas del *Gran Teatro del Liceo*, durante el segundo acto de *Guillermo Tell* de Rossini. Santiago Salvador lanzó desde el quinto piso dos bombas, de las que sólo una explotó, matando a veintidós personas e hiriendo a otras treinta y cinco. La sensación de alarma en la sociedad barcelonesa fue

enorme, y la burguesía de la ciudad condal demandaba de Madrid acciones de castigo contundentes.

Esa contundencia en la represión justificaba para el anarquismo su siguiente acción, el 7 de junio de 1896, en la calle *Canvis Nous* durante la procesión del Corpus Christi, cuando una bomba lanzada contra la parte trasera de la procesión dejó sin vida a seis personas e hirió de mayor o menor consideración a cuarenta y dos. Todavía hoy no se sabe quién fue el autor de este atentado. Es posible que fuera un francés de nombre Girault, que escapó a Francia y de allí a Argentina.

El ejército, la alta burguesía y la Iglesia habían sido los objetivos, pero también había sido sacrificado el pueblo que participaba en sus actos.

El gobierno, presidido por Cánovas y sobrepasado por los acontecimientos, dispuso una serie de redadas en la ciudad condal que condujeron a la detención de unas 400 personas, entre los que figuraban anarquistas, pero también republicanos, dirigentes obreros y librepensadores. La enorme redada obligó a desviar el ingreso de parte de los detenidos al castillo de Montjuich.

Las denuncias por torturas y malos tratos empañaron la investigación y dieron lugar a una fuerte campaña de la prensa internacional contra el gobierno español, en la que aparecieron los viejos tópicos de la España negra e inquisitorial. El consejo de guerra celebrado para depurar responsabilidades dictó 28 condenas a muerte, de las que finalmente se conmutaron 23 y se consumaron solo cinco, así como 59 condenas a cadena perpetua que quedaron reducidas en 20 y 63 deportaciones a Río de Oro.

Los anarquistas no perdonaron a Cánovas, que fue sentenciado.

II. PREPARACIÓN DEL ATENTADO

El vengador sería un italiano llamado Michele Angiolillo, un sujeto natural de Foggia, en la Apulia, donde había nacido el 5 de junio de 1871 en el seno de una humilde familia en la que el cabeza de familia era sastre. Según su propio testimonio, ya había sido procesado en rebeldía en Lucera, no lejos de su ciudad natal, por haber publicado un manifiesto socialista. La pena impuesta fue de 18 meses de cárcel, que no cumplió porque se evadió a Marsella y de allí a Barcelona, donde llegó en diciembre de 1896. Hay cierta confusión en lo referente a sus andanzas durante aquella época, ya que otras fuentes lo sitúan en la ciudad condal en noviembre de 1895 para, a continuación, viajar por Francia, Bélgica y Londres, retornando a Madrid en marzo del año siguiente. Angiolillo se había introducido sin problemas en el ambiente anarquista de Barcelona a pesar de su carácter introvertido, nada comunicativo y desconfiado.

El sábado, 7 de agosto de 1897, Cánovas terminaba de despachar con doña María Cristina, reina regente, que veraneaba en San Sebastián. Tras atender sus asuntos de gobierno regresó al balneario de Santa Águeda, en Mondragón,

donde estaba alojado desde hacía pocos días junto a su esposa, doña Joaquina de Osma.

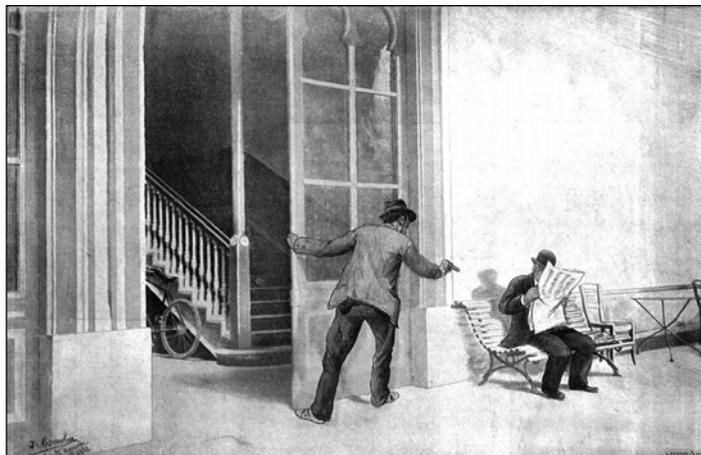
No sabemos cómo tuvo noticia el asesino de que Cánovas pasaría unos días en Santa Águeda, pero es más que probable que obtuviera la información de sus colegas, que en aquellos tiempos estaban infiltrados en todas partes. Llegó al balneario cinco días antes del crimen, así que sabía que dispondría de tiempo para estudiar los movimientos de la víctima a fin de elegir el momento para perpetrar el atentado. Se registró bajo el nombre de Emilio Rinaldi y decidió identificarse como corresponsal del diario italiano «Il Popolo», si bien se desconocía en su momento a qué «Il Popolo» se refería, si a «Il Popolo Italiano», un periódico genovés fundado aquel mismo año que apenas duró hasta 1899 o, con más probabilidad, al «Il Popolo Romano», un diario de más categoría que se estuvo publicando entre 1890 y 1922. En todo caso, cabe suponer que registrarse como corresponsal de un periódico le ayudaría a no levantar sospechas ya que, al ser los balnearios lugar de encuentro de personalidades relevantes, no llamaría la atención la presencia de periodistas.

Sin embargo, Angiolillo representó con mediocridad su papel de corresponsal. Desde su llegada, llamó la atención de todos los huéspedes por su distanciamiento, su desinterés por trabar conocimiento con nadie y mucho menos por unirse a las tertulias que se organizaban en los confortables salones del establecimiento. Por otro lado, aunque su aspecto y su indumentaria eran correctos, no casaban con la apariencia de un corresponsal cosmopolita, habituado a moverse en ambientes selectos, así que su paso por el balneario rápidamente fue la comidilla de todo el mundo. De forma inexplicable, Puebla, inspector jefe de la escolta presidencial, que junto a ocho policías tenía encomendada la vigilancia de la persona de Cánovas, no hizo seguimiento alguno a pesar de que, a la vista de la situación de extrema tensión política, antes de partir hacia Mondragón el gobernador civil de Madrid le había insistido para que no bajase la guardia en ningún momento. Así pues, y a pesar de los recelos que levantó la presencia de este personaje en el balneario, Puebla no se molestó siquiera en indagar acerca de Angiolillo, al que nadie había visto nunca por allí y que era extranjero.

III. EL ATENTADO

A las 11 de la mañana del domingo, 8 de agosto de 1897, Cánovas fue con su esposa a oír misa, al parecer seguido por su asesino. Al término de la misa el matrimonio volvió al balneario para cambiarse de ropa y subió a su habitación situada en el primer piso. Hacia las 12:30 bajaron para dirigirse al comedor situado en la planta baja. Para llegar al mismo, había que cruzar una galería porticada ante la que se extendía un amplio jardín. En la escalera se encontraron con una conocida y doña Joaquina permaneció con ella en el descansillo, mientras que

Cánovas bajó a la galería. Allí se sentó en un banco situado junto a la puerta y se puso a leer «La Época». Angiolillo, que no había dejado de vigilar, vio que era la ocasión propicia.



Recreación del asesinato por Juan Comba

Sin dudarlo ni un momento sacó un revólver Bulldog y, según testimonio de los que presenciaron el asesinato, se agarró con la mano izquierda a la hoja de la puerta acristalada (ver ilustración de Comba) como para asegurar la puntería a pesar de que el disparo fue efectuado a bocajarro. Cánovas, sumido en la lectura, no se dio cuenta de lo que sucedía, por lo que no hizo ningún movimiento defensivo. Todo fue tan rápido que ni siquiera los que presenciaban la escena tuvieron tiempo de dar una voz de alarma. El anarquista disparó contra la cabeza de su víctima, penetrando la bala por la sien derecha y saliendo por la izquierda, casi encima del ojo. Curiosamente, en vez de desplomarse, Cánovas se levantó dando un respingo para, a continuación, caer al suelo. En aquel momento sólo había cuatro personas más en la galería: el conde de Soto-Ameno, un abogado llamado Ignacio Suárez, un ingeniero apellidado Aspiazu y Torres, el redactor del diario madrileño «La Correspondencia de España», que fue el primero en telegrafiar a Madrid a dar cuenta del suceso. Al sonar el primer disparo, Torres y Aspiazu se abalanzaron contra el asesino, pero Angiolillo no pensó en huir, sino en rematar al caído a pesar de que el primer disparo era mortal de necesidad. Tras empujar a un lado a Aspiazu efectuó un segundo disparo, que le alcanzó en el pecho y le salió por la espalda (otras fuentes dicen que le acertó en el cuello), y añadió un tercero más para asegurarse, esta vez en la espalda, ya que el cuerpo de Cánovas había girado quedándose boca abajo.

Al oír los disparos, doña Joaquina de Osma y Zavala bajó las escaleras para encontrarse con la terrible escena: su marido tirado en el suelo en mitad de un charco de sangre y, al lado, su asesino. Doña Joaquina se abalanzó contra Angiolillo:

—*Asesino! ¡Asesino!* —le gritó mientras algunos huéspedes que acudieron alarmados por los disparos intentaban sujetarla.

—*A usted la respeto porque es una señora honrada* —le replicó Angiolillo—, *pero yo he cumplido con mi deber y estoy tranquilo. He vengado a mis hermanos de Montjuich.*

Los policías también acudieron al lugar del crimen y redujeron a Angiolillo, que no opuso la más mínima resistencia. Se lo llevaron a una habitación de la oficina de telégrafos del balneario, mientras que a Cánovas, que aún respiraba a pesar de los tres balazos, lo trasladaron al cercano despacho del administrador donde fue atendido por el médico del establecimiento. Poco pudo hacer, salvo constatar que la suerte de la víctima estaba echada, por lo que recomendó que se llamara rápidamente a fray Fernando Argüelles, el dominico que había celebrado misa aquella misma mañana, para que le impartiera la extrema unción. Cánovas fue trasladado a su habitación, donde expiró a las 13:35 sin haber recuperado el conocimiento.

A las 8 de la mañana del día 9, Angiolillo fue trasladado a la cárcel de Vergara en un coche celular escoltado por un teniente de la Guardia Civil y cuatro números, dos en el coche y dos a caballo. Tras el registro efectuado en su habitación, la n.º 110, se encontraron dos cepillos, un peine, un par de botas y varios pañuelos. En cuanto al asesino, solo llevaba encima un billete de 25 pesetas y una moneda de 5. Vergara estaba distante apenas 15 kilómetros al norte de Mondragón. Según comentaron algunos que pudieron hablar con él tras su detención, tenía asumido que no saldría con vida. Doña Joaquina no consintió en separarse del cadáver de su marido, ni siquiera cuando le practicaron la autopsia hacia las doce del día siguiente al atentado, presenciando incluso cómo los médicos le extraían la masa encefálica destrozada como consecuencia del primer disparo. El 11 de agosto, el gobierno acordó proponer a la reina regente que se le concediese el título de duquesa de Cánovas del Castillo con grandeza de España de 1.ª clase, y que se votase en las cortes asignarle una pensión de 30.000 pesetas anuales.

Respecto al arma homicida, parece ser que Angiolillo la adquirió durante su breve estancia en Londres. Se trataba de un revólver *British Bulldog* de calibre 44 Webley fabricado por la firma Webley & Son, de Birmingham. Tras el proceso, el arma fue entregada al Capitán General del Norte, don Basilio Agustín Dávila, cuyos descendientes lo donaron a la Diputación Foral de Álava en 1966.



Cadáver de Cánovas, por Juan Comba

En cuanto al cadáver del extinto presidente, se le concedieron honores de general. El traslado hasta Madrid se llevaría a cabo en un vagón con escolta militar permanente hasta su llegada a la residencia familiar en el palacio de La Huerta, donde se instalaría la capilla ardiente. El día 13 de agosto, a las 3 de la tarde, se levantó el féretro del túmulo erigido en la capilla ardiente y fue colocado en una carroza de ébano tirada por ocho caballos negros con penachos del mismo color. El cortejo fúnebre fue regio, con todo Madrid contemplando la lúgubre procesión con una mezcla de preocupación y respeto. La inhumación se llevó a cabo de forma provisional en la Sacramental de San Isidro, hasta el definitivo traslado al sepulcro labrado por Agustín Querol en el Panteón de Hombres Ilustres.



Mausoleo de Cánovas (detalle), Panteón de Hombres Ilustres, Madrid, por Agustín Querol

IV. EL CONSEJO DE GUERRA

Ni el gobierno ni la Justicia quisieron demorar mucho el proceso a Angiolillo. Hubo testigos del crimen y él mismo no negó en ningún momento que fuese el asesino. Tal vez, lo más sensato hubiera sido obtener del asesino información que habría sido vital para, no sólo saber quién más podría haber estado tras un supuesto complot, sino también para recabar datos acerca de los anarquistas de Madrid y Barcelona, así como de su organización. En esta ocasión primó ante todo las ansias de vengar la muerte de Cánovas, así que se incoó el proceso con gran rapidez. Para ello se procedió a la inhibición de la jurisdicción civil conforme a la analogía del crimen de Angiolillo con el atentado del Corpus Christi, formándose un consejo de guerra cuya composición era la siguiente:

Presidente: teniente coronel Eduardo Eleceigui.

Vocales: capitanes José Carreras, Antonio Fernández Landa, Juan Cerezo Melgarejo, Francisco Rodríguez González, Alejandro Landa Videgaín y Atanasio Díez Martín.

Fiscal: teniente auditor Carlos Escosura.

Defensor: teniente primero Tomás Gorria, nombrado de oficio.

El día 15 de agosto comenzó el consejo de guerra. El fiscal calificó el atentado como asesinato con premeditación y alevosía contra una autoridad constituida y sin apreciar ningún tipo de atenuante o eximente, por lo que pidió la pena de muerte. El defensor alegó que su defendido era incapaz de calibrar el alcance de sus actos. Finalmente, se permitió al acusado ejercer su derecho a decir la última palabra. Angiolillo se levantó, dio las gracias al defensor y, con voz pausada, empezó a hacer apología del anarquismo, empezando incluso a hablar de los rebeldes cubanos y filipinos. El presidente acabó retirándole el uso de la palabra.

El presidente del consejo de guerra dejó el caso visto para sentencia y ordenó despejar la sala. Los dos guardias que lo escoltaban le pusieron los grilletes y se lo llevaron en custodia hasta que el consejo de guerra deliberase. No tardaron mucho. A las 14:15 de ese día 15 de agosto se dictó sentencia conforme a la petición del fiscal, disponiéndose que se aplicara al reo el Código Penal Ordinario. Esto significaba que, aunque había sido juzgado por un consejo de guerra, la pena no se consumaría por fusilamiento, sino mediante garrote vil.

El día 18, la sala de justicia del Supremo de Guerra y Marina se constituyó a las 8 de la mañana presidida por el general Gámir para dar el visto bueno a la sentencia. Sólo mediante un indulto por parte de la reina regente se podría impedir la ejecución, lo que no sucedió.



Consejo de Guerra a Angiolillo en la prensa francesa

V. ¿ACTUÓ EN SOLITARIO ANGIOLILLO?

Durante su declaración, el italiano afirmó que había actuado en solitario y sin ayuda de otros grupos. No obstante, muchos historiadores sostienen que Angiolillo había necesitado de la asistencia financiera de varias personas. Sin ir más lejos, había estado en Madrid pocos meses antes del atentado, en contacto con el periodista republicano y anticlerical José Nakens a quien se presentó como periodista con el falso nombre de Emilio Rinaldini. Nakens le dio algún dinero pero, según su declaración, desconocía que tramaba emplearlo para realizar el magnicidio.

Anteriormente, parece ser que Angiolillo se había reunido en París con una delegación de los insurrectos cubanos que luchaban contra España para lograr la independencia y con el también independentista puertorriqueño Ramón Emeterio Betances. Según el periodista español Luis Bonafoux —amigo de Betances—, la primera intención del anarquista era atentar directamente contra la reina regente. Para algunos historiadores, fueron los insurrectos cubanos quienes le persuadieron y financiaron para cambiar su objetivo a Cánovas, una dura espina para las aspiraciones independentistas de la isla.

Después del atentado, el balneario de Santa Agueda fue clausurado y reconvertido en hospital psiquiátrico.



Funerales en San Francisco el Grande, Madrid

BIBLIOGRAFÍA

Diccionario biográfico de la Real Academia de la Historia. Entrada sobre Cánovas del Castillo por Carlos Seco Serrano.

CARLOS DARDÉ, *La Restauración, 1875-1902. Alfonso XII y la regencia de María Cristina*, Madrid, Historia 16-Temas de Hoy, 1996.

Diario ABC de 18 de marzo de 2018.

ÁNGEL HERRERÍN y JUAN AVILÉS, *La lógica del terrorismo: El caso de los atentados anarquistas en España, 1892-1897*, UNED, 2004.

ESPERANZA YLLÁN CALDERÓN, *Cánovas visto por Clarín y Galdós*, Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea, n.º 1, 1980.

CÁNOVAS DEL CASTILLO

Juicio que mereció á sus contemporáneos Españoles y Extranjeros

RECOPIACION HECHA POR SU HERMANO

Emilio

DE GRAN PARTE DE LO ESCRITO Y PUBLICADO

CON MOTIVO DE SU MUERTE

MADRID

M. ROMERO, IMPRESOR.—LIBERTAD, 31.

TELÉFONO 878

1901

INTRODUCCIÓN

La obra que doy á luz, es una mera recopilación, como su título expresa, de gran parte de lo escrito y publicado en España y en el extranjero, con motivo de la muerte de mi hermano, en el balneario de Santa Agueda, el 8 de Agosto de 1897. Y digo de gran parte, porque ni he podido coleccionarlo todo, aun habiéndolo procurado con empeño, ni reunido, hubiera podido reproducirlo íntegramente, á no imprimir, en vez de uno, varios volúmenes. (1) Ni siquiera lo coleccionado cabía transcribirlo, en totalidad, sin el inconveniente expuesto de alargar mucho la obra, ó, el que sería

(1) Debo hacer presente que si quedase sin citar, como es más que probable, en esta obra, algún periódico de Madrid ó de provincia, de los que veían la luz en Agosto de 1897, no es sin duda por culpa mía, sino por ignorar su publicación ó no haber podido obtener ejemplares, ó noticias, para buscarlos, á lo menos, en la *Biblioteca Nacional*. Otro tanto digo de los artículos que hayan podido publicarse de escritores españoles en periódicos ó revistas para mí desconocidas. Mi deseo era dar noticia absolutamente de todo lo escrito con motivo de la muerte de mi hermano.

Para la reunión de datos, aun dentro de España, he tenido que vencer grandes dificultades y que molestar á algunos amigos que me los han facilitado, respecto de determinadas provincias, complaciéndome en citar, entre ellos, á los Sres. Concha Castañeda, Salvador (don Amós), Barnuevo, Lastres, Planas y Casals, Esteban Collantes, Frau, Marqués de Casa Torres, Soler, Sáez Diente, Martínez (D. Wenceslao), Ruilópez, Cubillo y los hermanos Díaz de Escovar.

Tocante al extranjero, me ha faltado lo principal con que contaba y me fué ofrecido, y á excepción de Francia, en donde pude adquirir casi todo lo publicado en París; de las Repúblicas Argentina y Chilena, de las que recibí preciosos datos, y de los que me proporcionó, de los Estados Unidos, el Sr. Dupuy de Lôme, son muy pocas las que he logrado reunir, acaso por el largo tiempo transcurrido desde que me ocurrió la idea de este libro, hasta que me dediqué á buscarlos.

peor, de hacer enojosa, por su gran extensión, la lectura. Me he limitado, pues, á lo más importante ó esencial en relación con el plan que me tracé desde un principio, descartando todo lo que podía considerarse de menor ó secundario interés.

Aunque no pierdo la esperanza, como he perdido otras, de que con el tiempo pluma más autorizada y que no pueda ser sospechosa de parcial, como la mía, emprenda un trabajo, en relación con mi referido hermano, de índole distinta al presente, no quiero que se den al olvido las grandes manifestaciones de duelo y de pesar y los juicios altamente favorables de que fué objeto—de lo que apenas hay precedente semejante,—con tanta más razón cuanto que *mucho de lo escrito entonces, y aun después, no es conocido de los míos en nuestro país, por haber visto la luz en la antigua América española ó en el extranjero.*

Y digo que no pierdo la esperanza—dejando á un lado ingratitudes que eran de temer y desengaños que no se han hecho esperar, (1)—porque el período en que más se destaca la figura política de mi hermano, ó sea desde 1875 á 1897,

(1) Aludo, entre otras cosas, al olvido en que han caído casi todos los proyectos de que se habló en un principio para perpetuar su memoria, fuera del patrocinado, con tanto honor suyo, por el Sr. Romero Robledo, y se ostenta ya desde 1.º de Enero de este año en la plaza del Senado, sitio éste que no era, por cierto, el más adecuado.

en que, contrayéndome á lo más saliente de su vida pública, se verificó el restablecimiento de la Monarquía, de que fué el alma, por decirlo así; la aproximación á ella, ó á una legalidad común, por efecto de su hábil dirección—ya en este punto por todos favorablemente juzgada,—de valiosos elementos políticos que simpatizaron con la revolución de Septiembre de 1868 y se hallaban retraídos ó un tanto distanciados de la misma; la promulgación del nuevo Código político de 1876, término medio entre la Constitución de 1845 y la de 1869, en que tanta parte tuvo; y últimamente el trascendental problema de Cuba, que halló de nuevo planteado, con motivo de la última insurrección, la vez postrera que fué llamado al Gobierno, y á que se unió después, como si aquello fuese poco, la rebelión de Filipinas, hechos ambos que constituyeron la más grave preocupación de su vida, forman un conjunto de acontecimientos de tal magnitud é interés, que por fuerza han de merecer maduro examen y detenido estudio por los que se consagren al de ese no corto período de nuestra Historia contemporánea.

No excluye esto, sin embargo, y algunos lo han echado de menos ya, un juicio crítico de su persona, no sólo como hombre político y orador parlamentario, sino como pensador, literato y publicista; mas como ese juicio, en realidad, resulta hecho ó formado, y por cierto de un modo tan espontáneo como magistral, de cuanto acerca de él se escribió, y fué mucho, con ocasión de su alevosa muerte (1), el presente libro

(1) Esto sin contar lo escrito en vida del mismo, y de que son testimonio los artículos, entre otros, de los Sres. Núñez de Arce y Baró, publicados por los periódicos argentinos y chilenos—como puede verse en su lu-

puede suplir la falta, con la ventaja de ser muchos, y ninguno en particular. su autor. Véanse, en apoyo de esta afirmación, entre otros trabajos y escritos que en él se reproducen ó extractan,

gar (páginas 379 y 396),—y el que, para que sean conocidas todas las opiniones políticas, se copia, á continuación, del Sr. Conde y Luque (*), inserto en *El Nacional* de 18 de Agosto de 1895 con el título de *Figuras de la guerra: María Cristina, Cánovas, Martínez Campos*. Haciéndose en él la debida justicia á S. M. la Reina Regente y al ilustre General, muerto ya, como Cánovas, á quien se encomendó la dirección de la última campaña de Cuba, dice lo siguiente:

«Mas todo eso (aludiendo á la citada Augusta Señora), con ser mucho, no hubiese bastado para la obra salvadora. La gran Reina necesitaba de un grande hombre, y lo encontró en el Sr. Cánovas del Castillo. Háblale ya éste prevenido dando formas y carácter y derroteros á la Restauración, cuando la muerte del Rey empujó de nuevo un grande espíritu en la segunda labor creadora, no menos árdua que la primera. Acreditóle esto de estadista consumado, y desde entonces, cuando el sino ó la torpeza de los hombres coloca en circunstancias críticas al país, vuelve éste la vista á su hombre de Gobierno, esperando de él remedio á sus necesidades.»

Hablaba después de la retirada en 1895 del partido liberal y del llamamiento de Cánovas, por la Reina, en cuyo corazón resonaban siempre los latidos de la opinión pública, y añadía:

«Mas el país no se ha entregado tanto al primer Ministro como al hombre; fia menos su salvación al poder gubernamental que á las cualidades de la persona. ¿Quién es, pues, el Presidente del Consejo de Ministros? Tiempo es ya de declararlo sin que se achaque á ruin adulación lo que se diga de quien, vivo aún, está clasificado entre los inmortales. Convertido en objeto de un frío análisis psicológico, resulta como nota característica un equilibrio singular en sus facultades, ó mejor, la subordinación normal de todas ellas á su inteligencia, la cual llega en él casi á la plenitud; por lo cual no es la forma de su entender la intuición ó la excitación del sentimiento, sino el juicio rápido, instantáneo, pero siempre comparativo, recorriendo, sin omitir una sola, todas las etapas del discurso; es, pues, su inteligencia una razón soberana, á la cual todo se somete, su imaginación, su entusiasmo, sus afectos, sus pasiones, hasta su voluntad. De aquí lo concluyente de su opinión y lo rotundo de sus afirmaciones: jamás duda ni se aconseja, y advertido por la constante seguridad de sus juicios, se lanza á lo porvenir, siendo, en consecuencia, de los pocos hombres que ven más allá del momento presente: él sabe preparar los acontecimientos, y prevenir, en lo posible, los conflictos. No solo entiende mucho (cosa frecuente en el mundo), sino que entiende bien: es decir, ve las cosas tales cuales son, cada una en su sitio, sin quitar ni poner un ápice á la verdad objetiva, que se presenta sin reserva á su

(*) De quien también se transcribe otro, posterior á la muerte de Cánovas, en la página 127.

además de los muy importantes de la prensa nacional y extranjera, el magnífico discurso del Sr. Pidal en la velada del Ateneo, y los no menos notables de los Sres. Azcárate y Moret; el que asimismo leyó el propio Sr. Pidal al tomar posesión de la presidencia del Círculo Conservador-Liberal; el artículo del gran Castelar, publicado en *La España Moderna*, que dirige el Sr. Lázaro y Galdiano; el del eminente poeta Núñez de Arce, copiado de *El Liberal*, donde

hermosa inteligencia. Su entendimiento tiene como la obsesión de la verdad, y, familiarizado con ella, jamás la disimula, por lo cual su política es siempre noble, sincera, transparente.

Encerrado en su gabinete de estudio, habría llegado acaso a la profundidad de Kant, á la grandeza de Hegel y hasta las filigranas metafísicas de Duns Escoto; pero la meditación sola no le satisface; á causa de abarcar su mente toda la realidad, la vida pública le atrae, la historia le solicita, y gusta más de luchar con las pasiones y prejuicios de los pueblos, que con los errores de los filósofos, con quienes combate sólo á trechos y de pasada.

Por tanto, su vida es la acción, y su instrumento poderoso la palabra. Pero de ésta no se puede hablar por incidencia ni de soslayo. Apuntaremos, sin embargo, que lo extraordinario de su elocuencia se explica lógicamente por lo extraordinario de su talento; toda aquella consiste en que, cuando Cánovas habla, no hace sino sacar y poner á la vista de las gentes lo que sólo él ve, ó ve mejor que nadie, en el fondo de las cuestiones; por eso no se cura de persuadir, lo cual al cabo arguye cierta debilidad en el orador, sino que se va derecho á la razón de su adversario, y arrojando sobre ella el foco potente de la suya, la convence. Cuando escuchándole, á voces, en el Parlamento contemplamos absortos aquella labor magnífica de la humana inteligencia, pensamos de él lo que se decía de Bourdeloue, que es la razón elocuente; sólo que los sermones del insigne jesuita oían á aceite tanto y más que las arengas de Demóstenes, y Cánovas improvisa!

Otra cosa no podemos omitir. Su oratoria externa se acomoda exactamente á la índole de sus conceptos. Sobrio en el ademán, noble en el continente, de voz flexible y sonora, no pierde jamás la compostura, como tampoco desciende á lo chocarrero, ni siquiera á lo familiar. Su tendencia á elevarse es incontrastable. Cuando le obligan las menudencias de la esgrima parlamentaria, sirve de variedad de armas de combate, entre ellas de una ironía prodigiosa que quizá nadie ha igualado hasta ahora. Pero si el curso del debate le lleva al campo de la sociología ó de la Historia, entonces puede decirse que se transforma. Sóbriamente entra en reposo su cuerpo, antes conmovido por la labor nerviosa de la improvisación, su pecho se hincha, echa hacia atrás su cabeza, tipo hermoso de la raza fría, su

vió la luz; los de D. Juan Valera y don Francisco Silvela; las necrologías escritas por los Sres. Cos-Gayón y Vignau y Ballester, y otros trabajos no menos interesantes de plumas tan celebradas como las de las señoras Pardo Bazán y Rattazi, y de los Sres. Cortázar, Menéndez Pelayo, Fernández y González, Conde y Luque, Ortiz de Pinedo, Maldonado Macanaz, Mafé y Flaquer, Baró, Sánchez Guerra, Troyano, Pérez de Guzmán, Fernández Bremón, Marqués de Lema, Conde de Esteban Collantes,

voz vibrante adquiere tonos sentenciosos y solemnes, desarróllanse majestuosamente las ondas, antes constreñidas, de su discurso, y con su mano, que lentamente se mueve en el espacio, parece que copia de sus labios, en estilo inimitable, las leyes biológicas de las sociedades ó las más profundas sentencias de la filosofía política. En casos tales, el auditorio, dominado por su palabra, tribútale el más valioso de los aplausos, el silencio del recogimiento y lo mudo de la admiración.

La armonía de esta naturaleza extraordinaria, manteniéndose en el orden moral no menos que en el de la inteligencia. Si el patriotismo, su ley suprema, le exigiera el sacrificio, lo arrostraría sin temblar, como estricto cumplimiento de un deber vulgarísimo. Enamorado de la belleza tanto como de la verdad, las deformidades intelectuales y morales de los hombres ofenden vivamente su sentimiento estético y su juicio, y arrancan de sus labios protestas á lo Tácito y á lo Juvenal; pero no pasa de aquí. Al llegar á la acción, aparece en él, para regir sus relaciones sociales, un altísimo sentimiento de justicia, una tolerancia y compasión profundas: nadie como él tiene en cuenta las debilidades y errores humanos, ni aprecia con más imparcialidad si la rectitud de la conciencia ajena ha salido vencida ó vencedora en la ruda batalla de la vida.

En la guerra de la política, se contenta con inutilizar al adversario. Si este cae herido, no le remata, sino que deja que se rehabilite; y si, muerto moralmente, ve que es posible su resurrección, no se opone á que resucite. Sobre todo, jamás olvida un beneficio, y en cambio, su memoria prodigiosa no recuerda ni las mayores ofensas: á la larga ó á la corta, bórralas con el olvido; pero olvida á veces tanto, de una manera tan insensata, al decir de las gentes, que se le imputa á defecto esa cualidad sublime del corazón humano. Y sin embargo, ese defecto vale más que su misma inteligencia.

Tal es el hombre: he ahí el toco boceto de Cánovas del Castillo. Y como, á despecho de las teorías y de lo artificioso de las formas políticas, el gobierno de los pueblos pertenece siempre á los más inteligentes, queda con esto explicado por qué el presidente del Consejo viene siendo desde la Restauración el eje de la política española, y cómo, lo mismo en el retiro de su hogar que en la cumbre del poder, él es siempre el primer ministro.

Palacio, R. España, Canals, Morote, Navarro Ledesma, Comas y Domenech. Gómez Baquero, Siles y Ovejero, sin contar algunos no menos interesantes publicados en la prensa de provincias, y á que hay que añadir los de escritores franceses tan reputados como Cornely, Bourquet, Rautier, Benoist (1), Sayssy, Thiebaud, Creux, Amoretti, Delnus Montaud, Mourant, Villadeuil, de la Tour, Teste, Ch. L. Livert, I. Valfrey, Robert, Daumont, Viator y Dupuy; del publicista americano Ruben Dario; de los argentinos y chilenos, que se mencionan en la *Tercera parte*, al hablar del juicio que mereció Cánovas á los mismos, entre los que figura D. Cipriano de Castro, y por último, de los Sres. Sierra, mejicano, y Bulnes, de Montevideo (Uruguay).

Mas no sólo avaloran este libro, y puedo decirlo sin inmodestia ni jactancia—porque apenas nada de lo contenido en él me pertenece,—los trabajos y escritos

(1) Cuando tuve noticia por un periódico francés del libro publicado por M. Carlos Benoist (París 1898, Librairie académique Perrin et C.), con el título de *L'Espagne, Cuba et les Etats Unis*, dedicado por su autor « á la grande y querida memoria de D. Antonio Cánovas del Castillo », encargué inmediatamente la adquisición de un ejemplar; pero no llegó á tiempo de hablar de él en el lugar correspondiente de esta obra, ó sea al tratar de los libros, revistas diplomáticas, históricas, científicas y literarias que ven la luz en la capital de la vecina república y que, á partir de Agosto de 1897, se ocuparon de mi hermano.

Conocido el juicio de M. Benoist acerca de éste (puede verse en la página 349 y siguientes), me creo dispensado de dar noticia de su contenido, limitándome á exponer las materias de que trata ó asuntos de que se ocupa, que son, después del *Avertissement*, los siguientes:

- 1.° Las insurrecciones de Cuba.
- 2.° La política de la Unión (refiriéndose á los Estados Unidos).
- 3.° La rebelión de Filipinas.
- 4.° D. Antonio Cánovas del Castillo.
- 5.° La obra del Sr. Cánovas. Veinte años de Monarquía moderna (á la moderna) en España.

M. Benoist no sólo es uno de los escritores extranjeros que más han celebrado á Cánovas, sino de los que han excedido también, en ese particular, á muchos españoles. Se han hecho ya dos ediciones de la obra.

de carácter científico y literario á que me refiero, sino los juicios de índole política y aun de verdadera importancia histórica en que abunda, en relación con la vida y los hechos del hombre que tanto figuró, durante los últimos veinticinco años, en el régimen y gobierno del país.

En el interin es un consuelo para la familia de Cánovas, que no sólo á raíz de su muerte, ó cuando todo el mundo, sobrecogido de horror por la índole del atentado de que fué objeto, lamentaba su pérdida, sino en los tres aniversarios transcurridos y en cuantas ocasiones ó momentos—lo que sucede con frecuencia—se invocan su autoridad ó su nombre, se le haga justicia, distinguiéndose en esta noble tarea todavía más los adversarios que los amigos, los cuales, en gran parte, no se han conducido con él ó su memoria, con la lealtad y consecuencia que el jefe del partido merecía. El desquite para los que experimentamos el desengaño estaría, si esto cupiera en pechos generosos, en la seguridad de que los que han obrado así, serán, á su vez, bastante más pronto olvidados. (1)

(1) Así debía presumirlo mi hermano, cuando en la sesión del Congreso del 2 de Julio de 1879, decía: « Hace mucho tiempo que yo hubiera dejado de intervenir en el gobierno de este país, si esperase, como recompensa de mis actos, la *gratitud*. »

Y claro es que aún pensaría algo peor para después de su muerte.

En el interin no es cosa de extrañar el olvido en que caen, por lo común, los que de este mundo desaparecen, hecho que comenta en sentidas frases la *Crónica Parisiense*, de D. Juan Sevres, publicada en *La Epoca* del 12 de Abril próximo pasado, aludiendo á la llorada muerte de la señorita Zelanine, en las siguientes sentidas palabras:

« Mas qué restará de esta explosión de pena de aquí á unos meses? Nada, ó poco más que nada. En el cementerio, una lápida con esta inscripción: « ALEXANDRINA ZELANINE.—4 Abril 1901. » En algunos corazones un recuerdo, que el tiempo irá borrando. Porque, aparte la *gratitud*, no hay sentimiento tan pasajero como el dolor; después del favor recibido, nada se olvida en menos tiempo que el pariente ó el amigo muerto. Habrá quien rechace esta doctrina con indignación. ¡Hij-

El indicado motivo, entre otros igualmente relacionados con la ingratitud á que me refiero, determinó en mí la especie de alejamiento en que vivía, después de la muerte de mi hermano, no sólo de la política activa en la que nunca intervine mucho, sino aun del trato con aquellos que la cultivan ó se muestran á ella aficionados. (1) Conservador, sin embargo, no sólo por convicción, sino por estar en un todo identificado con mi referido hermano, permanecí en esa especie de aislamiento, hasta no hacer mucho, sin sumarme con los que formaron la Unión conservadora, no obstante figurar en ella amigos míos, tan íntimos, como lo fué el Sr. Cos-Ga-

pocoría! Habrá quien cite excepciones. También yo podría citarlas... para confirmar la regla.»

A la memoria me vienen también, con igual motivo, las siguientes palabras de un artículo del propio periódico *La Epoca*, publicado á raíz de la muerte de mi hermano, titulado *La última noche* (página 61). «No; no es de extrañar el intenso duelo que llena en estos momentos el corazón de deudos y amigos. ¡A cuántos protegió! ¡Cuántos beneficios derramaron sus manos! ¡Cuántos quedan huérfanos!»

De recordar son igualmente las de un precioso artículo del *Nuevo Diario de Badajoz* del 10 de Agosto de 1897 (página 144), que dicen:

«Acaso para su figura en la historia será término más brillante caer como víctima de una conjura feroz, representando la causa de la justicia, que sucumbir lentamente; purando las amarguras que le reservaban la ingratitud, el egoísmo y las bajas pasiones de los hombres.»

Grabadas están del propio modo en mi memoria las escritas por *El Proteccionista* en su número del 8 de Agosto de 1899 (página 122), segundo aniversario de la muerte de mi hermano:

«Hoy, cuando más se nota el vacío, difícil de llenar, que dejara el asesinato en Santa Agueda, somos pocos los que vertemos una lágrima ante su tumba; somos pocos los que murmuramos una plegaria por su alma.»

¡Triste realidad la de esta misera vida! Los que ayer doblaban el espinazo ante la figura del eminente hombre de Estado, los que recibían sus mercedes, hoy le

(1) *El Imparcial*, en su número del 10 de Noviembre de 1897, hablando del Sr. Romero Robledo y los conservadores, decía, de un modo espontáneo ó sin la menor excitación de mi parte, lo que sigue:

«Se ha dicho que el Sr. D. Emilio Cánovas del Castillo se había adherido á la política del Sr. Romero Robledo. Es inexacto. El Sr. Cánovas, desde que falleció su ilustre hermano el jefe de los conservadores, resolvió vivir totalmente apartado de la política.»

yón, ni tampoco con los que se mantuvieron completamente fieles á su política, bajo la jefatura del señor Duque de Tetuán, con quienes más simpatizaba; pero al fin, como por mi carácter de Senador vitalicio podía verme obligado más tarde ó más temprano á votar con unos ó con otros, dejando á un lado motivos de queja hasta cierto punto generales, resolví colocarme al lado de los conservadores que seguían á dicho señor Duque, y con ellos me encuentro. (1)

Respecto á la Unión conservadora, donde, como he indicado ya, vi afiliarse

olvidan, porque hoy necesitan doblarse ante otra figura.

Además, y coincidiendo con estas justas quejas, *El Nacional* del 8 de Agosto de 1900 (pág. 197), tercer aniversario de la muerte de mi referido hermano, consignaba que pocos, muy pocos, habrían elevado aquel día sus oraciones al cielo al pie de los altares.

«Triste ejemplo, añadía, de la ingratitud humana; pues si cumplieran con esa obligación cuantos aprovecharon las mercedes que él repartió en vida... se habrían henchido los templos de Madrid, donde esta mañana se celebraron las misas de aniversario.»

«La severa imparcialidad de la Historia tejera la corona inmortal de Cánovas.»

Podría citar de igual manera el artículo de *El País* del 3 de Agosto de 1897, titulado *Ingratitud*, cuyo espíritu halaga sin duda mis sentimientos fraternales, pero que altos respetos, en su redacción desconocidos, me impiden reproducir ni comentar. Este mismo esdrúpulo, aunque por razón diferente, me ha hecho no copiar el artículo del periódico monárquico y conservador *El Nacional*, con el título *Pleito de cortesía*, que dió á luz en su número de 15 de Octubre de 1897. Por razón análoga no he dado cabida tampoco al artículo del *País*, inserto en el mismo número del 3 de Agosto del 97, con el epígrafe *La política*, pues aunque son dignas de agradecimiento por mi parte las alabanzas que tan intransigente adversario prodiga á mi hermano, no puedo hacerme solidario de todas las apreciaciones que, para establecer contraste, se hacen del señor Silvela, respecto al cual publicó otro artículo *El Herald*, titulado *La curación Morayta*, en 11 de Junio de 1899 que, por la misma causa, no me ha parecido bien reproducir, haciendo lo propio por análoga razón con el de *La Correspondencia de España*, *Silvela y la jefatura*, de 22 de Agosto del mismo año.

(1) Poco tengo que agradecer á la política, no obstante el apellido que llevo, ni aun en época de mi hermano, por motivos de delicadeza que tanto honraban á éste. Lo principal me lo debo exclusivamente á mí mismo, de lo que estoy, si no orgulloso, satisfecho.

b)

con rapidez un tanto vertiginosa, sin poder explicármelo, á algunos de los que yo tenía por más adictos á la persona de mi hermano, nada debía esperar ó prometerme del que la acaudilla, que, si no se condujo bien con él (1), no habla de portarse conmigo mejor, aunque le uniesen á mí vínculos, si jamás merecedores de igual consideración y respeto, mucho más antiguos de amistad, de relativo compañerismo y aun profesionales, que á mi referido hermano. Nunca sospeché, sin embargo, en medio de los desengaños y de la desconfianza que engendra la política, que Silvela y sus compañeros de gobierno me guardasen menos atenciones que las que me dispensaron el jefe ilustre del partido liberal, y los que con él fueron Ministros, en las elecciones generales que presidieron en su anterior período de

mando, pues mientras éstos, procediendo con cortesía y gran elevación de miras, en justo respeto á la memoria de mi hermano y por consideración personal á mí (1), acordaron espontáneamente, ó sin el menor requerimiento de mi parte, no presentar candidato liberal por el distrito de Cieza, que tantas veces representó aquél, tres yo, y dos el mayor de mis hijos, dejándolo para el que de éstos designase por mi parte y al que apoyaría el Gobierno, como así se verificó; el Ministerio de Unión conservadora, obrando de un modo opuesto, en las elecciones de que fueron producto las Cortes poco ha disueltas, presentó y apoyó un candidato distinto, negando rotundamente su apoyo al hijo mío, que, sumado á la Unión conservadora por haber seguido en política á los señores Cos-Gayón, Azcárraga y Pidal, tuvo la representación de Cieza en las Cortes del 98, y excluyéndose por primera vez, en muchos años, el nombre de Cánovas en el Congreso de los Diputados.

(1) El mismo lo reconoce—aunque se haya esmerado después en hacerle justicia—en la contestación dada á un redactor del *Heraldo*, y de que dicho periódico dió cuenta en su número correspondiente al 14 de Enero último, sobre la supuesta ó real descomposición del partido de Unión conservadora:

«No. La mayoría conservadora—decía—no está, como se pretende, desunida. ¿Qué desprendimientos se han producido? ¿Qué disidencias se han originado en ella? ¿Qué ha pasado que se pueda comparar con lo que le ocurrió al Sr. Cánovas del Castillo al marcharse de su lado el Sr. Alonso Martínez y formar el centro parlamentario, ó al rebelársele el Sr. Romero Robledo, constituyendo iglesia aparte, ó al separarme yo, desprendiéndome conmigo una parte considerable, signficada al menos, de la mayoría de aquellas Cortes? ¿Qué ha pasado que pueda igualarse con la ruptura pública, y en circunstancias para el país difíciles, de los Sres. Sagasta y Gamazo? ¿Qué hay entre nosotros que justifique el supuesto de la desunión? Y aun en esos casos, el señor Cánovas gobernó sin el Sr. Alonso Martínez, sin el señor Romero Robledo, sin mí, en su última etapa de Poder; y el Sr. Sagasta ha gobernado, y aspira á volver á gobernar, sin el Sr. Gamazo.»

A lo que antecede, sólo cabe añadir que no todos tienen la misma autoridad y prestigio, y que lo que pasó antes y podrá suceder tal vez mientras viva el Sr. Sagasta en lo que al partido liberal se refiere, quizás no se verifique ya en adelante. En cuanto á lo de que se marchó con él una parte considerable del partido conservador, Silvela veía en esto, como en otras cosas, con ojos de aumento. Cuando se han ido, no pocos, con él, ha sido después.

No tanto entraña esto una queja para el Sr. Silvela, de quien, como he dicho antes, nada debía prometerme, como para los llamados conservadores ortodoxos que formaban parte de su Ministerio, ó le prestaban desde fuera su concurso, y tan pronto olvidaron—dispénsese que vuelva sobre lo del olvido—la campaña opositora de Silvela, durante el estío de 1897, tan acremente por ellos censurada, de lo que más de una vez fui testigo, y cuyos ecos resonaban en Santa Agueda cuando la horrible hecatombe del 8 de Agosto.

* * *

Indiqué antes, y debo ofrecer la prueba

(1) Palabras textuales de una carta que me escribió, de su puño y letra, el entonces Ministro de la Gobernación, Sr. Capdepón.

ba ahora, que no sólo á raíz de la muerte de mi hermano, sino después en cuantas ocasiones, muy frecuentes, como he dicho, se ha citado su nombre, ó invocado su recuerdo, se le ha hecho completa justicia. Testimonio de ello ofrecen los debates parlamentarios que tuvieron lugar, desde la apertura de Cortes el 20 de Noviembre del año anterior, hasta la suspensión de sus sesiones en Enero del año actual. No sólo el señor Romero y Robledo, siempre afecto y respetuoso á la memoria de mi hermano, en los notabilísimos discursos que pronunció, sino el Sr. Canalejas en los suyos, no menos grandilocuentes, y los demás oradores, incluyendo al Sr. Silveira, que con su autorizada palabra ilustraron esos debates, hubieron de prodigar grandes elogios al que, según ellos, tanto había enaltecido la tribuna parlamentaria.

Comenzando por el Sr. Canalejas, dudaba tan esclarecido hombre público, refiriéndose al entonces proyectado enlace de la Princesa de Asturias—asunto en que di mi voto favorable en el Senado, y del que no he de hablar, como de ningún otro de carácter político, en esta *Introducción*,—que viviendo Alfonso XII, hubiera prestado su sanción á dicho matrimonio. Y añadía: «Preguntando eso á los que fueron Ministros de aquel Rey, á los que se llamaron compañeros y discípulos del Sr. Cánovas del Castillo, he de preguntarles también si creen que aquella preclara inteligencia que supo resistir tantas tentaciones ardorosas y juveniles con su consejo, habría consentido que vosotros, con el corazón alegre, os dispusierais á dar el salto en las tinieblas que representa vuestra aprobación al mencionado enlace.»

Y más adelante, refiriéndose á los debates que tuvieron lugar en la misma Cámara con motivo del proyecto de Constitución, se expresaba así: «Discutiendo aquel proyecto un hombre ilustre, á quien de grandes faltas podríamos acusar los liberales, de grandes errores podrá quizás acusarle la Historia, pero cuya inteligencia superior y cuya palabra luminosa aún parece que fulguran aquí, engrandeciendo los debates, causando nuestra admiración y enardeciendo nuestro entusiasmo; Cánovas del Castillo afirmaba, mejor dicho, mil veces mejor dicho que á mí me es dado hacerle, lo que estoy glosando yo.»

Y agregaba después, refiriéndose á la situación ó estado de cosas que era objeto de sus observaciones, que por flaqueza de los liberales y por flaqueza de los conservadores, había renacido aquel partido neocatólico que Cánovas no quería que alentase.

Tal vez el Sr. Canalejas exagerase esta nota (1), obedeciendo por su parte á una convicción sincera, ó dando más importancia, de la que realmente tenían, á los hechos á que se refería, de lo que ofreció patente prueba el artículo que vió la luz en el *Heraldo*, periódico de su propiedad, el 24 de Diciembre de 1900. En efecto, haciéndose cargo dicho importante periódico del hecho recogido por *El Liberal*, de que el Sr. Fernández Montaña, director espiritual de la Real familia, y persona, añadía, de gran ilus-

(1) Como, por desgracia, se ha exagerado otra en contrario sentido por los llamados clericales, á semejanza de lo que ocurre en Francia y Portugal, con lo que podrá destruirse en lo que toca á España, y más nos interesa, siguiendo las cosas por el mal camino que van, la obra de mi hermano, tan celebrada por todos y á que se refería el *Heraldo* en su número del 7 de Enero último, al decir que hay en la Constitución una base oncená, que es la mayor gloria de la Restauración y del Sr. Cánovas.

tración—como lo es, seguramente,—hubiese acudido al órgano de los integristas para lanzar sus anatemas contra republicanos, demócratas y liberales, decía, «que contra ese movimiento fanático no iba á expresar por entonces ninguna opinión propia, sino á recoger las que el consejero y educador político de la Restauración pronunciara en momentos en que acababa de destruirse la revolución, estaba fresca la sangre vertida en la guerra carlista, hallábase sostenida la intolerancia por amigos íntimos de D. Alfonso XII y por hombres de tan suprema elocuencia como Pidal»:

«El 18 de Abril de 1876 se presentaba en el Congreso una proposición, suscrita por los Sres. D. Fernando Alvarez, Marqués de Vallejo, Vizconde de Revilla, D. Manuel Batañero, D. Domingo Caramés, D. Gerardo Neira Flórez y el Conde de Llobregat, pidiendo que se restableciera en la Constitución de 1876 el art. 11 de la Constitución de 1845, el de la *unidad católica*.

Y el Presidente del Consejo de Ministros, D. Antonio Cánovas del Castillo, *EL GRAN CÁNOVAS, POR-EL CUAL HAY MONARQUÍA EN ESPAÑA*, quien tenía un poco más de autoridad para definir estas cosas que el confesor de la familia Real, decía, recordando palabras suyas del 69:

—«Yo no defiendo, pues, hace mucho tiempo; yo no defenderé ya jamás la intolerancia religiosa. A la Iglesia no la protegeré manteniendo la penalidad para los nacionales, que consigna aún en sus páginas el Código vigente.

«Señores: yo tuve la franqueza de decir en un día solemne, ante el Senado de mi país, y siendo Ministro de la Reina, palabras que me han recordado después muchas veces, y de las cuales puedo enorgullecerme, considerándolas como una profecía: dije entonces que en España *había tres excepciones del universo*, y que era preciso que todos tuviéramos mucha prudencia, no fuera que alguna de ellas la fuéramos á perder de repente, ó de repente y de una manera fatal las perdiéramos todas. *Estas tres excepciones eran la intol-*

rancia religiosa, la esclavitud y la familia de los Borbones.»

Y tras de evocar ese recuerdo, el Sr. Cánovas proseguía contestando al Sr. Alvarez del siguiente modo:

—«¿Cómo se olvida que la libertad religiosa es un hecho que está realizado en España hace ocho años? ¿Cómo se olvida que esos ocho años de existencia de la libertad religiosa han creado dentro de España un hecho digno de examen más serio y más formal que el que se hace desde las regiones puramente teóricas? Si yo os trajera aquí en este instante, como se trajo en 1869 ó en 1854, el problema de la interrupción de la intolerancia religiosa; si yo trajera aquí este problema, ya conocéis mi opinión, sería la de 1869...

Después que España ha tomado un puesto entre las naciones, que no es el antiguo puesto que tenía *de excepción en la cuestión religiosa*, sino el puesto de una *de tantas naciones* como en Europa profesan, si no la libertad ilimitada, la tolerancia religiosa por lo menos; después de todo esto (tal es y no otra la cuestión), ¿hemos de dictar aquí una nueva revocación del edicto de Nantes? Pues si tenéis el valor de aconsejarlo, proponedlo tal y como en sí es.

¡Cuestión religiosa! Cuando el Gobierno conquistador de Toledo ofrecía y pactaba, bajo la fe de su real palabra, el libre culto de los árabes; cuando los gloriosos conquistadores de Granada reconocían este mismo derecho en favor de los vencidos, ¿podía decirse, podía soñar nadie que esta fuera una cuestión religiosa? Admitían la libertad de cultos para rendir más pronto ciudades; ¿y no se puede admitir para no perturbar un país, para no añadir en él una nueva causa de discordia, *para no aislarle constantemente de las corrientes de la civilización europea, para no ponerle en una situación difeclisima, tanto más fácil cuanto que no vive, después de todo, en el centro de los desiertos africanos...* y por todos sus extremos participa del movimiento del universo y en todas partes las simpatías del universo le están haciendo falta todos los días en sus cuestiones internacionales? (*Grandes aplausos.*) *Si, se dice muy fácilmente que se pueda vivir tranquilo hiriendo de frente todos los sentimientos del mundo y siendo una excepción contra todo él...* (1)

(1) Nadie se atrevió á poner en duda nunca, aunque como hombre de Estado sostuviese estas opiniones en

Por su parte, el periódico *La Correspondencia de España*, en el número correspondiente al 15 del ya citado mes de Diciembre de 1900, refiriéndose á los propios debates y á la política conservadora practicada en el poder desde el fallecimiento, decía, jamás bastantemente deplorado del Sr. Cánovas, manifestaba que aquella debía, en su concepto, orientarse é inspirarse en adelante en las doctrinas del mismo, terminando así: «Vuelvan la vista y las palabras—aludiendo á los conservadores—al recuerdo y á las enseñanzas del gran Cánovas, y si caen derrotados por la elocuencia, que no caigan sin la expresión de los convencimientos liberales y conservadores.

En el propio sentido se expresaba *La Correspondencia de España* el día siguiente, elogiando el discurso que pronunció la víspera el Sr. Silvela, y en que hubo éste de afirmar «que jamás discrepó del Sr. Cánovas en lo esencial del credo conservador, cuyas ideas mantenía, si no en materia parcial y

menuda, creyéndose continuador de su política», afirmación que acentuó en otro párrafo del propio discurso, después de rechazar lo que el Sr. Canalejas había llamado política clerical inaugurada por la Unión conservadora. Decía así el Sr. Silvela:

«Empiezo por declarar que nosotros no hemos repudiado nunca el calificativo de liberales; liberales hemos sido, liberales somos y liberales seremos. (*Muy bien en la mayoría.*) Yo lo he dicho desde todos los lados de la Cámara: los nombres de los partidos no se los dan los propios interesados muchas veces; á nosotros se nos ha llamado Unión conservadora; pero nosotros somos, ó pretendemos ser, los continuadores de la política liberal conservadora tal como la desenvolvió D. Antonio Cánovas del Castillo.» (*Muestras de aprobación en la mayoría, y fuertes protestas en la minoría Tetuanista.*)

Y más adelante, añadía que el partido conservador se había afiliado al principio de libertad con la Constitución de 1876: libertad para la conciencia; libertad para las ideas; libertad para el ejercicio de las profesiones; libertad religiosa, dentro cada cual de sus convicciones; libertad para los derechos civiles de todo ciudadano, pero libertad también para la Iglesia, para la enseñanza, para la propiedad, y terminaba:

«Esa es la Constitución de 1876; eso es lo que defendía D. Antonio Cánovas del Castillo; eso es lo que sostuvo y defendió aquí como compensación bien necesaria y legítima de la libertad religiosa que se estableció, y que explica esas diferencias del antiguo régimen de los tiempos de Doña Isabel II, que el señor Canalejas echa de menos, y que po-

relación con las circunstancias, sus ideales grandemente católicos. Así lo reconocen, entre otros, los Sres. Humbert y Lara en las obras que ha premiado la Real Academia de Jurisprudencia, como puede verse en las páginas 436 y 440, y proclaman cuantos le conocían ó trataban de cerca, en prueba de lo cual transcribimos á continuación lo que escribía un redactor de *El Estándarte* el 13 de Agosto de 1897:

«De sus labios, que expresaban el convencimiento de su inteligencia, de su experiencia y de su corazón, salían constantemente dos afirmaciones que constituían el culto de su fe: *La Religión y la Monarquía.*»

«En esos dos principios, que son fuente constante de gloria, de paz y de orden, descansan los pueblos que desean grandeza, honor y prosperidad.»

«La revolución no podrá llegar á ellos si busca sólo por la libertad lo que debe buscarse por lo que ha olvidado. Esto es, la Religión y la Monarquía.»

«Es, pues, un principio invariable para mí, que sin Religión, sin Monarquía y sin Libertad, la Patria no existe.»

«Palabras textuales que tuvo el honor de escuchar de boca del insigne caudillo del orden un día del triste año de 1873, el que esto escribe, al ser recibido por el ilustre político en su casa de la calle de la Madera.»

drian ser más favorables á sus ideas; pero que eran evidentemente muchísimo menos liberales, y que nosotros no aceptamos como reaccionarios porque tenemos un pensamiento, un criterio y unas ideas muchísimo más liberales que las que existían en aquellos tiempos.» (*Aplausos.*)

Por último, en la reunión de exministros celebrada muy poco hace, el 12 de Abril último, en casa del Sr. Silvela, hablando éste del cambio político ó sucesión en el Gobierno del partido liberal, decía:

«Desgraciadamente nos sucede un partido que tuvo elementos para desenvolver los artículos constitucionales en preceptos orgánicos democráticos, que nosotros hemos respetado, aun en aquellos principios que no nos han convenido, prefiriendo la estabilidad en las leyes al mismo acierto de las soluciones, siguiendo el ejemplo y las doctrinas en que informó Cánovas la Restauración y que ha constituido para España, en el último tercio del siglo XIX, un progreso político evidente sobre los anteriores.»

* * *

También hubo de celebrarse á Cánovas en los debates á que me refiero por sus condiciones de carácter. Nadie más monárquico que él, pero ninguno tampoco menos cortesano, como reconocía *El Liberal* en su número del 15 de Diciembre del año anterior, al hablar del discurso del Sr. Canalejas y del particular relativo á la boda de la Princesa de Asturias: «De cortesanos más que de monárquicos se tacha, y se tacha con razón, á los actuales Ministros; en honor de la verdad, si se exceptúa á D. Antonio Cánovas del Castillo, son pocos los gobernantes á quienes tal de-

bilidad no haya hecho en muchas ocasiones olvidar sus deberes para con la Patria, sobre todo de quince años á esta fecha.»

Lo mismo próximamente hubo de decir el *Heraldo* en su número del 18 de Enero del año actual; y para poner aún más de relieve la política de mi hermano, escribía lo siguiente, bajo el epígrafe

LUCHA Y CONTROVERSIA

«Discutiendo con González Brabo en las Cortes de 1867, cuando por la ley de Orden público se había suprimido por completo el espíritu público, y estaba la Prensa perseguida y muda, y se había ahuyentado toda seguridad personal de los hogares de los ciudadanos, decía el Sr. Cánovas del Castillo:

«Qué, señores, ¿no estáis hartos de decadencia todavía?»

La historia pasada nos da que envidiar otras cosas muy distintas en todo caso. Aquellos inquietos y sediciosos magnates que destronaron á Enrique IV, por mano de un Arzobispo de Toledo; aquellos osados comuneros que sucumbieron en Villalar, fueron luego los capitanes y soldados que no mucho después de tales sucesos conquistaron á Granada y descubrieron y conquistaron el Nuevo Mundo, ó trajeron prisionero á España desde Pavia á un Monarca francés.

Cuando aquellas inquietudes desaparecieron del todo; cuando la autoridad real, incessantemente acrecentada, llegó á crear en derredor suyo el espacio de silencio que ahora aquí se apetece; cuando la omnipotencia del Poder estuvo completamente establecida y la obediencia incondicional de los súbditos pasó á precepto, cambiaron mucho, y casi repentinamente, las cosas. De entonces ya no tenemos que envidiar cosa alguna.

Yo quiero, en resumen, la lucha; nuestra vigente Constitución quiere la lucha; con la lucha se mantiene la actividad humana; con la lucha y la controversia se forman los grandes caracteres, se desarrollan las inteligencias, se acrecienta al hombre. DE LA CONTROVERSIA NACEN LAS IDEAS, LOS PROGRESOS, EL BIENESTAR PÚBLICO; LA CONTROVERSIA, EN FIN, PRODUCE NACIONES COMO INGLATERRA, MIENTRAS QUE EL

SILENCIO PRODUCE NACIONES COMO LA YA DESCRITA ESPAÑA DE CARLOS II.»

Y eso que decía el Sr. Cánovas del Castillo el 15 de Junio de 1867, combatiendo á González Bravo, que imponía y convertía en ley la *política del silencio*, eso podría aplicarse á los actuales momentos, en que también está suprimido el espíritu público, y perseguido y enmudecido en la prensa, y ahuyentado forzosamente hasta de los hogares de los ciudadanos con la suspensión de las garantías constitucionales.

Cánovas, espíritu y alma de la Restauración, fundador de las instituciones en que vivimos, aquél, sin el que no se hubiera afianzado el régimen actual, creía que la opresión del pensamiento, la falta de lucha y de controversia, sólo podía conducir á la vileza de los ciudadanos, á la degeneración del pueblo, á la ruina del Estado.

En ocasiones solemnes de su vida dió testimonio de lo firme, de lo incontrastable de sus convicciones en favor de los principios de debate, de publicidad, de lucha de las ideas, y en el momento mismo en que se le declaraba *insoportable*, en que se le representaba como un dictador, que en su poder personal encontraba la fuente y origen del Derecho, abandonaba el Gobierno, contando con mayoría en las Cortes, para que no se pudiese suponer que lo retenía contra la voluntad de la opinión.

Cánovas no tenía temor á la lucha, á la discusión, á la luz. Antes amaba combatir y vencer ó ser vencido en las batallas de la controversia, que huir despavorido, abroquelándose tras las altas representaciones del Poder público que él había fundado primero y consolidado después.

Los que se separaron de él; los que levantaron bandera de disidencia y rebeldía; los que no podían *soportar* el yugo de su dictadura; los que le zahirieron en su honra; los que iban á inaugurar una política nueva en que el Gobierno y la Administración fueran de cristal para que todo el mundo pudiera examinar sus hechos; los de este partido que hizo su emblema de la moralidad y de la selección, como si antes no la hubiera tenido nadie, esos, á la menor dificultad, han prescindido de la Constitución, han proscrito la lucha, han perseguido la prensa diariamente por procedimientos policíacos hasta ahora no usados ni en las épocas de mayor rigor reaccionario, y so-

bre ello han levantado el poder personal de una caricatura de Narváez ó de González Brabo.

Y hay que contar con la diferencia inmensa entre hombres y hombres, entre circunstancias y circunstancias. En su gran autoridad, en sus servicios valiosos á la causa de la Restauración, en los peligros graves que amenazaban de todas partes al régimen naciente, hubiera podido hallar el Sr. Cánovas atenuación á la política opresora. En su falta de autoridad, en sus servicios de orden secundario y subalterno, prestados al sistema vigente en las circunstancias de tranquilidad, de paz y hasta de inercia del espíritu público en que ahora se vive, jamás habrá excusa para ahogar las manifestaciones de la opinión que protesta.

«Con la lucha se mantiene la actividad humana; con la lucha y la controversia se forman los grandes caracteres, se desarrollan las inteligencias, se acrecienta al hombre. De la controversia nacen las ideas, los progresos, el bienestar público; la controversia, en fin, produce naciones como Inglaterra, mientras que el silencio produce naciones como la ya descrita España de Carlos II.»

Porque tal pensaba el Sr. Cánovas, porque esas eran sus creencias, nunca persiguió la propaganda de los conservadores disidentes. Dejó tranquilamente que el Sr. Silvela le combatiera con rudeza, sin que se le pasara por las mientes la idea de prohibir la impresión y circulación de sus discursos. Verdad es que esa su tolerancia provenía también de la convicción de que el actual Presidente del Consejo de Ministros no era precisamente de los que en el porvenir pudieran obscurecerle como hombre de Estado. Y los hechos, para mayor infortunio del país, se han encargado de demostrar que no se equivocaba. » (1)

(1) En su número de 9 de Febrero de este año, el *Heraldo* decía, sin que se entienda que por transcribirlo asiento por mi parte á todas las opiniones sustentadas por el mismo, lo que copio:

«Se comprende que los Ministros razonen como razonan los de Estado y Gobernación. Y se explica, porque ellos discurren de esta suerte: El carlismo, sobre todo en su última época, no combatía á la dinastía; atacaba las doctrinas de la Revolución y las leyes de la libertad. Es así que nosotros, dando un salto atrás en la Historia, borrando la obra de Cánovas, de hecho hemos destruído todo liberalismo. Luego no hay motivo para que falten las personas allí donde están sus principios, y abramos los brazos al Conde de Caserta, que viene á su casa por derecho propio.»

Por último, y como prueba de lo que afirmo al principio de estas observaciones, diré que hasta en el precioso *Calendario* para 1901 que publicó *El Imparcial*, se hace justicia á mi hermano en el notable artículo del Sr. Troyano titulado «El corazón y la cabeza», que en parte se inserta en otro lugar. (1)

*
**

No todos, sin embargo, han de ser plácemes. Tratando el Sr. Mañé y Flaquer, Director de *El Diario de Barcelona*, de la «Oligarquía y caciquismo» en su carta á los Sres. D. Joaquín Costa, D. Juan J. Conde y Luque, D. César Pefiaranda y D. Práxedes Zancada, ó exponiendo su opinión en la información abierta por el Ateneo de Madrid sobre el indicado tema, se manifiesta contrario, como lo son muchos, al sufragio universal, y habla de haberlo combatido el Sr. Sagasta, y luego mi hermano, restableciéndolo el primero para atraerse á Martos y facilitarse la hoja de parra que le permitiera suprimir la honesta distancia que le separaba de la Di-

nastía, y aceptándolo el segundo para poder turnar en el Poder; y como si esto no fuese bastante, añade después (1) que el sufragio universal se debe, no al irresistible anhelo de la masa popular ni á la convicción profunda de las clases más ilustradas, sino á componendas de la ambición de partido.

Prescindiendo por mi parte de la gran inexactitud que esto entraña, copiaré á continuación la respuesta que dió *La Epoca*, en lo que toca á mi hermano, al pie mismo de la carta del Sr. Mañé y Flaquer, que, en otras ocasiones, fué más justo con él:

«Una observación debemos hacer, por nuestra parte, en lo relativo á la aceptación del sufragio universal por el señor Cánovas del Castillo. Bien notorio es que el ilustre estadista era doctrinalmente contrario á esa reforma, y que en uno de sus discursos, pronunciado en Barcelona, anunció la venalidad del voto que traería consigo el sufragio universal. Pero, como hombre de gobierno, el Sr. Cánovas tuvo que optar por el mal menor, y transigió con aquella innovación para no crear en España una situación de lucha y de inestabilidad legislativa en que á cada cambio de Gobierno siguiese otro en el sistema electoral. De ahí que no nos parezca justo lo que dice el Sr. Mañé acerca de este punto concreto.»

*
**

Aquí terminaría la *Introducción*, si no obstante mi propósito de no dar á esta obra el menor carácter político, ni intervenir en discusión alguna relacionada con los actos y la política de mi her-

(1) *Tercera parte*, página 478.

Testimonio de ello es también el folleto titulado *La Taquígrafía en el periodismo*, que contiene el discurso leído por D. L. R. Cortés, taquígrafo del Senado, en el acto de la inauguración de la cátedra de Estenografía de la Asociación de la Prensa. «Afortunadamente, las amarguras producidas á los taquígrafos del Parlamento por las injustas quejas que oyen y escarban sin poderse defender, se ven endulzadas de tiempo en tiempo por elogios, como el del inolvidable D. Antonio Cánovas del Castillo, quien en cierta ocasión afirmó en el Senado, siendo Presidente del Consejo de Ministros, que «las Cámaras españolas contaban con las primeras mesas taquígráficas del mundo».

Y para que nada falte, por último, en este orden de elogios, hasta en el *meeting... de huelguistas*, que tuvo lugar en el teatro *Eldorado* la tarde del domingo 5 de Mayo último, el compañero Herminio, de la Sociedad de Canteros, dirigió duros ataques al Sr. Moret é hizo un gran elogio de D. Antonio Cánovas del Castillo, de quien dijo que era un carácter entero que sabía hacer cumplir la ley, cosa que no sabían hacer los liberales...»

Dicho se está que, al reproducir lo que antecede, no nos hacemos solidarios de la censura.

(1) Puede verse *La Epoca* del 6 de Mayo último, que publica la carta del Sr. Mañé y Flaquer.

mano, aunque sin renunciar por eso á su defensa, cuando fuere precisa, no creyera deber refutar, valiéndome de pluma ajena, algunos cargos que más ó menos embozadamente se le han dirigido, en libros y artículos que tratan de las responsabilidades de la guerra y consiguientemente de la pérdida de nuestras colonias. realizada ésta, conviene tenerlo presente, con no poca posterioridad á su fallecimiento.

Cuando por última vez se encargó mi hermano del Poder, según he indicado al principio, había estallado ya la postrer insurrección de Cuba, en condiciones tales, añado ahora, que impresionaron vivamente á todo el mundo, no sólo en España, sino fuera de ella. Nada diré de los esfuerzos que para dominarla hizo el Gobierno que presidía. Tan sólo me permitiré recordar el encomio de que fué objeto de propios y extraños, y todavía más de los últimos, en las condiciones en que se hizo, el envío de 200.000 hombres á Cuba.

A pesar de esto, no han faltado censores de ese extraordinario esfuerzo nacional como de todo lo que allí se hizo, aunque la opinión, que tanto celebró semejante muestra de poder y de energía, no se haya preocupado mucho después de su inutilidad ó ineficacia, en presencia del llamado *Desastre nacional*, título este de una obra del Sr. D. Damián Isern, de que hablaré después, y asunto también de la publicada por el Sr. Morote, bajo el epigrafe *La moral de la derrota*, así como de un artículo del Sr. Sellés, *El miedo, primer Ministro*, escritos ambos de que asimismo me haré cargo.

Antes que los Sres. Isern, Morote y Sellés, hablanse ocupado de la guerra de Cuba otros escritores, y entre ellos el

Sr. D. Genaro Alas (1), encargado en *La Correspondencia de España* de la crónica de dicha guerra, y con motivo de un artículo de *El Nacional* relativo al asunto—que vió la luz en su número del 6 de Noviembre de 1897,—publicó el Sr. Alas otro al día siguiente, en que decía:

«Nosotros creemos que, sin llegar á solución tan radical, hemos de tener pronto espacio para atender á lo de *aquí*, que indudablemente necesita atención. Pero como tenemos pruebas, y muchas, de la buena fe y gran discreción de *El Nacional*, nos permitimos hacerle una pregunta, por supuesto sin pretensión de que la conteste.

Si al empezar la guerra, ó mejor dicho, la rebelión, no se la hubiera considerado como una cuestión de prestigio militar; si se la hubiera conllevado con el auxilio de hábiles tratos diplomáticos, de sinceras reformas políticas, y con un Ejército moderado de 50 ó 60.000 soldados *efectivos*; en una palabra, si se hubiera imitado la conducta del General Prim cuando estalló la insurrección de Yara, ¿no cree *El Nacional* que la rebelión cubana jamás hubiera adquirido las proporciones de problema nacional, de cuestión vital que ahora reviste?»

A lo que antecede contestó *El Nacional* en su número del día 8, lo que también se transcribe á continuación:

«Pues sí, señor don Genaro Alas, contestaremos cumplidamente su pregunta. Antes, cuando compromisos políticos voluntariamente adquiridos nos ataban á un partido, nos hubiera sido difícil la respuesta. Hoy, sin más compromiso que el del culto voluntario y entusiasta á un muerto, podemos responder, y acaso por la gloria misma de aquel grande hombre estamos obligados á contestar.

(1) Deploro su muerte, ocurrida estando en prensa ya esta *Introducción*.

Lo dijimos anteayer, y debemos repetirlo. Cuando se conoció en Madrid el hecho de Baire y sus consecuencias, ofreciéronse á España dos caminos: el que se ha seguido hasta el mes pasado, ó el que indica el Sr. Alas, convenientemente reformado en lo que se refiere al Ejército, pues para ese procedimiento de los «hábilos tratos diplomáticos y de las sinceras reformas políticas» no eran menester 50 ó 60.000 hombres efectivos (es decir, 80 ó 100.000 enviados), ni era lícito siquiera arrebatarlos á la Patria.

Eran dos caminos: el de la guerra, simplemente con todas sus consecuencias en el sacrificio, ó el de las negociaciones dentro y fuera de la isla, sin más Ejército que 15 ó 20.000 hombres (además del que allí hubiera) para contener el levantamiento durante los días necesarios para pactar.

Mas díganos ahora con igual franqueza el Sr. Alas: ¿por cuál de los dos procedimientos se pronunció aquí lo que por opinión hay que tomar, es decir, los periódicos y los partidos? Cuando los periódicos reclamaban todo esfuerzo para la guerra, de tal suerte que el mismo *Liberal*, de abolengo radical en la política ultramarina, también lo decía, ó, por lo menos, se callaba; cuando todos los hombres políticos—léase la sesión memorable del Congreso—pedían asimismo la guerra, dándose el caso de que liberales como Gamazo y Maura escondían bajo siete estados sus opiniones políticas; cuando no se levantó más voz que la de Pi y Margall—injurado á causa de ello por todos—en contra de la guerra, ¿qué había de hacer el Sr. Cánovas? Viendo en aquel movimiento un estado de opinión muy verosímil en el temperamento y en la historia de nuestra raza, ¿iba á ponerse en contra de él arrojando el peligro interior gravísimo que hay en el fondo de la cuestión de Cuba y que nunca se ocultó á aquel cerebro excepcional?

Ya hizo bastante el Sr. Cánovas lanzándose al procedimiento de la guerra, pero poniéndolo en manos del general Martínez Campos. Si el Sr. Martínez Campos no tuvo la fortuna de acertar en los comienzos; si la muerte de Martí—de la que ciertamente no es culpable aquel caudillo—fue golpe terrible para todo intento de negociación; si el general Martínez Campos, desconcertado y contrariado, vió subir hasta Pinar del Río la ola invasora de la devastación; si cometió la candidez de entre-

garse al juicio de sus enemigos, sin que los autonomistas, tan bravucones ahora, dieran entonces señales de fuerza, ¿qué iba á hacer el Sr. Cánovas del Castillo, sobre todo cuando aquí, en vez de modificarse, se acentuaba aquel estado de opinión, más ó menos real, pero de formidables apariencias?

Pues perseverar en la corriente de la guerra, sustituir al caudillo pacífico por el caudillo enérgico, y entrar de lleno en la guerra colonial tal como era forzoso entender que la quería el pueblo español. Hablando con toda lealtad, ¿puede el Sr. Alas desconocer las grandes ventajas obtenidas sobre la insurrección mediante ese procedimiento de la guerra? ¿No cree el Sr. Alas que una temporada de acción resuelta en Oriente, como la que se ha llevado adelante en las provincias occidentales, habría reducido la rebelión á términos de que ella hubiese pedido cuartel, en vez de adelantarse España á ofrecerlo, cuando se ha sacrificado tanto dinero que no ha de recobrase, cuando se ha derramado tanta sangre, para la cual ya no puede prometerse el Ejército la sombra del laurel de la victoria?

No recomiende el distinguido escritor aquellos ejemplos de Prim, que tuvieron la virtud de acabar la guerra... ¡en diez años! Entonces, con tantos sucesos en la política peninsular, preocupada la prensa en cosas más próximas, cuando la noción de la guerra y sus penalidades estaba tan fresca aquí y tan viva que hacía imposible ciertos lirismos que ahora se imponen, la guerra pudo durar diez años. Ahora, con la tranquilidad de que aquí disfrutábamos, con esta prensa que pretende un colchón de plumas y una chuleta para cada soldado, una enfermería higiénica para cada batallón en campaña, un sanatorio para cada regimiento, una temporada de aclimatación para cada cuerpo expedicionario, una docena de ángeles para la administración y una gruesa de Rubios y de Cortezos para asistir á los soldados, ¿cree el Sr. Alas que la guerra se podría prolongar tanto tiempo, ni siquiera la mitad? ¿Y de qué suerte evitarlo, sino aglomerando los esfuerzos del país?

Lo que hay es que cuando se llevaba recorrido más de la mitad de ese camino, el revólver de Angiolillo ha dado el triunfo á los impacientes y á los líricos, y se nos ha metido de golpe y porrazo en el camino opuesto, en el que no debimos seguir y no seguimos, cuando

era tiempo de acometerlo, si lo hubiese querido la Nación.»

Las importantes consideraciones que anteceden son muy anteriores, como comprenderá el lector, á la pérdida de las colonias (1), y por mi parte nada arriesgo en decir, sin entrar en el fondo de la cuestión, ni hacerme cargo de las censuras que se han dirigido á mi hermano, que éste, que tanto empeño puso en sofocar la insurrección, no hubiera ido ó hubiera hecho cuanto le fuera posible, dentro del decoro nacional, para evitar la guerra con los Estados Unidos. Así hubo de reconocerlo el Sr. Isern, como igualmente lo reconocieron otros, en la página 336 de su mencionada obra, después de elogiar—y en ella se elogiaron pocas cosas—las adquisiciones navales dispuestas por el Sr. Cánovas en previsión de la guerra internacional.

«En efecto—decía;—á pesar de que consideraba dicho señor (Cánovas) la guerra con los Estados Unidos como *mal gravísimo que á toda costa debía evitarse*, y así lo declaró multitud de veces, es lo cierto, según resulta de documentos que conocen cuantos fueron Ministros en la última situación conservadora, que se preocupó seriamente en reunir los elementos de marina necesarios para el caso de que la guerra resultara de todo punto inevitable.»

Esto viene á echar por tierra lo que manifiesta el Sr. Sellés en su artículo «El miedo, primer Ministro», pues con miedo y sin él—¡ojalá se hubiera tenido!—importaba mucho rehuir la guerra, hasta donde la dignidad lo permitiese, con los Estados Unidos, y proveerse de

(1) Debe consultarse también sobre el asunto otro notabilísimo artículo del propio periódico, *El Nacional*, publicado en su número del 8 de Diciembre de 1898 (véase la página 65).

medios, en todo caso, para sostenerla.

De cualquier modo, si viviendo mi hermano, y continuando de Presidente del Consejo de Ministros, hubiera ocurrido la pérdida de Cuba—no hablemos de la de Puerto Rico y Filipinas, que nadie temía entonces—como recordaba *La Correspondencia Militar* en lo que transcribo á continuación de su número correspondiente al 27 de Agosto de 1898, se hubiera retirado, de seguro, de la vida pública, como con palabras suyas se verá confirmado más adelante:

RECUERDO DE UN MUERTO

ABSURDO DE UN VIVO

«—No espero que España renuncie jamás á la posesión del suelo y del alma de Cuba. Pero si esto ocurriera alguna vez, consideraría yo llegada la hora de retirarme para siempre de la vida pública, y hasta de despedirme de una existencia que el inmenso dolor moral haría odiosa.»

(De un discurso pronunciado por el eminente estadista D. Antonio Cánovas del Castillo en Agosto del 96.)

«Con esa elevación de pensamiento, con ese acendrado patriotismo que indica un admirable temple de alma que jamás disminuyó la contrariedad prevista ni la imprevista, de ese modo se expresaba D. Antonio Cánovas del Castillo ante las Cortes, que le escuchaban con el respeto de siempre, y ante el pueblo que le oía desde la tribuna pública con la admiración habitual que produce en grandes y chicos la superioridad de una inteligencia privilegiada.

Y es indudable que D. Antonio Cánovas hubiera cumplido su promesa, y al perderse Cuba para España, aun en términos mucho más honrosos que se ha perdido en la actualidad, hubiera cumplido su promesa retirándose á la vida privada con el alma dolorida y la imaginación torturada por la derrota de uno de los más grandes ideales que ha tenido la Patria de ochenta y cinco años á la fecha: la conservación de nuestras colonias. No dudarán de esta afirmación nuestra cuantas personas hayan conocido al Sr. Cánovas. Hoy...

hoy, desgraciadamente, han cambiado los tiempos. »

Aparte esto, confirma lo dicho por el Sr. Isern, y manifiesto yo, el artículo que transcribo á continuación de *La Epoca* correspondiente al 9 de Marzo del citado año de 1898, anterior al que se acaba de reproducir de *La Correspondencia Militar*:

LA OPINIÓN DE CÁNOVAS

SOBRE LA GUERRA CON LOS ESTADOS UNIDOS

« Desde los comienzos de la guerra de Cuba, y principalmente por los años de 96 y 97, época en que Cánovas del Castillo estaba al frente del Gobierno, el autor de estos renglones veía diariamente al ilustre estadista, cuya muerte lloran ahora todos los buenos españoles. Permitíame tales entrevistas conocer las impresiones del jefe del Gobierno, aquellas más íntimas y personales que los hombres públicos no pueden exponer, por razones de prudencia, en los Parlamentos ni en ninguno de sus actos oficiales.

Íntil es decir que la gran preocupación de Cánovas entonces era la cuestión de Cuba y el estudio de todos los asuntos que con aquel capitalísimo se relacionaban.

La poderosa inteligencia del hombre ilustre acudía á todo, y sobre todo tenía opiniones concretas, basadas en largos y concienzudos estudios.

Muchas veces el que esto escribe recogía cuidadosamente en su memoria los juicios seguros de aquel entendimiento soberano, las frases con que de un solo rasgo, por decirlo así, formulaba una teoría, y los cálculos que hacía acerca de las consecuencias de los sucesos que, al mismo tiempo que su atención, solicitaban la de España entera.

Gracias á estos recuerdos nuestros, podemos hoy consignar aquí la que acaso habría sido la opinión de Cánovas acerca del conflicto con los Estados Unidos, probable entonces, y planteado hoy con la brutalidad de las armas. Es claro que cabe en lo posible que los hechos hubieran hecho cambiar de opinión al ilustre hombre de Estado. De todos

modos, si parece atrevido nuestro intento de publicar esa opinión, discúlpenos la oportunidad que le dan los acontecimientos actuales.



Cierto día, como de costumbre, entramos en el despacho del Sr. Cánovas.

—¿Qué se dice por ahí?—nos preguntó.

Empezaban á hablar los periódicos de la debilidad del Gobierno ante las pretensiones de los Estados Unidos.

—Dicen—contestamos—que el Gobierno se muestra débil, que no debe transigirse con los yankees, y que en todo caso es preferible la guerra á sufrir lo que la gente tiene por humillación.

Cánovas hizo uno de aquellos movimientos nerviosos que parecían revelar los súbitos arranques de su espíritu siempre joven, afianzóse los lentes, y dijo, con la energía con que acostumbraba á expresar sus convicciones:

—¡La guerra con los Estados Unidos!... ¿Ve usted esos libros? He dedicado largas horas á leerlos y releerlos; he comparado cifras con cifras, datos con datos, y creo que he llegado á conocer, aproximadamente, las fuerzas, el poderío y los recursos de todo género con que cuenta el pueblo á quien la opinión señala como nuestro probable enemigo.

Los libros á que Cánovas aludía eran, entre otros muchos, la *Historia de la guerra de secesión*, por el Conde de Paris; otra historia de la misma guerra por autor inglés, el *State-man year book*, en el que estaban anotados cuidadosamente todos los datos estadísticos de los Estados Unidos; extractos de despachos enviados por nuestros representantes en Washington, y multitud de carpetas, folletos y mapas, todo referente al pueblo norteamericano.

Cánovas aprovechaba todos los momentos, y en el coche y en el paseo matinal, siempre que podía disponer de unos cuantos minutos, consagrábalos al estudio de aquella cuestión, que preocupaba su inteligencia.

—Pues bien—siguió diciendo el ilustre estadista;—mi convencimiento me lleva á considerar como un deber el procurar la paz en Cuba, evitando á todo trance la guerra con los Estados Unidos. Usted sabe, y lo saben también los que han leído mis discursos, cuánto me preocupa la cuestión de Cuba y cuán fuerte es mi propósito de conservar la sobe-

rania de España en nuestras dos Antillas. A la ruptura con los Estados Unidos le doy mucha mayor importancia.

Creo que la opinión está allí dividida, que una gran parte de ella no es partidaria de la guerra (téngase en cuenta la época en que se pronunciaban estas palabras); pero he de decirle á usted que si mi país, mal aconsejado por el recuerdo de sus tradiciones ó por los estímulos de la prensa, ó por la ceguedad de las muchedumbres, hiciese estallar un conflicto entre las dos naciones, yo no permanecería en este sitio, no permanecería tampoco en España, no querría tomar la más leve parte en lo que considero la perdición y la ruina de mi país.

—¿Y si la nación americana—le preguntamos—nos agrediese brutalmente?

—En el caso de una agresión brutal, yo cumpliría con el deber de español. Aceptar el sacrificio no es buscarlo.

De frases sueltas, oídas de labios del señor Cánovas; de párrafos de sus discursos; de expansiones íntimas, podemos deducir, sin temor á equivocarnos, que el jefe del partido conservador, antes de la ruptura con los Estados Unidos, hubiera llegado hasta aceptar la dictadura, hasta la creación de un Gobierno de fuerza que, con la mediación de las potencias, hubiera conseguido un arreglo honoroso, aunque para ello hubiese sido menester hacer concesiones, impuestas, á veces, por la necesidad de elegir entre dos males el menor.

En suma, Cánovas consideraba el primero de los deberes del Gobierno emplear todo género de procedimientos y medios antes de que se disparase el primer cañonazo, y si, á pesar de todo, la nación hubiera considerado poco gallarda esa conducta, si el motín en las calles hubiera pedido la guerra, y la opinión, por medio de sus órganos, le hubiera acusado de mal patriota—á él, que había consagrado toda su existencia á la Patria y que acabó dando por ella su vida,—se hubiera retirado, como ya queda dicho, del Gobierno y de España, no queriendo ser responsable de los desastres fatales que amenazaban á la nación.

—Yo bien sé—le oímos decir—que esta conducta me acarrearé en los primeros momentos odios é insultos; pero tengo la seguridad de que los ataques y los dicerios se habrán de trocar en alabanzas... En todo caso, me hará justicia la Historia.

Si estos juicios eran equivocados, lo dirá el tiempo.

Todavía habrá quien acuse de pesimista al Sr. Cánovas. Los hechos darán razón á quien la tenga. Por nuestra parte, creemos que las opiniones del jefe del partido conservador acerca del grave conflicto en que nos hallamos enredados, podían concretarse en estos tres puntos:

1.º Haber acumulado cuantos esfuerzos hubiese podido hacer la nación para conseguir la pacificación de sus colonias, evitando todo rompimiento exterior.

2.º Si este último resultado no se conseguía, haber acudido, sin vacilaciones ni debilidades, á las potencias, á fin de obtener, con la mediación de ellas, que no se disparase el primer cañonazo.

3.º Si la opinión pública hubiera rechazado obstinada y ciegamente este procedimiento, el Sr. Cánovas se habría retirado del Gobierno, declinando toda responsabilidad ante las contingencias de una lucha, aunque heroica, desproporcionada. » (1)

Abrigo iguales convicciones que el autor del artículo que antecede, que lo fué el señor Marqués de Valdeiglesias, director de *La Época*, cuyos juicios confirmó también *El Nacional*, en el siguiente párrafo de otro artículo suyo:

« Para verdades y justicias, el tiempo, maestro y juez.

Viva entre nosotros, en el culto de nuestros afectos perdurables, la memoria de Cánovas, vemos con gozo cómo la figura de aquel hombre, acatado de propios y extraños por su grandeza mientras existió, se agiganta en el recuerdo de los españoles á medida que los años transcurren. Tan legítimas eran su autoridad y su fama, que, lejos de padecer el olvido á que están condenadas por la muerte las glorias de los poderosos, la suya recibe una consagración extraordinaria más pura cuando

(1) Véanse además el artículo publicado por *La Época* en el primer aniversario de la muerte de Cánovas con el título *Veinte años de paz*, página 108; el que asimismo dió á luz en el segundo aniversario, página 119; el del Sr. D. Manuel Ortíz de Pinedo, página 470; el de M. Benoist, publicado en la *Revue de Deux Mondes* del 15 de Agosto de 1897, página 349, y por fin, el del señor Canais, que se inserta en la *Quinta parte*, comentario al debate sobre la inscripción del nombre de Cánovas en el Congreso.

no son las mercedes ni las codicias las que pueden influir este sufragio póstumo.

Los desastres de la Nación hicieron invocar su nombre á cada momento. Contra los que han pretendido descargar en el pobre *Meco* todas las culpas, y contra los que, menos piadosos aún, buscaron cobardemente la impunidad acusando á los muertos, el país ha sentenciado en esta frase repetida continuamente: «¡Si Cánovas hubiese vivido!...» Si hubiese vivido, es verdad, no habríamos llegado á la guerra, ó no hubiéramos encontrado en ella las vergüenzas y las adversidades padecidas.» (1)

A lo que acabo de exponer, hay que añadir las autorizadísimas manifestaciones del señor Duque de Tetuán en la información hecha por *El Liberal* sobre la desastrosa guerra con los Estados Unidos, y que publicó dicho periódico en su número del 20 de Septiembre de 1898:

OPINIONES DEL SR. DUQUE DE TETUÁN

«Rechazo yo, por carácter y por sistema que me he impuesto de negarme á toda exhibición

(1) *El Nacional*, leal y constante defensor siempre del Sr. Cánovas, en su número del 16 de Mayo de 1900, escribía sobre esto y otras cosas, bajo el epígrafe *Jaula de lobos*, lo que se copia á renglón seguido:

«Piden algunos que el Estado se fortifique apretando los resortes de la autoridad frente al desorden manco que lo destruye. Desde hace mucho—dicen—la amenaza y la rebeldía triunfan siempre de la incercia ó de la flojedad de los Gobiernos; é incluyen á Cánovas entre los responsables de esta relajación del poder. Hay que recordar á los que así hablan ahora, cómo afirmaban lo contrario en otros tiempos. Presentaban al ilustre estadista como un tirano soberbio que postergaba todas las opiniones y todas las demandas á su criterio, y que á toda costa mantenía sus empeños sin asustarse de campañas de prensa, de manifestaciones ni de motines. Con la misma inconsecuencia se le ha tratado en la gran cuestión de la guerra con los Estados Unidos: los que antes le acusaban de tolerar vejámenes y humillaciones para el honor y el derecho de España, atribuyeron después la ruptura á la altivez con que el insigne gobernante condujo nuestras relaciones con la República. Y todas estas contradicciones prueban que nunca pecó por exceso ni por defecto. Hubieran aprendido de él cuantos han gobernado y gobiernan, y no estaría tan flojo y tan desacreditado el poder, ni se asustarían del desorden los que han contribuido á fomentarlo enloqueciendo á la opinión con las campañas más desatinadas y contradictorias.»

en la prensa, la idea de una *interview* en que tenga que hacer declaraciones políticas.

Creo que el país está cansado de tantas palabras y necesita quien le gobierne y le dirija.

Pero no puedo negarme á esa, para mí honrosa, invitación de *El Liberal*, sobre todo para aclarar y rectificar puntos de historia, para señalar la conducta del partido conservador, y singularmente del Sr. Cánovas, que encarnaba todo el partido, que puso al servicio de una gran causa, la de evitar la desastrosa guerra con los Estados Unidos, toda su habilidad, todo su celo, todo su patriotismo.

Se acusaba antes de la guerra al partido conservador de debilidad ante las exigencias de la República norteamericana, y ahora, después de la derrota, se le acusa de no haber cedido á tiempo. No intentaré siquiera entrar en discusiones y en polémicas que, sobre no tener más eficacia que la puramente de enseñanza histórica, pudiera acarrearlos el mal de dar argumentos al enemigo, cuando aún no está ultimada la paz.

Pero en fin, los hechos son los hechos. El partido conservador declinó los *buenos oficios* de los Estados Unidos en 4 de Abril de 1896, porque no era ocasión entonces de aceptarlos ni la Nación quería que se aceptasen. Lo cual no fué obstáculo para que diez y ocho meses después, en 23 de Septiembre de 1897, volvieran á reproducir la misma proposición de mediación en términos un poco más apremiantes, pero no menos considerados y amistosos. ¿Por qué no los aceptó el partido liberal, á quien se dejó íntegra la cuestión para resolver y contestar como tuviera por conveniente, como le aconsejaran los intereses de la Patria, á la nota de Woodford?

Yo no sé lo que hubiera hecho Cánovas, de haber vivido. No me lo dijo; no era hombre que tuviera la costumbre de consultar sus resoluciones. Pero por una infinidad de hechos, por la observación constante de su actitud desde que comenzó la insurrección y con ella el conflicto de los Estados Unidos, yo me permito hacer estas dos afirmaciones, que no creo serán controvertidas ni negadas por nadie:

1.^a Jamás hubiera ido á la guerra con los Estados Unidos el Sr. Cánovas, mientras conservara el Gobierno y mientras le durara la vida.

2.^a Para lograr ese fin, que era el mayor servicio que pudiera prestar á su Patria, el

Sr. Cánovas hubiera continuado su política, consistente en evitar la lucha armada con tan poderoso, colosal, formidable pueblo, llevando las negociaciones de modo que impidieran la afrenta del *ultimatum*.

De haber vivido el Sr. Cánovas, hubiera convocado las Cortes en Octubre y hubiera expuesto ante el país toda la cuestión, la cuestión entera como era en sí, como la planteaban los hechos, para que España resolviera, adoptando las resoluciones más extremas para salvar su vida, para huir de la gran calamidad nacional, de una contienda con los Estados Unidos.

Así lo habíamos hecho durante dos años y medio, en el incidente peligrosísimo del *Alliance*, en las graves y terribles complicaciones de las expediciones filibusteras, en lo que pudo ser la declaración inmediata de guerra, cuando el *Laurada* se proponía ir á Valencia para provocar manifestaciones patrióticas al tiempo mismo que se abría el Congreso federal y se daba con ello pretexto á los *jinjos* para el reconocimiento de la beligerancia, y tal vez de la independencia de Cuba; en mil y mil cuestiones que en tan largo período salvamos en paz y sin quebranto de nuestro honor.

El partido conservador, el Sr. Cánovas como jefe del Gobierno, yo como ministro de Estado, teníamos la profunda convicción de que una lucha con la República del Norte de América era nuestra ruina cierta, y en nuestra alma y conciencia no podíamos llevar al país á tan gran desastre.

Era nuestra inevitable ruina, porque los Estados Unidos son en extensión superficial casi tanto como es Europa: porque allí se producen todas las primeras materias para la guerra, tales como el carbón, el hierro, el cobre: porque allí poseen 500.000 kilómetros cuadrados, los que tiene Francia de superficie, en que puedan hallar carbón abundantísimo; porque las industrias necesarias á una lucha armada son en aquel país de una importancia tan extraordinaria como puedan ser en Inglaterra, poderosa y activísima; porque su poder naval era evidentemente superior al nuestro; porque su población es cuatro veces mayor que la de España, y, en fin, porque su riqueza es, con relación á la de nuestra Península, seis veces más grande...

Esto podía ignorarlo el vulgo; era lícito ignorarlo á las gentes que no habían hecho el

estudio de nuestras fuerzas y su comparación con las fuerzas del enemigo; podía hasta ser excusable, nunca justificarse, en los que se dejaban guiar de un patriotismo tan exaltado como irreflexivo; pero era totalmente imperdonable el desconocerlo en los gobernantes, en los que habían de responder ante su país y ante la Historia del desastre de la guerra. ¿Qué, el partido liberal, el Gobierno del señor Sagasta, no sabía lo que no ignoraba nadie en Europa que se dedicara, aunque sólo fuera de afición, á la política? ¿De qué otra manera se explica que nada menos que Inglaterra admitiese, á pesar de su fuerza y de su orgullo, la *intervención* de los Estados Unidos en la cuestión con Venezuela?

Para el partido liberal, había al subir al poder tres caminos que tomar para la solución de la cuestión de Cuba y sus inevitables complicaciones internacionales. O aceptar los *buenos oficios* contenidos en la proposición de Woodford, yendo derechamente á un pacto con los Estados Unidos; ó tratar con los insurrectos cual se trató en el Zanjón, dándoles la autonomía y logrando las mayores ventajas posibles; ó reconocer la independencia de Cuba, venderla, ir resueltamente á su abandono, ante la imposibilidad de seguir los sacrificios del país.

Nada de eso se hizo, y el partido liberal, el Gobierno del Sr. Sagasta, tomó el único camino que no tenía salida posible; otorgó la autonomía en pura pérdida, sin entenderse con los insurrectos ni con los Estados Unidos, cual si se arrojaban billetes de Banco por la ventana sin saber siquiera quién los iba á recoger ni á quién aprovechaban. Por eso los Estados Unidos, al ver que concedíamos la autonomía sin tratar con ellos y sin pactar con los insurrectos, adoptaban la actitud que es fama adoptó aquel á quien, sin ser su dueño, le consultaban si esquilaba el perro...

Y luego que los liberales con sus torpezas hicieron inevitable la guerra llevándonos hasta el *ultimatum*, condición irreductible de lucha, porque la afrenta no la tolera nunca una nación honrada, ¿se prepararon acaso para la contienda? ¿No nos han puesto ante Europa, ante el mundo, en una situación de debilidad y de indefensión, que es hasta superior á la realidad misma de nuestras escasas fuerzas?

El hecho innegable es la pérdida de nuestro imperio colonial; el hecho indiscutible es la

destrucción de nuestras escuadras; el hecho que no necesita de confirmaciones oficiales es que tenemos que evacuar nuestros territorios y repatriar nuestros soldados. Y ante tanto mal é infortunio tanto, ¿qué sucede? Sucede, que no ha sucedido nada; que al abrirse las Cortes aparece en el banco azul el Gobierno causante de esas desdichas, y á su cabeza el Sr. Sagasta, en quien se sintetizan todas las responsabilidades, que es expresión de tan enorme calamidad del desastre.

Ese Gobierno del Sr. Sagasta debe desaparecer, no porque se llame liberal ó porque lo presida el Sr. Sagasta; debe desaparecer porque en su tiempo, bajo su mando, con su política de acción y hasta de omisión hemos perdido lo que hemos perdido, tanto, tanto, que no cabe siquiera abarcar la inmensidad del mal.

Lo menos que puede hacer el Gobierno es lo que hizo Blanco al firmarse el Protocolo: *dimidir*. ¿Pues qué, cuando un general pierde una batalla, y más si pierde una campaña, hay fuerzas humanas que le sostengan en su puesto?

El Gobierno del Sr. Sagasta no podía ignorar, no debía ignorar la máxima del gran Federico, quien dijera que para la guerra se necesita «dinero, dinero, dinero», y también «hombres, hombres y hombres».

Eso ignoró, y por ignorarlo culpable es de cuanto ha sucedido, culpable también de faltar á su función, *gobernar y dirigir*. Y por eso la opinión, que ve que no se hacen efectivas tamañas responsabilidades, se irrita contra todos y contra todo, clama contra sus infortunados defensores y se revuelve airada, no comprendiendo, no pudiendo comprender que «aquí no ha pasado nada», como afecta creer en su inconsciencia el Gobierno del Sr. Sagasta.»

El Sr. Morote (1), no obstante lo expuesto, y que en parte le era ó debía ser conocido, en su obra ya citada, *La moral de la derrota*, cap. II, pág. 27, después de recordar el discurso de Castelar de 1888 y el de Cánovas de la guerra con la guerra, hace algunas apreciaciones

(1) De quien publicamos un precioso artículo, página 482.

contra el último que, por mi parte, no recojo y contesto fiel al propósito de no terciar en debate alguno relacionado con la política de mi hermano; y como si esto fuera poco, más adelante, en el cap. IV, pág. 63, se ocupa del *conflicto internacional* y de la Nota de Mr. Ricardo Olney en sentido contrario á los actos del Gobierno que aquel presidía. En este caso tengo la fortuna de que unos antes y otros después, hayan refutado los juicios del Sr. Morote, pues aparte de lo que acabo de transcribir del señor Duque de Tetuán, autoridad de tanto peso en la materia, reproduzco á continuación lo que, bajo el epigrafe *Triste aniversario*, escribía el exministro D. Tomás Castellano en el número de *El Diario de Zaragoza* correspondiente al 8 de Agosto de 1898: (1)

«Un año no más ha transcurrido desde que el crimen horrendo se consumó en Santa Ague-

(1) Mucho esclarecen también la cuestión las dos obras que recientemente ha publicado el Sr. D. Rafael María de Labra, autoridad competentísima en la materia, con el título la una (publicada á fines de 1900): *Aspecto internacional de la cuestión de Cuba*, y la otra (impresa en el año actual) *Estudios de política punitiva*, de que tuve noticia ya terminada, y en prensa, esta *Introducción*. Naturalmente me procuré ejemplares de ellas, y como era de presumir, encontré citado diferentes veces el nombre de mi hermano, y aludidos sus actos de gobierno en relación con la política colonial.

A nadie sorprenderá de seguro, dadas las opiniones, de todos conocidas del Sr. Labra, autonomista de siempre, que se manifieste en desacuerdo, no sólo con los Gobiernos que presidió mi referido hermano, sino con los del Sr. Sagasta y demás que rigieron los destinos del país desde 1868 hasta la pérdida de las Antillas. Eso era de esperar, no diré que de temer, tratándose de un hombre de las ideas que profesa el Sr. Labra y que tan elocuentemente ha sustentado en la tribuna parlamentaria; como era de presumir también, dada la cortesa y corrección con que razona y discute siempre, el respeto y consideración con que habla de sus adversarios.

Por eso, y aunque por mi parte no esté conforme con las opiniones y juicios que emite en muchos casos, voy á recoger algunas de sus apreciaciones sin discutirías, fiel al plan que me tracé desde un principio, y á exponer después los hechos que tan exactamente relata y hubieron de determinar el rompimiento con los Estados Unidos.

En la primera de las obras citadas aplaude el Sr. La-

da, y tales y tantas desdichas se han amontonado desde entonces sobre la Nación española, que parece que contemplamos aquel nefasto día á través de un siglo.

El grande hombre, que no tuvo igual en la edad contemporánea de este país, al sucumbir, se llevó á la tumba el acierto y la previsión. Diríase que sólo nos dejó la confusión y las tinieblas.

bra, como era de suponer, el Real decreto-reforma de 24 de Abril de 1897 refrendado por mi hermano, y sobre todo su preámbulo, como fundamentado en consideraciones de carácter internacional bastante próximas á las que él expuso, dice, en el Senado en Junio de 1890, lamentando tan sólo que el jefe del partido conservador no hubiese llevado más allá su acción y que no se hubiera determinado á evitar el conflicto posterior (que ocurrió después de su muerte) con los Estados Unidos, provocando en términos decorosos y de positiva eficacia la acción internacional con motivo ó á pretexto de las reclamaciones pecuniarias que pesaban, por causa de Cuba, sobre el Gobierno español. «De todos modos—añade,—es imposible negar hoy que el decreto de Abril de 1897 produjo un buen efecto fuera de España.»

«Bastaría para demostrarlo—continúa—algunos de los documentos recientemente publicados por el Gobierno español en su *Libro Rojo*. Por ejemplo, la extensa Nota que Mr. Olney (Ministro de Negocios extranjeros de los Estados Unidos de América) pasó en 10 de Abril de 1896 á nuestro Gobierno, y que el señor Duque de Tetuán, Ministro de Estado en España, contestó en 22 del mismo mes y año; el Mensaje del Presidente Cleveland al Congreso Americano en 8 de Diciembre de 1896, y las comunicaciones hechas por el mencionado Mr. Olney al Ministro de España en Washington, Sr. Dupuy de Lome, y de que éste da cuenta en su despacho de 13 de Febrero de 1897.»

Todo esto, según el Sr. Labra, dice bien claro que era urgente continuar, con más energía y con propósito de mayor alcance, por el camino emprendido en Abril del 97.

Habla después,—porque ya conviene exponer los antecedentes del rompimiento con los Estados Unidos,—de los decretos, sinceramente autonomistas, del Gobierno liberal de 25 de Noviembre de 1897, de que hubo de protestar—dice—el Presidente de la Junta de Nueva York, Sr. Palma Estrada, afirmando que la autonomía proclamada por el Gobierno, ni era tal cosa, ni sería establecida y desarrollada en las Antillas con sinceridad; y refiere los tres rozamientos de verdadera importancia entre los Gobiernos de Washington y de Madrid que precedieron á la guerra: 1.º El producido por el motín de la Habana de 5 de Enero de 1898. 2.º La voladura del *Maine*. Y 3.º La extraviada carta del Ministro español Sr. Dupuy de Lome, en la cual dicho diplomático censuraba duramente al Presidente Mackinley.

Por bajo de estas tres cuestiones, que se resolvieron amistosamente (la segunda renació después), aparecieron otras dos—dice el Sr. Labra,—de mucha menor importancia en la apariencia, motivada la una por el desdeseo del Gobierno norteamericano de socorrer con dinero, y aun con víveres, á las víctimas de la guerra de Cuba; y la otra por los aprestos militares, así de España como

Su esclarecida inteligencia iluminaba con refulgentes resplandores los arduos problemas que afectaban á la Patria; su férrea voluntad imprimía entusiasmos, infundía esperanzas y avivaba la fe de la Nación; su mano poderosa contenía la decadencia del país. Faltó su apoyo, y hemos rodado al abismo.

Su muerte bastó para que se alterase el

de los Estados Unidos, motivo éste de preocupación para ambas naciones, y á que siguió pronto, en medio de la aparente cortesía en las relaciones de ellas, la conferencia urgente que provocó con nuestro Ministro de Estado Mr. Woodford, á que asistió, por indicación del mismo, el Ministro, entonces de Ultramar, Sr. Morot, y por término de la cual dejó el Ministro norteamericano en poder de los españoles la *Manifestación, ó conminación*, como la llama el Sr. Labra, de que si dentro de muy pocos días no se llegaba á un acuerdo satisfactorio que asegurase una paz inmediata y honrosa en Cuba, el Presidente no podría por menos de someter en su totalidad al Congreso, para su decisión, la cuestión de las relaciones entre España y los Estados Unidos, comprendiendo en ella el asunto del *Maine*.

Desde este momento podía tenerse, como quien dice, casi por declarada la guerra, pues tras de otros pasos y negociaciones, llevadas con suma rapidez, que están en la memoria de todos, se sancionó por el Presidente de los Estados Unidos el *bill* votado por las Cámaras, que obligó á nuestro Ministro representante á salir de allí el 20 de Abril de 1898, y á nuestro Gobierno á comunicar á Mr. Woodford el 21 que quedaban interrumpidas las relaciones diplomáticas entre España y la República americana.

En su segunda ó más reciente y extensa obra, que titula *La crisis colonial de España*, tan bien escrita y llena de datos como la anterior, trata el Sr. Labra del último periodo de la dominación española en América y Asia, aunque más especialmente de las dos insurrecciones separatistas de Cuba de 1868 y 1895.

Después de hablar del Pacto del Zanjón, aceptado y proclamado primero por el General D. Arsenio Martínez Campos, y luego por el Gobierno de Madrid, presidido por el Sr. Cánovas del Castillo, que produjo la paz, demostrándose prácticamente—dice—la razón con que siete años antes en pleno Parlamento y sólo sostuvo el que la cuestión de Cuba no era una mera cuestión de fuerza, y que no se concluiría por ese solo medio; ocupase de la segunda insurrección de dicha isla y, naturalmente, de sus causas; del propósito que tuvo de obligar á los partidos gobernantes á concretar su solución colonial; de las frases que aparecieron en el Mensaje de la Corona á las Cortes, cuyas sesiones se inauguraron en 11 de Mayo de 1896 y en que aparecía la indicación del *self government* colonial, indicación no extraña presidiendo el Gobierno el Sr. Cánovas del Castillo, que ya en la sesión del Congreso de 24 de Junio de 1884, discutiendo con el autor del libro, había reconocido la bondad teórica de la doctrina autonomista, y á quien atribuye más adelante, por un lado, el deseo de atender la recomendación de los Gobiernos extranjeros y de toda la prensa del mundo culto en favor de un nuevo régimen para las Antillas españolas; y de otro, preparar al partido conservador y

mapa del mundo y cambiaran radicalmente los derroteros de la Historia de España.

•••

Elevemos en este triste día una plegaria al cielo por aquella alma templada para la abnegación, para el patriotismo y hasta para el martirio.

Dediquemos hoy, entre las ruinas de la Pa-

á la excitada opinión pública de la Península para un cambio profundo en el sistema colonial, como al fin vino á realizarse por el Real decreto de 29 de Abril de 1897. Manifiesta el Sr. Labra el interés que tuvo en estrechar al partido liberal para que formulase claramente sus soluciones poniendo término al silencio que guardaba, y á su conducta limitada á pedir con reservas la aplicación de la ley de reforma votada en 1896 para Cuba y Puerto Rico y á proclamar la necesidad de unir á la acción de las armas la acción política, sin haber medio de que precisara en qué había de consistir esa acción política, siendo incontestable (como pensaba y había dicho el señor Cánovas) que la reforma de 1895 ya pecaba de insuficiente, añadiendo que desde el punto y hora en que el partido conservador tomaba la orientación autonomista, la lógica de la política llevaba al partido liberal á afirmaciones resueltas, pareciendo imposible que obligado á bostezar quedase dicho partido detrás del conservador. Pasaron las cosas de tal suerte—añade el señor Labra,—que el Sr. Cánovas resultó en los debates sobre ese punto á que dió lugar el Mensaje en el Congreso, más cerca de él y más expansivo que los liberales. Pero si el Sr. Sagasta—continda,—como jefe del partido liberal, hubiese hecho entonces siquiera las deficientes manifestaciones sobre política colonial de Junio de 1897, ¡cuán otros habrían sido los decretos del Sr. Cánovas del Castillo de Abril del propio año y cuán otra la situación de España y Cuba!

Siguiendo el Sr. Labra en este orden de consideraciones, dice que los hechos impusieron al fin, aludiendo al decreto refrendado por el Sr. Cánovas en 29 de Abril de 1897, lo que debieran haber determinado las palabras y la reflexión un año antes. «No es del momento—dice—exponer mi criterio respecto de estos particulares. A su tiempo lo hice con la brevedad que el caso exigía. El Sr. Cánovas del Castillo me favoreció, haciéndome conocer sus proyectos, antes de darme la última mano; por entonces me abstuve de decir nada sobre este punto...» «Mas ahora debo decir que encontré al Sr. Cánovas dispuesto á hacer en sentido autonomista mucho más de lo consignado en el decreto de Abril. Respecto de las declaraciones del Sr. Sagasta, debo recordar que me produjeron una verdadera decepción...»

Trata después de que la idea abrió su camino por su propia virtualidad: de la oración que pronunció en Zaragoza el Sr. Moret, en medio de grandes aplausos, en la primavera de 1897; de la ratificación por el Sr. Sagasta de las declaraciones autonomistas hechas por aquél y de haber sido ellas el programa del Gobierno presidido por el mismo cuando en el otoño de dicho año ocupó el Poder, á lo que respondieron los decretos autonomistas de 25 de Noviembre inmediato, y que no lograron impedir, añadimos nosotros, ni la guerra con los Estados Unidos, ni la pérdida de las colonias

tria, un recuerdo para el que fué el restaurador de su contemporánea grandeza.

Honremos, en fin, la memoria de D. Antonio Cánovas del Castillo; que los pueblos que no honran sus glorias nacionales, caen en la abyección y son merecedores de las maldiciones de la Historia.»

TOMÁS CASTELLANO.

Zaragoza, 8 Agosto 1898.

•••

A continuación publicaba el propio periódico lo que sigue:

EL FINAL DE UN CONSEJO DE MINISTROS (HISTÓRICO)

«Comenzaba á declinar la insurrección cubana. El Presidente del Gobierno conservador acababa de trazar ante S. M., en Consejo de Ministros, la eficacia de las severas medidas en que el General Weyler cimentaba su obra pacificadora.

Ya de pie, y á punto de abandonar la regia estancia los Consejeros de la Corona, el señor Cánovas del Castillo, respondiendo á aquel patriótico sentimiento que siempre le hizo ver en la guerra de Cuba una cuestión eminentemente nacional, se expresó en parecidas razones á las siguientes:

«Señora: Si la Nación cree que el Gobierno se equivoca; si entiende que á la acción militar debe anteponerse la acción política, y que en vez de unas reformas generosamente otorgadas después del triunfo, debe preferirse la concesión anticipada del régimen autonómico, yo, que en modo alguno quiero ser obstáculo para la pronta pacificación de Cuba, no me opondré á ello, pero no seré ciertamente quien lo haga, porque tengo la firme convicción de que la concesión de la autonomía producirá la pérdida de la isla.

Y si tal sucediese—añadió visiblemente emocionado y arrasándosele los ojos,—sería para mí una desgracia nacional tan inmensa, que aquel día habría concluido yo para el mundo... No sólo pondría término á mi vida pública, sino que tengo por cierto que no podría sobrevivir á la pérdida de Cuba y que se extinguiría en mí hasta la vida física.»

Si en los destinos inescrutables de la Historia, continuaba después el periódico, era sonada la hora de la actual catástrofe, hay que reconocer que la Providencia se apiadó del gran patriota, privándole de la existencia antes de que presenciara el desmembramiento de la Patria.

A renglón seguido y á modo de *preámbulo* de un trabajo que titula *Cánovas y el problema cubano*, escribía el mismo periódico, de que se toma lo que antecede, lo que se copia á continuación:

«Cánovas, como el gran Alejandro, pudo decir que sus funerales serían sangrientos. Menos de un año se ha tardado en deshacer su obra, que no parece sino que apenas faltó el aliento de aquel espíritu fuerte, dedicáronse los partidos españoles, picota en mano, á destruir el gigantesco edificio que labró con su genio el eminente patricio.

No es hora de acusar á nadie; bástenos consignar que aquellos que hoy y siempre rinden y rendirán culto á las grandes ideas y á la hermosa memoria de aquel hombre extraordinario, han sido con más dolor y más pesadumbre que nadie espectadores de la catástrofe.

Pasados los primeros momentos de estupor que produjo el nefando crimen de Santa Agueda; abominado el asesinato y llorado el que era por tantos conceptos gloria de su Patria, triste es decirlo, la humana flaqueza, traducida en una necia soberbia, se cuidó, ante todo, de disimular la pérdida; y muchos de los que podían y tenían exacta noción de los hombres y de los acontecimientos, aparentaron creer que no se había producido un vacío que no pudiera fácilmente llenarse. No se quiso hacer de buena fe la justicia debida al autor de la reconstitución nacional; al que, sin alardes ni jactancias, pudo decir un día que había venido á continuar la Historia de España, interrumpida por el período revolucionario.

Los tristes hechos del presente; el cuadro desolador que ofrece hoy la Patria, es el mejor testimonio de lo imprescindible que era Cánovas á la Nación española. Tan triste es el testimonio, que el gran patriota, para evitarlo, hubiera sacrificado su gloria.

Tampoco nosotros quisiéramos rendir tributo á tal costa al insigne estadista; pero irremediables los hechos, los responsables aprovechan el dolor y la amargura que á la Nación producen para descargar parte de sus culpas en quien de ellas está libre, y eso no puede ser tolerado por los que, enterados de los sucesos, saben la parte que cada cual ha tomado en ellos.

Franca y abiertamente, sin rodeos que empañarían el pensamiento, nosotros tenemos el deber de afirmar hoy lo que algún día confesará la Nación entera; es, á saber: que sin el crimen de Santa Agueda, la Patria no hubiera pasado por pruebas tan dolorosas como las que lamenta.

En el magno problema cubano, cuyo desenlace se aproxima, tuvo Cánovas una política fija y patriótica, la única que podía haber dado la solución conveniente. Abarcó él en toda su extensión y profundidad esa complicada y tremenda cuestión, y de tal modo transparentó su pensamiento y señaló el rumbo que podía y debía seguirse, que nos extraña cómo ha podido desconocerse.

Expuesto está en sus discursos cuanto pensaba y sentía. Los textos hablan con irrefutable elocuencia.

Dos puntos puede decirse que abarca su pensamiento en la compleja cuestión: 1.º, su política en Cuba; 2.º, su política con los Estados Unidos. En ellos están comprendidas la idea generadora, norma de su conducta, su prudencia y previsión y su concepto de la dignidad nacional, que expondremos aparte.»

Lo mismo lo anterior que lo que sigue inmediatamente, estaba inspirado por el exministro de Ultramar, Sr. D. Tomás Castellano, siendo suyos los comentarios que se reproducen:

POLÍTICA DE CÁNOVAS EN CUBA

«Cánovas, interpretando el sentimiento de dignidad nacional y por convicción y conocimiento de la insurrección cubana, se propuso terminarla por medio de las armas, ofreciendo, sin embargo, como una esperanza y como un auxilio á nuestra causa, una personalidad administrativa á las antillas, cuando Cuba estuviera pacificada. Por eso asombró al mundo

con las expediciones militares á la isla, con los gigantescos esfuerzos realizados, afirmando al mismo tiempo la vitalidad y poderío de la Nación española.

Sus declaraciones están terminantes; jamás se observa en sus palabras la más ligera contradicción. Nadie como él apreció con exactitud el problema cubano, ni nadie tuvo tampoco la clarividencia de los acontecimientos que impulsaba su norma de acción en el sentido en que lo realizó.

En la sesión del Senado del 1.º de Julio de 1896, con ocasión del debate sobre el Mensaje de la Corona, se expresó así el Sr. Cánovas:

«Dijo S. S. en la tarde de ayer que la implantación inmediata de la autonomía (no sé cuál, pero una autonomía) en la isla de Cuba, sería el fin de la guerra y la segura medicina para la Patria. Libre es el Sr. Labra de profesar esas opiniones; libres son, ó pueden ser, otros hoy, ó en el día de mañana, de juzgarlas de esa manera y de aplicarlas. Yo, á nadie que proceda con buena fe, que proceda con patriotismo, aunque sea con error, he de inculparle de una manera violenta ni mal intencionada.

Delante de una cuestión de esta magnitud, en la cual no es competente para juzgar sino la Nación entera, yo procederé con suma moderación, con prudencia suma, con respeto á todas las opiniones. Sea el que quiera el porvenir, lo único que yo me reservo es aquello que está en los dictados de mi conciencia, sobre la cual no creo que nadie tenga interés en pesar de una manera injusta.

Así es que en la cuestión de Cuba he de ir tan lejos como la seguridad de la soberanía de España pueda resistir las concesiones, tan pronto como una justa desconfianza, no excesiva ni supersticiosa, sino una confianza racional, autorice que se vaya en las concesiones para no comprometer la suerte de la soberanía española. (*Muy bien, muy bien.*)

Donde quiera que me encuentre con eso peli-gro, yo, que no soy tan optimista como el señor Labra; yo, que no pertenezco á una escuela optimista en sí como la democrática, á que S. S. pertenece; yo, que tengo más en cuenta los dictados positivos de la Historia y los dictados positivos y prosáicos de la experiencia; yo no he de ir, no iré jamás á nada, repito, que deje comprometida la soberanía española en la isla de Cuba. Sin por esto retractarme, ni mucho menos, de nada de lo

que he puesto en labios de S. M. en el discurso de la Corona; sin que por esto me obligue á no aplicar á aquella isla todas las mejoras en la administración de que sea susceptible y que allí se deseen; yo digo y repito que mientras no haya seguridad para la soberanía, no he de consentir en cosa alguna; y no creo que allí cabe seguridad para la soberanía mientras las reformas y las concesiones que se otorguen á los insurrectos en armas, les puedan hacer creer que las han obtenido por su valor y por virtud de su victoria, sino por generosidad de la Patria española. (*Aplausos.*)

¡Hay otros que piensan de distinta manera! Sea; yo estoy sometido al espíritu y á la voluntad del país; no seré sordo para escucharle; no seré tardo para cumplir sus determinaciones; pero es la Nación, es la Patria la que ha de dictar la conducta que en estos asuntos se ha de seguir definitivamente. (*Muy bien, muy bien.*) Por mi parte, ya no puedo hablar con más franqueza.

Es posible que haya un momento en la lucha en que, visiblemente vencidos los enemigos de España; en que, reducidos á una verdadera impotencia, le sea posible al Gobierno español obrar libre y generosamente, sin menoscabo alguno. Es claro que en esto que yo digo no se comprende el caso de que algunas partidas sueltas, más bien ya de meros foragidos que de soldados más ó menos regulares, recorran tal ó cual parte de la isla de Cuba; pero la victoria ha de ser ya evidente, el triunfo de España indisputable para que pueda usar de su generosidad.»

El mismo discurso añadía más adelante:

«Pero entiéndase, sobre todo, y digo esto para concluir ya; entiéndase esto, sobre todo, que no vale suprimir en los cálculos sobre Cuba y sus organizaciones posibles, que no basta suprimir, como el Sr. Labra ha suprimido, el elemento separatista, porque este elemento, por desgracia, es importantísimo por todas las cosas de Cuba. La isla de Cuba no se organizará, no se gobernará, no seguirá en paz, tan sólo con que el partido de unión constitucional extreme sus sacrificios, que á todo parece estar dispuesto, según las apariencias; ni se concluirá la cuestión de que se trata tampoco con que el partido reformista, más ó menos reducido en este instante, venga á términos de paz y de transacción; ni siquiera, con que los autonomistas patriotas que no reniegan de la

Patria española, como S. S., vengan de buena fe á prestar su concurso para la nueva organización del país.

Para todo esto hay que contar en bien y en mal; en mal, generalmente, con el elemento separatista que allí hay, y que no ha de desaparecer nunca, cualesquiera que sean las concesiones que les déis. Este partido separatista luchará, no hará caso nunca de las concesiones, y únicamente cuando esté vencido, rendido, sin posibilidad de levantar la cabeza, permitirá que se implanten allí nuevas instituciones en la paz. Las concesiones que se hagan pueden y deben hacerse para atraer á los que sea posible atraer, para fortalecer la fe de los partidos españoles; pero que tienen ideas y opiniones más avanzadas que las contenidas en la legislación vigente ó cualquiera de las que se han ofrecido hasta ahora.»

Por no aprovecharse de esta advertencia profética, ha incurrido el partido liberal en su craso error origen de los males presentes. Decidido á implantar amplias reformas en la creencia de que constituyan mejor medio que el de las armas para terminar la insurrección, debió entenderse con el elemento separatista, contar, ante todo con él, según enseñó Cánovas.

Para terminar este punto y con el objeto de que se vea la fe que Cánovas tenía en su sistema y en el triunfo, así como en las energías de España, vamos á transcribir sus palabras en la sesión del Congreso del 7 de Agosto del mismo año 96.

Dijo entonces:

«Pero, en fin, hablando humanamente, hablando según las probabilidades racionales. ¿queréis que os diga de una vez cuál es mi opinión sobre el término que puede tener la guerra de Cuba? Pues yo os lo diré, aunque con riesgo de equivocarme como cualquier humano profeta; pero lo diré, puesto que se me pregunta.

Mi opinión es que el ejército español jamás saldrá de Cuba vencido. No tiene la insurrección armada de aquel país, no tiene aquella insurrección abigarrada medios militares, medios morales ni medios intelectuales de ninguna especie para hacer evacuar la isla de Cuba al ejército español. Pero esto lo saben ellos como nosotros, esto no lo ocultan y lo manifiestan hasta en los catecismos vulgares.

No se trata de eso; para ellos, se trata de probar la fuerza y la resistencia de España; para ellos se trata de ver si la Península española tiene bastante fe y bastante amor á la posesión de Cuba para seguir gastando allí todo su dinero, todos sus esfuerzos, la sangre que sea necesaria de sus hijos, á fin de conservar aquel pedazo de tierra bajo la bandera nacional.

¿Se equivocan, como yo creo? La Nación española, ¿antepones á todo el término de aquella guerra y se presta prácticamente, activamente á ello, sin gastar tiempo en discusiones inútiles? La guerra se acabará, porque no puede menos de acabarse. Es imposible el choque entre dos elementos tan diferentes en número como el ejército español y los insurrectos. En el choque entre dos masas de hombres, necesariamente sucumbe la menor. Allí cada hombre que pierden, cada valiente que acaba, como últimamente ha acabado uno de los más valientes cabecillas, abre más brecha que 10, que 15, que 20 jefes y soldados españoles en iguales condiciones. Aquel núcleo de fuerza se gasta; aquel núcleo llegaría á acabarse, como se acabó la gente belicosa en la guerra anterior; en cambio, España, un día y otro, envía allí su juventud robusta, y la manda hasta que llegue en la cantidad necesaria para vencer. Pero siempre tendremos encima este problema, que es el más grave: la necesidad de gastar, y gastar mucho, para mantener allí un ejército que acabe la guerra.

¿Hasta dónde queremos gastar? ¿Cuánto y de qué manera queremos gastar? Todas estas son las cuestiones prácticas y que están en relación con el final de la guerra. A ellas, pues, hay que consagrar preferente atención. Si, desgraciadamente, un día el pueblo español creyera que la empresa, aunque no superior á su valor, era superior á su conveniencia, el día en que ese pensamiento egoísta entrara en el corazón de los españoles, yo habría dejado de ser hombre político para siempre jamás. (*Aplausos*); pero no por eso arrojaría personalmente ningún baldón sobre mi Patria; yo respetaría sus resoluciones, hasta esa misma, pero acabando aquel día mi vida política, y probablemente también, bajo el peso de ese dolor, mi vida personal. (*Grandes aplausos.*)

En fin, esto es lo que la Nación tiene que ver. ¿Se quiere más claridad? Es preciso que los españoles vuelvan sus ojos sobre sí mismos. Tenemos esa empresa inferior á nuestro valor,

inferior á nuestra fuerza armada, inferior á la fuerza de nuestros soldados, tan grande como puedan ser nuestras fuerzas económicas; pero aun así y todo, queremos aplicar esas fuerzas económicas á acabar la guerra.

No puedo decir más; tampoco creo que con esto he dicho demasiado, porque esto lo sabe hasta el último insurrecto, que serán vencidos si España persiste en gastar. Lo que hay es que están en un error al creer que España no persistirá, y que, tarde ó temprano, se cansará de los sacrificios que la guerra le cuesta.

Este es un error de que importa grandemente sacarlos, y por esto yo me proponía dar estas explicaciones.»



Sigue después, refiriéndome siempre al *Diario de Zaragoza* y á su inspirador el Sr. Castellano, lo que á continuación se copia igualmente:

CÁNOVAS Y LOS ESTADOS UNIDOS

«De la dignidad y previsión de la política de aquel insigne estadista para con la República norteamericana, se juzgará también con textos á la vista.

Todo el mundo comprendió desde el primer momento que la parte más delicada del problema cubano radicaba en los Estados Unidos; pero la opinión fué pronto extraviada por la política de oposición y por la prensa, que no tuvo jamás conocimiento exacto de lo que era y podía la República norteamericana, ni del desarrollo de su política en la cuestión cubana. El único que tenía profundo conocimiento de ello, que supo mantener sereno y aunar la prudencia con la energía, fué el eminente estadista.

De su previsión dan prueba completa las frases que pronunció en el Congreso, precisamente el día 8 de Agosto del 96, un año justo antes de su muerte. Es consideración singular que en esa fecha demostrara el gran hombre de Estado su previsión para el porvenir, y en la misma, un año después, fuera asesinado. Cuando menos esa coincidencia hacía resaltar más la importancia de la pérdida que experimentó España.

Defendía el Sr. Cánovas el presupuesto ex-

traordinario, y contestando al Sr. Gamazo, explicaba el objeto verdadero del dicho presupuesto en esta forma:

«El Sr. Gamazo, con la cortesía, con la templanza, con la exactitud de palabra que le es tan propia, ha recordado una conversación nuestra, á la cual, en realidad, aludí ayer, sin dar á esta alusión grande importancia; porque, como estaba seguro de que S. S. y yo habíamos de convenir en lo pasado y decir igualmente la pura y sencilla verdad, no le dí, repito, importancia alguna. Fué para mí un episodio accidental de la pequeña historia que estaba exponiendo de los motivos por los cuales había yo acordado que, en vez de contentarme con el presupuesto del año anterior, discutiéramos el nuevo.

Casi sólo de esto hablamos el Sr. Gamazo y yo el día que tuve la honra de recibir su visita, pues aunque se aludió en la conversación al presupuesto extraordinario y á la manera de discutirlo, no recuerdo que entrara en modo alguno en el pensamiento de S. S. hacer reflexiones sobre él. Y en esta opinión me confirma lo que S. S. ha declarado esta tarde respecto á que nada le dije sobre el alcance que se ha dado después al tal presupuesto.

Efectivamente, según indiqué también al paso en el día de ayer, no hablé sólo con su señoría por aquellos días; hablé con otras personas de importancia, con quienes por acaso encontré ocasión de hablar, y sin aludir á nadie, sin solicitar la intervención de nadie, porque en todo aquello que no sea esencial y que no crea conveniente al interés público no tengo deseo de que nadie use de la palabra; menos ahora, que tan estrechos de tiempo estamos, puedo en alta voz decir que á otras personas, antes del día que tuve la honra de hablar con el Sr. Gamazo, á personas de grande importancia les dije con bastante claridad lo que significaba el presupuesto extraordinario, y aun me lisonjeo de creer que lo entendieron.

El Sr. Gamazo no lo entendió, porque no se lo dije, y no tenía obligación de adivinarlo.

Ya entonces dije á la persona á quien aludo, como se lo dije á otras, una cosa que siempre debí suponer que ellos sabían, pues para saberla bastaba fijarse en la situación general de las cosas, y es que el conflicto pendiente presentaba dos aspectos totalmente distintos.

Que uno de los aspectos era el de la guerra de Cuba y nuestra lucha con los insurrectos cubanos; y otro aspecto, no tan fácil y tan conveniente de tratar, ni acaso tan propio de ser tratado en toda su extensión, y sobre todo con claridad, en las discusiones de una asamblea deliberante.

Partiendo de estos dos aspectos, dije que para la guerra de Cuba la autorización concedida al Gobierno bastaba; porque aun cuando se tratase de adquirir buques que vigilaran las costas de Cuba, eso mismo pertenecía á la insurrección que todos estamos tan empeñados en sofocar; pero que al lado de esto podíamos sentir la necesidad de adquirir buques que no sirvieran jamás contra los insurrectos, que no pudieran luchar jamás, aunque quisieran, contra los insurrectos; teníamos que preparar armamento y fortificaciones y medios de guerra que tampoco hubieron de emplearse jamás contra los insurrectos, y con esto sólo que digo, digo ya lo suficiente para que todo el mundo caiga en la cuenta de lo que era, á mis ojos, el segundo aspecto de la cuestión.

Para este segundo aspecto se necesita un presupuesto especial y un presupuesto de la Península, porque los medios que se atribuyeran al presupuesto de Cuba, la expansión de él para cubrir las necesidades extraordinarias, todo eso podía corresponder parcial y localmente á Cuba. Pero aquellos otros medios que pudiera haber necesidad para afirmar el honor, la dignidad, los intereses de la Nación entera, esos no podían menos de pertenecer al presupuesto de la Península, y, en una ú otra forma, al presupuesto de la Península había que traerlos.

Digo, y repito, que esto no lo ignoraban otras distintas personas, no muchas, pues de estas cosas no se habla con todo el mundo, aun cuando por tales ó cuales circunstancias no apareciera en nuestra conversación. Sin embargo de lo cual, es cierto lo que S. S. ha manifestado de que, habiéndole hecho alguna indicación respecto á este particular, y de que la autorización para la guerra de Cuba no podía bastar á todo, S. S. me indicó que podíamos reemplazarla por otra redactada de tal ó cual manera; pero entonces ya estábamos en el terreno del presupuesto extraordinario, fuera éste unido á aquella nueva autorización ó separado de ella.

No profundizamos, sin embargo, el asunto; fué una mera indicación que cruzó ligeramente entre nosotros. Por esta razón de que necesitábamos preparar medios en la Península, si no con la precipitación que la opinión pública exigía en la Península misma, si no con el apresuramiento, poco meditado tal vez por ciertos respetos, pero si con toda la intensidad, con toda la eficacia de un Gobierno previsor, nosotros pensamos siempre en la necesidad del presupuesto extraordinario. De este presupuesto extraordinario damos un crédito á la Marina de guerra nada menos que de 75 millones de pesetas, con el objeto de transformar algunos de los buques de nuestra Armada que están esperando esa transformación, y con el de adquirir, si podía ser, barcos hechos, y si no se podían adquirir barcos hechos, barcos que estuvieran en construcción y cerca de ser terminados, y, en último extremo, construir barcos nuevos en corto plazo, en el más corto plazo posible, aunque fuera, como tuve ocasión de decir aquí hace algunos días, aunque fuera sobre precio considerable; porque cuando lo pide una necesidad, y una necesidad tal como los recelos, los temores, los peligros de una guerra, no se contesta con regateos, sino realizando valerosamente cuanto sea preciso para afrontarla.

Y, con efecto, el Gobierno ha tenido contratados algunos de estos barcos, que no ha podido adquirir; no cree hallar dificultades para comprar algún otro, y tiene más de un trato, más de una negociación entablada para aumentar nuestra marina de guerra. Si no hasta el punto de que sea superior á cualquiera marina posiblemente contraria, porque esto no es fácil lograrlo entre las naciones, tanta es la diferencia que entre unas y otras existe respecto al número y calidad de las fuerzas navales, sí por unir un núcleo de fuerzas que ofrezca ya riesgo para quien, impremeditadamente, ataque nuestro honor ó la integridad de nuestro país; un núcleo tal de elementos navales que pueda infundir respeto; porque no es lo mismo intervenir contra naciones débiles y desarmadas, no es lo mismo hacer guerras fáciles que guerras árdidas, y meramente con hacer un tanto más difícil la guerra, con hacerla un tanto más peligrosa, con hacer ver que pudiera herir grandes intereses del país provocador, es posible que

se ahorren muchas contiendas, de otra manera inevitables.» (*Grandes aplausos.*)

Junto á esta previsión Cánovas mantuvo, según el Sr. Castellano, una gran prudencia, haciendo pequeñas concesiones en cuanto no se oponía á la dignidad de España. No cedió un ápice en lo relativo á la libertad absoluta de la Nación para dirimir su contienda con los cubanos, ni en nada que pudiera aparecer que amenguaba la soberanía española.

La nota del 22 de Mayo del 96, cuya redacción se atribuye al Sr. Cánovas, aunque ello es un detalle, puesto que encarnaba su pensamiento y el del Gobierno que presidía, rechazaba los amistosos ofrecimientos del Gobierno de Washington para ayudar á España á poner término á la rebeldía, y en ella se hacía esta terminante declaración:

«Por donde se ve que ningún resultado obtendría esa mediación hipotética, que ellos rechazan, aunque fuera dado que se prestase la Metrópoli á alternar con sus súbditos rebeldes, como de potencia á potencia, poniendo así en seguro riesgo su autoridad, prescindiendo de su dignidad nacional y dejando mal puesta su independencia, por la cual se ha mostrado tan celosa en todas épocas, cual la Historia enseña. Faltarán, en suma, términos hábiles para pacificar á Cuba, mientras no se parta del hecho de la sumisión de los rebeldes en armas á la madre Patria.»

Al lado de estas energías mostraba su prudencia. Cuando porque salían expediciones filibusteras de los Estados Unidos se quería por algunos exaltados que se les declarara la guerra, el Sr. Cánovas exclamaba en la sesión de 17 de Agosto del 96 en el Congreso:

«Yo examinaría eso, no según los Manuales de historia; yo lo examinaría con los documentos, con los expedientes, con la historia verdad, y veríamos si esas baraterías han estado siempre en el espíritu de España, si los hombres de Estado de España han mostrado esa piel tan sensible que ahora parece que se nos quiere atribuir; es más, veríamos si hubieran podido hacerlo sin comprometer seriamente la vida de la Patria. (*Muestras de aprobación en la mayoría.*) Pues qué, ¿no se están viendo los ejemplos de otras naciones? ¿Qué ha acontecido con Italia, que es una gran potencia, que tiene una gran marina superior en fuerza á la de los Estados Unidos, que tiene una de las primeras marinas del mundo? ¿No se le

ha visto que sus súbditos han sido asesinados en las calles públicas de una ciudad norteamericana, y cuando Italia ha pedido justicia al Gobierno federal, el Gobierno federal ha dicho: las leyes no me autorizan para intervenir en eso; que se presenten los súbditos italianos ante los tribunales de los Estados confederados; ellos les harán justicia si lo tienen por conveniente, y si no se la hacen se quedarán sin ella. ¿Qué ha hecho Italia? ¿Se ha desatado en bravatas inútiles? ¿Ha enviado allí sus buques de guerra, ciertamente muy superiores hoy en número y fuerza á los de los Estados Unidos? Pues como no tenía Italia la aspiración de que se cambiara la Constitución de los Estados Unidos, ha tenido paciencia.

No quiero seguir en este género de verdades, que podían llegar á ser muy duras y que repugnan á mi patriotismo, aun cuando pudieran absolutamente convenir á mi honor.»

Pero ¿se puede pensar por esto que el señor Cánovas tenía concepto del honor nacional menos delicado que los demás? Pues vean lo que el mismo día, y con motivo de la interpelación de D. Texifonte Gallego acerca del *Memorandum*, decía ante la Nación:

«Para tratar una cuestión diplomática es preciso tener en cuenta todo, y lo primero los peligros que pueden resultar de una resolución impremeditada y las fuerzas con que se cuenta para alcanzarla; no se puede prescindir de una apreciación muy meditada de estos elementos, y hay que andar en ello con mucho cuidado, con muchísimo cuidado.

¿Creéis que niego yo que hay momentos supremos en que las naciones deben resignarse hasta á morir por salvar su honor? Desgraciadamente no, no soy de esos; y digo desgraciadamente, por el acierto final de mi política mientras yo sea hombre político. No, no soy de los que creen eso, aunque acaso no lo deba creer, y sin acaso, un verdadero hombre de Estado. Un verdadero hombre de Estado no debe juzgar así las cosas y no debe creer jamás que lo que á un particular le es lícito, el ir á la muerte con la seguridad de recibirla de quien tiene superioridad sobre él en el manejo de las armas, que esto que á un particular le es lícito, que más que lícito le puede ser debido, le pueda ser lícito ni debido á un hombre de Estado que está al frente de una Nación. (*Muy bien.*)

Pero en fin, yo en esto ya he dicho todo lo que podía decir, yo soy de esos; si algún día, y á esto es á lo que he podido aludir, y aunque con prudencia he aludido siempre con suficiente claridad; si alguna vez el honor nacional, seria y definitivamente empeñado, exigiera que fuéramos á la lucha desigual, y en esta lucha quizás á la destrucción de nuestras fuerzas y quizás á un detrimento muy duradero para la Patria, yo iría, é iria faltando en ello á una primera cualidad del hombre de Estado. (*Muy bien.*)

Pero esto que yo lo creo posible en determinadas circunstancias y en circunstancias verdaderamente supremas, esto no lo puedo profesar á cada hora ni á cada momento, ni por cada incidente, ni por tal ó cual palabra de más ó de menos. Si eso se quiere de mí es tiempo perdido; si sobre esto se quiere proseguir un debate, yo lo proseguiré, ya que estoy en mi puesto y en mi banco y á mí los debates no me atemorizan. (*Muy bien.*)

Y tales eran los sentimientos que inspiraban al Sr. Cánovas.

En resumen: la cuestión cubana con todos los problemas capitales que entrañaba, sólo él pudiera resolverla.

El revólver del asesino no puso sólo término á la existencia de Cánovas; puso término á la existencia de la Nación tal como nos la legaron nuestros antecesores. »

Por si no fuera bastante lo que antecede en respuesta á lo dicho por el señor Morote, *La Epoca*, en su número de 17 de Abril de 1899, escribía lo que igualmente se transcribe:

CAUSA FALLADA

« Tiene el asunto muy poco de nuevo, y no merece de ningún modo el nombre de «revelación» que algunos le dan. La nota del secretario Mr. Olney había sido publicada en el *Libro Rojo* español y había sido comentada en la prensa y en las Cortes.

El Sr. Moret, buscando alguien con quien compartir las responsabilidades de la guerra y de sus desastres, fué quien primeramente llamó la atención pública sobre aquella nota, suponiendo que, de haber sido atendida, hubiese sido posible evitar la guerra, admitiendo

la intervención amistosa en la pacificación de Cuba del Gobierno de Washington.

La historia *a priori* es la peor de las novelas. Con fijarse en lo que pudo suceder no se explica bien lo que sucedió, ni se atenúan responsabilidades. El propio Sr. Morote, poco afecto al partido conservador, participa de la opinión de las personas bien informadas, las que aseguran que, si se hubiese prolongado la vida del Sr. Cánovas del Castillo, no hubiésemos ido á la guerra exterior, porque aquel hombre de Estado nunca la quiso, y hubiese sabido evitarla.

El Sr. Morote juzga que la mejor ocasión para huir el peligro de la pérdida de todas nuestras colonias que la guerra con los Estados Unidos envolvía, según después se vió, fué precisamente la que suministraba la mencionada nota del secretario de Estado del Presidente Cleveland. ¿Qué decía? No amenazaba con la inmediata intervención, ni preparaba el camino para ella.

« Lo que los Estados Unidos desean hacer—decía Mr. Olney,—si se les permite indicar el camino, es cooperar con España á la inmediata pacificación de la isla bajo una base que, dejando á salvo el derecho de soberanía de aquella, consiga para el pueblo cubano todos los derechos y poderes de gobierno propio local, que puedan razonablemente pedir. » « Para este fin—añadía la nota de 4 de Abril—los Estados Unidos ofrecen y emplearán sus buenos oficios en el tiempo y manera que se juzgue más prudente. »

La intervención efectiva y reclamada por los Estados Unidos en la solución del problema político cubano se disfraza en la nota de 4 de Abril con el nombre de cooperación espontánea y amistosa, propuesta y ofrecida para aquel objeto; mas el disfraz no engaña sino á los cándidos. Era una intervención activa, resultado de muchas gestiones y de largo tiempo, la que se pedía, apoyándola con considerable número de expediciones armadas que desde el principio de la guerra salieron de los puertos de los Estados Unidos. Como tal intervención impuesta la hubiese considerado la diplomacia en Europa y en América, é igual concepto hubiese merecido á los cubanos insurrectos, cuyo triunfo aseguraba.

El Gobierno del Sr. Cánovas se detuvo ante cosa tan grave y de tan trascendentales consecuencias. Había hecho hasta entonces cuan-

to estaba en su mano, dentro de la dignidad, para impedir un rompimiento con el Gobierno de Washington; se proponía evitarlo á toda costa, porque si bien no había surgido todavía la rebelión de los tagalos en Filipinas, era evidente que nuestra Nación no podría dominar la cubana al propio tiempo que sostenía guerra exterior con uno de los Estados más poderosos del globo. Eso no obstante, el duque de Tetuán contestó en 27 de Mayo agradeciendo los buenos oficios, ofreciendo reformas útiles en Cuba para conseguir la pacificación, siempre que fuesen compatibles con su soberanía y para después de que se hubiesen sometido los insurrectos.

Hablando con una potencia extranjera, y en cierto modo interesada en el asunto, el Gobierno de Madrid no podía usar otro lenguaje: lo primero era que los insurrectos se sometiesen; pero no aguardó á ese momento para acometer las reformas, que planteó en 4 de Febrero de 1897, coincidiendo con el Mensaje de Cleveland al Congreso americano, en el que la cooperación amistosa de la nota de 4 de Abril se había trocado ya en «probabilidad de tener que intervenir en Cuba con la fuerza».

No se necesita profundizar mucho para comprender qué era lo que detenía á un estadista previsor como el Sr. Cánovas del Castillo en la aceptación de la intervención de los Estados Unidos. La buena fe y la sinceridad de Mr. Cleveland no eran dudosas; pero ocupaba la Presidencia por segunda vez, iba á ser sustituido en ese cargo, y con él corría notorio riesgo de eclipsarse la política de paz y de respeto á los derechos del extranjero que con su elevación á la Presidencia triunfó. En la lucha entablada con el Congreso Mr. Cleveland hubiese sido vencido, porque no era libre, habiendo cobrado en Norte América gran fuerza desde 1895 la opinión propicia á la independencia cubana, ó mejor, al ensanche territorial de la gran República, agregándose, en una ú otra forma, las fértiles provincias de la gran Antilla.

El jingoísmo y el imperialismo se habían sobrepuesto á la tradicional sensata política de Jorge Washington, y la arrollaban. Por efecto de ese cambio en la opinión americana, la cooperación desinteresada y amistosa que Cleveland ofrecía en 4 de Abril, y que ya en 7 de Diciembre modificaba sustancialmente, se hubiese convertido de modo inevitable en una

imperiosa intervención, declaradamente favorable desde entonces á los insurrectos. La isla hubiese estado perdida para España y perdida sin lucha, por efecto de una victoria diplomática, sin obligación de gratitud de parte de los cubanos, que la guardarían íntegra para sus magnánimos aliados.

Quedaban todavía en 4 de Abril una esperanza y un recurso: las reformas en sentido autonómico, pacificadoras respecto de los cubanos, suficientes para desarmar al Gobierno de Washington, puesto que respondían á sus deseos y excitaciones. Ensayáronse y no dieron resultado. Consistió en que aquel Gobierno no disfrutaba realmente, desde que Mac-Kinley subió á la Presidencia, libertad de acción, y en que los cubanos insurrectos conocían que había llegado el momento de no poder la Metrópoli continuar sus sacrificios.

Así se explica lo sucedido; todo lo cual, si no hubiese sido irremediable, tuvo tiempo de enmendar y de encauzar el Gobierno del señor Sagasta en el espacio de más de medio año.

Los que afirman que el Sr. Cánovas del Castillo nunca hubiese ido á la guerra con los Estados Unidos tienen razón, á nuestro juicio, pues eso reveló su conducta prudente desde el principio de la guerra. *«Cuando sucumbió al golpe de un anarquista no habían ocurrido el tumulto de 12 de Febrero en la Habana, ni su consecuencia, que fué la voladura del crucero Maine en aquel puerto. Ambos sucesos, explotados por el partido jingo americano, fueron los que hicieron inevitable la guerra. Sin ellos admitía aplazamiento y soluciones, ya que no satisfactorias para España, pacíficas.»*

Hay que distinguir de tiempos y de circunstancias para poder decidir con imparcialidad y justicia en asunto de índole tan compleja como el de las responsabilidades de la última guerra.» (1)

(1) Era opinión general en los Estados Unidos que, muerto mi hermano, estaba concluida la guerra y realizada la independencia de Cuba. Véase, en apoyo de esta afirmación, lo que en su lugar se transcribe de la *Prensa norteamericana*, y con referencia á ella, lo siguiente:

The New York, después de decir en su número del 9 de Agosto que si algún asesinato permitía cambiar el mapa del mundo era el de Cánovas, añadía que después de su muerte Cuba podía y debía prometerse ser independiente (página 386).

El *New York World* expresaba en el propio día (la misma página), con referencia al Coronel cubano Aguirre,

Tan general es la opinión de que mi hermano no hubiera ido á la guerra con los Estados Unidos, que todavía *La Correspondencia de España* en su número del 24 de Junio del año próximo pasado (1900), en un artículo titulado «Partidos y disidencias», decía:

« Pero la Historia ofrece argumentos para todo. Y los dos partidos exclusivos de la Restauración y la Regencia tuvieron que presenciar la pérdida total de las colonias. Creemos firmemente que, vivo Cánovas, no hubiéramos ido á la guerra, como no fuimos á la que se quiso declarar contra Alemania cuando los sucesos de Las Carolinas.»

Aunque con lo expuesto hasta aquí y lo sostenido por el Sr. Silvela en el notabilísimo discurso que pronunció en el Congreso contestando al Sr. Pi y Margall, en la sesión de 25 de Julio de 1899 (1), parece desvanecida la responsabilidad que se pretende atribuir á mi hermano en el desastre que sobrevino después de su muerte, y á que el país, repito, sea por lo que quiera, no ha dado tanta importancia como era de presumir, el anuncio de una

que la muerte de Cánovas, uno de los hombres más grandes de Europa, significaba la independencia de Cuba, siendo sin él la guerra de los Estados Unidos con España casi inevitable.

Según lo escrito por *Philadelphie Press* (página 390), Cánovas sólo podía prometer reformas y libertades para Cuba únicamente después que los insurrectos depositasen las armas rindiéndose á discreción. Sagasta, su más probable sucesor, les concederá desde luego la autonomía, empezando por destituir á Weyler.

Chicago Journal sostenía (página 392) que la bala de un fanático había resuelto de golpe cuestión tan larga y enojosa como la de Cuba.

The Constitution de Atlanta (página 394) daba cuenta de la alegría y entusiasmo de los cubanos por la muerte de Cánovas y del cambio que se operaría en la situación política de la isla, comenzando por la conclusión de la guerra y terminando por el triunfo de la insurrección.

Según el mismo periódico, el Mayor Antonio Serrano, miembro de la Junta cubana que funcionaba en la capital del Reino Unido, decía que, sin Cánovas, el conflicto no tardaría en resolverse, cobrando vigor los insurrectos y desaliento el Ejército de España.

(1) Como puede verse en la *Quinta parte*, Sección primera.

discusión en el Senado sobre dicho tema, iniciado ya por la proposición que presentó hace más de un año mi amigo el señor Conde de las Almenas, y que, por mi parte, creía próxima si llegaban á reanudarse, como se esperaba, las sesiones de las Cortes conservadoras, movíome á escribir antes del cambio político, que se ha realizado, y ha traído consigo la disolución de dichas Cortes, por el Gobierno del señor Sagasta, á mi respetable amigo el señor Duque de Tetuán, tan bien informado del asunto, por la gran intervención que tuvo en él, preguntándole cuáles eran sus convicciones y puntos de vista en el particular, no obstante serme, en general, ya conocidos por las manifestaciones que hizo en la conferencia de que poco antes se ha hablado; y el señor Duque, correspondiendo con su habitual amabilidad á mis deseos, me contestó con fecha 12 de Marzo último lo que sigue:

Excmo. Sr. D. Emilio Cánovas.

Mi distinguido y querido amigo: Tengo el mayor gusto en corresponder á los deseos que se sirve usted expresarme, asociándome á su obra CÁNOVAS DEL CASTILLO con algunos ligeros adecuados conceptos que correspondan á los nobilísimos sentimientos en que inspira su laudable trabajo.

El día que se discutan en el Senado las responsabilidades de la pasada guerra con los Estados Unidos, me propongo demostrar por modo evidente y probar con documentos:

Primero: Que el Gobierno liberal-conservador de 1896, Gobierno presidido por su inolvidable hermano de usted, el eminente estadista D. Antonio, mi respetado y querido jefe, amigo y Pre-

sidente, cumplió con acierto su deber y sirvió bien y lealmente los intereses de su patria, negándose en aquel tiempo y circunstancias á aceptar los buenos oficios del Presidente de la República Americana para poner término á la insurrección cubana, contestando á la Nota suscrita por Mr. Olney en 4 de Abril con la Real orden de 22 de Mayo, dirigida á nuestro representante en Washington, que me cupo la honra de firmar como Ministro de Estado.

Segundo: Que á ese mismo Gobierno que cesó en los muy primeros días de Octubre de 1897, no le alcanza ninguna, absolutamente ninguna responsabilidad en los desastres de la guerra entre España y la República de la Unión, ni en la guerra misma, responsabilidad que corresponde por entero, no al ejército ni á la marina, como por algunos equivocadamente se pretende afirmar, ni siquiera al partido liberal como tal partido, tampoco, sino al Gobierno, á los hombres del Gobierno que nos reemplazó, y más particularmente á su Presidente, á quien competía el deber de dirigir é inspirar su política interior y exterior.

Y por último, tercero: Que la guerra, que debió y pudo evitarse hasta el último momento, hasta el 30 de Marzo por lo menos, no fué con todas sus desdichas sino la consecuencia natural, lógica, de la gestión diplomática, imprevisión, errores, aturdimientos, falta absoluta de pensamiento fijo, preconcebido,

y dirección en el interior y exterior del Gobierno que nos sucedió.

Puede usted, amigo mío, afirmar así en su Prólogo ó insertar si gusta esta misma carta, en debida justicia á la memoria de su hermano, á cuya irreparable pérdida para España siguió la de los valiosos restos de nuestro imperio colonial que, seguramente, de haber vivido tan ilustre patricio, habría acertado á salvar, contando usted con que cuando llegue el caso de tratar de este asunto en el Parlamento, ha de cumplir con el deber de sostenerlo y probarlo cumplidamente, su atento afectísimo y buen amigo,

EL DUQUE DE TETUÁN.

La carta que antecede y las manifestaciones hechas por el señor Duque de Tetúan, en la información abierta por *El Liberal*, contestan cumplidamente á la supuesta responsabilidad de mi hermano en la pérdida de nuestras colonias, ocurrida con posterioridad á su muerte, y me releva de toda discusión en el asunto. Tan solo añadiré que la solidaridad que se ha pretendido establecer entre el Gobierno que presidió aquél y el que le sustituyó, después del breve Ministerio del General Azcárraga, carece de fundamento, y en nada puede afectar al juicio que mi referido hermano mereció, y se condensa en este libro, de sus contemporáneos.

Emilio Cánovas del Castillo.

LOS PRIMEROS AÑOS

DE

DON ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO

Los apuntes siguientes, escritos en Noviembre de 1897, no se destinaban, como comprenderá el lector, á este libro, en que ni siquiera pensó por entonces el mero compilador de lo que contiene. Se le pidieron por mediación de uno de sus hijos para un número extraordinario de cierta Revista (consagrado á la memoria de su hermano), que no llegó á publicarse, y se pensó después, á lo que parece, utilizarlos en una obra sobre el mismo, de que hubo de desistirse sin duda también, toda vez que, anunciada, no llegó á ver la luz.

Ultimamente el ilustrado Director de la *Revista Política y Parlamentaria*, Sr. D. Gabriel R. España, tenía dispuesta su inserción en uno de los primeros números, correspondientes al año actual, de dicha Revista, y enterado de ello el autor, pudo obtener de su amabilidad que desistiese de la idea, pues si á raíz de la muerte de Cánovas ó cuando tantas biografías se hicieron ó publicaron del mismo, podían dichos apuntes ser complemento de ellas, después de tres años y medio transcurridos desde entonces, carecían de oportunidad.

Y é por qué, podrá argüirse, se utilizan ahora? La razón es sencilla. Sobre dedicarse este libro á Cánovas por un hermano suyo, autor precisamente de los apuntes de que

se trata, encabezan aquél las necrologías del mismo, escritas por los Sres. Cos-Gayón y Vignau, y no huelga que les antecedan dichos apuntes, escritos, conviene repetirlo, á ruegos, y no por el afán de exhibir los primeros años del que fué asesinado en Santa Agueda.

No es mi intento hacer la biografía del hermano querido, muerto alevosamente en el balneario de Santa Agueda el 8 de Agosto de 1897, cuando todavía por su vigorosa naturaleza, y no muy avanzada edad, podía prometerse algunos años de vida. Trabajos de tal índole no incumben nunca á personas de la familia, y mucho menos á parientes, como yo, tan cercanos. Propóngome por lo mismo hablar tan sólo de sus primeros años, ó bien de esa época de la vida que no cae bajo el dominio de la crítica, y mucho menos de la Historia, aun tratándose de personas que hayan hecho en su país el papel que mi hermano (1).

No por reducirse mi tarea á lo que va expuesto es, en medio de su pequeñez, completamente sencilla, por razón inversa á la que suele ser obstáculo ó dificultad en otros

(1) Como no escribo una crónica, sino hago una mera relación, antepondré ó pospondré los hechos sin observar un estricto orden cronológico, según acudan á mi memoria ó convengan á mi propósito. La inmensa impresión que me causó la muerte de mi hermano, y el estado poco satisfactorio de mi salud desde entonces juntamente con un inmenso trabajo que he tenido á mi cargo y del que no estoy libre todavía, me han impedido reunir datos para ampliar y dar mayor interés á estos apuntes.

casos, ó cuando se trata de reseñar la vida entera de personas de notoriedad, á saber: que la infancia no ofrece por lo común, ni aun tratándose de hombres extraordinarios ó superiores, hechos ó accidentes que revisitan importancia, y merezcan celebrarse fuera del círculo íntimo de la familia, en que los aprecia ó avalora, con exageración á veces, el afecto.

Tal sucede con mi hermano, el cual, si ha sobresalido después—no diré si poco ó mucho, que eso toca juzgarlo á otros,—en sus tiernos años no ofreció otra particularidad digna de mención que la de una gran fuerza de voluntad para abstraerse de lo inútil, desechando lo trivial y pequeño, y una inmensa afición al estudio, al cual, con asombro de sus padres, de sus amigos de la niñez y de cuantos le conocieron, sacrificaba hasta los juegos y distracciones propias de la infancia. Con el tiempo esa afición, de suyo tan provechosa, y que le hacía distinguirse de todos los muchachos de su edad, fué acentuándose en términos que, á los diez y ocho años, apareció convertida en verdadera pasión por el saber.

No quiere esto decir que no se manifestasen en mi hermano, con igual fuerza, otro género de inclinaciones propias de la juventud. Aparecieron en él, á un tiempo, perfectamente compatibles, la del estudio y el galanteo (1) cultivadas casi con igual constancia y variedad y con idéntico aprovechamiento y fortuna, con la diferencia, respecto á lo último, de no malgastar el tiempo como otros jóvenes—quisiera yo no estar comprendido en ese número—en acicalarse y componerse, pues aunque curioso ó limpio, era de lo más desaliñado en el vestir que se ha conocido, cabalmente en el tiempo en que los jóvenes suelen preocuparse de lo contrario.

Su carácter no era tan pacífico como el mío, pecando más bien, desde niño, de enérgico ó poco sufrido é indomable y amigo de reñir ó pelear. Recuerdo á este último propósito que, hallándonos en la edad de siete á once años,

(1) En esa edad, y lo mismo más tarde ó en toda ella, preferió siempre como gusto ó afición el trato de la mujer al del hombre. Escribía una vez: «¡Ah!, la mujer no es sólo un objeto de deseo, de amor y de celos, de placer ó de entretenimiento como el joven se piensa. Desde niño se experimenta, y en edad madura, se sabe, que hay un elemento en ella, el eterno femenino de Goethe, sin el cual nunca, en ninguna edad, la vida humana está entera.»

él y los tres que inmediatamente le seguíamos, pues los otros dos eran muy pequeños—el último apenas si se tenía en pie,—nos provocaba á combate de almohadazos, arremetiéndonos con denuedo tal, que á veces caíamos alguno al suelo. Con mucha más facilidad, claro es, provocaba riñas ó las sostenía con sus condiscípulos, y dicho se está que más adelante, como final de acaloradas discusiones, ó por motivos amorosos, tuvo algunos lances ó encuentros de esos que, entre personas de más edad, se llaman de honor, y que en aquella á que me refiero solían resolverse más modestamente, á palos ó bastonazos, en callejas ó callejones de poco tránsito, con gran pesar mío, que presencié algunos.

Tocante á lo principal ó más saliente en mi hermano, que era su afición al estudio, diré que simultáneamente con las primeras letras tuvo empeño mi padre en que aprendiese el dibujo y el piano, cosas ambas á que no se mostró propicio, y en que por lo mismo apenas hizo adelantos, abandonándolos casi por completo tan pronto como dejó de pesar sobre él la autoridad paterna, á la que siempre se mostró respetuoso y sumiso. Hubiéralo pasado mal en otro caso, porque nuestro padre era hombre también de severísimo carácter, como lo demostró contrariando á mi hermano en sus gustos literarios é imponiéndole como más provechoso, y éralo tal vez, el estudio de las matemáticas, preparatorio de una carrera facultativa; y en que hizo, no obstante su poca afición, notables adelantos, interpretados por el autor de sus días como afortunado cambio de aficiones, siendo así que, como decía su profesor en dicha asignatura, muy notable por cierto, D. Eduardo de Jáuregui, eran resultado de su capacidad y feliz memoria.

La muerte de mi padre, el 2 de Marzo de 1843, muy sentida en Málaga, donde era de todos respetado y querido, sumió á mi madre y á nosotros en la mayor desolación, ó más bien á aquella y mi hermano, que pesaron, lo que no podíamos hacer los demás, niños casi todos, el inmenso vacío que dejaba en nuestro hogar (1). No pude yo fijarme, dada la pena común, en la impresión que tan triste suceso hizo en mi hermano, que, á la sazón, contaría

(1) Acerca de este punto y otros relacionados con la posición de mi madre y medios de vivir, se ha exagerado, errado y aun inventado mucho, sin intención evidentemente, antes con el buen deseo de hacer resaltar ó destacar más la figura de mi hermano, en no pocas de

diez y seis años; pero á testigos presenciales he oído decir que permaneció inmóvil y casi mudo durante algunos días, reflejando en su semblante y en las pocas palabras que pronunciaba, además del sentimiento de que se hallaba poseído, la inmensa carga que la desgracia echaba sobre sus hombros. Lloró poco; sus ojos apenas se humedecieron pasados los primeros momentos del infortunio, pero se le vió mucho más abatido y pesaroso que á los demás, con la natural excepción de nuestra angustiadísima madre.

Y tenía razón para preocuparse. De los seis hijos que tuvieron nuestros padres, y de los cuales había fallecido á la sazón el penúltimo, llamado Federico, quedábamos cinco: Antonio; yo, que era el segundo; José (1), Máximo (2) y Serafín, que murió ya crecido, ó de diez y ocho años; y nuestra madre la señora doña Juana del Castillo y Estébanez, huérfana desde la edad de dos años de D. Juan José del Castillo, Mayor de la plaza de Málaga, muerto gloriosamente, hecho pedazos, en defensa de la integridad de su patria, á la entrada de los franceses en dicha población y sitio llamado *Arroyo del Cuarto* (3) el 5 de Fe-

las biografías hasta ahora publicadas del mismo. Sería en mí cosa de pésimo gusto, á que no estoy dispuesto, entrar en rectificaciones para evidenciar la exageración de tales especies, sobre todo cuando se compensan en los trabajos á que me refiero con el encomio ó los elogios que se prodigan á la memoria del difunto. Recientemente he recibido un ejemplar de un precioso opúsculo dedicado según su portada expresa: «Al insigne Cánovas del Castillo», publicado en Santiago de Chile, que excita toda mi gratitud hacia los distinguidos escritores que le consagran ese recuerdo, pero que contiene algunos errores que no vale la pena ni estaría bien que yo rectificase.

(1) Falleció el 24 de Noviembre de 1895: fué primeramente oficial de Infantería de Marina; dejó luego la carrera militar, y pasando á la civil en la isla de Cuba, llegó á ser intendente general de Hacienda y gobernador del Banco Español de dicha isla, obteniendo por sus servicios en el primer cargo durante la anterior guerra y en virtud de propuesta, el título de conde del Castillo de Cuba.

(2) Más conocido que el anterior, por haber prestado la mayor parte de sus servicios en la Península, estuvo, muy joven, en Filipinas y luego en la guerra de Africa, llegando á general de división. Fué dos veces diputado, y no adelantó más en su carrera por la excesiva delicadeza de mi hermano, opuesto siempre á que se otorgasen, no ya favores, sino recompensas merecidas, á individuos de su familia. Murió el 8 de Junio de 1891, resultando que, de los seis hermanos, sólo queda el que estas páginas escribe.

(3) Sobre este suceso, y con ocasión del fallecimiento de mi hermano, publicó un precioso artículo el dis-

tributo de 1810, no contaba con otros recursos para alimentarnos y darnos educación que los pocos bienes que heredó de la suya en unión

tinguido escritor D. Narciso Díaz Escobar, en el periódico *La Unión Mercantil de Málaga*, que transcribimos á continuación:

UN HÉROZ MALAQUEÑO

«El ejército del Rey intruso, de aquel José I que el pueblo llamaba *Pepe Botella* creyéndolo borracho de profesión, á pesar de que aseguran muchos de sus biógrafos que no probaba el zumo de las uvas; aquellos soldados orgullosos y despóticos, que por vez primera vieron detenida su marcha triunfante en los campos españoles, se habían apoderado de Granada.

Los vencedores de Ocaña, embriagados con su triunfo, olvidaron la derrota de Bailén y pensaron hacer suya toda la Andalucía, incluso la invencible Cádiz, aquel rincón de héroes y patriotas que proclamaron nuestras libertades y derechos.

Málaga continuaba afectada al su Rey legítimo. En vano algunos comerciantes, extranjeros en su mayoría y miserables agiotistas andaluces, predicaban que esta ciudad debía entregarse, sin lucha, á las banderas de Sebastiani.

Los malagueños acordaron resistir. Era cierto que no tenían municiones, que las armas eran pocas, que el número de combatientes era muy inferior al de sus contrarios, que la plaza no tenía condiciones militares de defensa; pero en cambio el entusiasmo y el patriotismo de los malagueños era inmenso.

El coronel Vicente Meliá, cuyo cuerpo señalaban honorables cicatrices, alentó á los militares; el escribano San Millán, pronunció fogosos discursos; el canónigo Jiménez, demostró que era un verdadero español; y el fraile Capuchino Fernando Berrocal, se multiplicaba, preparando al pueblo para luchar cuerpo á cuerpo con los invasores.

Los afrancesados hicieron alguna resistencia; la junta vaciló, y entonces el ya dicho Canónigo Jiménez, vestido de general, se lanzó á la calle al grito de: ¡Mueran el francés! y tras él grupos de campesinos y de obreros.

En la plaza se levantó una horca, proclamándose que serviría para todo aquel que resistiera los nobles impulsos del pueblo malagueño.

Se lograron fondos, y bajo la dirección de Meliá quedaron organizados varios batallones.

Sebastiani atravesó Loja y Alhama, y destacó su escuadrón de dragones. En el sitio llamado *Bora del Asno*, camino de Antequera, aquellos fueron detenidos por un grupo de paisanos, que les hicieron muchas bajas.

El general Meibraud, mandando la vanguardia del Cuerpo de ejército francés, dió vista á Málaga á las dos de la tarde del 5 de Febrero de 1810.

El entusiasmo popular no reconoció límites. Como locos, dice Guillén, salen los malagueños de sus casas en busca del enemigo, sin armas, sin municiones, quién con una espada, quien con un puñal, hasta con picas y hoces y arrastrando algunos malos cañones.

Se rompió el fuego á las cuatro de la tarde. Los lanceros polacos atacaron con ardor y empuje. Miles y miles de franceses, bien armados, aparecieron tras ellos.

En cada calle se desarrollaba una escena heroica. Hubo malagueño que, navaja en mano, esperó al enemigo, huyó el cuerpo al bote de su lanza, y con asombroso valor, subiéndose sobre el caballo, derribó al jinete de tremenda pufalada. (Historia de Málaga por Guillén, página 643.)

Los franceses morían de un modo terrible é incesperado. No habían podido soñar aquella resistencia.

Llegó la noche, y aún la lucha continuaba.

Mas el número inmenso de contrarios obligó á los grupos de paisanos á replegarse al cerro de los Angeles, en tanto que el ejército de Sebastiani saqueaba la ciudad, violaba doncellas, prendía fuego á varios edificios y se apoderaba de los millones del Duque de Osuna, de las alhajas de las iglesias y de los ahorros del vecindario.

Entre esas escenas de heroísmo, merece especial mención una de ellas, ocurrida en la calle de Cuarteles, casi á la entrada de la ciudad.

de otra hermana (1), y que fué vendiendo, lo que honra y enaltece su memoria, á medida que nuestras necesidades lo reclamaban.

Obtuvo á poco mi hermano, por iniciativa propia, que apoyó nuestra madre, una modesta colocación, insuficiente para las necesidades de la familia (2), y de momento no le ocurrió al mismo otra cosa que dedicarse á escribir—para lo que no ofrecía entonces Málaga apenas elementos—y fundar, como medio de darse á conocer, en unión de otros jóvenes, un periódico semanal titulado *La Joven Málaga*, en el que colaboraban con él, que yo recuerde, D. José de Robles y Postigo, D. Maximino Carrillo de Albornoz y un tal Bordonave, del que apenas hago memoria. Dicho periódico fué bien recibido y aun celebrado, atendida la poca edad de sus redacto-

Un oficial del ejército español, que ya en Gibraltar había sido herido en defensa de su patria, al frente de unos cuantos soldados y campesinos luchaba denodadamente contra un grupo compacto de lanceros franceses. Muchos de éstos cayeron heridos, pero el héroe malagueño alentaba á los suyos, y á pie, sin ceder un paso, vendía cara su vida.

Llegó un momento en que creyeron tenerle prisionero: pero el primer francés que fué á sujetarlo, cayó muerto á sus pies. Aislado de los suyos, siguió combatiendo, herido, jadeante. Se defendió hasta caer atravesado por una lanza enemiga.

Aquel héroe, era D. Juan José del Castillo. Aquel cadáver, era el del ilustre abuelo del infortunado D. Antonio Cánovas del Castillo. »

(1) Llamábase Dolores y estaba demente, por lo cual, muerta su madre, nuestra abuela materna, la nuestra se la llevó consigo, aun desatendiendo las observaciones sobre el daño que podía causarnos en los períodos, casi diarios, de exaltación. No ocurrió esto nunca en el tiempo que vivió, lo fué poco: maltratada de palabra y aun de hecho á los sirvientes, pero á nosotros nos respetaba, colmándonos, por el contrario, de caricias.

(2) Mejor, ó más bien enterado, refiere esto en unos preciosos apuntes biográficos de mi hermano el señor D. Manuel Casado Sánchez de Castilla, diciendo:

« Puedo asegurar, por relación directa, que el conocimiento que tenía del gran valer del joven Cánovas el prior del Consulado de Málaga por aquel tiempo, fué parte á que no le admirara la visita cuando llegó á él un día, sin timidez ni jactancia, solioitando sustituir á su difunto padre en el desempeño de la cátedra. Así tuvo efecto: y si de este modo pudo la casa paterna continuar bajo el mismo pie en que se encontraba, el deseo de progreso hizo pensar al adolescente en algún otro fructuoso empleo, aunque sólo fuera para las horas que de derecho correspondían al descanso. »

Sin embargo de lo que afirma el Sr. Casado, mi hermano no obtuvo el mismo sino otro cargo inferior al que desempeñaba mi padre; rectificado lo cual, añadiré que si en vez de limitarse esta obra, y aún resulta extensa, á los límites de lo escrito y publicado con motivo de la muerte de mi hermano, pudiera extenderse ó abarcar algo más, nada me sería tan grato como reproducir íntegros los *Apuntes biográficos* de que he copiado lo que antecede, y cuya lectura recomiendo, por su importancia histórica y crítica, á todos los que mantengan vivo el recuerdo del que sucumbió en Santa Agueda.

res, por nuestros paisanos; pero naturalmente, apenas si sus productos alcanzaban á cubrir los gastos. Fué, no obstante, su publicación beneficiosa á mi hermano, pues mi madre, preocupada con nuestro porvenir, escribió varias veces á su primo, residente en Madrid, el célebre escritor D. Serafín Estébanez Calderón, conocido en las letras con el pseudónimo de *El Solitario*, pintándole la situación en que nos había dejado la muerte de mi padre, y encomiándole las cualidades de su hijo mayor; en prueba de lo cual, no bien comenzada la publicación del periódico, le remitió los números en que aparecían trabajos suyos. Hubo de celebrarlos aquél, autoridad competentísima en la materia, en su respuesta; no tanto—decía—por lo que valían tales escritos, como por lo mucho que prometían, y sugirió á mi madre la idea de enviarlo á Madrid, bajo su patrocinio y dirección, lo que llenando de contento á ella y mi hermano, fuera del pesar de la separación, no tardó en disponerse, realizando el último su viaje á esta corte en Octubre de 1845.

Seguíle yo, por indicación de nuestro propio tío, poco más de un año después, ó sea en Noviembre de 1846, encontrando ambos en él un segundo padre, pues preocupándose ante todo de aliviar á su prima, nuestra madre, que tan costosos sacrificios venía haciendo, quedándole aún en Málaga tres hijos á quienes mantener y educar, comenzó, antes de mi llegada, por colocar á mi hermano con 8.000 reales en las oficinas centrales del ferrocarril, entonces en construcción, de Madrid á Aranjuez, de cuyo Consejo era Presidente su concurrido, el célebre capitalista malagueño D. José de Salamanca. Otro tanto hizo conmigo dos ó tres meses después de mi venida, si bien en distinta oficina de la propia empresa, con el sueldo de 5.000 reales, reuniendo así entre ambos 13.000 reales, pingüe ingreso en aquel tiempo para jóvenes de nuestra edad. No fué el expresado el único bien que nos dispensó nuestro tío. Impúsonos, como deber ineludible, el seguir carrera, obligando á mi hermano á completar los estudios para el bachillerato en Filosofía, que traía ya muy adelantados de Málaga, y á mí á emprenderlos, y más tarde á que aquél se matriculase en la facultad de Jurisprudencia, que así se llamaba entonces la de Derecho, y yo en las asignaturas de Ciencias morales y políticas, que permitían licenciarse en lo que se llamaba Administración, grado que no llegué á recibir por considerar

más útil y beneficioso, con algún más estudio, el de licenciado en Derecho (1).

Hizo mi hermano su viaje á Madrid en las que se decían entonces «Mensajerías aceleradas»—medio rápido de locomoción hasta poco antes, pues á la sazón de Granada á Madrid se podía ya venir en diligencia, y sólo continuaba sin ese beneficio el trayecto de Málaga á Granada,—en once días, en compañía del virtuosísimo párroco que fué de San Nicolás de esta corte, D. José Ortega, que se le unió en Granada, y del joven abogado D. Marcos Cubillo de Mesa, que se les incorporó en Jaén. En tan largo trayecto se habló mucho entre ellos, principalmente por mi hermano, cuya conversación logró cautivar de tal manera á sus dos compañeros de viaje, que no sólo se hicieron lenguas de él á su llegada á Madrid, sino que el primero, ó sea el párroco, le invitó, con mucho gusto de mi hermano y gran beneplácito después de mi tío, á vivir en su compañía. Claro es que esto sólo duró hasta mi venida, yéndonos ambos á habitar, en unión de Cubillo, que tenía ese deseo desde su llegada, á una casa de huéspedes en la calle del Barco, número 6, cuarto principal, llamada en aquel entonces, no sé por qué motivo, *del Pecado Mortal*.

No se enfrió por este cambio de domicilio la amistad de mi hermano con el párroco de San Nicolás, el cual, apenas llegados ambos á Madrid, lo presentó en casa de su pariente el célebre matemático D. José Mariano Vallejo, Senador del Reino y Director general que fué de Estudios, padre de mi mujer, muy niña á la sazón. También fué presentado por el mismo Párroco, Sr. Ortega, en casa de las señoras de Cheli, emparentadas con la familia del señor Vallejo, el cual, dicho sea de paso, falleció á poco (2) ó antes de mi venida, por lo que no tuve el gusto de conocerle. En casa de las señoras de Cheli, que solían recibir por las noches, conoció mi hermano, y luego yo, á don

(1) El que tanto ayudó y gozó con los adelantos de mi hermano, esto es, nuestro tío, tan sólo alcanzó á verle de ministro de la Gobernación, con cuyo motivo pronunció un brindis en Málaga, donde á la sazón se hallaba, y que copia mi dicho hermano en su obra *El Solitario y su tiempo*, rindiendo de paso el debido tributo de agradecimiento á la memoria de nuestro tío, á cuyos hijos consideramos, y ellos á nosotros, como hermanos.

(2) Mi hermano le dedicó unos de sus primeros versos, que llevan la fecha de Marzo de 1846.

Fernando Cos-Gayón, ya recibido de abogado, con quien aquél disputaba á la salida de la tertulia ó intimó mucho después, manteniendo hasta su muerte una cordialísima amistad.

No conservó mi hermano más de tres años el destino que le proporcionó nuestro tío en las oficinas centrales, como queda dicho, del ferrocarril de Madrid á Aranjuez. Tuvo que dedicarse á escribir con más asiduidad y constancia que hasta entonces, á la vez que continuaba sus estudios, dando á luz, primero, la novela titulada *La Campana de Huesca*, y más tarde *La Historia de la decadencia de España* (1), comprendiendo el período desde el advenimiento al trono de Felipe III hasta la muerte de Carlos II; sin contar los artículos que publicaba en el *Semanario Pintoresco* y la *Ilustración Española*, que editaba y dirigía su íntimo amigo D. Angel Fernández de los Ríos, y en que colaboraban los más distinguidos literatos de aquella época. Al propio tiempo hacía sus ensayos de oratoria en la Academia de Jurisprudencia, en unión de sus condiscípulos ó contemporáneos D. Emilio Alcalá Galiano (Conde de Casa Valencia), D. Alejandro Grouzard, D. Cristino Martos y D. Manuel Ortiz de Pinedo, amigo inseparable este del anterior, haciendo alarde de tal erudición jurídica, que nuestro tío, muy dado á poner apodos á cuantos conocía, le adjudicó el de *Tragaleyes*, como á mi, tal vez por lo apacible entonces de mi carácter, el de *Almidares*. Lo que menos estudiaba, sin embargo, á la sazón, mi hermano, era el Derecho. Atendía y tomaba apuntes de las explicaciones de los Catedráticos, cosa que no hacían entonces muchos ni la han hecho después, en cuadernos, de que conservo algunos; y con eso y algo más que después diré, tenía de sobra para la prueba, con nota de sobresaliente, de los exámenes de fin de curso. No necesitaba, como yo y tantos otros, refiriéndome á los escolares más aplicados, repasar durante los meses de Abril y Mayo las asignaturas del mismo. Al acercarse los exámenes, y ni tanto, cuatro ó cinco días antes, solía decirme: «reune y ponme sobre la mesa los libros de texto de la asignatura»; y así lo hacía yo, viendo con asombro cuán poco

(1) Algunos de los juicios que emitió en esta obra, escrita en muy temprana edad, los rectificó más tarde en sus *Estudios del reinado de Felipe IV*, uno de los mejores trabajos hechos por él, con más conocimiento del asunto, en edad ya madura.

necesitaba él para obtener las notas que con tanto trabajo y asiduidad perseguíamos otros —y gracias si las alcanzábamos siempre.—Bástememe decir que mientras fui estudiante—muchas veces se lo he recordado á mis hijos,—no asistí nunca á la romería de San Isidro, que se celebra, como es sabido, el 15 de Mayo por atender al repaso de las asignaturas.

Aunque mi hermano moderó un poco sus condiciones de carácter y hábitos, un tanto belicosos, desde su venida á Madrid, todavía me hallé, al día siguiente de mi llegada, con un conato de desafío y nada menos que á pistola. Era íntimo amigo suyo, al par que Cubillo, el joven como ellos D. Manuel Maria Barberi, aspirante al ingreso en una de las carreras facultativas militares y que algo más tarde, cuando se creó el Cuerpo de Telégrafos, llegó á ser uno de sus jefes distinguidos. Pues bien; ese Sr. Barberi, á quien yo sólo conocía desde la vispera, apareció en casa muy de mañana, en la del 16 de Noviembre de 1846, cuando todavía no se había levantado mi hermano, yo sí, y dirigiéndose á mí, á la vez que sacaba del bolsillo del gabán unas pistolas y se ocupaba de cargarlas, me dijo: «Querido Emilio: Hay que acostumbrarse á esto que ocurre con frecuencia aquí en Madrid, aunque espero, Dios mediante, que se arregle el asunto y no pase nada.» Tal indicación, haciéndome formar el peor juicio de la Corte, me hizo pensar desde luego que se trataba de un desafío de él ó de mi hermano. Lo primero, con escasa caridad de mi parte, me tenía sin cuidado ó importaba poco; lo segundo me interesaba mucho y comenzó á preocuparme, preguntándole al momento quién era el que se batía.—Tu hermano—me contestó sin detenerse,—al que debes avisar que se vista (lo estaba haciendo ya), y pronto. Lleno por mi parte de disgusto, le repliqué: —¿Y el motivo?—Unas palabras que tuvo anteanoche con cierto joven en una tertulia que frecuentamos y á que asistirás tú también, y que en vez de ser explicadas satisfactoriamente por tu hermano, las agravó ayer en una conferencia que tuvimos.

Decir esto, aparecer mi hermano vestido y ponerse ambos en marcha, fué todo uno.

Quedé solo, con el sobresalto que puede suponerse, y sin atreverme á dar paso alguno, incluso el de ver á mi tío, á quien todavía no había saludado, por temor á que se disga-

tase mi hermano; pero al fin me decidí á despertar á Cubillo, quien por todo consuelo me dijo que tuviese paciencia, que él era contrario á los duelos; que al enterarse por mi hermano del proyectado, se lo había censurado mucho, sin que le hiciera el más pequeño caso, y que lo que había que hacer ya, era tener confianza en la Providencia.

Pasé, después de esto, una hora de verdadera impaciencia y amargura, al cabo de la cual entró mi hermano seguido de Barberi, cuyo alegre semblante y las señales que me hacía, diéronme á entender que todo se había arreglado satisfactoriamente, confirmándome luego de palabra.

No fué éste el último disgusto de tal naturaleza. Más adelante, ó siendo Director del periódico *La Patria*, de la que me ocuparé después, tuvo otro desafío, que se realizó á sable, con el director de *El Heraldo*, D. José Joaquín de Mora, y del cual salió éste levemente herido, aunque mi hermano no era maestro en el manejo de dicha arma, si bien por iniciativa propia y consejos de Barberi, había recibido algunas lecciones sin sospechar semejante lance, que le permitieron afrontar, casi con deseo de su parte, el peligro que entrañaba.

Otra vez, mucho antes de lo que acabo de referir, y á poco del desafío, felizmente deshecho, á pistola, estuvo á punto de ser víctima de su entereza y acaso de un mal entendido pundonor. A excitación de Robles y Postigo, aquel redactor de la *Joven Málaga* que se vino también, algún tiempo después que nosotros, á Madrid, fuimos cierto domingo, por primera y última vez, porque ni mi hermano ni yo fuimos nunca aficionados á ese género de fiestas, á comer callos en uno de los fonduchos de Chamberí, punto éste bastante más distanciado, aun encontrándose en el mismo sitio que hoy, del Madrid que todos conocemos. Hallábanse comiendo allí en diferentes mesas varios otros, y á nosotros, por deferencia, ó por satisfacer mayor precio, nos colocaron en una sala del primer piso. Terminado nuestro almuerzo, satisfecho su importe y bajando la escalera, que daba, por decirlo así, al paso ó zaguán donde estaban comiendo los otros, dos ó tres de éstos, pertenecientes á una mesa ó grupo de seis u ocho, nos dirigieron algunas frases burlonas y ofensivas, á las que contestó Robles, sin medi-

tarlo bien, con otras más fuertes. Levantáronse todos aquellos como para castigarnos, sacando facas ó navajas casi de media vara, y Robles y yo nos dimos á correr, parando á razonable distancia, desde la cual observamos que mi hermano se encontraba completamente ileso, al parecer, en un grupo de personas, muy cerca de la casa ó fonda en que acabábamos de almorzar. Duró esto poco, pues observando que uno de aquéllos nos seguía con navaja en mano, emprendimos de nuevo la carrera Robles y yo, sin volver la cara, por mi parte, hasta encontrarme en la plaza de Santa Bárbara, junto á la antigua cárcel del Saladero. Descansé unos momentos: ví que la persecución había cesado, y marché en busca de mi hermano, á quien encontré en la calle de Fuencarral, viniendo con Robles. Entonces supe todo lo ocurrido. Los agresores trataron de acometer á mi hermano, que no huyó, y que, por cierto, ni aun bastón llevaba; pero se vió amparado por un grupo de gentes que salía del mismo fonducho y de otro inmediato, atraídas por el ruido. El perseguido desde aquel momento fué Robles—ó sea el que se desvergonzó con ellos,—á quien seguía uno con ánimo de alcanzarle; pero mi hermano hizo protestas contra la injusticia del ataque, porque su amigo no había sido el provocador, y consiguió de los demás que dieran voces de alto al que iba detrás, lo que detuvo al mismo, y en su fuga también á Robles.

Recibido mi hermano de abogado en 1853, aceptó, á los pocos días de obtener la investidura, el compromiso de defender ante la Audiencia de Madrid, á ruegos de su amigo el Sr. Fernández de los Ríos, un artículo denunciado del periódico político que dirigía el mismo, titulado *Las Novedades*, acaso el de mayor circulación entonces, y en que solía escribir, aunque no de política, con la que no coincidía, mi referido hermano. Esta vez, y otra en que, por empeño de su también amigo el señor marqués de Casa-Loring, mi cliente á la sazón, me substituyó en una vista en la Sala cuarta del Tribunal Supremo—que conocía á la sazón de los negocios contencioso-administrativos,—fueron las dos únicas en que vistió la toga de abogado, profesión en que, sin duda, hubiera logrado grandes utilidades, pero á cuyo ejercicio no se sintió nunca inclinado.

A la llegada á Madrid de mi hermano en 1845 —y hago esta digresión sin embargo de mi pro-

pósito de no ocuparme de él como hombre político, ya que lo fué tan pronto ó tan temprano que es imposible prescindir de ello en absoluto, so pena de terminar estos apuntes con lo que va dicho,—gobernaba el país, como todos saben, el partido moderado, con cuyas doctrinas simpatizaba aquél mucho más que con las progresistas, no obstante que nuestro buen padre había sido uno de sus más esforzados campeones en Málaga. Comprendía mi hermano, y cuantos le conocían lo presentían también, que su porvenir estaba en la política, á la que se mostraba muy aficionado, sosteniendo polémicas con cuantos trataban ó se ocupaban de ella, lo que en todo tiempo, aunque no tanto como ahora, ha constituido la principal comidilla de este país. Aspiraba, por consiguiente, á darse á conocer como político, y aprovechó la ocasión que le brindaba á la caída del Ministerio Narváez en 1847, la formación de uno intermedio, llamado puritano, que presidió el célebre juriconsulto D. Joaquín Francisco Pacheco, y del que formaron parte D. José de Salamanca, concañado como queda dicho, de nuestro tío; D. Antonio Benavides y D. Nicomedes Pastor Díaz, con quien tenía relaciones por su calidad de literato, y ciertamente de gran mérito, mi referido hermano. Fué nos á ambos propicio ese cambio político, porque á mí, por mediación de mi tío, muy amigo del Sr. Benavides, me colocó éste de meritorio, con 4.000 reales, en el ministerio de la Gobernación, cuyo personal entonces, incluyendo al ministro, no pasaba de veinte y uno ó veinte y dos empleados (1), y mi hermano tomó puesto en esa agrupación política, compuesta de hombres todos los cuales habían pertenecido, y algunos volvieron después, al partido moderado, entrando más tarde, ó cuando el Sr. Pacheco fundó el periódico titulado *La Patria*—algunos meses después de la caída del Ministerio que presidía,—á formar parte de la redacción de dicho periódico, en unión con los Sres. Benavides y Pastor Díaz. Acreditado, ya á la sazón, como periodista, obtuvo, al retirarse el Sr. Pacheco y los otros dos señores citados, la dirección del periódico, que conservó hasta

(1) Existían por separado las Direcciones generales de Correos y Presidios, con no escaso personal que, al refundirse, poco después en el Ministerio, en tiempo del Sr. Sartorius, luego conde de San Luis, aumentó bastante el de empleados del referido Ministerio.

que se hizo dueño del mismo, por cesión de aquellos, el entonces teniente general D. Manuel Pavía y Lacy, después Capitán general y marqués de Novaliches, el cual, aunque distanciado del general Narváez, que de nuevo había vuelto al poder, quiso dar á dicho periódico un tinte menos liberal dentro de su tendencia conservadora, y confió la dirección á D. Adrián García Hernández, logrando de mi hermano, con quien hizo íntima amistad, que continuase escribiendo algún tiempo más en él.

Había surgido en el ínterin, en el campo moderado, la disidencia de D. Juan Bravo Murillo, que rompió, como todo el mundo sabe, con el general Narváez, formando Ministerio, algún tiempo después, entre otros, con D. Manuel Bertrán de Lis, y de ese Ministerio, que apoyaba el general Pavía, obtuvo éste el nombramiento de gobernador capitán general de Filipinas, dejando de publicarse, desde aquel momento, el periódico *La Patria*, cuya redacción tenía ya abandonada mi hermano, yendo á escribir, tras un pequeño intervalo de tiempo, en otro titulado, si mal no recuerdo, *El Trono y la Nación*, fundado y dirigido por el diputado valenciano D. Fermín Gonzalo Morón, de tendencia política semejante, ó muy parecida, á la que representó, sobre todo en un principio, *La Patria*.

Si desde muy joven daba preferencia mi hermano al estudio de los clásicos y libros de historia, puede calcularse lo que haría á medida que avanzaba en edad, teniendo á su disposición el tesoro, digámoslo así, de la biblioteca de mi tío, rica como ninguna en materia de anales, crónicas y manuscritos. No era eso bastante para él, porque al cabo, y como decía en tono jocoso, vivía de prestado. De aquí que su ocupación favorita, en vez de irse de paseo, fuese el recorrer los puestos, escaparates ó portales donde se vendían libros viejos, sin renunciar tampoco á los nuevos, para aumentar cada día su pequeña biblioteca en la proporción que le permitían sus recursos. No hacía lo que otros dos literatos de su tiempo, hermanos por más señas, y amigos suyos (los Sres. Sánchez de Fuentes), á quienes se atribuía que, molestados por tantos prospectos y entregas como se dejaban en su casa para suscribirse, pusieron un papel en la puerta, que decía: «Aquí se hacen, no se compran libros.»

Por sus aficiones literarias quiso mi hermano

ser presentado al gran Quintana, de quien recibió muy buenos consejos, concurriendo muy á menudo, casi diariamente, al *Parnasillo* ó café del Príncipe; y con alguna frecuencia también al *café de la Esmeralda*, en la calle de la Montera, punto de reunión, como aquel otro, de escritores y poetas. Desviviase á la vez para asistir al Ateneo, del que era socio, y en cuya biblioteca se pasaba en ocasiones casi días enteros.

En el Parnasillo hizo amistad con autores dramáticos y literarios tan afamados como Hartzembusch, Rodríguez Rubí, Florentino Sanz, Gil y Zárate, Ferrer del Río y Núñez de Arce; éste era el más joven de todos ellos. En el café de la Esmeralda conoció asimismo á Mariano Zacarias Cazorro, Antonio de Trueba, Luis Eguilaz, Carlos Ochoa, Luis Mariano de Larra, Carlos Pravia, Diego Luque, Vicente Barrantes, Enrique Cisneros, Núñez de Prado y Eduardo Gasset y Artime, todos jóvenes de gran mérito, con quienes hizo amistad (1), intimando con los cuatro últimos y singularmente con Gasset y Artime, que vivió después con nosotros y á quien sus talentos, puestos de relieve en el periódico *El Imparcial*, que fundó y dirigió, le dieron más tarde acceso al ministerio de Ultramar, que tuvo á su cargo.

En el Ateneo, por último, hizo relaciones

(1) Ocupándose el exdiputado y distinguido escritor malagueño D. Manuel Casado, que he citado antes, de la reunión en el café de la Esmeralda, dice: «Un señor grave y serio que se sentaba en la mesa próxima á la de los jóvenes, excitó la curiosidad de éstos, que le tomaron por un agente de policía, hasta que tuvo una explicación con algunos de ellos, diciéndoles al final: «No me he de retirar de aquí, á pesar de todo, sin hacerles á ustedes una profecía de hombre de mundo y viejo. Entre los ilustrados jóvenes que forman esta tertulia, hay uno que se abraza mucho horizonte y sera gloria de España.»

Dióles las señas de Cánovas, cuyo nombre desconocía: se informó del lugar de su cuna y del género de estudios á que se dedicaba, y al saber que hacía la carrera de leyes, añadió: El las dará al país; porque su carrera ha de ser el Parlamento, con el que ocupará los más altos destinos de la Patria. Sacó entonces una tarjeta personal suya, y poniéndola sobre la mesa, dijo: Ese es mi nombre; si cualquiera de ustedes, en cualquier tiempo, creo que puedo servirle para algo, en mí encontrará un admirador entusiasta y un amigo.

Cuando, después de una reverente cortesía, el caballero se retiró con el que le acompañaba, para no volver más, en efecto, por aquel sitio como había ofrecido, los jóvenes de la tertulia literaria del café de la Esmeralda se echaron sobre la tarjeta, que contenía este nombre. «Joaquín María López.»

Era el orador parlamentario de tanto renombre, que á poco tiempo murió.»

con otros muchos hombres, no pocos de ellos políticos, de gran fama y autoridad en las ciencias y en las letras. Allí fué presentado, antes de ser redactor de *La Patria*, á Pacheco y Pastor Díaz, oyendo las conferencias del primero, así como las de Donoso Cortés y Alcalá Galiano, desde la tribuna que él luego ocupó también. Y, por último, antes que en el Ateneo, en el Instituto y en la Universidad, contrajo estrechos lazos de simpatía y cariño, aunque distanciado siempre en opiniones políticas, con su grande amigo el ilustre tribuno D. Emilio Castelar.

Barrantes, Cisneros, Núñez de Prado y Gasset eran grandes admiradores de mi hermano, al que casi diariamente veían ó visitaban; y queriendo el último, que vivía de huésped como nosotros, estrechar más por su parte aquellos vínculos de amistad, le propuso habitar en nuestra compañía, calle del Barco, aprovechando la ocasión que ofrecía la separación de nuestro lado de aquel joven Cubillo—andando el tiempo Magistrado del Tribunal Supremo,—que hizo el viaje á Madrid con mi hermano, y se fué á vivir con un tío suyo, afamado médico entonces, en cuya casa comía á diario y hacía sus ensayos de abogado despachando algún que otro negocio de pobre. Parecióle bien á mi dicho hermano el pensamiento de Gasset, oponiendo como única dificultad la estrechez de la habitación que ocupábamos, con una sala ó despacho para estudiar y escribir los tres; lo que podía salvarse buscando desde luego otra mayor. Dímonos cita para esto, de acuerdo con él, Gasset y yo, y muy pronto, cerca de la calle del Barco, en la de Valverde, se encontró lo que deseábamos. Tratábase, en efecto, del cuarto principal de cierta casa en dicha calle y de una pupilera, joven y linda andaluza, viuda, con un niño. En dicho cuarto no habitaban más entonces, como huéspedes, según nos dijo, que una señora de edad ya madura, en relación con la nuestra, y un oficial de Marina, ayudante de cierto General de la Armada. Enseñonos todas las habitaciones de la casa, señalando, desde luego, las que podríamos ocupar, comenzando por mi hermano, á quien destinaba la sala, donde había una cama con colgadura; después dos cuartos contiguos, con balcón á la calle, para Gasset y para mí, y otro que seguía inmediatamente, algo mayor, que estaba ocupado por la se-

ñora de edad. El gabinete, propiamente dicho, y que igualmente nos enseñó, lo tenía ella reservado para sí, cobijando al niño en un cuarto al lado del comedor, contiguo al cual había otro, en que dormía la criada. En esta distribución faltaba, ó eché yo de menos, sin atreverme á indicarlo, el cuarto del oficial de Marina.

Gasset, por su parte, ó no reparó en eso, ó nada me dijo que permitiera suponer haberlo observado. Salimos inmediatamente en busca de mi hermano, para que viese la nueva vivienda, y yo iba, por decirlo así, preocupado—tal era entonces mi poca malicia,—no sabiendo explicarme cómo viviendo allí el oficial consabido carecía de habitación, ó no nos la habían enseñado.

Repitióse la escena al volver á la nueva casa con mi hermano. Fuéle la pupilera explicando, con igual minuciosidad que á nosotros, la distribución de habitaciones, con la diferencia de que ahora se hallaba presente la huéspeda, ó señora de edad madura de que antes nos había hablado, y que por cierto, si bien de bastante más edad que nosotros, no era vieja, ni tampoco fea.

En este nuevo paseo ó recorrido echábase de menos lo que me tenía á mí, sin razón, desasosegado é intranquilo, esto es, el cuarto en que morase el oficial de Marina. Comprendió Gasset mi extrañeza, y se sonrió, mirándome, sin caer yo en la cuenta del motivo, y, fatalmente intrigado por ello, ó como si algo me importase, cuando ya no restaba esperanza de hallar lo que mi curiosidad buscaba, dije á media voz:

—¿Y el ayudante, dónde duerme?

Volvió á sonreír Gasset, é hizolo también la huéspeda de edad madura, y mi hermano, con mal reprimido enojo, se acercó á mí, diciéndome en voz baja:

—Calla, tonto.

Quedé verdaderamente avergonzado y corrido.

No era yo capaz entonces de pensar mal, y descubierto lo que claramente se desprendía de las sonrisas del uno y de la reprimenda del otro, imponíase, en mi concepto, renunciar á la mudanza, y no cambiar, mientras se hallaba otra casa, de hospedaje.

Sucedió todo lo contrario: al día siguiente, Gasset y nosotros nos mudamos, y allí vivimos todos en paz y en armonía, hasta que un

suceso, que aún permanece en el misterio y la duda, y que voy á referir, alteró nuestra tranquilidad.

En efecto, cierto día, muy de mañana yo siempre he madrugado mucho.—vino á mi cuarto la pupilera, y me dijo :

—Necesito hablar con su hermano.

—Pues se lo haré presente—la respondí—en cuanto despierte.

Así lo hice, y una hora después entraba la graciosa andaluza, con aire de mal humor, en la habitación de mi hermano, diciéndole lo que yo oí, y eso que no fui nunca verdaderamente curioso, dejando al efecto un poco entreabierta la puerta de la sala :

—Tengo que referir á usted una cosa gravísima, un suceso desagradable, que no ha ocurrido jamás en esta casa, faltándose á los respetos que merece.

—¿Pues qué ha sucedido?—le interrogó mi hermano.

—Que á altas horas de la noche ha sido requerida de... amor la señora X—la huésped de edad madura,—y vengo á consultarle lo que debo hacer, estando decidida á despedir en el acto al huésped que aparezca culpable.

—¿Y sobre quién recaen sus sospechas?—replicó mi hermano.

—¡Ah, pues si eso se espiera la cosa estaría ya resuelta!

Y deteniéndose á pensar, añadió :

—Don Emilito—que era yo, y que de tan buena fama gozaba,—no puede ser.

—Evidentemente—le interrumpió mi hermano.—¿Y no ha sospechado usted—le añadió con malicia—del oficial de marina?

—Imposible; eso jamás—contestó ella con gran enojo y apresuramiento.

—Pues entonces—repuso mi hermano—no calculo quién pueda ser.

—Le ciega á usted, D. Antonio, la amistad—replicóle la andaluza.—Qué. ¿no recela usted de D. Eduardo?

—No le creo capaz de eso—dijole mi hermano, y así continuó el diálogo, sin llegarse á conclusión alguna.

La andaluza, sin embargo, se permitió interrogar con tono altivo y un tanto amenazador á Gasset, después de una conferencia con la huésped consabida, la cual, según aquélla me manifestó después, no pudo saber quién fuera el atrevido, al que, por su parte—y esto hacia más ridícula la actitud de la pupilera—

no guardaba el menor rencor. Gasset, lleno de razón, rechazó con energía la impostura, con tanto más motivo, me decía después en tono entre furioso y acongojado, cuanto que estaba para casarse—y en efecto, hasta había recibido algunos regalos de boda,—y podía tal suposición perjudicarle en extremo.

Adoptó, é hizo bien, aunque con sentimiento nuestro, la resolución de marcharse, que por su parte celebró también la pupilera, pues eso le evitaba, decía ella, dados sus escrúpulos y severidad en la materia (haciendo como que no habíamos caído en lo del oficial), tener que despedirle, y así acabó, envuelto en el misterio, el suceso que á todos nos preocupó, menos á la huésped á quien me refiero, durante algunos días.

Desde 1834, ó poco después de lo que acabo de referir, comienza, por decirlo así, el periodo álgido de la vida de mi hermano, del cual no he de ocuparme, según manifesté al principio, por corresponder á otros juzgar al mismo bajo los distintos aspectos de político y orador, hombre de ciencia, escritor é historiador. Diré tan solo, por tratarse de hechos íntimamente ligados con su persona, que fué auditor de Guerra y oficial del ministerio de Estado en el citado año, cargo el primero que no llegó á desempeñar. Agente de preces en Roma, en defecto del embajador, por hallarse interrumpidas las relaciones de España con la Santa Sede, y cuyo sueldo y derechos ahorró en mucha parte para traerse, como se trajo de allí, un cargamento de libros; diputado por primera vez, elegido por Málaga, en las Constituyentes de 1854 á 1856 (1); gobernador civil de Cádiz en 1857, ó durante el Ministerio del general Armero; director general de administración en tiempo del general O'Donnell, siendo ministro de la Gobernación el Sr. Posada Herrera; subsecretario del mismo en 1861; ministro de la Gobernación en 1864 (2), ó en aquel Ministerio que se llamó Món-Cánovas; de Ultra-

(1) Fué elegido después, en 1859, por Cieza (Murcia) y por esta capital; por la misma en 1863; por Málaga y Cieza en 1864; por Málaga, Cádiz y Murcia en 1865; por Málaga en 1866; por Lorea (Aurcia) en 1869; por Cieza y Yecla en 1871; por Yecla y Murcia en 1872; por Murcia y Madrid en 1876; por Madrid y Murcia en 1879; por Madrid y Cieza en 1881, optando por Madrid; por Madrid y Cieza en 1884; por Cieza en 1886; por Murcia y Cieza en 1891; por Murcia en 1893 y en 1896.

(2) Y no lo fué antes por no haber aceptado dicha cartera en el Ministerio Arrazola.

mar en 1866, bajo la presidencia de nuevo del general O'Donnell; uno de los pocos hombres de la Unión liberal (refiriéndome á mi hermano) que no tomaron parte en la revolución de Septiembre de 1868 y se mantuvieron fieles á la dinastía legítima, absteniéndose de votar en las Cortes y prestar sus servicios después á D. Amadeo de Saboya; director, en virtud de los poderes que le confirió la Reina doña Isabel II, de la Restauración; presidente del Ministerio-Regencia una vez hecha ésta, y luego del Consejo de ministros en 1875, cargo que desempeñó seis veces; individuo de número de las Reales Academias Española, de la Historia, de la que además fué director; de la de Ciencias Morales y Políticas, de la de Nobles Artes de San Fernando y

de la Real Sevillana de Buenas Letras; presidente, tres veces, del Ateneo de Madrid y una de la Real Academia de Jurisprudencia; condecorado con la insigne orden del Toisón de Oro; el gran cordón de la Legión de Honor, de Francia; la gran cruz de Santiago y la de la Torre y la Espada, de Portugal y demás que cita, en su Necrología, el Sr. Vignau.

Terminó sus días, del triste modo que todos saben, el 8 de Agosto último, siendo su muerte muy llorada en el seno de su familia y la más sentida hasta ahora de hombres públicos á juzgar por las manifestaciones hechas en su favor, así en España como en el extranjero.

EMILIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.

Noviembre de 1897.

NECROLOGÍA

DE

DON ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO

POR

D. Vicente Vignau y Ballester

De las dos necrologías del Sr. Cánovas del Castillo publicadas, con muy corta diferencia de tiempo, en 1898, debida la una al señor Vignau, individuo de número de la Real Academia de la Historia—elegido en la vacante que dejó aquél á su muerte—y Director del Archivo Histórico Nacional; y la otra, al Sr. Cos-Gayón, Académico de la de Ciencias Morales y Políticas, uno de los primeros amigos que tuvo en Madrid el Sr. Cánovas, y Ministro que fué varias veces con él, damos comienzo por la primera, no por ser mejor, que ambas tienen un valor inestimable, sino por su carácter más biográfico (1) que la segunda, en que, estudiándose al Sr. Cánovas de un modo más general y detenido, bajo los diferentes aspectos de poeta lírico, novelista, hablista, periodista, alto funcionario, hombre de ciencia, historiador, amigo de las Bellas Artes, Diputado, Ministro, orador parlamentario, académico y ateneísta, Presidente del Consejo de Ministros y jefe de la oposición de S. M., viene á resultar una historia casi completa y un juicio crítico acabado de Cánovas, obra póstuma del Sr. Cos-Gayón, en que puso de relieve su cariño hacia aquel y sus grandes cualidades de escritor.

La *Necrología* escrita por el Sr. Vignau, que reproducimos íntegra á continuación, constituye una segunda parte de su discurso de re-

cepción en la Real Academia de la Historia el 19 de Junio de 1898.

He aquí el texto (1):

• Aunque la Real Academia de la Historia tiene confiado el *Elogio* de su último Director á uno de sus miembros más ilustres (2), el cumplimiento del mandato reglamentario me obliga á bosquejar aquí una breve y sucinta cronología de aquel esclarecido varón, á quien ya en vida tributaron el honor de más ó menos compendiosas biografías, así políticas como literarias, hombres de todas las ideas: demócratas, republicanos, como D. Miguel Moya y D. Joaquín Martín de Olías; adversarios monárquicos del partido liberal, como los señores Navarro Rodrigo, Linares Rivas, Núñez de Arce y Cañamaque; adictos de convicción como López Guijarro, D. Arcadio Roda y D. Teodoro Baró; amigos de la infancia como el correspondiente de esta Academia D. Manuel Casado y Sánchez de Castilla, y literatos y publicistas distinguidos, como don Ramón de Campoamor, D. Juan Rico y Amat, D. Enrique Prugent y otros, á cuyo numeroso concurso se juntan los nombres de algunos escritores extranjeros, como V. C. Creux, que acaba de publicar en París un estudio biográfico é histórico del mismo.

Nacido el Sr. Cánovas del Castillo en Má-

(1) Se han publicado muchas biografías del Sr. Cánovas, pero ninguna iguala al trabajo del Sr. Vignau.

(1) Se ponen algunas notas con las iniciales E. O., que aclaran ó completan, en puntos más ó menos importantes de hecho, el concienzudo trabajo del Sr. Vignau.

(2) El Sr. Menéndez Pelayo.

laga el 8 de Febrero de 1828, tomó en sus primeros estudios de su padre, D. Antonio Cánovas y García, natural de Orihuela y profesor de la Escuela náutica de San Telmo, de Málaga, el ardor y la afición sin tasa al saber, así como de su madre, doña Juana del Castillo y Estébanez, malagueña de cuna, las líneas sobresalientes de su carácter, el dominio sobre su voluntad y el tesón y la perseverancia en sus empresas (1).

Hasta la temprana orfandad de su padre, ocurrida en 1844; su primera edad transcurrió en el régimen de sus estudios elementales y de preparación. Aunque tratóse de inclinarlo hacia los de las Ciencias exactas, él puso decidido empeño en que se le dirigiese por los de las Letras; y tan aventajado fué en ellas, que antes de terminar el bachillerato, y en los primeros umbrales de la juventud, fundó en la ciudad natal un periódico, *La Joven Málaga*, para vaciar en él el torrente de su musa y las primicias de las reflexiones de su precoz entendimiento (2).

En 1845 vino á Madrid, y el mismo año apareció su primer poesía en el *Album literario* que todos los lunes publicaba *El Español*. Su tío y favorecedor, D. Serafín Estébanez Calderón, á la sazón Consejero de Estado (3) y única per-

sona de quien el mismo Cánovas del Castillo ha escrito después que recibió auxilios y protección, le proporcionó aquel mismo año un modesto empleo en las oficinas del Consejo de Administración del ferrocarril de Madrid á Aranjuez, y le indujo á disponerse en las aulas de San Isidro á la preparación para cursar el Derecho. En las Academias de San Isidro, desde entonces, comenzó á distinguirse por la facilidad de la palabra y la originalidad de su concepto en los ejercicios orales que sustentaban los alumnos de aquellas aulas, entre los que se contaba el señor Castelar, á quien siempre profesó cariñosa amistad (1).

Admitido entre sus condiscípulos, inauguró el mismo año 1845 también la cadena de relaciones literarias entre los compañeros de su edad, á que prestaba una sombra lisonjera la reputación de su ilustre deudo, el escritor insigne que suscribía sus obras con el seudónimo *El Solitario*, en cuya unión visitó por primera vez los salones, ya decadentes, del *Parnásillo*, así como con sus colegas de estudio contribuyó á formar el círculo juvenil del *Café de la Esmeralda*. Desde 1847 aparecieron con mayor frecuencia sus composiciones poéticas en el *Semanario Pintoresco Español*, estableciendo el curso creciente de la publicidad de sus obras, no interrumpida desde entonces durante toda la vida.

Tercer año de Derecho estudiaba en 1849, en que, con el concurso de Ríos Rosas, Benavides y Gonzalo Morón, fundó Pacheco el periódico *La Patria*. En este periódico sentó Cánovas del Castillo plaza de redactor, juntamente con D. Eulogio Florentino Sanz. El celo de su laboriosidad se halla representado en sus columnas por el número considerable de artículos de crítica de teatros, crítica literaria, crítica histórica y filosófica y poesías, al-

(1) Nos vamos á permitir algunas pequeñas rectificaciones y ampliaciones á este esmerado trabajo del señor Vignau. La primera de aquéllas, aunque de escaso interés, es que D. Antonio Cánovas y García no fué profesor de la Escuela de San Telmo, sino director de las costeadas por el Consulado de Málaga; y en cuanto al carácter y condiciones de su esposa, madre del señor Cánovas, hay que añadir en su elogio, haciéndole justicia, que los bienes que poseía, no muchos, pero al cabo suficientes para vivir con modestia, fué vendiéndolos poco á poco para educar á sus hijos y costear los viajes que los mismos hicieron á Madrid.

Doña Juana del Castillo y Estébanez era hija de don Juan José del Castillo, á quien se refiere el artículo del Sr. D. Narciso Díaz de Escovar, escritor malagueño, publicado en el número 25 de *La Revista Moderna*, correspondiente al 21 de Agosto de 1897, que transcribimos, por nota, en el trabajo que precede á éste sobre los primeros años de D. Antonio Cánovas del Castillo.—E. C.

(2) El bachillerato no lo terminó en Málaga, sino en Madrid. Lo que hizo allí, y bien, fué el estudio del latín y de la psicología, lógica y retórica.—E. C.

(3) No era Consejero de Estado, ni mucho menos, supuesto lo que era entonces ser Consejero, el ilustre don Serafín Estébanez Calderón, primo hermano de la madre de Cánovas. Era exgobernador de Sevilla y exauditor de Guerra—esto último lo fué en el ejército que mandó el célebre general D. Luis Fernández de Córdoba,—

y á la sazón, ó cuando Cánovas llegó á Madrid desempeñaba la secretaría del Consejo de administración del ferrocarril de Madrid á Aranjuez, en construcción entonces, de que era presidente su cuñado D. José de Salamanca, cargo que le permitió procurar á su sobrino el destino de que se habla, dotado con 8.000 reales. D. Serafín Estébanez Calderón fué promovido á poco, ó en 1847 á ministro togado del Tribunal Supremo de Guerra y Marina, lo que le dió condiciones legales para ser nombrado después Consejero de Estado, cuando se creó ó restableció en 1860 el Consejo de dicho nombre, que vino á sustituir al Consejo Real, suprimido en 1854, destinándose á Calderón á la sección de Guerra y Marina.—E. C.

(1) Y también el Sr. Martos.—E. C.

gunas de carácter patriótico, que aparecen en las columnas de esta publicación, demostrando la temprana universalidad de sus conocimientos y su bien equilibrado y sólido juicio en todas estas materias. En 1850 alcanzó la dirección política de *La Patria*, que conservó hasta que este periódico, poco antes de morir, pasó á manos de nuevos propietarios.

La reputación adquirida en la dirección de *La Patria* le dispuso para la de otros periódicos, como *El Oriente*, de D. Angel Miranda, y *El Constitucional*, cuyos prospectos escribió.

No obstante, en la nota autobiográfica que reproducimos (1) no hace mención de estas tentativas, tal vez por no haber llegado á término de definitiva ejecución (2).

Antes de tomar de nuevo parte en trabajos políticos periodísticos, y después de una breve expedición á Valencia, hizo otro viaje en 1851 á Huesca (3) para estudiar sobre el terreno el drama del reinado de D. Ramiro el Monje, que bajo el nombre de *La Campana de Huesca, Crónica del siglo XII*, publicó en 1852.

(1) «En los primeros días del año 1849, siendo estudiante de tercer año de Derecho, entre á formar parte de la redacción del periódico *La Patria*, que acababa de fundar D. Joaquín Francisco Pacheco con la colaboración de D. Antonio Benavides. *La Patria* era un periódico liberal-conservador, y sus fundadores habían pertenecido á la fracción *parriana*, que era, en suma, una fracción liberal-conservadora. En 1850, y retirado de *La Patria* el Sr. Pacheco, continuó aquel periódico la política liberal-conservadora, siendo órgano de la que se llamó *oposición conservadora* en aquellas Cortes, y que formaban en el Congreso los Sres. Benavides, Ríos Rosas, Morón, Polo y Horras y otros varios, y durante algún tiempo también los Sres. ...cedal, y González Bravo, hasta el rompimiento de este último con el Sr. Ríos, que dió ocasión á un desatío, y en el Senado el marqués de Novaliches. Así continuó aquel periódico hasta el año de 1852, adquiriendo últimamente la propiedad el marqués de Novaliches, y en 1852 dejó de ver la luz pública. Durante largos plazos fué director del periódico, y cuando no, colaborador asiduo. También escribí en *Las Novedades* bastantes artículos en su primera época: es decir, antes que se declarara progresista, y cuando según su programa y prospecto no era más que un periódico liberal de orden, sin compromiso con ningún partido político. Desde los primeros días de 1854 no he vuelto á escribir en periódicos, habiendo sido perseguido en aquel año, no como periodista, sino como catedrático del Ateneo.» (Nota autobiográfica de D. Antonio Cánovas del Castillo, año 1872.)

La nota que antecede y la que sigue pertenecen al precioso trabajo que transcribimos del Sr. Vignau.

(2) Tampoco menciona la Nota autobiográfica el periódico fundado por el escritor y diputado valenciano D. Fermín Gonzalo Morón, titulado *El Trono y La Nación*, en que escribió, aunque poco, el Sr. Cánovas después que dejó de publicarse *La Patria*.—E. C.

(3) El principal objeto de este viaje fué visitar á su amigo de la infancia, malagueño como él, empleado allí, D. José Robles y Postigo, naciendo de esta visita su pensamiento de escribir la novela de que se habla después.—E. C.

De este mismo año y el siguiente fueron también los muchos trabajos literarios que dió á la estampa en el *Semanario Pintoresco Español* y en *La Ilustración*, uno y otro periódicos dirigidos por D. Angel Fernández de los Ríos, así como la *Historia de la decadencia de España desde el advenimiento del Rey Felipe III hasta la muerte de Carlos II*, obra que escribió para continuar la *Historia general* del Padre Mariana, que publicaba el mismo Fernández de los Ríos en la *Biblioteca Universal*, fundada también por él y que se completó con la *Breve reseña histórica de España bajo la casa de Borbón*, escrita por Cánovas en colaboración con D. Joaquín Maldonado Macanaz.

El año 1853 acabó la carrera de Derecho y abrió bufete (1), al mismo tiempo que abordaba más de lleno la carrera política, entrando en el movimiento que preparó los acontecimientos de Julio de 1854, á los que cooperaba, ya suscribiendo en 1852 la carta dirigida á los directores de los periódicos perseguidos por el Gobierno, ya tomando en el Ateneo un curso de lecciones históricas de 1853 á 54, que fué mandado suspender de orden de la autoridad gubernativa; ya tomando con su pluma parte en las tareas políticas de *Las Novedades*, por las que fué detenido; ya, en fin, escribiendo con González Bravo el periódico clandestino *El Murciélago* (2), y constituyéndose en el consejero asiduo del general O'Donnell, conde de Lucena, de quien era el único intermediario para ponerse en relación con los comprometidos en la empresa que á poco realizó en los campos de Vicálvaro, y que tuvo por programa el redactado por Cánovas y promulgado solemnemente al Ejército revolucionario en Manzanares el 7 del referido mes (3).

La vida literaria sufre desde esta fecha un corto paréntesis, y no se reanuda hasta des-

(1) Tuvo poca afición al bufete, aunque mucha al estudio del Derecho.—E. C.

(2) De esto no hay seguridad, ó por lo menos no la tiene la persona que por entonces no se separa al momento de su lado, ó sea su hermano Emilio.—E. C.

(3) El *Programa de Manzanares* fué impuesto por la necesidad ó las circunstancias, y de su contenido sólo podían responder los que lo suscribieron. Cánovas llegó á dicho punto precisamente cuando se pensaba en ello, ó más bien se tenía resuelta su publicación; y á ruego de los generales, sobre todo de Serrano, se encargó de redactarlo, pues le disgustaba, más de una vez, lo repitió después, el llamamiento que se hacía á la Milicia Nacional, de la que no era, ni fué nunca, partidario.—E. C.

pués de haber rechazado el puesto que en su breve Ministerio le ofreció Ríos Rosas en el de la Gobernación; recibió de mano de su Mecenas, el general O'Donnell, en el mismo campamento de Vicálvaro, la investidura de la carrera jurídico-militar, y después de las jornadas de Julio, de su favorecedor Pacheco la credencial de oficial tercero de la secretaría de Estado, que se firmó el 12 de Agosto siguiente, ascendiendo el 30 de Enero de 1855 á oficial segundo para ir á Roma á desempeñar la *Agencia de Preces* al lado del eminente jurisconsulto que dejó al general Zabala su cartera para representar como embajador á España cerca de Pío IX (1).

Las relaciones entre la Santa Sede y España se interrumpieron en Mayo del mismo año, y Cánovas recibió, con fecha del 25 de dicho mes, el nombramiento de *Encargado de Negocios* (2), que desempeñó con nuevos ascensos á oficial primero en 15 de Junio y con la comisión de llevar la correspondencia en Roma en 9 de Agosto. Todavía en 9 de Enero de 1856 fué elevado á oficial segundo primero de la secretaría de Estado, y en 1.º de Mayo á primero segundo, hasta que el 10 de Octubre del mismo año fué declarado cesante por renuncia de su destino.

En este tiempo, las Constituyentes de 1854 á 56 le admitieron en el seno de la Representación Nacional, elegido por Málaga, y en aquellas Cortes inauguró brillantemente su carrera

(1) Interrumpidas las relaciones con la Santa Sede, cuando Cánovas fué á Roma, no había Embajador, y por eso se le encomendó la Agencia de preces que en otro caso corresponde siempre al que representa á España cerca del Vaticano.—E. C.

(2) No obtuvo más nombramiento que el indicado de *Agente de preces* y encargado de la correspondencia, pues interrumpidas como queda dicho las relaciones, no cabía lo de *Encargado de Negocios*, que supone siempre una representación diplomática y que, tratándose de la Santa Sede, cerca de la cual, España tuvo siempre Embajador, solo podía verificarse en ausencia ó vacante del mismo.

Pruébalo sobre todo la credencial, que decía así:

«Teniendo en consideración la Reina (q. D. g.), los méritos y circunstancias que concurren en usted, se ha servido disponer pase usted á Roma en calidad de oficial primero de esta Secretaría, y con el sueldo que actualmente disfruta á desempeñar, en comisión, el cargo de Agente de preces y encargado de la correspondencia. Es también la voluntad de S. M., se reserve á usted el puesto que actualmente desempeña en esta Secretaría, teniendo opción á los ascensos que en la misma puedan corresponderle durante el tiempo de esta comisión, como los demás individuos que sirven en ella. De Real orden, etc. San Lorenzo 9 de Agosto de 1855.—E. C.

de orador político, así como su estancia en Italia, no sólo le abrió los anchos horizontes de la diplomacia, teniendo ocasión de negociar personalmente con el Cardenal Antonelli y de intervenir en los arduos asuntos que prepararon la celebración del Concordato, sino que, aprovechándose de los archivos y satisfaciendo inclinaciones propias, pudo estudiar sobre la misma Ciudad Eterna el lugar del *Asalto y saco de los españoles*, que en erudita epístola dirigió á su tío Estébanez Calderón, y aun hacer un viaje especial para estudiar también sobre el mismo campo de batalla *El barcho ó parque de Pavía*, de que en otra carta, no menos erudita, dió extensa noticia al marqués del Duero, á quien siempre tuvo en grande estima.

Todos estos trabajos históricos y las peregrinaciones artísticas que por Italia hizo, ya para refrigerar y cimentar más sólidamente su instrucción en los antiguos clásicos, ya para depurar su gusto en las artes, los redujo á artículos que por vez primera vieron la luz en las páginas de *La América*, revista científico-literaria que estableció por mucho tiempo el lazo de la fraternidad literaria entre toda la antigua América española y España, y que en los primeros años de su existencia fué la publicación de mayor autoridad que entre nosotros ha germinado.

En 1857 fué gobernador civil de Cádiz, bajo el Ministerio Armero-Martínez de la Rosa; pero al formarse el Gabinete largo de la Unión liberal, el 30 de Junio de 1858, bajo la presidencia del general O'Donnell, Posada Herrera lo llamó á la Dirección general de Administración en el ministerio de la Gobernación, de donde, en 1860, pasó á la subsecretaría del propio departamento. Sus trabajos literarios más importantes por aquel tiempo fueron los *Apuntes sobre la Historia de Marruecos*, que también publicó en *La América*, y los notables artículos sobre la *Batalla de Rocroy* y *Las relaciones de España y Roma en el siglo XVI*, que desde el primer número de su aparición dieron un gran relieve á la *Revista de España* en todo el primer año de su fundación. Estos trabajos determinaron ya su ingreso en esta Real Academia de la Historia, donde disertó por vez primera *Sobre la dominación de los españoles en Italia*, y donde fué apadrinado por su tío y antiguo académico D. Serafín Estébanez Calderón. A los tres años tocábale á él recibir á otro casi malagueño, también ilustre, al

orientalista D. Emilio Lafuente Alcántara, y ambos cautivaron al auditorio desenvolviendo el tema *De la invasión de los moros africanos en nuestra Península*.

El 1.º de Mayo de 1864 fué llamado á los Consejos de la Corona (1), desempeñando el Ministerio de la Gobernación en aquel Gobierno presidido por Mon y de que formaban parte Pacheco, Mayans, Salaverria, Ulloa, López Ballesteros y los generales Marchessi y Pareja, y al que, á pesar de componerlo hombres de tanta talla, se dió el nombre de Mon-Cánovas. En 21 de Junio de 1865 volvió á ser ministro de Ultramar, y después interino de Hacienda en otro Gabinete presidido por el duque de Tetuán. Habiendo caído este Gabinete á consecuencia de los sucesos del cuartel de San Gil y de la sangrienta jornada de 22 de Junio de 1866, sobrevino una tirante situación de fuerza en la que le tocó á Cánovas salir desterrado de Madrid; y aunque durante aquellos años, en que hizo un papel tan importante en los Parlamentos y en los Gabinetes, no dejó de consagrar gran parte de su tiempo á sus estudios históricos, filosóficos y literarios, aquel paréntesis político lo aprovechó para retirarse á Simancas á observar el curso de los acontecimientos entre el tumulto de sus investigaciones documentarias de gran parte de nuestra historia desde el siglo xv hasta el final del siglo xvi.

En este tiempo, la Academia Española también le llamó á su seno, siendo recibido en aquel Cuerpo el 3 de Noviembre de 1867. Disertó sobre *La libertad en las artes*, á que le contestó el Sr. D. Juan Valera, y consagróse á coleccionar sus *Estudios literarios*, que dió á luz en 1868, y á escribir su *Bosquejo histórico de la Casa de Austria*, que inserto en 1869 en el *Diccionario de Administración y Derecho*, de los Sres. Suárez Inclán y Barca: fué impreso también aparte, y constituye la joya de mayor precio de toda su labor histórica.

Hasta éste, que es el período crítico de la vida política y literaria de Cánovas del Castillo, puede decirse que todo en él había sido incubación, preparación, ensayo y valoración de fuerzas. Desde 1868 todo su pensamiento, toda la labor de su inteligencia, todo el orde-

nado método de su acción personal, se dirige al desenvolvimiento de un plan verdaderamente científico, por encima de los accidentes del acaso, para la reconstrucción política y social de las instituciones y del régimen civil de la Patria, en medio del inmenso caos que produjeran la revolución de 1868, la proscripción del Trono y de la dinastía secular y la invasión de los nuevos elementos que aportó la democracia á la total transformación de la vida nacional. «No fui yo de los vencidos por la revolución, y ella quiso contarme entre los vencedores»: ha escrito el mismo Cánovas en una carta famosa al director de *La Brújula*. En efecto: en 1868 el duque de la Torre le brindó una presidencia de sección en el Consejo de Estado, que no fué admitida; y aunque en un artículo notable de *La Epoca* al día siguiente de la batalla de Alcolea, y en una carta, no menos notable, dirigida á Pau á la Reina Isabel, dió por sancionada la irreversibilidad de los hechos consumados, imprimiendo su dirección moral á aquel periódico, admitiendo en torno suyo un grupo de leales amigos, constituyéndose en jefe de una exigua minoría parlamentaria, reconstruyendo el círculo político de unión y propaganda, y tomando, desde 1870, las riendas del Ateneo en discursos de la tribuna, en discursos de la cátedra, y á fuerza de una acción intelectual de que no había antecedentes en nuestra historia moderna ni tendrá fácil repetición, emprendió aquella labor reconstructora, y en 1875 dió el triunfo universal de la opinión al Príncipe de Asturias, restaurándolo en el Trono de sus mayores sobre la autoridad de la Historia, los altos conceptos del Derecho y las victorias inmarcesibles del talento.

De la labor intelectual de Cánovas en este período queda el libro de la *Opinión liberal conservadora en las Constituyentes de 1869 á 1871* (año 1872); los prólogos de los libros de Rodríguez Ferrer sobre *Los vascongados* (1873); de *Los oradores griegos y romanos*, de Rodas (1874); de *Las mujeres españolas, portuguesas y americanas*, editada por Guijarro, y del autor de la *Historia de Felipe III*, publicada en la *Colección de documentos inéditos para la Historia*, por el marqués de la Fuensanta y Sancho Rayón (1875). De este período quedan también sus artículos históricos publicados en la *Revista de España*, en la *Ilustración Española y Americana* y en la *Ilustración de Madrid*; otra mul-

(1) Antes, en 1863, ó en el Ministerio que presidió D. Lorenzo Arrazola, le fué ofrecida y no aceptó la misma cartera que obtuvo en el Gabinete del Sr. Mon.—E. C.

titud de discursos y artículos publicados en *La Época* y en *El Tiempo*; el discurso de recepción de D. Manuel Silvela en la Academia Española (1871), y de D. Vicente Barrantes en la de la Historia (1873), y, sobre todo, los discursos del Ateneo en los dos bienios de 1870 y 71, de 1872 y 73, en los que dilucidó la política internacional de España con motivo de la cuestión de Roma (1870); el optimismo y pesimismo en las corrientes de la opinión (1871); el problema religioso ante el problema social (1872), y la libertad y el progreso con motivo de las tendencias anárquicas de la democracia revolucionaria (1873).

La augusta proclamación de Sagunto hizo salir á Cánovas de los salones del Gobierno civil, donde se hallaba detenido, á formar el Ministerio-Regencia en la noche del 31 de Diciembre de 1874. Confirmada la jefatura del poder responsable en él por Real decreto de 9 de Enero de 1875, su labor intelectual se multiplica de una manera admirable, habiéndose propuesto modelar la profunda evolución política y social que el reinado de D. Alfonso XII consigo traía por los principios históricos y científicos que habían informado su plan de restauración. Desde la reunión de los notables en el Senado y la convocatoria de las primeras Cortes del nuevo reinado, el empleo de sus facultades orales solamente en el Parlamento constituye una labor intelectual verdaderamente extraordinaria. En la legislatura de 1876 á 77 pronunció en el Congreso 126 discursos y 26 en el Senado; en la de 1878 otros 86 en el Congreso y 68 en la de 1879 á 1880; en la de 1891 pronunció en la misma Cámara 103. En la primera de las legislaturas referidas pronunció siete discursos sobre el viaje del Rey al Ejército del Norte y el estado de la guerra con los carlistas; nueve sobre el Mensaje de la Corona, 11 sobre la Constitución, 12 sobre los presupuestos y 20 sobre las garantías constitucionales. En la legislatura de 1879 á 1880 pronunció 15 discursos sobre el Mensaje, 16 sobre reformas de Cuba y seis sobre el ejercicio de la regia prerrogativa. Esta labor tan continua y tan asidua ni en un ápice disminuyó, antes bien, estimuló más y más el aguijón de sus estudios, principalmente en la Filosofía social, en la alta Jurisprudencia y siempre en la Historia. La Academia Española le oyó disertar en 1878 sobre *Literatura aljamiada*, en la recepción del nuevo académico

D. Eduardo Saavedra; la de la Historia sobre *Geología y protohistoria ibéricas* en 1889, en la recepción de D. Juan Vilanova; en la de Ciencias Morales y Políticas impugnó en 1881 las teorías novísimas de Darwin y Spencer en su propia recepción; en la de Bellas Artes de San Fernando dió nuevos preceptos á la belleza en el arte en 1887, y de otras elevadas cuestiones de Derecho trató en la de Jurisprudencia y Legislación en 1892. En el Ateneo, después de conmemorar el recuerdo de Moreno Nieto en 1882, disertó sobre *Las naciones y su concepto*; en 1884 sobre los *Maestros que habían ilustrado su cátedra*; en 1889 sobre el *Ejercicio de la soberanía en las democracias modernas*, y en 1890 sobre la *Cuestión obrera*.

Desde 1883 inicia una nueva serie de publicaciones propias con *El solitario y su tiempo*; en 1887 recopila sus *Obras poéticas*, y su estudio de crítica literaria en otro volumen titulado *Arte y Letras*. En 1888 da á la estampa sus *Estudios del reinado de Felipe IV*, y desde 1844 á 1890 sus tres volúmenes de los *Problemas contemporáneos*. La Sociedad Geográfica de Madrid le ve preparar en 1881 á 1892 los dos Congresos americanistas; en 1879 el Centenario de Sebastián de Elcano, y en 1892 el del descubrimiento del Nuevo Mundo, habiendo ya presidido el 12 de Noviembre de 1883 el Congreso español de Geografía colonial y mercantil. Las Corporaciones económicas de Barcelona en 1888, y el Círculo de la Unión Industrial de Madrid en 1895, le aplauden en la defensa de los intereses de la producción nacional, en tanto que los Círculos militares de toda España le erigen en su más alto protector por la defensa de las leyes constitutivas del Ejército y por la del renacimiento de nuestras fuerzas navales. En 1880 mereció el honor de presidir el Congreso internacional de Madrid sobre la cuestión de los protegidos en el Imperio de Marruecos, á la vez que su constante iniciativa ó su resuelta protección promueve ó impulsa Centenarios como el de Calderón de la Barca y el de los Marqueses de Santa Cruz de Mudela y de Santa Cruz de Marcenado; Exposiciones artísticas, industriales ó históricas, como la internacional de 1892.

A él son debidas las obras colosales de restauración de los archivos de Alcalá de Henares y de Simancas; él dota de nuevas monumentales moradas á la Real Academia Espa-

zola y al Ateneo científico, literario y artístico de Madrid, y por él llegan á victorioso término las obras emprendidas desde 1866 para el espléndido palacio de los Museos Nacionales, donde el arte y la opulencia acumulan todos sus tesoros. Bajo sus auspicios, ó en la corriente de sus iniciativas, en Madrid y en Barcelona, en Huelva y en la Habana se erigen estatuas y monumentos públicos á Colón; en Madrid, á Isabel la Católica y al Marqués de Santa Cruz; en Talavera, al Padre Juan de Mariana; en Salamanca, á Fray Luis de León; en Zaragoza, á Palafox, y en Sevilla, á Daoiz. Los hombres estudiosos de la historia nacional reciben su protección, y esta misma Academia, con su nombre á la cabeza, inaugura, aunque bajo la acción de la industria particular, por no consentirlo sus medios, la publicación de una serie de monografías, cuyo conjunto será una verdadera preparación crítica y documentada, y de cualquier modo una obra de evidente progreso para los estudios definitivos y generales de la Historia de España.

El Parlamento le ha tenido en su seno, casi sin interrupción, desde 1851 hasta su muerte, habiendo representado á Málaga y Coín, en esta provincia; á Murcia y los distritos de Cieza, Yecla, Mula y Lorca en la misma; á Cádiz en 1865 y á Madrid en 1879, 1881 y 1884. En 1874 presidió el Ministerio-Regencia en la ausencia del Rey D. Alfonso, y los Gabinetes formados el 9 de Enero de 1875 hasta el 2 de Diciembre del mismo año; el de 9 de Diciembre de 1879, el de 18 de Enero de 1884, el de 5 de Julio de 1890, y, por último, los de 1891, 1892 y 1894, hasta su muerte. La Academia de la Historia le ha tenido de Director casi perpetuo desde el 15 de Diciembre de 1882, pues volvió á ser reelegido, sin interrupción, en 1885, en 1888, en 1891 y en 1894. Condecoraba su pecho con el collar de la insigne Orden del Toisón de Oro, la encomienda de número de Carlos III, las grandes cruces de la Legión de Honor de Francia, San Alejandro Neusky de Rusia, Aguila Roja de Alemania, Leopoldo de Austria, Orden Piana de la Santa Sede, San Mauricio y San Lázaro de Italia, y Orden de Santiago de la Espada de Portugal. Varias de sus obras han sido traducidas al extranjero, y en 1890 el doctor Federico Guillermo Schirmmacher, profesor de Historia de la Universidad de Rostock, le dedicó

el tomo V de su obra *Geschichte von Spanien*, que comprende la historia de España durante el siglo XIV.

No entra en la índole de este trabajo trazar el bosquejo moral del hombre, tarea reservada á su elegio póstumo; pero como complemento de su necrología, encajan aquí inexcusablemente algunos datos íntimos de su existencia en el hogar. Dos veces fué casado don Antonio Cánovas del Castillo. De su primer matrimonio, en el principio de su edad viril, dice el ilustre Campoamor: «He tenido la dicha de conocer mucho á su difunta esposa, la señora doña Concepción Espinosa de los Monteros, hija de los barones del Solar de Espinosa; una murciana, como decía un poeta del gran Teodosio, divina y mecida en cuna de oro. Aquel angel de candor y de modestia hablaba de su marido con la misma adoración que si el Sr. Cánovas fuese un santo como ella.» Su segundo matrimonio lo contrajo, en edad más madura y en la plenitud de su brillante y supremo papel político, con la señora doña Joaquina de Osma, hija de los marqueses de la Puente y Sotomayor, que ha tenido la dicha de rodear los diez últimos años de la vida del gran repúblico de todos los encantos del hogar por que él suspiraba; de toda la ternura de los afectos de que su alma, templada para las grandes pasiones, se sentía huérfana, y de aquella suma de cuidados solícitos, y de aquel realce de esplendor y decoro que han sido el complemento del marco que correspondía á figura tan agigantada. A su muerte, esta ilustre señora, digna por todos conceptos de compartir con él el aura de las grandezas de su espíritu, ha sido condecorada por la gratitud del Trono y de la Patria con el título de duquesa de Cánovas del Castillo.

Por último, después de haber realizado los hechos más importantes de nuestra resurrección nacional, y con la seguridad de ver pronto terminadas nuestras guerras coloniales, preparábase el Sr. Cánovas á su completa retirada del poder para aislarse en la atracción de sus estudios; completar la publicación interrumpida de sus obras; renovar la *Historia de la Casa de Austria*, cuyos elementos documentarios y bibliográficos tenía acopiados enteramente, y dictar, por término de su labor intelectual y de su vida sus *Memorias*, que habrían sido documento perennemente vivo de la historia de medio siglo, en que fué, desde la in-

cubación de su carrera, en 1854, principal autor. La bala despiadada del asesino vil que le robó alevosamente la vida en el balneario de Santa Agueda, el 8 de Agosto de 1897, impidió cruelmente la realización de su proyecto, que era ya el más grato ideal de su existencia. La pérdida de este tesoro la llorarán perpetuamente la Historia y las Letras españolas.

Voy á terminar estos desaliñados apuntes repitiendo lo que el citado autor de las *Dobi-*

ras decía el año 1885 de su ilustre amigo: «Cuando estemos todos en ese campo sin odios que se llama el cementerio, las gentes cruzarán indiferentemente por el lado de nuestros sepulcros olvidados, mientras no habrá un solo español que para honrarse á sí mismo y á su patria no se descubra reverentemente al pasar por delante de la tumba de Cánovas.»

NECROLOGÍA

DE

DON ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO

POR

Don Fernando Cos-Gayón (1)

Leyóla su autor, ante la Real Academia de Ciencias morales y políticas, en sesiones de 19 y 26 de Abril, 18 y 24 de Mayo de 1898.

* * *

No es la primera vez que por encargo de la Academia tengo que hablarle de las particulares circunstancias y méritos de D. Antonio Cánovas del Castillo. Hube de hacerlo también cuando tomó posesión, en 5 de Junio de 1881, de su plaza de académico de número. Fué aquella ocasión de regocijo y de honra; lo es ésta de tristeza y amargura; y aunque haya siempre esa natural diferencia entre la bienvenida y la eterna despedida para cualquiera de los que han pertenecido á esta docta Corporación, resulta mucho más sensible y deplorabile la actual, por lo extraordinario de la pérdida y por la forma, también extraordinariamente deplorable, en que se ha realizado.

Concluí mi discurso del citado día con estas palabras: «La Historia dirá con fallo inapelable, apreciando en su verdadero valor los actuales dictámenes de amigos cariñosos y entusiastas y de adversarios, con frecuencia benévolo y hasta admiradores, si al varón insigne que va ahora mismo la Academia á honrar con su medalla le corresponde el primer

puesto ó qué puesto le corresponde entre los mayores oradores parlamentarios, los mayores pensadores y los mayores hombres de Estado de la España de nuestros días.»

Creo que puede ya considerarse conocida la sentencia definitiva de la Historia. Verdad es que, tratándose de hombres políticos y de guerreros, así como jamás la posteridad concede grandes títulos de gloria á quien no le hayan sido reconocidos por sus contemporáneos, suele rebajar mucho, más ó menos pronto después de la muerte, las reputaciones adquiridas durante la vida; pero para Cánovas han sido tales los aplausos que á sus singulares méritos y á sus extraordinarios trabajos han dispensado á porfía amigos y adversarios, casi sin excepción, en un largo periodo de constantes luchas, que parece muy fundada la presunción de que el trascurso del tiempo más contribuirá á engrandecer que á disminuir la magnitud de su figura histórica.

Al cumplir ahora mi deber de bosquejarla ante vosotros, no puedo deciros, como nuestro compañero el Sr. D. Alejandro Pidal, de cía, no ha mucho, en la velada que el Ateneo dedicó á la memoria de Cánovas: «No te más de mi análisis enfadosos y prolijos. Muchas páginas serían necesarias para analizar á Cánovas; pero Cánovas no merece el análisis. Cánovas es digno de la síntesis, como toda personalidad resuelta y vigorosa.»

En efecto: cuando un hombre deja de te-

(1) Con mucho sentimiento nuestro, no podemos, por su mucha extensión, reproducirla íntegra.

ner mera importancia individual para adquirirla colectiva, convirtiéndose en la personificación, en la encarnación, en el símbolo de una idea, de un partido, de una época, de un pueblo, es preciso comprenderlo y juzgarlo en amplia síntesis, prescindiendo de análisis menudo. Y pocos ejemplos podrían citarse tan insignes como Cánovas. Si de Leibnitz se ha dicho, para encomiar la generalidad de las aptitudes de su genio, que en su tiempo llevaba de frente todas las ciencias, de Cánovas es justo afirmar que ha llevado de frente durante un largo periodo, los hombres y los acontecimientos de su patria.

Pero la tarea que me está encomendada, y de cuyas condiciones no puedo apartarme, es necesariamente de modesto análisis.

Tropiezo, además, con otra dificultad. Estas necrologías académicas tienen por principal objeto recoger, para procurarles alguna perpetuidad, las noticias biográficas de los fallecidos; y tratándose de Cánovas, ni lo que yo ahora escriba ha de contribuir á dar mayor duración á su memoria, ni cabe reducir al breve espacio de un discurso lo que exigiría muchos tomos.

Se puede componer extensa autobiografía de Cánovas recogiendo, con trabajo que habría de ser largo y prolijo, entre sus discursos parlamentarios y académicos, sus monografías y artículos de revistas, sus trabajos históricos y literarios y sus prólogos á obras propias y ajenas, las explicaciones, las defensas de sus actos, las noticias de lo que en cada ocasión hizo, ó dijo, ó pensó. Fué muy cuidadoso de justificar sus obras y sus ideas; y como no conoció pereza para estudiar, para argumentar ni para escribir, apenas hay en su vida cosa que él no haya dejado explicada. De él mismo son estas palabras: «Cuando voluntaria y deliberadamente me pongo á discurrir delante de mis conciudadanos, ningún interés cabe en mí que pueda igualarse al de adquirir ó conservar su estimación» (1).

Faltándome el tiempo, no el deseo, para realizar el plan de escribir una larga historia de Cánovas exclusivamente con textos suyos, aprovecharé, sin embargo, los que vaya encontrando al paso para este trabajo, por su propia índole más ligero, en que ahora he de ocuparme.

(1) *El Solitario y su tiempo*, cap. I.

I

ESTÉBANEZ CALDERÓN, PROTECTOR Y MAESTRO
DE CÁNOVAS

A fines de 1845 llegó Cánovas á Madrid. Tenía diez y siete años, era huérfano de padre y la suerte le imponía la obligación de ser por entonces el protector de su madre y de cuatro hermanos, todos menores que él.

Entre las pocas noticias que quedan de sus antepasados, es la más interesante la que él mismo da en las siguientes frases, al reseñar la desigual lucha sostenida el 5 de Febrero de 1810 por las temerarias turbas malagueñas que, acompañadas de poquisima fuerza militar, osaron salir al encuentro de la caballería imperial, á campo abierto: «Tomó parte principal en aquel desesperado combate mi abuelo materno, veterano y valeroso oficial, mal curado aún de las quemaduras que recibiera en las famosas baterías flotantes de Gibraltar, de donde, según escribió más tarde Estébanez, pudo salvarse ganando á nado la tierra, para morir luego, no lejos de la ermita de los *Martiricos*, atravesado por muchas lanzas» (1). Ya en su raza, y unido á él por próximo vínculo de la sangre, había habido un mártir del deber patriótico.

Halló amparo en otro deudo próximo de su madre, en D. Serafín Estébanez Calderón, á quien ha manifestado su gratitud en las siguientes nobles y amarguisimas frases, al terminar la biografía y el juicio critico que le dedicó: «Ningún ruido hizo su muerte; tan sólo sus deudos y amigos íntimos la lloraron ó deploraron cuanto se debía. Que dije ya al principio de este libro que no fué nunca escritor popular, y dije también, y es ciertísimo, que no alcanzó en vida toda la estimación y aprecio que su mérito reclamaba. Si lograrse yo ahora llamar la atención sobre sus obras, ya que de nuevo se piensa en reunir las y darlas juntas á luz, bien recompensado consideraría mi desaliñado trabajo. Pero si esto siquiere no lograrse, habré cumplido de todos modos el deseo que me ha movido á escribir, y que, no satisfecho, hubiera positivamente entristecido el fin de mi carrera. A nadie le importa saber, pero á mí me cuesta trabajo callar, que él es la única persona de este mundo á quien

(1) *El Solitario y su tiempo*, cap. I.

he debido auxilios y protección. Todo lo demás lo he conseguido ó conquistado sin deberlo absolutamente á nadie, sino á mí propio. Todavía llegaron los progresos de mi carrera para no serle inútil á él ni serlo á sus hijos; pero dije ya cierto día, al dedicarle una de mis primeras obras, que la cuenta de la gratitud es cuenta que no se cerraba, en mi concepto, jamás. Abierta está y abierta quedará, pues, para mí; pero mientras más me aproxime al justo pago, más contento he de quedar. En su experiencia larga, quizá no aguardaba de mi gratitud el cariñoso deudo que me tendió un día su mano; que yo de mí sé decir que hace muchísimo tiempo ya que no la espero por ningún servicio ni por favor alguno. Pero en tal caso, cualquier beneficio se ha de agradecer más, si por ventura se agradece» (1).

Estébanez, más que protector, fué maestro de Cánovas. «Los pocos ó muchos—dice éste—que se hayan tomado la pena de seguir los pasos de mi poco fructuosa carrera literaria, sin duda habrán reparado que á los trabajos históricos de Estébanez han correspondido otros míos, de más ó menos extensión, por los suyos inspirados. Hora es de decir que esto fué necesario y justísimo tributo pagado á su superioridad y al magisterio que en mí ejerció durante mis primeros años juveniles. Como él, escribí sobre Marruecos, procurando aumentar, con ocasión de nuestra última guerra de África, las noticias que contiene el *Manual del Oficial en Marruecos*, acerca de la historia de aquel país, tan poco conocido en España anteriormente. También traté en cierto librito de aquellos fieros almogávares que admiró él tanto con razón, aunque, por mi parte, en formá novelesca... No dejé de hacer asimismo algunos trabajos sobre puntos que no había él tocado todavía, relativos á la milicia española... Escribí, después de morir mi erudito maestro, una obrilla algo más extensa que las anteriores, sobre el principio y fin que tuvo la supremacía militar de los españoles, describiendo por primera vez con detenimiento la infame batalla de Rocroy, tan célebre en los fastos europeos» (2). Y en otro sitio de la misma obra había dicho Cánovas: «Un incidente, para los más insignificante, la su-

presión de la escarapela encarnada y su sustitución por la bicolor, amarilla y roja, que hoy nuevamente se usa, le hizo improvisar (á Estébanez) cierto artículo en defensa de la antigua emblema, que movió á Narváez, no poco sensible en este género de asuntos, á restaurarlo. Vuelta á suprimir la escarapela encarnada y restableciéndose después de la revolución de 1868 la bicolor, creíme yo obligado, en memoria suya, á tomar sobre mí la defensa, que difunto él no podía continuar. Con este motivo, tuve ocasión de hacer patentes algunos hechos sencillos y fáciles de averiguar, sobre los cuales la pereza nacional nos tenía en absoluto error. Súpose por primera vez así que, aunque el color heráldico español fuese ciertamente el rojo, no se transmitió éste nunca á las banderas en los tiempos pasados, siendo completamente arbitrario en nuestras campañas de Italia y Flandes el que fuesen moradas, blancas ó bicoloras, porque lo único que distinguía su nacionalidad era el escudo ó emblema que ostentaban» (1).

Sigo copiando párrafos en que Cánovas insiste en la semejanza de sus estudios con los de Estébanez: «Tanto como á mi propio interés ahora, correspondo (tratando de rectificar errores históricos sobre la batalla de Rocroy) á lo que de mí aguardaba Estébanez, y debo á los documentos ó consejos que me dejó por herencia, defendiendo á su ejemplo, y en la medida de mis fuerzas, estas cosas de la Patria, sin llegar á la sinrazón nunca, pero no cediendo jamás en lo justo, sea cualquiera el respeto que el contrario merezca. Creo en conciencia que, por lo que hace á esto, he llenado hasta aquí sus deseos, y espero llenarlos en lo que me quede de vida.»

«Es tal la similitud de mis pensamientos con los de Estébanez durante los primeros años de mi carrera, que, aun sin habernos comunicado nuestras apreciaciones recíprocas en ciertos asuntos, hallo ahora, por las correspondencias que acaban de venir á mi poder, singularísimas coincidencias entre los dos. Jamás me habló, y va de ejemplo, por su delicadeza extrema sin duda en cuanto de cerca ó de lejos tocaba á la Iglesia católica, de las opiniones que en Roma había formado respecto á la organización de su Gobierno, y al Cardenal Antonelli en especial. Pues su

(1) *El Solitario y su tiempo*, cap. XIV.

(2) *El Solitario y su tiempo*, cap. XII.

(1) *El Solitario y su tiempo*, cap. XI.

juicio respecto á éste, en pocos días formado, y que ya el lector conoce, fué de todo punto idéntico al que formé yo luego, en dos años de observación atenta, é inspirada por un interés sincerísimo á favor del Pontificado, como saben los muchos que me oyeron hablar, no todos, naturalmente, con gusto ni aplauso, cuando volví de Italia... »

« Confundida en gran parte su vida y la mía, durante sus postreros años de actividad y los primeros de mi carrera literaria y pública, nada ha habido más diferente después » (1).

.....

II

CÁNOVAS, POETA LÍRICO

Desde muy temprano compuso Cánovas y publicó versos sobre asuntos varios, y de haberlo hecho se mostró más adelante arrepentido. He aquí los términos severos con que, al coleccionar algunos de sus anteriores escritos, se expresaba en 1868: « Bueno es saber ante todo que no le pesaría (al autor de los mismos) de hallarse aún á tiempo de conceder ó negar los honores de la publicación á los más de sus trabajos literarios. Otra que es, quizá sería su determinación entonces. Ni los puestos académicos que sin merecimiento ha alcanzado, ni la aprobación benévola con que han honrado sus escritos á veces personas de competencia no común, sería probable que bastasen para salvar á muchos del olvido ó del fuego, si la voluntad del autor pudiera conservarlos hoy, ó no, tan libremente como su razón juzgarlos. Pero no hay medio de prescindir de que tales como son se hallan ya casi todos en distintas formas publicados. »

.....

Diez y nueve años después de expresarse así, en 1868, decía Cánovas en nuevo prólogo de nueva colección de sus poesías líricas (2): « No he cumplido mi promesa de dejar

(1) *El Solitario y su tiempo*, cap. VII.

(2) El propio Cánovas en el prólogo de sus *Estudios literarios*.

en adelante de escribir versos porque, desde luego, semejante propósito era temerario, habiéndole formado en edad poco avanzada todavía; y además, porque la revolución que estalló aquel año abrió tal paréntesis en mi carrera política, que para todo género de trabajos me dejó tiempo sobrado. Las ocasiones, poco frecuentes, en que dirigí mi voz á las Asambleas de aquella época no bastaban á consumir mi actividad, y de nuevo di libre curso á mis aficiones literarias. He escrito, pues, nuevos versos, á los cuales es aplicable de todo punto cuanto dije de los publicados en mis *Estudios literarios*; y aun no miento si aseguro que tendría buenas razones para ampliar y fortalecer más lo que entonces escribí. Si mis nuevos versos no anduvieran ya impresos como los antiguos, hoy menos que nunca me costaría sacrificio alguno imitar vivo y sano á los autores graves, de quienes se cuenta que á la hora de la muerte mandaron quemar los suyos inéditos. Nunca he hecho profesión de poeta; y la poesía, aunque otra cosa piensen los profanos, es arte que debe cultivarse formal y casi exclusivamente, si ha de dar sazonado fruto. Otras ocupaciones notorias, y de muy distinta índole, han sido las mías, salvo breves espacios de tiempo; y todas, más bien que compatibles, han solido ser enemigas de la poesía. Por virtud de ellas, no de mis trabajos poéticos, he alcanzado la poca ó mucha estimación que en este mundo merezca. Nada, pues, más prudente y haccedero para mí que condenar á absoluto olvido unos trabajos que tan dudoso es que realcen mi nombre » (1).

.....

Me atrevo á creer que á Quintana, el gran poeta y el ilustre crítico, á Pacheco, el insigne maestro de toda especie de literatura, y á Estébanez Calderón, el cáustico é implacable censor, les merecieron las obras poéticas de Cánovas más benévolos juicios que han solido merecer á algunos escritores que tengo también la osadía de no considerar superiores á aquellos tres.

Pero es indudable que no brilló en esto como en otras tantas cosas en que se apoderó con admirable facilidad siempre de los primeros lugares. Tenía imaginación exuberante, que

(1) *Obras poéticas*, prólogo.

se manifestaba de continuo en todo lo que escribía ó hablaba, lo mismo en las ocasiones solemnes del Parlamento ó de las Academias, que en las conversaciones del Salón de Conferencias ó de las tertulias privadas; poseía una sensibilidad exquisita y otras muchas cualidades que le podían dar aptitud excepcional para el cultivo de la poesía lírica; aventajaba á los más en los estudios que preparan bien para esa clase de trabajos, y nada habria salido de su pluma que no estuviera dentro del terreno del arte. Pero en sus poesías, como en todo, la profundidad del pensamiento quitaba algo á la claridad, ó por lo menos á la brillantez de la expresión. Su razón reflexiva aparecía siempre con poderosa fuerza, sobreponiendo la profunda crítica analítica á las expansiones de la fantasía. Era quizá demasiado gran pensador para poder aspirar á gran poeta.

.....

III

• CÁNOVAS, NOVELISTA

Puesto Cánovas en el empeño de escribir una novela, no era dudoso cuál género preferiría para ella. Sus aficiones constantes, desde el principio hasta el fin de su carrera literaria, le inclinaban á la pintura de lo histórico y de lo antiguo. Por entonces, á pesar del gran prestigio alcanzado por Balzac y de los ruidosísimos éxitos de Eugenio Sue, tenía el cetro de la literatura novelesca el autor de *Los tres Mosqueteros* y de *El Collar de la Reina*, que hacia penetrar en sus libros por todas partes y á todas horas los personajes de la historia de Francia, presentados y arreglados á su manera; pero aunque el gusto de sus contemporáneos hubiera sido otro, Cánovas, entre el estudio de las costumbres y de los hombres de épocas pasadas y el de las cosas contemporáneas, habria siempre optado por el primero. Y en la lucha de las escuelas realistas y naturalistas con las idealistas y románticas, tampoco habria vacilado nunca la tendencia de su espíritu.

.....

Y no sólo concede Cánovas ventajas á la historia sobre la novela naturalista para los estudios en que ésta pretende ser maestra, sino que reconoce superioridad á la novela histórica sobre la historia misma para el conocimiento perfecto de los hombres y de los acontecimientos. «Las novelas históricas—dice—encierran verdad tan cierta como la de la historia estricta y didáctica, y aún mayor; que ésta jamás se piensa, ordena y escribe con el estro adivinatorio y la plenitud de datos y elementos que la obra poética, ya versificada, ya prosáica, poema ahora y ahora cuento, ó narración fabulosa de cualquier linaje» (1).

Es verdad que cuando exponía estas teorías habian transcurrido, desde que compuso su única novela, treinta años, tiempo más que suficiente para haber modificado sus juicios y hasta sus aficiones; pero éstas fueron constantes durante toda su vida, inclinándose siempre hacia lo antiguo y lo histórico en cuanto á los estudios, y á lo ideal y lo bello en cuanto á las aspiraciones del arte. Y no están, ciertamente, en disonancia con los párrafos que acabo de copiar, estos otros del capítulo primero ó prólogo de su *Campana de Huesca*:

«Si bien se registran otras historias viejas, y los romanceros, y los pergaminos de los archivos, y los discursos de los doctos sobre personas y cosas obscuras, no se hallará hecho ó dicho muy opuesto á lo que aquí sucede, ó á lo que dice aquí y hace el *Rey Monje*. Ni está menos ajustado que el de éste á las crónicas y otros papeles antiguos el carácter del conde de Barcelona, D. Ramón Berenguer IV, que tan notable parte tuvo en los sucesos que relata el presente libro...»

.....

No escribió Cánovas más novela que la *Campana de Huesca*, y sería lástima, en vista de las felices disposiciones que en ella mostró para este género de arte literario, si la causa de su posterior inactividad en este punto no hubiera consistido en la necesidad de emplear su tiempo en tareas más importantes.

.....

(1) *El Solitario y su tiempo*, cap. VIII.

IV

CÁNOVAS, HABLISTA

En nada pusieron tanto empeño Estébanez y Cánovas para la mejor educación literaria de éste, como en el ejercicio de la antigua habla española, en cuyo manejo era tenido aquél, y no sin motivo, por consumado maestro. Ya Cánovas nos lo ha dicho en las frases que antes fueron copiadas: «Por largo espacio de años, en el entretanto, la suerte y el parentesco le pusieron á la par en el caso de escuchar de continuo las lecciones de D. Serafin Estébanez Calderón, uno de los grandes y doctos ingenios de la época, el cual no perdonó esfuerzo alguno para aficionarle á sus eruditos trabajos é infundirle su propio y feliz amor á la lengua castellana, que es sólo empleada con verdadera gloria por los que la aprenden á costa de inteligentes y tenaces estudios» (1).

Volvió á declarar Cánovas varias veces que una de sus ambiciones fué sobresalir en el empleo del habla española, y que ese deseo se lo había inspirado Estébanez. Al comenzar su discurso de recepción en la Academia de la Lengua, decía: «No se niega ya tampoco la posesión de estos escaños á aquel amor sincero, si no siempre correspondido, que en medio de la turbación de los tiempos guardan algunos al arte de bien decir, que tanto ennoblece al hombre. De estos soy yo, señores, sin duda alguna; y si el deseo de emplear con acierto la hermosa habla heredada, que en mí despertó un maestro insigne á quien han de echar de menos por no corto espacio las letras, bastase á merecer tal recompensa, no sería, por ventura, de los menos dignos de alcanzarla» (2).

Sentía Cánovas grande admiración por la manera de escribir de Estébanez. De él dice que «el escritor á quien más especialmente se asemejaba, y por de contado con gran provecho, es Cervantes» (3). Con Quevedo lo compara más de una vez, dándole en varios conceptos la ventaja. Aludiendo al *Manual del Oficial en Marruecos*, dice: «No hay batalla mejor narrada en castellano que la de Alcázar-Kébir, por Estébanez» (4). Después de copiar

el retrato que éste hizo del almogávar, exclama: «¿Hay cosa mejor en todo Mendoza ni en Melo? Respondan las personas de gusto y amantes fieles de la divina lengua en que aquellos insignes historiadores escribieron» (1). Y esas citas, y otras muchas que pudieran hacerse, son innecesarias, sabiendo que Cánovas dijo de Estébanez, en términos precisos y concluyentes: «Yo pienso que entre los prosistas castellanos poquísimos le igualaron durante nuestro siglo de oro; y si alguno le superó entonces, no tan sólo no le ha superado nadie, sino que, para mí, ninguno le ha igualado después» (2).

Como muestra del género literario, que sin duda tuvo grandes deseos de imitar, cita Cánovas grandes párrafos de las *Escenas andaluzas*, de Estébanez, en que hay un sorprendente derroche de ingenio y un lujo deslumbrador de bellezas de estilo pintoresco que fascinan, por la facilidad pasmosa y el singular mérito con que aquel escritor manejaba el idioma.

.....

 Cuando Estébanez empleó los primores del habla española en asuntos graves, Cánovas siguió sus huellas con fortuna. Como muestra de lo que valía la pluma de su protector, copió el retrato que trazó de los almogávares. Si no me lo impediera el temor de alargar demasiado el estudio necrológico de que estoy encargado, reproduciría aquí aquella hermosa obra de estilo literario, poniendo á continuación la descripción que Cánovas hizo del infante español de los tercios de Italia y de Flandes. Ni por las líneas, ni por el colorido, creo que á nadie le pareciese inferior la pintura del segundo á la del primero.

De todas maneras parece justo suponer que aquellos empeños del tío y del sobrino por ejercitar á éste en la imitación de los buenos escritores del siglo XVII contribuyeron á darle la admirable facilidad que poseía para improvisar por escrito y de palabra, y la riqueza de vocabulario y de recursos retóricos de que disponía.

Al lado de brillantes cualidades hay que notar que el empleo frecuente del hipérbaton,

(1) *Estudios literarios*, prólogo.

(2) *El Solitario y su tiempo*, cap. IV.

(3) *El Solitario y su tiempo*, cap. XIII.

(4) Cap. XII.

(1) *Ibidem*.

(2) Cap. I.

el uso de algunas muletillas, la sustitución del modo indicativo de los verbos por el subjuntivo (lo que también se advierte en Castelar), el esmero por la abundancia y frecuencia de los adverbios y modismos adverbiales, aun en casos en que no parecen necesarios, dan al estilo de Cánovas una forma especial, que á algunos no agrada, y ha sido motivo para críticas. Pero nadie podrá negarle la profundidad de sus ideas, la fuerza de su argumentación, la brillantez de sus explicaciones, el vigor de sus juicios, la rara extensión de sus conocimientos, la abundancia y la originalidad de los puntos de vista, la habilidad magistral con que expone, instruye y razona, la elocuencia fácil y robusta, correcta y sobria, con que constantemente se expresa.

V

CÁNOVAS, PERIODISTA

Ocupóse también Cánovas, en los años de su juventud, en las tareas de la prensa periódica: fué periodista político y periodista literario.

Como redactor y director del diario político *La Patria*, desde 1849 á 1851, tuvo ocasión de lucir sus dotes de escritor elocuente, de hábil polemista, de gran improvisador, de hombre tan prudente en sus juicios y sus doctrinas como vehemente y enérgico en sus ataques al adversario. Allí fué conocido y estimado en lo que valía por D. Joaquín Francisco Pacheco, que, al cesar en la inspiración y dirección de *La Patria*, propuso á los dueños de este periódico que, ó lo suprimiesen, ó lo pusieran al cuidado de Cánovas, por no conocer otro que le mereciese igual confianza para ello.

Allí mismo, con sus trabajos de escritor político alternaban los de crítica literaria. Él ha dicho muchos años después, al coleccionar algunas obras suyas de artes y letras: «El autor de este volumen comenzó en Madrid su carrera literaria publicando artículos de crítica, y no ha dejado luego de hacer trabajos de igual índole de vez en cuando... Dada la afición á la crítica que en todo tiempo ha mostrado, natural es que aproveche la ocasión para dar reunidas al público sus ideas en esta materia, por más que, no presentándolas or-

denada y sistemáticamente, corran riesgo de parecer incongruentes á veces, cuando no contradictorias. El espacio transcurrido de unos de dichos trabajos á otros puede excusar en algo semejante defecto, si existe, porque nadie que estudia siempre deja de modificar, más ó menos, sus opiniones críticas. Lisonjéase el autor, sin embargo, de que en todo lo importante aparecerán acordes aquí las suyas» (1).

VI

OTROS ESTUDIOS Y OCUPACIONES

Eran por entonces las principales tareas de Cánovas, por lo que se refería al presente, el desempeño de un modesto destino que Estébanez le había proporcionado en las oficinas del ferrocarril de Madrid á Aranjuez; y la asistencia á las aulas de la Facultad de Leyes en la Universidad, por lo que interesaba á su porvenir, porque tenía el propósito de pedir medios de subsistencia al ejercicio de la abogacía, según él explicó leyendo, como Presidente de la Real Academia de Jurisprudencia, su discurso inaugural del curso de 1892 á 1893, época en que era al mismo tiempo Presidente del Consejo de Ministros.

Aquel discurso comenzó de esta manera: «Que *el hombre propone y Dios dispone*, axiomas de popular sabiduría y evidéntísimo para mí esta noche, al recordar que pensaba yo qué sería durante mi asistencia asidua á esta Academia y qué ha sido mi vida después. Ni más ni menos que el mayor número de cuantos me oís ahora, lisonjéabame á la sazón la esperanza de que me abriese el Foro sus puertas, para buscar legítimamente en él honra y provecho. Y si algo me atraía ya la política, no imaginaba yo al menos que en mí resultasen incompatibles ella y el Foro. Verdad es que tampoco recelaba que pusiesen tanto coto á mis aficiones literarias ningunas otras ocupaciones. Habíanse dado casos de llevarlo todo en peso, y el intento de ser uno de ellos puede perdonarse á mi juventud inexperimentada. No tuve, pues, en cuenta el antedicho axioma hasta que, con efecto, dispuso Dios otra cosa.

(1) *Artes y letras*, prólogo.

Antes que apeteciéndolo, por acaso, intervine prematuramente en las cosas públicas; abracé después con empeño, y hasta con entusiasmo, la carrera de la Administración pública, sirviendo como mejor supe al Estado, ora dentro, ora fuera de la Península; faltóme oportuna ocasión más tarde para deshacer lo andado, tomando el rumbo hacia mis primitivos intentos; y combinados con estas y otras privadas causas sucesos muy excepcionales, vine por último á dar en mi situación presente. Algunos pensarán que he ganado; quizá opinen otros lo contrario. Tened en todo caso por cierto, y es lo importante, que en mi apartamiento de la carrera con que todos aquí os honráis ú os queréis honrar, ha habido mucho de fortuito é indeliberado.»

Tuvo también por aquellos días el intento de probar fortuna en el teatro.

Recuerdo, en efecto, todavía que en la tarde de un domingo, allá por 1847, nos reunimos Cánovas y yo para leernos mutuamente algunos trabajos literarios. Yo sometí á su censura algo que había compuesto; y él me leyó un drama que estaba escribiendo, y que no había aún terminado. También en aquella obra se manifestaba su constante inclinación al examen de los hechos históricos, pues había tomado como asunto para ella amores de la famosa Princesa de Evoli.

Todavía hay que apuntar otro género de estudios en que, como en la abogacía ó en el arte dramático, no había de ejercitarse en lo sucesivo, aunque á cultivarlo lo estimulara Estébanez, á cuyas indicaciones obedeció en otras cosas. Después de referir que en casa de su deudo conoció á varios literatos, dice Cánovas lo siguiente: «Años más tarde trabó Estébanez relaciones, por mediación mía, con D. Francisco Javier Simonet, hoy catedrático de árabe en Granada, y, como á todo joven que se le presentaba, sin excluirme á mí, preguntóme ante todo si quería tomar sus lecciones de árabe; Simonet aceptó, y en ello ha hallado base para adquirir reputación y una honrosa carrera profesional. En cuanto á mí, el demonio de la política, que ha quebrado las más espontáneas y decididas aficiones de mi vida, sedújome muy pronto, casi adolescente, y no supe aprovechar en el precioso cultivo de la

lengua árabe el espíritu propagandista de mi pariente» (1).

Así, antes de llegar á la mayor edad, había hecho Cánovas con brillantez sus pruebas de periodista político, literato, novelista, poeta lírico, historiador y estudiante de leyes; había pensado en ser autor dramático y en ejercer la abogacía; se había ejercitado con perseverancia en la imitación de los grandes hablistas españoles del siglo XVII, y había atendido con solícito afán al cuidado de su madre y de sus cuatro hermanos.

No había llegado el momento de que apareciesen en él el economista ilustre, el insigne sociólogo, el gran orador parlamentario, el eminente hombre de Estado.

VII

DE 1854 Á 1863

Cánovas, hombre político y funcionario del Estado.

Tomó parte Cánovas en los preparativos para la insurrección militar de 1854. Prestó sus auxilios personales á O'Donnell en los diferentes domicilios en que estuvo escondido durante la conspiración, habiendo tenido él mismo que ocultarse por espacio de algunos meses. Trajo y llevó después del combate de Vicálvaro varios mensajes, sirviendo de intermediario entre los generales sublevados y los hombres políticos que estaban en connivencia con ellos y habían permanecido en Madrid. Tuvo parte principal en las deliberaciones de que fué resultado el Manifiesto de Manzanares, en el que para obtener la cooperación del partido progresista, que permanecía frío y remiso respecto de la empresa peligrosa de O'Donnell y de Dulce, ofrecieron éstos restablecer, si triunfaban, la Milicia Nacional.

Conseguida la victoria, obtuvo Cánovas empleo de auditor de Guerra; y habiendo sido confiado el ministerio de Estado á D. Joaquín

(1) *El Solitario y su tiempo*, cap. XI.

Francisco Pacheco, su compañero de redacción en *La Patria*, éste le nombró oficial de aquella Secretaría del despacho. En las elecciones para las Cortes Constituyentes le eligió para representante suyo la provincia de Málaga. Pero aunque desde luego brilló en la tribuna parlamentaria, haciendo concebir desde sus primeros ensayos oratorios esperanzas de grandes éxitos, no tomó en los debates de aquella Asamblea mucha participación, y hasta se puso pronto en situación de no tener ninguna, por cambiar su destino en Madrid por el de Agente de Precos en Roma.

Cesó en el desempeño de aquel cargo oficial y volvió á España, después de abandonar O'Donnell la dirección de los negocios públicos. Fué nombrado Gobernador de Cádiz á fines de 1857 por el Ministerio Armero, cuando á su vez cayó del poder Narváez, sucesor de O'Donnell. Y cuando éste ocupó de nuevo la Presidencia del Consejo de Ministros en Junio de 1858, organizando definitivamente la Unión liberal, Cánovas fué Director general de Administración local, y después Subsecretario del Ministerio de la Gobernación, dando en ambos puestos brillantes muestras de su gran talento y de su extraordinaria laboriosidad, y prestando al mismo tiempo á aquella afortunada situación política muy distinguidos servicios en el Congreso de los Diputados.

Cuando se discutieron las condiciones de la paz que había de poner término á la gloriosa guerra de Africa, los Generales que estaban al frente del Ejército vencedor opinaron que debía ser devuelta á los marroquíes la ciudad de Tetuán. La opinión pública se resistía á la idea de que fuese abandonada la más importante conquista material conseguida por los esfuerzos heroicos de los soldados españoles, y sólo por el prestigio de que gozaban en aquellos momentos el General O'Donnell y sus compañeros de armas se aceptó aquel sacrificio con resignación. Entre los hombres políticos que estaban en el caso de hablar, los más aceptaron los hechos consumados sin manifestar disgusto, algunos lo dieron á entender sin llegar á actitudes de resuelta oposición, y otros, los menos, se declararon abier-

tamente en favor del dictamen de los Generales. Entre los últimos estuvo Cánovas, con su habitual vehemencia. Oigámosle á él mismo sobre este punto, no sólo por seguir el plan que me he propuesto, de ir formando con sus propias palabras la reseña de su vida, sino también porque ofrece especial interés conocer sus explicaciones acerca de una cuestión tan importante, que él trató en tres épocas distintas: en 1851, como historiador; en 1860, como hombre de partido; en 1880, como Plenipotenciario de España y Presidente de la Conferencia diplomática de Madrid.

Antes de que la Unión liberal dejase la dirección de los negocios públicos sobrevino otra cuestión internacional, en la que Cánovas, lejos de ponerse del lado del General O'Donnell, como había hecho al tratarse de la celebración de la paz de Wad-Rás, se colocó resueltamente en contra. Había creído acertado el abandono de Tetuán después de la victoria; pero no le pareció bien el abandono de la empresa militar comenzada en Méjico antes de combatir. Al ser sometido aquel hecho á la discusión de las Cortes, opinó que á su disentimiento, públicamente declarado, debía acompañar la renuncia del cargo oficial que desempeñaba. Siguiéron su ejemplo otros Diputados, de los más brillantes de la mayoría, que eran al mismo tiempo empleados públicos, algunos de los cuales, andando el tiempo, fueron Ministros de la Corona: los señores Vizconde del Pontón, Ardanaz, Tejada de Valdosera. En nombre de todos explicó los móviles de su conducta Cánovas en la sesión de 10 de Enero de 1863, afirmando que, á pesar de aquella discrepancia con el Gobierno en una cuestión determinada, seguirían siendo ministeriales en todo lo demás.

Aquella situación política duró ya poco. Siete días después hubo una importante modificación ministerial bajo la misma presidencia del Duque de Tetuán, y antes de los dos meses dejó éste el poder.

VIII

CÁNOVAS, AFICIONADO Á LAS BELLAS ARTES

Durante su estancia en Roma se dedicó Cánovas á estudios, detenidos y profundos como todos los suyos, sobre los tesoros artísticos allí acumulados en tantas épocas históricas distintas. No está demás considerarle también bajo este aspecto; pues, aunque él no haya sido profesor de ninguna de las artes del dibujo, hizo sentir su poderosa influencia en la protección de todas ellas, con notable predilección á favor de alguna. Durante el largo período de su predominante dirección de los hombres y de los sucesos, inició, promovió, desarrolló muchas obras y empresas artísticas, y algunas de las que llevó á completa ejecución, como, por ejemplo, el Museo de reproducciones, debido principalmente á su perseverante empeño, bastaría para señalarle un lugar distinguido en la historia de nuestros Institutos artísticos.

En el discurso de su recepción en la Academia de San Fernando, él mismo nos ha dejado la explicación: 1.º, de cómo se hizo aficionado á las Bellas Artes; 2.º, de cómo se enamoró de la Escultura, prefiriéndola á la Pintura; y 3.º, de cómo prefería lo antiguo á lo moderno.

.....

IX

DE 1864 Á 1868

Cánovas, Ministro de la Gobernación en 1864.— Ministro de Ultramar en 1865 y 1866.—Desterrado en 1867 por sus actos políticos.—Diputado de oposición.—Molestado por la censura fiscal de sus escritos en 1868.

Sucedió á la Unión liberal el Ministerio Miraflores, que, á pesar de sus designios conciliadores y de sus propósitos de moderación y de concordia, vió, por su desacierto ó por su mala suerte, que el partido progresista resolviera acudir á amenazador retraimiento, en el

que había de mantenerse ya hasta la revolución de Septiembre.

Vino después el Ministerio Arrazola, que sólo duró cuarenta días. Para que formara parte de él fué solicitado Cánovas, quien no creyó poder aceptar el nombramiento de Ministro de la Corona, que por primera vez se le ofreció. Aquel Gobierno representaba exclusivamente los elementos del partido moderado, que se habían mantenido distantes de la Unión liberal, no abandonada por Cánovas, como hemos visto, sino momentáneamente, en una cuestión determinada. Pero no tuvo que aguardar mucho tiempo para ocupar el puesto á que la opinión pública lo venia ya llamando. Al constituirse el Ministerio Mon, sucesor inmediato del presidido por Arrazola, entró en él Cánovas, con otros unionistas, encargándose de la cartera de Gobernación.

En su desempeño dió brillantes pruebas de su habilidad política. Con aquellas Cortes, compuestas del Senado, que había derrotado, por 86 votos contra 54, al Ministerio Miraflores, y del Congreso de los Diputados, cuya disolución había creído indispensable para gobernar el Ministerio Arrazola, intentó Cánovas y obtuvo la aprobación de muchas leyes importantes, entre ellas la de derogación de la reforma constitucional de 1857, de sanción penal para los delitos electorales, de incompatibilidades parlamentarias, de imprenta, de reuniones. En todas se realizaron reformas en sentido liberal, con el apoyo de los hombres del partido unionista y de una parte del moderado. Pero el Ministerio Mon-Cánovas no duró más que seis meses y medio, y cedió el puesto á otro presidido por el Duque de Valencia.

De la oposición que á este último hizo Cánovas no voy á recordar sino su discurso pronunciado en el Congreso el 29 de Marzo de 1865 contra el proyecto de ley de abandono de la parte de la isla de Santo Domingo que, por ruego de sus habitantes, había sido reincorporada á España, y por un nuevo movimiento insurreccional procuraba separarse de nuevo. Nadie pretendía ya en nuestro país retenerla, y el Gobierno del General Narváez mostraba apresuramiento por hacer cesar los sacrificios de sangre y de dinero que nos costaba la lucha contra los sublevados. Cánovas defendió el plan que anteriormente había acordado el Ministerio Mon, y consistía en que nuestros

soldados no salieran de la isla sino victoriosos. Aunque no se sostuviese la guerra por la posesión del territorio, había que continuarla por el honor de la bandera, por el prestigio de nuestro nombre, por el interés de nuestro porvenir en América.

Firme en las opiniones que había sucesivamente sostenido, respecto de los tres abandonos en corto espacio de tiempo realizados por los diplomáticos y los soldados españoles: el de Tetuán, el de Méjico y el de Santo Domingo. Cánovas, muchos años después, las recordaba y resumía así:

« Al firmarse el tratado de Wad-Rás estuve para reñir con mis amigos políticos más íntimos, porque yo era de los que ya querían la paz á todo trance; opúseme luego cuanto pude á la expedición de Méjico, por más que no me pareciese bien que rompiésemos sin consideración alguna la alianza francesa, que tan útil nos había sido por entonces en América y en África; miré con sumo disgusto la anexión de Santo Domingo y opiné siempre que debía abandonarse, aunque no sin dominar antes á toda costa la insurrección; porque, una vez allí, pensaba y dije en las Cortes, sin que me hayan desmentido, por cierto, los hechos, que el reconocernos incapaces de luchar y vencer bajo el sol de las Antillas en aquel caso, nos obligaría pronto á demostración más sangrienta y onerosa de nuestro poder en Cuba » (1).

No fué mucho más larga la duración del Ministerio Narváez, que comenzó en Septiembre de 1861 y concluyó en Junio de 1865, que la del de Mon-Cánovas, y fué reemplazado por otro del Duque de Tetuán y de la Unión liberal: Cánovas fué encargado de la Dirección del departamento de Ultramar. A los pocos días tuvo que salir de Madrid, y durante dos meses no pudo ocuparse en los negocios públicos, por tener que acompañar á unos baños del Pirineo á su joven esposa Doña María de la Concepción Espinosa de los Monteros y Rodrigo de Villamayor, hija del Barón del Solar de Espinosa, con quien había contraído matrimonio algunos años antes, y que falleció apenas regresaron á Madrid á los veinti-

(1) *El Solitario y su tiempo*, cap. XII.

cinco de edad. Sin duda pensaba Cánovas en aquella cruel desgracia, cuando diez y ocho después, con ocasión de referir que había quedado viudo su tío Estébanez, ya viejo, escribía: « No pienso yo que encierre la vida otro igual dolor al que generalmente causa entre jóvenes esposos, que se llevan bien, la prematura falta de uno de ellos; parece como que es pedazo de uno mismo lo que se arranca, como que el propio ser queda mutilado, incompleto » (1).

En el último período de aquella situación política estuvo encargado Cánovas, interinamente, de la cartera ministerial de Hacienda, por haberla renunciado Alonso Martínez; pero durante pocos días, que fueron bien azarosos y tristes, por la sangrienta insurrección de los sargentos de Artillería, el 22 de Junio, y por el terrible escarmiento de que fué seguida.

X

DE 1868 Á 1875

Cánovas, jefe de la oposición liberal-conservadora.

Al realizarse el gran cambio político de 1868, Cánovas no estaba ni con los vencidos ni con los vencedores. Cuál era entonces su actitud, lo explicó algunos meses después ante las Cortes: « No me costaría mucho trabajo encontrar, no necesitaría extender mucho mis miradas para encontrar una persona que sabe que, pocos meses antes de la revolución de Septiembre, se me vino á indicar que en Palacio había las mejores disposiciones para formar un Ministerio de conciliación, y que eso probablemente se realizaría si yo me prestaba á ser Ministro; y esa persona sabe también que rechacé el prestarme á semejante cosa. Hay también otra persona muy cerca de mí que igualmente sabe que, habiendo venido á verme pocos días antes de los sucesos de Cádiz y á enterarme de lo que se trataba de llevar á cabo por parte de muchos hombres políti-

(1) *El Solitario y su tiempo*, cap. XIV.

cos, deseando saber si podría contarse conmigo, contesté también resueltamente que no. Ni con la revolución, pues, ni con la Corte estaba entonces» (1).

Los sucesos de Septiembre de 1868 le encontraron estudiando en el archivo de Simancas. Entonces, como siempre, en cuanto por voluntad propia ó por su suerte ó su desgracia, se veía desligado de la política activa, se refugió en las bibliotecas y los archivos. Los vencedores se apresuraron á ofrecerle un puesto entre ellos; pero no aceptó.

En el debate sobre la totalidad del proyecto de Constitución, decía á los constituyentes: «Hace poco tiempo, todavía no dos años aún, que intentaba yo demostrar á otra Asamblea, representante también de una victoria, como lo es esta Asamblea; también representante de una gran tendencia, la tendencia á la autoridad, como esta Asamblea lo es principal y esencialmente de la tendencia á la libertad, que había contradicción, que había, más que contradicción todavía, un profundo y real antagonismo entre lo que creía ella que era la realidad de las cosas en el país, y lo que era la realidad misma. Aquel Congreso, y el poder que apoyaba ardentemente, deslumbrados por los triunfos fáciles que á veces ofrece la fuerza, embriagados, ciegos por el éxito, habían llegado á creer que no quedaba en España más elemento inmutable que la autoridad, y que ese elemento solo bastaba para satisfacer las aspiraciones y las necesidades inmediatas de la sociedad española.»

«A mí no me convencen por sí solos los hechos: á mí me convencen los argumentos, ó me convencen los hechos cuando pasan por el crisol de la experiencia: á mí no me convence por su propia virtud la fuerza. Hasta aquí la experiencia no ha dicho nada en favor de las opiniones que han sido contrarias á las mías durante toda mi vida anterior: hasta aquí la experiencia nada ha dicho definitivamente en

favor vuestro: quien todo lo ha dicho es la victoria, y yo no me dejo, señores, convencer por la victoria.

«Pero aguardo, en cambio, señores Diputados, la experiencia que estáis haciendo, con calma: la aguardo con lealtad: la aguardo con desinterés: y desde ahora digo á todos los señores Diputados que componen la mayoría monárquica de esta Asamblea que si hacen felizmente esa experiencia; si pueden, con el texto de la Constitución escrita, traer á este país la paz, levantar con firmeza una Monarquía, devolver la confianza á las clases conservadoras, y con ella devolver el trabajo á la clase proletaria; darle, en suma, al país todo lo que al presente le falta, yo bajaré mi cabeza, yo me daré por vencido en mis antiguas opiniones; y así como no os creo dificultades para eso hasta ahora, no os las crearé jamás» (1).

Alrededor de Cánovas se agruparon en las Constituyentes de 1868 algunos pocos hombres políticos: D. Joaquín Vázquez de Puga, D. Luis Estrada, D. José de Elduayen, D. Saturnino Alvarez Bugallal, D. Manuel Quiroga Vázquez y D. Francisco Silvela. Aquel fué el núcleo del partido liberal conservador que después había de gobernar por tanto tiempo el país. Con sus discursos pronunciados en aquellas Cortes se formó una colección, publicada en 1871 con el título de *La oposición liberal-conservadora*.

A principios de Octubre de 1872, todavía en el reinado de Don Amadeo, publicó Cánovas un Manifiesto declarando terminada la actitud expectante que había creído patriótico adoptar, y proclamando que ya nada había que esperar sino la restauración de la Monarquía legítima. Por primera vez desde 1858 dejó entonces de obtener la investidura de Diputado á Cortes en unas elecciones generales, aunque la pretendió con tesón en empeñada lucha en los distritos de Cieza y Yecla, ambos de la provincia de Murcia; y en forma de carta de despedida que dirigió á sus electores, en cuanto el Congreso aprobó las actas en que había sido vencido, hizo las siguientes importantes declaraciones:

«Como no ha faltado en las pasadas elecciones quien recuerde en son de censura mi propia conducta, no me es dado olvidarla

(1) Sesión de las Cortes Constituyentes de 6 de Junio de 1870.

(1) Sesión del 14 de Julio de 1869.

cuanto quisiera. Los que vencidos y expulsos en Septiembre de 1868 no tuvieron, cual yo, que restarse voluntariamente de la alegre lista de los vencedores, y los que por obra y gracia de la propia revolución triunfante de repente se convirtieron al radicalismo entonces, no debieran á mí disputarme, por contentos que estén de sí mismos, el modesto honor de haber dado en tales días no muy comunes ejemplos de firmeza y consecuencia política.

.....

»Pero esto que de indicar acabo obligame ya á no soltar la pluma sin ser con mis leales amigos, no solamente claro como en todo, sino explícito hasta la saciedad, por lo que toca á la cuestión dinástica. Para conseguirlo apenas necesitaré otra cosa que copiar las incorrectas frases sobre esta cuestión, pronunciadas por mí en el Congreso el 21 de Diciembre de 1870, cuando ya estaba elegido el Rey Amadeo, y literalmente las tomo con tal propósito del *Diario de las Sesiones*: «No he dicho yo aquí de una manera voluntaria (exclamé yo aquel día) cuál era el candidato de mi predilección, el que lo era entonces, el que lo era en el momento de la votación, el que lo será siempre que la cuestión monárquica, que la cuestión dinástica esté planteada en España?... Si vosotros, por un procedimiento que no es el mío, por otra doctrina que no es la mía, acertáis á hacer una Monarquía capaz de realizar el derecho, de amparar la libertad y los intereses de todos, contad con mi respeto, con mi lealtad, el respeto y lealtad que yo he de tener siempre á la ley... Pero tendría que prescindir del fruto de todos mis estudios históricos y de la lógica en mis ideas, para no reconocer y proclamar en principio que de todas las formas de hacer Reyes, el trono, la herencia es la mejor, la herencia no interrumpida...» Llegada es la hora, que no he querido apresurar por mi parte, aunque la esperase con casi total certidumbre, de que repita yo lo que durante el período de mayor efervescencia revolucionaria me oyeron con calma las Cortes Constituyentes, á saber: que «dentro de mi conciencia no hay más que una sola simpatía, y esa simpatía es por el Príncipe Alfonso». Y con esto habrá terminado cuando dije, y como dije, mi actitud ex-

pectante... Si los hombres conservadores que lealmente y por puro patriotismo se adhirieron á la actual dinastía, bien que no fuese la que su libre voluntad designara, hubieran dado cima á sus arduos propósitos; si merced á su probada capacidad, á su experiencia, á su energía, hubiesen logrado lo que con tanto ardor apetecían, que era hacer de ella un símbolo de paz futura, de reorganización, de progreso; si á consecuencia de esto se hubieran dado por contentos con el nuevo Rey, como en gran parte deseaban estarlo las clases laboriosas y propietarias, sedientas sólo de estabilidad en las instituciones y de buenos Gobiernos, por mi parte jamás habría servido personalmente á la dinastía extranjera, pero tampoco hubiera militado nunca entre sus sistemáticos adversarios. Con limpia conciencia habría prestado, por el contrario, á todos sus Ministros bien intencionados el desinteresado é independiente apoyo que llegué á dar á algunos de ellos, y que he dado siempre de buena fe á cuantos Gobiernos se han encontrado en constante ó temporal y pasajero acuerdo con mis opiniones.»

.....

XI

CÁNOVAS, ACADÉMICO Y ATENEÍSTA

Mientras se preparaba á ocupar un puesto preeminente entre los oradores parlamentarios y los hombres de Estado, lo conquistó también muy privilegiado en las Academias.

La de la Historia lo había llamado á participar de sus honores y sus tareas en 1859, y la Española en 1865. La de Ciencias morales y políticas le concedió una de sus medallas en 1871, y el Ateneo el sitial de su presidencia en 1870. En fechas posteriores había de ser también Académico de la de Bellas Artes de San Fernando, y Presidente de la de Jurisprudencia y Legislación.

.....

Sus discursos de apertura del Ateneo forman época en la historia de aquella cátedra, antes

y después honrada por tantos hombres de mérito. Cuando leyó el primero, en 1870, no estaban lejanos los tiempos en que Martínez de la Rosa solía desempeñar igual cometido con oraciones brevísimas, reducidas á cuatro generalidades, expuestas en bella forma literaria, sobre las excelencias del estudio y los progresos de la civilización. Eran ya mayores las exigencias de la nueva época, y á satisfacerlas contribuyó de brillante manera Cánovas entonces, y han contribuido después los ilustres sucesores que en la Presidencia del Ateneo ha tenido.

La ocasión fué propicia para el lucimiento de sus extraordinarias facultades de historiador, crítico y filósofo. En el estío de aquel año se había realizado el más grand., más inesperado y más brusco cambio político que recuerda la historia. En pocas semanas había perdido Francia la supremacía militar, apoderándose de ella Prusia, que á un mismo tiempo conquistó su hegemonía propia en Alemania, y la hegemonía de Alemania en Europa. Y con tan trascendental novedad coincidió la de perder el Pontificado católico su poder temporal. Quizá nunca rayaron tan alto la elocuencia y la profundidad de pensamiento de Cánovas como al disertar en aquella ocasión sobre tales acontecimientos.

.....

No cabe en la noticia necrológica que estoy escribiendo, aunque sea, como va á ser, más extensa que suelen los trabajos de esta índole, dar noticia detallada de todos los discursos académicos de Cánovas. He de limitarme, pues, á seguir indicando los asuntos examinados en los más importantes. Una vez más abrió en 1889 las cátedras del Ateneo, examinando los modos diversos con que se ejercida la soberanía en las democracias modernas y fijando principalmente la atención en las diferencias, dignas de ser notadas, entre el Gobierno de los Estados Unidos y el de Suiza, sin dejar de hacer también consideraciones sobre el de Francia. En su discurso del año siguiente, en el mismo sitio, trató de la cuestión obrera. Al ingresar en la Academia Española había disertado sobre *La libertad en las Artes*. En la recepción de D. Manuel Silvela, sobre la escuela literaria española del último

tercio del siglo XVIII. En la de D. Eduardo Saavedra, sobre la literatura aljamiada. Para su entrada solemne en la Academia de la Historia había escogido como tema el recuerdo y la crítica de la dominación de los españoles en Italia. Para recibir allí después á D. Emilio Lafuente Alcántara, hizo un estudio de las invasiones de los moros africanos en España. Contestando á D. José Godoy y Alcántara, en la solemne recepción de éste, discutió eruditamente acerca de las diversas maneras de hacer la historia, y las condiciones peculiares que en nuestro siglo debe procurar. Y para que nada faltase en el vasto cuadro de conocimientos de todas clases de que había de hacer ostentación, tuvo necesidad de escribir sobre prehistoria, protohistoria, geología y paleontología, mostrándose, como en todo, erudito y profundo pensador al cumplir el encargo de aquella Corporación de recibir en su nombre á D. Juan Vilanova y Piera. Los más interesantes problemas del Derecho penal, y especialmente los delitos cometidos por medio de la palabra, hablada ó escrita, fueron el objeto de su oración inaugural de las tareas de la Academia de Jurisprudencia y Legislación en 1892. En la nuestra de Ciencias Morales y Políticas, recordáis que el tema de su discurso de recepción fué éste: «Las últimas hipótesis de las ciencias naturales, ¿dan más firmes fundamentos á la sociología que las creencias, aun miradas también como hipótesis, en que las doctrinas sociológicas se habían basado hasta ahora?» Al tomar posesión de su plaza de Académico en la de San Fernando leyó un precioso trabajo, abundantísimo en noticias y en doctrina sobre todas las bellas artes.

Con la colección de sus discursos académicos bastaría para asegurarle un merecido puesto entre los mayores pensadores y escritores de la España de nuestros días, sin necesidad de tomar en cuenta además sus otras tareas literarias, ni los grandes trabajos políticos. A todo atendía, ora sucesiva, ora simultáneamente. Algunos de los discursos que quedan citados, y otros varios que se podrían añadir, fueron por él leídos en la Academia de la Historia, en la Española, en la de Jurisprudencia y en el Ateneo siendo Presidente del Consejo de Ministros.

XII

CÁNOVAS, HISTORIADOR

Si nos fijáramos solamente en los muchos trabajos históricos de Cánovas, examinándolos en sus primeras formas y después en sus ampliaciones y enmiendas, y considerando los grandes desarrollos que se proponía darles, nos debería parecer que labor tan vasta habría sido la ocupación exclusiva de su poderosa inteligencia. Pero lo mismo podría ocurrirnos contemplando la perseverancia con que se dedicó á las cuestiones de la economía política, á los problemas sociológicos, á la crítica literaria.

Fué el primero de sus libros sobre historia la de la *Decadencia de España*, que, como he dicho antes, escribió por encargo de un editor para que sirviera de continuación á la general de Mariana. Años más tarde volvió á tratar del mismo asunto para un artículo del *Diccionario general de Política y Administración*, que comenzaron á publicar D. Francisco Barca y don Estanislao Suárez Inclán. En aquel Diccionario se denominó el nuevo trabajo *Casa de Austria en España*, y se hizo tirada especial añadiendo la calificación de *Bosquejo histórico*. Posteriormente insistió en la demostración de las principales doctrinas que allí había sustentado, y tuvo propósitos, y los anunció, de dar á aquella obra desenvolvimientos que en alguna parte realizó, y en otra han quedado en proyecto.

Por lo que á él personalmente interesaba como autor, quiso corregir los errores é inexactitudes que, siguiendo á otros historiadores, había cometido, y al mismo tiempo tuvo empeño en probar que si sus estudios propios le habían puesto en el caso de rectificar hechos y apreciaciones, fué siempre una misma, aunque algunos supusieran lo contrario, la constante tendencia de sus juicios sobre las instituciones fundamentales (1).

Al publicar, en 1888, en la *Colección de escritores castellanos*, el tomo I de sus *Estudios del reinado de Felipe IV*, explica Cánovas el origen y desarrollo de sus trabajos históricos y los planes que para su complemento se trazaba:

«Va para veinte años que en un *Diccionario general de Política y Administración*, de que sólo

se publicaron pocas entregas, di á luz un extenso artículo, que se encuadernó y distribuyó luego por separado, con el título de *Bosquejo histórico de la Casa de Austria*. Corto fué el número de ejemplares de esta obra, pero no tanto el de las personas que han deseado poseerla después. Alabada de otra parte con exceso por un académico francés, y habiéndose comenzado á traducir y publicar espontáneamente por un escritor de la propia nación, hube al fin de pensar que no era acaso indigna de mayor publicidad que la que le había dado y de más esmerada atención que le presté entonces. Puse, pues, cuanto pude en juego para que no continuase en Francia su publicación del modo que estaba, ofreciendo corregirla y acrecentarla primero que se tradujera y diera allí del todo á la imprenta, mientras que á los amigos, que por afición ó curiosidad me la pedían, les anunciaba una próxima y mejor edición. Este propósito no se ha cumplido todavía; mas espero en Dios que antes de mucho se ha de cumplir.

»No cabe intentar un resumen exacto y substancioso de tan larga é importante historia como la de la Casa de Austria en España, sin estudios precedentes de mucha mayor extensión que dejen detrás de sí más ó menos completas monografías de sucesos particulares; y eso me ha sucedido á mí precisamente con el *Bosquejo histórico*. Tuvo como base aquella obra una continuación mía de la Historia del Padre Mariana, comenzada á escribir, por cierto, cuando aún no tenía concluidos mis estudios de leyes é impresa con el ambicioso título de *Historia de la decadencia de España*; obra incompletísima por fuerza y salpicada de graves errores, nacidos de no haber ejecutado por mi cuenta investigaciones directas y formales, sujetándome á lo impreso ya por otros en cuanto á la exposición de los hechos. Pero como á éstos corresponden los juicios, naturalmente resultan también plagadas dichas páginas de injusticias, que, no por ser comunes y andar todavía acreditadas, han empeñado menos mi conciencia en desvirtuarlas después, más que con argumentos y razones, por medio de testimonios fehacientes y en virtud de un examen mucho más atento y profundo de cosas y personas.

»Logré, no obstante, la buena dicha de que, puestos aparte mis errores parciales é involuntarios, el concepto que en conjunto formé

(1) *Problemas contemporáneos*, tomo I, introducción.

de la historia de España durante los siglos XVI y XVII fuese el mismo que todavía abriego, después de recoger harto mayor copia de datos, de muchísimo más trabajo empleado en depurar la verdad y de la superior experiencia que por necesidad han tenido que darme los años y mi carrera misma, tan larga ya y accidentada. Mas aquel casual acierto no bastó, ni podía bastar á mi probidad de historiador, ya que comencé tan temprano un oficio que me han permitido luego ejercitar bien poco las circunstancias...

»Pero á causa de su índole particular no pudo el tal *Bosquejo*, ni podrá nunca contener, aunque lo mejore, noticias completas acerca de ningún acontecimiento, ni de ningún personaje, por importantes que sean unos u otros; y además, ya lo he expuesto: obras de esa naturaleza exigen trabajos mucho más vastos en que se apoyen. Por tales razones me he decidido á escribir en diversos tiempos artículos y opúsculos, la mayor parte impresos ya, sobre puntos que me han parecido especialmente interesantes y dignos de nuevo y particular estudio, en el período histórico de que se trata. Formarán por su naturaleza los que existen de ellos y cuantos de igual índole escriba en adelante, como unos comentarios de mi *Bosquejo*, *Sumario*, ó *Juicio crítico de la Casa de Austria en España*, cualquiera de estos que sea el título que ponga, en fin, á mi trabajo principal, cuando después de revisto y corregido le dé nuevamente á la imprenta en esta propia *Colección de escritores castellanos*...

»Trátase de escritos aislados, cuyo enlace únicamente ha de verse en la principal obra, hasta hoy conocida bajo el título de *Bosquejo histórico de la Casa de Austria en España*. La reimpresión de ésta, conservando el mismo ó con otro nuevo que aquí ofrezco, quedará para después, no sin introducir antes en su texto las ya indicadas modificaciones y cuantas desde ahora hasta el instante de su publicación vea yo que pueden contribuir á darle más valor.»

El tomo en cuya introducción anunciaba esos proyectos trataba de la revolución de Portugal que volvió á separar aquel Reino de los demás de España. Después, bajo el mismo título de *Estudios del reinado de Felipe IV*, publicó en la misma *Colección* otro, reproduciendo la *Relación crítica de la batalla de Rocroy*, con el prin-

cipio y fin que tuvo la superioridad militar de los españoles en Europa. Las ampliaciones que hizo en su estudio sobre este asunto, que con tanto cariño y con tan singular fortuna trató, triplicaron la lectura de su primitivo texto, enriqueciéndolo además en varios apéndices con tres series de noticias y documentos respecto á la milicia española en los tiempos de su mayor preponderancia y en los de su decadencia.

Poco después, por nota de un artículo sobre las *Cortes de Castilla*, inserto en el primer número de *La España Moderna*, advirtió Cánovas que formaría parte de sus estudios acerca de las ideas políticas de los españoles bajo la Casa de Austria, asunto al que había dedicado veinte años antes dos artículos en la *Revista de España* anunciando ya entonces otro tercero.

Aun sin haber realizado sus proyectos de dar mayores ampliaciones á sus anteriores trabajos históricos, constituyen éstos un caudal riquísimo de noticias y un admirable conjunto de observaciones profundas, que en muchos puntos importantes modifican ó por completo revocan los que antes parecían ya definitivos fallos de la historia sobre ciertas épocas y respecto de algunos personajes.

.....

XIII

CÁNOVAS, ORADOR

Desde que por primera vez habló en el Parlamento, demostró Cánovas brillantes condiciones para profesar el arte de la elocuencia, y después fueron constantemente en aumento su mérito y su crédito, hasta que en la primera legislatura de las Cortes de la Restauración su posición predominante en la política, su constancia en el uso de la palabra para rechazar los ataques de sus adversarios y dirigir la acción de sus amigos, la maravillosa facilidad con que improvisaba discursos notables por la suma de los conocimientos, por la profundidad de las ideas, por la belleza de la expresión, le aseguraron para siempre un lugar excepcional y privilegiado entre los mayores oradores parlamentarios españoles. Hasta aquella fecha, cada una de las ocasiones en

que había hecho uso de la palabra le había proporcionado un triunfo en tales ó cuales cuestiones determinadas; pero desde entonces toda ocasión y todo problema requirió que él hablase. Ningún asunto, de allí en adelante, se consideró bien examinado mientras él no lo ilustró con su dictamen; ninguna solución fué completa y definitiva hasta que él contribuyó á establecerla con su palabra avasalladora.

Pero antes de pasar adelante, he de detenerme para una declaración previa que me parece necesaria. He dicho ya más de una vez que Cánovas es el primero de nuestros oradores parlamentarios; y al hablar de elocuencia y de primer puesto, acude inevitablemente á la memoria el recuerdo de Castelar. Veamos si, aun reconociendo lo que en justicia se debe á éste, puedo razonablemente insistir en mi afirmación.

Castelar es un orador incomparable. Nadie le iguala ni se le acerca. No brilla sólo por tales ó cuales cualidades; las posee todas y por todas sobresale. Tiene erudición extensa, saber verdadero, dominio de la dialéctica, riqueza de retórica. Dispone de la historia, de la ciencia, del arte de exponer. Tiene recursos abundantísimos para convencer y para persuadir tanto como para agradar. Sabe excitar el entusiasmo lo mismo que la indignación, está igualmente pronto para la censura que para el elogio. Habla asombrosamente en todos los tonos y en todos los lugares: en la tribuna, en el *meeting*, en la cátedra; nadie duda de que sería una maravilla su palabra en el púlpito.

Pero aun siendo correcto, y perfecto y completo en todo, y el primero incuestionablemente entre todos los oradores, no tiene Castelar la maravillosa corrección gramatical de Alcalá Galiano, ni la frase irreprochable y escultórica de Martos, ni la verbosidad de D. Joaquín María López y de Moreno Nieto, ni la sobriedad retórica de Ayala, ni el irresistible impetu de Ríos Rosas, ni la autoridad majestuosa de Olózaga, ni la belleza de timbre de voz de Moret, ni la vigorosa resistencia de González Bravo, ni es tan convincente como Pacheco, ni posee la claridad de exposición de Echegaray, ni es igual á muchos en el sarcasmo san-

griento, en la mala intención ó en la dañina reticencia, porque su carácter le veda emplear armas que no por malas dejan de ser eficaces y fuertes. Quiere esto decir que son muchos los aspectos distintos del arte de la oratoria, y que por algunos se puede conquistar la primacía sin que por eso quede mermada la singular y gloriosa preeminencia del más elocuente entre todos los hombres.

En el Parlamento, como en otras partes, puede el que habla proponerse sólo agradar; pero el verdadero orador parlamentario no es el que busca el aplauso para los primores de su palabra, sin procurar más resultado, sino el que trata de convencer á sus oyentes comunicándoles sus ideas, ó de persuadirlos haciéndoles participar de sus sentimientos.

Como la habilidad del orador parlamentario consiste en saber decir, y en saber callar lo que conviene, según el estado de espíritu en que se encuentra su auditorio, en realidad este es el único juez competente para fallar sobre su mérito. El discurso hecho para recoger felicitaciones por sus bellezas retóricas, puede ser igual para el que lo oye ó para quien lo lea diez años después de pronunciado. El que se dirige exclusivamente á convencer ó á persuadir á una asamblea determinada y en determinado instante, no puede, si realmente corresponde á su objeto, ser apreciado en todo su valor, sino por aquellos á quienes está dedicado.

Los éxitos de Cánovas como orador parlamentario han sido tantos como sus discursos, pronunciados con admirable profusión durante largo periodo de tiempo.

También es consecuencia de lo expuesto que solo son verdaderos oradores parlamentarios los improvisadores. En Cánovas, la facultad de improvisar era asombrosa. Muchas veces se le ha visto llegar apresuradamente á uno de los Cuerpos Colegisladores llamado por sus amigos para terciar en un debate de improviso suscitado, recoger en brevísimo momentos noticias de lo ocurrido y pronun-

ciar en seguida un discurso de hora y media, impugnando lo dicho por sus adversarios y refutando sus argumentos como si los hubiera oído con mucha atención y pudiendo reflexionar profundamente sobre ellos. Y fué frecuente el caso de acudir desde una Cámara á otra para ejecutar igual tarea en la segunda, tratando de algún otro asunto muy desemejante en el fondo, pero tan imprevisto como el que le había dado ocupación en la primera. Y esta facilidad de improvisación era tanto más notable, porque Cánovas no empleaba lugares comunes ni salía del paso con declamaciones y frases retóricas de carácter general, sino que se ceñía estrechamente al asunto en cuestión, lo examinaba en todos sus aspectos y lo analizaba en términos tranquilos y serenos.

Desde hacía ya muchos años, la fuerza más grande de su elocuencia estribaba en su autoridad personal. Siempre es esto un factor muy importante en las contiendas parlamentarias. Los argumentos y los recursos retóricos son apreciados en más ó menos, según las simpatías y el respeto que el orador merece. En Cánovas la autoridad personal era, como tantas otras cosas, excepcional. La extraordinaria labor de una larga vida llena de servicios, su elocuencia soberana, la innumerable serie de sus triunfos parlamentarios, le habían granjeado el entusiasmo de sus amigos, el respeto de sus adversarios y la admiración de todos, hasta el punto de que cada vez que él pedía la palabra parecía que estaba ya ganada en buena lid la causa que se proponía defender.

XIV

CÁNOVAS, PRESIDENTE DEL CONSEJO DE MINISTROS Y JEFE DE LA OPOSICIÓN DE S. M.

La parte de biografía ó de historia de Cánovas correspondiente al último tercio de su vida, debe ser la más extensa, por su mayor importancia y por su más grande proximidad á los momentos actuales; pero la misma amplitud que por necesidad habría de dársele im-

sibilita su cabida dentro de estos apuntes necrológicos, y la índole especialmente política de los méritos y servicios que habría que enumerar y encarecer, me aconseja también ser breve en la reseña y parco en las apreciaciones al desempeñar el encargo que la Academia me ha conferido.

En otro caso, fácil sería tejer con citas textuales del mismo Cánovas, como respecto de las épocas anteriores, la explicación de sus actos en la transcurrida desde el día de la Restauración hasta su muerte.

Las ideas y condiciones con que aceptó el honroso y difícil puesto de director de los trabajos encaminados á restablecer en el Trono la dinastía legítima, constan en documentos por él depositados en la Real Academia de la Historia, y cuyo conocimiento público no creo que ha llegado el momento oportuno de solicitar de aquella docta Corporación á quien hizo juez y árbitro en este asunto.

Desde que Alfonso XII fué proclamado Rey en los últimos días de 1874 hasta Agosto de 1897, la biografía de Cánovas y la historia política de España se confunden de tal suerte, que no es posible escribir aquella sin que resulte al mismo tiempo escrita ésta. Todo lo hizo, ó, por lo menos, en todo intervino con influencia decisiva. Mandando unas veces, aconsejando otras, oponiéndose enérgicamente en ocasiones, siendo constante su dirección ó mediación en todos los asuntos, hizo tanto, aunque no se tome en cuenta sino lo más importante, que exigiría gruesos volúmenes la reseña de sus hechos. La significación del Manifiesto de Sandurst, el sentido político de la composición del Ministerio-Regencia, los planes y los trabajos para terminar la guerra civil en España y después en Cuba, el arreglo de la Hacienda, la organización de los partidos, el turno establecido entre el liberal y el conservador para la dirección de los negocios públicos, las concesiones mutuas para el establecimiento de una legalidad común y el respeto recíproco de lo que por una y otra parte respectivamente se consideraba esencial; las razones que tuvo para abandonar tres veces el poder en el reinado de Alfonso XII, y otras dos durante la regencia de Alfonso XIII, por Cánovas han quedado en sus discursos y en sus libros latamente explicadas y razonadas. Pero aquí no ha lugar ni para la simple enumeración, que, aun siendo muy sucinta, habría de

resultar demasiado extensa, y que, hecha por mí, lejos de poder conservar el carácter de imparcialidad propio de un trabajo académico, al tocar algunos puntos habría de adoptar los tonos de la polémica, todavía menos lícitos.

En los veintidós años y medio transcurridos desde el 30 de Diciembre de 1874 al 8 de Agosto de 1897, fué Cánovas presidente del Consejo de ministros once años y nueve meses, Sagasta nueve años y medio, Martínez Campos nueve meses, Posada Herrera tres y Jovellar dos y medio.

Entre ese periodo de tiempo y los que le habían precedido desde el comienzo del siglo, hay una total semejanza. Todo había sido antes perturbación, desórdenes, trastornos y guerra. Nada había durado; á unas situaciones políticas, siempre combatidas é inseguras, habían sucedido otras igualmente débiles y pasajeras. Carlos IV había perdido su trono en el motín de Aranjuez; Fernando VII, para salvar el suyo, había necesitado la intervención de un ejército francés; la Reina Doña María Cristina de Borbón tuvo que emigrar antes del término legal de su Regencia; lo mismo había sucedido al General Espartero; la Reina Doña Isabel II fué de igual manera obligada á dejar el cetro y á ausentarse de su patria; la revolución de Septiembre había fracasado en su empresa de establecer una nueva dinastía; los republicanos, apoderados al fin de la dirección de los negocios después de tantos desastres sufridos por los monárquicos, no lograron siquiera redactar una ley constitucional, ni crear organismos republicanos regulares. Los prestigios de las instituciones y de las personas no habían servido sino para entusiasmos efímeros, sin ser amparo eficaz para nadie. Ni el prestigio secular de la Monarquía absoluta, quizá el poder más robusto que ha conocido la historia, fué escudo suficiente para Carlos IV; ni lo fueron para su hijo los sentimientos de verdadera idolatría que indudablemente tuvo para él, aunque no los mereciera, el pueblo español; ni para su nuera la inmensa popularidad de que gozó entre los liberales durante la guerra civil de los siete años; ni para el Duque de la Victoria los títulos de glorioso caudillo militar y los de jefe del bando progresista, que le hicieron el ídolo de los soldados en los campamentos, y de grandes fuerzas políticas en las ciudades. No fué tampoco pequeña la popularidad que

tuvo Doña Isabel II, sin que le valiese para su salvación, y después, en el periodo revolucionario, hubo también prestigios personales que no detuvieron ni por un momento las catástrofes.

Al cabo de tres cuartos de siglo de incesantes tareas constituyentes, España no tenía Constitución; todos los problemas estaban sin resolver; los relativos al ejercicio de los derechos individuales lo mismo que los de organización de los poderes; el religioso lo mismo que los políticos.

Veintidós años de paz y de libertad han sido la obra de la Restauración y de la Regencia. Tan injusto sería atribuírsela exclusivamente á Cánovas, como negarle la parte principal que en ella tuvo. Debíose en primer lugar á las virtudes y méritos que en el ejercicio de sus funciones de Reyes constitucionales han ostentado Don Alfonso XII y su egregia viuda; contribuyeron otros elementos políticos en la porción importante que les ha correspondido, y también puede creerse que la misma vida de violentas agitaciones que la patria venía por tanto tiempo padeciendo, si había desarrollado y fortalecido elementos de constante trastorno, había á la par producido cansancio y hecho brotar gérmenes de paz y preparado soluciones definitivas.

Pero de que las circunstancias sean requisito indispensable para la aparición y la gloria de los hombres excepcionales, no se puede deducir nada contra el mérito de éstos, que consiste precisamente en saber utilizar los sucesos y las ideas y los sentimientos ajenos en beneficio de la empresa propia.

Cousin sostenía (1) que los grandes hombres no son más que los agentes de lo que las muchedumbres quieren, el instrumento de las ideas de todos los demás individuos, de los más pequeños como de los mayores, á todos los cuales parece como que mandan y hasta oprimen, siendo la verdad que no hacen otra cosa que servirlos. Esta doctrina no es completamente exacta. En buen hora que no se tenga por grande hombre, por lo menos tratándose de la política y del gobierno de los pueblos, pues en materia de bellas artes ya habría que cambiar de teoría, sino al que se convierte en la personificación, en la encar-

(1) *Introduction à l'Histoire de la Philosophie*, lección X.

nación del espíritu colectivo de su país y de su época; pero tanto puede llegarse á la identidad de ideas entre el representante de todos y los representados, asimilándose aquél las ideas de éstos, como inspirándolas él á los demás con poderosa iniciativa. Más razonable parece opinar que sobre el fondo común de las costumbres, de las preocupaciones, de las tendencias, de los intereses, creado por la tradición, por las leyes y por las evoluciones de la inteligencia, ha de presentar el grande hombre, para merecer nombre de tal, novedad y originalidad en las formas.

¿A qué debió Cánovas su superioridad? Antes se la hemos reconocido entre los oradores parlamentarios, y son muchos los que ahí encuentran su principal fuerza; pero fácil es recordar que, desde principios del siglo, jamás faltaron á España grandes oradores.

.....

Fué, sin duda, su admirable arte de discutir en las Asambleas arma poderosa de que con fortuna extraordinaria se valió Cánovas; pero otras causas hubieron de contribuir también á sus grandes y constantes éxitos.

Necesario es contar como la primera la privilegiada potencia intelectual de que Dios le había dotado y que le permitía dominar todas las cuestiones. Los hombres dedicados á cualquiera especialidad de conocimientos ó de asuntos se encontraban siempre débiles para discutir con Cánovas sobre lo que para él era nuevo y para ellos había constituido objeto exclusivo de prolijos estudios. Generalizando,

nadie elevaba más alto el vuelo de las ideas; analizando, nadie estaba tan enterado siempre de los antecedentes de cualquiera cuestión ó de los detalles de cualquier suceso.

Y en vez de servirle el gran poder de su entendimiento para ahorrarse trabajo, como en otros, sin tenerlo tan considerable, se observa en él estaba felizmente unido á una laboriosidad no menos extraordinaria y excepcional. Ninguno de los hombres dedicados á los asuntos públicos trabajaba tanto como él, ni se le acercaba siquiera, quedando todos, en esta comparación, á muy grande distancia, así por la magnitud como por la variedad de las tareas, no excusando él jamás ninguna que las circunstancias hicieran necesaria, y tomando constantemente la iniciativa y la dirección para resolver cuantas cuestiones de toda clase se iban sucesivamente presentando en las esferas políticas y administrativas.

Aquella incomparable fuerza intelectual y aquella laboriosidad no menos singular, estaban puestas en Cánovas al servicio de un espíritu de moderación, de transigencias y de concordia, que produjo en España la paz de las conciencias en la cuestión religiosa, siempre la primera de todas, y la armonía entre el orden y la libertad, sustituyendo con un régimen regular y tranquilo en la vida del Estado la interminable serie de violentas convulsiones en que la vida del país se venía destruyendo desde hacía setenta años (1).

.....

(1) La cronología del Sr. Cos-Gayón contiene todavía otras dos Secciones ó capítulos, titulados *El Hombre* y *El Mártir*, y además como apéndices unos *Apuntes biográficos* y otros bibliográficos.

PRIMERA PARTE

LA PRENSA NACIONAL

SECCIÓN PRIMERA

Periódicos políticos y no políticos de Madrid

PERIÓDICOS POLÍTICOS

Por su antigüedad en la prensa, y sobre todo por su adhesión á la política de D. Antonio Cánovas del Castillo, deberíamos comenzar por *La Epoca* y seguir por los periódicos de igual ó parecido matiz político; mas como las manifestaciones de duelo de todos ellos y sus juicios respecto del mismo, sin exceder un ápice, como se verá después, de los que mereció aquel hombre público de sus adversarios, incluyendo entre éstos á los más constantes en su enemiga ú oposición, pudieran parecer apasionados ó parciales á los que no ahonden en la lectura de este libro, y sobre todo á los que en los días siguientes ó inmediatos al trágico suceso de Santa Agueda no siguieron, con la lectura de toda la prensa nacional y extranjera, las manifestaciones de pesar y de simpatía de que Cánovas fué objeto, preferimos dar principio por los diarios más distanciados de la política del mismo, dejando para después á los periódicos indicados, así como á *La Correspondencia de España*, muy antiguo también y de gran circulación desde su origen, el cual, sin haber estado afiliado nunca al partido conservador, ni creemos que á otro alguno, fué siempre benévolo con los Gobiernos y sus jefes, y rindió verdadero culto al Sr. Cánovas, para quien no tuvo jamás, que se re-

cuerde al menos, una palabra amarga. Al contrario, ninguno le aventajó, como se verá más adelante, en enaltecer sus cualidades y servicios al país, por lo cual tiene que estarle, y le está, reconocido el que esto escribe y su familia.

Empezaremos, pues, por

I

EL IMPARCIAL

El popular diario, uno de los que con más constancia, aunque dentro de la mayor consideración y cortesía, combatieron la política del Sr. Cánovas, y que rara vez fué justo con él, desde la Restauración acá, decía en su número del 9 de Agosto de 1897, día siguiente al de la muerte del mismo, lo que se copia á continuación:

* * *

• En esta tierra hidalga no habrá hoy un solo corazón que no proteste con la mayor energía contra ese crimen, preparado en la sombra, meditado con fría calma, ejecutado por sorpresa y revestido de los más odiosos caracteres. Al caer en tierra bajo el plomo

anarquista el Sr. Cánovas, los ciudadanos no se acuerdan ya de las diferencias políticas que puedan separales. Todos son una misma cosa: españoles; y todos se unen en un pensamiento común: el del duelo nacional.»

«Sean los que fueren los errores del político, la figura genial de Cánovas se destaca en la historia patria con vivo relieve, y su muerte trágica viene á ser ingente pedestal que eleva ante el respeto y la consideración de los contemporáneos al estadista insigne que pereció luchando por su patria y por sus ideales.»

En su número del día siguiente, ó sea del 10 de Agosto, añadía:

«La muerte de D. Antonio Cánovas, aun acaecida por accidente natural, habría sido un hecho bastante á embargar la atención pública por algunos días. Determinada por una agresión aleve, y rodeada de las más trágicas circunstancias, necesariamente ha producido hondísima impresión.»

«Ni se piensa otra cosa ni se habla de otro asunto. Los periódicos llenan sus columnas con los detalles del funesto acontecimiento; la gente política y no política carece de otro tema de conversación.»

«El momento actual no es el más oportuno para medir el enorme peso que esa extraordinaria personalidad tenía en los destinos de España. De avalorar los efectos de la desaparición de ese peso se encargará el porvenir. Para calcularlos es poco el alcance de la mente. El secreto de lo futuro en estas cuestiones es de Dios y de su eterna justicia.»

«Mas por lo pronto es evidente que la dictadura intelectual no se ha ejercido en pueblo alguno con la fuerza y la continuidad con que el Sr. Cánovas la ejercía en nuestro país. Era este hombre un César del talento. Por eso tal vez no le ha faltado lo que, según Monti, faltó á Napoleón: un Bruto.»

«El consuelo único que pueden tener cuantos sincera y desinteresadamente lloran hoy la pérdida de D. Antonio Cánovas es el de la certidumbre de que, si fuera dable elegir muerte, sería esa la que el primer Ministro de la Restauración habría elegido.»

Finalmente, en su número del día 12, bajo el epígrafe *Tributo debido*, añadía: «Ni queremos ni debemos ocuparnos todavía en los asuntos políticos. Es este el tributo que estamos obligados á pagar á la memoria de uno de los hombres más eminentes de España en el presente

siglo y á las circunstancias extraordinarias de su trágica muerte» (1).

II

EL LIBERAL.

Su artículo de fondo del 9 de Agosto, á semejanza de *El Imparcial*, lo consagró al asesinato del Sr. Cánovas, expresándose así:

«No podemos hacer la dramática relación del crimen ayer cometido en la persona ilustre del jefe del partido conservador, con otras frases que las que expresen una vivísima y profunda protesta contra el hecho inalficible que ha venido á producir una perturbación hondísima en la vida política de esta desgraciada nación; á lanzar un factor más, de muy graves consecuencias, sobre la acumulación espantable de los muchos que ya existen; á privar á la patria de una figura por numerosos conceptos ilustre y merecedora de general admiración y respeto» (2).

«Dotado el Sr. Cánovas de excepcionales atributos, los cuales, por lo que entre ellos habían puesto su augusta inteligencia, su ilus-

(1) En artículos posteriores, con motivo de otras desgracias, de que no tenemos para qué ocuparnos, no ha mantenido respecto del Sr. Cánovas la misma benevolencia, y hasta lo que es más doloroso, ha fustigado su memoria, lo que rara vez se hace con los muertos, censurando sus actos políticos.

(2) Fué consecuente en estos encomios *El Liberal* con los juicios favorables al mismo que había anticipado su ilustrado director el Sr. Moya en el precioso libro titulado *Oradores políticos*, que comienza por Cánovas.

Los que lo hayan leído, que de seguro serán los más, recordarán los párrafos que transcribimos á continuación:

«Todas las grandes ideas tienen un profeta que las anuncia; todas las iglesias un pontífice que las gobierna; todas las reformas un mártir que hasta el sacrificio las defiende; todos los fanatismos un loco que los acepta como una virtud; todas las utopías un genio que las acaricia; todas las revoluciones una voz que es precursora de ellas, y su luz y su alma; todas las restauraciones un hombre en quien ponen propósitos, lenguaje, modo de ser, ideales y esperanzas y en quien por encarnación milagrosa se personifican.»

«El Sr. Cánovas del Castillo es el hombre de la restauración de 1874.»

«Talento superior, cultivado con el estudio de la historia, que tan provechosas lecciones enseña, y tanto inclina á imitar las acciones memorables; imaginación vivísima, rápida en concebir frases, que por lo sorprendentes producen aún mayor efecto que la inflexible lógica; gran conocedor de los vicios de que la política adolece y del espíritu rutinario que la informa; carácter enérgico; polemista temible; orador elocuente; jefe de partido; audaz aún más con el pensamiento que con los hechos; objeto de muda adoración para sus entusiastas, el Sr. Cánovas solo es Cánovas en el banco azul.»

«Visto en el apogeo de su grandeza; abandonado á los arrebatos de aquella tempestuosa elocuencia que tic-

tración profundísima, la entereza invencible de su espíritu, la energía pertinaz de sus esfuerzos, la adaptación de sus actos y discursos á los consejos de las públicas conveniencias, aunque á veces con ellos se quebrantaran padandas doctrinas suyas, y su oratoria genial y sublime, y bebiendo estos preciosos atributos, su inspiración y cumplimiento en las fuentes del más acendrado españolismo y del más rendido amor por las grandezas históricas de su desdichada patria, había merecido el universal reconocimiento de ser uno de los más eximios estadistas de los modernos tiempos. »

En el mismo número, y bajo el epígrafe « No es español », decía lo siguiente :

« España tiene que llorar la muerte de uno de sus hijos más ilustres ; pero no tiene que sufrir el baldón y que lamentar la afrenta de que sobre un español recaiga el estigma de ese crimen y la execración universal. »

« En estos momentos, en que la infausta noticia ha recorrido ya toda España, bien puede

ne mucho del ruido del trueno y abrasa como el rayo ; en medio de una mayoría sumisa y obediente parece un sacerdote ó un oráculo, rodeado de los Apsaras, silfos cuyos cantos alegraban la corte de la India. »

« Visto en la desgracia, en el Congreso está en su templo, pero fuera del tabernáculo. Recuerda esos santos á quienes bajan de su altar para reosarlos y los abandonan en el suelo. Tienen grandeza, arte, santidad, todo... todo menos la devoción que en el altar inspiran. »

« Nada hay en la figura del Sr. Cánovas que permita adivinar su talento. »

« Pero el talento del Sr. Cánovas no puede estar quejoso. La palabra le obedece esclava. Cuando está en la tribuna se transfigura. Cuando la última frase de sus discursos se extingue, la luz que le envolvía pierde su brillo y su calor, y el grande hombre se desvanece. »

« El Sr. Cánovas es ante todo y primero que todo orador. Eso le basta para su grandeza. »

« No tiene el Sr. Cánovas la brillantex de Verniaud, para quien la luz era la palabra ; ni la fluidez maravillosa de Alcalá Galiano ; ni el accionar de Arago ; ni la corrección de Barnave, que tanto desesperaba á Mirabeau ; ni la majestad de O'Connell ; pero sin el dominio absoluto de ninguna de estas cualidades, su elocuencia, sola, especial, aislada, tiene tal fuerza de dialéctica y tal vigor, es de tal manera tempestuosa, abrasa tanto, que si no conmueve, convence, y si no deslumbrá, aterroriza, y si no encauta y deleita, atrae por impulso verdaderamente irresistible. »

« El mejor aplauso para aquella palabra es el silencio que impone al ommudecer... ¡ Qué pocas resuenan elocuentes cuando el último eco de la voz del Sr. Cánovas se ha perdido ! »

« Laborioso en extremo, aficionado al estudio con un entusiasmo que los negocios de Gobierno no lograron empalidecer jamás, historiador notable, crítico eminente, enamorado de la elocuencia basta hacer de su ejercicio un sacerdocio, cuando ocupa el banco azul, no hay en éste, á su lado, otro orador posible. »

« Sabe muy bien que el alma del improvisador responde al alma del auditorio de tal modo, que ambas se tocan, se mezclan y se confunden, y á esto debe sus más ruidosos triunfos. »

asegurarse que ni una sola persona la ha sabido sin sentir en su alma profunda tristeza, que aun los más implacables adversarios del hombre político siempre reconocieron y admiraron las altas cualidades que como pensador y como hombre de Estado le elevaron desde humilde esfera á los más altos cargos, en los que prestó á la nación inolvidables servicios... »

« El Sr. Cánovas, que conocía bien á los españoles, al recibir el golpe que le quitó la vida, debió comprender que no era, que no podía ser una mano española la que le hería. Sus últimas palabras fueron dedicadas á esta nación, digna de mejor suerte ; el último pensamiento de aquella inteligencia privilegiada, fué para su patria. »

En el editorial correspondiente al viernes 13 de Agosto, el propio *Liberal* se expresaba así :

« Hoy se entierra solemnemente, en medio del duelo de todo el país, al Sr. Cánovas del Castillo, que desde hace más de cuarenta años figuraba en la política española y ejercía en ella preponderante influencia. »

« Glorificada su persona por el trágico fin puesto á su vida ; exaltada la piedad ante la víctima inmolada por bárbaro atentado, el luto de hoy tiene todos los caracteres de un luto nacional. »

« Pero hay que considerar algo más que esta impresión de universal dolor es lo que siente y piensa la conciencia pública ante el cadáver de Cánovas. Y eso que hay que considerar es la obra del hombre de Estado, que aparece por encima de las luchas del día, de la pasión política, de la parcialidad de partido, de los odios legítimos del que combate noblemente por una idea que juzga redentora. »

« Al ser instituido el Sr. Cánovas representante de un régimen de tradición restaurado, parecía que iba á surgir éste bajo su mando tal y como fué antes de derribado, y no como un momento más de la evolución liberal inaugurada en 1868. »

« Hoy todo el mundo lo reconoce, y hoy hablan los hechos. El Sr. Cánovas del Castillo no intentó siquiera volver al tiempo pasado. No trató de destruir el cuerpo vivo creado por la revolución. No fué un momento su obra, obra de negación de todos los derechos adquiridos. Y aunque hubo un alto en la evolución con su advenimiento al poder, no mató en su fuente, en su raíz, en su substan-

cia el desarrollo vivo y fecundo de esa evolución que ponía á nuestra Patria al nivel de los países civilizados y libres.»

«Unas veces por su iniciativa, y otras, las más, ayudando á las iniciativas de liberales y demócratas, el Sr. Cánovas hizo posible que, poco á poco, fuese apoderándose de la vida legal, del organismo del Estado: el espíritu inmortal de la Constitución de 1869.»

«El concepto civil del Estado moderno fué la gran pasión del Sr. Cánovas. De ahí su culto al sistema constitucional; de ahí que fuera, ante todo y sobre todo, un hombre parlamentario. En las Cortes encontraba su ambiente propio. Era un cerebro hecho para la discusión, para el contraste y para la lucha de las ideas.»

Tratando después de las reformas dictadas para Cuba, añadía:

«Y en esa magna cuestión, la más grave estos tiempos, tuvo la serenidad y grandeza de espíritu bastantes para dejar de apoyarse en los elementos que eran sus naturales auxiliares, y tuvo el valor de rectificar sus errores y los errores de casi todos los partidos, volviendo por los fueros de la justicia y de la libertad en el régimen colonial.»

«En tal materia, no sólo no destruyó la obra de la revolución política liberal, sino que la extendió á los españoles del otro lado del Atlántico, siendo un innovador y un revolucionario por el bien de su Patria. De toda su autoridad grande, de todos sus prestigios, sin disputa, de todo el indomable temple de su alma, necesitó para promulgar lo que entonces llamamos nosotros la Constitución de Cuba.»

III

EL HERALDO

Después de manifestar en su editorial del 8 de Agosto que tuvo conocimiento oficial del terrible suceso, aludiendo al asesinato de Cánovas, cuando estaba próxima á entrar en máquina la segunda edición de provincias de dicho periódico, el ilustrado y popular diario escribió lo siguiente:

«Débiles nos parecen todas las formas de

la palabra para expresar nuestros sentimientos y reprobación del infame crimen.»

«No porque hayamos combatido muchas veces la política del Sr. Cánovas, podemos negar en esta hora terrible, cuando ni siquiera los desconocimos en el ardimiento de la lucha, sus méritos y sus cualidades sobresalientes» (1).

«El plomo asesino ha cortado la existencia de uno de los más ilustres hijos de España, yendo á herirle alevosa y traidoramente cuando descansaba de las fatigas del Gobierno en las dulzuras de Santa Agueda, junto á la compañera de sus últimos años.»

«Por misteriosas analogías, que los hombres no sabrán explicar, muere el Sr. Cánovas, en quien estaba personificada la Restauración, como murió el general Prim, representante de la revolución de Septiembre.»

(1) Es completamente exacto, y la familia del mismo cató muy agradecida al *Heraldo*, recordando con este motivo, entre otros hechos que lo comprueban, el *Suplemento extraordinario* al número 765 del 6 de Diciembre de 1892, bajo el siguiente epígrafe alusivo á la sesión del Congreso de dicho día:

LA ÚLTIMA JORNADA

CÓMO CAEN LOS COLOSOS

Refiere, después de unas palabras mortificantes para el disidente, que no queremos reproducir, los incidentes de la mencionada sesión, y recordando el párrafo del discurso de Silvela en que hablaba del particularismo, dentro del cual estaban la reorganización y la disciplina de los partidos, las genialidades misivas de los jefes y todo lo cual tenían necesidad de *soportarlo*... añade el *Heraldo*:

«A esta palabra la Cámara interrumpe el discurso con expresivos rumores.»

«Todo el mundo miró al Sr. Cánovas.»

«Este, con su mano siempre nerviosa, en un momento de impaciencia pareció subrayar la frase.»

«El Sr. Silvela pudo remediar el mal ya causado.»

«Dirigiéndose á las minorías, exclamó.»

«Vosotros no venís á discutir, sino á batallar. Si nosotros los conservadores aceptásemos la batalla y nos presentáramos divididos, no seríamos disidentes, sino desertores.»

«Extraordinaria impresión, tras de la cual, toma la palabra el Sr. Cánovas: la expectación es inmensa.»

«Para desvanecer, dice el *Heraldo*, los rumores producidos por el natural comentario que la Cámara ponía á las palabras de Silvela, el Sr. Cánovas se insinúa de esta manera elocuente.»

«Me dirijo á las minorías. ¿ais á oír cosas interesantes y no perdería el tiempo.»

«Entonces el Sr. Cánovas, con la mano puesta sobre el lado del corazón, con una voz vibrante, con ademán de hermosa arrogancia, exclama sin mirar siquiera al Sr. Silvela, é interpellando á las oposiciones.»

«Yo os pregunto con la mano en el corazón: ¿no es verdad que ninguno de mis adversarios me haría la injusticia de creer que yo pueda aceptar un apoyo ofrecido en tales condiciones?»

«Después, volviéndose airado y soberbio hacia el Sr. Silvela: No necesita S. S. hacer ningún sacrificio en favor de la disciplina del partido y de mi persona, porque esos sacrificios, sobre ser margos, serían estériles.»

«La Cámara recibió estas declaraciones vaniles con una sensación profunda.»

En su número del día siguiente, ó sea el 9 de Agosto, el mismo importante periódico decía lo siguiente, después de recordar el triste suceso de Santa Agueda (1):

«Jamás el Sr. Cánovas ha aparecido más grande.»
«Abandonado, defendiendo ajenas desgracias, unido su gloria nacional á las tristezas de los caídos, revolviéndose como un viejo león que de pronto recobra la airosa majestad de su niñez y la fuerza poderosa de sus garras, frente á aquel hombre en cuya palabra siempre hay algo que sueña á oro, y en cuya misma retórica siempre hay algo que tiene fuerza, sus mismos adversarios reconocieron la presencia de una grandeza extraordinaria.

—Así caen los caballeros—exclamaba un exministro liberal.

—Así caen los colosos—decía un personaje republicano.

—Así caen los patriotas y los nobles—exclamaba Sagasta.

Nosotros, en aquel momento, recordábamos la caída de César puñalado por manos amadas.

La valentía del Sr. Cánovas mostróse hasta en el recuerdo dedicado al Sr. Bosch, frente á la embosada injuria del Sr. Silveira.

—Parece que se sentía la necesidad de traer al debate el nombre del Sr. Bosch. ¿Por qué no se le ha provocado en la alta Cámara, en vez de arrojar ahora su cabeza al hemicycleo?

El Sr. Silveira pretendió entonar un extemporáneo *no penit*.

El Sr. Cánovas no quiso siquiera contestarle.

Todavía el *Heraldo*, hablando en su número del 17 de Julio de 1900 de la crítica menuda á que suponía aficionado al Sr. Silveira, después de establecer que la piedad nunca fué su nota y que cuando el adversario estaba ya fuera de combate por el zarpaço de león del Sr. Cánovas, acudía aquél sonriente y plácido á rematarlo con el puñal de misericordia, añadía:

«Una frase ingeniosa, que le resultó una injuria, quiso hacer, añadía, cuando su separación de Cánovas. De su obra se asistió muy luego, palideció, tartamudeó excusas, pero ya todo el mal estaba consumado y no tenía remedio. D. Antonio Cánovas era un espíritu sobradamente serio y formal para admitir que á su costa se regocijara nadie. Aquel sí que era un gran satírico; pero sus dotes naturales las reservaba para la *causerie* íntima, en que fué maestro insigne, sin extender el juego de semejantes frivolidades á los asuntos de Estado. Y si alguna vez con su ingenio combatió á una situación ó á un hombre, fué para herir, para hacer brotar sangre, no para vano entretenimiento de la galerna.»

En igual ó parecido sentido que el *Heraldo*, se expresaron, en relación con el incidente de que acabamos de hablar, casi todos los demás periódicos.

La Correspondencia:

«El Sr. Cánovas se levantó á contestar. Trémulo al principio por la ira, pálido por la indignación, recobró en seguida el dominio de sí mismo, y habló con una sinceridad, una elocuencia y una pasión tan noble y varonil, que pronto se hizo dueño de la Cámara, y tuvo de su parte hasta las mismas oposiciones y el público de las triunas, que suele ser hostil á los gobiernos.

Es imposible, sin haberlo visto, formarse una idea de aquel titánico esfuerzo de la palabra humana, y es que en aquella palabra palpitaba el alma de un gran hombre y el corazón de un verdadero patriota que se desbordaba contra la campaña más tenaz, más despiadada, más iniusta que se ha hecho contra cualquier otro hombre público, campaña y persecución á la que pa-

(1) Alude á que habiéndonos recibido ciertos avisos de Londres, y á pesar de la apariencia un tanto extraña del asesinato, pudo residir algunos días en Santa Agueda sin que nadie se cuidara de averiguar quién era ni dónde vivía.

«Puesta la vista en desgracia tan grande, abraza todo el conjunto de ella, olvidando los pormenores. El sentimiento nacional llora, pero no analiza, porque el análisis es función del espíritu sereno y dueño de sí mismo. Nadie se acuerda de las causas ni piensa en los efectos. No hay más que dolor por el muerto y execración para el asesino.»

«Fuimos adversarios políticos del Sr. Cánovas, pero nunca le negamos condiciones de carácter y propósitos patrióticos y levantados...»

«Fué el Sr. Cánovas escritor erudito, casti-
recia venir á dar cima el dardo del amigo, del compañero predilecto de todo tiempo.

Sobrio, conciso, fuerte en su dignidad como aquel que está dispuesto á dar de mano un poder que no le trae más que amarguras, como el que después de haber consolidado su obra, piensa someterse sólo á los juicios de la historia, más imparcial que las alimiosidades de los contemporáneos, tuvo periodos arrebatadores, y despertó la admiración y las simpatías de sus mismos adversarios.

El Sr. Silveira se sintió profundamente emocionado, y la extrañeza y el asombro se pintaron en su rostro. Su rectificación fué luego de tonos más suaves y pacíficos. El Sr. Cánovas no quiso contestar y se levantó la sesión.»

El Imparcial:

«El Sr. Cánovas cae, pero cae en airosa postura. Nuestro juicio no será sospechoso de parcialidad. El brioso arranque del jefe conservador negándose á aceptar el apoyo de una mayoría, de la cual forman parte elementos capaces de discutirle á él en los términos en que le discutió ayer el Sr. Silveira, es por su enérgica arrogancia una de esas notas valientes á las que responden siempre vibraciones simpáticas del temperamento español.

No sucede lo mismo con el proceder usado por el señor Silveira. El discurso de este señor fué una maravilla de forma, de habilidad y de pensamiento, y sin embargo no ha despertado el menor eco de simpatía, aun en aquellos que más deseos tenían de ver por tierra una situación considerada ya como un peligro para el país y las instituciones. Es que esas líneas sinuosas sobre las cuales se deslizan la palabra y la intención del Sr. Silveira, ocultándose á veces por agujeros subterráneos para salir de nuevo por otro lado como serpientes y tomar al adversario desprevenido, no se ajustan al carácter nacional.»

El Liberal:

«Nunca ni en sus mejores tiempos, en aquellos tiempos en que ganó el sobrenombre de *monstruo*, ha pronunciado el Sr. Cánovas un discurso que conmoviera más hondamente á la Cámara que el discurso que pronunció ayer.

Al levantarse la sesión, mientras que los diputados ministeriales callaban ó felicitaban al Sr. Silveira, los diputados de la oposición, los periodistas, cuantas personas asistieron á la sesión, comentaban el discurso del Sr. Cánovas del Castillo.

—¡Qué hermosa caída, cuánta grandeza en ese acto de suprema abdicación!—decía un diputado liberal.

—¡Es la caída de un gladiador romano, buscando la postura más artística para morir!—exclamaban otros diputados.

—Así son y deben ser los jefes de partido. El jefe que tolera que su autoridad se ponga en discusión, está perdido. Cánovas ha arrojado el poder por la ventana, pero no se lo puede negar, sin ofender, que es todo un hombre.»

El mismo periódico, benévolo siempre con Cánovas, á quien no ha olvidado, como otros, después, decía en su número del 11 de Junio de 1899, artículo de fondo, lo que copiamos:

zo y fecundo; historiador imparcial y diligente; orador incomparable, de los mayores que ha producido la tribuna española; político batallador, quizás apasionado, pero enérgico y de altos vuelos; gran amigo del tra-

«La toga de Cánovas es demasiado grande para el señor Silvela.»

El Globo:

«El Sr. Cánovas se levantó con brioso arranque, y elocuente, enérgico, más Cánovas que nunca, contestó diciendo que no quería que nadie le *aportase*, ni necesitaba de sacrificios ofrecidos tan en público, ni se creía tan insustituible en la gobernación del Estado, que considerara obligación suya el aceptar semejantes auxilios.»

El Correo, hablando del debate, dice:

«El Sr. Silvela prometió al cabo su voto y el de sus amigos al Sr. Cánovas, pero en términos que no permitían decorosamente admitir al Sr. Cánovas semejante concurso.»

Y de aquí las frases arrogantes del jefe del Gobierno, y la impresión profunda que estas frases produjeron en la Cámara.

Ni siquiera el Sr. Cánovas quiso dignarse replicar á las explicaciones que dió el Sr. Silvela. La sesión se levantó en medio de una emoción profunda, formándose tres grupos principales en la Cámara.»

El País:

«El Sr. Cánovas tardó, pero cumplió como bueno.»

«Elocuentemente se lo han dicho aver los aplausos de las oposiciones, y se lo dicen hoy todos los periódicos, sin distinción de partidos.»

«Quien como él cae dando ese alto ejemplo de moralidad, que consiste en aplastar con su desprecio la serpiente de la envidia que le estrechaba entre sus anillos, no cae por inhumano y tiene derecho á la consideración de todos los políticos honrados.»

«Pero ¿por qué, podrá preguntarse, se trae á colación ahora lo de la disidencia de Silvela, tratándose de un hecho muy anterior á la muerte de Cánovas? La razón es sencilla: porque se ha explicado dicho suceso, con poca exactitud, en los debates parlamentarios que han tenido lugar durante la situación presidida por el Sr. Silvela, y aún recientemente *La Epoca*, periódico que se ha mantenido muy afecto hasta poco hace á la memoria de Cánovas ha escrito, con evidente error, en su número correspondiente al 27 de Febrero del año actual, tratando de las crisis que ha tenido que resolver la Reina Regente, lo que sigue:

«Fresco está en la memoria de todos el recuerdo de lo ocurrido en el otoño de 1892, y no hay para qué repetirlo.»

«Desviado el partido conservador de los cauces en que hasta Noviembre de 1891 habían encerrado, y hostil la opinión pública, concretóse lo que muchos pensaban en un famoso discurso pronunciado por el Sr. Silvela en el Congreso; y una votación, recalcada poco después, evidenció que importantes elementos de la mayoría opinaban como el ilustre exministro.»

«Creó el Sr. Cánovas que no contaba con mayoría suficiente, y se apresuró á presentar la dimisión á la Reina.»

«Es inexacto que el partido conservador se hubiese desviado de los cauces á que se refiere y que se le hubiese manifestado hostil la opinión pública; y más inexacto aún, como prueba lo que se escribió por la prensa toda con tal motivo y trascribimos antes, que no creyese Cánovas contar después del discurso de Silvela, con mayoría suficiente en las Cortes, estando seguros de que lo contrario sostuvo *La Epoca* entonces.»

bajo y de los libros, de que tenía hermosa colección, y no menos de las bellas artes. Apeñas había ramo de los conocimientos humanos de que no tuviese completa y puntual noticia. ¿quién se atrevería, no ya á negar, pero ni á dudar siquiera, de que la muerte de un hombre en quien se compendian tantos y tan extraordinarios méritos es para la patria pérdida irreparable en momentos como los actuales? Equivocado ó no, el Sr. Cánovas del Castillo era una gran fuerza, útil siempre, y que ahora podría ser utilísima. Su claro entendimiento, su autoridad por todos reconocida, su conocimiento de los graves problemas pendientes por él casi exclusivamente encaminados, faltarán en el momento en que el Gobierno que presidía va á tener mayor necesidad de ellos.»

«Aun sin eso no era el Sr. Cánovas de los hombres cuya pérdida poco ó nada influye en la marcha de los sucesos de una nación. La Historia contemporánea de España está llena de su nombre y de sus hechos. Por eso puede decirse que su muerte cierra un capítulo de ella y abre otro quizás más difícil que el que acaba de terminar.»

En su número del día 10, y bajo el epígrafe *Frente al mal*, añadía:

«Ya hemos llorado todos la tristísima muerte del Sr. Cánovas. Ya las frases de indignación, de desconsuelo y de piedad han salido de todos los labios y de todas las plumas, expresando con formidable elocuencia el estado del alma nacional en estos dolorosos momentos. Ya los gobernantes de hoy, y los que tal vez lo sean mañana, han declarado en los papeles públicos su pesar por lo ocurrido y hasta sus temores para lo porvenir, habiéndose mostrado algunos más alarmados quizás de lo conveniente, olvidando que por grande que un hombre sea (y lo era muchísimo el Sr. Cánovas), es siempre más grande la patria que lo produjo. Extravíos propios de los grandes dolores, y por eso hasta disculpables.»

Por último, en su número correspondiente al día 11, y encerrado en una orla fúnebre, escribió lo que sigue:

«A las siete de la mañana ha llegado á Madrid el cadáver del Sr. Cánovas del Castillo, ante el cual nos descubrimos respetuosamente, como cristianos, como españoles y como caballeros.»

«En estas horas de duelo público, á que el

Heraldo se asocia sin la menor reserva, nos es grato poder decir que si, cediendo á impulsos de conciencia, combatimos la política seguida en los últimos años por el ilustre jefe del partido conservador; si alguna vez sus actos de gobierno nos inspiraron juicios que el trágico suceso de Santa Agueda no es bastante á rectificar, jamás brotó de nuestra pluma ningún ataque á la persona del Sr. Cánovas, ni nuestro espíritu negó á sus virtudes privadas y á sus altas cualidades de hombre de Estado la justicia que merecían.»

«Mudas hoy las pasiones; caídas de las manos las armas con que se sostienen los combates de la política, no es día de discutir, sino de execrar el crimen y de tributar á la víctima los últimos honores que la nación le debe, hasta que los restos del insigne estadista descansan mañana en aquel santo lugar donde se acaban y fenecen todas las grandezas de la tierra.»

«La redacción del *Heraldo de Madrid* toma parte en este solemne homenaje que España rinde á uno de sus hijos más preclaros, y conmovida ante el dolor sin límites de la que fué noble compañera del Sr. Cánovas, y ahora da al mundo tan alto ejemplo de cómo sienten el deber las almas privilegiadas, ofrece á la ilustre dama testimonio de admiración y de respetuosa simpatía.»

El *Heraldo*, que manifestó en vida de Cánovas sentimientos de alta benevolencia hacia su persona, como acredita lo que poco antes publicamos, bajo el epígrafe *La última jornada: Cómo caen los colosos*, aludiendo á su retirada del Poder cuando la disidencia de Silvela, después de muerto le viene guardando aún mayor consideración, según se hace constar en la *Introducción* de este libro, y como prueba de ello, sin ánimo de molestar á nadie y sólo por la conmemoración que hace del propio Cánovas, transcribimos á continuación, para terminar lo que á dicho periódico se refiere, el artículo que publicó en su número del 24 de Octubre de 1899:

«Silvela, dictador.

Los rumores que comenzaron á circular ayer por la mañana se confirmaron por la tarde, y al belicoso Consejo de ministros que terminó cuando las sombras de la noche se extendían por Madrid, ha sucedido la *Gaceta* de hoy publicando *urbi et orbe* la dictadura de Silvela.

«Octubre 23, 1520, dicen las crónicas: *Fué coronado en Aquisgran el Emperador Carlos V.*»

«Octubre 23, 1899, se dirá en adelante: *Se proclamó dictador el Sr. Silvela.*»

¡Silvela dictador! Hay que figurarse á Moratín romántico, melencólico y exaltado; al dulce y suave *cold-cream* convertido en corrosivo vitriolo, al merengue de fresa haciendo el efecto de la picante guindilla, para formarse idea del autor de la *Filocalia* transformado en dictador.

Ni por antecedente, ni por temperamento, ni por carácter se hermanan las ferezas de la dictadura con un hombre como D. Francisco Silvela, representante genuino de la burguesía pacífica y cómoda, siempre dispuesto á las transacciones, á las sutilezas, á lo que no se salga del diapason normal.

Entre los hombres civiles que han figurado en la política española, sólo en dos se ha podido encarnar la dictadura: en Ríos Rosas y en Cánovas del Castillo. El primero no la ejerció sino con palabra; el segundo, de hecho. Pero D. Francisco Silvela no tiene nada de aquel fogoso orador, que parecía un león cuando se erguía en la tribuna, ni mucho menos del hombre insigne, al que nadie puede negar el genio.

Aunque lo proclame la *Gaceta*; aunque los agentes del Gobierno se dispongan á cometer toda clase de atropellos; aunque el sable se alce sobre las garantías constitucionales, Silvela dictador inspirará risa, y tendrá que dejar su puesto, si la dictadura ha de continuar, á quien reúna condiciones para ejercerla.

Él es el hombre del afilerer que pincha, no de la espada que raja; del epigrama que molesta, no de la frase que se impone; de la intriga que perturba, no de la resolución que decide. La dictadura le viene muy ancha, y caerá envuelto en ella entre risas y silbidos.

Si en el otro mundo se ven las cosas que pasan en este, ¡qué carcajadas más sonoras retumbarán hoy en las regiones por donde se halla el alma de D. Antonio Cánovas del Castillo!

¡Silvela dictador!»

IV

EL GLOBO

Su editorial del lunes 9 de Agosto de 1897 contenía, bajo el epígrafe *Luto nacional*, los sentidos párrafos siguientes:

«Nadie se atreverá á negarlo. El crimen de que ha sido víctima D. Antonio Cánovas del Castillo es una inmensa desventura nacional. Adversarios y amigos políticos confunden sus justas, hondas y sinceras lamentaciones por la muerte alevosa del ilustre patricio, y unos y otros execran con la misma vibrante energía

al asesino que ha consumado la infame obra... »

« Al llorar con patriótico llanto la desgraciada muerte del insigne estadista, no se llora solamente la pérdida de uno de los españoles que más han honrado á su patria y á su siglo, sino que todo espíritu independiente y noble llorará al mismo tiempo el brutal ataque, el salvaje golpe contra la libertad, representada siempre en la persona elegida por las instituciones para el ejercicio del poder ejecutivo. Tal es la triste y funesta virtualidad que tiene en su hoja el puñal del asesino político: mata al hombre y al mismo tiempo hiere á la idea; pues la perturbación que la muerte del hombre produce en todos los ánimos, suelen aprovecharla esas malas intenciones que en la sombra se ocultan para restar y escatimar, so pretexto de previsión, el aire que los espíritus respiran y de que viven todos. »

« Ha sido asesinado vilmente un hombre grande, sabio, íntegro, de conducta quizás equivocada en lo político, pero intachable en lo moral. Su figura desde ayer, pertenece á la Historia que él supo hacer y escribir. Ya es un personaje acabado, *completo*, de la tragedia, cuyo desenlace nadie es capaz de prever. Una mano criminal acabó con todas las grandezas del mundo, en él reunidas, dando una vez más ocasión á que repitamos con el gran predicador francés: — ¡Sólo Dios es grande, hermanos míos! »

« Ha muerto Cánovas como César, como Prim, como Garfield, como Carnot. Su nombre, ya glorioso por la vida, lo será mucho más por la muerte » (1).

V

EL CORREO

El periódico órgano el más genuino del partido liberal, en su número del 8 de Agosto, el mismo día en que fué asesinado el Sr. Cánovas, escribió por la noche las nobles palabras que se copian á continuación:

(1) En el mismo número copiaba *El Globo* el juicio de Cánovas por el insigne poeta Campoamor, y entre otros, los hermosos párrafos siguientes:

« Yo, después de hacer la señal de la cruz, acostumbro á acercarme al corro de esas dos docenas de políticos que hablan mal de él, y puedo asegurar, como testigo de audición, que por su indisputable talento, por la rectitud de sus intenciones y por la modestia de su vida, el Sr. Cánovas ni tiene ni puede tener enemigos. »

« Cuando estemos todos en ese campo sin odios que se llama el cementerio, las gentes cruzarán indiferente-

« El día de hoy, en que una mano criminal ha arrebatado á España uno de sus hijos más esclarecidos, figurará entre los más tristes del período de desdichas que venimos atravesando. »

« Las últimas palabras pronunciadas por el Sr. Cánovas fueron ¡ Viva España!, y ante el sencillo relato de esta muerte heroica, nosotros, sus adversarios políticos, nos sentimos enorgullecidos como españoles, y en medio del dolor que hoy embarga á todos aquellos en quienes el amor de la patria se sobrepone á todo otro sentimiento, cábenos al menos el triste consuelo de que no ha sido un español el autor del criminal atentado. »

« Ante la desgracia que á todos por igual nos afecta, no hay diferencias de partido. »

« En España y donde quiera que haya españoles, no habrá hoy más que una voz para protestar con indignación del hecho criminal, y ofrecer al Gobierno el concurso de todos para ayudarle á hacer frente á la difícilísima situación creada. »

VI

EL PAÍS

El diario republicano progresista, uno de los más violentos que se han publicado en los últimos tiempos en España, escribía el 9 de Agosto, bajo el epígrafe *Consecuencias*, lo que transcribimos á continuación:

« Ante el jefe del Gobierno asesinado vilmente por un extranjero, olvidamos sus desaciertos pasados, tantos años por nosotros combatidos, para recordar sus cualidades políticas y los servicios prestados á la Patria por D. Antonio Cánovas del Castillo. »

« Ya anciano, gastado por larga y tempestuosa carrera política, no muy lozano de salud, rodeado de enemigos astutos, defendido por amigos tibios, secundado débilmente por ministros de escasa talla, teniendo que tomar todas las iniciativas con su propio partido, dividido por banderías hostiles, no muy segu-

mente por el lado de nuestros sepulcros olvidados, mientras que no habrá un solo español que para honrarle á sí mismo y á su patria no se descubra reverentemente al pasar por delante de la tumba del Sr. Cánovas. »

« No hay en todo el viejo Tirteo nada que se pueda comparar, entre otras, á esta frase del Sr. Cánovas, llena de una profundidad y de una ternura infinitas: « Con la patria se está con razón y sin razón, como se está con el padre y con la madre. »...

ro en el favor de los palaciegos, teniendo enfrente poderosos elementos militares, no bienquisto por la reacción clerical, y sobre estos achaques de la propia familia y casa, el gran duelo nacional, el tremendo conflicto de Cuba, ocasionado á una guerra extranjera, la situación más grave por que ha pasado España desde principios de siglo.»

«Cánovas no desalentó, ni ante la debilidad de sus fuerzas y elementos, ni ante la magnitud de la catástrofe pública. Atendió con indomable energía de patriota y con rasgos de hombre de Estado á todas las necesidades del momento, según su conciencia y su criterio le dictaba.»

«En tanto, acallaba las discordias de su partido y prestaba su concurso eficaz al jefe del fusionismo, también trabajado por hondas divisiones y enviaba á Cuba y Filipinas 300.000 soldados, levantaba enormes empréstitos en su país, que se creía agotado, y con artes diplomáticos, cuyo secreto en parte baja con él á la tumba, sorteaba durante dos años los empujes, las agresiones y apremios de los Estados Unidos.»

«Enemigos irreconciliables de su política interior, más de una vez hicimos justicia á sus energías y á su patriotismo, que le colocan á la altura de los más hombres de Estado á tal punto, que en los últimos días de su vida, rectificando su pasado político, aceptaba de los partidos más radicales programa y procedimiento para innovar y reformar la política colonial de España.»

«Es esta una gran desgracia para la Monarquía. Falta á ésta su restaurador, pero faltará también á España la inteligencia y el carácter que nadie, sin injusticia notoria, puede negar á Cánovas del Castillo.»

En un segundo artículo publicado en el mismo número, y bajo el epigrafe *Su última frase*, se encuentran, entre otros párrafos, los siguientes:

«Pensemos esto y decidamos que esta última frase de Cánovas (la de viva España), debe ser la primera de su historia. Sin duda que por España trabajaba el presidente del Consejo; pero él, que no tenía que poner el nombre en sus planes, en que meterlo en sus decretos, ni que embutirlo en sus discursos, ¿á qué tener tan inmediata, en el rato supremo, la frase grande, llena de solemnidad, preciosa?»

«Supuesta aquella ingénita soberbia del grande hombre muerto, si algo había que esperar de él, en sus momentos de despedida al mundo, era alguna palabra orgullosa o vanidosa, la postrema manifestación del yo, que se viera en tantos otros grandes hombres.»

«Por España luchaba. Era para él secundarios ¿por qué no decirlo a última hora? hasta los atectos de familia. España lo llenaba; por ella bregaba como un león; herido mortalmente y por sorpresa, en la tranquilidad del baneario, el cerebro hecho trizas, destrozado, tuvo la entereza de antes, de otro tiempo, de siempre, para contarse y mandar á los labios la frase: ¡Viva España!»

«Grande hombre, político desdichado, gran orgullo, heimoso corazón; desecitado con enorme talento, Cánovas, grande sobre todo, es grande hasta muriendo. Su última frase puede ser, por lo que significa y por lo que compendia, el mejor y más elocuente capítulo de los que constituyen su historia.»

En el número del propio diario, correspondiente al día 10 de Agosto, y bajo el epigrafe *El grande hombre*, firmado por D. Claudio Fiollo, se publica un artículo, del que tomamos los siguientes párrafos:

«No es un juicio, que no tengo autoridad para hacer, ni pretensiones de escribir... Son impresiones acerca de ese grande hombre muerto, á quien traté muy poco, á quien no debí ningún favor, cuya vida admiré y cuya historia admiro... Pero, ¿por qué no hacerlo? Aunque yo no lo sea, escribo una impresión de artista, sin mirar más que la belleza y la grandeza del tipo que desaparece.»

«Julio Burell me puso en el bolsillo un B. L. M. en que Cánovas decía: «Mañana, á las cuatro, recibí al redactor de ese periódico, para el cual me pide usted una conferencia.»

«De esto hace cuatro ó cinco años. Cánovas, entonces, no era nada; yo *tamjueo*. Quiero decir que el grande hombre no tenía en aquella fecha ningún «puesto oficial», y que yo no era sino periodista que llevaba dos semanas ejerciendo el oficio y que representaba lo que represento hoy y valía lo que hoy valgo.»

Refiere su viaje á la Huerta, donde fué recibido por Cánovas en el salón rojo:

—¿Qué desea usted?—dijo dándome la mano. Era su voz majestuosamente afab'e, dulcemente soberbia. Imponía y encantaba. ¡Vie-

jo león!—que le he llamado tantas veces.»

«Hablé con él precisamente de eso, del problema anarquista. Yo, inocente, lleno de ideas falsas, le apremié con preguntas. En otro periódico se halla el discurso que me hizo.»

—«Los que sufren, los que padecen, los que lloran, ¿cómo se arregla esto?—decía yo no con más corrección, ni más cordura, ni más ciencia de la que pueda haber tras esas frases que entonces pronunciaba balbuciente.»

—«¡Oiga usted, joven!»

«Con esa contracción, con ese modo suyo de calarse los lentes, con ese movimiento nervioso que era *tic* especial de su figura, se levantó de pronto del sofá en que nos hallábamos y me llevó al centro del salón, poniéndose bajo la gran araña de cristal que iluminaba aquella fisonomía severa.»

«Y allí yo, el novato del periodismo, el *Isidro* de la capital, el desharrapado en la vida, el luchador solo y sin experiencia, oí *para* mí, para mí en absoluto, á semejanza de aquel fraile que no oyera nunca á Gayarre y para quien Gayarre entonó en la soledad de un campo guipuzcoano uno de sus más hermosos cantos, un discurso grande, elocuente, briósimísimo, en contra de la anarquía y de los anarquistas.»

«Poco tiempo quedaba para que Cánovas muriera á manos de aquella teoría absurda y de esos hombres.»

«Con aquella melena espesa, cortada sin gradación, junto á la nuca; con su raro estravismo; con su amabilidad, que no lograba nunca ocultar la soberbia, la obsesión de su yo, Cánovas, uno de los hombres más grandes de este tiempo, carácter absorbente, nutriendo á la colectividad que le rodeaba, se lleva al morir al partido conservador, que parecía un partido y no era sino la corte y la compañía de un hombre.»

Suprimimos párrafos que, aunque escritos en elogio de Cánovas, hablan con poco respeto de la Monarquía, y no debemos reproducir.

Por igual razón y aunque muy agradecidos al encomio, no recogemos nada de lo publicado en otros números sucesivos del mismo periódico.

VII

EL TIEMPO

El periódico conservador, entonces disidente, órgano después de la Unión conservadora, y que ha dejado ya de publicarse, en su número del 9 de Agosto de 1897, con orla negra, se ocupó, como todos los demás; de la muerte del Sr. Cánovas, consagrándole su artículo de fondo, que integro transcribimos á continuación:

«Una gran desgracia ha venido á aumentar las que pesan sobre nuestro país. La mano de un asesino ha acabado con la vida de un español insigne, del jefe de un partido, del restaurador de la Monarquía legítima, del Presidente del Consejo de Ministros.

Ante la tumba que se abre, bórranse todas las diferencias y todos los enconos que las luchas de la política habían producido, y no hay español que deje de sentirse hondamente conmovido en la presencia del trágico fin del señor Cánovas del Castillo, del estadista eminente que tantos servicios había prestado á su Patria en una larga y gloriosa vida pública.

No somos nosotros, que tantos años recorrimos la senda política á sus órdenes y bajo su dirección, excepción en el general sentimiento que aqueja hoy á todo el país, sin distinción de partidos ni de banderías; antes bien, parece que la enorme desgracia que affige á España renueva en nuestros corazones y en nuestra memoria los recuerdos de un pasado grato, y hace desaparecer, borrándolo, cuanto ha podido tenernos separados en momentos de lucha y de controversia.

Para el crimen perpetrado sólo pueden tener palabras de condenación y de protesta los hombres honrados, y el que se ha cometido en Santa Agueda no sólo hiera á una familia ilustre, respetable y respetada, sino que viene á herir á la nación entera, privándola en momentos bien difíciles de uno de sus hombres más eminentes, de un gobernante que la había dado días de gloria, y de una voluntad puesta constantemente al servicio del Rey y de la Patria.

Quando se viene á las mientes el período político que siguió á la Restauración; cuando se recuerda la alteza de miras con que el primer Ministro del Rey Don Alfonso XII sin-

tetizó un sistema exento de venganzas en una frase inolvidable; cuando se recuerda también que merced á ese sistema y á esa política concluyeron las guerras civiles que desangraban á la Patria, se restableció su crédito en el mundo y entró nuestro país, conturbado por los excesos revolucionarios, en el concierto de los pueblos europeos; cuando se piensa en aquel coloso parlamentario, en aquel literato eminente, en aquel hombre cuya actividad é inteligencia eran universalmente admiradas, se comprende lo que España ha perdido y lo difícil que ha de ser llenar el hueco que deja el Sr. Cánovas, no sólo en la política española, sino en todas las manifestaciones de la vida del progreso del país.

Al consignar como españoles, como hombres honrados y como políticos nuestro profundo pesar por la enorme desgracia que pesa hoy sobre la Patria, pedimos á Dios su protección para los que hayan de continuar la difícilísima empresa en que el Sr. Cánovas estaba empeñado.

Su figura no desaparece con su vida. ¡Que Dios haya dado á su alma el descanso eterno! »

VIII

EL DÍA

En su número del 8 de Agosto dió cuenta, como otros periódicos de Madrid, del asesinato del Sr. Cánovas, diciendo que en los Círculos políticos no se hablaba de otra cosa que de ese suceso que había conmovido á la capital de España, y de sus consecuencias.

En el del 9 publicó un artículo que decía así:

Descanse en paz.

« El Sr. Cánovas del Castillo ha muerto á manos de un asesino, de un fanático sectario del anarquismo.

Esta fué la noticia que ayer tarde corrió por Madrid, causando en unos estupor, en otros incredulidad y extrañeza, y en la totalidad del vecindario hondo sentimiento de indignación ante la brutalidad del hecho confirmado.

No es la presente hora la más apropiada para juzgar al hombre que durante cincuenta años ha ejercido mucha influencia, decisiva á veces, en los destinos de la Nación.

Los juicios imparciales de la Historia no pueden formularlos, en conciencia, los contemporáneos. Corresponden, por derecho propio, á la posteridad, á la generación que pueda ser juez y parte, á la que no haya sido testigo ocular de los sucesos ni recibido mercedes ni agravios del insigne estadista que debió fama universal tanto á sus talentos cuanto á su entereza de carácter, así á sus esclarecidas y ascéticas virtudes, como á sus grandes defectos y equivocaciones en la gobernación del Estado.

Adversarios leales del que fué jefe del partido conservador y Presidente del Consejo de Ministros, con lealtad y sinceridad le combatimos siempre, sin que por eso dejáramos de reconocer ni de admirar nunca sus méritos y los servicios que prestara á la Patria en circunstancias verdaderamente graves y extraordinarias.

Al advenimiento de Alfonso XII al Trono de España se condujo con discreción y habilidad nunca bastantemente elogiadas. Acasó sin su tino en el Consejo y sin su acierto en la dirección de la política, adoptando temperamentos de concordia con los elementos vencidos, la dinastía no hubiera entonces prevaletido.

Murió el joven Monarca en los días tristes de otoño de 1885, y también en aquellos pavorosos momentos, cuando se temían y presentían por la opinión pública tremendas catástrofes, obró con alto espíritu de previsión, retirándose del poder y encomendando la suerte y el porvenir de la Regencia á la salvaguardia de un partido y de un hombre á quienes él creía que eran los llamados á conjurar el peligro.

Hubo en esos dos hechos culminantes de la vida política de Cánovas del Castillo realces y relieves de abnegación y de patriotismo, instinto de verdadero hombre de Estado, conocedor de las necesidades de su tiempo, y sentido de las impurezas de la realidad para dominarlas y vencerlas.

Cánovas ha muerto. No hay español que no haya compadecido la muerte de este hombre, y que además no se sienta poseído de indignación hacia el fanático sectario que ha sido el instrumento de una venganza odiosa. La protesta en este orden de las consideraciones humanas, ha sido unánime.

A ella unimos nuestro humilde voto.

Descanse en paz. »

Después hacia la biografía de Cánovas, llenando casi todo el número con detalles é impresiones, ya de Madrid, ya de provincias, sobre el suceso de Santa Agueda.

IX

EL SIGLO FUTURO

El lunes 9 de Agosto escribió lo siguiente, bajo el epigrafe

Juicios de Dios.

«Ayer, á la una de la tarde, un italiano, á lo que se cuenta, ejecutor de las venganzas anarquistas, asesinó al Sr. Cánovas del Castillo en el balneario de Santa Agueda, residencia veraniega de dicho señor.

Los pormenores del crimen, que en otro lugar publicamos, ponen frío en el alma; pero desgraciadamente no son de extrañar y maravillarse, porque se trata de un nuevo capítulo de la maldita obra del anarquismo, continuación de anteriores hazañas, señaladas con huella sangrienta en la historia de los pueblos modernos. Pero es indudable que, por tratarse de quien se trata, el último crimen anarquista será de singular resonancia en Europa y en el mundo, y desde este punto de vista ni siquiera puede compararse el del asesinato de Mr. Carnot, Presidente de la República francesa, pero Presidente constitucional al fin, costosísima rueda en la máquina de los Gobiernos al uso, que en la conciencia de todos está que es tan inútil como costosa. Por instinto ó por reflexión, los anarquistas no han dirigido sus tiros contra ninguna clase de poderes irresponsables, sino que han elegido al hombre de mayor poder en España y al mayor responsable, ya que no el único, de cuanto ha ocurrido en nuestra Patria de veinticinco años acá, de lo cual dan elocuente testimonio todos los partidos y periódicos liberales, que tributan al Sr. Cánovas los honores merecidos al que fué encarnación y verbo del liberalismo español é hizo viables y posibles con su talento y energía las conquistas del derecho moderno en nuestra desgraciada Nación.

El Sr. Cánovas, vilmente asesinado, murió sin pronunciar palabra, y no pudo, por tanto, dar muestra ni señal alguna de arrepentimien-

to en los supremos momentos que preceden al terrible instante en que un alma, ante la presencia de Jesucristo, soberano juez de vivos y muertos, rinde cuenta de sus obras, palabras y pensamientos, acciones y omisiones de la vida privada y de la vida pública, como don Antonio Cánovas, y como Presidente responsable de un Gobierno y único árbitro de los destinos de un pueblo tan desdichado como el nuestro.

Enviamos sentido pésame á la familia del muerto, porque, enemigos del Sr. Cánovas, no queremos que nadie se nos adelante en aquellas muestras de cristiana cortesía que son de rigor en estos casos, y dejamos para otro día juzgar de las empresas políticas del hombre que acaba de ser juzgado por Dios.

Lo único que debemos decir es que ha muerto el *más grande hombre del liberalismo español y el mayor enemigo de los católicos tradicionalistas.*

Bendigamos los juicios de Dios, y El haya perdonado á la nueva víctima del anarquismo.»

El 11 de Agosto escribía lo que copiamos:

La hora de Dios.

«Cada día que pasa va siendo, si no más honda, más clara y más precisa la tremenda impresión que hizo en el ánimo la trágica, imprevista muerte del Sr. Cánovas del Castillo.

Parece sueño.

Hace cuatro días, y cerca de un cuarto de siglo, su personalidad política lo llenaba todo; era la base principal de la Restauración que él había establecido y vivificado; su acción era el primer móvil de la política española; su nombre, el tema principal de todas nuestras polémicas. Y ya no es, ni significa nada, y pronto no quedará de él más memoria que de Espartero, de Narváez, de O'Donnell, de Prim ó de Ruiz Zorrilla, dos ó tres renglones sin interés en una de las páginas más tristes é insignificantes de la Historia de España (1).

¿Qué dirán esos renglones?

Para reproducir lo que viviendo y gobernando él, y aun en su presencia, decíamos, es

(1) Este libro demuestra todo lo contrario de lo que afirmaba *El Siglo Futuro*, pues á raíz de su muerte se escribió lo que apenas se ha escrito nunca tratándose de desgracias semejantes; y después se ha recordado, y recuerda con mucha frecuencia y mayor elogio que á los que se citan.

ya tarde ; para juzgarle, como la Historia le juzgará, es pronto.

Esta es la hora de Dios, que acaba de juzgarle con fallo irrevocable y para toda la eternidad.

Más que de juzgarle á él, esta es hora de volver los ojos á nosotros y procurar que nuestras almas se llenen de la luz que brota cada vez que abre un sepulcro.

Ni la inmensidad del mar, ni el esplendor de los cielos, nada en este mundo convida á meditar como el cadáver del hombre que acaba de comparecer en la presencia de Dios.

* * *

No estaba en la flor de su edad, pero estaba aún en la plenitud de sus fuerzas. Y si en Ultramar tenía las complicaciones y los peligros que son conocidos de todos los españoles, aunque por culpa de algunos solamente, en lo interior había triunfado de todo y de todos ; las mismas desdichas nacionales le añanzaban en el Gobierno ; jamás un poder fué más grande, ni mayor la derrota de todos sus adversarios.

Salió vencedor de Madrid, aclamado por sus amigos, y seguro de no hallar obstáculo en su camino. ¿ Quién le había de decir, á quién se le ocurrió imaginar que á los pocos días sólo habían de volver mudos, inertes y fríos sus mortales despojos ?

Estaba en Guipúzcoa ; en aquellos mismos baños á donde fué, recién abolidos los fueros vascongados, bien seguro de que en aquella noble tierra hay corazones capaces de pelear heroicamente, pero no hay brazos infames de herir á traición ni de vengar con un orimen el mayor de los agravios. Rodeado además de amigos y conocidos, protegido por la policía... ¿ quién había de decirle que aquel misero extranjero que paseaba y comía y habitaba cerca de él, inadvertido de todos, era el ejecutor de su sentencia de muerte, y llevaba en su maño la bala que de un momento á otro había de poner horrible y repentino término á su vida ?

Una hora antes de morir, oyendo misa y viendo elevar á Jesús Sacramentado, ¿ quién le había de decir que á los pocos instantes iba á comparecer delante de Aquél mismo Señor de vivos y muertos, invisible también, pero no como víctima que se ofrece por los hombres y les brinda con su gracia, sino como Juez Su-

premo que da á cada cual su merecido para siempre ?

Y resolviendo quizá planes y proyectos sin número en su cabeza, pensando acaso acabar grandes empresas en los años venideros, sin que le valiesen los amigos que le rodeaban, ni todo el poder que manejaba, ni los ejércitos y fuerzas de que disponía, de dos tiros de revólver, en un instante, se vió arrancado del poder, de las riquezas, de la vida, y arrebatado con sus obras al juicio que se ha de cumplir eternamente.

Si creía, ya ha visto confirmada su fe ; si dudaba, ya están sus dudas esclarecidas ; si no creía, ya ha visto su desengaño.

Ya se ha enterado.

Ya sabe cuál es la verdad y cuál el error, quién acierta y quién se engaña.

Mas nosotros recordemos que también hemos de irnos detrás de él ; que también hemos de comparecer delante de Jesucristo ; que también hemos de ser juzgados para siempre, quizá cuando menos lo pensemos, quizá cuando más engolfados estemos en las naderías de esta vida. »

.....

X

EL RESUMEN

En su número del 9 de Agosto de 1897, se expresaba así :

El asesinato del Sr. Cánovas del Castillo.

« Tremenda impresión ha producido en toda España la inesperada, terrible noticia, del asesinato del Sr. Presidente del Consejo de Ministros, de quien no hemos de escribir apologías innecesarias tratándose de aquella personalidad tan saliente, tan juzgada, tan admirada aun por sus mayores enemigos. En vez de hacer alardes de literatura para expresar la indignación que el hecho ha producido en el ánimo nuestro como en el de toda persona honrada, nos remitimos á las manifestaciones formuladas por el jefe del partido liberal llevadas al Gobierno por el conducto autorizado del Sr. Aguilera y de la Comisión que, presidida por nuestro respetable amigo, visitó ayer al Sr. Cos-Gayón en nombre del partido y del Círculo liberal. »

«Consecuencias, y consecuencias trascendentales, ha de tener para la Patria la desaparición de un estadista de tanta altura como el que ha muerto á manos de una secta que ha creído vengar en el jefe del Gobierno cosas que, aun existiendo, no podían atribuirle al Sr. Cánovas del Castillo.»

«La pérdida de hombres tan grandes como él, son siempre pérdidas para la Nación que debe pagar á su respetable memoria homenaje de gratitud. España, pues, está de duelo y debe llorar al insigne muerto como toda familia y toda colectividad debe llorar la ausencia eterna de sus individuos predilectos, de aquellos que dedicaron su vida entera, sus talentos, su valer á los demás, y que acertados ó desafortunados prestaron servicios inolvidables.»

«Protestemos, pues, enérgicamente contra el asesinato; impongamos pronto, por si así es más eficaz, el castigo merecido al asesino; y lamentemos desde lo más profundo de nuestra alma de españoles la pérdida de un gran ciudadano, de una gran inteligencia, de un gran carácter, de una figura tan prestigiosa como la suya, á la que á nuestros ojos juzga de todos sus efectos la muerte trágica encontrada en el cumplimiento de su deber, é inferida á traición y en daño de España entera.»

* * *

El *Resumen* reproducía á continuación todas las noticias recibidas acerca del trágico suceso de Santa Agueda, y concluía el número que tenemos á la vista con una biografía del señor Cánovas.

XI

LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA

En su número del 8 de Agosto, el antiguo y popular diario consagró al Sr. Cánovas un artículo muy sentido, que íntegro se inserta á continuación:

«El hombre eminente, el gran patriota, el estadista insigne cuyo nombre llena las páginas más brillantes de la Historia contemporánea, acaba de morir, cayendo bajo el plomo asesino de un criminal extranjero.

No podía pertenecer á España, que se honraba con tener entre sus hijos más preclaros

al Sr. Cánovas del Castillo, el malvado que á traición ha cometido tan odioso, tan abominable asesinato.

Recibimos la noticia, leemos los telegramas con su espantosa concisión, y casi nos resistimos á creer una desgracia tan grande.

Hace un momento, aquella inteligencia soberana todo lo dirigía, todo lo llenaba; era una garantía de buen gobierno para Europa y para el mundo entero.

Aquí mismo, hasta sus adversarios más implacables se detenían con respeto ante su persona.

Podían impugnar sus ideas, sus planes, su administración; pero todos admiraban la claridad de su inteligencia, su palabra maravillosa, el temple de su carácter sereno y, sobre todo, su honradez intachable, sus virtudes cívicas, espejo de todos los varones eminentes de la Nación.

Y hoy, en un momento fugaz, un facineroso, un aborto del presidio ó de las heces del maldito anarquismo, ha destruido aquella vida tan necesaria para el Trono y para la Patria.

Día de luto es el de hoy para España: estamos bajo el peso de una de las mayores catástrofes que podían afligir á este pueblo, por tantos conceptos desdichado.

Profunda angustia conturba nuestro espíritu. No ha de creerse, ahora que yacen los despojos mortales del gran hombre en un féretro, que móvil ninguno de adulación ni siquiera de la respetuosa amistad que le profesábamos, pueda influir en nuestros juicios ni en nuestros sentimientos.

Cánovas, el genio inmortal que ha de dar nombre á nuestro tiempo, pertenece desde hoy á la Historia.

No tenemos serenidad ni reposo para trazar aquí, en estos momentos, el relato de su vida. Sólo sí, en globo, recordaremos que todo se lo debió á sí mismo, y que la Patria le debe á él muchos días de paz, de libertad, de orden y de prosperidades no superadas en los tiempos más felices.

La Restauración que hizo no tiene igual en la historia de las naciones.

Ahogó los rencores; acalló las venganzas; borró toda diferencia entre los partidos, de suerte que, instaurado el nuevo Rey, no hubo jamás diferencia entre vencidos y vencedores.

Manténase en el poder sólo el tiempo pre-

ciso para realizar un plan bien concebido y benéfico al país.

El tomaba siempre la iniciativa para que el partido adverso le sucediera en el mando en momento oportuno.

Bajo sus auspicios y dirección han partido para Cuba á defender la integridad del territorio 200.000 hombres, ejércitos que en tiempo alguno llegaron á mandar los grandes capitanes españoles.

En su tiempo y bajo su gobierno, han podido gastarse millones y millones para el esplendor de nuestra bandera, superando siempre el crédito á las más fantásticas y más halagüeñas esperanzas.

Hemos disfrutado de un sosiego público y de una libertad tan completos, que pueden envidiarnos los pueblos más democráticos.

Pero ¿qué decimos ni para qué vamos á encarecer sus grandes merecimientos, si habla más alto y lo dice todo la emoción profunda que en estos momentos experimentan todos los hogares y la agitación, mezcla de estupor y de piedad inmensa que se refleja en todas las clases sociales, á medida que van conociendo la infausta nueva?

Dios en sus altos designios lo ha permitido. El, en su inmensa bondad, reciba en su santo seno el alma noble y generosa del primer ciudadano que tenía España.

Dios también se apiade de nosotros é inspire á nuestros hombres de Estado, para que, al recoger la herencia del Sr. Cánovas y al honrar su gloriosa memoria, se coloquen á la altura de estas circunstancias difíciles, y continúen bajo sus distintos criterios la política de concordia, de patriotismo y de rectitud que supo el gran hombre imprimir á la Restauración desde sus primeros días.

Elevamos la expresión de nuestro dolor y enviamos el pésame más sentido á S. M. la reina, que tanta parte toma en el duelo nacional, y á la ejemplar dama, modelo de esposas, que se había hecho un culto de la felicidad del compañero de su vida, y que enloquecida ahora por el espanto y el dolor, vela su sueño de muerte y coloca en torno del cadáver las últimas flores, homenaje sin duda el más querido para el llorado muerto.»

En su número del día siguiente, 9 de Agosto, *La Correspondencia de España*, bajo el epígrafe *Apuntes biográficos*, publicó los siguientes:

Antes de la revolución.

«Hoy está en todas las bocas el nombre de Cánovas; en todos los corazones el duelo causado por su trágica é inesperada muerte, y en todas las almas honradas la indignación causada por el horrible crimen que ha puesto fin á su gloriosa vida.

Y en estos momentos, al volver la vista al pasado de esc español insigne, y recordar los actos de su existencia, atañosa primero para vencer las dificultades que se ponen al paso del joven pobre, obscuro y desconocido, ilustre cuando ya el talento se impone y gloriosa cuando la abrillantaban los grandes servicios, no se puede menos de sentir redoblado el dolor al considerar el trágico fin de tanta grandeza.

Nació en Málaga el 8 de Febrero de 1828; pertenecían sus padres á esa parte de la clase media en que la modestia raya con la pobreza (1), y sufrió en su infancia y en su adolescencia las vicisitudes propias del hogar donde no reina la abundancia.

A los diez y siete años vino á Madrid á ganar su vida como todós los jóvenes pobres de provincia, á luchar por la existencia, á crearse una posición. Tenía que trabajar para ganarse el pan de cada día, que estudiar para conquistar un título académico, y su juventud fué eso en resumen: estudio y trabajo.

En 1847 ya figuró entre los redactores de *La Patria*, periódico fundado por D. Joaquín Francisco Pacheco, y desde entonces se fué despejando su camino por obra exclusiva de su mérito y de sus esfuerzos.

Castelar, Martos, Ayala, entre otros, fueron los compañeros de aquellos sus días de prueba; una mano amiga se le tendió entonces, la de su deudo D. Serafín Estébanez Calderón (2), al que ha pagado con una obra notabilísima, *El Solitario y su tiempo*, la deuda de gratitud contraída.

Del tiempo de la juventud de Cánovas puede escribirse una obra interesantísima, en la que tendrá parte principalísima una modesta casa de huéspedes de la calle de Valverde (3), en que vivió el joven malagueño, co-

(1) Huérfano de padre, cuando apenas contaba catorce años, su buena madre fué vendiendo poco á poco los bienes que poseía, para dar el sustento y comenzar la educación de los cinco huérfanos que le quedaban.

(2) Se la tendió desde su llegada á Madrid en 1845.

(3) Habló antes, 6 desde su llegada á Madrid, en la

miendo poco, velando mucho y gastando casi todo lo que ganaba en libros, que era su pasión, como lo ha sido en todas las épocas de su vida (1).

El *Semanario Pintoresco*, *La Ilustración* y *Las Novedades*, insertaron sus primeros trabajos literarios, y en una Academia de estudiantes establecida en la capilla del Instituto de San Isidro, pronunció sus primeros discursos.

Su primera obra literaria de importancia fué la novela titulada *La campana de Huesca*, publicada con un prólogo de D. Serafín Estébanez Calderón, y los primeros trabajos en que demostró sus grandes condiciones de historiador, fueron la *Historia de la decadencia de España desde el advenimiento al trono de Felipe III, hasta la muerte de Carlos II*.

Cuando estalló la revolución de 1854, ya tenía el Sr. Cánovas del Castillo importancia y nombre; escribió el Manifiesto de Manzanares, que firmó O'Donnell, y fué por primera vez elegido diputado, tomando asiento en las Cortes Constituyentes.

Ingresó en el ministerio de Estado, encargándose de la correspondencia diplomática (2), y pasó después á Roma con el importante cargo de Agente de Preces, que exigía conocimientos jurídicos muy especiales y cualidades de diplomático muy distinguido.

Le desempeñó como todo aquello en que ha puesto mano, de un modo admirable, y aprovechó su estancia en la capital del mundo cristiano para hacer importantísimos estudios históricos y artísticos, despertándose en él la afición á las antigüedades y á los objetos de arte, que después ha compartido con la más dominante, de los libros.

calle del Barco, núm. 8, cuarto principal, casa de huéspedes también, y después fué cuando se trasladó, en compañía de su hermano Emilio, á la casa que se cita de la calle de Valverde, en donde asimismo habitó, por el deseo de vivir al lado de Cánovas, el igualmente joven entonces D. Rafael Gasset y Artime, fundador más adelante de *El Imparcial*, y que después de una no corta carrera administrativa y de ser diputado, alcanzó el puesto de ministro de Ultramar.

(1) Según uno de sus biógrafos, Cánovas solía reunirse en el cafetín de San Luis, con López de Ayala, Gasset y Artime, Alarcón, Fernández y González y otros, donde el ilustre D. Joaquín María López, ya en las postrimerías de su vida, dijo de Cánovas: «Este joven llegará muy lejos.»

(2) Esto fué antes de ser elegido diputado. Su primer nombramiento fué de auditor de Guerra, y el segundo de oficial de la Secretaría de Estado.

A su regreso á España fué nombrado subdirector del ministerio de Estado; aceptó después el Gobierno civil de Cádiz (1), fué director de administración y subsecretario de Gobernación en 1860 (2).

Fuó por primera vez ministro el año 1864, desempeñando la cartera de Gobernación en un ministerio de conciliación de que formaban parte Mon, Salaverria, Pacheco, Ulloa, unionistas y moderados (3).

Después fué ministro de Ultramar en un gabinete unionista puro, y cuando la reacción moderada que siguió á los sucesos del 22 de Junio de 1868, le desterraron los gobiernos de Narváez y de González Bravo, á los que combatió rudamente, prediciendo que conducían á la ruina el trono de doña Isabel II.

Después de la revolución de Septiembre.

La revolución de Septiembre de 1868, en la que tomó parte principalísima la unión liberal, no encontró al Sr. Cánovas del Castillo entre los vencidos; pero se negó terminantemente á ocupar cargos públicos, siendo un espectador imparcial de los sucesos hasta que fué elegido diputado en las Constituyentes de 1869.

En aquellas Cortes, una de las más notables que ha habido en España, se destacó con gran relieve la figura parlamentaria del Sr. Cánovas. Tenía entonces cuarenta y un años, hallábase en la plenitud de su gran talento que no se ha oscurecido después un solo momento, con todo el vigor de su palabra varonil, expresión de arraigadas convicciones y de bien meditados pensamientos, y con toda su valía se puso enfrente de la democracia triunfante, siendo la encarnación y el verbo de las ideas conservadoras dentro del sistema monárquico constitucional, al que consagró su existencia.

Rifó entonces admirables batallas parlamentarias con los hombres más ilustres de la democracia, dignos adversarios de él; defendió caballerescamente á las reinas doña María

(1) Bajo el Ministerio presidido por el general Armero.

(2) Esto en tiempo del general O'Donnell y siendo ministro de la Gobernación el Sr. Posada Herrera.

(3) De este Ministerio, apellidado de Mon-Cánovas, no formó parte el Sr. Pacheco, presidente que había sido del Ministerio puritano, en que tuvieron carteras D. Antonio Benavides, D. José Salamanca y D. Nicomedes Pastor Díaz.

Cristina y doña Isabel II, de las que nunca fué cortesano.

Votó en blanco en la elección que dió la corona de España á D. Amadeo de Saboya, y se alejó de las situaciones que se formaron durante el reinado de aquel monarca, permaneciendo, sin embargo, en actitud respetuosa por sus convicciones monárquicas.

El predominio de los radicales y la marcha precipitada hacia la república, le obligó á ponerse decididamente al frente del movimiento restaurador, con el que estaba plenamente identificado desde la abdicación de doña Isabel II á favor de su hijo D. Alfonso, y aceptó los plenos poderes que le dió la familia real destronada, depositando en él toda su confianza.

Vencida la república por el golpe de Estado del 3 de Enero, el Sr. Cánovas asistió á la junta de notables convocada por el general Pavía, y allí declaró que la única solución que habia para España era la proclamación del rey D. Alfonso XII.

No aceptada esta solución por él propuesta, se retiró á su casa para seguir desde allí los acontecimientos y preparar lo que era inevitable.

A nadie ocultaba el insigne estadista que hubiera preferido la proclamación del rey don Alfonso en Cortes, solución de la que estaba segurísimo, á la proclamación en el campo de batalla; pero aceptó desde luego el hecho de Sagunto, que impusieron las circunstancias, y desde las habitaciones del Gobierno civil, donde fué conducido prisionero, pasó á formar el ministerio regencia, que asumió el poder hasta la llegada á España del desterrado hijo de doña Isabel II.

Después de la Restauración.

Con la formación del primer ministerio de la restauración demostró el Sr. Cánovas el espíritu de transacción y de tolerancia de que estaba animado para hacer que D. Alfonso XII no fuese el rey de un partido, sino el de la nación española, y para alejar de la obra restauradora toda idea de represión y venganza.

Sus grandes cualidades de estadista resplandecieron entonces, y pocos hombres de Estado han conseguido mayores éxitos que los que él obtuvo con el afianzamiento de la dinastía y la acertada dirección que terminó dos gue-

rras, elevó el crédito público, promulgó la Constitución de 1876 y proporcionó á España los años de más tranquilidad que ha gozado en la época moderna.

Los hechos posteriores son tan recientes, que no es necesario recordarlos ahora. El señor Cánovas ha continuado durante la Regencia la obra á que se consagró desde la Restauración, y ha llegado á los sesenta y ocho años con todo el vigor de su pensamiento, todas las energías de su voluntad y todo el brillo de sus facultades, sin decaer un solo momento, y sirviendo á su patria como la sirvió desde el advenimiento de su vida pública.

Detalles y recuerdos.

El carácter del Sr. Cánovas está pintado en las siguientes líneas, que copiamos del primer capítulo de su obra *El Solitario y su tiempo*.

Confiesa el Sr. Cánovas que la única protección que encontró en su vida fué la que le dispensó, al comenzar su carrera, su deudo don Serafin Estébanez Calderón, y dice:

«Por mucho que quiera y respete la memoria de mi insigne deudo, tengo sobradas obligaciones propias para olvidarlas ó sacrificarlas en provecho de nadie. No soy ya un principiante ni un desconocido, y cuando voluntaria y deliberadamente me pongo á discurrir delante de mis conciudadanos, ningún interés cabe en mí que pueda igualarse al de adquirir ó conservar su estimación. Por defecto de gusto ó por falsos principios de crítica podré error, y erraré de cierto, alguna ó muchas veces; de propósito, jamás.»

De la misma obra copiamos el trozo de un brindis pronunciado por el Sr. Estébanez Calderón en un banquete celebrado en Málaga el año 1864, para celebrar el nombramiento del Sr. Cánovas para los consejos de la Corona:

«La bondad de la Reina nuestra señora ha llamado á sus consejos á un buen español, buen liberal y malagueño á todo trance. Este título le impone grandes deberes, á los que será fiel, como lo ha sido siempre á los buenos principios, así en política como en administración. La inteligencia se la ha dispensado la mente divina; tiene fácil palabra, y más que todo recto juicio. La luz y el ambiente que bebió en esta tierra natal ha producido justo merecimiento. Su abuelo, Mayor de esta plaza, murió como un valiente el 5 de Febrero de 1810

en los alrededores de *Martiricos*, defendiendo á esta ciudad de la invasión francesa. Estas lecciones, que son tan comunes en la historia de Málaga, las tendrá muy presentes D. Antonio Cánovas del Castillo, y no se separará un momento de tal dechado de abnegación y patriotismo.»

Como se ve, los pronósticos de Estébanez Calderón se han cumplido, y el nieto del Mayor de plaza en Málaga el año 1810 ha dado por la patria su sangre noble y generosa como su heroico abuelo.

Cánovas, íntimo.

El Sr. Cánovas del Castillo ha sido siempre un hombre apegado al culto del hogar y al cariño de la familia. Se casó joven por primera vez y tuvo la desgracia de enviudar muy pronto; y aunque fué largo el período que pasó sin contraer segundas nupcias, de su culto á la mujer como reina y señora del hogar dan idea las siguientes líneas escritas por él:

«—¡ Ah! la mujer no es sólo un objeto de deseo, de amor y de celos, de placer ó de entretenimiento como de joven se piensa. Desde niño se experimenta y en edad madura se sabe, que hay un elemento en ella, el eterno femenino de Goethe, sin el cual nunca, en ninguna edad, la vida humana está entera.»

Con estas ideas y estos sentimientos se comprende que Cánovas no viviese satisfecho en su hogar, donde había ido atesorando libros raros y curiosos y preciosidades artísticas, hasta que encontró á quien hacer señora de su alma, y aceptó su mano y su nombre.

Desde su boda con la señorita doña Joaquina Osma y Zabala, hija del marqués de la Puente y Sotomayor y perteneciente por su noble madre á la ilustre casa de los Oñates, el Sr. Cánovas se hubiera retirado con gran satisfacción á gozar de su dicha en la vida privada.

Tenia entonces todo lo que puede ambicionar un hombre en la tierra: posición, honores, amor, salud, la estimación de sus conciudadanos, y no podría ganar nada más en la vida pública.

Pero se debía á su patria, y continuó sirviéndola y la ha servido hasta darla su sangre y su vida, como la dió su inteligencia.

El Sr. Cánovas era, además de un gran estadista, un distinguidísimo hombre de mundo;

gustábale mucho la vida de sociedad y frecuentaba los salones, en los que brillaba su ingenio, como en los Parlamentos y en las Academias su talento.

Nadie igualaba al gran orador en la conversacion amena, en la oportunidad y gracejo de a frase, en el culto caballeresco á las damas, en todos los detalles, en fin, que le hacian notabilísimo en la vida social como en todo.

No le gustaba ningún juego; por higiene y recomendación facultativa se dedicó una temporada al de billar, pero le abandonó muy pronto.

Su distracción favorita era la lectura; el mejor regalo que podía hacérsele, el de un libro raro ó curioso. No dejaba de ir á las Academias á que pertenecía siempre que podía, y le gustaba conversar con sus compañeros los sabios que no eran políticos.

En el comer era sobrio, no cuidándose nunca de la delicadeza de los manjares ni del primor de la cocina, y su lujo eran las obras de arte que podía adquirir.

Se cuidaba mucho de la higiene, y mientras no fué dueño de los magníficos jardines de la *Huerta*, no dejaba ningún día de ir al Retiro ó á la Moncloa á respirar aire puro.

Contra una leyenda muy extendida acerca de su carácter, era de un trato afabilísimo, sobre todo cuando no le preocupaban los negocios políticos y podía dar rienda suelta á sus expansiones.

Tenia, como es natural, conciencia de lo que valía, y una alta idea de su dignidad y de su decoro, lo cual se consideraba por el vulgo como orgullo, bien injustamente.

Academias.

Pertenecía el Sr. Cánovas del Castillo á las Academias Española, de la de Ciencias Morales y Políticas (1), y presidente de la de la Historia.

Fué varias veces presidente del Ateneo, cargo que le gustaba mucho por el amor que profesaba á la docta Corporación, que tenía para él gratísimos recuerdos.

Honores.

Concedió muchos títulos y grandezas, pero jamás quiso aceptar ninguno, prefiriendo á todos su ilustre nombre.

(1) Y también á la de Bellas Artes de San Fernando.

Tenia, sin embargo, el Toisón de Oro, la gran cruz de la Legión de Honor y todas las principales de Europa, especialmente las de Austria, Alemania y Rusia.

Obras.

Deja entre sus obras, además de las ya citadas, un tomo de *Problemas contemporáneos*, dos volúmenes de *Estudios literarios*, los luminosos prólogos á las obras de Moreno Nieto, de Revilla, á los *Oradores griegos*, de Arcadio Rodas, y á los *Poetas dramáticos contemporáneos*, además de muchos discursos sobre diversas materias, á las que podía sólo consagrar los breves ocios de sus ocupaciones políticas.

Los últimos meses.

Aparte de lo mucho que le preocupaban las cuestiones pendientes y la difícilísima situación por que atraviesa la patria, parecía en estos últimos tiempos más animado que nunca.

El pasado y no lejano día de San Antonio, recibió á todos los que fueron á felicitarle con una expansión y una cordialidad encantadoras. Estaba animadísimo y tuvo, como siempre, frases felices é ingeniosas.

Lo mismo estuvo en la boda de la hija de los condes de Montarco. La última vez que se presentó en sociedad fué para acompañar al altar al marqués de Valdeiglesias, que iba á unirse con la encantadora joven que es su esposa.

Entonces habló de sus proyectos de verano, de lo que se proponía hacer, si podía: á los pocos días marchó para Santa Agueda, despidiéndole en la estación del Norte numerosos amigos.

¡Quién había de decir entonces, que sólo volvería á Madrid su cadáver! ¡que aquella noble y hermosa dama que le acompañaba satisfecha había de volver con las tocas de la viudez, sucediendo al luto por su padre, que acababa de quitarse!

Luto viste la nación entera, pues las balas del infame asesino, al matar al estadista insigne, han privado á la madre patria de uno de sus hijos más preclaros y han aumentado sus lágrimas y sus pesares.

¡El Señor tenga misericordia de ella y dé eterno reposo al que murió víctima de un malvado, ocupando dignamente su puesto, y á los pocos momentos de cumplir uno de los deberes del católico. »

XII

LA ÉPOCA

Su editorial del 8 de Agosto, día en que fué asesinado el Sr. Cánovas, lo consagró, con orla negra, á dicho triste suceso, diciendo:

La muerte de Cánovas.

« Primero el asombro, inmediatamente después el dolor amargo y desesperado ante la suprema caída. A la grandeza del hombre, ha correspondido la grandeza de la muerte. Derribase el coloso en plena lucha por la patria y por el deber. La encina es herida del rayo sin haber abatido un punto su altivez ni su fuerza. Frente á los elementos desatados, frente á las inmensas desdichas nacionales, él mantiene firme su espíritu y saca de su gloriosa ancianidad energías, entusiasmos, alientos contra la incertidumbre; una verdadera juventud moral, que comunica su brío y su calor al alma de todo un pueblo. ¡Ah! Esa obra eternamente memorable de Cánovas no era desconocida de España.

Por eso ha sido necesario, sin duda, que la maldad inicua se ampare del brazo de un asesino extranjero. No. En nuestra tierra honrada, en esta tierra de caballeros y de corazones leales, no podía existir ni un criminal demente, ni un adversario bastante injusto para acabar de un golpe infame y traicionero la vida de un hombre que ha escrito con su pensamiento y con sus obras las páginas más ilustres de nuestra historia contemporánea.

Ni aun los mismos anarquistas españoles han cedido á la tentación de catástrofe semejante. Diríase que sobre el espíritu falsamente cosmopolita de la bárbara secta, se han impuesto la admiración y el respeto hacia aquella vida tan española y tan preclara.

Verdaderamente, esta trágica muerte sólo puede encontrar un inmenso, un nacional duelo. Aun los partidos más distantes de la obra de Cánovas han hecho constante justicia á la amplitud del estadista, á la convicción del patriota, á la tolerancia del hombre. Su piedad fué siempre magnífica. Combatió con el hierro de su palabra las ideas contrarias. Y continuó la historia de España para no suprimir ni un hecho ni un adversario.

Este milagro de su política reparadora y de

su alma generosa, nadie lo desconocerá seguramente en este momento grave y casi supremo.

Como nosotros acallamos por un momento, y mirando á la patria, nuestro dolor inconsolable, así acallarán los partidos sus afanes de pelea y su espíritu de demanda.

Lo primero es honrar con verdaderas lágrimas á un hijo esclarecido de España, y de ninguna manera se tributará mejor culto á su memoria como respondiendo todos con firmeza y serenidad á los crímenes del anarquismo y á las alegrías de la manigua.

La disputa por el poder en esta hora solemne no es de creer en nadie, ni en hombre ni en partido alguno. Noble señal de ello es el telegrama del Sr. Sagasta.

En su día, la regia prerrogativa reparará la perturbación causada por esta muerte, que es una calamidad nacional; pero que no ha de interrumpir el curso de la vida pública.

Por lo que á ellos concierne, inútil parece decir que el Gobierno y el partido conservador están en su puesto. Bajo la terrible pesadumbre, sienten como nunca la ley del deber y tienen por obligación sagrada el poner la vida y el dolor mismo al servicio de España... ¡España! Última palabra del Sr. Cánovas, testamento de su patriótica grandeza.

De creer y de esperar es que S. M. la Reina Regente, penetrado su augusto espíritu de lo excepcional del momento y de toda la anormalidad que el horrible suceso ha de suponer en la vida política del país, regrese en plazo breve á Madrid con sus Ministros.

Para entonces lo humano y lo político recobrarán su imperio.

Hoy, segura la tranquilidad pública, firme el Gobierno en el cumplimiento de sus deberes, todo corazón español debe sentirse herido por el puñal del asesino; toda alma de patriota debe llorar la muerte de quien, en el supremo tránsito, no recuerda sino el nombre de la patria; todo espíritu cristiano no ha de moverse sino á llanto verdadero, á dolor profundo, ante ese cadáver del genio, del poder, de la virtud y de la elocuencia.

En el número del día 9 publicó otro artículo, también con orla de luto, concebido en los términos siguientes:

Muerte y esperanza.

«Pasan las horas y no por ello consuélase el dolor. La trágica y espantosa realidad aplas-

ta, pero no convence. Era ayer mismo cuando ese hombre, que hoy es un puñado de sangriento polvo, llenábalo todo, tronaba en la tribuna, adoctrinaba en la Academia, agigantábase en el Gobierno, resplandecía en el salón, daba, en fin, la norma de su vida á la vida entera de un pueblo. Mezclado en todos los combates, señalada su fama de león aquí y allá, por todas partes donde hubo batalla, espíritu de la historia hecha y elemento de partida para la historia por hacer, había que considerarlo como un hombre-símbolo, como una fuerza propulsora de su tiempo... ¡Cómo, entonces, parecerá á nadie cosa real este tránsito rápido de tanta vida á tanta muerte?

Fenómeno tal obsérvase hoy en la lectura de la prensa. Lanza ésta, unánime, una inmensa exclamación de protesta contra el crimen, de dolor por el infortunio y la desgracia irreparables. Pero la biografía, el hecho menudo y personal, la semblanza detallada y de costumbre, casi no aparece en parte alguna. ¡Cómo encerrar en unas cuantas líneas una vida que es una época y la representación moral de un hombre que comienza siendo un sistema discutido y que acaba siendo un régimen victorioso?

Se comprende la unanimidad del duelo: de Cánovas hay algo en todas partes. Si un día la revolución fué tolerante con los vencidos, debióse en gran parte á sus consejos de prudencia y á su conducta mesurada. Si la dinastía destronada halla quien la ilumine y guíe al través de aquellas sombras, debióse igualmente á la confianza que inspirara aquel tribuno que, colocado entre la revolución y la reacción, apartóse de los conspiradores; pero dijo con tiempo á González Brabo «que no se iría en paz». Si la Restauración halla rápidamente un instrumento importantísimo de gobierno en los elementos derrotados y disueltos, la clarividencia para tal obra fué del estadista y del historiador, que de su mismo espíritu generoso sacó el olvido para el antiguo agravio, y de sus largos estudios sobre catástrofes y salvaciones políticas, la doctrina de pacificación que se evidencia y triunfa con la presencia en el Gobierno de todo lo que deja de ser facción y se contenta con ser idea. Si las relaciones de los partidos se han establecido mediante cortesía y cordialidad propias de colectividades cultas, hay que ver en ello la mano y el espíritu de Cánovas, que susti-

tuye por la contradicción y por el prestigio todo lo que antes fuera imposición de los violentos ó tiranía de los audaces.

Y cuando un hombre lleva á la vida jurídica y política de su país todo eso, y cuando en la cultura general su nombre significa propulsión constante é iniciativa siempre despierta, no es extraño que la pluma del escritor—ya amigo fervoroso, ya adversario noble y leal—suspéndase sobre el papel, incierta y vagamente, sin acertar á poner en el breve espacio del apunte momentáneo lo que ha de ser imperecedero cuadro de historia.

Y no es que España haya carecido en nuestro siglo de hombres también grandes, también patriotas, también elocuentes.

O'Donnell, por ejemplo, es una figura ilustre; pero, políticamente, es una parcialidad triunfante. En la guerra, queda sin utilidad su heroísmo. Prim personifica la revolución. Pero aquella revolución de las clases medias desaparece con su persona: en el transcurso de días vence la demagogia, y el credo progresista es roto y negado.

Cánovas es absolutamente comprensivo. Es todo su tiempo. Y todo lo que en su tiempo vive, tiene como una raíz en las entrañas del coloso. Suprimid á Cánovas en la Restauración: queda la legitimidad, queda el derecho; pero todo ello entregado á las facciones.

Para que el radicalismo entrara en la Monarquía, ¿qué no hizo el Sr. Cánovas? Llegóse hasta creer que la izquierda fué obra suya. A tal punto llevaba su propósito de ensanchar el horizonte de la legalidad. Cuando la democracia fué definida terminantemente en códigos y leyes, de Cánovas dependió la reacción que pusiera todo otra vez en tela de juicio. Recogió aquella fuerza y aplicóla sin miedo á la máquina de la Monarquía.

Y frente á la maldita guerra de Cuba, ¿quién igualaría sus esfuerzos? Él ha peleado á brazo partido con la fatalidad, con el odio, con la perfidia, con los hombres y con los elementos. En el ocaso de una vida sombreada por el laurel y acariciada por el amor y por la fortuna, su descanso no estaba en Arpino: buscaba dinero, hombres, barcos; dictaba notas diplomáticas; arengaba y discutía en el Parlamento; daba á la opinión una diaria consigna de entusiasmo, y como si el alma nacional hablara por su boca, oíasele de pronto exclamar: — ¡ Si la suerte nos fuera adversa

y un millón de enemigos juntos cayeran sobre nosotros en Cuba y sólo nos quedara la capital, ¡ ah! el sitio de la Habana sería el sitio de Troya!

No. No es posible comparar catástrofes y catástrofes, muertes y muertes. Esta desgracia es verdaderamente nacional.

Sin embargo, inspirándonos en la memoria del hombre fuerte, creamos, sigamos creyendo en España.

Cien veces hemos sido un milagro de la historia. No hemos de dejar de serlo, con la ayuda de Dios y con nuestro genio de raza inquebrantable.

Guerras de independencia, revoluciones, sacudidas sin cuento, descensos rápidos al abismo, todo lo que es calamidad ha pasado sobre nosotros. Y hemos vivido. Y España queda.

Saludemos, pues, en esta hora sombría esa esperanza que brilla siempre.

Ella será fuerza para nosotros y la mejor corona que podremos ofrecer al mártir. »

Del mismo periódico :

La última noche.

« Por entre los frondosos árboles de la que fué morada de D. Antonio Cánovas del Castillo, distinguíanse anoche pálidas luces, cuyo fulgor lúgubre acongojaba el ánimo de cuantos las contemplaban. Hasta las altas horas de la noche hubo gente en los alrededores de la Huerta.

El pabellón de la biblioteca estaba alumbrado y abiertas de par en par las ventanas. Desde la calle veíanse las estanterías cuajadas de libros. El hermoso hotel, con su elegante arquitectura, su frondosísimo jardín, sus fuentes y sus estatuas, hacía el efecto de fúnebre panteón. De todo aquel conjunto desprendíase una gran tristeza, esa *tan honda soledad* y *espanto* que reina siempre en torno de la muerte.

El rumor de los árboles, las inquietas sombras de las ramas en la arena del parque, el blanco cadavérico de los mármoles, las luces que aparecían y desaparecían tras de los cristales, todo reflejaba el gran duelo que reinaba más allá de aquellos muros.

El palacio estaba allí destacando sus artísticas líneas á la claridad de la luna: pero el hombre extraordinario que hasta poco há lo habitaba, el varón insigne que allí consagraba

sus vigalias al bien de la patria, aquel cuya palabra vigorosa ha sido tantas veces voz de España y en cuyo cerebro parecían concentrados, como los rayos de luz en el foco de una lente, los ideales de nuestro pueblo, no era ya más que un puñado de polvo encerrado entre las metálicas paredes de un ataúd.

Los despojos de su cuerpo estaban todavía allí, pero su espíritu habíase desvanecido como las estrellas fugitivas que en el espacio azul desaparecen súbitamente, dejando en pos de sí una estela luminosa.



Imposible era permanecer ante la casa mortuoria sin experimentar intensa y dolorosa emoción. Toda la historia del gran estadista y los momentos más gloriosos de ella surgían ante nuestra imaginación absorta. Creíamos verle en los humildes comienzos de su vida, luchando denodadamente por conquistarse un nombre ilustre; asistíamos mentalmente á sus horas de fatigosa labor, á sus constantes esfuerzos, á todo ese trabajo obscuro que luego es la base de la celebridad, base que los ojos del vulgo no ven, como no ven tampoco los sólidos cimientos en que descansa grandioso edificio. Después contemplábasele en el apogeo de su gloria, cuando, en medio del silencio de la Cámara, su voz elocuente, regida por la más rigurosa dialéctica, desarrollaba con claridad que pudiera calificarse de meridiana las más graves y complicadas cuestiones políticas.

Pocos acéntos tan elocuentes como el suyo han resonado ni resonarán en la tribuna española. Cánovas reunía las cualidades del perfecto orador: profundidad en el pensamiento, claridad y rigurosa lógica en la argumentación, palabra dócil, elegante y castiza. Su voz parecía salir de un pecho de bronce: sus ademanes, un tanto nerviosos, parecían corresponderse con los súbitos chispazos de su inteligencia. El, tan hábil en el manejo de la frase epigramática, tan diestro en esgrimir las armas del ingenio, jamás profanó su severa oratoria con chistes y donaires, que divierten y hacen reír, pero que ni persuaden ni convencen. Era un combatiente que no perdonaba, en lucha leal, ni el golpe fuerte ni la mortal estocada, pero que jamás hería á su contrario con mortificantes rasguños.

La compleja fisonomía espiritual del último

Presidente del Consejo no se reducía á sus dotes parlamentarias. No sólo era una gran inteligencia; era, además, un gran carácter. Aquella imperturbable serenidad que jamás le abandonó en las más difíciles situaciones; aquella entereza jamás desmentida; aquella constante tenacidad en el propósito, valen tanto como su poderoso talento.

Más con ser su carácter tan rico en extraordinarias cualidades, aún poseía otras que, aunque menos brillantes, cautivaban á cuantas personas se acercaban al hombre á quien todos lloramos. En los momentos que Cánovas consagraba á los afectos de la familia ó de la amistad, su llaneza, su afabilidad, su agudo ingenio, formaban el encanto de cuantos le rodeaban. Era entonces el amigo cariñoso, que lo mismo derrochaba sus ideas, que su ingenio, que su protección generosa.

No, no es de extrañar el intenso duelo que llena en estos momentos el corazón de deudos y amigos. ¡A cuántos protegió! ¡Cuántos beneficios derramaron sus manos! ¡Cuántos quedan huérfanos!



Hay quien ha dicho que el puñal de un asesino ha abierto á Cánovas las puertas de la inmortalidad. Ligera é injusta es esta afirmación. Cánovas había conquistado la inmortalidad con su vida; su nombre llena los últimos veinte años de la historia de España por él *continuada*. La instauración del orden, atropellado en épocas de dolorosa memoria, la reorganización de la patria hecha girones, la dirección suprema del país durante largos años, títulos son sobrantes para conquistar la inmortalidad. Vivía ya en ella antes de morir.

Y aun sin contar la realización de estas grandes empresas políticas, bastábasele para su celebridad póstuma los libros con que Cánovas ha enriquecido las letras patrias. Ningún historiador de España le aventaja en vigor ni en serena imparcialidad. Las páginas consagradas por él á la derrota de Rocroy, sin declamaciones ni falsa retórica, conmueven hondamente el corazón del lector. Sus juicios sobre la política de Felipe IV y el Conde Duque han destruido muchos y graves errores, y sus apreciaciones sobre nuestra decadencia están expuestas con noble y valerosa virilidad.

Cánovas, se ha dicho, era un gran pesimista. Error. Cánovas era un enamorado de la

verdad, y tenía, además, el valor de proclamarla y defenderla. Siempre halaga á las muchedumbres que se les adule: Cánovas era incapaz de adular. Fácil es obtener aplausos ruidosos evocando ante nuestro pueblo las hazañas de los viejos tercios, ó las expediciones de aragoneses y catalanes, ó la conquista del Nuevo Mundo y pronunciando grandes frases en que suenen los nombres de Pavia y Otumba, de Cerifola ó San Quintín. Cánovas desdénaba estos fáciles triunfos, y consideraba tales palabras como lentejuelas y vidrios de colores con que se engaña al pueblo, eterno niño. Su historia es grave, dolorosa, amarga como la verdad. No engaña al lector, no lisonjea las pasiones patrióteras. Estudia los hechos y los presenta tales como son, fiando siempre en que lo mejor es lo más verdadero.

Las nerviosidades de nuestro carácter meridional le echaron varias veces en cara este mal llamado pesimismo. Cánovas no cedió nunca ante los embates desatentados de la opinión apasionada. No hizo jamás traición á su pensamiento. Recientemente, cuando una parte de la prensa soplaba en la trompa épica proponiendo remotas aventuras, Cánovas, imperterritó y firme en sus propósitos, supo evitar á España días de duelo, y quién sabe si de deshonra...

* * *

A medida que pasaba esta última noche, aumentaba la tristeza de la casa de Cánovas. Bajábase instintivamente la voz al penetrar en aquel recinto. Para llegar á la Cámara mortuoria hay que recorrer una parte de la galería que une el hotel con la estufa. En vida de Cánovas, aquello era un verdadero Museo. Hoy está incomunicada una parte de aquella galería y despojada de todos los objetos de arte que la adornaban.

El ataúd, colocado bajo un gran Cristo de talla, yacía oculto bajo un montón de flores, algunas marchitas ya, que simbolizaban la brevedad de la vida. Aquí y allá, multitud de coronas de flores naturales unas, otras de laurel y otras, finalmente, de roble y de bronce. Entre todas se destacaba la del Ateneo, grande, como para ornar la puerta de un templo. En las cintas de estos últimos tributos de amor y respeto solía verse esta sencilla leyenda: «¡A mi protector!»

Cuando salimos de la Huerta empezaba á

rayar el día. Entre el ramaje, estremecido por ligera brisa, charlaban enjambres de pájaros; todo parecía renacer al anuncio de la aurora. Aquel contraste entre la vida y la muerte, aquella indiferencia de la Naturaleza implacable causaban mayor tristeza que las sombras de la noche. Cuando se oculte el sol que entonces aparecía en el horizonte, el cadáver de nuestro inolvidable jefe reposará ya á las sombras de los cipreses del cementerio. Todo ha terminado para él en la tierra. ¡Quiera Dios que los que le sobreviven, inspirándose en el patriotismo de que ha dado tantas pruebas el hombre ilustre cuya muerte ha venido á herir tan cruelmente á España, sepan deponer sus rencores y ambiciones ante esa tumba en que se han hundido tantas y tan nobles ideas!»

En su número del 31 de Julio de 1900, y bajo el epigrafe *Necesidades de la defensa*, *La Epoca* se ocupaba de la necesaria supresión, en las grandes naciones de Europa y de América, de la Asociación del anarquismo, y recordando el asesinato de Cánovas, que traía á la memoria el reciente del Rey de Italia, se expresaba así:

«Atenuado con el transcurso del tiempo el efecto que en el público causaron los dos asesinatos del presidente del Consejo de España, Sr. Cánovas del Castillo, y de la Emperatriz Isabel, el mencionado acuerdo internacional quedó en suspenso, y la confianza ó el optimismo recobraron de tal modo su antiguo imperio en algunos políticos, que vemos sin sorpresa empleado al día siguiente del regicidio de Humberto I el sofisma de que la abundancia de democracia y de libertad es la única cosa capaz de suprimir el anarquismo y sus obras.»

En el propio número y bajo el epigrafe *Tras la primera impresión*, escribía lo siguiente:

«Sadi Carnot merecía los holocaustos de una sociedad eminentemente democrática, constituida bajo la forma de la República. Era un elegido del pueblo, no un ungido de la tradición. Cánovas del Castillo no ceñía á su frente insignias majestáticas. La sociedad, náufraga en medio de la anarquía, le había proclamado su salvador, y él, restaurando las gloriosas instituciones nacionales en el vivificante ambiente de las libertades populares y en el indefinido espacio de los progresos morales, científicos y materiales, asegurados con los beneficios de la paz pública y de la concordia civil, se envanecía con el culto que ostentaba»

siblemente le rendía la gratitud nacional. Isabel de Austria no representaba sino la efigie del dolor, á quien los pueblos todos rendían los respetos que nacen de las atracciones del corazón.

¿A quién ó á quiénes ofendían estas figuras? Sadi Carnot, en Lyon, como ahora Humberto de Saboya en Monza, era mortalmente herido por un asesino alevé, en medio de las aclamaciones entusiastas de los pueblos agradecidos. Cánovas caía cuando la Patria, amenazada por enemigos exteriores, ponía en él todas las esperanzas de la salvación. La muerte del Rey Humberto equivale á una apoteosis, porque ni Italia ni el mundo pueden dejar de mirar con el acatamiento de las más altas virtudes al que en la vida interior doméstica las reunía todas, y en la vida pública exterior estuvo siempre en las avanzadas de la grandeza y del bien del pueblo cuya corona ceñía.

Ninguna de las víctimas fué el déspota legendario de las ambiciones antiguas. Ninguna amasó su poder con sangre. Ninguna impuso su autoridad con los ultrajes al derecho y con el deshonor en sus acciones. Ninguna se erigió en obstáculo insuperable de los continuos avances político y jurídico-sociales. Todas, guardadoras fieles del derecho establecido por el consenso y la determinación de las asambleas del pueblo, si no tuvieran en su favor cada una haber sido además palancas de perpetuo empuje para las mejores conquistas de la vida nueva, al menos se adornarían con los prestigios de su vigilancia por la paz y el orden, sin los que no hay sociedad humana posible.

¿Qué significaba, ni podía significar, contra los cultos adelantos de las masas del pueblo la inerme y triste figura de Isabel de Austria, asesinada en las orillas de los poéticos lagos de Suiza? Todavía el puñal de Caserio pudo alzarse contra Sadi Carnot, porque Sadi Carnot era el símbolo de la suprema autoridad. Todavía pudo dirigir su artera puntería Angiolillo contra el pecho magnánimo de Cánovas del Castillo en la riente residencia de Santa Agueda, porque Cánovas del Castillo representaba la suprema autoridad de la inteligencia y la suprema energía de la acción.

Pero ¿qué representaba de estas cosas, en los floridos embarcaderos de Lucerna, la triste Emperatriz? Algunas de estas excelsas víctimas acaso podrían con razón ponerse en la

falange gloriosa de Julio César; pero ¿cuál de ellas fué el Nerón?

XIII

EL NACIONAL.

En su número del 9 de Agosto, rodeado de orla negra, publicó estas sentidas palabras:

«Frases de dolor... acentos de indignación... ¿dónde están que no acuden á nuestros labios en estas horas de profunda pena? El mismo estupor producido en el ánimo por la horrible desgracia, contiene los sollozos y las lágrimas y nubla las luces del entendimiento. Falta algo en la lista de las desdichas nacionales, y ha venido á completarse con el atentado de Santa Agueda.

No ha menester el muerto de apologías ni de elogios. En esta hora suprema suben al cielo, confundidas en un mismo sentimiento, las oraciones de todos los españoles. Para él, patrio insigne, varón de cuyas virtudes y entendimiento se siente orgullosa la patria, en cuyo servicio consumió la vida, no podía ofrecerse más gallardo modo de rendirla. La mano del miserable extranjero que nos arrebató la más pura gloria de España, ha quitado de este mundo, es cierto, aquel esfuerzo gigante que mantenía la esperanza de nuestros destinos; pero ha elevado un ídolo en los altares de la patria.

Muere él con muerte acomodada á su grandeza, como si fuese impropio que aquella alma prodigiosa volviese á Dios por los vulgares caminos de la enfermedad y el sufrimiento. Y cuando muere, brota de sus labios el grito hermoso, único propio á coronar su gloriosa vida.

Acá nos deja el dolor y el espanto, la incertidumbre y el caos. Luchaba solo contra las recias tempestades que azotan la patria, y ahora la sentimos temblar en sus cimientos y en vano volvemos los ojos en solicitud del fuerte brazo donde poner la confianza.

Los que rendíamos culto fervoroso á su genio y ostentábamos con orgullo la obediencia única de sus voluntades, lloramos hoy con los más enconados adversarios. Con el humo de los infames disparos se han disipado como por encanto las pasiones y los odios, y un solo sentimiento de admiración profunda, de dolor in-

menso, atormenta hoy todos los corazones españoles.

No ha caído el grande hombre, que él sube á los cielos con las alas poderosas de su vida gloriosa y de su morir heroico. Caemos ¡ay! nosotros, hundidos al peso de esta desgracia, heridos de dolor y de zozobra por la suerte de esta España, cuyo nombre adorado se ha confundido majestuosamente con el último aliento del coloso.»

En su número del 14 de Agosto, y con orla negra como en los días anteriores, escribía lo que sigue :

Muerto que vive.

«En toda manifestación pública española hemos visto siempre en la gente una tendencia irresistible al desorden. En el Real ó en la Plaza de Toros, no hay público más bullicioso que el de España. Sólo en España se ve dentro de los templos, en ciertas fiestas, y á la puerta de ellos, tanta algazara. Y en la calle, en procesión ó en entierro, nunca hemos visto guardar las filas, aunque las custodiase la policía y la Guardia civil.

Por esto el miércoles en la estación del Norte, y ayer en las calles que recorriera el cortejo fúnebre, quedábamos asombrados de la compostura, del orden, del verdadero recogimiento con que la muchedumbre asistía al paso del cadáver... Llenos estaban los andenes de la estación del Norte, y no se oía más que los acordes de la Marcha Real, y todo el mundo salió detrás del ataúd suntuoso sin apreturas ni escándalo... Llenas estaban ayer las calles y los paseos; había gente en los árboles y en las farolas, en los balcones, en toda clase de vehículos situados en las bocacalles del tránsito... Pues nadie chistaba, ni siquiera los chicos intentaron romper las filas; donde había soldados, como donde no los había, la muchedumbre, inmensa, manteníase en su puesto, recogida y silenciosa, sin burlas para el uniforme raro, sin cuchufetas para el tipo extravagante.

De cierto que no había en ese comedimiento, tan celosamente guardado por todos, la preocupación por la suerte de muchas cosas y de muchas ideas, que con razón embarga muchos espíritus, pero que no llega á nuestra ineducada opinión; ni había tampoco el res-

peto de la muerte, que no se ha manifestado de tal manera en otras ocasiones.

Diríase más bien que sobre aquellos grupos selectos de la estación del Norte, como sobre esa abigarrada muchedumbre del centro de la villa, palpítala y se imponía el concepto de Cánovas, tal como se lo ha representado siempre la opinión española: un vigor extraordinario, una fuerza enorme, una voluntad superior, por el convencimiento ó por el miedo, á la de todos sus contemporáneos.

En su partido, ó en las Academias, ó en los salones, todo el mundo hablaba á Cánovas con el sombrero en la mano. Para la calle, para el pueblo, Cánovas era lo que Galdós, en su última novela, *Misericordia*, concreta en una frase gráfica, cuando uno de aquellos mendigos dice á otro que se impone:

— ¡Ni que fués Cánovas!

Un carácter, para los que saben cuánto hay en esa palabra cuando es justa; una fuerza de hierro, para los que no se paran en tales análisis. Eso fué Cánovas; y eso, que se sentía ante él vivo, sintióse ayer ante él muerto.

Muerto y enterrado ya su cuerpo, deshecho por el plomo miserable, el espíritu inmortal, tal cual lo define aquella frase de Galdós, no desaparecerá de la imaginación del pueblo. ¡Quiera Dios que tampoco desaparezca su influjo de la conciencia de los que quedan y que á Cánovas deben cuanto son y cuanto tienen, porque este muerto es de los que vuelven, esa alma gigantesca es de las que siempre, al través de la tumba y del tiempo, encuentran una voz que atormenta y una mano que castigue la deslealtad y la ingratitud!»

No terminó aquí *El Nacional*. Diez y seis meses después de la muerte de Cánovas, ó sea el 8 de Diciembre de 1898, decía así:

A los diez y seis meses.

«¡Qué nefasta la fecha 8 de Agosto de 1897!

De cuantos grandes crímenes registra la historia de la humanidad, acaso ninguno de trascendencia tanta y de tan terribles consecuencias para un organismo nacional como el perpetrado en Santa Agueda, en hora aciaga para la patria. El plomo del infame asesino, al arrancar la vida del hombre, no sólo cortó la existencia del gran estadista, del eximio republicano de férreo carácter y áurea inteligencia, del preclaro patricio de recta conciencia

y de corazón sano; logró más que todo esto, con ser ya mucho: asestó mortal golpe contra la vida del Estado, destrozó la nave, dejándola sin gobierno á merced de las turbulentas olas; socavó los cimientos del edificio, que se desploma. La sangre derramada en Santa Agueda, aún mana. Lo que fué hijo rojo que brota de un cuerpito que se desgarró, es hoy torrente que destroza un Estado que se aniquila. La herida que agujeró la piel, es hoy boquete que rasga el territorio. Si, el trascurso de sólo diez y seis meses, desvaneció, implacable, toda ilusión, borró la sombra de la duda que se agarra al espíritu, porque es esperanza que le consuela: la muerte de Cánovas del Castillo, fué la muerte de la nación española. ¡Qué grande el hombre, la nación qué pequeña! ¡Qué fortaleza de espíritu en uno, qué debilidad de fuerza en otra! ¡El alma y el corazón, en el hombre, qué robustos, qué lozanos!; en la nación, ¡qué frágiles, qué enfermizos! ¡Lástima que esto no sean frases de relumbrón buscadas en los verjeles de la retórica; son, por desdicha, exclamaciones de verdad que salen espontáneas de las negruras del sentimiento!

Diez y seis meses han bastado para que las despiadadas inclemencias de la realidad llevasen el tristísimo convencimiento al ánimo de todos. Plazo muy breve para que la hecatombe se haya consumado; muy largo para que el infortunio, con cruel tenacidad, nos haya uno tras otro día martirizado. Esto da la medida del valer de Cánovas del Castillo. No se concebiría que obra de tan trágica magnitud pueda caber en tan corto periodo de tiempo, si se prescindiera de la inmensa autoridad de la persona. Desapareció el patriota y se desquició la patria. Faltó la inteligente dirección del arquitecto, y se derrumbó el edificio. Se extinguió la luz, y se hizo la oscuridad. El sol se ha puesto, y las tinieblas de la noche se alargan con duración de eternidad. Con Cánovas ha desaparecido una institución, un régimen, un sistema, un organismo nacional, en fin. Cruenta operación nos ha batido las cataratas, y empezamos á ver claro cuando ya no podemos ver más que tormentas, desdichas. Empezamos á tocar las amargas consecuencias cuando la torpe política de los que *quedan*, que son absolutamente ineptos, precipita el momento de la disolución.

Cánovas es insustituible. Esta raza dege-

nerada y agotada ya no hay que esperar que dé otra cosa de sí que conciencias fáciles, inteligencias atrofiadas y voluntades raquíticas. El desastre de la guerra adelanta la última hora. Cánovas, evitando aquélla con sabiduría y aun con impopularidad, la hubiese retardado y, si era ineludible, la hubiera dirigido con entereza, la habría arrojado con virilidad y perderíamos quizá lo material, el territorio, pero salvaríamos sin duda lo sagrado, el honor. Con él podríamos ser *vencidos, vendidos*, nunca. El nos infundiría alientos en la adversidad, y evocando pasadas proezas, prescas de inmarcesible gloria, sabríamos morir con decoro después de luchar con valor.

Cánovas supo evitar el rompimiento con los Estados Unidos; éste es un hecho real, indudable y, por tanto, indiscutible. ¿Lo habría podido impedir después? Esto puede ser opinable. Firmemente creemos que sí. Recuérdese la afortunada gestión de las Carolinas, éxito brillante por el conseguido, salvando la integridad del territorio entre la bélica opinión de algunas docenas de imbéciles que empujaban al desastre. Pero si era forzoso llegar á la guerra, se hubiera ido á la *guerra de verdad*, en la que el enemigo tendría que conquistar palmo á palmo el territorio, así colonial como peninsular, pagando bien caro su problemático triunfo. Cánovas no sentiría afeminados temores, humillantes vacilaciones ante la amenaza de realizar un accidente natural de la guerra, cual es el bombardeo de los puertos. Cánovas sabía que las guerras no se hacen con *confites* y á la medida del deseo de uno de los combatientes. Cánovas, puesto en el duro trance de mirar la lucha de frente y con ánimo esforzado, cuando juzgase incompatible la paz con el honor, la afrontaría con todas sus consecuencias. Cánovas no haría traición á la historia; no profanaría la memoria de los antepasados; no destruiría la obra de los héroes. Y si la opinión de su país, sintiéndose invadida de egoísta pusilanidad, mostrase desmayos y flaquezas, él sabría retirarse para llorar entre sus libros, un puro ambiente de dignidad, con la conciencia satisfecha del deber cumplido, decadencias lastimosas de raza.

Diez y seis meses pasaron. ¡Qué solos nos quedamos! ¡Qué vacío tan tremendo! Ya nadie vela nuestro sueño de muerte. Ya nuestra historia, interrumpida, se precipita en abismos de vergüenza. ¡Perdido todo!

XIV

LA UNIÓN CATÓLICA

Con orla negra, consagró su editorial del 9 de Agosto al Sr. Cánovas, escribiendo lo siguiente:

Duelo nacional.

«El Sr. Cánovas del Castillo, cuya grandeza é imponente personalidad reconocían amigos y adversarios, ha muerto, dejando en el corazón de los españoles bien nacidos un duelo nacional. Ha muerto como un mártir representando el principio de autoridad. Contra éste, más que contra la persona del ilustre jefe del Gobierno, fueron dirigidos los tiros del asesino anarquista juramentado y apoderado en su misión bárbara por las Sociedades secretas.

Había alcanzado el Sr. Cánovas toda la gloria política que puede alcanzar un hombre público. Sus discursos políticos y sus trabajos filosóficos é históricos constituyen un monumento de las letras patrias.

Cuando el Sr. Cánovas del Castillo estaba más preocupado con los gravísimos problemas que actualmente se ofrecen á la patria española, una mano aleva, en nombre de la última fórmula del progreso (¡horrible sarcasmo!), disparó tres tiros al insigne estadista, representación del orden, produciéndole trágica muerte.

Consolador al menos ha sido para el nombre de España que el asesino no haya salido de su seno. Ha tenido que ser un extranjero el autor de atentado tan horrendo.

Más como españoles todavía que como políticos, lloramos amargamente la muerte del Sr. Cánovas del Castillo, quien en la otra vida, piadosamente pensando, habrá sido coronado con la palma del martirio por Aquél que en la tierra y en los cielos es Juez Supremo de vivos y muertos.

Pedimos á nuestros lectores que eleven sus oraciones al Eterno por el alma del finado, y para que por los medios de su misericordia y de su Providencia permita pronta reparación á la inmensa desgracia nacional que aqueja al pueblo español.»

En el mismo número publicó unos datos biográficos del Sr. Cánovas del Castillo, que se

diferencian poco de los que dió á luz *La Correspondencia de España* y de los de otros periódicos, que también insertamos, si bien, en verdad sea dicho, contiene menos errores, aunque también incurra en algunos:

«Cánovas—dice—se dedicó con firme entusiasmo al estudio de nuestros clásicos, de la Historia y al de los sistemas filosóficos que ha tiempo se disputan la dirección racional del espíritu humano, y á los diez y ocho años fundó su primer periódico, *La Joven Málaga*, que se publicó sin llamar la atención de sus paisanos (1).

Llegó á la corte en 1845, y gracias á la influencia de su tío D. Serafín Estébanez Calderón (*El Solitario*), consiguió un destino en las oficinas del ferrocarril de Aranjuez, y pudo así costearse los gastos de los primeros años de la carrera de abogado.

Al poco tiempo logró darse á conocer como escritor, y al obtener con su pluma recursos para vivir en posición relativamente desahogada y poder terminar su carrera, dejó el destino referido y se lanzó al campo de la política activa, en el que hizo formal aparición en 1849, en que figuró como redactor de *La Patria*, periódico que fundó D. Joaquín Francisco Pacheco, y en el que Cánovas colaboró hasta la desaparición del diario (1851)» (2).

Lo demás se diferencia poco de lo que copiamos de otras biografías.

XV

EL ESTANDARTE

Este periódico, tan fiel al Sr. Cánovas cuando vivía su director el Conde de Casa Sedano como después de su muerte, en su número del 9 de Agosto se expresó así:

(1) El periódico *La Joven Málaga* lo fundó naturalmente antes de su venida á Madrid, en cuya época había cesado su publicación.

(2) Fué también director de *La Patria*, y en ese tiempo, tuvo como tal un lance de honor con el señor Mora, director de *El Herald*. El duelo se verificó á sable.

Al cesar en *La Patria*, aceptó un puesto en la redacción del periódico *El Trono y la Nación*, fundado por D. Fermín Gonzalo Morón, que vivió poco tiempo.

En estos datos biográficos se incurre también en el error de suponer que, del Ministerio llamado Mon-Cánovas, formaron parte los Sres. Pacheco y Ulloa.

Desgracia nacional.

«El Sr. Cánovas del Castillo, el hombre ilustre sobre el que pesaban, en estos momentos para la patria difícilísimos, las responsabilidades del Gobierno del país, ha muerto ayer, víctima de un infame asesino, no nacido en España, para honra de esta tierra tan generosa como desventurada.

Es día para todos de sentir y de olvidar. De sentir, la pérdida del eminente repúblico que á la nación prestara servicios que la historia habrá de galardonar con letras de oro, y de olvidar, los errores que hubiera podido cometer, pues nadie ha llegado á la perfección en lo humano.

Pero al mismo tiempo que nuestra alma desborda el sentimiento que la oprime, y que no puede expresar nuestra vacilante pluma, es necesario llevemos la serenidad á nuestro juicio y la calma á nuestro espíritu, para cooperar con nuestras pobres fuerzas á la obra de reconstrucción que inmediatamente habrá de realizar el partido liberal-conservador, cuya grandiosa cúpula arrebató de su edificio la tormenta que rugía en el corazón de un malvado.

Ante la pérdida inmensa que experimentamos; ante la pesadumbre del dolor que agobiará á todo corazón honrado; ante los despojos del genio colosal que reunió en apretado haz los más genuinos representantes de los intereses conservadores del país, las diferencias que crearan accidentes que no hay para qué recordar, deben desaparecer, para que, unidos por una misma aspiración y un pensamiento mismo, conllevemos con la fe de nuestra buena voluntad la desgracia sufrida, deponiendo, en aras de la patria y de las instituciones, todo pensamiento que quebrante la grandeza de la concordia que á todos nos aconsejan ecos de dolor y fúnebres crespones.»

En su número del día siguiente, que publicó con orla negra, escribió lo que sigue:

Ante el cadáver.

«Si algún lenitivo pudiera atenuar la amargura de nuestro corazón por la pérdida del jefe querido, del hombre á quien consagramos durante veinte años la fe del adepto y los respetos del legionario, lo hallaríamos en las unánimes manifestaciones de dolor que recibe el

Sr. Cánovas del Castillo al abandonar el mundo de los vivos bajo el plomo homicida de un infame.

De todos los partidos, de todos los hombres de rectos sentimientos salen ayes de tristeza, acentos de dolor, ante la desgracia enorme que en estos momentos pesa sobre la infortunada nación española, cuya primera figura pasa á ocupar un puesto preeminente en nuestra gloriosa historia.

No es sólo en la iglesia conservadora donde las campanas doblan á muerto con lúgubre tañido y cubren sus paredes negros crespones; cuantos sienten latir dentro de su pecho un corazón noble y generoso, sea cualquiera la comunión política á que pertenezcan, visten hoy de luto, y en el fondo de su alma levantan un altar, ante el que rezan una triste plegaria y piden al Dios de las bondades piedad para el hombre que ha sucumbido á manos de un cobarde sectario de abominable escuela, cuyo fin es la destrucción de todo el orden social.

Si algo podía faltarle á la apoteosis del señor Cánovas del Castillo, era morir herido por el nefando anarquismo, que tantos días de luto reserva á la sociedad entera; su nombre será por esto sólo venerando, y la historia patria le rendirá fervoroso culto en sus anales.

Calla hoy la voz de las pasiones, enmudece el concono de la lucha, envainan sus espadas los combatientes, y el estruendo del cañón óyese como fúnebre oración rezada por el pueblo, que se prosterna ante un cadáver cuyas heridas son otros tantos signos de gloria.

Había de morir el hombre ilustre, porque todo muere, y se hubiesen descubierto ante él cuantos en algo estiman las glorias nacionales; pero cae herido en Santa Águeda por la bala homicida, y ya no es el hombre que cae, es el héroe que sucumbe en honroso batallar, es el soldado que derrama su sangre generosa, regando con ella el fecundo suelo de la madre patria, besando el lábaro santo del pabellón nacional.

Ni las difíciles circunstancias por que España atraviesa, han sido bastante á acallar el llanto que derraman todas las almas nobles y generosas.

Nadie se preocupa en estos angustiosísimos instantes del porvenir de la infeliz España, á quien parece haber tocado con sus negras alas la sombra fatídica de la desgracia y de la muer-

te, á la que el Dios de las misericordias parece tener reservados tristes destinos; un solo grito se escucha de desesperación y de dolor, una sola voz se oye por todas partes para anatematizar el crimen y condolerse de la desgracia; llanto en los ojos, luto en el alma, tristeza y amargura en el corazón.

Una vez más aparece España grande, y una vez más sus hombres han demostrado que en la hidalga Iberia podrán agotarse todas las fuentes menos las de los sentimientos nobles y generosos, que brotan á raudales.

Lloremos hoy la terrible desgracia que pesa sobre nosotros, y levantemos los ojos al Cielo pidiéndole misericordia, mientras nos preparamos á luchar contra las fieras de la anarquía, y quiera Dios que en el horizonte surja la luz de la esperanza de mejores días para este infortunado pueblo, que hoy llora ante el Sr. Cánovas del Castillo y siempre le rendirá el culto que sus talentos y virtudes le han merecido.»

En el propio número publicó unos apuntes biográficos de Cánovas, que se diferencian poco de los otros.

«Durante este tiempo—dice, refiriéndose á la época en que colaboraba en *La Patria*,—el Sr. Cánovas dió á conocer sus altas dotes de talento, y especialmente una energía avasalladora.

Decía de él su amigo íntimo de la mocedad, el ilustre D. Pedro Antonio Alarcón, que donde estaba Cánovas «allí estaba el amor», refiriéndose á las reuniones literarias que celebraban en el café del Iris los más eminentes representantes de la juventud de la época.»

Todavía en el número del día 11 de Agosto le consagró el artículo que copiamos:

La muerte del mártir.

«Por muchos días aún, el pensamiento del pueblo español estará fijo en la tragedia desarrrollada en el balneario de Santa Águeda, y durante ese tiempo el nombre de Cánovas del Castillo rodará de boca en boca, recordando su pasada historia, su patriotismo y su talento portentoso.

No hay pesadez, por tanto, en que nuevamente hoy evoquemos la memoria del hombre ilustre, y dirigiéndonos al pueblo, hablémosle con la franqueza propia en nosotros.

Entusiastas de Cánovas del Castillo, nues-

tro respeto al jefe del partido era grande, y jamás discutimos sus órdenes ni analizamos sus opiniones. Hasta en sus propios errores creíamos, por tener la conciencia de que los cometía á sabiendas y buscando siempre el resultado necesario para el plan trazado.

Pues bien; conociendo el modo de ser de nuestro llorado jefe, sugestionados por aquella voluntad de hierro, que adivinaba, que seguía paso á paso sin torcerse en lo más mínimo el camino trazado de antemano, veíamos en él al sociólogo para quien las miserias humanas no pasaron jamás desapercibidas, ni fueron nunca olvidadas las aberraciones del entendimiento.

Fijo en esta idea, estudió, como él sabía hacerlo, el socialismo y el anarquismo, y abrazando á estas dos manifestaciones públicas de los seres desheredados las cuestiones obreras como rama principal del tronco pueblo.

¿Cuáles fueron los resultados de estos estudios? Quien se tome el trabajo de recordar á grandes síntesis todos los discursos del señor Cánovas del Castillo, encontrará en ellos definiciones claras, precisas, de la patria, nación, libertad y pueblo; y ahondando más en sus principios sociales, hermosos conceptos de la idea religiosa y de la idea política, supeditadas una y otra al principio de autoridad. Con la fe en el espíritu y la disciplina en la voluntad, la autoridad se acata y se respeta siempre; y Cánovas del Castillo, creyente é inflexible, representaba la autoridad en toda su pureza, sin distingos ni capciosidades.»

.....

En su número del 12 escribió también lo siguiente:

Todo acabó.

«Baja á la tumba, y con su cadáver lo que fué gloria y orgullo de la nación española en esta segunda mitad del siglo que toca á su fin; el llanto nacional le acompaña, y el sentimiento de todas las naciones es la última plegaria que cae en el sepulcro del admirado estadista

Pero si Cánovas muere, si la mano del asesino pudo cortar el hilo de su vida, su aliento permanece; su espíritu grande, indomable, pensador, ese vivirá eternamente, fecundizan-

do al gran partido conservador, que cultivará sus ideas y rendirá á su memoria el culto del ídolatra.

Desaparece de la escena de la vida el coloso ; su grandiosa figura, tanto más grande cuanto sucumbe mártir de la sociedad á quien defendiera con arranques de héroe y constancia de soldado, vivirá aún mucho tiempo en el recuerdo de cuantos sientan latir en su pecho el amor patrio.

Los ecos de su arrebatadora elocuencia sonarán en los templos de nuestras leyes como poderosa inspiración de nuestros políticos, que tendrán mucho que aprender en lo grandioso de las ideas que germinaran un día con refulgente luz en su portentoso cerebro, filósofo y pensador, político, ateneísta, historiador y artista ; su genio vivirá en el Congreso y en la Academia, en la tribuna y en la prensa, en el foro y en el libro, para enseñanza de las generaciones, que, al pronunciar su nombre con los labios, rezarán una plegaria en su corazón.

Lo que muere con Cánovas, lo que rueda con él al sepulcro, donde todo acaba, es aquella voluntad indomable, enérgica, inflexible. Aquel corazón que en las más difíciles circunstancias por que la nación atravesara, supo encontrar arranques poderosos que hicieran triunfar la honra nacional, ese es el que no late ; ese se ha apagado, y con su último latido quién sabe lo que habrá marcado en el reloj del tiempo á la patria á quien pertenecía, al comenzar para él el despertar sin fin de la eternidad, donde Dios habrá deparado á nuestro llorado jefe el premio debido á sus virtudes.

No de otra manera hubiera su muerte producido el dolor que se refleja en la prensa de todo el mundo, cuyas columnas conságranse hoy á ponderar la inmensa desgracia que ha venido á agigantar las desdichas que se han acumulado sobre España.

Una losa fría é insensible, como el corazón de los malvados que concibieron el crimen, caerá hoy sobre el yerto cadáver ; un puñado de tierra, humedecida con el llanto de los buenos españoles, le acompañará, y luego, las lágrimas de la viuda, el duelo de los amigos, la tristeza de los buenos ; y quiera Dios que el día de hoy no sea el comienzo de una era de pesares que vengán á aumentar las tristezas de nuestro corazón.

Que es tan grande nuestro dolor, que ni pensar queremos en las tristes consecuencias que puede acarrear á España el nefando crimen de Santa Agueda.

Quiera el Cielo, al acoger en su seno el alma del Sr. Cánovas del Castillo, hacer que alumbre á la nación el sol de su misericordia. »

El día 13 publicó el artículo que en parte copiamos, con el título *Último tributo*, y, por fin, de persona extraña, al parecer, á la redacción, el que le sigue ó con que termina :

Último tributo.

• No es sólo el mundo oficial el que en la tarde de hoy va á ofrecer el postrer homenaje de su respeto al hombre ilustre que cae vencido en la desigual batalla de la virtud con el vicio, de la honradez con el crimen, de la sociedad con las fieras del anarquismo.

Es la nación entera la que se prosterna ante el cadáver frío del Sr. Cánovas del Castillo, y en las flores de aquellas coronas que cubrirán el inanimado cuerpo de ese hombre grande, no falta el perfume de un respeto que raya en la adoración, de una gratitud inmensa hacia quien empleó los grandes alientos de su poderosa voluntad en la defensa de esta sociedad amenazada por la avalancha de ideas absurdas que tienen por lema la destrucción, por bandera el crimen social, por armas la cobarde dinamita y el puñal del asesino.

Si Cánovas del Castillo no hubiese sido el alma de la Restauración, el político admirado de todas las naciones, el estadista universalmente reconocido, el orador que arrebató, el talento que subyuga, la voluntad que se impone y sugestiona.

Si por él y en él no hubiese vivido el gran partido conservador español que se encarnó en su personalidad y de sus ideas nació y en su manera de ser tomó forma y consustancialidad.

Si durante un lustro no hubiese él sólo dado solución á los áridos problemas de una política sin orientación precisa, enmarañada por enconadas luchas, y caminando por derroteros no bien precisados ni conocidos, en un estado político nuevo y no bien definido.

Si dirigiendo la nave del Estado en el tempestuoso mar de estos dos últimos años, agitado el océano por aires de rebelión en los de casa y amenazas de combate encarnizado

y cobarde en los de fuera, él no se hubiese mostrado experto piloto y marino habilísimo, avezado á la lucha y la pelea.

Si nada de esto hubiese sido el Sr. Cánovas del Castillo, cuyo postrer aliento fué una oración para la Patria á quien había servido, su figura sería de gigante, su nombre se repetiría de generación en generación como el de los grandes héroes y mártires á quienes las naciones bendicen y el aura popular ciñe y envuelve en inmarcesibles laureles. »

.....

La Religión, la Monarquía y la Libertad.
Cánovas del Castillo.

« Cayó como el héroe en el combate ; sin desfallecimiento en el espíritu, con la convicción del deber ; con el alma tan templada para la lucha de las ideas ; alentando nobilísimos ideales para la Patria y la Monarquía.

Era una gloria nacional, á la que todos debemos gratitud y homenaje, consideración y respeto.

Ya nada existe de aquella voluntad de acero ; de aquella inteligencia tan poderosa, tan constante y tan activa, á la que las dificultades, por insuperables que fuesen, no arredraban, antes por el contrario, en lucha con ellas vencíalas al fin, para sentir la satisfacción del triunfo y redoblar el esfuerzo para alcanzar otros.

Nacido y formado en el constante batallar de las ideas, solamente en esa atmósfera podría existir ; y cuando el peligro se presentaba amenazador, y cohibía los ánimos, influyéndolos de la fatal inacción que infunde el temor ; sereno como siempre, alzabase sobre todos ; dominaba con su eximia inteligencia la gravedad de la situación y como verbo de un sistema, en el cual se modelan las ideas, las instituciones y los sentimientos mismos de la sociedad, á su fuerza creadora de análisis y de resistencia se agrupaban, y se fortalecían con prodigioso vigor, los resortes todos de la complicada máquina que los Estados modernos exigen para un perfecto funcionamiento.

Era un César del talento : sentía con el corazón puesto en todas las grandezas de su patria ; con el alma en todos los sentimientos del honor nacional ; alentaba para tan subli-

mes ideales ; y si la nación, en los brillantes y difíciles días de su gobierno, no llegó á toda la altura con que soñaba, fué porque empeñada en luchas civiles obstinadas y costosas, perdía á torrentes la sangre y sus tesoros ; y no fué poco conseguir de las excepcionales dotes de tan ilustre estadista, verla entrar en la normalidad de la paz y de una ordenada administración, tras prolongados y angustiosos días en que la inquietud y el quebrantamiento del orden social, la colocaron al borde de tan tremendo abismo.

Sus excepcionales dotes para el mando se las reconocieron en días ya lejanos, el inolvidable general O'Donnell, el ilustre Ríos Rosas, el fogoso González Bravo y el autoritario duque de Valencia. Nadie ignora que el malogrado é insigne general Prim, hizo nobilísimos y reiterados esfuerzos por tenerle á su lado en lugar distinguido, en aquellos días de la revolución, en que tan necesarios eran hombres de su temple y de su energía.

El Sr. Cánovas del Castillo, cuyo culto por la libertad era grande, pero no mayor que el que sentía por el orden, reservó por completo todas sus facultades, todos sus prestigios para consagrar unos y otras á la defensa de tan sagrados deberes, de los que ha sido apóstol y mártir.

Si esa semilla pródiga en bienes, regada con su generosa sangre, tiene la suerte de encontrar quien la cultive, con el interés que en su valor exige, si grande ha sido el sacrificio, doloroso, tremendo, al fin, no resultará estéril ; y sobre la honrosa memoria de sus manes, podría flotar la obra de su gigantesco genio, el afán de su vida, el fruto de sus constantes desvelos : la Monarquía y el orden.

Si César salvó á Roma de días luctuosos y cayó ante el puñal de Bruto, mereció y obtuvo los honores de la inmortalidad ; si en nuestro siglo, Lincoln muere alevosamente por otro puñal fanático, esa misma inmortalidad corona la tumba del austero y humanitario presidente de los Estados Unidos ; si Carnot espira al artero golpe de otra mano criminal y fanática, sobre su tumba levanta la gratitud de Francia el altar donde consagra su piedad y su patriotismo al hombre eminente que simbolizaba sus aspiraciones y sus intereses.

El Sr. Cánovas del Castillo, como esos insignes mártires del deber y del ejemplo, ha muer-

to también por el alevoso plomo del cobarde sectario del crimen.»

.....

XVI

LAS OCURRENCIAS

Dueño de este periódico, á la vez que director, uno de los amigos predilectos del Sr. Cánovas, muy adicto además á su política, corresponde su editorial del 12 de Agosto de 1897 á lo que era de esperar de los vínculos que le unían al jefe del partido conservador, de quien fué subsecretario, aunque sin exceder sus elogios de los de los demás periódicos adversarios y amigos que van citados.

D. Antonio Cánovas del Castillo.

«Hay frases que sólo con horror pronuncia el labio, y la pluma parece resistirse tenazmente á escribir. ¡Cánovas ha muerto! Estas palabras, terribles para nosotros, como deben serlo para todo buen español, agobian con su pesadumbre nuestro ánimo y llenan de sombras la inteligencia.

¡Cánovas ha muerto!... ¡Qué importa que haya sido de muerte violenta ó de cualquier otro modo? Lo que acongoja el corazón y hace sentir al espíritu grandes desfallecimientos es el pensar que se ha extinguido para nosotros la luz de aquella privilegiada inteligencia cuyos resplandores eran faro altísimo, segura guía que de tantos peligros había de preservar; los serenos juicios de aquel cerebro tan maravillosamente organizado para abarcarlo todo, cual la mirada del águila altanera en los espacios; aquella firmísima voluntad, siempre atenta al bien y á los prestigios de la patria; aquellos incomparables alientos de un corazón honrado y generoso...

¡Han matado á Cánovas!... No, no es ésta la frase que con hondo desaliento pronuncian hoy las gentes, sino esa otra: ¡Cánovas ha muerto!, con la cual parece lamentarse una tremenda desgracia. Y tremenda pérdida es, en efecto, para España la del ilustre jefe del partido conservador.

La magnitud de esa desgracia parecía tal á todo el mundo, que al circular la noticia de la muerte del Sr. Cánovas, como de una manera instintiva repetíase invariablemente: ¡imposible! Comprobada la verdad del triste suceso, la indignación contra el miserable asesino hacía prorrumpir á las gentes en violentas exclamaciones de reprobación; llegado luego el momento de meditar sobre la trascendencia del hecho, reflejábanse en todos los semblantes profundo pesar, y aun diríamos que pareció extenderse sobre Madrid densa nube de tristeza.

El arma de un canalla extranjero ha privado á España de uno de sus hombres más eminentes. La figura del Sr. Cánovas del Castillo destacábase tan vigorosa y gallardamente en las esferas de la política española, que no sabemos cómo podrá sustituirsele; y cualquiera que sean los hombres del porvenir, las glorias del insigne estadista resplandecerán perennemente, y nadie habrá que se atreva á discutirlos.

La historia de nuestra nación no ha podido ser más accidentada en estos últimos años; y cuando se piensa en la labor realizada durante ese período por el Sr. Cánovas del Castillo, asombra el recordar los prodigios hechos por aquel abnegado patriota para asegurar la restauración de la monarquía, atraerse por medio de una sabia política elementos muy distanciados del trono, poner término á los odios que hubieran podido ser causa de perturbaciones constantes, y levantar, con todo esto, el decaído crédito de la nación.

Con gran dureza se ha combatido muchas veces al Sr. Cánovas: unas, por efecto de la exaltación de las pasiones políticas, y otras, de una manera sistemática; pero en toda ocasión, dentro y fuera de España, amigos y adversarios han proclamado la superioridad de su talento, la solidez de sus prestigios y lo acendrado de su amor á la patria. Díganlo, si no, esas nobilísimas manifestaciones de dolor que por doquiera ha provocado la muerte del gran estadista, y que constituyen un himno entonado por todas las conciencias honradas á la memoria del que acaba de sucumbir bajo el plomo de un asesino.»

* * *

Después el mismo periódico publicaba datos biográficos del Sr. Cánovas, muy semejantes á otros ya copiados ó extractados anteriormente.

XVII

LA CORRESPONDENCIA MILITAR

El 9 de Agosto publicó el notable artículo siguiente:

Duelo nacional.

« ¡ España está de luto !

D. Antonio Cánovas del Castillo, el gran patriota, el estadista insigne, el político honrado, el entusiasta de las glorias de nuestro ejército, el sostén más firme de las instituciones, el defensor de toda idea elevada y grande, por lo mismo que era grande su corazón y su inteligencia, ya no existe. Un miserable arrancó ayer traidoramente la vida al Presidente del Consejo en el balneario de Santa Agueda ; un cobarde asesino ha arrebatado á España una gloria nacional, y España llora hoy tan horrible desdicha, sin diferencia de clases.

Lamenta el hecho lo mismo el amigo que el enemigo político del ilustre é inolvidable muerto ; anatematiza el crimen el humilde hijo del trabajo ; el ejército llora al patriota que fué el más entusiasta defensor de sus intereses y de sus derechos, á la vez que el más ardiente admirador de sus glorias.

¡ España está de luto ! ¡ El duelo es nacional ! Que con el jefe del Gobierno no ha muerto sólo el sabio, el orador y el gobernante, sino también la esperanza que todos tenían de que en fecha muy próxima la nación alcanzara todo el engrandecimiento que deseaba el ilustre estadista. Por eso la nación entera llora como un solo hombre la muerte del Sr. Cánovas del Castillo.

Lo mismo en vida, cuando luchaba en pro de nobles y sagrados ideales, que cuando ya se hallaba á las puertas de la muerte el ilustre estadista, hizo gala de temple de espíritu y de grandeza de alma.

Sus últimas palabras, momentos antes de entregar su alma á Dios, dícese que fueron : ¡ Viva España !, esa España por quien tanto ha hecho y á quien tanto quiso el gran gobernante. Olvidando cruentos dolores, resistiendo el pesar que pudiera producirle el abandonar la vida y á su amante esposa, que no se separaba de él ni un momento, el insigne político tuvo la más hermosa frase de despedida para la nación : un ¡ Viva !, el deseo manifes-

tado en dos palabras de que aquélla triunfe sobre sus enemigos, ya que no por su esfuerzo, porque la muerte lo ha impedido, por los hombres en cuyas manos quedan sus destinos.

El pueblo español no llorará bastante nunca la muerte del gran patriota, que ha sacrificado su tranquilidad y su vida á los levantados ideales de este pueblo.

Ni hemos de consignar aquí nuestra protesta, porque es claro que resulta innecesario decir que en esta casa se llora como en la que más pueda llorarse la muerte del gran estadista, ni tampoco hemos de hacer una relación detallada de los méritos y servicios que ha prestado á la nación el Sr. Cánovas, no sólo porque en otro lugar de este número los encontrarán nuestros lectores, sino porque son tan notorios esos méritos y esos servicios, que no es preciso sacarlos á plaza para dar relieve á la figura del ilustre muerto.

Era el primer estadista del mundo ; esto se dice hoy, lo mismo en España que en el extranjero, y este es el mejor dato biográfico del gran hombre que tantos días de gloria dió á España.

Es tal la pena, la indignación que sentimos al trazar estas líneas, que no encontramos frases con que condenar el crimen cometido por el miserable italiano Anguiolillo Golli.

La muerte nos parece poco castigo para ese canalla cobarde, que sin sentir odios—así lo ha dicho—hacia el Sr. Cánovas le arrancó la vida traidoramente, proporcionando muchos días de luto á nuestra patria. Si la civilización no lo impidiera, el castigo para ese infame debiera consistir en entregarlo al pueblo para que en él hiciera rápida y ejemplar justicia.

En medio del hondo pesar que sentimos, y de las lágrimas que inconscientemente humedecen nuestros ojos, sentimos un pequeño consuelo : el de que el asesino no es español. El anarquismo ha tenido que recurrir al extranjero para encontrar una mano que se alzara contra el gran patriota, contra el político honrado, cuyo único ideal ha sido siempre el bien, el triunfo, la prosperidad y el engrandecimiento de la patria querida.

Un español no hubiera atentado nunca contra la vida del hombre que había dedicado todas sus fuerzas, todos sus entusiasmos, á la realización de tan hermosa obra.

El coloso de la inteligencia, el constante difundidor del bien, desde cuantos puestos ha ocupado, ha muerto heroicamente, y allá,

donde todo se premia, alcanzará el bienestar eterno que merecen sus virtudes.

En cambio España sufre todo el peso que representa esa horrible desdicha, que llorará eternamente, comprendiendo que sus ideales, que eran los del Sr. Cánovas, con quien se hallaba identificado en absoluto, acaso tarden más en realizarse, sin la ayuda efficacísima de la inteligencia poderosa que oscureció la muerte, sin la voluntad de hierro del gran patriota, que dedicaba todas sus fuerzas á la labor encaminada á alcanzar ese fin.

Por eso lloramos hoy todos los españoles la muerte del gran hombre de Estado, D. Antonio Cánovas, y maldecimos la memoria del cobarde que le arrancó traidoramente la existencia.

Son días de duelo nacional. La patria está de luto. Esto es lo único que la pena permite escribir á nuestra pluma. »

XVIII

EL CORREO MILITAR

« No es tiempo de recriminar, sino de sentir. Lloremos hoy al hombre cuyo talento genial y patriotismo sincero han sido durante veintidós años el sostén de la patria y de las instituciones, é intentemos mañana restablecer el pleno dominio de la justicia y de nuestros derechos, cerrando sin contemplaciones contra todos los enemigos de la sociedad y de esta querida España, tan grande, tan gloriosa y tan perseguida por la fatalidad. »

XIX

EL EJÉRCITO ESPAÑOL

« D. Antonio Cánovas del Castillo, expirando bajo la pistola de un asesino, es el patriota eminente cayendo muerto ante la trinchera enemiga; es el ciudadano insigne, haciendo ofrenda de su sangre en los altares de la patria. »

XX

LA LIGA AGRARIA

Aunque no es periódico diario, ni político, en el sentido que se da á esta última palabra,

sino órgano y defensor de los intereses agrícolas é industriales del país, por lo cual suele leerse más que otros, no deja de intervenir y mezclarse en todas aquellas cosas que afectan ó trascienden á la nación, y en el primer número, posterior á la muerte del Sr. Cánovas, ó sea en el correspondiente al sábado 14 de Agosto de 1897, dedicó al mismo su editorial ó artículo de fondo, que dice así :

CÁNOVAS.

« Un miserable engendro del abismo, dominado por la fiebre de secta, sediento de la sangre de aquellos que á la patria son más útiles; una fiera de ese rebaño de parias, enemigos de la sociedad y de la ley, ha cortado el hilo de la existencia de nuestro primer hombre de Estado, en emboscada cobarde, con más serenidad y sangre fría que el cazador destruye la vida del ave que el Criador puso para su sustento.

Aún nos parece mentira. Hombres como el Sr. Cánovas, que son la historia viviente de España con todos sus dolores, pero con todas sus grandezas, ni debieran morir por vulgar asesino; ni sufrir muerte tan alevé.

Quien como él lo sacrificó todo por el engrandecimiento de la patria; quien con su poderoso entendimiento supo llevarla á la victoria y procurar la paz; quien restañó en pocos meses heridas de muchos años, y restableció el imperio de la ley, y conjuró tremendas revoluciones, y aquietó los espíritus, y ensanchó los fundamentos de las instituciones, y fundó un ejército de la patria, matando el militarismo; quien como él concluyó con el régimen de las revueltas interiores, logrando que España fuese respetada en el exterior, y determinó la existencia de los partidos políticos, y restó á la revolución sus elementos más preciados, por una política expansiva y de atracción; quien como él estableció la dinámica social y política del país, y afianzó las instituciones, á cuya sombra benéfica se han desarrollado todo linaje de intereses; quien como él tenía entendimiento cultísimo, y sentía amores por la patria, no comprendidos hasta hoy, y era sabio universal, enciclopédico, honrado, caballero, gran estadista, historiador, filósofo profundo y hombre efectivo, no ha debido morir por el plomo infame de cobarde asesino.

Cánovas, que representaba toda una época, pasa á la historia como predilecto hijo del

pueblo español, dejando tras sí reguero fecundo de inenarrables beneficios para la patria. Con él concluye todo un régimen.

Nosotros, que le combatimos ayer en estas luchas de la política, en la que creímos que padecía lamentables equivocaciones, por aquello de que de *hominum est errare*, le rendimos hoy la justicia á que tiene derecho, reconociendo sus grandes virtudes políticas, su civismo, su saber profundo y su amor entrañable á las instituciones.

Podrán los hombres en el calor de la pelea desconocer á veces hasta las cualidades más excelsas de su adversario; pero cuando la hora de las reparaciones llega, la nobleza del alma reconoce los méritos de los que ayer combatimos.

La historia juzgará más tarde al Sr. Cánovas, y nunca los defectos que sus biógrafos puedan señalar podrán disminuir sus grandes servicios y merecimientos, ni menos empequeñecer esta gran figura de la España contemporánea, que servirá de enseñanza y de modelo á las generaciones venideras.

La patria, ciertamente, está de luto, y es consolador que todos los españoles, no sólo se vean afligidos por el infame asesinato, sino que protesten de él unánimemente.

Nosotros protestamos con toda nuestra alma del maldito asesino y de sus secuaces, rebaño de miserables, que colocados fuera de la humanidad y de las leyes, tienen en alarma constante á la sociedad y á los sacrosantos principios en que se asienta. ¡Y aún habrá gobiernos y prensa que muestren piedad por ellos!

A esa maldecida legión de sectarios, incapaces de todo freno, de todo orden, sedientos de sangre humana y enemigos de la civilización y de la humanidad, hay que acosarlos como á la fiera salvaje la acosa el cazador en la madriguera cuando descubre su guarida.

La patria llora hoy la muerte del más ilustre de sus hijos.

Es bien seguro que no hay español que no llore á la vez pérdida tan grande.

Dios le acoja en su seno y se apiade de esta infortunada España. »

X XI

LA CAMPANA DE CUBA Y ACTUALIDADES

Este periódico semanal publicó el 11 de Agosto un extraordinario, que comenzaba con el siguiente artículo:

Indignación universal.

«Hondamente impresionados ante el terrible acontecimiento que hoy conmueve á España entera, debemos, en primer término, asociarnos al duelo general, y protestar con indignación contra el horrendo crimen de que ha sido víctima el ilustre estadista D. Antonio Cánovas del Castillo, que llena con su nombre medio siglo en la historia contemporánea.

La tremenda desgracia ha producido en todos los ánimos el mismo efecto: el asombro, el dolor profundo, la admiración hacia la víctima, la execración contra el asesino.

Todos reconocen también, sin distinción de partidos, la pérdida inmensa que experimenta España en estos momentos angustiosos.

La inteligencia, la serenidad de juicio, el genio de Cánovas, venía sosteniendo la situación, en verdad difícil, por que atraviesa España. Por eso su muerte reviste los caracteres de una desgracia nacional.

Tampoco es posible apreciar en estos momentos de angustia, ni toda la trascendencia del hecho, ni la solución de los múltiples conflictos que plantea.

No es posible entrar en tales apreciaciones. Estos instantes deben consagrarse exclusivamente al dolor.

Cánovas del Castillo ha muerto víctima de la venganza anarquista, víctima, pues, de esa lucha por él sostenida con entereza contra los enemigos de la sociedad.

El asesino no es español.

No es español. Ha nacido en Italia. En Italia nació también el asesino de Carnot. Pero nosotros hacemos á Italia la justicia de no considerar como italianos á esos miserables. Los anarquistas no tienen patria.

Tan pronto como la noticia fué conocida en España, al estupor de los primeros momentos, sucedió la indignación por el hecho brutal que roba á la patria uno de sus hijos más preclaros. »

.....

A continuación publicaba una biografía del Sr. Cánovas del Castillo, encabezada así:

Biografía del Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.

«Nosotros, que alejados siempre del campo de la política no podemos ser guiados por el

apasionamiento, al hacer justicia al mérito de los hombres públicos, sólo en un espíritu de justicia nos inspiramos, sin que en nuestras apreciaciones entren para nada simpatías ni antipatías doctrinales.

Con este imparcial criterio vamos á historiar la vida del eminente hombre público que acaba de morir.

Deber nombre, posición y gloria á los esfuerzos propios, elevarse desde posición humilde á los más altos puestos de la sociedad, conseguir el triunfo sin otras armas que las de la inteligencia, esa es la obra del verdadero genio.

Y muy pocos, en tal concepto, pueden ostentar timbres más gloriosos que los del Sr. Cánovas del Castillo, porque ninguno llegó tan alto ni influyó tanto en la historia de su Patria, y aun en la política europea, donde era considerado como profundo estadista y como una de las figuras más salientes de nuestro siglo.

En el mundo de la política tenía el Sr. Cánovas, como todos los hombres públicos, amigos y adversarios. Lo que ninguno le ha negado es su inmenso valer, su legítima influencia en los destinos de la Patria.

Y aún hay más: que en su elogio tiene más fuerza la justicia de sus enemigos que el aplauso de sus admiradores.

Este pueblo español, en su legendaria hidalguía, rinde culto á dos cualidades sobre todas: el valor y la lealtad.

Y así los adversarios del Sr. Cánovas, los que más distanciados estaban de él en política, los más ardientes demagogos, recordaban con respeto que el Sr. Cánovas del Castillo fué leal siempre á la causa á cuya defensa consagró su vida, que en plena época revolucionaria tuvo el valor de sustentar sus convicciones, y que por no faltar á ellas votó en blanco en la elección de D. Amadeo, no queriendo tomar posiciones en la nueva situación que se preparaba.

Su severidad de carácter, su alta sabiduría y estas cívicas virtudes, le captaron la consideración y el respeto de sus más decididos adversarios.

Pues bien; el hombre que llegó tan alto, que ha llevado su espíritu y sus iniciativas á la política española, marcando sus rumbos, no nació cerca de las gradas del trono ni heredó altas posiciones sociales.

He aquí su mérito y su gloria.»

.....
.....
.....
.....

A la biografía seguían noticias sobre el ascenso del Sr. Cánovas y honores fúnebres que se tributarían al cadáver de éste, diciendo por último que, de todas las naciones, así europeas como americanas, se habían recibido expresivos telegramas de pésame.

REVISTAS CIENTÍFICAS, LITERARIAS Y RELIGIOSAS

Y

PERIÓDICOS JOCOSOS Y SATÍRICOS DE MADRID (1)

I

LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA

La antigua é importantísima revista de dicho nombre consagró al Sr. Cánovas del Castillo casi todo su número correspondiente al 15 de Agosto de 1897, repartiendo un hermoso grabado del mismo sobre los diez que publicaba, representativos de las diferentes edades de aquél, á partir de 1850, y el tristísimo, entre los muchos dedicados al horrible suceso de Santa Agueda, que representa el cadáver de Cánovas momentos después de la agresión de que fué víctima.

Crónica general,
por D. José Fernández Bremón.

En la sección así titulada de dicha revista que corre á cargo del notable escritor Sr. Fernández Bremón, consignó éste que, desde la muerte de D. Alfonso XII, no había registrado la misma una pérdida personal de tanta trascendencia para España como la del jefe del partido conservador, D. Antonio Cánovas del Castillo. «No sobresalía solamente dice algunos párrafos después, porque integro no podemos reproducir el artículo—por su gran cultura intelectual y alta capacidad; era

(1) No pocos de los artículos que se publican en las *Revistas y periódicos* á que esta sección se refiere, están firmados por nuestros primeros escritores, y uno de ellos, el de *La España Moderna*, por el ilustre D. Emilio Castelar, gloria nacional.

un carácter; Dios le había creado para mandar y dirigir; los que le conocieron siendo joven, declaran que en sus primeras agrupaciones Cánovas era siempre el amo. Nieto de un valiente que derramó su sangre por la Patria é hijo de un profesor, presidieron su infancia modesta dos elementos á cual más nobles: el heroísmo y la cultura del espíritu. Huérfano y pobre, halló cariñosa acogida en un pariente, maestro en el decir, gran erudito, á cuya sombra se ensancharon sus conocimientos, y al que correspondió con grandeza, no sólo refrescando su memoria en su libro *El solitario y su tiempo*, sino siendo un segundo padre para la familia del ilustre D. Serafín Estébanez Calderón. Dotado de energía indomable, brilló en la prensa, se impuso en la política, dominó en la tribuna, y, paso á paso, ocupó por derecho propio los puestos más culminantes del país, en el orden intelectual y en el civil, creándose una nobleza personal que transmitirán á todos los suyos cuantos lleven su apellido, de renombre universal. Nótese en este breve extracto que sólo consignamos lo que, por ser tan evidente, no niegan sus más encarnizados enemigos. Y, sin embargo, es la síntesis exacta de su vida.»

«No gobernó el país en tiempos fáciles, sino complicados y revueltos: tiempos de luchas y pasiones hirvientes, de choques de ideas, de transformación, guerras civiles, ataques periodísticos, conflictos á montones y cúmulo de desventuras. Natural es que, al juzgar los opuestos bandos ó criterios su gobierno, le ataquen y defiendan, le ensalcen ó reprueben,

y que en un término medio creamos algunos que, habiendo acertado en mucho, humano y natural era que se equivocase algunas veces; pero ¿quién puede en estos tiempos realizar un ideal, si todo se vuelve obstáculos para el que dirige y ejecuta, y el mismo que coloca las piedras en su marcha se ríe del que tropieza? El juicio histórico de su obra política no se puede hacer aún: la distancia es necesaria para juzgar la obra en su conjunto.»

«Pero hay cierta información de que sólo pueden juzgar y dejar nota los testigos presenciales: por ejemplo, la de que D. Antonio Cánovas del Castillo era, como estadista, de entendimiento tan extenso que abarcaba en lo especulativo los conocimientos más vastos y procuraba estar muy enterado del movimiento general de las ideas, y era al mismo tiempo un práctico en los ramos principales de la Administración y en el conocimiento de los hombres y las cosas. Más podremos decir: su obra literaria, con ser honrosa, no podrá dar idea de su saber, ni de su ancho entendimiento: absorbido por la política y el estudio, embargado por trabajos directivos y resoluciones y consultas, jamás tuvo tiempo ni reposo para meditar y escribir lo que podía. «Soy, decía en un discurso literario, un desterrado de las letras.» Aun así, hay en su obra mucho que aprender para los que más le han censurado.»

«Tampoco sabría la posteridad, que ha de fijar su importancia en la historia, si no se escribiera hoy, que siendo un hombre tan serio, tenía un gracejo meridional en su trato íntimo, que le hacía agradable entre las damas y temidos sus epigramas. Ni por los extractos de sus discursos, desfigurados por los correctores y taquígrafos, el arte con que sabía pronunciarlos, su dominio de la palabra improvisada y la resonancia y timbre grato de su voz robusta y varonil. Era un artista en la tribuna, no lírico, florido y rebosante de imágenes y rasgos como Castelar, sino de castiza y solemne seriedad y amplitud majestuosa, que se hacía acerada y contundente, como lanza y como maza, en los momentos oportunos. Nadie le excedía en el arte, indispensable en los Parlamentos, donde rara vez se discute de buena fe, en presentar sus argumentos envueltos en gasas y nebulosidades que, en su doble y vago sentido, dejasen lugar á la defensa por sus diversas interpretaciones. Y si nuestro criterio no nos equivoca, no sólo gustaba de los asun-

tos difíciles, sino hasta de los conflictos, por el placer de resolverlos, y si era posible, por medios inesperados y diferentes de la opinión más admitida; es decir, á su manera.»

«No es esta ocasión, ni tendríamos espacio, para juzgar, por su legislación y sus actos, la magnitud de su obra política y sus inconvenientes; requeriría un libro y algún tiempo ese trabajo; no es fácil abarcar en breve espacio la historia de veintidós años que se puede decir que presidió, y de cerca de medio siglo en que intervino activamente. Ni el estupor que causa la caída del atleta deja el ánimo sereno para discernir con claridad toda una época. Se ha extinguido una fuerza intelectual, ha muerto un hombre ilustre; y si las banderas, ondeando á media asta, y los balcones de los edificios públicos con sus negras colgaduras advierten al pueblo que ha muerto uno de sus primeros dignatarios, la voz de todas las naciones, que le aclaman estadista insigne, nos convence de que hemos perdido una gran inteligencia. Pues bien; el espíritu se subleva y todos los sentimientos de rectitud y de justicia, con que ese lamentable suceso sea la obra infame de un malvado, que ha roto á traición aquel cerebro poderoso. Los quejidos de una viuda desolada; el luto de todos los corazones generosos; la apoteosis que España entera dedica á la víctima ilustre, hasta el júbilo canallesco de los que ven con placer morir todo lo que vale y apagarse todo lo que brilla, que también este tributo, de lo misero y ruin, ensalza y glorifica; los honores fúnebres; la lluvia de coronas, que ha sepultado el féretro entre flores; el estupor de España; la indignación del mundo entero; la causa por que muere, si ha acertado algunos años la vida de D. Antonio Cánovas del Castillo, le ha dado un final trágico y grandioso. Morir á manos de los enemigos de la humanidad, es para un hombre de Estado, como para el militar, caer envuelto en su bandera sobre el campo de batalla.»

.....
 Tal es el hermoso artículo del Sr. Fernández Bremón.

Explicación de los grabados de «La Ilustración», por el Sr. D. Carlos Luis de Cuenca.

Sigue al artículo *Crónica general*, bajo el epígrafe *Nuestros grabados*, una minuciosa ex-

plificación de los muchos que contiene, alusivos todos á la muerte del Sr. Cánovas, traslación de su cadáver desde el balneario de Santa Agueda á Madrid, manifestaciones de duelo de que fué objeto y honores que se le tributaron en el camino, su llegada á esta capital y suntuoso entierro, apenas nunca igualado, que se le hizo, seguido de unos apuntes biográficos del propio Sr. Cánovas, todo ello debido á la pluma del mencionado Sr. D. Carlos Luis de Cuenca.

Inmediatamente, y bajo el epígrafe *Cánovas*, publica el mismo ilustrado periódico unas interesantes notas íntimas, que suscribe el señor D. Rafael R. España, de las que tomamos algunos párrafos, por no poder insertarlas íntegras :

Cánovas (notas íntimas), por D. Rafael R. España.

Hablando de la enfermedad, de la admiración á que se hallan expuestos, según Lord Macaulay, cuantos se ocupan en escribir la historia ó las obras de otro, dice :

«Tal vez nosotros no hayamos podido sustraernos tampoco á esa influencia en otras ocasiones ; pero en la presente, refiriéndonos á una personalidad de tan merecidos é indiscutibles prestigios, todo lo que dijéramos en su elogio habría de resultar seguramente raquítico y pobre.

«Las frases ingeniosas de Cánovas, según el distinguido escritor, las conoce todo el mundo, y tal vez no sirvan para retratar su carácter.

«Si hacemos una selección de sus rasgos de humorismo, hallamos al hombre de plácido semblante, alegre y decidor ; y en cambio, si se recuerdan algunas de sus réplicas contundentes y sus apóstrofes, la figura toma diversos perfiles y se presenta á nuestros ojos llena de sombras y asperezas.

«Entre las muchas cosas—añade después—que ha dicho Cánovas en su vida, podrían escogerse frases que revelarían los más opuestos y contradictorios temperamentos.

«Un escritor festivo—continúa,—Blasco, por ejemplo, no tiene más que enjaretar cuatro salados chascarrillos para ofrecernos un Cánovas murmurador á la manera de Tácito, ó un Cánovas bromista, y hasta comunicativo.

—»D. Antonio—le decía cierta Marquesa,—mucha pena me da de molestarle. Estará usted harto de nosotras.

—»No, señora ; yo no me enfado por lo que las señoras me piden, sino por lo que me niegan.

«Esta galante ocurrencia hizose muy pronto popular, y se narra en veinte formas distintas.

«No en balde afirma Solsona, hablando de Cánovas, que no es suyo todo lo que se le atribuye, porque las más de las frases son dichas para que mueran donde nacen, y la indiscreción del que las oye, por el mero hecho de referirlas, las convierte en figuras retóricas y en adornos del lenguaje. Este mismo literato cuenta que una Condesa (y es de notar que todos los diálogos son con damas de noble alcurnia) habló á Cánovas en la siguiente forma :

—«Vamos, ya hemos visto en la *tiaceta* el ascenso de su pariente.»

—«Señora, el ser pariente mío le ha perjudicado en su carrera. Pero aunque yo le ascendiera, ¿qué haría con ello? Menos de lo que hizo Jesucristo, que fué hacer santos á todos los individuos de su familia. San Joaquín, Santa Ana, San José, San Juan, Santiago...»

«Y no le dejaron citar otros santos.»

* *

«De un personaje que presumía de erudito, dijo que era un tonto adulterado por el estudio.»

«Le hablaban de un perro que ladraba más de la cuenta, y que era de un prohombre que obtenía gran provecho en sus consultas como abogado :

—Con su cuenta y razón ladrará, porque en esa casa nadie abre la boca sin que le valga algo» (1).

Este interesante artículo, omitiendo una parte de menor interés, concluye así :

«Cánovas ha sido un genio en toda la extensión de la palabra. Y para probarlo, ahí están las originales conclusiones á que llega

(1) Podrían citarse muchas otras frases ingeniosas, en las que no perdonaba ni aun á los parientes. Uno de éstos, abogado en ejercicio, blasonaba de dar cada día mayor preferencia al estudio del Derecho civil y del administrativo, que al penal.

A lo que interrumpiéndole Cánovas, le dijo: Claro, porque el último es el que menos produce.

Max Nordau en su recentísima obra *La psicología del genio y del talento*.

«Según el sabio alemán, la cualidad del genio es la perfección excepcional de los centros cerebrales supremos, por consiguiente puramente humanos, cuyas funciones son el juicio y la voluntad.»

«En Cánovas predominaban precisamente ambas funciones, manteniéndose siempre á gran altura y en estrecha unión el juicio y la voluntad.»

«Esta última, aisladamente, no hubiera formado al genio.»

«Los gigantes de voluntad, pueden ser únicamente Hércules.»

«El desarrollo exclusivo del centro del juicio, produce por sí solo un genio, un gran pensador, un filósofo, un matemático, á veces un naturalista.»

«Pero si los dos centros se hallan á la vez extraordinariamente desarrollados, dándonos un genio de juicio unido á un genio de voluntad, entonces nos encontraremos en presencia de esos seres excepcionales, esos genios de primer orden que cambian el curso del mundo y se llaman Alejandro, Cromwell, Napoleón.»

«Todos esos genios no se manifiestan en palabras, sino en acciones.»

«Los más altos entre los genios son aquellos que reúnen la genialidad del juicio y la de la voluntad, y todo el que conozca la vida y las obras de Cánovas del Castillo, tendrá que reconocer que en él se hermanaban de maravillosa manera aquella y ésta.»

.*.

La propia Revista, *La Ilustración Española y Americana*, vuelve á ocuparse del Sr. Cánovas en su número correspondiente al 22 de Agosto de 1897, tratando en primer término, en su acostumbrada *Crónica general*, del problema de la sucesión política del mismo; hablando después de su residencia de la «Huerta», y por último, de los funerales que se le hicieron en la iglesia de San Francisco el Grande el 16 de Agosto, y á cuyo término pronunció el señor obispo de Sión una magnífica oración fúnebre. Publica además cuatro hermosos grabados, que representan la entrada principal de la «Huerta», «La galería», el «Campillo de las Vistillas durante los funerales» y la «Salida de los invitados de la iglesia de San Francisco el Grande».

LA ILUSTRACIÓN NACIONAL

Su primera plana del número correspondiente al 16 de Agosto de 1897 contiene un retrato del Sr. Cánovas del Castillo, y después el importante artículo que en gran parte se transcribe á continuación:

D. Antonio Cánovas del Castillo, por D. José de Silos.

«Era un consuelo para España en los momentos de mayor peligro, y cuando todo parecía conspirar en contra de los elevados destinos de esta Nación, tantas veces gloriosa, encontrarse con hombres capaces de dirigir la nave naufraga hacia puertos que ofrecieran algún abrigo.»

«Enormes energías y sostenido pulso se necesita en la mano que ponga á flote la tabla salvadora.»

«Y como si no fueran bastantes las calamidades sufridas, como otras tantas enfermedades crónicas, por nuestra malaventurada patria, últimamente, quizás para probar nuestra resistencia y nuestra abnegación en los casos más difíciles, las guerras de Cuba y de Filipinas, esas inicuas guerras que nos arrebatan el oro de nuestra Hacienda y la sangre de nuestros hijos, han venido á complicar el grave problema de nuestra regeneración, tan lentamente seguida durante este siglo.»

«Pero por fortuna, al lado de los males que nos aquejan, la suerte puso un hombre insigne, un eminente estadista, un patriota cumplido, una inteligencia superior que había sabido abarcar y recoger los distintos hilos de la enmarañada madeja de nuestra situación actual.»

«Este hombre, casi nos excusamos declararlo, era el Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.»

«Si el jefe del partido conservador no hubiera contraído mérito alguno á la consideración pública, los prestigios alcanzados en estos últimos tiempos bastarían para tributarle la palma del más férvido entusiasmo.»

«El Sr. Cánovas del Castillo, sabido es de

todos, era uno de los espíritus más cultos de esta época.»

«El estudio era, aparte de los asuntos de Estado, su ocupación predilecta. Bajo sus ojos y por su cerebro, había pasado la mayoría de los libros que de esta ó de la otra materia se han escrito. Apenas había conocimiento humano que él no poseyera. Entendía de todo. La Historia, á la par que la literatura; las ciencias técnicas, lo mismo que las ciencias sociales, políticas y administrativas, habían sido objeto de su investigación incansable. Sabía más que muchos sabios.»

«Però no era el erudito que se goza, deleita y recrea en la posesión, tan egoísta como infructífera, del contenido de miles de volúmenes sin aplicación alguna, sin ulteriores consecuencias, sin deducciones prácticas, por el solo placer del estudio. En esta clase de hombres, la biblioteca llega á ser algo así como una pasión, como un recluimiento que aparta de toda realidad presente.»

«En el Sr. Cánovas, el estudio no era sino un auxiliar poderosísimo para la más acertada y experta gobernación del Estado.»

«De aquí, y es cosa que nadie extrañaba, con cuánta altura de miras, con cuán profundo sentido resolvía todas aquellas cuestiones que las circunstancias plantean en el vasto campo de la política.»

«No era hombre que se dejaba llevar por las impulsiones, como suele ocurrir á muchos hombres políticos. Desdefiador de la popularidad, de esa causa efímera tras de la cual corren desalentados casi todos los prohombres de partido, importábase poco el vocerío que las impaciencias mal reprimidas y las ignorancias peor acalladas levantan en torno de todo suceso. El Sr. Cánovas del Castillo atendía siempre á lo que el patriotismo y el deber le dictaban, y por eso sus actos y opiniones serían más ó menos discutidos por las pasiones de bandería, pero nunca atribuidos á móviles bajos ni á punibles ligerezas.»

«En la última guerra de Cuba, especialmente, había demostrado el Sr. Cánovas lo muchísimo que valían su talento organizador y su genio extraordinario.»

«¿Sabéis lo que es la guerra de Cuba? Un enigma terrible.»

«Todo nos es contrario. Exhausto el Tesoro público; desorientada la opinión; negro, negrísimo el porvenir de la patria; anun-

ciándose vientos de tempestad por todas partes; rodeado el soldado español de enemigos más ó menos ostensibles; hostiles ó indiferentes las naciones todas del mundo; en acecho de la justa causa, hasta las inclemencias de la Naturaleza...»

«Pues bien; el Sr. Cánovas, lejos de empequeñecerse ante tan amenazador espectáculo, se había crecido, había cobrado vigor, se había vuelto, de un atleta que era, en formidable gigante.»

«Hoy el Sr. Cánovas del Castillo, sin olvidar, naturalmente, que tenía bajo su égida una nación pobre, desdichada, llena de desventuras y falta de protecciones, tenía por preferente ocupación de sus pensamientos esa hermosa joya de nuestro antiguo poderío, ahora manchada de sangre, esa tan cara é ingrata hija nuestra, esa paradisiaca Cuba, trocada en estos días en campo de desolación y en abismo de llanto.»

«El ilustre hombre público, acerca del cual trazamos estas líneas, había comprendido que en Cuba está compendiada toda el alma de España. No se trata, en efecto, de un pedazo de tierra más ó menos: ventilase algo más grande; es cuestión de saber si España es ó no poderosa, si debe conceptuarse como una nación llamada á figurar al lado de las demás naciones que actualmente ostentan en su corona los florones inapreciables de la dignidad y de la independencia, ó si debe considerarse destinada á entrar en el número de aquellos pueblos que ya han muerto para la Historia.»

«Durante mucho tiempo, hablábase de España con irritante desdén en el extranjero. El sencillo envío de tropas considerables á nuestras posesiones ultramarinas, ha dado ocasión de que seamos objeto de admiración entusiasta» (1).

«Todo esto ¿cómo es posible negarlo? fué obra del Sr. Cánovas. Antes teníamos una España muerta; nuestros territorios de allende los mares, á punto de perderse; ahora, gracias á él, tenemos una España viva y palpi-

(1) Ya ve el Sr. Morote, autor de la obra recientemente publicada con el título *La Moral de la derrota*, de que nos ocupamos al principio, que no todos piensan, ni mucho menos, como él.

tante, que afronta serena los peligros, que se levanta con su proverbial fiera de leona, cuando algo que le toca á su honor llega á tomar forma. Si el misterioso porvenir nos reserva alguna catástrofe (1), culpa será de las fuerzas contrarias y superiores que combaten la barca, nunca del experto piloto, que la habrá empujado hacia adelante.....»

« Muchas contrariedades le salieron al paso al Sr. Cánovas durante esta última etapa de su gobierno. »

« Si hubiera dado oído á ciertas excitaciones impremeditadas, á estas horas España estaría comprometida en gravísimos conflictos. Había preferido, no obstante, determinada impopularidad del momento, sacrificando su propia gloria á la verdadera salvación de la patria. »

« La muerte inicua de que ha sido víctima le convierte, además de un estadista insigne, de un escritor ilustre, en un héroe. Ha muerto por defender los derechos de la humanidad. »

* * *

En la *Revista crítica*, el mismo periódico, *La Ilustración*, dice lo siguiente bajo la autorizada firma de D. Fermín Carnicero :

« Después de la inmensa manifestación de duelo que Madrid acaba de presenciar, ante la gravedad de la desgracia que nos abruma, un solo nombre acude á los labios del cronista, un solo nombre trazan los puntos de su pluma : ¡ Cánovas ! El lo llenaba todo ; en él, durante los últimos tiempos, se resumía la vida de España ; y, fuera un bien ó fuera un mal, que en esto no me entrometo, él podía decir, con mayor razón aún que Luis XIV de Francia : « El Estado soy yo ».

* * *

Sigue á esto, bajo el epígrafe *El entierro del Sr. Cánovas del Castillo*, la descripción de esta solemnidad religiosa ; y á continuación, en la importante « Crónica de la guerra », que auto-

(1) La provocó en la guerra con los Estados Unidos, que hubiera tratado de evitar.

riza con su firma el Sr. D. Daniel Collado (Juan de España), se lamenta éste de la falta del Sr. Cánovas, y comprendiendo que se llora con más desconsuelo su pérdida por lo que representaba ante los problemas pendientes el muerto insigne, estimula el patriotismo de este pueblo viril ; aconseja que él se sobreponga á todo y que la energía sobrepuje á los temores, recordando aquellas palabras del propio señor Cánovas, en que decía : « Con la patria se está con razón y sin razón, como se está con el padre y con la madre. »

* * *

Por último, tras un magnífico grabado, que representa la traslación y entierro del Sr. Cánovas, y entre lo que denomina « Habladurías », que suscribe D. Eduardo de Palacio, dice :

Una nota triste.—La muerte de D. Antonio Cánovas.

« No puede añadirse : « Duque de Tal, Marqués de Cual ». Cánovas era sobradamente grande para disfrazarse de título, ocultando su origen humilde. »

III

LA ESPAÑA MODERNA

La importante revista que publica y dirige el Sr. D. J. Lázaro, y en que escribió algunas veces el Sr. Cánovas del Castillo, se ocupó de éste, poco después de su muerte, en el cuaderno ó número correspondiente al mes de Septiembre de 1897, en artículos firmados por el gran Castelar y el reputado escritor Sr. Gómez Baquero ; y en el de igual mes de 1898, dió á luz otro interesante trabajo anónimo sobre el propio Sr. Cánovas, que, como los anteriores, vamos á reproducir (1) :

Crónica internacional, por el Sr. Castelar.

Encargado el eminente tribuno de esta sección de *La España Moderna*, aprovechó la redactada por él en Septiembre de 1897, para ocuparse de la muerte del Sr. Cánovas, á la vez que de la de Vacherot y Moneacillo :

(1) Respecto del trabajo del Sr. Castelar, uno de los mejores que han salido de su pluma, sólo transcribimos lo que al Sr. Cánovas se refiere.

« Yo he visto el cerebro de Cánovas radiante un día y difundiendo éter ideal, atravesado por unos adarnes de plomo y roto en pedazos, á manera de cualquier mísero ladrillo amasado con cal fría ; yo he visto exangües, con amarillez de cirio mortuorio, aquellos labios rojos donde vibraba el verbo de la más alta elocuencia ; no quiero ver más... »

.....
.....

* * *

« Tres muertos hemos llorado en estos días : Vacherot, Cánovas, Monescillo : gran filósofo el primero, gran estadista el segundo, gran prelado el último ; los tres á una entrañables amigos míos en este mundo triste, donde tengo tantas y tan preclaras amistades, juntamente con innumerables enemigos... »

.....
.....

* * *

« Puedo discurrir con serenidad y aplomo de Vacherot, y no puedo discurrir de Cánovas con la misma serenidad y el mismo aplomo. Vacherot era un amigo del pensamiento ; Cánovas era un amigo del corazón. Vacherot me llevaba muchos años de edad ; Cánovas tenía, poco más ó menos, mis años. A Vacherot le guardaba un culto científico ; por Cánovas sentía un afecto exaltado de camarada escolar. Imposible comparar el dolor sufrido á la muerte natural de Vacherot con el dolor sufrido á la muerte violenta de Cánovas. Nuestra misma perpetua contradicción de ideas aproximaba nuestros perennes sentimientos. Eso de contradecirse y disputar á la continua, sin reñir nunca, era un encanto. Si por espacio de un lustro llegamos á no saludarnos, obra fué de nuestros partidarios ésta, no de nuestros corazones. Hubo más canovistas que Cánovas y más castelaristas que Castelar, aun pasando los dos por muy pagados de las sendas personas nuestras ; tenido él, generalmente, por soberbio á lo déspota, y tenido yo por vanidoso á lo artista. Cuando leo estos juicios, no les contradigo ; levanto los hombros y exclamo : todo sea por Dios. Una vez dije yo en cierto escrito que me había encontrado en mi vida con dos amigos ilustres, uno en Francia, otro en España, los cuales ejercieron poder

omnímodo sobre sus dos naciones : Gambetta y Cánovas, dotados por el cielo de cuantas cualidades concede á sus predilectos, pero aquejados uno y otro de cierta debilidad grave : no poder sufrir ninguna contradicción. El artículo se publicó en un periódico de la mañana y hubo en la embajada inglesa baile aquella noche, al que asistíamos los dos. Apenas en el salón entré, dí de manos á boca con Antonio, como le llamaba yo siempre carifiosamente, y al verme clama : ¡ Oh ! ¿ cómo, Emilio, te atreves á decir que no puedo sufrir ninguna contradicción, cuando hace cuarenta años que te estoy sufriendo á tí, contradicción perdurable conmigo en el diario, en el libro, en el Parlamento, en el hogar ?

« Pues yo, cuanto menos asentía en mis riñas intelectuales con él á sus ideas, más admiraba su genio incomparable. Cánovas fué toda su vida el primer polemista de la tierra. Lefa refunfuñando contra el libro que pasaba por sus ojos aquel incansable lector. Amigo de sus maestros como nadie, les azotaba, mejor dicho, azotaba sus ideas en las Academias sabatinas con una dialéctica realzada por su maravillosa facundia, pues las palabras abundaban en él tanto como las ideas, y en un aparente desorden predominaba el método, y en unas ampli-ficaciones perpetuas predominaba el pensamiento. Yo he visto inteligencias telescópicas que sólo saben ver lo inmensamente grande, así como inteligencias microscópicas que sólo saben ver lo infinitamente pequeño. Cánovas tenía un microscopio y un telescopio en su inteligencia. No continúo. Cuando haya traído el tiempo algún calmante á mi dolor, lo historiaré con fidelidad escrupulosa y le juzgaré con juicio sereno. Ahora le veo tras mis lágrimas ; dejad que lo lllore. »

* * *

Consagraba después en esta especie de capítulo unos cuantos párrafos al cardenal Monescillo, muerto casi al par que Cánovas, al que profesaba, como á éste y á Moret, grande amistad, y continuaba así :

* * *

« Los espíritus excepcionales no se apagan al trasponer el horizonte sensible permitido á la vista y alcance de nuestros ojos ; antes bien, desde la eternidad, es decir, desde los

espacios del horizonte racional, donde se han ocultado, trasciende á la vida corriente de cada día y nos dejan signos espirituales, no indescifrables enigmas, no jeroglíficos tallados sobre tumbas frías, focos de ideas luminosas y vivificantes, cual estrellas fijas, cual soles de primera magnitud, en torno de cuyo disco, los cuerpos opacos, planetas ó satélites ó areolitos, habrán de girar, suspendidos á ellos, porque resultan en la mecánica social núcleos de misteriosas, pero visibles, llamas; centros de mágicas, pero reales atracciones. Las ideas no se alcanzan en sí mismas y por sí mismas se definen: se alcanzan y se definen por medio de sus contrarios. Las síntesis resultan de las antítesis. Los términos componentes de un juicio forman irreductibles antinomias. Toda grande afirmación trae aparejada su negación formidable, como la verdad el error, como el mal el bien. Lo que no pueda la razón abstracta demostrar, se prueba en la razón práctica. Toda vida corre al impulso de principios, que parecen falsos vistos desde ciertos puntos en el espacio y en el tiempo; aparecen verdaderos desde otros puntos, como las figuras invertidas en una parte de nuestros órganos visuales, se rectifican luego y enderezan en la totalidad de nuestra visión. La pura lógica, irrealizable por completo en ciertos períodos y estados sociales, se cumple luego por manera fatal, como las leyes morales, cuyo cumplimiento no vemos á las primeras miradas, nunca están destituidas de su verdadera sanción en el conjunto infinito de la Historia. Nadie comprende á Cánovas como quien lo ha combatido, y al combatirlo, ha necesitado conocer y definir sus ideas para conocer y definir las ideas propias. Cánovas, en los días de su muerte, se preparaba, por una intuición connatural á su genio, la inmortalidad. Y muriendo muy fijo en los principios conservadores, para él inmutables; en la existencia y arraigo del Trono histórico, en la supremacía del culto católico, en el respeto á las tradiciones antiguas, pensaba que todo esto no podía subsistir si no se aligaba con los derechos individuales, con el Jurado popular, con el sufragio universal.»

* * *

«Y ha permanecido en este juicio con firmeza, por más que le hayan muchos de sus correligionarios contrastado con furor; y deduzco

esta fortaleza personal de Cánovas en sostener los principios democráticos, no de palabras oídas en privadas conversaciones, de las cuales no tengo derecho alguno á usar; lo deduzco del ejemplo visible, dado por su política desde las alturas del Gobierno, donde siempre molestan, incomodan, marean los fragores tempestuosos y oceánicos de la libertad. Le habrá tentado mil veces, entre los acerbos dardos despedidos sobre su cuerpo vivo por la calumnia en boga, tan homicidas como las balas del infame asesino, restaurar, disponiendo de mayorías propensas á la reacción, los Códigos cesaristas del primer período restaurador, en que no pudo tener periódico suyo ningún correligionario mío, por causa de las previas autorizaciones, que convertían el derecho de todos en privilegio de algunos; pero si algún vértigo de tal género le prestaba cualquier malestar pasajero, su firme voluntad y su claro juicio se han sobrepuesto á todas esas insanas solicitudes, y la libertad de hablar, con la libertad de escribir, ha permanecido incólume, intacta, íntegra entre los embates de la guerra y los estremecimientos del Estado. Cito la libertad completa de imprenta, por ser la más ruidosa de suyo, y á los estadistas todos la más molesta, siquier sea también la más necesaria; pero le ha sucedido lo mismo con otra libertad madre, por la cual reñimos antaño batallas horribles con la libertad de enseñar en la cátedra, muy amenazada de conjuras formidables, y salva por completo en su postrero tormentoso Gobierno. Necesitaba tener muy segura cabeza y muy firme voluntad, circuido como se veía siempre de sectarios, que prefieren se abra una taberna ó un garito á que se abra una iglesia ó una escuela protestante, para reconocer el derecho de un catedrático en Barcelona y el derecho de un catedrático en Salamanca, el uno anatematizado por su Obispo, y el otro despedido por su rector, para pensar y enseñar según sus creencias, con arreglo á los decretos sugeridos por la creadora revolución de Septiembre, y dados en las expansiones mayores del readvenimiento y restauración de nuestra democracia bajo los Gobiernos liberales.»

* * *

«Y hacia esto Cánovas, no por mera voluntariedad ó arbitrario capricho; hacíalo por una

honradísima convicción, que determinaba sus complejos actos en el último periodo de su vida y en la postrera fase de su espíritu; por la convicción de que necesitaba la política española en su derecha un partido alejado de la reacción, propia sólo á generar guerras civiles y revoluciones continuas; un partido conservador á la inglesa, el cual combatiese á las ideas y á las leyes democráticas mientras estuvieran en periodo de proposición y debate, con verdadera tenacidad, para luego aceptarlas y sostenerlas con igual tenacidad, así que las admitiera el consentimiento público y las diluyese una larga práctica en las generales costumbres. El pensamiento humano tiene su natural tricotomía, y no se constituirá jamás una escuela política, ni se constituirá jamás una escuela filosófica, sin agruparse, cual si las ideas fuesen átomos y pasaran por las cristalizaciones de los átomos, en derecha, izquierda, centro; y como no puede menos de suceder esto, porque así lo quieren la química y la mecánica sociales, el partido conservador tiene su centro, de todos conocido, su izquierda, cuyos extremos con los revolucionarios confinan, y su derecha, cuyos extremos confinan, por necesidad, con los íntegros y con los carlistas. Pues bien; Cánovas sustentaba el equilibrio entre todas estas fuerzas contrarias, la concordia entre todos estos espíritus discordes, pero inclinándose á la izquierda, para mantener con ella los principios de la Constitución del sesenta y nueve, ingeridos, tras largos esfuerzos, en la doctrinaria Constitución vigente por un triunfo en toda regla de nuestra democracia. Un ejemplo reciente demostrará, de modo evidéntísimo, este mi aserto incontestable. Se ha organizado un enorme Consejo de Instrucción pública, donde, por un absurdo frecuentísimo en nuestras Corporaciones literarias, predominan los viejos principios llamados en el habla contemporánea regresivos, sobre los principios luminosos y progresivos, que tarde ó temprano se implantan en la realidad y encarnan en las leyes. Este Consejo votó un dictamen relativo á escuelas normales, contrario del todo al principio de los principios democráticos, á la libertad pura de conciencia, garantida por la declaración de que los españoles pueden optar á los cargos públicos, sean cualesquiera sus creencias; declaración derogativa de la intolerancia religiosa, contenida bajo el destruído

antiguo principio de la unidad católica. Pues no prestó á este dictamen el Ministerio de Fomento ascenso. Y no lo prestó, porque tendía de suyo á contrastar la política de Cánovas, basada en escrupuloso respeto á las leyes democráticas vigentes sobre nuestra libre y progresiva sociedad. ¿Puede revelarse con mayor claridad la política del martir á quien todos lloramos? »

.....

La importancia del Sr. Castelar ha hecho que demos preferencia á su trabajo, al siguiente, no menos notable, que le precede, en *La España Moderna* :

Crónica literaria, por D. E. Gómez de Baquero

CÁNOVAS

« Quisiera hablar, como de costumbre, en esta crónica de algunos de los libros recientes que se amontonan en mi mesa del trabajo. Pero el pensamiento y la pluma se me van irresistiblemente hacia otra parte. Hacia esa gran figura española que acaba de desaparecer trágicamente, y á la cual podemos ya rendir libre homenaje de admiración los que le admiramos en silencio en los días de su poder, cuando el elogio podía parecer á la malicia adulación interesada.

¿Qué libro más interesante que la realidad? Y dentro de ella, ¿qué asunto de tan magno interés como la vida de los grandes hombres, de los conductores de los pueblos, ya por el áspero camino de la vida real, ya por las etéreas y luminosas esferas del pensamiento?

La obra literaria de Cánovas, pues como habrán comprendido los lectores á él me refiero, daría motivo para llenar no una, sino varias de estas crónicas. Fueron muy diversas sus aptitudes como cultivador de las letras, y muchos y diferentes los géneros en que ejercitó su ingenio. En la poesía lírica, en la historia, en la oratoria política y académica, en la novela histórica, en la literatura didáctica, á la que pertenecen sus numerosos y profundos estudios filosóficos, sociales y jurídicos; en la crítica literaria y artística mostró Cánovas

la universalidad de sus facultades, si bien no pudo, naturalmente, sobresalir y perfeccionarse por igual en tan diversos géneros, que no fueron tampoco, como es sabido, la principal y más constante ocupación de su laboriosa existencia, consagrada en primer término al ejercicio práctico de las artes de gobierno.

Considerábase Cánovas por esta razón como un desterrado de las letras, á las que sólo pudo consagrar, fuera de los primeros años de su juventud, los ratos de ocio que le dejaban sus ocupaciones y cuidados de gobernante y hombre público.

Teniendo en cuenta esta circunstancia, es verdaderamente prodigiosa la labor literaria que pudo realizar, casi á ratos perdidos, como suele decirse vulgarmente, aunque en realidad no lo fuera, sino todo lo contrario, este hombre verdaderamente excepcional, uno de los pocos contemporáneos de quienes con razón puede mostrarse orgullosa España.

No menos sorprendente que el fruto con que cultivó Cánovas las letras, en condiciones tan poco favorables como las que supone la continua y obligada preocupación de su espíritu con otro género de problemas que los pertenecientes al ramo de la estética, es esa gran variedad de sus aptitudes de literato, á que antes aludía. No llegó, ciertamente, en todos los géneros cultivados por él (ni era, en lo humano, posible) al grado superior de perfección, pero mostró en todos ellos condiciones tales de buen gusto, de claro entendimiento y de sólida preparación, que de haberse consagrado exclusivamente á cualquiera de ellos, hubiera podido emular á sus más celebrados y sobresalientes cultivadores.

La obra literaria de Cánovas no ha sido, hasta ahora, juzgada imparcial y completamente. Tuvo, como todos los poderosos, aduladores, pero también apasionados enemigos que quisieron cobrarse en el literato los agravios del político, ó llevar al examen de sus obras la prevención nacida de la oposición de ideas ó del odio hacia lo que Cánovas en la vida pública representaba. Se le juzgó por lo común, de un modo pequeño, con microscopio, buscando menudas imperfecciones de detalle en obras de tan grandes alientos y elevada inspiración como la suya. Más que la crítica serena y razonada se ensañó con él la sátira mordaz, que á pocos grandes perdona, si por ventura se libra de ella alguno. Estas mismas

críticas delataban á veces, en medio de su saña, la alta idea que tenían de Cánovas sus censores. ¡ Poco ufanos que se ponían por haberle sacado á relucir un ripio, ó por haberle pedido cuentas de un arcaísmo! Ahí era nada hombrearse con tal personaje y erigirse en juez de sus obras! Este sentimiento vanidoso y el espíritu de imitación de los abundantes carneros de Panurgo que por acá tenemos, hizo que muchos hablaran mal de las poesías de Cánovas..... sin haberlas leído.

No me propongo ahora hablar de sus numerosos libros, ni señalar siquiera las cualidades que desarrolló principalmente en cada género. Trataré tan sólo de bosquejar algunos rasgos característicos suyos y de mostrar lo que me parece más saliente de su obra, como historiador y como político, como autor de historia, en los dos sentidos de escritor y de agente, que puede admitir la frase.

* * *

Cánovas ocupaba en la sociedad española un lugar aparte, una posición especial por lo preeminente. Desde la Restauración acá sólo Castelar ha compartido con él esta hegemonía espiritual, esta autoridad moral que nada tiene que ver con la autoridad material del mando, ejercida en igual medida por otros hombres, ni con el prestigio pasajero de la popularidad, que tan rápidamente cambia de titulares. Uno y otro, Cánovas y Castelar, eran para los extranjeros las dos grandes figuras españolas de nuestra época, y lo mismo para sus compatriotas, aunque entre éstos negase la pasión política lo que el convencimiento íntimo de la generalidad afirmaba. Poco antes de la tragedia de Santa Agueda, discutióse cierta alusión que un escritor francés hacía en una revista al « hombre que en España conocía mejor su tiempo y los tiempos pasados, su país y los demás países ». A nadie se le ocurrió que el texto pudiera referirse sino á Castelar ó á Cánovas, y hay que decir, en honor de la verdad, que primeramente se señaló á éste como la persona de tal manera designada. En ambos aparecen los talentos políticos y la pericia de gobernantes realzados, por el prestigio del saber y de la fama literaria.

¿ Era Cánovas impopular como se ha dicho? Lo era y no lo era, según la impopularidad se entienda. Si por pueblo se toma á la plebe y

por popularidad el sentimiento que inspiran los ídolos populacheros de un día ó de una semana, no era popular ciertamente. Mas si por representación del pueblo tomamos á la masa de personas desinteresadas de las luchas políticas, que forma esa opinión neutral tan numerosa en España, y por popularidad la confianza en las dotes y en la buena fe de un hombre público, bien puede decirse que era popular Cánovas. En los momentos de pesimismo, respecto á la cuestión de Cuba y la actitud de los Estados Unidos, era frecuente oír á personas imparciales: « ¡ Gracias que está Cánovas ! ¡ Sólo él puede sacarnos de este atolladero ! »

Era, sin embargo, más respetado que amado, aunque inspiraba viva afección á los que le trataban con alguna intimidad, y ejercía grandísimo ascendente, verdadera seducción — la seducción del genio — sobre cuantos á él se acercaban. Pero los que no le conocían, ó le conocían sólo superficialmente, se le figuraban muy otro de lo que era. De ahí la leyenda de su soberbia, que, interpretada caprichosamente por personas que sólo conocían á Cánovas por las caricaturas y los chistes de los periódicos, hacía creer á muchos que D. Antonio era un señor de muy mal genio, que miraba á todo el mundo por encima del hombro, y que hablaba siempre con el entrecejo fruncido.

No ; no era soberbio Cánovas, en el sentido que se figuraba el vulgo. Tenía, sí, el noble orgullo del hombre que se lo debe todo á sí mismo, la plena conciencia de la dignidad debida á lo que era y representaba en España ; pero esa altivez la ejerció sólo con los grandes y poderosos, ante los cuales puede decirse que nunca cedió, poco ni mucho, dando un ejemplo de decoro y de respeto á sí mismo por demás raro en estos tiempos de flexibles espinazcos. Pero cualquiera de los personajes nulos á quienes hizo D. Antonio de la nada, en un momento de condescendencia, disculpable en aquel hombre que lo podía todo, tiene más soberbia y se da más tono que Cánovas, el cual se humanizaba con los humildes, y no tenía á menos departir un rato con la Canuta del Retiro, ó tratar como á compañeros á los chicos de la prensa que le esperaban en las escaleras de la Presidencia. Mejor que nadie saben los periodistas que no era Cánovas el hombre intratable y endiosado por que se quería hacerle pasar. Era de más fácil acceso y de

trato más llano y afable que cualquiera de los infinitos Ministros que han llegado á serlo en España sin haber debido pasar jamás de jefes de Negociado de tercera clase.

Esta justa altivez de Cánovas, tan desfigurada por la leyenda, era uno de los rasgos, eminentemente españoles, de su carácter. Era la altivez del *castellano leal* que pinta en su maravilloso romance el Duque de Rivas ; la conciencia de la propia dignidad y del propio valer, sin la careta de la falsa modestia, que es una forma solapada y embustera del orgullo.

Cánovas era un espíritu eminentemente aristocrático, que rendía culto á las más nobles aspiraciones intelectuales. Pero convencido de que pertenecía, por derecho propio, á la más elevada, más antigua y natural de las aristocracias, á la aristocracia del genio, jamás quiso buscar en distinciones y títulos exteriores la consagración de su categoría. El, que después de la Restauración recompensó con honores y títulos nobiliarios á sus auxiliares, no quiso nunca llamarse más que D. Antonio Cánovas. Como Bismarck, cuando Guillermo II, al despedirle, le decoró con un aparatoso Ducado, podía decir que un título no le hubiera servido más que para viajar de incógnito.

No se dice, ciertamente, una cosa nueva al decir que Cánovas tenía temperamento autoritario y no era dado á sufrir la contradicción. Bien miradas las cosas, tenía razón para ser así. En su larga vida política tropezó muchas veces con colaboradores torpes ó desleales, tuvo que luchar con preocupaciones del vulgo, con intereses de clases, con intrigas y conjuraciones diversas ; vió en diferentes ocasiones estropeados los planes que sagazmente concibiera, por errores y torpezas de otros. No es extraño que, conociendo mucho á los hombres, y no haciéndose ilusiones sobre el estado de cultura del país, se inclinase más al pesimismo que al optimismo. Confiando en sí, viendo sancionadas por la experiencia sus previsiones, y establecido y triunfante el régimen político que era su obra, parece natural que se mostrara celoso de su autoridad para conservar, y que usara de ella en interés público, que en interés propio jamás la usó, pues aparte de su honradez acrisolada, de que ha venido á dar nuevo testimonio el hecho de haber muerto pobre, fué acaso el político menos ac-

cesible á los achaques de nepotismo, tan generales en España.

Tenia Cánovas verdaderas condiciones de dictador. No en el sentido antipático y faccioso que se ha dado modernamente á esta palabra, llamando dictador al hombre que atropella las leyes y gobierna por la fuerza, con la complicidad y el apoyo de alguna clase ó institución poderosa. Era demasiado hombre para este papel de tiranuelo á la americana. Hubiera podido ser dictador, y acaso lo fué de hecho en algún instante, en el noble y alto sentido que dió á esta magistratura Roma, la maestra política de las naciones. Un patricio eminente, á quien el Estado confiaba, en momentos de peligro, todos los poderes, eso era un dictador en el sentido clásico, y para eso tenía Cánovas condiciones no superadas, ni igualadas, por ningún otro español de su tiempo.

Aunque estas viriles cualidades de aquel gran hombre despertaran muchas veces iras, temores y hasta odios, jamás fué menospreciado ni tenido en poco. Pudieron llegar hasta él las imprecaciones de la cólera, mas no la carcajada del desprecio. Hasta el mote popular con que la sátira designaba á Cánovas—*el Monstruo*—revela el aprecio que hacían de él sus mismos adversarios. Hasta en burlas lo tomaban en serio, y en vez de buscarle una representación ridícula le daban la representación de algo espantable y fiero, de algo, en fin, que era, según la frase vulgar, cosa de cuidado.

* *

Prescindiendo del *Bosquejo histórico de la Casa de Austria*, obra de su juventud, que, en cierto modo, repudió Cánovas cuando se hallaba en la plena madurez de sus facultades literarias, y que empezó á refundir, ó á hacer nuevamente, mejor dicho, en sus *Estudios del reinado de Felipe IV*, son éstas y *El Solitario y su tiempo* las principales obras históricas que deja publicadas, si bien tenía entre manos, y debe de dejar adelantada, ó quizá concluída, aunque inédita, otra muy interesante sobre la desmembración de la Monarquía española, estudio destinado á servir de prólogo á las Memorias del Marqués de la Mina, y del cual sólo se ha publicado un extenso capítulo que apareció en *La Epoca* (1). Han dicho algunos, pre-

tendiendo rebajar el mérito de Cánovas, que era un mero prologuista; pero solían ser sus prólogos obras de mayor interés ó importancia que las prologadas, ocurriéndole, por su abundancia de erudición y pensamiento, que se ponía á escribir un prólogo y le salía un libro completo.

No parece, así á primera vista, muy grande la obra histórica de Cánovas, y, sin embargo, pocos de su país y de su tiempo han podido aspirar, con iguales merecimientos que él, al título de historiador. Tenía en grado eminente las cualidades literarias exigidas para el cultivo de la historia como arte. Poseía el don de evocar lo pasado en representaciones de vivo colorido; su estilo clásico y majestuoso se amoldaba á maravilla á la severidad de las relaciones históricas; sin incurrir en el arcaísmo exagerado de su tío «el Solitario», pertenecía, por su castizo estilo, á la familia de los Melo y los Hurtado de Mendoza, como éstos, á su vez, fueron, en algún modo, sucesores de Tácito, Tito Livio y Salustio. Y no eran menores en Cánovas las dotes pertenecientes, no ya á la forma, sino á lo interno de la historia, al esclarecimiento, interpretación y juicio de los sucesos.

Historiador de sucesos particulares en sus *Estudios sobre el reinado de Felipe IV*, cultivador de la historia anecdótica y biográfica en *El Solitario*, penetra, sin embargo, Cánovas en las profundidades de la historia pragmática y filosófica. Su teoría de la parte de azar que hubo en el predominio de España en el siglo XVI, de la desviación causada en el cauce natural de nuestra historia por el matrimonio de doña Juana la Loca y de lo inestable y pasajero que había de ser forzosamente aquel período de grandeza, debida á causas que no tenían por base las condiciones naturales y económicas del país, es de lo más profundo que se ha pensado y dicho sobre la Historia de España. Por eso quizá la ignorancia y la patriotería de oropel se cebaron con preferencia, en sus ataques á Cánovas, en estas verdades, más útiles y patrióticas que las ficciones de la historia, no *ad usum desphinis*, sino peor: para uso y adulación del vulgo.

Cánovas amaba la tradición española, pero no con pasión irracional que le cegara el entendimiento. Veía, pues, el carácter accidental de aquella grandeza lograda por otros caminos y en empresas diferentes de las que la

(1) Del día 13 de Enero de 1895.

naturaleza de las cosas parecían haber marcado á España; contemplaba luego el desarrollo y consumación de la inevitable decadencia, el agotamiento, la pérdida del poderío, la desmembración del enorme imperio, y tras tantos sacrificios y luchas, no lograda ni en camino de lograrse, la unidad peninsular, que parecía ser el término natural de la evolución histórica de los Estados regionales españoles. De ahí su deducción amarga, pero verdadera y de provechosa enseñanza, de que debíamos limitarnos á conservar nuestro patrimonio, si nos era posible, absteniéndonos de todo linaje de aventuras y de todo sueño de engrandecimiento.

Es de notar, y muestra cuán sólido era el juicio histórico de Cánovas y cómo no enturbiaban la claridad de su inteligencia esos vapores de orgullo y endiosamiento de que tanto se ha hablado, que aquel hombre que había sido uno de los principales factores de la historia de su tiempo y de su patria, que *había hecho la historia*, en algún momento, no se dejó arrastrar por la seducción de esa teoría aristocrática, según la cual la historia de los pueblos es, en primer término, creación y obra de los genios, de los grandes hombres ú hombres providenciales. Lejos de seguir esta doctrina histórica, que viene á representar la etapa del pensamiento que, en el orden lógico, inmediatamente sigue á la interpretación teológica de la historia, y aun se confunde con ella, presentando, en cierto modo, á los héroes ó personajes providenciales como sucesores de aquellos dioses y semidioses que, según las fábulas primitivas, fueron los instructores de la Humanidad en ayes, leyes y costumbres; lejos de esto, Cánovas entendía la historia á la moderna, como resultado de muy complejos factores, pero principalmente de las condiciones naturales de cada pueblo, así las tocantes al territorio, como las referentes á la raza de sus pobladores.

Es tanto más notable esta elevación del pensamiento de Cánovas como historiador, cuanto que en España los estudios históricos han tenido modernamente muy escaso florecimiento. Con raras excepciones, apenas hemos tenido otra cosa que investigadores de segundo orden, de esos que pudieran llamarse albañiles de la historia, á los cuales corresponde la indispensable pero no genial tarea de ir acopiando datos y materiales para el verdadero

historiador. La historia no se reduce á eso, como la arquitectura no se reduce al acopio de piedras, ladrillos y argamasa, sino que supone el plan inteligente del arquitecto y la disposición armónica y adecuada de los materiales, con arreglo á ese plan. No hay que decir lo mucho que se destaca la figura de Cánovas historiador (que era, siguiendo la comparación, arquitecto) de entre todos esos modestos operarios de la historia nacional, rebuscadores, más ó menos afortunados, en archivos y bibliotecas, embebidos, por lo común, en la persecución de las migajas históricas que dejaron abandonadas ú olvidadas sus predecesores, y consagrados casi siempre á la averiguación de esos menudos antecedentes y detalles, más propios para satisfacer la curiosidad de los eruditos que para hacer variar el curso del pensamiento histórico, presentando, bajo nueva faz y con nueva luz, personajes y sucesos.

No quiere esto decir que sean de desdeñar, ni que desdeñara Cánovas, los laboriosos trabajos de investigación de los monumentos de lo pasado. Por el contrario, era, como nadie ignora, aficionadísimo á los libros y papeles viejos, de los cuales tenía gran copia en su selecta biblioteca. Pero su gran entendimiento no se limitaba al trabajo, de orden secundario, de la comprobación y acumulación de hechos; veía en ellos datos que interpretar, símbolos de la realidad que pasó, hilos conductores para orientarse en el laberinto de las épocas que fueron, y llegar á reconstruir su imagen con las cortas é incompletas reliquias que va dejando el tiempo de los siglos que devora.

* * *

Se juzgará paradójica, pero es lo cierto que era Cánovas uno de los hombres á quienes más debía la libertad en España. Contribuyó como ninguno á consolidarla y á hacerla compatible con el orden, sin el cual sólo puede tener existencia efímera y azarosa. Los reaccionarios, que nunca transigieron con él, y que fueron sus más resueltos enemigos, lo han reconocido con franqueza á su muerte.

La época culminante de la vida política de Cánovas es la de la Restauración, aquella en que se echaron las bases y se marcaron los derroteros del régimen existente en España. Están todavía recientes los sucesos, vivos algu-

nos de los actores, fresca la tumba de otros, para que pueda todavía la historia dar con toda serenidad y completo conocimiento su sentencia sobre los sucesos de aquel periodo. Pero ha trascendido al público, y anda ya en historias escritas lo bastante para que podamos figurarnos el drama íntimo que se representó entonces entre los partidarios del restablecimiento de la Monarquía constitucional y los obstáculos con que tuvo que luchar y tuvo que vencer Cánovas, no siendo los menores los precedentes de sus auxiliares en la común empresa. Mucho se ha dicho de las desavenencias entre el elemento civil y el elemento militar alfonsino, de la intemperancia de los *ultras*, que acusaban de tibieza á Cánovas, de lo inopinado del movimiento de Sagunto, fraguado á espaldas de aquél, según muchos, que aseguran lo calificó severamente de *cautelada*. Pero, sea de esto lo que quiera, que no ha llegado aún el momento de esclarecerlo, ni ahora se trata de ello, es lo cierto que si no le fué dable á D. Antonio Cánovas traer la Monarquía de D. Alfonso por medios completamente pacíficos y legales, como era, sin duda, su aspiración, procuró borrar el sello pretoriano que podía imprimirla aquel origen; establecer un régimen amplio y liberal en que cupiesen todos, para que con el tiempo no hubiera vencedores ni vencidos, y extirpar el militarismo sedicioso, que fué la plaga del reinado de doña Isabel II.

Este fué el gran mérito y esta la obra de Cánovas. La restauración que él hizo no fué una restauración, sino, como dijo en uno de sus discursos parlamentarios, una conciliación, una continuación de la Historia de España. La gran inteligencia de Cánovas comprendió que no pueden borrarse los hechos consumados, ni puede interrumpirse con una vuelta hacia atrás la continuidad de la historia sin correr la más ciega é insensata de las aventuras. Su poderosa voluntad se impuso á todos, y obra suya fué el carácter liberal de la restauración, que no hubiera podido consolidarse de otra manera.

Vienen las restauraciones, no tanto por adhesión al régimen que se restaura como por cansancio y aversión al estado revolucionario, al que sustituyen. Pero rara vez lo comprenden los que son en ellas vencedores. Embriagados por el triunfo, toman por fuerza propia lo que es en realidad fuerza negativa, fuerza

de repulsión á otra cosa que á ellos les encumbra. Se creen fuertes para todo, pierden el freno de la prudencia y tratan de resucitar el régimen antiguo con los mismos vicios y errores que le condujeron á su ruina. De ahí el carácter efímero, de reacciones pasajeras, que han tenido comunmente las restauraciones, derribadas, más que por sus enemigos, por las torpezas de sus partidarios.

El que no haya sido así la restauración española, á Cánovas se debe principalmente; y bien puede decirse, en este sentido, que los veinte años de paz y de relativa prosperidad que ha tenido España desde 1876 hasta 1895, en que comenzó la crisis presente con la insurrección cubana, fueron obra suya.

Tuvo en este largo periodo algunos momentos de eclipse la estrella política de Cánovas. Hombre hecho para magnas empresas, sus grandes facultades no se acomodaban á las cosas menudas. En el fuego de la política pequeña pudieron alguna vez aventajarle sus adversarios, ó dejarse él llevar por auxiliares indiscretos y perjudiciales, cediendo á su desdén hacia las menudencias y tramoyas de la parte más baja de la vida pública, en que él, por repugnancia patricia, no quería penetrar. Pero llegaba el momento difícil, la ocasión solemne, el lance apurado, y salía al encuentro de la dificultad el Cánovas de siempre, vigoroso y entero, como si los años no pesaran sobre su altiva frente de genio.

Así ocurrió cuando, en edad avanzada ya, que más le convidaba al bien ganado reposo y á los nobles ocios del estudio que á los cuidados y preocupaciones del Gobierno, tuvo que salir de nuevo á la arena, esta vez á defender los restos del patrimonio colonial de España. Hacía treinta años que él mismo, desde el Ministerio de Ultramar, abriera aquella información sobre el régimen de las Antillas, con que acreditó ya su previsión de gobernante, cuando aún no era conocido como político de primer orden. El curso de los sucesos impidió que la información diera los resultados prácticos que de ella pudieron esperarse. Y al cabo de un tercio de siglo correspondió al mismo hombre que la iniciara recoger la espinosa herencia de toda la larga serie de errores cometidos en el régimen ultramarino. Tocáronle al ocaso de su vida días de lucha y de peligro. Su esfuerzo no se desmintió, no flaquearon su voluntad ni su inteligencia, no vaciló su

entereza. Alejó el peligro de un conflicto internacional que podía presumirse desastroso para España, cambió radicalmente el régimen ultramarino, improvisó ejércitos y escuadras, puso en la empresa todo el vigor de su alma, y si no murió vencedor, no murió tampoco vencido ni sin esperanzas de victoria.

* * *

La vida de Cánovas es armoniosa, completa, envidiable, en cuanto se puede juzgar por apariencias. Una de esas vidas que ofrecen la realización de las más altas aspiraciones del hombre. Llenó plenamente su misión en el mundo. Realizó cuantas ambiciones generosas pudo abrigar en los días de su mocedad, pobre y obscura. La gloria, el poder, la felicidad doméstica, cuantos fantasmas seductores pudieron cruzar por sus sueños de mancebo, le acompañaron luego en su peregrinación por la vida. Hasta el amargo trance de la muerte, que á todos los hombres los hace iguales, se revistió para él de formas trágicas y apartadas de lo vulgar, que provocaron general consternación y pusieron un coronamiento dramático á aquella noble y bella existencia. La muerte, mirada desde el lado humano, y prescindiendo de la fe en otra vida mejor, es siempre un mal. Cuanto la anticipa es también un mal. El mismo Aquiles dice á Ulises que más vale ser humilde patán bajo la luz del sol que príncipe y soberano de las sombras. Pero parece que á los grandes hombres les disminuyen menos que la muerte natural estas muertes trágicas, en que se cae en postura de combatiente. Así ha muerto Cánovas, en la plenitud de su poder, esperanzado acaso con el triunfo, tras la áspera y penosa lucha de los dos años últimos, como el general que recibe de improviso una bala cuando la batalla está indecisa y las banderas ondean aún con promesas de victoria...

* * *

No es la notable *Crónica* que antecede, con la del Sr. Castelar, que en primer lugar transcribimos, los únicos trabajos en que se habla del Sr. Cánovas en el número de la *España Moderna* correspondiente al mes de Septiembre de 1897. En otro artículo titulado «Leyes Hispano-Romanas grabadas en bronce, La

Epigrafía y los epigrafistas en España», su autor D. José Ramón Mélida, se dice lo siguiente:

«No es posible hablar de las adquisiciones de esos bronceos—refiriéndose á los seis del Museo Loringiano—que cuestan á la nación 153.000 pesetas, cantidad que no parecerá excesiva á las personas conocedoras del valor de las antigüedades, sin citar el nombre ilustre de D. Antonio Cánovas del Castillo; y de hoy en adelante no es posible recordar aquellos beneficios reportados á la cultura patria, ni recordar al protector más decidido, más entusiasta y más eficaz que han tenido nuestras ciencias históricas, y especialmente el Museo Arqueológico Nacional, sin deplorar la trágica muerte de tan esclarecido hombre de Estado, por quien todavía viste luto nuestro infortunado país. Por embarcado que tuvieran al Sr. Cánovas las exigentes atenciones de la política, siempre tenía un momento que dedicar á la historia, al arte y á la arqueología»....

De la misma Revista, *La España Moderna*, número 117, correspondiente al mes de Septiembre de 1898, tomamos lo que sigue (1):

El ingenio de Cánovas.

«Como filósofo, como orador, como historiador, como crítico, sociólogo, poeta y bibliófilo, ha sido juzgado el insigne estadista, cuya muerte llorará siempre España; pero hay una fase de su espíritu que no ha sido especialmente objeto de estudio: nos referimos á Cánovas *causeur*, á Cánovas hombre de ingenio.

Sus frases y sus agudezas corrieron en vida, como corren después de muerto, de boca en boca, ponderándose lo cáustico de algunos de sus dichos y celebrándose lo espontáneo de sus juicios satíricos, de los cuales conservarán, los que de ellos fueron objeto, *recuerdos* (2) imborrables.

Cánovas, tanto en sus discursos políticos ó académicos como en sus obras de historia, crítica ó filosofía, refrenaba (3) con mano dura todo lo que pudiera trascender á sátira, todo lo epigramático y festivo. Rara vez escapábasele en sus serenas glosas y reposadas pági

(1) De autor anónimo.

(2) Traducidos en ingratitud, perfidia y odio por algunos.

(3) Sobre todo en el Parlamento.

nas algo que pudiera herir el amor propio de sus adversarios, ó de aquellos que defendieran teorías con las cuales él no estuviese conforme. Su tolerancia llegaba hasta el respeto, y ni en las lides apasionadas del Congreso, ni en los ceremoniosos certámenes de los Ateneos y Academias, empleó más que rarísima vez la ironía, y esta siempre contra las ideas, nunca contra las personas.

El ingenio, el gracejo, el chiste y el donaire reservábalos Cánovas para la conversación familiar. Este aspecto del gran estadista, es el que ligeramente vamos á bosquejar en los presentes renglones.

.....

 Aquí hay oradores admirables y oradores de chascarrillos abundantes en sales gordas; lo que, por regla general, no abundan son verdaderos *causeurs*, *conversadores*, gentes de *sprit*, arte en el que tan maestros suelen ser los franceses.

Algunas excepciones tiene esta regla, y de ellas formaron parte Miguel de los Santos Alvarez, José de Castro y Serrano y Ramón Rodríguez Correa...

.....
 Cánovas, á sus extraordinarias dotes, reunía esta cualidad de que venimos hablando.

El talento superior es un Proteo: varía de forma, conservando siempre en toda su integridad su fuerza. Cánovas, hablando en familia y empleando su privilegiada inteligencia en la conversación, era tan eminente como alzando su voz autorizada y elocuente en los Congresos ó ilustrando los hechos de su patria en las permanentes hojas del libro.

Su ingenio, como su talento, siempre fué oro de ley: pero él no lo estimaba ni lo apreciaba, ni lo regateaba, ni lo economizaba. Dios se lo había dado como por añadidura á su talento, y él lo regalaba, ni más ni menos que el que vende obsequia al comprador con lo que en tierras de Castilla llaman el *alro*.

Para hacer un chiste, no necesitaba Cánovas forzar la máquina; puede decirse que tenía siempre aparejada y aperecida la respuesta. Quienes conocían esta asombrosa espontaneidad, más todavía que de sus rasgos de ingenio, debían asombrarse de la fuerza de voluntad con que contenía el chiste en momentos en que fácilmente, abriendo la válvula de su vena satírica, hubiera podido alcanzar para él fáci-

les triunfos de amor propio. ¡Cuántas veces él, hombre superior en su trato con toda especie de personajes, damas, ministros, reyes, habrá visto el lado cómico de situaciones, frases, errores y debilidades, merecedoras quizá de sátira acerada! Jamás en tales ocasiones abusó, ni aun usó, del chiste.

Es esta propensión satírica tirano que á veces se impone hasta á los hombres de superior talento. Es muy general que el hombre de ingenio agudo sacrifique, á trueque de hacer un chiste, á su propio padre. Y esto, sin *alevosía*, cediendo á un impulso superior á la voluntad, como la avispa pica. De cierto personaje político se ha dicho que tiene el chiste irresponsable. Y es cierto. Por decir una gracia, perderá un amigo, y con tal de que ponderen su dialéctica y su punzante palabra, no se contendrá, aun á trueque de herir afectos y amistades.

Por el contrario, Cánovas—y esto quizá fuese uno de sus defectos—defendía á sus amigos hasta cuando no tenían razón, los amparaba en sus yerros, como sostenía á los gobernadores en sus puestos aunque desatinasen (1).

Sus chistes y frases nunca iban dirigidos contra los amigos pequeños; á la gente menuda la desdeñaba soberanamente...

De la condesa de Campo de Alange, cuyo ingenio era asimismo notorio, se refiere que cuando alguien le hablaba de los disgustos que sus chistes le acarrearán ó podían acarrearle, solía contestar: « Mi lengua es mi guardia civil ». Con lo cual daba á entender que usaba del chiste como arma defensiva más bien que ofensiva.

Cánovas tenía también contra el ingenio ajeno el suyo bien templado, espada que él manejaba con la maestría de un excelente esgrimidor.

* * *

Este ingenio—ya lo hemos dicho—era constante, espontáneo é inagotable. En los más azarosos días de la política, después de hacer frente á arduas dificultades de Gobierno, luego de haber dedicado ocho horas á difíciles trabajos, de haber inspirado media docena de artículos de periódicos, de haber celebrado veinte conferencias, de haber preparado (2) ó

(1) Hay bastante exageración en esto último.

(2) Esto de preparar carece de exactitud. Cuantos le conocieron saben que ante todo y sobre todo era improvisador.

pronunciado un discurso, de haber quizás rebuscado datos, noticias históricas, en viejos infolios, su espíritu vigoroso é incansable encontrábase tan ágil como si para él no existiese la fatiga ni el cansancio.

Cuando daban las ocho y media de la noche, Cánovas, vestido de frac y rodeado de personas invitadas á su mesa, entre las cuales figuraban ilustres damas y hombres notables por su talento ó por su posición política y social, lejos de manifestar sombra siquiera de cansancio, sostenía verdaderos torneos, donde brillaba su imaginación meridional y su palabra privilegiada, tan galante con las señoras como aguda y oportuna con los hombres.

La controversia en la conversacón, como las interrupciones en el Parlamento, comunicábasele nuevos bríos. Ponía singular empeño en vencer á su adversario y en apagar, por decirlo así, sus fuegos; y como entre las personas que asistían á su casa abundaban las de talento, no pasaba noche sin que el comedor del ilustre estadista fuese teatro de interesantes y amenas discusiones, dignas de ser recogidas por la taquigrafía...

.....

Aunque los chistes y frases ingeniosas pierden gran parte de su mérito cuando se les arranca, por decirlo así, del lugar en que fueron engarzados, hemos de recordar aquí algunas frases que de seguro no serán nuevas para cuantos viven la vida política.

A un abogado, adversario suyo, naturalmente tenfale Cánovas particular ojeriza... Usaba aquel respetable señor un magnífico gabán de pieles. Como alguien dijese delante de don Antonio: «Acabo de ver á Fulano con sus pieles», dijo Cánovas: «Querrá usted decir con las de sus clientes.»

.....

Vino á Madrid una cantante de mucha y merecida fama, ya en el otoño de la vida, y en su honor dió un banquete cierta hermosa duquesa, ausente hace años ya de España.

La víspera había cantado *Fausto* en el teatro Real dicha artista, y por su talento indiscutible había llamado la atención y sido objeto de entusiastas elogios en periódicos y salones.

Entre los convidados á la citada comida figuraba Cánovas, y cuando terminó, al dar la du-

quesa el brazo al gran estadista para dirigirse al salón, le dijo:

— ¡Qué admirable estuvo la Fulana en el *Fausto*!

—Muy bien, en efecto.

— ¡Y qué le pareció á usted como mujer!

—Me pareció una Margarita... después de haber conocido á Fausto.

En esta misma comida, al sentarse á la mesa la dueña de la casa, había dicho amablemente á Cánovas, ofreciéndole el sitio enfrente del suyo, donde acostumbraba á sentarse el duque, á la sazón ausente:

—Va usted esta noche á ocupar el puesto de mi esposo.

— ¡Hasta qué hora, duquesa?— preguntó rápidamente el Sr. Cánovas.

.....

Refería Castelar cómo Narváez, que había conocido al príncipe Napoleón en casa de la condesa de Montijo, fué quien le proporcionó el dinero para el golpe de Estado del 2 de Diciembre, y añadió:

—Esos episodios de la historia contemporánea no los tienen presentes muchos que se saben de memoria la historia antigua. ¡Quién mató á César? Bruto. Eso nadie lo ignora; pero nadie sabe quién mató á Prim.

—Eso—replicó Cánovas—puede que alguien lo sepa. Quien positivamente lo ha ignorado hasta ahora es la justicia.

Sonó el nombre de cierto banquero que enviaba á los periódicos todas las noticias de las obras benéficas que por vanidad llevaba á cabo, y dijo el ilustre hombre de Estado:

—Hace la caridad con reflector.

Hablando de la murmuración, le preguntaba una dama si conocía algún medio para evitar que hiciese á las gentes blanco de sus tiros la calumnia.

—Hay uno muy sencillo—respondió.—Hacer lo que nos atribuyen.

Cierta duquesa, viuda, muy hermosa, después de oír algunas galanterías del insigne hombre de Estado, á la sazón viudo también, le dijo en broma:

— ¡Por qué no nos casamos?

—Porque son tan guapas sus hijas de usted, que no podría acostumbrarme á mirarlas con ojos paternos.

Un orador muy aficionado á la murmuración,

comenzó á despellear una noche á un ministro liberal.

—Yo—añadió—puedo hablar mal de Fulano, porque me acbe el ser ministro, los sueldos que ha disfrutado y los treinta mil reales de cesantía.

—No tienes necesidad de invocar esos títulos—le interrumpió Cánovas; —tú sueles hablar mal de la gente gratis.

El famoso retrato que del estadista hizo Casado, no le gustó á la señora de Cánovas porque le encontraba un ceño duro.

—Pero, mujer—contestaba D. Antonio,—¿crées tú que esta cara es la que yo te pongo á tí? Como no tenía yo tiempo de ir al estudio del artista, fué este verano á verme en el Congreso y tomó un apunte de mi gesto, y, claro, resultó la cara que pongo cuando oigo tonterías.

Sería interminable tarea la de ir apuntando cuantos chistes, salidas y frases ingeniosas se atribuyen al Sr. Cánovas. Sirva lo apuntado de ejemplo para probar, como queda dicho, que era Cánovas un hombre de grande y probado ingenio, y que si en las altas esferas de la gobernación del Estado dejó recuerdos imperecederos, siguiéndose á su muerte desastres que, de vivir él, probablemente habría sabido evitar, también los dejó en los círculos sociales, que tantas veces animara con su donaire y agudeza.»

IV

LA REVISTA MODERNA

Comienza esta ilustrada revista su número correspondiente al 21 de Agosto de 1897 con una fotografía del balneario de Santa Agueda, y después estudia á Cánovas como *Literato*, como *Intimo* y como *Historiador*, publicando varios retratos del mismo, uno de su señora viuda y otro del que fué su secretario particular, D. Atanasio Morlesin.

Cánovas literato.

El artículo que lo juzga como tal, y merece leerse, está firmado por el distinguido escritor Sr. Navarro Ledesma, sintiendo, por nuestra parte, no poder reproducirlo íntegro:

«Bien dijo, quien dijera—principia—que

más se aprende en las pequeñeces de los grandes que en las grandezas de los pequeños.»

El León, de un coleteazo, puede matar á un hombre; el ratoncillo apenas podrá morderle empleando toda la robustez de sus mandíbulas.

Para un hombre como D. Antonio Cánovas del Castillo, la literatura no pudo ser sino indispensable descanso, cambio de horizontes, regalo propio de días festivos (1), y al mismo tiempo válvula de seguridad para el escape de grandes energías intelectuales, de las que no siempre encuentran aplicación á los casos de la política y del gobierno, en que el gasto, por regla general, y en España por regla especialísima, más tiene que ser de voluntad que de inteligencia.

Era D. Antonio Cánovas hombre de aptitudes universales, y, sin exageración, se puede asegurar que literato, pintor ó músico, hubiera llegado á serlo tan eminente como político si la política no hubiera absorbido y embargado lo más de su fecunda existencia.

En esto, como en otras mil cosas, mostraba Cánovas ser del temple de los españoles antiguos, para cuyas actividades no había fronteras, y que sabían ser, alternativa ó simultáneamente, soldados, poetas, diplomáticos, viajeros, conquistadores, teólogos y dramaturgos, según las circunstancias lo requieran.»

«D. Antonio Cánovas era principalmente político, aunque el maestro Campoamor afirma que era poeta principalmente.

Verdad es que el maestro dice de sí mismo que es principalmente agricultor.

Pero, además, D. Antonio Cánovas era poeta, orador, novelista, crítico, historiador, filósofo, por todo lo cual solían calificarle de doctrinario los que nunca han padecido indigestión de doctrina, y de superficial en sus conocimientos los que creen más útil hacer pozos que descubrir nuevos mundos.

Doctrinario y superficial por ese estilo era el señor de la Torre de Juan Abad, D. Francisco Gómez de Quevedo y Villegas, poeta, novelista, filósofo, teólogo, político, el hombre más soñador y el más despierto que ha

(1) Esto, claro es, en la edad madura; pero en su primera juventud, ó antes de dedicarse á la política, era única y exclusivamente literato y muy aficionado á los estudios históricos y filosóficos.

criado España. Era un hombre que de todo escribía porque de todo pensaba, y esto de fijo tenía que disgustar á aquellos que no saben ni alcanzan á pensar sino en lo que les conviene.....

En D. Francisco de Quevedo el literato y el filósofo se sobrepusieron al hombre político, y su obra escrita le ha valido la inmortalidad más indiscutible, después de la de Cervantes. Nunca gobernó Quevedo; fué un político de oposición, y de oposición violenta, encarnizada contra el privado Olivares, que era el modelo y el arquetipo de las medianías encumbradas, causantes de nuestras mayores desdichas.

En D. Antonio Cánovas el político, por patriótica obligación, se sobrepuso al literato y al filósofo, y su obra *hecha*, no escrita, con ser tan grande, es posible que no le valga la inmortalidad. Tal es el sino de los hombres políticos en los periodos en que las naciones decaen; son diques para el desbordamiento de las aguas ó muros de contención para el desprendimiento de tierras.....»

«Escribió D. Antonio Cánovas una crónica del siglo XII titulada *La Campana de Huesca*, como el insigne Figaro escribió *El Doncel de Don Enrique el Doliente*.

Entre las dos obras grandísimas es la semejanza.»

«*La Campana de Huesca*, obra que no ha leído casi ninguno de los muchos que se han burlado ó intentado burlarse, no de ella, más del autor, con ironía extremadamente barata y fácil, es, como la novela del gran Larra, un libro pensado y escrito con prolijidad, á veces enfadosa, pero de grandísimo interés en cuanto al asunto, y de indudable belleza narrativa. Cuando el Sr. Cánovas compuso *La Campana de Huesca* (1), no hacían los novelistas españo-

(1) Era, lo primero, muy joven (veintiséis años), y después hizo como medio, entre otros, honrado de procurarse recursos. La idea de esa obra le la sugirió un viaje que hizo á Huesca, donde se encontraba un amigo suyo de la infancia, llamado D. José Robles y Postigo, muy adicto á su persona. Mas ya que se habla de ella, y se ha hablado por otros, aunque no con la rectitud de juicio con que lo hace el Sr. Navarro Ledesma, copiamos á continuación lo que, abundando en sus opiniones, escribió en el periódico *Vida Nueva* el 3 de Julio de 1858

les, pocos y medianos, otra cosa que vivir del jugo extranjero, procurando hacerle gustoso á los paladares de por acá. Desde que se publicó por primera vez *La Campana de Huesca*, en 1854, habían de transcurrir casi veinte años sin que la novela española emprendiese su marcha triunfal por camino propio, cada vez más ancho y más norido.....»

«Si muy poca gente ha creído en Cánovas novelista, lo que es en Cánovas poeta no ha creído casi nadie, aunque también le otorgase el título Campoamor.

»Y sin embargo, D. Antonio Cánovas era un poeta de verdad, por el sentimiento mucho más que por la forma, y en algunas composiciones, como la más conocida y celebrada entre todas las suyas (la que lleva por título *La mitad de la vida*), mostró ser un poeta de los grandes, de los altos, de los que resisten á todas las comparaciones. Tendrán razón para condenar las poesías de Cánovas, como lo han hecho los criticastros cuando sean capaces de construir versos de esta fuerza:

persona tan ilustrada como el Sr. Menéndez Pelayo, bajo el epigrafe *Guimerá y Cánovas*. Ocupase aquél de la tragedia que puso el catalán, primeramente citado, en las tablas del teatro regional, *Rey y Monje*, una de las mejores de las suyas; menciona después la aparición anterior, ó en 1850, del mismo Rey como personaje novelesco en una leyenda histórica de D. Manuel Fernández y González, titulada *Obispo, casado y Rey*; y por fin, ó sea dos años después que este último escritor, y mucho antes, naturalmente, que el Sr. Guimerá, de la novela de Cánovas, titulada *La Campana de Huesca*, «juvenil ensayo, dice el Sr. Menéndez Pelayo, de un grande hombre que no volvió á cultivar este género, pero que no podía ser vulgar en nada y que en este caso aventajó á muchos novelistas de profesión, no por lo que tuviera de poeta, sino por lo mucho que tenía de historiador.»

No entró para nada en la fortuna inmediata de este libro el nombre de su autor, tan desconocido entonces como glorioso después; y sin embargo, el entretenido cuento tuvo muchos lectores y dos ediciones se agotaron en menos de dos años. Cambió el gusto, pasó la moda de las novelas históricas, y si *La Campana de Huesca* fué de las que se salvaron del común naufragio, más la perjudicó que la favoreció el nombre de su autor, en quien continuamente se encarnizaba la importuna malevolencia de sus enemigos políticos y de aquellos espíritus mezquinos ó preocupados á quienes duele reconocer en una misma persona variedad de aptitudes ya que no méritos singulares. Hubo hipercrítico que condenó de plano la obra *in solium auctoris*, confesando que no la había leído ni pensaba leerla. Quien siga otro rumbo y no niegue á los escritos de varón tan culto y tan discreto (que tales condiciones no ha de escatimarle su destructor más encarnizado, si es que alguno le queda después de muerto), la atención que hoy se concede aún á

«¡ Del monte siempre á la llanura abierta,
ó del llano a la cumbre iré cruzando
tras de la luz del horizonte yenta?
¡ Y, por seguirla, pasaré olvidando
siempre del sol los vivos resplandores
ó el alegre rumor del aire blando?
¡ Y ni pararme á recoger las flores
que, hermosas, visten la quebrada senda,
habrán de permitirme tus rigores?
¡ Ni dejarás que al dulce son atienda
con que el agua, en las peñas escondida,
brota y reparte su fecunda ofrenda! »

«Tendrán razón para tachar de pesadez y prosaismo estas poesías quienes compongan algo tan fácil, tan tierno, de entonación tan castiza y *sorrillesca* como la composición titulada *Doncella sin amor*:

«¡ Ay de la fuente sin agua!
¡ Ay de la noche sin luna! »

«Aunque fueran discutibles, que para mí no lo son, los méritos de D. Antonio Cánovas

las producciones más efímeras y baladíes del género novelesco, encontrará en aquel pensamiento de estudiante, no sólo maestría de sabia lectura, sino prendas de alto valor, en que ya se adivina lo que con el tiempo había de dar de sí aplicada al estudio de los anales patrios (en los intervalos rápidos, pero fecundos, que le dejaba la vida de la acción), aquella dominadora y bien disciplinada inteligencia, á quien sólo faltó para ponerse al nivel de los más grandes historiadores de la Europa moderna, haber tenido más tiempo para escribir la historia que para hacerla. Cualidades históricas y del mismo género de las que en las novelas de Walter Scott se elogian, son las que principalmente realizan *La Campana*, tanto en la pintura del rústico y valeroso almogávar, de quien se ha dicho, no sin razón, que es el verdadero héroe de la novela, como en los recuerdos arqueológicos de la ciudad de Huesca, que arguyen una impresión directa y honda, y en las bellas escenas en que aparece el conde de Barcelona, y se vislumbran los futuros heroicos destinos de los dos pueblos que van á confundirse en uno.

No diremos que dejó de advertirse, como en casi todas las obras de este género, cierta mezcla de ideas, costumbres y detalles pintorescos, pertenecientes á épocas distintas; pero en general hay más conciencia de erudito que la que podía esperarse de los pocos años del autor y de la libertad con que entonces se trataban esta clase de fábulas. Cánovas se mostró ya muy versado en la lectura de nuestras crónicas, sin excluir las catalanas de Desclot y Muntaner. La alocución es asimismo muy pura, y aunque no exenta de resabios de arcaísmo, corre más suelta y fácil que en sus escritos posteriores, con cierta lozanía juvenil que contrasta con la manera en demasía artificiosa, aunque con noble y grave artificio, que adoptó después.»

Antes de transcribir el juicio del ilustre Menéndez Pelayo, que antecede, como nota ó comentario al notable

como novelista y como poeta, nadie se los negará como crítico.

«El libro *El solitario y su tiempo*, el discurso acerca de la libertad en las artes y el prólogo á los *Autores dramáticos contemporáneos*, principalmente, acreditan en el Sr. Cánovas la posesión y el dominio de lo que se pudiera llamar «sagacidad estética»; es decir, del ingenio más perspicaz y agudo para percibir y trasparentar lo percibido.»

«En resumen: D. Antonio Cánovas del Castillo vive en sus obras escritas tanto como en sus obras hechas. La luz que éstas arrojan es más brillante (1); pero en cambio se extinguirá más pronto (2). Aquéllas contribuirán á que se conserve la memoria del honrado patricio, muerto por obedecer noblemente el precepto clásico *Salus populi suprema lex esto*.

Se ocupa después la *Revista Moderna de Cánovas íntimo*, y, por último, de

artículo del Sr. Navarro Ledesma, me hubiese permitido escribir al primero rogándole me indicase si había publicado algo en relación con mi hermano, y dónde ó en qué periódico, para reproducirlo; y sin duda el Sr. Menéndez Pelayo, por no recordar ó no dar importancia á ese trabajo suyo acerca de *La Campana de Huesca*, que obtuve después de escribirle, me contestó lo siguiente:

Excmo. Sr. D. Emilio Cánovas.

Madrid 12 de Abril de 1901.

Muy señor mío y distinguido amigo: He dilatado algún tiempo el contestar á su estimada carta, para recordar si entre mis escritos hay algo que merezca figurar en el digno homenaje que va usted á tributar á la memoria de su glorioso hermano é inolvidable amigo y protector mío D. Antonio Cánovas del Castillo. Nada he encontrado, y, por tanto, queda pendiente la deuda de gratitud que con su memoria tengo, y que procuraré satisfacer, del mejor modo que me sea posible, en la necrología que me ha encargado la Real Academia de la Historia para leerse en junta pública.

De usted muy afectísimo amigo y seguro servidor, que besa su mano,

M. MENÉNDEZ PELAYO.

El encargo á que se refiere el Sr. Menéndez Pelayo es el del *Elogio* de su último director, refiriéndose á Cánovas, de que habla el Sr. Vignau y Ballester en la *Necrología* del mismo, copiada al principio de esta obra.

(1) Como patentizan las páginas de este libro.

(2) De esperar es que no suceda así cuando se escriba la historia del período de la Restauración de la Monarquía acá, con la rectitud que se ha escrito de Cánovas como literato.

Cánovas, historiador.

Suscribe este no menos notable artículo que el del Sr. Navarro Ledesma, el Sr. D. Andrés Ovejero, comenzando por las siguientes palabras del discurso leído por el Sr. Cánovas á su ingreso en la Real Academia de la Historia, el día 20 de Mayo de 1860 :

« Un amigo de la Historia, que ha dedicado á su estudio todos los ocios pasados y anhela por destinar al propio objeto los días serenos que le conceda el porvenir... »

« Son palabras—dice el Sr. Ovejero, aludiendo á las anteriores—de un varón eminente, el de más viril elocuencia de cuantos en nuestro tiempo honraron la tribuna parlamentaria ; y la peculiar virtud oratoria de Cánovas hizole en tan señalada ocasión, como en tantas otras, hablar con la cabal expresión de atinado juicio, que apenas deja espacio á la paráfrasis en que pudiera cifrarse nuestra opinión respecto á Cánovas como historiador.

« Ante todo—continúa,—ocurre á nuestro ánimo la interrogación que debemos tener por primaria al examinar la personalidad intelectual del último presidente de la Academia de la Historia. ¿ Era Cánovas historiador ?

« Por adelantado respondió él á nuestra pregunta. Era un amigo de la Historia. Difícilmente podrá entender el espíritu de esta frase, que es breve semblanza de Cánovas, quien, harto apegado á la letra é imbuido en los términos, no sobreentienda que la dicción de esa amistad hacia una disciplina de la inteligencia guarda estrecha sinonimia con aquella otra en la cual vinculaba Carlyle la calidad del crítico, la simpatía. Aún tiene mayor fuerza de expresión el vocablo usado por Cánovas, al menos dentro de nuestro idioma. Ser amigo de la Historia es ser historiador, como ser amante de la Filosofía es ser filósofo. Era historiador Cánovas porque á ello le impulsaba una como natural vocación, que no le fué posible desoir en ninguna época de su ruidosa existencia. Ya hemos mencionado su famosa condición de orador, y el dicho de Cicerón se nos viene á las mentes : *Nihil est magis oratorium quam Historia.*

« Literato cultísimo Cánovas, acaso pueda la crítica negar á sus obras literarias ó advertir en ellas harto menguadas aquellas íntimas facultades estéticas que faltan al escritor de

más copiosa doctrina y más impecable corrección, mientras éste no es artista, enamorado de la belleza *urania* con finalidad sin fin... No escasean trozos literarios de las obras de Cánovas, singularmente algunos periodos de sus discursos, en los cuales dejó su huella luminosa la virtud plasmante de la fantasía ; pero así como en Cánovas, la loca de la casa, la imaginación, era *arcilla* de su razón potentísima. de su entendimiento soberano, cedían plaza sus *humanidades*, que de humanidades conservaban cierto individual sentido á sociales (no cabe decir sociológicos después de un memorable discurso suyo en el Ateneo), á sociales estudios plenamente históricos. ¿ Cuáles fueron estos estudios históricos ? Recordemos sus palabras : « Aquellos á los cuales dedicó sus *ocios pasados* ». Como trabajos emprendidos por inteligencia no despreocupada de más urgentes atenciones, tienen un carácter fragmentario, son discursos y artículos de poca monta, y dos obras más, señaladamente notadas, una novela histórica y un libro de historia, propiamente dicha. »

No se transcribe lo que dice después tocante á *La Campana de Huesca*, porque de eso ha tratado ya, como acaba de verse en lo que se copia del mismo número de *La Revista*, el Sr. Navarro Ledesma. Continúa el Sr. Ovejero :

« La obra de historia, propiamente dicha, que Cánovas nos ha dejado, es una continuación de la Historia del P. Mariana, comenzada á escribir, por cierto (dice el autor), cuando aún no tenía concluidos mis estudios de leyes, é impresa con el ambicioso título de *Historia de la decadencia de España ; obra incompletísima por fuerza y salpicada de graves errores, nacidos de no haber ejecutado por mi cuenta investigaciones directas y formales, sujetándome á lo impreso ya por otros en cuanto á la exposición de los hechos. Pero como á estos corresponden los juicios, naturalmente resultan también plagadas dichas páginas de injusticias que, no por ser comunes y andar todavia acreditadas, han empeñado menos mi conciencia en desvirtuarlas después, tanto y más que con argumentos y razones, por medio de testimonios fehacientes y en virtud de un examen mucho más atento y profundo de cosas y personas » (1).*

« Rectificación de los errores sagazmente escudriñados en esta obra por su mismo autor—

(1) Estas manifestaciones, como comprenderá el lector, honran mucho á Cánovas.

continúa el Sr. Ovejero—fué la titulada *Bosquejo histórico de la Casa de Austria*, y rectificación asimismo, que las líneas del plan de la primitiva obra amplia, son los dos tomos de *Estudios del reinado de Felipe IV*, publicados posteriormente.»

«El mismo Cánovas, nada parco en las censuras á su obra, según hemos visto, se felicita, no obstante, por la buena dicha de que, puestos aparte sus errores personales ó involuntarios, el concepto que en conjunto formó de la historia de España durante los siglos XVI y XVII fuese idéntico al que todavía abrigaba después de recoger harto mayor copia de datos, de muchísimo más trabajo empleado en depurar la verdad y de la superior experiencia de los largos años de su accidentada carrera. No sin pesar se envanecía Cánovas de esto que llamaba *casual acierto*. Aquel concepto histórico engendró el ya célebre pesimismo de Cánovas. Como á Gibbon la *Historia de la decadencia del Imperio romano* le hizo escéptico, á Cánovas la *Historia de la decadencia de España* le hizo pesimista. Se ha observado que las nubes adoptan las formas de las montañas sobre las que pasan. Así las ideas se configuran sobre los hechos, y la filosofía se constituye sobre la historia. Cánovas como filósofo era un pesimista (1). El pesimismo, dice James Sully, cuando es sincero y profundo, es un fenómeno patológico.»

«Las ideas de Cánovas, que como hombre político vivió en constante comunicación con el Estado que gobernara, revelan el malestar social unánimemente sentido en nuestro tiempo. Pero á la manera que Cánovas propiamente no fué filósofo, sino pensador, su historia, la historia que había derecho á esperar de él, no existe. Su insaciable erudición le allegó documentos preciosos, que supo dilucidar con perspicaz análisis, pero no dispuso del tiempo necesario para construir con aquellos materiales. No hay movimiento de cultura española en materia histórica, á cuya dirección no estuviese Cánovas. Cuando la Academia que preside se propone la publicación de la *Historia de España* (2), el nombre de Cánovas representa aquellas vastas iniciativas. Cuando el Ateneo conmemora el IV Centenario del descubrimiento de América,

la primera conferencia, «Criterio histórico con que las distintas personas que en el descubrimiento de América intervinieron han sido juzgadas», pertenece á Cánovas. Doquier se necesita magistral juicio de asuntos históricos, pone Cánovas la pluma, y doquier precisa enseñanza histórica oral, pone cátedra. Sus escritos son notables, sus discursos elocuentes; pero la obra histórica á la que Cánovas parecía llamado, por ninguna parte se descubre. La novela histórica *La Campana de Huesca*, fué inspirada (él lo dice) por el sentimiento que produjeron en la imaginación de un escolar entusiasta los viejos manuscritos y las memorias de aquella tierra gloriosa. Su *Historia de la decadencia*, fué comenzada (ya queda dicho por su autor) cuando éste no tenía aún concluidos los estudios de leyes. Los trabajos que de él tenemos presentes son fruto de sus ocios pasados, según indica la frase que sirve de leit motiv á este artículo...»

«Sus grandes estudios históricos los tenía Cánovas imaginados, pensados, mejor dicho, para los días serenos que fiaba al porvenir, cuando á *mitad de la vida*, cantada por él en hermosos versos, ingresó en la Academia de la Historia. Aquellos días soñados para labor intelectual en descansado retiro; aquellos días que hubieran sido días de gloria para España, no lucieron para él. Las vicisitudes de su patria no le consintieron la serenidad de espíritu que requiere como imprescindible las árdidas tareas de un Thierry.»

«Pero en estos días en que la serenidad de espíritu se halla tan lejos de nosotros, sumidos en duelo nacional, debemos recordar, para gloria de su nombre, la obra de aquel que acertó á *continuar la Historia de España*....»

V

BLANCO Y NEGRO

La notable y ya antigua revista á que se refiere el epígrafe, acaso la de mayor circulación de España, y que en vez de decaer sobresale más cada día, luchando con la competencia que le hacen, no sólo en Madrid, sino en provincias, otras también ilustradas, en su número del 7 de Agosto de 1897, séptimo año de su publicación, ocupándose de la muerte del Sr. Cánovas, decía lo siguiente:

(1) Y con razón tratándose de España.

(2) En cuya tarea, por desgracia, ha sobrescrido.

Cánovas.

« La muerte del ilustre estadista cuyo nombre no deja de figurar en una sola página de la historia contemporánea de la Nación, no es uno de esos crímenes en cuyas circunstancias y pormenores radica tan sólo su celebridad ; no es uno de tantos arranques de la maldad humana como á menudo llenan las bojas de los periódicos para pasto de la incurable y malsana curiosidad de la multitud, que hoy devora la noticia en sus más nimios y estuendos detalles para olvidarlos mañana, ansiosa de otras sensacionales sorpresas.

Lo más grave, lo único trascendental en el horrible suceso, no son los detalles ni las finémbres menudencias acumuladas por el reporterismo en torno de un relato que, á ser más breve, quizá dejara espacio á consideraciones que al menos avisado despierta un hecho de tan ignoradas consecuencias como es la desaparición, en estos días críticos para la patria, de una figura nacional tan poderosamente contorneada como la de D. Antonio Cánovas del Castillo.

Por eso, á medida que el nervosismo provocado por el suceso se vaya calmando, el sentimiento será más hondo, y cuando la curiosidad se encuentre satisfecha y ahita, la amarga reflexión dará lugar á menos ruidosas pero más elocuentes manifestaciones que el primer movimiento unánime de sorpresa y espanto.

Rota de pronto la ponderación que existía entre los dos partidos turnantes en el poder, impuesta por balas asesinas una crisis que la marcha política no reclamaba por ahora, inerte y seco el cerebro que exclusivamente dirigía los negocios públicos, muerto Cánovas, y muerto políticamente *ab intestato*, no es fácil predecir ni adivinar el resultado de un suceso histórico de tanta monta.

Sean estas líneas, no sólo expresión de nuestro dolor sincero y reflexivo, sino explicación de nuestra conducta en la información de hoy. »

.....

 Contiene el mismo número varios grabados relativos á « La Huerta », residencia particular del Sr. Cánovas, á la biblioteca del mismo, á la galería principal del propio hotel y á la Presidencia del Consejo de Ministros, terminando con un retrato de la señora viuda de Cánovas y tres de éste, acompañado el último de los que

con él formaron el primer Ministerio de la Restauración, Sres. Castro, Jovellar, Cárdenas, Molins, Salaverria, Orovio, Romero Robledo y Ayala.

El mismo periódico ilustrado consagra á la muerte de Cánovas el número siguiente, correspondiente al 21 de Agosto, con multitud de grabados, que comienzan en una preciosa cubierta y representan la vista exterior del balneario de Santa Agueda, la escena del crimen, la cama que ocupaba el Sr. Cánovas, la salida de un ciclista en busca del médico, el propio Sr. Cánovas en el lecho mortuorio, la capilla ardiente, el camino de Gararza, paseo habitual del difunto ; la ermita de la Esperanza, donde oyó misa momentos antes de morir el Sr. Cánovas ; el cuarto que el asesino ocupaba en la fonda, su retrato, el *reco* en su celda, la cárcel y Juzgado de Vergara, el coche de los Ministros y el *landau* que ocupaba la viuda á su salida de Santa Agueda, la llegada del cortejo fúnebre, una vez en Madrid, á la Huerta ; el público desfilando ante el cadáver del Sr. Cánovas ; la capilla ardiente en la Huerta ; la presidencia del duelo ; maceros de la Diputación y el Ayuntamiento ; Real Cuerpo de Alabarderos ; Escolta Real ; maceros del Ayuntamiento de Murcia ; la carroza fúnebre ; aspecto del Palacio de la Presidencia en la tarde del entierro ; entrada á la cripta del panteón en que se encuentra el Sr. Cánovas ; los invitados saliendo de los funerales ; los últimos honores, y cuatro retratos, en diferentes edades, muy buenos todos, del propio Sr. Cánovas. Termina este segundo número, dedicado al mismo, de *Blanco y Negro* con un artículo de D. Eusebio Blasco, magníficamente escrito, como todos los suyos, en que se dice lo siguiente (1) :

Cánovas, íntimo.

« Era Cánovas en la intimidad afable y jovial. La fama europea que deja de violento y duro no puede ni debe aplicársele más que en los casos en que hacía falta que lo fuera. Nació para gobernar, y no es para gente dulce y melosa lo de mandar á todos. Todo mando es violento, y Cánovas *mandaba*. Autoritario, ¿ quien puede ignorar que lo era ?

(1) Se suprimen algunos párrafos por la necesidad de abreviar.

Pero en la vida íntima era amabilísimo, y sobre todo ocurrente como pocos.

Sus millares de frases han quedado; son chistes que han corrido siempre de boca en boca. De sobremesa, en el salón de conferencias, en un baile, en una *soirée*, se le rodeaba para oírle, porque todo el mundo estaba seguro de que había de decir algo bueno.

Era muy sobrio, comía lo que debía comer, bebía muy poco, no fumaba. Con tanto como leía, le quedaba tiempo para hacer ejercicio y tomar el aire del campo. Su vida estaba tan equilibrada como su cerebro. De soltero viajaba como un particular, sin darse tono de personaje.

Su vicio eran los libros. Pocos españoles habrán leído más que él. No era vanidoso de honores, títulos ni grandezas.

Si como le dió por conservador le hubiera dado por liberal, tal vez llevaríamos treinta años de República. Sus grandes amigos íntimos eran Martos, Castelar (1), hombres de la revolución. Acaso no fué él quien escribió en el programa de Manzanares: *¿Queremos arrancar los pueblos á la centralización que los devora, dándoles la independencia local necesaria para que conserven y aumenten sus intereses propios?* Regionalismo puro, que luego tuvo que convertirse en supresión de fueros, porque los hombres hacen lo que las circunstancias piden.

Conservador liberal llamó á su partido. Lástima que no pudiera haberlo llamado liberal á secas.

En su trato íntimo daba definiciones que no morirán.

¿Estaba de buen humor? Pues decía de los españoles que eran *franceses sin dinero*.

¿Estaba de humor negro por sobra de rebeldes que gobernar y de conflictos que resolver? Pues decía que había de reformar el artículo 1.º de la Constitución y sustituirlo por este otro:

Son españoles todos los que no pueden ser otra cosa!

En sus odios era implacable, y hacía más daño con un chiste que con un decreto.

(1) En la infancia sobre todo; pero Castelar hasta el fin.

De un noble diplomático dijo que era un *tanto ilustrado*, frase profunda, porque hay quien sabe mucho y no tiene talento ninguno.

En cierta ocasión un conspicuo personaje, de esos que alternativamente pesan sobre uno ú otro platillo de la balanza gubernamental española, negó su apoyo á D. Antonio para prestárselo á D. Práxedes al día siguiente.

—¿Sabe usted lo ocurrido?—le dijeron á Cánovas.

—Sí; pero no me da cuidado. Fulano es como las bombas: no hace daño más que donde cae.

No se acabaría de contar lo que en forma festiva y jovial ha dicho en su vida.

En esto de los chistes era inagotable. Pero una vez en el ejercicio de sus altas funciones, ¡qué severidad, qué dureza en el mando! Sólo así pudo imponerse á un partido de grandes de España, de generales, de banqueros. Hubiera hecho un buen militar, y de milicia sabía mucho.

Mal enemigo, y algo sé yo de eso, pero también amigo muy fiel, y esto me obliga á no recordar sino los tiempos en que nos quisimos bien y á sentir su muerte acaso más que muchos, que la lloran por personal interés, porque yo de él ya no esperaba nada. Pero ¡quién que no tenga el corazón pequeño puede olvidar las atenciones recibidas!

VI

EL NUEVO MUNDO

En su número del 9 de Agosto de 1897 publicó unas *Notas bibliográficas* y el retrato, muy bueno por cierto, de D. Antonio Cánovas del Castillo. Dichas notas se diferencian poco ó nada de otras conocidas ya, que se copian en este libro.

A continuación reprodujo el siguiente fragmento de una poesía de Cánovas, de 1860, titulada

La mitad de la vida.

Llegué por fin. Osado peregrino
de la lejana cumbre de la vida
al punto de nacer tomé el camino.
Y en vano me estorbaron la subida
el sendero escarpado ó la maleza
en las peñas estériles crecida.

.....

Más ¡ay! que en otra luz el horizonte
brilla y nuevas te ofrece ya, alma mía,
dudosas lides que tu esfuerzo afronte.
A buscarlas secreta voz te guía,
y descender como subiste anhelas
sin gozar del pasado triunfo un día.

.....

Alma, dime: ¿por qué, si tan risueñas
tus horas comenzaron de jornada,
no bien tocas la cumbre la desdeñas?
¿Qué impulso es este que á trocar te obliga
en larga pena el breve bien que hallaste,
y el suelo extraño por la tierra amiga?
Tente, y la dicha de mirar te baste;
la estrecha y ardua senda que afanosa,
por llegar á la cumbre, atrás dejaste,
en la memoria gozaste gloriosa
del vencido dolor, y en la presente
hermosura y quietud descansas ociosa.
Mas sigues, sigues, y la voz potente
con que me llamas, oigo y voy cautivo
tras un nuevo horizonte reluciente;
la nueva cumbre tan ansiada esquivo,
y en nuevas ansias me consumo, y ciego,
no en lo presente, en lo futuro vivo.
Deciéndome ya. Si por ventura llego,
¿sabrá, alma infeliz, fijarme cierta
donde los pasos encaminó luego?

.....

¿Cuál premio en la carrera así emprendida
te han de dar, si no paras, alma loca,
del monte al llano tu perpetua huída?
La mano nunca al horizonte toca,
y en vano lo seguimos orgullosos
de confín á confín, de roca á roca.

.....

Que el horizonte siempre va delante
del que necio tras él corriendo viene,
y eternamente sigue tan distante;
mientras que á aquél los pasos le detiene
la boca del sepulcro tenebroso
que en su falda por fin un monte tiene.
Porque este breve día que, anheloso,
on bajar y subir se va, es la vida:
apenas amanece, y ya al reposo
su misteriosa noche nos convida.

VII

REVISTA ESPAÑOLA

Refiere en su número correspondiente al 15 de Agosto de 1897 el asesinato de Cánovas del Castillo, y dice:

«No merecía ciertamente el Sr. Cánovas del

Castillo fin tan trágico; el brazo criminal que ha puesto inesperado término á su existencia no iba dirigido contra el ilustre estadista, que durante más de veinte años ha influido decisivamente en la política española; las balas que han matado al Sr. Cánovas han sido asestadas al principio de autoridad, de orden y de gobierno, por una secta infame, que pretende regenerar la sociedad, destruyéndola en los únicos cimientos sobre los cuales es posible su existencia.

.....

Millares de telegramas de pésame se han cursado estos días; entre ellos hay alguno en que la palabra *deseesperación* figura más de una vez; bien es verdad que el mal efecto que eso produce es contrarrestado por otro telegrama de dos ilustres exministros, que «piden á Dios por el alma del finado».

Gravísimos problemas quedan pendientes, y otros, también graves, surgen á la muerte del Sr. Cánovas del Castillo. Los hombres políticos creen que el principal de aquéllos es la designación de nuevo jefe del partido conservador y la reorganización inmediata de éste.

Pero en nuestro sentir, lo perentorio, lo que más urge, lo que importa más que el partido conservador y que todos los partidos políticos habidos y por haber, es extirpar el cáncer social, acabar de una vez para siempre con la secta infame que ha concluído con la existencia del infortunado Presidente del Consejo de Ministros, y que concluirá con la de todo el que sea ó signifique autoridad y orden.

Lo que es absolutamente necesario es acabar con el anarquismo, y más que con los afiliados á él, con las ideas que le informan.

.....

Piensen en esto los hombres de gobierno y pidan á Dios todos los españoles, como nosotros lo hacemos, por el alma del Excmo. Señor D. Antonio Cánovas del Castillo.»

VIII

REVISTA CONTEMPORÁNEA

En el cuaderno III del tomo CVII (año XXIII, núm. 521), correspondiente al 15 de Agosto de 1897, entre señales de luto escribió, en su primera página, lo siguiente:

D. Antonio Cánovas del Castillo.

« Como españoles y como cristianos protestamos enérgicamente contra el infame crimen de que ha sido víctima el ilustre estadista señor Cánovas del Castillo en la tarde del 8 de este mes, cuando por breves días descansaba aquél de sus arduas tareas de gobierno en el balneario de Santa Agueda.

No es ocasión oportuna de juzgar la inmensa labor política y literaria del gran patriota, que puso todas sus inagotables energías y talentos extraordinarios al servicio de España, de quien era hijo amantísimo. Hoy sólo nos toca llorar su muerte, por lo inesperada y trágica más dolorosa; elevar oraciones al cielo por el eterno descanso de su alma, y en medio de la desdicha que á todo pecho honrado aflige, darnos el parabién de que no haya nacido en tierra española el cobarde asesino que acabó traidoramente con la existencia del esclarecido varón, cuya gigantesca figura trazarán en lo porvenir los historiadores.

LA REDACCIÓN. »

IX

LA SEMANA CATÓLICA

En Agosto de 1897 publicó el interesante artículo de la señora doña Antonia Rodríguez de Ureta, que trascribimos á continuación:

¡Murió Cánovas! Consternación en la patria.

« La muerte alevosa del admirable estadista D. Antonio Cánovas del Castillo ha sumido en dolor acerbo á todos los buenos españoles. Uno de esos energúmenos, fiera disfrazada de racional, un extranjero vil, afiliado al satánico socialismo, es el asesino de nuestro primer hombre de Estado, del más ilustre español de la presente época. Tiémbanos el pulso, y el cerebro no coordina otras ideas que las de protesta del horrendo crimen, perpetrado en Santa Agueda al medio día del 8 del corriente. Bien seguros estamos que el socialismo en sus antros no halló un español capaz de llevar á cabo tan indescriptible crimen. ¡Pobre España! Has perdido, patria mía, uno de tus más preclaros hijos, la figura más saliente de los modernos tiempos, el hombre cuya colosal inteligencia, semejante á su energía y tesón,

admiraban al mundo entero. ¡Murió Cánovas! Oremos por su alma.

Días de prueba, días aciagos nos depara la suerte; pero consuela el ánimo la unión de todos los españoles, que sin distinción de partidos, reprobando el atentado y ensalzando el talento y las virtudes cívicas y cristianas de nuestro carísimo é inolvidable amigo, piden enérgicas medidas de represión contra el anarquismo diabólico.

¡Murió D. Antonio Cánovas del Castillo! y murió por su España, pronunciando sus lividos labios un ¡Viva España!, que ha repercutido por todos los ámbitos de nuestra Península. ¡Viva España! La honra y el nombre de la patria española eran el móvil de todos los actos, de todas las grandes energías del ilustre y sapientísimo D. Antonio.

Casi ocho días han transcurrido desde que el asesino napolitano llevó á cabo el drama de Santa Agueda, y en ese espacio de tiempo los labios honrados sólo hablan de la catástrofe nacional; las plumas sensatas y correctas, al que fué Excmo. D. Antonio Cánovas del Castillo consagran sus trabajos, sólo á él. Compadezcamos á los desgraciados (en corto número felizmente) que en tan críticas circunstancias no han tenido una frase de cariño para el finado, de amor para la patria desdichada. Barcelona, como todas las ciudades de nuestra España, se ha cubierto de duelo; nuestras autoridades eclesiásticas, civiles y militares, la prensa (á excepción de un inmundo papelucho), todas las fuerzas vivas, sin excepción, han sentido tan hondo, que este mismo dolor nacional mitiga en parte nuestro desconsuelo legítimo.

Aterra el pensarlo; la indignación que sentimos nos priva de enumerar los grandes méritos de aquel hombre de Estado tan eminente, de aquel académico de todas las academias, que si grande y admirable fué en vida, háse agigantado con una muerte gloriosa, digna de su historia.

En medio de nuestro amargo y fiero dolor, sentimos satisfacción íntima de que no sea español el asesino vil; pero, á qué no decirlo, deploramos que sea italiano, como en estos momentos lo deploran vivamente el Padre Común de los fieles Nuestro Santísimo León XIII y todas las almas nobles de aquella nación digna de mejor suerte, á la que tantos vínculos nos unen. Pero en Italia puede decirse que

hay dos nacionalidades. La Italia católica y la Italia masónica, la opresora y carcelera, á la que pertenecen los asesinos.

A los lectores de *La Semana Católica* no les coge de nuevo el saber que era el difunto Presidente del Consejo de Ministros, constante suscriptor de nuestras revistas y fervoroso cristiano; si, digan lo que quieran sus contrarios políticos.

Los pobres del barrio de la Guindalera, en Madrid, y multitud de viudas de militares y empleados, eran socorridos por el difunto y su dignísima esposa con prodigalidad. Hoy estos desgraciados uenan las iglesias derramando lágrimas de dolor y desconsuelo, implorando del Todopoderoso conduzca á la eterna gloria al finado D. Antonio Cánovas del Castillo.

Si tanta amargura abunda en nuestro corazón ante tamaña desgracia, ¿cuál no ha de ser el dolor intenso de la que fué amante esposa, hoy ilustre viuda, digna por todos conceptos de nuestro D. Antonio? Presa de justísima indignación, la nobilísima señora cruzó la cara del miserable masón con su abanico, é hizo bien en usar de tal arma, porque su blanca mano no debía mancharse tocando al infame asesino de su adorado esposo.

¡Ay dolor! Vedla de rodillas ante el yerto cadáver, implorando constantemente de la divina misericordia para que lo reciba en la eterna Sión. Día y noche ha velado junto al lecho mortuorio con el valor de las almas grandes, admirando á todos aquella señora tan cristiana, tan buena católica.

Oremos por el alma del finado ilustre, y pidamos á Dios Nuestro Señor que sea El guía de nuestros gobernantes, y entonces esta pobre patria, inspirándose en las virtudes cívicas y privadas del que hoy lloramos, sabrá levantarse de su postración y aniquilamiento.

Dad, Señor, el descanso eterno á vuestro siervo D. Antonio Cánovas del Castillo, y tened en cuenta ¡oh Dios de las bondades! sus últimas palabras de amor á la madre común: ¡Viva España!

ANTONIA RODRÍGUEZ URETA. »

X

MISCELÁNEA

El 14 de Enero de este año, primero de su publicación, y bajo el epígrafe *Celebridades*, pu-

blica el retrato de Cánovas, y escribe el señor Pérez Guerrero lo que se inserta á continuación:

« Por la energía indomable de su carácter, por el vigoroso empuje de su palabra y la dialéctica asombrosa de sus discursos, mereció que se le denominase el *monstruo*; tantas y tan grandes eran las cualidades que atesoraba su brillante imaginación meridional.

Yo no sé si él hubiera evitado la guerra injusta que nos puso al borde de la ruina (1); pero cuando se recuerdan las fáciles soluciones que encontraba siempre para los conflictos más graves, el pensamiento discurre desesperado por aquella muerte que nos le arrebató en plena lucha, en el período más activo y grande de su vida.

Nosotros, casi contemporáneos de su labor política, no podemos juzgar serenamente, sin ofuscaciones ni apasionamientos, las ventajas ó errores del programa que desarrolló cuantas veces ocupara el Poder.

Lo que si puede asegurarse es que había estudiado nuestro país, tenía la convicción de sus opiniones, y fanático por las glorias nacionales, demostraba constantemente un amor acendrado á esta pobre tierra española, inermes y destrozada.

Había protestado siempre de las censuras que con frecuencia se dirigen á los españoles por no haber sabido conservar el imperio donde *el sol no se ponía*, juzgándolo con palabras tan dignas de recordación como las presentes: « Tuvimos una grandeza extendida por toda Europa, con naciones distintas, con lenguas y costumbres diversas, y claro es que, cualquiera que hubiera sido el espíritu que nos hubiese animado, nuestra decadencia era de todas suertes inevitable. Lo que debe sorprender á todo el que estudie profundamente nuestra historia no es que perdiéramos un día el Rosellón, y otro Portugal, y otro el Artois, y otro Flandes; lo que verdaderamente sorprende es que mantuviéramos por tanto tiempo todas esas grandezas desde estas pobres y estériles llanuras de Castilla. »

Buscando en los clásicos sus más bellas inspiraciones, nos ha legado modelos históricos tan admirables como los estudios sobre la

(1) Rogamos al distinguido escritor que lea lo que decimos en *La Introducción* acerca de este punto.

grandeza y la decadencia de España y los ensayos políticos.

No fué tan afortunado en la poesía; pero es preciso notar que todas sus composiciones pertenecen á la época de sus primeros pasos literarios, cuando aún no se habra orientado, haciendo toda clase de tentativas, hasta en el género novelesco con *La campana de Huesca*.

Ignoro hasta qué punto la historia exigirá responsabilidad á los hombres inmortales, y no queriendo usurpar su misión, elevemos el pensamiento, librándonos de las profundas angustias de juzgar con parcialidad ó de enaltecer con apasionamiento á uno de los más grandes estadistas españoles (1). »

XI

MADRID CÓMICO

La antigua y jocosa Revista, en su número correspondiente al 14 de Agosto, en su sección *Chismes y cuentos*, publicó lo que se copia á continuación sobre la muerte del Sr. Cánovas:

«*Madrid Cómico* se asocia al duelo nacional por la muerte alevosa del jefe del Gobierno.

Y deplora que con motivo tan desdichado hayan llamado la atención algunos detalles, un tanto ridículos, que hubieran podido evitarse seguramente, y que han empañado la grandeza de los primeros momentos, en que el país entero sintió como propias las heridas del Presidente del Consejo y quedó estupefacto de dolor ante la pérdida del eminente hombre de Estado.

En primer lugar, ese Consejo de ministros constituido tres ó cuatro días casi en sesión permanente para ultimar los detalles del entierro, sin ocuparse de otra cosa, y sin tener la energía suficiente para hacerse cargo del cadáver.

Por caridad, por compasión á la ilustre viuda se ha debido evitarla el tristísimo, el constante espectáculo del embalsamamiento, la traslación en el tren fúnebre, la capilla ardiente y el sepelio, en vez de abandonarla á los impulsos de su horrible dolor y permitirle dar órdenes y contraórdenes trastornada por su inmensa desgracia.

(1) Son muchos, como puede verse en este libro—y lo decimos para desvanecer ese escrúpulo del ilustrado y benévolo autor de lo que antecede—los que han emitido ya su juicio ó su opinión sobre el Sr. Cánovas.

Y en segundo lugar, esos políticos yendo y viniendo, agitándose y cabildeando para demostrar demasiado pronto y demasiado intempestivamente su afán de recoger la herencia, no por bien de la patria, sino por su medro personal y por el ansia mal disimulada de deatinos...

A propósito: entre el inmenso farrago de noticias insustanciales amontonadas en los periódicos para satisfacer la malsana curiosidad del público, habrán ustedes notado las que se refieren á la presentación de millares de personas que se han apresurado á ofrecer al Gobierno sus servicios.

Todos, altos y bajos, nombrados é insignificantes, han creído necesario hacerse presentes en tan difíciles circunstancias.

¿Para qué? ¿Qué iban á hacer ellos?

Yo que el ministro de la Guerra y presidente interino, hubiera dicho á todos esos zascandiles que buscan la notoriedad de tan rara manera:

—¡Ah! ¿Quieren ustedes ser útiles á la Nación porque las circunstancias son graves? Pues cojan ustedes un fusil cada uno y váyanse á la manigua.

Lo malo es que aquí, tarde ó temprano, va á venir Sagasta, comprometido á dar á los insurrectos la más amplia autonomía.

Y de lo que va á traer como consecuencia, responda por mí el siguiente despacho de Nueva York:

«Entre los laborantes cubanos la noticia ha causado gran regocijo por suponer que, desaparecido Cánovas y con él la política que simbolizaba, será fácil lograr la próxima independencia de la isla.»

¡Ay, sí! ¡Están ustedes hablando como unos libros!

Y si no, al tiempo.»

XII

GEDEÓN

En la primera plana de este periódico satírico, correspondiente al 12 de Agosto de 1897, y bajo el epígrafe *Nuestro último retrato de don Antonio Cánovas*, aparece Gedeón respetuosamente descubierto ante el mismo, con una gran corona de laurel al pie de aquél, y el siguiente

rótulo: *Este para la historia*. Y en la primera columna de la página siguiente, entre dos signos de luto, dice:

R. I. P.

«La redacción de *Gedeón* se asocia al duelo nacional y á la universal protesta contra los asesinos del señor Presidente del Consejo.»

«Hecha ya la parte litográfica de nuestro número cuando se recibió en Madrid la triste nueva, sólo hemos tenido tiempo de borrar la primera caricatura, sustituyéndola por un modestísimo homenaje al ilustre hombre público, y de tachar las líneas que á él se referían en nuestra cuarta plana.»

«Tenemos la triste satisfacción de que, ni en estas líneas ni en ninguna de las que se han escrito en nuestro periódico, había nada ofensivo para el honor immaculado ni para la gloriosa memoria de D. Antonio Cánovas. Y si alguien lo ha entendido de otra manera, *«Honni soit qui mal y pense.»*»

XIII

EL CARDO

Este semanario político, literario y artístico que dirige el señor Marqués de Alta Villa, en general alegre y festivo, consagró al Sr. Cánovas, en su número del viernes 13 de Agosto de 1897, firmado por su estimable Director, el artículo que dice así:

Lágrimas y temores.

«Lo es, y muy grande, la pérdida de un hombre de tanta talla y tan honrado como el insigne estadista asesinado en Santa Agueda.

La inteligencia y el carácter de D. Antonio Cánovas del Castillo, de quien éramos tan sinceros admiradores, *por lo mismo que nada le debíamos*, constituían la fuerza con que la nave del Estado marchaba victoriosa por entre los escollos y las dificultades que la rodean. Era preciso que un danzante italiano viniese aquí á cometer tanta vileza y cobardía tamaña; era preciso que aquí no tengamos ni idea de lo que es una policía bien montada, para que haya podido cometerse tan espantoso crimen.

La ridícula manía de las economías priva á los gobernantes de los medios necesarios para

poner á la sociedad á cubierto de ciertos atentados; economías, sí, que paga tan caras el país pretendiendo sofocar con chorros de sangre y oro lo que evitarse pudo al nacer gastando una parte pequeña de lo que en las colonias se filtra; economías que hoy nos hacen llorar la pérdida de tan grande hombre. *¿Dónde están esas economías? Y en cambio, ¡qué despilfarro por otros lados, sin que remediarlo puedan los mismos gobernantes!*

En fin, consuela en los momentos actuales el ver que Europa entera protesta, que todos los partidos se confunden aquí ante la tumba del Sr. Cánovas, el cual se entierra envuelto en la bandera del partido liberal conservador, porque no hay brazo alguno que sea capaz de sostenerla.

Todos los periódicos *decentes* en España, como en París y en Europa, deploran el suceso y tributan elogios al gran político, al eminente tribuno; sólo algunos de presidiaria redacción tienen el talento de no ofender con sus elogios á la persona de D. Antonio Cánovas.

¿Qué sucederá? Dios solamente lo sabe; pero nuestra impresión no puede ser peor.

El asesinato del que se reveló admirable hombre de Estado después de la revolución, el general Prim, que á su valor militar unía un valor civil extraordinario, trajo sobre nuestra patria los horrores que todos recordamos, con las guerras y las vergüenzas que es ocioso repetir.

Desde entonces no se cometió en España el asesinato de hombre alguno de tanto valer, y quiera Dios que su muerte no sea tan desastrosa para la patria como la del general Prim.

Entre tanto, calientes aún las cenizas de nuestro ilustre amigo, no pensemos más que en rendirle el homenaje que mereció por su talento inmenso y sus servicios á la patria.

Dejemos á los Tribunales que castiguen al estúpido sér que no supo hacer de su vida asquerosa más que el brazo inconsciente de fieras humanas.

Pero la muerte del Sr. Cánovas del Castillo nos demuestra que es preciso dar á esta sociedad el sosiego que reclama; que la policía no existe en España, que es preciso organizarla y que debe nuestro país ponerse de acuerdo con los demás de Europa para exterminar á esa asquerosa patulea y á quien la defiende.»

SECCIÓN SEGUNDA

La prensa de Madrid en los tres primeros aniversarios

DE LA

MUERTE DE CÁNOVAS ⁽¹⁾

PRIMER ANIVERSARIO

1898

I

LA ÉPOCA

Cánovas del Castillo.

Con el encabezamiento que antecede y un buen retrato de Cánovas, abrió dicho periódico su número correspondiente al 8 de Agosto de 1898, primer aniversario de la muerte de aquél, reproduciendo, en primer término, el que titulaba *Postrer trabajo histórico de D. Antonio Cánovas del Castillo*, publicado en *La Época* el 15 de Enero de 1895, cuyo asunto era: *Los progresos del desmembramiento de la Monarquía española, apuntes del siglo XVII*, respecto del cual decía el mencionado periódico lo siguiente:

«Eran aquellas páginas, llenas de pensamiento y de erudición, el primer capítulo de la introducción á las *Memorias inéditas del Marqués de la Mina*, D. Jaime Miguel de Guzmán, que la Real Academia de la Historia había acordado sacar á luz.

(1) No hemos podido reunir, y lo sentimos, todo lo publicado con tal motivo.

Introducción no menos notable é interesante para la historia de la moderna España que los *Estudios del reinado de Felipe IV*, porque comprende, bien narrados y juzgados á la luz de los documentos de los archivos, y puede decirse que de todas las publicaciones nacionales y extranjeras relacionadas con el asunto, los dos períodos de los últimos años del reinado de Carlos II y de los primeros del de Felipe V; con más la biografía del citado capitán general, militar y escritor de indudable mérito.

El trabajo del Sr. Cánovas del Castillo, muy adelantado, quedó, por desgracia, incompleto. La Academia de la Historia lo publicará muy en breve, en unión con las citadas *Memorias*; las que son militares, al estilo de las *Reflexiones* del Marqués de Santa Cruz, más bien que políticas ó diplomáticas.

Conociendo ya los lectores de *La Época* un trozo muy importante de la parte de la introducción, relativa al reinado de Carlos II, nos complacemos en ofrecerles hoy, en el primer doloroso aniversario de la muerte del esclarecido autor, otro fragmento relativo á la reorganización del Ejército español bajo Felipe V.

A continuación copiaba dicho fragmento, y después ó por separado, escribía lo que sigue:

Veinte años de paz.

«El día 8 de Agosto de 1897 corrió por toda España la noticia de la trágica muerte de don Antonio Cánovas del Castillo. Al estupor que tan infausta nueva produjo, siguióse el dolor sincero de los españoles y la manifestación de él en público y solemne duelo. El país comprendió que el féretro que guardaba los restos del gran estadista se llevaba al sepulcro una de las fuerzas en que España tenía mayor confianza. Como todo hombre de carácter enérgico, Cánovas tuvo muchos adversarios; pero ninguno entre los más enconados hubo de negarle inteligencia soberana y voluntad firme para hacer frente á los más graves conflictos: en los momentos difíciles, en él se concentraban unánimes las esperanzas de la nación.

Personificaba, además, D. Antonio Cánovas el orden, el respeto á las tradiciones nacionales, compatibles con el espíritu de los tiempos presentes; en una palabra: las grandes bases sobre las cuales descansa la sociedad española. Muerto él, por fuerza había de resentirse el edificio de nuestra actual organización.

Pronto cumpliése tan justificado temor. ¡Qué de calamidades se han desencadenado sobre nuestro desventurado país, desde que el crimen de Santa Agueda privó á España de uno de sus hijos más ilustres! Derrotados por mar y tierra nuestros ejércitos, despedazados nuestros mejores barcos, perdidos irremisiblemente los pedazos de territorio que al otro lado del Atlántico daban fe, al cabo de cuatro siglos, del suceso más grande de la historia, el descubrimiento y conquista de América, puestas en litigio nuestras posesiones de Oriente, arruinado nuestro Tesoro y extenuada, en fin, la nación, el pensamiento de los españoles se vuelve hoy entristecido hacia aquella gran personalidad, cuya muerte señala el comienzo del año trágico con que la Providencia nos prueba ó nos castiga.

Encontróse D. Antonio Cánovas del Castillo al subir al poder el año 95, con la guerra separatista encendida en Cuba, guerra que el partido liberal legaba como herencia al partido conservador. Urgía cuanto antes acabar con ella para de ese modo evitar los conflictos que por fuerza, caso de prolongarse, habían de sobrevenir, y que no se ocultaban al claro entendimiento del jefe del Gobierno.

Rápidamente y con verdaderos milagros de organización militar, á la que tanto contribuyó el general Azcárraga, condújose en el espacio de pocos meses á la gran Antilla el ejército más numeroso que hasta ahora ha cruzado el Atlántico. Más que hacer aprestos para combatir con naciones poderosas, lo que interesaba entonces era evitar el combate con ellas; y el primer paso, quizá el único, para conseguir este resultado, era acabar cuanto antes con la insurrección. Si el poderoso esfuerzo realizado por España para conseguir tal objeto no dió los apetecidos resultados, si la guerra se prolongó, si los insurrectos han tenido en jaque, durante tres años, á 150.000 soldados españoles, ¿sería justo, por todo ello, culpar al hombre que no escatimó cuantos recursos poseía el país para conseguir aquel objeto?

Día llegará en que se estudien, con la serenidad propia de la Historia, las causas que han producido la larga duración de la guerra separatista, y con ella las complicaciones ulteriores; mas por de pronto, nadie que blasones de imparcial podrá echar en cara á Cánovas el no haber procedido con la previsión debida.

Corre por ahí como muy válida la mentira de que España, habiéndose apercibido con tiempo á la pelea, habría conseguido vencer á los Estados Unidos. Esta absurda hipótesis ha podido ser creída del vulgo; mas cuantos conocen la desproporción de fuerzas entre la República norteamericana y España, saben que era imposible para ésta la victoria; que el número había de prevalecer, y que, más pronto ó más tarde, España tendría que sucumbir bajo la fuerza brutalmente enorme de los Estados Unidos. Lo hábil y lo patriótico era no hacer aprestos que hubiesen, á la postre, resultado inútiles, sino evitar la guerra, y esto es lo que hizo D. Antonio Cánovas durante los dos años que ocupó la presidencia del Consejo de Ministros.

No ignoraba nadie que los yankees atizaban la hoguera de la insurrección de Cuba y sugerían dificultades sin cuento al Gobierno español; cierto que el Sr. Cánovas hubo de transigir con exigencias mortificantes de la República norteamericana; pero estas transacciones, que esquivaban el rompimiento con los Estados Unidos y que no llegaban á herir nuestro decoro, eran, como después dolorosas

pruebas lo han demostrado, camino quizá único para ahorrar á nuestra Patria grandes quebrantos y cruentos sacrificios.

Si el conflicto hubiera llegado á plautearse en los términos en que se presentó en Abril ante el Sr. Sagasta, ¿qué hubiera hecho el Sr. Cánovas?... Nuestras conjeturas, basadas en conversaciones habidas por nosotros con el Sr. Cánovas y cuidadosamente recogidas en notas que tenemos á la vista, nos hacen creer que si el ilustre jefe del partido conservador hubiese seguido en el poder, ni los odios se hubieran enconado tanto como después se enconaron entre las dos naciones, ni hubiera estallado la guerra, aunque para evitarlo hubiese habido que sufrir contrariedades, nunca tan dolorosas como las que ahora nos impone el vencedor.

Rencores políticos, que traspasan hasta los linderos de la muerte, han cometido y aún cometen la injusticia de considerar á D. Antonio Cánovas como uno de los principales causantes de los males presentes. Los que, cegados por la pasión, discurren de tal suerte, olvidan ó fingen olvidar la historia de España.

En este siglo, desde los combates del Cabo de San Vicente y Trafalgar hasta Cavite, hay una larga cadena de desastres y quebrantos, sólo interrumpidos por los veinte años que siguieron á la Restauración. La guerra de la Independencia primero, muy gloriosa, pero que dejó á España en ruínas; los tremendos años que desde el 14 al 20 hizo padecer á nuestro pueblo Fernando VII, de execrable memoria; la revolución liberal del año 20, la pérdida de nuestras colonias continentales de América, la invasión francesa mandada por el duque de Angulema, la horrible reacción del año 23 y siguientes, la guerra de los Apostólicos, la guerra civil de los siete años, los motines, pronunciamientos y revoluciones que casi sin interrupción alteraron la paz pública desde el año 40 al 68, con la sola excepción del leve estremecimiento de gloria estéril de la guerra de Africa, y los desórdenes y guerras que siguieron á la revolución de Septiembre, causas son capaces de postrar y de aniquilar al pueblo más fuerte y vigoroso.

Como último eslabón de tan larga cadena de males, aparece ante nuestros ojos el año 73. Las naciones son olvidadizas, y, acaso más que las otras, España. Cualquiera pensaría, al oír

á algunos oradores demócratas, que en el período republicano había sido nuestra Patria copia feliz de la felicísima Arcadia. Los que no hemos perdido del todo la memoria, no podemos menos de recordar con pena el trágico cuadro que ofreció ante el mundo la España republicana.

En ningún tiempo se ha visto mayor desbarajuste ni más desorden que en aquellos días. Lo hubo no estaba sólo en el teatro, sino en los ministerios; presidentes que escapaban, asustados, del poder; otros que preferían ver la nación deshecha ó hundida antes que modificar sus ideologías; intrigas antipatrióticas entre los ministros de las diversas banderías, y como fondo de este cuadro, cuyas principales figuras tenían algo de caricaturesco, luchas sangrientas en Cuba, guerra encarnizada en el Norte, el motín en las calles, la anarquía cantonal en las ciudades, los barcos españoles tripulados por presidiarios, bombardeando los puertos, agotada la riqueza pública, perdido el crédito, indisciplinadas las tropas... En tal situación hallábase España, cuando un monarca joven, de grandes y nobles alientos, y un estadista de privilegiada inteligencia, pusieron mano en la regeneración de nuestra Patria.

No bastaba entonces poner fin á los males que España sufría; la terminación de las guerras y la represión de los motines, obras eran ambas que podían obtenerse de la fuerza. Era menester más; era necesario avivar la energía del país, reorganizarlo admitiendo lo que el espíritu revolucionario había engendrado de bueno y lo que de sólido y firme contenían las antiguas instituciones. Había que levantar el crédito, fomentar la industria, regularizar la pública Administración... «continuar, en fin, la Historia de España».

De cómo se realizó esa gran empresa, dan fe los veinticuatro años transcurridos desde que D. Alfonso XII ocupó el Trono hasta que D. Antonio Cánovas del Castillo cayó en Santa Agueda, víctima del arma de un asesino. Compárese ese cuarto de siglo con el resto de la centuria, y si el que hace esa comparación es sincero, no podrá menos de reconocer cuánto debe España al Rey que inició tal período y al hombre superior que, con tanto celo como inteligencia, supo secundarle.

Si en ese período hubo algo que merece censura, piénsese que ni los hombres ni los pue-

blos pasan como de un salto de su decadencia á su prosperidad, de su ruina á su engrandecimiento. Los vicios de raza, las enfermedades inveteradas, los errores largamente practicados, dejan siempre reliquias que se manifiestan á veces con caracteres alarmantes en el cuerpo social; mas al estudiar estas manifestaciones morbosas, es de justicia no echar la culpa de ellas al médico, sino á lo crónico é interno del mal.

No ha llegado aún para Cánovas la hora de la justicia entre los hombres. Muerto él, sobreviven las pasiones políticas, los odios, los desprecios forzosamente engendrados por un personaje cuyo nombre llena los últimos veinticinco años. Cuando el tiempo borre tales pequeñeces, el historiador que trace la figura del jefe del partido conservador habrá de reconocer que, si logró salvar á España cuando tantos y tan grandes males la afligian, habría, en otras circunstancias, levantado el nombre de nuestra Patria á la altura de otros pueblos más afortunados que el nuestro.»

El desmembramiento de la Monarquía española

ARTÍCULO DE DON JOAQUÍN MALDONADO MACANAZ

(De la Real Academia de la Historia.)

I

«El último trabajo histórico en que se ocupó el alto ingenio del Sr. Cánovas del Castillo, publicado antes de su fallecimiento, era sintético y respondía á sus preferencias de escritor.

Aludimos al largo é interesante estudio que, desgraciadamente, quedó incompleto, destinado á servir de introducción á las *Memorias inéditas del Marqués de la Mina*; trabajo cuyo primer capítulo vió la luz pública en el número de *La Epoca* del 13 de Enero de 1895, con el mismo título que para el presente artículo adoptamos.

Al claro talento del Sr. Cánovas no podía ocultarse, en vísperas de la segunda guerra civil cubana y de las complicaciones internacionales que, sin duda, iban á acompañarla, que la obra, apenas interrumpida desde el siglo xvi, del desmembramiento de la Monarquía de Carlos I, no había aún terminado; ni que la nación española, perseverante como

ninguna, podría verse llamada en breve á un supremo esfuerzo para conservar su integridad territorial.

Ningún escritor español penetró tan á fondo como el Sr. Cánovas en el examen de las causas y de los accidentes de la *decadencia* de nuestro país desde antes de la muerte de Felipe II. El *desmembramiento* de la Monarquía en los diversos tratados de paz, puede decirse que es la forma que la primera reviste; la consecuencia de aquella causa. Así, pues, el Sr. Cánovas, en sus años últimos, proseguía y completaba la obra de su juventud y de su edad madura.

A quien extrañare que tal examen aparezca al frente de unas *Memorias* militares más que políticas, como las de D. Jaime Miguel de Guzmán, le diremos, por nuestra cuenta, que ese libro, hasta hoy inédito, comprende las guerras de Italia en el siglo xviii, las que no fueron simplemente resultado del amor filial, ó de la ambición de la Reina doña Isabel de Farnesio, sino también protesta ó reacción de la opinión pública, ó, si se quiere, del genio español, conservador y aun tradicionalista en cuanto afecta al honor, el cual miró con horror los tratados de Utrecht, que le redujeron en Europa al territorio peninsular, mermado con la pérdida de Gibraltar.

Esa gran repugnancia del carácter español á la desmembración de la vasta Monarquía, fué lo que más influyó, al expirar el siglo xvii, en la sucesión francesa de Carlos II; el instrumento, hábilmente manejado por Luis XIV, bajo la forma de tratados de repartimiento, que le proporcionó el triunfo sobre la corte de Viena.

La opinión aquí fué conservadora en materia de integridad territorial, porque se fundaba en justicia. Poseíamos la Península por *reconquista* sobre un invasor de distinta religión y raza; el continente americano por descubrimiento y población; los Estados europeos por herencia. Pocas de las guerras que sostuvimos en Europa con Príncipes cristianos fueron de conquista, ni de agresión; las más fueron de conservación de lo legítimamente adquirido y defensivas. Ese carácter ha tenido ó tiene igualmente la que nos declararon en Abril de 1898 los Estados Unidos, y que muy probablemente va á determinar un nuevo, doloroso é injusto desmembramiento.

II

Discurramos con brevedad sobre ese tema, siguiendo las huellas de un ilustre maestro, y sin otra pretensión más que la de rendir tributo á su memoria.

Por *accidente dinástico*, escribe Mignet, alcanzó España el apogeo de su dominación en Europa. Algo hay que rectificar en ese juicio. Antes de 1516 se hallaba terminada la Reconquista é iniciado con gran fuerza el movimiento subsiguiente de expansión en Portugal, Aragón y Castilla. Sicilia y Cerdeña eran aragonesas; Nápoles lo había sido y volvió á serlo en 1494; la ruta directa á la India estaba trazada desde 1497 y el Nuevo Mundo descubierta desde 1492. La expansión del pueblo peninsular tenía campo amplísimo, sin contar la vecina Africa, en que verificarse.

Pero es innegable la ley biológica, según la que, el crecimiento de los pueblos conviene que sea normal, gradual, por yuxtaposición, de manera que la asimilación de los elementos nuevos sea posible y que se evite el riesgo y el escollo de una composición excesivamente heterogénea.

No fué tal el caso tratándose de la expansión de España en 1516, no preparada por hechos anteriores, no deseada, sin proporción debida con lo que entonces éramos.

De aquí la causa constante de debilidad en las luchas que sostuvimos desde el siglo XVII, ó sea la *heterogeneidad* de una Monarquía inmensa y varia, formada en parte por el acaso; causa que si no actuó poderosamente en épocas anteriores, fué sin duda porque en ellas no se había verificado por completo la concentración de fuerzas en lo político y en lo territorial, del principal entre nuestros adversarios, Francia.

El crecimiento anormal, que estorbó que hubiese homogeneidad en los dominios españoles, fué asimismo fuente de debilidad por las oposiciones, imposibles de evitar, de los intereses y de los sentimientos de los diversos pueblos que componían aquéllos. Castilla se sublevó en 1520 contra los gobernantes flamencos y demandando que el Rey residiese en la Península, y los Estados de Flandes pidieron lo mismo medio siglo más tarde. Hubimos de mezclarnos, también de modo inevitable, en las discordias y luchas de la Europa Central y Meridional; resultando de eso y de

la conquista y población de América otra fuente de debilidad, que no ha actuado, al menos en igual proporción, en la moderna Inglaterra, á saber: la paralización del desenvolvimiento interno de la población, riqueza y fuerzas productoras en la Metrópoli.

Faltando ese resorte vital, dejó de actuar otra ley biológica, que consiste en cierta proporción entre la cabeza y los miembros, entre la Metrópoli y los Estados dependientes en Europa y las colonias en América. Arruinada y despoblada por lo grande y continuo del esfuerzo la Península, solamente en un periodo, desde 1820 al día, ha existido la proporción á que nos referimos. Las fuerzas productoras de España guardaban hoy relación con sus colonias; pero la insurrección de las últimas tenía su raíz en el movimiento general de independencia de América en 1820, estorzado por la formación de un Estado nuevo y muy poderoso, próximo á las Antillas.

Agreguemos que, con guerras exteriores desdichadas y con la absoluta carencia de recursos por la paralización del desenvolvimiento interno, no podía haber en la Península gobernantes, ministros ni políticos con prestigio (de lo que son ejemplo el Conde-Duque de Olivares y el segundo Don Juan de Austria) y se comprenderá que ninguno de los intentos para restaurar el crédito de la Monarquía ó para introducir en la misma cierta relativa y salvadora unidad tuviese éxito, produciéndose fatalmente la desmembración.

III

La última, siguiendo el estudio del Sr. Cánovas, por más que trate especial y detenidamente del siglo XVII, comprende diversos periodos.

Comienza con el advenimiento mismo de Carlos I, pues se desprende en favor de su hermano Fernando de los Estados hereditarios de Austria, á los que agrega, antes del retiro á Yuste, la dignidad imperial. Cesiones políticas que no debieron ser las únicas.

Pero en 1574 el principio morboso de la heterogeneidad se revela por la insurrección de las provincias de Holanda, las que se truecan para España en el *dedo malo*, que en todo tropieza, sirviendo á nuestros múltiples adversarios para combatirnos incesantemente.

Quedó desde aquel punto planteado para

España el problema de la resistencia á sus enemigos domésticos ó extranjeros, que consistía en mantener la superioridad en el mar. Intentamos resolverlo, pero flojamente, con escasa aptitud para ello, mientras que en tierra los tercios españoles no tenían rival. La lucha con Holanda, que tanto nos interesa en Coloma y en Estrada, estuvo decidida ó no existió con carácter de gravedad desde muy al principio, cuando dichas provincias perfeccionaron la construcción naval y sus navegantes marcharon directamente á la India en busca de las mercancías que ya no podían recoger en Lisboa. Las victorias españolas en tierra no afectaban á la existencia del nuevo Estado comerciante y marítimo.

El segundo desprendimiento considerable, después del de las Provincias Unidas y exceptuadas las católicas, que pudimos conservar, ocurre en el reinado del ambicioso Luis XIV, y es el que principalmente ha historiado, con gran novedad y acierto, el Sr. Cánovas del Castillo. Entre uno y otro período débense señalar la cesión de los obispados de Metz, Toul y Verdun á Enrique II, suceso que traza un feliz cambio de dirección en la política exterior de Francia, y la de la Jamaica en 1655 al invasor Cromwell, principio de la merma de la integridad territorial en América.

Los desmembramientos del siglo XVII primeramente conducen á las cesiones de los Tratados de los Pirineos, Nimega y Biswyck, de las que la más sensible es la del Rosellón, y luego á las del Tratado de Utrech, entre las que la más dura es la que afecta á la integridad del territorio peninsular: Gibraltar. Reacción, en parte lograda, contra los Tratados de 1713 son las guerras dinásticas en Italia, que nos devuelven las Dos Sicilias, Parma y Plasencia, y los tres sitios (704-728-782) de Gibraltar, que no sirvieron sino para probar la constancia española.

No podemos conjeturar hasta qué fecha hubiese traído el Sr. Cánovas del Castillo (una vez comenzada en su *Introducción* la narración del período borbónico) el indicado estudio de las desmembraciones que el territorio español ha sufrido. Enlazada con la guerra de la Independencia, en la que la Monarquía quedó acéfala cinco años, y casi sin acción los vínculos entre la Metrópoli, invadida por el extranjero, y las colonias americanas, está la guerra de independencia de las últimas, cuyo desenlace es

la formación de 16 Repúblicas en territorio que fué español.

Las mismas causas de la heterogeneidad (ahora no de historia, pero sí de razas), desproporción notoria entre la cabeza y los miembros, paralización en el desenvolvimiento interno é inaptitud relativa para el comercio y la marina militar, siguen determinando las enormes desmembraciones de este período, ninguna de las que, afortunadamente, afecta al territorio peninsular ni á las islas denominadas adyacentes.

Tales son las enseñanzas de la Historia en la materia á que venimos refiriéndonos. Enseñanzas tardías, á no dudarlo; pero será error ó pusilanimidad pensar que son completamente ociosas y que no habrá en adelante materia ni oportunidad para aplicarlas.

Obras más sólidas, ya que no tan colosales como las pasadas, es capaz España de mantener, ó de llevar á cabo, cuando hayan pasado las angustias circunstancias presentes.»

Madrid, 8 Agosto 1858.

Cánovas orador.

POR DON FERNANDO COB-GAYÓN

«Desde que por primera vez habló en el Parlamento, demostró Cánovas brillantes condiciones para profesar el arte de la elocuencia, y después fueron constantemente en aumento su mérito y su crédito, hasta que en la primera legislatura de las Cortes de la Restauración su posición predominante en la política, su constancia en el uso de la palabra para rechazar los ataques de sus adversarios y dirigir la acción de sus amigos, la maravillosa facilidad con que improvisaba discursos notables por la suma de los conocimientos, por la profundidad de las ideas, por la belleza de la expresión, le aseguraron para siempre un lugar excepcional y privilegiado entre los mayores oradores parlamentarios españoles. Hasta aquella fecha, cada una de las ocasiones en que había hecho uso de la palabra le había proporcionado un triunfo en tales ó cuales cuestiones determinadas; pero desde entonces toda ocasión y todo problema requirió que él hablase. Ningún asunto, de allí en adelante, se consideró bien examinado mientras él no lo ilustró con su dictamen; ninguna solución fué completa y defi-

nitiva hasta que él contribuyó á establecerla con su palabra avasalladora.

Pero antes de pasar adelante, he de detenerme para una declaración previa que me parece necesaria. He dicho más de una vez que Cánovas es el primero de nuestros oradores parlamentarios; y al hablar de elocuencia y de primer puesto, acude inevitablemente á la memoria el recuerdo de Castelar. Veamos si, aun reconociendo lo que en justicia se debe á éste, puedo razonablemente insistir en mi afirmación.

Castelar es un orador incomparable. Nadie le iguala ni se le acerca. No brilla sólo por tales ó cuales cualidades; las posee todas y por todas sobresale. Tiene erudición extensa, saber verdadero, dominio de la dialéctica, riqueza de retórica. Dispone de la historia, de la ciencia, del arte de exponer. Tiene recursos abundantísimos para convencer y para persuadir tanto como para agradar. Sabe excitar el entusiasmo lo mismo que la indignación; está igualmente pronto para la censura que para el elogio. Habla asombrosamente en todos los tonos y en todos los lugares: en la tribuna, en el *meeting*, en la cátedra; nadie duda de que sería una maravilla su palabra en el púlpito. El apóstrofe vigoroso, las ampliaciones eruditas, los primores del estilo, las perfecciones del lenguaje, la sólida trabazón de los argumentos, la sublimidad de los conceptos, los vuelos más altos de la fantasía, todo le es fácil, todo le es familiar. Desciende, según quiere, á los detalles más prolijos y menudos del análisis, ó resume las cuestiones en las más amplias síntesis. Aunque suele meditar sus discursos, y con la preparación le da mérito extraordinario, improvisa como nadie, y sus improvisaciones son tan elocuentes como sus oraciones preparadas. Su voz, su entonación, sus ademanes, todos los accidentes externos de su persona, corresponden dignamente á los movimientos de su oratoria. Desde su primera palabra hasta la última es dueño absoluto de los ánimos de su auditorio, al que arranca constantemente un tributo extraordinario de admiración y de aplauso.

Pero aun siendo correcto, y perfecto y completo en todo, y el primero incuestionablemente entre todos los oradores, no tiene Castelar la maravillosa corrección gramatical de Alcalá Galiano, ni la frase irreprochable y escultórica de Martos, ni la verbosidad de D. Joaquín

María López y de Moreno Nieto, ni la sobriedad retórica de Ayala, ni el irresistible impetu de Ríos Rosas, ni la autoridad majestuosa de Olózaga, ni la belleza de timbre de voz de Moret, ni la vigorosa resistencia de González Brabo, ni es tan convincente como Pacheco, ni posee la claridad de exposición de Echegaray, ni es igual á muchos en el sarcasmo sangriento, en la mala intención ó en la dañina reticencia, porque su carácter le veda emplear armas que no por malas dejan de ser eficaces y fuertes. Quiere esto decir que son muchos los aspectos distintos del arte de la oratoria, y que por alguno se puede conquistar la primacia, sin que por eso quede menguada la singular y gloriosa preeminencia del más elocuente entre todos los hombres.

En el Parlamento, como en otras partes, puede el que habla proponerse solo agradar; pero el verdadero orador parlamentario no es el que busca el aplauso para los primores de su palabra, sin procurar más resultado, sino el que trata de convencer á sus oyentes comunicándoles sus ideas, ó de persuadirlos haciéndoles participar de sus sentimientos.

Entre los que han usado de la palabra únicamente para agradar, es sin duda notabilísimo ejemplo Alcalá Galiano, por lo menos en sus últimos tiempos, en que el antiguo tribuno de la *Fontana de Oro* era ya más orador literario que político. Los que no lo oyeron, no pueden formar idea clara de aquel género de elocuencia. Hablaba con la entonación segura y la precisa corrección del que lee, sabiendo leer bien. Ni una idea repetida, ni una frase cortada, ni una interrogación, ni un apóstrofe, ni forma alguna de las ordinarias de la improvisación, interrumpía en sus discursos las oraciones correctamente ordenadas, amplias, sonoras, llenas de figuras retóricas, abundantes en incisos que á veces hacían perder por un momento el hilo al oyente, agradablemente impresionado cuando veía en seguida que no lo había perdido el improvisador. El que cerraba los ojos, no podía negarse á la ilusión de que estaba oyendo leer. En la cátedra del Ateneo, cuando tenía éste su domicilio en la calle de la Montera, había un pequeño gabinete detrás de la cátedra, separado por una cortina. Los que asistían allí á un discurso de Alcalá Galiano, aun estando acostumbrados á oírle, sentían esa ilusión. Y cuando, por excepción, tardaba en acudir á sus labios la pa-

labra oportuna, se esforzaba por vencer la dificultad introduciendo uno y otro inciso dentro de la oración principal, hasta que completaba ésta de modo natural y adecuado. En aquellas raras ocasiones, el auditorio sentía temor y recelo que no le habrían causado oradores incorrectos, y que concluían siempre en estrepitoso aplauso al admirar el pasajero inconveniente vencido con fortuna. Pero aunque Alcalá Galiano añadía á los atractivos de la facilidad pasmosa de su palabra los de una erudición extraordinaria, y de un ingenio muy vivo, con que hacia sobremanera recreativos sus discursos, no ostentaban éstos el vigor de una poderosa idea, ó de un ardiente sentimiento, empujados para el triunfo de una doctrina ó de una causa. A veces hasta parecía que á la fluidez de un período, ó á la necesidad de completar una frase, se había sacrificado lo más esencial de un juicio, y que un suceso ó un personaje salían mejor ó peor librados de la crítica, según las palabras que el elocuentísimo expositor había encontrado más á mano para redondear un párrafo.

Cosa muy distinta es la oratoria parlamentaria. En ésta hay siempre lucha, y no tiene lugar sino delante de adversarios. Como en toda contienda, sus movimientos tienen que determinarse en cada instante por los del contrario y los del aliado. El orador ha de estar con su vista y su oído muy atentos para percibir todas las diversas impresiones que se vayan sucediendo entre los que le escuchan, para notar cuantas alteraciones se presenten, por tenues é insignificantes que sean, en el ambiente que le rodea. Como el jugador de espada no puede, mientras combate, separar su vista de los ojos de su adversario, si ha de dirigir bien su brazo y su arma, el orador en el Parlamento tiene que observar en cada instante el estado de ánimo de aquellos á quienes quiere convencer ó persuadir, para apretar, según vaya viniendo, en unos puntos, aflojar en otros, cambiar el rumbo de su razonamiento, amplificar las ideas que sean bien recibidas, condensar las menos afortunadas, reforzar aquellas que importe hacer triunfar y que en el primer momento aparezcan débiles, atender cuidadosamente á que el interés del debate se mantenga, retener al auditorio, mover su espíritu, desarmar al enemigo, y en ocasiones irritarlo para que los amigos apoyen con mayor esfuerzo.

Como la habilidad del orador parlamentario consiste en saber decir, y en saber callar lo que conviene, según el estado de espíritu en que se encuentra su auditorio, en realidad éste es el único juez competente para fallar sobre su mérito. El discurso hecho para recoger felicitaciones por sus bellezas retóricas, puede ser igual para el que lo oye ó para quien lo lea diez años después de pronunciado. El que se dirige exclusivamente á convencer ó á persuadir á una asamblea determinada y en determinado instante, no puede, si realmente corresponde á su objeto, ser apreciado en todo su valor sino por aquellos á quienes está dedicado.

Dedúcese de aquí que el éxito es necesario al orador como al actor dramático. En otras clases de trabajo puede el hombre encontrarse satisfecho con el resultado de su esfuerzo, aunque nadie le reconozca el mérito de su obra; pero el que trabaja con el exclusivo objeto de agradar al público por medio de su arte ó dirigirlo por medio de su palabra, tiene que reconocer que se ha equivocado si no triunfa en esta empresa. Los éxitos de Cánovas como orador parlamentario han sido tantos como sus discursos, pronunciados con admirable profusión durante largo período de tiempo.

También es consecuencia de lo expuesto que sólo son verdaderos oradores parlamentarios los improvisadores. En Cánovas la facultad de improvisar era asombrosa. Muchas veces se le ha visto llegar apresuradamente á uno de los Cuerpos Colegisladores, llamado por sus amigos para terciar en un debate de improviso suscitado, recoger en brevísimos momentos noticias de lo ocurrido y pronunciar en seguida un discurso de hora y media, impugnando lo dicho por sus adversarios y refutando sus argumentos como si los hubiera oído con mucha atención y pudiendo reflexionar profundamente sobre ellos. Y fué frecuente el caso de acudir desde una Cámara á otra para ejecutar igual tarea en la segunda, tratando de algún otro asunto muy semejante en el fondo, pero tan imprevisto como el que le había dado ocupación en la primera. Y esta facilidad de improvisación era tanto más notable, porque Cánovas no empleaba lugares comunes ni salía del paso con declamaciones y frases retóricas de carácter general, sino que se ceñía estrechamente al asunto en cuestión, lo examinaba en todos sus aspectos y lo analizaba en términos tranquilos y serenos.

Evitaba cuidadosamente comenzar sus discursos en tono enfático, y ponía empeño en no ser declamador. Esto era causa de que algunas veces las primeras frases de sus discursos pareciesen algo faltas del debido tono y aun de la facilidad de afortunada expresión que de ordinario ostentaban todas las suyas; pero bien pronto vibraba potente su hermosa voz con sus varoniles acentos. Prefería mantenerse dentro de los límites de la exposición metódica y de las demostraciones analíticas, razonando friamente más que acalorando los ánimos, más amigo siempre de la sobriedad y de la severa dialéctica que de la retórica fácilmente brillante; pero cuando la ocasión lo requería ó cuando un adversario poderoso le estrechaba, nadie le sacaba ventaja en los vuelos más levantados de la fantasía.

Con frecuencia muchas de sus frases se hicieron famosas y proverbiales porque eran, en elocuente resumen, expresión atinada, enérgica, precisa y completa de una situación. Cuando, combatiendo al Gobierno de González Bravo, dijo: «Por el camino que seguís no iréis en paz;» cuando, enfrente de los vencedores, en el período revolucionario comenzado en 1868, exclamó: «Hasta ahora no veo que hayáis conseguido otra cosa que vencer, y yo no me dejo convencer por la victoria;» cuando después de la restauración de la Monarquía legítima, á los que le acusaban, disgustados por su moderación, de que no hacía más que continuar la revolución, les replicó: «Lo que continuamos es la Historia de España;» cuando, interpelado sobre la organización de los partidos, marcó con estas palabras los límites dentro de los que se iba á desarrollar la vida política de España durante un cuarto de siglo: «Mi política habrá fracasado si no me sucede en el Poder el partido fusionista,» daba en sintéticas y afortunadas fórmulas la expresión completa de una censura severa ó de un programa completo.

Desde hacía ya muchos años, la fuerza más grande de su elocuencia estribaba en su autoridad personal. Siempre es esto un factor muy importante en las contiendas parlamentarias. Los argumentos y los recursos retóricos son apreciados en más ó menos, según las simpatías y el respeto que el orador merece. En Cánovas la autoridad personal era, como tantas otras cosas, excepcional. La extraordinaria labor de una larga vida llena de servicios, su

elocuencia soberana, la innumerable serie de sus triunfos parlamentarios, le habían granjeado el entusiasmo de sus amigos, el respeto de sus adversarios y la admiración de todos, hasta el punto de que cada vez que él pedía la palabra parecía que estaba ya ganada en buena lid la causa que se proponía defender.»

Cánovas y las reformas sociales.

por V. C. Creux.

Una de la publicaciones extranjeras acerca de Cánovas que han visto la luz después de la muerte del insigne estadista, es el libro *Antonio Cánovas del Castillo, sa carrière, ses œuvres, sa fin. Etude biographique et historique*, original del Sr. V. C. Creux, é impreso en París á fines del año pasado.

La personalidad de Cánovas está estudiada bajo todos sus principales aspectos, con gran abundancia de datos y con excelente juicio, salvo en contadas ocasiones.

En el capítulo XIV examina el Sr. Creux las opiniones de Cánovas en relación con las reformas sociales.

El principio de este capítulo dice así:

«Durante el período de mando del primer Gabinete de la Regencia, presidido por el señor Sagasta, fué constituida por el Sr. Moret, ministro de Estado, una Comisión parlamentaria encargada de estudiar la situación de las clases obreras y las reformas sociales que convendría implantar en el régimen económico por medio de leyes especiales.

«Era esto adelantarse á los acontecimientos, como ya lo habían hecho otros Gobiernos de Europa, para prevenir ciertas reivindicaciones populares.

«Cánovas del Castillo fué nombrado Presidente de dicha Comisión. Era, en efecto, el estadista español más indicado para un puesto tan honroso, por su larga experiencia y por sus profundos conocimientos en materia de sociología, la ciencia moderna que ofrece en la época actual tan graves escollos para todos los gobernantes.

«Cánovas conocía bien su mundo y su época y no se asustaba más de lo necesario de las necesidades del momento y de las llagas de la sociedad actual, y muy particularmente de la clase obrera.

»Fueran los que fuesen los progresos realizados por el socialismo en España, tenía conciencia de los sentimientos que dominan en este pueblo tan sobrio, tan noble, tan refractario—si exceptuamos en él una infima minoría—á toda doctrina humillante é indigna de la personalidad humana. Reconocía la necesidad imperiosa de velar atentamente para que el trabajador no sufra la influencia malsana del agitador extranjero y para que no llegue á convertirse tampoco en presa de una explotación desvergonzada.

»Asociábase á toda justa reclamación que estuviera encaminada á mejorar la suerte de esa masa laboriosa y honrada, interesante bajo tantos conceptos, pero no simpatizaba con las exigencias arrogantes y bulliciosas de los fautores de desórdenes, de esos falsos obreros que son en todas partes los mismos provocadores, rebeldes al orden y á la autoridad.

»Proclamaba las reformas que juzgaba necesarias para la protección del obrero, pero reprobaba las teorías de los socialistas y de los sociólogos que pretendían imponer sus procedimientos como si éstos derivaran de un principio absoluto: el de aplicar las leyes de protección según los mismos sistemas y con igual medida en todas las latitudes del Universo.

»En cuanto á la línea avanzada del socialismo, la que forma el grupo terrorífico de la destrucción á todo trance. Cánovas negábala todo derecho cívico. La anarquía no debe ser considerada como un partido político. Es una secta perjudicial á los intereses políticos y sociales y que debe ser tratada sin compasión alguna. El deber más elemental de toda sociedad civilizada consiste en defenderse contra esa secta criminal.

»Cánovas, por su actitud de desafío, altiva y resuelta, parecía compartir los principios del ex-canciller de hierro: «La filantropía con los criminales—decía el ministro prusiano—debe ser absolutamente desconocida para los hombres de Estado. Proteged al trabajo, alentad á los trabajadores, pero castigad la rebelión.»

II

LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA

Artículo conmemorativo en el primer aniversario de la muerte del Sr. Cánovas, por D. Conrado Solsona.

Cánovas.

«Hoy cumple el año desde aquella triste fecha en que un asesino extranjero mató al primer orador parlamentario de la España contemporánea, al primer historiador de su tiempo, al gobernante insigne.

Cánovas tenía más estatura que pedestal. Valió más siempre que su partido. Y no quiero aparecer injusto, aunque no lo fuera, extendiendo mi afirmación en otros términos.

Tuvo todas las previsiones que, por haber desconocido su pensamiento, le niegan los adversarios.

Fueron suyas todas las calidades del estadista. Y si en algo pecó—que bien pudo ser más que pecado, conocimiento profundo de los hombres y de las cosas,—si en algo pecó, repito, fué en la gran desconfianza que le inspiraron siempre los medios de que podía disponer.

De aquí su pesimismo. La Historia dirá si era justificado ó no lo era.

Alma de artista, naturaleza de pensador, condición de gobernante, fué el primer convencido de sus aptitudes.

Desde el banco azul la vez primera que fué ministro, habló definiendo la política del ministerio O'Donnell, y habló ya siempre definiendo la política de todos los ministerios.

Superior á Guizot, no sé si fué doctrinario, y pienso que no lo fué; que no lo podía ser quien apoyaba en fundamentos científicos la política liberal intermedia.

Se ocupaba excesivamente en la lectura de los libros y en la producción histórica y literaria de su pluma cuando presidía el Gobierno, porque era más fuerte su vocación á las letras y á las artes que los estímulos que recibía de sus contrarios para mantener la superioridad de sus aptitudes.

Le faltó un rival. Y apareció por eso menos grande.

Reconocido por todos muy pronto como el

hombre singular, su corazón no se conmovió por eso, ni se desvanecieron las facultades de su razón serena. Pareció que lo sabía. Irritaba á las gentes que de tanto se mostrase enterado. Y aquella frialdad con que recibía toda lisonja, y aquello que algunos traducían en falta de agradecimiento para las palabras, era espontánea correspondencia á todas las ingratitudes que recibiera en vida, aunque no fueran tantas las que podía conocer como las que debía ignorar, naturalmente.

Tuvo desde los años primeros la ambición bien fundada, bien sentida, bien manifiesta, bien proclamada. Aquella ambición que Salustio definía como el vicio más cercano de todas las virtudes.

Estimaba como nadie los méritos, y hablaba bien de los ajenos cuando no le escuchaban los interesados. Delante no halagó la vanidad de nadie jamás.

Conocía y penetraba con ingenio agudísimo las obras de Goethe, que fué para Cánovas el mayor de los poetas incrédulos; y las de Virgilio, que fué, según su dictado, el mayor de los poetas gentiles; y las de Dante, el mayor de los poetas cristianos; y así educado en semejante escuela é influido por las supremas leyes de un gusto intelectual irreprochable, aborrecía la adulación hasta para corresponderla.

Si fué excesivo en algún elogio, ni lo usó para los colocados por la fortuna en asiento más alto, ni para los otros que parecían iguales, sino que lo escribió para aquellos que podían en su compañía pasar á la historia, y no sé si por derecho propio tendrían en ella lugar muy señalado.

Sus promesas se cumplían al mismo tiempo que se iniciaban. Su palabra era una obligación escrita, y no hizo á la de nadie más honor que á la suya.

Su trato íntimo no necesitaba para ser afable y cariñoso sino de la discreción del favorecido. Hablaba de manera única, y muchas veces él solo, y más y mejor cuanto más seguro se creía de que era bien entendido.

Si ese convencimiento le faltaba, enmudecía. Y entonces toda la elocuencia de la palabra la transmitía á los nervios.

No hubo orador de voz más simpática, ni más original polemista en sus juicios; ni más amena conversación ni más interesante que la mantenida por él en todo momento y

ocasión. Juvenal de los salones, se parecía á Mirabeau en la desproporción de los éxitos y de los atractivos de la persona.

Vino con la Restauración á continuar la Historia, y la historia de España no se podría escribir prescindiendo de Cánovas.

Prescindiendo de Cánovas, sería más difícil todavía escribir la historia del partido liberal conservador.

Las influencias de su saber y de su autoridad requerían alguna asimilación de sus enseñanzas para llevarlas bien, porque pesaban mucho.

Cuando era preciso escribir algún documento solemne, lo encomendaba á la pluma de Ayala, como aquella alocución en que el rey Alfonso XII, victorioso, se despedía del ejército del Norte, acabada la guerra, y de regreso á la capital de la monarquía.

Cuando había que hablar en los instantes supremos y en los momentos difíciles, pedía él la palabra, y yo creo que por dos impulsos: instintiva y necesariamente. No lo podía remediar.

Académico de todas las Academias; condecorado con todas las condecoraciones, sin la vanidad de pedir las y sin la vanidad de rechazarlas; presidente de todas las Juntas, y director de todas las Sociedades, parecía aplicada á él la célebre sentencia: «Donde esté Cánovas, estará la cabecera.»

Era un literato que heredó el estilo de Estébanez Calderón y de Saavedra Fajardo. Confiesa muchas veces que el arcaísmo dulce le enamoraba. Lo mejor suyo como prosa y como estilo es para mí, y lo dije cien veces en el viejo Ateneo, *La campana de Huesca*. Últimamente ha elogiado este libro, como á mi pobre juicio merecía, la pluma crítica de Menéndez Pelayo. ¿Quién moverá sus definiciones?

Socialista del Estado, en perfecto acuerdo con la doctrina cristiana, creía, aun cuando en otra forma lo dijera, que la democracia individualista atildada y teorizante era el elemento lírico del derecho, y la democracia socialista el elemento trágico.

Gran historiador, conoce y hace la filosofía de la Historia, escribe rectificando á sus antecesores, adivina á los que le estudian, y no es un crítico que araña como las mujeres, sino que si es preciso, muerde como los leones.

Narra los combates de los ejércitos como Thiers. Juzga y afirma como si fuera testigo

presencial de los acontecimientos. Y no es de aquellos que escriben la Historia bajo palabra de honor de ser cierto lo que dicen, y á los que tanto aborrecía D. Vicente Lafuente, sino de los otros que agotan los archivos y las bibliotecas de papeles y pergaminos que reconocer y examinar.

Planteó los problemas de las ciencias morales y políticas, y los dejó resueltos con un criterio de conciliación y de armonía.

Sus discursos del Ateneo constituyen un fidelísimo resumen del estado del pensamiento en Europa durante los últimos años.

Sus libros son muchos y buenos. Y merece preeminente lugar en la historia patria, porque no se llevó al otro mundo ningún secreto. Ni el de sus adversarios, ni el de sus amigos. Bien lo saben todos los que lo quisieron averiguar.

Ningún secreto dije, pero no es cierto. Pidal afirmó en su notable discurso sobre Cánovas, si no recuerdo mal, que tenía prevista la solución del problema de Cuba; pero que á nadie la había comunicado.

Muchos son los que creen firmemente que no hubiera ido á la guerra.

Los doce años del reinado anterior; la Constitución vigente penetrada de un gran sentido jurídico, frente á la filosofía de la Constitución de 1869; sus definiciones políticas, sus dotes gobernantes recuerdan, pensando en Cánovas, á los grandes ministros de Carlos III.

Del orador no hay que hablar.

Había que verle y había que oírle.

Lo que he dicho en otra ocasión, lo repito ahora. Y vuelvo á decirlo, recordándolo como si le oyera...

—Es una tarde de tempestad. Sagasta le acomete. Castelar le maldice. López Domínguez le amenaza. Los republicanos le juran públicamente su aborrecimiento. La tribuna le es hostil y las de orden están llenas de exdiputados, á quienes ha demostrado con toda evidencia que no tienen distrito. El presidente pone una cara que desconueta á todas las pinturas del techo y á todos los amigos del Gabinete. No hay más esperanza que la del naufrago y la del agonizante; la que sólo se pierde con la vida. Fuera del Congreso el motín; dentro el escándalo; vecina la disidencia; y el frío que acorralla y entumece en todas las filas y en todo el campo de la política liberal-conservadora. Cuasi desean los suyos que lo

derroten. Poco menos se quiere que llevarle al hospital desde el hemiciclo. Hombres combatidos hubo en la Historia; pero más que él, en las tardes del cólera, de los sucesos en la Universidad y del cierre de las tiendas, más que él entonces, ninguno.

Y solo, sin ejército, sin generales, sin espada; reclinado á la cabeza del banco azul, nervioso como lo estuvo desde el primer momento en que los rayos del sol hirieron su retina; gesticulando con los dedos y sacudiendo la muñeca y afirmando los lentes sobre la nariz; golpeando alternativamente con el bastón el pupitre y el asiento, la frente más despejada, la cabeza más erguida, la mirada más penetrante, los gestos más distintos y más pronunciados, el oído más avizor y la boca más callada, oye y piensa y discurre y medita, y parece que se siente el latir de su cerebro y el ruido de su discurso... Proceso intelectual desconocido, trabajo ni compuesto ni adivinado, fabricación maravillosa del entendimiento.

Cánovas no mira á nadie, no contesta entonces á nadie, no consulta ni algún apunte que comenzó á tomar y se arrepintió de haber creído que lo necesitaba; y cuando todo el plomo ha caído á sus pies, y todas las centellas sobre su frente, y la última condenación del adversario no se ha extinguido todavía, en medio del éxito del enemigo y del ruido de los entusiasmos y del terror de los atónitos, que no tienen más fuerza que el voto ministerial, afirma sus manos sobre el pupitre, crispa los dedos, levanta el hombro caído, sacude la cumplida manga de su levita, vuelve á afirmar los lentes, mira por cortesía á la presidencia, baja en el acto la cabeza, y antes de permitirle que descanse sobre el pecho, dice con voz clara, sonora y vibrante:

—¡Pido la palabra!

Ya no hay ruidos, ya se oye todo en el salón del Congreso.

Deshace los apuntes sin leerlos, desmenuza todos los cargos sin dejar uno, argumenta contra el orador y contra la doctrina, rueda la frase en sus labios con flexibilidades inesperadas siempre, dice las cosas como únicamente se pueden decir, y vierte las ideas más en son de advertencia para que las aprenda el que las oye, que á modo de contestación para los conceptos que no la merecen probablemente.

Dialéctico ejemplar y modelo, lleva la discusión donde quiere y como quiere, y pole-

mista de recursos inagotables, discute de buena fe, más rara porque no se usa mucho en las contiendas políticas, y de tal índole, que podrían ponerle excepciones los metafísicos, pero de ninguna manera los gobernantes.

No hace exordios, ni se recomienda á las gentes, ni recoge las alabanzas del que las rinde primero para recibir las más tarde.

Se le adivina cuando va á terminar. Parece que discurre con más lentitud, y es que reúne todas las energías. Se produce como cuidando más la frase, y es que procura presentar de una vez todo su pensamiento. Simula dificultades para herir por sorpresa. Y su última oración brota esculpida con todas las perfecciones gramaticales, y animada con todo el vigor de su inteligencia.

Cuando termina, sentencia y falla...

Fué inscrito en todos los Institutos, distinguido con todas las distinciones y agraciado por todos los Gobiernos con todas las gracias, honores y títulos.

Escribía en sus relaciones particulares á pocas personas; pero á quien le llamaba amigo no le faltó jamás su carta cariñosa en las tristes vicisitudes de la vida.

También hizo versos. Mejores que los de Cavour y mejores que los de Bismarck y mejores que los de Narváez. ¡Quién sabe si Cánovas los escribió para más acreditar su prosa íntima, audaz y dominante!

Recuerda á Cicerón, que fué orador, jurisconsulto, hacendista, poeta, historiador y hombre de Estado.

Por otras analogías, á Alberoni y á Florida-Blanca.

Cánovas no fué un hombre ni una aptitud; sino que fué un partido, una política y una época.

Inquirir y averiguar únicamente su influencia en la legislación de su tiempo, es empeño plausible, pero es empeño modesto.

Como legislador fué más grande, porque supo abstenerse de legislar excesivamente y supo respetar lo legislado.

Como político no dejó herederos.

Como orador no dejó semejantes.

Como literato fué clásico en sus gustos y en sus teorías.

Habló como nadie, porque no imitó á ninguno.

Y otros escribieron mejor que él, porque él se empeñaba en escribir como escribieron otros.

Como historiador es el primero.

Como poeta, no se oyeron mejores versos que los suyos en la presidencia del Consejo de ministros desde los tiempos de Martínez de la Rosa.

Y hombre del aula, y del Parlamento, y de las Academias, y de los salones, no le fué ajena manifestación alguna de la vida de su tiempo.

Y muerto ya, bien creo que somos más de los que le seguimos y le admiramos, los que decimos ahora por unas ó por otras razones:

— ¡Si Cánovas viviera!

8 de Agosto de 1898.

Con el mayor gusto reproducimos el anterior notabilísimo artículo del Sr. Solsona.

SEGUNDO ANIVERSARIO

1899

I

LA ÉPOCA

en su número del 8 de Agosto de 1899:

La obra de Cánovas.

«No hacemos biografía, ni historia contemporánea, al volver el pensamiento, en el luc-

tuoso aniversario de la muerte del Sr. Cánovas del Castillo, á la noble y alta figura de aquel gran español. Su obra principal como político, el sentido y carácter que su poderosa voluntad imprimió á la restauración de la Monarquía nacional, subsiste, está viva, es la base y fundamento de todo el orden presente de cosas; ella justifica la esperanza de que la Patria ha de superar la actual crisis como su-

peró las de 1704 y 1806 y 1833 y 1873, en las que tan próxima é inminente llegó á parecer la disolución.

La Monarquía constitucional afirmada, la paz pública consolidada en el interior, una legalidad común establecida mediante la Constitución de 1876, alabada por los extraños. partidos monárquicos con distintos principios habilitados para turnar en el ejercicio del poder, una inusitada suavidad de costumbres políticas y una gran tolerancia práctica reemplazando á la intransigencia y al exclusivismo, todo eso que aún no se ha perdido en el naufragio de nuestra reputación, constituye, como hemos dicho, la base de la situación actual y es obra de Cánovas del Castillo, que sobrevive á su autor.

Llamámosle «gran español», porque si pudieron igualarle algunos de nuestros hombres públicos del período constitucional en dotes de estadista, en aptitudes especiales, ninguno le excedió ni acaso le igualó en el vivo amor que profesó á su Patria, afecto alimentado por incesante estudio de su historia y literatura; ninguno tuvo tan alta idea como éi de las energías nacionales, ni tanta confianza en el porvenir.

Altamente injusto nos pareció siempre el dictado de «pesimista» que le dieron sus adversarios. Uno de los asertos que con mayor frecuencia repetía Cánovas del Castillo era el de que nunca en la Historia, con haber hecho en ella nuestro país en los siglos XVI y XVII tan brillante papel, España llegó á alcanzar el grado de prosperidad en producción, comercio, población, riqueza, etc., que en nuestros días. ¿Era esto vivir en el pasado, abandonarse al pesimismo? Si tras de esa afirmación venía la de la relativa desigualdad que establecían los progresos que en los tiempos modernos han verificado otros pueblos de Europa y América, muy superiores á los nuestros, ese juicio exacto no contenía la menor dosis de pesimismo, pues se fundaba en la realidad.

El actual Embajador en París, ocupándose en reciente conversación en las impresiones que respecto de nuestro país después de la derrota y de la pérdida de las colonias prevalecen en el extranjero, lamentaba, como hace poco el duque de Tetuán, el tristísimo efecto que allí produce la falta de alientos de que damos pruebas la mayoría de los españoles, al

repetir que España camina hacia la suerte que cupo al caballeresco reino de los Jagellones. «En fuerza de oír tal especie—añadía aquel diplomático—acabarán por creerlo los que, ante nuestra derrota, conservaron la esperanza de vernos levantar de nuevo.»

Hemos sostenido siempre que si Cánovas del Castillo hubiese vivido un año más, no hubiese ido á la guerra con los Estados Unidos, cuya gran superioridad material (y aun la moral como pueblo nuevo, con ideales y convencido de que la Providencia está de su parte y le dispensa especial protección) conocía perfectamente; y hemos de añadir que, aun en el caso de que sus poderosas inteligencia y voluntad no hubiesen podido evitar el conflicto ni sus ineludibles consecuencias, la fe en España y el amor que Cánovas la profesaba eran tan grandes, que nunca hubiese desesperado del porvenir.

Bajo su gobierno y por su iniciativa é impulso acababa nuestro país de verificar dos tan magníficos esfuerzos, que habían dado al mundo una gran idea de nuestra vitalidad. En 1876, persuadido Cánovas del Castillo, por el estudio que había hecho de la guerra carlista de 1836 y por la observación de la actual, de que los esfuerzos de parte del Gobierno para ser fructuosos habían de ser de conjunto y simultáneos, en vez de graduales, como fueran hasta allí, reunió, organizó y puso en movimiento tres ejércitos considerables que, bien mandados y provistos de todo, después de operar aisladamente en el Centro, en Cataluña y en las Vascongadas, se concentraron en territorio de las últimas, aplastando en Elgueta y Miravalles las fuerzas del carlismo.

Diez años más tarde, aquel gran esfuerzo de España, aquella prueba elocuente de sus energías y valor hecha para concluir la guerra civil en la Península, se repetía en la isla de Cuba, con la esperanza de dominar la insurrección colonial y de conservar á España aquella joya de su Corona, último resto de su glorioso dominio.

No porque los generales á quienes Cánovas del Castillo confió la empresa, y que eran entonces los de mayor reputación, los que la voz pública designaba, no pudiesen conseguir el éxito apetecido, se ha de desconocer que los esfuerzos colosales llevados á cabo por la Metrópoli, particularmente el acierto, diligencia y pericia técnica desplegados en la movilización

ción y transporte á inmensa distancia de más de doscientos mil hombres, fueron un alarde de vigor que llamó justamente la atención de Europa y que puso muy alto el nombre de nuestro país.

Juzgando á *posteriori* y haciendo recaer sobre Cánovas del Castillo responsabilidades que no le corresponden, no falta ahora quien repita que fué un error enviar á Cuba tan grande número de tropas. No reparan esos criticos que la actitud en que se colocaron desde el principio los Estados Unidos trazaba para la acción de España en la isla un plazo muy corto, que era preciso utilizar.

Lo que lógicamente puede deducirse de aquel hecho, es que á Cánovas no se le ocultó nunca el peligro inmediato del conflicto con la gran República americana; de cuya premisa puede deducirse igualmente que la hubiese evitado, una vez adquirido el convencimiento (para lo que no hubiesen sido precisos sino dos ó tres meses después del 8 de Agosto) de que la pacificación no se conseguiría por ninguno de los medios empleados.

Hemos indicado *lo que queda* de la obra política de Cánovas del Castillo, después de haber dado este gran hombre su vida en Santa Agueda en holocausto del orden social. Lo que queda de dicha obra, lo que sobrevive á Cánovas es casi todo lo actual; lo que está sirviendo para sacar al país adelante en la terrible crisis que atraviesa: la institución monárquica independiente y superior á las luchas de los partidos, la Constitución respetada como legalidad común; el Parlamento, si combatido, aceptado como instrumento necesario para las reformas y la reconstitución de la Hacienda.

Podemos añadir que las dos grandes demostraciones de vitalidad hechas por nuestro país en 1876 y diez años más tarde no se han borrado de la memoria de los políticos de Europa, no han sido perdidas, no las ha eclipsado totalmente el fracaso en la guerra exterior y marítima que, al cabo de todo, ha sido mucho menor y de menos trascendencia que el que padeció Francia en 1870. No tiene suficientes motivos para negarse á sí propio y su historia, ni para entregarse al pesimismo y á una tendencia suicida al país que, entregado á sus propias fuerzas, á las que el territorio peninsular ofrece, verifica esfuerzos como los citados. Que la paz restaure sus alientos, y los he-

chos á que aludimos contribuirán poderosamente á conservarnos el prestigio y á garantizarnos el respeto y la estimación que desde 1876 disfrutábamos en el mundo.

Los conservadores, los que tuvimos el honor y la fortuna de tratar al Sr. Cánovas del Castillo, repitamos hoy, 8 de Agosto, como tributo pagado á su memoria, que de todos los españoles, él hubiera sido el último (de haber Dios prolongado su preciosa vida) que hubiese desesperado.

* * *

En el propio número, bajo el epígrafe *Las Memorias militares del Marqués de la Mina*, y después de recordar el legado de 25,000 pesetas que dejó el general marqués de San Román con destino á la publicación de las referidas Memorias, de cuya ejecución encargó á los Sres. Cánovas del Castillo y Rodríguez Villa, publicó las hermosas páginas trazadas por la pluma del gran estadista español —son palabras de dicho periódico,—cuyo recuerdo, nunca extinguido, avivaba, añadía, la fecha de aquel día, segundo aniversario de su alevosa muerte.

II

EL PROTECCIONISTA

El 10 de Agosto de 1899 escribió lo que sigue:

¡Dos años!

«Dos años han transcurrido desde que las balas de un traidor extranjero pusieron fin á la existencia del insigne estadista D. Antonio Cánovas del Castillo; y si el tiempo lo medimos por las catástrofes sufridas, nos parecerá que han pasado doscientos.

Aquella figura grande, inmensa, á la que la Historia en su día tejerá espléndida corona de oro, desapareció del mundo de los vivos cuando más necesitaba la Patria de sus energías, de sus talentos.

Apagado aquel portentoso cerebro, nada más que desastres vergonzosos hemos tenido. España, en el transcurso de dos años, ha perdido al hijo ilustre que tanto la honrara, y el soberbio imperio colonial, tan codiciado por el extranjero...

Hoy, cuando más se nota el vacío, difícil de llenar, que dejara el asesinado en Santa Agueda, somos pocos los que vertemos una lágrima ante su tumba; somos pocos los que murmuramos una plegaria por su alma.

¡Triste realidad la de esta mísera vida! Los que ayer doblaban el espinazo ante la figura del eminente hombre de Estado, los que re-

cibían sus mercedes, hoy le olvidan, porque hoy necesitan doblarse ante otra figura, sí de menos, muchísimo menos relieve, que también reparte mercedes y gracias...

A la viuda del grande hombre, que en silencioso retiro llora, enviamos respetuoso saludo, envuelto en fervorosa oración salida de lo más hondo de nuestra alma.»

TERCER ANIVERSARIO

1800

I

LA ÉPOCA

CÁNOVAS DEL CASTILLO.—8 DE AGOSTO DE 1897

Tercer aniversario.

La figura de D. Antonio Cánovas del Castillo es de las que, como las de Cavour y Bismarck, crecen á medida que pasa el tiempo.

Los que fueron sus adversarios políticos contribuyen á eso tanto como los que fueron amigos ó subordinados. Contribuyen también los sucesos acaecidos desde el día 8 de Agosto de 1897, tan grandes, tan funestos para nuestro país, que á cada momento se echa de menos al estadista que hubiese podido oponerse á tal corriente.

El tercer aniversario del crimen villano de Santa Agueda llega en circunstancias particulares. Cuando ocurrió aquél, no faltó en la prensa europea, no obstante lo hondo de la impresión, quien apuntase que el asesinato tenía, en algún modo, carácter de represalias, ni quien excitase á cierta blandura para con los anarquistas. Hoy, la tribuna inglesa y la italiana: lord Salisbury, jefe del Gobierno británico, y el Sr. Saracco, que lo es del de Víctor Manuel III, repiten con la opinión en Europa juzga con peligrosa benevolencia de las empresas anarquistas, y que el móvil que más contribuye á ellas es el afán de notoriedad de los afiliados en esa secta.

Cayó bajo el revólver de uno de esos faná-

ticos Cánovas del Castillo por ser una eminencia, una figura de importancia europea; por el ruido mismo que había de producir su caída, no porque fuese partidario de la represión á todo riesgo, ó indiferente á la condición y á la suerte de la clase popular, la más numerosa de la sociedad. Era hombre que, en su vida privada, como en la literaria y en la política, tributaba culto al sentimiento, anteponiéndolo alguna vez á la razón de Estado, como lo prueba el haber conservado hasta la vejez las amistades que trabó en la juventud. Y entre esos sentimientos, el de humanidad y la compasión hacia el desvalido ó hacia el perseguido con injusticia no podían faltar en su pecho. Sin odio fué asesinado por Angiolillo, como sin odio, por máximas de perversión y anhelo de insana notoriedad, había caído antes que él el presidente Sadi Carnot y sucumbieron después la inocente Emperatriz Isabel y el caballeroso Monarca Humberto I.

Precursor fué Cánovas del Castillo del actual Gobierno de España en las reformas sociales y en las leyes del trabajo, encaminadas á la defensa de la niñez y de la mujer empleados en las fábricas y en las minas, y á la del obrero mismo en su ancianidad. Había hecho un estudio profundo del socialismo en nuestros tiempos, como lo atestiguan sus *Problemas contemporáneos* y el ensayo dedicado á *La Internacional*; y ciertamente que los medios que propone para atajar ese mal no consisten principalmente en el empleo del rigor y de la fuerza.

Como pensador, la idea á que rindió más

fervente culto D. Antonio Cánovas fué la de «Patria». Facilísimo sería coleccionar párrafos de escritos ó períodos oratorios de Cánovas dedicados á definir, caracterizar ó sublimar la Patria, como se está haciendo con otros del Sr. Castelar. A todo la antepuso aquél, distinguiéndola con gran acierto de « Pueblo » y « Nación », y juzgándola base de la existencia de la última. Amaba tanto á la suya el Sr. Cánovas, que en ese cariño encontramos la mejor respuesta á los que le tachan de pesimista en historia y en política. Nunca desesperó del porvenir, ni creyó imposible la regeneración. Estudiaba la historia como ciencia experimental, bajo todos sus aspectos, la interna como la externa, la militar y la diplomática, la de las artes y la de las ideas, buscando la realidad de las cosas y las leyes de los sucesos, por lo mismo que tenía presente su aplicación. No es de un pesimista la frase «venimos á continuar la Historia de España», que pronunció á raíz de la Restauración.

La obra política del Sr. Cánovas del Castillo, hemos dicho otras veces y repetimos en el tercer aniversario de su muerte, no ha desaparecido, como alguien ha dicho; subsiste en sus rasgos fundamentales. Ella ha influido no poco en que esta Nación salve sin luchas civiles, sin preponderancia del elemento revolucionario, la temible crisis de la guerra extranjera y de la desmembración del territorio. La Monarquía liberal y popular; la política conservadora, distinta y diferenciada de la reaccionaria; el prestigio del Parlamento, á pesar de las imperfecciones del sistema electoral; las relaciones de concordia entre los partidos monárquicos habilitados para turnar en el poder; la desaparición ó desuso de la vieja teoría de los partidos ilegales, sustituida por la más prudente de no ser ilegales sino las acciones; todo ese edificio nuevo, levantado en los primeros años de la Restauración conforme á la mente y al anhelo patriótico del Sr. Cánovas, secundado por el jefe del partido liberal, está en pie hoy día; y contra sus cimientos se estrellan las embesitadas de los partidarios del pasado, como las de los que quieren la revolución.

El Gobierno del Sr. Silvela, continuador de aquella obra, y los grupos conservadores, resueltamente canovistas, pero que se mantienen respecto del primero en actitud independiente, debieran, á lo que creemos, tener

presente lo que acabamos de expresar: aquél, para procurar con toda eficacia y como fin principal de su política reintegrar el partido conservador en su primitiva unidad; éstos, para anteponer las ideas y los hechos á las personas y á los motivos personales, aun siendo legítimos. Hacerlo así, sería mostrarse todos dignos de recoger la herencia y de proseguir la obra de D. Antonio Cánovas del Castillo.»

* *

A continuación de este artículo reprodujo *La Epoca*, en gran parte, el del Sr. Gómez Baquero, que dejamos copiado de la *España Moderna* (pág. 85), y después el siguiente del señor Pérez de Guzmán:

Tercer aniversario de la muerte del Sr. Cánovas del Castillo, en Santa Águeda.

Al cumplirse hoy el tercer aniversario del trágico drama que tuvo lugar en Santa Águeda el 8 de Agosto de 1897, la opinión de todo el mundo se halla de nuevo penosamente impresionada por el doloroso y reciente efecto de otro drama no menos trágico y sensible: el del asesinato del Rey Humberto I de Italia, en Monza.

Derivados de una misma causa agitadora, el anarquismo, estos sangrientos sucesos han venido á herir las sociedades y los gobiernos mejor constituidos, con una periodicidad fatídica y con una frecuencia aterradora. Primero Sadi Carnot, ilustre y supremo magistrado de la República francesa; después Cánovas del Castillo, el insigne estadista español á quien su patria debía tan beneméritos servicios (1), como á Bismarck Alemania, co-

(1) El distinguido autor de este artículo ha publicado otro recientemente en el número de *La Epoca* correspondiente al viernes 11 de Enero de 1901, titulado *Los Estadistas Españoles del siglo XIX*, en que después de manifestar que bajo el concepto del arte de la palabra puede llamarse aquel el siglo de la elocuencia tribunicia española, citando en su apoyo á Castelar, que ha inundado el mundo y ha sido la voz de las modernas democracias gobernantes, á Martínez de la Rosa, Torano, Argüelles, Calatrava, Olózaga, D. Joaquín María López, Donoso Cortés, Alcalá Galiano, Pacheco, Pastor Díaz, Sagasta, Calvo Asensio y Cánovas del Castillo, á quien llama el Rey de todos los oradores políticos, que absorbía absolutamente la palabra como absorbía el pensamiento de la Restauración, viene á decir que, detrás de este deslumbrador espectáculo del arte por el arte, las aptitudes que constituyen los ver-

mo á Cavour Italia y como á Thiers Francia ; tras Cánovas del Castillo, la inerme y triste Emperatriz Isabel de Austria, y frustrada la tentativa de Sipido contra el Principe de Gales, ahora el Rey Humberto de Italia, á quien, tanto por sus prendas personales como por su amplia significación en el seno de las democracias emancipadas, debía considerarse exento de estas terribles sentencias.

«...daderos hombres de Estado no estuvieron en la misma graduación. A continuación expone la razón de este juicio suyo diciendo que el siglo que se ha ido lo hemos pasado en organizarnos, desorganizarnos y volvernos á organizar, y si los hombres que han tenido, añade, «ya iniciativas, ya disposiciones para hacer prácticas estas iniciativas, prendas de carácter ora para promover las perturbaciones que han precedido á todo movimiento reformador, ora para superar esas perturbaciones, sin duda alguna han mostrado con alguna frecuencia verdaderas condiciones de hombres de gobierno y aun de administración, en cuestiones de hombres de Estado la deficiencia ha sido asombrosa. Para imponer el orden ó promover el desorden, desde 1834 hasta 1875 hemos contado con exceso con espadas aventureras y con espadas dictatoriales. Ya Córdova, después de Mendigorría, soñó en el papel de dictador. Se lo arrebató Espartero, como á Espartero Narváez en Torrejón de Ardoz. Creada la escuela, ¿qué fueron sino dictadores militares O'Donnell, Prim y el duque de la Torre? Bajo estas dictaduras se llevaron á cabo las reformas constitucionales y las reformas administrativas que dieron fama inmortal á Moyano con la de Instrucción pública, á Mon con su sistema tributario y á Bravo Murillo con su liquidación de la Deuda Nacional. ¿Pero era esto todo?»

«Ninguno de nuestros hombres de gobierno abordó, en este terreno, un plan más extenso y más completo de reorganización y reforma que el de Cánovas del Castillo después de 1875, secundado en leal concordia por Sagasta, con Alonso Martínez y con sus demás ilustres cooperadores. ¿Pero era esto todo? ¡Ah! Durante todo el siglo que acaba de transcurrir no hemos tenido tiempo, ni lo han tenido nuestros hombres de gobierno, para medir el planeta más allá del pequeño espacio que se cierra entre la inaccesible mole del Pirineo y el profundo foso del Estrecho de Gibraltar. Por eso hemos carecido de un hombre completo de Estado (*). Nuestra miopía ha sido tan densa, que ni aun siquiera supimos derramar una mirada atenta para la guarda de los últimos vestigios de nuestro pasado imperio que nos quedaban. En empresas exteriores, ¡cuánto error! Jamás supimos aliarlos á las empresas que determinaban los caminos del porvenir. ¡No fuimos á Oriente en 1854! ¡No fuimos al Rhin en 1871! En cambio, fuimos á las puertas de Roma en 1849; fuimos con Francia á Cochinchina á abrirle el camino del Oriente que nosotros nos íbamos á cerrar; fuimos con Francia á Méjico para cerrarnos el porvenir en América!

Despertemos: ya es hora de despertar.»

Solo añadiremos: á buena hora.

(*) Hay que tener en cuenta el país.

Cuando hace pocos días el telégrafo nos comunicaba la sangrienta tragedia de Monza, ni un momento titubeamos en protestar del crimen y en enviar á Italia la sincera y cordial asociación de nuestro duelo. Cuando ciertas réprobas indulgencias comenzaron á atenuar la responsabilidad del crimen, acudiendo á esas sensiblerías del corazón que equivalen á una encubierta condescendencia con el horror del hecho criminoso, salimos á la defensa de la augusta víctima, rectificando las imputaciones malignas que con la pretendida miseria de Italia se echaba entre el acto delincuente y el nefando sacrificio. Y, ciertamente, nos correspondía esta conducta, que no era una simple consecuencia de la lealtad de nuestros principios, sino un impulso que recibíamos de parte de la verdad y de la justicia. Pero al recordar, aún abiertas las heridas que han cortado al Rey Humberto el hilo de la existencia, aquellas otras imputaciones que sobre la víctima ilustre de Santa Agueda, cuyo luctuoso sacrificio hoy se conmemora, fraguaron otras malignas sugerencias y fueron admitidas hasta por los que por su posición en el mundo de la publicidad tenían el deber imperioso de ser prudentes y cautos, no podemos dejar de sentir una viva amargura, aunque creemos que es la ocasión de formular las defensas que á su tiempo impidió el tumulto de los sentimientos impresionados.

Delante tenemos un haz de periódicos italianos de Agosto de 1897. Ninguno se salvó de la sugestión de aquellas condescendencias, que hoy Italia consideraría como una ofensa si sobre el cuerpo ensangrentado del Rey Humberto en cualquier país amigo se adoptasen por regla de conducta. Todos cayeron en el lazo de la malignidad, y, cuando aún se repasan aquellos escritos, que quedan vivos en las colecciones de los periódicos, como documentos del tiempo, se nota con tristeza que de sus últimas conclusiones en el drama de Santa Agueda, la virtud fué la del reo, y que, para ellos, el reo verdadero fué la ilustre y sangrienta víctima. Acudamos al ejemplo, y puesto que ningún lector de *La Epoca* habrá que no entienda como de lengua propia treinta líneas escritas en italiano, reproduzcamos algunos párrafos como salieron en la prensa de Italia.

La Tribuna, de Roma, del 10 de Agosto de 1897, dos días después del asesinato de Cánovas

vas del Castillo, así decía en su artículo titulado *Gli attentati anarchici*:

«Tra i fatti specifici e contingenti che hanno dato e danno occasione alle imprese feroce dell' anarchismo, noi poniamo primo di tutti il sistema efficace di ripressioni che i Governi credono ciecamente ad impedire la rinnovazione di quelle imprese. Nessuna indulgenza per il delitto; su questo tutti gli uomini onesti sono d' accordo; ma nessuna concessione egualmente a quello spirito di reazione, il quale allontana, per naturale ed ingenta tendenza, le masse dal reggitore della pubblica cosa.

«Ora queste masse sono uno dei coefficienti più poderosi dell' opera tutelatrice del Governo. Il loro nome é: opinión publica, ne l'opione publica accompagna i violenti, soprattutto quando sa che più utile della legge, la cui osservanza scrupolosa scenda dag' alto come pioggia benefica á letificare le popolazioni, e ad innamorarle dell' ordine.

Noi parliamo qui di un attentato feroce in Spagna. Ebbene chi ci saprebbe dire quanta parte, abbia avuto, quanta influenza abbia esercitato per determinare quel delitto l'opera del Governo iberico di fronte agli anarchici di Monjuich? I lettori ricordano la descrizione orribili delle torture inflitte á costoro nelle carcere di Barcellona; ricordano il rebrezzo provato di tutta l' Europa civile per un processo militare che evocava i tempi più tristi dell' Inquisizione; ricordano che perfino un ufficiale spagnuolo, il quale aveva preso parte come giudice in quel proceso, assalito dai rimorsi, finí per suicidarsi. Ebbene, *poste queste dolorose memorie, á risposto coi discorsi rilentí pronunciati á Parigi, il giorno stesso dell' assassinio di Cánovas del Castillo, nessuna meraviglia che l'attentato trovi una delle sue cause specifiche, come abbiamo detto, nel metodo di repressione inumano ed illogico che fu applicato agli anarchici barcelonessi.*»

«Nell'assassinio di Cánovas del Castillo hanno dunque una gran parte di responsabilità gli stessi uomini politici di Spagna.»

Al recordar estos párrafos de *La Tribuna*, de Roma, de 1897, y otros de otros periódicos italianos de ideas tan monárquicas como *La Tribuna*, no habíamos de pretender entrar en estos momentos de intenso dolor para Italia en una polémica, tardía é inoportuna, con

nuestro colega de Roma, que hubiera de entenderse por algunos prestaba armas de justificación á aquellos criminales, cuyos excesos hemos anatematizado siempre con todo nuestro espíritu. Ni siquiera podría tener este recuerdo el menor átomo de recriminación. Pero, al par que el del dolor de Italia, hoy nos abruma otro recuerdo, que más de cerca nos toca, y que mantiene viva en nuestra alma la llaga de su pérdida sangrienta con la de los infortunios que tras ella ha sentido la Patria.

Toda Europa consintió en 1897 hacer sobre el cadáver del Sr. Cánovas del Castillo la propaganda de justificación de aquel crimen, que en los *meetings* de París, en los congresos de Zurich y en el espíritu de toda la Prensa incauta, hasta de *La Tribuna*, de Roma, vino á dar al reo del crimen de Santa Agueda cierta insensata disculpa que, á su vez, se convertía en el cargo de severa responsabilidad que *La Tribuna*, de Roma, fulminaba contra *gli stessi uomini politici di Spagna*. Con esta responsabilidad quería atenuarse el infame asesinato del ilustre Cánovas. Aprovechemos hoy, en el tercer aniversario de su sacrificio, el luctuoso drama de Italia, y en presencia del cadáver ensangrentado del Rey Humberto, proclamemos que en el asesinato vil del 8 de Agosto de 1897 en Santa Agueda el crimen que se perpetró no reconoció más causa que la terrible é incógnita sentencia que hirió por el anarquismo, contra la sociedad viviente, á Sadi Carnot, á la Emperatriz Isabel, al Rey Humberto.

Esta justificación hace tres años la reclama desde su sepulcro nuestro insigne hombre de Estado Cánovas del Castillo. Ríndasela la primera la Italia del Rey Humberto, sumida hoy en las mismas lágrimas por la tragedia de Monza, que la España de Agosto de 1897 por la tragedia de Santa Agueda. ¡Nosotros no queremos para Italia la cadena de duras pruebas que sobre España ha pesado desde la fecha luctuosa que hoy por tercera vez conmemoramos!»

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.

II

LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA

En su número del miércoles 8 de Agosto de 1900, escribió lo siguiente:

Cánovas.

«Hace tres años que fué asesinado en Santa Agueda.

La muerte no lo hace más grande. Lo hizo más necesario; porque vivo no tuvo rival, ni tiene, muerto, sucesor.

Quedaron sus enseñanzas. Y también es homenaje á su memoria recordarlas á todos los gobernantes.

Decía en sus libros:

* * *

«No hay derecho para intervenir en las cosas de los demás hombres, juntos con nosotros en nación y patria, sin deliberadas y formales doctrinas á que se ajusten, hasta donde posible sea en la práctica, todos los actos.»

* * *

«A los hombres de Estado como á los generales háceles falta el instinto, la intuición de la inspiración súbita de cuál sea el menor de los males, y de cuándo hay que echar las dudas de la razón á un lado para entregarse por extremo recurso al fallo imparcial, aunque ciego, de la suerte.»

* * *

«La libertad es realmente mucho más inevitable que útil en el moderno régimen social.»

* * *

«Niego yo el libre albedrío nacional y la voluntad nacional que se pretende ejercitar en votaciones ó asumir en las asambleas políticas, reconociendo, sí, á las naciones por señoras de sí mismas, pero á ellas íntegras y en su gran vida histórica; que no á ninguna minoría de habitantes de uno ú otro sexo, ni siquiera á ninguna mayoría ébria, pasajera-mente seducida ó de cualquier modo extra-viada.»

* * *

«La política no es más que el arte de realizar en cada momento histórico aquella porción del ideal del hombre que taxativamente permiten las circunstancias.»

* * *

«Los siglos alteran menos ciertas cosas del mundo, de lo que el orgullo de cada generación imagina.»

* * *

«La justicia, alma del cuerpo social, no lo ha desamparado aún, porque no está infaliblemente declarado el bienestar físico por único fin del hombre.»

* * *

«Ciegas son en apariencia, y en realidad nadie tiene mejor vista que las armas.»

* * *

«Si los pueblos latinos aprenden difícilmente á ser libres, más difícilmente aprenderán á ser escépticos.»

* * *

«No es pesimista quien confía en la intervención de la providencia en la Historia, y quien no es pesimista de nada debe especulativamente espantarse.

»Llenos los optimistas de alegres cuanto fútiles pensamientos, y poseidos de esperanzas insustanciales, son ellos los que siembran de ordinario la inútil semilla que produce la mala yerba.

»Los pesimistas achican y entristecen la vida; pero no la corrompen.

»La realidad no es pesimista ni optimista.»

III

EL HERALDO

También en su número del miércoles 8 de Agosto de 1900, se expresó así:

Cánovas.

«Hoy hace tres años que cayó en Santa Agueda, víctima de un infame atentado, Cánovas del Castillo, en quien se reunían los prestigios del talento, de la voluntad y del patriotismo.

En estos días, en Europa se ha citado el nombre ilustre de Cánovas más de una vez en todos los Parlamentos. Se le ha presentado, con razón, como á uno de los representantes más eminentes del derecho constitucional y parlamentario moderno.

Por eso nuestro deber es honrarlo y enaltecerlo y recordarlo, y mucho más en esta triste hora actual en que todo derecho está suspendido, y el Parlamento cerrado y velado, y las libertades, que eran parte de nuestro ser nacional, en completo olvido.

Cánovas ocupa toda la historia de este último cuarto de siglo. El había respetado, aunque no querido, los principios de la democracia, y la prescripción de la libertad que él estableciera se ha interrumpido por sus menguados herederos.

Lloremos su muerte, que á eso, hasta á echar de menos sus faltas ó sus errores, nos conduce el funesto Gobierno del Sr. Silvela.»

IV

EL NACIONAL.

Del mismo modo que *La Epoca*, *La Correspondencia* y el *Heraldo*, consagró á Cánovas, el 8 de Agosto de 1900, los artículos que trascribimos:

Cánovas.

«Raro es el periódico que consagra algunas líneas á la memoria de Cánovas, con ocasión del aniversario de su muerte. Ni siquiera la coincidencia de esta fecha con la última infamia del anarquismo, ha servido de ocasión para el recuerdo. Parece como que todos sienten algo de remordimiento, y apartan deliberadamente la imaginación de aquella grande figura y de su trágica muerte.

Desde que pasó á otra vida, puede decirse que apenas se le ha mentado para otra cosa que colocar en su cuenta los errores de los vivos.

Mas no acaece un suceso de alguna importancia en España, sin que la memoria de las gentes deje de evocar las grandes energías y el supremo talento de aquel genio.

Todo se antoja pequeño después de su muerte, así los hombres como las cosas de la vida pública. Desaparecido él, abrevióse la tierra española y á su nueva medida se acomodaron los hombres que la gobiernan.

Alguien habrá que en esta triste fecha recuerde con más cariño la memoria del asesino que la del mártir.

Pocos, muy pocos, habrán elevado hoy sus oraciones al cielo al pie de los altares donde la ilustre viuda rinde culto á la memoria del grande hombre. Triste ejemplo de la ingratitud humana; pues si cumplieran con esa obligación cuantos aprovecharon las mercedes que él repartió en vida, con mano más pródiga que justa, se habrían henchido los templos de Madrid donde esta mañana se celebraron las misas de aniversario.

La severa imparcialidad de la Historia tejerá la corona inmortal de Cánovas. Y ella dirá cómo esta grande nacionalidad española se hundió con él en los abismos de la nada.

Mil recuerdos se agolpan á nuestra mente, y otras tantas heridas se nos reverdecen con torpe pasión de encono. Pero desde aquel sereno lugar donde moran las grandes almas, pensamos que la de Cánovas estimará como mejor ofrenda los perfumes de la misericordia que los arrebatos del odio.

Demos el día de hoy á la oración fervorosa y al cariñoso recuerdo jamás extinguido ni debilitado en esta casa de *El Nacional*, donde todo se llena de la memoria de su aliento y todo se rinde al culto de aquella inmensa figura.»

Recuerdos tristes.

Hoy hace tres años que murió asesinado Cánovas del Castillo.

No vamos á repetir ahora el grito de dolor que entonces exhaló nuestro pecho: quedeu encerrados en él los sentimientos de admiración, de gratitud é intimo afecto, que huyen, cuando son sinceros, la exhibición clamorosa; pero séanos dado interrumpir hoy el espacio de silencio que ha abierto la Historia en torno del hombre ilustre antes de pronunciar sobre sus altos hechos el juicio de la posteridad.

Hace más profundo y dilatado ese silencio el estupor que han producido en todos nosotros las inverosímiles catástrofes que inmediatamente después afligieron á la Patria, especie de funerales de Cánovas, no por haber llegado en pos de su muerte, sino porque á causa de ella sobrevinieron.

Nada más evidente. Tal contradicción existe entre esas tremendas desgracias y lo que él era y significaba; tan incomprensible parece que durante su vida se hubieran verifi-

cado, que al través del polvo amontonado por las ruinas se desvanece algo la figura del gran hombre, é imaginamos que pertenece á otra generación y que influyó en ya remotos acontecimientos.

Si: tenemos la convicción profunda de que Cánovas hubiera evitado lo único que allí hubo de absurdo y de funesto, aquella guerra suicida emprendida con la evidencia de la derrota. Imposible justificarla. Sean cualesquiera los peligros que, aceptándola, pensarán evitar quienes entonces dirigían nuestra política, todos eran incomparablemente inferiores al desastre inevitable, á esta situación tristísima en que falsamente se imputa á España no sabemos qué impotencia y degeneración, cuando no hubo en el fondo de aquellos hechos sino uno de los mayores escándalos de la historia, el despojo brutal é insolente, un caso de fuerza mayor, ejercida por todas las naciones, autoras ó cómplices, contra una sola. ¿Erale posible triunfar á ésta, aunque en vez de España fuera la víctima elegida Inglaterra ó los Estados Unidos?

Pero ni tales peligros existían. Soñáronlos ánimos apocados, entendimientos miopes, desconocedores del pueblo que gobernaban. Faltó entonces un gran corazón, un gran prestigio, que hubiera dicho la verdad al país y defendido oportunamente y con viriles acentos ante la conciencia universal, menos sorda de lo que el vulgo cree, los fueros de la justicia y de la moral; y caso de no haber sido eso bastante, faltó un hombre que, dispuesto al sacrificio, hubiese sufrido su propia ruina antes que labrar, no evitando la guerra, la ruina de su patria. Nadie ignora que ese era Cánovas del Castillo.

¿Se nos motejará de que estas consideraciones son estériles miradas retrospectivas, sólo eficaces para remover las cenizas del incendio? Tanto peor para quien lo piense, que no vibrará mucho en su corazón la cuerda del patriotismo. La muerte de Cánovas trajo la catástrofe; pero también hubo de traer su posible remedio. Su obra inmortal, la Restauración y la Regencia, resistieron sin conmoverse el choque de la adversa suerte, sin que los extravíos de la conciencia pública ni los apasionamientos de la política echaran á mala parte la desgracia, ni convirtieran, como en trances semejantes ocurrió en otras naciones, en deshonorosas convulsiones epilépticas la

dignidad y compostura con que deben sufrirse los dolores de la Patria. ¿A qué se ha debido tanta ventura? Engendraronla la paz de los espíritus y el profundo sentido histórico, ó de la realidad, en que desde la Restauración viene fundándose, de ordinario, la gobernación del país y la vida del Estado, todo ello obra exclusiva de Cánovas del Castillo.

Hizo más. El construyó los sólidos moldes de una política que continúa y triunfa después de su muerte, fielmente practicada por los que fueron sus enemigos. Abi están si no esos dos grandes partidos, envidia de otras naciones, poderosos instrumentos de gobierno, disciplina y cauce de toda ambición é influencia legítimas, firmes entrambos á despecho de las injurias del tiempo, y tan arraigados todavía en la economía social y política de nuestra sociedad, que resisten hasta la crisis gravísima del cambio de jefatura. Prueba de ello, el partido conservador capitaneado por el discípulo más aprovechado de su fundador insigne.

A tal aprendizaje, á su propósito de conservar las grandes líneas, y también las pequeñas de la política canovista, debe sus éxitos el señor Silvela.

Por eso ensanchó la base del partido en la formación de su primer ministerio, como aquél hizo en 1874. Lo que hay es que al fin había de conocerse cuánto va del discípulo al maestro, como, en efecto, se conoció cuando dió entrada en su credo al regionalismo y en el Gabinete á Durán y Bas, de lo cual, y por haber rectificado á Cánovas, hubo bien pronto de arrepentirse. Por eso también es transigente, sólo que, falta de previsión, por no serlo á tiempo, parécelo en demasía. Por eso procura inspirarse en la opinión, aunque no siempre lo consiga; y por lo mismo, además, acude para rehacerse al Parlamento, fiando mucho á su palabra, que toma, á veces ¡tanto le imita! la grandilocuencia canoviana, é inventa estupendas teorías para su uso particular.

Y no hay que hablar de soberbia, aunque disimulada, ni de desplantes, porque el jefe del Gobierno copia á su modelo hasta en los defectos que, con razón ó sin ella, se le achaban.

Fáltanos espacio para continuar la demostración de esta tesis, que para algunos resultará extraña.

En resumen: Cánovas sobrevive á su muerte, no porque clasificado entre los inmortales haya pasado á la Historia, sino porque vive en sus obras, en esa labor de forma de vida social, tan ardua y difícil de suyo que sólo es dable realizar á los varones sublimes. Entre otras muchas cosas, todo nuestro orden político lleva por fundamento grabada la marca de fábrica que hubo de imprimirle el continuador ilustre de la Historia de España.

¡ Ah! ¡ Cuánto perdió la Patria al perder al estadista eminente! La lógica terrible del anarquismo contemporáneo tuvo más exacta aplicación y engendró resultados más funestos en el crimen de Santa Agueda que en el de Monza; aquí un rey caballero ha sido glorificado con el martirio; allí lo fué un grande hombre. En medio de su dolor la nación italiana ha podido pronunciar esta frase salvadora: ¡ El Rey ha muerto; viva el Rey!

Nosotros no podemos exclamar: ¡ Cánovas ha muerto; viva Cánovas! »

R. C. y L. (1)

El Nacional añadía á continuación lo siguiente:

« El anterior artículo, debido á la pluma de un ilustre hombre público, merece un lugar en nuestras columnas por lo que tiene de justo en honor de Cánovas.

Mas contiene otros juicios políticos, que respetamos sin poder compartíroslos. La advertencia es casi inútil; pero nos cumple estamparla.

En momento alguno nos sería grato elogiar á los herederos forzosos de Cánovas del Castillo; mucho menos en esta triste fecha, cuando todo nos invita á su execración. »

(1) Corresponden estas iniciales á las del Sr. D. Rafael Conde y Luque.

SECCIÓN TERCERA

Periódicos políticos, literarios y de noticias de las provincias

No podemos reproducir ni aun extractar en los más de los casos cuanto se escribió en los periódicos de provincias con motivo de la muerte del Sr. Cánovas del Castillo, porque eso nos obligaría, como indicamos en otro lugar, á la publicación de varios volúmenes. Ni siquiera podemos dar noticia completa de todo lo escrito en las capitales, por no haber encontrado ejemplares cuando nos ocurrió la idea de este libro, y dicho se está que, con raras excepciones, tampoco hemos tomado nada de los periódicos que ven la luz en poblaciones que no son capitales de provincia (1). Notabilísimos artículos encontrará, sin embargo, el lector en esta Sección de dicha prensa, permitiéndonos llamar la atención acerca de los publicados en Málaga, Murcia, Barcelona y Gerona. Al final de lo relativo á esta última capital se inserta uno de su colaborador en Barcelona, D. Casimiro Comas y Domenech, que merece nuestros más sinceros elogios, debiendo tributarlos también á la señora doña Emilia Pardo Bazán, por su artículo en *La Ilustración Artística de Barcelona*, titulado *La Tragedia*.

Periódicos de Alava

i

EL ANUNCIADOR VITORIANO

El 9 de Agosto, día siguiente al del crimen de Santa Agueda, publicó el artículo que á continuación copiamos:

(1) En general nos atenemos, creyéndolo suficiente, á los datos que no sin trabajo hemos podido reunir, pues así como de algunas capitales nos vimos favorecidos con

Muerte de Cánovas.

• El infame atentado que ha dado fin á la preciosa vida de D. Antonio Cánovas del Castillo en el balneario de Santa Agueda, ha producido, hasta en los propios enemigos del ilustre estadista, dolor intensísimo y una explosión de indignación contra el miserable asesino.

» ¡Y cosa extraña y que demuestra cuán necesaria se creía aquella existencia para la nación española y para las bienandanzas de la Patria! Sobre la honda compasión que inspira el hecho atroz de ver caer indefenso ante el revólver de un asesino al hombre de Estado, que busca en la soledad de un balneario escondido entre montañas descanso á graves y pesadísimas tareas; sobre la lastimosa impresión que produce la idea del dolor terrible que ha de causar á la viuda la inesperada desgracia; sobre las amargas reflexiones á que se presta el ver deshecha por modo tan brutal y sangriento una existencia que merecía el fin más tranquilo y glorioso, los nobles egoísmos del patriotismo han puesto la consideración de la perturbación inmensa que la muerte del jefe del Gobierno y del partido conservador puede producir en los intereses de España.

» Al perderlo, todos, amigos y enemigos, han comprendido que con D. Antonio Cánovas del Castillo se ha hundido para siempre el

coleccionadas completas de los periódicos que se publicaban á la sazón, de otras sólo obtuvimos algunos números por no haber ejemplares de la totalidad, y aun en la *Biblioteca Nacional*, á la que tuvimos que recurrir más de una vez, no encontramos siempre lo que buscábamos en sus colecciones, porque también en ellas faltan ejemplares.

cerebro privilegiado que había dado y podía dar soluciones para los más grandes y perturbadores conflictos; la voluntad de hierro que, cuando lo crítico de las circunstancias lo exigía, se imponía á todos trazando rumbos inflexibles, pero siempre acertados, y aquel incomparable patriotismo al cual supeditaba todos sus actos el insigne estadista, y que como si fuese cifra y compendio de toda su existencia, se ha condensado en el ¡Viva España!, únicas palabras pronunciadas al caer mortalmente herido.

«No son la emoción que el hecho criminal nos causa y la indignación que contra el asesino y la inicua secta á que está afiliado sentimos, ni los temores que nos asaltan de que toda la prodigiosa labor política, económica y administrativa pueda verse cortada sin hallar sucesores que llenen el vacío que deja, á propósito para permitir á la pluma extenderse en la triste tarea de hablar del ilustre finado; por eso con lágrimas en los ojos damos fin á estas líneas, pidiendo á Dios misericordia para España y eterno descanso para el preclaro varón, que empleó toda su existencia en obsequio á la felicidad de la Patria.»

La muerte de Cánovas.

«Si en una localidad cualquiera aparecieran chacales y panteras, es indudable que todos los medios que se emplearan para concluir con tales fieras estarían justificados; de otro modo no se podría vivir, y habría que abandonar el país á las furias de las bestias dañinas.

«En la sociedad actual han aparecido fieras más sanguinarias que las panteras y chacales, los anarquistas, que sin reparar en nada lanzan sus bombas explosivas en cualquier punto de reunión de ciudadanos, ó asesinan villanamente lo mismo al representante de una gran república que al hombre de Estado de una Monarquía.»

«Es general el sentimiento que el vil atentado de Angiolillo ha causado; y amigos y enemigos, haciendo justicia al eminente patriota asesinado en Santa Agueda, reconocen sus condiciones de carácter y su inteligencia preclara; para todos los espafíoles, el señor

Cánovas del Castillo era un talento superior y un insigne estadista.

«Caiga, pues, rápido, inmediato, terrible, el castigo sobre el asesino del Sr. Cánovas, aunque para ello fuera preciso, que no lo es, violentar los procedimientos; pues sobre todas las leyes está la salud del pueblo.»

* * *

El propio periódico, en su número del 12 de Agosto y primer artículo, encabezado con las palabras «No es suficiente», aludiendo á que no lo es para garantía de la sociedad aplicar al asesino de Santa Agueda la pena de muerte, añadía: «No cabe comparar lo que vale un miserable con lo que representa la inteligencia superior que su mano arrebató á la patria.»

* * *

Por último, el 15 del propio mes, también en su primer artículo titulado *Nota discordante*, aludiendo á Salmerón, á quien califica de importuno y petulante, por haberle oído decir que Cánovas era un político doctrinario, sofista y sin talento, y que los comentarios que se han hecho á su muerte son producto del carácter meridional de nuestro pueblo, le contesta diciendo: «No, Sr. Salmerón; los comentarios y el sentimiento unánime de España por la pérdida del gran estadista son reconocimiento explícito de sus méritos y superior talento.

«Esté seguro el Sr. Salmerón de que el día en que él muera, y ojalá sea muy tarde, la España no será meridional para lamentar su pérdida, porque la desdicha que significa para su familia no lo será para la patria española.»

II

EL ALAVÉS

El periódico tradicionalista, en su número del 9 de Agosto, escribió lo que sigue:

Plumadas del día.

«El acontecimiento del día, la verdadera nota saliente, la que ayer y hoy ha constituido la nota de actualidad, ha sido el asesinato del que fué Presidente del Consejo de Ministros: D. Antonio Cánovas del Castillo.

»Estando en el balneario de Santa Agueda un anarquista ó un loco disparó dos tiros de un revólver, matando al jefe del Gabinete conservador, á uno de los principales factores de la Restauración, á uno de los más valiosos sostencs de la dinastía, á un hombre que personificaba al partido conservador.

»La noticia, como supondrán nuestros lectores, se supo rápidamente en toda la población; pero con tal confusión de detalles, que á la hora de retirarnos sólo sabíamos que el atentado se había hecho por un italiano. » Extracta después lo que refiere la prensa; pero antes dice: « El hecho de la muerte de un Ministro no es de gran trascendencia, cuando la víctima tiene fácil sustitución; pero cuando, como en el caso presente, se trata de un hombre que además de presidir un Gabinete es jefe de un partido, el suceso reviste extraordinaria gravedad, el trastorno en las esferas oficiales es inmenso, la trascendencia del caso es verdadera.

»No podemos dejar pasar en silencio este acto criminal, ese repugnante hecho.

»Lo condenamos con toda nuestra energía. Pero al propio tiempo no podemos menos de conocer que el que siembra vientos recoge tempestades; los Gobiernos que toleran las propagandas infames de los enemigos de la religión vienen á recoger como amargo fruto los crímenes de los pervertidos. »

III

EL DIARIO DE ÁLAVA

Este periódico, integrista también, publicó en su número del día 10 lo que copiamos á continuación:

« A los muchos crímenes que en los tiempos de libertad padecemos, y se van sucediendo, con horror y espanto de toda persona que no se halle despojada del instinto social de humanidad, hay que añadir uno nuevo: el perpetrado el domingo por la tarde en la persona del Presidente del Consejo, D. Antonio Cánovas, en el balneario de Santa Agueda, en Guipúzcoa.

»Creemos que ante crimen tan execrable toda persona bien nacida sentirá levantarse en su conciencia el grito de la más vehemente indignación, y en más alto grado si, como nos-

otros, abriga en su alma sentimientos verdaderamente católicos.

»Ante tan reciente y espantoso atentado no estamos en el caso de entrar en investigaciones y apreciaciones sobre el génesis de estos crímenes, perpetrados en las personas de los Reyes y de los jefes de los Estados modernos, tanto en Europa como en América.

»La opinión general los atribuye á la masonería, porque vulgarizados ya los secretos de esta secta infernal, han llegado á conocimiento de todos sus procedimientos inicuos.

»Pero sea de esto lo que quiera, claramente se desprende que una sociedad civil, en la cual tan frecuentemente se suceden tan alarmantes atentados, padece honda enfermedad moral, no es una sociedad sana.

»Esto es lo cierto. El mundo político moderno está entregado en cuerpo y alma á las doctrinas disolventes del racionalismo, y como consecuencia, á la práctica franca y descarada de las libertades de perdición. »

.....

El mismo periódico, en su número del miércoles 11 de Agosto, al dar cuenta del paso por aquella estación del cadáver, decía: « Tristeza y abatimiento horrible despierta en nuestro ánimo cuadro tan desconsolador. Tristeza que se traducía, como se traduce hoy, en protesta viva y enérgica contra los crímenes de esa hidra que se llama anarquismo.

»Pero al mismo tiempo las reflexiones que nos sugerían el asesinato del Sr. Cánovas eran no menos tristes.

»Los políticos liberales hállanse sobrecogidos de espanto, y la prensa liberal de todos los matices protesta sin considerar ¡desgraciados! que ellos han sido los padres de la criatura, y que los vientos que ayer sembraron producen las tempestades actuales.

»La caridad y el nombre de cristianos exige de nosotros que ante la tamaña desgracia que hoy aflige á la familia del Sr. Cánovas enviemos nuestra súplica al cielo por el alma de dicho señor, al propio tiempo que protestamos una y mil veces contra ese monstruo, que hoy trata de concluir con la sociedad y con su legítimo padre el liberalismo.

»¡ Oh liberalismo, que tantos males produces! ¡ Maldito, maldito seas! »

IV

LA CONCORDIA

Este periódico, demócrata fuerista, después de hacer constar en su artículo de fondo de serle muy simpática al Sr. Cánovas la ciudad de Vitoria, y que era su director, D. Juan Apraiz, aunque enemigo acérrimo del mismo, no podía menos de confesar que era un sabio estadista, y aménísimo en su trato, que no podía ser más agradable, añadía después: «A la salida de los toros circuló el domingo la noticia, que bien pronto fué del dominio de toda Europa, de haber sido cobarde y traídoramente asesinado el Presidente del Consejo de Ministros.

«Confirmado lo que todos nos resistíamos á creer, empezamos á recibir telefonemas urgentes de Madrid, y aunque hubiéramos dado un suplemento, no lo pudimos hacer por no haber sido posible encontrar á tiempo cajistas ni repartidores, enseñando esos telefonemas á buen número de amigos para que el público los conociera.

«Lo ocurrido con toda clase de detalles lo sabe todo el mundo, y no hemos de reproducirlo. Protestamos con todas las energías de nuestra alma de la agresión de que ha sido víctima el Presidente del Consejo de Ministros (cuyo autor, para honra nuestra, no es español), tanto más por haber elegido como escena de su acto de demencia al noble é hidalgo suelo vascongado.»

Pasaba luego á reproducir los telefonemas y telegramas, y últimamente, entre varias noticias, decía:

«La prensa de todos los matices califica de infame el atentado, y los periódicos liberales se muestran durísimos contra el infame asesino, que ha privado á España de un hijo ilustre.»

V

LA LIBERTAD.⁽¹⁾

En el número correspondiente al 10 de Agosto, primera columna, publicó una biografía

(1) No hemos podido consultar el número correspondiente al 9 de Agosto, por no haberlo podido obtener en Vitoria, ni encontrándolo tampoco en el tomo correspondiente de la Biblioteca Nacional.

del Sr. Cánovas del Castillo, diciendo, después de referir las noticias recibidas por teléfono y telegráficas acerca del suceso de Santa Agueda, lo que sigue:

«En la capital donostiarra han quedado eclipsadas ante el asesinato de Santa Agueda todas cuantas cuestiones distraían actualmente la atención de la opinión pública. El tema de todas las conversaciones es tan desagradable suceso, siendo muchos y variados los comentarios que se hacen acerca de las consecuencias más ó menos graves que podrá tener la desaparición del Sr. Cánovas del Castillo.

«La marejada política que se advierte es grande, y á juzgar por ese movimiento extraordinario es de suponer que un cambio político siga á la muerte trágica del señor Cánovas.

«Esta es la opinión que domina hoy por hoy entre los políticos residentes ahora en San Sebastián.»

En su número del 11 de Agosto añadía:

De política.

«El infame asesinato del Sr. Cánovas—decíamos el lunes (cuyo número no hemos podido consultar)—producirá consecuencias que no pueden preverse por el momento.»

Siguió ocupándose en los días siguientes con muchísima extensión de este asunto, y en el núm. del 14, en un artículo que titulaba *El problema político*, escribía:

«Cerrada la tumba que guarda los restos del Sr. Cánovas, preséntase más apremiante cada día que pasa la solución del problema político.

«La muerte inopinada del jefe del Gobierno ha puesto á éste en una situación de interinidad, y no es posible dure mucho tiempo. La misma circunstancia de ser tan activo, tan personal, tan suyo y exclusivo el papel que el Sr. Cánovas desempeñaba en el Gabinete, hace que éste no pueda mantenerse largos días sin que soluciones concretas abran á su vista caminos que, por desconocerlos hoy, no pueden seguirse inmediatamente. Y aun este obstáculo preséntase al partido conservador todo, del que el Sr. Cánovas era alma y esencia, casi irremplazable por lo tanto, y tan difícil de sustituir, que aun extendiendo los límites de la agrupación, no es empresa sencilla dar con la persona que sostenga sobre sí la pesada carga que tan espinosa misión representa...»

VI

EL SEMANAL

Decía el 14 de Agosto :

« Una vez más el asesinato ha sido empleado como un medio político.

« Ahora ha sido objeto de infame y cobarde atentado, nada menos que el Presidente del Consejo de Ministros del Gobierno español, D. Antonio Cánovas del Castillo, desgracia que, si es deplorable por recaer en persona tan distinguida, no lo es menos por tratarse de un hombre de las condiciones excepcionales de talento é ilustración que resplandecían en el asesinado.—R. I. P. »

Periódicos de Albacete

DEFENSOR DE ALBACETE

Este periódico bisemanal, dedicó en su número del 12 de Agosto su artículo de fondo á

La muerte de Cánovas.

« Todos los periódicos, sin distinción de matices políticos, han publicado, en los últimos días, artículos necrológicos, ensalzando las grandes virtudes y el preclaro talento del Sr. Cánovas del Castillo.

Desde que se conoció el atentado de que fué víctima, el domingo último, el señor Presidente del Consejo de Ministros, no han tenido los labios de los buenos españoles, que en esta ocasión lo son todos, sino palabras de execración contra el infame criminal que traidoramente ha cortado la existencia del eminente estadista que regía los destinos de nuestra Patria.

Son estos momentos de desgracia para España. Viste de luto la Nación por la muerte del Sr. Cánovas del Castillo.

Si el pesar que nos aflige, por lo inesperado del suceso, dejara libre nuestra razón para pensar acerca de las consecuencias de este hecho extraordinario, seguramente nos expresaríamos con gran pesimismo. No parece sino que el destino viene acumulando desgra-

cia tras desgracia, aumentando los males de un modo considerable.

Pero en estos momentos de suprema angustia es cuando hay que demostrar el patriotismo, no oponiendo obstáculos que vengán á entorpecer la marcha regular de la vida de la Nación.

Y así como al elevar al cielo nuestras oraciones por el alma del Sr. Cánovas, estamos unidos por el sentimiento del dolor, debemos juntar también los corazones, guiados por el amor á la Patria, á fin de evitar otras desgracias que pudieran sobrevenir.

Nuestro deber ahora es ayudar al Gobierno constituido, apoyándolo de un modo resuelto, para que dé solución á los gravísimos problemas planteados.

De este modo, prestando al Gobierno todo el concurso necesario para que resuelva las cuestiones pendientes, siguiendo la norma trazada por el Sr. Cánovas, habremos tributado el mejor recuerdo á su memoria. »

A continuación escribió lo siguiente :

D. Antonio Cánovas del Castillo.

« Por ser de actualidad, á continuación copiamos algunos trozos de la biografía del ilustre expresidente del Consejo, tomados de la obra *Semblanzas de políticos*, del distinguido escritor D. Conrado Solsona (1).

Estamos delante de la primera figura de la Restauración.

Delante del español que más tiempo y más pacíficamente ha regido los asuntos de su país.

Delante del académico de todas las academias y del presidente de todas las juntas y del director de todas las sociedades.

Parece ya confirmada la célebre sentencia. Donde esté Cánovas, cualquiera que sea el lugar que se le destine, allí estará la cabecera.

Es el primero, y á falta de rivales que oponer á todas sus aptitudes, parece el único.

Castelar, Martos y Salmerón pueden ser tan oradores como él y más en ocasiones precisas y en momentos determinados, pero ninguno tan polemista.

Mejor que él saben los pleitos Montero

(1) Aunque este trabajo se semeja mucho al que hemos reproducido del mismo autor en el *primer aniversario* de la muerte de Cánovas, conteniendo párrafos iguales, son escritos distintos.

Ríos, Alonso Martínez, Silvela y Gamazo; pero no saben mejor las leyes, ni más original y rápidamente las interpretan. Cánovas ha encontrado en el Derecho penal vigente la ilegalidad de las propagandas republicanas.

—Ten entendido, le decía otro grande hombre amigo suyo, que nuestros abogados insignes, alguno también de tu propio partido, no están conformes con semejante interpretación del Código.

Así le decía Castelar, y contestaba Cánovas:

—¿Y qué importa eso? Los abogados de nota saben bien el derecho civil, que es el derecho de los ricos, pero no saben el Derecho penal, que es el derecho de los pobres.

Se cuenta que ejerciendo en cierta ocasión la presidencia del Consejo de ministros llegó á Palacio y le obligó un grande de España á dejar el bastón de junco en el momento de acercarse á la cámara del rey. Cánovas dejó el bastón.

Pero á las veinticuatro horas estaba reformada la etiqueta interior de Palacio, y á las cuarenta y ocho Cánovas pasó delante del grande haciendo molinetes con el bastón.

Sus libros constituyen una enciclopedia. Merece página preferente en la Historia de España, porque se morirá sin llevarse al otro mundo ningún secreto; ni el de sus amigos.

Cuarenta años le guardó el suyo á uno que fué ministro.—Cuarenta años, dijo, le he guardado el secreto á ese hombre.—Al fin no pudo callar más tiempo y lo dijo.

¡Su amigo era tonto! Y no lo sabía nadie más que Cánovas.

Asistió á un entierro, miró la pompa, conoció á todos los personajes del duelo, hizo el recuento de la ilustre comitiva y volviendo la mirada al féretro donde iba el cadáver, le preguntó al que tenía á su lado:

—¿Pero se ha muerto el del ataúd ó me he muerto yo?

Y no hay que hablar del orador, porque los más encarnizados de sus enemigos todos, y tampoco le faltan, confiesan unánimemente que es un orador parlamentario sin rival en las Cámaras.

Hay que verle y hay que oírle.

Cánovas hablando es Napoleón á caballo.

Deshace los apuntes sin leerlos, desmenuza todos los cargos sin dejar uno, argumenta contra el orador y contra la doctrina, rueda la frase en sus labios con flexibilidades inesperadas siempre, dice las cosas como únicamente se pueden decir, y vierte las ideas más en son de advertencia para que las aprenda el que las oye, que á modo de contestación para los conceptos que no la merecen probablemente.

Todo lo que sabe lo tiene en los labios, todo lo que dice baja dicho de su propio pensamiento, todo lo que piensa son recuerdos y todo lo que recuerda es lo que ha digerido su gran estómago moral, lo que guarda y conserva en la extraordinaria capacidad de su cerebro, lo que es suyo por natural aptitud ó lo que se ha apropiado con un talento de asimilación incomparable.

* * *

El mismo periódico de Albacete, en su *Crónica* ó artículo de fondo del día 15, escribió lo que copiamos á continuación:

«La muerte de Cánovas. No se habla de otra cosa, no hay otro suceso nacional.

El telégrafo con su laconismo llevó la noticia al mundo entero, y el mundo entero lamentó la desgracia.

Cánovas llenaba con su nombre la historia de la Restauración; Cánovas brillaba con luz propia en la política europea; Cánovas había rebasado el límite de nuestras fronteras para ser en el mundo un estadista ilustre.

De todas partes telegramas, de todos los pueblos mensajes de dolor, en toda España el duelo de la Nación, en todos los países cultos el sentimiento de nuestra desgracia.

Parecen ahora reunirse todas las voluntades y todos los deseos en glorioso conjunto y apoteosis merecida del genio de Cánovas.

Salió de una esfera humilde; era pobre por su bolsillo, era modesto por su fortuna, pero allá en su cerebro vivía una inteligencia poderosa, y el talento es el mayor de los poderes de la tierra, y la soberanía del genio es la más grande de las majestades humanas.

Ha muerto después de haberlo sido todo. Ni la ambición podía atormentarle, ni la vanidad envanecerle.

Le respetaban amigos y adversarios, le hacía justicia la opinión de todos los pueblos cultos.

Como Bismarck, como Moltke, como Franklin, como Cavour y como Thiers, su nombre fué discutido, sus actos comentados, sus palabras y su vida expuesta al juicio del mundo, unas veces apasionado en su favor y otras en su censura, ensalzado un día como el primer estadista de Europa y deprimido al siguiente por la mordedura de la envidia ó el aguijón del odio.

Su palabra se imponía siempre. En momentos de tempestad era el gigante que dominaba los peligros y desafiaba las tormentas; en las horas de calma era el pensador profundísimo, el talento incomparable, el cerebro privilegiado, la palabra maravillosa que recibía los aplausos y acogía los entusiasmos como el tributo merecido y el homenaje necesario.

No pudo ser vencido por el trabajo, había sabido resistir las angustias de una situación difícilísima y penosa; ni los insomnios, ni la lucha, ni la labor del cerebro, ni las tareas del Gobierno, ni el peso de los años, ni el desgaste de la inteligencia; nada había podido abatir su espíritu valeroso, el vigor de su alma y las fuerzas de su cuerpo.

Anciano ya, no sentía los descorazonamientos del desengaño, ni las angustias de la debilidad. Enérgico para todo y para todos, su voluntad quería el vasallaje y sus convicciones no sabían transigir.

Amante de su patria, ha vivido trabajando por ella hasta el último momento y fué el luchador no vencido jamás por la razón de sus adversarios ni por la guerra de sus enemigos.

La traición le mata y el anarquismo le asesina. Una secta maldita y un criminal infame privan á España de una de sus mayores glorias. El odio de los enemigos de la sociedad le arroja á la tumba, el duelo de todos los hombres honrados acompaña su memoria.

Un desalmado le quita la vida, y el mundo entero condena al asesino.

Su patria le envía coronas, sus amigos le lloran, su familia siente las tribulaciones amariguísimas de la desgracia.

En las gradas del trono y en la casa del menestral produce emoción su muerte.

Dicen que era orgulloso, que la soberbia era su defecto; yo creo que no hay tal cosa, yo creo que las envidias sociales inventan las faltas para generar la censura, yo creo que es tan grande la malicia humana que supone á veces aquello que no existe para dar pasto á la murmuración y comidilla á la crítica.

Una sola vez he hablado con Cánovas y puedo decir que lo encontré afable, cariñoso, modesto. Ni el despego del hombre vanidoso, ni el desdén altanero del engraido, ni la sequedad autoritaria del déspota, nada de eso pude ver en Cánovas, que tenía y tuvo siempre la conciencia de su poder, el señorío de su talento, el hábito de mando y la costumbre de imponerse.

La primera figura política de la Restauración, uno de los primeros estadistas de Europa, uno de los más eximios pensadores del mundo; eso era Cánovas.»

Periódicos de Alicante

I

LA CORRESPONDENCIA ALICANTINA

En su número del 8 de Agosto, día del atentado de Santa Agueda, y como noticia de última hora, publicó un telegrama dando cuenta de dicho atentado, y al día siguiente, ó en su número del 9, escribió lo que sigue:

«La tristísima noticia del asesinato del eminente estadista que regía los destinos de la patria, á la que tantos y tan señalados servicios prestó durante su vida, ha de ser generalmente sentida, pues dejando á un lado los aciertos ó errores que tuviera, D. Antonio Cánovas gozaba fama universal de peritísimo político, talento proclamarlo y hombre honrado. La muerte del restaurador de la Monarquía traerá consigo graves trastornos á España; pero el pueblo español sabrá hacerse superior á todo, y luchando contra la adversidad que sobre él pesa, probará ante el mundo civilizado que no en balde corre por sus venas la sangre de Pelayo y el Cid.

»La *Correspondencia Alicantina* reprueba enérgicamente, como lo reprobará España entera, el criminal atentado que ha privado de la vida

al Sr. Cánovas, y ruega á Dios por el eterno descanso de varón tan ilustre. »

II

LA CORRESPONDENCIA DE ALICANTE

También en su número del 8 de Agosto dió cuenta, con referencia á un telegrama recibido en el Gobierno civil, del asesinato del Sr. Cánovas, diciendo acerca de éste lo que sigue :

« El Sr. Cánovas ha sido un hombre muy grande, y bien podemos asegurar que España entera está de duelo. El asesino, según noticias, es un italiano afiliado á la secta anarquista.

« Disparó tres tiros, acertando uno de ellos, que causó instantáneamente la muerte al señor Cánovas.

« La pérdida de tan ilustre hombre público ocasionará sin duda trastornos, de consecuencias imposibles de prever para España, cuya situación política es tan difícil, tanto en el interior como en el exterior, donde combaten nuestros soldados por la honra y la integridad de la patria.

« Reprobando con todas las energías de nuestra alma crimen tan salvaje y tan horrendo, hacemos votos al cielo por España, esperando que la sensatez de este honrado y noble pueblo evitará todo motivo de censura, dando todos ejemplo ante el mundo de que no caben en almas españolas las pasiones ruines y los odios bajos y miserables.

« El Sr. Cánovas pudo equivocarse muchas veces ; pero animado de los mejores propósitos dedicó al servicio de la patria toda su vida, y por ello merece que amigos y adversarios se descubran con respeto ante su cadáver.

« Descanse en paz el ilustre estadista. »

* * *

En su número del día 12 añadió lo que copiamos á continuación, después de transcribir un artículo de *El País* :

« Luto viste la nación entera, pues las balas del infame asesino, al matar al estadista insigne, han privado á la madre patria de uno de sus hijos más preclaros y ha aumentado sus lágrimas y sus pesares.

« El Señor tenga misericordia de ello y dé eterno reposo al que murió víctima de un malvado, ocupando dignamente su puesto, y

á los pocos momentos de cumplir uno de los deberes católicos! »

* * *

En dos ó tres números siguientes consagró la mayor parte de ellos á recuerdos y frases del Sr. Cánovas del Castillo.

III

EL GRADUADOR

En su número del 10 de Agosto escribió lo que reproducimos á continuación :

« La tarde del domingo fué de duelo para Alicante, al tenerse noticia en el Gobierno civil de haber sido asesinado de un tiro, en el balneario de Santa Agueda, el Presidente del Consejo de Ministros, D. Antonio Cánovas del Castillo.

« Lo decimos con toda sinceridad, no hay artificio en nuestras palabras ; brotan del alma, son espontáneas, patriotas.

« Se habrá equivocado muchas veces el señor Cánovas ; en su indómito carácter no podría prever atentado de tal naturaleza ; mirando siempre alto, no bajó nunca la vista al suelo, donde sus amigos se estaban repartiendo la tierra española como pan bendito ; atento sólo á los pavorosos asuntos de Cuba, no ponía interés en la forma cómo se repartía la justicia, si por igual ó si había privilegiados, pues así y todo, con su muerte, aquí, donde tan escasos estamos de hombres de saber y entendimiento, España entera está de luto, conceptuando este horrible asesinato de una de las más terribles desgracias que puede sufrir nación alguna.

« La protesta de este noble pueblo ha sido unánime, y á ella nos asociamos de todas veras.

« La pérdida de este hombre de Estado ocasionará, sin duda alguna, cambios políticos, actitudes que se han de definir pronto, porque no tiene espera.

« El partido conservador, dando muestras de patriotismo, irá á engrosar las filas del silvelismo, porque muerto Cánovas no se destaca otra figura que la del hombre del sentido jurídico, figura que puede más adelante prestar grandes servicios á la Patria. »

Reseña después las noticias recibidas sobre

la muerte del Sr. Cánovas, y concluye diciendo:

« ¡Que Dios dé acierto á los Ministros en tan supremos momentos, y descansen en paz el ilustre estadista, que honraba á España con su nombre. »

* * *

El 11 de Agosto añadió el mismo periódico lo que sigue:

« No hay en la política general ni en la local (así encabeza el número) otra cosa que las consideraciones que se hacen sobre la muerte de D. Antonio Cánovas del Castillo.

El duelo es general; el sentimiento unánime, y creyendo esto, espontáneamente lo expusimos ayer.

Hoy nos toca ir recogiendo lo más saliente para trasladarlo á nuestras columnas.

La desgracia nacional se explota por aquellos que tenían ineludible deber de no publicar extraordinarios á perro chico.

Después de todo, teniendo buena ropa, no habrá necesidad de buscársela por ese lado.

Esto y el no suprimir los festejos, aunque no hubiese sido más que por veinticuatro horas, se ha comentado mucho.

Y es que las cabezas conservadoras no discurren con tranquilidad. »

Da la noticia de que el dueño del hotel de Ibarra suspendió el concierto en la noche de la muerte de Cánovas, y dice:

« Buena lección para el Ayuntamiento de Alicante! No, para el Ayuntamiento no, para los que dirigen esta olla de grillos. »

Dice que en Torreveja se suspendieron las fiestas, « y nosotros sólo ayer (dos días después) suspendimos los festejos, y el mismo día no se suspendió la verbena ni se aplazó el castillo de fuegos artificiales; y eso que en Torreveja la situación es liberal y la de Alicante ¡conservadora! »

El propio periódico, escribió el día 12 lo que se copia á continuación:

La herencia.

« Cánovas era el nudo que sujetaba toda nuestra política interior y exterior. La mano de un asesino ha cortado ese nudo, y ha dejado todos los cabos al aire sin atadero posible.

« Esto es lo más triste del suceso que lamen-

tamos todos los hombres de bien, pertenezcan al partido que quiera.

« Lo primero que se ocurre ante esa gran desdicha, es preguntar: ¿Qué va á pasar aquí? ¿Cómo, cuándo y de qué manera se han de sostener las guerras en que estamos empeñados? ¿Cómo se ha de paliar y dejar sin efecto las provocaciones de los Estados Unidos? »

« Nadie sabe qué contestar á tan importante punto.

« La herencia de Cánovas queda en medio del arroyo, por faltarle sucesor directo.

« Esperemos, pues, que transcurra un poco de tiempo. »

.....

IV

EL LIBERAL.

El martes 10 de Agosto publicó el artículo siguiente:

La catástrofe.

« De dos años á esta parte no parece sino que la fatalidad, tomando carta de naturaleza en España, haya tomado también á su cargo la tarea de proporcionarnos tras de cada desdicha un conflicto, tras de cada desventura una catástrofe.

« La insurrección de Cuba y Filipinas; amenazas del carlismo; agotamientos de recursos; los conflictos en el exterior y en el interior, perfilan, etc.

.....

« Así las cosas, preñado el horizonte de negros nubarrones, que nos amenazan con la más deshecha borrasca; debilitadas las energías nacionales; consumido el crédito público y germinando en la opinión la desconfianza, el recelo y el temor, y con ello la intuición, el presentimiento de grandes catástrofes; así las cosas, repetimos, viene el telégrafo á sorprendernos con la noticia de lo que nosotros, liberales; nosotros, enemigos acérrimos y declarados de las doctrinas y de los procedimientos de los conservadores, no vacilamos ni un punto en calificar de verdadera catástrofe y de verdadera desgracia nacional, la muerte del presidente del Consejo de Minis-

tros, D. Antonio Cánovas, y no porque la divina Providencia haya sido servida de disponer de la vida del Sr. Cánovas, sino porque la pistola de un asesino ha tenido el triste acierto de alojar un proyectil en el cráneo del Sr. Cánovas, quien bien ajeno á la muerte que le aguardaba leía tranquilamente un periódico sentado en una mecedora, desde donde saludaba á unos y á otros, cambiando con todos una frase, en la puerta del balneario de Santa Agueda; el asesino, de nacionalidad italiana, hizo fuego por dos veces consecutivas y trató de evadirse, pero no le dió tiempo para hacerlo, y detenido bruscamente se entregó, gritando, como el asesino de Carnot y con voz extentórea: ¡ Viva la anarquía! , al mismo tiempo que el Sr. Cánovas, al desplomarse inerte sobre la mecedora, exclamaba: ¡ Infame asesino! ¡ Viva España!

Y fué ese grito de patriotismo tan sincero, como lanzado que era envuelto en el último suspiro de un hombre de grandes alientos; fué esa frase la que, sintetizando el torbellino de pensamientos que en aquel instante de angustia y de agonía cruzaba por la mente del señor Cánovas, viene también á sintetizar el anhelo de todos los buenos españoles al advertir que, si el Sr. Cánovas ha caído al disparo de un iluminado ó de un fanático, no es el político simpático para sus amigos, intolerable para sus adversarios el que desaparece; no, es el jefe de un partido cuyo programa y cuyas soluciones pudieran ser más ó menos gratas, más ó menos repulsivas para la nación; el que ha caído es el Presidente del Consejo de Ministros; es el jefe de un Gobierno que, con mejor ó peor fortuna, con resultados más ó menos prácticos, más ó menos negativos, estaba empeñado en una lucha titánica contra la fatalidad, contra la penuria, contra la ruina, contra la insurrección de los tagalos, contra la guerra de separación de los filibusteros, contra la enemistad notoria de los Estados Unidos, contra los preparativos del carlismo, contra la propaganda socialista y contra los crímenes del anarquismo; de estos crímenes ha venido el Sr. Cánovas á ser una nueva víctima; empeñado, como estaba, en una lucha en la que llevaba la representación íntegra del país en masa, fuerza era agruparse en derredor suyo en tanto que la Reina Regente no depositase su confianza en otros partidos y en otros hombres en cuyo derredor se agru-

pen lo mismo que hoy y acaso con mayor entusiasmo en todas esas fuerzas vivas del país, cuyo presente y cuyo porvenir depende de que aquella lucha se mantenga con firmeza y se termine con gloria, con honor y con fortuna.

En tales circunstancias, el asesinato del señor Cánovas constituye, no vacilamos en decirlo, una verdadera desgracia nacional; dejemos á un lado los merecimientos que como literato y como hombre de ciencia concurrían en el Sr. Cánovas, y fijándonos sólo en la figura como estadista y como jefe que era del Gobierno, hay que convenir en que su muerte determina un período de vacilaciones, de dudas, de temores y de recelos que complican todavía más la situación y que exige, por parte de todos, lo mismo los de arriba que los de abajo, un verdadero esfuerzo de serenidad, de calma, de reflexión y de patriotismo para que sea posible que esta desdichada patria nuestra salve con fortuna el deshecho temporal que, á nuestro entender, nos amenaza, desde el momento en que el estampido de un pistoletazo, repercutiendo de eco en eco, llevó convertido en horrisono y estruendoso trueno á las cancillerías europeas, á las cuales suponemos ahora un poco menos dispuestas que hasta la fecha á tolerar que los periódicos radicales franceses, belgas, ingleses y alemanes acojan en sus columnas toda especie de desatinos á propósito del trato que suponen haber recibido los anarquistas en Barcelona durante su prisión, tratamiento que, aun cuando hubiera sido más cruel de lo que algunos inventan, todavía resultaría suave y humanitario con sólo recordar la catástrofe del Liceo, el atentado de la calle de los Cambios, el asesinato del presidente de la República francesa, y para coronar el ramillete, el último cobarde y villano atentado contra el presidente del Consejo de Ministros de un país como el nuestro, donde el forastero se asombra de la suma de libertades prácticas, merced á las que, periódicos, folletos y oradores realizan una propaganda cuyas consecuencias acaban de quedar sancionadas en los baños de Santa Agueda.

* * *

En un eco político de su número del 11 de Agosto dijo que todas las personas sensatas de la población condenaron el hecho de que en la noche del domingo no se suspendieran los

fiestes, siquiera por respeto al cadáver aún caliente del Sr. Cánovas, y, sobre todo, al recordar que la mayoría, y el alcalde accidental del Ayuntamiento, eran conservadores.

Periódicos de Almería

I

LA PROVINCIA

En su número del 8 de Agosto, día del asesinato del Sr. Cánovas, dió cuenta de este triste suceso, considerándolo una desgracia nacional, y añadiendo lo siguiente:

«En estos instantes amarguissimos y difíciles, cuando España sostiene dos guerras coloniales, en las que invierte ríos de sangre y ríos de oro; cuando por todas partes surgen inconvenientes insuperables y aumentan los males de la patria, el asesinato del Presidente del Consejo de Ministros constituye una espantosa desgracia, cuyas consecuencias no tardará en tocar el pueblo español.

¡Dios salve al país!»

Al siguiente día publicó muchos telegramas y noticias referentes al propio lamentable suceso, y el extracto de una de las mejores biografías del Sr. Cánovas, con el encabezamiento que copiamos á continuación:

Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.

«En estos instantes, en que el asesinato del Presidente del Consejo de Ministros ha puesto aún más de relieve la ilustre personalidad del finado, y se habla de los servicios prestados á la Patria por el que fué en vida eminente estadista, creemos oportuno publicar, aunque extractada, la biografía del distinguido hombre público, cuyo talento, patriotismo y excelentes dotes de mando jamás puso nadie en duda.»

Exactamente lo mismo puede decirse de su número correspondiente al 10 de Agosto, en que escribió lo que sigue:

«Es imposible hablar de otra cosa.

Parece como si obsesionados por una idea fija, constante, ni el cerebro funciona sino

bajo la presión de esa idea invariable, ni la pluma traza con libertad otros caracteres que los que sirven para dar forma material al pensamiento que bulle y se agita allá en las interioridades del espíritu.

El asesinato del Sr. Cánovas del Castillo lo llena todo.

¡Qué fin tan triste para tan gloriosa vida!

La maldad loca, ó la locura infame del anarquista, ha cebado su ciega ira en otra víctima, y ha causado á España una de las mayores desventuras que podían ocurrirle en las presentes circunstancias.

No habrá un español siquiera que no deplore la pérdida de ese hombre ilustre, de ese hombre de Estado, cuya grandeza y valor se medirán ahora con su falta. Casi todo, ó todo su partido, el gran partido conservador, se queda sin vida con la muerte de su jefe; y la España liberal y la causa del orden, se quedan sin el más potente de sus mantenedores.

Tan grande era esa figura, caída alevosamente por la mano de un asesino extranjero, y tanta era la trascendencia de su carácter en la política española, que hoy empieza una nueva era para España, era de peligros y de tremendas vicisitudes.

Es imposible negarlo: hoy sentimos todos cierta orfandad, cierta inseguridad, algo así como un desamparo fatídico.

Aquella frase pagana «los dioses se van», tiene ahora en nuestro país perfecta aplicación: algo grande, muy grande se va, cuando se pierden hombres como el malogrado Presidente del Consejo de Ministros.

Todos los problemas que tiene España por resolver son de vida ó de muerte para ella, y de vida ó de muerte para este malogrado y mal tratado régimen de libertad. ¡Quién vendrá ahora á resolverlos y con qué energías! ¡Quién enfrenará las olas de las pasiones! ¡Quién hará frente á todo, á todo, desde el anarquismo hasta la más odiosa de las reacciones! Eso es lo que no se sabe y lo que parece que queda indefenso é irresoluble con la muerte de D. Antonio Cánovas.

¡Que Dios se apiade de España, é inspire á sus hombres y haga que surja de esta inmensa desventura que nos agobia la unión de todos los buenos españoles!

Hay algo que vale más, que está por encima de los ideales políticos, de las conveniencias de partido.

La Patria.

Pensemos únicamente en ella.»

* * *

La *Provincia* siguió dando noticias relacionadas con la muerte del Sr. Cánovas y haciendo comentarios políticos, hasta su número del día 14.

II

LA CRÓNICA MERIDIONAL

El periódico liberal de Almería publicó en su número del 9 de Agosto telegramas sobre el asesinato en Santa Agueda del Sr. Cánovas, y en el del día 10 una biografía del mismo con las iniciales D. E., que terminaba así:

«Este es el hombre cuyos últimos años de regencia son bien conocidos para relatarlos, y que una mano alevosa y traidora ha cortado el hilo de su existencia cuando más dificultades estaba venciendo para salvar á la madre Patria de los escollos que la Providencia le ha presentado, sin duda para evidenciar nuestra resignación, valor y heroísmo.»

En su número del día 11, *La Crónica* escribió lo que sigue:

La muerte del Sr. Cánovas.— ¿Qué sucederá?

«La alevosa muerte del Sr. Cánovas del Castillo no es la muerte de un ilustre prócer, de un hombre eminente ó de una gloria nacional que se llora y el tiempo se encarga de hacerlo olvidar; en las actuales circunstancias por que atraviesa la Patria equivale á algo así como haber perdido la nave el timón, avería que no llega la inteligencia humana á vislumbrar cuándo y cómo se repondrá.

No sólo deben llorar los conservadores la muerte del Sr. Cánovas, sino que le deben acompañar en el duelo y de todo corazón los demás partidos monárquicos.

El Sr. Cánovas, desde la Restauración, fué el sostenedor de la Monarquía; sus propios é indiscutibles méritos, su esclarecido talento, su vigor y energía demostrados hasta el último instante de su vida, servían de poderoso sostén en España á la dinastía de los Borbones.

El Sr. Cánovas no gozaba de tanta popularidad como el Sr. Sagasta; pero en cambio gozaba de más autoridad, de más prestigio, no sólo por su inteligencia, sino por lo que pudiéramos llamar hasta sus propios defectos, su soberbia, su énfasis.

En España y en toda Europa el ilustre finado valía y era considerado como una de las figuras más salientes de la política europea contemporánea.

Por eso su muerte no ha sido, como ya dejamos dicho, la de una persona fácilmente sustituible, sino antes por el contrario, insustituible.

Y por la misma razón, al conocerse la nueva, al difundirse entre los españoles, al sentir éstos la justa indignación que en todo pecho noble ha levantado el asesinato, se ha unido espontáneamente con la protesta otro pensamiento, una amarga duda, una justa preocupación. ¿Qué sucederá?»

En sus números del 12 y 13 continuó dando noticias sobre el triste suceso de Santa Agueda, y en el del 14 publicó el notable artículo que se transcribe á continuación:

Cánovas.

«Días de duelo estos que suceden á la muerte del que, con razón, fué llamado en vida monstruo de inteligencia y energías, ni la pluma pudiera expresar cuanto siente el alma conturbada, ni el alma sentirá bastante, por infinito que lo sienta, la pérdida del varón eminente cuyos luminosos talentos le colocaban á la cabeza de los más preclaros estadistas del mundo.

Cuanto más distanciados de la política, á cuyos servicios puso el ilustre muerto todas las luces de su privilegiada, rarísima inteligencia, todas las energías de su fogoso y batallador espíritu, las devociones de su inquebrantable fe y los amores de su gran corazón de patriota, más justicia debemos á sus dotes incomparables, á la enorme labor política de esa gran figura que entra de lleno en la Historia, para ocupar, con sus obras, las más interesantes páginas del presente siglo.

Quando el olvido mitigue el dolor inmenso que hoy tiene húmedos nuestros ojos y an-

gustiado nuestro corazón; cuando con espíritu sereno é imparcial juicio podamos analizar y comprender cuánto pierde la patria con esta muerte; cuando entre la turbamulta de políticos que nos rodea busquemos, sin encontrarla, una sola figura que pueda sustituir dignamente al inmortal Cánovas del Castillo, entonces se echará de ver el portentoso genio de que nos priva la mano criminal de un miserable.

No hay que desmayar. Arriba los corazones y seamos dignos conciudadanos de aquel hombre insigne cuya entereza de carácter libró á España, digan lo que quieran sus difamadores, de muchos días de vergüenza y de luto.

MIGUEL RODRÍGUEZ GARCÍA. »

Por último, en el número del día 15 dió á luz *La Crónica Meridional* el sentido artículo que igualmente se copia á continuación:

Sentimiento y respeto.

«La muerte inesperada y alevosa de D. Antonio Cánovas del Castillo ha puesto de manifiesto los grandes sentimientos de este pueblo, cual ningún otro noble y levantado.

Se conoce el hecho, y cuando los timoratos esperaban que por la significación del gran hombre de Estado en la Restauración borbónica motivase su desaparición del mundo de los vivos, trastornos de orden público, la gran masa social, todos los españoles repartidos en las cuarenta y nueve provincias, permanecen correctos y silenciosos sin osar turbar la aflicción que á los poderes públicos domina en estos momentos.

Después la manifestación de duelo ha sido unánime. Los periódicos españoles de distintos matices, sin excepción, todos han lamentado la pérdida del Sr. Cánovas y han censurado ácremente el delito como hecho y como tendencia; los hombres públicos de todos los partidos han tenido una frase, un acto, un telegrama ó una carta de pésame, olvidando enemistades y diferencias y recordando sólo el poder avasallador del talento de Cánovas, que han reconocido propios y extraños.

Como coronamiento de esta obra de nobleza española, donde al lado del que siente la pérdida del sér querido están todos los demás respetando y tomando parte en ese dolor, la prueba de nuestra proverbial hidalguía está no ya sólo en estos pasados y comentados

hechos, sino en los más recientes acaecidos el jueves y viernes pasados, y de que dimos cuenta telegráficamente.

El cuerpo inanimado del jefe del Gobierno ha sido visitado por cientos, por miles de madrileños y residentes en la corte; y esos pertenecen á todas las clases sociales y á todos los partidos, y son los mismos que en la fúnebre comitiva han seguido al cadáver hasta el cementerio, ó han formado compacta muralla humana en las calles y plazas del tránsito, en los balcones de las casas, donde quiera que podía verse al hombre ilustre.

Y es que en España—ya lo ha dicho un escritor ilustre—somos amantes por excelencia de lo grande y de lo noble, radique donde quiera, y si todo esto lo dignifica la muerte, el ánimo se sobrecoge y el espíritu abandona la mezquina pasión, para elevarse á las regiones más hermosas.

Y lo que se ha hecho en Madrid, se hubiera hecho de igual modo en cualquier provincia española, en memoria del Sr. Cánovas, que nosotros sabemos amar y reverenciar al que se hace digno de nuestro amor y reverencia.»

III

CUEVAS

EL MINERO DE ALMAGRERA

En su número del 9 de Agosto de 1897, escribió lo que se transcribe á continuación:

«Ya en máquina este número, llega á nosotros la infausta noticia del vil asesinato cometido ayer en los baños de Santa Águeda en la persona del eminentísimo Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo. Este inesperado y horrible acontecimiento ha sembrado indudablemente en toda la nación el sentimiento de dolor más profundo, pues la muerte del Sr. Cánovas es una pérdida de inmensa trascendencia. Seguramente no habrá un buen español que no le lllore y que deje de pedir á Dios por su eterno descanso, así como á los Tribunales de justicia el inmediato castigo del infame criminal.»

Periódicos de Avila

EL ECO DE LA VERDAD

Por medio de un extraordinario dió noticia el 9 de Agosto del asesinato del Sr. Cánovas, y en su número del 11, del paso de su cajá-ver, en la madrugada del mismo día, por dicha capital.

El 14, y bajo el epígrafe *Cánovas íntimo*, publicó un artículo, del que transcribimos los párrafos siguientes:

«El Sr. Cánovas era, además de un gran estadista, un distinguidísimo hombre de mundo; gustábasele mucho la vida de sociedad y frecuentaba los salones, en los que brillaba su ingenio, como en los Parlamentos y en las Academias su talento.

Nadie igualaba al gran orador en la conversación amena, en la oportunidad y gracejo de la frase, en el culto caballeresco á las damas, en todos los detalles, en fin, que le hacían notabilísimo en la vida social como en todo.

No le gustaba ningún juego; por higiene y recomendación facultativa se dedicó una temporada al del billar, pero le abandonó muy pronto.

Su distracción favorita era la lectura; el mejor regalo que podía hacersele, el de un libro raro ó curioso. No dejaba de ir á las Academias á que pertenecía siempre que podía, y le gustaba conversar con sus compañeros los sabios que no eran políticos.»

*
* *

En su número del día 17 se ocupó de la frase «defensa social», frecuentemente usada con motivo del atentado contra el Sr. Cánovas, calificando de flaqueza el sentido en que se emplea; y por último, en el del día 18 insertó algunos párrafos de la «Crónica política» de la *Revue des Deux Mondes*, que el lector hallará en el lugar correspondiente de este libro.

Periódicos de Badajoz

I

EL NUEVO DIARIO DE BADAJOZ

El 10 de Agosto de 1897, dos días después de la muerte del Sr. Cánovas, escribió lo que sigue (1):

«Embargado el ánimo de dolor profundo, hacemos pública manifestación de nuestro pesar por la muerte del estadista insigne don Antonio Cánovas del Castillo.

Gran violencia nos cuesta vencer el estupor en que nos dejara la cruel noticia; suspenso el ánimo ante tan inmensa desgracia, no acertaríamos á encontrar palabras que reflejasen débilmente nuestra pena, si no nos confortase el recuerdo del carácter viril por excelencia; del soberano dominio con que se sobreponía á las mayores adversidades; del temple de su espíritu, triunfante siempre de toda influencia enervadora.

La patria está de duelo. Una fiera humana, cien veces más sanguinaria que las fieras del desierto, ha arrancado villana y alevosamente la preciosa existencia del Sr. Cánovas del Castillo, el más grande hombre de Estado que ha habido en España.

De aquí en adelante ya no vibrarán en nuestros oídos los ecos de aquella majestuosa palabra; ya no admiraremos aquel portentoso talento que tantos días de gloria y de paz ha proporcionado á nuestra patria querida. De ahora para siempre no volverá á sonar el nombre augusto de Cánovas como una consoladora esperanza, como áncora de salvación en los momentos difíciles de nuestra historia. Ya no sentiremos en nuestro corazón aquellas palpitaciones de entusiasmo que en ocasiones solemnes nos produjeron los arranques de viril entereza y de acendrado patriotismo con que supo defender, como nadie, la dignidad y el honor de España. No llegarán más á nuestra alma aquellas sublimes impresiones que nos producían sus oraciones parlamentarias y sus discursos académicos, gallardamente ataviados con las galas de una elocuencia portentosa.

(1) Es uno de los mejores artículos publicados en los periódicos de provincias.

Los fulgores de la poderosa inteligencia de Cánovas no volverán más á iluminar nuestro entendimiento, ni habremos de tener nuevas ocasiones de admirar la grandeza de su alma, la serenidad imperturbable de su ánimo, su alteza de miras, la lógica inflexible de sus juicios, la profundidad de sus pensamientos.

¡Qué pérdida tan inmensa para España!

Aun encontrando un hombre de sus mismas condiciones, empresa ya difícil, ¿quién representará la suma de prestigios ganados dentro y fuera de España por Cánovas y que le concedían una autoridad extraordinaria, no entre nosotros, sino ante Europa y ante todo el mundo civilizado?

Pierde la Patria, pierde la Monarquía, pierde la defensa social, de la que era campeón constante; porque ninguno como él resuelto en la defensa del orden y de la paz; ninguno como él arrogante frente á los perturbadores del bien público; ninguno como él arrostrando la impopularidad en la defensa del orden, de la verdad y de la razón.

A sus admiradores, á los que hemos bebido desde niños en las purísimas fuentes de sus doctrinas político-sociales, el asesinato de Cánovas nos ha despojado del maestro por excelencia, del que hemos aprendido los deberes y los derechos del ciudadano, del que nos ha enseñado á querer á la Patria como á nuestra madre.

Los que no hemos aguardado á la hora de las alabanzas para rendir tributo de entusiasmo á la persona de D. Antonio Cánovas, los que hemos sido sus constantes admiradores, experimentamos algún lenitivo á nuestras amarguras en el día infausto de su muerte por haberle hecho justicia en vida. ¡Justicia que no todos le hicieron! ¡Justicia que todavía hoy, triste es decirlo, acaso no todos le hacen!

Triste es pensarlo, pero quizás el plomo asesino haya sido para Cánovas menos doloroso que los sinsabores y desengaños que con frecuencia recogen hombres de tanta valía al término de su vida política.

Acaso para su figura en la historia será término más brillante caer como víctima de una conjura feroz, representando la causa de la justicia, que sucumbir lentamente apurando las amarguras que le reservaban la ingratitude, el egoísmo y las bajas pasiones de los hombres. Mas para nosotros, para los que le pro-

fesábamos verdadero culto, ¡cuánta amargura!

Hoy, ante el cadáver del primer ciudadano español, que por tal hemos tenido siempre á D. Antonio Cánovas del Castillo, nos descubrimos respetuosamente, y con lágrimas que no podemos reprimir, pedimos al Dios de las misericordias premie con la gloria eterna las virtudes y el civismo del nunca bastante llorado, del insigne regenerador de España.

Cánovas ha muerto para los hombres.

Cánovas ha nacido á la vida inmortal de la Historia, ante la que emplazaba todos sus actos, y en cuyas páginas brillará, con la aureola del genio, la figura gigantesca, colosal, del insigne patricio, del eximio escritor, del elocuente tribuno, del ciudadano honrado. »

II

LA REGIÓN EXTREMEÑA

El periódico republicano así titulado, dijo en el propio día 10 de Agosto lo que se inserta á continuación:

El asunto del día.

« El asesinato del Sr. Cánovas, Presidente que era del Consejo de Ministros, asesinato de que dimos cuenta á los lectores de *La Región Extremeña* en nuestro extraordinario de anteayer, es hoy el tema de todas las conversaciones.

Y es natural que suceda así, porque la muerte del Sr. Cánovas, cuyos méritos como estadista reconocíanse generalmente, ha de ejercer indudable influencia en la marcha de la política española.

El Sr. Cánovas era hombre de carácter (eso de carácter va siendo un mito en nuestro país) y jefe del partido conservador, uno de los dos organizados con que cuentan las instituciones para el consabido turno. Su autoridad dentro de la agrupación que acaudillaba era muy grande; de modo, que todos los que forman ésta acataban sus decisiones.

* *

La muerte del Sr. Cánovas no sólo priva al partido conservador de un jefe prestigioso entre los suyos, sino que puede ser causa de que

en él pasen muchas cosas... ¿Quién va á sustituir á Cánovas en la jefatura?

Sucedá lo que quiera entre los conservadores, es indudable que la muerte del Sr. Cánovas ha de producir efectos inmediatos en el orden político. »

III

LA COALICIÓN

Este periódico, republicano como el anterior, y que, al parecer, no ve la luz pública ya, dió noticia el 9 de Agosto del asesinato del Sr. Cánovas, terminando su artículo—en el cual hablaba de suponerse con algún fundamento á Angiolillo el asesino, un sectario ó fanático del anarquismo que había querido vengar las persecuciones y otros actos de que fueron víctimas sus compañeros en el castillo de Montjuich, de Barcelona—(1) con las palabras siguientes :

«De cualquier manera que sea, nosotros, que en vida, como político, combatimos á fuego y sangre al Sr. Cánovas porque estimamos funestas para la Patria sus ideas, sus procedimientos y sus resoluciones, ante el cadáver del hombre ilustre enmudecemos y la pérdida del jurisconsulto, del filósofo, del historiador, la sentimos hoy como la sentirán todos los buenos españoles. »

* * *

En su número del 14 se ocupó otra vez de la muerte del Sr. Cánovas con espíritu benévolo dentro de su criterio republicano.

(1) Hay exageración, según manifestamos en otros lugares de este libro, en todo lo que á ese particular se refiere; pero aun suponiéndolo cierto, ¿por qué imputarlo al Presidente del Consejo de Ministros? De la conducta de rigor que se atribuye á ciertos subalternos del ejército, y de que se ocupaba el año pasado (el 14 de Mayo de 1899) *Vida Nueva*, podrá culparse á los jefes inmediatos y hasta á los superiores; pero ¿por qué, repetimos, al jefe del Gobierno, habiendo tantos en el intermedio, y cuando tal vez el Sr. Cánovas podría ignorarlo?

Periódicos de Barcelona

I

LA DINASTÍA

Este importante periódico, que apareció con orla negra, en su número correspondiente al 9 de Agosto de 1897, publicó el notable artículo siguiente :

«¿El Sr. Cánovas del Castillo ha sido asesinado!

¡Asesinado traidora y alevosamente el hombre insigne, el patricio ilustre, el gobernante eminente, respetado de todos y por todos, admirado aun por sus mismos y más encarnizados adversarios, reputado en Europa y en el mundo entero como una de las más importantes figuras políticas de nuestra época!

El Sr. Cánovas del Castillo ha muerto como ha vivido: pensando en España y amando á España.

Sus palabras, al sentirse herido, fueron: «¡Infame! ¡Viva España!»

Si tantos años de servicios singulares, si tantos méritos y talentos tan extraordinarios no hubieran asegurado el legítimo derecho de nuestro egregio jefe á ocupar muchas y brillantes hojas del libro de la Historia, su muerte gloriosísima le haría figurar en ella con inmarcesible nimbo de mártir patriota.

Ha bastado la infame sed de sangre de una de esas fieras humanas que se llaman anarquistas, para destruir y aniquilar la más asombrosa inteligencia política de la España contemporánea. ¡Pobre España!

El continuador de su Historia, el pensamiento y verbo de la Restauración más gloriosa que en el mundo se ha realizado por el alto criterio y la profunda sabiduría en que inspiró sus acciones, logrando que en brevísimo plazo no hubiera vencedores ni vencidos, y sí únicamente españoles orgullosos de contribuir á sustentar la bandera de la patria con el escudo flor delisado de la dinastía legítima, ya no existe.

Y España, con estremecimientos de horror, con escalofríos, de espanto, ve bajar á la tumba la figura magna, en quien siempre esperaba, con invariable fe, el hombre cuya inteligencia y previsión, cuyo enérgico patriotismo y prudentísimo tacto constituían la espe-

ranza nacional de que ningún conflicto, por grave que fuera, quedaría sin resolver, en honra siempre de la española tierra.

¡Qué decir ante tamaña *desdicha!* ¡Qué hacer en semejante duelo nacional? ¡Llorar! ¡Lo que hacen amigos y enemigos; lo que hacen hoy todos los españoles!

¡Llorar y encomendar á Dios con plegarias fervientes y ardorosas el espíritu superior que, dedicado todo entero al servicio de la patria, por la patria ha muerto y á la patria ha consagrado sus últimos alientos y sus postreras palabras!

Ni el aturdimiento que lo imprevisto y abrumador de la noticia ha producido en nuestro juicio, ni el sentimiento que rebosando del corazón sube hasta la garganta en desgarradores sollozos, permiten otra cosa.

Abrumados por el inmenso peso del dolor, sintiendo en estos solemnes momentos más que pensando, no podemos extendernos á relatar méritos y servicios del insigne estadista lanzado á la tumba por homicida mano, y sólo podemos exclamar con acento dolorido que brota de nuestro corazón:

¡Qué inmensa pérdida para la Patria!

¡Qué desgracia para este desdichado país!

* * *

En el propio número, y para reflejar con entera exactitud el estado de la opinión, insertó lo que se copia después, tomándolo del diario independiente que se titula

EL NOTICIERO UNIVERSAL

«El presidente del Consejo de Ministros ya no existe; aquella grandiosa figura de nuestra España contemporánea con caracteres extraordinarios, aquella inteligencia de primer orden, aquel talento de grandes resplandores, aquella consumada previsión de estadista que resplandecía en el *grande hombre* de la Restauración, ha sido en un instante destruido por un asesino vulgar que puede ser un loco rematado y de seguro es un villano ruin.

¡Pobre España! Al perder á uno de sus hijos más esclarecidos y eminentes, y al perderlo en circunstancias tan angustiosas como las que nos rodean por do quier, ¿cómo evitar que acudan á la mente presagios de tristeza y de amargo temor?

.....

¡Ah! No hacemos jamás política ni nos inclinamos á unos partidos más que á otros. Pero en la última crisis, tan comentada y tan mal comprendida por muchos espíritus impacientes, nosotros vislumbramos con claridad que la permanencia del Sr. Cánovas en el poder era un hermoso ejemplo de patriotismo, y era un sacrificio más de su parte en aras de los intereses sagrados que dependían de su gobierno y dirección. El Sr. Cánovas podrá tener, y tendrá seguramente, sustitutos idóneos para continuar la misión del partido que acaudillaba. Pero por grande que sea la influencia de los organismos políticos, se necesita, ante todo, un carácter para templarlos y encauzarlos cumplidamente, y el Sr. Cánovas, bajo este punto de vista, en la época que atravesamos, será reemplazado con dificultad.»

A continuación insertaba lo que sigue del órgano republicano

LA PUBLICIDAD

«En todas partes se oyen palabras durísimas contra el infame criminal.

Nos faltan tiempo y serenidad para estampar las consideraciones que acuden á nuestra mente con motivo de este crimen.

España ha perdido una de las figuras que más le honraban.

Europa entera deplorará la muerte del señor Cánovas, y abominará del criminal.

Como hombre de Estado, como hombre de ciencia, como orador, todo el mundo reconocía en el Sr. Cánovas una de las mayores eminencias.

Descanse en paz el ilustre hombre público, y quiera Dios librar á España de las graves complicaciones á que puede dar lugar su muerte.»

* * *

El propio periódico *La Dinastía*, en su número del martes 10 de Agosto, publicó otro artículo, del que se copian los siguientes párrafos:

Duelo nacional.

«La muerte del Sr. Cánovas del Castillo ha producido en la patria española una emoción extraordinaria.

Ante la pérdida inmensa que para España

representa la desaparición de tan eminente hombre de Estado, pérdida que, en las circunstancias presentes, en que tantos y tan hondos problemas reclaman solución, en que tantos y tan pavorosos conflictos oscurecen el porvenir, reviste verdaderos caracteres de inmensa desdicha, de horrenda catástrofe, han desaparecido diferencias y antagonismos, rivalidades y odios, así políticos como personales, para fundirse todos los corazones que latén en honrados pechos españoles (y lo son casi todos, con excepciones contadísimas cuanto despreciables) en un solo afecto; el dolor por la muerte del más grande gobernante español y todas las inteligencias en un pensamiento sólo: el de aunar leales y comunes esfuerzos para salvar al país de los terribles contratiempos que con tan impensada y espantosa contingencia pudieran producirse.

En todos los centros, círculos y reuniones, en el hogar y en la calle, en el taller y en los teatros, allí donde hay dos personas que conversan, la palabra traduce las mismas ideas que dominan y absorben á todos con poder incontestable. No los conservadores, no las personas de orden, no las clases acomodadas, todas las clases sociales sin excepción, desde la aristocracia al obrero, como todos los partidos políticos, desde el tradicionalista al republicano, lanzan el mismo angustiado grito de pena y fulminan idéntica indignada reprobación.

Algunos, muchos, se preocupan con lo que sucederá, con las consecuencias que la muerte del Sr. Cánovas puede originar para España. Comprendemos lo extraordinario y excepcional de las circunstancias; pero como á todas habremos de sobreponernos, si en viril y sincero patriotismo se inspiran los actos de partidos y personas, creemos que aún no es tiempo de pensar más que en Cánovas, en esa gigantesca y hermosa figura, que representa un período glorioso cuanto difícilísimo de nuestra historia, y que nunca será bastante llorado, nunca bastante sentido.

¡ Dejemos al menos, para tratar de intereses materiales, siquiera sean tan altos como los del

país, que repose en paz en la sagrada tierra de la Patria, quien á ella dedicó íntegras sus facultades todas, terminando por ofrecerle la vida en holocausto!

Y si en algo pensamos y algo sentimos, fuera de la magnitud del horrible hecho realizado en Santa Agueda, sea para honrar al mártir y al estadista español, elevando á su memoria, por suscripción nacional, en el más breve plazo, magno monumento que eternice su valía y la gratitud y veneración de sus conciudadanos, monumento que, ó España habría de dejar de ser la que siempre fué, hidalga y noble, ó no puede menos de erigirse (1); pero que nosotros deseáramos ver iniciado por Barcelona, ya que tanto debe la producción nacional al Sr. Cánovas, llevado á la práctica en el tiempo indispensable para construirlo. »

* * *

A continuación, y en el mismo número, reproducía *La Dinastía*, continuando la tarea iniciada en el número anterior, las manifestaciones de duelo de los demás periódicos de Barcelona, que insertamos á continuación, ahorrándonos el trabajo de reunirlos y extractarlos.

II

EL DIARIO DE BARCELONA

« El asesinato del Sr. Cánovas, que nos comunica el telégrafo, fuera siempre un suceso deplorable para España; pero en las tristes circunstancias en que hoy se halla nuestro desdichado país es una verdadera calamidad nacional, y creemos que no habrá un solo español, cuyo corazón lata á impulsos del patriotismo, que no considere como una irreparable pérdida para la Patria la muerte del eminente hombre de Estado, y también como una gran vergüenza el crimen que le arrancó la vida. Tan hondo ha llegado á nuestro pecho el golpe recibido, que hoy sólo nos queda aliento para rogar á Dios por el alma del difunto, y puesta en el Señor nuestra confianza, repetir las últimas palabras del Sr. Cánovas moribundo: ¡ Viva España! »

(1) Pues nada se ha hecho fuera de lo proyectado por el Sr. Romero y Robledo, y que tanto le enaltece.

III

LA VANGUARDIA

«Un horrible atentado, uno de estos crímenes, harto frecuentes, que aterran el ánimo y llenan el pecho de indignación, se ha perpetrado de nuevo en el suelo de nuestra Patria. Y esta vez el arma de la maldad se ha dirigido á lo alto, y por desgracia ha herido bien.

Apenas si nos sentimos con la seguridad de pulso necesario para estampar en el papel la infausta nueva que á estas horas ha conmovido, ha sobresaltado, ha indignado á España entera. D. Antonio Cánovas del Castillo, prestigiosa figura de nuestra España contemporánea, ha sucumbido al plomo de un infame asesino extranjero.

Nuestro corazón de españoles y nuestro espíritu respetuoso por las altas representaciones del Estado se sublevaron á un tiempo ante este asesinato inicuo, que ha venido á abatir al hombre que, por sus excepcionales dotes de inteligencia, era gloria de la nación y al estadista eminente que personificaba los poderes públicos en nuestra Patria.

Y las consecuencias de este estúpido crimen, nefando siempre y perturbador, entrañan mayor gravedad en estas azarosas circunstancias, cuando la Patria, desgarrada por las guerras coloniales, necesita el concurso de hombres poderosos por su entendimiento, por su carácter y por su patriotismo, como era el Presidente del Consejo de Ministros.

Después de abominar del miserable asesino que acabó con la preciosa existencia del estadista ilustre; después de protestar con toda la indignación de que nos sentimos capaces, contra este atentado de lesa Patria y de lesa civilización, nos asociamos con toda el alma al duelo que, sin distinción de ideas ni de partidos, sienten hoy los españoles todos, al considerar como desgracia pública, como infortunio nacional, la muerte del hombre insignificante que sucumbió aclamando, con sus labios de moribundo, el nombre sagrado de nuestra España.

¡Quiera Dios acoger en su santo seno el alma del gran hombre público, y quiera Dios mitigar con su infinita misericordia las desgracias que afligen á nuestra pobre Patria!»

IV

EL DIARIO DEL COMERCIO

«Abrumados por tantas desdichas como pesan sobre nosotros, ni asoman ideas, ni las palabras acuden para describir el dolor profundo, la aficción inmensa á que se entrega en estos momentos la por todos conceptos infortunada España.

Ha muerto un hombre ilustre, cuyos servicios, incontables resultan por su número. Y ha muerto herido traidoramente por el arma de un malvado que no tuvo en cuenta el agravio á los españoles inferido.

En la persona del Presidente del Consejo de Ministros ha recibido España entera herida de gravedad suprema. El infame asesino, al acabar los días del Sr. Cánovas, dejó momentáneamente huérfana á una nación digna de todos los respetos y de todos los miramientos.

¡Gran hazaña la suya!

Si las ferocidades de esta depravada secta de criminales que tantas víctimas ha ocasionado en breve espacio de tiempo, no fueran bastante para imprimir en los corazones honrados corriente irresistible de odio y de aversión, bastaría la repugnante obra del criminal que en Santa Agueda ha desarrollado sus instintos de perversidad, afeada con el aditamento de un «¡Viva la anarquía!», mientras el jefe de nuestro Gobierno, herido de muerte, agonizante, dejaba salir de sus labios el arrebatador lema á cuyo amparo luchan hermanos allende los mares: profería un «¡Viva España!»

¡Oh contraste sublime!

El asesino ¡desdichado! descreído, aborrecible, sin otro horizonte que una atmósfera de vicio, de crápula, de holgazanería, de crimen—que sólo en ellas prosperan y fructifican las semillas malsanas del terror y de la infamia,—ejecuta sus perversos instintos acogido á una negación; la víctima alienta penosamente é invierte los últimos momentos de su vida invocando á su madre, á la madre común de los españoles, á la Patria adorada.

Con la muerte del Sr. Cánovas ha perdido la Patria uno de sus más preclaros hijos, y su

nombre asociado queda á empresas de magnitud extraordinaria.

¿A qué referirlas? Nadie las desconoce, porque el nombre de Cánovas es factor principalísimo en la Historia contemporánea.

Conocida la infamia del anarquista italiano, apresuráronse todos, autoridades y gobernados, á testimoniar su dolor al poder central, en el que vinculada se halla en estos instantes la representación de la Patria.

Asociada queda á aquellas manifestaciones de duelo la nuestra, sentida y sincera; y junto á ella nuestra protesta vigorosa contra la maldad y la villanía de esos monstruos del crimen que quieren redimirnos con el asesinato y los estragos.

¡Dios acoja en su seno el alma de nuestro primer Ministro é ilumine todas las inteligencias, ahora como nunca necesitadas de sus luces!

V

EL DIARIO MERCANTIL

«La inopinada noticia del horrendo crimen cometido ayer en Santa Agueda, arrancó un grito de indignación á todos los corazones honrados.

La muerte de D. Antonio Cánovas del Castillo, que en toda ocasión hubiera sido motivo de justificado duelo nacional, viene á ser en las circunstancias presentes una gran desgracia para el país.

En el eximio estadista tenía puesta España en estos momentos toda su entera esperanza para solventar los graves problemas que á la Patria afligen, y cuando la anhelante expectación era más grande, ha venido á turbarla la perpetración del execrable asesinato que unánimes condenan todos los espíritus.

Tranca en verdad difícil es éste por que atraviesa la nación española; dura prueba á que la somete el Destino, colmo de todos los infortunios es la pérdida repentina del que más que jefe del Gobierno, era en los momentos actuales sólida columna de las instituciones y garantía del bien público.

Verdades son estas que con honda amargura han impresionado todas las conciencias en los primeros instantes; pero preciso es que sobreponiéndose los ánimos al rudo golpe, se contemple la situación con mirada serena.

Si ante la ilustre víctima ensangrentada los políticos, como es de esperar, ahogan todos sus mezquinas pasiones de partido; si abandonan en momento tan supremo sus afanes, cosa que deben hacer, para salvarse de la pública condenación, no será menor ni menos lamentable la irreparable pérdida sufrida, pero no atraerá sobre el país las fatídicas consecuencias que de tal desgracia podrían, de otra suerte, derivarse.

Los hombres de corazón, sin distinción de partidos, y las gentes sensatas y amigas del orden; euanos, en fin, por patriotismo y por el propio bien, temen en estas circunstancias que pueda surgir el menor disturbio, evitaránlo seguramente agrupándose en torno de las instituciones, ofreciéndose como baluarte defensivo del Gobierno que aquéllas designen para regir los destinos de la nación.»

.....

«El ilustre Cánovas al expirar prorrumpió en un ¡Viva España!, lacónico pero sublime y expresivo resumen de todas las lealtades, de toda la honradez, de todo el patriotismo del ilustre estadista.

Los buenos españoles, con la misma efusión que las pronunciaron balbucientes los moribundos labios de D. Antonio Cánovas, al rezar sobre su tumba, deben repetir esas dos palabras con grito unánime y sincero saludo del alma.»

VI

LA PUBLICIDAD

«Con verdadero asombro, con la indignación que siente toda persona honrada, acabamos de leer el telegrama que nos participa el asesinato del Presidente del Consejo de Ministros.

Lo que esto significa para la política española en las actuales circunstancias, con dos guerras que nos arruinan y sin hombres viriles y energías en la política, es indecible.

Cualquiera que dijere que Cánovas podía ser asesinado, hubiera sido tenido por loco de remate, pues sus talentos y su modo de gobernar corriente y dentro de las ideas mo-

dernas, no eran para crearle enemigos de esa naturaleza.

Ha sido preciso el tole tole de los periódicos extranjeros, la leyenda de Montjuich, para armar sin duda el brazo de un asesino, que también es italiano como el que inmoló á Carnot.

Sus adversarios fuimos en vida, con empeño le combatimos; pero en estos últimos tiempos, al ver la energía con que sostenía el pabellón de la Patria y sus trabajos ímprobos y constantes, amenguamos nuestra decidida oposición por creerle un buen patriota, y España siempre está para nosotros por encima de todo.

También recordamos que él fué quien dió la voz de alarma al país cuando los alemanes trataron de apoderarse de las Carolinas.

El hizo que la restauración no fuese sanguinaria.

No son estos los momentos de recordar, impresionados como estamos, las cualidades del hombre de Estado que ha caído bajo el revólver del anarquismo.

Para que fuera el hombre más simpático y más sentida su muerte, ha gritado en sus últimos momentos: Viva España!

Sí, viva esa pobre España tan trabajada y perseguida, tan calumniada y mal vista, y Dios ponga tiento en las manos de su sucesor.»

VII

LA OPINIÓN

«Con sorpresa recibimos ayer tarde el telegrama que verán nuestros lectores en la sección correspondiente de este número, dando cuenta del asesinato del señor Cánovas del Castillo.

Este acto demuestra que los anarquistas no vejan en sus criminales propósitos y que, no teniendo patria, cualquiera de ellos puede asesinar á los hombres de Estado de cualquier país que sea.

Nosotros censuramos con energía este hecho; también lo deploramos.

Entre la amargura que nos causa ese crimen y salvaje hecho, nos satisface el que el asesino no sea español.

Graves son las circunstancias que atraviesa nuestro país, y sucesos como el ocurrido en

Santa Agueda, lo repetimos, nos indignan y entristecen.

Conste, pues, la protesta de *La Opinión*, la más formal y enérgica, contra los que acuden á procedimientos tan criminales.»

VIII

EL CORREO CATALÁN

«Otra vez el anarquismo ha vuelto á demostrar con un hecho criminal las intenciones que abriga y lo que es capaz de realizar.

.....
Pero dejemos estas consideraciones, que tiempo habrá de discurrir sobre ellas ampliamente, para lamentar la muerte de un hombre en quien, á pesar de considerarle nosotros como el más poderoso de nuestros adversarios políticos, no hemos de dejar de reconocer su ilustración, su valía, su talento y sus dotes excepcionales de hombre de gobierno.

Y no sólo lamentamos su muerte, sino que protestamos con toda energía contra el crimen, realizado precisamente por un extranjero, porque es evidente que no había de encontrarse un español que en estos momentos dolorosos para la Patria se atreviera á poner su mano de asesino sobre el hombre que, con mayor ó menor acierto, pero inspirado por noble patriotismo, luchaba con esfuerzo para salvar la integridad nacional española.

No es ocasión esta de discurrir sobre quién debe recaer la culpa de los crímenes anarquistas; algo hemos dicho ya sobre esto y algo más hemos de decir en tiempo oportuno.

Dios tenga piedad del alma del muerto, y reciba su atribulada familia nuestro pésame.»

IX

EL DIARIO CATALÁN

«El Sr. Cánovas ha sido asesinado. Mientras se encontraba en Santa Agueda, restaurando sus quebrantadas fuerzas, una mano verdaderamente asesina ha cortado el hilo de su existencia, tan necesaria hoy, dado el actual estado de cosas, para España.»

.....
«No es hora de examinar el atentado del miserable Galli, en sus aspectos filosófico y

político. Ni de relacionarlo con las dos guerras que nos desangran y empobrecen, cuyas causas originarias pudieran muy bien ser las mismas del asesinato del Sr. Cánovas. En estos momentos de dolor y angustia para los parientes y allegados del Presidente del Consejo, y de tribulación para España, sólo cabe condenar el crimen y dedicar un piadoso recuerdo á la víctima ilustre.

En vida, habíamos combatido al Sr. Cánovas, por creer su gestión política desacertada para España; pero después de muerto, vemos sólo en él al español, al sabio, al estadista, al patriota que había consagrado sus talentos y sus energías al servicio de España.

Su misma muerte, al pie de la bandera jurada, salpicándola con su propia sangre, como fiel soldado de la patria, y sus últimas palabras dedicadas por entero á España, hacen más simpática aquella figura que la Historia podrá juzgar con severidad cuando aquilate su labor política, pero que no le negará condiciones extraordinarias de talento y energía, muy raras en estos tiempos de nulidades y apocamientos.»

X

LAS NOTICIAS

«De todas maneras, el hecho es grave. Cánovas reunía, no sólo en su personalidad, sino en su historia, en su representación como jefe de partido, una de las más grandes energías de la Patria.

La noticia de su muerte ha producido viva sorpresa, y aun creemos que hasta cierto punto consternación; nadie esperaba un fin tan desastroso á una de las carreras más brillantes que han recorrido en nuestra historia política los hombres públicos de España. No habrá un solo sér que no condene el criminal atentado, que no lamente la triste nueva.

¿Quién no verá en ese hombre, cobardemente asesinado, una de las figuras más gloriosas, una de las inteligencias más viriles que más servicios han prestado á la Nación! Tenemos ante la inmensidad de la desventura, que es desventura nacional, que prescindir de los errores de su política para fijarnos sólo en las virtudes y en la grandeza del hombre. Cánovas era un estadista, si no de gran altu-

ra (1), creemos que, individualmente, sincero. Sus conocimientos eran vastísimos, sus estudios profundos, su perspicacia y sagacidad, empleadas ó no con acierto, grandes.»

XI

LOS NEGOCIOS

Este importante periódico financiero y de intereses materiales de Barcelona, dedicó en su número del 15 de Agosto de 1897, entre otros, los párrafos que copiamos á continuación:

El asesinato del Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.

«De iniquidad monstruosa, infamia horrenda, atentado repugnante, tiene que calificarse el cometido por un miserable que se honraria demasiado escribiendo su nombre en estas líneas. La patria ha perdido por él uno de sus hijos más ilustres, Europa un estadista á quien debe probablemente la paz de que disfruta, y la humanidad uno de los elementos más eficaces para el desenvolvimiento de su cultura.

«No es paradoja lo que decimos acerca de la paz europea. La habilidad y el tacto de D. Antonio Cánovas, han logrado evitar, en diferentes ocasiones, ya con su moderación, ya con su energía, que surgiera una complicación internacional con motivo de los asuntos diferentes en que España ha tenido que ser activa. Recordamos los múltiples aspectos que ha presentado y ofrece la llamada cuestión de Africa y la libertad del Mediterráneo.

«Para España la pérdida es inmensa, y eso que aún no hemos principiado á darnos cuenta de su alcance. Los enemigos del país tenían en él un centinela siempre despierto, un de-

(1) «Todos los demás periódicos de España y del extranjero, emiten juicio más favorable.

Lo aprecian, según puede verse en las páginas de este libro, como estadista eminente; y sin entrar por nuestra parte á discutirlo, consúltense los periódicos de Madrid y provincias, de Cuba, Confederación Argentina, Méjico y Chile, y por último los franceses, ingleses y alemanes.

He aquí una de las razones que aconsejaban la publicación de esta obra: para aquilatar el mérito del señor Cánovas, no hay que tener en cuenta una opinión, sino el juicio del mayor número.»

fensor esforzado y siempre dispuesto á la pelea ; un juez severo para sus infamias y traiciones. »

.....

XII

PRENSA LITERARIA

La Ilustración Artística de Barcelona, uno de los mejores periódicos de esta clase que se publican en España, al nivel de los más notables de Madrid y del extranjero, publicó en su número del 16 de Agosto de 1897, ú ocho días después del asesinato del Sr. Cánovas, un magnífico retrato del mismo, del que decía, hablando de los grabados contenidos en dicho número, lo siguiente :

«No hemos de hacer la biografía del eminente estadista villanamente asesinado hace pocos días en el balneario de Santa Agueda, ni es preciso que enumeremos los talentos y los méritos que le habían conquistado uno de los puestos más altos de la historia contemporánea: su biografía, escrita está á grandes rasgos en la semblanza que no hace mucho publicamos; sus méritos y talentos no hay en el mundo quien no los conozca, pues en el mundo entero Cánovas era considerado como una de las más grandes figuras de nuestro siglo. Al dedicar hoy *La Ilustración Artística*, sin mira alguna política, una página á la memoria del ilustre hombre público, asóciase al duelo nacional producido por la muerte del patriota insigne, cuyas últimas palabras al caer mortalmente herido fueron un ¡ Viva España! compendio de una existencia por entero á su patria consagrada. Un miserable asesino extranjero ha cortado su preciosa vida; pero la historia le ha abierto de par en par las puertas de la inmortalidad, y ha grabado en letras de oro su nombre al lado de los que por el bien de su país y de la humanidad han derramado su sangre.»

* * *

Posteriormente, *La Ilustración Artística de Barcelona*, en su número del 23 del propio mes, publicó el siguiente notable artículo sobre la muerte de Cánovas, debido á la pluma de la ilustre escritora doña Emilia Pardo Bazán:

La vida contemporánea.

LA TRAGEDIA

«¿Y de qué habíamos de hablar? ¿Acaso pensamos en otra cosa, acaso esta tragedia de la vida real no nos absorbe, no borra todo lo demás, no obliga á poner en olvido las guerras, el problema económico, las amenazas del sombrío porvenir?»

Pocos días hace releía yo en la novela de Alfonso Daudet, *El Nabab*, la admirable descripción de la muerte del Ministro de Estado, Duque de Mora, muerte ocasionada por una causa tan ignominiosa como gloriosa es la que lleva al sepulcro á D. Antonio Cánovas del Castillo. Inexplicable sensación, que ahora me parece semejante á vago presentimiento, me sobrecogía al recorrer las páginas donde el novelista francés expresa el terror, el retemblido que produce en las entrañas de la sociedad la caída de uno de estos árboles gigantes, cuya sombra se extiende á tanta distancia del tronco robusto, erguido y colosal... Casualmente, la misma tarde vi cortar un árbol enorme. Atacado por el hacha, sujeto con cuerdas para que al desplomarse no derribase muros y destrozase plantaciones; al quedar prendido sólo por unas cuantas pulgadas de madera á su base anchísima, de pronto, á un nuevo esfuerzo de los trabajadores que atirantaban las maromas, oyóse formidable crugido, intenso desgarramiento de fibras; la atmósfera gimió y resolló fragorosamente, como una persona que se asfixia, rasgada y herida por el rápido paso del grueso mástil, y al chocar éste contra la tierra, oyóse un golpe mate y profundo, y la ramazón susurró con ese susurro prolongado y solemne que se nota por la tarde en el seno de los bosques muy frondosos. Y después, tumbado ya el árbol, extinguido el eco de su caída, nos figuramos que se había quedado todo en derredor sordo y silencioso, en un silencio fúnebre, extraño, una parálisis repentina de la Naturaleza.

¡ Cuántas veces me acuerdo, desde el día 8 de Agosto, del desplome del árbol grande!

No es posible contar las múltiples ramas, ni las hondas raíces de ese roble majestuoso que se llamaba Cánovas del Castillo.

El estupor que causa su muerte prueba hasta qué punto penetraba hasta el subsuelo y señoreaba el aire. Combatido por los lu-

racanes, importunado por los viente-cillos de la sátira, la envidia y la hostilidad, no he visto otro que menos se conmoviese, que mejor diese el hermoso ejemplo del estoicismo en la acción. Los que éramos sus amigos, nada más que sus amigos, y le escuchábamos y recogíamos las migajas de su sabiduría y nos complacíamos refinadamente en saborear su ingenio, claro y vivo como terrón de sal pura; los que le preguntábamos para oírle y aprender, y sobre cualquier cuestión que se ofreciese al discurso, veíamos con asombro, nunca disminuido, salir de sus labios la sentencia profunda, la observación radiante de luz, la explicación satisfactoria é inesperada, la doctrina copiosa y jugosa y rebosando esa amarga dulzura de la experiencia; los que comprobábamos á cada momento cuánto le importaban la literatura y el arte, el interés con que seguía la evolución estética, podíamos creer, y á veces creíamos, que aquel docto varón había nacido, más que para la diaria batalla política, para la paz de la biblioteca, para trazar con seguro pulso páginas históricas, ó para legar á la posteridad alguna colección de máximas al estilo de las de Laroche-foucauld ó Chamfort. Sin embargo, de pronto, en medio de animada conversación, en la cual parecía haber sacudido todo el peso de preocupaciones graves, un incidente cualquiera, una carta que le presentaban cerrada y enigmática como el destino, una alusión á sucesos recientes, la entrada apresurada de algún personaje político, ensombrecían por breves instantes su frente, inteligentísima bajo la aureola del poblado cabello blanco, denso aún en las entradas como pelo de un joven; y la transición, la vida activa y de combate, descubría el temple de un alma de acero, la energía prodigiosa de un organismo, en que el amplio cerebro, en vez de absorber las fuerzas vitales, las centuplicaba y las transformaba en inquebrantable voluntad.

Aquella entereza magnánima y varonil enseñaba á Cánovas á olvidar ó á hacer como si olvidase—con un buen gusto que rayaba en aticismo—los peligros de que vivía rodeado. Cuando le encontrábamos en la severa de las armaduras (la sala, donde presumo, á la hora en que esto escribo, que habrán expuesto su cadáver); cuando le oíamos de sobremesa referir episodios de la mocedad, evocar memorias de la época romántica, dibujar á grandes

rasgos las figuras de Ayala, de la Avellaneda, de Zorrilla, ó recitar, alardando de feliz memoria, estrofas de Quintana ó de Leopardi; cuando perfilaba con meridional gracejo la sabrosa anécdota ó grababa en frase indeleble el histórico recuerdo, no podía menos de pegárenos su serenidad, aunque bajo nuestros pies—en los sótanos del elegante palacio á la italiana, el palacio de las flores, que criaba en sus estufas y en sus jardines magníficos los tulipanes y las orquídeas de las tres *corbeilles* de la mesa, siempre frescas, renovadas como por manos de los silfos—velaban día y noche hombres armados: una brigada de policía, destinada á impedir que la piqueta de los minadores subterráneos llegase á los fundamentos de la galería ó del comedor y pudiese interrumpir el banquete el pavoroso trueno de la dinamita.

Hubo, sin embargo, un momento en que sentí, y debieron de sentir también otros, el frío del temor, la impresión fatídica de un *ariso*. No es que tengamos la pretensión de leer en lo futuro, ni que ningún agente extranatural se encargue de anunciárnoslo; es sencillamente que las combinaciones posibles de los sucesos se nos presentan á la imaginación, y ésta se sobrecoje y espanta. En el momento á que aludo ví lo que no puede verse en esas existencias, tan brillantes, que concitan y exasperan las malas pasiones; ví, digo, el lado obscuro, el punto negro, la fatal zona de sombra. Fué la primera vez que visité la *Huerta*, después del atentado de la bomba, del cual no se habló mucho en Madrid, y por el cual nadie apareció menos alarmado que el propio Cánovas del Castillo, contra quien se dirigía. El criminal que intentó lanzar dentro del parque y hacia la morada del insigne político la máquina explosiva fué castigado inmediatamente por su mismo crimen: la bomba le destruyó. Tal desenlace parecía á algunos de los mejores amigos de Cánovas un signo de su buena estrella, un golpe acertado y hasta ejemplar de la suerte. Sólo un detalle de aquel suceso me quedó grabado en la fantasía, asombrándola. Y fué que mientras el cuerpo despedazado del sectario iba á caer á un desmonte próximo, su mano derecha—la mano que había arrojado la bomba,—separada del brazo, salvando la tapia, caía dentro del parque. Al cruzar por las calles de éste, enarenadas, silenciosas, apenas alumbradas por algún foco eléctrico;

al pensar en lo que representa de bienestar y de goce, en medio de la aridez y el bullicio de Madrid una *Huerta* semejante que no es el mezquino jardinete de los hoteles á la moderna, sino un pedazo de sitio real, con su arbolado vigoroso y añoso, su lago, sus fuentes abundantes y claras, sus rincones de sombra y frescos, sus alegres perspectivas de paisaje, de sol filtrado al través de la verdura; al observar una vez más lo bien que de tan apacible y rico fondo se destacaba la figura del sabio, del pensador, del hombre de Estado, que allí tenía sus delicias, un involuntario pavor se apoderó de mí, recordando que en aquellas mismas frondas grandiosas y tranquilas, sobre la felpa verde del *grass* cuidadosamente recordado—al borde de aquel lago, donde nadaban los cisnes negros y blancos, haciendo ondular con reposo su fino cuello, quizás entre los macizos de rosales,—acababa de caer, como siniestro aerolito, la mano destrozada del anarquista, ¡la horrible mano exangüe!

Muchas veces esta idea me causó frío en el corazón; muchas veces pensé en aquel despojo humano, lanzado por fiera rabia destructora en medio del lujo y de la grandeza como para abofetear á lo más alto, al poder, al genio, á la inteligencia, soberana del mundo...

Mas ya lo he dicho: la sangre fría es contagiosa, la calma infunde calma y en medio de ciertos momentáneos recelos, que acaso sentíamos muchos sin decirnoslo, Cánovas nos parecía invulnerable... Si es cierto, como refieren los periódicos, que allá en su juventud una gitana le predijo que moriría de muerte violenta, la predicción no debió hacerle otra mella que á Julio César los prodigios que, según Suetonio, anunciaron su próximo fin, las advertencias de los augures y los tristes sueños de la fiel Calpurnia. En estos últimos días de la vida de Cánovas no sé qué pueda haber nada más trágico que la confianza y descuido de hombre tan amenazado y tan emplazado como él; su indiferencia hacia las precauciones; sus salidas á pie y solo; sus hábitos, iguales á los del bañista más obscuro que se sienta á la puerta del balneario para leer pacíficamente un periódico, mientras el asesino, con perseverancia que eriza el cabello, le seguía, le avizoraba, pisaba sus huellas hora por hora, aguardando el momento seguro y favorable, y pasaba rozándole, sin que ningún estremecimiento secreto advirtiese á la víctima de que

su destino estaba allí cerca, implacable y en acecho.

Hay quien dice que el desenlace de la vida de Cánovas fué tal cual él lo desearía, y glorioso á proporción de su gloria.

No niego que campea imponente la estatua sobre el pedestal de mármol negro y de pórvido rojo que terribles circunstancias alzaron; pero no nos sirve de consuelo á los que por él sentíamos afecto inalterable, ni creemos, dígase la verdad, que muriendo de muerte menos horrenda no reconociese la posteridad sus merecimientos ni justipreciase su valía. Pudo al borroso y frío Carnot realizarle la puñalada de otro asesino italiano; Cánovas no necesitaba tal realce. Prometíale su robusta complejión salud en la longevidad, y su experiencia creciente, su prudencia acendrada por los años, le señalaban para consejero y moderador político, cuando no fuese piloto en ejercicio de esta pobre nave, tan contrastada y batida por las tormentas. Deja á la patria y agobiada de tribulaciones infinitas; y las abundantes lágrimas que he visto derramar á la noticia del asesinato á personas que nada debían á Cánovas, que nada esperaban de él, que sólo de vista y nombre le conocían, que en vida ni aun eran entusiastas de su política y de sus principios, no demuestran solamente la efusión de sensibilidad y la humanitaria protesta de las conciencias honradas contra un acto bárbaro é inicuo, responden á la convicción de que, al derrumbarse Cánovas, se derrumba el baluarte de España, la fortaleza donde nos refugiábamos, donde se reconcentra donde nos refugiábamos, donde se reconcentra enérgica la defensa nacional...»

EMILIA PARDO BAZÁN.

Periódicos de las islas Baleares

PALMA DE MALLORCA

LA ÚLTIMA HORA

En un número extraordinario del 9 de Agosto dió la noticia de la muerte del señor Cánovas y del efecto producido en Palma, con numerosos detalles, y en el ordinario del propio día, publicó su retrato y escribió lo siguiente:

Asesinato de Cánovas del Castillo.

« España está de luto.

La tremenda noticia que el telégrafo ha esparcido por todo el territorio español, ha llenado de consternación y espanto aun á los que friamente contemplan la marcha infausta de los sucesos actuales. La muerte del señor Cánovas ha venido á aumentar los desastres que angustian desesperadamente el corazón de la desventurada España.

Nadie lo ignora. El Sr. Cánovas del Castillo era una de las principales figuras de nuestra política, quizá el estadista que más renombre había alcanzado en los Gabinetes extranjeros. Su ciencia diplomática le había colocado al lado de los más famosos directores de los Estados europeos.

Inútil es preconizar el valor intrínseco del ilustre político, aquí donde amigos y adversarios lo confiesan de buen grado. Su muerte ha de ser lamentada por todos, tanto por la pérdida grandísima de un hombre poderosísimo en la historia contemporánea de España, cuanto por las tremendas consecuencias que esa muerte puede ocasionar con el cambio de Gobierno y con la modificación de procedimientos. ¡ Dios guarde á España!

* * *

Nuestra palabra de hoy ha de ser de hondísima protesta ante el atentado ignominioso de que ha sido víctima el Presidente de Ministros. Se impone la protesta vibrante de todo corazón amante de su patria, vista la frecuencia con que aquí se reproducen los crímenes anarquistas. Es casi inexplicable la causa de tantos atentados en un Estado en que, al parecer, las ideas revolucionarias no han progresado con igual rapidez que en otros. ¿ Habrá en éstos policía más avisada? ¿ Habrá menos persecución? No lo sabemos. Nuestra situación respecto al anarquismo es deplorable, tanto que se impone un estudio serio de las inteligencias privilegiadas. Ayer la víctima es una ó varias familias de inocentes; hoy lo es un hombre que sostiene toda la inmensa carga del Estado español; mañana puede serlo persona altísima, que representa nuestra Patria. En este caso, las consecuencias serían inmensas; la desgracia podría rebosar el límite del desastre.

¿ Qué hay que hacer? Lo ignoramos. Nues-

tro deber debe reducirse á lamentar como el que más la vida de que goza el anarquismo en España y estimular á los gobernantes á que, por cualquier medio, consigan la seguridad individual, no ya sólo de personajes, sino hasta del último de los habitantes españoles.

Confesemos que tantas desgracias y contratiempos abrumen el espíritu y desvanecen toda esperanza. La situación es tristísima; las pruebas por que pasamos, muy duras. ¡ Que el Dios de bondad se apiade de España!

* * *

A continuación publicó también el mismo periódico unos datos biográficos del Sr. Cánovas.

II

LA ALMUDAINA

Además de su número ordinario del 9 de Agosto, publicó otro extraordinario, con el retrato del Sr. Cánovas, sobre la muerte del mismo, escribiendo lo que sigue:

El asesinato del Sr. Cánovas del Castillo.

« La noticia, que llegó á esta ciudad en las primeras horas de la noche de ayer, es la más grave casi que podía llegarnos. Produjo una impresión hondísima y general, en un todo análoga á la que causó en Francia el asesinato de M. Carnot.

Sin ningún recelo previo, sin que el rumor de conspiración alguna delatase el peligro, sin que las precauciones de la policía en torno del Presidente del Consejo de Ministros hiciesen barruntar la más leve sospecha, cuando con noble y abandonada confianza leía el Sr. Cánovas los periódicos en el jardín del balneario de Santa Agueda, un malvado, venido de la clásica tierra del delito político, dispara tres tiros á quemarropa sobre el estadista español, que cayó bañado en sangre, gritando, según dicen los despachos, ¡ viva España!

Y España, que vive y alienta todavía, no obstante las heridas que la extenuan, ha respondido con unánime clamor de indignación al cobarde Rinaldi, que renueva en España

la siniestra memoria de los Orsinis y demás héroes del crimen de Estado en la historia contemporánea.

No hay frases con que escribir el efecto doloroso que la estupenda novedad causó en Palma, ni la reacción que un hecho semejante determina en el espíritu público. Lejos de hacer vacilar el asiento del poder y la base de la autoridad, produce el efecto contrario de aunar y apretar las voluntades dispersas en torno del hueco que se ha producido. Lejos de turbar el orden, siquiera sea tan importante la víctima, lanza á la defensa del orden hasta á los más tibios y retraídos, que así son de contraproducentes, como son de bárbaros y ciegos los arrebatos de la demencia anarquista.

No es esta la ocasión oportuna para juzgar la obra del eminente español que ha sucumbido víctima de esas torpes venganzas; es hora tan sólo de dedicar al muerto el tributo de los póstumos respetos, agrandados por la consideración de haber recibido la muerte encauzando el principio de la suprema autoridad y del sumo poder responsable; es hora de rogar á Dios por el alma de esa víctima, inmolada en odio de la justicia y de la sociedad. »

* * *

A continuación publicó también *La Almudaina* unos datos biográficos del Sr. Cánovas.

III

DIARIO DE ÍBIZA

Correspondiente al 9 de Agosto de 1897:

Desgracia nacional.

«Grande, inmensa es la que llegó á nuestra noticia en las primeras horas de la noche de ayer, por telegrama urgente del corresponsal en Madrid del *Diario*, y que tan luego como dimosla á conocer circuló con extraordinaria rapidez.

D. Antonio Cánovas del Castillo, Presidente del Consejo de Ministros, ha sido villanamente asesinado por un extranjero en el balneario de Santa Agueda.

La profundísima impresión que habrá cau-

sado este fatal suceso en todos los ámbitos de la hidalga nación española, no dejará nadie de calcularlo.

Europa entera se asociará al duelo de este país.

Cánovas figuraba en primera línea entre los hombres de Estado.

Cánovas era una de nuestras mayores glorias nacionales.

Cánovas fué siempre un hombre íntegro, un político honrado, un leal y firme sostenedor de las instituciones.

Cánovas ocupará el más distinguido puesto en las páginas de nuestra historia, sin que el menor horrón oscurezca las que á él se dediquen.

Cánovas dejó un vacío difícil, imposible de llenar, sobre todo en las críticas circunstancias por que atraviesa España.

Ningún político de verdad, ningún español amante de su patria, verá sin pena su muerte, sin alarma su desaparición de la escena pública.

Lejos de nuestro ánimo la vanidosa pretensión de bosquejar siquiera la necrología de de tan ilustre patricio, de varón tan eminente, ni menos aún de entrar en apreciaciones de actualidad, mayormente cuando la ocasión es de sentir y sólo de sentir.

Cúmplenos, sí, ofrecer en aras de esta Patria, tanto más querida cuanto más desgraciada, el sincero testimonio de nuestra participación en el justo y general desconsuelo.

Así como las pasiones políticas deben enmudecer, y enmudecerán seguramente ante la tumba de D. Antonio Cánovas, levantarse debe unánime el patriotismo de todos los españoles, dando al mundo civilizado nuevos ejemplos que admirar.

Permitásenos únicamente exclamar con un inmortal orador de las Cortes españolas: ¡Dios salve á la Reina; Dios salve al país!»

Periódicos de Burgos

I

EL DIARIO DE BURGOS

El día 8 de Agosto de 1897, ó sea el mismo día del asesinato del Sr. Cánovas, publicó un

suplemento extraordinario al número 1.961, dando noticia de ese horrible suceso, que terminaba así:

« Amigos y enemigos del Sr. Cánovas se unirán hoy en un solo sentimiento, y de todos los labios brotará unánime una protesta para condenar con energía el acto vandálico de ese miserable italiano, cuyo revólver ha cortado la existencia de uno de los hombres más notables de Europa, comprometiendo gravísimamente la situación de este país, sobre el cual parece que la fatalidad se complace en amontonar desgracia sobre desgracia.

»La muerte del ilustre jefe del partido conservador es, en efecto, una desgracia nacional, cuya trascendencia no necesitamos en carecer.

»Al desaparecer del mundo de los vivos, deja en la política española un vacío difícil de llenar, y quedan sobre el tapete problemas complicados en cuya solución va envuelto todo el porvenir de España.

»Unimos nuestra protesta á las que el inicuo atentado ha de arrancar á España entera, condenando al infame autor del asesinato.»

* * *

Al día siguiente, ó en su número del día 9, dió á luz extensas noticias sobre el mismo triste suceso, manifestando que, al divulgarse lo ocurrido, todos los partidos políticos de Burgos—justo es consignarlo, añadía,—manifestaron el profundo dolor que el execrable crimen les había producido. A la vez publicó diversos telegramas de Madrid y otros puntos, expresión del sentimiento público sobre aquella desgracia.

II

EL PAPA MOSCAS

El 15 de Agosto de 1897, se expresaba así:

Sinfonía.

« Hoy no estamos para cosas alegres, *Martinillo*, sino para considerar tristemente acerca de las desgracias de nuestra querida España.

»No le bastaba á la patria la lucha en lejanos confines con enemigos tenaces y climas

funestos; no era suficiente ver el estado de decadencia de algunas industrias por las exigencias del fisco; no era lo bastante apreciar la ruina de la agricultura, por la escasez de brazos y de cosechas, sino que se necesitaba que un extranjero, un fanático alucinado, viniera á perturbar y á conmover hasta sus cimientos la sociedad española.

» ¡ La muerte de Cánovas! Ni se ha pensado en otra cosa, ni se ha hablado de otro asunto. Los periódicos llenaban sus columnas con detalles del funesto acontecimiento: la gente política y no política carecía de otro tema de conversación.

»El momento actual, amigo *Martinillo*, según dice un periódico muy leído y discreto, es el más oportuno para medir el enorme peso que la extraordinaria personalidad de Cánovas tenía en los destinos de España. De valorar los efectos de la desaparición de ese peso, se encargará lo porvenir. Para calcularlos, es poco el alcance de la muerte. El secreto de lo futuro, en estas cuestiones, es de Dios y de su eterna justicia...

» ¡ Bien lo dice el aludido colega! De todo cuanto poseemos, *Martinillo*, lo más inseguro es la vida. « Un coágulo que se atraviesa en el corazón, algo más de sangre en el cerebro, una ráfaga de aire, el microbio que flota en la atmósfera, el pesado cuerpo que cae de la altura, el golpe asestado á otro y mal dirigido, el barco que naufraga, el tren que choca ó descarrila, el caballo que se desboca, el tiro que del arma de fuego se escapa, el error del cocinero, la falta de medida en la alimentación, todo es riesgo mortal.»

»Así es que no son envidiables esas altas posiciones, el afán de notoriedad, los desvanecimientos del poder, las riquezas, el lujo, la ostentación, el deseo de no quedar encerrado en estrecho y modesto marco; pues ante tales vanaglorias, vienen á contraponerse las figuras de Alejandro II, de Carnot y de Cánovas, por más que al sentir de algunos hayan entrado mejestuosamente en los dominios de la Historia...

»Verdad es que las personalidades que se destacan alcanzan doblado relieve, según la muerte es más ó menos gloriosa, y así, por ejemplo, como escribió *El Imparcial* en los primeros momentos, si Cánovas hubiera sido muerto por un revolucionario, sería un martir de la monarquía; muerto por un filibus-

tero, vendría á ser un martir de la patria ; muerto por un anarquista, es un martir de la defensa nacional.

« Pero qué son esas aspiraciones del hombre unidas á los caprichos del destino, si se comparan con la dulce tranquilidad de la modestia, con la apacible calma del que no se desvanece con tales ilusiones ?

« Y al fin de todo, ¿ qué sucederá ? Ya te lo he dicho. ¡ Sólo Dios lo sabe ! ¡ Ah ! en la tremenda lucha ya principiada entre los defensores de una organización especial asentada sobre el tiempo, y otra organización fiada á la utopia y á la violencia, ¿ cuántas víctimas no se esperan si la sociedad no trata de defenderse por los medios que la religión, la moral, la ley, el buen ejemplo y una vigorosa entereza pueden colocar al alcance de su mano ?...

« No envidies, pues, *Martinillo* á esas insignes personalidades ; vive en santa paz en tu ignorado retiro ; pide con el corazón elevado el término de las desgracias que nos afligen ; contribuye siempre como buen ciudadano al mejoramiento de la patria, y dí con el poeta. al notar la desgracia que todos lamentamos :

« Dichosos los que no han visto más allá que lo que á ver se alcanza desde la torre de la iglesia de su pueblo ! »

Periódicos de Cáceres

I

LA REFORMA DE CÁCERES

Se publica, como *El Eco de la Montaña*, de que hablaremos después, una vez por semana. El primero, ó sea *La Reforma*, los viernes, y el segundo los jueves, siendo ambos, por decirlo así, el reverso de la medalla, pues mientras el uno, ó el de que nos vamos á ocupar ahora, es republicano-progresista, el otro es sencillamente un semanario católico, con tendencias antiliberales.

En el editorial de su número correspondiente al viernes 13 de Agosto de 1897, se ocupó *La Reforma* del asesinato de D. Antonio Cánovas del Castillo, adhiriéndose—son palabras

textuales,—á la expresión universal de pesadumbre, producida por aquel hecho, ó el de privar de la existencia á una persona (aunque no reuna, añade, las relevantes dotes é indiscutibles méritos peculiares á D. Antonio Cánovas) ; extrañando que siendo tantas y tan esclarecidas las plumas que hicieron comentarios á tan triste suceso, resulten pocashiriendo el principal punto, dice, de tan horribles hecatombes, con la excepción honrosa de *La Izquierda Dinástica*, periódico de Madrid, cuyas observaciones copia y aplaude. Duda, y acaso no le falte razón, que al recibir el señor Cánovas los tiros de revólver, diese el grito de ¡ Viva España ! (1)

Bajo el epígrafe *Opiniones* se ocupa después de las emitidas sobre la trágica muerte de aquél, por el Sr. Castelar, y lamentase por último el afán, aun de la prensa de grande circulación, en hacer célebre la memoria de los criminales más terribles, y en este caso la de Angiolillo.

II

EL ECO DE LA MONTAÑA

El día 12, ó el que le tocaba de salida, trató como el anterior, en su editorial del asesinato de Cánovas, ó del horrible atentado, decía, cometido contra dicha importante personalidad, y después termina con los siguientes párrafos :

« Cánovas recibió tres tiros y murió á los pocos momentos ; pero tras el hecho que pasó á las regiones de la historia, desfilan ante nosotros las más tremendas consideraciones. »

« Lo primero que se nos ocurrió al tener noticia del suceso, fué la solución que él presentaría á los terribles conflictos en que se encuentra estancada nuestra nación. Desagradábanos la política de Cánovas ; nosotros, que admirábamos al ilustre literato y profundo pensador, estábamos refidos con el político ; pero á pesar de esto, parécenos pavorosa, aunque no desesperada por fortuna, la desaparición de aquél en los momentos en que la situación de España tenía todos los cabos de su resolución en las manos del estadista muerto alevosamente. »

(1) No cabe asegurar nada sobre este punto, sino únicamente que nadie sentía más vivo que el Sr. Cánovas el amor á la patria.

«Para nosotros era indiscutible Cánovas en estos momentos excepcionales, y esto á pesar de sus seniles debilidades y de sus condescendencias mal entendidas.»

«Dios, sin embargo, le ha querido llamar á juicio, y en manos de Dios están los pueblos y las naciones.»

.....

Periódicos de Cádiz

I

LA DINASTÍA

El importante periódico liberal conservador, publicado con orla negra el 9 de Agosto de 1897, decía lo que se transcribe á continuación:

El duelo de la Patria.

«El infame hecho ocurrido ayer en Santa Agueda no es solo un crimen, no es la pérdida para un partido: es motivo de triste y unánime duelo nacional. Los prestigios del señor Cánovas, sus timbres gloriosos y sus servicios en pro de la monarquía y de la patria, se levantan con gigantesca altivez para sintetizar el dolor y la sensación que su asesinato producen.

.....

«Cánovas era hoy, y no lo decimos ni por apasionamiento, ni por servilismo, un hombre que se sacrificaba por su Patria y por su Reina. Había llegado al apogeo de los honores, de la fama y de la posición social. Se conquistó por su talento indiscutible los primeros puestos de la política; frisaba ya en los últimos años de la vida; ¿qué podía esperar y qué podía obtener que no lo hubiese alcanzado y logrado anteriormente? Su permanencia en el Gobierno y en la Presidencia del Consejo significaba un compromiso de honor y representaba un sacrificio de su comodidad personal; pero por ello mismo, en las críti-

cas circunstancias por que atraviesa el país, con las guerras que nos destrozan, con las complicaciones que nos amenazan, ni podía ni sabía ser egoísta, ni retirarse de la vida activa de los negocios públicos.

»Las condiciones en que ocurre su muerte no pueden ser ni más agravantes ni más terribles.

»Cuando va en busca de salud perdida á causa de su afán y desvelo constante por su misma Patria; cuando se halla solo, tranquilo, ajeno del peligro que le cerca, indefenso, sin aparato oficial, sin prever ni de cerca ni de lejos que hubiera alguien que maquinara su muerte y preparara su asesinato, es cuando deja de existir y cuando se arranca y se destruye una vida tan ilustre, tan activa y tan gloriosa. Porque hay que decirlo muy alto: Cánovas lo que era y lo que ha sido se lo debió á sí mismo, á ese esfuerzo sublime que realiza el individuo cuando encontrándose con alicentos lucha con las miserias de la existencia, y vence y triunfa con sus propios recursos, creándose una posición y un nombre, merced al estudio, al desvelo y á la indestructible fuerza de una voluntad reina y señora, que quiere y desea obstáculos para dominarlos con mayor imperio y más grande fortaleza.

»La impresión que esta noticia ha causado no tenemos nosotros que ponderarla: en Europa ha de producir y ha de tener inmensa resonancia; Cánovas no era una figura solamente española, no era sólo un timbre glorioso de nuestra política moderna: era un genio que había traspasado las fronteras nacionales, y á cuya fama se rendía justo tributo en todas las naciones cultas.»

.....

A continuación publicaba unos datos biográficos del Sr. Cánovas y diversas noticias acerca de su trágico fin, y del efecto que éste produjo en Cádiz.

•••

En su número del día siguiente, con orla negra también (10 de Agosto), y precedido del retrato de Cánovas, escribió lo siguiente:

La muerte de Cánovas.

«Más sereno el juicio, aunque no menos conurbado el espíritu, podemos escribir hoy con

más calma que ayer. Teníamos razón en decir y en afirmar que todo el mundo sentiría esta pérdida, que debe calificarse de nacional: ya se conocen por los telegramas las muestras de duelo que la noticia ha producido no sólo en el partido conservador, sino en los otros monárquicos (1), pues aparte de todas las diferencias políticas nadie puede negar los méritos indiscutibles del ilustre Presidente del Consejo.

Era un gran patricio: esta fué la característica de su vida y el rasgo saliente de su historia, así que en España, que seguramente no ha pecado nunca, ni pecará de ingrata, porque este execrable vicio de la ingratitud no se compadece con el carácter hermoso de nuestro pueblo, que siente como nadie la virtud del agradecimiento, tiene que hacer justicia al amor y al afecto que el ilustre finado le profesaba. Ahora se hace también justicia á sus eminentes cualidades, y todos de común acuerdo proclaman su valer, aun aquellos que más le combatieron en los últimos tiempos.

Si la figura de Cánovas fué grande y colosal en su juventud, cuando llegaba á la vida pública con todo el entusiasmo de los pocos años y con todo el ardor y elocuencia de su poderosa palabra, ahora, en esta época de verdadera prueba y de verdadera lucha, en la que llevaba todo el peso y toda la responsabilidad del Gobierno, aparece también con todos los destellos propios de un gran hombre y de un gran carácter. Los años no habían hecho mella en su inteligencia firmísima y clara como pocas, ni en su oratoria vibrante, vigorosa, meditada y concluyente; recuerden-se los últimos discursos que pronunció en las Cortes; no olvidemos sus magníficas oraciones del año pasado en el debate político, cuando trató del problema cubano y de aquella guerra, y se oprimará unánimemente que Cánovas prestaba á su patria señaladísimos servicios.

El cadáver de Cánovas habla muy á lo vivo de todas las grandezas del carácter eminentemente español y de todo lo que valen los que por su trabajo han llegado á escalar los más altos puestos y los más preeminentes cargos.

(1) Y en los más retrógrados y avanzados, como se ve en este libro.

El vacío que deja su pérdida no puede apreciarse bien en estos momentos de indecible angustia. Ya que pasen los días y se serenen los ánimos, se comprenderá la laguna que queda en la Historia contemporánea y en la política española.

Mientras vivía y batallaba pudieron cernirse contra él muchas injusticias y muchas recriminaciones; ahora, que no existe, resaltará con vivos colores su patriotismo y su cariño entrañable por esta desventurada Nación.

En la azarosa campaña de Cuba y Filipinas demostró su entereza, y ante las exigencias de los Estados Unidos, viril y enérgico, probó su carácter sin incurrir en ridículas exageraciones, pero no cediendo nunca, ni por nada ni por nadie, en algo que pudiese parecer desdoro ó detrimento de nuestra invicta enseña nacional.

Si la patria está de duelo, si la pena que nos agobia con razón todo el mundo la califica y la juzga como eminentemente identificada con el país y con su muerte, no es menor el quebranto que sufre el partido conservador del que era el único é indiscutible jefe.

.....

* * *

En el propio número añadía, bajo el epígrafe *Impresiones del Sr. Sagasta* (que se reproducen en otro lugar), lo que sigue:

« Hermoso espectáculo de patriotismo es el que están dando los políticos españoles. Otra vez se da el caso en nuestro país de que cesen las pasiones de partido ante la realidad de una catástrofe nacional. Esta conducta hidalga es muy propia de los españoles: en este país se podrá llegar en el ataque hasta la exageración más injusta, pero en momentos solemnes, por lo crítico y lo difícil, saben todos deponer sus actitudes y agruparse para hacer frente á las graves contrariedades que puedan ocurrir.

Así vemos que ante el cadáver del ilustre estadista, los políticos enmudecen y no hay para ellos más pensamiento que el del orden, ni más idea que la de la Patria, ni más sentimiento que el del más profundo dolor que pérdida tan inmensa ocasiona. »

Hablaba después de la *Vida de Cánovas, Detalles é impresiones*, y más adelante del mismo personaje cuando, bien joven aún, fué gober-

nador de Cádiz, insertando el único discurso que pronunció entonces en la Academia de Bellas Artes de dicha ciudad el 20 de Diciembre de 1857, ó sea más de cuarenta años antes de su muerte y que por no ser conocido fuera de aquella ciudad publicamos por nota, aunque sea ajeno á la índole de este trabajo» (1).

En su número del 11 *La Dinasta*, después de reproducir las manifestaciones de duelo de otros periódicos de la localidad y su provincia, decía lo siguiente :

Seres irracionales.

«Así, de irracionales deben ser calificados los que sin conciencia y faltos de todo sentimiento humanitario, han tenido la avilantez de pensar y de decir públicamente que se alegran de la muerte del hombre más insigne y

(1) Después de los notables discursos aquí leídos, ¿qué he de decir yo, señores, que merezca la atención de esta sociedad inteligente? Háteme felicitarla en breves palabras por el espectáculo que ofrece en este momento.

Los triunfos militares no son de modo alguno testimonio de primogenitura intelectual en los pueblos. Roma fué vencida por sus bárbaros mercenarios en el siglo XIV. Machiavelo y Miguel Angel asistieron impotentes al avasallamiento de la Italia en los albores de la Edad Moderna, y Roma y el pueblo donde Miguel Angel y Machiavelo florecieron eran más inteligentes que sus vencedores sin duda. Tampoco las ventajas del comercio y la industria son indicios ciertos de primacía moral; la Historia no guardó otra cosa de Tiro y de Cartago sino una idea incierta de sus prosperidades y alguna más segura relación de sus desdichas; no ha quedado depositada en el mundo ninguna de sus instituciones ó de las obras de su espíritu, y hoy apenas se sabe con certeza el lugar donde están enterrados sus esqueletos de piedra. Las ciencias mismas, estudiadas en sus importantes pero áridas abstracciones, no ofrecen títulos incontestables de superioridad moral á los pueblos; que nadie había reconocido títulos tales en la patria de Bacon ó en la de Erasmo cuando llenaban el mundo con su fama los mudos apóstoles de la montaña de la *Transfiguración*, y la mirada de Moisés del Bounarroti infundía esfuerzo en los más tibios durante aquella gran lid, que no terminó la mosquetería española en Mhuilberg, ni la ciencia escolástica de Trento, cuyo fin presenciara tal vez en lo futuro la cúpula de San Pedro en sueños gigantescos del Renacimiento, realidad maravillosa del arte cristiano, que por ser única en el universo parece también destinada á cobijar el único pensamiento religioso del género humano: la reconstitución moral de las sociedades cuitas debajo de un solo dogma de fe.

Necesaria es la guerra en ocasiones, aquella, por ejemplo, en que esta gloriosa Cádiz conservó para España el tesoro incomparable de la independencia; utilísimos son el comercio y la industria, sin los cuales no hay civilización ni verdadera sociedad humana; dignas de inmenso amor las ciencias, que pueden decirse madres de todo lo

de más talento de Europa, del ilustre estadista que era admirado por propios y extraños. El telégrafo nos dice que el Doctor Betances en París y los laborantes en la América del Norte han demostrado regocijo por la muerte del Sr. Cánovas del Castillo, creyendo que ahora es fácil lograr la independencia de Cuba.

Como entusiastas del señor Presidente del Consejo de Ministros podría enorgullecernos que los enemigos de España declaren que el gran patricio, cuya pérdida lloramos hoy, era el principal, el único obstáculo que se oponía á la realización de los descabellados planes separatistas...

.....
Cánovas ha muerto y Cánovas es insustitui-

grande y lo bello que resplandece en las obras del hombre.

Pero permitidme, señores, que formule ya mi opinión claramente: las artes son la verdadera piedra de toque para conocer la inteligencia de una civilización cualquiera. En ellas, más que en parte alguna, se halla la representación viva y perceptible del espíritu humano; según ellas, ha de juzgarse, y así juzga, con efecto, en sus más altas apreciaciones la Historia, del sentido moral de una época, de una raza, de una nación, de un pueblo. Y en caso, señores, en eso fundó precisamente mi propósito de felicitaros por el espectáculo que aquí ofrecéis en este momento: espectáculo de estímulo, de amor á las artes, al cual veis asociados felizmente la hermosura, el talento y la actividad representada en la riqueza, tres personalidades en que puede descomponerse la personalidad humana.

Una observación para concluir. Aunque no he tenido la fortuna de nacer en estos lugares, y ahora los visito por vez primera con la investidura honrosa que debo á la augusta confianza de S. M. la Reina, no por eso me sorprende encontrar vivo en ellos el sacro amor de las artes. A las extremidades de la Europa y en la templada zona que habitamos, quiso Dios que surgiesen del abismo la Grecia, la Italia y la España, naciones harto semejantes en sus virtudes y en sus defectos, agitadas por un individualismo poderoso, que si en los tiempos heroicos ha producido muchos héroes, luego en las épocas de organización y de gobierno ha sido y es ocasionado á discordias; pero grandes siempre, señores; naciones grandes y respetadas por su espíritu, por su inteligencia, así en la próspera como en la adversa fortuna. Estas naciones han empuñado sucesivamente el centro de las artes, y todavía esperan rivales en vano los contornos incomparables de los Dioscurus de Monte-cavallo, los fúscos de las Loggias vaticanas y las místicas creaciones de aquel Murillo ideal, que por todas las ciudades de nuestra hermosa Bética, en los templos de Sevilla, como en los salones de esta Corporación ilustre, ofrecen inagotable materia de veneración y de entusiasmo. No podría, pues, por española, desdeñar la antigua Gades, favorita de Hércules, el mirto glorioso con que ciñen á sus enamorados las artes. No podría desdeñarlo tampoco, sin ser indigna de su belleza, esta ciudad, que, como Venus, parece hija del mar. He dicho.

ble. Pero en su conducta noble y en sus procedimientos acertados y enérgicos sabrán inspirarse todos los políticos para destruir por completo la insurrección cubana, falta hoy ya de sus mayores prestigios...»

No terminaron, con lo que antecede, las manifestaciones de sentimiento y simpatía de *La Dinastía* hacia el Sr. Cánovas. En su número del 12 de Agosto consagró dos artículos, del primero de los cuales, titulado *Duelo y esperanza*, tomamos el patriótico párrafo siguiente:

«¡Pero es que ante tamaña catástrofe, tanto más sensible en un país donde no han abundado nunca los grandes estadistas, debamos entregarnos pusilánimemente á negros sentimientos y á desesperantes pesimismo? Nuestra tradición, nuestra historia, la experiencia de cuanto nos rodea en el mundo de la política, y sobre todo el grito lanzado al morir por el Sr. Cánovas, nos preceptúa lo contrario.

Grande es, sin duda, la pérdida del hombre que hoy lloramos; inmenso el vacío que deja su muerte en las instituciones á que rindió culto y en el pueblo que lo vio nacer; extraordinarios los títulos que lo hacían acreedor al respeto y á la admiración universal de las gentes. Pero con ser tan colosal la figura del señor Cánovas, todavía es más colosal la figura de la gran patria española; todavía es más grande la virtualidad immanente de esta institución monárquica por quien España vive, á la que España debe todo lo que ha sido y es y será en el inquieto rodar de las edades; como que ella ha sabido mantener incólumes sus prestigios á través y á despecho aun de la misma nulidad y protervia de algunos de los reyes; y mientras España sea España y en ella haya un trono hereditario y secular, la Providencia, no lo dudemos, hará surgir de su seno hombres como el Sr. Cánovas que la dirijan, la amparen, la honren y la defiendan.»

Bajo el epígrafe *Homenajes y recuerdos* ocupóse en otro artículo de las manifestaciones de duelo hechas en Madrid al cadáver de Cánovas; siguió ocupándose del asunto en su número del 13, y en el del 14 escribió lo que sigue:

La muerte del mártir.

«Por muchos días aún el pensamiento del pueblo español estará fijo en la tragedia desarrrollada en el balneario de Santa Agueda, y durante ese tiempo el nombre de Cánovas del Castillo rodará de boca en boca, recordando su pasada historia, su patriotismo y su talento portentoso.

No hay pesadez, por tanto, en que nuevamente hoy evoquemos la memoria del hombre ilustre.

Conociendo el modo de ser de nuestro llorado jefe, sugestionados por aquella voluntad de hierro que adivinaba, que seguía paso á paso sin torcerse en lo más mínimo el camino trazado de antemano, veíamos en él al sociólogo para quien las miserias humanas no pasaron jamás desapercibidas, ni fueron nunca olvidadas las aberraciones del entendimiento.

Fija en esta idea estudió, como él sabía hacerlo, el socialismo y el anarquismo, y abrazando á estas dos manifestaciones públicas de los seres desheredados las cuestiones obreras, como rama principal del tronco pueblo.

¿Cuáles fueron los resultados de estos estudios? Quien se tome el trabajo de recordar á grandes síntesis todos los discursos del Sr. Cánovas del Castillo, encontrará en ellos definiciones claras, precisas de la patria, nación, libertad y pueblo; y ahondando más en sus principios sociales, hermosos conceptos de la idea religiosa y de la idea política, supeditadas una y otra al principio de autoridad. Con la fe en el espíritu y la disciplina en la voluntad, la autoridad se acata y se respeta siempre, y Cánovas del Castillo, creyente é inflexible, representaba la autoridad en toda su pureza, sin distingos ni capciosidades.

Era el apóstol de esta idea, y por todas partes la derramaba alumbrándola con los esplendores de su talento. Discutió con los socialistas, y les demostró que aquellas huelgas perturbadoras del orden público, verdaderos atentados contra la tranquilidad de las demás clases sociales, no podrían ser nunca bandera de partido ni medio adecuado para la consecución de sus fines. Las leyes del trabajo debían estudiarlas los poderes constituidos y llevarlas á la práctica con todo cuidado y esmero.

Cánovas del Castillo consideraba justísima la jornada legal, el aumento del salario, la

reglamentación del trabajo en las mujeres y en los niños, el descanso dominical, la instrucción teórico-práctica del obrero, la dignificación, en fin, de esta clase humildísima, que no es ni puede ser elementos inservibles de la fábrica, sino seres racionales que prestan su fuerza y su concurso inteligente á la obra común.

El obrero no puede ni debe olvidar esto, y si meditarlo muy bien y ver en la muerte del Sr. Cánovas del Castillo la muerte del mártir que, después de ímprobos trabajos, de grandes energías gastadas, de hermosas iniciativas convertidas más tarde en realidades, termina su existencia á manos de un fanático, contra cuya secta llevó siempre las consecuencias de la autoridad á la que se despreciaba, vigorizando cuanto podía este principio del orden social.

Sí, la muerte del ilustre estadista ha sido la del mártir; defendió á la humanidad contra los exabruptos de los anarquistas, consiguió dominarlos en España, y, á haber vivido más, extirparlos de esta tierra generosa; pero la tragedia puso fin á la obra redentora, y el mártir baja al sepulcro dejándonos su apostolado hermoso de enseñanzas y la fe y seguridad en sus sanos principios.

Murió el mártir; ¡loor á su memoria!

Todavía en su número correspondiente al 15 de Agosto, añadió lo siguiente:

«Hasta el pasado viernes, por más que una mano criminal le hubiera el domingo arrebatado la existencia, puede decirse que ha vivido el inolvidable jefe del partido conservador, D. Antonio Cánovas del Castillo.

Al recibir cristiana sepultura, tras la solemnisísima é imponente manifestación de duelo hecha por toda España al Presidente del Consejo del Ministros, el Sr. Cánovas del Castillo pasa á figurar en la historia al lado de los hombres más eminentes que han honrado la patria.

Ha desaparecido de la escena de la vida el hombre inflexible, el talento portentoso, la oratoria severa y elocuente, llena siempre de enseñanzas: el español amante del país y de sus grandes prestigios, la inteligencia admirada justamente por los propios y los extraños, que veían en el Sr. Cánovas del Castillo una figura de las más respetables de Europa.

Ya, tras la tumba que encierra los restos del gran hombre, parece haber terminado la tregua política que su muerte impuso al batallar de los partidos; es estupor y aniquilamiento, que fué originado por la magnitud del bárbaro suceso.

— ¡Qué sera del partido conservador!... preguntan en la actualidad los políticos.

— ¡Qué luchas habrán de librarse por la jefatura? — indican los periódicos.

— ¡Quién impulsará la marcha de los conservadores en lo sucesivo? — se dice la opinión, como contemplando un problema pavoroso.

Mas todos los que así se expresan olvidan, por cierto, que era D. Antonio Cánovas del Castillo una personalidad tan notable, y ha dejado tan profundamente marcadas sus huellas en el partido conservador, que éste tiene trazado ya su derrotero.

Inmensa, grande es la pérdida que ha experimentado, no sólo la patria, sino nuestro partido, con la desgracia que en los actuales momentos nos aflige: el Sr. Cánovas condensaba el partido conservador; sus energías, sus talentos, su inflexibilidad y su genio, son de aquellas condiciones que con dificultad se recobran en pérdidas semejantes; pero como no en balde se están años y años al frente de una agrupación política, en ésta tiene de quedar impreso como indelible sello el respeto á la disciplina en lo que afecta á la vida material de nuestro partido, y como programa, harto conocido es para que se puedan perder sus huellas.

Vive, pues, á pesar de la muerte del señor Cánovas, el partido conservador; los que han pensado en divisiones lamentables, los que han creído que el Presidente del Consejo de Ministros se ha llevado á la tumba la cohesión política de nuestros amigos, se equivocan, que, antes al contrario, siendo el grupo político en que militamos el más firme sostén del orden y de las instituciones, es fácil que todos cuantos de buena fe amen los prestigios de la legalidad monárquica, se agrupen bajo la bandera de nuestro partido, olvidando pasadas enemistades, en aras de lo que el patriotismo exige.

Así lo esperamos y así la razón lo impone.

Por último, y con motivo de los funerales celebrados en Cádiz por los cabildos eclesiás-

tico y municipal en sufragio del alma del señor Cánovas, *La Dinastía* consagró otro artículo á su recuerdo, del que entresacamos el siguiente párrafo :

«Grandes son las aureolas de la inmortalidad que circundan el nombre del Sr. Cánovas del Castillo ; pero más grande aún tiene que ser la plegaria que nuestros labios eleven, pidiendo al Dios de las supremas misericordias el augusto descanso para el que, titán en las luchas de la vida, honró á su siglo, sirvió á su patria, sacándola vencedora en las más empeñadas contiendas, y el cual en todos los momentos, aun los de odios más enconados y pasiones más vehementes, fué digno de la consideración universal y del aplauso de todos.»

II

EL DIARIO DE CADIZ

Como *La Dinastía*, en su número del 9 de Agosto, asociándose al sentimiento público, escribió lo que se transcribe á continuación :

Duelo nacional. - Cánovas asesinado.

«Estas terribles palabras dicen más que cuanto nosotros pudiéramos escribir (1).

Cánovas era el primer personaje, el primer hombre de la nación, el mayor estadista español de los tiempos modernos : más que el jefe del Gobierno, la inteligencia, el pensamiento y la voluntad del país en la situación aflictiva por que desde hace años viene pasando ; una personalidad aquí sin igual, un carácter puesto á prueba infinidad de veces, y más que nunca, en esta etapa de su gobierno que hubiera sido la consagración de su fama y que es ya la base inconvencible donde ha de alzarse para admiración de las generaciones venideras esa augusta figura de redentor y de mártir.

Nadie quiere morir, pues que el suicidio es una aberración, una degeneración, un desequilibrio, una locura. Pero si, ante la fatalidad de la muerte, se propusiera á un patrio-

(1) Suprimimos con pena algunos párrafos, como hemos hecho al transcribir lo escrito por *La Dinastía*.

ta, á un soldado de estas milicias cívicas de la gobernación del país, un fin tan trágico pero tan simpático como el de Carnot ó el de Cánovas, es posible que á la amargura de ese golpe de la ingratitude, sucediera pronto en su espíritu la delectación melancólica, pero tiernamente seductora, de imaginar el clamor imponente de la patria, ante tan inmensa pérdida y tan insuperable desventura.

Ha muerto Cánovas en el momento mejor de su vida ; en plena lucha y continuado triunfo ; cuando más patente se hacia el realce de sus méritos y condiciones ; cuando más presente ha podido estar á la memoria de las multitudes y á la reflexión de los hombres pensadores : cuando nadie podía disputarle la autoridad, ni dejar de considerarlo como una necesidad de mando y de gobierno para la situación delicadísima de España.

Nada, pues, falta ahora á su gloria. El si, desgraciadamente, y ya para siempre, falta á la nación, al presente nebuloso y sombrío, al oscuro porvenir de la patria.

El principal mérito que por todos se estimará siempre en D. Antonio Cánovas, es el de haber, ó conocido mejor que nadie á nuestro país, ó sabido elevarlo á mayor altura de la que podía calcularse permitieran su decadencia ó sus recursos.

Para el genio no existen limitaciones ; un magno artista, de una materia deleznable hace un primor ó una obra maestra ; un gran capitán, con un puñado de hombres, trastorna al mundo ; un verdadero estadista penetra el carácter y presiente el destino de su país, pudiendo comparársele al personaje bíblico que detiene el curso del sol, para que el calor de éste siga enardeciendo la actividad nacional y se le aleje ó se conjure el crepúsculo del desaliento y la noche triste de las irremediables desventuras.»

III

LA PROVINCIA GADITANA

Boletín del día.

«El telégrafo ha difundido la triste noticia del asesinato del Sr. Cánovas del Castillo. Días de terrible duelo los presentes, no ya para el partido conservador, sino para la na-

ción, que ve con estupor cómo la traición ha roto súbitamente el lazo de una de las existencias más fecundas y gloriosas; de una de las existencias consagradas á procurar el bien público y al amor de la patria, como lo prueba la postrer palabra del grande hombre, compendio supremo de todos sus afanes y de todos sus empeños, que así es hora de reconocerlo, y no la de enumerar errores ni acumular censuras. Lejos de nosotros tan ruin pensamiento; que la acerba pena y la indignación profundísima que la inmensa desgracia producen en nuestro ánimo, nos obligan á considerar al ilustre muerto no como era en realidad, sino inmensamente más grande de lo que era: como es ahora, convertido en martir, por la traición de un sectario.

El asesino es un anarquista militante. Uno de esos italianos que el volcán de la *Triplize* arroja como lava destructora sobre los pueblos latinos.

El crimen cometido en la persona del señor Cánovas, colma la medida. Nos encontramos en presencia de un mal comparable con la fiebre amarilla ó con el cólera, y vale la pena defenderse contra sus expansiones peligrosas, mejor que reprimirlo aisladamente en sus detestables manifestaciones.

Sea como quiera, á los gobiernos y á los legisladores toca esa tarea. A nosotros sólo nos toca registrar el luctuoso suceso y rendir un tributo de respeto y admiración al insigne muerto.

En estas horas de solemne expectación nacional, en que los intereses políticos se aprestan á nuevas luchas, sólo nos corresponde aconsejar la mayor prudencia en consonancia con el patriotismo bien demostrado del partido liberal.

Sirva á todos de algún consuelo, si alguno puede caber en tal desgracia, el saber que no ha sido un español el asesino del Sr. Cánovas del Castillo.»

IV

LA NUEVA ERA

D. Antonio Cánovas del Castillo.

«El ilustre estadista español ha muerto, desgraciadamente, para este país; y ha muerto cobardemente asesinado, por esa mano trai-

dora que desde ha tiempo viene cortando preciosas vidas, para que la humanidad caiga nuevamente en el despotismo y concluya todo progreso y toda libertad; esa mano que asesinó al general Prim, esa mano que cortó la vida de Lincoln, la misma que dirigió el arma homicida contra Sadi Carnot, es la asalariada que mató á Cánovas.

La nación española está de duelo; ha perdido á un honrado estadista, á un hijo querido que, cual otros, se han sacrificado por la Patria y por el trono.

.....

No tardará mucho en que la Patria sufra las consecuencias de tan terrible asesinato; el partido liberal, que noble y francamente combatió siempre los procedimientos del señor Cánovas del Castillo, pero haciendo también justicia al eminente estadista, está hoy de pésame, puesto que en tristes circunstancias, de divisiones en el partido conservador, de encontrarse con dos guerras, la patria y el tesoro empobrecido, pierde al director ilustre que mantenía el equilibrio político y que tanto ha procurado con su talento y energía el mejoramiento de esta triste situación.

La Redacción de *La Nueva Era*, en nombre del partido liberal gaditano, ruega á Dios para que dé su gloria al que tanto se sacrificó por la Patria, da el pésame á la Nación, á las instituciones y á su familia, así como al partido conservador español.»

.....

V

EL CONTRIBUYENTE

D. Antonio Cánovas del Castillo.

«Un asesino, un cobarde anarquista italiano ha quitado la vida villanamente al eminente estadista Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.

Cual hacen los cobardes, esperando un momento de descuido, el canalla anarquista asesinó tres tiros de revólver en el instante en que nuestro querido jefe no podía suponer que el que iba á buscar la salud en Santa Agueda y reparar sus quebrantadas fuerzas, pudiera encontrar un alma tan vil que, obrando cobardemente, le quitara la vida.

La Nación está de luto ; España entera llora en los actuales momentos la irreparable pérdida del notable hombre de Estado Sr. Cánovas del Castillo.

La Redacción de *El Contribuyente*, el más modesto órgano del partido liberal conservador, se asocia al dolor que no solamente afecta á nuestro partido, sino á España entera, y pide al Supremo Hacedor déle el justo premio que merece al sabio hombre público que de esta vida ha marchado al reino de los cielos, después de haber hecho cuanto ha podido en bien de su querida patria.»

VI

LA UNIÓN REPUBLICANA

Ante un cadáver.

«Cánovas del Castillo ha sido víctima de un atentado inicuo y miserable.

Este fin trágico del infortunado presidente del Gobierno español, circunda su ensangrentado cadáver de una aureola de respetuosa simpatía, ante la que se descubren cuantos llevan en su pecho un corazón noble y generoso.

No es de ahora esta confesión : salió de nuestra pluma veces mil ; siempre que hubo ocasión para ella : Cánovas era un adversario digno de los republicanos : enérgico, firme en su línea de conducta ; si erró en sus procedimientos, tuvo la firme voluntad de imponerlos con una virilidad de que no hay ejemplo entre los hombres que en el actual momento histórico se proclaman defensores de la monarquía restaurada.

Y en este momento de las grandes justicias, la sinceridad de nuestra conducta y la espontaneidad de nuestro leal saber y entender, nos llevan sin esfuerzo á declarar que Cánovas del Castillo era hoy el único hombre político que, al sostener sobre sí el peso abrumador de los negocios públicos, no perseguía nada en beneficio propio.

A su lado bullían las impacencias de unos, las ambiciones de otros, el afán de todos por llegar á lo alto...

Sólo para él se habían cerrado, por cansancio ó hartura, los horizontes del más allá deslumbrador de las riquezas y las vanidades, y luchaba solamente por un compromiso de ho-

nor, que ha desatado bruscamente el plomo traidor de un asesino.

Ha muerto en su puesto, dando la cara al enemigo y dedicando su último recuerdo á España.

Descanse en paz.»

VII

EL RENACIMIENTO

La muerte de Cánovas.—España de duelo.

«Haciendo que la Nación se conmueva de un extremo á otro, como si todos experimentáramos la sacudida terrible de una descarga eléctrica, acumulando negruras en el horizonte de esta Patria desdichada, la noticia de la muerte alevosa y villana del hombre que fué la primera figura política de España, ha causado en todas partes la impresión tristísima y dolorosa que una pérdida de tal magnitud tenía que llevar á todos los espíritus.

Una inteligencia poderosa, una voluntad de hierro, un prestigio alcanzado en buena lid por sus servicios á la Patria y á las instituciones ; una figura, en fin, que lo llenó todo al acometer la hermosa obra de la restauración de la Monarquía y de la regeneración política de España, aniquilada á fuerza de motines, guerras y revueltas de todo género : he ahí lo que perdimos ; he ahí la víctima de ese sectario del anarquismo, que, llevado por los criminales instintos de sus ideas, no ha reparado en ir á manchar de sangre las alegres alamedas del balneario de Santa Agueda.

«Vengo á continuar la Historia de España.»

Estas célebres palabras, pronunciadas por el Sr. Cánovas á poco de proclamada la restauración en Sagunto por el General Martínez Campos, dan idea del hombre y del estadista que trajo á España la paz y la normalidad civil y política, perturbadas.»

Imposible hablar de Cánovas ni dedicar una línea á esta personalidad ilustre, sin que sus infinitos méritos y servicios no se aglomeren en el pensamiento, pugnando porque la pluma los traslade á las cuartillas para que sean conocidos de todos.

Mas no es este un trabajo biográfico, ni en un artículo escrito á vuelapluma podemos consignar todas las grandes cualidades que adornaron en vida al ilustre hombre público

cuya pérdida produce hoy el duelo de la Nación.

Ante suceso tan triste, sólo debemos mostrarnos todos á la altura de las circunstancias, unirnos para resolver los gravísimos problemas pendientes y disponernos á ayudar con nuestro esfuerzo á los hombres de patriotismo probado que en estos críticos momentos se hallen en condiciones de dirigir por derroteros de salvación los destinos de la Patria.

España está de duelo.

Nunca habrá vestido un país de luto con más razón que ahora, que se dispone á asistir á los funerales del patricio que durante la restauración de la Monarquía supo darle días gloriosos de esplendor y de paz.»

VIII

EL GUADALETE

Muerte de Cánovas.

Nada tan inesperado como la tristísima noticia llegada ayer tarde á esta ciudad, produciendo tanta sorpresa como indignación. El infame asesinato del insigne patricio, del gran español, del eminente hombre de Estado, honra del país que gobernó con gran fortuna, y muchas veces con extraordinario acierto; ese abominable crimen será objeto de eterna execración para todo corazón honrado.

Decir esto nos dicta la conciencia, á nosotros que jamás fuimos partidarios del señor Cánovas, cuyos defectos de carácter nos lo hicieron siempre poco simpático. Pero ni sus genialidades, ni su autoritarismo pudieron empañar nunca su gloriosa historia como gobernante hábil y prudente en la azarosa época de la Restauración. Su energía, que frecuentemente se traducía por soberbia, en la defensa de los procedimientos conservadores, no le impidió transigir con el dogma de la democracia, aceptando tras una larga lucha en el Parlamento el programa que defendió Castelar y que constituye, desde hace años, el sistema político por que se rige el país, lográndose que todos los partidos monárquicos mantengan iguales principios en el gobierno. Esta transacción del ilustre jefe de los conservadores será el mayor timbre de su historia.

Ahora, en el gran conflicto que pesa sobre

España, desde que abandonó el poder el partido liberal, el Sr. Cánovas se ha conducido con admirable tacto sosteniendo con los Estados Unidos una conducta habilísima, digan lo que quieran sus detractores de á perro chico. ¡Ojalá los hombres que le sucedan sepan continuar su obra previsora y patriótica!

Si en detalles de su administración, si en sus complacencias con entidades llenas de impopularidad ha rebajado su altísimo prestigio como gobernante de grandes vuelos, bien puede explicar esas faltas la anarquía mansa de que habló el Sr. Pidal, y que pesa sobre las clases directoras como epidemia moral que todo lo rebaja y corrompe, y contra la cual no luchan los hombres de la altura intelectual del Sr. Cánovas, como el águila no se cuida de los reptiles.»

Jerez 10.

IX

REVISTA PORTUENSE

Duelo nacional.

«La muerte de Cánovas es una gran desgracia para la Patria», decíamos ayer como único comentario á las lacónicas frases del telégrafo.

Y esta gran verdad, que todos reconocen, se impone más y más á medida que pasa el tiempo y, serenándose el ánimo del estupor del momento, vuelve á la realidad de la vida.

El asesino de Cánovas es autor de un doble crimen. Sus disparos han herido dos blancos: el pecho de Cánovas y el de la Patria; el de esta España agobiada por la desgracia y la fatalidad, que parece ensañarse con un instinto de ferocidad propio de lieña.

El gran estadista español, el eminente político, el hombre de Estado que asombró al mundo con su talento, ha muerto cobardemente asesinado; quo este era el colmo de su sacrificio, para que la gloria del martirio fuera el premio á sus indiscutibles virtudes morales y políticas.

El y sólo él ha sostenido con firmeza de titán la Monarquía española.

El y sólo él ha guiado por el proceloso y revuelto mar de los azares políticos la nave del Estado, combatida por furiosos huracanes.

El y sólo él ha sabido sostener nuestra soberanía en las Antillas, rehabilitando el nom-

bre de España y reverdeciendo sus marchitos laureles de invencible é indomable, y escribiendo en la Historia contemporánea nuevas páginas de gloria.

A Bismarck, Gladstone, hombres de Estado cuyo talento sobrecoge por lo inconcebible, nada tuvo que envidiarles el ilustre patricio, que sacrificó su bienestar, su tranquilidad y reposo, por las atenciones y negocios del Estado.

Allí mismo, en el momento supremo de su terrible muerte, su última frase, su último pensamiento es para España.

Todos, hasta sus más encarnizados adversarios, confiesan hoy ante el cadáver de Cánovas «que su muerte es una gran desgracia para la patria.»

Puerto de Santa María, 10.

Periódicos de Canarias

I

EL LIBERAL DE TENERIFE

En la primera página de su número correspondiente al 9 de Agosto, con orla grande de luto, publicó lo que sigue:

«¡Cánovas ha muerto!

El eminente estadista, el ilustre hombre de Estado, Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, ha sido villana y traidoramente asesinado en el día de ayer, por un brazo fratrícida.

La Redacción de *El Liberal de Tenerife* se asocia de todo corazón al sentimiento nacional por pérdida tan irreparable.»

Después, en la página siguiente, dijo lo que copiamos á continuación:

Sentimiento nacional.

«Hondísima pena ha producido en España y en todas las naciones europeas la muerte del Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, asesinado ayer villana y cobardemente en el balneario de Santa Agueda.

Causas ajenas á nuestra voluntad nos impiden ocuparnos hoy con la extensión que mere-

ce del hecho criminal perpetrado en la persona del Sr. Cánovas del Castillo, pero si unimos nuestra enérgica protesta á la que en estos momentos formula la nación por el vandálico suceso, y nuestro sentimiento al de todos los españoles por pérdida tan irreparable.»

En el número del 10, segunda plana, escribió lo que insertamos á continuación:

Duelo nacional.

«En nuestro número de ayer cumplimos la triste y dolorosa misión de dar cuenta á nuestros lectores del cobarde y alevoso asesinato de que fué víctima el ilustre jefe del Gobierno de S. M.

Tan grande fué nuestra sorpresa al recibir la noticia, como hondo es nuestro pesar al meditar en ella; y tanto es así que, á pesar de verla escrita en gruesos caracteres en nuestro diario, á pesar de verla escrita en otros periódicos de la capital, nos obstinamos en no creerla, y á veces se nos figura que estamos bajo la acción de una horrible pesadilla.

La muerte del insigne estadista jefe del Gobierno y de uno de los poderosos partidos que turnan en el poder, y que en unión del que acaudilla nuestro ilustre jefe, el Sr. Sagasta, forman las dos columnas en que se asienta la monarquía, hay que considerarla, no sólo como una gran desgracia para nuestra patria, sino también como el desarrollo alarmante de una doctrina insensata y vil que hizo sus comienzos en la célebre asociación de «La Mano Negra», en la ciudad de Jerez, ha tomado carta de naturaleza en la industrial y honrada Barcelona, en cuyos cementerios hay más de una fosa que encierra restos mutilados por la miserable crueldad de esa secta de bandidos, y ha tenido un triste epílogo ¡ojalá que lo sea! en el sangriento drama de Santa Agueda.

A este desarrollo alarmante de ideas tan perversas y á las ejecuciones de estos planes tan sangrientos urge poner freno de hierro y fuego, y dejar que cualquier periodista extranjero nos llame poco menos que salvajes, si quiera sea buscando apoyo de celebridades médicas; pues ya nos considerará algo más civilizados el día ¡ojalá no llegue nunca! que al jefe del Gabinete inglés, Marqués de Salisbury, ó al anciano jefe del partido liberal, Mr. Gladstone, le suceda una desgracia igual á la que hoy lloramos todos los españoles.

Las complicaciones á que este hecho indigno puede dar lugar, no son para meditarlas en este momento; la conducta de los liberales en las tristes y presentes circunstancias está escrita en el noble y sentido pésame puesto por nuestro ilustre jefe Sr. Sagasta al Ministro de la Gobernación Sr. Cos-Gayón, y que nosotros seguiremos en la modesta esfera en que nos movemos.

Terminaremos asociándonos de todo corazón al duelo nacional que hoy aflige á toda España, y con las palabras con que terminó su gloriosa existencia el noble y generoso patriota asesinado en Santa Agueda.

¡Miserable! ¡Viva España!

* *

Por último, el día 23 encabezaba el periódico con un artículo titulado «Asesinato del señor Cánovas», que copiado á la letra decía así:

«No podemos hacer la dramática relación del crimen cometido en la persona ilustre del jefe del partido conservador, con otras frases que las que expresa una vivísima y profunda protesta contra el hecho incalificable que ha venido á producir una perturbación hondísima en la vida pública de esta desgraciada nación; á lanzar un factor más, de muy graves consecuencias, sobre la acumulación espantable de los muchos que ya existen; á privar á la patria de una figura por numerosos conceptos ilustre y merecedora de general admiración y respeto.

Dotado el Sr. Cánovas de excepcionales atributos, los cuales, por lo que entre ellos habían puesto su augusta inteligencia, su ilustración profundísima, la entereza invencible de su espíritu, la energía pertinaz de sus esfuerzos, la adaptación de sus actos y discursos á los consejos de las públicas conveniencias, aunque á veces con ellos se quebrantaran pasadas doctrinas suyas y su oratoria genial y sublime... y bebiendo estos preciosos atributos, su inspiración y cumplimiento en las fuentes del más acendrado españolismo y del más rendido amor por las grandezas históricas de su desdichada patria, había merecido el universal reconocimiento de ser uno de los más eximios estadistas de los modernos tiempos.

Esa horrible secta que amenaza herir de muerte á la sociedad toda y procura realizar sus atentados lo mismo entre quien encarna la más alta expresión de la autoridad de los

pueblos, á ejemplo de Carnot y Cánovas, como entre lo más inocente, delicado y poético de la vida social, á ejemplo de las víctimas del Liceo, de Barcelona, ha venido á servir con sus fieros instintos y atentados á la obra de glorificación del eminente político, quien ha entrado, por virtud de ella, en el reinado severo y desapasionado de la historia, con una de esas interesantes, conmovedoras y abnegadas posturas que se bastan por sí solas, si otras muchas razones no lo justificasen, para hacer inmortal y resplandeciente el recuerdo de un hombre público.

Cánovas, fallecido de muerte natural, hubiera provocado la discusión y la crítica; Cánovas, asesinado por los enemigos desatentados de la sociedad, y consagrando el último destello de su portentosa inteligencia y los últimos vocablos de su asombrosa palabra á gritar ¡Viva España!, se ha conquistado el derecho á la gratitud de la patria, á la veneración de los patricios futuros y á los laureles de la historia.»

II

EL DIARIO DE TENERIFE

En la primera página de su número correspondiente al 9 de Agosto, colocó el retrato y firma de Cánovas, insertando después los telegramas alusivos á su muerte, y por último, un artículo que decía así:

Cánovas.

«Ante la gran trascendencia que en los actuales momentos puede tener para España el atentado de Santa Agueda, que ha privado de la vida al eminente hombre de Estado, verdadera gloria nacional, que dirigía desde la Presidencia del Consejo de Ministros los destinos del país, no hay bastante serenidad de espíritu para formular un juicio respecto al asesinado Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, ni es posible la calma necesaria para buscar y reunir los datos que sirvieran para hacer su necrología.

Cualesquiera sean las diferencias de ideas y de procedimientos que nos distanciaran del jefe del partido conservador, cuando aún están calientes sus despojos, se podría hacer aquel juicio y aquel elogio en una frase, cuya exactitud nadie se atreverá á negar: en la

azarosa Historia de España de esta segunda mitad del siglo que concluye, pocos nombres ocuparán tanto espacio como D. Antonio Cánovas del Castillo.» (Hace la historia de Cánovas, y concluye diciendo):

«Cánovas ha figurado con razón entre los primeros oradores políticos de España, y así en el Gobierno como en la oposición, siempre se le ha tenido por adversario temible. Como muchos otros políticos españoles, opinaba que España debía influir más que ninguna otra nación en Africa, y aspirar á que toda la Península fuera una sola nación. Así es que él mismo ha escrito estas palabras: «España puede ser todavía una gran nación continental y marítima, uniéndose pacífica y legalmente con Portugal, su hermana, confiando conquistar á Gibraltar tarde ó temprano, y extendiéndose por la vecina costa de Africa.»

De su gestión y de sus actos durante su actual gobierno, no es ocasión de hablar, que pudieran llevarnos á apreciaciones más políticas que históricas, y en este instante sólo queremos recordar á grandes rasgos y al correr de la pluma algo de los más salientes hechos de la vida del ilustre asesinado de Santa Agueda. En el número de esos recuerdos no debe bastar el de que, aunque se le consideraba como muy soberbio, hasta el punto de llamársele el *Monstruo*, D. Antonio Cánovas del Castillo se negó hace nueve ó diez años á aceptar un título de nobleza que le ofrecieron en premio á sus servicios.

La muerte de Cánovas del Castillo constituye un verdadero duelo nacional.»

III

LA OPINIÓN

El 10 de Agosto se ocupó de *La obra magna del Sr. Cánovas*, aludiendo á la Restauración de la Monarquía; dió noticias del triste suceso de Santa Agueda, del efecto producido en dicha capital, donde, así como en La Laguna, se suspendieron la música y teatro, y el 11 publicó lo siguiente:

La muerte de Cánovas.

Al distinguido escritor mi querido amigo D. Martín Rodríguez Peraza.

«Un golpe seco en el corazón sentí al recibir la infausta noticia, tristeza infinita se apoderó

de mí; el amor á mi Patria, mi espíritu de español fueron heridos tan bruscamente, que al entorpecer la circulación de la sangre por mis venas, no me daba cuenta exacta de mis sentimientos; pero el estupor pasó hallando en la misma muerte que me afectaba nueva vida á mis ideales patrios, nueva savia al espíritu nacional.

¡Viva España! fué el último aliento de Cánovas, sublime frase que condensaba todos los sentimientos de aquel gran hombre que hasta el morir hizo Patria. De nada se acordó en aquel momento terrible más que de España, que era el amor de sus amores, de la Madre común que á todos nos une.

En ese postrero adiós hay algo más bello todavía: hay la fe en la virtualidad de esta hermosa nación. Cánovas dijo: al herirme á mí, herís á toda España; pero al matarme, no matáis á España; España es grande, todos sus hijos como yo son; todos los españoles saben morir por la Patria, y una nación así no perece, no puede perecer jamás.

¡Viva España!»



A continuación, y bajo el epígrafe *La unión se impone*, partiendo del conflicto que había añadido al país la muerte del Sr. Cánovas, sostenía la necesidad de dicha unión.

El 12 consagró dos artículos á la muerte del Sr. Cánovas. El primero, encabezado con las palabras *Por patriotismo*, decía que «así como el ilustre estadista, cuya muerte era la mayor desgracia que podía experimentar la Nación en aquellos momentos, puso en vida su privilegiado saber al servicio de la Patria y por ella se sacrificaba y lo desoía todo, así el país estaba obligado á seguir prestando su confianza á la política del ilustre asesinado.»



En el segundo artículo hablaba de Santa Agueda, y después en la crónica añadía:

«Toda la prensa de Tenerife, sin distinción de opiniones, dedica sentidas y patrióticas frases á la irreparable pérdida que ha sufrido la nación con el asesinato del Sr. Cánovas.

No esperábamos menos del patriotismo que caracteriza á nuestros dignos colegas.

Después de todo, no concebimos español que no sea capaz de sentir esa desgracia na-

cional, según la calificó el Sr. Sagasta, ni tenerleño que no comprenda cuánto ha perdido esta isla con la muerte del desinteresado defensor de su hegemonía.

Nuestra más profunda gratitud á los citados colegas.»

* * *

El día 13 copió un artículo de *El Diario de las Palmas*, titulado *España de duelo*. El 21 de Agosto, con orla negra, publicó una invitación para las honras fúnebres por el alma del señor Cánovas á nombre del gobernador y presidentes de la Diputación, Ayuntamiento y Comité provincial conservador. Y el 23 (con orla negra también) dió á luz un artículo titulado *A la memoria de Cánovas*, y decía:

«Diez y seis días hace hoy que el ilustre jefe del Gobierno é insigne hombre de Estado, señor Cánovas del Castillo, fué muerto de manera cobarde y alevosa por un fanático sectario del anarquismo, impulsado quizás al crimen por la perversidad misma de sus ideas, ó tal vez asalariado por nuestros enemigos, quienes al herir de muerte al Sr. Cánovas del Castillo creían matar con él á España, sin comprender que, ante tamaña desgracia, todos nos agrupáramos bajo una misma bandera, bajo un mismo pensamiento, para continuar la patriótica obra del malogrado político, y hasta el morir, su último recuerdo, sus últimas palabras, las consagró por entero á la Patria.

¡Cánovas murió en aquel infausto día de nefasta memoria, y con él bajó á la tumba el más grande y patriota de nuestros hombres públicos!

Su muerte ha sido hondamente sentida por el país, que con razón la considera como la mayor desgracia que podía sufrir en las actuales circunstancias, y así se ve que, ante el cadáver de tan ilustre gobernante, ante la sola idea de que la Patria quedaba huérfana en momento tan crítico de aquel insigne estadista que, ora con su inteligencia, ora con su energía y patriotismo, hizo siempre respetar nuestro derecho, todas las agrupaciones políticas han rendido un tributo de admiración y respeto para el político honrado, para el patriota esclarecido.

El duelo es nacional, como nacional es la pérdida experimentada con la muerte del señor Cánovas del Castillo; por eso en todas partes se llora, se hacen funerales.»

* * *

Por último, el día 24 empezó el número diciendo:

Los funerales de ayer.

«¡Cánovas, que ayer lo llenaba todo con su nombre glorioso y sus obras inmortales, es ya sólo un recuerdo de pasadas grandezas!

De esta dolorosísima verdad no puede vencerse todavía nuestro ánimo.

Todo pasa en esta vida.

¡Maldición eterna para el fanático asesino que privó de la vida, cuando más necesaria era ésta á su Patria, á un talento excepcional, á un patriota convencido!»

.....

IV

EL DIARIO DE LAS PALMAS

España de duelo.—El asesinato de Cánovas.

Con los epígrafes que anteceden escribía dicho periódico, y reprodujo *La Opinión*, en su número del 13 de Agosto, lo que sigue:

«Nuestra pluma se resiste á dar cuenta de la realidad aterradora, como si en vez de ser un instrumento inerte que recibe de la voluntad el impulso y el movimiento, tuviese un cuerpo y un alma que con nuestro propio cuerpo y con nuestra propia alma se identificase y confundieran. Se resiste á escribir para la historia estas palabras: Cánovas ha sido asesinado.

Traidora, vilmente asesinado por una fiera humana salida de la sombra social. Este es el hecho comunicado por el cable, que al vibrar anoche transmitiéndolo, nos ha herido en el corazón. El primer efecto que la noticia nos produjo fué de duda, de duda resistente y pertinaz. Imaginamos que nos daban una broma. No podía ser; no podíamos creerlo. Ibamos de grupo en grupo requiriendo informes, y no nos rendimos á la evidencia hasta que leímos el telegrama en que el corresponsal de este diario daba la noticia, anticipándose por cierto á todas las demás comunicaciones oficiales y particulares.

Ya no era posible dudar. Teníamos la prueba, los detalles. El jefe del Gobierno había

sido muerto de varios tiros de revólver en el balneario de Santa Agueda. Con él desaparecía un firmísimo sostén de la nación y del trono, ¡y en qué momentos! La muerte de hombre tan ilustre sería siempre una gran desgracia; en las actuales circunstancias, constituye una catástrofe nacional.

¿Quién es el asesino? Un extranjero, un italiano, un compatriota de Fieschi, Orsini y Passavanti; un miembro de la execrable secta anarquista; un bandido napolitano, cien veces más infame que aquellos de la leyenda que mataban en los caminos dando el rostro y el pecho, jugándose la vida. En medio del duelo de la patria hay consuelo en pensar que no ha sido un español el autor de este abominable crimen. No se añade al dolor la vergüenza. En España no podía haber cerebro que concibiera ni mano que ejecutara acto semejante.

Es un extranjero. ¡Execración para su nombre, y castigo ejemplar para su delito!

Este es el hecho en toda su pavorosa desnudez: ¿quién se atreve á calcular su alcance y sus consecuencias? No hubiera sido Cánovas el más grande de nuestros hombres de Estado, y todavía su muerte á mano airada habría de deplorarse como una desdicha pública; porque, prescindiendo del concepto político, nos privaría de uno de los más altos representantes de la cultura española.

Pero Cánovas, además, representaba en su eminentísima personalidad el espíritu de un gran partido, el alma de una política que, á pesar de los errores de que ha podido adolecer, ha cooperado en gran manera á la gloria y á la prosperidad de España. Tenemos suficiente alteza moral para declararlo así, que no hemos de regatear méritos al gran estadista, por lo mismo que le hemos combatido en nuestra modesta esfera.

Su desaparición es una catástrofe, porque entrega la nación á lo desconocido. Cánovas, mientras la Corona no resolviese un cambio de rumbo, era la suprema garantía de España, cuyos destinos estaban en sus manos. Podía discutirsele, podían censurarse algunos de sus actos, porque *errare humanum est*, pero no puede negarse ahora que afrontó con admirable entereza esta situación gravísima, dominando las dificultades interiores y exteriores, hasta donde le era posible dominarlas. Sería una indignidad desconocerlo, negar esta justicia á su obra y este merecido tributo á su memoria.

Su labor gigantesca no cabe en un artículo de periódico, ni nos sentimos nosotros con fuerzas para examinarla. Su figura llena la Historia de España en estos últimos treinta años; á su esfuerzo se debe la restauración de la monarquía, y las huellas de su inteligencia luminosísima, los efectos de sus grandes dotes de gobernante le aseguraron la inmortalidad.

Este diario humilde y esta pluma humildísima, en los ardores de la lucha política y en las exaltaciones de la pasión, atacaron muchas veces al Sr. Cánovas; por eso tienen doble valor las frases justicieras que ante su tumba, tan inesperadamente abierta, nos dictan la conciencia y el sentimiento. Nos confesamos anonadados en presencia de tan gran desastre.

La situación es difícilísima, más difícil y más grande que la que abrió para nuestra patria el asesinato del general Prim. El horizonte, ya tan entenebrecido, se cubre de nubes tormentosas. Sólo puede salvarnos lo que nos ha salvado siempre en los trances extremos: una explosión de patriotismo que borre todos los sentimientos pequeños, todas las aspiraciones personales, todos los intereses de partido, acordándonos que antes que nada somos españoles. Nos salvaremos si logramos elevarnos hasta el punto de sentir y palpar en cada uno de nosotros el alma inmortal de la Patria.

No ha muerto únicamente el hombre de la restauración, sino el hombre que era por sí mismo y por sí solo todo un gran partido de la monarquía. El partido conservador se encuentra, con la pérdida de su ilustre jefe, decapitado, desorientado, presa de la confusión y del pánico, abocado á una disolución funesta. Para España, esto constituye un serio peligro. Lo inesperado del golpe y las circunstancias en que ha acaecido, centuplica su efecto. Fuerza es reconocer que no encontrará sucesor dentro de la agrupación conservadora, ni tampoco fuera de ella.

Por otra parte, ¿habrá motivos para temer que la enorme desgracia arrastre alguna desagradable sorpresa, sirva de estímulo y de ocasión á locas aventuras? No debemos creerlo. Los que la aprovechasen para poner en práctica planes de sedición ó proyectos de lucha armada, malditos serían de Dios y de España.

Tengamos fe en el patriotismo de todos, que ha de manifestarse irresistible en esta hora trágica. Mientras la situación se norma-

liza y se afirma el orden, no haya partidos; haya un partido, uno solo, patriótico y nacional. Hágase el silencio para meditar en el recogimiento y en la paz, acallando el discorderío de las eternas disputas, lo que más pueda convenir á España y á la hidalguía española, que en presencia del honor y del deber las almas grandes se agiganten y las almas pequeñas crezcan y se enderecen. Nosotros abatimos sobre el cadáver de Cánovas nuestra bandera de combatientes, nos vestimos de luto para llevar el duelo nacional, y nos perdemos en una meditación dolorosísima.

Entramos en una tregua, en un período de incertidumbre; Dios ilumine á la Reina, inspire á los hombres políticos y salve á esta desventurada nación. En vez de rendirnos al desaliento ante la incansable adversidad que nos persigue, conviene repetir el grito de Goethe: *¡ Adelante por encima de esa tumba!...*

Adelante, sí, pero mirando hacia atrás para inspirarse en el ejemplo del gran luchador caído, y hacia el porvenir donde brilla la estrella protectora de España que, aunque se eclipsa con frecuencia, nunca se ocultará... »

F. G. D.

Periódicos de Castellón de la Plana

EL REGIONAL

A la cabeza de su número correspondiente al 12 de Agosto, con señal de luto, y bajo el epígrafe, en gruesos caracteres, *Asesinato del Sr. Cánovas del Castillo*, dijo lo siguiente:

« La mano del infame y cobarde asesino que en Santa Agueda ha privado de la vida al más ilustre de los españoles ha venido á herir á la nación, arrebatándola en estos momentos al predilecto y esclarecido hijo, á cuyo talento y patriotismo habíamos confiado todos la honra de la patria.

De desgracia nacional han calificado todos el asesinato del Sr. Cánovas del Castillo, y ese concepto es tan acertado, que en estos tristes momentos no hay español, sostenga las ideas políticas que quiera, que no tenga que contener lágrimas de dolor y no sienta igual pena á la que experimentaría por la pérdida de

uno de los seres más queridos de su familia.

Lloremos, sí, sobre la tumba del mártir, que si consagró todas sus energías y talentos á la patria, siendo la admiración de Europa, ha dado su vida muriendo como un héroe. al grito de: *Viva España!*

Son días de duelo nacional. La patria está de luto.

El Regional hace llegar hasta los pies de S. M. la Reina el homenaje de su gran dolor, y pide al cielo por el alma del que fué el más eminente de los españoles. »

* * *

A continuación publicó unos datos ó noticias biográficas del Sr. Cánovas, y después, en el número correspondiente al día 15, lo que transcribimos á continuación:

Ante el cadáver.

« Aquella robusta inteligencia á que todo humano saber llevó su indicio; aquel magnífico instinto de la belleza que á todas las artes alcanzaba; aquel sereno y alto juicio de historiador; aquella fe de patriota que de actos memorables llenó la vida nacional contemporánea; aquella elocuencia apocalíptica que caer solía sobre los Parlamentos como sentencia inapelable; aquella altivez de antiguo hidalgo que imponía respeto á las naciones; aquella voluntad olímpica, audaz, vencedora últimamente de los obstáculos inmensos creados de consuno por la fatalidad, por error de multitudes irreflexivas y por estrategias de adversarios... Todo ello, todo ese maravilloso conjunto de cualidades excepcionales, de constancia, de valor, de honradez y de talento; toda esa vida gloriosa, y pese á los años, gallarda aún, con que España se enorgullecía en sus júbilos, y de que España en sus desgracias como las presentes se amparaba; toda esa existencia que tantos riesgos desafió y dominó frente á frente, ha venido de improviso al suelo, con el estrépito de fortaleza colosal que se desploma, porque un imbécil desconocido, un vago, un pobre diablo cualquiera, sin alma y sin corazón, disparó tres veces traidoramente un roñoso revólver.

¡ Parece increíble!

Sí. Cuando las grandes almas van llegando á las muchedumbres y extendiéndose poco á poco por las naciones y penetrando en su ac-

tividad por todas partes para llenar después por muchos años su vida misma y latir en su propio general sentimiento, los grandes hombres de quienes aquellas grandes almas son, dijérase que con su alma infunden y extienden y eternizan su vida mortal en el inmortal aliento de la sociedad entera. De ahí la violenta protesta de incredulidad con que todo el mundo, en el primer momento, acoge la sorpresa de la muerte de un grande hombre. »

.....

« ¡ Cánovas del Castillo muerto por un miserable y haraposo extranjero, por un innoble ente, harto de arrastrar su inutilidad y su vagancia de taberna en taberna entre la canalla!

No debía de suceder sin duda ; pero ha sucedido. Nos lo afirma el triste despojo que ha vuelto hoy desde Santa Agueda : un cadáver. Cuando mañana atraviése Madrid y las muchedumbres lo saluden con piedad infinita, toda esa piedad no servirá, ni aunque se le esté á la vez arrancando la vil existencia al asesino, para volver al asesinado la vida, aquella vida de luz que tanto la nación necesitaba.

Entonces, sintiendo el inmenso duelo de la nación, ante el despojo yerto del gran estadista debe esa muchedumbre, compuesta de todas las clases sociales, como estará, sentir los súbitos anhelos amorosos con que los huérfanos estrechan los lazos de familia el día en que el padre muere ; y así como ellos repasan contritos sus posibles agravios al ser que los abandona para mejor entregarse de buena fe á quien le sustituye, así también los que el cadáver del hombre ilustre contemplan, pueblo, políticos, periodistas, desplegarán á sus propios ojos sus conciencias, sin duda buscando en el arrepentimiento la raíz de nuevos y más castos amores.

Porque, eso sí, es preciso ante todo arrepentirse de todo corazón. Prestar al ilustre general que recoge la herencia del Sr. Cánovas del Castillo en momentos tan graves un concurso eficaz, si no se desea la desdicha de España, en vez de rodearle, para ir á ella, de resistencias, de escollos y de peligros.

Arrepentimiento, sí, arrepentimiento tras el remordimiento. Hay que decirlo con entereza, pues ante ese cuerpo inmóvil del hombre ilustre muy pocos de quienes intervienen en la

vida pública serán los que no sientan levantarse en el fondo del alma la voz dolorosa de la conciencia, arguyéndoles falta de sinceridad al juzgar la lucha titánica en que la muerte le sorprendiera. Y aun de la muerte misma, ¿ quién asegura que el asesino, ese miserable exaltado, si disculpa á su crimen encontró en fanáticas creencias, no encontró el impulso del asesinato en la falsa indignación que á favor de los anarquistas de Barcelona se ha venido explotando contra Cánovas como arma política?

Nosotros ni lo afirmamos ni lo negamos. Nos limitamos únicamente á creer que delante de los muertos se sienten religiosos y solemnes respetos, cuya influencia en el espíritu suele ser saludable.

Y que cada cual sienta lo que deba sentir ante el cadáver de Cánovas del Castillo. »



En los números del 19, 22, 26 y 29 de Agosto, 2, 5, 8, 12, 16, 19, 23 y 26 de Septiembre, dió noticias y se ocupó de las consecuencias políticas de la muerte del Sr. Cánovas.

Periódicos de Ciudad Real

I

LA TRIBUNA

Este diario de la tarde publicó, en su número correspondiente al 9 de Agosto, entre señas de luto, el siguiente notable artículo de su redacción ; el que se transcribe después, firmado por D. Ramón Llamas, y por último los versos, que también insertamos, del señor D. J. Aguilera.

¡¡Cánovas ha muerto!!

« La mano criminal de un asesino extranjero ha venido á cortar el hilo de la existencia del Presidente del Consejo de Ministros, de la figura más grande de nuestra Patria, del estadista insigne, del caballero sin tacha, del político del siglo.

Ante los restos de D. Antonio Cánovas del

Castillo, España entera llora con amargor indecible, que no en balde se llega á merecer la prestigiosa fama que alcanzara por su talento, el que nacido de humilde cuna, disponía más tarde de los destinos de esta nación, deudora, como á ninguno, de sus mayores triunfos y de sus más grandes conquistas en todos los órdenes de la actividad humana.

Cuando más falta nos hacía que viviera; cuando empeñados en sangrientas guerras allende los mares, más necesarios eran á la Patria sus eminentes servicios; cuando todo debía y podía esperarse de él, el plomo homicida, en mal hora certero, ha venido á convertir en pavorosos los horizontes que descubriera su talento y afirmara su sólida reputación de estadista, reconocida y respetada por Europa.

Pérdida es esa de tal magnitud, que nadie podrá explicarse á primera vista, pero que todos así lo reconocen. Forzoso es aceptar los acontecimientos como vienen, pero forzoso es convenir que en las actuales circunstancias la muerte del Sr. Cánovas del Castillo es una desgracia nacional, la mayor que puede experimentar este país.

A estas horas el telégrafo, con la vertiginosa prontitud del rayo, habrá llevado á todos los ámbitos del globo con la infausta noticia la pesadumbre inmensa de los hombres de Estado, y de seguro que las demostraciones de pésame que de allí vengan serán la muestra más elocuente de la respetuosa admiración que merecía el Presidente del Consejo de Ministros.

En momentos de suprema angustia para nuestra querida España se impone á los hombres de gobierno el más penoso y trascendental deber.

Pídamos á la Providencia dé acierto á quien haya de dirigir los destinos de este país, y unámonos todos para condenar ese acto inicuo y de barbarie que ha acabado con la vida del Sr. Cánovas del Castillo, llenando de luto y de pesar á los nobles corazones españoles.

¡¡ Llor y gloria para el ilustre muerto!! »

Consideraciones.—Sobre la muerte de Cánovas

« ¡ Por qué doblan las campanas, dando al viento un tañido singular? ¡ Por qué siente el espíritu de todos los españoles una pena profunda, extraña, casi tan grande como por la muerte de un familiar nuestro? Es que la na-

ción española acaba de ser herida en su corazón: Cánovas ha muerto víctima de una infame alevosía. Aquí no son posibles aquellas palabras: « A rey muerto, rey puesto », porque es insustituible. No es solamente un hombre el que ha muerto, ni un político profundo, ni un estadista de primer orden, ni un talento prodigioso: ha bajado á la tumba algo más que eso. La solución y el porvenir de la patria española en circunstancias difíciles para ella. Hay eminencias en las esferas políticas, eso es indudable; pero en D. Antonio Cánovas estaba asumido todo. Todos los partidos pasaban por delante de él, y al quitarse el sombrero, le saludaban con estas palabras: « ¡ Salve, César, admiramos tu genio colosal! » ¡ Qué vida es esta que después de recargarle á uno de laureles y de glorias por sus méritos, por sus incomparables servicios en las regiones distintas del saber humano, cae como un andrajo cualquiera en un hoyo, igual, exactamente igual que el que tendrá el día de mañana el miserable asesino que ha cortado el hilo de esta existencia tan preciosa y necesaria, que no hay lágrimas bastantes para derramarlas por su pérdida, por lo que entraña el presente, por lo que atesora para el mañana? »

Respetemos los inescrutables designios de la Providencia. Enmudezcamos ante esta catástrofe nacional. Elevemos nuestros corazones hasta las gradas del Altísimo, pidiéndole que dirija á puerto seguro la nave de esta patria, tan azotada de la suerte de diversas maneras. No son estos los momentos para pensar en bastardías políticas. ¿ A qué ha obedecido ese brazo armado contra él con toda la premeditación más infame? ¿ Quién ha podido pagar esa villanía? ¿ La pasión política ha descendido hasta el fango para buscar en él ese instrumento? En estos instantes de ansiedad todo es prematuro. Las versiones tienen varios aspectos.

De cualquier manera, esta hecatombe es de peligrosísimas consecuencias. No nos podemos dar cuenta por el pronto, porque aún estamos bajo la presión del estupor. Una mano de bronce nos ha caído encima. El dolor en su más terrible manifestación ha dado su traidora zarpada. Esta desgracia hace por sí sola deponer toda mira, toda bandera, para ocuparse solamente de la situación en que queda el país. Enviemos nuestro más sentido pésame á la ilustre dama que acaba de perder á tan

egregio esposo. Enviemos nuestro más sentido pésame á todos los hijos de la gran familia española. »

RAMÓN LLAMES.

A la traidora muerte
del Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas.

Víctima de esos viles criminales,
conjura de asesinos y de fieras,
desciendes á la tumba... ¡ tú que eras
uno de los cerebros nacionales !

Entera la nación respira saña
y llora su desdicha y triste suerte,
pues parece que un hábito de muerte
implacable se extiende por España.

¡ Inútil ! ¡ vive Dios !... negros destinos
podrán romper el ídolo en pedazos,
¡ pero aún tienen vigores nuestros brazos
para ahogar á invasores ó asesinos !

¡ Descansa en paz en la terrestre entraña,
eximio pensador de nombradía !
— ¡ Viva España !...— dijiste en tu agonía ;
¡ así mueren los héroes en España !

J. AGUILERA.

* * *

El mismo periódico, en su número del día 10,
escribía lo que copiamos á continuación :

Desgracia nacional.

« Prescindamos de las bajas pasiones de la política, que suelen empequeñecer las más grandes figuras, y como españoles, como patriotas, como hombres honrados, lamentemos la muerte alevosa de Cánovas del Castillo.

Otra vez el anarquismo vuelve á dar señales de su vida criminal. Otra vez el arma homicida, esgrimida á mansalva por un fanático afiliado á esa secta terrible... En poco tiempo han sucumbido Carnot y Cánovas, y estuvo á punto de perecer el Rey Humberto...

A cada castigo que en defensa de las bajas impone la sociedad á los anarquistas, responden éstos con un atentado inicuo, con un asesinato horrendo. El de Cánovas es una gran desgracia nacional.

Su vida, de sesenta y nueve años, es una vida de glorias, de sacrificios por la Patria y

por la Monarquía. Su biografía es fecunda como pocas en hechos extraordinarios. Su talento le ha llevado á la presidencia de casi todas las Academias. A los cuarenta y seis años había hecho la Restauración y era Presidente del Consejo de Ministros. A estos puestos no se llega por intrigas, sino por méritos. No se arrebatan, sino que se conquistan.

Desde entonces fué Cánovas un verdadero sostén del Trono ; la Patria sería ingrata é indigna de tener hijos tan ilustres como Cánovas si olvidase algún día las grandes virtudes cívicas de éste... Luto nacional viste España en estos momentos. Sólo en los centros anarquistas habrá regocijo, un regocijo misterioso, que no puede ser expansivo, porque no tiene por base ninguna acción lícita y honrada... Lloremos al muerto y despreciemos á los que así se divierten. »

CALIXTO BALLESTEROS.

* * *

Después, y en una sección que el propio periódico titula de *Martes á martes*, decía lo que igualmente transcribimos :

« A bordo del gran trasatlántico de la vida ha muerto un pasajero ilustre. Su nombre fué inscrito en el sol y su cadáver arrojado á las olas de la muerte, que lo empujarán hacia las playas de la insondable eternidad.

El asesinato de Cánovas ha impresionado vivamente á la opinión pública.

Amigos y adversarios sienten vivamente su pérdida, pues con él desaparece el único muro de contención capaz de sostener la avalancha de desdichas que constantemente nos están amenazando.

El feroz anarquismo ha engrosado el número de sus víctimas.

Del cadáver arrojado del barco al anchuroso mar, queda sólo un nombre y una fecha.

Del Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, quedan imborrables recuerdos.

Una brillante historia de sacrificios por su Patria, una familia que le llora y una nación que jamás ha de olvidarle. »

* * *

En el número del día 11 publicó lo siguiente :

Opiniones del Sr. Romero Robledo.

Consultada por algunos periodistas su opinión respecto á los sucesos del día, la expresó en la siguiente forma :

«Entiendo que no habiendo fracasado la política del partido gobernante, debe éste seguir en el Poder bajo la presidencia de cualquier Ministro, por espacio de dos meses ; y que entre todos los prohombres del partido, incluso él, no había uno con talla bastante para sustituir á Cánovas ; que Silvela, si no hubiera pronunciado los discursos últimos, sería el jefe indiscutible ; pero se ha cerrado á sí mismo la puerta y no puede serlo, y que, de todas maneras, la situación es tan gravísima como si se hubieran muerto á un tiempo los jefes de los partidos monárquicos y empezara la desorganización ; y por último, que todos, y él el primero, ayudarían con verdadera fe á la persona á quien la Reina entregue el Poder.

Muéstrase sumamente impresionado.

• Preguntado que en qué situación quedaba la jefatura del partido conservador, dijo que en el de una verdadera república por espacio de algún tiempo.

Consultado respecto á quién ocupará el Poder dentro de los dos meses que señala, manifestó que, desde luego, el Sr. Sagasta y el partido liberal. »

• • •

Y por último, insertó estos versos :

La muerte de Cánovas.

Su vida se extinguió ; llegó su hora, cual termina en el mundo lo creado ; su grito por la Patria ha demostrado ser el hijo del pueblo que hoy le llora.

Allá en el Eter do el Eterno mora sufrirá su dolor, y allí postrado su espíritu valiente y esforzado sentirá la justicia vengadora.

Grande en la tierra fué ; mas en la altura se aquilata el valor y la grandeza y queda sola la conciencia pura.

El Eterno perdona sus errores, en gracia á su talento y su nobleza, y alivie de la Patria sus rigores.

JOSÉ GIL DE ARANA.

II

EL LABRIEGO

En extraordinario del 9 de Agosto dió noticia del asesinato del Sr. Cánovas, manifestando que los primeros en propalar la noticia decían, con el laconismo y divagación propios del caso, que se trataba de un hecho capaz acaso de cambiar el rumbo de la nación entera ; y, en efecto, añadía, una mano armada de odio ha hecho desaparecer para siempre el alma de la Restauración. »

Después escribía, bajo el epígrafe *Consternación*, lo que sigue :

«El asesinato vil y cobarde del gran estadista español, cuyos talentos en todos los ramos del saber humano no han sido ni podrán ser negados por nadie, ha producido en Ciudad Real, como lo habrá producido en Europa entera, hondo sentimiento. Que un asesino esgrima alevosamente un arma y corte la existencia de un hombre que, por la fuerza de su talento, se había conquistado renombre y fama universales ; de un hombre que tantos sacrificios y servicios tantos ha hecho á la Nación española, indigna y subleva á todo buen ciudadano y á toda alma noble. »

.....

• • •

En su número del 10 daba extensos y minuciosos detalles del crimen de Santa Agueda, publicando, con el título de *Alcance postal* (servicio exclusivo de *El Labriego*), una correspondencia de Madrid, fecha 9, hablando de la gran consternación que había causado en todos los corazones españoles, y profunda pena que embargaba á la Nación, por el trágico fin que había tenido el insigne estadista señor Cánovas del Castillo. «Horripila pensar—añadía—la miserable perfidia del asesino que, á traición y con saña cobarde, ha cortado la existencia al hombre eximio que, de la nada y sólo con su saber, llegó á ocupar uno de los puestos más importantes donde, lo mismo en España que fuera de ella, era querido y respetado. Faltaba algo en las desdichas de nuestro país, y ha venido á completarse con el atentado de Santa Agueda. ¡ La Patria está llena de luto por uno de sus más preclaros hijos. »

• • •

Después, y bajo el epígrafe «Indignación», añadía: «En esta tierra hidalga no hay un solo corazón que no proteste indignado con la mayor energía contra crimen tan infame. Descanse en paz la genial figura, cuyo nombre jamás se borrará en el corazón del más modesto ciudadano, porque todos los españoles tenemos parte en el dolor de tragedia tan inesperada.»

* *

En otro *Alcance postal* del día 10, publicado por *El Labriego* el 11, se decía: «Tan grande ha sido la impresión producida por la trágica muerte del Sr. Cánovas y honda la pena que nos embarga á todos los españoles, que no es extraño que todas las conversaciones traten de lo mismo y en los Círculos, calles y plazuelas se comente el hecho con gran indignación.»

Es unánime el convencimiento de los políticos más importantes que la figura del señor Cánovas hubiera sido siempre insustituible; pero en las presentes circunstancias más; sin embargo, dentro del mismo partido, hay hombres que habrán de secundarle.»

.....

Periódicos de Córdoba

I

LA MONARQUÍA

Con orla negra, y bajo el epígrafe *Luto general*, publicó dicho periódico conservador, en su número del 9 de Agosto de 1897, el artículo siguiente:

«Una inmensa desgracia pesa hoy sobre España. El hombre eminente que era una de las primeras figuras en nuestro siglo, ha caído muerto á los pies de un asesino, como cae el águila acostumbrada á dominar las regiones en que se forma el rayo al golpe aleve de una arteria.»

Los últimos destellos de aquella inteligencia privilegiada, abarcando el conjunto de las

actuales circunstancias ante la realidad de la muerte, debieron ser sublimes.

Su alma entera, al ser herido, según nos refiere el telégrafo, se condensó en una sola frase patriótica: ¡¡¡ Viva España!!!

Quizá esto no se confirme; pero aunque esta frase no hubiera llegado á sus labios, es indudable que corresponde exactamente al último latido de su corazón y á la última vibración de su cerebro.

España y Cánovas del Castillo habían llegado á ser sinónimos en el extranjero. La inteligencia de aquel hombre superior, de tal manera resplandece en los más difíciles periodos de nuestra Historia contemporánea, que ha de ser imposible al historiador narrarlos sin ocuparse del hábil estadista que, directa ó indirectamente, influyó en ellos de una manera sorprendente, decisiva y gloriosa. Cánovas del Castillo, que habrá podido tener émulos, pero no enemigos, era hoy, al frente del Gobierno español, el único veto eficaz y rotundo opuesto á las pretensiones del filibusterismo americano, que, en más ó en menos escala, ha conseguido templar las energías de otros de nuestros prohombres políticos, y... quién sabe si aquella concepción gigante vió brillar un momento, á la luz de los disparos, como aparición fatídica, la estrella solitaria, y fué un grito por nuestra integridad nacional el eco de su tumba!!!

Todo lo grande y lo sublime que admirábamos en sus resoluciones como hombre de Estado, ha desaparecido ante la traición y el crimen, y hay que tener en cuenta que este crimen, perpetrado materialmente en un hombre respetabilísimo, confiado é indefenso, es el crimen mismo que en el orden moral se viene perpetrando con la sociedad española, haciendo rodar á diario y arteramente todos los prestigios, todos los respetos y todas las creencias.

D. Antonio Cánovas del Castillo ha dejado de existir para nosotros; pero la inmortalidad le abre desde este momento de par en par sus puertas. ¡Ay de nosotros y de nuestros hijos si, muerto aquel hombre, y ante la rapacidad que informa el derecho internacional moderno, no pensamos y sentimos constantemente que antes de ser políticos somos españoles y que no hay otro orgullo más noble que el que se sacrifica en aras de la Patria.»

* *

II

EL COMERCIO

En sus números correspondientes al 9 y 10 de Agosto dió numerosos detalles sobre la muerte del Sr. Cánovas, encabezando el primero sus noticias con los párrafos que se transcriben á continuación :

Asesinato de Cánovas.

«El eminente estadista, el gran político español Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, fué ayer asesinado en su residencia de Santa Agueda.

A las cinco de la tarde recibió el señor Gobernador civil de esta provincia los primeros telegramas dando cuenta del suceso, y aunque quiso guardar la reserva consiguiente hasta dictar las disposiciones oportunas, como los despachos no venían cifrados, bien pronto se propagó la noticia, llenando de indignación á todo el mundo.»

hogares donde exista un hombre que sienta los más ténues amores por esta Patria que á tantos hijos ha dado los dulces alientos de la maternidad.

Lloremos como hermanos la comisión de un crimen en la persona de un hermano, y como españoles vistámonos de luto por el duelo que aflige hoy á la Madre que nos ha dado vida, corazón y alma, pues el hecho ocurrido ayer habrá de comprometer seguramente el porvenir de nuestra política, cuyo horizonte, cargado ya de nubarrones densos, presagia y anuncia ruda tempestad.

Sin embargo, la cooperación de todos los partidos, espontáneamente ofrecida para resolver las dificultades del momento y salvar el orden público, gravemente amenazado, deja paso á una consoladora esperanza.

Y no nos entretenemos más en disquisiciones sobre nuestro futuro, que hoy es día de colocar sobre la tumba del muerto las flores de la oración y de pedir al Dios de las benevolencias acoja en su seno el alma del que ya no existe.»

II

LA MANANA

En su número del 13 de Agosto, con orla de luto, publicó el artículo que sigue :

Cánovas juzgado por Bismarck.

«Yo jamás me incliné ante nadie, pero lo hice siempre con respeto cuando oía pronunciar el ilustre nombre de Cánovas del Castillo.»

Bismarck.

«Otro genio europeo, que ha dado al imperio germánico días de gloria y que honró al mundo con su talento, es el que pronunció las frases que encabezan este artículo, al tener conocimiento de que el eminente hombre de Estado Sr. Cánovas del Castillo había dejado de existir.

No se fijó el ilustre Bismarck, cuando tuvo noticia de la muerte del insigne español, de inteligencia clarísima y de excepcionales condiciones de hombre de gobierno, en nada más que hacer resaltar en dos palabras lo que España pierde con que una mano alemana y traidora, guiada por impulsos mezquinos y valiéndose de medios tan reprobados

Periódicos de La Coruña

I

EL NOROESTE

El diario católico así titulado, de La Coruña, en su número del 9 de Agosto, escribió lo siguiente :

La muerte del Sr. Cánovas.

«El ilustre Presidente del Consejo de Ministros ha muerto.

Mano aleve, movida á impulsos de un corazón del cual se había borrado la idea de un Sér Supremo que castiga y premia, ha puesto fin á la existencia del Sr. Cánovas del Castillo, una de las más altas representaciones de la Patria y de los primeros estadistas europeos.

La anarquía, esa secta infernal que ha jurado odio eterno á todo lo que signifique orden y autoridad, blandiendo ayer su formidable segur, ha llevado la consternación á todos los

como cobardes, haya arrebatado para siempre la vida de aquel varón cuyas virtudes y entendimiento constituían un verdadero orgullo para todos los hijos de esta heroica cuanto desgraciada Nación.

Condensó el insigne político alemán en esa sola frase lo que significa para nosotros la muerte de ese gigante de la ciencia; expresa en ella de modo evidéntísimo que el Sr. Cánovas era la salvaguardia de todos los prestigios y de todas las grandezas de España; significó que á él, al estadista eximio que, con una arrogancia y valentía dignas de sus sentimientos, siempre nobilísimos, debemos una política de progreso y de paz, iniciada desde que ha descollado por sus indiscutibles méritos al frente de los destinos públicos, que la Monarquía y el pueblo le habían confiado.

Los grandes hombres, los que por su saber y sus conocimientos llegan á figurar como estrellas luminosas en las respectivas naciones á que pertenecen, reconocen siempre lo que unos y otros valen. Por eso *La Mañana* encuentra hoy justísima la declaración que el Sr. Bismarck hace con motivo de la singularísima pérdida que España lamenta con la muerte de su preclaro hijo, el Sr. Cánovas.

Todavía no nos es posible dar á la pluma la libertad necesaria para expresar nuestro modo de sentir en este asunto, porque el espanto y el dolor que tan horrible suceso nos ha causado la entumecen, la detienen, la impiden trasladar al papel todo cuanto nuestra imaginación nos dicta. Parécenos que estamos presa de un letargo, de una pesadilla horrible, de un fatal sueño cuyo despertar se hace interminable... Mas la realidad, con su laconismo terrible, nos convence de la fatal desgracia, de que es un hecho, de que ya España ha perdido para siempre al Sr. Cánovas del Castillo; y ante eso, á lo que ya no puede ponerse remedio, sírvanos de lenitivo, no sólo el espontáneo y unánime duelo nacional, sino también el concepto que á las naciones extranjeras, y con especialidad á sus más eminentes hombres, como el Sr. Bismarck, merece la irreparable desgracia que hoy nos aflige.»

Cánovas juzgado por Campoamor.

De los *Fragments* del mismo. copia algunos párrafos, que no transcribimos por encontrarse en otro lugar.

III

LA DUCHA

Este periódico semanal de La Coruña dedicó al Sr. Cánovas, en su número del 15 de Agosto, con señales de luto, el artículo que copiamos á continuación:

Cánovas.

«Víctima de infame atentado, baja al sepulcro uno de los primeros hombres de Estado que hoy se conocía en el continente europeo, y aun en el general concierto del mundo.

Condenando como los que más el vil aseainato que privó de la existencia á una verdadera gloria nacional; lamentando también como los que más el momento inoportuno en que semejante desgracia acaeció, por las tristes y lamentables consecuencias que á la Nación puede acarrear, y aunque algún tanto distanciados de la marcha política que sus falsos y novísimos amigos imprimían en la dirección de los negocios públicos, especialmente en esta provincia, no podemos por menos que, formando parte del doloroso concierto universal, deplorar amargamente pérdida de hombre de tanta estimación y valía para la Patria.

D. Antonio Cánovas del Castillo entra á formar en la galería de glorias nacionales por sus propios merecimientos: elevado de humilde cuna á los más altos puestos y condecorado con las más insignes distinciones, supo siempre conservarse con dignidad y carácter en las más difíciles y arriesgadas situaciones.

Aparte sus luchas por la existencia, y para darse á conocer en una sociedad que por completo le desconocía, su actitud prudente, mesurada y enérgica durante el período revolucionario le granjeó una despejada posición política, que luego, y durante el último tercio de este siglo, le permitió desarrollar su vasto y colosal sistema político con relativa independencia.

Jefe de la Restauración borbónica, supo impedir al nuevo orden de cosas tal prudencia y mesurada marcha, que, apartándose de los sangrientos moldes que en la Historia nos presentan las Restauraciones, sin grandes prestigios vió terminadas luego las dos guerras que nos asolaban, calmando los espíritus, al extremo de aparecer impotentes los parti-

darios del republicanismo y del absolutismo, mortales enemigos de la Monarquía constitucional.

La honra nacional, tan arraigada se hallaba en el ánimo del Sr. Cánovas, que á ella y sólo á ella podemos atribuir el colosal triunfo diplomático que en la cuestión de Las Carolinas obtuvimos sobre el Canciller de hierro, que por aquella época figuraba como dueño del mundo, y en las actuales guerras coloniales supo dar el hermoso espectáculo de que España, á pesar de sus desgracias, conserva una vitalidad tan grande, que al ver maltratada su honra é integridad, no halló reparo ni obstáculo para trasportar á lejanas tierras ejércitos tan numerosos, que fueron el espanto de propios y extraños.

Descanse en paz el ilustre patricio, y procuremos nosotros, aún humeantes sus cenizas, dar á la Nación el reposo necesario, acallando por de pronto, y al menos hasta que esas dos funestas guerras terminen, nuestras fatídicas rencillas é inveteradas discordias.

* * *

Por último, de la alocución dirigida á los corufeses por el Gobernador D. Filiberto Abelardo Díaz, tomamos el párrafo siguiente:

«Faltan palabras para expresar la indignación con que el sentimiento público se revuelve contra esa horrenda escena de sangre, en la cual no hay ojos humanos que vean sólo una víctima. Los tiros disparados contra aquella cabeza privilegiada y contra aquel pecho lleno de poderosas energías y de generosos impulsos, han llegado al corazón de España. Porque España, hoy, como en otras crisis de su historia, necesitaba de una inteligencia superior y de una voluntad firme; y todo eso representaba la insigne personalidad que hemos perdido para siempre.

Ante su cadáver, rodeado de todos los esplendores de su pasado glorioso, enaltecido por su muerte; no menos glorioso, como mártir de sus ideas por defender la sociedad, el orden y la integridad de la Patria, debemos unirnos todos los buenos españoles alrededor del trono de S. M. el Rey D. Alfonso XIII, afianzado cada día más por las altas virtudes de su augusta madre la Reina Regente; porque esa unión cuando aún fulguran los sinietros resplandores de la guerra en Cuba y Filipinas, sería el más grandioso homenaje de

admiración y gratitud que podíamos ofrecer á la memoria del hombre verdaderamente extraordinario, por su saber y condiciones de mando, que nos arrebató en trístisima hora la mano criminal del anarquista Rinaldi.»

Periódicos de Cuenca

I

EL CORREO CATÓLICO

El sábado 14 de Octubre dió á luz, entre señales de luto, el artículo que insertamos á continuación:

La muerte de Cánovas.

«Como ya saben nuestros lectores por la prensa diaria, el Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, Presidente del Consejo de Ministros, fué asesinado el domingo en los baños de Santa Agueda (Guipúzcoa) por un anarquista italiano.

La sorpresa que este execrable crimen ha causado á todas las gentes honradas ha sido tan grande como la indignación. ¡Cómo! ¡Están las vidas de los hombres que ejercen autoridad á merced de un salvaje cualquiera que se llame vengador de los criminales! ¡Es que se quiere hacer imposible en las sociedades modernas el sostenimiento de la autoridad y el ejercicio de la justicia!

El asesinato del hombre eminente que tenía en sus manos las riendas del gobierno de la Nación, es uno de los hechos más graves y de mayor trascendencia de nuestra época. Dificiles acontecimientos se pronosticaban para fecha próxima, aun viviendo Cánovas; ¡qué sucederá ahora, faltando el hombre que ha debido llevarse consigo el secreto de no pocas graves cuestiones que reclaman inmediata solución! Sólo Dios lo sabe.

Tenía el Sr. Cánovas del Castillo fama de estadista eminente, y de poseer talentos universales; era una de las figuras más visibles de la política española, y fué el restaurador y sostenedor de la Monarquía de D. Alfonso; su nombre honraba á España, y como además

representaba el principio de autoridad, su muerte debe ser lamentada por todos los españoles.

Graves errores habrá cometido sin duda este hombre eminente en su larga carrera política, porque no es la perfección lo que caracteriza á la humana debilidad; pero en estos momentos en que aún se encuentra insepulto su cadáver, toca solamente lamentar de todo corazón el crimen horrendo de que ha sido víctima un español ilustre, y elevar al Altísimo fervientes súplicas á favor del que ya no existe, dejando á la Historia la tarea de fijar los méritos que distinguieron á D. Antonio Cánovas del Castillo y sus errores políticos.

¡Dios misericordioso haya tenido piedad de su alma, y envíe consuelo y resignación á la desolada viuda, que hoy gime bajo el horrible peso de la tribulación y del dolor!»

* * *

A continuación publicaba *El Correo Católico* unos datos biográficos del Sr. Cánovas del Castillo y, después de otras noticias, la sentida alocución del Gobernador de la provincia, señor Betegón, de que copiamos los principales párrafos:

«Una gloria de esta desgraciada España, cada día sometida á nuevas y más rudas pruebas, el eminente estadista D. Antonio Cánovas del Castillo, ha muerto ayer asesinado en el establecimiento balneario de Santa Agueda (Guipúzcoa) á manos de un miserable, que sin duda por no haber nacido en esta hidalga Patria, desconocía lo que ésta debe al insigne continuador de nuestra Historia, al hombre eminente á quien le cupo la alta honra de restaurar la Monarquía legítima sin derramar una gota de sangre, y sin que por causa suya en ningún hogar se sufrieran los duelos y congostas que empresas de tal magnitud suelen causar á los vencidos.

El Sr. Cánovas del Castillo ha muerto; pero su nombre vivirá eternamente en la Historia, y de los labios de todos los buenos españoles saldrá una plegaria que se elevará á Dios para pedir dé al hombre que profesaba como sistema el perdón del vencido y el olvido de las injurias, la recompensa que se merece.

Día de luto fué el de ayer para España, y estoy bien seguro que los habitantes de esta provincia de Cuenca, á la cual tantos benefi-

cios prestó el finado, no han de ser los últimos en llorar tan sensible pérdida.

La Monarquía y la Patria, á quienes dedicó su poderosa inteligencia el eminente estadista que ha muerto, y á quienes amaba por igual, han perdido un leal servidor, irremplazable por las especialísimas y brillantes condiciones que poseía.»

.....

II

EL HUECAR

El 13 de Agosto, entre señales de luto, hizo la notable manifestación siguiente:

Duelo nacional.

«La nación española está de duelo. El eminente hombre público é insigne estadista don Antonio Cánovas no era sólo el jefe del Gobierno y del partido conservador: era una gloria nacional, y por este motivo la muerte de tan preclaro ingenio en los actuales momentos en que España necesita del esfuerzo y de la inteligencia de todos sus hijos para salvar el honor nacional, empeñado en dos cruentas y costosas guerras coloniales, constituye una tremenda desgracia que lamentan todos los españoles, que por encima de los intereses bastardos y ruines de la política ponen sus miras en el interés supremo y augusto de la Patria.

La Historia juzgará en su día los actos del gobernante; á nosotros sólo nos toca hoy llorar la muerte de una gloria nacional y protestar, con la indignación que hoy sienten todas las almas nobles, del infame atentado realizado por un extranjero en la persona del jefe del Gobierno español.»

LA REDACCIÓN.

III

EL PROGRESO CONQUENSE

Este periódico republicano publicó un suplemento extraordinario, dando cuenta del asesinato del Sr. Cánovas y de la impresión producida en Cuenca, terminando así:

«La redacción de *El Progreso* condena el hecho y lamenta la pérdida del ilustre estadista D. Antonio Cánovas del Castillo.»

* * *

Después, en su número del día 12, publicó lo que sigue:

Cánovas del Castillo.

«Víctima del furor anarquista, que no se detiene ante el inocente niño, ni ante el venerable anciano, ha dejado de existir este eminente estadista é ilustre hombre público, sostén de la Monarquía restaurada y fuerte timón para gobernar el Estado.

En circunstancias difíciles ha perdido España uno de sus hombres de más valía por su entereza de carácter, su capacidad intelectual y su españolismo.

Lo dijimos en el extraordinario del lunes, y ahora lo repetimos:

Condenamos el hecho por lo brutal y criminoso; abominamos del autor, hoy más que ayer, por su desmesurado lenguaje ante la viuda acongojada, y lamentamos sinceramente el trágico fin de D. Antonio Cánovas del Castillo.

La Monarquía, ya en decadencia, ha sufrido rudo golpe con la muerte del ilustre Presidente del Consejo de Ministros.

Este, en sus agónicas torturas, ha comprendido que la Patria, más que el trono, sería rudamente combatida, y ha tenido alientos para gritar y despedirse de la vida, no con un viva el Rey, con un ¡viva España!

Quien recuerda á su Patria cuando muere es un buen hijo que, al dejar este valle de lágrimas, pronuncia el santo nombre de su venerada madre.»

* * *

En el propio número *El Progreso Conquense* reprodujo algo de lo publicado por la prensa de Madrid sobre el propio suceso y también por la norteamericana.

Periódicos de Gerona

I

EL CORREO DE GERONA

En su número del 9 de Agosto (1) dió noticia, con referencia á un telegrama, del asesinato del Sr. Cánovas, expresándose así:

«Este acto demuestra que los anarquistas no cesan en sus criminales propósitos, y que, no teniendo patria, cualquiera de ellos puede asesinar á los hombres de Estado, de cualquier país que sean.

Nosotros censuramos con energía este hecho; también lo deploramos.

La muerte de Cánovas á mano airada es un hecho gravísimo y que puede ser de indiscutible trascendencia en la política de nuestro país.

Esto explica la sensación que ha producido la noticia en todas partes y la avidez, bien reflejada en los grupos, para adquirir pormenores.

Las circunstancias son harto difíciles para que no preocupe al espíritu público un crimen, siempre abominable, y que en esta ocasión ha de merecer la más unánime protesta.

¡Quién no ve que necesitamos en España sumar fuerzas y no quedarnos sin el concurso de grandes hombres?

Las que han merecido los políticos, precisamente se debieron á esta gran verdad, que pesaba en la conciencia de todos, y por su eficacia y su virtud les fué posible á los conservadores gobernar y sostenerse, contra todo embate, en las esferas del Poder.

En este concepto, por tanto, y dejando aparte toda otra consideración de índole personal, la muerte del Sr. Cánovas del Castillo es una desgracia, una verdadera desgracia para la Nación española.

Ante la fatal noticia, desaparecen odios políticos, miras interesadas y egoísmos de clase, y no queda sino la grandiosa figura del hombre de talento, del pensador profundo, del hijo esclarecido de la Patria, que, con teorías más ó menos añejas, con pensamientos acaso utópicos, gobernaba España y era uno

(1) Que debe publicarse por la noche.

de los más decididos defensores de la Monarquía.

Nosotros no pertenecemos á fracción alguna política, y, como decimos anteriormente, hemos de confesar que la noticia del asesinato nos ha conmovido profundamente, haciéndonos pensar en las contingencias á que pudiera dar margen la muerte que lamentamos.

Abominamos del asesino miserable que acabó con la existencia del ilustre estadista; protestamos con toda la indignación de que nos sentimos capaces contra ese asesinato inicuo, y con toda el alma nos asociamos al duelo que, sin distinción de ideas ni de partidos, sienten todos los españoles.

¡Quiera Dios...»

Pasa luego á hacer la historia de D. Antonio Cánovas del Castillo.

* * *

El martes 10, en su primer artículo de fondo, con el título de *Política al día*, escribía:

«Creíamos que la actual política era funesta al país; pero jamás podremos mirar impasibles cómo se apela al asesinato para lograr fines políticos.

A pesar de que el Sr. Cánovas frisaba ya en los setenta años y casi estaba agotado políticamente, su inopinada muerte tendrá consecuencias de extraordinaria importancia en la marcha de la política española.

Por de pronto, el partido conservador queda inutilizado para gobernar, pues así como Luis XIV decía: «El Estado soy yo», el señor Cánovas podía exclamar: «El partido conservador soy yo...»

* * *

Por último, el jueves 12 de Agosto dijo lo que sigue:

«La situación es grave, así lo reconocen todos; y por lo mismo que es grave, conviene no abandonarse á vacilaciones angustiosas; la muerte de Cánovas es una desgracia nacional, hemos sido los primeros en confesarlo; pero es preciso probar que no anonada á la Nación, y que ésta, herida traidora y alevosamente en uno de sus hijos, tiene fuerzas y recursos para triunfar de todas las dificultades.»

II

DIARIO DE GERONA

Escribía el martes 10 de Agosto lo que copiamos á continuación:

«El crimen inaudito que ha puesto alevoa é inicuaente fin á la existencia del ilustre hombre que, como jefe del Gobierno, en las difíciles circunstancias por que atraviesa el país, había aceptado y llevaba con fe y entusiasmo sobre sus hombros todo el inmenso peso del Poder, ha producido tan hondísima impresión en los ánimos, que tan difícil es hallar palabras con que hacerla comprensible, como apreciar en sus justos límites la trascendencia del suceso.

En medio de la profundísima pena que éste nos produce, aparte de la ilimitada confianza que en los altos designios de la Providencia tenemos, no acertamos á encontrar otra esperanza que la que nace de nuestra profunda convicción de que acontecimientos de esa índole aquilatan y elevan el patriotismo de los partidos dignos, y que lo que es por su origen una infamia, aun siendo nacional desgracia, no ha de ser por sus efectos causa agravadora de las desdichas de la Patria.

¡Dios oiga nuestros votos!

* * *

La noticia del asesinato del Sr. Cánovas del Castillo se difundió anteayer como un rayo por todos los ámbitos de la ciudad, cuando los primeros rumores sobre la misma se vieron confirmados por los telegramas urgentes de nuestra Agencia, que nos apresuramos á facilitar á todos los centros y cafés.

El efecto que produjo no es para descrito; la indignación era general y los comentarios los propios de sucesos de tan feroz naturaleza.

Aquella misma noche las autoridades fueron visitadas...»

* * *

En otro lugar del mismo número, que titula *Noticias nacionales*, decía:

«Un solo suceso ocupa completamente en los actuales instantes la atención del público: el criminal é inicuo atentado cometido en la persona del ilustre jefe del partido conserva-

dor D. Antonio Cánovas del Castillo, Presidente del Consejo de Ministros.

La indignación que en toda España ha causado la noticia del horrible crimen, ha sido grande; pero antes de extendernos en detalles sobre tan trascendental asunto, relatemos el suceso, el cual conocen nuestros lectores de la localidad por los telegramas que en la sección correspondiente reproducimos hoy.»

Pasaba á hacer el relato que el corresponsal de *La Correspondencia de España*, Sr. Torres, testigo presencial del hecho, comunicó á su periódico.

Después hacia la historia del Sr. Cánovas, y concluía diciendo ó transcribiendo este juicio:

«No hay jefe que haya tenido sobre su partido autoridad tan absoluta como D. Antonio. Hacía sentir su voluntad; no consentía discrepancias, y de la obediencia nació la adulación. A fuerza de oirse llamar ilustre, como si fuese ofensa pronunciar su apellido á secas, se ha colocado y le han colocado á una altura desde la cual ve á los hombres más pequeños por efecto óptico, y no es de extrañar que, políticamente, los considere ateniéndose á la talla que aparenta. Sagasta es el único que en el Parlamento le trata de tú, ó sea de igual á igual.

Cánovas es Cánovas en todas partes: en las Academias, en el Ateneo, en el Senado; pero en ninguna como en el Congreso, porque allí el ataque reviste las proporciones de la pasión y es aquella caldeada atmósfera la que necesita el gran orador.

Cuando es Presidente del Consejo de Ministros no suele prodigarse en las Cámaras; pero en la oposición no pierde ningún debate importante. Al llegar, no falta quien le entera del curso de la sesión. En el banco de detrás se sienta Pidal y en el del lado Romero Robledo. Durante la discusión, acostumbra hacer comentarios, reducidos á un par de frases dichas en voz baja. Es muy cortés en el Parlamento, y á veces se molesta permaneciendo en su banco para que el orador no tome á desaire su ausencia. Siempre hay movimiento de expectación en la Cámara cuando pide la palabra, y al levantarse fijanse en él todas las miradas.»

«Se le acusa de soberbio; no lo es el hombre de trato afable y cortés; Cánovas es enérgico y se limita á mantenerse á la altura de su posición política, sin consentir que nadie se le imponga ni le manosee. Cuando á la muerte de Don Alfonso XII regresó de Antequera Romero Robledo y fué á verle con la pretensión de que justificase su dimisión, Cánovas, que jamás olvida que es el jefe del partido conservador, le habló de todo menos de política, con lo cual irritó tanto á Romero, que levantó bandera de disidencia, inventó el «pacto de El Pardo», y después de meter mucho ruido separándose de D. Antonio con su escuadrón, tuvo que llamar á su puerta acompañado de una patrulla...»

«Al entrar Romero Robledo, se levantó para salir Silvela, quien en la sesión del 6 de Diciembre del 92 empleó el verbo *soportar*, refiriéndose á las complacencias del jefe del partido con los romeristas. Cánovas no soportó el verbo; planteó al día siguiente la cuestión de confianza, y como sólo obtuviera 121 votos la toma en consideración y 107 la aprobación, se creyó en el caso de dimitir...»

Dice que el arte más difícil es el de gobernar, porque á todas las dificultades hay que sumar las que nacen de la voluntad y de la diferente manera de pensar; y añade que en política no debe intervenir la pasión ni se puede querer ni aborrecer, porque las circunstancias varían á veces y obligan á juntarse con quien menos se desea. Afirma que los pueblos de menos pasiones son los más á propósito para la libertad, y los más difíciles los pueblos que las tienen. Cuando toma parte en una conversación, todos callan por no perder ni una frase, pues narra con sobrio é inimitable gracejo y maneja el epigrama con más habilidad que el indio la flecha. De él dijo Posada Herrera que era orador de primera, hombre de Estado de segunda y escritor de tercera (1). Como gobernante, no desciende de las alturas sin tener en cuenta que los pueblos viven de administración, ó sea de pequeñeces. No podemos dudar de que posee la noción exacta de la política; pero también es cierto que se atiene á los medios y descuida el fin, que con-

(1) Ya se ha dicho que él, Posada, era menos que todo eso, porque valía muy poco.

siste en llevar al ánimo de cada ciudadano, por medio de una administración recta y celosa, esa satisfacción interior que constituye la fuerza de los Gobiernos. Ciertamente que en el mismo error incurren todos nuestros políticos, lo que hace que seamos una nación regida por hombres notables, pero pésimamente administrada...

E. P. D. »

III

LA LUCHA

Su artículo de fondo del 10 de Agosto decía así:

« ¡ Infames !

No podemos darnos cuenta, no se aviene la convicción á conformarse con la realidad de la noticia: tan estúpida, tan desagradable, tan inconcebible se nos figura.

Y sin embargo, es verdad; tristemente verdad.

El Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, el hombre eminente por su talento, el que era gloria de España por sus servicios, el que estaba conceptuado por uno de los primeros estadistas de Europa, el hombre insigne que de la modesta cuna había subido por sus personales esfuerzos á los primeros sitios de la gobernación, el que era uno de los primeros defensores de las instituciones, uno de los más eminentes patricios, el respetado por amigos y adversarios, el hombre experto, el político eminente, el que venía salvando á la Patria de los escollos que la rodean con mano firme, con voluntad de hierro y mano experta, ha sucumbido como nadie podía sospechar: con gloria, sí, porque no pueden de otra manera morir hombres como él; pero á manos de un asesino, víctima de una alevosía, á impulsos de una mano tan cobarde como degradada.

No podemos coordinar nuestras ideas; Cánovas del Castillo, como Sagasta y como otros no de tanta altura, eran y son indispensables á España; sus historias son las de la Nación; sus servicios son los mismos, idénticos sus sacrificios, iguales sus aspiraciones: el bien de España, la vida de las instituciones, defensa de la dinastía, á cuya sombra tanto desarrollo han experimentado los intereses patrios.

Cánovas ha muerto á manos de un canalla,

de un asesino vulgar, que será brazo de alguna cabeza perdida, acción de algún impulso maldito; Cánovas ha muerto como ha vivido, rindiendo su tributo de cariño á su España; ha muerto por ser uno de los baluartes sociales contra esa asquerosa tiranía del populacho corrompido, de la hez maldita, que no teniendo valor para afrontar las cuestiones sociales de frente, emplean para satisfacer sus instintos de hiena la destrucción, el asesinato, la infame cobardía, la denigrante traición y la asquerosa avilantez.

La protesta levantada en toda España, en toda Europa, en todo el mundo civilizado, es tan inmensa como unánime; las maldiciones caídas sobre el asesino y sus cómplices no pueden ser más solemnes, y el sentimiento que invade á los corazones honrados demuestra el concepto que merecía la víctima, modelo de lealtad, de consecuencia y de civismo.

Ya están satisfechos los bandidos que han tramado esa hazaña, propia de sus noblezas.

Ya crearán haber conseguido su objeto con la muerte del primer Ministro del Rey. ¡ Miserables! ¡ Como si fuera posible que sus inicuos propósitos llegaran á la realidad; como si fuera dable que la sociedad se convirtiera en un foco de asesinos y de víctimas; como si no estuviera escrito que mientras el mundo sea mundo la verdad imperará, el honor será la enseña del hombre y la honradez la bandera de la sociedad!

Ya han asesinado al eminente estadista.

¿ Qué han conseguido ?

Acrescentar el odio que inspiran, centuplicar el desprecio que despiertan.

¡ ¡ Infames ! ! »

En otro lugar del mismo número, que titula *Noticias*, añadía que « todos convienen en que la muerte de D. Antonio Cánovas atañe á toda España, por tratarse de uno de sus más preclaros hijos, de una de las glorias nacionales, porque el Sr. Cánovas sintetizaba el presente y era garantía del porvenir de este país heroico, pero desgraciado. »

* * *

En el número del miércoles 11, en su artículo *Admirable unanimidad*, decía entre otras cosas:

« Parece un sueño y no podemos avenirnos con la realidad del infortunio, porque el asesinato de Cánovas significa para esta Nación

sin ventura una irreparable pérdida; significa la desaparición de su más experto timonel, el fallecimiento del hombre de las energías, que no retrocedía ante los peligros, que mantenía el honor de su país incólume y que, guiado por su fe y su esperanza en el pueblo que regía, no había fuerza que torciera sus determinaciones y defendía los fueros de la justicia y el honor de su Nación como la defendían siempre los que á su Nación inmolan, como él, su existencia después de haber consumido su juventud y su sabiduría en provecho de sus conciudadanos...»

* * *

Por último, en su número del día 12 publicó el siguiente notable artículo de su colaborador en Barcelona D. Casimiro Comas y Domenech:

«Jamás desde que emborronamos cuartillas para el público habíamos tomado la pluma con mayor amargura en el corazón, con mayor desaliento; más que raciocinar y escribir, quisiéramos llorar, que á nuestros ojos acuden las lágrimas ante la consideración de la inmensa é irreparable desgracia que pesa sobre nuestra Patria. No basta, por lo visto, que dos guerras coloniales consuman nuestras energías; no basta que el destino acumule sobre nosotros toda suerte de desdichas; acaso ha cometido España tan graves faltas, que no sólo han de acumularse sobre ella las mayores catástrofes, sino que se nos quiere atar de manos para que no podamos vencer en la lucha con los obstáculos que se oponen á nuestro avance glorioso por el camino de la Historia.

España contaba con un ilustre estadista, con un político insigne, cuyo asombroso talento y patriotismo innegable eran la más firme garantía de que cuantos conflictos se presentasen tendrían una resolución adecuada, en armonía con la dignidad y derechos de la Nación; cuando la Patria atravesaba momentos difíciles y supremos, en medio de nuestra desdicha, quedábanos la esperanza de contar con un gobernante que por sus dotes podía codearse con los más renombrados políticos extranjeros, á pesar de la decadencia que en el mundo internacional caracteriza á la España del siglo XIX. Todos los pueblos nos miraban con respeto, en parte teniendo en consideración nuestra valía, en parte tam-

bién recordando que al lado de nuestra bandera se hallaba un hombre, nacido á su sombra, capaz de hacer salir la nave del Estado de las tempestades más horrorosas, conduciéndola al puerto de su destino, merced á su táctica y envidiables condiciones.

España, en una palabra, contaba con el político más insigne, el estadista más renombrado que ha nacido en tierra española durante el siglo actual: D. Antonio Cánovas del Castillo. Su poderosa inteligencia todo lo subyugaba; su patriotismo ferviente todo lo vencía. Hoy, por desgracia, ya no existe: á los sesenta y nueve años, cuando su excelente estado de salud parecía asegurar su vida para continuar prestando al país grandes servicios, una fiera en forma humana, de esas que se conocen con el nombre de anarquistas, nos lo ha arrebatado, privándonos de su concurso tal vez cuando más necesario nos era.

¡Pobre España! En el decurso de un cuarto de siglo ha contado con el Sr. Cánovas para salvar las grandes crisis políticas y sociales, ha venido depositando en él toda su confianza en vista de sus talentos admirables, patentizados ya durante el período que media desde 1854 á 1874, anterior á su apogeo político; y hoy que también contaba con él para lograr la paz ansiada en Oriente y Occidente, puesto que en ambos puntos luchamos por mantener nuestra integridad nacional, se ve privada de su gestión; huérfanos hemos quedado. ¡Dios quiera que podamos encontrar quien en la política española sea capaz de sustituirle!

Quizás sea debido á la misma grandiosidad de la figura política cuya pérdida llora hoy la Nación española; mas es lo cierto que no acertamos á encontrarle sucesor. Políticos hay, no cabe dudarlo, en todos los partidos dinásticos, con grandes aptitudes, que al país han prestado múltiples servicios; mas una personalidad del relieve del Sr. Cánovas del Castillo, no la vemos por ninguna parte, porque sus condiciones asombrosas difícilmente pueden hallarse reunidas en un solo hombre. El Sr. Cánovas era un hombre de Estado de cuerpo entero, sin igual en la política española.

Durante su vida habrá sido objeto de vivos y durísimos ataques por parte de sus adversarios políticos; mas hoy que le vemos descen-

der á la tumba víctima del plomo asesino de los enemigos de la sociedad, todos comprendemos la importancia que tiene para nosotros semejante pérdida y la deploramos verazmente. A medida que vaya transcurriendo el tiempo y sintamos los efectos de su muerte, se agrandará más á nuestros ojos la trascendencia de la labor política realizada desde la Restauración acá por el patricio malogrado, cuya muerte jamás sentiremos bastante.

Español de corazón, el Sr. Cánovas lo sacrificaba todo á su Patria, incluso los intereses políticos, aceptando cuantos principios traducían en leyes sus adversarios, comprometiéndose en tiempo de la Revolución á retirarse á su casa, sin conspirar contra aquélla ni trabajar por la causa alfonsina, en el caso de que ésta llegase á implicar la intranquilidad y el desorden y la primera pudiese asegurar el bienestar público; monárquico ferviente, ha sido hasta sus últimos momentos el caudillo político de la Restauración, la columna más firme de las instituciones, que han perdido en él al más fiel servidor y decidido apoyo.

Orador de primera fuerza, avezado á las luchas parlamentarias, era en este terreno un adversario temible, capaz de confundir á quien con él se atreviese. Por ello es que sus triunfos en el Parlamento son incontables, y sus cualidades, desde este punto de vista, sólo puede apreciarlas cumplidamente quien, como nosotros, haya tenido la suerte de contemplarle en las Cortes discutiendo con los hombres más ilustres de los demás partidos los problemas más intrincados de la política. Tanto en el Congreso como en el Senado, imponíase con su palabra, y amigos y adversarios le escuchaban con religioso silencio. Filósofo profundo, estaba al tanto del movimiento filosófico contemporáneo, que conocía en toda su extensión; sociólogo, había dedicado á esa importante ciencia gran parte de su actividad; historiador, publicó notables trabajos que arrojan mucha luz sobre largos y discutidos periodos de la historia patria, como sus *Estudios sobre el reinado de Felipe IV*, y en la actualidad dirigía la *Historia de España* que publica la Real Academia; literato, sus obras de esta naturaleza, como *El Solitario y su tiempo* y *La campana de Huesca*, bastan para inmortalizar su nombre. Ex-presidente del Ateneo de Madrid, en la actuali-

dad lo era de la Academia de la Historia; socio numerario de la Española, era candidato indudable para la presidencia, caso de vacar ésta antes de su muerte.

Tal es, á grandes rasgos diseñada, la personalidad saliente del ilustre hombre público cuya pérdida lamentamos. Su afición al estudio no reconocía límites; cuéntase que en multitud de ocasiones, al llegar á su magnífica posesión de «La Huerta», agobiado por la labor improba propia del elevado cargo que desempeñaba al morir y que tantas veces había ejercido, en vez de entregarse al descanso ó comer tranquilamente, encerrábase en su despacho y allí pasaba horas y más horas examinando las nuevas obras que le habían sido enviadas. Su biblioteca, una de las más importantes de España, desde luego la más notable entre las particulares, consta de 38 á 40.000 volúmenes, todos ellos comentados con notas marginales por el señor Cánovas.»

Periódicos de Granada

I

LA PUBLICIDAD

El *Diario de Avisos*, así titulado, de la importante capital granadina, en su número del 9 de Agosto publicó una extensa información telegráfica sobre la muerte del Sr. Cánovas, y su número del día siguiente lo encabezó así:

Cánovas del Castillo.

«Duelo nacional ha producido la muerte violenta del Sr. Cánovas, y más ahondará tal duelo cuando, sereno el espíritu, medite en el prodigioso trabajo del estadista y abarque los gravísimos problemas que llevaba hacia el éxito la patriótica labor del político; poco tardará la tornadiza opinión de la masa indoculta en apreciar con toda su valía una alta política, combatida con furor insano por mezquinos intereses de partido.

Y es más de lamentar la desgracia ahora cuando no se puede repetir la fórmula de «¡el Rey ha muerto; viva el Rey!» El porvenir

se presenta oscuro, y á los peligros que se advierten sólo tenemos que oponer un gran patriotismo, por el cual se unen todos ante la salud de la Patria.

La figura de Cánovas surge ahora potente, realizados sus relevantes méritos por una muerte que puede llamarse gloriosa, en esa gloria traidora de las luchas sociales.

Cánovas, sobre todo, representaba algo muy hermoso, el triunfo de nuestros días, que, en su marcha progresiva, elevaron la mesocracia á los más altos destinos; en un hombre que, á pesar de sus honores y grandezas, se llamaba como cuando fué estudiante: Antonio Cánovas del Castillo.

* * *

A continuación dió á luz unos datos biográficos, un artículo titulado *El asesinato político* y numerosas noticias sobre el triste suceso de Santa Agueda.

En su número del 11, y bajo el epígrafe *Cánovas*.—*Juicios de Campoamor*, insertó los preciosos y conocidos fragmentos del gran poeta sobre el mismo, y en el del 13 lo siguiente:

Recuerdos de Cánovas.—Cánovas poeta.

«Algunos escritores, especialmente Clarín, han criticado rudamente á D. Antonio Cánovas por las poesías de su juventud.

No era su fuerte, sin duda; pero he aquí lo que el insigne Campoamor ha dicho sobre este punto:

«Poeta: con permiso de ciertos criticadores, que no saben que se pueden sacar de las rimas del Sr. Cánovas más versos de poeta que de todas las obras de muchos ingenios que ellos juzgan de primer orden, diré que el Sr. Cánovas del Castillo para lo que principalmente había nacido es para ser un hijo predilecto de las musas. Varias de sus composiciones pueden rivalizar por su sencillez y por su naturalidad con las más escogidas de algunos de nuestros místicos. Si la balumba de los negocios públicos no le hubiera ocupado el tiempo, así como ha dado carácter científico á la gobernación del Estado, tal vez, siguiendo las tradiciones de Fray Luis, hubiera impreso un sello solariego á esa poesía franco-italiana, llamada clásica, que no tiene de española más que la fraseología culterana, y que ni es clara ni tiene ningún ingenio, al revés del gon-

gorismo, que, aunque oscuro, le sobra ingeniosidad.

¡Poeta! Cuando el sentimiento le enardece, pudieran envidiar su estro los que le censuran porque tienen la pretensión de creer que son más parientes que él de los dioses del Olimpo.»

El mismo opúsculo en que esto dice Campoamor, inserta los siguientes versos de Cánovas con el facsimile de su letra:

«Lo cierto, mujer, es que te mereces
Que la suerte, aunque dura, en tí se ablande,
Y si, en cambio, la dicha á alguno ofrezca,
Nadie en el mundo la tendrá tan grande.»

En la intimidad.

El eximio publicista americano Ruben Darío escribía recientemente:

«Cánovas vive en su mansión de «La Huerta» como un potentado. Muchas veces se ha hablado de esa rica morada en donde vive el primer estadista del mundo actual, según opinan algunos.

La *serre* es famosa; la biblioteca, mucho más; todó el recinto es un encanto, y la emperatriz de todo eso y de D. Antonio además, es la dama elegante y vivaz á quien los amigos de la casa llaman concisamente «Joaquina»—doña Joaquina de Osma, una espléndida peruana, exuberante de vida, hermosa y culta, que habla el español con la erre parisiense. Cierto es que en las recepciones de Cánovas lo que más se oye hablar es francés.

En casa de Cánovas llama la atención de quien observa la profusión de los desnudos.

Entre tanto rico mueble y obra de arte, mármol, bronce, bibelot, el desnudo se impone. En cada salón os llamará la atención ese detalle.

Sobre todo, en el jardín; si os acercáis á una magnífica gruta, adornada de enredaderas verdes y frescas, y en donde el agua cae y gotea armoniosamente, veréis una ninfa de tamaño natural, blanca, de mármol puro y línea admirable y de una gracia mastoidea y calipigia, que os hará pensar en muchas mitologías.

Entre todas esas elegancias, la dueña de la casa discurre, llenando con su amable presencia y animando con su conversación los grupos de invitados en las recepciones.

En estas fiestas, el talento del viejo Cánovas chispea.

Quien estas líneas traza, hále visto y oído entre un sinnúmero de personajes de distintas nacionalidades, con un tacto que revelaba la frecuencia de la vida cortesana y diplomática, hablar á cada cual de lo que más de cerca le interesaba, sin olvidar nombres, detalles personales, títulos de libros, cuestiones, anécdotas y toda suerte de asuntos. Y el viejo Cánovas, con la firmeza de quien conoce su poder, vibraba, iba y venía, tan lleno de una brava y contagiosa juventud.»

* * *

El propio diario, en su número del 14, publicó el artículo que copiamos á continuación:

Los cuatro amigos.

«Uno queda no más de aquellos cuatro adolescentes que de Andalucía fueron á Madrid años antes de la Revolución del 54.

Ayala, el poeta; Martos, el orador parlamentario; Cánovas, el político; Castelar, la retórica hablada, el verbo democrático, fueron en Madrid amigos inseparables en los días felices de la bohemia juvenil y artística, cuando tenían más entusiasmo que dinero y más valor positivo que renombre.

Ayala se inmortalizó en el Teatro y murió Presidente del Congreso. Acompañado fué al cementerio de San Justo por Martos y Castelar, que llevaban sendas cintas del féretro del autor de *Consuelo*, y por Cánovas, que, como Presidente del Consejo, presidía el duelo.

Martos, gloria de la elocuencia parlamentaria, murió en el ocaso de su fama política, también acompañado en sus últimos momentos por Castelar y Cánovas.

Muere ahora Cánovas asesinado, cuando ya el Poder le agobiaba y repugnaba, desconfiando de las fuerzas y de los ánimos del país que gobernaba, satisfecho de sí mismo por haber hecho una Restauración y despreciando á los demás, á los que aceleran la agonía de su obra. Ha sido el suyo un bello morir, y así lo hubiera querido en sus sueños de adolescente aquel romántico cantor de Elisa y narrador de la leyenda del Rey monje.

La mano criminal de un anarquista mata al que era representante del orden, la propiedad, la Monarquía, la Iglesia, todo eso que sostiene el armatoste social.

Queda Castelar, sobreviviendo á sus tres

amigos de la juventud, y quién sabe si sobreviviéndose á sí mismo.

Desde Santa Agueda á Madrid acompañará Castelar al cadáver de su amigo.

Buena ocasión para meditar sobre la inutilidad de la pena del Tali6n y para poner todos sus tesoros de elocuencia y de fantasía al servicio de la humanidad y la justicia.

Condene Castelar los crímenes del anarquismo, que engendrarán la reacción, y los crímenes del Poder, que excitan los sentimientos de venganza y nos encierran en un espantoso círculo vicioso.

Pero Castelar, aun avivado su sentimentalismo por la infausta muerte del amigo querido, es impotente para romperle.

Las masas que luchan por la justicia y por el bien de la humanidad, son las únicas capaces de convertir el círculo en que la sociedad se halla hoy encerrada en dogal para los criminales de la anarquía y para los criminales de la ley.»

* * *

Todavía, en su número del 15, dió á luz *La Publicidad*, bajo el epigrafe *Recuerdos de Cánovas*, interesantes noticias sobre la casa en que nació en Málaga.

II

EL POPULAR

Este periódico, que ha dejado ya de publicarse, dió á luz el 9 de Agosto, precedido de un gran anuncio mortuorio, el artículo siguiente:

Cánovas del Castillo.

«Nunca faltan traidores á la Patria.

Hoy, que España entera veía su caída inminente; hoy, que España, la desgraciada España, necesitaba más que nunca un brazo fuerte que la detuviese en su marcha veloz al abismo, una mano que dirigiera tan destrozada nave para evitar los escollos que á cada paso se ofrecía salvar, un desconocido, un villano que jamás pudo sufrir daño alguno de nuestra Patria, con traidora alevosía ha quitado la vida más preciosa y más preciada hoy, la del nunca bien alabado y considerado caballero D. Antonio Cánovas del Castillo.

Era D. Antonio la única figura saliente que en la época actual tuvo España; mirado co-

mo político, fué envidiado de todos los grandes hombres de España; prueba de ello ha sido el contener los peligros que constantemente nos amenazan, salvando situaciones que á políticos de otras naciones les hubieran sido difíciles de solucionar.

Duros ataques se le han dirigido por el mal acierto que nos conducía; pero preguntamos nosotros: ¿Hay en España hombre que por sí solo hubiera manejado las riendas del Gobierno como él lo ha hecho?

Fácil de contestación es la anterior pregunta; jamás hubiera nadie intentado hacerlo, conduciéndonos con la habilidad que él ha sabido conducirnos.

Como genio, era no sólo la primera figura de España, sino que podía considerarse como el primero de Europa; prueba patente de ello es las hermosas obras que ha escrito y los elocuentes discursos que ha pronunciado.

En resumen, como político y como hombre de talento, ha sido, sin tropiezo de ninguno, el primero de España, pues era considerado también como sin rival estadista.

Momentos después de ocurrir la catástrofe, España entera sabía lo ocurrido, entera se condolía de tan terrible desgracia y entera clamaba venganza contra aquél que, por conjura ó por instinto criminal, arrebató traidoramente la vida á ese hijo preclaro de nuestra Patria.

Triste, en verdad, es el espectáculo que á España ofrece semejante desgracia; pero mucho más cuando tan inaudito criminal ha sido un extranjero.

El mundo entero sabrá este crimen y entero se condolerá de tan terrible desgracia, más sensible hoy por cuanto España se halla en condiciones tan críticas y angustiosas.

Insustituible será para el pueblo español el vacío que deja el patriota que el último aliento que conserva en su pecho, al soltarse, prorrumpe en un ¡viva España! ¡Qué nobleza! ¡Qué patriotismo! ¡Era un español!

Nosotros, admiradores del talento, caballerosidad y honradez de D. Antonio Cánovas del Castillo, sentimos en el alma tan honda desgracia como la que al pueblo español aflige.

¡Dios haya acogido en su seno el alma de tan grande caballero, que supo, al morir, pronunciar el nombre de su madre España!

LA REDACCIÓN.



A continuación aparece lo que copiamos:

«El telégrafo nos comunicó ayer una fatal noticia que causó general indignación y sentimiento en todos los granadinos, á la vez que sucedió lo propio en toda la Península.

— ¡La muerte de Cánovas! — se oye decir por todos lados, y amigos y adversarios del Presidente del Consejo se estremecían al oír esta exclamación, pues no veían más que á la nación española herida de gravedad al haber fallecido este solo hombre.

Todos estaban llenos de sentimiento, pues había muerto Cánovas; pero también les cegaba la indignación al saber que había sido asesinado por traidora mano de un vil extranjero.

El estadista sin par, el político como ninguno, el sabio jurisconsulto y el gran filósofo é historiador, había dejado de existir por causa del arma infame del cobarde asesino; ¡esto es terrible!; necesario es llevar una mano á nuestro corazón para contener los latidos de sentimiento y otra á nuestros ojos para secar las lágrimas que de ellos brotan, causa del justo dolor que nos aqueja.

D. Antonio Cánovas del Castillo, el Presidente del Consejo de Ministros actual, era el hombre de talento más claro y estadista á propósito para su cargo que había en España, y no mentiré quizá si digo que de los mejores de Europa, pues esto se ha dicho muchas veces y es necesario repetirlo hoy que ya no vive, y por tanto no puede servir á su patria, como siempre lo hizo, con las aptitudes de que Dios lo dotó.»



Continúa el artículo con algunos datos biográficos del Sr. Cánovas, y termina así:

«En fin, el Sr. Cánovas era el hombre de más mérito en España hoy, y á su talento casi nadie podía hacerle competencia.

Trazada á grandes rasgos la vida del señor Cánovas del Castillo, sólo nos resta decir que en las presentes circunstancias, tan críticas y difíciles para la Patria, cuando sus aptitudes diplomáticas, á la vez que eran admiradas por el mundo salvaban á España de multitud de conflictos, ha sido muerto por un italiano, asesino criminal anarquista.

Para todo el que sea español y sienta en su alma amor á la Patria, tendrá que decir conmigo:

¡Dios guarde el alma del Sr. Cánovas del Castillo y castigue cruelmente al vil criminal, que mató en el Sr. Cánovas días de felicidad á nuestra querida Patria!»

E. G. C.

III

EL DEFENSOR DE GRANADA

El propio día 9 de Agosto escribió el notable artículo siguiente, con el epigrafe

Cánovas asesinado.

.....
 «La noticia al esparcirse por Granada ha producido hondísima sensación, como la habrá causado en todo el país, no sólo por la personalidad víctima del atentado, sino también y muy principalmente por las graves consecuencias y complicaciones que puede traer á la nación en los arduos problemas pendientes, la falta de una figura tan alta como la del señor Cánovas del Castillo.

No haremos una biografía del insigne hombre de Estado muerto de manera alevosa, ni hemos de discutir los criterios políticos del Sr. Cánovas, siempre materia de rivalidades y enconos, porque no es hora de aquilatar las habilidades del político ante el cadáver de un patricio insigne, que es lo que ante todo creemos que era el Sr. Cánovas, y lo que de él dirá en su día la Historia.

La figura de Cánovas, que desde la Restauración se consideraba la primera de todas en el campo de la Monarquía, creció ante las duras pruebas que está sufriendo nuestra desdichada Patria, desde que sonó el infame grito de la rebeldía en los campos de Cuba; y firme en el cumplimiento del deber, sereno ante todas las adversidades, dando pruebas de una grandeza de alma digna de un patricio español, Cánovas supo hacerse en esta última etapa de su mando una figura genuinamente nacional, que interpretaba fielmente los deseos de la Patria que nunca le regateó la sangre ni el oro, porque en él tenía depositada su confianza, y de él esperaba la terminación honrosa de los gravísimos conflictos actuales.

Es, en estas condiciones, la muerte del señor Cánovas una nueva é irreparable desgracia que ensombrece más y más los tristes ho-

rizontes de la Patria, y así lo reconocen unánimemente amigos y adversarios, todos los españoles.

Los arduos problemas de Cuba, los no menos difíciles de Filipinas, las complicaciones posibles á que nos puede llevar la codicia y malquerencia de los yankées, necesitaban, si habían de ser resueltos como nuestro decoro exige, el concurso de todos los españoles de buena fe, y la dirección de un talento claro; una voluntad energética y un espíritu exactamente compenetrado con el espíritu de la raza española. Todas estas cualidades supo demostrar el Sr. Cánovas en la difícilísima época de su mando á que ha puesto término el infame atentado, y por esta razón, su trágico fin ha producido en todos el efecto de una gran desgracia nacional.»

* * *

El mismo periódico en su número del día 12, y bajo el epigrafe *Cánovas y Granada*, habló de los beneficios que ésta debía á aquél.

Periódicos de Guadalajara

I

LA CRÓNICA

Con el título *Difícil situación*, dicho periódico, adversario del Sr. Cánovas, escribió en su número del 11 de Agosto el artículo de que tomamos los párrafos siguientes:

«Victima de un infame atentado falleció el domingo en Santa Aguada el señor Cánovas del Castillo.

El asesino es un extranjero anarquista, que, acaso comprometido por algún acuerdo de tan terrible secta, ha quitado la vida á uno de los hombres más ilustres de España, que hoy lo llora apenada con todo el dolor de su corazón.

Aunque muchas veces hayamos combatido su política, siempre hemos reconocido sus méritos excepcionales y sus cualidades sobresalientes.

En esta tierra hidalga no hay un sólo corazón que no proteste indignado con la mayor energía contra crimen tan infame.

La Patria está de luto por uno de sus más preclaros hijos. El plomo mortífero ha cortado la existencia al hombre eximio que, de la nada y sólo con su talento, llegó á ocupar uno de los puestos más importantes, donde, lo mismo en España que en el extranjero, era querido y respetado.

Cuanto dejamos consignado lo corroboran las manifestaciones de duelo que de todas partes van á Madrid.

En esta ocasión, como siempre que la Patria se ha encontrado en situaciones graves y de mucha trascendencia, los hombres políticos de todos los matices se han ofrecido al Gobierno incondicionalmente para todo cuanto sea necesario.

Faltaba algo en las desdichas de nuestra desgraciada España, y ha venido á completarse con el atentado de Santa Agueda.

La trágica muerte del Sr. Cánovas crea una situación muy difícil al país, á la reina y al partido conservador.

¿Cómo se resolverá tan difícil situación?

Después añadía lo que copiamos á continuación :

Luto nacional.

«No es hoy día de hacer política menuda, ni mucho menos de tomarla á broma.

Todo el interés de la política está reconcentrado en el vil asesinato de que ha sido víctima el Presidente del Consejo de Ministros, y ante tamaña desgracia nacional, las diferencias de partido desaparecen para unirse amigos y adversarios en causa común.

Esa unión debe existir, ya que no siempre, que fuera lo más patriótico, al menos hasta que se consiga normalizar la situación, se castigue con mano severa al criminal y se tomen medidas todavía más severas contra esa plaga social que llaman anarquista.

La noticia del infame asesinato de que fué víctima el Sr. Cánovas del Castillo en los baños de Santa Agueda, se supo en Guadalajara

á las cuatro y minutos del domingo, ó sea á las tres horas de ocurrido el hecho, y antes de que circulara por calles y círculos de Madrid.

Nadie quería creerla.

Todo el mundo procuraba enterarse por conducto fidedigno, y es incalculable el número de personas de todos matices políticos que acudieron al Gobierno civil.

.

Por la noche fué suspendida la música en el paseo de la Concordia en señal de duelo, y fué la medida aplaudida por cuantas personas oímos comentar el hecho.

Se trata de una desgracia de la Nación, y todos debemos sentirla.

Descanse en paz D. Antonio Cánovas del Castillo, que mañana recibirá cristiana sepultura en la Sacramental de San Isidro de Madrid.»

En su número del día 14 *La Crónica*, de Guadalajara, dió cuenta de los acuerdos adoptados por el Ayuntamiento de dicha capital en memoria del Sr. Cánovas.

II

FLORES Y ABEJAS

Este semanario festivo y de noticias, en su número del 15 de Agosto se contrajo á decir que quizás sería el último en execrar el vil asesinato de que había sido objeto el eminente estadista D. Antonio Cánovas del Castillo, si bien por eso no había de ser menos enérgica su protesta que la ya formulada por toda la Nación española, que hoy llora, añadía, á uno de sus hijos más ilustres.

Periódicos de Guipúzcoa

I

LA UNIÓN VASCONGADA

En su número del 9 de Agosto dedicó al asesinato del Sr. Cánovas del Castillo el notable artículo siguiente :

Duelo nacional.

«Bajo la impresión tristísima de una horrosa noticia, agobiados por el dolor de una gran desdicha nacional, con el corazón agitado por sentimientos de duelo y de indignación al mismo tiempo, escribimos estas líneas, no sabiendo si acudir primero á llorar la gran pérdida que acaba de sufrir España ó á protestar indignados, en nombre de la humanidad honrada, contra el bárbaro y criminal atentado de que ha sido víctima el Presidente del Consejo de Ministros.

El ilustre estadista que fué la primera figura política de nuestro tiempo; el hombre de inmenso talento que consagró toda su actividad y todas sus energías en servicio de su Patria; el político insigne, á quien tanto debe España; aquél, cuyo nombre colocará la Historia, serena y justiciera, al lado de los más ilustres y eminentes: D. Antonio Cánovas del Castillo murió ayer á las tres de la tarde en Santa Agueda, víctima de un atentado, de que protesta, desbordando indignación y horror, toda conciencia honrada, sin hallar en el humano lenguaje palabras bastantes á calificarlo con adecuada dureza.

Un criminal miserable y obscuro, un adicto de esa agrupación de asesinos, más que hombres fieras, con figura humana, que tienen declarada á la humanidad una guerra implacable, sin más fin ni objeto que la desolación y la muerte, alzó su brazo armado contra el señor Cánovas y cortó alevosamente una vida preciosa para la Patria española.

De todos cuantos se encontraban en el lugar del suceso, brotó un enérgico grito de indignación, y sintieron que un irresistible deseo de justicia les impulsara á castigar inmediatamente el crimen, aniquilando allí mismo al asesino.

Quizás hubiese sido lo más justo. Los escrupulosos procedimientos que la sociedad hace preceder al castigo son para los hombres; á las fieras se las acorrala y extermina donde se las encuentra.

No es este el momento de examinar y encomiar los altos méritos del grande hombre, cuya pérdida lloran amigos y adversarios. Ha llegado por desgracia el día en que todos le harán justicia y en que, callados ante la muerte los apasionamientos de la lucha, unos y otros, lo mismo los que se honraron militan-

do en sus huestes que los que, profesando contrarios principios, formaban en las opuestas filas, reconocerán unánimes las grandes virtudes públicas del estadista insigne, que guió á España á través de tantos y tan graves escollos, y cuyo nombre está tan íntimamente unido á la gloriosa labor, hace veintidós años emprendida, de la reconstrucción de la Patria desgarrada y maltrecha.

Duelo nacional es el duelo que hoy nos aflige. La pérdida que hoy lloramos no afecta solamente á una agrupación política, sino á toda España, que se ve privada del hombre ilustre que en estos difíciles momentos regía sus destinos, salvándola de los graves peligros que la amenazan, conduciéndola con firmeza y prudencia por el buen camino y sosteniendo su dignidad y su crédito por encima de las desdichas que la afligen.

La Patria que llora su muerte sabrá honrar su memoria, y poniendo su nombre entre los de sus hijos más preclaros, recompensará los eminentes servicios de aquél que le dedicó cuanto era y cuanto valía, todos sus trabajos, toda su inteligencia y toda su vida.

Hasta el último pensamiento del Sr. Cánovas fué para su Patria, y al sentirse herido supo hacer hermoso el fin de una hermosa vida, lanzando al ver llegar la muerte el santo grito de ¡Viva España!

Esas palabras, pronunciadas en tan terribles momentos, son el resumen de la vida entera del señor Cánovas.

Roguemos á Dios que acoja su alma y premie sus grandes virtudes y honremos su memoria, oponiendo como él á los más fuertes embates de la adversidad la más inquebrantable entereza, y exclamando como él ante esta gran desgracia nacional y ante todas las que puedan afligirnos, ¡Viva España!»

II

LA VOZ DE GUIPÚZCOA

En su número del 14 de Agosto, el diario republicano de San Sebastián, nada afecto, como tal, al Sr. Cánovas del Castillo, decía que, al ocurrir el sangriento crimen de Santa Agueda, interrogó á algunos personajes políticos de los que por allí veruncaban, acerca de la situación que creaba la muerte del Sr. Cánovas del Castillo, siendo ya conocida, añadía,

de sus lectores la opinión de los señores Marqués de Apezteguia y Gullón, y á continuación publicaba una carta del general Pando, en que éste le manifestaba « que á nadie podía ocultársele la grandeza de los medios realizados para la guerra, por el Gobierno que habia dirigido el ilustre finado : medios á su juicio más que suficientes para un éxito feliz, si ciertos procedimientos de detalle no hubieran hecho ineficaces, y hasta desairados, los esfuerzos del Ejército y la Armada, inutilizando prestigios y malgastando recursos. » (1)

El día 14 *La Voz de Guipúzcoa* consagró su editorial á Cánovas, constituyendo lo que hubo de escribir, ó los juicios emitidos acerca del mismo, en medio de cierta benevolencia y aparente imparcialidad, una verdadera excepción de cuanto, según reza este libro, escribió y publicó toda la prensa nacional y extranjera.

Como muestra, reproducimos lo siguiente :
 « Ya los restos de Cánovas descansan en la tumba, donde tienen su término todas las grandezas y todas las miserias humanas ; ya cesó el estrépito de las alabanzas que acompañan á la muerte ; ya pasó su nombre á la posteridad, para que le juzgue la Historia ; ya se puede hablar de él y de su obra sin ofender ningún sentimiento, y con toda aquella severidad que exige la defensa de las ideas, las cuales deben mantenerse siempre por encima de las pasiones de los hombres, de tal suerte, que ni el encono las desfigure ni la lisonja las manche.

Juzgárase prematuro todo esto si se atendiera á ciertas manifestaciones de la opinión, cuya exaltación y vehemencia parecen traspasar los lindes del juicio tranquilo y sereno, confundiéndose con los transportes del efecto ó del entusiasmo irreflexivo ; pero como nadie ignora que en la expresión de tales sentimientos toma siempre una parte principalísima ese convencionalismo que constituye una regla de vida en esta sociedad sin creencias y sin valor moral, habremos de apreciar el aleance

(1) Nos hemos propuesto no discutir nada en este trabajo, de mera relación, y guardamos silencio ; pero sobre esto, por fortuna, tiene ya formulado su juicio la opinión.

de aquellas manifestaciones en la justa medida que señalen la admiración verdaderamente sentida y el afecto sincero.

Que Cánovas ha sido la personalidad predominante en la política española en estos últimos veintitrés años, es un hecho incuestionable ; y que un hombre que llega á esas alturas y en ellas se mantiene á través de las mil vicisitudes de la vida pública y en tiempos, como los actuales, de gran controversia, debía estar, necesariamente, dotado de alguna condición excepcional, es una verdad evidente también. Hay que partir de estos hechos para juzgarle con alguna justicia y sin lamentable extravío ; y juzgándole así, claro es que no se le puede ni se le debe confundir con ninguna medianía. Pero no basta esto para justificar la fama y el renombre, de que entre muchas gentes ha gozado, de estadista insigne, porque eso sería juzgar de los hombres por impresión y muy superficialmente ; sería desconocer en absoluto la Historia, que nos muestra ejemplos mil de hombres al parecer extraordinarios que, lanzados á la vida pública, resultaron calamitosos para las naciones, y de otros, modestos y circunspectos, que fueron la providencia de los pueblos que llegaron á gobernar. »

(Lo que sigue, como es natural, corresponde á lo que antecede.)

Periódicos de Huelva

I

EL DEFENSOR

El 9 de Agosto de 1897 escribió este periódico liberal lo siguiente :

Muerto ilustre.—Cánovas asesinado.

« Como á las cuatro de la tarde de ayer recibió un despacho telegráfico en Huelva, conteniendo la fatal noticia de haber sido el señor Cánovas del Castillo traidora y cobardemente asesinado en Santa Agueda.

La noticia corrió velozmente, y hemos de

consignar en justicia que en todas partes, lo mismo en liberales que conservadores, que republicanos é indiferentes, apreciábanse los signos de justa indignación, que á Dios gracias no cabe en corazones españoles é hidalgos otra nota ante este acto tan criminal y salvaje.

La protesta de Huelva fué, pues, unánime, y del fondo del alma sale la nuestra, que si adversarios y enemigos de su política, queda ésta á un lado para unirnos todos en contra de ese monstruo, que se levanta sin más idea que la destrucción del género humano.» Pasa luego á hacer la biografía, y concluye diciendo:

«Talento excepcional, orador de concepto vigoroso, literato distinguidísimo y de estilo brillante, político, hacendista y, en una palabra, cuanto cabe ser, D. Antonio Cánovas del Castillo, á pesar de su carácter intempestuoso y de su deseo de absorberlo todo, y de por sí manejar toda suerte de cuestiones y todo género de asuntos por diversos y heterogéneos que fueran, era indudablemente uno de los hombres de méritos más excepcionales que existieron.»



En su número del día 11 trataba del asesinato y pasaba luego á explicar la impresión tristísima producida en Huelva y su provincia por este hecho; decía que en todos los edificios públicos ondeaba el pabellón nacional á media asta en señal de duelo; que habían sido suspendidos los festejos por término de tres días; la iluminación del paseo del Muelle, también se suspendió; una hoja de la puerta de la casa del Ayuntamiento aparecía cerrada en señal de duelo, y que desde las tres de la tarde del día anterior doblaban las campanas.

(*El Defensor* era el órgano del partido conservador; no existe el segundo semestre de dicho periódico en la Biblioteca nacional).

II

LA PROVINCIA DE HUELVA

Faltan los números correspondientes á las fechas del 8 al 18 de Agosto, ambos inclusivos; en el del día 18 encabezaba la edición copiando un artículo de *El Liberal*, titulado *La policía y el anarquismo*; después escribía otro, titulado

Detalles y recuerdos, en el que decía: «El carácter del Sr. Cánovas está pintado en las siguientes líneas de su obra *El Solitario*:

«Por mucho que quiera y respete la memoria de mi insigne deudo», etc.

De la misma obra copia el brindis pronunciado por el Sr. Estébanez Calderón en un banquete celebrado en Málaga en 1864, para celebrar el nombramiento del Sr. Cánovas para Consejero de la Corona, y concluía diciendo por su parte:

«Como se ve, los pronósticos de Estébanez Calderón se han cumplido, y el nieto del Mayor de plaza de Málaga el año 1810 ha dado por la Patria su sangre noble y generosa como su heroico abuelo.»

Periódicos de Huesca

I

LA VOZ DE LA PROVINCIA

Este diario conservador, en su número del 9 de Agosto de 1897, con orla negra, decía así:

Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo

«Una noticia de trascendencia incalculable, de amargura devoradora, ha conturbado el alma nacional. El Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo ha sucumbido víctima de una traición horrible que ha llevado el ascua á los ojos y el luto al corazón de los españoles, que ha herido el regazo de la madre Patria con golpe que resuena en los cimientos del orden social.

Debiéramos escribir estas líneas con lágrimas, y carecemos de ellas, porque nuestra pesadumbre es tanta, que no admite lenitivo. Quisiéramos apurar todo el dolor de la desgracia, para que fuese mayor nuestro tributo al hombre perdido, y tampoco podemos hacerlo. Todas las conciencias honradas tienen igual derecho á ello. Todos los españoles tienen la misma obligación.

Es la sombra del crimen que nubla las inteligencias, es la bandera nacional el sudario que recoge nuestras esperanzas deshechas,

es el suspiro del pueblo que se transforma en huracán de indignación, es el llanto de la madre Patria que moja nuestros blasones.

Hoy se inclina la bandera española ante el cadáver de su adalid más resuelto. Mañana aspiraremos los perfumes de las flores de su tumba; ellos nos darán alientos de defensa.



No podemos escribir, no sabemos escribir. Relatar las virtudes y talentos sobresalientes del primero de nuestros hombres de Estado, su historial brillantísimo, es tarea imposible de acometer en los momentos actuales. Sosegado el ánimo, intentaremos la empresa, aun á trueque de avivar la pesadumbre, determinando, de algún modo, el alcance de la pérdida. Pero hay un detalle que lo explica todo. Los mismos que comercian con la honra de los pueblos cultos pusieron á pública subasta su vida. ¡Qué mayor timbre para la figura de Cánovas que el de ser su adversario el anarquismo!

Sus últimas palabras fueron el reflejo de su aspiración constante: ¡Viva España! La exclamación del soldado que muere agrandada por el eco del cañón que la transmite á la Patria. El testamento del héroe.

Su fin le ha proporcionado el mayor honor, el de ser víctima, pero víctima de un juramento que no lo recibió Dios.



De todas las naciones civilizadas surge una protesta contra la villanía inicua que nos ha arrebatado la gloria más legítima, una protesta que alcanza á todas las consecuencias del crimen, que llena toda el alma, dejando sólo lugar para el dolor.

Las clarividencias del talento perdido alumbraban el porvenir de España. Hemos quedado huérfanos de dirección, lo único que necesitan los pueblos inmortales. Ante tamaña catástrofe los partidos deponen sus diferencias y las pasiones ofrecen sus remordimientos.

Hoy no procede el pésame, porque la desgracia se extiende á todos. Hemos perdido á un hombre circundado de la más inmarcesible de las glorias: el honor de merecerla.



A continuación dió unos datos biográficos del Sr. Cánovas.



Su número del día 13, en papel satinado, con orla negra y un retrato del Sr. Cánovas, lo consagró casi por completo al mismo, publicando lo siguiente:

Duelo nacional.

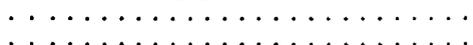
«Días son éstos de duelo nacional. La madre Patria reclina su cabeza sobre el escudo de sus glorias, y lo estrecha con profunda congoja y sublime abatimiento. La tumba de Cánovas es una herida abierta en el corazón de la Patria. Su cadáver, una acusación.

Lloremos al hombre; reverenciemos al mártir.»

LA REDACCIÓN.

Cánovas.

«Fué un hombre de cuerpo entero. ¡Justo!, lo era; ¡sabio!, también; ¡desinteresado é íntegro!, nadie lo fué tanto. Sólo le faltaba la corona del martirio, y la labró con sus propias manos. Condenar á Cánovas, sería algo así como condenar á Catón. ¡Fué asiduo en su labor y consecuente en sus ideas! Nadie puede ponerlo en duda. Golpear diariamente con el martillo de la verdad sobre las rocas áridas de la mentira ó del extravío, es tarea de cíclopes. Cánovas era un cíclope. Mientras vivió, no pensó en sus fatigas, sino en nuestros desalientos.



¡Cánovas era un carácter! El genio del orden fué su espíritu; la espada de la razón, su defensa; la lealtad y la integridad, su escudo. Acosaba á los enemigos del orden y del principio de autoridad con su palabra de acero, arrancándoles á veces inconscientes gritos de entusiasmo. Pero el enemigo era poderoso: estaba quizá dentro de los mismos que hoy le lloran...



¡Cánovas fué un héroe y un mártir! La tumba es una herida abierta en el corazón de la Patria. Y por entre los bordes de esa herida se asoma el ilustre muerto para reprochar ¡á sabe Dios cuántos! su frivolidad y su impre-

visión. Soñó cantar la epopeya de un pueblo, y asistirá—si Dios no lo remedia—desde el otro mundo á la acentuación de la decadencia de este pueblo. Cayó en defensa del orden social, y su caída es su mayor y más inmarcesible victoria. Cayó como caen los héroes en el hirsuto campo de batalla, pensando quizá, como Proudhom, en que la fianza de nuestra libertad está cabalmente en el progreso de nuestros suplicios.»



«El odioso crimen de que ha sido víctima el Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas, ha privado á España de uno de sus hombres más eminentes, como se encargarán de demostrarlo los acontecimientos.

Los que por convicción rendíamos culto fervoroso á su genio y con confianza ciega le obedecíamos, al llorar su muerte lanzamos un grito de protesta y de execración contra el asesino infame.»

JOSÉ MARÍA AISA,
Alcalde de Huesca.



«Un nacimiento humilde, una vida de sacrificio, una muerte de mártir. Para lo primero, la simpatía; para lo segundo, el agradecimiento; para lo tercero, la gloria.»

ANTONIO ÁLBAR,
Diputado por Boltaña.



«Cánovas del Castillo, publicista distinguido, orador grandilocuente, eximio estadista, merece por sus talentos excepcionales consideración y respetos que, en justicia, nadie puede regatearle.

Primera figura de la Restauración borbónica, se distinguió siempre por su elocuencia y actitud arrogante en las luchas parlamentarias, y por la entereza de su carácter y la energía de sus resoluciones para mantener el orden y la disciplina en el seno de su agrupación política.»

.....
.....

E. ARIZON.



«Guardemos memoria eterna para el insigne escritor, filósofo y político que, por sus

aptitudes preclaras, su elocuencia y su afición á los estudios histórico-filosóficos, consiguió á los veinte años de edad señalarse en los centros de la ciencia.»

ANTONIO AUÑÓN.



«Con ser tan múltiples las brillantes cualidades que atesoraba el gran Cánovas del Castillo, ninguna tan hermosa y tan manifiesta como su constante acendrado patriotismo.»

SINFEBIANO BAILÓN.



«Si bajo todos los puntos de vista es brillante la historia del ilustre estadista D. Antonio Cánovas del Castillo, como lo han reconocido y admirado los sabios del mundo, hay que añadir á ella uno de los hechos que más perpetuarán su memoria, por ser de actualidad y de suma trascendencia para la Nación española.

Me refiero al asunto que constituye hoy la primera aspiración de los españoles: conservar á Cuba á todo trance.»

.....
.....
.....

RAMÓN BUENA,
Presbítero.

Gratitud de Huesca á Cánovas.

«Aunque yo no discrepo de los que creen que Cánovas del Castillo ha sido el más grande hombre de Estado que ha gobernado á España en el siglo XIX, y participo de la admiración que todos sienten por sus talentos incomparables, su ilustración universal, sus trabajos en las primeras Corporaciones sabias de la nación, además de esos, tengo otro motivo muy especial, muy íntimo y muy patriótico para deplorar con toda la amargura de mi alma la catástrofe de Santa Agueda.

Soy oscense, y Cánovas fué toda su vida un grande amigo de la cultura y de las glorias históricas de Huesca.

Joven era, casi muchacho, cuando visitó nuestra ciudad, el año 1851, y encontró en las deliciosas alamedas del Isuela, al pie de los vetustos muros romanos y árabes restaurados por Jaime el Conquistador, y en las misteriosas oscuridades de San Pedro el Viejo, la

leyenda histórica de la *Campana de Huesca*, en la que pintó, más bien que describió, con toques, á la vez poéticos y de realista exactitud, la fisonomía de esta localidad para nosotros tan querida, con sus edificios, sus huertas, su llanura, sus sierras, su Salto de Roldán y su inolvidable Montearagón, al mismo tiempo que acontecimientos de la mayor importancia y trascendencia en la historia aragonesa.

Parecía que esto era bastante para que hubiese conservado de nuestra ciudad un recuerdo, aunque siempre agradable, vago y medio borrado y perdido allá entre las lejanas brumas de su pasada mocedad. Pero no fué así; el cariño de Cánovas á Huesca se mantuvo muy vivo en él durante toda su vida, aun en circunstancias de familia las más tristes, aun en medio de las más graves y azarosas preocupaciones de los negocios del Estado.

Ya había ocupado varias veces la poltrona ministerial, cuando el que estas líneas escribe le vió sumido en la más profunda pena volviendo de Panticosa con su primera esposa moribunda, y, sin embargo, no pudo resistir al atractivo de ver y contemplar nuevamente los sitios y las cosas que en mejores tiempos tan honda huella habían dejado en su espíritu. Le vió cuando en 1874 fué á recoger de manos de D. Alfonso XII los poderes para hacer la restauración; y cuando volvió con ellos, aprovechar el corto tiempo que mediaba entre la llegada de la diligencia de Francia y la partida del tren de Zaragoza, para ir á visitar el templo y los claustros de San Pedro. Testigos también los prelados de esta Sede y otros personajes, á quienes siempre mostró un vivísimo interés por nuestras gloriosas antigüedades.

Y ¡qué más! No ha muchos años que Huesca habría pasado por una ignominia digna de la maldición de la Historia, por la ignominia de ver arruinados y aun borrados del noble solar de nuestros abuelos hasta los últimos restos del templo y claustros de San Pedro el Viejo, monumento mil veces venerando por los recuerdos religiosos, políticos y artísticos que encierra, á no ser porque lo impidió el amor de Cánovas á Huesca, el cual se apresuró á interponer toda su poderosa y legítima influencia en las esferas del Gobierno y en las Reales Academias, no sólo para evitar

la ruina, sino para lograr la restauración que ha salvado nuestro honor, y de que tan justamente nos gloriamos.

Muestre, pues, Huesca, más que nunca en esta hora tan desgraciada, los sentimientos de su eterna gratitud hacia tan grande é insigne amigo, haciéndola constar en una lápida conmemorativa que debería colocarse en los claustros de San Pedro.

Derrame lágrimas en abundancia sobre su tumba.

Eleve sus oraciones al cielo por el eterno descanso del finado y por el consuelo de su ilustre familia. »

VICENTE CORDERERA,
Cónsulgo doctoral.

* * *

«D. Antonio Cánovas del Castillo era un grande hombre. A pesar de los apasionamientos políticos, todos sus adversarios le han llamado gran estadista, orzador de primer orden, hombre enciclopédico, de energías viriles, de erudición vastísima y colosal talento.

Al fallecer, ocupará por derecho propio buena plaza entre los inmortales. »

RAFAEL CISTUÉ,
Gobernador civil.

* * *

«Todo español (prescindiendo de sus opiniones políticas) no puede dejar de reconocer que el talento y los prestigios del eminente estadista é ilustre hombre público D. Antonio Cánovas del Castillo, son insustituibles en los partidos turnantes de la actual regencia española. »

JOSÉ MARÍA DE CLAVER PÉREZ,
Jefe del partido carlista de la provincia.

* * *

La provincia de Huesca y Cánovas del Castillo

«España y Europa lloran en estos momentos la muerte del eminente estadista y jefe del Gobierno, Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.

Los que hemos nacido y vivimos en la provincia de Huesca, debemos llorar como españoles y como oscenses.

La suspensión de las obras del Canal de Aragón y Cataluña había colocado á gran parte de nuestra provincia en la situación más desesperada y alictiva. Toda la comarca literana, al ver agostados sus campos y sintiendo los horrores de la miseria y de la emigración, había pedido, con lastimeros ayes, en diferentes ocasiones, el remedio á sus males, sin encontrar una mano fuerte y generosa que le ayudara en circunstancias tan difíciles.

Los gobiernos se habían considerado impotentes para llevar á cabo tan gigantesca obra, y los desgraciados literanos habían ya perdido la esperanza de ver realizados los sueños de sus abuelos.

No pudiendo soportar por más tiempo tantas amarguras, devoradas en silencio, significaron en público, en la villa de Binefar, sus desgracias, reclamaron el auxilio del Gobierno, con cierta timidez por las circunstancias azarosas por que pasaba nuestra desgraciada Patria, pero alentados al mismo tiempo por el incondicional apoyo de un esclarecido hijo de Aragón, que desde el ministerio de Ultramar trabaja incesantemente para el logro de las justas aspiraciones de la comarca literana.

Con efecto; las guerras coloniales de Cuba y Filipinas exigían los sacrificios del país y el erario nacional parecía poco para afrontar las contingencias de la guerra.

A España en momentos tan críticos le era difícil enjugar las lágrimas de los literanos á costa del grande sacrificio que imponía la colosal obra del Canal de Tamarite, pero D. Antonio Cánovas, que conocía la justicia de la súplica y los merecimientos de esta hidalga tierra aragonesa, no vaciló un momento en someter á la deliberación de las Cortes un decreto de ley mediante el cual la ejecución de las obras del Canal de Tamarite se hicieran por cuenta del Estado.

La comarca de la Litera había conseguido lo que tanto tiempo ambicionaba.

Lloremos todos, pues, la muerte del eminente estadista, la muerte del ilustre jefe del partido conservador, la muerte del hombre público que ha realizado en favor de Aragón la obra más importante del siglo XIX.»

VICENTE CARDERERA CALLEJA.

«Para legar Cánovas á la posteridad su gloriosa é inmortal figura, ha precisado tener por pedestal, su cadáver de jefe de Gobierno; por cúspide, el cielo. ¡Sublime manera de llegar á la presencia de Dios, un hombre tan grande como lo fué Cánovas en el mundo.»

CIRILO FERNÁNDEZ DE LA HOZ.

«Los actos políticos realizados por el insigne patricio D. Antonio Cánovas del Castillo, son hojas de laurel con los que la Historia le tejerá una corona perdurable, que será ornamento brillante de sus virtudes cívicas.»

JOSÉ FERNÁNDEZ BRAVO.

«Cánovas ha muerto cobardemente asesinado. Terrible noticia que ha conmovido todos los sentimientos y cuyo eco ha repercutido en los ámbitos todos del mundo civilizado.

La implacable parca que siega en flor lozanas vidas, y rompe vínculos al parecer inquebrantables, y deshace como burbujas de jabón los más grandes proyectos, recuerda con esta triste ocasión un hecho cierto, evidente, infalible, en las Escrituras Santas consignado: «Determinado está, que todo hombre ha de morir.» Los honores, la ciencia, la prosapia ilustre, las riquezas, el talento, las dotes extraordinarias de gobierno, el poder de su influencia, todo lo que en el mundo acompañó al hombre, impreso está en el «Libro escrito» de que nos hablan las lúgubres lamentaciones. El uso ó abuso de esos dones graciosamente al hombre por Dios otorgados, forman las piezas del propio proceso que fina para inapelable y justa sentencia el día de la muerte.

Como cristianos y como españoles, depositemos una lágrima sobre la losa que cubre los restos del que fué «un grande hombre» y recordemos con la Iglesia cuán «santo y piadoso sea el pensamiento de orar por los que mueren para alcanzar del Señor el perdón de sus culpas.»

HIGINIO LASALA,
Presbítero.

«En pocas provincias de España tenía don Antonio Cánovas del Castillo menos amigos

políticos que en la de Huesca; y sin embargo, en ninguna parte habrá producido su muerte más honda impresión y más general sentimiento.

La bala asesina que privó de la existencia al primero de nuestros hombres de Estado, abrió también ancha herida en el seno de la madre Patria, necesitada hoy más que nunca de los grandes prestigios. Al rogar á Dios por el alma del nuevo é ilustre mártir del orden social, pidámosle también que inspire á los políticos españoles para que, sobreponiéndose á todo interés de partido y á toda idea mezquina, resuelvan los graves problemas pendientes en bien de la patria, de las instituciones, del orden y de la libertad bien entendida.»

JOSÉ LASIERRA.

«Como pensador y como hombre de Estado, fué un atleta. Su recuerdo vivirá siempre en el corazón de todo buen español.»

J. LÓPEZ GUIJARRO.

.....
*Al sentirse herido el señor
 Cánovas exclamó: ¡Asesino!...
 ¡Cobarde!... ¡Viva España!...*

¡Anarquismo! Fantasma aterradora
 que encierra el crimen en su hediondo seno...
 Conjunto informe de miseria y cieno...
 Brutal idea que en el hombre mora...

Siguiendo en tu campaña asoladora
 rompes y matas sin piedad ni freno...
 No te basta el cuchillo y el veneno...
 No te sacia la bomba destructora...

Una víctima ilustre has añadido
 á la terrible lista de tu saña.
 Robas á la nación un ser querido.

Gózate, pues, en tu salvaje hazaña
 mientras que el pueblo grita enfurecido:
 «¡Asesino!... ¡Cobarde!... ¡Viva España!...»

RAMÓN LÓPEZ-MONTENEGRO.

«Cuando la nación española se consterna ante el vil atentado de que ha sido víctima el eximio estadista D. Antonio Cánovas, los hombres que le sucedan en el Gobierno deben aprovechar esta triste lección y depurar cuantos medios crean factibles para extirpar de raíz la planta destructora que produce tales frutos.

El más humilde de los ciudadanos oscen-

ses siente como el que más la pérdida del jefe del Gobierno, y á la vez que hace fervientes votos por el eterno descanso de su alma, ofrece la pequeñez de cuanto es y vale, por la defensa de la sociedad amenazada.»

I. MOLERA.

«Si Cánovas, por su vida, será grande en la Historia, Cánovas, por su muerte, será grande en la Humanidad.»

SANTOS NAYA.

«Grandes responsabilidades contrabalancean los honores de los altos cargos. Quien como el Sr. Cánovas llegó á serlo casi todo en este período de nuestra historia patria, adquirió alta responsabilidad social, y la Historia examinará su obra política; contrajo grande responsabilidad moral, y de ésta juzgará Dios. Los hombres podemos entender en los actos públicos del Cánovas político: no presumamos, con atrevida soberbia, entrar en los altos y secretos juicios de Aquél que escudriña los corazones.

Una oración, como católicos, por el alma del hombre eminente, preclaro talento, insigne estadista, ilustre patricio D. Antonio Cánovas del Castillo, asesinado por un anarquista, brazo de una doctrina que mina los cimientos del orden social porque pretendió concluir con el orden religioso.»

JUAN PLACER Y ESCARIO.

«¡Augusta figura! El ocaso de su vida, el horizonte entero de los anhelos patrios.

Su muerte la obra del que tiene pasiones y sin embargo carece de corazón.»

FÉLIX PUZO JORDÁN.

«Como se vive, se muere.

Cánovas vivió grande y murió coloso.

A no contemporizar con la política de pantofagia, hubiérase inmortalizado.

En justicia á tan eximias prendas, lamento la pérdida del preclaro varón, como la mayor desdicha de las muchas que hoy afligen á la Patria.»

PASCUAL QUEBAL.

«Era un carácter. Tenía la constancia de la convicción, la tenacidad del heroísmo. En

«El altar de la Patria, se profesará culto ferviente á su memoria.»

JULIO ROMERO,
Diputado por Benabarre.

«En estos momentos de profunda pena y de luto general, en que España entera llora la muerte de uno de sus hijos más eminentes, por sus indiscutibles talentos y más distinguidos por su elevada posición, arrebatado á la vida por un crimen, nunca bastante reprobado, todas las clases sociales de la nación se inclinan reverentes y respetuosas ante su cadáver, rindiéndole un tributo unánime de admiración profunda y de religioso dolor; y en medio de este fúnebre concierto, que forma como la atmósfera nacional saturada de los nobles y generosos sentimientos en que siempre se ha mostrado tan rico el corazón español, la Iglesia eleva al cielo sus plegarias y recita fervientes oraciones en sufragio de su alma, tejiéndole así una corona de siempre-vivas para depositarla sobre su tumba, entrelazada con la Cruz del Redentor.

Oremos, pues, todos por el eterno descanso del alma del Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.»

ANTONIO SÁNCHEZ PASTOR,
Canónigo magistral.

Mi tributo.

«Llorar no pude al conocer el funesto fin de mi jefe ilustre: una opresión al corazón me lo impedía; una insensibilidad general se apoderó de mi ser, nublando mis facultades psíquicas y realzando mi nula inteligencia. ¡Qué trance, gran Dios, y yo..... sin poder llorar!

Y es que le quería con aquel amor santo y ferviente con que el último de sus discípulos adoraba al mártir del Gólgota; admiraba en aquél al hombre excepcional, que con sus talentos conquistó lugar muy preeminente entre los más grandes de las naciones del universo; veneraba sus dogmas y principios, porque los consideraba esplendorosos destellos del Altísimo; sus ideas, ráfagas luminosas é intensas, difundiendo claridad entre las inteligencias; sus concepciones, raudales potentes de esperanzas venturosas para el porvenir, y sus palabras solemnes, axiomáticas manifestaciones.

En política, fué mi idolo; en literatura, soy profano; no obstante, me deleita leer el capítulo de la cena almogábar en su vibrante y sonora *Campana de Huesca*; en todas las ciencias y artes, enciclopedia y en religión, un santo.

De aquí, de este último extremo, entiendo que la obra anarquista no ha consumado sus propósitos criminales; ha exterminado la materia, es cierto, mas su espíritu colosal, abandonando el receptáculo terroso que lo envolvía, voló á superiores regiones, para desde ellas dirigir á su querida Patria, con cuyo objeto su alma inmortal flotará por los espacios é intersticios que el trono ocupe, para inspirarle en casos difíciles hábiles resoluciones.

Este presentimiento me anima, á pesar de que todavía tengo oprimido el corazón; y no puedo llorar!»

EMILIO ZAVALA ALUÉ.

Una frase de Bismarck.

«El famoso excanciller Bismarck, es uno de los personajes que más expresivamente ha teleografiado su duelo á la ilustre viuda de Cánovas.

Dice en su despacho que nunca se inclinó ante nadie, pero lo hacía cuando en su presencia nombraban á Cánovas.»

Cánovas y Castelar.

«El Sr. Morote, en un artículo que publica *El Liberal* de hoy, titulado *Castelar velando á Cánovas*, dice que aquel insigne tribuno ha repetido con su prodigiosa memoria, á modo de rezo y de oración fúnebre, las elocuentísimas palabras del más elocuente de los oradores de España. Palabras del muerto y del vivo dignas, en que se encerraban vibrantes sus merecidas glorificaciones. Palabras que son de Donoso Cortés:

«Sócrates no fué tan grande por la vida que vivió como por la muerte que le dieron: él debe más á la cicuta que á la filosofía. El mundo se hubiera indignado contra Roma, si hubiera permitido Roma que César muriese de la muerte de los demás hombres; su gloria fué tan grande, que mereció ser coronado con un grande infortunio. Morir en su lecho es cosa apenas permitida á Cromwell. Napoleón debió morir de otra manera: debió morir vencido en Waterlloo, proscripto por

Europa. Un sepulcro fabricado por Dios para él en una isla desde el principio de los tiempos, debía contener sus cenizas; un ancho foso debía separarlo del mundo, y en este foso hervir y bramir el Océano.»

«Cuando tantas veces juntos—añade el señor Morote—habían estimado y admirado la profundidad y la hermosura de las palabras de Donoso Cortés. ¡quién le dijera á Cánovas que un día le fuesen aplicables! ¡Quién á Castelar que las había de repetir al borde de la tumba de su amigo, cortada la vida del grande hombre por un crimen!»

Otro corresponsal del citado periódico, el Sr. Loma, refiere que, al bajar del tren en Zumárraga el Sr. Castelar para dirigirse á Santa Agueda, y como le preguntaran si había descansado, respondió:

—«No, no he podido. Cuando lo del *Virginius* estuve cincuenta días sin dormir y apenas comer; cuando murió mi hermana, pasé la primera semana dando paseos por un corredor de mi casa como un loco. Ahora... no he podido... ¡Pobre Antonio!»

Cánovas y Crispi.

«No ha mucho que Crispi dirigió una carta á uno de sus amigos españoles, en la cual se leía el párrafo siguiente:

«Ya que está usted en Madrid, hágame el favor de saludar en mi nombre al Presidente del Consejo de Ministros, Sr. Cánovas, al que no tengo el gusto de conocer, pero que sin duda es uno de los hombres más eminentes de Estado, y para mí es desde luego el primer estadista europeo.»

•••

En varios otros números sucesivos siguió ocupándose del Sr. Cánovas el mismo periódico, dando noticias ó reproduciendo artículos consagrados al mismo.

II

EL DIARIO DE HUESCA

En su número del 9 de Agosto publicó varios telegramas relativos á la muerte del señor Cánovas; en el del 12 escribió contra el anarquismo, que había privado de la vida á aquel ilustre estadista; en el del 13, 16 y 20

reprodujo noticias y apreciaciones en relación con dicho triste suceso, y en el del 30 escribió sobre la falta de policía en nuestro país, que había permitido la perpetración del crimen que todos lamentaban.

III

EL CRONISTA

Limitóse, en su número del 9 de Agosto, á dar noticias sobre la muerte del Sr. Cánovas.

Periódicos de Jaén

I

EL CONSERVADOR DE JAÉN

En su número del 9 de Agosto, día siguiente al de la muerte del Sr. Cánovas, publicó, con gruesa orla negra en su primera plana, un anuncio mortuario pidiendo á sus lectores una oración por el alma del eximio patricio, cuya palabra y cuyos hechos contribuían al timbre mayor de gloria para la nación española; y en su segunda plana, bajo el epígrafe *Desgracia nacional*, después de reproducir los telegramas oficiales relativos al triste suceso, decía:

La gran desgracia nacional.

«Escribimos este artículo bajo la más dolorosa de todas las impresiones. Conturbado nuestro espíritu, apenas sabemos, al preparar las cuartillas, si la confusión de ideas que cruza nuestra mente y el sentimiento que embarga nuestros corazones nos permitirá que cumplamos nuestra misión, considerando los desastres que para la nación española ha de traer la muerte del Sr. Cánovas del Castillo.

El instinto popular, con esa precisión con que siente y presiente los sucesos, nos ha dado la frase hecha que nos sirve de epígrafe para el presente artículo: la muerte del Sr. Cánovas es una gran desgracia nacional, y podemos añadir nosotros que esa desgracia es la más grande de todas cuantas ha sufrido España en

todas las épocas de su accidentada historia.

Sólo á un hombre como al Sr. Cánovas del Castillo, de talento tan claro, de corazón tan entero, de conocimiento tan profundo de las cosas, de tan acrisolado amor hacia su Patria, de tan excelentes condiciones de mando, y hombre de Estado tan superior, podía estar confiada la misión de conducir á España á puerto seguro, salvando las grandes dificultades que hoy afligen á la nación entera y los peligros inminentes que nos rodean en el exterior y que nos amenazan dentro de la Península.

La presencia del Sr. Cánovas del Castillo al frente del Gobierno era garantía y seguridad para todos los españoles, fuese cual fuese su opinión política, de que al fin y al cabo nuestro ejército volvería con los laureles de la victoria de Cuba y Filipinas; de que la situación interior mejoraría, aumentando nuestra riqueza; de que una era de paz restañaría las heridas sufridas y nos permitiría atender á nuestro mejoramiento moral y material; de que todos los españoles, en fin, se unirían en los dos únicos sentimientos que fueron la aspiración de toda la vida del ilustre patricio, cuya pérdida lloramos: el del amor á la Patria y el de la consolidación de nuestras venerandas instituciones, encarnadas en el Rey niño que ocupa el trono de San Fernando.

Un miserable asesino arrebató la vida al señor Cánovas y nos quitó aquellas halagüeñas esperanzas que habíamos concebido.

Por eso no nos extraña la gran estupefacción producida en todos los ánimos, al propagarse con la velocidad del rayo la infausta noticia de que el señor Presidente del Consejo de Ministros había sido víctima de un criminal atentado en Santa Agueda.

Por eso consideramos como la más apropiada á las circunstancias la frase que calificó aquella noticia, de gran desgracia nacional.

¡Gran desgracia nacional! Sí, lo es; lo es indudablemente, porque muerto el Sr. Cánovas del Castillo, no acertamos á presumir siquiera cuál será el destino que la Providencia reserve á nuestra infortunada España.

Siempre es dolorosa y sensible la muerte de un hombre de tan eminentes condiciones como el Sr. Cánovas; pero en la ocasión presente lo es más aún, porque el Sr. Cánovas era una necesidad para la Patria y la Patria necesitaba de sus servicios.

Nosotros hemos perdido el jefe ilustre que nos dirigió con su consejo y con su palabra en las batallas que hemos reñido desde las filas del partido conservador; los amigos particulares del Sr. Cánovas han perdido los afectos cariñosos de que tan pródigo se mostró siempre su corazón; su desolada esposa, al marido amante en quien cifraba toda su vida y su orgullo todo; su familia ha perdido al más querido de todos sus individuos; pero todas estas pérdidas son nada comparadas con lo perdido por las instituciones y la Patria: las instituciones han perdido su más firme sostén; la Patria, el patricio insigne á quien debe los más eminentes servicios y la esperanza de su salvación en las difíciles circunstancias que nos rodean.

De aquí que la muerte del Sr. Cánovas del Castillo sea una gran desgracia nacional, y que sea también nacional el duelo producido por su muerte.»

En el mismo número dió á luz unos datos biográficos del Sr. Cánovas, y en el siguiente, correspondiente al martes 10, bajo el epígrafe *Las consecuencias*, se ocupó de las que había de tener la muerte del mismo, publicando además noticias y detalles del triste suceso.

En el número del 12, siguió ocupándose del asunto y escribió lo siguiente:

La caída de un coloso.

«El cedro secular del Líbano, cuya erguida copa desafiaba á los huracanes, al caer tronchado por el rayo, desgaja los inmediatos árboles, aplasta los arbustos y hace estremecer el suelo con la pesadumbre de su gigantesca mole. De igual suerte caen los hombres poderosos, los genios, los titanes, que con la virtualidad de su talento sostienen pueblos é instituciones ó crearon ideas y formas nuevas en cualquier esfera de la actividad humana.

En su caída arrastran consigo algo grande, derrumban parte de las que les rodeaba y conmueven, en fin, el cimiento donde posaban su planta poderosa y firme para sostener sus propias creaciones.

Y D. Antonio Cánovas del Castillo era indudablemente un coloso.

.....

No son días de reflexionar detenidamente sobre el próximo porvenir; todos, sin distinción de clases y categoría, ejercitan sus afectos para sentir y llorar la inesperada pérdida del grande hombre, que la traidora mano de un asesino ha borrado de la lista de los vivos. La razón se halla aletargada por la fuerza del sentimiento, y no se halla en estado de funcionar, que es propio de la condición humana el tener que supeditarse al medio moral y material que nos rodea y sugestiona.

Satisfagamos, pues, por el momento los impulsos del corazón; tributemos á la genial figura, al talento poderoso del gran Cánovas los merecidos honores de luto nacional, más que con las pompas oficiales, con el llanto sincero por la irreparable pérdida que para la Nación representa, que el llanto no sólo sirve de consuelo en las catástrofes, sino que conforta también el ánimo y desahoga el corazón para dar lugar á que venga el juicio á presidir nuestras resoluciones. »

.....

El Conservador de Jaén no dejó pasar día, durante todo el mes de Agosto de 1897, sin ocuparse de la desaparición del Sr. Cánovas del Castillo y consecuencias de ella para el partido conservador y el Gobierno del país.

II

EL LIBERAL DE JAÉN

Limitóse á dar cuenta, á última hora del 9 de Agosto, de la muerte del Sr. Cánovas, que comenzó, dice, á circular á las cinco de la tarde del día anterior, protestando de la manera más enérgica del atentado y haciendo votos por que el Señor acogiese en su seno el alma de tan eminente hombre público, y en su número del día siguiente, tras de numerosos telegramas y noticias relacionadas con el trágico suceso de Santa Agueda, dió á luz unos *Apuntes biográficos*, en que sobresalen, más que los hechos de la vida del Sr. Cánovas, las apreciaciones políticas del adversario no bien informado y en constante desacuerdo con su política.

Periódicos de León

I

EL HERALDO DE LEÓN

El 9 de Agosto publicó lo siguiente :

Cánovas.

«A las cuatro de la tarde de ayer, por los cafés y círculos de recreo circuló la noticia de que el ilustre hombre de Estado, Presidente del Consejo de Ministros, Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, había fallecido víctima de un atentado criminal.»

.....

Después de copiar los telegramas recibidos acerca de ese suceso, añadía :

«Como españoles, como monárquicos y como hombres, lamentamos muchísimo el triste fin del ilustre estadista, una de las principales glorias nacionales en la Historia contemporánea, y no podemos menos de condenar la mano criminal que puso fin á su preciosa existencia, sin tener en cuenta los críticos momentos por que atraviesa España, que lucha con dos guerras coloniales por conservar su honor y la integridad de su territorio.

El Heraldo de León se asocia de todo corazón al duelo general por la irreparable pérdida que llora esta desgraciada nación, y desea toda clase de consuelos á la distinguida dama viuda del finado y demás respetable familia.»

LA REDACCIÓN.

•••

En el número del día 11, bajo el epigrafe de *Situación difícil*, escribía :

«Con la muerte del ilustre jefe del partido conservador, la Monarquía ha perdido uno de sus más acérrimos defensores, la Patria un eximio patricio y el partido el único hombre capaz para gobernarlo.»

Explana lo difícil de encontrar quién le sustituya como jefe del partido, y concluye diciendo :

«La muerte, tan inesperada como sentida, del hombre que de una manera tan villana ha

bajado al sepulcro, ha sido, no hay que negarlo, una gran pérdida para la Patria; pero ha sido mucho mayor, inmensa, para el partido conservador, porque implica la descomposición del mismo, como no tardaremos mucho en ver.»

II

LA PROVINCIA DE LEÓN

El 10 de Agosto llenaba su primera plana, enlutada, con las expresiones siguientes, bajo una cruz grande:

«El eminente estadista, Presidente del Consejo de Ministros, Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, ha muerto en Santa Agueda, víctima de una mano criminal.

Lloramos amargamente con toda la Nación esta pérdida irreparable, y elevamos al cielo nuestras oraciones para que Dios le haya acogido en su santo seno.»

Después, bajo el epígrafe *Cánovas del Castillo*, añadía:

«Presos de emoción tristísima de dolor, cual nunca tan grande experimentamos, damos cuenta á nuestros lectores de un hecho que hace cuarenta y ocho horas tiene consternada la Nación entera y está en los labios de todos los españoles de noble corazón para protestar indignados contra el infame asesino, que, dando rienda suelta á aterradoras ideas que en su alma fraguó el anarquismo, acaba de privar á esta Patria querida de la preciosa vida del malogrado é ilustre hombre de Estado, Presidente del Consejo de Ministros, don Antonio Cánovas del Castillo.

En los centros oficiales y en los círculos de recreo, cafés y establecimientos públicos, y donde quiera que en esta ciudad acudimos para oír versiones, en todas partes el asombro era general, la indignación unánime, el sentimiento profundísimo, ante el atentado horrible que esa secta de salvajes sanguinarios, que no ha mucho tiempo en Francia clavó el puñal en el pecho de su Presidente de la República, el inolvidable Sadi Carnot, hoy en España pone fin, de tres tiros, á uno de esos hombres que constituían una de las glorias nacionales más legítimas.

La ciencia ha perdido uno de sus hombres más eminentes; la política, una de sus figuras más colosales; la Nación, un español

tan amante de las glorias de su Patria, que sus últimos suspiros fueron para invocar su santo nombre con la expresión de su incesante deseo: ¡viva España!!; la Monarquía, el más firme baluarte; la augusta señora que hoy nos gobierna, su servidor más fiel, y los españoles, la esperanza más segura para sacar adelante de los conflictos que le amenazan y las guerras que la devoran á esta Nación, tanto más querida cuanto más desgraciada.

Cánovas se destaca en la historia patria con vivo relieve, y su muerte trágica viene á ser á modo de portentoso pedestal que se eleva ante el respeto y la admiración de Europa y que las generaciones venideras han de leer en letras de oro entre las más gloriosas páginas de nuestra Historia, y los corazones de esta hidalga tierra consagrarán sentimiento eterno por el desgraciado fin del hombre que los últimos años de su vida los dedicó á la defensa de sus nobles ideales y al sagrado cumplimiento del deber.

Cánovas fué grande en vida, lo es muriendo, lo será en los siglos venideros, y su nombre inmortal bastará para llenar esta última centuria de la edad contemporánea.

Un asesino acabó con todas las grandezas de este mundo, en él reunidas, y en todo espíritu cristiano provocará verdadero llanto la contemplación de ese cadáver del genio, del poder, de la virtud y de la elocuencia.

El partido conservador en esta provincia, con su jefe á la cabeza, el Ilmo. Sr. D. Antonio Molleda, y la redacción en pleno de este periódico, llenos de justa indignación, protestan enérgicamente contra el hecho inaudito, incalificable y miserable que ha privado de la vida al que era nuestro indiscutible jefe y en el mundo político representaba nuestros ideales.

Lloramos con la Nación entera esta pérdida irreparable, y á la ilustre dama que con él compartía la vida conyugal la enviamos de lo más íntimo de nuestro corazón la expresión fiel y sincera del más sentido pésame, el homenaje de nuestra más alta consideración y respeto.

Descanse en paz el inolvidable patricio Cánovas del Castillo, y Dios haya acogido en su santo seno su alma, por la que elevamos al cielo nuestras más fervientes súplicas.»

LA REDACCIÓN.

En su número del 12 escribía :

Cánovas yacente.

«Cánovas ha muerto.

El estadista eminente, el gran jurisconsulto, el historiador notable, el portentoso orador, el patricio insigne, el sabio, el genio poderoso, yace en la tumba á la hora en que nuestros lectores vean estas líneas, llevado allí, no por los inexorables designios de la Providencia, que conservaba la preciosa vida de esta gloria nacional, sino por una venganza ruin y miserable de anarquista, alguien que quisiera destruirnos á todos y deshacerlo todo : el hogar en que nacimos y el hogar que hemos formado, porque él no cree más que en la unión brutal de las bestias ; la religión que aprendimos y que disfrutamos, porque él no admite más que una oración grosera, al estómago jamás satisfecho ; el arte y la ciencia que nos confortan, porque él no cree en más ciencia ni en más arte que la gula harta y la lujuria saciada ; la naturaleza entera, porque él no la concibe desigual, con llanos y montañas, con torrentes y con pantanos, con sol y sombra, con flores que atraen, reptiles que repugnan, sino toda igual, anulada en desesperante miseria.

España está de luto. El duelo es general, el llanto persiste en todos los corazones.

Un hombre que tan de buena voluntad había pueato al servicio de su Patria y de su Rey todo su gran talento y servicios, merece el bien de todos, y en estos momentos aciagos, una tumba donde, grabado su nombre en letras de oro, sirva de imborrable recuerdo é impercedero ejemplar de las generaciones venideras.

Cánovas asesinado en aras de la defensa social, es una víctima del trabajo, del deber y del sentimiento.

Cánovas al frente de la gobernación del Estado en días de mayores peligros para la Patria, como son los presentes, y cuando nadie deseaba este puesto de tanto peligro y responsabilidad, determina la abnegación más grande y la virtud más heroica que ciudadano alguno puede ostentar. Por eso Cánovas era el primer soldado benemérito de la Patria.

Descansen en paz el coloso del saber y de la energía, y el Dios de Abraham, de Isaac y de

Jacob haya querido coronar su frente con el laurel de las victorias, como premio á su martirio.»

Pasa luego á hacer su biografía.

III

EL CAMPEÓN

El 9 de Agosto, bajo el epígrafe *Cánovas*, daba cuenta de los telegramas recibidos la tarde anterior sobre el asesinato del Sr. Cánovas, diciendo que la noticia se esparció desde las tres y media ; que al paseo concurrió poca gente ; que fué suspendida la música, y luego añadía :

«En León, como en todas partes, ha sido muy sentida la muerte del ilustre hombre que regía los destinos de la Nación, y cuyo talento poderoso de estadista fué siempre alabado hasta por sus enemigos.»

El día citado comenzó la biografía del señor Cánovas, que continuó en los dos números siguientes, y en el del 11 publicó, bajo la firma de *Chizinet*, la siguiente

Instantánea.

«Cánovas, grande toda su vida, ha muerto con grandeza. Su nombre llenó las páginas de la historia contemporánea, «hecha» por él en nuestra Patria ; pero su muerte las llenará más aún con ese recuerdo glorioso que queda, como una luz de perdurable brillo, de los grandes hombres arrancados de improviso á la vida.

Morir cuando la materia agota sus fuerzas y el espíritu apaga sus destellos, es «realizar» toda la vida ; morir violentamente, cortar, como Alejandro, el famoso nudo, el hilo de la existencia, en los hombres colocados en las alturas de la sociedad por el genio, por el poder, por el corazón, es adelantarse á la inmortalidad ; lo que falta por realizar en la vida, da mayor relieve á la memoria de un Sócrates, de un César... de un Cánovas. Por disposiciones misteriosas del destino, el criminal que pretende concluir con un hombre, hacerle desaparecer, con sus mismas armas traidoras le abre las puertas de la gloria inmortal. El mártir es más grande muriendo por su fe que predicándola ; el gobernante deja un nombre impercedero muriendo por la sa-

lud del Estado, aún más que dándosela en las leyes.

En ningún momento de su vida, con ser tan intensa, tan soberana, aparecerá la figura de Cánovas más hermosa, sublime, que cayendo víctima del plomo asesino, muerto sobre el ara de la Patria, cuya custodia tenía confiada.»

IV

EL PORVENIR DE LEÓN

Decía el 11 de Agosto:

Asesinato de Cánovas.

«Ante el jefe del Gobierno asesinado vilmente por un extranjero, olvidamos sus desaciertos pasados para recordar sus cualidades políticas y los servicios prestados á la Patria por D. Antonio Cánovas del Castillo.

Ya anciano, gastado por larga y tempestuosa carrera política, no muy lozano de salud, rodeado de enemigos astutos, defendido por amigos tibios, secundado débilmente por Ministros de escasa talla, teniendo que tomar todas las iniciativas, con su propio partido dividido por banderías hostiles, no muy seguro en el favor de los palaciegos, teniendo enfrente enemigos poderosos, no bien quisto por la reacción clerical, y sobre estos achaques de la propia familia y casa, el gran duelo nacional, el tremendo conflicto de Cuba, ocasionado á una guerra extranjera, la situación más grave por que ha pasado España desde principios de siglo...

Cánovas no desalentó ni ante la debilidad de sus fuerzas y elementos ni ante la magnitud de la catástrofe pública. Atendió con indomable energía de patriota y con rasgos de hombre de Estado á todas las necesidades del momento, según su conciencia y su criterio le dictaban.

En tanto, acallaba las discordias de su partido y prestaba su concurso eficaz al jefe del fusionismo, también trabajado por hondas divisiones, y enviaba á Cuba y Filipinas trescientos mil soldados, levantaba enormes empréstitos en su país, que se creía agotado, y con artes diplomáticas cuyo secreto, en parte, baja con él á la tumba, sorteaba durante dos

años los empujes, las agresiones y apremios de los Estados Unidos.

Enemigos irreconciliables de su política interior, más de una vez hicimos justicia á sus energías y á su patriotismo, que le colocan á la altura de los más grandes hombres de Estado, á tal punto, que en los últimos días de su vida, rectificando su pasado político, aceptaba de los partidos más radicales programa y procedimiento para innovar y reformar la política colonial de España.

Es esta una gran desgracia para la Monarquía. Falta á ésta un restaurador; pero faltará también á España la inteligencia y el carácter, que nadie, sin injusticia notoria, puede negar á Cánovas del Castillo.

El asesinato de éste es para la Monarquía golpe tan hondo como lo fué para la Revolución el asesinato del General Prim. Más afortunado que Prim, no ha caído al golpe de asesinos españoles; pero, en cambio, es mucho más débil la situación que deja al cerrar los ojos á la luz.

No pudo el General Prim afirmar el Trono que había levantado sobre el oleaje furioso de los partidos. No ha logrado Cánovas asegurar la mayor edad de las Instituciones, que vivían del equilibrio y ponderación de dos partidos; el uno, en la oposición, dividido; el otro, en el Poder, sin jefe.

Pero al cabo Prim vislumbró la esperanza de que la democracia, ya que no la Monarquía, podría salvarse, porque jamás sospechó que la República de 1873 cayera por las torpezas de sus jefes y directores.

No pudo Cánovas en los últimos minutos de su vida, cuando sus labios gritaban en la agonía ¡viva España!, tener la fe en el porvenir que aquel insigne General. Por mucha confianza que le inspirase el porvenir de España, no podía ya tenerla en el porvenir de una Monarquía. Muerto él, deshecho su partido, sin cohesión y sin bandera sus posibles sucesores, ¡cuán amargo, cuán triste habrá sido su último pensamiento político!

Han protestado del infame atentado de que ha sido víctima D. Antonio Cánovas del Castillo todas las fuerzas vivas de la Nación, sin distinción de matices políticos, y casi todas las representaciones de los Gabinetes europeos y americanos, y á esas protestas unimos la de nuestro periódico.»

Periodicos de Lérida

EL PAÍS

El martes 10 de Agosto—porque los lunes no se publica—dió cuenta el diario liberal del asesinato del Sr. Cánovas del Castillo, que lamentaba, decía, España entera, refiriendo la sensación que había causado en Madrid, sin distinción de matices políticos, é insertando los telegramas de la capital alusivos á ese triste suceso.

En su número del 11 publicó una especie de correspondencia de Madrid, del día 9, con el epigrafe *Calendarios políticos*, en que se hablaba de los cálculos y conjeturas que comenzaban á hacerse, calmada la primera impresión del fallecimiento del Sr. Cánovas, sobre lo que pasaría en la política del país, y á continuación, lo siguiente :

Desgracia nacional.

«Prescindamos de las bajas pasiones de la política, que suelen empequeñecer las más grandes figuras, y como españoles, como patriotas, como hombres honrados, lamentemos la muerte alevosa de Cánovas del Castillo.

Otra vez el anarquismo vuelve á dar señales de su vida criminal. Otra vez el arma homicida es esgrimida á mansalva por un fanático afiliado á esa secta terrible... En poco tiempo han sucumbido Carnot y Cánovas, y estuvo á punto de perecer el rey Humberto... A cada castigo que en defensa de las leyes impone la sociedad á los anarquistas, responden éstos con un atentado inicuo, con un asesinato horrendo. El de Cánovas es seguramente una gran desgracia nacional. La vida de sesenta y nueve años, es una vida de gloriosos sacrificios por la Patria y por la monarquía. Su biografía es fecunda como pocas en hechos extraordinarios. Su talento le ha llevado á la presidencia de casi todas las Academias. A los cuarenta y seis años había hecho la Restauración y era Presidente del Consejo de Ministros. A este puesto no se llega por intrigas, sino por méritos. No se arrebatan, sino que se conquistan.

Desde entonces fué Cánovas un verdadero sostén del Trono ; la Patria sería ingrata é in-

digna de tener hijos tan ilustres como Cánovas, si olvidase algún día las grandes virtudes cívicas de éste.

Luto nacional viste España en estos momentos. Sólo en los centros anarquistas habrá regocijo, un regocijo misterioso que no puede ser expansivo, porque no tiene por ahora ninguna acción lícita y honrada... Lloremos al muerto, y despreciemos á los que así se divierten.»

Periodicos de Logroño

I

LA RIOJA

El martes 10 de Agosto, porque no se publica los lunes, se ocupó *La Rioja*, consagrando al asunto lo principal del periódico, del asesinato del Sr. Cánovas del Castillo, poniendo á la cabeza su nombre y escribiendo, entre señales de luto, inmediatamente después lo que sigue :

«El hecho que con razón preocupa hoy á España entera, la muerte alevosa del Sr. Cánovas del Castillo, abre una serie de interrogaciones y plantea una serie de problemas capaces de poner pavor en el ánimo más forzado.

Ha muerto el primer estadista de España, cuando más necesitamos de hombres de Estado, y al caer el Sr. Cánovas ha caído del mismo golpe el partido conservador para no levantarse más, siendo muy posible que arrastre al liberal en esa gran oscilación de disgregaciones y concentraciones que necesariamente se producirá antes de que se constituyan y definan las agrupaciones políticas que han de sustituir á las actuales, si es que no se precipitan los sucesos y resultan ya innecesarias tales asociaciones dinásticas.

La muerte del Sr. Cánovas ha de repercutir en los Estados Unidos, en Cuba, y en Filipinas, y de la intensidad con que allí se sienta el movimiento dependerá la importancia de estos otros problemas, no menos graves que los anteriores.

Acerca de ninguno de ellos puede adelantarse hoy gran cosa, y juzgamos preferible guar-

dar silencio sobre ellos, empleando el espacio de que disponemos en traer á la memoria de nuestros lectores lo más importante de la vida del gran hombre, que ha muerto de una manera que podemos calificar de gloriosa por defender los intereses sociales amenazados y gritando «¡ Viva España! »

* * *

Bajo el epígrafe *Juicio crítico*, publicaba á continuación el muy conocido respecto del Sr. Cánovas, de D. Conrado Solsona, citado en varias partes de este libro, é inmediatamente después una biografía del Sr. Cánovas, de las mejores que se han dado á luz en España.

* * *

En su número del 11 de Agosto, *La Rianza* se hacía eco de noticias é impresiones relacionadas con la muerte del Sr. Cánovas é imprevisión que hubo por parte de los encargados de custodiar su persona. El día 12, después de consignar que la inesperada muerte del Presidente del Consejo de Ministros no se borraría fácilmente de la memoria de las gentes, siendo el segundo caso en España del asesinato de un jefe de Gobierno, refirió los hechos iguales ó semejantes ocurridos en el extranjero; y por último, el 15, con motivo del entierro fastuoso del Sr. Cánovas, que había superado á los más memorables de que había recuerdo, habló de los de otros personajes españoles.

II

EL DEMÓCRATA

Este periódico, que sólo se publica los lunes y jueves, en el número correspondiente al segundo día, bajo el epígrafe *El hombre propo-*...

...n..., consagró al Sr. Cánovas el siguiente artículo:
 † Hace pocas horas el inanimado cadáver de D. Antonio Cánovas del Castillo, ilustre jefe del partido conservador monárquico español, cruzaba acompañado de distinguido cortejo fúnebre por la estación de Miranda con dirección á Madrid, donde reposarán sus frágiles cenizas, mientras en la Historia vivirá eternamente el nombre del eminente estadista.

En opuesta dirección, en busca de descanso á su inteligencia y cuerpo de las tareas gubernamentales, cruzó también, lleno de vida y

proyectos beneficiosos para su Patria, pocos días antes el Sr. Cánovas, bien ajeno al desastroso fin que le esperaba, pendiente de la mano criminal que, expiando el momento más seguro, le seguía y que consumió su maldito plan en el balneario de Santa Agueda.

¡ Así de inseguras son las cosas de este mundo!

Pero si en todas épocas es necesaria la existencia de ciertos hombres, en la presente pudiera serlo doblemente la del Sr. Cánovas, pues la política internacional, relacionada con nuestras guerras coloniales, pendían seguramente de su privilegiado cerebro, y las soluciones, favorables ó adversas, debían por él estar previstas en forma que no sea fácil conocer más que á determinada persona, y aun tal vez nos aventurásemos á afirmar que de este secreto de aquel hombre de Estado sólo es poseedor D. Emilio Castelar, que aun alejado de la política menuda nacional, era en la externa para el Sr. Cánovas un voto de superior calidad. »

Periódicos de Lugo

I

EL ECO DE GALICIA

Dicho periódico expresábase así el día 9 de Agosto:

« A las cinco de la tarde de ayer circulaba en esta población, con la rapidez del rayo, una tristísima noticia, que á todos los amantes de la Patria y la monarquía llena de aflicción y amargura.

La inesperada muerte de un hombre como el Sr. Cánovas del Castillo, cuando más necesarios eran sus servicios para solucionar los problemas nacionales, ha sido una verdadera bomba, cuyo estallido paraliza la pluma y ofusca la inteligencia, en tal grado, que es imposible meditar sobre las consecuencias de un suceso de tanta trascendencia.

Creyóse en un principio que tan dolorosa noticia era producto de una imaginación ligera y aficionada á rumores sensacionales; pero, por desgracia, pronto se ha confirmado

oficialmente, y en las respectivas redacciones de los diarios locales.

Sin tiempo, y en la imposibilidad de recordar y coordinar las ideas para un artículo necrológico, nos limitamos por hoy á lamentar con toda nuestra alma la muerte del eminente estadista que, sacrificando su reposo y tranquilidad, y sin otra ambición que la nobilísima de ser útil á la nación española, ha contribuido con sus energías y poderosa inteligencia á la gloria é integridad de la Patria.

En este día de verdadero luto nacional, la redacción de *El Eco de Galicia* se asocia al inmenso dolor de la ilustre viuda del finado y de toda su familia, y eleva al cielo fervientes oraciones pidiéndole piedad y clemencia para nuestra querida España, tan combatida en estas circunstancias.»

D. E. V.



El miércoles 11 añadía, bajo el epígrafe

Datos biográficos.

«Si lenitivo pudiera haber para la honda pena que en estos momentos de angustia y amargura sentimos, nos serviría de algún consuelo el profundo dolor que por la misma causa sienten los prohombres de todos los partidos y la prensa española, sin excepción alguna.

Todos, desde el cariñoso amigo del señor Cánovas del Castillo hasta los que durante su vida le han combatido por sus procedimientos políticos, lloran hoy su muerte lamentándola como una gran desgracia nacional, y dedicándole recuerdos sentidos que nacen de un corazón libre de todo apasionamiento y abierto á la voz de la justicia, que nunca como en los supremos instantes se impone á todos, amigos ó adversarios, propios ó extraños.

La prensa de Madrid y provincias, de todos matices y colores, parece hoy escrita por un solo hombre.

Toda ella, haciéndose eco del común sentir de los españoles, admira la poderosa inteligencia del Sr. Cánovas, cuya clarividencia no conocía rival, y su magnánimo corazón, cuyas energías eran tan grandes, como grande era

la alteza de los nobilísimos sentimientos que atesoraba.

Todos reconocen hoy ante su cadáver la elevación de miras, aun en aquellas cuestiones de suyo pequeñas, y más pequeñas por la pasión y vehemencia del adversario.

Todos, sin excepciones, se hacen lenguas para admirar su desinterés, su abnegación y patriotismo, y hacen resaltar la última frase pronunciada al morir, la cual basta por sí sola para demostrar que el ilustre finado poseía la firmeza de los grandes patriotas y el temple de los héroes, que, olvidándose de sí mismos, tan sólo se acuerdan de España para bendecirla al caer para no levantarse jamás, sobre la tierra regada con su sangre.

Todos dicen lo mismo; lo mismo sienten todos; pero ¡ay! tan inmensa es la desgracia, que no hay consuelo que pueda mitigarla.

Todos estamos de pésame, ha dicho el señor Sagasta, y es una gran verdad. La pérdida es tan irreparable, que todos, y no en lejano plazo, por cierto, hemos de experimentar, si no suplimos con una unión estrecha y patriótica la poderosa inteligencia del ilustre finado, sus inquebrantables energías, más necesarias hoy que nunca, y su acendrado patriotismo, tanto más firme y sostenido, cuanto mayores eran las dificultades que había que vencer.

Mas estas consideraciones, no son propias de este momento.

Días vendrán en que será necesario exponerlas, insistiendo en ellas como en un deber de patriotismo.

Hoy es día de llorar y de elevar al cielo sentidas oraciones por el eterno descanso de quien en esta vida lo ha sacrificado todo por nuestra querida España.

Hoy es día de enseñar á los que lo ignoran, cómo un hombre, por avasalladora fuerza de su talento, ha podido encumbrarse hasta las alturas en que brillan las glorias nacionales.»



A continuación publicaba la biografía del Sr. Cánovas, terminándola con las siguientes palabras:

«España debe al Sr. Cánovas, aparte ya de sus méritos anteriores, la conservación de nuestras colonias y el sostenimiento de nuestras buenas relaciones con los Estados Unidos.

La muerte del Sr. Cánovas es, como antes indicamos, una gran desgracia y un contratiempo, cuya importancia no es fácil ahora determinar.

El asesino del Sr. Cánovas puede estar satisfecho, si es que satisfacción produce en un espíritu perverso el saber que, al disparar sus armas contra el Sr. Cánovas, ha herido, al mismo tiempo que á éste, los sentimientos y los intereses de todo un pueblo, que, unánime como un solo hombre, le maldice.»

II

EL LUCENSE

El 11 de Agosto de 1897, decía:

El crimen de Santa Agueda.

«Al participar á sus lectores nuestro estimado colega *La Integridad*, de Tuy, el horroroso atentado de que ha sido víctima el señor D. Antonio Cánovas del Castillo, jefe del partido liberal conservador y en la actualidad Presidente del Consejo de Ministros, publica, bajo aquel epigrafe, un interesante artículo en el que hace atinadas consideraciones, con las cuales nos hallamos conformes enteramente. Dice así:

«Indignación profunda levantó en todos los pechos honrados la comisión del abominable crimen; y el pueblo, nuestro pueblo, que aún conserva sentimientos nobles y levantados, que aún odia la iniquidad, á pesar de todas las doctrinas disolventes que suenan á diario en sus oídos y le entran por los ojos con la doctrina de los periódicos revolucionarios, protestó del infame atentado, y anatematizó al traidor y cobarde que dirigió la bala asesina á la frente y al pecho del Sr. Cánovas del Castillo.

Hay quien se sorprende de que hechos de este género, delitos tan atroces se repitan en una sociedad que se llama civilizada, en el siglo que tanto ensalza el derecho é invoca la majestad de la ley y las conquistas de la libertad.

El Sr. Cánovas perteneció á esa escuela liberal que ató las manos á la Iglesia, y dió toda suerte de garantías á la revolución. Fué un hombre funesto, políticamente hablando,

porque no supo gobernar en ley de Dios á la católica España. Odiando, tal vez por carácter, á la revolución, se dejó arrastrar por ella; le ofreció derechos y le concedió libertades que negó á la Iglesia y á las expansiones del espíritu católico español (1), y el torrente le anegó cuando quiso oponerle diques, una vez desatado y rugiente.

Esto no disculpa al asesino ante la conciencia cristiana, pero tiene una disculpa ante la Historia del siglo XIX.

Si la enseñanza disolvente y anárquica se declara lícita, será porque se reconoce en ella un fondo de verdad, de bondad ó de moralidad. La licitud de cualquier propaganda debe entrañar esta idea. Declarando, pues, las doctrinas liberales, en que fué supremo maestro el Sr. Cánovas, lícita la enseñanza revolucionaria y anarquista en los periódicos, aulas y clubs, reconoció, al menos implícitamente, como morales los actos derivados de esa propaganda y enseñanza (2).

He aquí el gran error y la gravísima responsabilidad del Sr. Cánovas.

El anarquismo hizo su camino libremente en los días de mando del Sr. Cánovas; pudo organizarse y desenvolverse á voluntad, sin represión, sin ligaduras por parte de la ley (3); cargó la mina sin que la misma ley impidiese el peligro de la explosión, y cuando ella vino, entonces el Sr. Cánovas decretó el castigo.

Y el castigo irritó á la fiera; la fiera extendió las garras y devoró al domador.

Repetimos que condenamos el crimen: somos católicos y cristianos, y con todas las energías de nuestra alma protestamos contra el asesino y sus instigadores, y pedimos que la ley caiga severa sobre las cabezas delincuentes.

¡Que Dios haya perdonado á la víctima, y con él sea el reino de Dios!»

El día 13, su primer artículo, que titula *Santa Agueda*, comienza así:

«Ante el horrible atentado de que fué víctima el Presidente del Consejo de Ministros,

(1) No es cierto esto y apelamos al testimonio de la misma Iglesia, que ha dicho lo contrario, como puede verse en varias partes de esta obra.

(2) Hay una gran exageración é inexactitud en todo esto, que no suprimimos para que no se diga que ocultamos los juicios desfavorables.

(3) Tampoco es cierto, y en este mismo libro aparecen censuras por lo contrario.

atentado que llenó de consternación y de espanto á toda España, justo es que, después de elevar una oración por el eterno descanso del muerto y de descubrirnos ante su cadáver como españoles, expongamos algunas consideraciones que nos sugiere la triste noticia del asesinato del ilustre tribuno.»

Trata á continuación del anarquismo, y en la segunda plana del propio número hace la historia del Sr. Cánovas, concluyendo así:

«Tales son los datos biográficos del hombre notable á quien la Historia juzgará con más ó menos severidad, pero en quien todos reconocerán cualidades extraordinarias de estadista, que con otra educación intelectual, en otros tiempos y bajo el influjo de una atmósfera más sana, hubieran brillado con mayor viveza y con más provecho para la Patria.»

III

EL REGIONAL DE LUGO

El 10 de Agosto publicó el siguiente artículo:

Cánovas.

«La primera impresión que nos ha producido la noticia de su asesinato, ha sido la que, poco más ó menos, experimentan todos los españoles: horror profundísimo y espanto verdadero.

Horror profundísimo, que es lo único que puede inspirar un crimen cometido á mansalva y á sangre fría; un asesinato como el de Santa Agueda, en el cual no se satisface sino una venganza de secta ó de partido, fraguada entre las sombras, y acaso acaso al lado del mismo que va á ser víctima de ella. Espanto verdadero por la aflicta situación en que la Patria se encuentra, necesitada del concurso de todos sus hijos, y mucho más del de hombres de la altura política del señor Cánovas, del cual podrá decirse acaso que se ha equivocado, pero nunca discutirse su desinterés y su patriotismo.

Con dos guerras coloniales y la agitación carlista latiendo aquí en la metrópoli, sólo una gran energía, hermanada con una gran prudencia en la Corona y en los partidos que la rodean, puede evitar probables y dolorosos

sucesos, que de otro modo no sería difícil que surgieran.

La muerte del Sr. Cánovas habrá de ser siempre y en todas ocasiones llorada por los españoles, que, excitados por la lucha, y los ánimos caldeados por el fragor de la pelea política, podremos discutir los méritos y los talentos de nuestros grandes hombres, elevándolos sus parciales á desmesurada altura y rebajándolos sus adversarios al nivel común; pero pasado el momento de ofuscación, más sereno el espíritu ó dominada la pasión política por otros sentimientos más puros y eternos, la razón se abre paso y la justicia se impone.

Acaso ningún hombre político ha sido en España más discutido que el que anteayer fué Presidente del Consejo de Ministros. Como estadista, como historiador, como político, como sociólogo, como escritor, bajo todos sus aspectos fué discutido el Sr. Cánovas, quedando como resultante de tan encontrados pareceres una única conclusión: Que el señor Cánovas era uno de los más ilustres hombres de España, y que merecía por derecho propio el elevado puesto que ocupaba en la política española.

Nosotros, adversarios de siempre del señor Cánovas y del partido conservador, cumplimos un deber de justicia al rendir este tributo á su memoria. Su asesino purgará su crimen, gritando al morir: Viva la anarquía! El Sr. Cánovas ha muerto pronunciando un grito más universalmente simpático, más digno de él, más sublime, y que lo redime de todos los errores que en su vida política haya podido cometer.

Ha muerto vitoreando á España, y este grito, que debe repercutir en todos los corazones, debe hacer también que todos, sin distinción de partidos ni de opiniones, tributemos á su memoria el recuerdo que se merece.

Odiemos al crimen, compadezcamos al delincuente y roguemos á Dios por el alma del ilustre estadista.»

* * *

En otro lugar del mismo número añadía:

«Durante la noche de anteayer y el día de ayer casi no se habló de otra cosa en Lugo que del atentado que privó de la vida al señor Cánovas.

Todos los políticos, sin excepción, hacen jus-

ticia á los reconocidos méritos del jefe del partido conservador y lamentan profundamente su muerte, mucho más sentida por las circunstancias de que aparece rodeada.»

* * *

Por último, en su número del día 13, y bajo el epígrafe también de *Cánovas*, se ocupó asimismo de éste, describiendo su oratoria del modo siguiente:

« Cuando era Presidente del Consejo de Ministros no solía prodigarse en las Cámaras (1); pero en la oposición no perdía ningún debate importante. Al llegar no faltaba quien le entrase del curso de la sesión. En el banco de detrás se sentaba Pidal y en el del lado Romero Robledo. Durante la discusión acostumbraba á hacer comentarios, reducidos á un par de frases dichas en voz baja. Era muy cortés en el Parlamento, y á veces se molestaba permaneciendo en su banco para que el orador no tomase á desaire su ausencia. Siempre había movimiento de expectación en la Cámara cuando pedía la palabra, y al levantarse fijábanse en él todas las miradas. Dejaba el bastón en el banco; pedía al Diputado que tenía al lado que tocase el timbre para que le trajesen el vaso de agua azucarada, con café; apoyaba la mano izquierda en el respaldo del banco que tenía delante, y con la cabeza inclinada, á la que imprimía pausado movimiento, comenzaba á hablar, sin estar del todo libre de emoción, y apenas había despegado los labios empezaba la lucha de la mano derecha y luego de ambas con los lentes, que se torcían y deslizaban, y que volvían á su posición natural sin lograr tenerlos en ellos más allá de medio minuto, lucha que durante todo el discurso sostenía automáticamente, siendo tan porfiada, que si se hubiera dado cuenta acabaría por sentir el efecto del mareo, como los que en ella se fijaban; pero la verdad es que nada perdía la oración parlamentaria. Peroraba con la cabeza algo baja, y se notaba en los dedos de la mano izquierda los efectos de la emoción, que los agitaba, aunque de modo apenas perceptible. Cuando estaba en el banco azul levantaba la cabeza para mirar á las oposiciones. En los periodos de gran energía llevaba la mano de-

(1) Era tan asistente ó más que cuando no ejercía la jefatura del Gobierno, salvo si no había debate político ó la discusión versaba sobre proyectos cuya defensa correspondía á los ministros respectivos.

recha cerrada, á la altura de la sien, hacia el cabello, como si con ella vibrase el pensamiento que exponía, y la bajaba con energía al acabar el período. Por el fondo son sus discursos de hombre del Norte, por la exactitud de la frase de castellano viejo, y por el acento de meridional; cuando exponía, dominaba, asombraba al sintetizar, y cuando al fuego de la imaginación se funde el pensamiento hasta evaporarse en párrafos grandilocuentes, entonces es imposible sustraerse á la fascinación que ejerce el orador de inteligencia privilegiada, que de todo sabe y á quien todas las grandes cuestiones son familiares.»

Periódicos de Madrid

UNIÓN IBERO-AMERICANA

Aunque de lo escrito por todos los periódicos de Madrid, así políticos como científicos y literarios, y aun jocosos, damos extensa noticia en la *Sección primera* de esta *Primera parte* de la obra; habiéndonos facilitado después un ejemplar correspondiente al 8 de Septiembre de 1897 de la ilustrada *Revista Ibero-Americana*, órgano de la Asociación internacional, fundada en 1885, y declarada de fomento y utilidad en Junio de 1890, que dirige el Sr. Marqués de Benavites, ex Senador del Reino, reproducimos á continuación lo que escribió dicha *Revista* en la fecha indicada con motivo del asesinato del Sr. Cánovas:

Crónica del mes de Agosto.

« La nota saliente, el suceso trágico, la pre-ocupación, la sorpresa y el dolor universal, lo ha producido la muerte de D. Antonio Cánovas del Castillo.

Un asesino extranjero acabó con una vida dedicada á la Patria. Acabó con un corazón lleno de grandes y nobles sentimientos; con una inteligencia que penetró los secretos de todos los ramos del saber; con un carácter tan firme para la solución de los grandes problemas del Estado, como generoso y desinteresado para conllevar todas las desilusiones y todas las amarguras de la política; con un

hombre que fué el primero, y, ¡Dios quiera que no sea por muchos años, el único!

La política conservadora no sólo le debe sus triunfos, no sólo le debe sus éxitos desde el primer día de la Restauración, sino su definición para hoy y para siempre. El significado filosófico y científico de la política intermedia, lo ha dado en España D. Antonio Cánovas del Castillo, y mejor que Guizot en Francia y con grandísimas ventajas sobre todos los publicistas europeos.

Era el primero de nuestros historiadores; no tenía entre nosotros rival ninguno como crítico eminentísimo de Bellas Artes; verdadero jurisconsulto, sus éxitos se cuentan por el número de sus contiendas con los primeros abogados de Madrid, en las academias y en el Parlamento; y su buen gusto, verdaderamente clásico en cuanto á las letras se refería y tocaba, le conquistó muy pronto la Presidencia de la Academia Española (1).

Era un orador extraordinario. Como defensor y polemista, no tenía semejante; menos retórico que Castelar, menos metafísico que Salmerón, menos ardiente que Ríos Rosas, Cánovas les aventajaba á todos en la convicción de sus doctrinas, y en las agudezas y recursos de sus inspiraciones. Creía que podía luchar él solo contra todos sus adversarios en las contiendas parlamentarias, y luchaba casi constantemente y frecuentemente vencía.

También pensaba que podía gobernar solo mejor que acompañado, y más que compañía, parecía que formaban escolta los que en el Gobierno estaban á su lado.

Como escritor tenía un estilo descendiente en línea recta de Saavedra Fajardo, pero tocado de giros y arcaísmos, por su más próximo pariente D. Serafín Estébanez Calderón.

Corregía las cuartillas una y cien veces, y jamás encontraba en las segundas y terceras enmiendas la claridad de la primera redacción. Por lo mismo, valía más como orador que como escritor. Pero no lo quería creer, y enmendaba su dicción primera, constantemente oratoria, para alcanzar un estilo de cierta sonoridad clásica, pero más confuso que el de sus discursos hablados.

(1) La que obtuvo fué la de la Historia. La Española la presidia, y continúa presidiendo, el señor Conde de Chate.

Hombre de salón, no tenía rival. Sus conversaciones ejercían una verdadera tiranía sobre cuantos las escuchaban.

Recordaba á Mirabeau, que tanto ascendiente tuvo sobre sus contemporáneos.

El chiste lo era en sus labios, como no lo es en los de nadie. Aparte la originalidad del concepto, tenía el donaire de la expresión como ninguno, y resultaba chiste en sus palabras todo lo que él quería que lo fuese, y dulce ó amargo, mordaz ó compasivo, desdenguado ó altanero, cautivaba y sometía, daba miedo y hacía reír constantemente.

Sabía treinta y cinco mil libros: todos los de su biblioteca. Como Moreno Nieto en sus últimos años, adivinaba los textos por los índices, con pasmosa intuición y supremos aciertos.

Tenía los achaques de la edad y los del trabajo asiduo y constante. Trabajaba siempre. Sus comidas, frugales cuando joven, no lo eran desde la segunda mitad de la vida. Los médicos le impusieron fuerte y nutritiva alimentación. Los que trabajan mucho con la cabeza necesitan sostenerla mucho con el estómago.

Conocía diversos idiomas y estudiaba la Historia en los primeros documentos, en sus verdaderos orígenes. En su relación asidua con los historiadores extranjeros, con ellos discutía y con ellos analizaba todo lo pasado y acontecido.

¿Extrañará á nadie que hombre tan superior no tuviera enemigos? Había forzosamente de tenerlos, porque no consentía rivales su grandeza. Pero eran enemigos callados, eran enemigos en la sombra, porque la luz de su entendimiento los alejaba de la arena de la discusión. Los dominó pronto, sin embargo, y después de la muerte de D. Alfonso XII le amargaron únicamente su vida las disidencias...

Romero Robledo y Silvela: dos hombres que es difícil que, después de haberse rebelado contra Cánovas, acepten la jefatura de nadie, y mucho más cuando los hombres como Cánovas han concluido con él.»

«Hoy el partido conservador vive todavía de su política y de sus recuerdos.»

«Así estamos, y todavía no estamos sufrien-

do todas las consecuencias de la muerte de Cánovas. Cada día que pase, se sentirán con más dolor y serán más graves y más hondas.»

«Mucho hemos llorado á Cánovas; mucho nos queda que llorarlo todavía...»



La propia Revista, en el mismo número, publicó este otro notable artículo:

La catástrofe de Santa Agueda.

«El telégrafo difundió por todos los ámbitos del mundo una noticia horrible y tristísima, capaz de consternar á Soberanos, pueblos y Gobiernos. El plomo criminal de un desalmado, sin Dios, sin patria y sin fortuna; anarquista, y como anarquista, enemigo del orden social, base de toda autoridad y de toda justicia y garantía única de la propiedad, de la familia y de la honra, concluyó con la vida de un hijo ilustre de España cuando más necesitaba esta nación, gloriosa siempre, aun en sus mayores desgracias, de la dirección, iniciativas, talentos y respetabilidad del gran patricio cuya muerte lloran y llorarán con amargura durante mucho tiempo todos los españoles.»

«Ha muerto Cánovas, como César, como Prim, como Alejandro de Rusia, como Garfield, como Carnot... Mucho hay que meditar ante esos cadáveres que van quedando sembrados por el áspero camino de la Humanidad en el mundo» (1). «Y mucho se equivocan también los que piensan que la sociedad amenazada vacilará ó temerá castigar el anarquismo.»

«D. Antonio Cánovas del Castillo, expirando bajo la pistola de un asesino, es el patricio eminente que sucumbe en las trincheras enemigas; es el ciudadano insigne que ofrece su sangre en los altares de la Patria (2), víctima expiatoria del orden público y de la seguridad del Trono y de la sociedad (3).

(1) *El Globo*, del 9 de Agosto.
 (2) *El Ejército Español*, también del 9 de Agosto.
 (3) *Le Temps*.

En la Patria española, al decir de un prelado ilustre (1), todos sintieron impresión igual, desde la reina al último ciudadano, y todos se sintieron orgullosos de que no fuera español el asesino, lo cual demuestra que la idea de Patria respaldada y fulgura en los momentos más tristes.

A la grandeza de Cánovas, ha correspondido la grandeza de su muerte. Morir en lucha por la Patria y por el deber, equivale á coronar de gloria su nombre, su inteligencia y su política.»

El Sr. Marqués de Benavites, autor de este interesante trabajo, se extiende en juiciosas y oportunas consideraciones sobre el anarquismo, en cuya represión se disponían, dice, á seguir á España los principales Estados europeos, y especialmente Alemania, mientras que América adoptaba precauciones rigurosas por si la deportación llevara á sus costas esas fieras enemigas del orden, transcribiendo después lo siguiente de *El Inquirer*, de Filadelfia: «Hazañas como la que llora España, deben ser vengadas por la justicia», y lo que á continuación copiamos del periódico parisiense *L'Autorité*, del 9 de Agosto, refiriéndose á los anarquistas: «El peligro es patente, y es preciso hacerle cara. Los Gobiernos están en el ineludible deber de imponerse esta tarea, combinando las medidas que prevengan los crímenes con la más implacable dureza, para castigarlos una vez perpetrados.»

«Así, añade, para concluir, el Sr. Marqués de Benavites, se puede dar cumplida satisfacción á la opinión pública, y depositar la mejor corona sobre la tumba bendecida del patricio insigne, de nuestro eximio Cánovas.»

Periódicos de Málaga

I

EL CRONISTA

Este importante diario conservador-liberal, con orla de luto, escribió el 9 de Agosto de 1897 lo siguiente:

(1) Oración fúnebre de D. Jaime Cardona, obispo de Sión, en los funerales del Sr. Cánovas, costeados por el Estado.

« Cuando se nos pase la primera impresión, el aturdimiento que en la inteligencia produce infamia tan grande é inesperada ; cuando podamos discurrir serenamente sobre ese hecho que ha venido á sorprendernos rápido como el rayo, llevando la consternación á nuestra alma y el estupor á nuestro cerebro, entonces tal vez podremos expresar todo lo que sentimos ante ese golpe terrible que hoy nos anonada.

Hace poco, dos ó tres días á lo sumo, que leíamos con íntima complacencia cómo el señor Cánovas iba adquiriendo nuevas energías en el balneario en donde ha encontrado terrible muerte ; cómo su salud, quebrantada por las múltiples y arduas atenciones que pesaban sobre él, adquiriría rápidamente ese vigor extraordinario que ha llenado siempre de asombro á todo el mundo ; y cuando noticias tan faustas habían llevado profunda alegría á nuestro ánimo, cuando esperábamos verlo nuevamente afrontando los peligros con que tropieza la Patria, una mano criminal, infame cual ninguna, viene á sumirnos en duelo inconsolable, en inquietudes angustiosas, que no podemos desechar desde que nos fué conocido su asesinato.

La Patria no perece nunca ; inmortal como Dios, cumple sus destinos á través del tiempo y de las circunstancias ; pero cuando hombres de esa talla desaparecen, y precisamente en momentos difíciles para el honor nacional, parece como que la Providencia nos abandona, y decaen las fuerzas, se acongoja el espíritu y sienten todas las inteligencias el aplanamiento de las inmensas pesadumbres.

Es este un instante de augusto recogimiento, en que la conciencia no halla los enérgicos apóstrofes de la protesta.

* * *

España está de duelo.

Málaga sobrepuja á todas las capitales en la profunda tristeza que siente.

El partido conservador tiene que llamar en su auxilio todas sus energías para poder resistir tan tremendo quebranto.

Como españoles, no desconfiamos de la Patria, pero sí de que haya hombre que en la medida del Sr. Cánovas abastezca á las necesidades imperiosas que nos solicitan ; como malagueños, hemos perdido lo que era honra y orgullo de esta ciudad, que ya no tiene á su servicio aquel gigante de la política, cuya figu-

ra llenará toda la historia contemporánea ; como conservadores..., como conservadores no es posible precisar todo lo que confusa y caóticamente vaga por nuestro cerebro.

No ; no es fácil que en el estupor que un asesinato nos ha producido podamos expresar todo lo que siente nuestra alma y todo cuanto se agolpa á nuestra inteligencia. »

• • •

En su número del martes 10, con orla de luto también, daba cuenta del acuerdo del Ayuntamiento, de hacer una grande y pública manifestación de duelo por la muerte del ilustre malagueño D. Antonio Cánovas del Castillo, y á continuación decía lo siguiente :

Reflexiones.

« Podríamos publicar datos biográficos acerca del más grande hombre de nuestro siglo ; aquí, sobre la mesa de redacción, tenemos libro de donde entresacar las fechas más notables, sus hechos más ilustres, sus pensamientos más sobresalientes ; pero tiene tanta veneración para nosotros su memoria, que creeríamos empequeñecer su gigantesca figura con el relato frío y sin vida de lo que ha sido en nuestra historia Cánovas del Castillo.

Su nombre lo dice todo para España, para todo el mundo civilizado, que juzgó de su genio y de su obra con más imparcialidad que nosotros mismos ; su nombre glorioso, conocido y admirado de todas las naciones, expresa más, mucho más que la narración de esa prodigiosa y brillante odisea, que tiene en esta capital y en una familia modesta su punto de partida y acaba en el más alto puesto de la nación española.

Aun haciendo abstracción de su historia, basta conocer de dónde hubo de partir y á dónde llegó, y con esos dos únicos datos hay bastante para que la gloria decrete su inmortalidad.

Aparte de esto, ¿ quién no conoce su vida ? Alma de la Restauración, que vino á hacer compatibles las conquistas democráticas con nuestras instituciones tradicionales ; que empujó la vida nacional hacia nuevos y brillantes horizontes, para desconocer su nombre y sus hechos fuera preciso que se desconociese también la historia contemporánea ; ésta y su nombre van tan íntimamente unidos, que no ha

menester el pueblo que se le diga qué es lo que ha perdido con el infame asesinato.

•••

Respetamos los designios de la Providencia; pero es triste, tristísimo que un malvado tenga en su voluntad medios bastantes para torcer el curso de la Historia, para afligir y llenar de luto á todo un pueblo, que confía en sus destinos cuando un genio tan grande lo dirige y lo alienta en sus contrariedades.

Siéntense de cualquiera esos salvajes atentados, que asombran por su perversión, porque siempre es horrible que la bestia humana trate de imponerse por medio tan repugnante como el asesinato; pero esos crímenes, aparte de los sentimientos de humanidad y del quebranto de la familia, no tienen trascendencia social alguna; de lo que protestamos, y lo que nos conmueve hoy, hiere á toda una nación, produce duelo general y las inquietudes las comparten con la ilustre familia todos los españoles.

Sí; es triste, tristísimo que un criminal cualquiera, que un malvado embrutecido por el odio tenga en su mano la vida de los hombres ilustres de que ha menester la Nación; que esperanzas é ilusiones bien cimentadas y entusiastamente defendidas se vean atropelladas por la planta brutal de un sectario salvaje (1).

•••

A continuación publica *El Cronista* los acuerdos adoptados por el Ayuntamiento para hon-

(1) Por no encontrar, cuando lo hemos obtenido, lugar más apropiado, utilizamos aquí las noticias que publicó el periódico malagueño *La linterna*, correspondiente al 17 de Marzo de 1891, sobre la casa en que nació D. Antonio Cánovas del Castillo. Tras de curiosísimas investigaciones que se mencionan, se hace constar, con referencia á los padrones, que D. Antonio Cánovas y García, natural de Oribuela (padre de D. Antonio Cánovas del Castillo), se hallaba soltero en los primeros meses de 1827, habitando en la calle de San Telmo, número 36, de Málaga; que en 5 de Mayo del propio año contrajo matrimonio con doña Juana del Castillo y Estébanez; y respecto á la casa en que nació el primer hijo de éstos, Antonio, sólo se sabe que en 1829, después de haber dicho matrimonio, con el mencionado hijo, la casa calle de Nuño Gómez, núm. 1, se trasladó á la calle de Pozos Dulces, núm. 8, en la que seguramente nació su hijo D. Emilio, pues en el padrón correspondiente á 1830, aparecían empadronados D. Antonio Cánovas y doña Juana del Castillo, con dos hijos, Antonio y Emilio, en la casa núm. 35 (antiguo) de la plaza de San Julián.

rar la memoria de Cánovas, siendo el primero de ellos erigirle una estatua y otro pedir á su familia que los restos del ilustre finado se trasladasen á aquella población (1).

•••

En su número del 12, el propio periódico, bajo el epígrafe *Protesta y duelo*, dió cuenta minuciosa de la manifestación, que fué general, ó de todas las clases, é imponente, citando multitud de nombres, y por término el siguiente

Homenaje.

«¡ Iberia, noble matrona, la de ilustre abuelengo y preclaro linaje, la Patria amorosa de valientes caudillos é ingenios esclarecidos, la tierra legendaria de los héroes; vela tu faz, marchitada por el llanto, con el negro crespón que largo tiempo há envuelve tu angusta y melancólica figura!

¡ Acrecienta con nuevo dolor el raudal abundante de tus lágrimas, dilata tu oprimido corazón con un suspiro prolongado de pesar, eleva tu mirada afligida á la altura en súplica vehemente de indispensable energía, depón la regia corona de tus sienas laceradas, reclina tu gentil cabeza sobre tu escudo de armas y estréchale contra tu pecho en profunda congoja y sublime abatimiento!

El insigne estadista, el sabio eminente, el coloso de la inteligencia, el más preclaro de tus hijos, ha sido víctima de un infame atentado.

Ha sucumbido á manos de las hordas diabólicas que son azote y exterminio de la actual generación.

¡ Rama espúrea de la humanidad; aborto monstruoso del averno; devastador huracán que pretende arrancar de cuajo los cimientos de la sociedad entera; alud que se derrumba sobre el presente siglo, sepultando á su paso múltiples inocentes víctimas; incendio voraz que se propaga con espantosa rapidez, alimentado por el combustible de la impiedad y por el viento tempestuoso de las malas pasiones; último grito de la soberbia humana; lago de sangre que se dilata por el vasto territorio de las naciones todas; blasfemia horrible articu-

(1) Lo del monumento se ha quedado hasta ahora, como otros, en proyecto; pero esperamos se realice.

lada por los labios asquerosos de Luzbel ; rugido atronador de las fieras indómitas del desierto ; mordisco atroz de salvajes antropófagos ; vampiro insaciable que se sustenta con la sangre de sus hermanos ; chispa desprendida de las llamas infernales ; cruel anatema del espíritu maléfico ; eco maldito de las diabólicas orgías ; risa sarcástica de los furibundos condenados ; extracto triple de la fiereza humana, que esparce la muerte á ciegas, sin rumbo fijo, sin dirección y sin causa, tan sólo por el placer maldito del exterminio !

En los anales de tus lamentables proezas cuentas las víctimas á millares.

Allí están : ora se reunan con objeto de esparcir el ánimo en brillante concurso, ya se congreguen á fin de elevar el espíritu con fervientes plegarias en las gradas sacrosantas del templo.

Nobles, burgueses, proletarios, los representantes todos de la sociedad humana, sin distinción de clases, son segados violentamente al golpe rudo de la hoz con que cortas las existencias.

La Nación española está de duelo.

La vida del más insigne de sus hijos no ha sido perdonada por esa llaga fétida que corroe los miembros de los pueblos modernos.

¡ Varón ilustre, podrán haberte calumniado tus enemigos y tus detractores, que siempre fueron los unos como los otros patrimonio exclusivo de todos los grandes hombres ; podrás haber cometido errores inherentes á la falibilidad humana ; pero tu figura esplenderá en todas épocas gigantesca y luminosa, envuelta en el áureo nimbo de tus grandes cualidades !

Y con ser ellas múltiples, mal que les pese á los que con constante empeño procuran tu desprestigio, descollará entre todas tu arraigado patriotismo.

Dígalo si no ese grito sublime que en la última hora de tu vida arrancó á tus moribundos labios el amor acendrado y constante que conmovía hasta las más íntimas fibras de tu alma.

¡ Iberia, llora contemplando tus desventuras, que creías llegadas al último límite, y que no habían terminado, sin embargo !

¡ Lloras sin distinción de partidos al hombre que vivirá perpetuamente en los anales de la historia contemporánea !

¡ Cobra nuevas energías para seguir luchando, pues tienes bien acreditada tu inquebran-

table fortaleza, y escucha la voz de mi alma, que te pide humildemente, para el vil asesino y sus secuaces, el castigo ejemplar y la protesta unánime de todos los corazones honrados ; para el varón esclarecido, una plegaria fervorosa en los labios y un culto perenne en el alma, y para la noble dama, que subyugada por su ingenio peregrino le dió su corazón y su mano, una lágrima de simpatía que vaya á confundirse con el raudal amargo de las que brotan de sus enrojecidos ojos ! »

Consuelo Fernández de Miranda de Ceballos.

* *

El propio *Cronista* llenó la primera plana de su número del día 12, de luto como los anteriores, con el cartel de invitación del Ayuntamiento al pueblo de Málaga para que concurriese á los funerales por el Sr. Cánovas ; á continuación publicó, bajo el epígrafe *El premio Cánovas*, la carta de D. Antonio Fernández García proponiendo la fundación por el Ayuntamiento de dicho premio, á cuyo pensamiento se asocia el periódico, para que recuerde á todos los malagueños, según sus palabras, la existencia del más ilustre de sus paisanos.

* *

En su número del viernes 13, por último, trata *El Cronista* de los magníficos funerales celebrados en la catedral el día anterior, con la numerosa concurrencia que cita, añadiendo que fué aquel « un espectáculo tristísimo, pero consolador, porque consuelo y grande es en esta horrible catástrofe que el espíritu público haga justicia á aquel á quien todo se lo debe en los tiempos actuales. »

« Cánovas no ha muerto, porque no se muere cuando la opinión unánime de un pueblo decreta la inmortalidad de su nombre ilustre. »

* *

Un año después, primer aniversario de la muerte del Sr. Cánovas, *El Cronista* y otros periódicos malagueños le consagraron recuerdos de que nos ocuparemos después.

II

EL DIARIO DE MALAGA

La primera plana de este popular é interesante periódico malagueño, del 10 de Agos-

to de 1897, con orla negra, la llena un retrato del Sr. Cánovas, hijo de aquel país, expresando en su editorial lo siguiente:

Nos parece un sueño.

«La fatal noticia ha producido en nuestro ánimo tan tremenda impresión, que no acertamos á coordinar nuestros pensamientos, y la pluma se resiste á escribir la fatídica palabra *muerte*, y la imaginación á conformarse con la terrible idea de que Cánovas, el gran hombre admirado de amigos y de adversarios, ha sucumbido á la cobarde agresión de un loco, de un malvado.

La infausta noticia ha conmovido á toda Europa.

España está de luto. Málaga vierte raudales de llanto por su hijo ilustre, honra y prez de esta tierra, que no es tierra de ingratos.

Cánovas ha muerto. Rodeado de un nimbo de gloria traspasa su nombre los umbrales de la eternidad, sin que haya entre 12 millones una sola voz que no se alce para execrar el horrendo crimen que nos le arrebató y para ensalzar con dolorido acento las virtudes que atesoraba.

Fué muy combatido. La hora de las supremas justicias ha sonado, ya que es ley de la miserable condición humana aguardar á que el genio muera para honrarle cual se merece.

Hablamos el lenguaje del sentimiento; nuestro pesar es muy hondo para que podamos expresar otra cosa que nuestra aflicción profunda, nuestro dolor sincero.

Fervorosos admiradores del Sr. Cánovas del Castillo, á quien profesábamos un respeto y admiración rayano en idolatría, parecíamos, por una obsesión de los sentidos, como que nunca había de desaparecer del mundo de los vivos, para pasar al mundo de la Historia; parecíamos que la mano terrible de la muerte había de respetar por luengos años aquella vida preciosa, que nos era tan necesaria.

Y cuando menos podíamos pensarlo, cuando el vigor de su naturaleza alejaba todo temor de un desenlace cercano, súbitamente el telégrafo sacude una descarga eléctrica y nos abofetea el rostro con la terrible noticia.

No podíamos ni queríamos darla crédito.

Ya que no cabe dudar de ella, que nos figuramos estar contemplando aquel cuerpo ve-

nerable, manchado en su propia sangre, rígido y frío, todavía nos parece que el telégrafo ha mentido, que todo es una impostura, que es que nos hemos vuelto locos y nos ha dado la locura por decir que Cánovas ha muerto; ¡porque Cánovas vive, porque está allí, en Santa Agueda, velando, como siempre, por los intereses de la Patria!

Y no es eso: nuestra imaginación podrá figurárselo así; nuestro corazón, que mana sangre, nos grita muy fuerte que la catástrofe es cierta, que ya no alentará más aquella imaginación poderosa, aquel cerebro de gigante, aquel corazón tan grande y tan generoso.

¡Su alma gozará de la mansión de los justos; su recuerdo vivirá eternamente en la memoria del pueblo español!»

Cánovas.

«Otra vez la monstruosa bestia del anarquismo ha vuelto á posar la destructora garras sobre una víctima de su ferocidad insaciable.

Ha creído vengar en el jefe ilustre del Gobierno de la Nación los que cree agravios de la sociedad, que la ha declarado fuera de la ley y del derecho común, como se declara fuera de la veda á la alimaña y á la fiera de los campos.

El anarquismo ha inmolado una víctima á sus dioses la Brutalidad y el Odio: esa víctima se llama hoy D. Antonio Cánovas del Castillo, como ayer se llamaba Sadi Carnot, y hace poco Humberto de Saboya, y mañana se llamará como se llame cualquier Jefe de Estado ó de Gobierno.

Para ella es indiferente.

Apartemos con horror la vista de esa monstruosidad que va pisando la sombra de todo lo que representa en la sociedad gobierno, orden, propiedad y derecho, y fijémonos en la luctuosa escena que ofrece en estos momentos la Nación, sorprendida con tamaño acontecimiento, como en 1870 con el que ensangrentó la calle del Turco y privó á España, con la muerte del general Prim, de un porvenir que no recuperará jamás.

Este acontecimiento, no raro, si muchas veces incompleto en España, ha venido en circunstancias especialísimas, en los momentos de una crisis latente, cuya solución preocupa-

ba hondamente á los más ilustres pensadores de la política.

El revólver de Golli ha sido la espada de Alejandro, que ha cortado el nudo principal de la enmarañada madeja política.

El jefe del partido conservador ha muerto; el partido conservador no puede seguir acéfalo, y sólo vivirá lo que dure la energía vital que le había impreso aquel cerebro privilegiado que ha cesado de funcionar.

Primer problema:

El partido conservador, ¿podrá continuar en esa forma en el Poder?

Creemos que no.

La lógica impone al partido liberal; pero el partido liberal, según su ilustre jefe, no se encontraba en condiciones de aceptar el Poder, hallándose aún pendientes de solución los problemas antillanos y la cuestión económica.

¿Lo aceptará ahora, aunque no sea más que por patriotismo, aceptando todas las responsabilidades que se desprenden de la situación que atraviesa el país?

Creemos que sí, y no hará más que cumplir con su deber.

Durante el tiempo de su mando, tendrá lugar la reorganización del partido conservador bajo su nueva jefatura.

¿Cuál será ésta? Segundo problema.

Aceptado el Poder por el partido liberal, habrá de aplicar las soluciones que dice tiene para Cuba. El resultado de ellas puede influir grandemente en la actitud de los partidos extremos que no viven dentro de la legalidad.

Cuál será esa actitud? Tercer problema.

Véase, con sólo bosquejar la situación, cómo puede deducirse todo lo grave de las circunstancias actuales, que muchos creen normales, suponiendo que el del Sr. Cánovas del Castillo es «un cadáver más...»

No; el Sr. Cánovas se lleva á la tumba, íntegra, la solución al problema pavoroso de nuestro porvenir.

No es un hombre solamente el que ha borrado de la lista de los vivos el arma del asesino; es toda una página de nuestra historia futura. El libro queda en blanco desde hoy, y de lo que en él se escriba ha de responder la mano que lo trace.

La pérdida de hombre tan ilustre es una pér-

da nacional, cuya extensión no puede apreciarse todavía.

Para Málaga, es una pérdida irreparable, cuyas consecuencias pueden ser muy pronto tangibles.

Hoy, que con poco respeto á la muerte y con injusticia notoria, hay quien le atribuye indiferentismos que no ha tenido para su ingrato país natal, debemos recordar que á él se debe la ejecución de la obra más grande de nuestro siglo: el puerto que acaba de construirse, y la que está próxima á realizarse: la urbanización de los terrenos ganados al mar sobre los nuevos muelles. Para ello no ha titubeado en consagrar grandes sumas del presupuesto nacional, sin las que no hubiera sido posible la terminación del puerto ni la liberación de los terrenos afectos á un empréstito levantado con aquel objeto. A su apoyo deberíase en su día la construcción de una fábrica de Tabacos, en la que de hoy más hay que perder toda esperanza.

Júzguese si Málaga debe en estos momentos vestir los crespones del duelo y manifestar hondo pesar, á menos de que aquí no haya desaparecido toda sombra de sentido moral y todo vestigio del más noble sentimiento: la gratitud.

España pierde un gran est. lista, un gran historiador, un gran filósofo, una lumbrera universalmente reconocida y respetada.

Málaga pierde el pedestal de su futuro engrandecimiento, su esperanza en el porvenir.

La pasión política podría arrojar sombras sobre su sistema de gobierno; la conciencia pública le otorga el título de grande hombre, digno de pasar á la posteridad, y cuyo nombre debe grabarse en letras de oro, como el de uno de los hombres más eminentes de la edad moderna.»

Duelo nacional.

«Con la mano vacilante y el corazón lleno de luto y conmovido, doy principio á este artículo para llorar en él la muerte de nuestro ilustre paisano, gloria de Málaga y de la española tierra, D. Antonio Cánovas del Castillo.

La pérdida para el país ha sido inmensa. El vil y cobarde asesino no segó una vida, sino que con ella segó las esperanzas más caras de la vida nacional.

Cánovas en el Poder era una garantía para todos los españoles, para amigos y adversarios políticos, para propios y extraños, de que todos sus actos habían de estar inspirados en el bien de la Nación.

Su ser moral, su ser político, toda su grande alma, su portentoso espíritu, estaban identificados, alentaban con la obra magna de su política, la Restauración, y comprendía que, fracasada ésta, había desaparecido su personalidad del puesto preeminente reservado en la Historia para los triunfos sólidos y duraderos.

Bien así como la hiedra que vive entrelazada al árbol, cuando éste es abatido por el hacha, es arrastrada en su caída y sucumbe con él.

Por eso Cánovas quería sinceramente, con todo el fervor de su alma, la terminación de todos los conflictos y guerras actuales, que, agitando y perturbando al país, podían con sus embates hacer zozobrar la nave del Estado; y él, como hábil y denodado piloto, aferrado al timón, procuraba ir esquivando las sirtes y bajíos que desde hace algún tiempo la tienen en peligro.

Sus últimos alientos fueron para gritar ¡Viva España! Cánovas era un gran patriota; amaba á su Patria con un amor que no pueden alcanzar á comprender las imaginaciones vulgares.

Para él su Nación debía ser la primera del mundo; quería sobreponerse á las flaquezas que desvirtúan nuestro carácter nacional, y retrocedía á su pesar, considerándolo trabajo estéril; y como genio tan maravillosamente dotado para la política, se marcaba rumbos más prácticos, y en veintidós años de Restauración ha hecho más por la prosperidad del país que todos sus predecesores desde principios de siglo.

Y digo mal. Será preciso para encontrarle hombres dignos de su paralelo recorrer toda la sucesión de los tiempos monárquicos, porque él encontró el caos en todos los órdenes sociales: faltaba la disciplina en el Ejército y el orden en las ciudades; la perturbación desquiciaba todos los fundamentos sociales; la Administración pública carecía de regularidad; las clases más dignas de atenciones, faltas del sustento ó del suelo que se lo procura; el azote de la guerra, formidable en la Pe-

nínsula y desgarrador fuera... y todos estos males, que como asoladoras plagas se conjuraban para destruir la Patria, fueron desapareciendo como por ensalmo con la política hábil y bienhechora del ilustre Cánovas, que se dedicó, ante todo, á restañar las heridas y á corregir todo cuanto se oponía á la felicidad del país.

Y como el sol dispersa las nubes, así, bajo su gobierno, desaparecieron las calamidades que entenebrecían el horizonte político y se presentó, cual iris de paz, la Restauración.

¡Lástima de patricio! Los que tienen alma capaz de sentir, superior á todas las miserias de secta ó bandería, verterán lágrimas por el hombre que al final de su carrera, sembrada por los rasgos generosos del amor á su Patria, perece bajo el plomo asesino á manos de un miserable.

Cánovas pudo equivocarse, pero jamás cupo en él la traición á los altos intereses que le estaban confiados.

Por ellos hubiera dado hasta la última gota de su sangre, y por eso nunca el desaliento ni el cansancio arrancaron de su mano las riendas del Estado.

Para él todo debía sacrificarse á la Patria. En esto era radical hasta el fanatismo. Las últimas palabras que pronuncia son un grito de protesta, que arranca de su magnánimo corazón y que valen una biografía: ¡Viva España!, con lo cual significaba que á él sólo podía matarle un enemigo de ella.

Y le mató la alimaña anarquista. ¡Hasta cuándo estará ese azote de Dios perturbando con sus crímenes horrendos la sociedad!

Hagámosle justicia en presencia de su cadáver. D. Antonio Cánovas del Castillo era el primer político de su siglo; con su muerte experimenta España una pérdida tan considerable, que sus consecuencias son imposible de prever en estos momentos. ¡Dios quiera que los terribles males que nos afligen y las nuevas catástrofes que nos amenazan no se desencadenen sobre esta desgraciada tierra al faltar la mano vigorosa que ponía remedio á los unos y evitaba que se convirtieran en espantosa realidad las otras!

La Nación entera está de luto; y Málaga, ciudad en donde se meció su cuna, con doble motivo. Por eso hoy todos, sin distinción de credo político, no debemos acordarnos de otra

cosa sino de que somos españoles, de que somos malagueños, y bendecir la memoria del que fué honra y prez de nuestra Nación y nuestro pueblo, del que consagró su existencia al engrandecimiento del país, levantándole de la postración en que se encontraba, practicando una política fecunda, que le hace digno del apelativo por antonomasia de Padre de la Patria.

Y á los vítores que brotaron de sus labios, entrecortados por el estertor de la agonía, contestemos con loores eternos á su nombre imperecedero y á su obra monumental.»

VICTORIANO LOMEÑA GARCÍA.

III

LAS NOTICIAS

Este diario independiente de Málaga, con orla negra, como los demás, publicó el 9 ó 10 de Agosto—no se expresa la fecha—unos datos biográficos del Sr. Cánovas, que no reproducimos por ser muy semejantes ó parecidos á otros, limitándonos á insertar algunos párrafos, con especialidad aquellos con que comienza y termina el artículo :

«Málaga la bella, patria de tantos hombres distinguidos, fué también cuna del ilustre estadista D. Antonio Cánovas del Castillo...

.....
que ha muerto siendo Presidente del Gobierno responsable, por cuya razón, y para que nadie pueda atribuir á adulación el benévolo juicio que pudiéramos ó debiéramos emitir sobre tan distinguido historiador, publicista, orador y hombre de gobierno, somos parcos en cuanto de él digamos ; pero hecha esta salvedad, séanos permitido repetir lo que muchos opinan de él : Cánovas es uno de nuestros mejores oradores, tanto en la oposición como en el Gobierno ; ilustra los debates de mayor interés y siempre es adversario temible en las lides de la palabra. Su elocuente y autorizada voz, nutrida con el poderoso arsenal de conocimientos que encierra su portentoso talento en todos los ramos del saber humano, impone fáciles soluciones á los asuntos más arduos ; nunca está ocioso, pues el tiempo que le queda libre de sus muchas parentorías y

graves ocupaciones, lo dedica á estudiar, á disertar en el Ateneo Científico y Literario y á escribir artículos y otras obras que ha publicado, además de las al principio indicadas.

La figura de Cánovas creció en estos últimos tiempos ante las duras pruebas que está sufriendo nuestra desdichada Patria desde que sonó el infame grito de la rebeldía en los campos de Cuba ; y firme en el cumplimiento del deber, sereno ante todas las adversidades, dando prueba de una grandeza de alma digna de un patricio español, Cánovas supo hacerse en esta última etapa de su mando una figura genuinamente nacional, que interpretaba fielmente los deseos de la Patria, que nunca le regateó la sangre ni el oro, porque en él tenía depositada su confianza y de él esperaba la terminación honrosa de los gravísimos conflictos actuales.

Es en estas condiciones la muerte de Cánovas una nueva é irreparable desgracia que ensombrece más y más los tristes horizontes de la Patria, y así lo reconocen unánimemente amigos y adversarios, todos los españoles.»

• •

El mismo periódico, bajo el epígrafe *Manifestación*, refiriéndose á los acuerdos adoptados por el Ayuntamiento para hacer una pública manifestación de duelo por la muerte del ilustre malagueño D. Antonio Cánovas del Castillo, dice :

«No hay que pensar más (aludiendo á los separados por equivocación ó por simpatías, por intereses ó por ofensas), sino en que todos somos malagueños y, como tales, nobles, generosos é impresionados ante la desaparición del gran hombre que, si pudo tener sus errores políticos, representaba á la Nación española y á su nombre iba unido el de esta ciudad, que le vió nacer.

Ahora sólo se sabe sentir, porque la muerte de Cánovas es un duelo nacional.

.....
Y pues esos son los sentimientos que en los actuales instantes á todos nos dominan, esos sean los que manifestemos de un modo franco, sin parar mientes en lo más mínimo, y hagamos solemne demostración que somos dignos hijos de la ciudad en quien hoy tiene fija su mirada el resto de España y todo el mundo

civilizado, por ser la que vió nacer al ilustre D. Antonio Cánovas del Castillo.»

IV

LA UNIÓN MERCANTIL.

Consagró á la muerte del Sr. Cánovas un suplemento al núm. 4.103, correspondiente al 9 de Agosto, y encerrado en orla negra publicó un breve artículo del distinguido escritor malagueño D. Manuel Casado y Sánchez de Castilla, individuo correspondiente de la Real Academia de la Historia (1), en el cual, después de hacerse mención de sus amistades de la niñez y de sus condiciones de carácter, decía lo siguiente :

« Ahora que ha muerto el hijo ilustre de Málaga, ¡ sabe Dios el porvenir que le espera á esos planes que luchan con los inconvenientes del expediente !

Uno de los rasgos característicos del carácter de D. Antonio Cánovas era el desinterés ; en cierta ocasión le pedían 10.000 duros para reedificar una casa de campo que tenía en proyecto. « Diez mil duros—exclamó escandalizado,—jamás pude verlos juntos en mi casa. »

Puede decirse que, como Castelar, todos sus ahorros los gastó en libros, reuniendo una de las primeras bibliotecas de Europa.

La firmeza de su carácter y su extraordinario talento se hacían dignos de las empresas que realizó durante su gobierno.

En la guerra de Cuba se ha puesto á prueba nuevamente el temple de su carácter ; nunca con más razón que ahora puede repetir sus célebres frases pronunciadas en el Congreso : « Con la Patria se está con razón y sin razón, como se está con el padre ó con la madre. »

Martos dijo una vez, hablando de nuestro paisano : « Este hombre es más grande que su país. »

Para que la Historia le haga justicia y en la posteridad se agigante su figura, ha tenido un fin trágico ; las medianías como Carnot, víctimas de una idea ó de un deber, adquieren extraordinaria magnitud á los ojos de las multitudes.

(1) Y autor de unos apuntes biográficos del Sr. Cánovas, escritos en 1882, cuya segunda edición se publicó en 1887, de los que hacemos mención en dos sitios al principio de esta obra.

¿ Qué no será el hombre extraordinario que por su talento alcanzó las más elevadas posiciones y ha sido víctima de la venganza de un fanático ó de un iluso ?

Dos hombres públicos, cuya política ha ejercido gran trascendencia en los destinos de España, han muerto víctimas del plomo asesino : Prim y Cánovas del Castillo ; los dos originan con su muerte grandes perturbaciones en la política española : partidos que se desmembran, cuya cohesión estaba sostenida por la figura del jefe ; políticos de segunda y tercera fila, amparados por el afecto personal, que caerán en el olvido ; agrupaciones que adquirirán gran importancia ; negociaciones diplomáticas que se interrumpen y todos los prestigios del partido conservador en el extranjero, en entredicho desde el momento que falta la figura principal.

La muerte de Prim mató un régimen y una esperanza ; la muerte de Cánovas mata un partido, y es un golpe fatal para el régimen actual. »

V

EL CRONISTA

Primer aniversario de la muerte de Cánovas.

Por él comenzamos esta sección, y por él debemos principiar lo que se escribió en Málaga el 8 de Agosto de 1898, primer aniversario de la muerte del Sr. Cánovas.

Encerrado en orla negra y precedido de un retrato del finado, publica el sentido artículo del Sr. D. José Piñón y Silva, ya difunto, de que tomamos los párrafos siguientes :

« No aspiro al honor de escribir la necrología de aquel hombre extraordinario ; hicieronlo ya plumas bien cortadas. La constante amistad con que siempre me honró ; mi admiración, rayana en ferviente culto, por sus grandes prendas, y mi gratitud profunda, me llevan á ocuparme hoy, día fatal y luctuoso, del libro cuyo ejemplar tuvo la bondad de remitirme con la cariñosa dedicatoria, escrita de su puño, que sirve de comienzo á estos recuerdos y á este trabajo, pobre en todo, como mío, menos en los sentimientos de amistad, de gratitud y de profunda pena que lo avaloran.

Titúlase el libro « La oposición liberal-conservadora en las Cortes Constituyentes de

1869 á 1871», y contiene los discursos pronunciados por el mismo Sr. Cánovas del Castillo y los demás Diputados, Sres. Vázquez de Puga, Estrada, Elduayen, Alvarez Bugallal, Quiroga y Silvela.

.....

 Gran portada ofrece el libro. Es un prólogo, magistralmente escrito en todos conceptos. Lleva la fecha de 1.º de Marzo de 1871. Aunque anónimo, para mí, y aun para todo el que conozca la privilegiada pluma de Cánovas, el prólogo denuncia desde luego á su ilustre autor.»

.....

 Y más adelante, para concluir, después de inserto el prólogo :

« Verdadero patriota, sin verter sangre, restauró una Monarquía ; gran estadista, sacrificó sus convicciones conservadoras en el santo altar de la Patria, que exigía una sola Constitución para los dos partidos políticos llamados desde entonces á turnar en la gobernación del Estado, « *si se logra* », y ¡ rara avis ! dando alto é inusitado ejemplo, cuando D. Alfonso XII (á la vez nieto de Reyes y Monarca ungido con el óleo sagrado de la voluntad nacional) fué arrebatado por temprana muerte al amor de sus pueblos, Cánovas, honrado por la omnimoda confianza de la corona, y verdadero jefe del partido más importante de la Monarquía, realizó entonces lo que no tiene similar en nuestra accidentada historia contemporánea : dimitió su alto cargo, y aconsejó á la Reina que llamase para sucederle al partido liberal.

Nacido en modesta cuna, como el gran cardenal Jiménez de Cisneros, Gobernador de España, Cánovas, que pudiera decir con uno de nuestros autores dramáticos, « yo soy yo, mi linaje empieza en mí », jamás aceptó títulos nobiliarios ; verdad es que la privilegiada inteligencia con que plugo dotarle el Sér Supremo y su admirable erudición valían mucho más que las más preciadas distinciones sociales. Lógico era, pues, D. Antonio Cánovas del Castillo, cuando exclamaba en la sesión de 8 de Abril de 1863, discutiendo el proyecto de Constitución : « ¡ Qué somos nosotros, los hombres del estado llano que hemos venido aquí, y debajo de estas bóvedas hemos ganado cuanto somos ; qué somos, digo, en el fondo,

sino los frutos más tempranos de la democracia española ?

¡ Ah ! el miserable, el infando asesino extranjero que destruyó aquel gran corazón, consagrado al santo amor de la Patria, aun sin saberlo, hizo de Cánovas un mártir del orden social ; y ese mártir, historiador insigne, gran orador, filósofo profundo, académico ilustre, patriota y hombre de Estado, será, entre nuestros mágicos recuerdos, una sombra de atlética grandeza, que tocando en la tierra suba hasta las altas regiones del cielo. »

•••

El mismo periódico, á continuación del artículo del Sr. Piñón y Silva, y después de reproducir el telegrama de sentido pésame, dirigido por la Redacción á la señora duquesa de Cánovas, añade :

« Algo más hubiéramos significado á la ilustre dama, si el régimen en que vivimos no pusiera una mordaza en nuestra pluma ; pero ya que no enérgica protesta contra los demoletores de la obra gigantesca del genio, en ese telegrama hacemos constar la memoria gratísima que conservamos del eminente estadista y de sus dotes admirables.

Hoy hace un año de su muerte, y en la historia de nuestra Nación parece un siglo, según las desventuras y contrariedades que pesan sobre nuestros hombros ; de aquella España que en sus manos era la admiración de Europa por sus expediciones militares, hoy sólo queda miserable y haraposa mendiga, que extiende sus brazos á Washington en demanda de misericordia.

Hemos caído tan bajos, que la figura gigantesca de Cánovas casi se pierde á nuestros ojos ; son tan chicos estos mercaderes de la paz, que dentro de poco quedará como fantástica la grandeza de aquel hombre extraordinario. »

VI

HERALDO DE ANDALUCIA

En sus números correspondientes al 12 y 13 de Junio de 1898, y con un retrato del señor Cánovas, publicó una extensa biografía del mismo, encabezada con el siguiente párrafo :

« Damos cabida á la extensa biografía del malagueño más ilustre, del eminente repúblico.

y notable estadista D. Antonio Cánovas del Castillo, martir del deber, que mano alevosa nos privó de sus iniciativas el pasado verano en el balneario de Santa Agueda.

Tan eximio hombre de Estado nació en esta hermosa ciudad el día 8 de Febrero de 1828; y de la nada, y sólo empujado por sus indiscutibles méritos y talento, supo elevarse con aplauso de todos á los primeros puestos de la Nación, de la que ha sido por muchos años guía y árbitro de sus destinos. »

.....

Y terminaba así:

« El Sr. Cánovas, á más de un gran estadista, era un verdadero sabio; sus obras *Problemas contemporáneos*, *Estudios literarios*, *El Solitario y su tiempo*, y otras novelescas y políticas, con dar muestra de su excepcional talento, no bastarían á dar idea de su inmensa erudición. Como escritor, pecaba tal vez de difuso y obscuro, y no es en este sentido como ha logrado mayor fama, aunque la mereciera grande; como orador, figuraba entre los más grandilocuentes de nuestro Parlamento, pero como erudito acaso no conocía rival; su cultura era verdaderamente extraordinaria por su extensión y variedad.

Tal era el hombre á cuya fecunda existencia puso fin un despreciable asesino. De él puede decirse que en los últimos veinte años fué rey de reyes, y demostró que sabía estar á la altura de su papel; así es que era un talento, un corazón y un carácter. »

Periódicos de Murcia ⁽¹⁾

I

LAS PROVINCIAS DE LEVANTE

Bajo el epígrafe *Desgracia nacional*, publicó en su número del 9 de Agosto multitud de te-

(1) Es acaso la provincia en que más sentimiento se ha manifestado, casi al igual de Málaga, por el trágico fin de D. Antonio Cánovas del Castillo. Algo ha cedido, por desgracia, aquel duelo ó aquella manifestación de sentimiento, pues hecha una suscripción para erigir una estatua al hijo adoptivo de Murcia, su producto se destina, al parecer, á otro objeto.

legramas alusivos á la muerte del Sr. Cánovas del Castillo. Otro tanto hizo en su número del 10, dando á conocer, además, la opinión de la prensa de Madrid sobre aquella desgracia y publicando los acuerdos adoptados por la Corporación municipal en relación con la misma. A la vez anunció su propósito de publicar un número extraordinario que coadyuvase á perpetuar la memoria del finado.

•••

El día 10 escribió lo siguiente:

Cánovas-Murcia.

« No pensemos ahora en el desamparo en que queda esta provincia, tan predilecta del esclarecido patricio que tantos años la honró con su singular y valioso cariño; pensemos en honrar más y más su memoria imperecedera, inspirándonos solamente en los nobles sentimientos de la gratitud.

Sin ella, no merecemos la consideración de España ni que los hombres ilustres fijen su atención en nosotros, porque los ingratos sólo merecen el desprecio.

En medio de la inmensa pena que nos affige, debemos sentir un orgullo consolador: el gran hombre de Estado cuya trágica muerte es hoy el tema preferente de la prensa universal, es el Diputado por Murcia. El nos quiso honrar siempre con su representación, por tantos otros pueblos solicitada.

Cánovas-Murcia es uno de nuestros más legítimos galardones que podemos ostentar ante la Historia, porque él nos quiso siempre generosamente y nos dió todo el reflejo de su brillante personalidad.

Pudiéramos citar mil nombres de murcianos que, sólo por ser murcianos, han recibido grandes pruebas de afecto de aquel gran hombre. ¿Qué de extraño tiene que Murcia revele ahora su inmensa gratitud?

Creía D. Antonio con tal firmeza en el cariño de los murcianos, que no ha mucho tiempo decía al que escribe estas líneas que « Murcia sería siempre su último baluarte ».

Nosotros, que tanto le queríamos, sabemos hasta qué extremo amaba este país; no todo lo debemos decir, por el respeto debido á íntimas expansiones; pero recordamos que en una ocasión, en que estaba expirando el General Cánovas, hermano de D. Antonio, éste habla-

ba por teléfono al Congreso para que se aprobara un crédito legislativo con destino á las obras de defensa contra las inundaciones.

¿Y cuándo trajo á Murcia al Rey D. Alfonso XII, para que, viendo por sí nuestro desastre de 1879, acudiera á su remedio?

No concluiríamos nunca el relato de sus muchas demostraciones de afecto.

Pidamos á Dios por él y honrémonos con los dulces sentimientos de la gratitud.»

• •

El mismo día dió á luz la siguiente carta de uno de los pueblos más importantes de Murcia:

Calasparra.

«Hoy es un día de tristeza y duelo para este país, tristeza y duelo tan intenso como justo, pues sabe cuánto pierde.

Luego que por la prensa de Madrid se tuvo conocimiento del criminal y estupendo atentado y muerte del excelentísimo señor Presidente del Gobierno, el pueblo en masa acudía á casa del ilustre jefe del partido conservador, nuestro querido amigo D. Gabino Ruiz, en manifestación del sentimiento que ha producido la noticia de un hecho tan villano y que priva al mundo de uno de sus mejores talentos, á la Nación de una gloria y á esta provincia, y especialmente á este pueblo, de un protector cariñoso, en quien fundaban sus esperanzas los que en más de una ocasión imploraron, con tan pronto como eficaz resultado, su amparo en días calamitosos.

Esa mano infernal arrebató á la pobre España la mano salvadora que, en medio de tan revuelto mar, nos tenía casi en puerto de segura salvación con sus universalmente reconocidas dotes y acertado tino en las peligrosas cuestiones que nos afligen. España entera verá prácticamente y lamentará cada día más tan gran pérdida.

Reciban SS. MM., el Gobierno, la Nación entera, y con particularidad su respetable esposa y familia, la expresión más sincera de sentimiento, el más modesto pésame de este pueblo, en donde queda esculpido en los corazones de todos el recuerdo de D. Antonio, como en general le llamábamos, y por quien

sentíamos más bien adoración que cariño. Tenemos la convicción de que Dios habrá premiado lo que la sociedad le negara.»

• •

En su número del 12, *Las Provincias de Lcrunte* insertó asimismo la carta de Orihuela en que se decía lo que copiamos á continuación:

«Si los pueblos todos de España lamentan hondamente impresionados la pérdida de uno de los hombres más notables del presente siglo, Orihuela con justo motivo toma una parte muy importante en el duelo que hoy se observa en la Nación por la razón de haber visto la luz en esta localidad los padres del Sr. Cánovas (1), recibiendo las regeneradoras aguas del bautismo en la parroquia de N. S. I. Catedral.»

• •

Bajo el epígrafe *Actualidades*, el mismo periódico escribía en su número del día 14 lo siguiente:

Actualidades.

«Desde que ocurrió el horrible atentado contra D. Antonio Cánovas, hasta la fecha, toda la prensa de España viene dedicada por completo á suceso tan infausto.

Aun los asuntos de más palpitante interés lo han perdido ante el cadáver de tan ilustre patrio.

Pasado el novenario que merece la desgracia nacional, los sucesos y las circunstancias irán imponiendo soluciones para conjurar los conflictos pendientes.

Por el espíritu que refleja la prensa de todos los matices y colores, hay fundamento para creer que esta Nación, ante los riesgos de que se ve amenazada, dará nuevas pruebas de sensatez y buen juicio.

No creemos que surjan disturbios en el seno del partido conservador, con motivo de la elección del nuevo jefe que ha de sustituir al inolvidable que acaba de morir, víctima de sus deberes.

El partido conservador está educado en la disciplina y en el respeto á su jefe, y claro que tratándose de una agrupación política, esencialmente monárquica, sabrá seguir la conduc-

(1) El padre; la madre nació en Málaga.

ta que mejor convenga al servicio de la Patria y de la Corona.

Tenemos la creencia de que D. Antonio Cánovas del Castillo ganará, como el Cid, batallas después de muerto, y que ha dejado sabias y saludables enseñanzas en sus correligionarios para que continúen las tradiciones del partido conservador.»

* * *

Y bajo igual epigrafe, añadía, en su número del 16, lo que sigue :

«El Sr. González Conde, que tanto y con tanto éxito ha trabajado para que Murcia se honrara siempre con la representación del Sr. Cánovas del Castillo, tiene ahora un proyecto, que si lo puede realizar sería una de las mayores satisfacciones de su vida, y un nuevo honor para Murcia.

Sentimos que razones fáciles de comprender nos impidan por hoy ser más explícitos ; pero podemos asegurar que el partido conservador de Murcia honrará la gloriosa memoria del Sr. Cánovas con la unión y disciplina que éste supo infundirle, y á la que debe sus triunfos y su prestigio (1).

Si el Sr. González Conde realiza el elevado pensamiento en que se inspira, habrá prestado un nuevo y valioso servicio á Murcia, cuyo bien general desea, sin egoismos ni miserias que no caben en su corazón ni en sus propósitos.

González Conde, con la modestia que le es peculiar, siente y concibe grandes pensamientos para este país, á quien tanto quiere, sin aparatosos alardes.»

* * *

Por último, el 8 de Septiembre dió á luz *Las Provincias de Levante* su anunciado y notabilísimo número extraordinario, precedido de un retrato del Sr. Cánovas del Castillo, en cuyo número aparece lo siguiente :

1.º Bajo el epigrafe *Cánovas íntimo*, una carta dirigida al director de dicho periódico por el exdiputado y sobrino del finado, don José Cánovas y Varona, recordando los chistes con que en la intimidad de su hogar en-

(1) Sin la menor culpa del Sr. González Conde, el proyecto á que se alude, y respecto del cual volvió á hablar el mismo periódico el día 25, no pasó de tal, como ha ocurrido con otros.

tretenía á los que tenían la fortuna de escucharle.

2.º Unas cuantas palabras del también exdiputado y asimismo sobrino, D. Antonio Cánovas y Vallejo, diciendo que, en el culto que rendía á la memoria del hombre ilustre que había hecho inmortal el apellido con que se enorgullecía, tenía muchos ejemplos y virtudes que imitar, talentos que admirar y afectos y pasiones que seguir. Pero que en nada le trataría de copiar con mayor facilidad y tanto gusto, como en un sentimiento que palpitaba siempre grande en su hermoso corazón : en el amor á Murcia.

3.º Otras pocas del Sr. D. Diego González Conde, jefe del partido conservador murciano, senador vitalicio y uno de los más consecuentes amigos del Sr. Cánovas, diciendo que mientras el mundo ensalzaba múltiples y extraordinarios talentos del mismo, él elevaba al cielo una plegaria silenciosa por su alma, creyendo corresponder así mejor á la confianza que le dispensó en vida y al cariño que siempre tuvo á Murcia, que á la sazón lloraba con dolor profundo su amarga soledad.

4.º Algunas palabras también del Sr. Barón del Solar de Espinosa—hermano por parte de padre de la primera esposa del Sr. Cánovas—manifestando que al morir éste, que era la clave del arco que sostenía el edificio de la política española, la obra se derrumbaba por momentos.

5.º Los magistrales conceptos que copiamos á continuación, del Sr. D. Alejandro Pidal :

«Era D. Antonio Cánovas del Castillo, hombre en quien el entendimiento hacía ver y opinar de todo. Con ser tan fértil su imaginación y tan abundante su memoria, con tener una palabra tan dócil y una erudición tan vasta, todo ello desaparecía y se eclipsaba ante el esplendor de aquella inteligencia tan colosal, que todo lo informaba con su propio ser.»

«Diríase que fantaseaba, recordaba y hablaba por el entendimiento puro : tan admirablemente ordenadas y sostenidas tenía sus facultades al servicio inmediato de la razón y de la inteligencia soberana.»

«De aquí que desdeñase la imaginación por la imaginación pura del campo retórico de la poesía ; la erudición por la erudición pura de los ámbitos de la Academia de la Historia, y

no sometiera á su palabra, tan apta para volar por las altas regiones de la elocuencia, otro papel que el servir de esclavo sumiso del razonamiento.»

«Esto era D. Antonio Cánovas del Castillo, como sér intelectual; como sér moral, pocos hombres habrá habido más dispuestos, en todo momento, al sacrificio por lo que él entendía sus deberes en el Estado y la sociedad. Su vida ha sido una continua lucha por la sociedad y por la Patria; su muerte ha sido la corona del vencedor, formada con la palma inmarcesible del martirio.»

6.º Algunas sentidas frases del Sr. D. Rafael de Mazarredo, expresando que, al saberse la noticia de la muerte de D. Antonio Cánovas del Castillo, resonó en toda España un grito de indignación y de dolor; de indignación, contra el autor del vil atentado de que fué víctima: de dolor, al ver cortada la existencia del hombre público que tantos servicios había prestado al país. Impercedera, añade, será su memoria, é inmensa la gratitud de la Nación hacia el que con tanto acierto dirigió sus destinos.

7.º Una carta del Sr. D. Francisco Martínez, á la sazón Gobernador de Jaén, dirigida á D. Gabriel Baleriola, recordando la conversación que tuvo con el Sr. Cánovas cuando el 6 de Julio de 1895 le llamó éste para ofrecerle dicho gobierno, que rehusó Martínez en un principio, y aceptó al fin, en que le oyó decir lo siguiente: «A ver si le pasa á usted lo que á mí cuando me nombraron Gobernador de Cádiz, que fui allí sin haber sido nunca concejal ni alcalde y sin saber nada de la Ley Municipal. En funciones ya de mi cargo, sólo pensaba en lo que tendría que hacer si se me ofreciera prender á cualquiera de los que por mi lado pasaban.» Y luego, preguntado por sus amigos qué había hecho para que le quisiesen tanto, dió por toda contestación «que no recordaba haber hecho otra cosa que *no comerec nada de nadie.*» ¡Cabe, añade el señor Martínez, más hermosa lección de Derecho público?

8.º Un notable artículo del Sr. D. José María Barnuevo, Magistrado del Tribunal Supremo, exdiputado y exsenador, del que vamos á reproducir algunos de sus párrafos principales:

«Como español, como murciano, como hombre á quien le ligan lazos de cariño, de gratitud, de respeto y de admiración hacia la gran figura que ha sido arrebatada á la Patria por la mano infame de un asesino, no he podido rehusar, dice, la honrosa invitación que se me ha dirigido para que tome parte en el homenaje que se dedica á la memoria de D. Antonio Cánovas del Castillo.»

«Desde Cisneros acá, no se encontrará en nuestra Historia una figura que pueda resistir la comparación con Cánovas, con ser muchas las que han brillado en el largo trascurso de este tiempo, pues ni aun aquél, con sus talentos y sus energías, no exentas de contrariedades, podrá presentar la realización de un vasto plan de reconstrucción nacional en circunstancias como las que rodeaban al último jefe del partido conservador, que se encontró con el país deshecho en fracciones y rota la unidad nacional por el cantonalismo que daba alas á la guerra civil; la monarquía secular derribada y la familia real en el ostracismo; en medio de una sociedad indisciplinada y engreída, sin fe y sin ilusiones lícitas; con un sistema de periodismo capaz de acabar con los prestigios más sólidos y de perturbar la inteligencia y el corazón de las masas populares; con una hacienda disipada y una administración desmoralizada que reorganizar; un fanatismo de escuela que imposibilitaba toda acción nacional y tranquila; con rivalidades políticas arraigadas en la tradición y contradichas por los partidarios de lo nuevo que traían á España revuelta y moribunda, no empleando para restaurar las fuerzas vivas de la Nación más que el influjo de su poderosa inteligencia, una perseverancia constante armonizada con la flexibilidad que las circunstancias aconsejaban, y sirviéndose de todos los elementos que formaban parte del organismo que había que encauzar, como instrumentos de la gran obra, dándoles al propio tiempo la conciencia de su dignidad y los medios de intervenir con ventaja en el desenvolvimiento político del país; creando un cuerpo

legal común, bajo el cual se pueden ejercitar todos los derechos sin perturbaciones ni daño de la causa pública, y presentando el cuadro de una Restauración sin violencias ni odios.»

«Hombre extraordinario, que se asimilaba todos los conocimientos; que tenía competencia para tratar de todos los asuntos; que lo mismo entendía de derecho, de letras, de arte, de filosofía, como los especialistas en cada uno de estos ramos del saber; que en lo que se refería á materias que suelen ser extrañas á un hombre civil, dejaba asombrados á los que le oían, cuando trataba de los negocios militares ó de la marina, en que daba muestras de estar al tanto hasta de los menores detalles.»

«Y todo esto sin arrogancia, ni soberbia, expuesto siempre con la mayor naturalidad y con los respetos y consideración debida á las opiniones de los demás; porque no se deben confundir la firmeza en las convicciones y la energía para sostenerlas y defenderlas con aquella pretenciosa y desdeñosa manifestación del que se cree dueño de la sabiduría y desprecia á la humanidad entera. Los que hemos visto á este hombre superior, calumniado y desconocido, desvivirse y preocuparse por el mejoramiento y bienestar de las clases necesitadas, mantener en sus relaciones sociales la cortesía más exquisita y la mayor benevolencia, tenemos que oír con inmensa amargura la imputación de unos defectos que no cabían en su alma noble, caritativa y tierna.»

«¡Tierna, sí! Porque como decía M. Gaston Routier en *Le Journal de Paris*, Cánovas del Castillo era un gran espíritu y era también un noble corazón; nada que fuese bello, nada que fuese noble dejaba de interesarle; sabía entusiasmarse por todos los grandes descubrimientos, por todas las obras del género humano. Si poseía el sentido práctico, la lucidez, la prudencia, la sangre fría de los más grandes políticos, tenía también el alma generosa y tierna, las afecciones del poeta.»

«Yo he podido apreciar estas cualidades cuando mi trato con él era más frecuente y cuando la confianza de la vida íntima permitía ver el corazón sin doblez ni disfraz.»

«En otro orden de ideas. ¡Qué amor tan grande tenía á la verdadera libertad! ¡Qué

respeto más profundo á la ley, por más que sus preceptos contrariasen sus planes de gobierno ó estorbasen los medios de proteger el orden social, al que dedicaba sus más solícitos cuidados! ¡Qué prudencia al recordar los negocios que se relacionaban con la administración de justicia, aun cuando se dirigiera á personas á quienes tenía grandemente obligadas!

—«Mis recomendaciones se han de entender siempre dentro de la razón y de la justicia—decía á un Juez de primera instancia de todo su cariño, que le manifestaba la imposibilidad de complacerle en asunto en el que tenía gran interés en determinado sentido.»

«Cuando naya pasado algún tiempo y pueda hablarse de ello con la serenidad de juicio y con la imparcialidad que exige la Historia, se destacará esta imponente figura, á quien se aplicó el calificativo de «monstruo», y quedará sancionado que el sentimiento universal que produjo su muerte era justa correspondencia á la grandeza de sus sentimientos y de los excepcionales servicios prestados á la Patria, á la Monarquía y al orden social.»

.....

.....

Habla después el Sr. Barnuevo del matrimonio de Cánovas con la señorita doña Concepción Espinosa de los Monteros y Rodrigo de Villamayor, hija del Barón del Solar de Espinosa, que al principio opuso algunas dificultades, y nieta del célebre General de la primera guerra civil del mismo apellido, preciosa y discretísima joven, que por muerte de su tía carnal doña Josefa Espinosa de los Monteros, con quien vivía en Madrid, tuvo que trasladarse á Murcia, en casa de su tía carnal también, madre del Sr. Barnuevo, donde contrajo matrimonio en 20 de Octubre de 1860, á lo que añade el autor del artículo:

«Deslizóse el matrimonio feliz y dichoso en medio de una vida dulce y tranquila, en un hogar modesto y sin esplendores, pero con los encantos que produce la comunicación de dos almas que viven para sí y se comprenden, rodeados de la simpatía y cariño de los demás, hasta que la mala suerte vino á truncar tanta dicha con la muerte de la tierna compañera de Cánovas, víctima de una enfermedad hereditaria, á los pocos años de su enlace.»

9.º A continuación de lo escrito por el señor Barnuevo siguen las elocuentísimas palabras del Sr. D. Rafael Serrano Alcázar que transcribimos á continuación :

« Las supremas inteligencias avasallan con una tiranía que no envilece.

No era virtud doméstica, sino debida veneración y espontáneo reconocimiento de cualidades excepcionales, lo que sometía nuestra voluntad al hombre á quien, según se ha visto, todas las naciones admiraban.

Ser en Grecia amigo de Persiles, en su siglo, debió ser para todo griego una suerte y un honor. ¿Cómo no hemos de sentirnos con tal honor y con tal suerte los españoles que en el siglo de Cánovas hemos estado con Cánovas?

España entera le llora.

Todo buen murciano tiene en estos instantes su corazón inundado de amargura.

Al que esto escribe le ha alcanzado la mano del asesino. »

10. Las sentidas frases que á continuación copiamos, de D. Francisco Pelegrin :

« Para honrar como se merece la memoria del Sr. Cánovas del Castillo, de este grande hombre á quien hasta su misma horrorosa muerte hale enaltecido con los simpáticos atributos del mártir y del héroe, resultan pequeños todos los homenajes y mezquinas todas las alabanzas. »

.....

11. Las no menos sentidas que igualmente transcribimos, de D. Juan de Aguilar :

« Si Bismarck, el gran estadista de Europa y á cuyo preclaro talento fué debida la formación del Imperio de Alemania, al saber la trágica muerte de D. Antonio Cánovas del Castillo no pronunció palabra alguna en su elogio y se limitó á manifestar que *sólo* ante su nombre había inclinado la cabeza, ¿qué podré yo decir acerca de él, careciendo de autoridad para juzgar á nuestro primer hombre de Estado y siendo tan insignificantes como son mi nombre y firma social? »

.....

12. Unas cuantas palabras de D. Ramón García haciendo constar que, aprovechando las dolorosas enseñanzas de Octubre de 1879, el ilustre estadista se proponía convertir ex-

tensos y feraces valles, hoy agotados, de Murcia, su país predilecto, en campos de fertilidad y verdura.

13. Un artículo del Sr. D. Mariano Vergara sobre *Cánovas, estudiante*, de quien fué condiscipulo, refiriendo algunos hechos de su vida como tal, que termina con las siguientes sentidas palabras :

« Recogí estas minucias por tratarse de Cánovas, pues todo cuanto se refiere al grande hombre por todos llorado es interesante, como de los diamantes se recoge hasta el polvo ; y para rendir un tributo al genio, se las envío, á falta de cosa mejor que ofrecerle, para el número extraordinario. »

14. Algunos conceptos encomiásticos de D. José Esteve, en que califica á Cánovas de grande estadista y privilegiado poseedor de un talento poco vulgar.

15. Una carta dirigida al Director de *Las Provincias de Levante* por el Sr. D. R. Spottorno y Sandoval, juzgando á Cánovas como orador parlamentario, como jurisconsulto, como historiador, como panegirista y como literato.

16. Dos proyectos de inscripciones del Sr. D. A. Baquero para la estatua que se pensaba erigir en Murcia al Sr. Cánovas.

17. Algunas palabras de D. Antonio Gálvez Arce, en que lamenta el asesinato de Cánovas, sin acordarse de las grandes diferencias políticas que le separaban del mismo, y recordando que era aquél un grande amigo de Murcia.

18. Otras del señor Conde de Roche diciendo que, además de la general admiración que como á eminencia de primera clase por sus altísimos talentos y extraordinarias facultades deben todos tributar á Cánovas, es indudable que á Murcia debe merecerle una singular atención, porque lo que venía pidiendo desde el reinado de Felipe IV, y siempre en vano, lo realizó aquél con las obras de defensa contra las inundaciones, y por haber patentizado durante muchos años su amor á dicha capital.

19. Noticia de un incidente parlamentario entre el Marqués de Barzanallana y Cánovas del Castillo, que convirtió el Congreso en Academia, resultando vencedor el segundo, desde cuya fecha data la admiración del señor D. Narciso Clemencio Vergara hacia Cánovas.

20. Las siguientes sentidas palabras de D. Carlos Cano, diciendo que Murcia, ciudad

española, llora la muerte de su insigne estadista, y que Murcia, ciudad agradecida, llora la muerte de su ilustre bienhechor.

21. Las no menos sentidas de D. José Santiago Orts, manifestando que el homenaje de gratitud que rendía Murcia entera al eminente estadista cuya trágica muerte todos deploraban, era la más fehaciente prueba del entrañable cariño que le profesaban los murcianos.

22. Condenación del hecho de Santa Agueda por el Senador D. Alfonso Chico de Guzmán, lamentando que para vengar á los anarquistas que los Tribunales de justicia condenaron en Barcelona, se escogiese como víctima á un hombre de las condiciones del Sr. Cánovas, privando á España del más ilustre de sus hijos.

23. Un razonado artículo dedicado por el Sr. D. Vicente Pérez Calleja á la imperecedera memoria del hijo adoptivo de Murcia, don Antonio Cánovas, en el cual, después de consignar que pocos días antes de su trágica muerte se acercó, como buen cristiano, al Tribunal de la Penitencia y en él purificó su hermosa alma, se extiende en consideraciones sobre las funestas teorías, predicadas primero, y llevadas al terreno práctico después, para dar los funestos resultados que se debían esperar. Con un sistema preventivo, recto y prudente, y con enseñar al pueblo que la verdadera libertad consiste en el respeto á la ley y al principio de autoridad, se habrían conjurado las tormentas que á todos amenazan y que han llevado á la tumba, lo mismo á los espectadores del Liceo y de la calle de Cambios Nuevos, de Barcelona, que á hombres tan eminentes como Carnot y Cánovas del Castillo.

Contrayéndose á este último, nació—dice—humilde; vivió como bueno; obró como justo; mereció bien de propios y extraños por su talento, su previsión y su patriotismo. Todo vino á humillarse ante su genio colosal, honra de España y admiración de las potencias extranjeras, asociadas hoy al duelo nacional.

24. Otro, no menos bien escrito, del Diputado D. Juan de la Cierva y Peñafiel, impresionado por el acto de dar tierra al cadáver del Sr. Cánovas, que describe:

«Allí—dice,—en el panteón, quedaban los inanimados restos del hombre más grande de España en el último tercio del siglo. Allí que-

daba el alma del movimiento político de su tiempo, el estadista sereno y tenaz que afrontó con más energía el problema gravísimo de mantener la integridad de la Patria.»

« ¡ Cuánta grandeza —añadía— arrebatada por el brazo de un asesino! »

« Todo esto y mucho más—terminaba,—que no cabe en estos escasos límites, pensaba yo al volver del cementerio. ¿ Quién no pensará también con temor que allí quedaba el hombre insustituible en las presentes circunstancias? »

25. Unos versos de D. Gerardo Vicente Selgas.

26. Opinión de D. José Calvo y García, de que el Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, hijo de Murcia por adopción, continuaba la serie de los ilustres políticos murcianos por nacimiento, inspirándose muy frecuentemente en las máximas políticas de don Diego de Saavedra Fajardo, y siendo digno émulo del Conde de Floridablanca.

27. Notable artículo del Sr. D. Antonio García Alix, Diputado y Ministro de Instrucción pública después, marcando tres periodos de la historia política de Cánovas, cuya personalidad pasará á la historia como la de mayor relieve en nuestra patria en el presente siglo. Verdadero hombre de Estado, dice, tiene en su historia de gobernante tres hechos que justifican el prestigio alcanzado entre los propios y el renombre conquistado en los extraños.

Ministro de Ultramar en los primeros años de su carrera, comprendió el movimiento social y político que se operaba en nuestras provincias de América, y adelantándose con su clarividencia de estadista á los sucesos, puso á la firma de la Reina Doña Isabel II el Decreto de 25 de Noviembre de 1865, convocando á la Junta de información y dejando consignado en el hermoso preámbulo del mismo todo un programa de política colonial que, de haberse realizado, hubiera apartado de nosotros los terribles quebrantos y las grandes amarguras de las guerras separatistas.

Defensor esforzado de la Monarquía constitucional y legítima de D. Alfonso XII, preparó y realizó una restauración sin precedentes en la Historia y puso término á las vivas discordias que por algunos años ensangrentaron y fraccionaron el suelo de la patria.

Cita por último, ó en tercer lugar, la constitución del Senado actual, como obra perfecta, venciendo en él el principio electivo, con el derecho propio y la designación de la Corona en los Senadores vitalicios; y las conferencias de Madrid, bajo su presidencia, de representantes de las grandes naciones para la celebración del convenio feliz, que asegura en la gran cuestión internacional del Estrecho de Gibraltar una solución más estable que la conseguida respecto del Bósforo por el tratado de Berlín.

«Este es el hombre, añade, que un asesino extranjero ha arrebatado á la Patria española. Inteligencia portentosa, voluntad de granito, cultura extraordinaria, todo, en fin, cuanto constituye al hombre de Estado, al jefe de un gobierno, en los tiempos modernos.»

30. Otro de D. Joaquín Chico de Guzmán, diciendo que Cánovas es la figura que más resalta en nuestra accidentada historia política del presente siglo, dando dirección y forma á la moderna y sólo legítima tendencia política.

«Honremos, dice, su imperecedera memoria todos los españoles, y más principalmente los que bajo su bandera militábamos.»

31. Execración del anarquismo, por don S. L. Guevara.

32. Pensamiento de D. Luis Peñafiel, de que la ciudad de Murcia, con súplica unánime, debiera reclamar los restos mortales de don Antonio Cánovas del Castillo, para testimonio de imperecedera gratitud á la memoria del que tan principalmente contribuyó á la desaparición de los peligros de las inundaciones.

33. Manifestación del Sr. D. S. Pavía, de que más alto que las pirámides levantadas por sus amigos y más brillante que el áureo epitafio puesto por sus deudos en la tumba que guarda sus mortales restos, escribirá la Historia su nombre, y al evocarlo las generaciones que nos sucedan, su espíritu inmortal descenderá hasta ellas, para aleccionar á los grandes patriotas a vivir y morir por la amada Patria.

34. Contestación del Sr. D. P. Díaz Cassou á la invitación que le dirigió el Director de *Las Provincias*, para el número extraordinario, de

que nos ocupamos, diciendo que nada encontraba más á propósito que un soneto del difunto, que publicó, de muy mozo, *La Joven Málaga*, soneto y periódico que nadie cita (1) entre tantos como exhumaban los recuerdos de D. Antonio en aquellos días.

En un cementerio.

He aquí del hombre la eternal morada.
Aquí cesó el placer, calló el tormento.
Hoja del árbol del mundo arrebatada,
De su destino al imperioso acento.

La vil materia recobró su nada;
Perdióse el alma en la región del viento;
¡Véis... esa calaverada destrozada?
Muda nos grita que existió un momento.

¡Momento que en falaces ilusiones,
En miserias pasó, siempre anheloso,
Entregado al furor de sus pasiones!

Abrió la muerte su sepulcro odioso,
Lanzóle, y su ambición, su amor, su gloria,
Envuelto quedó todo entre esa escoria.

ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.

Añade el Sr. Cassou que en todos sus artículos de *La Joven Málaga* se firmó *Cánova* y no *Cánovas* (2).

35. Recuerdo de D. Ricardo Guirao, en que manifiesta que si el hombre de Estado cuya accidentada muerte lamenta esta Nación, no tuviera otro título á la consideración pública que la página brillante de la restauración, él sólo bastaría para llenar el período largo en que su nombre, confundido con el su de su patria, ha arrancado el entusiasmo, el respeto y las consideraciones de las Naciones todas. La Restauración Borbónica realizada por el Sr. Cánovas, es la más generosa, la más noble y levantada de las restauraciones de Europa...

36. Otro recuerdo á la memoria del Excelentísimo Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, de D. R. Alcázar, diciendo que no sólo ya los españoles, sino Europa y aun América (3), han demostrado su pesar por el vil asesinato llevado á término y consumado, en el siempre

(1) El soneto tal vez, aunque lo dudamos. El periódico se ha citado muchas veces, como demuestra este libro.

(2) Sin poder explicar la razón de esto, afirmamos que el apellido de su padre era Cánovas.

(3) Tal vez más América, refiriéndonos á la antigua española y á Cuba y Puerto Rico.

poco ensalzado Sr. Cánovas del Castillo. Tan llorado é irreemplazable estadista, ha demostrado una vez más que no rífen ni se repelen la ciencia profunda con el catolicismo, y su religión. El amor al Supremo Hacedor no lo olvidó ni aun en medio de los arduos y heterogéneos asuntos que á su colosal talento se agolpaban.»

.....

 37. Artículo titulado *La Reparación*, debido á la pluma del Sr. D. Angel Pulido, en que haciéndose cargo del contraste que ofrecen las fuertes censuras, cuando vivía, y los grandes elogios después de muerto, el Sr. Cánovas, dice: «La emoción honda y general que el crimen del balcarario de Santa Agueda causó en el organismo español, provocó por una de esas reacciones misteriosas que se producen en las grandes ocasiones, como una prematura reparación histórica...»

Al extinguirse bajo el arma homicida de un criminal oscuro y desalentado tan discutida figura, parece que los disparos mortíferos abrasaron las vendas que cubrían ojos y cerebros de sus apasionados enemigos, y que limpios ya de trabas y errores, discursos y miradas, pudieron todos apreciar la grandeza que desaparecía.

Por esta desdichadísima condición humana, ha venido á resultar que aquel horrible atentado que se cometiera contra la vida y los prestigios del gran hombre, hubo de convertirse en el manantial de vida más imperecedera y de gloria más radiante que jamás pudo soñar la víctima.»

.....

 38. Unas sentidas frases del Sr. D. Ezequiel Díaz y Sanz, fechadas en el Pinatar, sobre que la pérdida de la vida, con alevosía, el que tenía entregada su vida al servicio de la Patria y al de la humanidad, es nacer á una eterna vida de grandiosa admiración, es vivir ya profundamente venerado y por siempre bendito.»

Y 39. Un artículo del Sr. D. Gabriel Bale-riola, sobre la conversacón que tuvo con el Sr. Cánovas en Julio de 1834, referente á la nueva inundación de Murcia, lo que le oyó decir con tal motivo, el plan que imaginó para evitar la repetición de ese mal y la convenien-

cia de destinar á ese objeto y al de irrigación, una vez terminadas las redes de ferrocarriles y carreteras, los recursos del presupuesto de obras públicas. Pensar, dice, que ese hombre extraordinario fué asesinado en unos cuantos momentos, me parece increíble, como no sea por designios inescrutables de la Providencia y para justo castigo de los que no le quisimos como se merecía.

II

EL DIARIO DE MURCIA

No hemos podido adquirir ningún número de este periódico de los días siguientes ó inmediatos á la muerte del Sr. Cánovas, pero sí, casi á última hora, otro número extraordinario, publicado el 3 de Septiembre de 1897, ó antes que el de *Las Provincias*, con orla negra y el retrato de aquél en el centro de la primera página, en el que colaboraron, en prosa y verso, D. José Santiago Orts, D. R. Sánchez Madrigal, D. A. Baquero, D. José Pío Tejera, D. M. Perni García, el conde de Roche, don Joaquín Payá, D. Luis Peñafiel, D. Carlos Cano, D. José María Munuera, D. Juan de Aguilar, D. E. Díez Sanz, D. José Frutos Baeza, D. P. Díaz Cassou, D. José Gómez Díez, D. Juan de la Cierva y Peñafiel, don Pedro María López (de Valencia), D. Javier Fuentes y Ponte, D. Agustín Hernández del Aguila, D. Emilio Díez, D. Joaquín Báguena, D. J. Tolosa Hernández, D. P. M. Palao, don Pascual María Massa (de Alguazas), D. José García Villalva, D. Narciso Clemencin Vergara, D. Andrés Vivancos, D. José Martínez Candelas, D. Diego Hernández Illán, D. José A. Arnaldo de Molina, D. Juan Ibáñez Carrillo, D. Agustín Perea Sánchez, D. José Calvo Gavila, D. Federico Martínez, D. Enrique Muñoz Montero, Mr. Torpin, D. Antonio Gómez, D. José A. Serrano Alcazar, D. N. Clemencin Chápuli, Un ciezano, D. Ramiro Picazo Faisá (de Alcantarilla), D. E. Martínez y Rehollo, D. E. Bermúdez, D. L. Herreros (de Yecla), D. Tomás Galiana, D. Francisco Morenete (de Jumilla), D. L. Rubio Valdés, presbítero, D. Mariano Pérez Esteban y D. Felipe Blanco de Ibáñez.

No solo no podemos reproducir íntegra la

colección de elogios al Sr. Cánovas que contiene el número extraordinario del *Diario*, sino ni siquiera dar idea de todo lo que encierra. Nos limitaremos, pues, á entresacar lo más saliente, y aun por serlo la mayor parte de lo escrito no será breve nuestra tarea.

Según el Sr. Orts, el verdadero muerto es el asesino del Sr. Cánovas. La Historia, que apunta con repugnancia su execrable nombre, ensalzará con noble entusiasmo el de su ilustre víctima, haciendo inmortal su nombre.

•••

Bajo el epígrafe *Reparación*, el Sr. Sánchez Madrigal dedicó al Sr. Cánovas los siguientes versos:

Si en vida, aunque te admiré,
tu grandeza discutí,
en ella firme creí
cuando muerto te lloré:
y es que la verdad se ve
de la muerte tras el velo,
es que aunque eleve hasta el cielo
el roble su copa altiva,
si el huracán lo derriba
se ve más grande en el suelo.

•••

Según el Sr. Báquero, después de tan gloriosa vida, su muerte, aludiendo á la de Cánovas, ha sido como uno de esos magníficos ocasos de otoño que se contemplan con admiración y dejan llena el alma de profunda melancolía. Aún dura su crepúsculo, pero ya empiezan á espesarse por el horizonte las sombras.

Tras de unos párrafos filosóficos y llenos de hunción evangélica, dignos de todo encomio, del Sr. D. José Pío Tejera, le dedica los siguientes versos de D. M. Perni García:

Con sus nobles protecciones
de Murcia acreció la gloria,
y hoy pagamos sus acciones
bendiciendo su memoria
y ofreciéndole oraciones.

•••

Siguen otros sentidos párrafos del señor conde de Roche, contra el crimen que privó á España de Cánovas, y á continuación el siguiente de D. Joaquín Payá:

«Justo es llorar, dice, el trágico fin del gran Cánovas, pero no lo es el desesperar de los destinos de España. La muerte de un estadista, por eminente que sea, no trae consigo la de su nación.»

«La Patria es inmortal.»

•••

Luego, y á la memoria de Cánovas, aparecen los siguientes versos de D. Carlos Cano:

Los obeliscos que el orgullo eleva,
juguetes son del tiempo;
los que el amor erige,
esos son los eternos.

—

Del mártir del deber, á la memoria
estatuas levantemos;
de bronce, en nuestras plazas,
de amor, en nuestros pechos.

•••

El Sr. García Munuera manifiesta, en párrafo siguiente, el deseo de que, en los llamados á suceder al gran estadista, fundador del partido liberal conservador, honra de la nación española, haya tanta abnegación y patriotismo, que no sean sanroscitos sus funerales como presentía de los suyos el macedón invicto.

Para D. Juan de Aguilar, Cánovas, convertido en mártir, es sin duda alguna la figura más saliente del presente siglo en la Historia de España. Aunque también Prim, siendo Presidente del Consejo de Ministros, tuvo su fin igualmente desastroso, su muerte acaecida en una época de candente lucha política, con las pasiones exacerbadas y cuando acababa de desaparecer una dinastía derribada por él, fué discutida respecto á sus consecuencias para el país, creyéndola unos funesta y otros favorable.

En cambio, Cánovas, muerto después de consolidada una restauración, hecha sin vejámenes ni venganzas, que aproximó á ella elementos que estaban muy distantes, su pérdida se ha considerado por todos como una desgracia nacional.

•••

Bajo el epígrafe *¡Dios mío! ¡Viva España!*, se encuentran á continuación los siguientes versos de D. E. Díaz Sanz, fechados en el Pinatar:

Por tu Dios y tu Patria suspirando,
la sangre generosa
se desbordó de tu profunda herida...
¡Oh, crimen, cuán nefando!
¡Oh, muerte, cuán injusta y cuán gloriosa!
La torpe insensatez troncha una vida;
rueda expirante, el mártir, y del suelo
resurge al punto pura, esplendorosa,
la virtud del patriota inextinguible,
que por cristiano y por creyente anhelo,
á la eterna verdad remonta el vuelo.

•••

Inmediatamente después de estos versos,
aparecen los de D. José Frutos Baeza, que
dicen así:

Luchando con ardimiento
dió, sin tasa ni medida,
á la Patria, su talento,
á la humanidad, su vida.
Y quiso el ciego destino
que fuesen, para su historia,
las balas del asesino,
el mejor pregón de gloria.

•••

Sigue en el número del *Diario* una carta al
director del mismo, de D. P. Díez Cassou,
diciendo que, mejor que poner en aprieto la
imaginación para ensalzar al difunto, es citar
pensamientos y frases del mismo, parecién-
dole de interés el juicio de que había de ser el
personaje más importante de la revolución de
Septiembre y de la contrarrevolución restaura-
dora, emitido en el número segundo de *La
Joven Málaga*, cuando aún no contaba veinte
primaveras (1): «La revolución, consecuencia
inevitable de la marcha de la humanidad, no
se vence con volver atrás, porque al cabo,
vendremos á parar á lo mismo, sino trabajan-

(1) Como nació el 8 de Febrero de 1828, y vino á Ma-
drid en Noviembre de 1845, dejando de publicarse *La
Joven Málaga*, sólo tendría diecisiete años cuando escri-
bió lo que se le atribuye. Era esa edad demasiado tem-
prana para grandes pensamientos políticos. Cánovas no
tuvo tampoco en la revolución de Septiembre el impor-
tante papel que se le atribuye. Tomó parte en ella aso-
ciado, como estaba, al general O'Donnell; y el haber re-
dactado el *Programa de Manzanares*, ideado por el ge-
neral Serrano, como medio de llamar en auxilio de los
sublevados al partido progresista, no significa que estu-
viese de acuerdo con la Milicia Nacional, ni nada de lo
en él proclamado. Acaso sea Cánovas el único que nació
y murió siendo conservador, aunque liberal.

do en la confección de un sistema fijo y corres-
pondiente á la época que pueda sustituir á los
pasados, ya de imposible existencia.»

* * *

A continuación, y bajo el epígrafe *Recuerdos*,
inserta el *Diario* unos del Sr. D. José Gómez
Díaz, en que habla de sus relaciones con Cá-
novas; del viaje de éste en Mayo de 1884 á
Murcia, siendo Presidente del Consejo de Mi-
nistros, á la inauguración del ferrocarril que
une á dicha capital con Alicante y Torrevie-
ja, en cuya ocasión rechazó un ¡viva! que le
dió la multitud, diciendo que á quien debían
darlo era al Rey; y de que habiendo venido
á Madrid con motivo de la inundación de Mur-
cia y encontrado á Cánovas en el Senado, le
dijo éste: «Sé á lo que viene usted; he man-
dado 10.000 duros, que es de lo que podía dis-
poner; se condonarán las contribuciones y
haré por Murcia lo que podría hacer por mi
madre.» El Sr. Gómez Díaz, que no debía
al Sr. Cánovas posición ninguna política, ter-
mina diciendo que sus oraciones y recuerdos
serán siempre para él, no por afectos egoístas,
sino por su grandeza.

•••

El Sr. D. Juan de la Cierva y Peñafiel, que
dedicó al Sr. Cánovas, como se ha visto, un
precioso recuerdo en *Las Provincias de Levante*,
consagróle otro en el *Diario de Murcia*. «Cáno-
vas—dice,—proclamado grande por propios
y extraños, y aun por los que, llevados de pa-
sión, le discuten con poco respeto. fué más
grande aún en esa labor fecunda, pero obacu-
ra, sin brillo, que en la gobernación del Esta-
do ha realizado con perseverancia sin igual
y con abnegación heroica.»

«De lejos y de cerca, Cánovas fué grande.
Si alguna vez se escribiera su biografía por
quien tuviera la honra de tratar íntimamente
á la ilustre víctima de Santa Agueda, segu-
ramente quedaría demostrado que era más
grande cuanto más se le trataba y más de cer-
ca se le veía.»

•••

Sostiene el Sr. D. Pedro María López, en
un artículo que sigue al anterior, que hombres
como Cánovas son necesarios. Se dice que no
los hay, y en efecto—añade,—tratándose de
las individualidades que nos alimentamos con

las ideas y sentimientos comunes ó sociales, resulta una verdad como un templo; mas cuando se trata de hombres como Cánovas del Castillo, cuya inteligencia tenía el vuelo del águila, no podemos hacer otra cosa los que, cual yo, ni fueron amigos ni enemigos suyos, que confesar que al volver la primera esquina no encontrarán los que andan en eso de la política un nuevo Cánovas, como los que gustamos de la literatura no hemos encontrado todavía otro Cervantes.

•••

Dedicado á la memoria del Sr. Cánovas del Castillo, recuerda el Sr. D. Javier Puentes Ponce, en artículo que aparece en el *Diario* á continuación del anterior, la cooperación que aquél le prestó para la traslación de los restos de D. Diego Saavedra Fajardo.

•••

Dice, en escrito que sigue al precedente, el Sr. D. Agustín Hernández del Águila, que al perder Cánovas su existencia el 8 de Agosto de 1897, comenzó á vivir la vida inmortal de la Historia. Entró—añade—en los dominios de ésta con nombre brillantísimo, á ser y pasar á la posteridad como una de las mayores personalidades que han honrado á la especie humana. Los hechos acaecidos en España durante cinco lustros, no podrán ser apreciados si se prescinde de aquilatar la influencia, y á veces exclusiva iniciativa, que en ellos ejerció la poderosa y soberana inteligencia de nuestro primer hombre de gobierno en este siglo.

•••

A continuación se encuentran los párrafos que copiamos, de D. Emilio Díez: «La infame secta que proclama la *destrucción* por la *destrucción*, no ha sido consecuente con sus disolventes premisas al decretar la muerte del hombre ilustre cuya memoria veneramos.»

«Ha destruído tan preciosa vida; pero la ha destruído para construir... la única hoja que faltaba á la corona de su gloria.

!La inmarcesible hoja del sacrificio!»

•••

Segue inmediatamente después un notable artículo de D. Joaquín Báguena, que sentimos no poder insertar íntegro. «Estadista in-

signe, político prudente, fué Cánovas—dice—autor de un nuevo régimen social en España. Al llegar á la plenitud de su vida, dió cima á la más atrevida empresa á que puede aspirar un hombre de Estado, cual es restaurar y afirmar, entre el fragor de contiendas civiles, una dinastía que cayó por su propio peso, y á esta obra colosal consagró con feliz éxito sus múltiples y levantadas facultades.

Defendió con ahínco y elevado criterio, como historiador, la realeza y el catolicismo, y como gobernante, los principios monárquicos constitucionales y la integridad de la Patria; supo atraer á la legalidad á los hombres de la Revolución y conservar en nuestras leyes aquellas libertades conquistadas en 1868...

Sus prestigios personales, su elocuencia poderosa y su reputación en las cortes extranjeras, le hicieron ser, dentro de España, el dominador de todos los hombres de su tiempo...

Tuvo, como correspondía á su grandeza, muchos enemigos, altos y bajos; fué combatido con saña impía en su vida pública y privada... Tantos y tan violentos ataques no consiguieron nunca hacer mella ni en su prestigio ni en su honra.»

•••

Después del artículo del Sr. Báguena, publica el *Diario* unos versos de D. J. Silva Hernández, dedicados á Cánovas, de los que copiamos, como muestra, la primera octava:

Como la encina robusta
que derriba la centella,
de su pedestal de gloria
el coloso vino á tierra;
y al desplomarse, en el suelo
cayó con tanta violencia,
¡que al golpe de su caída
tembló la nación entera!

•••

A continuación se encuentra un razonado artículo sobre *El anarquismo*, de D. P. M. Palao, cuyos primeros párrafos dicen así: «Chataubriand nos ha informado (yo lo leí casi con olvido de aprender á leer) que el último aben-

cerraje, ante los descendientes del Cid, calificó á este héroe de facineroso y bandido. Para calificar al estadista que es único tema de este número, no hay que ser abencerraje, hay que ser español y hombre. Españoles hemos sido ante el crimen todos los hijos de España; hombres han sido todos los hijos del mundo civilizado, que todos han protestado del crimen con indignación y espanto y todos han hecho justicia en sus críticas á nuestro hombre de Estado asesinado en Santa Agueda.

Aun sin llegar á la eminencia intrínseca de la personalidad víctima, ello es que en esa personalidad residía desde el año 75 la capitalidad de la política española, y á la sazón, la capitalidad efectiva de la gobernación del Estado. El asesino disparó sobre la cabeza actual de la nación. «Fuego á España, mato á la nación», debió decir al hacer los disparos; y si no lo dijo, como si lo hubiera dicho, porque el crimen así lo llevaba escrito en su misma naturaleza.

No fué asesinado D. Antonio Cánovas por conservador ni por monárquico; fué asesinado por perseguidor del anarquismo. »

.....

• •

Siguen un sentido homenaje á Cánovas, de D. Pascual María Massa, fechado en Alguazas; otro de D. José García Villalva, que, dirigiéndose á la víctima de Santa Agueda, le dice: «Grande fuiste en vida y grande pasas á la Historia», añadiendo que nada falta para que su memoria se perpetúe; y otro de don Narciso Clemencin Vergara, manifestando que si como humano había de tener fin un día y se hallaba preparado como católico, la muerte dada por el anarquismo al Sr. Cánovas no podía haber sido más apropiada para su glorificación en la Historia.

• •

D. Andrés Vivancos plantea á continuación el problema de ¿quién sucederá á Cánovas? Cita en primer término, por su honradez, á Cos-Gayón (que ya murió); por su riqueza, si este fuera título bastante, á Elduayen (que también falleció); si bastase la confianza regia para mantener la disciplina en las huestes

conservadoras, al Duque de Tetuán; atendiendo al talento, Pidal; teniendo en cuenta el prestigio de autoridad, Azcárraga, y si las continuas demostraciones de simpatía de la opinión, Silvela. Pero Cánovas—añade,—adornado de sus facultades, poseído de sus ideas, reconocido por su sabiduría, admirado en la Historia y considerado por su inteligencia y respetado de sus múltiples elementos é investido de su inquebrantable autoridad, ese no tiene sucesor... (1).

Tras de un encomio de D. José Martínez Candela y de otro aún más laudatorio de don Diego Hernández Illán, diciendo que España perdió con Cánovas un gran patriota; el Estado, su más ilustre gobernante; el Parlamento, su más elocuente y terrible orador, y Murcia, su protector irremplazable, por lo cual iba á erigirle una estatua (2), publica *El Diario* el siguiente soneto, fechado en Molina, de D. José A. Arnaldos:

A los arduos problemas nacionales
procuró soluciones tu talento,
y á España siempre prodigaste aliento
en sus rudas desgracias y en sus males.

Servicios cual los tuyos, no halla iguales
la sensata opinión, y un gran lamento
exhala de tu muerte al sentimiento,
tus dotes alabando excepcionales.

Hoy la hermosa ciudad que el Tháder baña,
honrando cual merece tu memoria,
se asocia al duelo general de España.

Y de la Patria en la brillante historia
á quien su justa fama nada empaña,
¡ una columna llenará de gloria!

(1) Esto mismo sostiene *La Correspondencia de España*, como apuntamos en otro sitio, en su número del 8 de Agosto de 1900. «La muerte, dice hablando de Cánovas, no lo hizo más grande. Lo hizo más necesario, porque vivo no tuvo rival; ni tiene, muerto, sucesor». Sustituyóle, no obstante, Silvela, de quien el *Heraldo*, en su número del 11 de Junio de 1899, dijo: «El Sr. Silvela debutó ayer en la cabecera del banco azul, y en aquel sitio, donde se destacó tantas veces la figura altanera y arrogante del Sr. Cánovas del Castillo imponiéndose á la Cámara, sufrió el primer fracaso parlamentario el que se sintió con alientos para rebelarse y se creyó con fuerzas para sustituirle.»

Y *El Liberal*, en su número del mismo día, lo que sigue: «La toga de Cánovas es demasiado grande para el Sr. Silvela», refiriéndose al mismo discurso que el *Heraldo*.

(2) De lo que se ha desistido, al parecer, como indicamos al principio.

Bismarck, Thiers y Cánovas.

Bajo este epígrafe, escribe D. Juan Ibáñez Carrillo «que cuando las naciones atraviesan crisis difíciles y los pueblos creen que van á sucumbir, la Providencia saca de la nada á los hombres extraordinarios predestinados por ella para salvación y engrandecimiento de sus patrias.

Tales fueron, añade, en nuestros días, Bismarck, Thiers y Cánovas.»

•••

D. Agustín Perea Sánchez prescinde de la gloria política de Cánovas, exagerada por sus parciales y regateada por los adversarios, y tributa un recuerdo de admiración, no al estadista, sino al crítico, no al jefe de partido, sino al director de la Academia de la Historia.

•••

Para D. José Calvo Gaviá, la muerte de Cánovas no supone más que la desaparición del hombre de la vida real, tan sólo en lo que éste tiene de material y finito; el hombre genio, el verdadero hombre que siempre admirarán las generaciones, ese, no muere nunca; ese, vive eternamente como vive todo lo grande, como vive todo lo imperecedero...

•••

Ante el túmulo de Cánovas, escribe D. Federico Martínez el siguiente epitafio:

Detente, pasajero; ante esta tumba
descubre reverente tu cabeza,
porque aunque aspecto tumulario tiene
esta no es una huesa.

No descansan aquí los restos fríos
de la impura materia,
porque es polvo de gloria
lo que aún miras removida tierra;
porque en este suntuoso mausoleo (1)
duerme un célebre genio en paz eterna,
que esta cripta es el templo funerario
de graníticas piedras,
que al más esclarecido de sus hijos
una nación agradecida eleva.

A estos tristes versos sigue una especie de biografía crítica de D. Antonio Cánovas del

(1) Si élude al de Murcia, no se piensa en erigirlo ya.

Castillo, como diputado á Cortes por Murcia, escrita por D. Enrique Muñoz Montero. «Todo organismo humano, dice, ha de tener ineludiblemente un límite, y el privilegiado organismo de ese gran hombre lo ha tenido, cuando buscaba alivio á los naturales achaques de la vejez en un apartado rincón de la provincia de Guipúzcoa (1), al encontrarse, no con un anarquista, sino con un asesino...

¡ Los disparos que privaron de la vida al gran español, fueron las salvas que despidieron su alma á la inmortalidad!

Es mayor siempre, añade después, «un trabajador en pie, que un grande de rodillas»—dijo Franklin—y D. Antonio Cánovas, trabajador incansable, enamorado con amor platónico del estudio, hasta en sus últimos momentos, despreciando blasones nobiliarios, en estos tiempos ridiculos, ha abatido á todas las grandezas de la tierra con la no heredada grandeza suya, hija exclusiva de su laboriosidad irrefragable y sus relevantes y múltiples talentos.»

Habla antes de que Cánovas, «combatido siempre por sus adversarios y en los postreros años por sus propios amigos, aquellos á quienes él tendió sus protectoras manos para escalar los puestos desde donde habian de hacerle sentir, amargado, pero no vencido, los envenenados puñales de la más descastada traición,» y termina diciendo: «Después de la muerte violenta del Sr. Cánovas, ha entrado el remordimiento en muchas conciencias; grande es ya el número de los que en vida le escarnecieron y vejaron, que se han apresurado á declarar que jamás combatieron su persona; pero sí su política.»

.....

•••

Publica *El Diario* á continuación los siguientes versos de Mr. Torpin:

...Y para que mayor fuera
su resplandeciente gloria,
nos lo arrebató una fiera...
consignándose en la Historia
su fama imperecedera.

(1) El balneario de Santa Agueda lo frecuentaba hacía muchos años. No podía aún llamarse propiamente viejo al Sr. Cánovas, que al morir contaba sólo sesenta y nueve años, habiendo no pocos hombres públicos que pasan de esa edad, y aun de la de ochenta.

En sentir de D. Antonio Gómez, Cánovas no ha muerto : un hombre de sus condiciones, no muere nunca : surge constantemente el recuerdo de lo hecho por él ; de lo que nadie hace hoy. Era una esperanza salvadora ante el cúmulo de nuestras desdichas. D. Antonio Cánovas tuvo un fin desastroso para su cuerpo, excelente para su alma, que estará gozando de la presencia de Dios.»

* * *

Según D. José A. Serrano Alcázar, la sepultura que se ha dado á Cánovas, al hombre que llora España entera, es provisional ; pero, ¿cuál será la definitiva ? No hay más que una : para el monstruo, la maravilla ; para el gigante de talento y de aptitudes todas, único en la historia patria, el gigante de piedra, único en España... el mismo monumento erigido por Felipe II.

* * *

D. N. Clemencin Chápuli, dedica á continuación una flor de gratitud, como saben hacer todos los murcianos, á D. Antonio Cánovas del Castillo.

* * *

Y bajo el seudónimo de «Un ciezano», se dice que Cánovas era una gloria de la humanidad ; el estadista más grande de España.

* * *

Un recuerdo semejante, por lo benévolo, consagra al mismo D. Ramiro Picazo Farsá, á lo que siguen los siguientes versos de D. E. Martínez y Rebollo :

«Cayó como los héroes : en la arena de la revuelta lid ; mas no al acero de enemigo leal, sino al artero golpe de la traición, de audacia llena.

Bárbara ley que á sucumbir condena al hombre grande ante el sectario fiero, como perece el cándido cordero bajo las garras de asquerosa hiena.

¡Contraste horrible ! La virtud vencida en la tremenda lucha sostenida con la labor de un genio furibundo...

Que en todo tiempo la implacable saña que la vileza contra el bien entraña, pondrá en la cruz al Redentor del mundo.»

* * *

Bajo el epígrafe *Protestamos*, consagra una enérgica censura el Sr. D. E. Bermúdez contra el anarquismo, á que viene á adherirse en sentidas frases, que aparecen después en *El Diario*, D. S. Herrero, de Yecla, apareciendo, á continuación, los versos siguientes de don M. de Hoyos y Masegoza :

«Ayer alegría, sol.
Hoy sombra, tristeza, llanto,
un crimen, un... ¡ay ! de espanto
que lanza el pueblo español.
La mano de un homicida,
de un sér abyecto, de un vil,
de un asqueroso reptil,
logró arrancarte la vida.
Tras de la muerte, ¿qué resta ?
el recuerdo del ayer :
¡malhaya sea el poder,
que tantas víctimas cuesta !
Muerto de España el caudillo,
su defensor, no me extraña
que diga España : ¡Ay de España
sin Cánovas del Castillo !»

* * *

D. Tomás Galiana consagra unas sentidas líneas á la viuda del Sr. Cánovas y á éste ; otras D. Francisco Morenete, de Jumilla, diciendo que la historia dedicará al inmortal Cánovas una de sus páginas más brillantes.

* * *

Sigue á esto un notable artículo del Presbítero D. J. Rubio Valdés, que llama á Cánovas astro de primera magnitud en los espacios de la política, y figura gigante en la república de las letras, copiando unos trozos del discurso que pronunció el 8 de Abril de 1869. El artículo termina con el párrafo elocuente que copiamos :

«Como español, llevo en mi corazón algo del luto que envuelve á España, y como lenitivo á nuestra pena no puedo menos de exclamar : ¡ El Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo ha muerto víctima de un asesino, pero el señor D. Antonio Cánovas, vive ! Vive como permanece en la atmósfera la estela brillante del

astro que alumbró los espacios y dió belleza y color á la naturaleza. La Iglesia ha elevado al Cielo sus plegarias, las oraciones de sus hijos y el humo del bendito incienso, en sufragio de su alma. La prensa ha extendido ayes de dolor por todas partes, elogiando al propio tiempo las excepcionales dotes del que ha muerto como Prim y como Carnot. El luto que España viste es justísimo. Lloremos la pérdida del Sr. Cánovas del Castillo; oremos por el que fué Presidente del Consejo de Ministros; su memoria será perdurable. »

* *

No es menos notable el artículo que aparece á continuación del anterior, de D. Mariano Pérez Estéban:

«El que de las ínfimas capas sociales enaltece al necesitado, y del casi *detritus* social eleva al pobre, suscitó de modesto hogar al Sr. Cánovas del Castillo para que iluminase con las luces de su gigantesca inteligencia á su desventurada nación, por medio de sus obras literarias y grandilocuentes discursos en Parlamentos y Ateneos. »

.....

«Educado en nuestros gimnasios, formóse el gran estadista, en quien no penetrara el espíritu revolucionario de su época, estrellándose contra su corazón de hierro y su acerada inteligencia y palabra; distribuyó á granel honores y títulos nobiliarios, sin reservarse alguno, signo evidente de su ninguna ambición y democrático espíritu. »

.....

«Conmovernos debemos al ver postrados ante el féretro del gran estadista español, al eminente y patriótico tribuno Sr. Castelar y al honorable canciller alemán Mr. Bismarck; sí, porque personifican á la elocuencia que llora, sobre la yerta lengua del correcto hablista; y la dura é intransigente diplomacia, que vierte lágrimas sobre el destrozado y mármóreo cerebro del gran estadista de nuestros días: no envidiemos los nombres gloriosos de hijos que á otras naciones pertenecen; que si Inglaterra tiene á Gladstone, Irlanda á O'Connell, Francia á sus Richelieu y Mazarino, nosotros tenemos á Ximénez de Cisneros, Saavedra Fajardo y á Cánovas del Castillo. »

* *

Termina el número del *Diario de Murcia* con sentidas palabras de D. Felipe Blanco de Ibáñez, diciendo que «conoció á Cánovas desde los primeros años de la vida; le admiró siempre, porque como decía su tío *El Solitario* (don Serafín Estébanez Calderón), era un *embrión que daría mucho fruto*. »

Y en efecto, añade, D. Antonio Cánovas, el monstruo, como le llamaban los adversarios, es una gloria nacional...

Mañana, cuando se escriba la Historia del siglo XIX, se le llamará en España el siglo de Cánovas, como en Grecia se llama el siglo de Pericles y en Francia el de Luis XIV.

Cánovas no ha muerto; vive en la inmortalidad. »

* *

El Sr. Barnuevo y Rodrigo de Villamayor, Senador del Reino y Magistrado del Tribunal Supremo, que en el número extraordinario de *Las Provincias de Levante*, del 8 de Septiembre de 1897, publicó el notable artículo acerca del Sr. Cánovas del Castillo, que casi íntegro reproducimos anteriormente, ha escrito con fecha 14 de Agosto de 1900 una sentida carta al Sr. D. José Martínez Teruel, inserta en el *Diario de Murcia*, correspondiente al 14 del propio mes, recordando haber pasado tres años desde que una mano alevé y traidora arrebató — dice — á nuestro inolvidable amigo y gran hombre de Estado, cuya falta, sin agravio para nadie, se deja sentir con una fuerza incontrastable, poniendo de relieve aquellas facultades excepcionales que le elevaban sobre la generalidad de sus conciudadanos y le han dado derecho á la inmortalidad. Todo el mundo, añade, reconoce hoy la gran pérdida experimentada por la Patria; todos hacen justicia á su mérito y servicios extraordinarios, y rinden homenaje á su portentosa inteligencia, con la única excepción de aquellos espíritus mezquinos que no pueden traspasar la esfera de la envidia; y nosotros, como murcianos — dice, — tenemos que pagar antes que nadie el tributo debido á la memoria de Cánovas del Castillo, que nos dedicó especialmente su cariño y protección, y cuyo nombre resonará siempre en Murcia mientras que existan en ella almas bien nacidas.

.....

Cánovas pertenece á la historia. Su gloria re-

fleja en todos y el monumento que se le dedique será recuerdo grato para los que cooperaron á su gran obra (aludiendo á las de defensa contra las inundaciones).

Periódicos de Navarra

I

EL HERALDO DE NAVARRA

En un extraordinario que publicó el 8 de Agosto á las seis de la tarde, decía lo que transcribimos á continuación:

«Un hombre ilustre, de méritos excepcionales, que desde la esfera más humilde se había encumbrado, por propios relevantes méritos, á los altos puestos de la Nación, ha sido asesinado á manos de un maldito sectario.

¡Maldito, si, mil veces, el hombre instrumento de causa tan perversa!

Nuestra pluma se resiste á continuar, el dolor nos ciega y sólo tenemos frases de condenación para un hecho tan execrable, y oraciones pará pedir al Dios de las Misericordias acoga en su seno el alma del insigne hombre público D. Antonio Cánovas del Castillo.»

II

EL ECO DE NAVARRA

Escribía en su número del 10 de Agosto lo que copiamos á continuación:

El asesinato de Cánovas del Castillo.

«Un crimen horroroso, cometido á sangre fría y con estudiada premeditación, circunstancias que le hacen aún más odioso, ha privado de la vida á una ilustre personalidad política, al jefe del Gobierno español, al hombre en quien en las actuales circunstancias estaba confiado el honor de la Patria y la solución de arduos y graves problemas políticos.

El asesino, no sólo ha dado muerte á un

hombre, sino que ha sembrado la consternación en el corazón de los españoles, que ven con dolor el desgraciado fin que han tenido las excepcionales energías, las relevantes cualidades como hombre de Estado del difunto don Antonio Cánovas del Castillo, y quizás un presagio de que sufrirán agravación los males de la Patria, ó por lo menos se dilatará por algún tiempo su remedio.

Nuestra protesta contra el atroz crimen es tan grande, como lo es la indignación que sentimos contra el asesino, vil instrumento de una secta abominable y contra las criminales ideas que quieren destruir la sociedad.

Rogamos al Dios de las Misericordias haya acogido en su seno el alma del ilustre político asesinado por los temibles fanáticos del error.»

III

LA TRADICIÓN NAVARRA

En los números correspondientes al 9, 10, 11, 12 y 20 de Agosto, se ocupó de la muerte del Sr. Cánovas, contrayéndose principalmente á reproducir las noticias relacionadas con el triste suceso, y diciendo el día 9, como comentario al mismo, «que los amargos frutos de las libertades de perdición son cada día más claros y patentes; y quiera Dios, añadía, que escarmientos tan seguidos hagan abrir los ojos á los que se empeñan en conceder al error garantías y derechos de que sólo ha de gozar la verdad.»

En su número del 10, se esforzaba en demostrar que el hecho brutal que tanta consternación había producido, es menos grave que los que se cometen contra la fe, y añadía:

«Hablen, pues, de las complicaciones, trastornos y vicisitudes á que la calidad de la víctima podrá dar lugar; pero no se olvide que el hecho en sí no es más censurable que tantos otros que son tolerados por la sociedad actual.»

Escribía después que, como dada la posición de la víctima y las circunstancias por que atravesaba España, el atentado del balneario de Santa Agueda era el hecho que más llamaba la atención de los españoles, dedicaba largo espacio del periódico á la inserción de noticias relacionadas con el triste suceso.

En el propio número aparecía una breve bio-

grafía del Sr. Cánovas, y en el correspondiente al día 20 y bajo el epígrafe *Cabos sueltos*, reproducía juicios de *El Liberal* favorables para el Sr. Cánovas ó encomiásticos de su obra política, y hablaba de la oración fúnebre pronunciada por el obispo de Sión en los funerales del mismo, y en la que expuso que «Cánovas había sido el verdadero y más fuerte protector del orden social durante toda su vida política, defendiendo siempre ese poder en sus principales bases, cuales son el poder divino, el poder real, el social y el de la familia. Y no solamente afirmó esos poderes, sino que aún restauró los últimos al encontrarlos débiles al principio de la Restauración dinástica. Al advenimiento al trono de D. Alfonso XII fué Cánovas el adalid más firme del poder real.

Convirtamos este inmenso dolor que nos agobia—dijo para concluir el señor obispo—en plegaria; y elevando el espíritu á Dios ante esta tumba abierta, digámosle:—Tú, que eres el perdón y la infinita misericordia y fuente de toda esperanza y toda vida, escucha esta plegaria que se eleva de lo más hondo de nuestros corazones. No exageres los rigores de la justicia con esta noble España.

El hombre ilustre á quien lloramos tuvo fe; ni una palabra de negación surge de sus discursos ni de sus obras; fué un creyente, y pocos momentos antes de morir prosternábase ante el ara santa en el sacrificio de la Misa. Si tu esperanza le sostuvo, perdónale, Señor. Y pues no negó al Padre, al Hijo ni al Espíritu Santo, que ellos sean con él y le recompensen en la otra vida.»

*
*
*

Por último, en el propio número *La Tradición*, de Navarra, copió los siguientes párrafos de una carta escrita por el propio Sr. Cánovas, según decía, al Sr. D. Andrés Borrego:

«Para mí la Monarquía constitucional, que ni tiene ni puede tener otro representante que D. Alfonso en España, es hoy el único puerto de salvación que queda á los verdaderos liberales españoles.

«Lo he sido toda mi vida y moriré siéndolo con la tenacidad que distingue á todas las convicciones serenas; y doy gracias á Dios de que mi liberalismo esté de acuerdo con mi acendrado espíritu monárquico al defender,

como defendiendo, á D. Alfonso, que es, sin duda, uno de los príncipes de más altas prendas que España ha conocido hasta ahora. Si no fuera lo que es D. Alfonso, crea usted que estaría retirado hace tiempo á la vida privada.

«El partido á que toda mi vida he pertenecido, fué uno de los que hicieron, si no es ya que hizo él solo, la revolución de Septiembre.»

«Lo único que puedo afirmar es que, no habiendo recibido nunca el menor favor personal de la augusta dinastía de Borbón, ni tampoco agravio alguno personal de los hombres de la revolución de Septiembre, por nada entra la pasión en mi conducta. Toda política que conduzca lealmente al establecimiento de la libertad constitucional en España, tendrá mi sincero, desinteresado y constante apoyo.

«No es culpa mía que, sin D. Alfonso, sea de todo punto imposible, como probablemente es, el restablecimiento de la libertad constitucional. O D. Alfonso ó D. Carlos, ó la República federal y el cantonalismo: tales son los términos ineludibles de la cuestión.»

Periódicos de Orense

I

EL ECO DE ORENSE

En los números correspondientes al 10, 11 y 12 de Agosto dió cuenta minuciosa del asesinato del Sr. Cánovas, publicando telegramas y transcribiendo lo que decían los periódicos de Madrid. El día 13, y bajo el epígrafe *Cánovas íntimo*, después de manifestar que fué éste siempre un hombre apegado al hogar y al cariño de la familia, habiéndose casado dos veces, muy joven la primera (1), copió las siguientes líneas del propio Sr. Cánovas, como prueba de su culto á la mujer como reina y señora del hogar. «¡ Ah! La mujer no es sólo un objeto de deseo, de amor y de celos, de placer ó de entretenimiento, como de joven se piensa. Desde niño se experimenta, y desde edad

(1) Era ya, sin embargo, Ministro de la Gobernación.

madura se sabe, que hay un elemento en ella, *el eterno femenino de Goethe*, sin el cual nunca, en ninguna edad la vida humana está entera.»

Hablaba después de su boda con la señorita de Osma y de las comodidades con que vivía, y por último emitía el juicio siguiente sobre su persona :

«El Sr. Cánovas era, además de un gran estadista, un distinguidísimo hombre de mundo ; gustábale mucho la vida de sociedad y frecuentaba los salones, en los que brillaba su ingenio, como en los Parlamentos y en las Academias su talento. Nadie igualaba al gran orador en la conversación amena, en la oportunidad y gracejo de la frase, en el culto caballeresco á las damas, en todos los detalles, en fin, que le hacían notabilísimo en la vida social como en todo. No le gustaba ningún juego ; por higiene y recomendación facultativa, se dedicó una temporada al de billar, pero le abandonó muy pronto. Su distracción favorita era la lectura ; el mejor regalo que podía hacersele, el de un libro raro ó curioso. No dejaba de ir á las Academias á que pertenecía siempre que podía, y le gustaba conversar con sus compañeros los sabios que no eran políticos. Contra una leyenda muy extendida acerca de su carácter, era de un trato afabilísimo, sobre todo cuando no le preocupaban los negocios políticos y podía dar rienda suelta á sus expansiones. Tenía, como es natural, conciencia de lo que valía y una alta idea de su dignidad y de su decoro, lo cual se consideraba por el vulgo como orgullo, bien injustamente.»

* * *

En su número del día 14, *El Eco de Orense* escribía lo siguiente :

Impresiones políticas.

«No interrumpe la muerte de los hombres la marcha de la humanidad, y la historia de los pueblos no está supeditada á la catástrofe de una persona, por esclarecida que ésta sea. No es extraño, pues, que desvanecida en parte la primera impresión de estupor que produjo la muerte violenta del Presidente del Consejo de Ministros, se den los políticos á imaginar lo que ha de venir aquí, una vez terminados los funerales por el alma del señor Cánovas del Castillo.»

II

LA NUEVA ÉPOCA

El 10 de Agosto publicó el siguiente artículo :

«Bajo el peso aún de la terrible impresión que el crimen de Santa Agueda ha producido en nuestro ánimo, escribimos estas humildes líneas para protestar del horrible atentado de que ha sido víctima una de las primeras figuras de la política española.

Una existencia consagrada desde hace tantos años á la dirección de la nave del Estado, un prestigio reconocido en la política internacional y una garantía firmísima de nuestras instituciones, ha terminado violentamente por el plomo de un miserable.

Hoy España, lo mismo que ayer Francia, se agita tristemente impresionada por las consecuencias de un crimen fraguado tal vez allende los Alpes ; pero hoy, más que nunca, necesitamos de las energías y entereza de un pueblo esforzado para sobreponernos á esa horda de asesinos que se extiende por todas las naciones y que tiene su nido en Italia.

Reconocemos como una gran desgracia para la Nación la muerte de tan insigne patricio en estas circunstancias críticas por que atraviesa aquella, que sufre un rudo golpe con la pérdida de uno de sus hijos más preclaros.

El grito de ¡ Viva España ! que el Presidente del Consejo pronunció al caer bajo el artero pistoletazo homicida, sintetiza su amor á España y muestra una preciosa vida ofrecida en holocausto de la madre Patria. (Hace biografía).

Terminaremos aquí nuestra pequeña biografía, adhiriéndonos al sentimiento que hoy embarga á la Nación española por hecho tan nefando, y protestamos una vez más contra esa banda de miserables, que tiene por base de su idea el puñal del asesino ó el pistoletazo del salteador.»

* * *

Después, en su número correspondiente al 12 de Agosto, inserta el siguiente artículo, que titula *Tristes consecuencias*, y firma *El abate Flavió* :

«No es este el momento oportuno, ni yo el llamado á decir todo lo que valía aquella soberana inteligencia.

El arma del sectario que lo separó de nuestro lado, circundada con la aureola del martirio, interponiendo entre ella y nosotros el frío sudario de la muerte, desvanece los vehementes apasionamientos, los mezquinos prejuicios, los pasionales impulsos de partido y bandería y abandona á la Historia la triste misión de reunir los parciales que integrase su fecunda labor política para formular sin apelación el supremo juicio que á la crítica severa é imparcial merezcan sus hechos, del mismo modo que hoy abandona sus yertos despojos á las lobregueces del sepulcro, mostrándonos así el término de la humana grandeza. »

Pasa después á hacer consideraciones sobre la «cuestión social», propias de un periódico católico como él, y por último, en el número del día 13, insertó la alocución dirigida por el Gobernador de La Coruña á los habitantes de dicha provincia, con el triste motivo de la muerte del Sr. Cánovas, de la que publicamos alguna parte al final de lo escrito por la *Prensa de La Coruña*.

Periódicos de Oviedo

I

LA OPINIÓN DE ASTURIAS

Dicho periódico conservador, en su número del 9 de Agosto, se expresaba así:

Desgracia nacional.—Los rumores.

«A las seis y media de la tarde empezó á circular la noticia de que había sido asesinado en Santa Agueda el Presidente del Consejo de Ministros, Sr. Cánovas del Castillo.

El rumor se extendió por todas partes con la velocidad del rayo, y en el paseo, en calles y centros de reunión produjo impresión grandísima, indescriptible.

Nuestro salón de Cimadevilla se llenó de amigos y conocidos, que venían á informarse de la veracidad del rumor, que pudimos confirmarles por datos fidedignos que teníamos y que no quisimos publicar hasta que recibimos, con retraso explicable, el siguiente telegrama

de nuestro corresponsal. La noticia: «Madrid 8 (7,40 t.).—Urgente.—El Presidente del Consejo de Ministros, D. Antonio Cánovas del Castillo, ha sido asesinado en Santa Agueda. —Tomaseti.» Publicado por nosotros este telegrama en hoja extraordinaria, fué la primera noticia que tuvo el público en confirmación de lo que se decía. Así es que la hoja era materialmente arrebatada de mano de los vendedores, causando general consternación.

No se hablaba de otra cosa, y unánimemente carlistas y republicanos y dinásticos de todos los matices condenaban indignados el crimen horrendo de que ha sido víctima el primer estadista español, el más grande de los políticos de la edad presente, el hombre que en estos últimos tiempos mayores servicios ha prestado á su Patria. »

Los cuatro días siguientes el periódico se publicó con orla negra, insertando en el día 10 el interesante artículo que copiamos á continuación:

Desgracia nacional.

«La impresión que ha causado la noticia de la muerte del Sr. Cánovas del Castillo no permite aún comprender la trascendencia de la desgracia inmensa con que Dios prueba á esta desventurada Nación.

En todo este siglo no ha habido crimen que más sensación pudiera causar en los ánimos españoles. El asesinato de Prim se realizó en la lucha de los partidos; fué efecto de las pasiones que les agitaban y de la ambición dominante en aquella época de revueltas y asonadas. El asesinato del Sr. Cánovas á todos los partidos y á todos los hombres políticos ha producido igual indignación, porque de todos era respetado, y no había ningún patriota que dejase de hacer justicia al ilustre estadista.

El General Prim fué una víctima de la revolución que él mismo había encendido; el señor Cánovas es una víctima de los enemigos del orden social que él había sabido conservar y afianzar con leyes sabias y con la energía de su voluntad vigorosa.

Y en estas circunstancias difícilísimas que la Nación atraviesa, acaso las más difíciles en que se ha encontrado; cuando los pavorosos problemas pendientes, en cuya resolución está el porvenir de España, exigían todos los talentos y todo el patriotismo de un hombre

como el Sr. Cánovas para no matar la esperanza en el ánimo de los españoles, cae mortalmente herido por una bala homicida el estadista insigne que llenaba con su nombre el último tercio de este siglo en España, y perdemos el gobernante que tirtos y troyanos, cuantos saben amar á su Patria, consideraban insustituible. ¡Desgracia horrible, espantosa catástrofe!

Era el Sr. Cánovas el primer estadista español de los últimos tiempos, y no pecaríamos de exagerados si ampliásemos mucho la época en que aparece como el más eminente de todos. Llamábanle los extranjeros el «Bismarck español», y un enemigo suyo irreconciliable, don Manuel Ruiz Zorrilla, desterrado en París por la Restauración, contestaba á los escritores franceses que publicaron el álbum *Paris Murcia*, al consultarle acerca de las personalidades españolas más salientes que pudieran figurar al frente de aquel tributo rendido por Francia á la caridad y al afecto á España:

—«Deben ustedes poner el primero á Cánovas del Castillo, porque difícilmente podrá otra nación europea gloriarse de tener un hombre como él.»

Y era así, ciertamente. Porque el Sr. Cánovas reunía á su talento privilegiado, que hizo exacto en cierto modo el calificativo de *monstruo* con que han querido zaherirle sus adversarios, voluntad férrea, laboriosidad extraordinaria, patriotismo sin límites, honradez acrisolada y tal confianza en los recursos nacionales y en la grandeza del espíritu español, que no dudó un momento en los venturosos destinos de España. De penetración finísima, conocedor como pocos del arte de gobernar, de profundísimo saber en la ciencia política, erudito incomparable, orador grandilocuente, escritor de gran mérito literario, historiador, filósofo, economista, le eran familiares todas las ciencias y no se le ocultaba ninguno de los progresos de la época presente.

Su entereza de carácter era proverbial. Con su mirada de águila veía el camino que debía seguirse, trazábase una línea de conducta y firme en sus propósitos, y decidido en sus resoluciones, no cejaba hasta llegar á la meta y demostrar cumplidamente su acierto. Su serenidad y presencia de ánimo se avaloraron en mil ocasiones gravísimas, y especialmente en el conflicto de las Carolinas y en la muerte del Rey Alfonso XII. Cuando estábamos poseídos

del delirio de la guerra y gritábamos en el paroxismo de la locura «¡á Berlín!», y hasta el Trono parecía bambolearse ante las amenazas de los que querían llevarnos á una lucha con la nación más poderosa, el Sr. Cánovas ni un momento perdió la serenidad, y haciendo frente por un lado al conflicto internacional, y por otro conteniendo la agitación interior, sacó triunfante el derecho de España, y aquella fué, al decir de un ilustre político francés, la primera derrota que sufrió Bismarck en Europa. Nunca olvidaremos la impresión que nos produjo la lectura de las notas diplomáticas en que el Sr. Cánovas afirmaba nuestra indiscutible soberanía en el Archipiélago oceánico. Aquellos documentos bastarían para labrar la fama de un estadista, que medía las armas de la erudición y de la dialéctica con el hombre de Estado más célebre de este siglo.

El político ilustre, que había hecho la restauración del trono sin lágrimas ni sangre y había coronado aquella obra gloriosísima con la paz en la Península primero y en Cuba después, vió un peligro en la muerte del Rey Alfonso, que no dejaba rey sucesor, y supo con habilidad afianzar la Regencia y hacerla amada de todos los españoles.

Con su nombre llena el Sr. Cánovas la Historia de España desde el año 74, y la Restauración monárquica, que es obra suya, le debe la tendencia que le asegura la adhesión de los elementos políticos más opuestos, á quienes une el amplio espíritu del régimen creado por el hombre extraordinario que acabamos de perder.

En los veintitrés años de Restauración han sido contenidos los partidos extremos, perpetua amenaza de la paz interior, y se ha hecho respetar España en el concierto de las naciones, garantizando sus derechos coloniales en las Conferencias de Berlín y sus futuras aspiraciones en la Conferencia internacional, que por iniciativa del Sr. Cánovas se reunió en Madrid para tratar de la cuestión de Marruecos. Con su política económica protegió la producción nacional, elevándola á un grado de desarrollo que le ofrece el más risueño porvenir, y que la industria española recordará siempre con gratitud.

Y cuando en la paz se desenvolvían las energías nacionales, bajo este régimen político, estalla la formidable guerra de Cuba y corre peligro la integridad del territorio, las iniciati-

vas y los desvelos del Sr. Cánovas vencen de todas las dificultades que parecían insuperables, contestando á la insurrección con tal energía y suma de medios, que han sido la admiración del mundo, elevando considerablemente nuestro prestigio en todas partes. A la gravedad de esta guerra, secundada por la revolución filipina, agrégase la actitud poco tranquilizadora de los Estados Unidos, y estas dificultades diplomáticas pudieron haberse convertido en conflictos internacionales, de consecuencias incalculables, si el talento y el patriotismo del Sr. Cánovas no las hubiese sorteado con una habilidad de que ofrece pocos ejemplos la Historia.

El mérito de esta gestión del Sr. Cánovas no es bastante apreciado por los que desconocen la trascendencia de una frase imprudente, de un paso mal dado, de un acto precipitado, y la medida que asegure el derecho y evite á la Nación gravísimas complicaciones. Pero á cuantos juzguen desapasionadamente la gestión diplomática de este Gobierno, ha de maravillarles el tacto exquisito con que ha sido llevada por el hombre eminente para quien los más difíciles problemas de derecho internacional eran sencillas cuestiones, que su inteligencia penetraba en todos sus aspectos, con entera claridad.

La Historia, que empezará á escribirse ahora respecto de él sin apasionamientos políticos, le hará completa justicia y ha de reconocer que ninguno prestó más grandes servicios á su Patria.

Del crimen horrendo, ¿á qué hablar!...

* * *

Después hacía el mismo periódico la biografía del Sr. Cánovas del Castillo.

II

EL CARBAYÓN

El 10 de Agosto insertó el notable artículo que transcribimos á continuación, fechado el 9 en Infesto, con las iniciales J. G. :

Cánovas del Castillo.

« La Nación de los « tristes destinos » está de luto.

No bastaba que dos guerras coloniales des-

garrasen el seno de la madre Patria, consumiesen la sangre generosa de la juventud española y agotasen el Tesoro nacional ; no bastaba que la fatalidad llevase al fondo de los mares á cientos de bravos marinos, que hallaron, con el naufragio del *Reina Regente*, una muerte oscura y sin gloria ; ni bastaba que la agitación carlista amenazase por un lado la paz interior, y la agitación republicana, por otro lado, enconara los odios de los pueblos precisamente en momentos de suprema angustia, aquellos en que se libraban combates para defender la honra nacional y las glorias de la bandera española ; era preciso que sobre estas desgracias y sobre otras no menos hondas, un asesino hiriera mortalmente al hombre que era la más alta representación de la autoridad y de las glorias de un Estado, á D. Antonio Cánovas del Castillo, Presidente del Consejo de Ministros, el más leal y el más desinteresado servidor de su país y la más robusta columna de las instituciones de nuestra Patria.

Un italiano, una de esas fieras que las ideas anarquistas engendran y amanantan, dirigió á traición su arma contra el Sr. Cánovas y dos tiros resonaron : una bala hirió al Sr. Cánovas en el corazón, la otra en la cabeza.

Aquel corazón habíase inflamado y latido siempre en el amor á la Patria ; aquella cabeza habíase encendido y palpitado siempre en defensa de nuestra España y en el amor á la ciencia y á las Bellas artes.

El Sr. Cánovas, herido, llevó el último movimiento de su corazón, el último resplandor de su inteligencia, la última energía de su gloriosa vida á la lengua para gritar ¡ viva España ! Tales fueron sus últimas palabras, y ellas, sin duda, son el mejor testamento político del grande hombre que acabamos de perder.

Desde la muerte del Rey Alfonso XII, es ésta acaso la mayor de las desgracias que pueden afligir á España, por las circunstancias del hecho y por los problemas trascendentales que plantea.

Cánovas iba á caer en los setenta años de edad, pues nació el 8 de Febrero de 1828.

Hombre de Estado, orador, filósofo, poeta, literato, su memoria vivirá siempre en la Historia de España, y los frutos de oro de su talento atestiguarán la célebre frase de Martos : « Cánovas vale más que su país ».

A las detonaciones del arma traidora res-

pondió el espantoso alarido de indignación y de duelo lanzado por España, y que en este momento lanzarán todos los pueblos cultos de la tierra.

La muerte de un hombre como Cánovas es una gran desgracia nacional, de las que «no vienen solas»; y cuando la muerte es debida al plomo asesino, parece doble la desgracia y doble el duelo, por la indignación que causó y por el recargo de tristeza que nos abruma.

Asturias admiraba á Cánovas por su talento, por los servicios que había prestado á la Patria y por las glorias que había conquistado como sabio estadista, como orador elocuentísimo y como sabio eminente; y además de admirarlo, Asturias quería á Cánovas por el singular afecto que dispensó en todas ocasiones á este Principado y á muchos de sus hijos.

La admiración y la gratitud que Asturias debe al ilustre finado, no han de morir hoy, sino que vivirán en nosotros como aureola de su inmortal y prestigioso nombre.

Mediten los llamados á regir en adelante los destinos de nuestra Patria en las últimas palabras del estadista moribundo:

« ¡ Viva España ! »

Y tengan siempre, en pro de este pensamiento, el valor cívico y las energías poderosas que desplegó el grande hombre cuyo fin nos ha entristecido tan profundamente.

En adelante—Campoamor lo ha dicho,— « no habrá un solo español que, para honrarse á sí mismo y á su Patria, no se descubra reverentemente al pasar por delante de la tumba del Sr. Cánovas. »

* * *

El 11, bajo el epigrafe *Duelo nacional*, dice:

« D. Antonio Cánovas del Castillo, el gran patriota, el estadista eminente, el hombre cultísimo, ha muerto víctima de un infame asesino.

Allí donde fué á buscar la salud del cuerpo, quebrantada por los años, por el estudio y por los cuidados y sinsabores del gobierno, halló el término de su gloriosa vida.

Cuando el ilustre anciano recorría la prensa periódica, y acaso sentía emoción gratísima al poner los ya cansados ojos en la narración de algún hecho glorioso para nuestras armas, acaecido en Cuba ó Filipinas, alevoso y estúpido sicario tronchó su preciosa existencia,

pensando que así servía los ideales de la Humanidad. ¡ Bárbaro !

¡ Pobre Humanidad, si los designios del Altísimo permitieran el triunfo, siquiera momentáneo, de esa horda de cafres !

Todo buen patriota... ¿ qué digo ? todo buen cristiano, llorará hoy al esclarecido repúblico cuya trágica muerte, no merecida y por eso no esperada, llenó de consternación al país entero, que siente la pérdida irreparable del más ilustre acaso de sus hijos.

Sucumbe el héroe con muerte gloriosa en lucha sangrienta contra el enemigo de la Patria, y todos le lloran, aun reconociendo con lógica inflexible que su triste fin obedeció á la dura ley de su ejercicio. Murió dando muerte.

¿ Y qué no será cuando el anciano pacífico, débil de cuerpo, aunque fuerte de espíritu, amaestrado en las artes de la paz, en los secretos de la ley, en la gobernación de los pueblos y hasta ferviente devoto de la dulce poesía, cae para siempre herido por mano alevosa, sin justificación, sin lucha y hasta sin personal encono ?

— ¡ Viva España ! — gimió, más que gritó, al morir el Presidente del Consejo.

Bien podremos decir nosotros ¡ pobre España !

Descanse en paz el varón justo y sabio.

Y ruede pronto, pero pronto, la innoble cabeza del malvado agresor. »

J. G.

Infesto, 9 de Agosto de 1897.

III

EL CORREO DE ASTURIAS

Después de insertar en su número del 9 de Agosto dos telegramas que había recibido el día anterior y publicado en número extraordinario, dando la noticia del asesinato del señor Cánovas, decía:

« La noticia del asesinato del Sr. Cánovas comenzó á circular en esta ciudad en las primeras horas de la tarde, por telegramas que se decía habían recibido las autoridades y el General Muñoz, á quien, al parecer, se le dió orden de salir inmediatamente para Madrid.

A la prensa local no se entregaron los telegramas de su servicio particular hasta las nueve de la noche.

El triste suceso telegrafiado causó hondísima sensación, pues aparte de lo vituperable de tan nefando crimen, el Sr. Cánovas era una verdadera gloria de España, y su muerte en las actuales circunstancias puede ser de gran trascendencia para los futuros destinos de la Patria.»

* * *

El día 11 de Agosto añadía :

Nuestro duelo.

«No ha sido ciertamente Asturias, siempre hidalga y noble, la que menos ha sentido el infame asesinato de que acaba de ser víctima el ilustre Presidente del Consejo de Ministros, D. Antonio Cánovas del Castillo.

Ya hemos manifestado en nuestro primer extraordinario de anteayer la impresión tristísima que la infausta noticia produjo en esta capital, apenas el telégrafo hizo saber la terrible realidad de lo sucedido.

Y aunque nuestro periódico no esté afiliado á la política conservadora ni á ninguna otra, hemos de asociarnos de todas veras al dolor sincero que hoy embarga á la infortunada Nación española, que ha perdido, por el revólver de un vil asesino, á uno de sus hombres más preclaros y necesarios en las angustiosas circunstancias por que hoy atraviesa aquélla.

No podía ser español el autor de tan horrible crimen, porque en España se rinde culto ferviente al honor y á la valentía, que no caben ni pueden caber en quien, cobardemente y casi á presencia de la hoy desolada viuda, quita la vida á un septuagenario por muchos títulos digno de respeto y admiración universales, privando así á nuestra desgraciada Nación de una de sus más legítimas glorias.

El Sr. Cánovas del Castillo había visitado el país asturiano, donde tuvo ocasión de admirar los muchos monumentos históricos y artísticos que encierra esta noble tierra. Todos recordarán su solemne promesa de construir una carretera que desde Oviedo condujese á la iglesia de Naranco, de la cual se había como enamorado, promesa que el ilustre estadista no llevó á la práctica sin duda por no habérsela recordado alguno de nuestros prohombres asturianos.

¡ Descanse en paz el Sr. Cánovas, y Dios col-

me de consuelos á la distinguida señora que hoy llora tan tremenda desgracia, que si hacen suya muy justamente todos los españoles, resulta también grandísima para todos los asturianos! »

IV

LA CRUZ DE LA VICTORIA

Dió cuenta el 9 de Agosto del asesinato en Santa Agueda del Sr. Cánovas, limitándose, por carecer de tiempo para hacer detenidas observaciones sobre ese orimen, á condenar con toda el alma el proceder inicuo del anarquista italiano que, traidoramente, quitó la vida al mismo.

En su número del 11 decía que, siendo la situación angustiosa, vino á agravarla la muerte de Cánovas, que por algunos días paralizaría á lo menos el curso de las disposiciones tomadas para atender á las necesidades de la guerra.

V

LA UNIÓN REPUBLICANA

« Ante todo, protestamos con toda nuestra alma y con todas nuestras energías del asesinato de que acaba de ser víctima en Santa Agueda D. Antonio Cánovas del Castillo ; una vez más protestamos del derramamiento de sangre por cuestiones políticas ó sociales, y una vez más protestamos, á nombre de la humanidad, de la civilización, del progreso y del interés de las mismas clases trabajadoras, contra la infame « propaganda por el hecho », propaganda de reacción y de barbarie, hija de la degeneración física y moral producida por todo género de morbosidades en una parte de nuestros contemporáneos.

¡ El Sr. Cánovas ha caído bajo los golpes de la anarquía ! ¡ Imbéciles anarquistas ! ¡ Cuántas veces habíamos dicho, comentando con amargura la triste política del finado, que ésta conducía directamente al cesarismo ó á la anarquía ! Y los anarquistas le matan. Y le matan seguramente por espíritu de venganza, no para favorecer el desarrollo del anarquismo, que no tenía mejor auxiliar que la política de desprecio al derecho, á la legalidad y á la justicia ; le matan para vengar á los de

Montjuich, sin acordarse de que con éstos se había vengado á las víctimas de la calle de los Cambios, y por eso le mata un italiano, como respondiendo al fusilamiento de otro italiano.

¡Qué italianos esos!...

La *rendetta* de Aschery es para España una perturbación enorme, cuya trascendencia apenas podemos medir ni calcular en estos momentos. El Sr. Cánovas era algo más que un hombre: era un partido, el conservador, que no tiene explicación sin él; el sostén más firme de la Regencia; el verdadero fundador de la Restauración borbónica en España, á la que dió forma y vida en 1876, después de haberla preparado con una hábil campaña durante la revolución de Septiembre. Al desaparecer el hombre, desaparecen el partido, el sostén de la Regencia y el definidor perpetuo del dogma borbónico en España, hechos todos que implicarían en cualquiera otro país que no fuera el nuestro una serie de acontecimientos, transformaciones y hasta catástrofes. Pero aquí no sabemos lo que pasará. El pueblo español se ha convertido en un autómeta, que carece de voluntad y obra movido por los instintos y los hábitos. Como recibió la noticia del suceso trascendental de la muerte de D. Alfonso XII, recibirá probablemente la del asesinato de Cánovas, prevaleciendo el automatismo, á cuya vida efímera y menguada ha quedado reducido á consecuencia de una larga tutela, sólo inspirada en el bienestar del tutor y sólo armada de la violencia, el capricho y la arbitrariedad.

El autómeta no se dará cuenta sin duda de que el tutor ha muerto, el verdadero tutor, que así gobernaba al pueblo, como á la Dinastía y como á la misma oposición monárquica, á la que, de cuando en cuando, abandonaba el Poder para descansar. Ni se la dará de que, una vez más en la Historia de este siglo, se plantea el problema de la mayor edad ó de la nueva tutela.

Pero dejemos las consideraciones políticas para otra ocasión. No parece ésta, ante el cadáver ensangrentado de Cánovas, la más propicia. Pero sí lo es, no sólo para protestar, como lo hemos hecho, contra los criminales, sino para protestar también contra... esa extraordinaria policía que gastamos los españoles. »

* * *

En otro lugar del mismo número añadía :

« Ha muerto Cánovas.

Ante su cadáver nos descubrimos con respeto.

En vida le hemos considerado como uno de los hombres políticos más funestos para la vida de la libertad en España; como un Pidal de más talento y de más altura, cuya soberbia, altivez y convencimiento de sus méritos le hacía más bien aparecer Ministro universal que Presidente del Consejo de Ministros, y más que Ministro responsable, la verdadera encarnación de la realeza.

Hoy, muerto, al par que hacemos justicia á sus merecimientos, condenamos y execramos al asesino que acabó, por modo tan villano y miserable, con la vida de un español ilustre.

D. E. P. »

Oviedo 15 de Agosto de 1897.

Periódicos de Palencia

EL DÍA DE PALENCIA (1)

Por medio de un suplemento dió á conocer, el mismo día 8 de Agosto, á última hora de la tarde, el atentado contra el Sr. Cánovas, publicando en su número del día 9 lo que sigue :

Asesinato del Presidente del Consejo de Ministros.—El atentado.

« En la historia política de los pueblos se registran muy pocos crímenes tan odiosos, repugnantes é infames como el de que ha sido víctima el Sr. Cánovas del Castillo.

Hallábase este hombre público al frente de los destinos de la nación, no por ambiciones de poder, no por estímulos de vanidad ó de amor propio, sino realmente obligado por las supremas exigencias de la Patria.

Para que sus talentos de estadista fueran unánimemente reconocidos; para que sus

(1) Aunque, según tenemos entendido, en Palencia se publicaban á la sazón, además de este periódico, *El Diario Palentino* y *El Castellano*, solo hemos podido obtener copia, gracias al señor conde de Esteban Collantes, de lo publicado por *El Día* el 8 y 9 de Agosto, pues inútilmente procuramos encontrar números de los tres periódicos citados en la Biblioteca Nacional.

preclaras dotes de gobernante recibieran la sanción y el aplauso de todos; para que sus triunfos de hombre político le colocasen entre las más altas eminencias de Europa; para que su nombre pasase á la posteridad rodeado de universales respetos y de prestigiosas aureolas, nada le faltaba al Sr. Cánovas del Castillo.

Lo había dicho muchas veces y no era preciso que lo repitiera. En la conciencia de todos estaba que el Sr. Cánovas permanecía en el Gobierno por cumplir con el estrecho deber que le imponían las circunstancias, por hallarse al presente vinculada en su persona la satisfacción de las necesidades nacionales, por la viril abnegación que de él demandaban ahora los comprometidos intereses de España.

Las balas que acabaron con la vida del Presidente del Consejo de Ministros han ido, por consiguiente, derechas al corazón de la Patria. El perverso criminal no trató precisamente de borrar de la lista de los vivos un nombre que le estorbaba. Trató de herir al Estado en aquello que de hecho representaba y encarnaba la ilustre víctima. Estamos en presencia de un atentado social que conmueve y perturba á la Nación en las circunstancias más críticas y angustiosas para ella. Por eso es tan horrendo. Por eso la maldita secta que le fraguara se ha visto sin duda en la precisión de poner el arma homicida en manos de un vil extranjero.

Cánovas, en el supremo instante en que caía moribundo, con la rapidísima adivinación que engendran los últimos aleteos de un pensamiento enérgico y poderoso, dióse perfecta cuenta del verdadero carácter del atentado que se cometía. El Presidente del Consejo comprendió que los disparos lanzados contra su persona iban á dar de rechazo en algo que es fundamental para la vida de la Nación. De ahí que al sentirse herido, como evocación de los indeclinables destinos de la Patria, como hidalga y amorosa protesta de los hondos sentimientos lesionados, como conmovedor y preciso epílogo de una existencia consagrada al servicio de su país, gritase ¡viva España!

Esa exclamación lo compendia todo. El salvaje intento de los enemigos del orden social ha sido ahora asestado á la Patria española. Pero nada conseguirá en definitiva la desal-

mada turba de fieras que así rastrea por el camino de la destrucción y el exterminio. Mal que pese á sus criminales odios y á sus infames asechanzas, España vive y vivirá siempre, porque nuestra Nación es inmortal.

Cánovas del Castillo era una de las figuras más eminentes de la política por sus talentos esclarecidos y por los dilatados servicios prestados al país. Tenía sobre todos los demás hombres públicos la ventaja de que jamás descendió á las pequeñas miserias de lo bajo y de lo deleznable. Hasta sus más enconados adversarios le hacían la justicia de considerarle como estadista de altos vuelos y como gobernante de lealtad y de honradez intrachables.

Hábrá incurrido seguramente en errores y su conducta en las esferas del gobierno habrá sido muchas veces discutible. Pero nadie pudo negarle acendrado patriotismo y sana voluntad.

En las actuales difíciles circunstancias era Cánovas una de las personalidades que mayores garantías de acierto podía ofrecer á los elementos neutros del país, hayan dicho lo que quieran los partidos políticos de oposición.

Con la muerte de Cánovas pierde España uno de sus hijos más ilustres y uno de los políticos más sanos y respetables.

El villano atentado cometido en Santa Agueda es posible que origine perturbaciones hondas en la marcha de la política española.

Pero esto no sería, en medio de todo, lo más grave. Lo peor sería que el asesinato del Presidente del Consejo trascendiera, en la forma que es de temer, al campo de la rebelión cubana y filipina, para prestar algún aliento á los enemigos de España.

Esperemos que no suceda así, y quiera Dios iluminar con sus luces á todos los hombres de buena voluntad, para poder afrontar con el éxito anhelado lo contratempus que afligen á la Patria. »

Periódicos de Pontevedra

I

LA CORRESPONDENCIA GALLEGA

El lunes 9 de Agosto de 1897, después de publicar los telegramas de su corresponsal en

Madrid dando noticias del asesinato del señor Cánovas, decía :

Cánovas muerto.

« Murió, sí ; cayó el coloso de la inteligencia al traidor embate de miserable asesino ; cayó para no alzarse más, ostentando en sus manos el logrado honor de España, inmaculado, y la Historia le abrió su seno para en él cobijarle, orlada la frente con los inmarcesibles laureles de la inmortalidad.

La hidra revolucionaria, bajo el manto anarquista, personificada en Miguel Angino Golli, ha dado muerte, la más cobarde, al gran canchiller, al eminente tribuno é insustituible estadista que nos quedaba en las postrimerías del siglo XIX.

La Nación, Europa entera conmovida ante tan tremenda desgracia como hoy aflige los corazones de esta tierra hidalga é infortunada, protesta del acto miserable realizado por un italiano.

Al común concierto unimos la nuestra, al par que pronunciamos una plegaria por el alma de aquél que lo era de la ibérica Nación, honor de España, jefe ilustre del gran partido conservador y modelo de caballerosidades y prestigios.

¡ Descanse en paz el mártir de la Patria ! »

El número de este día de *La Correspondencia Gallega* terminaba con un gran cuadro de orla negra, y dentro de él escrito lo siguiente :

« El Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, presidente del Consejo de Ministros, murió asesinado en el balneario de Santa Agueda (Vizcaya) en el día de ayer.

La redacción de *La Correspondencia Gallega* se asocia al profundísimo duelo que embarga al partido liberal conservador y á la Nación española, y eleva al Todopoderoso sus votos más fervientes por el alma del ilustre finado. »

Pontevedra 9 Agosto de 1897.

* * *

Toda la primera página del número correspondiente al día 12, orlada de negro, la consagraba á Cánovas :

« Rogad á Dios por el alma del Excelentísimo Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, Presidente del Consejo de Ministros.

* * *

Después publicaba la biografía de Cánovas, y el número del 13 lo encabezaba con un artículo titulado *El Sr. Cánovas*, firmado por P. Ruiz Enríquez, que decía así :

« Ha muerto, sí, por la mano alevosa de un criminal fanático, llenando al mundo de estupor la audacia de esa locura. La Europa culta y oficial lamenta su pérdida como cosa propia ; España la llora y la siente como quien pierde algo que le enorgullece, que le da vida y le da calor.

Era un carácter, y los caracteres no abundan ya en esta Patria, sobre la cual hace algún tiempo se ha desencadenado el huracán de las grandes desgracias, como si el cielo pusiese á prueba el temple de nuestras almas, la fe de nuestro corazón.

La pérdida de un hombre eminente siempre ha sido sensible, pero el asesinato de un grande hombre, de una gloria de la política, de las letras y el Estado, es un crimen de lesa nacionalidad, y de ese crimen protesta España en general.

Algo de la vitalidad nacional ha desaparecido con el Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo ; preciso es confesarlo. La ciencia, el arte, la historia, y, sobre todo, la política nacional, se sienten heridas en sus entrañas con esa muerte, porque su figura, su importancia es de difícil sucesión en estos momentos.

Semejante al sol, en el orden sideral, en el mundo oficial, el Sr. Cánovas arrastraba en pos de sí gran número de planetas de nuestra política, por la atracción de su voluntad, el calor de sus ideas, la fuerza de su poder. Muerto él, la marcha de los asuntos de Estado se encuentra perpleja en su ruta, careciendo del impulso de su genio, y creemos que tardará algún tiempo en orientarse en ese piélago de dificultades por donde el ilustre político dirigía impertérrito la nave del Estado con esa serenidad envidiable del que sabe lo que hace y á dónde va.

Sólo él conocía esos resortes que es preciso mover para que el glorioso nombre de España no sufra quebrantos. En su mente, como en redoma de inapreciable valor, estaba guardado el secreto para poder abordar á puerto seguro después de larga y peligrosa borrasca...

Su capacidad y su patriotismo no se los regatea nadie, ni sus enemigos más significados, pues podía equivocarse en los procedimien-

tos de la política, pues en el mundo no hay hombre que no se equivoque alguna vez, pero la intención, en el fondo, era buena y patriótica como la que más.

Duro de genio y voluntad, iba derecho al objetivo sin cuidarse de lo que por ello pudiese padecer, pues semejante á esos exploradores incansables, prefería vadear los pantanos á bordearlos, afrontando sereno el peligro, la crítica y la censura, como un verdadero espartano.

Acaso esta tenacidad haya sido causa de su muerte, pero eso mismo le hace aparecer más grande todavía ante el mundo y ante la historia que ha de juzgarle.

Su nombre, su recuerdo, la memoria de sus hechos durará mucho tiempo en el ambiente nacional, saturándolo como si la huella de sus pasos fuese digna de copiarse por aquellos que vengan en pos de él á la gobernación del Estado.

El patriotismo del Sr. Cánovas constituye por sí solo una bandera que la mano de un asesino quiso plegar en torno de su tumba, pero que, por uno de esos arranques viriles de los que sólo España es capaz de ofrecer repetidos ejemplos en el transcurso de los siglos, esa bandera no se abate en su mástil, se despliega, flota, se exhibe á los ojos del mundo como si la sostuviese la misma ilustre víctima que llora España.

No podía ni debía esperarse menos de los españoles. Los mismos elogios que al muerto prodigan todos los partidos sin distinción, es prueba evidente de esa nobleza de alma que tantas veces nos ha salvado de los grandes peligros y nos ha hecho grandes en todas las edades. Sólo aquí, en esta tierra de la caballería y la nobleza clásica, se paga ese honroso tributo á la muerte del que en vida fué su adversario: se execra el crimen, se llora la desgracia.

España está en el deber de agradecerle á los partidos extremos esos rasgos de patriótica conmiseración de que han dado testimonio en estos momentos, reconociendo en el finado, á la par de sus virtudes, la importancia de su pérdida en la actual situación crítica y dolorosa de la madre Patria, á cuyo sostén se adhieren con abnegación sublime.

En medio de tantos males como nos cercan, el espectáculo de ese proceder es consolador, al extremo de arrancar lágrimas á nuestros

ojos, porque bajo el peso de la desgracia se siente palpar el espíritu nacional con alicantos de gigante.

Cánovas ha muerto; pero España, al vestir los lutos de esa gran desgracia, es la España de siempre, digna, sublime, heroica y grande, que no se intimida con las arrogancias de los fuertes ni los crímenes del anarquismo.

Sus balas nos han arrebatado un grande hombre, una gloria nacional, pero no han podido abatir el ánimo de un pueblo viril, que los execra y los maldice. Por fortuna el asesino no es español, y eso lo dice todo en favor de la víctima y de España. »

• * •

En el número del día 14 el propio periódico publicaba la siguiente

Instantánea.—¡Viva España!

« ¡Qué idea atravesó la mente del ilustre estadista en los últimos momentos de su vida?

¡Fué su amor inquebrantable á la madre Patria? ¡Fué la sospecha de que la agresión procedería de los enemigos de España?

Sólo Dios lo sabe.

Aquella inteligencia privilegiada, apagada repentinamente por el golpe fatal del asesino, dejó escapar sus últimos destellos con una dedicación sublime de abnegación y cariño hacia esta Nación sostenida por él con la fuerza poderosísima de sus talentos y sus energías.

¡Viva España! gritó D. Antonio Cánovas al caer exánime, como si quisiera dedicarla lo único que le restaba que consagrarle, su sangre y su vida.

¡Viva España! debemos exclamar ahora, secundando aquél grito del alma los españoles todos, unidos en una idea común, al hacer frente á los conflictos que ha de originar la falta del primer hombre de la Nación española, y enlazados en una idea común, con unanimidad de miras, con el patriotismo que sintetizó el último pensamiento del inmortal patrio, resolver con calma y sin egoismos los arduos y difíciles problemas que su muerte han originado en nuestro organismo social y político.

Un pequeño consuelo queda en nuestra alma después de sentir hondamente la desgracia nacional que hoy nos aflige.

Que el asesino del Sr. Cánovas *no es español*.
¡Viva España!»

II

LA OPINIÓN DE PONTEVEDRA

Decía el lunes 9 de Agosto de 1897 :

El atentado contra el Sr. Cánovas.

« A las cuatro de la tarde empezó ayer á decirse por algunos que el Presidente del Consejo de Ministros había sido víctima de un atentado en Santa Agueda. Momentos después adquirió todos los caracteres de certeza el hecho.

El señor Gobernador acababa de recibir primero un telegrama dándole cuenta de que un individuo de nacionalidad italiana había disparado varios tiros sobre el Sr. Cánovas, dejándole gravemente herido, y á los pocos minutos se le participaba en otro despacho que había muerto.

A la sorpresa que produjo la noticia, sucedió luego la indignación general en todas las clases. Los enemigos políticos del Sr. Cánovas condenaban con la misma indignación que sus partidarios el criminal atentado y se dolían, como nos dolemos nosotros con toda el alma, de que existan en medio de la actual sociedad gérmenes de destrucción, que Dios sabe á dónde pueden conducirnos si á tiempo no se acude con energía á la extirpación del mal, de que no son más que manifestaciones locales esos acontecimientos que siembran el terror y el espanto.

Hemos creído siempre, hoy nos afirmamos más y más en nuestra opinión, que al anarquismo no se le hará desaparecer sólo con leyes represivas, que suelen vivir muchas veces para presentar como mártires á los ejecutores de sus crímenes. El bisturí del operador tiene que ir más hondo, y sin miramientos de ninguna clase, arrancar la inmundicia allí donde quiera que aparezcan vestigios de su devastadora acción.

Mientras esto no se haga, mientras las capas más bajas de la sociedad no adquieran la convicción por el ejemplo que la acción penal de las leyes alcanza por igual á ellas que á las más elevadas, el orden será ficticio y el crimen estará siempre á la orden del día. »

• •

El mismo periódico, en su número enlutado del día 14, escribía lo que sigue :

« La Redacción de *La Opinión*, respondiendo á uno de sus más íntimos sentimientos, une sus plegarias á las que todas las Autoridades de la provincia y pueblo de Pontevedra elevaron hoy al Altísimo, en el templo de Santa María la Mayor, de esta ciudad, por el eterno descanso del sabio estadista *Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas*.

¡ Que El, que es la infinita bondad, al escuchar las oraciones que en medio de nubes de incienso subieron hoy hasta las gradas de su excelso trono, fije su mirada en esta Nación afligidísima por inmensas desdichas é ilumine con un destello de su sabiduría á la egregia y virtuosa Señora que, en nombre de un Rey niño, rige nuestros destinos ! »

III

EL DIARIO DE PONTEVEDRA

En sus números del 9, 10 y 11 de Agosto, reprodujo las noticias recibidas sobre el asesinato del ilustre estadista, como le llamaba, Sr. Cánovas, publicando en el del 10 una sucinta biografía del mismo y reproduciendo en el del 11 un artículo de *La Época*, encomiástico de las cualidades del mismo.

IV

EL NOTICIERO GALLEGO

Semanario destinado á fomentar los intereses morales y materiales del Magisterio.

El 18 de Agosto de 1897, escribía en un cuadro cerrado de orla negra, lo que sigue :

« El Presidente del Consejo de Ministros, *Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo*, fué vilmente asesinado por un anarquista napolitano en el balneario de Santa Agueda el domingo 8 del actual.

El hijo del humilde maestro de escuela (1), que con sus talentos se había conquistado el alto puesto de primer estadista de España, que era considerado por amigos y adversarios políticos, y admirado por todas las naciones, ya no existe.

(1) Fué Director, como en otras partes de este libro se dice, de las Escuelas públicas de Málaga.

El Noticiero Gallego, que no es político, pero sí amante del orden, á que rindió siempre culto el Sr. Cánovas; que ha visto siempre en él al patricio ilustre, amante verdadero del país que le vió nacer, se asocia al duelo nacional que tan desgraciado suceso ocasiona, y ruega á sus lectores un recuerdo en sus oraciones para el alma del finado.»

Periódicos de Salamanca

I

EL FOMENTO

El 9 de Agosto :

Crimen nefando.

«El ilustre hombre público, el eminente estadista, la gran figura de la política española de veinte años á esta parte, el jefe del partido liberal-conservador y actual Presidente del Consejo de Ministros, ha sido vilmente asesinado en el balneario de Santa Agueda, por un anarquista napolitano llamado Rinaldi.

El sentimiento y el dolor, tienen que ser generales en toda España y unánime la indignación en todos los países civilizados. Es difícil prever las consecuencias que puede traer para la patria la muerte del Sr. Cánovas del Castillo. Nunca como ahora en que tantos y tan complejos problemas se hallan sobre el tapete, siendo el principal el de las insurrecciones de Cuba y Filipinas, por lo mismo que atañe á la integridad del territorio, estábamos necesitados de hombres del talento, de las energías y de la virtud cívica del que acaba de perder España. Valiente como pocos, pues cuando las turbas desenfundadas por odios políticos, se lanzaron sobre él en actitud agresiva en Zaragoza, Madrid y otras localidades, tuvo suficiente serenidad para recibir las con la sonrisa en los labios, así como ayer, al sentir el arma del asesino, tuvo un momento de vida para dar un grito desgarrador dedicado á su bendita Patria, cuya exclamación subsistirá por siempre grabada

en las páginas que la Historia dedique al gran patricio.

La maldita secta anarquista que privó á Francia poco ha de un Presidente, querido y adorado de sus súbditos, el llorado Carnot, la misma que sembró el pánico en la Ciudad Condal, ha cubierto con un velo negro la estatua de la dolorida como majestuosa España. No bastaron, no, las leyes últimamente dictadas de represión del anarquismo, para hacer temblar el brazo de las fieras humanas. Hácese preciso un acuerdo de todas las naciones del mundo para aniquilarlas, cometan delitos ó no. Basta sólo la prueba de que profesan tan perniciosas ideas.

¡Descanse en paz el elocuente orador, célebre historiador y distinguido tribuno!

Al protestar con todas nuestras energías de tan inicuo atentado, como el Sr. Cánovas del Castillo en sus últimos momentos, terminaremos estas líneas gritando ¡Viva España!

Día 13 :

Hechos y frases de Cánovas.

«Cánovas del Castillo era una figura política de primera fuerza, pero además de gran político era, usando de la frase común, *mucho hombre*. Conocedor de su mérito y orgulloso de su talento, odiaba la falsa modestia y aborrecía los convencionalismos que tienden á encubrir hipócritamente el valor personal con alardes de humildad que, la mayoría de las veces, no son sino manifestaciones fingidas de orgullo y petulancia. Así, pues, Cánovas tenía fama de soberbio y orgulloso, siendo así que, lo que por soberbia y orgullo se tomaba, no era más que pura sinceridad.

Para poner de relieve el carácter típico del eminente hombre de Estado, basta dar á conocer algunas de sus frases y hechos originales, como lo era todo en él é hijos de esa independencia de ánimo, del que tanto partido han querido sacar sus detractores y que en nuestro sentir constituye la más indispensable condición de todo hombre que, por razón de sus dotes intelectuales, debe imponer á los demás su personal criterio.

Cánovas había entrado en el derecho penal vigente la ilegalidad de las propagandas republicanas. Acerca del particular, decía un amigo suyo :

—Tengo entendido que nuestros abogados insignes, alguno también de tu propio partido, no están conformes con semejante interpretación del Código.

Así decía Castelar, y contestaba Cánovas:

—¿Qué importa eso? Los abogados de nota saben bien el derecho civil, que es el derecho de los ricos, pero no saben el derecho penal, que es el derecho de los pobres.

Se cuenta que, ejerciendo en cierta ocasión la Presidencia del Consejo de Ministros, llegó á Palacio y le obligó un grande de España á dejar el bastón de junco al momento de acercarse á la Cámara del Rey; Cánovas dejó el bastón. Pero á las veinticuatro horas estaba reformada la etiqueta interior de Palacio, y á las cuarenta y ocho Cánovas pasó delante del grande haciendo molinetes con el bastón.

En cierta ocasión asistió á un entierro, miró el acompañamiento, conoció á todos los personajes del duelo, hizo el recuento de la ilustre comitiva y volviendo la mirada al féretro donde iba el cadáver, le preguntó al que tenía á su lado: ¿pero se ha muerto el del ataúd ó me he muerto yo?

II

EL ADELANTO

En el propio día escribía lo que copiamos á continuación:

Victima ilustre.

•El telégrafo transmitió ayer la triste noticia de la muerte del Sr. Cánovas del Castillo, víctima de un infame atentado anarquista. El público arrebatava de las manos de los vendedores los extraordinarios de la prensa local, y al comentar el suceso, de todos los labios salían protestas de indignación contra el feroz asesino.

La manifestación de pena era unánime en los hombres de todos los partidos políticos, sin exceptuar los enemigos de las instituciones vigentes.

Cuando se consuma un crimen abominable, no caben en pechos hidalgos sentimientos egoistas y mezquinos.

La Historia juzgará algún día al político

que tanto ha influido en los destinos de la Patria.

Hoy, ante su cadáver, solo es ocasión de olvidar sus desaciertos para acordarse de su patriotismo y grandes dotes de estadista.

El Sr. Cánovas, así lo han reconocido amigos y adversarios, era una de las más grandes figuras de la España contemporánea. Sus talentos y energías, aplicadas á la gobernación de un pueblo próspero y fuerte, hubieran dado frutos que no dieron en este país degenerado y decadente.

Su trágica muerte agiganta su figura.

Los momentos son criticos.

Nada tan difícil como predecir hasta dónde habrán alcanzado los disparos de Rinaldi.

Con ellos ha sido rota la normalidad de vida del régimen imperante, y en tanto que se organizan trabajos de reorganización, no siempre fáciles, pudieran ocurrir sucesos no previstos.

Hagamos votos por que de esta agravación de la crisis que sufrimos, salgan ilesos los sagrados intereses de la Nación, superiores á todos los demás.

Descanse en paz el ilustre hombre de Estado.

Y unamos la nuestra á la protesta de todas las conciencias honradas.

III

EL LÁBARO

El 9 de Agosto se expresaba así:

Cánovas.

•El telégrafo, con su cruel rapidez y lacónismo, ha difundido por todas partes la triste nueva de que el Presidente del Consejo de Ministros, Cánovas, ha sido víctima de un atentado.

La mano criminal que ha disparado contra Cánovas, le ha anticipado la gloria. En justicia, hoy todo el mundo, amigos y adversarios, han de reconocer las cualidades que le adornaban, han de rendir tributo á aquellos sus verdaderos méritos, que ya en vida le tenían muy por encima del nivel ordinario.

Puede decirse que el Sr. Cánovas no ha muerto, pues hoy empieza á vivir la vida de la fama indiscutible é imperecedera, y hoy,

al hablar de Cánovas, se piensa en Alejandro y en César, y en todos aquellos grandes hombres, temiendo que sus funerales sean sangrientos.

Hombre de conocimientos universales, de energía no común y de habilidad suma, era él muy capaz para, siquiera no estuviera siempre á la misma altura, que de los humanos es el errar, hacer frente á los conflictos diplomáticos y salvar las situaciones difíciles, como lo son las que hoy atravesamos, y lo fueron las de los días en que Alemania intentó arrebatar nos las islas Carolinas.

Es indudable, cualquiera que sea nuestra opinión acerca de su política y de sus actos de Gobierno, no podemos menos de reconocer la influencia en la vida de nuestro país de tan ilustre y superior talento.

No estamos á la postre tan sobrados de personalidades, que no lloremos la pérdida del que sabía pensar y sabía abandonar las comodidades y el bienestar de un opulento hogar, por atender á la enojosa dirección de los negocios públicos.

¡Un anarquista, otro insensato más, ha sido el que ha segado tan importante vida! ¡Qué lección para los encargados de legislar y de vigilar por la sociedad!

Precisa, más que nunca, volver los ojos al cielo y pedir misericordia, pedir perdón para el alma grande de Cánovas, para el miserable extraviado, víctima á su vez de las modernas predicaciones, y para esta desgraciada Nación tan castigada por tristes acontecimientos.

Escribimos bajo la impresión de suceso tan enorme, y nuestro pecho acongojado y nuestra inteligencia embargada, no nos permiten discurrir, sino solo dolernos de la enormidad del crimen, de la significación del hecho y protestar contra tamaño atentado al principio de autoridad y Gobierno.

Cánovas, al ser herido, ha dado una última prueba de su energía y patriotismo gritando al criminal: ¡Infame! ¡Viva España! Hoy la Nación entera, como oración fúnebre, debe repetir en elogio de Cánovas: ¡Viva España! »

Periódicos de Santander

I

EL CANTABRICO

Con señal de luto y el epígrafe en gruesos caracteres, *Asesinato de D. Antonio Cánovas*, publicó el 9 de Agosto el artículo que, íntegro, insertamos á continuación.

« Cuando más arreciaba la enemiga de sus émulos, cuando se discutía acerca de su anunciada caída del Poder, una mano alevosa, ajena á los grandes problemas internacionales é interiores, que de su pericia y su talento pendían esperando solución, puso fin á su laboriosa existencia.

No es hora de exponer sus méritos ni los servicios prestados á la Patria, que fueron grandes, y sí de protestar indignados contra esa agresión brutal y traidora que borró su nombre del número de los vivos, causando honda perturbación política en nuestra Nación.

Toda conciencia honrada, todo aquel que no haya abdicado de su naturaleza racional, debe unir su protesta á la de esta pobre España.

La mano criminal de Bollio ó Rinaldi, como se llame el cobarde asesino del Sr. Cánovas, no solamente ha quitado la vida á un gran estadista, á un sabio, á un eruditísimo literato, sino que, trastornando la marcha de la cosa pública, coloca á España en situación tan extremadamente crítica, que pocas la habrán igualado en la larga historia de los últimos cien años.

Fué necesario que el autor de tan villana como reprobable acción viniese de fuera, naciese lejos de esta hidalga tierra, que no engendra traidores, pues á pesar de todos los compromisos de secta, de todos los desvarios de una imaginación enferma, el amor á la Patria sobrepuja á todo otro sentimiento, y ningún español se ha decidido, por grande que fuera su odio, á poner su mano sobre quien personificaba una política, una agrupación que viene luchando á brazo partido, con más ó menos acierto, contra los eternos enemigos de nuestro nombre y nuestros derechos.

Como españoles, como hombres, protestamos con todas las energías, con toda la vehe-

mencia posible, de ese traidor y cobarde asesinato, obra más de tigres que de seres humanos, y nos asociamos al duelo nacional, que llora la muerte del patricio que ha llenado con su nombre el último tercio del presente siglo, y que, sean cuales fueren sus desaciertos políticos, como pretendían sus enemigos, tuvo en tan alto grado el amor á esta desventurada Nación, que al caer bajo las balas de su infame asesino, en ese momento supremo en que el instinto de conservación debe gritar y superponerse sobre toda otra idea, aún tuvo viriles alientos para gritar ¡ viva España ! »

* *

A continuación, y bajo el epígrafe *Consecuencias*, publicó otro artículo sobre las que estaba llamada á producir la muerte del Sr. Cánovas, indicando que otro Gabinete conservador no parecía probable, por no haber en tal comunión política un hombre de los prestigios del finado.

* *

Inmediatamente después, y bajo el epígrafe *D. Antonio Cánovas del Castillo*, dió á luz una breve biografía del mismo de las mejores que se han publicado, y de que tomamos los párrafos siguientes :

« Ni amigos ni enemigos del notable hombre de Estado que acaba de sucumbir víctima del nefando crimen de un enemigo del orden social, rindiendo debido tributo á la justicia, debemos consignar que su muerte, en las difíciles circunstancias por que atraviesa España, constituye una verdadera desgracia nacional. »

.....

« Trabajando con incansable afán por la Restauración de la dinastía de Isabel II, vió coronados sus esfuerzos en 1874, y aunque preso en los días que siguieron al grito de Sagunto, salió de la prisión para ocupar la Presidencia del Consejo de Ministros, en virtud de los amplios poderes que tenía de la familia real.

Desde aquella fecha ha venido siendo alma y vida de la Monarquía de ambos Alfonsos ; en 1881 cedió el Poder á los liberales ; lo recuperó en 1883, y en 1885, al morir el Rey, dió ejemplo, no conocido en nuestros anales contemporáneos, de previsión y tacto político, de-

jando el Gobierno y aconsejando la subida del Sr. Sagasta ; en 1891 volvió á presidir el Gabinete conservador, y desde 1895, empezada ya la rebelión de Cuba, ocupaba el alto puesto de Presidente del Consejo de Ministros.

El Sr. Cánovas no solamente fué en política uno de los primeros y el primer hombre de Estado de nuestros tiempos, sino que también fué historiador distinguido, orador político, filósofo, literato y sociólogo, como lo acreditan sus obras *La campana de Huesca*, *Historia de la decadencia de España desde el advenimiento de Felipe III hasta la caída de Carlos II*, *Problemas contemporáneos*, *Estudios literarios*, *El Solitario y su tiempo* y otras, entre ellas un tomo de *Poesías* y un artículo en la preciosa obra *Los Meses*, editada con gran lujo por la casa Henrich y Compañía, de Barcelona.

Era académico de la Historia desde 1859, y de la Lengua desde 1865, y tenía gran número de condecoraciones nacionales y extranjeras, entre ellas la tan preciada del Toisón de Oro.

Su talento, desinteresés y patriotismo eran grandes y reconocidos por sus propios adversarios ; su influencia en la política nacional pesaba aun en la oposición, y con él pierde la Patria uno de sus hijos más ilustres y la Monarquía alfonsina uno de sus más firmes sostenes. »

* * *

Finalmente, el resto de la primera plana de dicho número lo consagró á noticias sobre el asesinato del Sr. Cánovas y efecto producido en Santander.

* * *

En su número del día 10 publicó *El Cantábrico* otro sentido artículo con el título de *Impresiones*, reflejando las que había producido en todo el país, y aun en el extranjero, el bárbaro atentado, que creaba para España situación tan difícil, y á continuación decía lo que sigue :

« ¡ *Ráfagas políticas!*... ¡ Sección destinada á buscar noticias políticas y ponerlas en solfa!... ¡ Qué sencillo es esto de ordinario ! ¡ Qué difícil en las circunstancias actuales !

Veintitantos periódicos llevo leídos antes de coger la pluma, y nada encontré en ellos que me sirviese.

Por caminos más ó menos directos, en cuanto los periódicos dicen, se llega siempre á Cá-

novas, porque en España Cánovas lo era todo.

Pero Cánovas ha sido asesinado villanamente, y la máscara de la risa que estas *Ráfagas* inspira cede su puesto á los crespones que simbolizan el llanto.

Mas... la obligación contraída con el público es lo primero. »

* * *

Lo demás del número lo dedicó, en gran parte, á noticias relacionadas con el crimen de Santa Agueda, manifestaciones de duelo, actitud y frases de personajes políticos, suspensión de fiestas, etc.

* * *

Por último, en el número correspondiente al 11, se ocupó, con el encabezamiento de *El Sr. Cánovas y La Prensa nacional*, de los sentidos párrafos dedicados en general, y especialmente por la madrileña, á su memoria, copiando muchos de ellos; y después, como en los días anteriores, insertó multitud de noticias y telegramas relacionados con el asesinato de aquél, traslación de su cadáver, pésames, misas de *Requiem*, frases de hombres políticos y manifestaciones de duelo.

II

LA ATALAYA

El día 9 de Agosto se expresaba así :

« ¡ D. Antonio Cánovas del Castillo ha sido asesinado ! El político que durante tantos años dirigió la vida del país ; el hombre al que estaban confiados en estos momentos de suprema crisis la defensa del honor y de la integridad nacional ; el que era considerado como más firme sostén de la Monarquía, ha descendido al sepulcro de un modo trágico, inusitado, terrible.

Como católicos, como españoles, como hombres honrados, no podemos dejar de protestar llenos de indignación del crimen que borró del número de las existencias humanas la del estadista conservador. Innecesario será excitar el celo de los Tribunales para que éstos, de un modo rapidísimo, aplicando el rigor de la ley, castiguen al asesino ; pero esta es una aspiración del pueblo y de ella debemos ser intérpretes los que para el pueblo vivimos y de sus deseos somos eco. Conmiseración sin límites

para la víctima y deseos de una pronta justicia, son hoy los sentimientos que conmueven el corazón de la Patria.

En estos momentos en que el Sr. Cánovas del Castillo habrá sido juzgado por el tribunal de Dios, la crítica humana debe enmudecer. Cuando los blandones que hoy alumbran su cadáver se apaguen ; cuando la tierra que ha de cubrir sus cenizas se endurezca ; cuando las pasiones hoy excitadas se amortigüen, podrá el historiador y el político juzgar al jefe conservador que durante un largo período influyó de un modo trascendental en la vida del país. Hoy... hoy es solo día de deplorar y sentir la muerte alevosa del hombre que, en medio de sus grandes equivocaciones y de sus innegables errores, jamás desmintió su amor á la Patria en que naciera. ¡ Viva España ! exclamó al morir el Sr. Cánovas del Castillo ; este grito debe hacer callar los juicios de todos los españoles en estos momentos de desconsuelo. »

.....
.....
.....

* * *

La Atalaya, en su número del 10, y bajo el epígrafe *Conjeturas*, se ocupó de la situación política y sucesión en el Poder, diciendo que el partido conservador lo debía, no á la virtualidad de las ideas y del programa que conservaba, sino al hombre que perdió...

Con igual epígrafe publicó otro artículo en su número del 11 sobre la llamada, suponiendo que se realizase, del Sr. Silvela, el mayor enemigo político, según dicho periódico, que tuvo el Sr. Cánovas.

Periódicos de Segovia

I

EL ADELANTADO

Este periódico, de intereses morales, materiales, ciencias, literatura y artes, que se publica los jueves en Segovia, dedicó al Sr. Cánovas, en su número del 12 de Agosto, con señales de luto, el artículo siguiente :

Cánovas del Castillo.

«Cuesta trabajo mover la pluma, buscando la apropiada frase que retrate bien la indignación despertada por el odioso crimen de que ha sido víctima el ilustre D. Antonio Cánovas del Castillo.

¡Pobre España, víctima escogida de todos los fanatismos! En los comienzos de este siglo el fanatismo de una teocracia implacable llevaba al patíbulo á los hombres ilustres de las Cortes de Cádiz, que no habían cometido otro crimen que el de amar á su Patria. Ahora, en las postrimerías de este mismo siglo, un fanatismo igualmente odioso escoge sus víctimas entre los hombres más ilustres de todos los países, y encarga al puñal ó la dinamita el cumplimiento de sus implacables sentencias.

Ayer, Carnot. Hoy, Cánovas del Castillo. Bajo el régimen republicano, lo mismo que bajo el régimen monárquico, el asesinato político es el mayor de todos los crímenes. Porque además de lo que el crimen tiene en sí de odioso, su autor puede por un momento erigirse en árbitro de los destinos de un pueblo, imponiendo la propia y mezquina voluntad á todas las fuerzas y todos los intereses sociales que ese pueblo representa.

Ante el sepulcro abierto de D. Antonio Cánovas del Castillo, no queda otra cosa que hacer que condenar al asesino y rezar á Dios por el alma de la víctima.

Cuando la Historia haga su balance escribirá frases de admiración para el orador ilustre, y también frases de censura para el apasionado gobernante. Entre tanto el más vulgar instinto social aconseja la necesidad de responder á la bárbara violencia que representa la muerte del Sr. Cánovas y á la voz que demanda la defensa de tantos intereses comprometidos.

Descansen en paz el que fué jefe ilustre del partido conservador.»

II

LA TEMPESTAD

Periódico joco-serio, que tan sólo se publica una vez por semana, como el anterior, dió á luz, en su número del domingo 15 de Agosto, un retrato del Sr. Cánovas, seguido del artículo que, en parte, transcribimos á continuación:

Cánovas del Castillo.

«Un miserable, en nombre del anarquismo y uniendo la vileza á la traición, privó de la vida al eminente hombre de Estado D. Antonio Cánovas del Castillo, echando sobre los tristes horizontes de esta desventurada España el negro capuz de una angustia más.

No es español el asesino, y el consuelo que sentimos al consignar este dato es para el orgullo patrio sello que cierra lo que guarda la conciencia de todos.

No habría español, por envilecido y degenerado que fuera, que hubiese atentado contra la vida del jefe del partido conservador, porque aun contando con el candente luchar de las ideas, Cánovas era una gloria española, un orgullo de la Patria, y aquí luchamos en todos los terrenos que engrandecen, no descendemos á la degradación cuando combatimos lo que es nuestro.

Reputado el Sr. Cánovas como una gloria europea, su gran figura política merecía los respetos de todos, y antes de estos angustiosos momentos, Crispi, Faure, Carnot, Gladstone, Bismarck, Olney y todos los hombres que rigen Estados, han rendido homenaje de justicia al talento y á la altiva arrogancia de los profundos conocimientos de nuestro primer hombre de Estado.

La grandeza de Cánovas se denota desde su cuna.»

Siguen á continuación datos biográficos del mismo, de todos conocidos, y termina así:

«Conocedor de la situación de esta desdichada Patria, buscaba el remedio á tantos males con el tesón del que espera sin impacencias, con la calma del que supedita al cerebro los movimientos del corazón, aunque para ello hubiera de caer envuelto entre el torbellino de la opinión al abismo del descrédito.

Ya no piensa aquel gran cerebro que destruyó artera bala; ya no late el corazón del que fué gloria de España; ya al descender al sepulcro D. Antonio Cánovas se ha elevado á las páginas de la Historia.

Respetemos su memoria, hagamos justicia á sus méritos y pidamos al cielo que el luto que España viste por el gran hombre de este siglo sea el último crespón que cubra la bandera de la Patria.»

III

EL AMIGO DEL PUEBLO

De origen más reciente que los anteriores, el semanario católico tradicionalista consagró el 14 de Agosto un razonado artículo al atentado contra el Sr. Cánovas, del cual copiamos algunos párrafos :

El asesinato de D. Antonio Cánovas del Castillo.

« Una semana va ya transcurrida desde que se cometiera el horrible atentado que privó de la existencia al ilustre estadista Presidente del Consejo de Ministros y jefe del partido conservador, y todavía sigue ocupándose la opinión y la prensa con el interés natural que ha suscitado, así de las circunstancias del hecho como de las consecuencias que para la Patria puede producir. Y no son de extrañar en manera alguna esa insistencia é interés de la opinión pública en ocuparse del asunto.

La importancia política del interfecto, su valer é inmensa significación para las instituciones vigentes, las gravísimas circunstancias por que está atravesando nuestra Nación, empuñada en dos sangrientas y costosísimas guerras, aparte de nuestra triste y aflictiva situación en el interior, y hasta los detalles mismos del crimen, cometido por un extranjero con el más decidido ánimo, con la más completa tranquilidad, y llevado sólo por el fanatismo del odio contra toda autoridad y contra la sociedad entera, revisten el hecho de tales caracteres, que no sólo España, sino toda Europa, ha sentido los efectos de la indignación que en toda conciencia honrada no puede menos de producir tan salvaje agresión, tan horroroso asesinato.

No hemos de ocuparnos de lo que tan informados están ya nuestros lectores por las diarias y extensas relaciones publicadas por toda la prensa, ni de las consecuencias que en el desenvolvimiento de los sucesos futuros pueda producir para la Patria, porque no podemos preverlas, sino de hacer alguna ligera reflexión que el hecho de que nos ocupamos no ha podido menos de sugerirnos. »

.....
.....
.....
.....

Terminando el artículo así :

« Y como cristianos y católicos, no podemos tener tampoco para los que han traspasado los umbrales de la eternidad, como el infortunado Sr. Cánovas del Castillo, más que una oración y una plegaria.

¡ Que Dios haya acogido en su santo seno el alma de nuestro hermano ! »

H. O.

Periódicos de Sevilla

I

EL CONSERVADOR

Su número del 11 de Agosto, con orla de luto y una fotografía del Sr. Cánovas, lo consagró por entero á la muerte del mismo, escribiendo lo siguiente :

Cánovas.

« ¡ España está de luto ! El hombre público cuyos talentos eran la admiración del mundo, y cuyas virtudes cívicas constituían una gloria de la Patria ; el político eminente que había consagrado su larga vida al estudio de los más arduos problemas sociales, para llevar el fruto de su saber á la gobernación del Estado ; el íntegro y honrado ciudadano que por sus acrisolados é indiscutibles méritos habíase elevado desde la más modesta posición social á los más distinguidos cargos que un pueblo puede conferir, ha muerto villanamente asesinado por una mano criminal en los momentos en que buscaba reposo al ánimo y vigor al cuerpo, para proseguir con la fe y la energía de siempre la dirección de los negocios públicos y la resolución de los complicados problemas en que desdichadamente se ve comprometida nuestra desventurada Patria.

¡ Sólo un miserable y cobarde extranjero ha podido atreverse á cometer tan horrendo crimen !

.....
.....

La redacción de este periódico, que vió la luz pública al calor y al entusiasmo desperta-

do por la inolvidable figura del Sr. Cánovas del Castillo, que desde su primer número viene consagrado á sustentar los grandes ideales y fórmulas de gobierno de tan preclaro maestro, se asocia de todo corazón al luto nacional, y pide á la Providencia eterna gloria para el ilustre muerto, y paz y ventura para esta desdichada España, que á la serie de penalidades y desgracias que con heroica resignación viene soportando, hay que agregar el horroroso crimen cometido en Santa Agueda.»

Homenaje á Cánovas.

«Día de luto y duelo nacional ha sido el 8 de Agosto para España; en él ha perdido al ilustre hombre de Estado D. Antonio Cánovas del Castillo.

En momentos tan difíciles para la Patria, era la garantía de todos el verlo al frente del Gobierno.

Si es verdad que los laureles sólo crecen sobre las tumbas, ¡qué grandes no serían sus méritos, cuando amigos y adversarios se los reconocieron en vida! Así no es de extrañar que hoy, unánimes todos, tan alto los pregonen.

Mas esta unanimidad en los elogios, si sirve por una parte de consuelo al amigo que llora, ¡cuánto no aumenta el sentimiento del español que por aquellos mismos comprende el inmenso vacío que su pérdida es para la Patria?

El ha muerto como vivió, grande en la plenitud de su poder, y mártir por la defensa de los principios conservadores de la sociedad.

Llorémosle para dar un desahogo al alma, y cuando repuestos volvamos á admirarle, debemos pensar en que las ideas anárquicas que guiaron la mano del asesino, al dirigirla contra él, lo eligieron porque pensaban que era una de las más firmes columnas que sostenían este edificio.»

A. R. DE RIVAS.

Pro Patria mori æternum vivere.

«¡Viva España! fué la última frase que pronunciara antes de morir el insigne hombre cuya pérdida deploran los buenos españoles.

Ella es compendio y síntesis del sentimiento

sublime que alentaba al que sacrificó su actividad, su poderosa inteligencia y su vida toda al servicio de la patria.

Esas dos palabras suponen un mundo de ideas y de sentimientos; con ellas grabó en el libro de nuestra historia y en el templo de la inmortalidad su nombre y sus generosos ideales.

Murió el más ilustre de los españoles, dechado de talentos, de instrucción y de carácter, cualidad ésta indispensable á todo hombre de Estado.

Fué un carácter tan bien templado y de tan buena cepa, que para hallarlo igual hay que remontarse á los tiempos gloriosísimos de nuestro gran cardenal Ximénez de Cisneros.

Como él, aquietó el país desconcertado, convirtió la anarquía, en tiempos aún más difíciles que aquellos, en orden y progreso, atajó ambiciones, terminó guerras desastrosas y encauzó la marcha progresiva de España, interrumpida por el hervor de las pasiones políticas de triste memoria.

Lucieron en él, como en Cisneros, el talento profundo, la doctrina sana, el carácter indomable, el amor á España, la altivez, hija de los propios merecimientos, el tesón con los grandes y la dulzura y bondad con los pequeños; como el gran cardenal, nació en humilde cuna y como él todo se lo debió á sus virtudes y grandezas.

La pérdida de D. Antonio Cánovas del Castillo es mayor y más trascendental de lo que á primera vista parece, aun pareciéndolo mucho; pero él nos dejó el remedio envuelto en su último suspiro.»

MANUEL GÓMEZ IMÁZ.

Cánovas del Castillo.

«Cualidad primera de los hombres que rigen los destinos de un pueblo, ciertamente es el amor patrio, que inspira é impulsa en el alma que lo alienta resoluciones salvadoras, cuando las naciones pasan días de desventura.

Aquel atributo fué ornato del estadista insigne que acaba de morir bajo las balas del asesino extranjero; con su amor á España, cuyo nombre invocaba en las angustias de la muerte, deja enseñanza imperecedera á los que hayan de sucederle en la difícil empresa de poner

remedio á los males graves que nos aquejan, y borra para siempre el erróneo juicio de cuantos, creyéndole impulsado de otros sentimientos, no vieron en Cánovas el hombre que abandona el reposo del hogar para dejarlo todo en aras de la Patria.

Su mirada de águila, don no discutido, que reveló siempre aquella inteligencia singular, encontraba remedio inmediato, cuando los demás caminaban desorientados en los graves conflictos de la vida pública.

Convencido de lo acertado y de lo provechoso, trabajaba con voluntad inquebrantable, cerrando los oídos á la accrada crítica y á la injuria, para ir derechamente en busca del fin que vió como el mejor de todos.

Por ello, fué Cánovas superior á cuantos le rodearon; por ello, alentaba y defendía con palabra llena de fuego juvenil sus propósitos de gobierno; y por ello, cuando el error de otros dificultaba lo que creía mejor, abandonaba el oneroso mando, antes que retenerlo en menoscabo del bien público.

Ante los restos inanimados de un hombre, enmudecía siempre la censura apasionada, para dar plaza al juicio sereno y para aquilatar los actos y propósitos del que ya no puede ser rival de ninguno.

.....
.....
.....

Cuando estudiaba la más grave de las cuestiones que afligen á España; cuando luchaba por retener ese pedazo de nuestra tierra, librándolo de extraña codicia; cuando descubría poderosos recursos, desconocidos de todos; y cuando en su vigorosa inteligencia buscaba los medios de conservar la isla regada con sangre española, sin menoscabo de nuestra honra y de nuestros intereses, una mano desconocida cortó alevosamente la existencia del español insigne.

¡Que Dios le haya dado eterno descanso, y que el partido conservador guarde los ejemplos de tan esclarecido patricio, buscando siempre el bien público, ennobleciendo la política y repitiendo constantemente, y en las aficciones de la Patria, las palabras que sellaron los labios de su ilustre jefe.»

ANTONIO ANDRADE NAVARRETE.

Homenaje á la memoria de Cánovas.

«El nombre de Cánovas despierta en todos los corazones el alto concepto de esta noble España, cuyo heroísmo crece al compás de los infortunios que la aflijen.

Esta inquebrantable asociación de ideas y de sentimientos, que brotan en la conciencia pública, atestiguan la grandeza del bien y la extensión del reconocimiento que le debemos, y es la más alta recompensa que pueden obtener los hombres que como él consagran su vida al servicio de la Patria.

¡Viva España!»

G. LUPIAÑEZ.

* * *

«Ante el inmenso duelo que nos embarga, al ver extinguidos los resplandores del más soberano ingenio político de nuestra Patria, en este período de desventuras, las almas fuertes deben sobreponerse al infortunio, animadas de la esperanza de que nunca el futuro destino de un gran pueblo puede depender del alevoso puñal de un malvado.

Existiendo la virtud, el bien y la sabiduría, siempre triunfarán de las asechanzas del del crimen, de la maldad y de la ignorancia.

Reserva la justicia divina un puesto en el cielo á los mártires de la Patria, así como la humanidad ciñe inmarcesible corona de gloria á las sienes de aquéllos, y perpetúa su nombre de generación en generación y de siglo en siglo.»

J. GESTOSO.

* * *

«En Cánovas, como en haz luminoso y brillantísimo, se concentraron tan múltiples aptitudes, que se necesitó estar dotado de vista de águila para mirarlas sin deslumbrarse.

Mas la cualidad en que sintetizarse pueden todas las que distinguieron al ilustre estadista, es la revelada por sus últimas palabras, que por sí solas, atendida la ocasión en que las pronunciara, son motivos suficientes para que su nombre constituya, con justicia, una página gloriosa en la historia de nuestra Patria.

Con amor acendrado quiso á España durante los días de su existencia; y al desaparecer de entre el número de los vivos, su

pcstrer aliento ha sido para esta Nación, su unico recuerdo en aquel supremo instante y para la cual anhelaba días de ventura y felicidad cuando dijo: ¡Viva España!

Descanse en paz español de tanta valía.»
ANTONIO VERGER Y FABIÉ.

Triste tributo.

«Desde mañana reposará en el panteón de la familia nobilísima de Osma, el cuerpo inerente de nuestro ilustre Cánovas, gloria y orgullo de España.

Cánovas escucha en la región donde todo se olvida y todo se perdona el triste gemido de la Patria, huérfana de su incomparable talento, las plegarias de la Iglesia, los sollozos de su viuda y el rezo de sus deudos.

Deshojemos sobre su tumba todas las flores de nuestros jardines. Pongamos en ella los trofeos de nuestras victorias, que todo lo merece quien ha sabido morir por la Patria, cuyo nombre ha inspirado su último aliento.»

ANTONIO DE LEMUS.

¡ !

«Las deplorables consecuencias que el horrible crimen cometido en la persona de don Antonio Cánovas acarreará á nuestra Patria, no pueden apreciarse ahora en toda su magnitud, ni es tampoco la ocasión más adecuada. Hoy sólo lloramos la víctima y execramos al ser, quien con mil vidas que tuviera, no purgaría su tremendo delito.

D. Antonio Cánovas era el tutor de la Nación española y el hombre que nos representaba ante el mundo civilizado. En los destinos de la Patria desempeñó siempre papel principalísimo, lo mismo desde la Presidencia del Consejo de Ministros que desde la oposición. De él puede decirse: «La Historia de España durante los últimos veinticinco años, resultaría inexplicable si se borrara el nombre de Cánovas del Castillo.»

JOSÉ MARÍA DEL REY.

La nota del día.

.
.
.

«Dentro de la justicia, ¿qué adversario ne-

gará lo que valía, la inteligencia poderosa de que estaba dotado y los servicios que á la política habia hecho el estadista que acaba de expirar?

Ocupar un día por el favor ó la intriga tal ó cual cargo importante, bullir al amparo de tales ó cuales circunstancias, elevarse con rapidez hoy para ocultarse mañana, todo esto lo vemos con frecuencia. Pero mantenerse años y años al frente de un partido político, sostener la lucha de tantos elementos, resistir una y otras situaciones difíciles, imponerse á las voluntades rebeldes y llegar sobre todos á que se le considere el más alto, ciertamente que no lo consiguen sino los que de verdad son mucho.

Cuando se escriba un día la historia del reinado de D. Alfonso XII y la menor edad de su hijo, cuando imparcialmente se juzguen los actos de esta época, la figura de Cánovas del Castillo, que tan íntimamente va unida á estos dos Monarcas, aparecerá en toda su importancia; y al ser depurados sus actos como gobernante, sus condiciones de estadista, sus hechos parlamentarios, habrá de seguro elogios no dictados por el interés, ni por agradecimiento del favorecido, sino elogios justos y que siempre serán tenidos en cuenta.

La Patria guardará para él un recuerdo y clevará más de un monumento á su memoria. La generación actual se honrará con haberle tenido por coetáneo.

La Monarquía, que tanto le debió, le echará tal vez de menos en momentos de crisis que pudieran sobrevenir.»

MANUEL CHAVES.

II

EL DIARIO DE SEVILLA

«Un miserable, fanatizado por las doctrinas de esas escuelas que sacan las consecuencias á las premisas sentadas por el liberalismo, ha asesinado villanamente á D. Antonio Cánovas del Castillo, jefe del Gobierno español.

En estos momentos excepcionales para España, con todas las energías de nuestra alma protestamos contra las escuelas monstruosas que á cada instante llenan de espanto á la sociedad, especialmente contra los oportunistas que las engendraron, principales responsables de cuanto ocurre; y ante el cadáver de quien

siempre combatimos, de quien ya habrá dado cuenta de sus actos al Juez Supremo, decimos piadosamente: Dios lo haya perdonado.»

III

EL BALUARTE

«El Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, Presidente del Consejo de Ministros, ha sido asesinado de una manera vil en Santa Agueda...

La noticia es funesta, y no habrá un español que no se subleve ante tamaña felonía, cometida contra el eminente hombre de Estado que tan justa reputación llegó á alcanzar en toda Europa.

Hijo del pueblo, nacido en la esfera más humilde, supo elevarse, por la virtud de su talento, á los primeros puestos de la Nación, que siempre vió en él, antes que al hombre político, al gran patriota.

Dotado de singulares aptitudes, brilló en las diferentes manifestaciones del saber humano, siempre con su propia luz, porque su poderosa inteligencia supo y pudo abarcar las artes y las letras, la ciencia y la filosofía, demostrando su pasmosa actividad y envidiable comprensión.

Al caer víctima del plomo asesino, dicen que gritó: *viva España!*, demostrando palmariamente que era su constante preocupación.

Nosotros nos descubrimos ante el cadáver de ese anciano ilustre, que se lleva á la tumba la energía viril de aquellos antiguos hombres de Estado que, si tuvieron la torpeza de creer y sostener ídolos, tuvieron el valor y la virtud de posponerlos siempre ante los sagrados intereses de la Patria, para ellos más grande que todas las coronas y todas las realezas.

¡Descanse en paz!»

IV

LA UNIÓN MERCANTIL

«Nuestra alma padece en este momento grave congoja, entristecida por la noticia del asesinato del ilustre patricio, del gran español, del sabio estadista D. Antonio Cánovas del Castillo, víctima del furor de un sectario de esa hez, de esa herrumbre de las sociedades modernas, denominada anarquismo.

Sí; D. Antonio Cánovas del Castillo era una gloria nacional, y España—¡qué decimos!—la humanidad entera sentirá este suceso por la ley de la solidaridad que antes indicábamos. Si hay algún español tan imbécil y tan malvado que no se afija, que no lleve luto en el corazón en este gran duelo de la Patria—lo que no creemos,—ese no es digno de la hidalga tierra española; ese tendrá por hermanos á las panteras de Java ó á los chacales del desierto.

Así como en la tumba del capitán del siglo no hay otro epitafio que el nombre *¡Napoleón!*, así también la necrología del mártir no debe contener otras palabras que éstas: *don Antonio Cánovas del Castillo ha muerto asesinado por un villano anarquista; las últimas frases de la víctima fueron un ¡viva España!* Aquel grito de *viva España!* compendia la vida, los hechos y los pensamientos de Cánovas del Castillo. Vivió para la Patria y murió por la Patria.»

V

EL NOTICIERO SEVILLANO

«A la serie de criminales hechos cometidos por los sectarios del anarquismo únese el suceso triste que constituye la dolorosa actualidad.

Era el Sr. Cánovas del Castillo la figura de más legítimo prestigio entre las de la España política contemporánea, y su muerte representa para nuestra desgraciada Nación una doble pérdida: la del honrado ciudadano y la del estadista que las circunstancias requerían para guiar la nave del Gobierno en los instantes de crisis suprema que atravesamos.

Ahora sólo se debe sentir, porque la muerte del ilustre hombre público que pierde España es un duelo nacional, y ante sucesos de esa sensible importancia y de esa magna trascendencia, únicamente el sentimiento encuentra libre paso para manifestarse con toda su espontaneidad.

¡Dolor, dolor grandísimo por la pérdida del español de grandes alientos y de mayor patriotismo que presidía el Gobierno de S. M.!

¡Abominación para el infame sectario que tan horrendo crimen ha perpetrado!

Estos son los sentimientos que en los actuales instantes predominan entre nosotros, y esos serán también los que seguramente do-

minarán en el resto de los españoles y en todo el mundo civilizado.

¡ Dios haya acogido en su seno el alma del Sr. Cánovas, y Dios depare á España un sucesor digno del gobernante que nuestra Nación pierde! »

VI

EL PORVENIR

« En este momento luctuoso, en que la Patria llora al primero de sus hijos, ceden las pasiones para dejar paso expedito á la justicia.

Los adversarios del grande hombre, sus mismos enemigos, reconocen lo inmenso de la pérdida.

Un Plutarco que trazara hoy *Vidas paralelas* tendría que remontarse muy alto para hallar, entre los grandes personajes de la Europa coetánea, términos de comparación.

Sólo Edwart Gladstone, en Inglaterra, y Othon Bismarck, en Alemania, han podido llegar á su nivel, pero no sobrepujarle. Y aun más afortunado que ellos—que fortuna es, para los que han ofrecido su vida en holocausto de la Patria, perder su sangre por ella.—nuestro gran compatriota no extingue en un sosegado retiro las postrimerias de su existencia, sino en lo más crudo de la lucha y al grito de ¡ viva España!, única frase digna de aquellos labios, que jamás se abrieron sino para verter, en frases inmortales, las más sagradas inspiraciones del patriotismo, de la honradez y del genio.»

VII

LA REGIÓN

«Escribimos bajo una tristísima impresión. El Presidente del Consejo de Ministros, el jefe de partido, el estadista insigne, gloria de España y honra de Europa, ha muerto asesinado en los momentos en que la Patria se hallaba más necesitada de sus servicios.

La Nación llora en estos momentos la muerte de su hijo más ilustre; el partido conservador, la de su caudillo más bizarro; la Monarquía, la de su más leal y decidido servidor; el derecho, la justicia y la moral, la de su campeón más resuelto; los otros partidos, en fin, la de un adversario franco y noble, siempre dispuesto á las grandes transacciones y á las grandes

sacrificios, que no menoscabasen las altas prerrogativas de la Corona.

España está de duelo.»

«Todo fué grande en aquel hombre. En la oposición supo, á diferencia de otros jefes de partido, ser todavía más fiel servidor de su país que cuando el Rey le llamaba á sus consejos. Lo que en estos hizo, todo el mundo lo sabe.

Creó la Patria, creó la Monarquía, creó el orden, creó el crédito y creó—sin querer crearla—una reputación que, pasando las fronteras políticas de los Estados, dióle tan universales prestigios, que su nombre llegó á colocarse al lado de los repúblicos más eminentes.»

VIII

EL PROGRESO

«La tribuna parlamentaria, la Academia, el Ateneo, tendrán que vestir de luto por la muerte de una de sus más gigantescas figuras; y la historia en el porvenir, con el crisol de la crítica en que depura las verdades, vendrá á colocarlo en el lugar en que sus merecimientos le habian señalado puesto de antemano.

Ha muerto Cánovas en el momento mejor de su vida; en plena lucha y cuando más patente se hacia el realce de sus méritos y condiciones; cuando más presente ha podido estar á la memoria de las multitudes y á la reflexión de los hombres pensadores.»

«Cuando ocurren catástrofes como éstas, que afectan á la generalidad, viene inmediatamente un movimiento de aproximación, de atracción, de simpatía y de mutuo apoyo, con el que parece como si la pía naturaleza quisiera dar en el mismo infortunio el arbitrio posible para aminorar sus efectos.

Descanse en paz el enérgico hombre de Estado, cuyo nombre va unido á los episodios más importantes y trascendentales de nuestra historia contemporánea.»

IX

EL ORDEN

«El telégrafo nos comunicó la fatal nueva. El distinguido jefe del Gobierno, el eminente

estadista gloria de España, D. Antonio Cánovas del Castillo, ha sido villanamente asesinado por un sectario del anarquismo.»

• • •

«Nosotros, sostenedores entusiastas y decididos de las inmutables bases sobre que descansa la sociedad, protestamos con todas las veras de nuestra alma del acto inicuo llevado á cabo por ese infame asesino, y pedimos á los representantes de la Justicia que ésta sea inexorable ó imponga inmediato y enérgico castigo á ese criminal desdichado que, obrando á impulsos del fanatismo más odioso, ha privado á España de uno de sus hijos más ilustres.

Que el castigo sea tan fuerte como grande ha sido el delito.»

X

EL ESPAÑOL

«Pocas veces se verá sentimiento tan unánime y repulsión tan general hacia el autor del crimen como en esta ocasión.

Sólo cuando el asesinato del Presidente de la República francesa, de Carnot, muerto también á manos de otro anarquista italiano, se vió ese pesar general por la víctima y ese horror universal hacia el miserable asesino.

Entonces, como ahora, el verdugo de esa obra inicua pareció buscar el corazón más puro y patriota de la Nación para hundir el puñal criminal, así como aquí el plomo fatal fué á sepultarse en el cerebro privilegiado cuyos pensamientos todos iban encaminados á procurar el bien del país y de la Monarquía.

• • •

Olvidando todas las mezquinas ambiciones y los vulgares odios en beneficio del bien común, se podrán salvar los inconvenientes y los peligros de esta situación, sin que no por eso dejemos de lamentar la pérdida irremplazable del gran patriota, cuyo aciago fin lloran hoy cuantos se precian de buenos españoles.

No olvidemos nunca su muerte, y recordemos siempre sus últimas palabras, que deben ser el principal ideal de los políticos españoles:

¡Viva España!»

XI

LA OPINIÓN

«La acción criminal de un anarquista ha causado el duelo de la Nación, dando muerte al político de más prestigios con que contaban los españoles.

Es preciso confesarlo así; en esos últimos momentos, solemnísimos para el hombre, porque en un solo instante salva la barrera de lo pequeño y limitado, para pasar á formar parte de ese mundo infinito que el saber humano no puede definir, bórranse todas las diferencias, y el espíritu, rindiendo tributo á la justicia é inclinándose respetuoso ante la muerte, aprecia las buenas cualidades del hermano desaparecido.»

.....

«Todo se olvida, todo se borra ante el cadáver del gran hombre que pudo equivocarse, pero cuyos talentos estuvieron siempre al servicio de la Patria.

Ha muerto un grande hombre español; se ha extinguido una inteligencia privilegiada; ha dejado de latir un corazón vigoroso y potente.

Está de luto la Nación.»

XII

LA REVISTA DE LOS TRIBUNALES

«El asesinato de un Presidente de Consejo de Ministros es siempre un suceso de importancia extraordinaria, y capítulo de gran significación para la historia de un país; pero aún tiene que serlo mucho más cuando el asesinato resulta ser, como lo era el excelentísimo Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, el primer estadista de la Nación, hombre de tan significados merecimientos, como que sólo por ellos llegó desde la más humilde esfera social al más alto puesto con que el hombre pueda soñar; si siempre el plomo asesino es odioso y execrable y causa pánico al ánimo, lo es mucho más cuando arrebata la vida al hombre cuya historia es la historia de su Patria durante la década actual, al instaurador de una monarquía, al que ha venido rigiendo durante muchos años, con más ó menos acierto, que eso no hace al caso, los des

tinos de un país al que han sobrevenido las mayores desgracias; y sobreponiéndose con valor de héroe á las vicisitudes y obstáculos que le crearon las turbulencias de unos, las ambiciones de los más, á todos pudo y supo dominar con energías propias del titán ese que hoy es cuerpo inanimado, merced á la bala asesina que desde la emboscada le dispara un sectario.»

XIII

LA UNIÓN NACIONAL

«El arma de un fanático, exaltado por ideas de destrucción y de venganza, ha quitado la vida en el balneario de Santa Agueda al ilustre hombre público y jefe del Gobierno, don Antonio Cánovas del Castillo.»

•••

«No es este el lugar para confundir la manifestación de nuestro duelo con el ansia de ejemplar castigo, y hemos de limitarnos á pedir para la víctima ilustre paz y descanso eternos en el seno del Señor.»

XIV

LA ANDALUCÍA MODERNA

«En medio de los graves conflictos que afligen á la Patria, ha venido á acrecentar el infortunio nacional esta inmensa desventura que á todos nos tiene consternados.»

XV

LA MONARQUÍA

El ilustrado periódico *La Monarquía* consagró su número del 8 de Agosto de 1898, primer año de su publicación, á conmemorar la muerte del Sr. Cánovas, dando á luz un retrato y los trabajos del mismo, de que hablaremos después, precedidos del prólogo ó introducción que transcribimos:

Aniversario de la muerte del Sr. Cánovas.

«Un año hace hoy que en el balneario de Santa Agueda la mano alevosa del anarquismo privó á España de uno de sus hijos más

ilustres. D. Antonio Cánovas del Castillo, el desinteresado patriota que á la sazón consagraba el trabajo total de su portentosa inteligencia al problema vitalísimo cuyo triste desenlace vislumbramos hoy, sucumbió víctima de los enemigos jurados del orden social, precisamente cuando engolfados los españoles en dos aniquiladoras campañas coloniales, cuando amenazados muy de cerca por el fantasma del poderío yanqui, mucho más precisaba que dirigiese la frágil nave de la gobernación del Estado, quien á una voluntad decidida uniera dotes de energía suficientes para contener á los enemigos interiores y prestigios bastantes para alcanzar el respeto de todas las cancillerías, entonces fué cuando se consumó el asesinato horrendo que conmovió, más que á España, al mundo entero.

¡Triste victoria la de los enemigos de nuestra Patria!

Privada ésta de su hijo preclaro, no precisa que nos esforcemos mucho para demostrar cuán funestas han sido las consecuencias; cambiada poco después, radicalmente, la política seguida, hemos caminado de vergüenza en vergüenza hasta la pérdida próxima de nuestro imperio colonial, sin que nos quede siquiera el consuelo de no haber cedido un ápice en los legítimos derechos que nos asistían.»

•••

A continuación, y bajo el epígrafe *Cánovas*, por Pidal, publicó algunos trozos del magnífico discurso de éste, que copiamos en otro lugar de este libro, leído en la velada literaria del Ateneo de Madrid el 9 de Noviembre de 1897; seguidamente otro del pronunciado en elogio también del mismo por el Sr. Azcárate, y por último, los siguientes del propio señor Cánovas, en que puede apreciarse como sociólogo, estadista, historiador y orador:

1.º Fragmento de un discurso leído por el Sr. Cánovas ante la Academia de Ciencias Morales y Políticas, el 3 de Junio de 1881.

2.º Idem del discurso, también leído en el Ateneo, el 25 de Noviembre de 1871, acerca *De las formas políticas en general, y en especial de la Monarquía Constitucional en Inglaterra.*

3.º Otro idem del leído en el propio Ateneo el 26 de Noviembre de 1870, acerca de las transformaciones europeas en esa fecha.

Y 4.º Algunos períodos del discurso pronunciado en la Casa Lonja de Sevilla, el 8 de

Noviembre de 1888, fijando el criterio del partido conservador respecto al sufragio universal.

* * *

Termina el número de *La Monarquía* con lo siguiente :

Nuestro tributo.

«Hubiéramos querido dedicar á la memoria del patriota insigne que se llamó D. Antonio Cánovas un tributo digno de ella en esta fecha infausta (8 de Agosto de 1898) ; pero nuestro deseo estrellábase ante la imposibilidad de poder realizar algo que, siendo adecuado á la figura del primer estadista español contemporáneo, no empuñábase el cuadro.

Ante la convicción, pues, de que ni nuestra pobre pluma, ni los medios materiales de que nos es dado disponer podían vencer esa dificultad insuperable, y no queriendo que en día como el de hoy faltase en el coro general de ofrendas al mártir del orden social la voz de *La Monarquía*, tan modesta *a fortiori* como entusiasta por convencimiento, decidimos la publicación de este número extraordinario, que deseamos sea para nuestros abonados recuerdo grato de la colosal figura de Cánovas del Castillo.

Para mejor conseguir este fin, hemos apelado al medio de exhumar trozos de sus discursos ; y para juicio de su obra, nada mejor creímos que reproducir los de hombres que militan en campos tan opuestos como los señores Pidal y Azcárate. Si el número es del agrado de nuestros lectores, sentiremos la doble satisfacción del deber cumplido y de correspondencia al favor que aquellos nos vienen dispensando.»

Periódicos de Soria

EL NOTICIERO DE SORIA

Reducida, á lo que parece, al periódico mencionado la Prensa de dicha provincia, por lo menos en Agosto de 1897, periódico que sólo se publicaba los miércoles y sábados, repro-

ducimos lo que decía en su número del día 11, acerca del triste suceso de Santa Agueda :

Cánovas.

«El domingo último, en el balneario de Santa Agueda, fué asesinado vilmente el Presidente del Consejo de Ministros, Excmo. señor D. Antonio Cánovas del Castillo, por un anarquista italiano llamado Rinaldini, ó Miguel Angiolillo Golli, según se ha sabido después.

Toda España, toda la prensa, sin excepción de matices, ha protestado ya de crimen tan repugnante, y como españoles y periodistas humildes protestamos también de un hecho tan abominable, capaz solamente de llevarse á cabo por los anarquistas dejados de la mano de Dios.

Amigos y adversarios, entusiastas ó indiferentes, todos somos españoles para sentir hondamente lo sucedido, y la figura eminente del Sr. Cánovas del Castillo, al desaparecer por muerte tan vil y execrable, interesa á propios y extraños doblemente, por las tristes circunstancias que hoy atraviesa España.

Llenos vienen los periódicos de detalles acerca del suceso ; y después de condenarlo queda suspenso el ánimo, pensando en lo que á nuestra Nación querida le estará reservado en el porvenir.

Quiera la Providencia depararnos días de paz, después de tanta desgracia, ruina y desolación tanta.

Los hombres llamados á regir los destinos de la Patria vienen obligados á no desalentar, dirigiendo al país todo lo bien que merece, pues hartas son las desdichas que por los yerros de todos sufre, y en estos días de peligro, el deber de obrar enérgicamente se impone más que nunca.

El juicio de la Prensa es unánime, como el de la Nación, y después del sentimiento expresado deben buscarse salvadoras soluciones que hagan alentar al país, que también sucumbe misero y rendido, exánime y falto de recursos.

Al criminal infame, que expie su culpa, para que la humana justicia quede satisfecha.

Al muerto ilustre, un panteón para que descanse en paz.»

* * *

(Pasa luego á exponer las versiones sobre el atentado.)

Periódicos de Tarragona

I

DIARIO DE TARRAGONA

En su número del 10 de Agosto, se expresó del sentido modo siguiente :

Duelo nacional.

•Perplejos y anonadados nos dejaron el domingo los dos telefonemas que recibimos á las seis de la tarde, en los que nuestro activo corresponsal de la corte nos daba cuenta del horrible y vil atentado cometido contra el primer estadista de la Nación, el eminente hombre público Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.

Un infame fanático ha venido á agravar la triste situación por que atraviesa España.

La muerte del Sr. Cánovas ha sido sentida por toda la Nación, y el *Diario de Tarragona* se asocia al profundo duelo que España siente en estos momentos, protestando contra el vil atentado llevado á cabo en uno de los hombres más ilustres de la Nación, por un vulgar asesino de esos que se vanaglorian de querer regenerar la sociedad, apelando, ocultos en la sombra, al monstruoso asesinato.

¡Que Dios acoja en su seno el alma del notable estadista y eminente hombre público D. Antonio Cánovas del Castillo!»

* * *

En otros números sucesivos siguió tratando extensamente del asunto, aunque con referencia á la prensa de otras partes.

II

DIARIO DEL COMERCIO

El propio día 10 de Agosto, porque el 9, como lunes, no suelen publicarse los periódicos en provincias, dió á luz el sentido artículo que insertamos á continuación :

Asesinato del Sr. Cánovas.

•Un horrible atentado, uno de esos crímenes, harto frecuentes, que aterrorizan el ánimo y

llenan el pecho de indignación, se ha perpetrado de nuevo en el suelo de nuestra Patria. Y esta vez el arma de la maldad se ha dirigido á lo alto, y por desgracia ha herido bien.

Apenas si nos sentimos con la seguridad de pulso necesaria para estampar en el papel la infausta nueva que á estas horas ha conmovido, ha sobresaltado, ha indignado á España entera. D. Antonio Cánovas del Castillo, prestigiosa figura de nuestra España contemporánea, ha sucumbido al plomo de un infame asesino extranjero.

Nuestro corazón de españoles y nuestro espíritu respetuoso por las altas representaciones del Estado, se subleva á un tiempo ante este asesinato inicuo que ha venido á abatir al hombre que, por sus excepcionales dotes de inteligencia, era gloria de la Nación, y al estadista eminente que personificaba los poderes públicos en nuestra Patria.

Y las consecuencias de ese estúpido crimen, nefando siempre y perturbador, entrañan mayor gravedad en estas azarosas circunstancias, cuando la Patria, desgarrada por las guerras coloniales, necesita el concurso de hombres poderosos por su entendimiento, por su carácter y por su patriotismo, como era el Presidente del Consejo de Ministros.

Después de abominar del miserable asesino que acabó con la preciosa existencia del estadista ilustre ; después de protestar, con toda la indignación de que nos sentimos capaces, contra este atentado de lesa Patria y de lesa civilización, nos asociamos con toda el alma al duelo que, sin distinción de ideas ni de partidos, sienten hoy los españoles todos, al considerar como desgracia pública, como infortunio nacional, la muerte del hombre insigne que sucumbió aclamando con sus labios de moribundo el nombre sagrado de nuestra España.

¡Quiera Dios acoger en su seno santo el alma del gran hombre público, y quiera Dios mitigar con su infinita misericordia las desgracias que afligen á nuestra Patria!»

* * *

En los números del 12 y del 13 el *Diario del Comercio* siguió ocupándose del Sr. Cánovas, insertando en el primero algunos fragmentos sobre el mismo de Campoamor, y estudiando en el segundo al propio Sr. Cánovas en la intimidad.

III

LA OPINIÓN

Entre doble orla negra, el 10 de Agosto, se expresaba así:

«El Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, Presidente del Consejo de Ministros, falleció en el balneario de Santa Agueda á las dos de la tarde de anteayer, víctima de un infame atentado y vil asesinato.

S. G. H.

La redacción de *La Opinión*, profundamente dolorida por la aciaga muerte del eximio estadista y respetabilísimo jefe del partido conservador, dedica sentido y triste recuerdo al esclarecido patricio que, por sus eminentes condiciones de carácter y gobierno, constituye una gloria nacional.

Roguemos y rueguen nuestros correligionarios y españoles todos á Dios, por el eterno descanso del alma de señor tan sobresaliente en méritos y cívicas virtudes.

* * *

A continuación, en otro hermoso artículo con el epígrafe *Nuestro pésame*, decía:

«La desgracia es de tal magnitud, que no hay sentimiento proporcionado para llorarla.

Nosotros, vencido nuestro ánimo al doloroso influjo de la noticia inesperada, no acertamos á escribir, siéndonos ahora imposible coordinar reposadamente nuestras ideas.

Cánovas ha muerto; ha muerto villanamente asesinado; un extranjero, no un español, ha privado á este país, hoy como nunca necesitado de su concurso insustituible, de los servicios y méritos prestigiosos del estadista insigne que encarnara la restauración borbónica, que diera tantos días de gloria á su Patria, de la cual ha sido, sin disputa, el primer hombre de gobierno.

Su inteligencia poderosísima, ajena siempre á toda momentánea impresionabilidad; su carácter recto, decidido, enérgico, sin debilidades ni vacilaciones que jamás le desmintieran; su entusiasmo por todo lo genuinamente español; su patriotismo inalterable; su cultura inmensa; su palabra maravillosa... todo ha concluido.

Deseoso de reposar, en pos de la salud perdida en la diaria lucha y en la preocupación

constante, acudió al balneario de Santa Agueda, en donde ha fallecido...

¿Quién no sentirá su muerte? El obrero es pañol recuerda que D. Antonio Cánovas estudió como pocos los problemas económico-sociales, y singularmente se interesó por cuanto tendiera al mejoramiento de las clases trabajadoras. Recuerden todos y lean, en los breves ocios que les permita la jornada de sus quehaceres, las frases admirables, abundosas en doctrina moral, inspiradas en nobles convicciones y generosos propósitos que contienen los discursos leídos desde la cátedra presidencial del Ateneo de Madrid por el gran político, y comprendan entonces, los que no lo hayan hasta ahora comprendido, que no debió morir á manos de criminal anarquista, sino bendecido y admirado por todos los amantes del trabajo, quien pobre, oscuro, sin otro capital que sus personales aptitudes, llegó á tan preeminente altura y les consagró desde ella vigiliias provechosas, atención solícita, meditación y estudio sin descanso...

La tribuna parlamentaria, la cátedra científica y la literatura española, pierden uno de sus más ilustres cultivadores. Cánovas abarcaba tal complejidad de facultades intelectivas, que brilló igualmente en la oratoria como en la filosofía, en el derecho como en la crítica de bellas artes, en la política como en el conocimiento de la Historia. España, que todo esto pierde, viste ahora de luto, aumentando con desgracia tan irreparable el ya amplísimo horizonte de sus desdichas.

No entremos á examinar la obra política del ilustre muerto: afiliados al partido conservador, unidos por vínculos de convencimiento y admiración á la personalidad que hasta hoy lo dirigiera, no somos los llamados á juzgarla; cumple así á la Historia... y quién sabe si no tardarán mucho los acontecimientos en abonar la opinión nuestra, que nos lleva á llamar único y último estadista al glorioso autor de *Problemas contemporáneos* y *Estudios del reinado de Felipe IV*.

Ante la muerte ceden las pasiones todas; ante el cadáver de Cánovas ceden los partidos; sólo admiradores, sólo españoles, que en este caso son unos mismos, tiene hoy la memoria del jefe conservador, igualmente digna de reverencia para unos y otros, para amigos y adversarios.

Mueren los hombres, pero viven los pue-

blos; España es inmortal, y así, recordándola siempre, inmortalizará también la memoria de Cánovas del Castillo. No lo evitarán, no, los miserables dictadores del cobarde asesino que ha robado á España la preciosa existencia de uno de sus más grandes hombres...

Decir á la familia del muerto que compartimos su pena, sería repetir lo ya dicho. Nuestro pésame se dirige á toda la Nación, á la Patria entera, que esta es, en primer término, la familia de Cánovas del Castillo.

Que Dios conceda al muerto el descanso que merece, y á los vivos la virtud de no olvidar.»

Periódicos de Teruel

EL ECO DE TERUEL

Único periódico, al parecer, de la localidad, ó por lo menos en Agosto de 1897, en su número del día 15, dijo lo siguiente:

«Faltaríamos á un deber, si las primeras palabras de este modesto semanario no reflejasen el sentimiento que durante los últimos días ha embargado á España entera por la muerte del Sr. Cánovas del Castillo.

No nos ligaba con él ningún lazo político; pero no por eso hemos de desconocer la valía de hombre tan eminente, ni hemos de callar ante el horrible atentado de que ha sido víctima, y contra el cual enérgicamente protestamos, rindiendo así al Sr. Cánovas el único tributo que nos es dado rendirle.»

A continuación publicó una biografía del mismo.

Periódicos de Toledo

I

EL DÍA DE TOLEDO

No hemos podido adquirir más número de este periódico semanal—continuación del *Diario de Toledo*—que el correspondiente al sábado

14 de Agosto de 1897, habiendo al parecer cesado en su publicación. Ocupóse en dicho número, único en que pudo verificarlo, bajo el epigrafe *La Patria de duelo*, del asesinato del Sr. Cánovas y de la muerte del cardenal Monescillo, expresándose así:

«Cuando la España rendía tributo de cariño y respeto á uno de sus hijos más ilustres, los hilos del telégrafo extienden por toda la Península la noticia del fallecimiento del virtuoso cardenal Monescillo.

La Nación estaba de duelo, y sobre el quebranto que la produjo el asesinato de Santa Agueda, sufre el rudo golpe de la pérdida del sabio arzobispo de Toledo.

Ambos fueron amigos; ambos brillaron en la misma época en nuestro Parlamento; ambos eran dos inteligencias privilegiadas; los separaban principios y teorías de escuela, pero se identificaban en la ciencia, en el estudio, en el patriotismo.

El político con su programa siguió brillantemente el camino de la vida pública, llegando hasta el último y más alto puesto, mientras el sabio sacerdote, con su caudal de ciencias y de virtudes, marchó paso á paso por la senda que le trazara el destino, y alcanzó todos los honores, todas las distinciones, todas las preeminencias que en su carrera se pueden conseguir con la constancia y la sabiduría.

Hoy, al leer entre las negras orlas de la Prensa los nombres de Monescillo y de Cánovas, todos se dicen: ¡qué gran teólogo, qué gran estadista, qué dos sabios!

Cuando la dolencia pertinaz del sabio cardenal le ponía en gravísimo peligro, el Sr. Cánovas era el primero en telegrafiarle su aflicción, y al saber el ilustre purpurado el asesinato del Presidente del Consejo, en las mismas puertas de la muerte, luchando con la agonía, sin habla, por señas, trazó las expresivas frases de pena y consuelo para la viuda, para la Reina y para el Gobierno.»

II

EL HERALDO TOLEDANO

No se publicaba este semanario cuando la muerte del Sr. Cánovas; pero en el primer aniversario—número correspondiente al 11 de Agosto de 1898—le consagró el artículo que insertamos á continuación:

Triste aniversario.

«Un año va transcurrido desde que el infame revólver de un miserable anarquista privó traidoramente á España del único hombre de Estado, quizá, á quien respetaban las cancillerías extranjeras.

Al celebrar el primer aniversario de su muerte, al echar una triste mirada sobre los desastres que en tan corto periodo de tiempo se han ido sucediendo en esta desventurada Nación, no habrá español, ni aun los que fueron adversarios políticos de Cánovas del Castillo, que no sienta renovarse con viveza la indignación que en todos los ámbitos de la Península produjo el horrible crimen de que hace un año fué teatro el balneario de Santa Agueda.

No estaba el ilustre jefe de los conservadores exento de defectos, como no lo está ningún hombre; pero su privilegiado cerebro, sus conocimientos excepcionales y su voluntad inflexible, inspiraban tales confianzas y respetos, que la inmensa mayoría de los españoles tiene hoy en los labios esta frase: ¡ Ah! ¡ Si Cánovas viviera, no nos encontraríamos como nos encontramos!

Aquel ilustre hombre público concedió desde los primeros momentos á la insurrección separatista de Cuba la importancia que tenía; no omitió medio para mandar á la gran Antilla cuantos recursos se estimaron precisos para vencer la insurrección; preparó operaciones financieras de extensa base, con el doble objeto de arbitrar fondos cuantiosos é interesar á la banca extranjera en el sostenimiento del crédito de España, operaciones que se malograron por la oposición del partido liberal, y dedicó especialmente su talento y sus energías á evitar decorosamente la guerra con los Estados Unidos, porque con su maravillosa intuición y conocimiento exacto del poderío de ambas Naciones, la consideraba funestísima para España.

A juzgar por los resultados obtenidos por aquel gran estadista mientras vivió, no es aventurado suponer que la guerra se hubiera seguido evitando, á no ocurrir la tremenda catástrofe de Santa Agueda, y que si desgraciadamente á la guerra hubiéramos tenido que ir, no habríamos ido en la forma en que hemos ido, ni registraríamos hoy los desastres que nos avergüenzan.

No negamos, sería injusto negárselo, á los

Srea. Sagasta y Moret, continuadores de Cánovas en el Gobierno, patriotismo y deseos de acierto; pero es evidente que se han equivocado ó que no han tenido fortuna, y España no olvidará nunca que, durante el mando de esos hombres públicos, que no supieron evitar la guerra, que no se prepararon para hacerla y que no han sabido dirigirla, hemos sufrido uno de los mayores y más vergonzosos desastres que registra la Historia.

Así se presenta á nuestros ojos el primer aniversario de la muerte de D. Antonio Cánovas del Castillo.

¿Cómo se presentará el segundo?

¡ Plegue á Dios que no sea más triste aún que el que ahora presenciamos! »

Periódicos de Valencia

I

LAS PROVINCIAS

El 9 de Agosto, día siguiente al de la muerte del Sr. Cánovas, dió á luz el retrato de éste, entre orla negra, y el artículo siguiente:

D. Antonio Cánovas del Castillo.—Víctima y mártir de la Patria.

«Cuando recibimos la primera noticia, nos resistíamos á creerla. El suceso era tan inesperado y tan horrible, el crimen era tan atroz, que la impresión que al pronto nos produjo fué de incredulidad. No nos cabía en la cabeza que el eminente hombre de Estado que regía los destinos de España, no á gusto de todos, es verdad, pero poniendo en esta difícil empresa toda su inteligencia, toda su voluntad, toda su alma, hubiese caído villanamente asesinado por uno de esos enemigos de todo régimen social, por una de esas hienas que han abortado el absurdo, la envidia y el satánico orgullo, para destruir el Estado y la sociedad.

Por desgracia, el crimen horroroso se había consumado. La tragedia de Lyon se había repetido en Santa Agueda. El jefe del Gobierno ha sido muerto en España por un anarquista

italiano, lo mismo que murió el digno y honrado Presidente de la República francesa, Ernesto Carnot.

* *

En toda España, en toda Europa, en todo el mundo, la infaustísima nueva habrá producido ya á estas horas un movimiento de indignación irresistible. La necesidad, cada momento más urgente, de acabar con esa secta antisocial, cuya cruel perversidad no puede ser disculpada ni por la ceguera de su propio fanatismo, es lo primero que ha de ocurrir á todos, porque todos verán en el infame asesinato del Presidente del Consejo de España, la venganza alevosa y premeditada por el justísimo castigo impuesto en Barcelona á las fieras humanas autoras de la inconcebible catástrofe del día del Corpus.

Para esos enemigos jurados de toda ley y de toda institución civil, es indiferente la representación y el significado que tengan las personas constituídas en autoridad, según el diferente régimen de las naciones y la diversidad de los partidos. Lo mismo disparan el revólver contra el eminente estadista que representa entre nosotros la causa de la Monarquía y las ideas conservadoras, que hunden el puñal en el pecho del magistrado supremo que personifica la República en Francia.

¿No impone este ejemplo la necesidad de unirse todos los Estados y todos los pueblos para la defensa común, de añadir todo lo que sea necesario á lo que ya se ha hecho en este sentido?

* *

La bala que tan de improviso ha roto el cráneo de uno de los hombres más ilustres de España, añade la aureola santa del martirio á sus grandes é indiscutibles prestigios. Hemos combatido franca y lealmente, en este último período de su gobierno, la política del jefe del partido conservador. Pero esto no ha podido borrar, ni los respetos debidos á su persona, ni tampoco el afecto, entibiado por las circunstancias, pero no extinguido en nuestro corazón, por aquel hombre insigne y poderoso, que tuvo con el director de *Las Provincias* consideraciones y obsequios, contra los cuales sólo pudo prevalecer la obligación austera de seguir el camino dictado por la razón y la

conciencia, sin consideración personal que lo impidiese.

Hoy nos place rendir este tributo á un hombre que, si alguna vez se equivocó, obraba siempre impulsado por móviles de desinteresado patriotismo, y que, pudiendo gozar en su edad, ya bastante avanzada, las delicias del hogar, las holguras de la fortuna y el dulce agrado de los estudios predilectos, lo sacrificaba todo al deber de sostener en el Gobierno la causa de la Patria en los momentos más arduos y azarosos.

* *

Como un soldado valiente ha muerto en su sitio, sosteniendo esta lucha por la Patria, y su animoso espíritu, jamás vencido ni domado, se reveló en las pocas palabras que pudo pronunciar al morir.

« ¡ Infame ! » gritó, reprochando de este modo todo lo que hay de indigno é inicuo en los atentados del anarquismo. « ¡ Viva España ! » añadió en seguida, repitiendo el grito de los que mueren en el campo de batalla, porque comprendió que por España moría, y que, aunque él perezca, como perecen tantos buenos hijos de esta Nación heroica, ella no ha de perecer.

Vivirá, sí, y recordará siempre á los que por ella han sido sacrificados. A todo cuanto se haga para honrar la memoria de D. Antonio Cánovas del Castillo, nosotros, que ayer combatíamos su política, hoy suscribimos sin reserva ni vacilación alguna.

* *

¿ Debemos hablar ahora de las negruras que se han extendido por todo el horizonte de nuestra España al desaparecer de una manera tan trágica el jefe de un Gobierno, al que daba significación y carácter su eximia y absorbente personalidad? ¿ Qué va á pasar aquí? Todos se hacen esta pregunta, y todos quedan sumidos en un mar de confusiones.

La continuación del actual Gobierno, sin aquel que era su alma y su vida, es imposible. La formación de un Gobierno nacional, en el cual se agrupasen todos los elementos políticos afectos á las Instituciones, ofrece muchísimas dificultades. El llamamiento al Poder del partido liberal, que permitiría se reorganizase en la oposición el partido conservador, siguiendo las indicaciones bien marcadas de la opinión pública, sería quizás lo

más factible, pero tampoco está exento de inconvenientes. Para dificultar en el momento toda solución, ocurre esta gran desgracia en los instantes en que la familia Real se halla en San Sebastián, sin tener á su lado más que á los ministros de Estado y Ultramar; en Madrid, centro del Gobierno, se hallan los de Gracia y Justicia, Guerra, Marina y Gobernación, y lejos de la capital, los de Hacienda y Fomento.

* * *

¡Qué zozobras para la augusta señora llamada á resolver esta inesperada crisis! ¡Dios la ilumine, y también á los hombres políticos que puedan contribuir á salvar este pavoroso conflicto!»

* * *

En su número del 12, añadía lo que sigue:

Asuntos del día.

«No hay otro asunto ni se habla de otra cosa que del asesinato del Sr. Cánovas. La emoción inmensa producida por la muerte del gran estadista, embarga todos los ánimos. El público sólo tiene atención para las noticias del trágico suceso, para las consecuencias de esta pérdida irreparable que viene á afligir á España en tan críticos momentos como los actuales, para los recuerdos de esa gigantesca figura que desaparece en todo el esplendor de su gloria.

La nobleza del carácter español se ha manifestado en el respeto y en las imparciales muestras de admiración y de dolor con que los adversarios políticos del Sr. Cánovas, aun los que con mayor apasionamiento le combatieron, se descubren ante el cadáver del ilustre estadista.

Bien puede decirse que en pocas ocasiones ha sido tan unánime y tan expresivo el duelo.»

* * *

Y ponía fin, en el del 14, con las palabras siguientes:

«La vida del país no puede paralizarse por la muerte, nunca bastante llorada, del Sr. Cánovas del Castillo. Muy grande es el suceso de Santa Agueda. Tan grande, que él basta á ocupar por entero la atención del público y de la prensa durante estos días; pero así y todo,

las necesidades de gobierno que al infortunado Sr. Cánovas obligaron en 1885 á preocuparse del estado de la Nación, cuando aún no se había enfriado el cadáver de D. Alfonso XII, obligan en las presentes circunstancias á pensar en los gravísimos problemas pendientes, cuya trascendencia quizá es mayor ahora por la desaparición del ilustre gobernante que desde el Poder los desarrollaba, imprimiéndoles un sello personal y característico.»

II

EL MERCANTIL VALENCIANO

Adversario político del Sr. Cánovas, se mostró menos benévolo que *Las Provincias*; mas sin embargo, escribió en su número del 9 de Agosto, después de lamentar su asesinato, entre otras cosas, lo que copiamos á continuación:

«La *vendetta* de Aschery es para España una perturbación enorme, cuya trascendencia apenas podemos medir ni calcular en estos momentos. El Sr. Cánovas era algo más que un hombre: era un partido, el conservador, que no tiene explicación sin él; el sostén más firme de la Regencia; el verdadero fundador de la restauración borbónica en España, á la que dió forma y vida en 1876, después de haberla preparado con una hábil campaña durante la revolución de Septiembre. Al desaparecer el hombre, desaparecen el partido, el sostén de la Regencia y el definidor perpetuo del dogma borbónico en España, hechos todos que implicarían en cualquiera otro país que no fuera el nuestro una serie de acontecimientos, transformaciones y hasta catástrofes. Pero aquí no sabemos lo que pasará. El pueblo español se ha convertido en un autómatas, que carece de voluntad, y obra movido por los instintos y los hábitos. Como recibió la noticia del suceso trascendental de la muerte de Alfonso XII, recibirá probablemente la del asesinato de Cánovas, prevaleciendo el automatismo, á cuya vida efímera y menguada ha quedado reducido á consecuencia de una larga tutela, sólo inspirada en el bienestar del tutor, y sólo armada de la violencia, el capricho y la arbitrariedad.

El autómatas no se dará cuenta, sin duda, de que el tutor ha muerto, el verdadero tutor, que así gobernaba al pueblo como á la dinas-

tía y como á la misma oposición monárquica, á la que, de cuando en cuando, abandonaba el Poder para descansar. Ni se la dará de que, una vez más en su historia de este siglo, se plantea el problema de la mayor edad ó de la nueva tutela.»

Periódicos de Valladolid

I

EL NORTE DE CASTILLA

En un extraordinario del 8 de Agosto, el propio día en que tuvo lugar el crimen de Santa Agueda, dió la noticia del mismo en la forma siguiente:

«Verdaderamente apenados por la desgracia que affige á la Nación española, nos apresuramos á dar al público una noticia de tal índole, que sólo puede compararse á aquella otra que circuló rápidamente por Valladolid, cuando el inolvidable Rey D. Alfonso XII fallecía en El Pardo, en medio de las brumas de un frío día de Noviembre y víctima de una terrible dolencia.

D. Antonio Cánovas del Castillo, jefe del Gobierno y estadista eminente, acaba de ser asesinado en Santa Agueda, por esa horda de desequilibrados que trama en la sombra la venganza terrible de una idea asoladora.

El jefe del partido conservador ha sido víctima del odioso anarquismo italiano, el más exacerbado acaso de todos los anarquismos que se registran en Europa.

Un loco (no de otra manera puede calificársele) ha disparado en Santa Agueda los proyectiles todos de su revólver sobre el infortunado Presidente.

Como Carnot, la figura más simpática de la república francesa, Cánovas muere inmolado ante ese espíritu de las tinieblas, que ni concreta lo que pide, ni sabe lo que quiere.

¡Conducta horrenda que repugna y hace asomar al rostro los colores de la más santa indignación!

No hay que desconocer lo inmenso de la pérdida que España sufre: ahora que todas las energías y todos los talentos son necesari-

os para solventar las cuestiones que se ciernen sobre la Patria, la muerte de Cánovas es un tremendo golpe de la adversidad.

Además, se trata de una justa gloria de nuestra Nación, la cual no anda muy sobrada de grandes hombres para que no la importe, y mucho, la muerte de uno de ellos.

¡Quiera el cielo que el crimen de Santa Agueda no traiga para todos, y hasta para Europa entera, la señal de un gran conflicto!

En el número del día 10, publicó el notable y sentido artículo que transcribimos también á continuación:

Hoy más que ayer.

«No es la trágica muerte del Sr. Cánovas del Castillo una de esas desgracias sensacionales en el momento de conocerse nada más; es, por el contrario, una de aquellas terribles catástrofes que, al producirse, detienen la marcha política de los pueblos, y que van, poco á poco, metiéndose en el alma y abrumando más á medida que el tiempo va marcándolas importancia y poniendo de relieve sus espantables consecuencias.

Pudo el espíritu encogerse hasta la cobardía y el pensamiento anonadarse abatido de tristeza, en el momento de divulgarse la noticia infausta y comprender, por ella, que el más alto de los prestigios españoles rodaba desde las elevaciones del Gobierno, traidoramente arrastrado por miserable extranjero, y el grande hombre en que aquél se hallaba representado caía manando sangre por la cabeza potente que dirigiera tantas veces nuestros destinos y por el corazón patriota que tuvo siempre alzado culto de amores para España.

Pero aquello pasó. Todo lo que significar podía, impresionabilidad instantánea, choque del sentimiento, chispa que arrancaba del alma el eslabón del pánico, pasó ya con los ruidos primeros, tempestuosos y de ocasión; y ahora ya, repuestas del susto las conciencias, abiertos los ojos para abarcar la inmensidad de la desgracia, siguen todavía cubiertos los cerebros de duelos infinitos y aún se siente la pesadez de una atmósfera cargada de dolor, que es más amargo y más hondo por ser ya reflexivo. ¡Pobre país!

Cuando el plomo de las balas, puesto al servicio de un infame, hace naufragar con la vida de un hombre la idea de gobierno, consustancial con la idea de sociedad, y el orden se conmueve y los más altos principios se cambian por negaciones estupendas predicadas con hechos criminales, se ve el porvenir tan lleno de tristezas, que hace falta sacudir con fuerza el abatimiento para que los hombres no lloren como mujeres y se imponga la virilidad de una raza cuyas energías se gastan, pero no acaban.

Quizá por esto, cuando Cánovas del Castillo, herido de muerte, abandonó para siempre, juntamente con su vida, todos los problemas que pesan sobre España, pudo creer, como creemos todos, que por encima de las personas está la Patria, y que para que todo no se derrumbe es necesario que el castigo ataje al crimen y el orden acabe con la anarquía, expresó en una sola frase la perpetuidad del espíritu de la Nación, y gritando ¡viva España! dejó que se le ahogara su vida propia, en la garganta. Imitémosle todos. Dejemos todavía por plantear y resolver las cuestiones políticas, mientras el cuerpo muerto vuelve á la tierra y el espíritu eterno se eleva al cielo; callemos, sí, contagiados por el silencio de la muerte y no hablemos del sustituto, y no hablemos por hoy de los partidos.

Hoy España es todo duelo, y ante el cadáver del Presidente del Consejo de Ministros, pensando nada más en los méritos del restaurador de la Monarquía, y quizá de la Patria, en los talentos del estadista, en las gallardías espléndidas del orador parlamentario y en la cultura portentosa del escritor insigne, unámonos en un sentimiento común de general defensa, y con la vista en lo alto gritemos todos juntos, como el muerto, ¡viva España!»

II

LA CRÓNICA MERCANTIL DE VALLADOLID

En su número del 9 de Agosto decía:

El Sr. Cánovas del Castillo.

«Escribimos con verdadero dolor; con el dolor intenso que producen los infortunios de

la Patria; con el dolor que no podemos menos de tener como españoles al saber el trágico é inesperado fin que ha tenido el señor D. Antonio Cánovas del Castillo. Una mano alevosa, criminal y extranjera ha querido aumentar con su fanatismo los males que pesan sobre esta España infortunada, hospitalaria y generosa. El Sr. Cánovas, de quien no éramos afiliados y á quien la pasión política juzgará como quiera, era una verdadera gloria para España como hombre de saber y, sobre todo, como hombre de Estado.

Nacido en una época de verdadera transición, cuando se disolvieron los partidos y se tornaron en meramente políticos los que debían ser hombres de Estado, tiene la grave responsabilidad de haber contribuido, tal vez ideado, aquella demoledora bandera titulada Unión liberal; pero tiene al propio tiempo la gloria de haber quedado como único resto y honroso residuo de aquellos hombres que en la primera mitad del presente siglo adoraban con verdadero entusiasmo, en medio de sus errores, á la Patria, á quien sirvieron con un desinterés que hoy no se conoce, que por muy pocos se recuerda y que por algunos se llora. Tiene además de esta gloria la desusada, y antes no lograda por nadie, de haber llevado á cabo una Restauración sin haber vertido una gota de sangre, sin hacer derramar una lágrima y sin venganzas ni rencores.

Tal vez el defecto que deplora la Patria sea el generoso olvido con que el Sr. Cánovas admitió en la Restauración los elementos mismos que habían estado contra lo restaurado. Las dificultades del porvenir, de que han sido débil muestra los hechos de los veinte años últimos, prueban que esa generosa longanidad que honra al hombre ha creado no pocas dificultades al político. Pero error es que no mancha la Historia, sino que antes bien, la abrillanta y ennoblece.»

Publica después unos datos biográficos del mismo, y concluía diciendo:

«Por eso, si grande es la gloria del Sr. Cánovas en España, es mayor aún fuera de ella, porque en el extranjero unánimemente se reconocen las excelencias del Ministro asesinado en Santa Agueda.»

**

El 10 de Agosto añadía:

«No vive el leal más que lo que quiere el traidor.»

Dicho bien antiguo que hoy vemos confirmado. Está D. Antonio Cánovas sentado tranquilamente, se acerca el asesino y le mata. No tenía queja de él, ni aun casi le conocía.

Es casi imposible imaginar mayor suma de perversidad. D. Antonio Cánovas, el estudioso de siempre, el escritor, el historiador, el crítico comedido; el que hizo la Restauración con tal amplitud de miras y tan noble pensamiento, que no costó una gota de sangre; el que en su arranque de patriotismo dió solución en un instante al problema pavoroso que se presentó al fallecimiento de D. Alfonso XII; el que hoy llevaba la voz de la Nación en las dos guerras que sostenemos; el que contaba con el respeto de todos y el aplauso de muchos, he aquí que con fiado en su rectitud, en su conciencia y en la consideración de sus conciudadanos, llevando una vida sencilla y llana, vive en los baños de Santa Agueda; cuando llega el vagabundo, el soberbio, y sin respeto á la persona ni á la Nación española, hiere y mata á aquel en quien nosotros los españoles teníamos confiada la salvación de la Patria, la honra y gloria de nuestro histórico nombre y el porvenir de nuestros intereses. La lesión es enorme: todo español se siente hoy herido por la alevosa mano, y todos sienten, por juicio ó por instinto, la falta que va á hacernos aquel entendimiento poderoso que hallaba solución á todos los problemas, que nunca se abatía y que sabía dirigir las fuerzas patrias al bien común, sin dudas ni vacilaciones.

Grave mal te han hecho ¡oh España! ¿Y quién? Un miserable, enemigo de la honrada vida; un soberbio, que cree hallar una página en la Historia mediante un asesinato; un réprobo de la conciencia general, que aspira á hacer notorio su nombre. Este salvaje no te ha respetado ¡oh España!; no ha buscado más que una víctima para sus odios, y atropellando una nación entera, ha hecho de una inteligencia un cadáver.

Ya no podemos mirar hacia él para oír de su boca palabras siempre animosas en pro de la Patria; ya no encontraremos aquella fecundidad de pensamientos que nos mostraba inesperados recursos, aquella claridad que lo abarcaba todo y aquella mente tranquila que planteaba cada cuestión en su terreno y las resolvía todas. Mucho hemos perdido, y bien claro lo dice el sentimiento general que se muestra, pues cuantos viven en la Patria así lo dicen.

El día 12 de Agosto escribía, por último:

Aprendamos.

«Unánime, como no podía menos en esta España honrada, ha sido la reprobación de todos los partidos y de todas las personas contra el brutal asesinato que hizo víctima al señor D. Antonio Cánovas del Castillo. Los partidos todos, no sólo han reprobado el crimen, sino que, conformes, han declarado que la muerte de aquel ilustre patrio es una desgracia para España y una causa justa de duelo nacional. Pero los pueblos no sólo deben sentir, sino aprender sobre las causas que han motivado y los efectos.»

III

EL ECO DE CASTILLA

El 9 de Agosto se expresaba así:

Ante su cadáver.

«El horrible atentado ayer cometido en la persona del Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, privando de la vida á tan ilustre estadista, pone á España en una situación en extremo difícil y azarosa, como pocas veces habrá existido en país alguno.

No repuestos aún de la dolorosa impresión que en nosotros causó la confirmación de la noticia, no podemos examinar con el detenimiento y serenidad de espíritu necesarios todas las contingencias que pueden sobrevenir por la muerte de tan excelso é ilustre hombre público.

Dos guerras en nuestras colonias de Ultramar, amotinado el pueblo de Madrid y el descontento general que existe en todas partes, son causas bastantes para que los políticos que están en situación de ser consultados por la Corona se vean perplejos para responder con entera libertad acerca de la solución que más conviene adoptar en los actuales momentos. La situación reviste aún mayor gravedad que la que presentaba España el luctuoso día que ocurrió la muerte del malogrado Rey don Alfonso XII; entonces sólo había que atender á las cuestiones de orden interior, fáciles, por fortuna, de resolver en este país donde siempre impera la cordura y el patriotismo;

hoy, desgraciadamente, tenemos que atender, á más de los males enumerados antes, á otros de mayor importancia en el orden internacional, cuya resolución requiere grandes talentos y no pequeñas energías.

La crisis que ha de ocasionar la muerte del ilustre estadista es, pues, de excepcional trascendencia, y para su solución hace falta gran serenidad de juicio. »

.....
.....

En su segunda plana, añadía :

**Atentado contra el Sr. Cánovas del Castillo.
La noticia en Valladolid.**

« Poco después de las dos y media de ayer, empezó á circular por esta capital una noticia aterradora y que constituía una verdadera desgracia para la Patria.

El Sr. Cánovas del Castillo había sido víctima de un criminal atentado, á consecuencia del cual había dejado de existir.

Momentos después, acudían redactores de periódicos y personas importantes al Gobierno civil, para averiguar la exactitud de la noticia.

Desgraciadamente, era cierta. »

(Publicaba á continuación las noticias recibidas sobre el asesinato del Sr. Cánovas, y luego decía á título de información):

« Lo que únicamente ha desmentido el señor Castellano es que el Sr. Cánovas haya pronunciado las frases de ¡Asesino! y ¡Viva España! que algunos periódicos le han atribuido.

El Sr. Cánovas, según lo que asegura el ministro de Ultramar, no pronunció palabra alguna (1).

Después de ser herido y conducido á su lecho, recobró sólo por cortos intervalos el conocimiento, pues durante las cortas horas que vivió después de la agresión, permaneció en un continuo letargo (2). »

* * *

El número del 10 de Agosto lo encabezaba el periódico á que nos referimos con el retrato

(1) Sin duda porque no pudo pronunciarlas: pero de todas suertes, el entonces ministro de Ultramar no estaba presente, y los que á alguna distancia, aunque no mucha, presenciaron el hecho, ni afirman ni niegan el viva que se le atribuye.

(2) No hay tampoco completa exactitud en esto, según testigos presenciales.

y biografía del Sr. Cánovas é insertaba una correspondencia de su corresponsal de Madrid, titulada *Las mejores exequias*:

« La estupefacción que en la opinión pública ha producido el infame atentado del Presidente del Consejo, se refleja en los centros oficiales, donde la desorientación y la perplejidad de los ministros y del alto personal saltan á la vista.

Nadie tenía previsto que el Sr. Cánovas pudiera desaparecer solo del Gobierno y menos, como es natural, inesperadamente, víctima de una mano traidora y homicida; así es que esta desdichadísima sorpresa ha producido en las esferas del poder el estupor y el anonadamiento consiguientes.

A medida que el dolor va dejando lugar al cálculo y la indignación á la serenidad, tanto el partido conservador como los demás partidos, incluso los extremos, van haciéndose cargo del rudo golpe que el misero napolitano ha asestado á la política nacional en la persona del actual Gobierno.

Apenas si las difíciles circunstancias por que el país atraviesa daban tregua á pensar en soluciones bien meditadas con la madurez y la discreción que requieren la gravedad de los conflictos latentes; ¡ cuánto menos ha de surgir esa solución instantáneamente, ahora que esa angustiosa situación de la Patria ha venido á complicarse con un nuevo accidente desdichado, cual es el de Santa Agueda, cuyos alcances se ignoran y cuya funestísima impresión ofusca el cerebro y agobia el ánimo de los gobernantes!

Estamos, pues, en un momento difícilísimo para la Nación y singularmente para las Instituciones, y es preciso rehacerse de la pena y de la indignación que ha producido la trágica muerte del insigne estadista, salir de esa perplejidad oficial, que implica desorientación, y precaverse para algo más que para reprimir el despreciable tumulto que unos cuantos desalmados puedan forjar al amparo de las desgracias nacionales.

La indecisión, el abatimiento que dentro del Gobierno se nota es muy respetable, porque demuestra el cariño, la disciplina que á su inolvidable jefe guardaban los que con él compartían las gravísimas cargas del Estado, y denuncian cuán grande era su influencia en las decisiones ministeriales y cuán poderosa su iniciativa; pero es desventajoso, por otra

parte, en estos momentos de desaliento y dudas, que tocan en el indiferentismo, cuando mil conflictos nos cercan y las fuerzas vivas del país reclaman garantías á los Gobiernos, energías y planes.

El orden público, afortunadamente, parece garantido, más que por nada, por la hidalguía del pueblo que había de secundar el impulso de los sediciosos; pero no basta tal garantía para suponer asegurado el franco desenvolvimiento de la vida nacional, y menos cuando la mayoría de las cuestiones de Estado que hoy la comprometen radican en el exterior, donde el menor disturbio que en estos momentos nos asaltase sería de un deplorabilísimo efecto y de peores consecuencias.

A la hora de cerrar esta carta continúan los Ministros reunidos en Consejo, pero es de suponer que habrá de limitarse á tomar el señor Azcárraga posesión de la Presidencia, que le confiere la *Gaceta* de hoy, á acordar los honores que han de tributarse al cadáver del señor Cánovas durante su traslado y á su llegada á Madrid y acaso á acordar también algunas medidas de orden público, por si las circunstancias cambiasen inesperadamente de aspecto, lo cual no es de creer.

Todos los prohombres de los partidos monárquicos se han ofrecido incondicionalmente á las Instituciones y á la Patria, y ha llegado el momento de que acepten el concurso de sus observaciones, cuando menos; porque el mejor funeral, las exequias mejores que se pueden tributar al ilustre é inolvidable estadista, es afirmar la soberanía del Trono y la integridad de la Patria, por quienes ha trabajado toda su vida como un buen ciudadano y ha muerto como un mártir.»

ANTONIO M. VIÉRGOL.

Periódicos de Vizcaya

I

EL DIARIO DE BILBAO

En su número del 9 de Agosto decía:
 «El ilustre estadista, historiador profundo, político de gran talento, Sr. Cánovas del Cas-

tillo, ha sido vilmente asesinado por un miserable anarquista italiano.

Inmenso estupor causó ayer tarde en la ilustre villa la fatal nueva, que se extendió con la rapidez del rayo, y el pesar y la indignación dominaba á todos los bilbainos, que, amigos ó adversarios del insigne jefe del Gobierno, reconocían su gran capacidad, su acendrado y nunca desmentido amor á España y los servicios valiosos que en su larga carrera política ha prestado á la misma.

Hombre de vasta y sólida erudición, escritor castizo, orador elocuentísimo de facultades maravillosas, político sagaz y de un carácter enérgico, recto y caballeroso, el Sr. Cánovas del Castillo gozaba en el extranjero de extraordinarios prestigios, y su reputación como estadista eminente sonaba en todos los países cultos.

Profundamente emocionados por la irreparable desgracia que á España aflige con la muerte de tan insigne hombre público, no podemos hoy condensar en estos renglones cuanto sentimos ni expresar con acierto la admiración que profesábamos hacia su genio político, que no tenía rival en toda Europa.»

II

EL NERVIÓN

En la propia fecha escribía:

«La noticia del horrible atentado nos ha producido, como ha producido indudablemente en toda España, profunda emoción.

No vemos en la víctima al estadista cuyo nombre está íntimamente ligado á la funesta y odiada ley que nos arrebató nuestras venerandas libertades; no vemos en la víctima al jefe del partido conservador; porque nosotros, consagrando únicamente nuestros esfuerzos á la defensa de los intereses morales y materiales de Vizcaya y á la información de carácter general, estamos igualmente distanciados de todos los partidos políticos en lo que se relaciona con sus respectivas conveniencias; vemos en el hombre que acaba de morir á manos de un vil asesino al primer Consejero de la Corona, al primer representante del Poder ejecutivo, á quien asumía en las actuales y difíciles circunstancias la dirección de los negocios públicos, la fuerza de la suprema autoridad que tiene todo orden

de cosas establecido, las responsabilidades de una gestión trascendental en el orden interior y, sobre todo, en la esfera de las relaciones internacionales.

Desde este punto de vista, la muerte del Sr. Cánovas del Castillo es un tristísimo acontecimiento nacional, pues para impedir los trastornos que en el funcionamiento de todos los mecanismos del Estado han de producirse momentáneamente, dada la situación en que se halla España y dado también el desbarajuste que reina en los partidos políticos de oposición, sería preciso que todos, absolutamente todos los prohombres del campo conservador y de los demás campos dieran admirables pruebas de abnegación, pensando en que antes que políticos son españoles y que el tiempo que se pierda en las luchas cuyo recrudecimiento puede ser una consecuencia del rápido drama desarrollado en Santa Agueda, será tiempo bien aprovechado por los miserables enemigos de la unidad y de la honra de la Patria.

Al expresar el profundo sentimiento con que trazamos estas líneas; al unir nuestro sincero pésame al pésame que todos los demás españoles envían a la familia del ilustre finado; al juntar nuestro grito de indignación al que todas las gargantas han lanzado contra el villano criminal y contra las infames ideas que, al parecer, profesa, hacemos fervientes votos por que el patriotismo evite todas las complicaciones que son de temer en estos momentos.»

III

EL PORVENIR VASCO

El 9 de Agosto se expresaba así:

«Como españoles, como políticos y como hombres honrados, protestamos llenos de indignación contra el inicuo atentado de que ha sido víctima el Sr. Cánovas del Castillo.

Es un crimen repugnante y un infame ultraje nacional. Como crimen, todos los hombres dignos elevarán la más enérgica protesta contra esos asesinos que son el oprobio de la civilización y de la libertad. Como ultraje nacional, lo sentirá España entera, que veía en los momentos actuales en el Sr. Cánovas la representación de la Patria contra los atentados a nuestra integridad nacional.

Es infame que una turba de asesinos extranjeros, fanatizados por perversas ideas, lleven el desconsuelo y la desolación a las familias con sus crímenes, y vayan segando las cabezas más privilegiadas de las naciones europeas.

Quédanos, en medio de tal desgracia, el consuelo de que no hay un solo español capaz de cometer crimen semejante, por más grandes que sean los odios que las contingencias de la política lleguen a crear; y sentimos con toda nuestra alma que esta tierra vascongada, tan pacífica y tan leal, haya sido elegida por esos miserables para escenario de crimen tan horrendo, contra el cual protestamos desde lo más hondo de nuestra alma, uniendo nuestra protesta a la que España entera ha lanzado sobre el vil asesino.»

IV

EL NOTICIERO DE BILBAO

El asesinato del Sr. Cánovas.

«No creemos que sea necesario decir que también nosotros protestamos contra el asesinato del Sr. Cánovas, porque hay cosas (y esta es una de ellas) que por sabidas se callan; pero, esto no obstante, quede consignada nuestra protesta de hombres honrados, que condenan el crimen.

Y cuando éste reviste los caracteres, la importancia y la gravedad del realizado en la persona respetable del jefe de un partido político, del Presidente de un Gobierno, del hombre que durante largos años ha regido el país, la protesta tiene que ser más enérgica y más solemne.

Enemigo político del país vascongado y, por consiguiente, enemigo nuestro, fué el señor Cánovas del Castillo; pero ante su cadáver, ante su trágica é inesperada muerte, lo olvidamos todo para descubrimos respetuosamente y pedir el inmediato castigo del criminal, que de extraño país ha venido a cortar la vida del jefe del partido conservador.

De extraño país, también de Italia, eran algunos anarquistas que en Barcelona cometieron feroces atentados; italiano fué el asesino de Carnot; italiano el autor del salvaje atentado contra Napoleón; italianos, igual-

mente, eran otros criminales (anarquistas y no anarquistas) tristemente famosos.

Como si aquel bello país estuviera condenado á que nacieran en su hermoso suelo los hombres de peores y más sanguinarios instintos. »

Periódicos de Zamora

I

EL HERALDO DE ZAMORA

En su número del 9 de Agosto, con el título *El asesinato del Presidente del Consejo de Ministros* y á continuación la frase « Protestamos », escribió lo siguiente :

« El hecho trasmitido ayer por el telégrafo es de lo más escandaloso é inhumano que puede concebirse. El eminente estadista que gobernaba la Nación en los difíciles momentos de la actualidad, es un verdadero mártir de la Patria que ha sido vilmente asesinado por los enemigos del orden y de la justicia.

Ante tamaño atropello, el *Heraldo de Zamora* no puede menos de protestar con todas las energías de su alma, uniendo su voz débil á la voz potente de nuestra España, que rechaza el cruel asesinato de uno de sus más preclaros hijos y pide venganza para el asesino.

A los mil timbres de gloria que encerraba la historia del Sr. Cánovas, hay que añadir uno más que por cima de todos sobresale : el eminente político ha muerto al pie del cañón, como buen artillero, y su Patria, que ya tenía para con él deudas sagradas, le debe ahora la vida, aceptada en holocausto.

El Presidente del Consejo murió gritando ¡ Viva España ! Hasta su última gota de sangre fué derramada en aras de la Patria. »

* * *

A continuación sigue todo el periódico lleno de comunicaciones postales y telegráficas con detalles del suceso. Los dos ó tres números siguientes los consagró casi exclusivamente al mismo objeto.

II

EL CORREO DE ZAMORA

En el mismo día 9 y bajo el epígrafe *Cánovas asesinado*, publicó un artículo sobre el triste suceso, que calificaba de *infausto*, porque, no por ser enemigo dicho periódico en el terreno político y haber combatido más de una vez su gestión en la Presidencia del Consejo de Ministros, podía dejar de lamentar el infame atentado de que había sido víctima y de confesar que tal noticia le había sorprendido dolorosamente. Lo demás del artículo era una protesta contra el liberalismo, del que era consecuencia lo sucedido.

En otro, á continuación, del propio número, decía lo siguiente :

Nuestra protesta.

« ¿ Qué importa que el Sr. Cánovas sea nuestro enemigo en política ? »

.....
 « Nosotros, que por la misericordia de Dios nos vemos libres de las malas pasiones que nacen de la política, á la que hemos relegado al tercer lugar de nuestro glorioso lema, y que combatimos los sistemas de gobierno, pero no abrigamos sentimientos de aversión contra las personalidades que lo representan, no podemos menos de protestar enérgicamente contra el bárbaro y feroz atentado de que ha sido víctima el ilustre estadista Sr. Cánovas del Castillo y pedir en nombre de la sociedad ultrajada y de la justicia escarnecida una venganza pronta y completa de tan atroz crimen.

.....
 Conste, pues, nuestra enérgica protesta ; y si los ecos de nuestro humilde diario llegan hasta el Gobierno que hoy rige esta noble Nación española, sepa que nosotros nos asociamos al dolor que hoy embarga á los que en vida fueron amigos y consejeros del ilustre finado y que sentimos mucha de la justa indignación que en sus pechos rebosa.

A nuestros lectores suplicamos no olviden en sus oraciones aplicar alguna por que Dios conceda el eterno descanso al alma del infortunado D. Antonio Cánovas del Castillo. »

III

EL COMENTARISTA

Bajo el epígrafe *Luto nacional*, el periódico citado escribía en su número del 10 de Agosto de 1897 lo que copiamos á continuación :

¡Pobre Cánovas!

«El brutal atentado de que fué objeto atear en Santa Agueda el eminente hombre público D. Antonio Cánovas del Castillo, por el anarquista italiano Miguel Angiolillo, quien muy en breve dará cuenta á Dios de tan horrible hazaña, ha sido generalmente sentido en la Nación española, donde deja un vacío difícil de llenar en las tristísimas circunstancias por que atravesamos. Este sentimiento se extiende más allá de las fronteras, y un grito de indignación y de protesta, al que unimos el nuestro, se escucha por todas partes abominando el hecho y clamando por la seguridad personal, constantemente acechada por los enemigos del orden, monstruos infames que por doquiera siembran la desolación y la ruina. Carnot en Lyon y Cánovas en Santa Agueda, personajes políticos de indiscutible valía, han sido las víctimas más salientes del anarquismo en el último tercio del presente siglo.»

.....

¡Viva España!

«Hermosa frase. Confesamos á fuer de españoles, antes que políticos, que las últimas palabras pronunciadas en los supremos momentos de su vida por el Sr. Cánovas vinieron á confirmar plenamente la idea noble que de él teníamos formada: de amante de la familia, de la política, de las instituciones; pero antes que nada de la Patria, de la Nación española, por la que se sacrificó no pocas veces, hasta morir por ella asesinado, al ponerle la fatalidad frente á frente de un infame extranjero sugestionado por las criminales teorías que tantos puntos de contacto tienen con el nihilismo. Ese grito, pronunciado espontáneamente, no en el fragor de los combates por el soldado que en su entusiasmo bélico y en defensa de la bandera roja y gualda, que salió

triunfante en Lepanto, en San Quintín y en Pavía, recibe mortífera bala del encarnizado enemigo, sino en momentos supremos de angustias, donde ve perder su existencia por las leyes del honor, por un hombre, batallador, sí, pero en el terreno de las ideas, gobernando y dirigiendo la nave del Estado, si no á gusto de todos, con fe inquebrantable y con verdadero heroísmo, tiene una gran significación.

Cánovas no ha muerto. Cánovas vivirá muchos años en la mente y en el corazón de todo español. Esta desventurada Nación, para la cual tuvo su postrer suspiro, podía haber muerto con él; sin embargo, por él vivía.

¡Viva España! Estas fueron las últimas palabras del Sr. Cánovas.»

RAFAEL FERNÁNDEZ ESTEBANILLO.

Periódicos de Zaragoza

I

EL DIARIO DE ZARAGOZA

Dicho periódico, el más antiguo de Zaragoza, como fundado en 1797, en su número extraordinario del 8 ó 9 de Agosto, porque no lo expresa, dedicado á la *Muerte del señor Cánovas del Castillo*, con orla de luto, precedido del retrato de aquél y de unos datos biográficos del mismo, dijo lo siguiente:

¡Dios le premie...!

«Momento es este en que las acostumbradas frases de duelo se detienen en la pluma, temerosas de no poder expresar con su vano artificio el dolor profundísimo que el inaudito crimen nos ha producido.

Juzgue cada español por la impresión que la noticia le haya causado, la que en nuestro ánimo ha hecho; mida por su asombro y su dolor los nuestros, y no exija de nosotros una necrología pulida y bien coordinada.

A estas horas, toda la sociedad intelectual de España, deponiendo ante el cadáver del glorioso estadista intransigencias de escuela y odios personales, piensa, muda de dolor,

que él fué el mejor español, acaso el último de la vigorosa raza española.

Frente al abatimiento moral y á la degeneración intelectual de esta Nación infelicísima; zaherido por todas las pasiones políticas desencadenadas; acusado en *meetings* y periódicos con las más violentas palabras, Cánovas del Castillo realizaba su obra sin vacilaciones, ni quebrantos, ni temores.

Su obra, que ayer fué la reconstitución de la Patria, deshecha, y hoy era la defensa de su integridad y su honra en peligro...

Como todos los grandes hombres de la Historia, Cánovas del Castillo ha sido odiado y escarnecido durante toda su vida, con mayores violencias y más grande encono que cuantos en la vida pública le rodeaban. Ante su cadáver, las pasiones enmudecen con la sombría tristeza del remordimiento, y los mismos labios que ayer le silbaron hoy rezarán una oración por su alma, en la que Dios ha de premiar el viril esfuerzo con que entregó todas las horas de su vida al servicio de la Patria.

Un anarquista italiano nos le ha arrebatado en momentos en que la Nación ponía en él toda su confianza. El mismo fanatismo brutal que vengó á los anarquistas franceses guillotinado en París asesinando á Sadi Carnot, ha encarnado esta vez también en sangre italiana, y el espíritu de asquerosa *vendetta* ha pretendido canjear la despreciable vida de los miserables fusilados en Montjuich por la vida de nuestro gran estadista, de nuestro gran patriota.

No tuvieron el derecho social y la paz pública nunca en España defensor tan tenaz. Frente á la revolución y la anarquía fué una voluntad de hierro y un brazo de acero; ante los desbordamientos del pueblo, una inteligencia serena y un patriota sin arrebatos ni vocinglerías.

Era su talento tan poderoso, que igualmente en su juventud que en su edad madura, se sobrepuso á las fatales influencias de la raza meridional, andaluza, cuya sangre vehemente, impresionable, víctima de todas las sugestiones de la fantasía, circulaba por sus venas.

De su vejez no hay que hablar. Cánovas, como Bismarck, como Gladstone, no ha sentido el frío de los años penetrar en su corazón, siempre entusiasta, ni en su cerebro, siempre creador é imperativo. Se veía blanquear sus cabellos, llenarse de arrugas el rostro y en-

corbarse su cuerpo; pero su voz no temblaba y sus pensamientos se revestían de las galas de brillante oratoria, revelaban la virilidad avasalladora de su carácter y el poderío de su lógica absorbente, y todo ello sin esfuerzo, sin tormentos de la voluntad, sin mortificaciones del deseo, sino natural y sencillamente, destruyendo á diario la leyenda de su soberbia; leyenda que era indestructible porque se había forjado, no por él, sino por el pueblo y por sus adversarios, con la firmísima base de sus talentos portentosos.

El *Diario de Zaragoza* no se cree obligado á hacer pública protesta del dolor que la trágica noticia le ha causado, y teme hablar de ello porque todas las palabras del idioma le parecen débiles é incoloras para expresarlo con justa sinceridad.

Cánovas del Castillo ha muerto asesinado con traición miserable. ¡Dios, Supremo Hacedor de todas las justicias, mandatario de la humanidad y disponedor de las páginas de la Historia, premiará en Cánovas del Castillo las virtudes y los servicios que España ha desconocido ú olvidado muchas veces. »

* *

A continuación del anterior notable artículo, apareció en dicho periódico lo siguiente:

La noticia en Zaragoza.

« Profunda sensación ha causado en la opinión pública la noticia del asesinato del señor Cánovas del Castillo en Santa Agueda, que nosotros fuimos los primeros en comunicar al público en suplemento extraordinario, publicado ayer á las seis y treinta minutos de la tarde, y que era arrebatado de las manos de nuestros vendedores, hasta el punto de que ninguno de ellos pudo llegar á los barrios extremos de la población, donde esperaban con verdadera ansiedad noticias de la inmensa desgracia que pesa sobre esta desdichada España.

En las calles y paseos públicos, en los cafés, en los cafés, en todas partes, no se hablaba más que de la fatal nueva, y todos convenían en que la muerte del Presidente del Consejo de Ministros ha sido una verdadera desgracia nacional, porque solamente un hombre de su talento y de sus energías era capaz

de resolver el sinnúmero de conflictos que sobre la Nación pesan.

Precisamente á la hora en que nuestro suplemento salía á la calle, la gente regresaba de la Plaza de Toros y de Torreros, viéndose entonces concurridísimo el paseo de Santa Engracia; y al tener conocimiento de la catástrofe causada á España por el criminal italiano, hemos podido notar que, echando á un lado pasiones políticas, ha sido llorado amargamente el asesinato del patriota, cuyas últimas palabras han sido « ¡viva España! »

Después publicaron suplementos los demás periódicos locales, que el público compraba con el mismo interés que el nuestro, ansioso de conocer más detalles de este tristísimo suceso, demostrando de esta manera que Zaragoza conserva verdaderos sentimientos patrióticos y sabe sentir las desgracias de la Nación, que hoy llora á uno de sus más grandes hombres, arrebatado por la ilaga social que se llama anarquía, cuando aún podía prestar verdaderos servicios á España y cuando su vida nos era más necesaria. »

* *

El mismo periódico, en su número del 10 de Agosto, publicó lo que copiamos á continuación:

« Ningún recuerdo del Sr. Cánovas del Castillo podemos ofrecer á nuestros lectores que les sea más grato que una originalísima é ingeniosa semblanza que de él escribió en 1879 el popular D. Francisco Cañamaque. Desde la época en que el siguiente trabajo fué publicado en el libro *Los oradores de 1869*, hasta el día en que inicua y miserablemente fué asesinado el Sr. Cánovas, la figura gloriosa de este ilustre estadista se ha agigantado extraordinariamente.

Así y todo, la semblanza del Sr. Cañamaque es una obra maestra, que será leída con gran gusto por nuestros lectores (1):

(1) Merece todos nuestros elogios el trabajo del señor Cañamaque; pero incurre en algunas inexactitudes y en no pocas exageraciones, hijas de su diferente criterio político. Cuando el Sr. Cañamaque lea este libro, si merece ese honor, y se entera de lo que se ha escrito y publicado respecto del Sr. Cánovas, todavía más que en España, en el extranjero, de seguro modificará muchos de los juicios que emite respecto del mismo y apreciará no pocos de sus actos de otra manera. Atendiendo á que en muchos párrafos no está nada benévolo con Cánovas, no hemos querido suprimir ninguno.

Cánovas del Castillo.

« Es orador, político, literato, tres veces académico, poeta, historiador, jurisconsulto, diplomático, americanista, periodista, geógrafo, monstruo, conservador-liberal, liberal-conservador y malagueño.

Todo eso es, en breves palabras expuesto, mi paisano D. Antonio Cánovas del Castillo.

No creáis, sin embargo, que su presencia revela nada de lo que es. El pícaro lo disimula mucho, da un chasco á cualquiera. Parece un hombre vulgar si lo contempláis sin saber quién es, como se mira al transeunte que pasa por la calle. No tiene la melena de Danton, la fisonomía arrogante de Mirabeau, la estatura de Mendizábal, la frente iluminada de Castellar, la nariz revolucionaria de Voltaire, la fealdad de Alcalá Galiano, el aspecto severo de Salmerón, el atolondramiento estudiado de Bismarck, la mirada eléctrica de Ríos Rosas, la viveza de Sagasta, la atracción de Ruiz Zorrilla, los labios epicúreos de Martínez de la Rosa, la voz de sirena de Martos. Nada de eso tiene; pero vale tanto como ellos, mucho más que algunos de ellos.

He dicho que parece un hombre vulgar si lo contempláis sin prevención. Pues bien; parece lo que no es. También parecía progresista en 1854, y todo el mundo se equivocó.

Su estética no dice nada. Cálase los lentes con cierto garbo, guiña que es una compasión, tuerce la boca, hace mil gestos y contorsiones y se abre la raya á un lado. He oído decir que no fuma. ¡ Si será monstruo!

Pero si no fuma, escupe... Escupe palabras y teorías que no hay más que pedir; apóstrofes magníficos, citas irrefutables, sofismas disfrazados de argumentos, argumentos contundentes, bellezas literarias, giros oratorios de primer orden, disparos certerísimos, admirables, infalibles, que le acreditan de buen artillero.

De modo que si no fuma, en cambio escupe como no escupo yo, que fumo, como no escupen los más tenaces fumadores. A esto debe quizá el conservar su poderosa voz tan clara y tan hermosa, á pesar de sus sesenta y pico de años.

Cánovas es además un castizo escritor, un académico que no va á la calle de Valverde á fumar, toser, bostezar y otras espiritualidades tan propias de las gloriosas ruinas que limpian,

fijan y dan esplendor á su modo á la lengua de Cervantes ; no es tampoco de los que emplean cinco meses en luminosas murmuraciones para decir que tranvía debe escribirse así : esto es, con *v* sencilla y no doble, como habían dado en escribir los demagogos del idioma. Menos es de los que pasan noches y noches á la nominilla de la Academia—que los académicos, además de limpiar, fijar y dar esplendor, cobran un tantico por cada sesión—si *beafteck* se debe escribir con *k* ó sin ella. No, señor ; Cánovas no es de esos ; Cánovas es de los que, con *k* ó sin *k*, se comen el *beafteck* y disputa concluida.

Tiene como literato la manía incorregible de hacer versos, y como historiador la de hablar de la casa de Austria. Todos sus amigos han recibido el encargo de buscarle y comprar para su biblioteca cuanto de la casa de Austria vean, oigan ó entiendan. El mismo general Vega Inclán—¡ ya ven ustedes, un general!—le mandó há tiempo desde las Baleares algunos documentos raros y curiosos que á la casa de Austria se referían. Como buen bibliófilo, Cánovas los aceptó enternecido, y Dios sabe las cosas que tendrá escritas á estas fechas en gloria y honor de las reales personas que tan escrupulosamente historió y pretende seguir historiando.

Así ocupando el tiempo, es decir, cultivando las letras y medrando legítimamente en la política, Cánovas, por diversos caminos y con una actividad poco andaluza, ha prosperado como ninguno. Primero fué progresista (1) y Auditor de guerra en el ejército insurrecto de 1854, cuyo Manifiesto escribió ; después unionista ; más tarde casi moderado ; luego, en 1868, revolucionario en espíritu (2) ; á poco amadeísta tapado (3) y últimamente alfonsino por todo lo alto. Ha seguido todas las banderas de la Monarquía constitucional y parlamentaria (4), como para hacer su carrera ha ido subiendo peldaño por peldaño la trabajosa escalera del Poder. Está hecho á prueba de estudio y laboriosidad, de carácter y talento.

No quiero hablar á ustedes de los famosos

(1) Esto no es exacto.

(2) Tampoco es cierto.

(3) Ni por un solo instante. Tuvo la nobleza de manifestarle, cuando le llamó, que aunque le respetaría, por lo que representaba, nunca estaría á su lado.

(4) Tal vez sea el único español y político que no cambió nunca de postura.

Consejos de guerra verbales, ni de otras faltillas que hay en su historia, como el fusilamiento de los artilleros del 22 de Junio de 1866, siendo él Ministro.

Corramos un velo que cubra aquellos tiempos desdichados.

Viene la Revolución de 1868, y como Cánovas valía ya mucho, Sagasta lo trajo de diputado, y Prim y Rivero quisieron meterle de cabeza en la Comisión de Constitución, para comprometerlo en la grande obra. Rivero le persuadió y Cánovas, según me han asegurado personas autorizadas, aceptó patrióticamente. Pero quedaba el rabo por desollar (1). Todo el mundo sabe el odio carifosísimo que mutuamente se profesaban los dos Antonios de Málaga : Ríos Rosas y Cánovas. Ríos Rosas quería mandar en la provincia, y Cánovas también. Aquél recelaba del talento de éste ; éste no sucumbía ante el carácter áspero, dominante y avasallador de aquél. Rivero tuvo que elegir, y se quedó con Ríos Rosas. Primer disgusto de Cánovas, que, libre de todo compromiso, combatió el proyecto de Constitución con energía y dureza sumas ; dijo que aquello era una obra infeliz y elevar á ley la anarquía. A lo cual le contestó Ríos Rosas dulcemente :—« Esas calificaciones, sobre ser amargas, sobre no ser prudentes, son injustas, son inicuas, nacen de un falso criterio, son de todo punto gratuitas, carecen absolutamente de fundamento y son falsas. ¿ Qué deberá decirse del autor de esas calificaciones? »— En fin, le faltó poco para que le llamase Canovillas en plenas Cortes.

Pasado este chubasco, del que Cánovas se defendió dignamente, va y combate el sufragio universal. ¡ El sufragio universal, llamado más tarde por él, en 1876, en perentorio auxilio de la Restauración !

Dan por terminadas sus tareas aquellas Cortes inmortales, y en las siguientes ordinarias Cánovas empieza á hacer tales guiños á la novísima legalidad, que coge á uno de los suyos, á Elduayen, y lo presta para Ministro de don Amadeo. Nadie hubo que no celebrara, que no aplaudiera este rasgo de patriotismo de Cánovas. Su conversión era valiosísima ; nos traía el contingente conservador, tan necesario, tan indispensable, tan útil para la vida de todas las instituciones políticas, llámense como quieran. Pero esta actitud suya duró

(1) Todo esto no pasa de ser una fábula.

poco. Púsose enfrente de la Revolución y de su Trono, de sus hombres y de su política, y ni la parte que le ofreció Pavia en el Gobierno del 3 de Enero, ni otros halagos que me callo, torcieron su voluntad. Quería ser, lo fué, lo es, y lo será, el primer hombre de la Restauración.

Y ahora empieza lo monstruoso.

Interrumpido el estado legal del país, como nos dijo en las Cortes de 1876 á las primeras de cambio, proclama la existencia de una Constitución que no era la de 1869 ni la de 1845; una Constitución suya, malagueña y acomodaticia. Proclama la constitución *interna* (1). ¿Lo han entendido ustedes? Pues yo tampoco. Y principia á lanzar teorías y más teorías por aquella boca, convence á la mayoría, pelea con Sardoal, dirige reproches á D. Emilio, viene á las manos con el brillante tomista Pidal y Mon, le dice á Sagasta *más eres tú y esta es la hora* en que Cánovas no ha dejado de hacer teorías, algunas buenas, varias pueriles, no pocas hijas del orgullo y la necesidad. Divide los partidos en legales é ilegales, y España, víctima de esta graciosa teoría de Cánovas, encuéntrase dividida por el primer Ministro de la Restauración en legal é ilegal. Nada, á lo Calomarde: purificados é impurificados.

¡Majadero, que tú eres, Antonio, *panliberalismo!* ¿No comprendes, tú que tanto talento tienes, que tan bien comprendes la historia propia y la historia ajena, que en ocasiones varias has demostrado ser un verdadero estadista, que sabes al dedillo la causa de todas las revoluciones y descontentos; no comprendes, digo, que cerrar la puerta al derecho es abrirla á la rebeldía? Dulcificar, mirar, atraer, limar asperezas, olvidar agravios, perdonar ofensas, esa, esa es la obra de los que en tu caso se hallan. Y ya que tu política, lo escribo con gusto, no ha sido vengativa, ni cruel, ni perseguidora; ya que supiste dejar á cada cual en su casa, obrando en esto como no obrara nunca ninguna Restauración, ¿por qué no has hecho lo demás? ¿Crees quizás en la eficacia del vacío?

Pero prosigo mi empeño, y djome de aconsejar. ¡Bonito es el mozo para recibir consejos!

A Cánovas le ahogan dos cosas: la soberbia y el talento. Por salirse con la suya, nada más

que por salirse con la suya, nada más que por salirse con la suya y hacer rabiar á Romero Ortiz, se le pone en la cabeza que las Cortes, elegidas cuando no había otra legalidad que el Código de 1869, debían durar cinco años con arreglo á la Constitución de 1876; esto es, á una ley posterior al nombramiento y reunión de aquéllas; y dicho y hecho, va y le dan la razón. ¡Soberbia! Otro día se empeña en que la causa del orden exige la vida del triste y criminal Oliva, y Oliva sucumbe, á pesar de altísimas insinuaciones. ¡Soberbia! Otro día se levanta de mal humor, mira de reojo á Elduayen, y ¡zás! de un plumazo arroja al ingenioso ingeniero del Gobierno civil de Madrid. ¡Soberbia!

Sin embargo, ¡cuán titánico ha sido su trabajo! Otro que él no habría hecho ni la milésima parte.

Encargóse de la Presidencia del Consejo de Ministros cuando en el país no había nada, absolutamente nada más que polvo y escombros. El polvo de una catástrofe, los escombros de un derrumbamiento. La catástrofe de Septiembre de 1874. Los carlistas le estorbaban más que nada. Se mete entre ellos y los divide: á un lado Cabrera, á otro Dorregaray. Le estorban luego los moderados. Los divide igualmente: á un lado Toreno y Barzanallana; á otro Cheste y Moyano. El partido constitucional le hace cosquillas. Dividelo también: á un lado Sagasta y Ulloa, á otro Santa Cruz y Alonso Martínez. La democracia permanece entera en los rigores de la adversidad. La perturba: Castelar tiene un asiento en el Congreso, Sardoal otro; Ruiz Zorrilla, víctima de un arranque pueril, yacía de antemano en el extranjero, estaba por sí propio desterrado.

¿Le queda algo por hacer? Sí, la paz en la Península y en Cuba. Pues ahí está Martínez Campos... La paz se hace en todo el territorio español. ¡Bendita sea la paz!

¿Queda algo todavía? Sí, le queda un entretenimiento: divertirse con los constitucionales. ¡Y se divierte como hay Dios! Les da Diputaciones, Senadurías, promesas, bombo, mucho bombo, alguna que otra credencial, razones, esperanzas, todo lo necesario para embarcarlos. Se embarcan y empieza el mareo, la trastienda, el sí, el no, el veremos, no es tiempo aún, robustecerse, unirse, definirse, arrepentirse, convertirse, contarse, purificar-

(1) De ella habían hablado ya los primeros constitucionales, el grupo llamado los *Perras*. Esta es la verdad histórica.

se, disciplinarse, prepararse, alinearse, declararse, y todos los acabados en *arse*, como no hay que impaciertarse, apaciguarse, moderarse y fastidiarse.

Pero para llegar á todo esto, ¡qué prodigio de palabra! ¡Qué tesoro de recursos! ¡Qué caudal de inteligencia! ¡Qué habilidad parlamentaria! ¡Qué fuerza de dialéctica! ¡Qué ingeniosa sofistería! Ha jugado con fuego, y el fuego concluye por convertirse en ceniza. Lo que no ha querido comprender es que debajo de esa ceniza hay rescoldo. Cuando menos lo piense, el rescoldo constitucional echará chispas. Después de la crisis de Marzo se han notado algunos síntomas.

Menos los constitucionales, á quienes trata como arquitecto al maestro de obra que le ayuda á conservar un edificio, todos han sufrido más que aquellos los ímpetus de sus genialidades, las imposiciones de sus caprichos, las exigencias de su absorbente personalidad.

Como buen artillero, en diciendo «quien manda manda y cartuchera» en el cañón», hasta Fabié se echa á temblar, es decir, la pura encarnación de la filosofía liberal-conservadora ó conservadora-liberal.

Cánovas es un hombre que se va siempre al bulto, á no ser que el bulto se llame Martínez Campos. En este caso el ilustre malagueño emplea toda su trastienda, que es mucha; todo su talento, que es grande; toda su habilidad, que es consumada, y el bulto se viene á él. Lo coge, lo mira desdefiosamente, le da vueltas, juega con él, lo pone en un fanal ó lo arroja por la ventana del desprestigio, y guiñando y torciendo la boca inconmensurablemente sobre el nivel conservador, diciendo *urbi et orbi*: — «Aquí no hay más bulto que yo».

Así es, en efecto. Su iniciativa puede tanto, que todo lo llena. Congreso, Senado, Presidencia, Ministerios, prensa adicta que le proclama monstruo, oposiciones que le proclaman genio. Todo lo llena con su poderosa personalidad. El dice modestamente: — *¡Yo!* — Las oposiciones gritan rabiosas: — *¡El!* — Tiene todas las aptitudes de un enciclopedista á la moderna. ¿Hay que sustituir á Salaverría por que está enfermo? Pues Cánovas se encarga interinamente de la cartera de Hacienda, y confunde á Angulo y á Barzanallana menor con sus sumas, restas, multiplicaciones y divisiones. ¿Hay que hablar del estado de la guerra civil cuando vino la Restauración? Pues

Cánovas pide la palabra, ó se la toma, coge los ejércitos, distribuye los generales, explica las operaciones, da batallas, toma trincheras, se cubre de gloria en Lúcar y Lorca, y Saturnino Estéban Collantes se pasma asombrado de las hazañas de su Presidente. ¿Hay que perorar un poco en defensa de la ley constitutiva del Ejército? Pues ahí está Cánovas, que lo hace que no hay más que pedir, y el buen Ceballos se levanta en pleno Senado y dice al Marqués de la Habana: — «Ya ve usted si yo hago bien no haciendo nada; Cánovas es un gran artillero». — ¿Hay que dejar la Presidencia para escribir un discurso académico sobre la literatura aljamiada? Pues ahí está Cánovas que repasa los apuntes de su tío D. Serafin Estébanez Calderón, va á la Academia, los lee haciendo guiños y morisquetas, convence al Marqués de San Gregorio, electriza á Mariano Catalina, conmueve al ingeniero de montes D. Agustín Pascual y Pérez de Guzmán, que, aunque no es académico como éstos ha tenido la fortuna de oírle, sale corriendo y dice: — «Nada, caballeros, está visto: es un monstruo aljamiado».

Cánovas es un gran orador. Excluyendo á Castelar, hoy día no tiene más que tres rivales: Salmerón, Martos y Sagasta. No abundan en Cánovas la poesía, ni las imágenes, ni las grandes figuras retóricas; pero es correcto, enérgico, rápido, puro, castizo. Se estaría hablando una semana seguida sobre cualquier asunto, por ejemplo, sobre la langosta, y si su propósito era negar su existencia, el auditorio acabaría por confesar, á despecho de Mariscal y de Salido, que, en efecto, no hay más langosta que ellos. Lo mismo defiende el contra que el pro: lo mismo dice hoy que un rey puede pecar, como afirma mañana que es impecable. Pero habla muy bien. Es el primer polemista de nuestro Parlamento. Su voz es clara, robusta, penetrante, hermosa. Es una lástima que tenga el vicio de bajarla en los finales, porque la transición es brusca, fea y de mal gusto. No es menos sensible su manía *diyo* y *repito*, que tanto abunda en sus discursos. *Dije* y *diyo*; *aprobé* y *apruebo*; *censuré* y *censuro*; *manifesté* y *manifesto*; *declaré* y *declaro*. Fíjense ustedes en el *diyo* y *repito* el primer día que suelte el pico, y digan si no tengo razón para censurarle este defectillo.

No tiene siempre lo que se llama la exterioridad, los modos, los ademanes, la compostu-

ra de un gran orador. Al concluir los períodos hace cinco ó seis subidas de hombros, como si tuviera entre camisa y espalda un bicho que le picase; se vuelve á los suyos con ceño de Júpiter, y su mano acaricia los quevedos para que no se caigan de su sitio. En los de más efecto, cuando se incomoda ó Sagasta le mira con mirada entre irónica y sarcástica, suele concluir dando como una media vuelta, y los faldones de su levita flotan por el espacio. Tampoco escasea los golpes sobre el pupitre, como si el pupitre, benévolo y silencioso, tuviera la culpa de que le quieran desalojar del Poder los oradores de la oposición. No, hombre, no; no dé usted esos porrazos, que para ser enérgico en la palabra y en los conceptos no hay necesidad de castigar la madera que se tiene delante, ni de ponerse las manos hinchadas como botas.

Pero lo que á mí me hace más gracia en Cánovas del Castillo, lo que desde el primer día hubo de chocarme, lo que merece algunas palabras de reprensión, es la costumbre de meterse una mano en el bolsillo del chaleco. Observado y veréis cómo digo la verdad.

En los momentos más supremos, cuando trata de un asunto grave y el párrafo le ha salido armonioso y redondo, cuando amigos y adversarios le prestan religiosa atención, mi hombre mete una mano, la izquierda generalmente, en el bolsillo del chaleco, y después de contonearse, afirmar los quevedos, llamarse á sí mismo monstruo, continúa fiero y arrogante su peroración... Pero hombre, saque usted esa mano de ahí. ¿No ve usted que no está bien? ¿Es que quiere decir: «aquí me los meto á todos»? Bueno, porque ya sabemos hasta dónde llegan sus humos; pero quite usted esa mano del chaleco...—Después de todo—hème dicho muchas veces:—Para que la mano, sin ser grande, quepa en el bolsillo de su chaleco, ¿qué tal será el bolsillo?

Cuando quiere—y quiere siempre—sabe ser irónico, gracioso, epigramático, punzante, venenoso. ¿Quién ignora que privadamente es uno de los hombres más chistosos, ocurrentes y decidores? Su defecto consiste en que á una gracia, á un equívoco, á una frase, lo sacrifica todo. Un día quiso hacer un chiste y lo hizo terrible:—*El ciego que canta y el lazarrillo que pide*.—Quiso ha poco hacer una frase, y la hizo depresiva:—*¿Tan mal le ha ido de villano que quiere ser caballero?*—Otra vez le dijo un amigo su-

yo:—*Fulano me molesta*.—*Pues ándese usted con cuidado*—le contestó,—*que le es infiel*.—*¿Por qué, D. Antonio?*—*Porque también me molesta á mí*.

Sus sales como orador son cultas, oportunas, irreprochables. Pero cuando se propone herir, hiere; cuando se propone ridiculizar, ridiculiza; cuando se propone hacer sangre, la hace. Y metiendo entre argumento y argumento un sofisma, manejando la palabra á su placer, ágil, vivo, enérgico; apoderándose de los detalles de la discusión; elevando los asuntos á gran altura; haciendo incisos que extravían sin extraviarse él; dando á cada cosa su palabra y á cada palabra el acento claro y preciso de su hermosa voz; inventando teorías por cualquier tiquis-miquis; dueño siempre de sí; superior á casi todos los que le oyen, su talla como orador es grande y sus aptitudes varias y nobles.

¿Por qué no decirlo, por lo mismo que soy su adversario en política? Cánovas es una eminencia ilustre, y su nombre uno de los más esclarecidos de nuestra historia contemporánea.

Le gusta discutir con Castelar, porque Castelar le cubre de flores, y Cánovas, como buen andaluz, tiene pasión por las flores. No le gusta discutir con Sagasta, porque Sagasta, que es muy sagaz, le busca, le acorrala, le reduce, le estrecha, le ahoga, devolviéndole al cuerpo todas sus teorías, y acaba por presentar como negro lo que él dijo ser blanco. Con Martos riñe, se atufa, rabia, grita, pelea, saca el Cristo, se da á todos los demonios, echa por aquella boca todas las amenazas habidas y por haber.

El mérito principal que para mí, como para todos los hijos del trabajo y las contrariedades, tiene Cánovas del Castillo, es que de la nada, de una escuela, se ha elevado por sus propios méritos á la altura de los más grandes hombres. Pobre y desconocido, todo lo que es, todo lo que vale, todo lo que significa, se lo debe á sí mismo. Aprovechado desde joven, no ha perdido ripio. Ha aprovechado hasta las locuras de Martínez Campos. No es su historia, como la de otros políticos, una historia de destierros y persecuciones. Solamente en 1867 marchó desterrado á Palencia, pero sin rigor, y nada más que algunas horas estuvo detenido en el Gobierno civil de Madrid en Diciembre de 1874, donde fué tratado á cuerpo de rey por Moreno Benítez, que, co-

necedor del juego, comprendió que no transcurriría mucho tiempo sin ser correligionario en lo fundamental.

En resumen: Cánovas pesa mucho entre todos, y es uno de los primeros oradores de la Europa moderna. A él le debemos, entre otras cosas, un hipódromo, una Constitución más, la unidad constitucional del país y completa libertad para el libro.

¡Lástima que no hiciera lo mismo con la prensa, á la que tan despiadadamente trató! ¡Hijo desnaturalizado y desgraciado!..... ¡Monstruo! »

II

LA DERECHA

Precedido del retrato del Sr. Cánovas del Castillo, publicó el siguiente artículo:

La muerte de Cánovas.

«Otra vez el anarquismo ha dado señales espantosas de su implacable odio á lo existente. El Sr. Cánovas ha sido la víctima recientemente elegida, quizá para vengar en él los castigos impuestos á los anarquistas de Barcelona.

El golpe ha sido muy terrible para que nos demos hoy cuenta de lo que significa. Las consecuencias se tocarán más adelante.

Ahora cabe sólo sentir la desgracia y lamentar que no haya habido medio de evitarla.

Fuimos adversarios leales del más eminente defensor de las Instituciones. Combatimos su política y no transigimos nunca con lo que ésta representaba; pero ante el cadáver del ilustre estadista de la Restauración, todos los adversarios bajan la cabeza, doliéndose de que haya sido asesinado quien, en los momentos de agonía, todavía tuvo alientos para acordarse de su Patria.

Pudo equivocarse; estuvo, sin duda, expuesto á errores; sin embargo, no cabe dudar amó á España, y para nosotros ese título

le vale cuanto sentimiento ha provocado en la Nación la noticia de su pérdida.

Sus mismos enemigos reconocían en el señor Cánovas condiciones de hombre de gobierno, clara inteligencia, voluntad enérgica, elocuencia, probidad, talento. De todo esto sólo queda ya un recuerdo, que se confunde con la sombría silueta del matador, para quien no puede existir justificación posible ni en los arrebatos propios de una pasión de secta.

¡A qué negarlo? Ha perdido la Monarquía un valioso apoyo, y lo ha perdido en momentos bien difíciles para el país, cuando éste necesita de todos los auxilios de sus hombres y de todas las ayudas del patriotismo.

Desde el atentado contra el General Prim no se habían registrado parecidas circunstancias en España; todo se ennegrece y tórnase el horizonte cada día más sombrío.

Dios ponga tiento en las manos de quien ha de gobernarnos.

El Sr. Cánovas deja de existir en instantes supremos para España.

Descanse en paz.»

* * *

A continuación publicó *La Derecha* otro artículo biográfico del finado.

III

DIARIO DE AVISOS

Publicó una amplia información telegráfica, figurando en ella la versión dada por el señor Castellanos, Ministro á la sazón de Ultramar, del trágico suceso.

IV

EL HERALDO DE ARAGÓN

Reprodujo el artículo publicado por D. Conrado Solsona en *La Correspondencia de España*, y dió extensas noticias del suceso, comunicadas de Madrid y Vitoria.

SECCIÓN CUARTA

Periódicos de las islas de Cuba, Puerto Rico y Filipinas ⁽¹⁾

ISLA DE CUBA

PERIÓDICOS DE LA HABANA

I

LA LUCHA (2)

Este importante diario republicano de la Habana publicó en su número correspondiente al 10 de Agosto de 1897, precedido del retrato de Cánovas, y su nombre por epígrafe, el artículo siguiente:

«No es el duelo de una nación—aunque directamente la hiera en lo más profundo de su existencia gloriosa y activa el brazo mercenario de un asesino que, para orgullo del duelo nacional, es el de un extranjero ;—es el duelo de la Europa, del mundo entero, lo que representa la desaparición alevosa del gran español, gloria de la Humanidad, que fué en la Historia y era en la vida D. Antonio Cánovas del Castillo.

Cuando una gran energía, un gran carácter, una gran ilustración, una vida consagrada al engrandecimiento desinteresado de la Patria, con todas las virilidades morales y físicas, desaparece por órdenes inflexibles de la

(1) Todavía las islas de Cuba, Puerto Rico y Filipinas eran provincias españolas, y el respeto y admiración hacia Cánovas que reflejan los periódicos de las tres islas, trascienden á la madre patria.

(2) Comenzamos por *La Lucha*, por la misma razón que damos en la sección primera, Parte primera, para principiar por los periódicos más distanciados, en política, del Sr. Cánovas.

Naturaleza—la gran devoradora de seres y formas, por sagrados que sean,—el alma de los que quedan, apenada, halla en el recuerdo del que fué, ante el esplendor de su pasado diáfano é incorruptible, algún lenitivo á la desgracia inmensa.

Pero cuando los dedos horribles de la asechanza y la traición suprimen la figura-cima en quien se encarnaban las grandezas todas, morales y materiales ; cuando el plomo ó el hierro doblemente homicida, al desgarrar una vida rasga las entrañas mismas de la Patria, arrojándola, como un despojo flotante, acéfala, sanguinosa, sobre el revuelto mar de las tempestades políticas, sirte de monstruos que viven y no duermen en su seno, entonces la catástrofe es desconsoladora, apocalípticamente cruenta, preñada de horrores y cargada de desesperaciones.

Tal ha sido para la sensibilidad de las naciones europeas la desaparición de ese sol de grandeza intelectual, moral, civil y política, que representaba, en una vida que ha sido un perpetuo homenaje, un completo sacrificio á su Patria—sí, sacrificio, sobre la noble y sagrada ara española,—D. Antonio Cánovas.

No es hora de estudiarle, sino de llorarle. Aún su cadáver, como el de César en el Foro, acorazado de sangre, espera la cámara ardiente del Congreso, ó el salón de honor del Senado, ó la sala de audiencia de la Presidencia del Consejo de Ministros, para el homenaje

póstumo, que igualará á los de la Reina Mercedes y Ayala, en España; Victor Hugo y Carnot, en Francia, y Wellington, en Inglaterra. Aún los labios frescos de las recientes heridas repiten el heroico grito en que se fundió su alma al abandonar la vida: el ¡viva España! más grande, más hermoso, más heroico en su sobriedad sublime que el famoso *¡Tu quoque!* y el soberbio epitafio de los griegos de Leónidas. No hay serenidad en las almas para detenerse en un análisis, del cual saldrán sus actos todos en fórmulas de ejemplo á los gobernantes futuros. Ante el inmenso eclipse que ha hecho en la conciencia española y, lo repetimos, en la conciencia del mundo, ese sol que ha caído bruscamente en la noche eterna, ni el pensamiento puede razonar ni la meditación hallar la serena orilla en donde las ideas se cristalizan, se cuajan y completan.

Cánovas del Castillo era un hombre de Plutarco, batido en el yunque colosal del estoicismo romano, sin transacciones con el deber, poniendo todos los recursos de su inteligencia, vasta como un mar, al servicio de una idea: la grandeza moral y material de la Patria en que abriera y cerrara los ojos.

Hay que subir, para abarcar tanta grandeza, á las grandes épocas de reconstitución de España y evocar en su tumba, que los blasones de pódrido entrelazan, la colosal figura del gran Cisneros, con quien tanta semejanza guarda en el tesón, la energía, la virtud cívica y la grandeza de alma el Cisneros de la Restauración borbónica.

Estadista eminente, político de primer orden, erudito como un benedictino, crítico de grandes síntesis, literato excepcional, orador de la estatura moral de los Ríos Rosas, Olózaga, Joaquín María López; bibliófilo, novelista, era el hombre enciclopedia, el hombre océano, como el Océano lleno de tesoros, de mundos desconocidos y de perlas, lágrimas cuajadas que los desengaños y las desilusiones encerraban en conchas de desprecio. ¡Tantos ingratos han brotado en el camino sembrado de beneficios por su diestra! Sí, ese hombre, que por sí solo era la gloria más pura de que pudiera enorgullecerse una Patria, conoció las ingratitudes. No es extraño. Toda cima atrae el rayo y toda superioridad el odio. Y él era, según la frase de un gran político extranjero, «montaña de luz» en la superioridad.

Pero esos odios, casi todos de impotencia política, habrán depuesto las armas ante lo horrible de la catástrofe. La solidaridad del infortunio eleva las almas. Ante el cadáver de D. Antonio Cánovas del Castillo, villanamente asesinado, no hay una sola cabeza que deje de inclinarse, saludando en él al *patriota ejemplar, al ciudadano intachable, al hombre de Estado ante quien Bismarck, Gladstone, Crispi, Constans, detenían su pensamiento, aplaudiéndole y admirándole.*

España, inconsolable como Raquel, llora la muerte del más ilustre de sus hijos. El plomo del asesino ha podido matar el cuerpo; pero no hay balas para el espíritu, que vive y, palpitante, se cierne con la majestad augusta de un Palladion.

El gran error que se llama un crimen no produce nunca suma de bienes. Al contrario, todos los frenos que reprimen la marcha loca de ese tren relámpago que se llama las sociedades modernas, se estrechan más contra el costado de hierro. La sociedad se defiende, la fuerza se pone al servicio de la idea que se ha querido asesinar y el instinto de conservación ejerce su autoridad sobre el mundo.

Solo ahora con su conciencia y rodeado de la maldición de todos, el asesino puede contemplar horrorizado su obra, de una infructuosidad envilecedora.

Esas cuatro balas han matado en España á Cánovas. Esas cuatro balas han matado en el mundo el anarquismo.

Como los antiguos judíos, sin Dios, Patria ni hogar, los anarquistas modernos, errantes como Caines, buscarán en vano dónde reclinar la cabeza y humedecer sus pies, lacerados por piedras y espinas.

El *¡anda, anda!* de la civilización resonará fatidicamente en sus oídos. Frutos de ceniza serán su alimento. La fosa de los parias será su tumba entre la tormenta universal...

Y la sombra augusta, enorme, majestuosa y titánica de Antonio Cánovas del Castillo será vengada. »

* * *

El día 11 de Agosto publicó el mismo periódico el notabilísimo artículo que se copia á continuación:

«Desde que los primeros tintes del crepúsculo comenzaron á envolver en sombra la ciudad de la Habana, corrió *sotto voce* entre los

habitantes la tremenda nueva que ha conternado y aterrado á los dos continentes.

Nadie se atrevía á dar crédito á la noticia, y el primer gesto era negativo. Inquiríase la procedencia de tal hecho, cabildeábase sobre la exactitud posible de un engaño, y esa tromba enorme que se llama opinión popular mataba una noticia con otra en el mar de confusiones y de decepciones, que la falta de comprobación hacía laberíntica.

Pero la evidencia se iba imponiendo lenta y avasalladoramente. La muerte de Cánovas, asesinado en Santa Agueda, fué durante todo el día del lunes afirmada por toda la Habana, que abría los periódicos con la ansiedad enorme de lo irreparable. La prensa no decía una palabra. En las altas esferas parecía no haberse recibido la confirmación de la desgracia. Entonces, ¿de dónde vienen esas semillas de desgracia, que parecen traídas por un viento trágico y como nubes de peste envuelven las almas? La prensa no confirmaba la pérdida del colosal hombre de Estado, del primero de los españoles, del extraordinario Presidente del Consejo de Ministros; las altas autoridades, calladas, no daban un solo anillo á la sospecha para asirse y afirmar algo, y sin embargo, inconscientemente, la ciudad toda parecía abrumada, hablando bajo, temerosa, como en el cuarto de un enfermo... Es que la evidencia flota en el aire con una fuerza dinámica y tremenda, que se impone. La muerte de Cánovas del Castillo estaba, dolorosa y angustiada, en la conciencia de todos.

Ayer, martes, la ciudad apareció enlutada, y la prensa, con sus alas de fuego, transmitía la noticia á todos los ámbitos de la isla. *La piedra angular de la política española había caído á tierra, saltando de su clave bajo el brazo que armara la venganza.*

La vida social, industrial y política quedó de pronto paralizada.

Ya se sabía la estupenda noticia. Y sin embargo, la sacudida en las almas fué algo análogo á lo que ha llamado un gran orador inglés «el temblor de tierra del alma».

El dolor, como una red de mil mallas, envolvió á todos. Los edificios públicos, las casas particulares, los comercios, se envolvían de crespones, delatando la inmensa aficción de los corazones y de los espíritus. Como una evocación, surgió en todos los cerebros el pasado glorioso de Cánovas del Castillo, la labor

de Atlas de aquel Titán que llevaba sobre sus hombros el más pesado de los mundos: el mundo de la política española, abrumador para todos, ligero para él. ¡Qué suma de grandeza intelectual, qué tesoros de probidad suprema, qué aciertos en la aplicación de la energía, qué desdén giganteo de lo inferior, y sobre todo qué superioridad de alma—se decían todos—no han sido precisos á ese hombre, *único*, para llevar las mil riendas de ese carro heroico y ejemplar que lleva por nombre la política nacional y extranjera de la última Restauración borbónica! Y el pensamiento se hundía en esos abismos tan hondos, tan lejanos, tan llenos de luz y sombra en que se perdía, como un águila dantesca, esa inteligencia sagrada que jugaba con los obstáculos y los vencía á fuerza de ciencia, de cerebro y de alma, con la seguridad completa del triunfo definitivo.

Miraba de arriba, desde la altura moral de sus sesenta y nueve años, consagrados á esa España, para quien fué su último grito; grito que cuatro ó seis, más ó menos favorecidos por la fortuna—por algo es ciega,—quieren poner hoy en tela de juicio.

Contra ellos, que podrán ser ricos de bolsillo, pero que serán eternamente pequeños de alma, sobre ellos está la afirmación popular, que no se engaña nunca y que dará la grandeza de la leyenda á esa frase, pronunciada con la elocuencia sobria y vengadora de la muerte.

Ya lo hemos dicho, y lo repetiremos: *la muerte de Cánovas es la mayor de las desgracias que han podido caer sobre la muy desgraciada y muy heroica España. No; no hay catástrofe comparable á la que se ha cernido sobre la España de 1897.* Es el hachazo rudo del labrador en el corazón mismo del más hermoso y más noble de los robles de la selva. El golpe de su caída ha conmovido hondamente los cimientos del mundo moderno. El grito de indignación en la más grande de las protestas llena la vieja Europa, atraviesa los mares, palpita sobre el continente nuevo y va á despertar en los últimos límites de los últimos pueblos la conciencia adormecida de las rudimentarias civilizaciones.

Una desgracia universal, un desequilibrio en la política del mundo, el caos de la más negra de las noches en el más sombrío de los horizontes.

Escritores de vista corta, arañas de superfi-

cie, compararán esta muerte á la de Prim. No nos tomaremos el trabajo de hacer girones esta afirmación.

Estudiemos nada más las consecuencias. Sobre el cadáver de Prim se alzó fué sustituto, y la Nación siguió á sus nuevos destinos, que el Rey de reyes lleva en la diestra. Cánovas del Castillo es insustituible. El troquel se ha roto y los herederos de Alejandro no saben de qué orla tirar para que el manto regio se despliegue con la severa pompa, la cegadora brillantez y la inmensa órbita de su infinita ondulación.

Esto es lo que ha comprendido, con ese instinto seguro que nunca se equivoca, el pueblo de la Habana, la isla toda, al encresponar sus casas, al lamentar su muerte, al llorar que una vida tan alta haya tenido un fin tan bajo. Esto es lo que ha comprendido al cargar de telegramas de doliente afecto los hilos del telégrafo durante todo el día de ayer, al enviar coronas, al nombrar representantes para el entierro del mártir de la Patria, á quien los modernos elevarán estatuas y á quien los antiguos hubieran alzado altares como á un dios.

Su muerte es muy llorada por cuantos concian, adivinaban ó sospechaban las altas dotes del eminente hombre de Estado. Lo será más. Conforme el tiempo vaya alejándose de esta fecha luctuosa, la obligación de llorarle será más grande para los espíritus sanos, los hombres de buena fe y los hombres de buena voluntad.

Un detalle que recogerán los historiadores futuros y que hará más grande en el trascurso de los siglos la memoria del desaparecido de ayer: la última resolución que su mano, hoy helada por la nieve eterna, firmara, ha sido de mucha importancia para Cuba: la reforma del arancel de Cuba, importancia que no necesitamos encarecer y que todos comprenden.

Antonio Cánovas del Castillo ha caído envuelto en el manto ideal de la dignidad y la grandeza españolas, para levantarse en deslumbramientos de apoteosis.

Hoy estamos aún muy cerca de su vida para que, libre de vahos de partidos, se ostente la estatua en el alabastro ideal que la admiración de un pueblo elevará á su memoria.

Ciertos hombres son como las catedrales. En medio de la ciudad, cercadas de casas, estrechadas por los baluartes, en la red de la agitación mundana, apenas si llaman la atención soñadora del viajero.

Cuando se abandona la ciudad y la distancia empieza á extender sus sábanas en la largura del camino, la titánica mole, coronada de flechas y cruces, se destaca, blanca, colosal, imponente, ostentando sus calados, ofreciendo sus ojivas, sola, agrandada por la ausencia, cantando su himno de piedra bajo su pabellón azul y deteniendo la mirada absorta del viajero, ante quien no aparecen las casucas mezquinas que en la ciudad la afeaban.

Tal D. Antonio Cánovas, á quien hay que mirar, muerto, de lejos, desde lo alto de la montaña de la meditación, para apreciar, sin mezquindades de *las casucas humanas*, la estructura de mármol, alta, gigantea, bañada de luz, que como una catedral española señala al cielo la religión por que ha muerto:

¡ La Patria y el deber ! »

* * *

En el mismo número escribió todavía lo siguiente:

Una estatua para Cánovas.

« En estos momentos de duelo nacional, cuando los espíritus se encuentran acongojados bajo el peso del dolor que ha causado en toda España la muerte traidora del primero de sus hijos, se hace necesario señalar con una demostración que la perpetúe, la impresión que ha dejado en todos los corazones el asesinato de Santa Agueda.

La historia hará justicia al Sr. Cánovas; y cuando se aplaquen las pasiones, cuando no se discuta al hombre vivo y pueda juzgarse imparcialmente al hombre muerto, la figura del gran hombre de Estado se destacará victoriosa de entre las sombras, y la isla de Cuba tendrá que reconocer, como reconoció los favores que debió á Fernando VII, que el señor Cánovas ha sido uno de los hombres que, desde su punto de vista, ha favorecido más á este país.

La Lucha propone al pueblo de la isla de Cuba que sea el primero en hacer una material y perenne demostración en honor del que ha bajado al sepulcro, mártir glorioso, elevándole una estatua en un punto céntrico de esta capital.

Las Corporaciones todas, tanto oficiales como particulares, pudieran asociarse, SIN PERDER TIEMPO, para realizar ese pensamien-

to, y reunir EN POCOS DÍAS la cantidad necesaria para construir un monumento digno del gigante á quien se dedica.

Nada de suscripciones dilatadas: que la explosión del momento produzca el efecto y PUEDA ADIVINARSE DENTRO DE POCO TIEMPO la noble figura de la víctima honrada en la tierra por sus conciudadanos y enaltecida en las alturas por la Historia. »

* * *

En el aniversario de la muerte del Sr. Cánovas, ó sea el 8 de Agosto de 1898, *La Lucha*, para marcar aún más, no obstante su significación política, su admiración hacia aquél, le consagró un sentido artículo, del cual tomamos los párrafos siguientes:

« En hora tremenda para los destinos de un pueblo—dice—surgió la catástrofe irreparable que, arrancando la vida á un hombre, dejó en viudez aterradora á la gran Nación en quien esos destinos se fundían. Cánovas del Castillo, en presencia de los problemas amenazadores que se amasaban en derredor del poder colonial peninsular, había hecho el primero de sus intereses el interés de las Antillas españolas.

Su vasto cerebro encerraba casi en la órbita de un mundo toda la madeja de acontecimientos que iban tramándose, y sus ojos de profeta veían con la serenidad olimpica del genio su marcha, sus etapas y sus conclusiones. Su prestigio de hombre de Estado detenia las ambiciones y contenía las asechanzas. El aplazaba la guerra con su actitud, que aplaudían las naciones ante quienes el coloso se revelaba. El velador de la suerte de Cuba había desposado su causa con el ardor de los grandes iniciados.

La locura de un sectario, imbuido de doctrinas que hallan sus gérmenes en la línea de frontera que iguala el nihilismo á la demencia, ha acabado con toda esa grandeza, con toda esa gloria y con toda esa esperanza.

La muerte de Cánovas, en las circunstancias en que ha tenido lugar, explica mejor que todo un libro de sociología criminal el estado de ánimo del pueblo que la ha perpetrado.

Basta abrir las páginas del libro que será la historia del año que va del 8 de Agosto de 1897 al 8 de Agosto de 1898.

* * *

Tres hombres eminentes, tres figuras colosales de la Humanidad han muerto en este lapso de tiempo: Gladstone, Bismarck y Cánovas del Castillo.

Los dos primeros han cerrado sus ojos á la vida cargados de gloria, aureolados de respeto, siguiendo la norma de la Naturaleza, y después de realizar cada uno de ellos su misión histórica: después de consolidar Gladstone la democracia inglesa y después de crear Bismarck el Imperio alemán y la unidad germánica.

Si el año 66, el plomo ó el acero de un asesino austriaco hubiera suprimido á Bismarck, ¿sería la Prusia de ayer la Alemania de hoy? Y el asesinato de Gladstone en el pórtico de los Parlamentos del año 50, ¿no hubiera retrasado y hecho casi imposible la grandeza democrática del *self-gouvernement*?

Cánovas es el irresponsable. Cuando un hombre se encarga de una misión, hay que esperar á que la termine. Cortarle el puente á la mitad de su carrera no es la condenación del luchador olimpico; es de los que zaparon las bases graníticas de los arcos.

Compárese la ley de azar que permite á Bismarck y á Gladstone llevar hasta el fin su lógica de hechos é impide á Cánovas completar la suya, y búsquese la responsabilidad de los acontecimientos.

No basta decir que sí; que el progreso de un pueblo se cumple á pesar de un hombre. Es en los hombres donde se encarnan los ideales. Si el hombre cae, el ideal se apaga y se necesita una nueva encarnación—como en las demás especies—para que el ideal vuelva á hallar sér y vida. Que se suprima el sol; todas las estrellas reunidas no darán esa luz única que forma el día. »

II

LA UNIÓN CONSTITUCIONAL

Este periódico, órgano del partido del mismo nombre, no menos importante que *La Lucha*, escribió el 10 de Agosto de 1897, encerrado en orla negra, lo siguiente:

« Todavía reservaba la Providencia á nuestra Patria esa prueba decisiva: el primer estadista español, el más grande patriota, cae asesinado por el fanatismo de un anarquista

extranjero, cuando era mayor la necesidad que de su talento, de sus prestigios y de su patriotismo sentía la Nación.

Algo de ella muy esencial ha sido arrancado con la vida de quien más esforzada y leal y eficazmente la servía en los más duros trances por que pueden pasar los pueblos.

El Sr. Cánovas del Castillo era más que un sabio y enérgico y respetado gobernante: en él encarnaban todas las grandes virtudes, los poderosos alientos y las tradiciones de nuestra raza.

En sus acentos vibrantes hallaban eco, como en ningunos otros, los más hondos sentimientos y los anhelos más vivos de todo el pueblo español; y á compás de aquel corazón gigante latían todos los corazones cuando en momentos solemnes lo agitaban nobles pasiones.

Bien evidente se advirtió esa íntima armonía cuando, hace poco, desde el alto sitio que horrendo crimen dejó vacío breves instantes, declaraba solemnemente su decisión de llevar los sacrificios hasta donde lo exigieran la integridad y el honor nacionales en el empeño de que salieran incólumes de la lucha que la tradición otra vez les moviera.

«Si el país—decía con viril entereza, que la emoción no lograba velar—no quisiera seguirme con sus esfuerzos titánicos hasta la victoria sin sombras que la empañen, yo me retiraría á llorar un error que habría de acabar con mi existencia.»

Y todo el Congreso, es decir, todo el país, identificado en absoluto con aquella decisión de vivir con gloria ó perecer con honor, ratificó al esforzado adalid la confianza omnimoda que le acompañó hasta el sepulcro.

No era, no, la muerte en la oscuridad del olvido la que correspondía á una vida fecunda, consagrada al servicio de los más grandes ideales de la humanidad: murió en la plenitud de sus prestigios, de sus energías y de sus triunfos; amado de sus compatriotas, admirado de las naciones, considerado por los reyes.

Murió como vivió: era grande entre los grandes, y al sucumbir dió la última prueba de grandeza, en el valor y la abnegación de sus últimos pensamientos, inspirados por el amor á la justicia y á la Patria.

Los últimos alientos de aquel titán en quien los más arduos problemas hallaban fácil solución favorable, agótalos en anatematizar el

crimen y ensalzar á la Nación que sirviera con todo su talento privilegiado, su proverbial desinterés y su amor invariable.

¡Asesino! ¡Viva España!

He ahí condensadas en esas palabras posteriores, las eternas preocupaciones de aquella conciencia honradísima y aquella firme voluntad, nunca domeñada por contrariedades ni temores.

En las alturas á que propios merecimientos excepcionales le elevaron desde posición modesta; en posesión legítima de honores, riquezas (1) y consideraciones sociales, que ya no podían mover vanidades ni codicias, si se le sospechasen á quien fué siempre espejo de abnegación y generosidad, sus inapreciables servicios en la gobernación del Estado no podían tener otro móvil que el civismo más acendrado y puro, de que dejó la última brillante muestra inolvidable al dar toda su sangre, como diera todos los frutos de su poderosa inteligencia y todos los latidos de su gran corazón, por la ventura y la prosperidad de la tierra en que tuvo á honra nacer y morir.

Decir lo que él era y cuánto significaba y valía, no es tarea de estos momentos en que al dolor y la indignación por el atentado que priva á España de su mejor organizado cerebro, se unen las naturales tribulaciones de un incierto porvenir.

Sería tarea además inútil donde no hay lugar recóndito á que no llegara el eco de sus méritos portentosos.

La primera figura de la Restauración, le llama uno de sus biógrafos, que no peca de apasionado; el español que más tiempo y más pacíficamente ha regido los asuntos de su país; literato á quien ninguno aventaja en la varonil energía de su frase robusta; poeta que siente con el cerebro; gran historiador, que conoce y hace la filosofía de la historia; orador parlamentario, sin rival en las Cámaras: «recuerda á Cicerón, que fué orador, jurisconsulto, hacendista, poeta, historiador y hombre de Estado.»

Esta cualidad llegó á eclipsar todas las otras, elevándole al nivel de los más eminentes en el mundo, á tal extremo, que el propio Bismarck no aceptaba elogio que le pusiese por encima del gran Cánovas del Castillo.

(1) Lo de riquezas no es exacto. Poseía poco, fuera del gran valor de sus libros.

Y, sin embargo, superior todavía al estadista era el patriota: su idolatría, nunca pregonada, por la Nación madre, no puede medirse ni comparándola con el fervor que le inspiraba el progreso de todos los pueblos cultos.

La Patria y la civilización: he ahí los dos grandes ideales á que consagró, con éxito constante, todos sus afanes el genio de la gobernación que, por fatal coincidencia, muere asesinado por el fanatismo de tenebrosa asociación exótica, enemiga jurada de las sociedades cultas y de las nacionalidades modernas...

Repitamos, para terminar, estas hermosas palabras del insigne Campoamor (1):

« Cuando estemos todos en ese campo sin odios que se llama el Cementerio, las gentes cruzarán indiferentemente por el lado de nuestros sepulcros olvidados, mientras que no habrá un solo español que para honrarse á sí mismo y á su Patria no se descubra reverentemente al pasar por delante de la tumba del Sr. Cánovas. »



Publica después, el propio periódico, unos apuntes biográficos del Sr. Cánovas, en que se dice que, después de la Restauración, es la primera figura política de España, y á continuación escribe lo siguiente:

Cánovas.

« Una gran desdicha aflige á la Nación española. En los infortunios que la combaten nadie paró mientes jamás, porque entereza la sobra para deshacerse de ellos y en experta mano tenía la dirección de sus asuntos para llegar á término feliz; pero ante la desgracia que hoy la enluta, ante el inesperado y triste acontecimiento que hoy la apena, no serán nunca bastantes sus lágrimas para consolarla, ni podrá en algún tiempo, por la intensidad del dolor, darse cuenta de la terrible desgracia que señalará una fecha de luto nacional en nuestra historia, pues no ha muerto con D. Antonio Cánovas del Castillo el jefe de un Gobierno, sino el más poderoso cerebro de la España contemporánea, y sobre todo,

el no igualado patriota, para el que no hubo conflictos que satisfactoriamente no resolviese, ni dificultades que no afrontara, ofreciendo en todos sólidas garantías de triunfo.

Sólo en un cerebro enfermo, y sólo en un espíritu exaltado, fuera ya de la razón humana, pudo hallar albergue y crecer y desarrollarse la infame idea de apagar de una manera alevosa la luz de esa inteligencia que á un pueblo guiaba, de cortar el hilo de una existencia de las que tantas y tantas dependían, de borrar con la mano del crimen el curso de una vida llena de grandezas que ilustraba la historia, la literatura y la política y era el fiel reflejo, la síntesis completa del alma nacional que palpitaba con la suya.

Sólo podría venir el asesino infame de otras regiones que no fuera la de la política, de otra esfera en donde no se agitan los sentimientos humanos; de ese mundo de la anarquía, de hombres ciegos y sin corazón, podía sólo proceder el alma inicua que concibiera idea tan abominable: porque D. Antonio Cánovas del Castillo no tenía enemigos ni podía tenerlos, ni sembró nunca el odio, ni podía sembrarlo quien por el bien de sus conciudadanos luchaba sin tregua, y al bien de la Patria dedicaba sus actividades y el tesoro de saber que en su cerebro puso la Divina Providencia.

Sereno y confiado en la victoria, puso mano en los asuntos de la Patria en uno de los momentos más difíciles, y aunque al término no llegó de la ruta emprendida valientemente, ha dejado en ella sanas enseñanzas y caudal inextinguible de experiencias que sabremos recoger los que le seguimos y estuvimos siempre acostumbrados á verle triunfar con su energía y con su patriotismo: porque ¿qué otras enseñanzas más provechosas que las de su política? ¿Quién pudo aventajarle nunca en tenacidad para el triunfo de la razón y del derecho? ¿Quién, en el campo de la política, pudo contar discípulos más numerosos, si su política fué la conservación de la integridad del territorio, y el territorio con gloria, respondiendo á lo que fué en la historia del mundo y al concepto de que gozaba entre las naciones cultas de Europa?

Ante su tumba, á la que vamos hoy todos á depositar lágrimas y laureles, no hay fracciones políticas, no hay divergencias de pareceres, no hay ni puede haber ideales distintos: es la familia española la que está delante de

(1) Se han recordado por otros con el mismo triste motivo.

ese pedazo de tierra venerado, todos de luto, llorando todos, rezando ante los queridos restos del mártir que acaba de desaparecer dejándonos la hermosa herencia de una vida sin tacha, ejemplo de abnegación y patriotismo. Negros crespones vestirán también la literatura y las ciencias españolas: porque bajo ese sepulcro yace inerte el cerebro que en una y otras irradió luz bastante para ilustrar á toda una juventud y encendió una de las más brillantes antorchas de su gloria. No hace falta escribir la biografía de D. Antonio Cánovas del Castillo, ni, por otra parte, seguro estaría quien lo pretendiese de no haber faltado á la verdad. Quien como él sobresalió en los ramos primeros del saber humano, ha escrito en cada día de su existencia una página de oro. El era el más sabio, él era el más grande, él era el mejor de los españoles: porque él era España.»

III

DIARIO DE LA MARINA

Bajo el epígrafe *Duelo nacional*, publicó el 10 de Agosto el artículo que copiamos á continuación:

Duelo nacional.

«Desde anteanoche circuló por toda la población una noticia de tan siniestra gravedad, que nadie se avino á darle crédito, tomándola por el más absurdo de los dislates que pudiera engendrar una imaginación enferma: la noticia de que el señor Presidente del Consejo de Ministros había sido muerto á mano airada.

Pasados los primeros momentos hubo que rendirse á la triste realidad: el ilustre jefe del Gobierno que, durante dos años y medio ha regido los destinos de la Nación, ha muerto bajo el plomo de un asesino, de un demente ó de un fanático, que necesitaba, sin duda, víctima tan alta para saciar sus inexplicables y satánicos furores.

Esa secta negra que ha colocado en sus altares, tintos en sangre inocente, el ídolo monstruoso del asesinato, acaba de apagar para siempre, y de un solo golpe, la brillante inteligencia que se llamó en vida D. Antonio Cánovas del Castillo, añadiendo así un nuevo

y odioso crimen á la serie, ya horriblemente larga, de sus infames atentados.

No necesitan el partido reformista ni el *Diario de la Marina* protestar contra tan inicuo asesinato, á cuya noticia se ha estremecido de indignación España entera. Distanciados nosotros en muchas cuestiones doctrinales del que fué tan eminente hombre público, siempre tuvimos á gala el reconocer su talento, su patriotismo y sus grandes condiciones de carácter, puestas últimamente de relieve al imponer á su agrupación política el amplísimo criterio colonial exigido por los apremios del momento y por la salud de la Patria.

La muerte del Sr. Cánovas, hondamente sentida por todos los españoles, cualesquiera que sean sus opiniones políticas, ha venido también á complicar los serios problemas que pesan sobre la Madre patria. Necesarios son á la vida de las sociedades los partidos verdaderamente conservadores, y necesaria era también á la normalidad de nuestra política el turno pacífico entre los dos partidos gobernantes. Muerto el Sr. Cánovas del Castillo, alma, eje y cerebro del partido conservador dinástico, ¿tendrá éste suficiente virtualidad para mantener su cohesión y para cumplir los fines que, ya en el poder, ya en la oposición, le estaban encomendados? ¿Podrá seguir prestando á la Nación y á las Instituciones los servicios que en otros tiempos, y aun en los actuales, pudo prestarles, gracias á la inflexible disciplina que supo imprimirle su eminente jefe?

A la hora en que escribimos estas líneas faltánnos datos para prever, con probabilidades de acierto, lo que haya de sobrevenir. Pero desde luego confiamos en que el patriotismo de todos sepa conjurar cualquier conflicto que surgir pudiese; pues no sería patriota ni sería siquiera español quien, en estos momentos de suprema crisis, no depositase todo móvil pequeño y todo interés de partido, para vencer con el común y aunado es fuerza cuantos peligros puedan presentarse á la causa de la Patria y á la causa del orden.

Así esperamos que ocurra, pues por muy difíciles que sean las circunstancias, es seguro que la discreción de la augusta señora que ocupa el Trono, las energías nacionales, que por más duras pruebas han pasado, y el patriotismo de los hombres que influyen con su consejo en los destinos de la Nación, sabrán

resolver la presente crisis de manera favorable para los intereses nacionales.

Por que así acontezca hacemos ardientes votos, al mismo tiempo que elevamos hasta el Gobierno la expresión de nuestro sincero dolor por la muerte de D. Antonio Cánovas del Castillo, ante cuya tumba deben desaparecer todas las diferencias y todas las incompatibilidades de criterio, quedando sólo las manifestaciones de un grande y sentido duelo nacional.»

* * *

A continuación publicó este otro notable artículo:

Cánovas.

«No hay sello tan poderoso como el del carácter, cuya fuerza excede con mucho á la del talento y cuya impresión perdura bastante más que la de la mera inteligencia. A no tocar en la cima del genio, el talento no se apodera de todos los espíritus, á desemejanza del carácter, que impone su realidad y pide juicio y sentencia, así á la generación costánea como á la generación por venir. Los hombres de energía y coraje; aquellos que, por reflexión intensa y larga, emprenden la áspera jornada de la vida solicitados por ideal claro y definido, toman por único itinerario el de la línea recta, sin que los descorazone una decepción ni les obliguen á variar el rumbo estorbos ni valladares. Como el ingeniero que taladra la granítica base de la montaña para abrir camino recto y llano á la locomotora, los hombres de carácter se lanzan bravamente sobre todos los obstáculos, pretendiendo con su bizarría arrollarlos ó deshacerlos, juzgando cosa mezquina, cobardía insigne, mengua irredimible, orillar peligros y faldear temerosamente las cimas de la realidad. Cuanta sea la grandeza del empeño no hay para qué ponderarla, pues siempre asombrará el ánimo el denuedo y el señorío de la voluntad; pero pormenorizar, en estadísticas precisas, los buenos éxitos y los malogros del carácter, es empresa superior á los medios de la reflexión humana.

Cánovas, ante todo, fué una personalidad aislada, sólo de sí mismo dependiente, únicamente de su propia savia nutrida, no más que de su peculiar fortaleza asida y amparada.

Su casi absoluta independencia de criterio, no hubo nunca menester apoyos de ningún personaje, ni en forma de consejo ni á modo de consulta. La ciencia vastísima de su pensamiento; la rica experiencia de sus años; la altivez, enhiesta siempre, de su fe; la plenísima confianza que ponía, aun en medio de los conflictos más temerosos de la política, en la eficacia, virtualidad y poder de su razón y de su voluntad, fueron constantemente los solos consejeros de sus actos y resoluciones. No le bastaba, no le bastó, ser el afiliado de una escuela ó el sectario de un sistema, porque á tal abatimiento de su espíritu digno y señorial no podía someterse carácter como el suyo, desligado de toda traba y rehacio á toda copia. El elemento dogmático, el factor histórico, el antecedente tradicionalista que se advertían en su credo de hombre público, en su profesión de fe de pensador y hasta en sus críticas autoritarias de literato, antes que dominarle y adscribirle á mental esclavitud, venían á vigorizar sus energías, á hacer más indómita su independencia y, á la postre, á servir, aunque suene á paradoja, el personalismo de su sentir y su querer.

La Monarquía, por lo que representa de fuerza y de poder histórico, fué en toda época el ambiente político de aquel espíritu enérgico, elevado, y tan propenso á la dictadura como en el orden de las Bellas Artes lo son siempre los grandes de imaginación. La Historia, que Cánovas conocía como pocos y que interpretaba sin coincidir apenas con pensador alguno, aun cuando se rozara con los doctrinarios más ilustres, era la fuente fertilísima é inexhausta que daba copioso caudal á sus ideas y corriente impetuosa á sus orientaciones. El conflicto, si en puridad le hay, de la Historia y el Derecho, no existió un solo instante para él, pues esas que la muchedumbre, y hasta la gente ilustrada, señala como concesiones de la tradición á la rebeldía amenazadora de los pueblos, no revestían para Cánovas aspecto semejante, sino el de consecuencias naturales del desenvolvimiento de los hechos, necesitadas, mejor menesterosas, de freno enérgico y de cuidado severísimo. Contenidas las espontaneidades populares cuando se apartaban de la corriente tradicionalista, Cánovas creía cumplir honradamente con su deber patriótico imponiendo la sincera fe de su conciencia ilustrada al credo irreflexivo

de las masas, cuya energía alababa para los empeños nacionales, al mismo tiempo que temía para los anhelos de reforma política. Porque, ahondando en la herencia más castiza de nuestro derecho político, halló quizás precedentes de la moderna democracia, sobre todo, en sus manifestaciones de gobierno representativo, aceptó el Sufragio universal, que le desagradaba, si bien convirtiéndolo en instrumento de la política histórica. Porque allá, en las Reales cédulas, órdenes y resoluciones de nuestra Monarquía absoluta, encontróse la raíz de la autonomía colonial, dióse á reformista, otorgando la asimilación á los más y la especialidad á los menos. Pero nunca contradijo su criterio, nunca rectificó en substancia su profesión de fe.

Esta unidad del carácter define, á nuestro juicio, mejor que ninguna otra de las cualidades que le adornaban, á Cánovas. A nosotros nos basta hoy destacarlo de esta manera. No es la actual hora oportuna para aquilatar las partículas de oro que, con otros elementos, andaban en la personalidad del ilustre hombre político entremezcladas, como así anduvieron, en sentir de Menéndez Pelayo, en la personalidad de otro insigne estadista y hombre de letras. En otro espacio de este número recordamos no poca parte de su historia política, que tan principalísima relación guarda con la vida nacional contemporánea.

De todos modos, la obra vasta y compleja de Cánovas, sobre todo desde la Restauración, asombra y materialmente invita á reflexiones muy hondas. Repetimos que hoy serían inoportunas. La impensada y cercana desaparición del grande hombre no permite aún contemplarla en la necesaria perspectiva de los juicios. Sólo cumple en la hora presente traer á la memoria el acendrado patriotismo con que Cánovas sirvió á la causa de la Patria en toda época y, sobre todo, en el actual período, en que dió pruebas de inusitada energía y de inquebrantable confianza en la vitalidad de la Nación, y participar en el inmenso duelo de la raza española, que ve desaparecer con él á un espíritu elevadísimo, á un ciudadano ejemplar, á un orador portentoso y á un hombre, en fin, digno de eterna remembranza.»

* * *

Todavía, y como si no fuese bastante lo que antecede, publicó el *Diario de la Marina*, en

el propio número del 10 de Agosto, unos *Datos biográficos* del Sr. Cánovas, de lo más próximos á la verdad que han visto la luz, aunque no siempre justos en sus apreciaciones. No los insertamos íntegros por su mucha extensión, tratándose de un libro de las condiciones de este.

Respecto de los primeros pasos de Cánovas, algo de ello está en lo cierto, y de igual manera han sido referidos por otros; mas no se ajusta á la verdad que la suerte se le mostrase esquiva en su país natal y que por esta razón tuviera que irse á Madrid, pues claro es que no podía ser favorable ni adversa para quien contaba entonces tan pocos años y ni siquiera había emprendido los estudios de filosofía que, á excepción del latín, cursó en Madrid.

A su llegada á esta corte, gracias á la protección de su tío, D. Serafín Estébanez Calderón, que no era á la sazón, ni con mucho, Consejero de Estado, sino Gobernador, cesante, de Sevilla, y Secretario del Consejo y Dirección del ferrocarril de Madrid á Aranjuez (más tarde fué Ministro togado del Tribunal Supremo de Guerra y Marina y, por último, Consejero de Estado), obtuvo un destino de ocho mil reales en las oficinas del mencionado ferrocarril, que dejó luego, ó cuando encontró quien le remunerase, como el Sr. Fernández de los Ríos, sus artículos literarios en el *Semanario Pintoresco* y en *La Ilustración* y quien le diera un puesto como el que obtuvo en la redacción de *La Patria*, periódico fundado por los Sres. Pacheco, Benavides y Pastor Díaz, del que más adelante fué director.

Es cierto, como se dice, que escribió también algunas veces, pero sin el carácter de redactor, en *Las Novidades*, periódico liberal ó progresista, fundado por su ya citado é íntimo amigo el Sr. Fernández de los Ríos; pero sin hacerse solidario de su política. Las más veces fueron artículos literarios los que publicó en el mismo, sin firmarlos ó suscribirlos.

Las primeras obras que dió á luz y sirvieron de base á su fama, según los *Datos biográficos* del *Diario de la Marina*, fueron la novela histórica titulada *La campana de Huesca* y la *Historia de la decadencia de España*; y la base de su fama como hombre de gobierno y de su brillante carrera política, la Revolución de 1854. «Pocas individualidades—se añade—llamaron

tan poderosamente la atención entonces como el joven malagueño, como se le llamaba, por ser autor del Manifiesto de Manzanares, documento firmado por O'Donnell después de derrotado éste en Vicálvaro.»

Prescindiendo de que no hubo allí tal derrota para unos ni para otros; esto es, ni para los sublevados ni para las fuerzas del Gobierno que salieron en su persecución, sin embargo de haber éstas regresado á Madrid con gran prisa y algún desorden, según se dijo entonces—porque el que hace este comentario no fué testigo presencial,—ya se ha manifestado en alguna otra parte de este libro que Cánovas fué, más bien que inspirador, como se ha supuesto, redactor del documento de que se trata á ruegos de los Generales O'Donnell y Serrano; y en cuanto á la participación que se le atribuye en los *Datos biográficos* en el periódico satírico y clandestino *El Murciélago*, persona que vivía á su lado y apenas entonces se separaba de él, no lo tiene por cierto.

Esto sentado, reproduzcamos á continuación, con sólo algunas notas explicativas ó aclaratorias, lo demás que se consigna en los *Datos biográficos*, por el *Diario de la Marina*, á partir del nombramiento de Cánovas, en 1864, de Ministro de la Gobernación en el Gabinete presidido por el Sr. Mon, y de que no formó parte, como erróneamente se dice, el señor Pacheco:

«El Sr. Cánovas inició su campaña ministerial derogando la reforma constitucional de 1857 y dictando respecto á los derechos de reunión y de libertad de imprenta disposiciones que merecieron acres censuras de los partidos liberales y que demostraron que el nuevo Ministro había rectificado en sentido conservador sus juicios. En 1865 el Ministerio González Brabo fué sustituido por otro (1) de filiación puramente unionista, encargándose el Sr. Cánovas de la cartera de Ultramar, pasando interinamente á Hacienda en 1866. Después de los sucesos del 22 de Junio de este año, la Reina Isabel despidió al Gobierno unionista, que había sofocado la revolución, y se decretó el destierro del exministro de Ultramar, medida que sirvió para que éste extremase su oposición á los últimos Gobiernos de Isabel II. A esta época y al Sr. Cánovas pertenece la frase de que España constituía,

bajo dos conceptos, una excepción en el mundo: por conservar la unidad religiosa y por mantener la dinastía de los Borbones (1).

Arrojada del Trono Isabel II, Cánovas adoptó una actitud expectante, y no admitió los puestos que le ofreció el nuevo Gobierno, constituido en una buena parte por sus antiguos amigos políticos. En las Cortes de 1869 defendió los principios conservadores, terciando con gran elocuencia en los grandes debates constitucionales y en las demás discusiones de aquella Asamblea; y después de una brillante oración para rehabilitar la memoria de la Reina Cristina, de Isabel II y de la dinastía borbónica, votó en blanco cuando se eligió Rey de España al Duque de Aosta, después Amadeo I.

Después de ese voto, mostró una ligera inclinación al nuevo régimen de la Monarquía popular, y aconsejó á sus amigos que formasen parte de los Ministerios de aquella época (2).

Es seguro que el Sr. Cánovas hubiera podido ejercer mucha influencia en las esferas gubernativas durante el reinado de D. Amadeo; pero, fiel á sus ideas, expuso al príncipe italiano con entera franqueza sus opiniones, y disolvió el grupo parlamentario de que era jefe cuando vió que algunos de sus correligionarios se ponían al servicio del nuevo Rey, quedando en libertad de acción completa; pudiendo decirse que si autorizó á varios antiguos borbónicos para que sirviesen á aquella Monarquía, fué en previsión de que, siendo un niño el entonces Príncipe Alfonso, y estando lejano el día del triunfo de éste, no pudiera contener la impaciencia de los suyos, mal avenidos con la oposición.

Sin duda el desaliento se apoderó alguna vez de su ánimo, pues en 1872 manifestó en el Congreso que su futura conducta dependía de las concesiones que la nueva Monarquía hiciera á la opinión conservadora. Pero la proclamación de la República le devolvió su antigua confianza, y desde aquel día trabajó sin descanso para acelerar el triunfo de Alfonso de Borbón, en quien, como Príncipe de Asturias,

(1) Esto último, como lo patentizó después, con gran gusto suyo.

(2) No podía condenarlos, como se condenó él, fiel á los principios liberales conservadores, al ostracismo, según se manifiesta poco después por el mismo autor de los *Datos biográficos*.

(1) Por el presidido por el General O'Donnell.

había abdicado su madre doña Isabel II. Grandes controversias se suscitaron para determinar el papel que desempeñaron los diversos factores que intervinieron en el advenimiento de la Restauración, y sobre todo para fijar el que representó Cánovas del Castillo; y mientras unos le atribuyen toda la gloria del suceso, otros, por el contrario, sostienen que apenas tuvo intervención en él, y se fundan en que calificó de *botarata* el alzamiento en Sagunto del General Martínez Campos (1).

Lo que resulta indudable es que Cánovas tenía amplios poderes de la familia Real desterrada, pero que, habiendo surgido desavenencias y una especie de dualismo entre el elemento militar y civil que fraguaban la conspiración, hubo un período, el último, en que Cánovas ignoraba todos los elementos que se hallaban á su lado. Puede sospecharse que después del de 3 Enero de 1874 dirigió sus esfuerzos por un camino que llevase á la proclamación en Cortes de D. Alfonso XII, y así se explica que calificase con dureza el hecho de Sagunto.

No bien se tuvo en Madrid noticias de la sublevación militar, fué preso el Sr. Cánovas; pero algunas horas después había triunfado la Restauración, y Cánovas, presentando los poderes que le acreditaban como representante del Monarca aclamado, entró á ocupar la Presidencia del Consejo de Ministros (2), hallándose aún en el extranjero D. Alfonso XII, en 31 de Diciembre de 1874; ejerciendo la dictadura hasta la llegada á España del joven Monarca.

Cánovas siguió al frente del Gobierno, y reunió una Junta de notables para redactar un proyecto de Constitución, el cual fué aprobado por las Cortes en 1876. Continuó dirigiendo los destinos del país hasta 1881, sin más interrupción que los efímeros Gabinetes presididos por los generales Jovellar y Martínez Campos. En este período de su vida

(1) Los Generales Jovellar y Martínez Campos estaban de acuerdo con él, y lo que se dice de haber calificado de *botarata* el alzamiento de Sagunto, lo tenemos por inexacto. Pudo creer, y aun manifestar, en el seno de la confianza, que se había anticipado algo el movimiento, cuyo éxito procuró asegurar, con lo que realizó en Madrid el entonces Capitán general de Castilla la Nueva D. Fernando Primo de Rivera. Todo esto lo aclarará y puntualizará la Historia. Hoy no es tiempo todavía.

(2) Se formó el Ministerio-Regencia, que presidió.

política atrajo á la legalidad á buen número de carlistas; aplicó con rigor la famosa teoría de los partidos legales ó ilegales; suprimió en los primeros días del Ministerio-Regencia una gran parte de los periódicos liberales, sometiendo á la Prensa á una legislación especial (1), y en suma, dió al partido de que era, y siguió siendo jefe hasta su muerte, un marcado tinte conservador.

Conocedor de la responsabilidad que asumía, el Sr. Cánovas aplicó con firmeza los recursos de una política que, sea adverso ó lisonjero el juicio que merezca, hay que reconocer que acredita el poderoso talento de su autor. No se le ocultó que el partido moderado carecía de razón de ser al ser destronada Isabel II, y que D. Alfonso XII necesitaba el concurso de aquellos mismos que habían enviado á aquella á la emigración. Para conseguirlo, formó rápidamente el partido conservador-liberal, no preguntando á nadie por sus antecedentes; tomó de las ideas proclamadas en 1868 lo menos que pudo: la tolerancia religiosa y alguna otra tímida libertad; respetó momentáneamente el sufragio universal, y por medio de él se eligieron las primeras Cortes convocadas por D. Alfonso XII, con lo cual éste recibió al cabo la sanción popular.

El Sr. Cánovas se hallaba convencido de que el militarismo era el principal elemento de perturbación en la política española, y por esta causa se propuso aminorar la influencia política de los generales. Bien es verdad que en cambio, para no comprometer el porvenir del Trono, rodeó á D. Alfonso de un grupo de generales de cuya adhesión se hallaba seguro.

El prestigio del triunfo era también necesario á la Monarquía, y Cánovas no perdonó medio para poner término á las dos guerras civiles que entonces existían: una en Cuba y la otra en la Península.

En el orden económico desarrolló, aunque sin exageración, el sistema proteccionista.

En sus relaciones con los demás partidos, declaró que para los enemigos de las Instituciones no había terreno dentro de la legalidad, y aunque vió con simpatía la formación del partido constitucional, hoy fusionista, se resistió tenazmente á su advenimiento al Poder, hasta que se formó la conjunción de los

(1) Hay mucha exageración, cuando no completa inexactitud en mucho de esto.

antiguos elementos progresistas que formaban aquel partido y de los que seguían á los generales Martínez Campos y Jovellar.

Respecto á las relaciones de España con las demás potencias, Cánovas, sin salir de la política neutral, procuró conquistar para España las simpatías de las grandes naciones monárquicas, señaladamente de Alemania y Austria. Quizá porque contrariaba esa política, se opuso, aunque sin resultado, al matrimonio del Monarca con la Infanta doña María de las Mercedes de Orleans, y porque la servía, no fué ajeno más tarde á las negociaciones de que resultó, viudo ya D. Alfonso, el matrimonio de éste con la Archiduquesa María Cristina de Hapsburgo Lorena.

Desde Febrero de 1881 hasta fines de 1883, D. Antonio Cánovas del Castillo acaudilló su partido en la oposición, no mermándose por eso, sino, antes por el contrario, acreciéndola, su poderosa influencia en los destinos públicos y su fama de gran orador y político eminente.

En el segundo de los años citados fué de nuevo llamado á los Consejos de la Corona, desempeñando la Presidencia del Consejo hasta el fallecimiento de D. Alfonso XII. Agitada fué la vida de aquel Ministerio: Alemania quiso arrebatarlos por aquellos días la posesión de Las Carolinas, fundándose precisamente en afirmaciones hechas por el Sr. Cánovas en una nota diplomática años atrás, y la opinión pública impuso al Gobierno una actitud enérgica, á la cual se debió que aquellas islas no saliesen de nuestro dominio (1). Las protestas del comercio de Madrid contra la declaración oficial de que el cólera existía en la capital de España, tuvo que ser reprimida por la fuerza, y de igual modo se sofocaron las manifestaciones de simpatía hechas por los estudiantes á un ilustre catedrático de la Universidad Central. Dos oficiales del ejército fueron fusilados por la sospecha de que habían querido sublevarse en sentido republicano (2).

La muerte del Rey llevó de nuevo á la oposición al partido conservador, y desde ella ayudó poderosamente el Sr. Cánovas á que se constituyese y consolidase la Regencia.

(1) A lo que se debió fué al tacto y energía del Presidente del Gobierno.

(2) Hay también una gran exageración y desconocimiento de los hechos en todo esto.

volviendo por dos veces más á ejercer la dirección del Gobierno. Como Presidente de la Cámara popular exigió en 1885 juramento á S. M. la Reina Regente.

Poco después de la muerte de D. Alfonso XII, contrajo matrimonio el Sr. Cánovas con doña Joaquina de Osma, hija de los Marqueses de la Puente y Sotomayor.

Desde entonces acá la vida política del señor Cánovas es demasiado reciente y conocida para que sea necesaria su reseña. Sólo diremos que acreditó una vez más la energía de su voluntad y sus dotes de hombre de gobierno con motivo de la insurrección cubana, y demostró asimismo sus cualidades de hábil político, aceptando para las Antillas la tendencia reformista, á pesar de haber combatido tenazmente el proyecto de reforma colonial presentado á las Cortes por el exministro de Ultramar D. Antonio Maura.

Como la generalidad de los políticos de nuestra Patria, el Sr. Cánovas creía que España estaba llamada á influir más que nación alguna en Africa, y á procurar que toda la Península Ibérica formase una sola nación. Véase lo que él mismo ha escrito: «España puede ser todavía una gran nación continental y marítima, uniéndose pacífica y legalmente con Portugal, su hermana, comprando ó conquistando á Gibraltar tarde ó temprano, y extendiéndose por la vecina costa de Africa.»

«Cánovas del Castillo—dice uno de sus biógrafos—figura con justo título entre los primeros oradores políticos de España. En la oposición como en el Gobierno, interviene en las discusiones de mayor interés, y es siempre un adversario temible en las lides de la palabra. Una de las cualidades que como orador le caracterizan es su maravillosa facilidad para improvisar teorías, que, verdaderas ó falsas, se ofrecen siempre con brillantes apariencias. En sus primeros tiempos su acción era vehemente y golpeaba con las manos en el pupitre, por lo que hizo fortuna la siguiente frase de un periodista: *Cánovas tiene buenos golpes*. Su palabra, sin embargo, es algo incorrecta, y en ocasiones premiosa, á lo que se debe que sus discursos produzcan al ser leídos mejor efecto que al oírlos á quien los escuchaba.»

El Sr. Cánovas era muy estudioso y más de una vez intentó ensayos poéticos, pero en

este último concepto no logró jamás distinguirse, antes al contrario, sus poesías eran para los periodistas otras tantas armas con que pretendían herirle. Además de las obras que hemos citado al principio, y de un tomo de versos, escribió los *Problemas Contemporáneos* (Colección de artículos y de discursos pronunciados en el Ateneo de Madrid); *Estudios literarios*; *El Solitario y su tiempo*; un prólogo á las obras de Moreno Nieto; el de las de D. Manuel de la Revilla; otra para una traducción de Lord Byron; el de la versión castellana de las *Oraciones escogidas de Demóstenes*, por D. Arcadio Roda; una magistral introducción á la notable obra de D. Antonio Novvo y Colson, *Poetas dramáticos Contemporáneos* y algunas otras. Desde 1859 era individuo de la Academia de la Historia y en 1865 ingresó en la Academia Española. También pertenecía á las Academias de Ciencias Morales y Políticas y de Bellas Artes de San Fernando, y fué Presidente del Ateneo Científico y Literario de Madrid.

D. Antonio Cánovas era caballero de la insigne orden del Toisón de Oro: tenía el gran cordón de la orden francesa de la Legión de Honor, de las Águilas Prusianas, de la Corona y de los Santos de Italia, y de las órdenes más preclaras de todos los países de Europa. En fecha relativamente reciente no quiso aceptar un título de Castilla con grandeza de España, que le fué ofrecido en premio á sus servicios.»

IV

EL PAÍS

Bajo igual epígrafe de *Duelo nacional*, publicó, al tener noticia de la muerte de Cánovas, el artículo que reproducimos:

«Un gran desastre llena de duelo á la Nación española; una desgracia tan imprevista, tan irreparable, tan dolorosa, ya se mida por la importancia excepcional del hombre ilustre que ha perdido la Patria, ó por las funestas consecuencias que pueda acarrear, que ante ella casi se desvanece el profundo sentimiento de indignación que ha despertado en todo el mundo el infame y villano asesinato que ha sido su causa.

El Sr. Cánovas del Castillo, Presidente del Consejo de Ministros, ha muerto en la tarde

del domingo herido por tres balas de revólver, disparadas sobre él á quemarropa en la casa balnearia de Santa Agueda, por un anarquista italiano, que pretendía vengar la justa sentencia de muerte ejecutada en sus compañeros de Montjuich por el horrendo crimen que habían cometido en Barcelona.

Desde las primeras horas de la mañana circuló en la ciudad la noticia, produciendo el sentimiento de pesar, de estupor y de verdadera ansiedad que á todos debe sobrecogernos, y del cual deben participar hasta los adversarios políticos de Cánovas, si nos damos cuenta de la falta que han de hacer la superior inteligencia, las grandes energías y el insuperable patriotismo del primer estadista de la Nación, mientras no se resuelvan los graves conflictos que hoy la agobian, y á cuyo estudio y resolución ha consagrado en los dos últimos años de su laboriosa y larga vida pública esfuerzos gigantescos, como digno coronamiento de los que había antes dedicado á la regeneración de la Patria, afianzando hábilmente con los procedimientos conservadores el firme arraigo en España de todas las libertades democráticas, gloria que no podrán negarle sus adversarios. Pero accediendo al ruego del Gobernador regional señor Marqués de Palmerola, habíamos resuelto reservar la noticia hasta que se publicase oficialmente en la *Gaceta*, y nada dijimos en nuestro *alcance*, ni pensábamos decir en este número. A última hora, sin embargo, se nos autoriza para dar á conocer la dolorosa nueva, en momentos tan angustiosos, que nos vemos forzados á aplazar para mañana las graves consideraciones que nos sugiere este desastre nacional y el concienzudo examen que hemos de hacer de los extraordinarios méritos y servicios de Cánovas del Castillo, limitándonos á hacer constar como españoles nuestro homenaje á las virtudes y los talentos del gran patriota, y como cubanos la honda pena que nos causa la muerte del eminente político conservador, cuya actual intervención en nuestros destinos juzgábamos provechosa y hasta necesaria. ¡Paz á sus restos y honor perpetuo á su nombre!»

V

EL COMERCIO

De él tomamos el artículo siguiente:

Desgracia nacional.

« Desde ayer se sabe la triste y horrenda desgracia que en estos momentos aflige á la Nación española. Una mano criminal ha dado muerte alevosa al más insigne de los estadistas, al patriota español más digno de alabanza y veneración por los grandes servicios que ha prestado á España: el inmortal Cánovas del Castillo.

El crimen político, cien veces más abominable que el crimen vulgar, ha dejado á la Patria española sin los valiosos auxilios del más preclaro talento de la Nación; el hombre político que mejor supo conducir la nave del Estado en medio de la azarosa tormenta de dos guerras coloniales, agitadas por las luchas políticas; el hombre de Estado que ha levantado el crédito y el poderío de España á la altura de las primeras del mundo, y que ha sabido sortear con gran talento y admirable tacto las más terribles dificultades internacionales y diplomáticas, llenando de asombro y admiración á los estadistas más eminentes del mundo, que tributaron debido homenaje á su talento.

La muerte de D. Antonio Cánovas del Castillo es, pues, una gran desgracia nacional. Sus últimas palabras fueron para España, la Patria grandiosa que él supo engrandecer como el más ilustre de sus hijos.

Su nombre figurará en la Historia al par de las más grandes figuras de nuestra Nación en los treinta siglos que lleva de existencia.

Gloria eterna al héroe inmortal, y execración eterna al vil asesino, ó quizás más vil instrumento, que ha consumado tan horrendo crimen.

Españoles todos, lloremos la muerte del grande é irremplazable patriota.»

VI**EL AVISADOR COMERCIAL**

Publicó con motivo del asesinato del Sr. Cánovas el interesante artículo siguiente:

La nación de duelo.

« Con la pasmosa celeridad que parece inherente á la noticia de las grandes catástrofes, comenzó á circular desde las primeras horas de la noche del domingo último en esta capital la

triste nueva de haber muerto el Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo. Aun sin darle total crédito, aun poniendo en duda la certeza de la noticia, ésta producía en todos los ánimos dolorosa y tristísima impresión. La desgracia parecía demasiado grande, la pérdida demasiado dolorosa, la nueva por demás infausta. Desgraciadamente, nada más cierto.

D. Antonio Cánovas del Castillo, el preclaro ingenio, el estadista eminentísimo, el político insigne, orgullo legítimo de España, ha caído. El miserable asesino, que había de ser extranjero—porque en España no podía nacer monstruo de tanta perversidad.—fué á herir al ilustre hombre al balneario de Santa Agueda, pueblo guipuzcoano, á donde anualmente acudía el Sr. Cánovas del Castillo á reponer su salud, por tantos trabajos y fatigas quebrantada.

¿A quiénes hemos de decir lo que era y lo que valía el jefe del partido liberal-conservador; el hombre cuya biografía ocupa hermosas páginas de la Historia española durante el último tercio de este siglo; el que nacido en humilde cuna, por sus talentos y prestigios, por su probidad y carácter, llegó á ser el hombre más admirado, respetado y querido dentro y fuera de la Patria?

Cerebro de poderosa fuerza, llevó á todas las esferas del saber el espíritu sagaz de una crítica útil y desapasionada; corazón generoso y grande, tuvo por sobre todas las convicciones que parecían en él nacidas y arraigadas, la virtud del patriotismo, y probo, entero y altivo, al caer bajo el puñal del asesino, tal vez mercenario, no deja tras de sí sino virtudes que admirar, ejemplos que seguir y una honradez que no han podido empañar las envidias, las pasiones ni la maledicencia; vivió y murió luchando por la felicidad de su Patria.

La muerte de Cánovas del Castillo es una inmensa desgracia nacional. España ha perdido algo más que un estadista, un historiador, un literato y un patriota: ha perdido algo que valía más que todo eso en el piloto que, impasible ante los peligros, indiferente ante el clamoreo de la muchedumbre apasionada, sabía conducir la nave á seguro puerto sin riesgos, librándola de toda suerte de escollos.

España está de duelo. Aun los que en la política nacional estaban alejados de él, reconociendo lo mucho que valía el hombre, saben lo que España ha perdido y lo que le falta ahora.

Gigante en la tribuna, lo mismo era académico que político, igual literato que hombre de ciencia: todo lo abarcaba el cerebro del hombre que acaba de morir, produciendo honda consternación no sólo en España, sino en todas las naciones de Europa, donde su nombre era tenido por el de uno de los más eminentes estadistas de estos tiempos.

En la política europea era un coloso; en España era el mayor, el único de su altura como hombre de Estado, y uno de los que más amplios y profundos conocimientos atesoraba.

Y si como hombre de inmensa valía en la esfera pública deja á todos mucho que admirar, como ciudadano, después de haber sido durante tantos años la figura más grande de la Monarquía española, el hombre de gustos sencillos y costumbres modestísimas, ha muerto pobre, dando con ello una lección severa y grandiosa á los que creen que todos los políticos lo son por cuestión de lucro, y muere sin títulos, él, que tantos dió, demostrando que si el interés no le atraía, tampoco la vanidad le impulsaba.

El pueblo español, consternado y de rodillas ante el cadáver del ilustre político y eminente estadista, con la ofrenda de su indignación por lo infame del crimen, y de su llanto por la irreparable desgracia, recibe de todas partes la noticia del profundo pesar que la triste nueva ha producido.

Encargado interinamente de la Presidencia del Consejo de Ministros el General Azcárraga, Ministro de la Guerra, la Nación entera coadyuva con el insigne organizador á continuar la obra del patricio eminente, que cayó como glorioso mártir víctima de su patriotismo.

Cayó el coloso; pero su espíritu, su amor entrañable á la España perdura y subsiste en el pueblo español, dispuesto á continuar la Historia que durante los últimos años engrandeció y continuó con su valía y sus virtudes el Sr. Cánovas del Castillo.»

VII

DIARIO DEL EJÉRCITO

Este periódico, más militar que político, publicó con el propio motivo de la muerte de Cánovas el notable artículo que sigue:

La patria está de luto.

«La mano alevosa de un asesino acaba de cortar la vida de D. Antonio Cánovas del Castillo, Presidente del Consejo de Ministros. El golpe de muerte no iba tanto dirigido contra el hombre como contra la Humanidad, contra la Patria; por eso resulta aún más abominable.

Era D. Antonio Cánovas genuina encarnación del talento, de la honradez, de la virtud, del patriotismo, al servicio de la Nación, que, orgullosa de poseer tan preclaro y superior hombre de Estado, tenía en él cifrada gran parte de su confianza; y en momentos difíciles, cuando problemas graves se ciernen sobre el porvenir, un miserable anarquista, de esos seres abyectos que no tienen Dios ni conciencia, ni reconocen ley, ni encuentran jamás saciada su sed de sangre, viene á segar la existencia venerable de quien tantos bienes había hecho á la civilización, consagrándose por entero á regir los destinos de un pueblo, dotándolo de instituciones, desarrollando sus fuerzas vitales, llevando á todas partes los destellos de su iniciativa, fecunda y justiciera y noble.

No nos incumbe analizar si el eminente hombre que acaba de caer cubierto de gloria en el pináculo del esplendor, luchando en primera línea por el bien de su Patria, cometió errores en el desarrollo de los programas políticos. Bástanos saber que el mundo entero proclamaba su nombre entre los más prestigiosos de los legistas que hoy figuran en la gobernación de los Estados, para asegurar que quien tanto alcanzaba, á quien tal honor se le discernía, aquel que llevaba muchos años sobresaliendo entre los notables, era una verdadera gloria nacional, ante cuya figura todos los españoles se inclinaban con respeto, ante cuya memoria todos nos prosternamos hoy en señal de duelo.

De duelo, sí; de tristeza, de pena inmensa; pero no de desaliento, porque España es grande y se agiganta aún más en la adversidad, y mal que pese á sus enemigos, sabrá vencer las dificultades que hoy la rodean, aunque se desencadenen sobre ella esas terribles desgracias.

Prueba de ello es la sensatez y cordura de que está dando muestra nuestro pueblo, presentándose como modelo de corrección y de

disciplina, en perfecto orden, sin que las noticias llegadas de la Península acusen la más ligera alteración en la vida social, á no ser la que marcan las señales de luto y de llanto por la irreparable pérdida sufrida.

Y á la vez tenemos noticia de que las naciones civilizadas, así de Europa como de América, extreman en estos momentos su respeto á España, haciendo llegar al Soberano, á nuestra ejemplar Reina, al Rey niño, esperanza legítima; al ilustre Presidente interino del Gobierno, General Azcárraga, acentos de verdadera simpatía, impulsores de nuevos alientos para seguir luchando en el concierto internacional, provistos de las energías y de los propósitos y de los principios de nuestro carácter firme y honrado.

¡Ha sucumbido Cánovas! ¡Ha caído un grande de la Patria. Ha caído, pero el vil asesino no podrá vanagloriarse de que esa sangre preciosa arrastre tras sí otros tórrentes de sangre. El asesino asqueroso y ruin expiará su tremendo crimen convencido de que son estériles las balas y los aceros de los malvados para destruir el sólido edificio de nuestra moral y de nuestra grandeza.

¡Paz al que murió cumpliendo su deber! ¡Paz al alma del gran español, del que en vida fué insigne patricio D. Antonio Cánovas del Castillo! »

VIII

EL DIARIO DE LA FAMILIA

Este periódico, otro de los que hemos podido adquirir y leer, dedicó á la víctima de Santa Agueda el artículo que publicamos á continuación:

Cánovas del Castillo.

«Desgraciadamente, la nueva infortunada que comenzó á circular en la noche del domingo, y que en la mañana del lunes se repetía con insistencia por todos los ámbitos de esta ciudad, relativa á la muerte infausta de uno de los hombres más ilustres de la edad presente, no sólo de España, sino de Europa y América, ha tenido triste confirmación en las esferas oficiales, y, por lo tanto, el silencio sobre ella no tendría ya causa alguna, y por el contrario, pondría cortapisas á la protesta

enérgica que deben levantar los hombres honrados, cualquiera que sea su opinión política; porque si el crimen es inaudito para todos, inmensa y dolorosa ha de ser la reprobación cuando el que resulta víctima alcanza la talla política, intelectual y moral que el ilustre jefe del partido conservador de España y Presidente del Consejo de Ministros excelentísimo señor D. Antonio Cánovas del Castillo.

Como el inolvidable General Prim, que desempeñaba también la Presidencia del Consejo de Ministros y se hallaba empeñado en la empresa honrosa de reconquistar la paz para Cuba y la gloria para la Patria, el Sr. Cánovas ha sucumbido por la mano airada é infame de un asesino, guiada por el móvil más reprochable: el fanatismo de secta. Los que arrebataron la vida en Rusia á Alejandro II y en Francia á Sadi Carnot; los que quisieron destruir en Italia la existencia del Rey Humberto I, y en todos los países han cometido friamente crímenes horribos, que la conciencia universal ha visto con espanto y reprobación; esos que no tienen Patria, ni religión, ni sentimientos, peores que las fieras salvajes de los bosques, han llevado á nuestra Patria el luto con el feroz atentado de que ha sido víctima el insigne estadista, el gran orador, el escritor de talla que se llama don Antonio Cánovas del Castillo.

Ante la enormidad del crimen que nos ha consternado, no tenemos alientos para escribir todo lo que quisiéramos y se debe en honor del político de más altura que ha nacido en España en el presente siglo. Cánovas fué hijo de sus obras. A su talento, á sus grandes condiciones de energía, á sus dotes de gobierno, á su palabra, á sus escritos, á sus incomparables servicios á la Patria, debió su encumbramiento. Su primera obra política fué el célebre programa de Manzanares, que llevó á los campos de Vicálvaro al General O'Donnell (1); su última obra el novísimo plan de reformas para Cuba, con el que previsoramente cambia España la administración política y económica de este país, abriendo nuevos horizontes á sus hijos para que, al cesar la guerra iniciada que nos destruye y aniquila, puedan entregarse con empeño á la empresa de reconquistar la riqueza perdida y de disfrutar de amplísimas liber-

(1) El programa de Manzanares se publicó días después de la acción de Vicálvaro.

tades bajo la égida de la bandera nacional, sin la que, crean y digan lo que quieran los empedernidos ilusos que la combaten, no hay porvenir ni esperanza para Cuba, que marcharía á la desolación y el caos.

En el espacio de cuarenta y tres años que media desde el encumbramiento de la unión liberal á las esferas del Poder, en que surgió la figura de Cánovas con luz propia en la política nacional, hasta el día en que ha desaparecido, rodeado de prestigios y consideraciones, por virtud del más infame de los atentados, el gran estadista ha ocupado los más altos puestos en las esferas del Gobierno, siendo no sólo una garantía para las clases conservadoras, sino también para la libertad política. Cuba le debe las iniciativas reformistas en el Gobierno, antes de la revolución de Septiembre, y el último gigantesco paso dado hace pocos meses en favor de la paz, que tiene que conquistarse y se conquistará, porque los grandes empeños nacionales no se interrumpen por la pérdida de un hombre, siquiera tenga las altas condiciones que el Sr. Cánovas. Lo que la Patria le debe en todos sentidos es tanto, que su enumeración no cabe en los límites de un artículo destinado, más que á enaltecer sus glorias, á llorar su pérdida.

Fué Ministro, académico de la Lengua, académico de la Historia, académico de la de Ciencias Morales y Políticas, jefe de un gran partido, Presidente de un Ministerio. Pudo obtener los más grandes honores y no los quiso aceptar nunca, porque su honor más grande era llamarse Antonio Cánovas del Castillo. ¿Ni qué distinción mayor cabe que la de llevar un nombre de universal resonancia, por todos respetado, por todos enaltecido, al que la Historia hará justicia con su inapelable fallo?

Ante la tumba que se abre para recibir sus restos nos inclinamos con respeto profundo á inmenso dolor, porque nuestro duelo en estos momentos es el duelo de la Patria. »

IX

EL CENTINELA

Diario éste defensor de la Guardia civil, de la nacionalidad y de intereses generales, consagró á la muerte del Sr. Cánovas, en su número correspondiente al jueves 12 de Agosto

de 1897, el artículo que insertamos á continuación :

Condolencia nacional.

« ¡Españoles, llorad!

Un miserable asesino, cuya madre habría hecho mucho bien á la humanidad ahogando en el acto de dar á luz al fruto de sus entrañas ; un asqueroso italiano, vestido quizá con el repugnante sayo del anarquismo, acaba de asesinar traidora y alevosamente á tiros, en los baños de Santa Agueda, al ilustre Presidente del Consejo de Ministros, D. Antonio Cánovas del Castillo.

No ha asesinado ese espúreo extranjero á un hombre más ó menos importante en la política internacional : ha derribado todo un sistema social, el sistema venerando de los prestigios nacionales y el tronco más robusto del árbol tradicionalista de nuestra adorada Patria.

Encarnaba el ilustre difunto el génesis de la moderación política, y su genio sapientísimo y previsor se impuso en los trances más apurados de su vida pública á los más trascendentales acontecimientos, imprimiendo á los elementos que acaudillaba el dogma de sus arraigadas convicciones y el sello de su superioridad gubernamental á sus adversarios ó contendientes de todos los órdenes.

España ha renacido de sus cenizas, como el ave fénix, en estos treinta meses últimos, porque la presencia del Sr. Cánovas le dió vida y calor desde la Presidencia del Consejo de Ministros.

El mundo entero quedó admirado de nuestro vigor nacional, cuando el malogrado Cánovas, insiguiendo la ruta trazada por sus tradicionales costumbres políticas, quiso oponer y opuso á las catástrofes de Cuba y Filipinas el freno vigoroso de 225.000 soldados completamente provistos de cuantos elementos modernos necesitan las guerras de la época actual.

Todos los obstáculos se allanaban ante la mágica palabra del primer estadista de España y quizá del orbe entero. Su voluntad indomable era una ley sancionada de antemano por la masa más rica de la Nación. Su ilustre figura era la encarnación viva, transparente, de la confianza pública, y el estorbo, la sombra negra y el coco de cuantos enemigos nos rodean.

En los diversos conflictos surgidos con el Go-

bierno de Norte América, desde que en mala hora estalló la presente insurrección, no sabemos qué admirar más en el insigne interfecto, si su legendaria habilidad para sortear las dificultades que se presentaron ó la energía agrídulce, pero razonable y firme, que supo poner en juego para dejar inmaculado el prestigio de nuestra soberanía.

Cánovas era el pararrayos de todas las centellas forjadas en el jingoísmo norteamericano y el muro indestructible donde se estrellaron siempre las envenenadas flechas de la oposición sistemática local.

Con tan invicto malagueño al frente del Gobierno y del partido conservador, nervio el más sano y robusto del organismo nacional, del cual era su cabeza directora; con tan ilustre malagueño al frente de nuestros destinos, nada teníamos que temer de nadie, pues bastaba una voz de mando ó una llamada de tan ilustre estadista para que quedaran al punto orillados todos los conflictos y salvadas todas las dificultades.

Hoy no sabemos á dónde iremos á parar, dada la cobarde villanía cometida por un miserable asesino, que ni aun le queda el recurso de invocar agravios políticos ni personales, y dada también la ambición desatentada de cuatro politicastros que aspiran á subir al Poder.

Por ahora no son inmediatos los peligros, puesto que S. M. la Reina ha tenido á bien conceder la Presidencia del Consejo de Ministros con el carácter de interino al dignísimo General Azoárraga, quien no dudamos se inspirará en las sabias teorías del que fué su ilustre jefe; pero fuerza será confesar, aunque con el mayor dolor, que no hay en España moldes para fabricar otro Presidente de la talla de D. Antonio Cánovas del Castillo.

El golpe, pues, ha sido terrible, trascendental, y no puede haber persona alguna que de español leal se precie que no lo sienta como asestado en su propio corazón y que no derrame amargas lágrimas sobre la tumba del que en los estertores de la agonía todavía consagró sus últimas frases al ara santa de la Patria.

La infausta noticia se recibió por cable en esta capital á la una de la madrugada del 9 del corriente, y al circular con la rapidez del

meteoro por todos los ámbitos de la ciudad, una conmoción profunda, mezclada de terror y de sobresalto, invadió todos los corazones, dando lugar á que los valores locales bajaran media docena de puntos.

El público, falto de detalles referentes al caso, dió pábulo á las suposiciones del instinto, viendo desde los primeros instantes la mano ensangrentada de un anarquista ó de un ilota elegido como un instrumento de la rebelión cubana.

Cualquiera de estas suposiciones son admisibles en los actuales momentos; pero nosotros, por no descender á los cenagales de nuestros enemigos en armas, queremos hacerles la gracia, que de seguro no nos harían ellos en igualdad de circunstancias, de eliminarles de responsabilidad moral en este trágico y desgraciado suceso, al menos mientras no tengamos datos positivos que nos demuestren su complicidad.

Pero sea como fuere, obra del anarquismo ó fruto de los impotentes insurrectos de Cuba, el asesinato de D. Antonio Cánovas del Castillo clama ejemplar castigo de los culpables, que sin duda son muchos, aunque se escondan en la sombra del misterio, porque supone la continuación de crímenes horrendos en la larga serie que registra la historia contemporánea, y en cuyas siniestras páginas figuran como materia abonada para el exterminio las clases privilegiadas y las figuras más eminentes de la representación oficial.

.....

Séale la tierra leve al que dió brillo y realce á la hidalga nación española desde la cátedra, desde la tribuna y desde el puesto más elevado de la magistratura nacional, y que la maldición eterna caiga sobre la repugnante frente de ese vil italiano, que, cual el infame Erostrato, sólo pudo hacerse célebre llenando de duelo los corazones honrados.»

* * *

A continuación publicó *El Centinela*, como otros muchos periódicos, datos biográficos del Sr. Cánovas del Castillo.

ISLA DE PUERTO RICO

PERIÓDICOS DE LA CAPITAL

I

Lo del día.—La muerte del Sr. Cánovas del Castillo.

LA CORRESPONDENCIA DE PUERTO RICO

El 9 de Agosto, día siguiente al del asesinato del Sr. Cánovas, el periódico de la capital así titulado, publicó lo siguiente :

Última hora.—Desagradable noticia.—Asesinato del Sr. Cánovas del Castillo, Presidente del Consejo de Ministros.

«Desde hoy á medio día empezó á circular una grave noticia, á la cual no quisimos dar crédito ; pero que, desgraciadamente, ha resultado confirmada.

He aquí el cablegrama recibido hoy en este Gobierno general, cuya copia obtuvimos después de haberse empezado á compagnar *La Correspondencia* :

«El Sr. Cánovas del Castillo ha sido asesinado en los baños de Santa Agueda por un italiano. S. M. la Reina ha nombrado Presidente del Consejo al General Azcárraga.»

Nada más dice el despacho en su frío lacinismo, pero las personas que tienen conocimiento del hecho, se inclinan á creer que esta sea una nueva terrible obra de los anarquistas.

Con la muerte del Sr. Cánovas del Castillo pierde España uno de sus más distinguidos estadistas, y es seguro que hasta sus propios adversarios han protestado enérgicamente de tan criminal suceso.

Permita el cielo que ese hecho que deploramos de todo corazón, no traiga dolorosas complicaciones en la manera de ser de la política española.»

* *

El mismo periódico, en su número del día siguiente, 10 de Agosto, escribió lo que sigue :

«Es el objeto de los comentarios del día, el asesinato perpetrado por un anarquista en la persona del Presidente del Consejo de Ministros, Sr. Cánovas del Castillo, estadista insigne, de nombradía universal, gloria de la Nación española. De semejante hecho protestan todos los hombres honrados, condenando enérgicamente un suceso que bajo ningún concepto podrá tener nunca jamás justificación posible. El Sr. Cánovas, como político, como hombre de talento, era admirado y respetado hasta por sus propios adversarios ; y en los momentos presentes, teniendo como tenía en sus manos todos los hilos de la difícil y complicada política española, su muerte resulta una verdadera desgracia nacional.

¿Quién sustituirá al eminente estadista?

La situación actual en la Península debe ser muy difícil, á pesar del reconocido talento y de la prudencia exquisita de S. M. la Reina Regente. ¿Vendrá un Gabinete de fuerza, como parece demostrarlo la designación del general Azcárraga para la Presidencia del Consejo?

Lo dudamos : no lo estiman así las personas que piensan y discurren bien. ¿Vendrá un Gabinete de transición formado por elementos heterogéneos, y en el cual entren los generales Martínez Campos, Blanco ó Polavieja? Es lo más probable. Nosotros no esperamos la exaltación del Sr. Sagasta antes de la reunión de las Cortes. El Sr. Silvela no está en condiciones, ni tiene suficientes fuerzas propias, para tomar las riendas del Poder.

Sea lo que fuere, el caso es que no puede tardar el telégrafo en comunicarnos nuevas muy importantes. La crisis ministerial debe estar surgiendo, si no ha surgido ya, á la hora que estas líneas escribimos. La eterna desaparición del prestigioso jefe del partido conservador, sin que sepamos quién pueda

sustituírle, coloca á la colectividad que gobierna en una de esas situaciones que no pueden resolverse en un momento, y menos en horas de tribulación, como serán las actuales en toda la Península.

Esperemos. Y reiterando nuestra más enérgica protesta contra el hecho vandálico de que acaba de ser víctima una gloria española, confíemos en el tacto de doña María Cristina, que sabrá con su preclaro talento resolver el grave y delicadísimo problema que ha venido á complicar más el engranaje, ya de suyo difícil, de la política nacional. »

II

EL BOLETÍN MERCANTIL

En su número del 9 de Agosto, publicó el siguiente alcance:

Última hora.

«Se ha recibido un telegrama anunciando que ha sido asesinado en los baños de Santa Agueda D. Antonio Cánovas del Castillo, el gran estadista español. Lo sentimos y protestamos de tan indigno crimen.»

* *

En el número correspondiente al día 11, escribió lo que, asimismo, se trascribe á continuación:

La muerte del Sr. Cánovas.

«Como tuvimos el sentimiento de participar al público en nuestro alcance de ayer, el señor Presidente del Consejo de Ministros ha sido asesinado en el balneario de Santa Agueda por un anarquista italiano.

Días pasados, según se asegura, el Sr. Cánovas del Castillo había sido víctima de un atentado, si bien él mismo desmintió la noticia con el plausible objeto, sin duda, de evitar la resonancia del hecho y la posible perturbación que hubiera causado.

Nada tenemos que agregar á lo que ayer manifestamos.

La biografía de nuestro ilustre político es perfectamente conocida por todos los españoles, y aun por todos los extranjeros.

Reconocido unánimemente como un gran

talento y un verdadero sabio en las distintas esferas de los conocimientos humanos, nadie puede olvidar que, si era un brillante literato, un profundo filósofo, era todavía más eminente en el terreno ingrato de la política.

Si promovió con actividad y constancia sin iguales la cultura de nuestra Patria; si derramó á manos llenas el inmenso caudal de su saber en la cátedra, en el Ateneo, en el libro y en el periódico, es innegable también que durante su vida política nuestro país alcanzó un grado de desarrollo é importancia realmente hermoso, pues al mismo tiempo que encauzaba y dirigía la ardiente corriente de esta índole, evitando de tal modo contingencias y choques desagradables allí donde la pasión por las ideas se exalta muy á menudo, logró que en los Cuerpos Colegisladores la sana discusión, la provechosa enseñanza se realizara grandemente y adquiriera un interés y un esplendor de todo punto incomparable.

El partido cuya jefatura ha desempeñado tantos años representa ante el mundo entero un cuerpo disciplinado y vigoroso, el reflejo exacto del orden, de la energía y de la ilustración de aquel cerebro tan divinamente organizado.

En la historia política de España el partido conservador habrá de estimarse siempre como símbolo de la abnegación en los momentos difíciles, amante celosísimo de las tradiciones patrias, inflexible brazo de hierro en las ocasiones oportunas y, en resumen, como personificación cumplida de las aspiraciones y anhelos de la generalidad de los españoles.

El asesino del Sr. Cánovas del Castillo, al inferirle herida mortal, ha llegado, con el arma ruin con que cortara el hilo de su existencia, al corazón mismo de la Patria hispana.

Horrible pensamiento, infame crimen, que atropella y extingue la vida tan preciosa de aquel gran servidor de España.

Sólo él, sólo su nunca desmentida adhesión al Trono y su incansable afán por el bien de su país han podido prestarle alientos bastantes para sobrellevar con fe la numerosa serie de conflictos y calamidades que han amargado su vida en la última y más azarosa época de su gobierno.

Recuérdese bien que el ilustre jefe del partido liberal ha llegado á reconocer lealmente, directa ó indirectamente, el acierto con que

aquel valiente luchador ha sabido vencer cuanto obstáculo se le ha interpuesto en su camino desde que tomó las riendas del Poder, y no se olvide tampoco la repetición con que el mismo Cánovas del Castillo consignaba que no había conocido, ni era dable que existiera, situación política tan anómala y llena de dificultades como la que él venía dominando.

Al plantear á la Corona la cuestión de confianza, después del incidente motivado por el Duque de Tetuán, pensó que la Nación podía prescindir de su concurso, retirándose á la tranquila vida del hogar, donde, según él manifestó, le esperaban más de 300 libros nuevos, cuyos epígrafes ni había tenido tiempo de examinar.

Pero la Nación le llamó otra vez, y de entonces acá un infame sin conciencia, en pago de su sacrificio, acaba de asesinarle.

¡Triste é inesperado fin aguardaba al ilustre Cánovas del Castillo!

El vacío que deja su muerte es muy grande; el crimen de que ha sido víctima constituye para nosotros una inmensa desgracia; pero el varonil esfuerzo, la energía, el ardor, el espíritu de aquel gran hombre es inmortal, vive y vivirá siempre. La majestuosa figura que ha desaparecido será la misma, que nos infundirá á todos la firmeza necesaria y el ejemplo claro y eterno de que la fuerza de la voluntad torna en pequeños y despreciables los que á primera vista son gigantescos é invencibles peligros, y de que por complicados que aparezcan los problemas que agiten á la Nación, la serenidad

y la inteligencia deben y pueden resolverlos en loor y provecho de la Patria.

Pasado el primer instante de duelo, de indignación y de sorpresa, no es aventurado afirmar que aquellos excelentes políticos que con el Sr. Cánovas del Castillo aprendieron á la perfección el arte difícil de gobernar un pueblo, se hallarán desde luego en las condiciones más propicias, como en terreno propio, para continuar desarrollando el sistema y la sabia doctrina del eminente político que ya no existe.

Si S. M. la Reina estimara conveniente el cambio de partido en las esferas del Poder, también sería garantía para la Nación en las actuales circunstancias la línea de conducta que eligiese al efecto el eximio jefe de los liberales, no sólo por las relevantes é indiscutibles condiciones que le adornan, sino por la conformidad que viene mostrando de tiempo atrás con los procedimientos y los ideales del partido conservador y su amor sincero al bienestar de la Patria, sabiendo todos que lo antepone á sus particulares convicciones ó á las del partido que dirige, como igualmente los hombres que forman éste y cualquiera que se llame español y lo sea de veras.

Por consiguiente, si triste es el suceso que nos ocupa, si hace asomar las lágrimas á los ojos de todos los españoles, la misma magnitud de la pena que nos abruma ha de suministrarlos, con la paciencia, el ánimo suficiente para seguir paso á paso los planes y proyectos que trazara aquel genio de la política nacional.»

PERIÓDICOS DE PONCE

I

LA DEMOCRACIA

El día 10 de Agosto escribía lo que sigue:

D. Antonio Cánovas.

«Ayer fué un día triste para todos los españoles.

La muerte de un gran estadista, en cual-

quier circunstancia, es una pérdida para el Estado.

Peró si las circunstancias unen al dolor por la desgracia, el horror ante el crimen, la impresión resulta más honda y más durable.

El jefe del Gobierno era un hombre insignificante. Se le oía y se le respetaba dentro y fuera del país. En su partido ningún otro llegó á su altura. Como inteligencia y como carácter, no conocía superiores.

Frente á los conflictos que provoca á diario

la guerra de Cuba, probó en cien ocasiones el Sr. Cánovas que los años no podían debilitar su cerebro ni quebrantar su espíritu. Resistía, resistía siempre, y en su actitud, en su conducta, en los arranques varoniles de su compleción admirable se inspiró la política española.

Cuando llegó el día de las iniciativas generosas, llegó á la autonomía franca y altivamente, reconociendo á las colonias una representación y una personalidad que no es lícito discutirles ni negarles.

El Sr. Cánovas poseía un título á nuestra gratitud: su conducta con los comisionados de Puerto Rico; su modo de recibir y atender á los emisarios de este pueblo; su propósito de transformar el sistema con que hoy se compromete en la isla el destino y el nombre de la Patria.

D. Antonio Cánovas no quería incondicionales y autonomistas, quería conservadores y liberales, viviendo todos bajo la augusta bandera que á todos ampara y garantiza.

La Democracia protesta contra el infame asesinato, y deplora el trágico fin del Sr. Cánovas.

Adversarios suyos, le respetábamos y le admirábamos sin reservas. Seguimos admirándole y respetándole, hoy más que ayer, porque estas venganzas injustas engrandecen á sus víctimas y las rodean con el nimbo de una gloria inmortal.»

* * *

A continuación publicó *La Democracia* unos *Apuntes biográficos* del Sr. Cánovas, que en su mayor parte suprimimos, por ser iguales ó parecidos á otros muchos ya publicados, limitándonos á reproducir los siguientes:

Habla de que en 1864 fué llamado á los Consejos de la Corona, desempeñando la cartera de Gobernación, y que después fué Ministro de Ultramar, en cuya época, dice, «inició la inolvidable «Junta de información» para las reformas políticas, sociales, económicas y administrativas; Junta en la cual se cubrieron de gloria los comisionados portorriqueños don José Julián Acosta, D. Segundo Ruiz Belvis y D. Francisco Mariano Quiñones, pidiendo la abolición inmediata de la esclavitud, con indemnización ó sin ella.»

* * *

El mismo periódico, en su número del 11 de Agosto, dió á luz la siguiente

Crónica.

«Ha causado sensación hondísima el asesinato del Sr. Cánovas.

El infausto suceso es el tema de las conversaciones que se escuchan por todas partes. Los comentarios se multiplican. La impresión general es de firme protesta contra el crimen, y nadie duda que esa muerte inesperada y tan violenta agravará la situación de la política española, harto difícil de suyo por las perturbaciones reinantes.

Si de tal modo se manifiestan los ánimos aquí, á mil quinientas leguas de la Metrópoli, cabe presumir que allá, en el teatro de los sucesos, la opinión será un hervidero de pasiones y de ideas, tan opuestas como varias.

La muerte del Sr. Cánovas hubiera sido lamentable en todo tiempo; pero hoy debe serlo más que nunca, dadas las circunstancias anormales en que se encuentra la Nación; porque el ilustre estadista era, á pesar de sus errores, un carácter entero, una voluntad firme, sabía dar la cara á los sucesos y mantener, en virtud de tan inestimables prendas, el orden y la cohesión en las fuerzas políticas.

No es dable augurar las consecuencias que tendrá para el pueblo español el funesto drama ocurrido en Santa Agueda; de qué modo influirá en los problemas interiores y en los asuntos coloniales.

Quiera el cielo que la pistola del anarquista italiano no produzca males mayores y que ningún conflicto venga á aumentar el número de los que pesan sobre la madre Patria.

Nuestra vista se dirige, naturalmente, al partido liberal, como el único que puede encauzar con segura mano la marcha de las cuestiones que nos afectan en este periodo de sorpresas dolorosas, de punibles vacilaciones y de rumbos inciertos.»

* * *

El propio periódico, en su número del 13 de Agosto, añadía:

Duelo.

«Del orbe entero llegan manifestaciones de condolencia.

El primer Ministro en ofrecer su pésame fué el Embajador americano, habiéndole felicitado por ello Mr. Sherman.

Mr. Woodford, al tener noticia del hecho, enmudeció, y pesaroso pronunció frases de simpatía para España.

* * *

Todavía el 16 de Agosto publicó lo siguiente:

Telegramas.

(VÍA SAINT-THOMAS)

«Un despacho especial de Madrid á Londres comunica la noticia de que el Gobierno español estaba informado que en una sesión celebrada por los anarquistas en el mes de Julio se resolvió asesinar al Sr. Cánovas antes del 15 de Agosto, y al Sr. Sagasta antes del 30 del mismo mes.

ISLAS FILIPINAS

PERIÓDICOS DE MANILA

I

EL DIARIO DE MANILA

Precedido de un gran retrato del Sr. Cánovas, publicó el 9 de Agosto, día siguiente al del asesinato de aquél, entre señales de luto, un notable artículo, del que copiamos lo siguiente:

«El eximio hombre público D. Antonio Cánovas del Castillo, honra de la Naturaleza y gloria de la Patria española, que le dió cuna, ha sido agredido vilmente en el día de ayer por una mano extranjera, salida del anarquismo.

No resta esperanza alguna de salvación: murió ayer. ¡Cuánto dolor! ¡Qué prueba tan dura para España en la interminable serie de sus amarguras!

Parecían agotadas sus lágrimas. Pues ahora brotarán á raudales, filtrando el duelo y la desolación y las inquietudes políticas por todos sus dominios.

Aquel cerebro excepcional, aquella voluntad indomable, aquel manantial de puro y elevado patriotismo que hicieron por la Nación española en veinte años de poder más que todos los hombres de gobierno que le precedieron en todo un siglo, ya no son. No

habrá tierra para sepultar tanta grandeza Ciencias, artes, literatura, política, sabiduría, en fin, en su más universal expresión, todo ha quedado huérfano.

Nadie lo llore como suyo; ni la adorada mujer que le envió el destino, subyugada por los encantos de su superioridad; ni el partido político que, dócil y disciplinado cual ninguno, seguía sus huellas, tanto por la admiración como por el convencimiento; ni las Instituciones monárquicas, que le deben el firme pedestal sobre que se levantan, tienen derecho al egoísmo de llorarlo, que Cánovas era algo más que atractivo esposo y gran político y sostenedor de la Monarquía; pues con él desaparece el primer español, la gloria más refulgente de estas generaciones, y al arrancarlo violenta y arteramente del corazón nacional una mano que no podía ser española, ha sumido á esta Iberia infeliz en dolores inseparables.

No hay tiempo, ni calma, ni inteligencia para pintar un cuadro tan lleno de sombras. Cada español hará de su corazón un sepulcro, y con los sentimientos amargos que destile, escribirá un epitafio revelador de la grandeza que guarda.

¡Paz á esos despojos que ha hecho el crimen! Pero no se ufane de su obra; que Cánovas no ha muerto, sino que ha empezado

á vivir grande, magnífico, exento de toda impureza y libre de todo odio, en el alma de todos los españoles.»

* * *

Después, y bajo el epígrafe *Perfil*, escribía lo que sigue:

«Cánovas muerto, asesinado por un anarquista.....

¿Qué español no se estremece de dolor ante esta nueva? Madrid, España, el globo, el mundo entero, está de luto. Cánovas, el primer político español del siglo, desaparece; el anarquismo, la Parca real y humana, lo asesinó, ilo desbarató entre las uñas! Ese reptil cosmopolita—refiriéndose al asesino de Cánovas—que lo mismo se enrosca en los centros de los Reyes, que en el bastón de mando de los grandes repúblicas.
ha clavado esta vez su aguijón y sus antenas llenas de virus en el corazón de España; y hoy.... Europa pone sus banderas á media asta, la Patria llora.... el mundo de la política y el mundo de la ciencia se entoldan de crespones, mientras la fúnebre lápida que recubre el cuerpo de D. Antonio Cánovas del Castillo, se entolda también lóbregamente con el tupido ramaje de tantos laureles juntos.»

F. DE LA E.

* * *

Más adelante, en los sueltos que publicaba con el título *De sol á sol*, añadía:

«Siendo Cánovas una gloria universal, no habrá hombre culto ó medianamente enterado del curso de la vida pública que no se sienta afectado por su muerte. Aquí, en Filipinas, donde la distancia recorrida borra de las reputaciones las manchas que le imprime la lucha activa y enconada de la política, y llegan puras y brillantes, el arma de un anarquista italiano no ha pueato término á la vida de un hábil ó afortunado hombre público, sino á la de un padre, á la de un verdadero padre de la Nación, que ya no cuenta, ¡ay!, con aquel gran aliento, con aquella insustituible grandeza.

En Madrid, en la Península reinará la más espantosa consternación. En días de tanta prueba, en momentos tan críticos, este su-

ceso tiene una trascendencia que es difícil limitar. Los secretos de nuestro nacional destino y los impulsos de las determinaciones nacionales, se han ido á la tierra dentro del cerebro y en el fondo del corazón del ilustre asesinado. ¿Qué nuevas desventuras nos esperan? ¿Qué derroteros seguirá la nave?.....»

* * *

«Tanta es la sorpresa, á tal extremo llega la angustia, que no hemos consignado aún una protesta enérgica, una maldición para el criminal que ha herido y para la infame idea que armó su mano. ¡Bah! Ha matado tanto, ha desbordado un río tan grande de lágrimas, que toda execración sería ahora fuego arrancado al dolor que nos abruma.»

* * *

Por último, publicó también los siguientes versos:

«¡Más sangre!»

«Otra vez el anarquismo
 demostró su brutal saña,
 y hoy viste de luto á España
 su maldad; ¡siempre lo mismo!
 En su bárbaro cinismo
 nunca repara en el mal,
 y blandiendo su puñal,
 del crimen haciendo alarde,
 hoy asesina cobarde
 á una gloria nacional!

—
 De su traición inaudita,
 horror de la humanidad,
 vemos hoy la realidad
 en su extensión infinita.
 Para esa raza maldita
 que avasalla la razón
 y que tñe su pendón
 con la sangre que la plugo,
 sólo el hacha del verdugo
 debe ser su sanción.»

V.

* * *

El propio periódico, en su número del día 10, publicó unos *Apuntes biográficos de Cánovas del Castillo*,

II

LA OCEANÍA ESPAÑOLA

Ocupóse también, el 10 de Agosto, de la muerte del Sr. Cánovas en la forma siguiente :

Desgracia nacional.

«Un telegrama oficial dirigido por el Gobierno de la Metrópoli al Capitán general de este Archipiélago, y otros recibidos por empresas ó particulares, hicieron saber, poco después del medio día de ayer, que el Presidente del Consejo de Ministros, Excelentísimo Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, había sido víctima de un bárbaro atentado anarquista, pagando con su vida tributo á la saña del criminal.

Tan infausta como inesperada nueva cundió ayer tarde rápidamente por todos los círculos y todas las clases de esta capital, produciendo en unos y otros la natural y consiguiente consternación y haciéndose sobre ella los más vivos y sentidos comentarios allí donde se iba recibiendo.

Que la noticia de la muerte violenta del Sr. Cánovas del Castillo produjera ayer en Manila tan honda y dolorosa impresión como produjo, á nadie habrá chocado, pues si en cualquier circunstancia el fallecimiento de tan eminente hombre público podría haberse calificado de gran desgracia para la Nación española, en los azares del presente, y ante la incertidumbre del porvenir, la pérdida del ilustre estadista adquiere aún mayor importancia y significación, hasta revestir caracteres de catástrofe para la Patria.

Hombre D. Antonio Cánovas de grandes talentos, de profundos estudios, de una gran entereza, de perseverancia sin ejemplar y de patriotismo nunca desmentido y mil veces aquilajado, á él debe la Casa reinante en España la ocupación del Trono que fué arrollado por la revolución de Septiembre y ahora, el hijo de aquel malogrado Monarca que tan poco tiempo ocupó el solio de sus mayores, el haber hecho frente con fortuna á las múltiples adversidades que, desde dos años á la fecha, vienen azotando á nuestra augusta Patria.

No es posible hoy, en presencia de los acontecimientos que se sucedan vertiginosamente, de los varios aspectos que ofrecen las

cuestiones internacionales y del clamor y estruendo con que se acompañan las grandes luchas, juzgar aún desapasionadamente la gestión del Sr. Cánovas del Castillo al frente del Gobierno que ahora presidía; pero de seguro que cuando después de haber renacido la paz y pasadas las turbulencias, queden sosegados los ánimos, se recobre la madurez del juicio y se considere con serenidad de crítico imparcial el pasado, se apreciará en todo su valor la política seguida en las presentes circunstancias por el insigne patriota que de un modo tan alevoso acaba de sucumbir.

No nos desataremos aquí en diatribas contra el anarquismo y sus secuaces, pues por fortuna en estas sociedades jóvenes no ha prendido ni puede prender ese germen... donde nuestra misión se reduce á consignar la gran pérdida que aflige á España, que nos aflige á todos los españoles, y á exponer, para que por todos sean igualmente apreciados, algunos de los más sobresalientes méritos que concurrían en el Sr. Cánovas del Castillo.

Este lo era todo: su gran talento abarcaba los estudios más distanciados y su laboriosidad le había dado una cultura vastísima; y así, cuando quiso sobresalir en la Historia, y cuando se le antojó en la Filosofía y cuando cultivó la Literatura, fué poeta y novelista. Como político, no puede decirse más en su elogio sino que su nombre irá imborrablemente unido al de la Historia de España en los dos últimos tercios del siglo actual...

¡Que la Providencia nos depare un hombre que pueda asumir en estos momentos con serenidad, entereza y patriotismo los poderes y las responsabilidades que pesaban sobre el Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.»

*
*
*

El mismo periódico, en su número del 10 de Agosto, daba cuenta de la impresión de penoso dolor, de sentimiento general, y tan general como sincero, que había producido en Manila el trágico fin del eximio hombre de Estado Sr. Cánovas del Castillo.

«España entera—decía después—llora hoy la pérdida de uno de sus más preclaros hijos, de aquel que ha puesto, guiado del más sano patriotismo, al servicio de su engrandecimiento y prosperidad todas las luces de su ingenio, las energías de su voluntad y las vigiliadas de toda una existencia de honradez y trabajo.»

III

EL COMERCIO

Precedido, como su colega el *Diario de Manila*, de un buen retrato de D. Antonio Cánovas del Castillo, publicó el 9 de Agosto telegrafemas sobre el asesinato del mismo y el artículo que, íntegro en parte y en parte extractado, se inserta á continuación:

La muerte del Sr. Cánovas.

«El telégrafo nos ha traído la infausta noticia de la muerte del Sr. Cánovas del Castillo, causada en Santa Agueda por la mano criminal de un feroz anarquista—no español para honra nuestra;—á las dos de la tarde de ayer expiraba el eminente estadista.

La terrible noticia nos ha causado á un tiempo sorpresa dolorosa é indignación sin límites, y seguros estamos de que la misma impresión causará á nuestros lectores. Por el alto puesto que el Sr. Cánovas ocupaba, por llevar en estos momentos difíciles para España la dirección suprema de los negocios públicos, constituye la muerte del ilustre hombre de Estado un verdadero conflicto nacional.

Toda España, dicho mejor, toda Europa y el mundo todo, al conocer noticia tan inesperada, protestará, como nosotros, de ese atentado brutal, de ese inconcebible asesinato que priva á nuestra Patria de una de sus más grandes figuras y al mundo civilizado de una de sus más legítimas glorias.

No es ocasión de enumerar los merecimientos del Presidente del Consejo de Ministros...; no es hora de aquilatar su influencia en la España de nuestros tiempos, ni de determinar la huella brillante y profunda que deja en la historia patria por la acción decisiva que ha ejercido en la política, en la ciencia, en las letras y en la gobernación del Estado.

Es hora sólo de prorrumper en un grito de indignación unánime, en un solo lamento de amargura, en que se confundirán todos los corazones y todas las conciencias españolas, sin distinción de opiniones políticas. Es una gloria que sucumbe; es un atleta de la voluntad y del pensamiento que cae del pedestal de sus altos merecimientos..., y este tributo de dolor, que es á un tiempo tributo de justicia, si en algún momento como tal acto justo pudo, no

ya negarse, sino obscurecerse entre los acontecimientos y las luchas candentes de la política, hoy será general y espontáneo.

España, pues, está de luto; porque la muerte del ilustre hombre de Estado es una desgracia nacional indiscutible.

* * *

A continuación publicaba *El Comercio*, copiada de *Blanco y Negro*, una biografía íntima de D. Antonio Cánovas del Castillo.

IV

EL ESPAÑOL

En su primera página, con orla negra, publicó el 9 de Agosto lo siguiente:

Desgracia nacional.

«A última hora de esta tarde nos comunican del Gobierno general la triste noticia de la muerte del ilustre hombre público, honra y preza de la política española, Excmo. Sr. Don Antonio Cánovas del Castillo.

373

La impresión que tan triste noticia nos ha producido es tan profunda, que ni aun ánimo tenemos para coordinar ideas, ni para expresar en una frase la amargura que sentimos y que siente España entera.

Lloremos, si; lloremos y esperemos que el Todopoderoso salvará á España del tremendo conflicto en que se hallaría, si no fuera tan grande como es, si no tuviera una Soberana de las dotes que adornan á la ilustre dama que hoy rige sus destinos, y si no pudiera contar, como puede hacerlo, con el patriotismo de sus hijos y con la decidida protección del Altísimo.

¡ Descanse en paz el ilustre muerto ! »

* * *

El propio periódico, en su número del día 10, publicó algunos datos biográficos de Cánovas, de los que entresacamos lo siguiente:

«Este ilustre hombre de Estado, el primero de España y uno de los primeros de Europa, nació en Málaga en 1828, de padres tan honrados como modestos.

D. Amadeo trató, sin conseguirlo, de atraerse á tan importante hombre, que había recibido la representación y plenos poderes de Don Alfonso XII, de cuya causa era decidido partidario.

En la actualidad, ¿quién que no hubiera sido Cánovas hubiera conducido á España á hacer lo que España ha hecho, á asombrar al mundo?

No tenemos autoridad para hacer por nuestra cuenta el retrato de tan grande hombre, y por esto, y para darlo á conocer, recurriremos á la hábil pluma de un escritor en política, enemigo del biografiado, el Diputado fusionista D. Teodoro Baró.»

(Cópiense á continuación algunos párrafos de dicho trabajo, reproducido ya en otra parte de esta obra.)

V

EL PORVENIR DE VISAYAS

El viernes 13 de Agosto publicó lo que sigue:

Una desgracia nacional.

«De tal hemos de calificar el luctuoso acontecimiento que con pena profunda y dolor inmenso nos participa el telégrafo, ocurrido en Santa Agueda al notable estadista español y la figura más saliente de la política contemporánea, Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.

Eran tantos sus prestigios y tan claros sus

talentos, prestó tan valiosos servicios á la Patria y á las Instituciones desde los calamitosos tiempos que sucedieron á la terrible crisis por que atravesó España desde el año 68 hasta comienzos del 75, que se sentó en el trono de sus mayores el inolvidable D. Alfonso XII, de feliz memoria, que su muerte ha debido causar hondo pesar en el ánimo de todos los españoles que se precien de serlo, uniendo su nombre á los recuerdos que la Nación guarda para sus más preclaros hijos.

Hombre de honradez acrisolada, reconocida por los más distanciados de su amistad y de su política... bien merece la consideración de propios y extraños y el respeto profundo que inspirará su nobilísimo proceder.

Descanse en paz el más incomparable hombre de gobierno y el más elocuente orador parlamentario de este tiempo.»

* * *

En su número del día 14, y bajo el epígrafe *D. Antonio Cánovas del Castillo*, publicó también algunos datos biográficos del mismo, calificándolo de estrella de primera magnitud en el horizonte de nuestra política contemporánea, y terminando así:

«Nuestros elogios han de ser tanto más sinceros, cuanto que no proceden ni del adepto ni del correligionario; son producto del convencimiento que abrigamos del inmenso valer que atesoró en vida aquella gran figura política y los altos prestigios de que rodeó el Trono de D. Alfonso XII.

¡Descanse en paz!»

SEGUNDA PARTE⁽¹⁾

PRENSA EXTRANJERA⁽²⁾

SECCIÓN PRIMERA

Alemania y Austria-Hungría

ALEMANIA

La *Gazette de l'Allemagne du Nord*, del 10 de Agosto, consagró á la memoria del Sr. Cánovas del Castillo un artículo reseñando los principales actos de la vida política de dicho hombre de Estado, é insistiendo en la gravedad de la pérdida que en su persona experimenta la España. «En este momento—añadía—el orden reina en el país. La indignación provoca-

(1) No es mucho lo que hemos podido reunir de la Prensa extranjera, aca-so por el largo tiempo transcurrido desde la muerte de D. Antonio Cánovas del Castillo hasta que surgió la idea de este libro. Después de Francia, de cuya capital se han logrado no sólo los periódicos que á diario ven allí la luz, sino las revistas semanales, quincenales y mensuales que igualmente se publican—y claro es que lo mismo hubiera podido obtenerse de los departamentos de haberlo deseado,—únicamente de las Repúblicas Norteamericana, Argentina y Chilena se han conseguido datos algo completos.

Por fortuna, ó para los fines de la obra, se han acumulado casi todos los periódicos de España y de las que en Agosto de 1897 eran todavía Colonias españolas: y, aunque escasos los datos que se han podido obtener de Alemania, Austria-Hungría, Gran Bretaña, Italia y Portugal, son suficientes para formar juicio del que mereció Cánovas á los extranjeros. La pretensión de reunirlo todo, hubiera retrasado la publicación del libro uno ó dos años más, sin haber tampoco la menor probabilidad de conseguirlo.

(2) Comenzamos por la de Europa y dejamos para después la de América.

da por el odioso atentado, es general. Los mismos órganos republicanos no se recatan de expresar su enérgica reprobación del crimen ni de encarecer los brillantes servicios que Cánovas ha prestado á su país. Debe esperarse que el patriotismo de los jefes de los partidos españoles, en orden á la insurrección cubana, procurará triunfar de las dificultades creadas por la brusca muerte del hombre de Estado que dirigía la política española, haciendo posible á la Reina Regente colocar en todo su brillo á su joven hijo Alfonso XIII la Corona española cuando llegue el momento de su mayoría.»

* * *

La *Vorwaerts*, órgano socialista, escribía:

«No tenemos necesidad de decir que reprobamos ese atentado (el dirigido contra Cánovas), como reprobamos en general todos los atentados políticos. En cuanto á verter lágrimas de cocodrilo, hipócritas, sobre el señor Cánovas, dejamos ese cuidado á otros que estén pagados para eso (1), á los que aprovechan cualquier motivo para pedir una ley de excepción contra los trabajos socialistas,

(1) Podrá suceder eso en aquel país, no en España.

que hacen poco cómoda la vida de sus patronos los grandes fabricantes.»

* * *

La *Germanie* no dudaba que el autor del atentado de que había sido víctima el Sr. Cánovas fuese instrumento de los anarquistas, que le habían encomendado tan lúgubre misión.

* * *

El *Imparcial* del 13 de Agosto de 1897 publicó un telegrama de Berlín, de su corresponsal Kelbe, fechado el 12, diciendo que la Prensa alemana se manifestaba hostil á España, distinguiéndose en esta campaña la *Gaceta de Colonia*, tratando del asesinato del Sr. Cánovas. La *Epoca* del 17 del mismo mes desmintió semejante aserto, diciendo que los periódicos alemanes, muy al contrario, habían dedicado frases del más profundo respeto y de la mayor consideración hacia el eminente estadista. Y en efecto, leyendo el artículo que transcribimos á continuación, de la *Gaceta de Colonia*, y otro del 19 de Agosto, protestando de tal especie, se ve que la *Epoca* tenía razón.

KÖLNISCHE ZEITUNG

RIVEITE MOXGEN-AUSGABE (1)

En su número del 11 de Agosto de 1897 escribía, en sustancia, lo que sigue :

«Siempre hubo en Cuba gentes revoltosas y desórdenes, tan difíciles de evitar, como son los planes anarquistas en España. En tales conceptos se inspiraban nuestras manifestaciones públicas, precisamente en los días en que era asesinado el Presidente del Consejo de Ministros español, y las mismas que sobre la situación de Cuba agitaban la mente de dicho señor. Ni aun siquiera sospechaba entonces el Sr. Cánovas que pocos días después había de experimentar en sí propio la realidad de tales pensamientos, siendo él mismo una de las víctimas de los asesinos anarquistas, destructores de aquella potente actividad consagrada á su Patria; con esa víctima bajó al sepulcro el sostén más poderoso de la dinastía actual, un gran estadista, un sabio de significación relevante en la Litera-

tura é Historia patrias, á que por distintos caminos se dedicaba.

Desde humilde condición habíase poco á poco elevado en Málaga, donde había nacido el 8 de Febrero de 1828, y después en Madrid, hasta tomar asiento en las Academias literarias y científicas. Y una vez conocido allí su nombre, é interesado ya en los mares de la política por sus conocimientos y brillante elocuencia, que como andaluz casi le era conatural, fuéle muy fácil crearse la situación tan importante de que gozaba. Positiva cosa es hoy y muy útil, y más aún hace cincuenta años, para un español político, poseer una elocuencia arrebatadora del auditorio. Y la del señor Cánovas, estando en voz, era majestuosa; y tal, que causaba admiración á los contrarios, no sólo á causa de su palabra armoniosa, sino por la riqueza y profundidad de los pensamientos. Así que una tal personalidad no necesitó mucho tiempo para manejar ventajosamente las delicadas riendas de la política, y esto sin sorpresa de nadie. Redactor, no largo tiempo, del diario *La Patria*, del partido conservador, ya en 1854 era Diputado del Congreso, y unos años después, Ministro repetidas veces. Durante el periodo republicano, hubo de ceñirse á proteger y preparar la subida al Trono del Rey Alfonso XII. Dedicóse á tal empresa con grande celo, hasta lograr, en Diciembre de 1874, el apetecido resultado de sus trabajos, viendo sentado al Príncipe en el Trono español, conforme á sus deseos.

Dicho Príncipe, ya Soberano, le nombró, agradecido, Presidente del Consejo de Ministros, y á su actividad debió la Monarquía, felizmente, salvar todas las dificultades y peligros. Con su esencial cooperación fué establecida, el año 1876, la nueva Constitución, en la que, generosamente, hubo de sacrificar algunas de las conquistas liberales. La más sensible en esta parte fué la limitación de la libertad religiosa, que la República había concedido plena á los españoles, después de grande lucha y oposición popular.

Había entonces pronunciado Echegaray en las Cortes un discurso en pro y defensa de la libertad de cultos, que es tenido por el más glorioso himno de este derecho en el mundo de la literatura, según el cual, un pueblo que aclama gozoso el suyo, no puede obrar de otra manera, sino permanecer constantemente en el terreno del libre examen. Pero Cánovas re-

(1) Se le supone órgano del Gobierno Imperial.

presentó á Roma la estrecha enmienda por convicción personal, ó quizás por necesidad política, procurando dejarlo establecido. Y pudo fundar esto, hasta cierto término, en el deseo de cortar los vuelos al partido carlista, cuya fuerza consiste principalmente en presentarse y obrar como portaestandarte de la Iglesia católica romana.

La inesperada muerte de su regio amigo colocó de nuevo á Cánovas en la cúspide de la oposición. Con el conocimiento exacto de que la Regencia debía entrar por la línea media, á fin de alejar los peligros que á derecha é izquierda le amenazaban, retrocedió á gusto y servicio de los liberales. Pero las reclamaciones democráticas de los últimos, como el Sufragio universal, el Jurado y demás, aunque toleradas por él, no dió señales de que le pareciesen atendibles; y la forma indiferente que para ellas mostró, le acarrearón no pocas censuras, y al fin, y como consecuencia de todo ello, la división de su partido. »

.....
Habla después de Romero Robledo y de la disidencia de Silvela, «al cual—dice—no podía perdonar que tuviese opinión propia y le hiciese oposición resuelta. Á su lado no toleraba á nadie que se le quisiera igualar. Y con esto llegamos á un punto singular de la historia política del estadista asesinado.

Tenía tal conciencia de su superioridad intelectual, ó, á lo menos, creíase tan por encima de los demás, que no podía sufrir contradicción de nadie. Una turba de gentes sometidas, de aduladores, de parásitos, que se introducían en su soberbia morada la Huerta, vulgarmente dicha, en la Castellana, todos rendidos á sus pies, aunque por interés propio, naturalmente, robustecían en él más y más la idea de superioridad y le rodeaban de una atmósfera tal, que bastaba á turbar la vista del mayor hombre de Estado. Sólo considerando todo esto se explican muchos sucesos del tiempo de su postrer Ministerio; se explica la elevación de muchas personas insignificantes, pero de conveniencia para él, sin cuyo apoyo jamás hubieran pensado desempeñar el alto cargo de Ministro. Por donde alcanzó título y fama de ser hombre de mucha presunción, de una soberbia sin límites, en una palabra, de un tirano; y se ha de pensar que todo ello junto, en un país como España, ha debido crearle muchos enemigos en polí-

tica, ocultos y declarados, sin que lo impidiera su trato familiar agradable ni sus estudios, cuando los asuntos políticos se lo permitían. Porque, aun en medio de los tumultos de la política, hallaba Cánovas tiempo para asistir á las sesiones de las Academias de que era Presidente y para dilucidar cada cual de las cuestiones históricas, con mucho interés suscitadas allí, sobre las diversas épocas; como lo hallaba seguidamente para acudir á las lides parlamentarias en las Cámaras. Su más grato recuerdo era, sin duda, el cariñoso recibimiento que se le hizo con entusiasmo en Andalucía con ocasión del centenario de 1892.

Pero el sitio que más amaba era su magnífica biblioteca. Poco tiempo antes lo había él mismo manifestado, cuando sólo el sentimiento patriótico le colocaba en la situación espionosa que al presente aceptaba. Como hombre independiente, era, por la fuerza de las circunstancias y de la situación política, Consejero y miembro de muchas Asociaciones; como protector y amante de la ciencia, sólo deseaba tomar presto á la vida privada, dejando á otros el ingrato cargo de dirigir en aquella sazón el Estado. Mas este su deseo, después de tan larga y fecunda carrera, de pasar la vejez gozando de quietud, no lo pudo realizar.

Al exterior, ofrecíase nos Cánovas hombre de mediana estatura, sano, de buena presencia y de rasgos expresivos, y en los últimos años encanecido y algún tanto encorvado. Su bigote corto, recortado, con lo demás de la cara afeitado y algún defecto en un ojo, eran señales características que ostentaban los periódicos y revistas en numerosas caricaturas, que á nadie se ocultaban. Viéndole en los días solemnes con el Toisón de oro al cuello, pudiéramos tomarle, mirándole bien, no por un alemán galante, sino mucho mejor por estadista y hombre de grandeza en el país.

La muerte del Sr. Cánovas fué para su partido pérdida irreparable, porque constituía él solo toda su alma. Por el contrario, Sagasta, que pudiera ser llamado el Miquel español, y cuya misión parece ser rodear el Estado de compromisos, habrá dicho para sí mismo: «el partido soy yo», mientras que Cánovas merecería llamarse en algún modo el Bismarck de España. Su importancia como hombre de Estado consistió, principalmente, en saber apreciar la situación de la España

actual en el mundo, sin hacerse ilusiones sobre el particular, si bien no comprendió á cuáles conflictos pueden conducir las medidas de una regeneración violenta. Todo lo cual no le impidió hacer por la Patria el mayor bien que pudo en el exterior.

Sus esfuerzos para resolver la cuestión de Cuba se hallan aún tan á la vista, que no hay necesidad de mencionarlos siquiera. No se puede probar que estuviese preferentemente inclinado á Alemania, de cuya verdad puede ser testimonio la lucha evitada de Las Carolinas y la posterior justificación del tratado comercial de ambos países. Sin que todo esto

sea obstáculo para confesar su importancia en buena justicia. La forma inicu en que sucumbió D. Antonio Cánovas sirviendo á la Patria, inspira en nosotros hacia su persona un sentimiento de consideración y simpatía. »

* * *

La *Norddeutsche Allgemeine Zeitung*; la *National Zeitung*; la *Allgemeine Zeitung*, de Munich; las *Amburger Nachrichten*, y todos los grandes periódicos de Alemania publicaron artículos semejantes, y aun más benévolos que el anterior, contra lo aseverado por el corresponsal de *El Imparcial*.

AUSTRIA-HUNGRIA

Según noticias recibidas de dicha capital, única cosa que hemos podido adquirir, los periódicos de la misma expresaban el día 9 de Agosto el horror que había causado allí la nueva del asesinato del Sr. Cánovas, de cuyas

cualidades hacían todos grandes elogios.

La *Nueva Prensa*, uno de ellos, temía que, á causa de ese atentado, llegase España á una situación difícil en su Historia ó á encontrarse en vísperas de graves acontecimientos.

FRANCIA

PERIÓDICOS POLÍTICOS DE PARÍS

I

JOURNAL DES DÉBATS POLITIQUES ET LITTÉRAIRES

Este notable y antiguo periódico de París—pues cuenta ciento doce años de existencia—consagró su primer artículo de fondo del número correspondiente al 10 de Agosto de 1897 al asesinato del Sr. Cánovas del Castillo. No fué de los más adelantados en la noticia; pero lo hizo en términos tan benévolos

para la víctima, como podrá apreciar el lector leyendo lo que á continuación se traduce:

«Este trágico suceso—decía,—que entristecerá á todos los amigos de España y á los que, partidarios ó adversarios del grande hombre de Estado que acaba de desaparecer, no pueden escatimarle ni su estimación ni sus simpatías, viene á responder de una manera extrañamente inesperada á los ataques dirigidos en diferentes países al Gobierno español por la política de rigor seguida desde hace algún tiempo contra los anarquistas. Se sabe, en efecto, que el anarquismo es uno de los ma-

les que sufre la España contemporánea y que en Barcelona se encuentra el centro más pernicioso de ese conjunto de malhechores, cuyas pretensiones llegan hasta pretender se les considere como un partido político. »

« La muerte de Cánovas, viniendo después del atentado contra el Rey Humberto y el asesinato del Presidente Carnot, es una nueva advertencia para los Gobiernos.

En cuanto á España, ella pierde en la persona del Presidente del Consejo uno de sus hombres más notables y cuyas luces y patriotismo le eran más necesarios que otras veces en el período difícil que atraviesa. »

« Los que han seguido, como nosotros, desde 1895 acá, en que volvió el Sr. Cánovas al Poder, la marcha de la política española, conocen bien el género de dificultades con que ha tenido que luchar y la energía que ha tenido que desplegar para hacer frente á la situación. Las insurrecciones de Cuba y Filipinas habrían bastado para hacer perder la calma á un alma menos templada que la del Sr. Cánovas. No eran, sin embargo, estos solos los obstáculos de que estaba erizada la obra del mismo. Sin inquietarse por los ataques injustos dirigidos contra su política por una parte de la oposición, permaneció firme en el timón, dirigiendo con sangre fría la nave de España en medio de tantos escollos. Fué en tal momento crítico cuando un cobarde asesinato puso fin á una carrera tan llena de méritos. »

* * *

Después, en una especie de suelto que seguía á lo que antecede, consignaba lo que sigue :

« Los periódicos revolucionarios han acogido con cierta ruidosa alegría el fin trágico del Sr. Cánovas del Castillo. Apenas muerto el primer Ministro de España, cierta parte de esa prensa colma de injurias apasionadas su memoria y trata de verdugo á aquel que acaba de sucumbir á manos de un asesino. Nada prueba mejor el temor saludable que el señor Cánovas había sabido inspirar á los enemigos

del orden social, que ese desencadenamiento indecoroso que ha provocado su desaparición. Sus adversarios no se han equivocado. Comprendían que no podrían vencer sus patrióticas resistencias sino suprimiendo por el crimen el obstáculo que se alzaba delante de ellos. Hubo un tiempo en que, en presencia del asesinato, los partidos políticos tenían á honra rechazar toda especie de complicidad, aun moral, con el mismo. Estas costumbres políticas no existen ya. »

* * *

A continuación publicaba el mismo periódico, bajo el epígrafe *Notas biográficas de Cánovas*, unas muy semejantes ó parecidas á las muchas dadas á luz en aquellos días, terminando así :

« Orador poderoso, parlamentario probado, el Sr. Cánovas era también un escritor de mérito », citando en apoyo de esto las obras publicadas por el mismo.

* * *

En su número del 15, *Journal des Débats* se ocupó de los funerales de Cánovas, diciendo que « la actitud y recogimiento de la población durante ellos mostraban claramente que la Nación española tenía conciencia del valor excepcional del hombre á quien se dedicaba el duelo, y reconocía que había desaparecido su mayor personalidad política. Desde hacía treinta años, el Sr. Cánovas encarnaba la idea del progreso político de España. Conservador de doctrina, él quiso, como decía poco después de la Restauración, continuar la Historia de su Patria haciendo dicha Restauración sobre los moldes más amplios, al extremo de que figurasen en su Gobierno republicanos, enemigos suyos de la vispera. Comprendiendo el espíritu conservador al modo que Disraeli, se manifestó dispuesto á promover y aceptar todos los progresos, á condición de que éstos se realizasen sin inútil ruptura con el pasado del país, sino más bien como desenvolvimiento normal de sus tradiciones. Al entender y aplicar de ese modo el pensamiento político de su partido, impuso, por el ejemplo que dió á la Nación, un cambio tan feliz como el planteado en el suyo en la política de sus adversarios, dando á los partidos españo-

les un ideal más elevado que el que hasta entonces habían seguido, por serles aquél casi completamente desconocido. Vióse á los liberales, influidos por el espíritu político que irresistiblemente había hecho prevalecer, renunciar á sus hábitos de triquiñuelas religiosas y entenderse con el Papa, cuando llegaron al Poder, sobre la cuestión del matrimonio civil, que había provocado tan sangrientos desórdenes en España. El Sr. Cánovas, restaurando el concepto de la idea de gobierno, había llegado á hacer de sus adversarios un partido gobernante, que pudiera alternar con el suyo en el Poder sin comprometer la organización política perseguida por este grande hombre de Estado. »

« Pero si alguna cosa puede consolar á la Nación española de la pérdida sufrida por ella, es que la obra de un hombre como Cánovas traspase singularmente los límites de su vida, permitiendo las circunstancias que aquella sea continuada sin la menor interrupción. »

« La muerte de Cánovas no parece, pues, deber impedir en la política española ninguna solución de continuidad, singularmente en la obra en que estaba empeñado en los últimos días de su vida: aplicar toda la energía á la conservación del dominio colonial de España. Nosotros sabemos las esperanzas que esa muerte ha hecho nacer. No pocos, sobre todo en los Estados Unidos, se imaginan que el Sr. Cánovas representaba casi solo la política de resistencia á todo trance contra el separatismo cubano. En esto conocen mal los sentimientos de la Nación española, unánime sobre este punto, y las tendencias de sus hombres políticos. »

« El pueblo español, llorando al hombre de Estado que acaba de perder, no abriga el temor de que su desaparición comprometa la causa á que estaba consagrado. El impulso que dió á su país es demasiado vivo y demasiado hondo para que se pueda detener ó interrumpir al mismo tiempo que su vida. La carrera del Sr. Cánovas entraña, en suma, un nuevo rumbo marcado á su país, modernizando el espíritu caballeresco que lo había siempre ca-

racterizado; su obra le sobrevivirá porque constituye una renovación política de España. »

II

LE MONITEUR UNIVERSEL

GAZETTE NATIONALE

Notable y antiguo periódico, como el anterior (su fundación data de 1789), se ocupó del mismo modo, en igual día de Agosto de 1897, de la muerte del Sr. Cánovas, llamando la atención sobre la coincidencia de haberse verificado aquélla el mismo día en que tuvo lugar en la sala du Château d'Eau, de París, la sesión celebrada por los anarquistas, y lamentando que los periódicos radicales de la mañana tuviesen la triste audacia de insultar la memoria de aquel hombre de Estado estando sus restos aún calientes.

En otro artículo, consagrado exclusivamente á la muerte de Cánovas, decía que el asesinato del mismo había causado una emoción profunda, mezclada de indignación. « Por medio de tan horrendo crimen—añadía,—los anarquistas han querido vengar la justa severidad con que fueron tratados por consecuencia del atentado del 9 de Junio de 1896. »

« Este acontecimiento—continuaba—se ha realizado en las circunstancias más críticas. El Sr. Cánovas del Castillo podía considerarse en la actualidad el único capaz de dominarlas. Era, en efecto, un hombre de Estado dotado de las más singulares prendas el que acaba de ser cobardemente asesinado. La energía, la voluntad, una alta inteligencia, eran sus cualidades principales. Por consecuencia, era autoritario y muy entero en sus resoluciones. Patriota, jamás se amilanó ante la adversidad. »

* * *

A continuación publicaba datos biográficos del Sr. Cánovas, y por último, en su número del día 13, entre otras cosas y bajo el epígrafe *La situation en Espagne*, el artículo firmado por M. J. Valfrey, del cual transcribimos los párrafos siguientes:

« El asesinato del Sr. Cánovas por un anarquista italiano, es un crimen horrible: en

esto la opinión es unánime en Europa, y nosotros hemos comprobado el hecho con documentos que lo acreditan. Pero si el crimen es horrendo y la desaparición del que ha sido objeto del mismo debe llamar la atención y la vigilancia de todos los Gobiernos civilizados sobre los progresos del mal revolucionario, conviene, sin embargo, no exagerar para España las consecuencias del drama del 8 de Agosto. »

.....

Hablaba después de que la Bolsa saludó la muerte de Cánovas con un alza, por la esperanza tal vez de que los sucesores del mismo entrasen en arreglos ó componendas, ya fuese con los insurrectos cubanos, ya con el Gobierno de los Estados Unidos, favorables á su política, y añadía:

«Nosotros creemos que la Bolsa, á pesar de su olfato habitual, se ha equivocado grandemente en sus apreciaciones.

En la cuestión cubana, Cánovas no representaba solamente una opinión personal, como Bismarck. El eminente hombre de Estado personificaba las ideas y las aspiraciones del pueblo entero, que, durante dos años, no había escatimado ningún sacrificio para la continuación de la campaña militar emprendida contra los rebeldes cubanos. »

.....

III

LE NATIONAL

Periódico antiguo, como los anteriores, y órgano republicano progresista, según se llama, dió cuenta en su número del 9 de Agosto de 1897 del asesinato de Cánovas, publicando á continuación unos datos biográficos del mismo, que terminaban con las palabras siguientes: «El Sr. Cánovas del Castillo, Presidente del Consejo de Ministros, era un verdadero hombre de Estado y su inteligencia y energía de las más reconocidas y apreciadas. Nunca hubo más necesidad de su precioso concurso que en el momento de su muerte, en que España se encuentra en plena agitación. »

* * *

En su número del 10 publicó varias noticias sobre el trágico suceso antedicho, é impresión producida por el mismo en Madrid y en el extranjero, y al siguiente día, ó sea el 11, reprodujo un artículo de *La Pall Mall Gazette* intitulado *De Carnot á Cánovas*, diciendo que la muerte del primer Ministro español privaba á España y á la Monarquía constitucional de un buen é inteligente servidor.

* * *

En los días 12 y 13 se limitó á dar noticias relacionadas con la muerte del mismo, y á censurar el acto del Gobierno francés de expulsar como anarquistas á los Sres. Tarrida del Mármol y Planas.

IV

LA LIBRE PAROLE

Como *El Nacional*, se ocupó del triste suceso á que nos venimos refiriendo en su número del 9 de Agosto, poniendo en gruesos caracteres á la cabeza del mismo: *L'assassinat de Cánovas.—Vengeance anarchiste*. Insertaba después los despachos y noticias recibidas de Madrid, y bajo el epigrafe *La carrière de M. Cánovas*, publicó unos datos biográficos del mismo, á cuyo final decía que Cánovas no era tan sólo uno de los políticos de más talla de su país, sino además un distinguido literato, cuyos trabajos históricos y literarios le habían abierto las puertas de las Academias de la Historia y de la Española.

381

* * *

En el día inmediato, escribiendo, también á la cabeza, en gruesos caracteres *La mort de M. Cánovas.—L'histoire d'un crime*, publicó el retrato de la víctima de Santa Agueda; á continuación un artículo titulado *Les conséquences d'un attentat*, en el que, ocupándose del viva España! que en los momentos de su agonía se atribuye á Cánovas, decía:

«Permítasenos pensar que esta exclamación suprema no fué solamente la última manifestación de un patriotismo ardiente, sino que pudo ser también la expresión de una profunda angustia, y á modo de acto de contrición.

En toda su carrera política, el Sr. Cánovas estuvo inspirado por un amor sincero, vigoroso, absoluto, hacia su país. Amaba á Es-

paña como los españoles saben amar, con amor obstinado, ardiente. De aquí sus éxitos y sus errores.»

«Restableciendo en España la Monarquía constitucional, que volvió á traer durante un período la paz y la armonía, prestó á su Patria el más grande de los servicios; podía haber hecho todavía más: devolverle la fuerza y la prosperidad de otro tiempo (1). Para esto le bastaba ser un hombre moderno, tener alguna conciencia de las ideas y de las necesidades de su tiempo.

Desgraciadamente, el Sr. Cánovas, sincero patriota, hombre honrado y recto, era extremadamente autoritario, lo que llamaríamos en Francia un reaccionario feroz.»

* * *

Ocupábase después de la política de Cánovas en Cuba con manifiesta injusticia y error, que suponemos habrá rectificado después su autor, M. A. de Boisandré, á quien recomendamos la lectura de la Prensa norteamericana de los mismos días en que escribió los párrafos transcritos.

* * *

Al artículo de que acabamos de hablar sigue otro titulado *La genèse d'un crime*, de que no queremos ocuparnos, por suponer que la sangre se venga con sangre y que la muerte de Cánovas era consecuencia lógica de la que había hecho derramar, contra toda verdad ó exactitud, en Barcelona.

* * *

El jueves 12 de Agosto *La Libre Parole* publicó un nuevo artículo sobre *L'assassinat politique*, firmado por M. Edouard Daumont, en el cual, tratando del atentado contra el jefe del Gobierno español, decía:

«En cuanto á Cánovas del Castillo, quedará, yo no lo dudo, como una de las grandes figuras de la España contemporánea. Tenía su manera de ver como Golli, con la diferencia, naturalmente, que puede existir entre un hombre de Estado dotado de admirables cualidades y un instintivo ó impulsivo, que le hacía no vacilar en la tortura y en el derramamiento

de sangre para hacer triunfar una política que él creía buena para su país (1). Es probable que Golli y sus camaradas fueran todavía más feroces que Cánovas, siendo ellos los señores; pero lo cierto es que Cánovas no era blando.»

* * *

En su número del 13 limitóse á dar noticias relacionadas con el asesinato del mismo y consecuencias políticas; pero en el del 15 pretendió sacar partido de noticias completamente inexactas recibidas de Cuba (2), escribiendo lo que sigue:

«Al día siguiente de la muerte trágica del Sr. Cánovas dijimos, con toda la moderación que demandaban las circunstancias, que había en su vida política una falta enorme, irreparable: Cuba.

Acaban de celebrarse los funerales de Cánovas en medio de una pompa casi regia, y ya es cuestión de elevarle estatuas. El ilustre hombre de Estado merece, sin duda, tales honores y el reconocimiento de su país por el sincero y ardiente patriotismo que le animó hasta su último suspiro.

No menos verdad es que Cánovas se equivocó, y nosotros tenemos razón para decir que la intransigencia de su política colonial ha colocado á España á dos dedos de su pérdida. Los hechos hablan más alto y más elocuentemente que los hombres, y ante la verdad, la muerte misma debe inclinarse.

Así, mientras que en Madrid en duelo sigue el entierro del hombre que llora España entera, dos noticias llegan de Cuba: la una, de que los insurrectos se han apoderado de la pequeña villa de Santa Rosalía, incendiándola.... y de otra, más grave todavía, de haber dimitido Weyler.» (3)

(1) ¡Qué error! Y que esto se diga ó escriba en Francia, tan próxima á España, donde hay tantos medios de inquirir y saber la verdad.

(2) Cuya prensa recordamos al autor del artículo que lea, pues es la más entusiasta del Sr. Cánovas en todo el mundo (consúltase, sobre todo, en otro lugar de este libro, el periódico republicano *La Lucha*) y eso lo persuadirá de lo aventurado de sus juicios.

(3) Esta última noticia era falsa, y la primera debía ponerse en cuarentena.

(1) Y así lo hizo, aunque otra cosa crea *La Libre Parole*.

V

LE SIÈCLE

Ocupóse este periódico del atentado contra Cánovas en sus números del 9, 10, 11, 12 y 13 de Agosto de 1897.

El 9, después de publicar los telegramas recibidos en relación con aquel suceso, consagró un artículo al que fué víctima de él, con algunos datos biográficos, diciendo que «muy joven entró en la carrera política, donde su inteligencia, su firmeza y su energía le hicieron conquistar pronto un puesto preponderante. Las ocasiones de mostrar sus talentos oratorios y sus cualidades de hombre de gobierno se le ofrecieron, unas tras otras, en el periodo turbulento que siguió, durante algunos años, á la caída de la Reina Isabel. Fué uno de los obreros más hábiles y celosos de la Restauración borbónica.»

«Se puede temer, añadía después, que la desaparición del Sr. Cánovas aliente á los cubanos á prolongar su resistencia y á los carlistas á insurreccionar de nuevo las provincias del Norte de España.»

* * *

El día 10, después de hablar de *medidas contra los anarquistas*, publicó gran número de noticias relacionadas con el asesinato del señor Cánovas, diciendo que en todas las provincias de España era grande la indignación por ese suceso. A continuación—porque consagró al asunto gran parte del periódico,—dió cuenta de una interview de M. Eca de Queiro, cónsul de Portugal, muy encomiástica de las dotes que adornaban á Cánovas; de la impresión tristísima que había producido en la Embajada de España el atentado de que había sido objeto el mismo, y de la emoción experimentada por igual motivo en el boulevard de Courcelles. Y como si esto no fuese bastante, reprodujo las manifestaciones hechas, á ruegos de un redactor de *Le Siècle*, por el secretario de la Delegación de Hacienda de España, en París, acerca de las cualidades y condiciones de Cánovas, en asuntos económicos, y en que comenzó por decir que su muerte era una inmensa pérdida para España. También reprodujo

una entrevista ó conferencia celebrada con el propio Sr. Cánovas en 1895; un juicio del mismo, como escritor; otro del doctor Betances, representante en París de los patriotas cubanos, nada favorable á aquél, cosa no de extrañar; las profecias, completamente falsas, de una gitana; la impresión causada en Madrid; los pésames, refiriéndose á despachos de Roma, Berna y Londres, enviados á Madrid por el crimen de Santa Agueda; y por último, el juicio de la prensa americana, aludiendo á los diarios *Le New York Herald*, *Le Times* y *Le World*, altamente favorables á Cánovas, que no reproducimos, porque en su lugar correspondiente lo hallará el lector con referencia á los periódicos citados y otros norteamericanos.

VI

LE SOIR

Este periódico fué el primero, según decía en su número del 10 de Agosto, que la víspera, ó sea el 9, anunció el asesinato del señor Cánovas y continuó dando noticias sobre ese triste suceso reproduciendo, como *Le Siècle*, la interview de M. Eca de Queiro, cónsul de Portugal; las impresiones recogidas por monsieur Philipe About en la Embajada de España, de ser la pérdida del Sr. Cánovas muy sensible para dicha Nación, que había visto desaparecer con él su mayor estadista; la interview celebrada con el secretario de la Delegación de Hacienda de España en París, iniciada por M. J. de Menasce; el juicio de Cánovas como escritor; las falsas profecias de la gitana, los pésames recibidos del extranjero con motivo de la muerte del mismo y el juicio de una parte de la prensa de París sobre dicho suceso.

* * *

En su número del 11, refiriéndose al propio lamentable suceso, trató de los asuntos siguientes: *En la Embajada de España. Conferencia con M. de Souza Roza, Ministro de Portugal. La situación de España. Una interview con Emilio Castelar. Honores fúnebres de Cánovas. Una carta de la Reina de España. Angiolillo y el general Polavieja.*

No podemos reproducir, ni aun siquiera extractar, lo contenido en *Le Soir* del 11 de Agosto sobre esos particulares. Según el Mi-

nistro plenipotenciario de Portugal, la muerte del Sr. Cánovas era una grande, una inmensa desdicha para España. Esta perdía uno de sus más sagaces diplomáticos y la Corona uno de sus más fieles servidores. En Portugal, donde el anciano Presidente del Consejo de Ministros solo contaba amigos, la noticia de su muerte había sido acogida con consternación.

Según el Sr. Castelar, los Soberanos pueden ser reemplazados; Cánovas no podía serlo.

* * *

Lo demás en el propio número contenido, no hay para qué reproducirlo ni dar cuenta de ello.

* * *

El número de *Le Soir* del día 12, no ofrece por su parte otra novedad que el juicio, completamente favorable á Cánovas, que copia de la prensa de Madrid. Y el día 13 contiene el resumen de las opiniones emitidas por algunos periódicos extranjeros y otros franceses, sobre el mismo hombre de Estado.

VII

L'ÉCHO DE PARIS

Consagró su primer artículo de fondo, del número correspondiente al 10 de Agosto de 1897, al asesinato del Sr. Cánovas del Castillo, pretendiendo relacionar, no diremos disculpar, dicho crimen con las supuestas crueldades de que se dice fueron objeto los anarquistas encerrados en el castillo de Montjuich de Barcelona. La prensa española, aun la más avanzada, no ha denunciado hechos semejantes ni parecidos á los que se atribuyen á la justicia militar en tiempo del Sr. Cánovas. Mucho menos está en lo cierto *L'Echo de Paris*, que se resiste á creer los horrores de que se trata, en que España es la tierra tradicional de los suplicios y de los arrebatos sanguinarios, como lo fué siempre también del heroísmo caballeresco.

A tan corta distancia—repetiremos, una vez más, de esta Nación—no se puede incurrir en ese género de exageraciones, siendo tan fácil conocer la verdad.

VIII

L'ÉCLAIR

En su número del 10 de Agosto, como los demás periódicos, ó como la mayor parte de los que se publican en París, refirió minuciosamente el atentado contra el Sr. Cánovas, dando á luz su retrato y después algunos datos biográficos del mismo, que completaba diciéndolo ser el jefe indiscutible del partido conservador, título éste que en relación con Cánovas debía entenderse en el sentido más favorable, pues bajo su dirección dicho partido había perdido mucha parte de su rigorismo y se había liberalizado. «Lo que más caracterizaba á Cánovas—añadía,—sobre una elocuencia casi sin rival, era la flexibilidad de su espíritu, su habilidad para desarmar á los adversarios y sostenerse en el Poder en las circunstancias más críticas para su persona. Durante su último ministerio desplegó todas sus facultades para dirigir los negocios de España, sin que las dificultades con que tropezó acobardasen su patriotismo y su abnegación para dominarlas. Los amigos de España lamentarán ver privado prematuramente á este país, por una mano criminal, de los servicios de tan ilustre hombre de Estado, una de las figuras de más relieve en este final de siglo.»

* * *

En el del día 11 siguió ocupándose del asesinato del Sr. Cánovas, exponiendo que el fin trágico del mismo había despertado en todos los países del mundo civilizado un movimiento de viva simpatía hacia España. «Por todas partes se multiplican—añadía—los testimonios de reprobación contra el criminal que ha privado á España de uno de sus hijos más ilustres, hallándose todos conformes en reconocer las grandes cualidades de Cánovas, cuya pérdida constituye para su país un verdadero duelo nacional.»

* * *

En el propio espíritu de imparcialidad y justicia se inspiraba *L'Éclair* en su número correspondiente al 12 de Agosto. «El pueblo español, escribía, continúa encerrado por entero en el recogimiento que le ha impuesto la pérdida del hombre que dirigía sus destinos. Todos los partidos han dado tregua á la poli-

tica, y durante algunos días no se ocuparán «de otra cosa que de las consecuencias de la muerte del Sr. Cánovas.»

A continuación publicaba un despacho de New-York, fecha 10, según el cual al anuncio oficial en la Habana de la muerte del Sr. Cánovas, había seguido el cierre de tiendas, la suspensión de los negocios y el cubrirse las casas de las principales calles con negras colgaduras, expresando los periódicos la desolación que había causado tan gran pérdida.

Esto mismo ocurrió, según otro despacho que dió á luz, en Málaga, país natal del señor Cánovas.

Por último, el periódico á que nos referimos, en su número del día 22 y bajo el epigrafe *Opinions: Les benefices de l'assassinat*, se ocupó del bien que reportan los que mueren, como el Sr. Cánovas—bien ó beneficio que no tienen en cuenta los autores de hechos como el de Angiolillo—al privar de la existencia á personas de posición, porque despiertan á su favor elogios y simpatías que tal vez no obtendrían algunos al fallecer por edad.

IX

LE MATIN

Dió la noticia de la muerte del Sr. Cánovas del Castillo, publicando á continuación, el 9 de Agosto, algunos datos biográficos del mismo.

En el número siguiente, 11 de Agosto, trató de la sucesión de Cánovas reproduciendo una interview con el Sr. Sagasta y otra con Castelar, dando noticias relacionadas con el atentado de Santa Agueda, honores fúnebres que se tributarían á la víctima é impresión producida por la muerte de dicho hombre de Estado.

* * *

El 12 dió á luz un interesante artículo, firmado por M. Henri Bourquet, bajo el epigrafe *M. Cánovas.—De l'Espagne*, que decía así:

«El miserable fanático que ha asesinado al Sr. Cánovas no podía haber elegido más noble víctima, ni tampoco con el mismo golpe ocasionar á España una pérdida más sensible. Angiolillo conocía la inflexible energía del hombre cuya muerte meditaba, y sabía que no era un alma á quien arredrara el miedo, ni que hiciese flaquear ante el temor de una venganza personal el justo rigor de las leyes. Un

sólo medio existía de desembarazar á la anarquía de ese enemigo irreductible: el asesinato, y he ahí por qué Cánovas ha muerto.

Se ha insinuado que el tratamiento de que han sido objeto los prisioneros de Monjuich servía de atenuación al crimen de Santa Agueda, olvidando sin duda que los atentados del Liceo y de la festividad del Corpus habían precedido á los arrestos de Barcelona, y que en la guerra implacable que la anarquía, sin provocación, declaró al orden, era de ella de la que habían partido los primeros golpes y los más gratuitamente abominables.

El Sr. Cánovas no excusó ningún miramiento en su lucha con la anarquía. Poseía en el más alto grado el sentimiento de las responsabilidades que pesaban sobre él; no ignoraba que el estricto cumplimiento de sus deberes le acarrearía fatalmente la bala ó el puñal del asesino. Esta constante amenaza no era, sin embargo, bastante á que penetrase el temor en su corazón.

.....

Por eso no era solamente un estimable defensor del orden lo que España lloraba en su pérdida. Cuando sucumbió Carnot bajo el puñal de Caserio, en el duelo de nuestro país no se mezcló ningún temor sobre las consecuencias políticas de ese imbécil delito. Cánovas ha desaparecido en un momento en que, en frente de los terribles problemas que amenazan la integridad de su Patria, su vida era una necesidad nacional. Estos problemas no están todavía resueltos. El ilustre hombre de Estado tenía consagrada á ese trabajo su alma entera; después de dos años de un tenaz esfuerzo, se hallaba cerca de tocar el resultado. ¿Quién recogerá ahora su herencia y completará la obra interrumpida?»

.....

* *

Tras del anterior notabilísimo artículo publicó multitud de noticias relacionadas con la muerte de Cánovas, llegada de sus restos á Madrid, honores fúnebres que se le tributaron y reunión próxima á celebrarse en Cataluña por delegados carlistas de todas las regiones de España, que no tuvo lugar.

* *

En su número del día 15, después de hablar de los funerales celebrados en París, en la iglesia española de la avenida de Friedland, en sufragio del Sr. Cánovas, y de exponer la opinión de D. Carlos sobre la personalidad del mismo (1), en desacuerdo con la de todas las personas ilustradas de España y del extranjero, publicó otro interesante artículo bajo el epígrafe *La Presse*, del que vamos á dar una idea, y aun transcribir algunos párrafos.

Ocupóse *Le Matin* de la especie generalizada por los anarquistas y periódicos avanzados, de haber perdido el Sr. Cánovas la vida en expiación de los tormentos á que hizo someter los prisioneros de Montjuich, é indica, después de señalar tales exageraciones, la costumbre de las sectas revolucionarias de servirse para sus fines de cadáveres. « Ellas explotan—decía—los cardenales que les hacen con el mismo cuidado con que disimulan los que por su parte ocasionan. Sus sectarios son mártires, mientras los que ellas asesinan los hacen aparecer como tunos y bribones. Son tan ingeniosas como los falsos mendigos para disimular su miseria.

Para desmentir la especie de que se trata ó las supuestas crueldades de Montjuich, refiere que el representante de Suecia en España había escrito á su colega de la Gran Bretaña, diciendo que los suplicios de dicho castillo no existían más que en la imaginación de los *reporters*; de suerte que á la hora actual nada es menos cierto que la historia de dichos suplicios sea causa del asesinato del Sr. Cánovas.

Nadie, sin incurrir en una responsabilidad moral con el asesino, podrá suponer que Angiolillo ha hecho bien derribando á Cánovas » (2).

(1) Según D. Carlos, más era un letrado ú hombre de letras y erudito que un hombre de Estado, y su gran impopularidad—especie que desmiente lo que se inserta en este libro—recaía sobre la Regencia, á la cual haría sucumbir... El partido conservador, según el mismo, estaba muerto y se vería rápidamente en descomposición. La importancia de Cánovas no nacía de su valer personal, sino del puesto que ocupaba... Y así otras cosas por el estilo, que no vale la pena de mencionar.

(2) Sentimos no poder reproducir íntegro este notabilísimo artículo firmado por M. J. Cornely, en que atribuye, y con razón, á los periódicos no pequeña parte en atentados como el de que se trata.

« La prensa—dice—es como la reina de las abejas, que corre á depositar los huevos en multitud de celdas, cuyos huevos, más tarde, al abrirse en la colmena,

X

L'ÉVÉNEMENT

El lunes 9 de Agosto dió asimismo cuenta del asesinato del Sr. Cánovas, escribiendo lo que sigue: « Una dolorosa nueva nos llega de España. El Sr. Cánovas del Castillo, Presidente del Consejo de Ministros, acaba de ser asesinado por un anarquista napolitano... El célebre hombre de Estado español se encontraba en el balneario de Santa Agueda... »

A continuación, y por término de una breve biografía, emitió el juicio siguiente: « El señor Cánovas del Castillo era un verdadero hombre de Estado. Su inteligencia y su energía eran dignas de elogio, y tal vez la Reina no tuvo nunca más necesidad de su precioso concurso que al presente ó en este período de turbación y agitación que España atraviesa desde hace algunos meses. »

* * *

Al siguiente día, ó en su número del 10, publicó nuevos detalles acerca de la muerte del jefe del Gobierno español, y un artículo suscrito por *l'iator* con el título de *M. Cánovas et les anarchistes*, que decía así:

« *L'Événement* dió en su editorial de ayer la nota exacta del sentimiento de reprobación, unánime y formal, experimentado por todos los espíritus, aparte de toda discusión de doctrina, con motivo del crimen de que el primer Ministro de España acaba de ser víctima.

Conviene hacer constar, sin embargo, que este atentado tan abominable como audaz, no ha causado la misma estupefacción dolorosa que aquel en que M. Carnot encontró una muerte imprevista (1). Así como nuestro bon-

dejan escapar enjambres que zumban por todas partes...

Si se admite, y es necesario admitir, que la prensa tiene una parte considerable, no solamente en la propaganda de las ideas estériles de revuelta, sino también en la preparación ó perpetración de los atentados anarquistas, se llegará pronto á la conclusión de que, para combatir la anarquía, es necesario combatir la especie de sugestión que se debe á la prensa. »

(1) Es un error suponer que el asesinato de Cánovas no produjo la misma estupefacción dolorosa, por lo menos, que la de Carnot. Eso acontecerá tal vez en París, donde por algunos se dió crédito

dadoso é infortunado Presidente de la República no parecía expuesto á sucumbir por el puñal de un anarquista, así por el contrario debía ver el Sr. Cánovas su vida amenazada de alguna horrible represalia.»

que esto constituye una falta y que no cabe enorgullecerse por haber facilitado en muy corto período de tiempo los asesinatos de Carnot y de Cánovas.»

XI

L'AUTORITÉ

« Es una inmensa desgracia para España—decía en su número del 10 de Agosto—la muerte del Sr Cánovas en el período crítico que ella atraviesa en este momento. Desde hace dos años y medio desplegaba la más imperturbable energía para sofocar las insurrecciones de Cuba y Filipinas, á la vez que la más hábil destreza para impedir una intervención de los Estados Unidos.

Tendrá sucesores. Nosotros no creemos que tenga reemplazo...»

A continuación publicaba unos datos biográficos del Sr. Cánovas.

* * *

En su número del 11 *L'Autorité*, bajo el epígrafe *Les suites d'une mort*, añadía que « de toda la prensa europea salían protestas llenas de indignación reprobando el crimen odioso de que había sido víctima el Sr. Cánovas.»

* * *

En su número del día 15, el periódico de M. Cassacnac publicó varias noticias relacionadas con dicho crimen; mas previamente, ó sea en su primer y bien pensado artículo de fondo titulado *L'assassinat politique*, después de consignar que los periódicos italianos manifestaban unánimes el sentimiento doloroso que experimentaban por ser compatriota suyo el asesino Angiolillo, añadía: « El hecho es

á la fábula del castillo de Montjuich; pero en España sucedió todo lo contrario. Aun los partidos y hombres más avanzados, como patentizan las páginas de este libro, se manifestaron sumamente conmovidos por el hecho criminal. El Sr. Cánovas, por su parte, ni temió ni podía temer la represalia de que se habla.

Es lástima que periódico tan sensato incurra en semejante error.

XII

LE RADICAL

En su número del día 10 de Agosto dió cuenta del asesinato del Sr. Cánovas, publicando á continuación datos biográficos del mismo, á cuyo final se hacía eco de las supuestas crueldades del castillo de Montjuich, atribuyendo á aquel una participación en ellas, que suponíendolas ciertas—su falsedad está demostrada,—no cabía que tuviese.»

* * *

El día 11 siguió publicando detalles del asesinato, tarea que continuó en su número del 12 con otras noticias relacionadas con la autopsia, conducción á Madrid del cadáver del Sr. Cánovas y honores fúnebres que habían de tributársele, terminando con la conocida interview de Castelar, en que se le atribuye la frase de que « los soberanos podían ser reemplazados, pero Cánovas no ».

XIII

LA LANTERNE

A la cabeza del número del día 10 y en gruesos caracteres, publicó lo siguiente: *Mort de Cánovas del Castillo, tué á coup de revolver.—Une vengeance politique.*

Después dió noticia del asesinato seguida de datos biográficos de la víctima, con juicios poco favorables á la misma, cosa que no extrañará é l lector tratándose de *La Lanterne*.

* * *

El día 11 continuó dando noticias del suceso, reproduciendo las de los periódicos extranjeros y hablando de la impresión causada por el crimen de Santa Agueda, por cierto en sentido contrario á los juicios emitidos por dicho periódico la víspera.

XIV

LE PETIT JOURNAL

Se ocupó del asesinato del Sr. Cánovas en los días 9 y 10 de Agosto, dando á conocer en el primero algunos datos biográficos del mismo, y consignando en el segundo, precedido de un retrato del que fué Presidente del Consejo de Ministros español, que la emoción causada por su muerte había sido muy grande en toda Europa.

XV

LE PETIT PARISIEN

Este antiguo periódico, en su número del 9 de Agosto, se expresaba así: «Una siniestra noticia que excitará un profundo sentimiento de horror en todo el mundo civilizado, nos llega de España.

El Sr. Cánovas del Castillo, Presidente del Consejo de Ministros, ha sido asesinado en el balneario de Santa Agueda.»

Como casi todos los demás periódicos, añadía á lo que antecede unos datos biográficos del Sr. Cánovas, y en su número del 10, después de otras noticias relacionadas con el crimen de Santa Agueda, decía que «desde hacia cuatro años había tomado un gran incremento el movimiento anarquista y que el Sr. Cánovas había escapado á un primer atentado en Junio de 1893».

XVI

LA PRESSE

Este antiguo periódico—cuenta sesenta y siete años de existencia,—en su número del 10 de Agosto, único que hemos podido obtener, bajo el epígrafe *Crime inutile*, se ocupó de la muerte del Sr. Cánovas diciendo «que el atentado que acababa de producir el duelo de España, no es de aquellos que se excusan por la pasión ó la venganza».

Después de tomar acta, por decirlo así, de los supuestos sufrimientos de los prisioneros de Montjuich, según la versión de M. Tarrida del Mármol, añade: «Así, el crimen, sin resultado para sus inspiradores, no ha servido más

que para hacer más simpática la víctima y producir, entre los diferentes Estados, la unión para la común defensa contra las doctrinas anarquistas internacionales.»

«Aunque semejante demostración haya sido ya hecha, bueno es renovarla á la vista del reciente atentado. El Sr. Cánovas del Castillo, Ministro tal vez enérgicamente tenaz, pero ardiente y convencido patriota, deja á España el recuerdo de un hombre de Estado de primera clase; casi al principio de su carrera hizo votar la ley de abolición del tráfico de negros y ha muerto dejando sin concluir su obra de defensa de Cuba, después de haber sostenido contra la gran isla insurreccionada una lucha heroica, que hace de la España empobrecida y ensangrentada un admirable modelo de energía nacional y de patriotismo.»

* * *

En el propio número publicó diversas noticias sobre el asesinato del Sr. Cánovas.

XVII

GIL BLAS

Dió cuenta en su número del 9 de Agosto del asesinato de Cánovas, y á continuación publicó unos datos biográficos del mismo, que comenzaban y terminaban así:

«El Sr. Cánovas, de edad de sesenta y nueve años, ocupaba en su país, desde hace ya muchos, una situación preponderante.

¿Qué va á resultar, añadía, de su muerte? ¿Quién es el que va á tomar en sus manos la dirección del Gobierno? Esas son preguntas cuya contestación es el secreto de mañana. Pero no es menester ser gran profeta para pronosticar cambios considerables en la orientación política de España, consumida por una guerra ruinosa, minada por la anarquía, y en el fondo de cuya sociedad hierven y germinan nuevas aspiraciones.»

* * *

El día 10 publicó diversas noticias sobre el atentado de que había sido objeto el Sr. Cánovas, y antes, en su primer artículo de fondo titulado *L'Heritage de Cánovas*, dió á luz una fábula, cuya base era la conferencia que suponía celebrada entre aquél y el Sr. Sagas-

ta, cuando estaba agonizando el Rey D. Alfonso, y en que se pactó la sucesión alternativa en el poder de los partidos conservador y liberal, comenzando en aquella sazón por este último. Es uno de los trabajos menos ingeniosos en el orden de la invención, que hemos leído en la prensa francesa.

XVIII

LE JORNAL

He aquí cómo dió cuenta, en artículo firmado por M. A. Saissy, el 9 de Agosto, del crimen de Santa Agueda:

« Los anarquistas italianos acaban de hacer otra víctima.

.....
 En el Sr Cánovas del Castillo España pierde un gran ciudadano, y la Monarquía uno de sus más firmes apoyos. »

Seguía el artículo refiriendo la carrera política del mismo, á partir de la preparación de la restauración monárquica, en que tanta parte tuvo, y después de consignar que desde 1874 era el jefe indiscutible del partido conservador, añadía:

« Inteligencia superior la de Cánovas, hubo de comprender é hizo comprender á sus amigos políticos que un partido no tiene virtualidad si no responde á las aspiraciones nuevas y acepta lealmente las reformas hechas aunque parezcan incompatibles con los antiguos moldes, á lo que se debe la aceptación por el partido conservador de la libertad de cultos (1), el derecho de reunión, la libertad de imprenta y el sufragio universal. »

Continuaba exponiendo sus méritos políticos, y últimamente decía: « La Francia ha encontrado en este Ministro conservador, tan ferviente monárquico, un espíritu convencido de la perfecta lealtad de la política republicana, y de las ventajas que ambos países reportan manteniendo relaciones francamente cordiales.

Se dirá que otros hombres de Estado pertenecientes á los demás partidos de España, están poseídos de igual consideración é idénticos sentimientos. Pero éstos sobreviven, y nosotros debemos un respetuoso recuerdo, un testimonio de profundo respeto y ardiente

(1) Tolerancia religiosa no más.

simpatía al que acaba de sucumbir víctima de un infame atentado. Ha muerto consagrando su último pensamiento á su país, y nada encontramos mejor, en nuestra dolorosa emoción, para honrar su memoria, que repetir sus últimas palabras: ¡ Viva España! »

* * *

En el propio número, además de las noticias de que hablamos al principio, consagró varios artículos y párrafos á la memoria del Sr. Cánovas, añadiendo que preguntado M. Regnault por uno de sus redactores su opinión personal sobre el asesinato del Presidente del Consejo de Ministros, y acerca de las consecuencias de este suceso, contestó el jefe del gabinete particular del Ministro de Negocios Extranjeros:

« Es, seguramente, una gran pérdida para España, siendo imposible prever todavía, bajo la primera impresión, sus consecuencias. »

Hablaba después de Cánovas *intimo*, como hicieron algunos periódicos españoles; daba á luz, como casi todos los demás, datos biográficos del mismo, y se ocupaba, por último, bajo el epigrafe *Théâtre de la République*, del meeting que á la hora del asesinato del Sr. Cánovas tuvo lugar en dicho teatro, como protesta contra los supuestos horrores de Montjuich.

* * *

El día 10, y con el título *L'œuvre de M. Cánovas*, publicó otro interesante artículo del propio M. Saissy, que comenzaba por la frase del Sr. Cánovas en que resumía su programa político de « venir á continuar la Historia de España »; hablaba del proyectado robo de Las Carolinas, que impidió la energía y diplomacia del mismo, enfrente de las miras ambiciosas de Bismarck; y por último, del gran acto de Cánovas de abandonar el poder á la muerte del Rey, y aconsejar á la Regente el llamamiento del partido liberal, como así se verificó:

* * *

En el propio número dió á luz varias noticias relacionadas con el asesinato del señor Cánovas, y por último, otro artículo, no menos notable que el anteriormente citado, bajo la firma de M. Gastón Routier, que quisiéramos, por su importancia, reproducir íntegro, y del que, ya que esto no sea posible, copiamos sus párrafos principales.

Comienza así: «*Indignatio fecit versus* ha dicho el poeta, pero el dolor impide escribir, y la nueva del infame asesinato cometido por un anárquista, me ha sumido en un verdadero estupor. Como ha dicho muy bien mi excelente colega, M. Saisay, era un grande hombre de Estado el que acaba de morir víctima de su amor al país y á la monarquía legítima; era una de las más grandes figuras políticas de fin del siglo XIX, aquella que el revólver de un miserable acaba de hacer pasar á la Historia; pero yo no puedo olvidar tampoco que D. Antonio Cánovas del Castillo me honraba con su amistad, y era el hombre de corazón, el hombre de bien que hoy lloro.

Hace cinco años que el Sr. Cánovas me dispensó la honra de concederme, por vez primera, una larga entrevista en uno de los salones de la Presidencia, y desde entonces yo he tenido frecuentemente la ocasión de encontrarme con el grande hombre de Estado, que tuvo á bien otorgarme su amistad y su confianza. Acaso el Presidente del Consejo de Ministros apareciera como hombre de mal carácter, de abordamiento difícil, sombrío, poco dispuesto á la conversación, cuando se veía enfrente de desconocidos ó de personas que no le inspiraban confianza; pero era amable, de grata conversación, llena de vida y de encanto cuando hablaba con uno de sus íntimos y se abandonaba sin segunda intención á desenvolver sus opiniones, en un lenguaje siempre correcto y elocuente.

En el Sr. Cánovas había dos hombres: el sabio y el hombre político. Bastaba verle contraído al asunto, inquieto, en el Palacio de la Presidencia del Consejo, para comprender que era hombre de una actividad febril, aquél en cuyas manos estaban los destinos de España. El Sr. Cánovas lo veía, lo escuchaba y lo conocía todo en su Gobierno: ningún ministro adoptaba una determinación ni referendaba un decreto sin consultarle. Nada se hacía sin él; todo se hacía por él; lo que, para un hombre ya de edad, era un trabajo enorme, una fatiga inaudita.»

* * *

Después de hacer la pintura de su figura, continuaba así: «Era un grande espíritu y á la vez un gran corazón: nada de lo hermoso, de lo admirable, le era indiferente. Sentía entusiasmo por todas las maravillas descubiertas,

y por todas las creaciones del género humano. Tenía el sentido práctico, la lucidez, la prudencia, la sangre fría de los más grandes políticos, y tenía también el alma generosa y tierna, las efusiones del poeta.

Historiador de primer orden, ha dejado obras maestras que han enriquecido la literatura española; sus poesías, ardientes é inspiradas, son menos conocidas, á causa de la atmósfera creada alrededor de su personalidad política; pero merecen la admiración de todos aquellos que aman los bellos pensamientos y los versos armoniosos y sonoros.

D. Antonio Cánovas del Castillo estaba lejos de ser el hombre que los anarquistas se complacen en pintar. Sentía más que nadie verse obligado á ser severo con los autores del desorden; frente á frente de los anarquistas, como frente á frente de todos, Cánovas se vió obligado á mostrar una energía extrema; pero esta era una de sus más grandes cualidades de hombre de Estado.

.....
Como orador, era Cánovas un portento de habilidad y de claridad; su ilustre amigo, Emilio Castelar, cuyo nombre es sinónimo de genio y de elocuencia, me decía un día: «Es un orador admirable; para refutar argumentos, desbaratar un discurso hostil que haya causado impresión y cambiar la opinión del auditorio, Cánovas del Castillo es superior á mí...»

Cánovas era el modelo de los oradores políticos; no tenía la elocuencia arrebatadora, florida, poética de Castelar; poseía en cambio la elocuencia de los hechos, de las citas acumuladas, del convencimiento, la elocuencia neta, concisa, irrefutable del hombre de Estado.

Tal es el grande hombre por el cual España entera está de duelo..... Su muerte es una gran pérdida para aquel país.»

.....
.....

XIX

LA GAZETTE DE FRANCE (1)

En su número del 10 de Agosto, y bajo el título *La solidarité*, pretendió sacar partido de la

(1) Por su antigüedad (es el de fundación más lejana, pues data de 1631), debía figurar el primero en

aplicación hecha de ella en el asesinato de Cánovas por el napolitano Angiolillo, diciendo que el verdadero solidario no distingue las fronteras.

En otro artículo del mismo número se hizo cargo del propio asesinato, y á continuación reprodujo los telegramas recibidos de Madrid, publicando por último una biografía de Cánovas con algunas inexactitudes (semejante en esto á otras muchas), que no debemos rectificar.

* * *

En su número del 11, *La Gazette de France* consagró su primer artículo de fondo, titulado *Le Meurtre*, al asesinato político, defendiéndolo ó poco menos y aceptando la diferencia que han pretendido establecer los italianos entre aquél y el asesinato común, estimando el primero como una especie de reparación de los ataques que Cánovas y los que han muerto como él han dirigido á la República, al socialismo y al anarquismo.

* * *

De este mismo asunto trató en otro artículo del propio número con el título de *Apologues praticiens de l'assassinat politique*, bajo la firma de Charles Dupuy, y por último de *L'assassinat de M. Cánovas del Castillo*, reproduciendo las últimas noticias llegadas de Madrid, varias conjeturas sobre la sucesión de aquél en el Gobierno y opiniones de Taylor, Ministro de los Estados Unidos, y de Betances, representante del comité revolucionario cubano.

XX

LA PATRIE

Sólo en su número del 10 de Agosto, y bajo el epígrafe *El asesinato de Cánovas*, se ocupó dicho periódico, antiguo también (cuenta ya sesenta años de existencia), de aquel trágico suceso, diciendo que «había causado una emoción profunda, no sólo en España, sino en el mundo entero», revelando toda la profundidad y toda la extensión de los estragos causados

esta reseña, pero por sus ideas y conceptos, le correspondería ser de los últimos. Nosotros le colocamos, sin embargo, al lado ó entre otros que merecen, en general, mayor consideración, como observará el lector.

en nuestro final de siglo y en el término de la sociedad actual por las doctrinas anarquistas, de lo que principalmente se ocupa en su primer artículo.

XXI

LE COURRIER DU SOIR

En el propio día este periódico—no moderno tampoco—consagró su primer artículo de fondo al atentado del 8 de Agosto. «Ha sido en domingo—decía,—día destinado al reposo, cuando, por una coincidencia un tanto curiosa de los anarquistas españoles que celebraban una reunión pública en París, el Sr. Cánovas del Castillo, Presidente del Consejo de Ministros de España, ha sucumbido á los tiros de revólver de un anarquista italiano.

Es un verdadero duelo para España la muerte imprevista y trágica de este hombre de Estado, el único que ha podido durante estos últimos años hacer frente, por su autoridad y habilidad, á los movimientos revolucionarios y anarquistas que han amenazado en distintas ocasiones á España.

La prensa francesa y extranjera se manifiestan unánimes hoy en reconocer que era un hombre de Estado el que ha sucumbido víctima de un odioso atentado anarquista.

Inmediatamente ha hecho revivir el espíritu de todos los franceses patriotas el recuerdo de la muerte del Presidente Carnot, herido en medio de las fiestas de Lyon, la tarde de un día de regocijos.

Puede imaginarse por esto la explosión de tristeza que se ha producido ahora en España.

Represalia se dirá. Por que es posible olvidar los suplicios que soportaron los revolucionarios arrestados recientemente en España? Los anarquistas no han debido olvidar las últimas ejecuciones, en que algunos de sus hermanos sucumbieron por haber afirmado con hechos y atentados violentos la propaganda de doctrinas que habían jurado sostener y defender hasta la muerte.

Estos atentados salvajes cometidos por ciegos criminales, ardientes visionarios, provocan en todos los países una indignación general. Los Gobiernos lo saben y podrían aprovechar esta ocasión—visto el horror que tales actos inspiran—de pedir la aprobación de leyes in-

ternacionales de represión, destinadas á establecer entre todas las potencias de Europa un lazo común de defensa contra los anarquistas.»

del Castillo no era sólo un Ministro enérgico, sino también un táctico parlamentario de primer orden.»

XXII

LA CROIX

Decía el 10 de Agosto lo siguiente, bajo el epigrafe *Noble Espagne*:

«¡Grande y noble Nación, hermana muy querida de la Francia, hermana por la sangre, por la generosidad y por la fe, en estos días de prueba le enviamos el homenaje de nuestro respetuoso cariño y de nuestra admiración!

El crimen horrible que acaba de ensangrentar á España es sólo un episodio de la lucha sin misericordia que la secta dirige contra ese gran pueblo.

España continúa siendo el país católico por excelencia... El pueblo español, á pesar de las revoluciones, ha conservado muy pura y viva la fe.

Las sectas no la perdonarán; han jurado su ruina material y religiosa.

El Sr. Sagasta, jefe de los liberales, rival de Cánovas, pasa por fracmasón.

Nosotros tomamos parte muy íntima en las penas y en los dolores de esa Nación. Día llegará en que un soplo de ese espíritu verdaderamente católico que anima tan poderosamente á España se haga sentir en Francia y en Italia, y entonces las tres hermanas latinas, íntimamente unidas y orgullosas de su independencia, volverán á ocupar su puesto á la cabeza de las naciones.»

En el mismo número y tras un retrato del Sr. Cánovas, publicó diversas noticias relacionadas con el atentado de que había sido objeto, y unos datos biográficos del mismo diciendo que «llamado últimamente al poder cuando estalló la última insurrección cubana, en tiempo del Sr. Sagasta, el Sr. Cánovas, hombre de energía, no había retrocedido ante ninguna dificultad para restablecer el orden en dicha isla, á la cual había enviado 200.000 soldados, aumentando la marina y haciendo frente al gabinete de Washington.

Escritor delicado, orador poderoso, Cánovas

La Croix consagró otro párrafo interesante en dicho número á la coincidencia de la reunión de anarquistas en París con el asesinato del Sr. Cánovas, é hizo un resumen de la opinión de la prensa, toda ella unánime en elogiar al hombre de Estado que acababa de morir, tarea que continuó con mucha mayor extensión en un suplemento del mismo día.

XXIII

LE RAPPEL

También se ocupó el 10 de Agosto del asesinato del Sr. Cánovas, manifestando que era un anarquista napolitano el que había cometido el crimen, que traía á la memoria, por más de un concepto, el perpetrado por Caserio.

A continuación publicó unos datos biográficos del Sr. Cánovas, y por último se hizo eco de la emoción profunda que el asesinato del Presidente del Consejo de Ministros de España, había causado en París.

XXIV

LE GAULOIS (1)

Se ocupó del asesinato del Sr. Cánovas del Castillo en los días 9 y 10 de Agosto de 1897, escribiendo en el primero, M. Louis Teste, «que había entrado en la vida política para colocar en el Trono al joven Rey D. Alfonso XII, quien tuvo en él un auxiliar fiel y un guía seguro, dando á nuestra nación vecina, decía, una paz, una prosperidad y un prestigio que no había tenido desde el reinado de Carlos III.

Durante su largo período de gobierno, el Sr. Cánovas se manifestó, no sólo como el primer hombre de Estado de España, sino como uno de los principales hombres de Estado de

(1) De este importante periódico no hemos podido obtener ningún número, pero sí copia de lo escrito por el mismo, respecto del Sr. Cánovas, en los días que se citan.

Europa. Cuando se habla de los tres ó cuatro más importantes de nuestro tiempo, se cita siempre al Sr. Cánovas.

Su muerte es para su país una pérdida tal vez irreparable.»

* * *

El día 10, bajo el epígrafe *Recuerdos personales*, por le Comte Remade, publicó otro interesante artículo recordando que «en dos años restableció Cánovas el Trono, reconstituyó el ejército y la administración pública y trajo el orden á los espíritus y la paz material.

Gracias á sus esfuerzos, los carlistas depusieron las armas, la insurrección de Cuba tocó á su fin. Bajo un príncipe dotado de las más brillantes cualidades, pero demasiado joven para ejercer efectivamente el poder, gobernó á España, ya pacificada, con tanta sabiduría como prudencia. Nuevo Atlas, llevó la Monarquía sobre sus robustas espaldas

Este hombre es al que un feroz sectario acaba de quitar la vida.»

Después de referir, entre otros, algunos sucesos relacionados con la familia Real de España y de manifestar que halló á dicha Nación, cuando hubo de visitarla en 1877, con un orden perfecto y viviendo en una paz profunda, terminaba así:

«En 1885 la muerte prematura del Rey Alfonso XII dejó á Cánovas dueño absoluto del poder. Pero este gran hombre de Estado se hizo cargo de que la Monarquía no podía consolidarse en estas circunstancias críticas, sino por la venida al poder del partido liberal. Dejó espontáneamente el Ministerio, y obtuvo de la Reina Regente que llamase al poder al Sr. Sagasta, jefe de los liberales. La grandeza de alma que reveló en este acto, es un honor insignie para su memoria.»

* * *

El propio día, y bajo el epígrafe *Les suites d'un crime*, publicó *Le Gaulois* otro artículo, igualmente notable, firmado por M. Georges Thiébaud, sobre la multitud de cuestiones políticas, militares, económicas y religiosas que el asesinato, que cubría de luto á toda España, había puesto sobre el tapete, del lado allá de

los Pirineos. Sentimos mucho no poder reproducir este artículo por su mucha extensión.

XXV

LE SOLEIL (I)

El 9 de Agosto, día siguiente al del asesinato del Sr. Cánovas, dijo que la locura anarquista acababa de hacer una nueva é ilustre víctima en la persona de aquél, al cual miraban los revolucionarios desde hacía tiempo como uno de sus más terribles adversarios.

El mismo día publicó unas noticias biográficas del propio Sr. Cánovas, y en su número del 11 el siguiente notabilísimo artículo firmado por M. Frederich Amouretti, que copiamos á continuación:

«Desde que el príncipe de Bismarck y Mr. Gladstone abandonaron el poder, dicho Sr. Cánovas quedó como el más importante de los hombres de Estado de Europa. A causa de las condiciones políticas actuales de España, que mantienen todavía á este país en un rango de segundo orden, el Sr. Cánovas no ha podido jugar, añadia, en las relaciones internacionales el papel eminente de que sus grandes cualidades le hacían digno. En tres ocasiones, no obstante, toda la atención pública de la Europa entera se ha fijado en él: la primera al librar á su Patria de las convulsiones revolucionarias del régimen republicano, restableciendo la Monarquía borbónica; la segunda, cuando resistió á Bismarck en el asunto de Las Carolinas é infligió al canciller alemán su primer fracaso diplomático; y la tercera en estos últimos tiempos, asombrando al mundo por la tenacidad y habilidad con que ha sostenido la lucha contra los insurrectos de Cuba y de Filipinas, á pesar de las dificultades financieras que encontraba en su camino (2).

Cánovas no buscaba alimento para su actividad en asuntos exteriores; animado de un patriotismo ardiente, había comprendido que si España quería un día recuperar en el mundo la posición eminente á que tenía derecho por su historia, por sus riquezas naturales y

(1) Decimos de *Le Soleil* lo que hemos manifestado respecto de *Le Gaulois*.

(2) Es este uno de los artículos más interesantes que respecto de Cánovas ha publicado la prensa extranjera, sintiendo, por nuestra parte, no poder reproducirlo íntegro.

por la cualidad de su pueblo, debía desde luego trabajar en su reconstrucción interior.

Desde el grito de Sagunto, que restableció en el Trono á Alfonso XII, es decir, desde hace veintidós años, el Sr. Cánovas se consagró á esta obra de reconstrucción. Su tarea era extremadamente difícil.

Los malos Gobiernos anteriores, de una parte; las prolongadas revueltas civiles, por otra, dejaron en España bastantes gérmenes revolucionarios. A extirpar éstos de un modo radical del suelo ibérico se consagró apasionadamente. Por eso el nombre de Cánovas es uno de los más detestados por todos los partidarios de la revolución cosmopolita.

Desgraciadamente, no encontró acaso siempre los apoyos con que debía contar.

Mas este hombre de letras, que había comenzado su carrera por el periodismo y había alcanzado la mayor notoriedad en él, estaba dotado de una fuerza de alma y de una voluntad, que los militares, á los cuales se pretende conceder el monopolio de la energía, rara vez llegan á alcanzarla en tal grado. Y si frecuentemente se acusa á los periodistas de estar dispuestos á criticar á los Gobiernos y se imaginan planes irrealizables, he aquí demostrada prácticamente la falsedad de esa acusación.

Los seis años que siguieron á la revolución de 1868 desorganizaron por completo en España todas las fuerzas conservadoras. El Sr. Cánovas, con los restos del partido moderado, con los carlistas que se replugaron á la Unión católica y al Sr. Pidal, con todos los demás que los excesos de la revolución habían alejado de las quimeras democráticas, llegó á formar el partido conservador, al cual España ha debido no ser una vez más precipitada en los desastres de una guerra civil. Con conocimiento profundo de las condiciones de vida de su país, llegó perfectamente á comprender que la España y el catolicismo estaban ligados indisolublemente, habiendo subordinado su conducta á esa convicción, formada en él por sus estudios históricos y su experiencia personal. Los odios inexplicables que se habían acumulado contra él, y que parecían aún más ardientes en el extranjero que en España, provenían en gran parte de ahí. No se le perdonaba en el fondo de las logias y en el hogar de los enemigos del cristianismo el haber renovado en España la tradición ca-

tólica, que imaginaban haberse definitivamente abolido en 1868.

Absorbido por esta lucha sin tregua con los elementos subversivos, algunos le han reprochado no haber concedido bastante importancia á ciertas instituciones, refiriéndose á los « fueros », que han resultado costosas. »

.....

.....

« El Sr. Cánovas conservaba su espíritu latino y no podía conformarse con la idea monstruosa de que en adelante el imperio del mundo perteneciese, sin lucha, á los anglo-sajones, á los francos y á los germanos, por lo cual, sin desfallecimientos, dispuso fuerzas para disputar á los convecinos americanos de la isla de Cuba su posesión. Gracias á esta concepción mantuvo siempre hacia Francia las más vivas simpatías, bien que nuestro país dió á España el pernicioso ejemplo de una República, mientras otras naciones se ofrecían con instituciones políticas más conformes á su ideal. Pero en este punto, los latidos de su corazón fueron más poderosos que los fríos cálculos de la razón. Esta le hizo comprender que por encima de las contingencias políticas subsistía sólido é inquebrantable el fondo común de civilización, establecido para siempre en las naciones mediterráneas por la cultura heleno-latina primero y por el catolicismo después. »

.....

.....

« El Sr. Cánovas del Castillo permanecerá grande por no haber transigido jamás con los revoltosos; por no haber sentido, respecto de ellos, el vano sentimentalismo y las cobardes complacencias que otros, y por haber comprendido, sobre todo, que la demagogia burguesa, con la máscara del radicalismo y del librepensamiento, prepara el camino á los arrojadores de bombas, á los manejadores de cuchillo, á los partidarios del revólver; y para continuar siendo el campeón irreducible de la autoridad, de la Patria, de la Monarquía y de la Religión, únicas cosas que pueden asegurar á los pueblos la libertad, la grandeza y la prosperidad. »

* * *

XXVI

LE FIGARO

El 9 de Agosto publicó una biografía del Sr. Cánovas del Castillo, escrita en términos bastante benévolos hacia el mismo; y el 10, después de hacer constar los sentimientos de compasión que había despertado en Francia, añadía «que la España había perdido al hombre que la había salvado de la humillación moral, resistiendo las pretensiones americanas.»

«La muerte de Cánovas, concluía diciendo, es más envidiable que la de Bismarck.»

XXVII

LA LIBERTÉ

El 9 de Agosto, día siguiente al del asesinato del Sr. Cánovas, publicó, bajo la firma de M. Pierre Charles de Villedeuil, el notable artículo de que vamos á transcribir los principales párrafos:

«Cuantos han conocido personalmente al señor Cánovas del Castillo saben, como nosotros, que jamás hombre político alguno ha hecho menos por suscitar contra sí venganzas implacables por severidades intransigentes. El gran ciudadano, al que llora toda España en este momento, sin distinción de partidos, no era ni de esos fanáticos, ni de esos espíritus tenaces, ni de esas almas pequeñas, de las cuales surgen los sectarios. Erudito, publicista é historiador, autor civil de la Restauración, era mesurado en todo y no se lanzaba jamás á resoluciones extremas. Lo que le caracterizaba más particularmente era una discreción desinteresada, de la cual dió tres veces en su vida pruebas inequívocas (alúdese en la primera á haberse asociado al principio de su carrera á los hombres del movimiento insurreccional de Vicálvaro, aceptando luego en Roma, del Gobierno que se formó, el cargo de Agente de preces, que le permitió hacer algunos ahorros ó economías para ayudar á su sostenimiento; en la segunda, á haber dejado el

Gobierno al General Jovellar; y en la tercera, á que, muerto Alfonso XII, hizo la misma dejación del poder, aconsejando el llamamiento del partido liberal).»

«Si alguna cosa puede explicar—continúa,—su fin trágico es que haya sido un extranjero el que dió el golpe, un italiano, como era el que llevó á cabo el asesinato del Presidente Carnot. No sería justo hacer responsable á todo un pueblo de la infamia de un hombre....

..... Ni en sus obras históricas ni en su vida de hombre de Estado, el Sr. Cánovas del Castillo se mostró hostil á Italia, cuyo idioma poseía y donde contaba nobles amistades.»

Trata luego el articulista de la coincidencia de la reunión de los anarquistas cosmopolitas de París con el crimen de Santa Agueda, y ser imposible no ver un lazo estrecho entre el atentado de Rinaldi y la propaganda activa que los partidarios de la insurrección cubana han hecho en los círculos anarquistas italianos, siendo ahí donde debe buscarse el génesis del crimen, y no en las quejas y las lamentaciones de los anarquistas expulsados de España, pues el Presidente de un Consejo de Ministros—añade—nada tiene que ver con los abusos que se cometan en el régimen de las prisiones ni nadie ha pensado jamás en hacerle responsable de eso.»

Después continúa: «No, no son balas catalanas, sino más bien balas cubanas las que han muerto al primer Ministro de la Regencia. Tenemos buenas razones para creer que los jefes del partido cubano reprueban sinceramente este crimen inútil; son sus anatemas los que, sembrados en el suelo anarquista, han puesto en movimiento el revólver homicida.»

«La muerte del Sr. Cánovas del Castillo es, sin duda, una desgracia pública; pero no ejercerá una gran influencia en los destinos de España (1). El fin prematuro del Rey Alfonso fué un acontecimiento muy grave, y sin embargo, no tuvo las consecuencias que se temían.»

(1) Ya habrá visto el articulista cómo se equivocó en este juicio.

XXVIII

PARÍS

Bajo el epígrafe *El asesinato del Sr. Cánovas*, escribía el 10 de Agosto lo siguiente :

«Lo mismo que la muerte del Presidente Carnot, el asesinato del Sr. Cánovas del Castillo ha causado en toda Europa una profunda emoción. Es de observar que Carnot y Cánovas han sucumbido uno y otro al golpe de un extranjero, que en ambos casos fué un italiano. Por aquí el anarquismo se presenta como un hecho esencialmente internacional; un mal que no puede ser tratado, extirpado ó curado sino con la ayuda de una inteligencia, de una acción combinada, de medidas adoptadas en común.»

.....

«La personalidad del Sr. Cánovas del Castillo, bajo cualquier punto de vista que se mire, y haciendo las salvedades necesarias, es una de las más importantes de la Europa política. Ha jugado en su Patria un gran papel, y por más de un concepto ha sido una gran figura. Literato, historiador, habituado á la autoridad, que ejercía con cierta especie de finura y elegancia, tenía por característica principal el vigor de la concepción, la energía y el ánimo resuelto para la realización.»

.....

XXIX

LE TEMPS (1)

En su número del 10 de Agosto consagró un interesantísimo artículo, por su fondo y erudición, al asesinato del Sr. Cánovas.

«La larga y espantosa serie de atentados que se llaman políticos, se ha enriquecido—decía—con uno más..... Si un acto tal no produjese desde luego la indignación universal y el grito de la conciencia humana, ¿á qué reflexiones no daría lugar el absurdo, el desatino manifiesto de un crimen de tal especie? Monstruosa ceguera de esos instrumentos, en algún modo pasivos, del mal, que se

(1) Es uno de los más notables periódicos franceses, y acaso el de mayor autoridad.

lanzan á la venganza sin proponerse una sola de las cuestiones que sugiere la usurpación de un papel semejante, que castigan sin saber por qué y frecuentemente sin saber á quién, y cuya alma oscura é incierta no ha logrado entrever la sangrienta cadena de las causas y de los efectos: el ciclo trágico del asesinato, engendrando el asesinato.

Verdad que nuestro tiempo no tiene el monopolio, poco envidiable, de tales acciones. Esa clase de crímenes ha florecido en otras épocas con una lozanía verdaderamente espantosa. En el décimosexto siglo las guerras religiosas produjeron, no sólo una cosecha de regicidas, sino el influjo de la pluma de Mariana y sus colegas y de lo dicho por los predicadores de la Liga, toda una teoría sobre la legitimidad del derecho divino, de la supresión del tirano, ó lo que es igual, lo más próximo á la herejía. Bajo Luis Felipe, el contagio del asesinato político había hecho terribles estragos, y se debió á una serie de verdaderos milagros que el Rey de la burguesía escapase á los innumerables atentados de los llamados campeones de la inalienable soberanía popular.

Hoy, fuera de los nihilistas de Rusia, que no han renegado de las tradiciones criminales, del asesinato de Alejandro II y de otros trágicos episodios de las luchas de esa época, pero que parecen haber renunciado casi completamente al empleo de ese sistema, no hay nadie, si se ponen á parte los exaltados y los locos de ocasión, sino el partido anarquista que afirme el principio del atentado político.»

.....

«No nos incumbe resolver *ex-cátedra* sobre la mayor ó menor autenticidad de las relaciones lúgubres é inverosímiles que se han esparcido sobre los procesos de que fueron víctimas los prisioneros de Montjuich.»

.....

«Por poco crédito que concedamos *a priori* á las acusaciones estereotipadas de los anarquistas, no podríamos invocar como un dato decisivo la carta recientemente hecha pública, que se atribuye á un diplomático acreditado en Madrid, y se asegura ser el Ministro de Suecia, Barón Wedel-Jarlsberg, en que afirma á su colega el Embajador de S. M. británica, Sir Henry Drummond Wolff, que en Montjuich todo había sido lo mejor, en el me-

jor de los mundos, según había él comprobado con sus propios ojos.»

«El Sr. Cánovas tenía casi setenta años. En el curso de su larga vida había apurado la copa de los goces de la ambición; gozado de las satisfacciones del triunfo; sufrido las tristezas del desengaño y del destierro, y disfrutado de las nobles satisfacciones del Poder. Había gobernado su país con autoridad sin igual. Hombre de Estado, orador, historiador, había gozado en vida de la gloria y de la inmortalidad.»

«Cánovas ha prestado grandes servicios á su Patria: ha establecido con honor el principio de autoridad y, al mismo tiempo, ha contribuido á asentar sobre base sólida la libertad.»

«Ha muerto víctima expiatoria del orden público y de la seguridad del Trono y de la sociedad.»

«Es un grande hombre que pierde España.»

* * *

Más adelante, *Le Temps*, en otro artículo dedicado á noticias biográficas del Sr. Cánovas, añadía: «El Sr. Cánovas no era solamente uno de los hombres más importantes de este fin de siglo; era también un escritor y un literato.»

* * *

Por último, y con referencia á los funerales celebrados en sufragio del Sr. Cánovas, escribió otro día, en el *Bulletin de l'Etranger*, lo que sigue:

«Los funerales de Cánovas han terminado. España entera, sin distinción de partidos, rindió sentido tributo de duelo ante el eminente hombre de Estado, á quien se llamó algunas veces el Guizot español, y que tenía, respecto del gran doctrinario francés, la superioridad de haber contribuido á una Restauración, de haber consolidado una Monarquía, en vez de originar una revolución y sacrificar la rea-

leza constitucional al obstinado mantenimiento de la hegemonía burguesa.

Queda á la Historia la misión de pronunciar el fallo sobre la víctima del oscuro italiano anarquista que va á expiar su crimen. A ella corresponde analizar, no sólo al político hábil y vigoroso, al Ministro patriota y leal, al jefe de partido provisto de los dones incomparables del prestigio y la autoridad, sino también al literato, al historiador, al tribuno y al representante de la sana tradición española.»

* * *

Estudia después *Le Temps* la situación política originada por la muerte de Cánovas, y emite juicios sobre las probabilidades que tienen los diversos partidos de ocupar el poder, opinando el articulista que la misión de los que sucedan al ilustre estadista se halla erizada de dificultades y peligros.

XXX

LA RÉPUBLIQUE FRANÇAISE

El 10 de Agosto, á la vez que la noticia de la muerte del Sr. Cánovas, publicó una nota biográfica del mismo. Después decía: «Durante su largo paso por el Poder se ha mostrado, no solamente el primer hombre de Estado de España, sino también uno de los principales hombres de Estado de Europa. Cuando se haya de citar los tres ó cuatro hombres de Estado más notables de nuestro tiempo, se citará siempre al Sr. Cánovas.»

«Hoy, su muerte es para su país una gran pérdida; ha caído víctima de los enemigos del orden social.»

* * *

En el propio número del periódico, y firmado por M. De la Jour, añádase, bajo el epígrafe *L'heritage de M. Cánovas*, lo siguiente:

«La nueva de la muerte del Sr. Cánovas, Presidente del Consejo de Ministros de la Monarquía española, ha causado en todas partes una profunda emoción y una legítima indignación. Como M. Carnot, ha sucumbido en el campo del honor en la lucha contra los irreconciliables adversarios del orden social. Es un gran duelo para España, porque este

suceso se ha producido en las más difíciles circunstancias.»

«Sin duda, cuando un soldado cae en el campo de batalla, le reemplaza otro; pero cuando el soldado es uno de los hombres de Estado más distinguidos de este fin de siglo, no puede menos de mirarse con particular inquietud las consecuencias que su desaparición pueden tener para su país, y todos los amigos de España, aun aquellos que lamentaban la tenacidad con que seguía una lucha imposible, desastrosa para España, la compadecerán de verla privada, por un atentado criminal, de los servicios que aún podía prestarle.»

XXXI

VOLTAIRE

Daba cuenta el 10 de Agosto de la noticia llegada de España, ó sea de que el Sr. Cánovas del Castillo, Presidente del Consejo de Ministros, había sucumbido á los golpes de un anarquista napolitano, y decía:

«Este hombre de Estado, de cuyas ideas estábamos lejos de participar, no dejaba por eso de ser una gran figura.»

«Era uno de esos hombres que se atraen el respeto de los más encarnizados adversarios.»

XXXII

L'UNIVERS

Ocupóse el 10 de Agosto, bajo el epígrafe *Un crime de l'anarchie*, del asesinato del señor Cánovas, diciendo que «el matador era anarquista é italiano, encarnando, como Caserio, una fracción de esa fuerza oscura y latente que conmueve de tiempo en tiempo la sociedad con la loca esperanza de destruirla.»

«El asesino del Sr. Cánovas, no es el único responsable del delito.»

«Desde hace tiempo, una campaña furibunda, apoyada en Francia por los diarios socialistas, iba dirigida contra el jefe del partido conservador español. Los autores del des-

orden en todos los países no ignoraban que tenían en aquel un adversario irreductible; sabían que si no era un hombre superior, á lo menos sí un hombre de Estado en la verdadera acepción de esta palabra, y las diatribas, las virulencias, las calumnias sistemáticamente concentradas sobre ese molesto personaje, decían á los espadachines de buena voluntad: herid ahí.»

XXXIII

LA PETIT RÉPUBLIQUE

JOURNAL SOCIALISTE

Basta el título para comprender que, lejos de lamentar, hubo de aplaudir, el 12 de Agosto, el asesinato del Sr. Cánovas. Renunciamos á reproducir lo que escribió.

XXXIV

L'INTRANSIGEANT

Lo mismo decimos de este otro periódico, que en su número del 11 de Agosto, bajo el epígrafe *La peine du Tali6n*, se expresaba así: «Si alguien no ha debido sorprenderse de recibir tres balazos en la cabeza, es, evidentemente, el Sr. Cánovas.... En su cualidad de cat6lico había sin duda meditado sobre la palabra de su maestro Jesús: «Aquel que se sirva de la espada, por la espada perecerá.» El se había servido del arma de fuego (aludiendo á lo del castillo de Montjuich), y por el arma de fuego pereció» (1).

XXXV

LE JOUR

Dedicó, igualmente, su artículo del 10 de Agosto sobre lo del castillo de Montjuich, que atribuye al Sr. Cánovas.

(1) Desmentido diferentes veces lo del castillo de Montjuich, no vale la pena de rectificar lo que se dice por *L'Intransigeant* ni por *Le Jour*, que sigue después.

XXXVI

COCARDE

Lo propio acontece con este periódico, ó con lo manifestado por el mismo, en su número del día 9, limitándose á reproducir textualmente lo escrito por *Le Voltaire*.

XXXVII

NEW YORK HERALD (1)

(EDITION PARIS)

Este periódico dedica la mayor parte de su número, correspondiente al lunes 9 de Agosto de 1897, al asesinato de Santa Agueda, publicando el retrato de la ilustre víctima. Da infinidad de detalles del crimen, haciéndose eco de la profunda indignación que produjo en todas las clases de la sociedad. También refiere la sensación producida en París por un hecho tan abominable, y la *interview* sostenida por un redactor de *Le Figaro* con uno de los secretarios de la Embajada española. Este cree que el asesinato se debe á una venganza, por haber creído los anarquistas que era verdad el supuesto martirio de los presos en Montjuich por las bombas del Liceo de Barcelona.

Refiere asimismo la impresión de Londres, cuyos periódicos expresan las mayores simpatías hacia el Sr. Cánovas y el pueblo español.

Refiere también el atentado de que fué víctima el Sr. Cánovas en 1893 por un anarquista que colocó una bomba á las puertas de su hotel, siendo víctima de su propio delito.

Hace después la historia de la carrera del Sr. Cánovas, prodigándole los mayores elogios. «El más grande título, añade, para su fama consiste en haber sido el primero que sostuvo el estandarte de la Restauración ante la revolución triunfante, en la Asamblea Constituyente del 68. Su fidelidad y su capacidad inmensa le conquistaron la dirección suprema del partido alfonsino. Después fué el alma de la Restauración.»

En Mayo de 1895 el Sr. Cánovas recibió á un corresponsal del *Herald*, haciendo interesan-

tes declaraciones respecto de la cuestión de Cuba.

«Mientras tengamos un hombre ó un duro, sostendremos nuestros derechos en Cuba», dijo el Sr. Cánovas, y continuó: «¿Cómo puede haber alguien que espere que los españoles, que descubrieron América, abandonen aquel último territorio de su imperio, que les pertenece por todos los derechos? Para nosotros, la cuestión de Cuba es una cuestión de dignidad.»

«Entre todas las grandes pruebas de energía dadas por Cánovas, ha sido la mayor el sostener al General Weyler en Cuba, contra todas las fuertes corrientes de opinión en España y fuera de ella.»

«El Sr. Cánovas era la figura más saliente de la escena política española; era un orador de primer orden, un patriota y un trabajador incansable. Sus compatriotas no dejarán de dedicarle un gran recuerdo de admiración y de gratitud.»

* * *

El 10 de Agosto.

Toda la primera plana de este día la dedica el periódico al asesinato de Santa Agueda, haciendo la historia del crimen, y diciendo que «la muerte de un hombre tan superior está bien calculada para recordar á Europa el peligro que le amenaza con el anarquismo. El asesinato levantará un grito universal de sentimiento, y tanto como en otras partes en los Estados Unidos, que han perdido ya dos primeros magistrados en el corto período de una generación por las balas de un asesino. Los americanos, además, recordarán la amistad del Sr. Cánovas y sus esfuerzos para evitar ningún choque desagradable, atendiendo de una manera justa y equitativa á las demandas razonables.»

A continuación publica la *interview* celebrada con el general Woodford, poniendo en labios de éste lo siguiente: «Nunca he visitado al eminente hombre de Estado, y estaba esperando fines de Agosto para haberme visto con él, después de presentar mis credenciales á la Reina Regente. Anhelaba mucho ponerme en contacto con el Sr. Cánovas, y la idea de que ya no puedo tratar con él me apena profundamente. Ya he teleografiado á Madrid, expresando mi profundo duelo por la pérdida del gran hombre. Hoy, además, he visitado

(1) Aunque realmente este periódico forma parte de la prensa inglesa, y muy esencial, por su importancia, como se publica en París, de donde lo hemos recibido, lo incluimos en la prensa francesa.

personalmente la Embajada española en Londres, dejando allí una expresiva demostración de mis sentimientos. No puedo menos de expresar mi indignación ante el ultraje que se hace á la civilización y mis grandes simpatías para España, que acaba de experimentar la pérdida del más relevante de sus hombres de Estado.»

* * *

Publica, además, telegramas de Londres, en los que se dice que durante aquellos días no se habla de otra cosa en la gran capital más que del crimen de Santa Agueda; añadiendo que el *Daily Chronicle* da cuenta de las instrucciones que fueron enviadas á la Embajada española en Londres y al embajador de Inglaterra en Madrid para hacer presente el pésame sincero de la Reina, por la gran pérdida que experimentaba España. Lord Salisbury, en cuanto recibió también la nueva de la catás-

trofe, telegrafió extensamente expresando su indignación y su pésame.

Por último, da cuenta de la visita que hizo un redactor del *Figaro* al duque de Mandas, á la sazón embajador de España, y que estaba cazando el domingo en el campo, donde recibió dos despachos de la duquesa, el primero anunciándole *nuestro huésped ha sido herido*, y el segundo anunciándole su muerte. Nuestro huésped era el Sr. Cánovas, que había convenido pasar dos ó tres días con el duque en San Sebastián después de tomar las aguas de Santa Agueda. «España, dijo el duque, ha perdido su más grande hijo, y yo mi más idolatrado amigo.»

* * *

Todo lo demás que contiene el *New York Herald*, se reduce á copiar lo dicho por los periódicos de París con motivo de dicha catástrofe.

LIBROS Y REVISTAS HISTÓRICAS, CIENTÍFICAS Y LITERARIAS DE PARÍS

I

EL LIBRO DE M. V. C. CREUX

Etude biographique et historique sur M. Cánovas del Castillo.

En el prólogo de este libro, impreso en París en 1897, y que se recomienda por varios conceptos, dice su autor que, al publicar el sencillo estudio biográfico del hombre de Estado que España acababa entonces de perder, no entiende hacer una obra de partido.

Hace tiempo que guarda, añade, una cantidad de documentos, sobrecargados de notas concernientes á las notabilidades políticas y literarias de España, y continúa después:

«Un suceso funesto, y que puede tener para la Península grandes consecuencias, nos ha decidido á separar de la obra que pensábamos consagrar á los hombres de Estado y á las cosas de dicho país, la parte relativa á Cánovas del Castillo, que ha dado á la Historia

contemporánea cincuenta años de labor constante, durante los cuales las letras, la historia, la política, ofrecen páginas brillantes que levantan el prestigio de una Nación valerosa, la cual ofrece al mundo, en estos momentos hermosos ejemplos de patriotismo y virilidad.»

«Antonio Cánovas del Castillo, salido de humilde esfera social, llegó á la cumbre de la fortuna pública. En las páginas que siguen se verá cómo un joven de la raza de los Cromwell y Richelieu, se fué poco á poco elevando por su propio mérito y por su trabajo sin descanso.»

«Los medios de que se valió Cánovas para elevarse á la alta situación política que ocupaba en España, difieren esencialmente de los empleados por otros hombres de Estado de Europa que tuvieron, como él, un origen modesto, contando como único apoyo y por todo recurso el trabajo extraordinario que se impuso y una fuerza de voluntad ilimitada.»

.....

«Día por día, escalón por escalón, subió todos los grados de la política para llegar al puesto supremo de jefe del Gobierno.»

«El sendero de espinas seguido por el pobre desheredado de Málaga, le condujo, á fuerza de perseverancia, al Edén florido donde la fortuna recompensa á las capacidades, el valor, intrepidez y abnegación de esos seres privilegiados.»

«Las balas de un fanático anarquista han destruido bruscamente, en todo su poder, esa existencia tan agitada.»

«Cánovas, como muchos otros, pudo decir, en presencia de las altas funciones que llegó á desempeñar y después de leer la larga lista de distinciones honoríficas que obtuvo, que era hijo de sus obras.»

«La historia de Cánovas, es la de España durante estos últimos cuarenta años. En sus últimos tiempos tenía el propósito de retirarse de la vida pública y consagrarse por completo á seguir escribiendo la Historia de su Patria.»

«Si hubiera vivido, tal vez Dios le hubiera permitido redactar sus Memorias y entonces hubiera podido decir al modo que Metternich:

«Yo no he podido escribir la Historia de mi Patria, durante mi época, porque en ella todo lo hice yo mismo.»

«No entra en nuestro plan criticar la obra política de Cánovas, y todavía menos dirigirle alabanzas, porque el análisis y el juicio de sus actos pertenecen, en adelante, á la Historia. Guardaremos una neutralidad discreta é imparcial, limitándonos á hacer resaltar sus cualidades de filósofo, literato y hombre de Estado.» (1)

II

LA REVUE DES DEUX MONDES

En su cuaderno del 15 de Agosto, publicó esta antigua é importantísima revista francesa lo siguiente:

«Desde el asesinato del Presidente de la República Francesa, Carnot, ningún acontecimiento ha producido tanto horror en Europa, ó más bien en todo el mundo civilizado, como

(1) Es un precioso libro, que se recomienda, el del Sr. Creux, no valiendo la pena de rectificar algunos hechos equivocados.

la muerte de Cánovas del Castillo. El anarquismo ha hecho una nueva víctima; el criminal es un hombre desconocido; todavía no se sabe de un modo cierto su nombre; sale de entre la oscura multitud armado de un revólver, como hubiera podido estarlo de un cuchillo ó de una bomba; se ha dirigido contra Cánovas, como hubiera podido dirigirse, según sus propias declaraciones, contra cualquiera otra persona, el general Polavieja, por ejemplo, del mismo modo que hubiera podido lanzar un proyectil mortífero á la multitud anónima amontonada en un teatro ó en una procesión.

Todo el mundo procura por una curiosidad, que no es vana, darse cuenta del estado intelectual y moral que puede provocar la comisión de semejantes delitos, y cosa es que causa asombro la prodigiosa simplicidad de esos cerebros, en los cuales, en medio de espesas sombras, se destaca y surge una idea, una sola, siempre la misma, idea de sangrienta venganza. ¿Venganza de qué? Sería difícil precisarlo. ¿De qué quería vengarse Caserio al asesinar á Carnot? El asesino de Santa Agueda ha respondido de una manera un poco más concreta á aquella pregunta: quería vengar á sus hermanos de Montjuich. ¿Qué es Montjuich? Una prisión en la cual se encerró á los cómplices del atentado de Barcelona, en donde, como es sabido, se había arrojado una bomba explosiva en medio de una procesión. ¿No es natural que un acto tan monstruoso haya motivado una rigurosa represión? Ciertamente, en estas represiones hay un límite que la humanidad impide traspasar: nada permite asegurar que tales límites hayan sido traspasados.

Los relatos fantásticos que los anarquistas han hecho circular á propósito de los detenidos en Montjuich han sido desmentidos por testimonios directos y formales.

Cánovas del Castillo ha sido, sin duda, un hombre enérgico; pero era sobre todo un hombre de claro entendimiento, un espíritu elevado, un alma generosa y abierta á todos los sentimientos que honran el final de nuestro siglo. ¿A quién podrá hacerse creer que ha renovado en nuestros días las prácticas de una época de barbarie? No en modo alguno, y, sin embargo, se ha creado sobre esto una siniestra leyenda, esparcida precisamente en los lugares en que con más facilidad y de una manera más ciega podía ser acogida. En el

momento mismo en que Cánovas era herido por el asesino, esa leyenda se propagaba en París en una reunión pública y promovía en ella gritos de cólera y de venganza.

Ha declarado el asesino de Santa Agueda que no tenía cómplices, y quizás ha dicho la verdad.

El crimen por él cometido no supone necesariamente un complot. Pudo el delincuente serlo por influjo del medio particular en que vivía. Se ha visto en todos los tiempos y en todos los países del mundo, ejercerse influencias de este género en cerebros tan violentos como débiles. Una atmósfera muy enrarecida obra simultáneamente sobre todos hasta que hace explosión en uno de ellos. Entonces un hombre se levanta y comete un homicidio, y á veces un suicidio. No negamos la responsabilidad individual del asesino, pero la responsabilidad principal no está siempre en el instrumento que opera. Caserio mató materialmente á Carnot; pero ¿qué era Caserio? Angiolillo, si tal es su nombre, ha matado á Cánovas; pero ¿qué era Angiolillo? Uno y otro son figuras rudimentarias borrosas, de rasgos indeterminados y confusos. ¿Discutirían mucho más que el cuchillo ó la pistola de que se sirvieron? Tenían la inconsciencia y desgraciadamente el furor de un elemento desencadenado. En el mundo en que ellos se encuentran mal, acusan á todos de su sufrimiento, y sólo se les ocurre como remedio el asesinato. Merced á la propaganda misteriosa del ejemplo, constituyen en los actuales momentos históricos un indiscutible peligro social. Han vertido la más noble sangre en San Petersburgo, en Lyon y en Santa Agueda. Han tratado de cometer análogos crímenes en otras partes. Sus nombres individuales importan poco; todos ellos se llaman la anarquía.

Desde este punto de vista, la brusca tragedia de Santa Agueda interesa al mundo entero, aunque toque á España de una manera más directa y más íntima. Ahora que ya no existe y que lo trágico de su muerte ha hecho callar en torno de su cadáver al espíritu de partido, todo el mundo hace justicia á Cánovas. El jefe del Gobierno español ha sido, sin duda, uno de los ciudadanos más eminentes y más útiles de su país. Entre los estadistas españoles ocupaba un puesto particular, no porque fuese superior á todos los otros por

cualidades que algunos de ellos poseen quizás en el mismo grado, sino porque había en su espíritu algo más práctico, más concreto, más decisivo en la ejecución. No se enredaba ni en las teorías ni en los sistemas, aunque fuese tan hábil como el que más para inventarlos y exponerlos; pero sabía libertarse de ellos para mostrarse ante todo hombre de acción resuelto, valeroso, obstinado, marchando á su objeto sin que nadie pudiese desviarle. Se le ha echado en cara esta cualidad, en la cual vemos un mérito. No tenía la movilidad del espíritu español; sabía, ya por la experiencia de la Historia, ya por una disposición feliz de su naturaleza, que la perseverancia es la mejor y más fecunda de las cualidades políticas. La última vez que fué llamado al Gobierno se encontró enfrente de la mayor dificultad que España ha atravesado desde hace largo tiempo, y de la cual no ha salido todavía. Nos referimos á las insurrecciones de Cuba y Filipinas.

Desde el primer momento tomó el partido de la resistencia á todo trance. No es por eso, sin embargo, por lo que le aplaudimos: cualquier otro hombre de Estado español hubiera hecho en su caso lo mismo. Su mérito está en que, emprendido ese camino, se sostuvo en él con una firmeza y decisión que nada ha podido quebrantar.

En derredor de él se han producido desfallecimientos: se ha encontrado, por motivos que no hemos de juzgar, abandonado por muchos de sus amigos. Al verse tan duramente combatido, se manifestó dispuesto á dejar el poder si la Reina Regente aceptaba su dimisión, pero negándose á cambiar en lo más mínimo su manera de gobernar en el interior y de sostener la lucha contra la insurrección en el exterior. La Reina Cristina le mantuvo en su confianza, y Cánovas continuó denodadamente la obra emprendida. Sin embargo, comprendía que en esta lucha encarnizada se agotaban sus fuerzas, y decía á menudo que esta sería su última campaña política.

Tenía cerca de setenta años, edad de descanso. Su único deseo era coronar su larga existencia manteniendo á Cuba y al Archipiélago filipino bajo la dominación española. Después de esto encontrábase pronto á pronunciar el *Nunc dimittis*.

La propia Revista, en su número ó cuaderno correspondiente al 1.º de Septiembre, se ocupó del asesinato del Sr. Cánovas, en la notabilísima Crónica escrita por M. Charles Benoist, que en parte, sintiendo no poder copiarla íntegra, transcribimos después.

A título de prólogo ó introducción, habla M. Benoist de la gran vigilancia que se ejercía por agentes de orden público en la morada particular del Presidente del Consejo de Ministros, exagerando esto bastante, porque sobre no prestarse á ello el Sr. Cánovas, ni tener motivos para sospechar el atentado de que fué objeto, de haber alguien dispuesto á privarle de la vida, hubiera podido verificarlo en los paseos á solas del Sr. Cánovas, sin otra vigilancia casi siempre que la de un inspector que caminaba á distancia suya por sitios relativamente solitarios de todos conocidos.

D. Antonio Cánovas del Castillo.

« Si alguna vez ha podido aparecer la muerte como libertadora de un hombre de Estado, no faltan razones, y así se ha observado justamente, para que eso sucediera cuando hirió la primera bala á D. Antonio Cánovas del Castillo. Y si ese poderoso espíritu vislumbró su próximo fin, seguramente esas razones no se le ocultaron. Castelar lo ha dicho delante de su cuerpo ensangrentado : « En estos últimos tiempos, él llevaba por sí solo la cruz de todos los españoles. » Es verdad : él solo llevaba en estos últimos tiempos todas las cruces de España. Dos guerras, en los dos extremos opuestos del mundo ; dos ejércitos que movilizar y que entretejer ; junto á la preocupación de vencer la de evitar complicaciones temibles, y junto á la de salvar las colonias, el cuidado de reorganizarlas ; por encima de los peligros y de las amenazas de fuera, los obstáculos y las miserias de dentro ; cientos de millones que era preciso sacar de un país que parecía agotado ; el carlismo renaciendo y declarando que sólo daba tregua por una especie de piedad caballeresca hacia un Rey niño bajo la tutela de una mujer y de piedad patriótica hacia la España desgraciada ; los republicanos agitados ; los socialistas envalentonados ; los anarquistas ¡ ay ! más numerosos y más furiosos que en ninguna parte ; aquí y allí, en el Este y en el Mediodía, el resurgimiento del federalismo, del cantonalismo ; huelgas, negativas al pago de los

impuestos, tentativas de sedición, correrías de alborotadores, mezcla de guerrilleros y de pillos ; en el Parlamento, los liberales, á quienes se había creído ya compenetrados de las prácticas verdaderamente constitucionales, volviendo á la táctica antigua y cayendo en la manía revolucionaria del *retraitement* ; deserciones y hasta traiciones de amigos antiguos, de herederos con prisa de gozar la herencia, otra cosa de España ; rivalidades y ambiciones de generales ; intrigas donde la mala fe política no reparaba en arrastrar el nombre de una persona, en quien el único cuidado y la única defensa consistían en permanecer ajena y superior á todas ellas ; amaños tan tenebrosos, que hizo necesario despejar la situación y que apareciese la claridad, á riesgo de provocar una crisis que no se hubiera limitado á un simple cambio de Ministerio ; presentar, no á las Cámaras, sino á la Corona, la cuestión de confianza : tales fueron los últimos tiempos, y puesto que el asesino osó hablar del calvario á que iba á subir, tal ha sido el calvario del Sr. Cánovas. Pocos medios de salir del paso ; ninguno para retirarse de los negocios : si puede ser que cualquier otro en su lugar hubiera, si no deseado, agradecido la muerte, él, estoy seguro de ello, ni un instante sintió el cansancio ni se entregó al desaliento.

« Usted sabe mis gustos—me decía él,—y que lo que más me complacería ahora sería trabajar en mi biblioteca y descansar en mi jardín. Heme aquí próximo á los setenta años, y hace ya pronto cincuenta que estoy en la vida pública. Pero en ella estoy, y preciso es que en ella continúe, por lo mismo que hace cincuenta años que en ella me encuentro. Además, estoy convencido de que España tiene necesidad de mí. Esto basta. Nada me importa lo que otros puedan pensar ; es el país el que me interesa ; ante todo, servir á mi país. Si no escuchase más que á los míos y á mí mismo, me iría ; pero no debo ni puedo, y, en consecuencia, no quiero : en tanto que España no me despida—y no tiene más que un medio de probármelo, que será rehusarme para la lucha soldados y dinero ;—en tanto que España no haga esto, díganme lo que me digan, no me iré. »

Estas palabras « no me iré », las pronunció el Sr. Cánovas lentamente y como silabeándolas, cortándolas, puntualizándolas en algún modo con ese movimiento nervioso de la boca y de los ojos, que daba á su cara expresión tan par-

ticular. No creo que la cara humana pueda manifestar más fuerza, consciente y reflexiva, de la voluntad. Todas las facciones, de rasgos muy marcados, y cada facción en sus menores detalles, la ancha frente, las cejas espesas, el perfil de la nariz, el bigote gris de pelos ásperos que cae casi geométricamente en línea recta sobre el labio fuerte, la barba saliente, todo lo que constituye la fisonomía, denunciaba en ella el alma grande, dominadora, predestinada á mandar. Una contracción habitual, donde se revelaba la constante tensión del espíritu, le añadía algo de duro, y el Sr. Cánovas del Castillo no trataba, por coquetería, de atenuarla. Hasta en el porte de la cabeza, que se erguía y echaba hacia atrás, tenía aire imperioso. No era seguramente esta actitud intencionada; no la tomaba, la tenía; le era tan natural, que no se le imaginaba ni se le veía de otra manera. Entre todos los retratos suyos, hay uno que le representa de frente y que no le gustaba. «Los que me rodean—decía sonriendo—prefieren este retrato porque en él parecezco *más dulce*». No ocultaba su indiferencia por no aparecer *muy dulce*; y la reputación de severidad y hasta de rigor que había adquirido poco á poco por apariencias, no trataba de desmentirla. Es preferible pasar por tener la mano pesada á tenerla ligera, porque la autoridad no se ha hecho para que se pida con humildad el permiso de ejercerla; si se la rodea de cortesías, explicaciones y disculpas, se la compromete, se la pierde; no produce todo su efecto sino cuando los que la poseen la dejan caer con todo su peso desde toda su altura.

Así pensaba el Sr. Cánovas, y sabía por qué pensaba así en la España que había encontrado. Sin embargo, á la larga, y ayudada por los odios y la codicia, se fué formando una leyenda, de la cual puede decirse que acabó por ser víctima; leyenda falsa, que no se contentaba con presentarlo inflexible, sino peor, como cruel. Ignoro si realmente los anarquistas de Montjuich han sufrido en sus calabozos las torturas, que deshonrarían para siempre al carcelero que la inventase y las aplicase, y quisiera, antes de condenar á nadie, un testimonio más imparcial que el relato melodramático del Sr. Tarrida del Mármol (1). Pero admitamos que no exageren y que la prisión haya sido contra toda ley y derecho,

cambiada en martirio, resucitándose para ellos los inquisidores. Supongámoslo, puesto que hay ejemplos que nos demuestran, de qué inhumanidades no es capaz un hombre abandonado á sí mismo. ¿En qué puede alcanzar esta acusación al Sr. Cánovas? ¿Quién pretenderá seriamente que ha ordenado, aprobado y tolerado actos tan odiosos, si se han cometido y nadie los ha revelado? (1).

Aunque no hubiera otro título que el de la odiosidad para no haberlo dispuesto, aprobado, ni tolerado para no ser por ningún concepto responsable de ello, todavía hay más, y es que carecían de objeto; estos prisioneros estaban encerrados en una ciudadela que no suelta fácilmente lo que encierra; en consecuencia, impotentes, imposibilitados de hacer daño. Ahora bien; se puede cuando se es, en todo el sentido de la palabra, un hombre de gobierno, no detenerse delante de medios que harían dudar á otros más tímidos; todavía hace falta que éstos sean medios de gobierno buenos para alcanzar un fin gubernamental; en el caso de los anarquistas de Montjuich el fin estaba alcanzado; hubiera sido absurdo, además de ser también superfluo, recurrir á ese medio que no era tal; y cualquiera que haya observado de cerca la política del Sr. Cánovas del Castillo, no tiene necesidad de saber más.

En todo, por todo, y siempre, era aquél un político. Los mismos adversarios que le reprochaban su «dureza» le han reprochado igualmente su «orgullo» y su «mal humor», el uno y el otro tenidos, gracias á ellos, por proverbiales en España: la *soberbia* y el *mal humor* de Cánovas. Pero en el Sr. Cánovas el orgullo no era otra cosa que el sentimiento de la fuerza, y mucho menos de su fuerza ó de su valer personal que de la fuerza y de la autoridad del Estado, del poder del Gobierno, de que él era depositario.

Se ha dicho del Sr. Cánovas que desde lo alto de su orgullo y de su legendaria *soberbia* veía á los demás pequeños y los desdafiaba; pero era demasiado avisado para no verlos á su verdadera altura y teniendo que utilizarlos, para desdefiar personas de cuyo concurso no podía prescindir. Ninguno, cuando él quería, y quería todas las veces que no había inconveniente en quererlo, tuvo acogida más cortés,

(1) Está demostrado que era una fábula.

(1) Discurre con gran juicio M. Benoist.

ni hospitalidad más amable ; solamente no soportaba el ser molestado por importunos en ciertos momentos, y aun en esto su mismo mal humor era político. Ensayaba tanto menos el disimularlo, cuanto que jamás persiguió, en medio de las pasajeras afabilidades de la vía pública, lo que llaman la popularidad, ofreciendo el ejemplo, tan raro en nuestros días, de un hombre de Estado que había fundado y que dirigía una Monarquía absolutamente moderna, constitucional, parlamentaria, casi democrática, con el sufragio universal, y que, sin embargo, no se preocupaba de la popularidad.

Pero tal hombre no era de los que se definen por lo que no son : sus cualidades, como los defectos que le achacaban, su talento y ¿ por qué no decirlo ? sus virtudes, se expresarían mal por medio de negaciones ; todo en este hombre era positivo y activo, y lo era en grado sumo.

Abrid los periódicos que le combatían ; no es una complaciente oración fúnebre ni un súbito enternecimiento ante la tumba el que les hace alabar su patriotismo, su fe en los destinos de su país, la amplitud y la seguridad de sus miras, la rapidez de sus resoluciones, su perseverancia en la ejecución, su serenidad en las contrariedades, su brillante integridad, la firmeza de cabeza y de corazón, por la cual los mismos españoles que no lo querían, amaban y admiraban en él lo que, por la inteligencia y el carácter, tenía de español, y hasta de romano.

En circunstancias diversas, cuando vino á reparar las locuras de diez años de revolución, apaciguar las discordias civiles, curar tantas llagas de sangre y de dinero ; cuando se sostuvo contra la Alemania de Bismarck en el conflicto de Las Carolinas y contra los Estados Unidos en las insurrecciones de Cuba, en otras muchas ocasiones todavía, fué verdaderamente el Cónsul que no desespera de la República. Por graves que fueran las dificultades, le encontraban impasible ; y cuanto más tropezaba con ellas, más se crecía y se elevaba. Cualquiera fuerza enemiga que encontrase frente á él, hallábase con fuerza, que no era sólo la fuerza suya, sino la recogida y viva en él de la España que había sido, que era y que él quería con toda la energía de su voluntad que fuese. »

« Se debe estar con la Patria—decía—como

con nuestro padre y nuestra madre, con razón y sin razón. » Sabía de sobra que no era ya la España triunfante, la conquistadora, la imperial, de los tiempos pasados ; pero confiando en días mejores, tenía su manera de no humillarla, que era atraerla, no llevarla á alternar con advenedizos, cuya insolencia la habría hecho aparecer muy postergada. »

« Nosotros los españoles—venía declarando desde 1878, y nunca se citará bastante esta frase, que es típica, y en la cual se viene á hacer el resumen de la política del Sr. Cánovas—no somos bastante fuertes para colocarnos en primera línea ; no somos, ni podemos ser bastante modestos para ocupar gustosos un segundo lugar. » Y el año pasado, cuando le animaban indiscretamente á buscar ciertas alianzas, él respondía : « Lo que yo no consiento son las solicitudes contrarias á la dignidad española ; lo que yo no hago es ir de puerta en puerta á casa de los Embajadores á pedir ayuda y sostén, aunque sobrevenga una crisis. »

« El no iba de puerta en puerta á mendigar alianzas porque no quería rebajar con él la España de Carlos V y de Felipe II ; pero si era susceptible hasta ese punto, y hasta ese punto estaba resignado á lo que España no podía hacer, era el más vehemente y el más terco en exigir lo que estaba á su alcance. España sufría que él lo exigiera, pues había dos cosas en el Sr. Cánovas, de las cuales ni la envidia—la envidia, que, según uno de sus biógrafos, le seguía como su sombra,—jamás se permitió dudar, en primer lugar, ese patriotismo, ardiente y razonado al mismo tiempo, instintivo y sacado del profundo estudio de la historia, psicológico, tanto como puede serlo, y altamente intelectual ; y después, la inatacable probidad, el absoluto desinterés, puesto que parece ser esta una virtud que merece ser alabada en un hombre de Estado » (1).

« Nada se imprime en Francia, en Inglaterra, en Alemania, en América, que él no lo sepa, no lo lea y no lo anote. Nada se piensa, ni se escribe, ni se dice, ni se hace, que no le interese.

Véanse sus discursos del Ateneo : en uno trata de las transformaciones de Europa en

(1) Suprimimos la mayor parte de lo que sigue desde aquí adelante, por ser datos biográficos, no sólo conocidos, sino hasta repetidos en esta obra.

1870, de la cuestión de Roma, de la guerra franco-prusiana y de la supremacía de Alemania; en otro, del pesimismo y del optimismo en relación con los problemas actuales, del concepto y de la importancia de la teodicea popular, del Estado en sí mismo y en sus relaciones con los derechos individuales y de las corporaciones, de las formas políticas monarquía y democracia; más allá, del problema religioso, del problema moral, del problema social, del problema económico. Sin embargo, fuerza es confesarlo, cuando él iba á buscar en la Historia lecciones para el tiempo presente, lo que iba á buscar en todas partes, en los filósofos, los moralistas, los «sociólogos» y los economistas, era un remedio para los males de España, de su Patria. Y él mismo, filósofo, moralista, sociólogo ó economista, como cuando era historiador, es y sigue siendo hombre de Estado. Lo es, bien cuando hace delante de un Congreso de geógrafos el elogio de Sebastián del Cano, ó delante de literatos el elogio de Revilla y de Moreno Nieto; bien cuando analizando una obra sobre los oradores griegos y latinos, y pensando en lo que pudo la palabra en la Atenas y la Roma antiguas, piensa, no sin pavor, en lo que pudo esa palabra en la soliviantada España de 1874.

Este poder de la palabra pública nadie menos que el Sr. Cánovas podía negarlo ó quitarle importancia, porque á ella le debía tanto ó más que otro alguno. Historiador y filósofo, así como fué ante todo hombre de Estado, fué también ante todo orador; su forma escrita es una forma oratoria; sus períodos largos, pero fuertemente articulados y llevados de un movimiento rápido, eran los períodos de su oratoria. Cuando no se le ha oído, no se sabe lo que es el dón de «dominar, como él lo ha dicho, en el silencio». Y él dirige un verdadero himno al silencio, «efecto supremo é incomparable satisfacción, la mayor que puede alcanzar el orador... El silencio, comunicación íntima, magnética, de inteligencia del que escucha con el que habla; el silencio, que imponen primeramente la voz y el gesto y en seguida la frase, el sentimiento, la idea; el silencio, que somete humildemente mil voces diferentes á una voz, sin más, y á una sola inteligencia mil inteligencias en desacuerdo; el silencio, en fin, en el cual los unos conteniendo

su entusiasmo, los otros su cólera, y todos subyugados rinden un tributo unánime, el tributo máspreciado, á la verdadera y viril elocuencia.»

Era en este silencio halagador en el que hablaba y dominaba. Otros, á su lado, conmovían, transportaban, se hacían aclamar, y hasta, como Castelar, llevar en triunfo. El—hace falta repetir los mismos verbos que él empleaba—sometía, subyugaba, imponía el silencio solemne y sagrado, en el que podía decirse que el espíritu sopla. He asistido á muchos de los combates que el Sr. Cánovas, en 1894, antes de volver á los negocios, libró con el señor Sagasta. Yo no sé por qué este espectáculo parlamentario evocaba invenciblemente en mí la imagen de una corrida de toros. Era la misma esgrima, con los mismos pases; así era como el Sr. Cánovas llevaba el ataque, lanzando contra el Ministerio sus más ágiles partidarios para poner las banderillas, para picarlo, para hostigarlo y excitarlo, hacerle ver sangre, llevarle y llevar á la Cámara á la exasperación, al furor; entonces, sereno, el señor Cánovas decía al Presidente: *Pido la palabra*, como el torero pide autorización para matar; y el gran silencio aparecía de pronto en esa Asamblea delirante, como si realmente hubiera allí alguno que fuera á morir.

¿En qué consistía esa dominación? En el orden del discurso; en una aptitud innata y en un arte consumado para encadenar los razonamientos, y si se quiere para construir edificios de palabras—¿el Sr. Cánovas no comparaba la elocuencia á la arquitectura?—en una facilidad soberana para manejar las ideas generales, que consistía, es muy posible, simplemente en que el orador se había tomado la molestia de hacerse ideas generales; en los recursos de una erudición capaz de suministrar en el momento oportuno el ejemplo que aclaraba una situación ó el precedente que lo desembrollaba; en el poder de una dialéctica que avivaba la llama de convenciones ardientes; por cima de esto, en la voluntad de dominar y en la certeza de lograrlo; para decirlo de una vez, en la conciencia de ser el más fuerte. Esta voluntad, esta certeza se confirmaban hasta en la más breve réplica, como en ésta, por ejemplo, al Sr. Silvela: «Además, yo no soy de los que en ninguna edad ni en ningún tiempo hayan subido al poder sin dejar en él una profunda huella de su paso, y

para hablarme como acaban de hablarme, haría falta, en verdad, haber hecho otra cosa que haber puesto, siendo ministro bajo mi mando, su firma al pie de algunos decretos insignificantes.»

El Parlamento para él era un campo de batalla; sin que le pareciera excesivo, se valía del lenguaje del buen caballero de quien leía y releía las aventuras: «El orador es el que hace de la tribuna la dama de sus pensamientos y que apasiona la multitud, así como apasiona á un soldado viejo la vista de las tropas y el brillo de las armas.» A este duelo, que no era siempre cortés, se presentaba con la visera alta, con la lanza, la espada y la daga; con la razón, la ciencia y el espíritu, y los golpes que daba no se perdían en el vacío.

Y ahora termino. La historia de la Restauración de los Borbones en España, cuyo proyecto acariciaba el Sr. Cánovas, no la escribió y no habiéndola escrito él, jamás podrá asegurarse que llegue á serlo. «¡Oh!—me decía.—¡Yo la haría apasionada! ¡Porque yo no comprendo la historia sino apasionadamente!»

La pasión con que hubiera juzgado á otros, ¿la emplearán para juzgarlo á él? Hagan lo que quieran, hay un homenaje que sus peores enemigos no le rehusarán: el homenaje que se tributa en alguna parte á un político del antiguo régimen: «Haber tenido hasta el borde de su tumba el cuidado de que no se abriese al mismo tiempo la tumba de su Patria.» Y concluía diciendo: «La Patria no murió, sin duda porque las naciones mueren difícilmente.» Y esta será también la conclusión de su propia historia.

La muerte, como la vida, tiene sus injusticias. Heróica, ó sólo trágica, es á veces más grande que los hombres. Esta vez ha estado á la medida del hombre. Para el Sr. Cánovas, la vida había comenzado la consagración. «Cuando estemos todos, ha dicho Campoamor, en ese campo sin odios que se llama el cementerio, las gentes pasarán indiferentes por junto á nuestras sepulturas olvidadas; pero no habrá un español que, por honrarse á sí mismo y por honrar á su país, no se descubra respetuosamente delante de la tumba de Cánovas del Castillo.»

CHARLES BENOIST (1).

(1) A este distinguido escritor se debe la obra titulada *España, Cuba y los Estados Unidos*, de que no po-

III

NOUVELLE REVUE INTERNATIONALE

En el número correspondiente al 1.º de Septiembre de 1897, en primer término, y bajo la firma del ilustre Castelar, artículo titulado *Revue de la politique européenne*, se ocupó aquel ilustre escritor del asesinato del Sr. Cánovas del Castillo; pero no lo reproducimos, por ser el mismo que en el propio mes dió á luz en Madrid *La España Moderna* (1), Revista que dirige el ilustrado escritor Sr. Lázaro.

En el propio número reprodujo la *Nouvelle Revue Internationale* el importante trabajo del Sr. Cánovas titulado *Consideraciones sobre el nuevo aspecto de la cuestión obrera*; y á continuación, con el epígrafe *Cánovas del Castillo*, y un retrato bastante bien hecho del mismo, el interesante artículo de Mad. Marie Letizia de Rute (2), tan conocida en Europa, y muy especialmente en Italia, Francia y España, en que, después de reseñar sus primeros pasos en la vida, dice: «Desde la revolución de 1868, te-

demos, con sentimiento nuestro, ocuparnos, porque encargado un ejemplar, no ha llegado á tiempo de estudiarlo y exponer los puntos de vista que contiene. Es claro que quien se ha ocupado, como Mr. Benoist, con tanta benevolencia y juicio de Cánovas, algo habrá dicho del mismo en la obra á que nos referimos, tratándose del asunto á que se contrae su epígrafe.

(1) Puede verse en la página 82.

(2) En el folleto dedicado por dicha distinguida escritora con el título de *Una época; D. Emilio Castelar, sa vie, son œuvre, son rôle historique*, se ocupa extensamente también del Sr. Cánovas del Castillo, dando á luz su retrato y repitiendo mucho de lo que dijo en el artículo que en parte reproducimos aquí. Para no tener que ocuparnos separadamente de dicho folleto, cosa hasta cierto punto innecesaria, atendido lo mucho que en este artículo se habla del Sr. Cánovas, haremos un extracto ó sucinta relación de aquel otro trabajo.

En la primera parte, que versa sobre *Le rôle historique de Castelar*, capítulo III, que trata de la Restauración monárquica, menciona, como era natural, á Cánovas, al ilustre hombre de Estado, dice, organizador político y social del edificio de dicha Restauración, unido á Castelar por vínculos casi fraternales. Otro tanto hace en el capítulo IV, que versa sobre la conducta de Castelar durante dicha Restauración, y esto mismo ocurre en el capítulo V, que comprende el periodo desde la muerte del Rey á la del Sr. Cánovas del Castillo, á cuyo término habla de la insurrección cubana y de la conducta de los Estados Unidos, manifestando que el alma entera de Castelar, durante esa larga crisis, vivía en armonía con el alma de Cánovas, y el alma de Cá-

nia la reputación de un orador de primer orden. Su espíritu había madurado, y podía juzgarse de sus ideas y de sus tendencias. Cánovas pertenecía á la escuela doctrinaria, y el eclecticismo se descubría en todo momento en sus discursos, en sus actos y en sus escritos.»

«Energico y apasionado, teniendo conciencia de su valer, dejábase llevar un poco de sus impresiones de momento, y entonces había alguna confusión en sus repentinos juicios; mas brillante, espiritual, cáustico, condensaba en su palabra fácil y desenvuelta dardos finos y acerados que no erraban nunca el blanco; dialéctico notabilísimo, discutía á propósito de todo de una manera tan brillante como original. Algunos criticaban su estilo suponiéndole un poco anticuado y afectado; pero á mí me pareció siempre su frase neta, precisa, elegante, concisa y de buen gusto.

Y no era solamente á título de hombre político como Cánovas podía reclamar su parte de gloria, sino á la vez como literato é historiador.

Infatigable en el trabajo, no cesaba de producir libros, folletos y artículos de todo género. Escribió una introducción muy notable, puramente literaria, para una célebre colección sobre las mujeres españolas, en que colaboraron los más ilustres escritores. Pronunció en la Academia Científica de Madrid, de la que fué Presidente repetidas veces, un discurso sobre el materialismo moderno. Discurso éste lleno de erudición, sobre todo bajo el punto de vista filosófico... Y además escribió prólogos de un gran número de obras, con una inagotable complacencia, para presentar al público nombres todavía poco conocidos. En todo demostró un mérito tan incontestable como incontestado, una instrucción tan vasta como variada, una memoria prodigiosa y un juicio recto y seguro.»

novas reflejaba el alma de toda España. Y cuando el grande hombre do Estado, añade, pereció asesinado, la bala de Angiolillo atravesó al mismo tiempo el corazón de Castelar.

En la segunda parte, ó sea en la que se ocupa solamente de la juventud de Castelar, habla igualmente de la de Cánovas, condiscípulo que fué del mismo, y lo propio hace al tratar de Castelar íntimo, refiriendo las relaciones que mantuvieron hasta cierta época en que se enfriaron y su posterior reconciliación, con gran contento de los dos.

«Después de la revolución de 1868, Cánovas estuvo alejado de los negocios, pero no del Parlamento, viéndosele al frente de un pequeño pero importante grupo, notable por el gran mérito de casi todos sus individuos, defendiendo con constancia los principios doctrinarios, apoyando las medidas de orden, asistiendo con indiferencia á la elección del Rey Amadeo y decidiéndose después casi á aceptarlo (1) cuando creyó viable la dinastía, manteniéndose fuera de la coalición electoral de las oposiciones en 1872, hasta que, al fin, se declaró resueltamente alfonsista (2), después que Amadeo eligió su último Ministerio, ejerciendo desde entonces una influencia preponderante sobre todas las fracciones políticas que aceptaban la familia real derrocada en 1868.»

«Durante el período de incubación de la Restauración rehusó entrar en ninguna de las combinaciones ministeriales que se sucedieron bajo la forma republicana (3). Después del 3 de Enero viósele en movimiento constante en representación del partido alfonsista, y al verificarse la Restauración se encontró, naturalmente, jefe designado con anterioridad del Gabinete que inauguró el nuevo reinado (30 de Diciembre de 1874). Ministro Presidente del Consejo, cometió, sin duda, entonces grandes errores (4), que yo no puedo ni debo juzgar, siendo el principal, en mi concepto, no haber aceptado, salvo modificación parcial, la Constitución en vigor, porque, poniendo á discusión el pacto constitucional entero, se halló en frente de una grande efervescencia nacional, á propósito de la cuestión religiosa.» (5)

«Estos errores, sin embargo, y otros que se explican por sus tendencias demasiado conser-

(1) Hay en esto error evidente. El Sr. Cánovas no se manifestó nunca dispuesto á aceptar al Rey Amadeo; lo que se dejaba decir—y esto estaba en armonía con su espíritu monárquico,—es que no contribuiría á su caída si por alguien se intentase.

(2) Lo fué siempre sin vacilaciones.

(3) ¿Ni cómo hubiera podido hacerlo, dada su oposición á ese régimen y su lealtad hacia la dinastía caída y en cuya restauración soñaba?

(4) En opinión de los republicanos y de los revolucionarios; pero no en la de los demás, que cabalmente fundan en eso su mayor título de gloria.

(5) Cabalmente es lo que más se elogia y estima en la obra del Sr. Cánovas, porque puso fin, con el nuevo artículo constitucional, al desacuerdo amenazador entre los partidarios de la intolerancia religiosa y los de la libertad de cultos.

vadoras, fueron compensados con medidas y con actos que demostraron tanta previsión como sentido político» (1).

«Entre esas medidas es necesario recordar aquellas á favor de las cuales logró terminar la guerra civil, sin que ningún General pudiera envanecerse personalmente de haber logrado por sí la paz, y, por consecuencia, imponerse al Gobierno.»

«Si consideramos en Cánovas solamente el hombre privado, el hombre de mundo, nos aparecerá, bajo muchos conceptos, encantador.»

«Amaba la sociedad de las mujeres, y no se quejaba nunca por tener muchas á su alrededor.»

«Naturalmente galante, muy galante, lo era siempre en muy buena compañía...»

«Con frecuencia se ha dicho que Cánovas no tenía pizca de corazón; protesto, por mi parte: ningún hombre, por el contrario, tenía más amigos; ninguno fué más fiel que él á sus amistades, aunque éstas pudieran comprometerle; ninguno tampoco fué más afecto ni tuvo relaciones más seguras.»

«El difunto Rey D. Alfonso no quería mucho á Cánovas, por haberle contrariado de frente, oponiéndose con resolución á ciertas cosas que codiciaba; pero tenía una alta idea de él, y le apreciaba en su justo valer.»

«Cánovas fué uno de mis mejores amigos en España. Yo seguía con él, desde hacía años, una correspondencia regular, esencialmente literaria. Cuando yo residía en Madrid, no pasaba casi día, siendo, como éramos, vecinos, sin ir á verme al menos cinco minutos, al salir para la Presidencia ó al volver de ella, para tomar mi aire, decía sonriendo; y estas cordiales relaciones eran tanto más agradables, cuanto que nadie se ocupaba de ellas.»

«Hace algunos años Castelar y Cánovas no se veían ni se hablaban; se consideraban como adversarios irreconciliables. Castelar, cuya gran lealtad y esclarecido patriotismo debían modificar más tarde sus ideas, no quería

(1) Aquí está justificado lo que decimos en la nota anterior.

oir hablar de Cánovas. Un abismo los separaba, abismo abierto principalmente por sus partidarios respectivos.» (Refiere que un día que Cánovas comía con ella en el palacio de Altamira, y en que al levantarse de la mesa discutían sobre un libro que acababa de publicarse, apareció de repente Castelar, el cual se manifestó desagradablemente sorprendido al ver á Cánovas, Presidente á la sazón del Consejo de Ministros, y se alejó sin saludar á éste, el cual, con honda pena, se lamentó de lo ocurrido, siendo así que él lo quería tanto...) Y después concluye diciendo: «Si Castelar fué en la política militante el adversario de Cánovas, su ardiente patriotismo, sin partido que le sujetase, la independencia de su juicio y su lealtad á toda prueba, le hicieron apreciar las grandes cualidades del hombre que España llora hoy, cualidades preciosas para la estabilidad y grandeza del país.»

«Cuando Castelar restableció sus relaciones con Cánovas de un modo definitivo, debió recordar sonriendo la escena del palacio de Altamira, y otro día pudo decir con toda sinceridad, como lo hago yo con él: un Soberano se reemplaza; un Cánovas no se encuentra dos veces.»

MARÍA LETIZIA DE RUTE.

* * *

A continuación, la *Nouvelle Revue Internationale* publicó el juicio, tan conocido, de Campomanor sobre Cánovas; una carta autógrafa de éste á Mad. Rute; otro autógrafo del propio Sr. Cánovas, y unos versos del mismo.

IV

REVUE HISTORIQUE

La revista así titulada, en el tomo 65, correspondiente á Noviembre y Diciembre de 1897 (se publica cada dos meses), se ocupó de la trágica muerte del Sr. Cánovas del modo magistral que observará el lector, comenzando por manifestar que constituía una gran pérdida para los estudios históricos de España. «En todas las épocas de su vida—añadía,—aun en aquellas en que la dirección de los negocios públicos absorbía su actividad casi por entero, el eminente hombre de Estado todavía encontraba tiempo para ocuparse del pasado y buscar enseñanzas; una solemnidad

académica, una sesión de apertura del Ateneo de Madrid, le servían de pretexto para exponer sus ideas sobre tal ó cual problema de la historia nacional. Sus amigos dicen que prefería el tiempo que pasaba entre sus libros á las horas que dedicaba á la política. Como historiador, no había demostrado todavía la medida de su valer en una obra completa, contentándose con esparcir el caudal de sus conocimientos y reflexiones en estudios, ensayos, conferencias y discursos.

El período que conocía mejor de la Historia de España, y al cual consagró preferentemente su atención, es el de los siglos XVI y XVII, ó de la Dinastía austriaca. Ningún español de nuestra época lo ha estudiado con tanto amor ni comprendido mejor. Distante á la vez de las teorías declamatorias de la escuela liberal y de los prejuicios de los tradicionalistas, ha juzgado con recto criterio la política de los últimos Reyes austriacos y demostrado con evidencia que una de las causas principales de la decadencia española procede de los sacrificios demasiado pesados é inútiles que impuso á la Nación el advenimiento del Rey de España al Imperio alemán y la alianza de familia que tuvo por consecuencia. El poderío español, ya quebrantado por las guerras en Italia y la extraordinaria aventura americana, zozobró con la distracción de fuerzas en los Países Bajos y en Alemania. La unificación de todos los Estados de la Península; la defensa de la línea de los Pirineos; la destrucción de los Principados berberiscos, y el establecimiento de algunas colonias militares en la costa de Africa, hubieran debido ser el programa de la política española desde la muerte de los Reyes Católicos. Estas ideas inspiran el escrito más notable de Cánovas del Castillo, aquel que da la más exacta idea de su talento como historiador: entendemos hablar del artículo, desgraciadamente poco conocido, que consagró á la *Casa de Austria* en el *Diccionario general de política y Administración*. A este artículo hay que añadir, como complemento y ahondando más en el asunto, los *Estudios del reinado de Felipe IV*, de que se ha hablado en esta Revista, y además algunos trozos del tomo primero de *Los problemas contemporáneos*. Gran orador, como lo son ordinariamente los hombres políticos españoles, y sobre todo los andaluces, resentíase Cánovas escribiendo de los hábitos contraídos en la tribuna; su fra-

se impresa, no sostenida por la voz y el gesto, tenía algunas veces algo de premiosa y de difusa, que impedía apreciar tanto como se deseaba el pensamiento, neto y vigoroso siempre, del erudito historiador y del Ministro avezado á los grandes negocios. Mas no era solamente como escritor como servía Cánovas los intereses de la Historia: sus altas funciones políticas y académicas le daban medios de proteger eficazmente los estudios que en España, más que en otros países, reclaman el apoyo del Estado. »

V

REVUE BRITANNIQUE

Esta revista internacional, que ve la luz pública en París y cuenta hoy setenta y seis años de existencia, y en la cual hubo de reproducirse, en el cuaderno de Abril de 1869, el conocido trabajo del Sr. Cánovas titulado *De la supremacía militar de los españoles en Europa durante los siglos XVI y XVII*, traducido por monsieur Ch. La Livet, se limitó en su cuaderno correspondiente al mes de Agosto de 1897 á dar cuenta de la idea emitida por el periódico *La Italia* con motivo del asesinato de M. Carnot, para impedir hechos semejantes á éste, y que hubiera evitado la repetición de semejante crimen en la persona del Sr. Cánovas.

VI

REVUE D'HISTOIRE DIPLOMATIQUE

El Secretario general de la Sociedad del mismo nombre, que publica dicha revista, M. R. de Maulde, hizo relación del asesinato del Sr. Cánovas en la junta celebrada por dicha Sociedad el 3 de Junio de 1898. Al comenzar se hizo cargo del ¡viva España! que se atribuye al mismo en el momento de su muerte, interpretándolo á modo de testamento, como fué el pensamiento de su vida. «Hay que hacer—decía—esa justicia á Cánovas, pues ante todo era, en efecto, un apasionado español, muy entusiasta de su Patria y, sobre todo, de carácter vehemente. Todavía existe

en Europa un país trágico y generoso, donde se adelanta más por el orgullo que por la vanidad, y en que el espíritu caballeresco continúa bastante floreciente para no temer mostrarse enérgico. Enérgico y orgulloso fué Cánovas, y de aquí provenía su fuerza, como su debilidad. Hacía alarde con frecuencia de una energía implacable, de la cual la opinión pública se sintió alguna vez inquieta, y que se le ha reprochado en Europa; y sin embargo, estudiada de cerca su manera de ser, se ve que era hombre muy perspicaz y conocía á maravilla las necesidades de la vida; más de uno de sus mejores amigos particulares vino á ser adversario de aquellos contra los cuales desplegaba en política toda su cólera. ¡Y después de todo, él, él mismo, aunque tan tenaz, cambió frecuentemente de parecer, no sólo en la práctica diaria de los negocios, sino también en algunos particulares importantes de la dirección de su partido; era un táctico muy hábil, lleno de convicción militante, de que hacía alarde. Ha muerto como soldado, con la voz del alma en los labios. Si en nuestro tiempo continuara todavía la lucha con los infieles. Cánovas hubiera querido, como Fernando ó Isabel, quedar tendido cuan largo era sobre el campo de batalla de Granada y dormir allí el sueño eterno.

Así, de un modo contrario á la costumbre, ha sido más fácil elogiarle al día siguiente de su muerte que antes ó á distancia de ella. Su vida, su obra, su fin, nos parecen más homogéneos, y ahora los acontecimientos han demostrado sobre qué bases sutiles y delicadas funcionaba en realidad su política vigorosa. Parece que, si apasionado, fué siempre un hombre de decisión fría; todo en su persona, el aspecto exterior, la voz, el gesto, hasta cierta especie de costumbre nerviosa que tenía de fijar sobre su nariz los lentes, que parecían muy sólidos, todo producía la impresión de una voluntad viva y práctica.»

.....

«El Sr. Cánovas se distinguió siempre por separar los obstáculos, sin darles importancia, y atraerse á las personas útiles á quienes no podía intimidar ni dominar. No hubiera sido un verdadero hombre de Estado si su proceder hubiera sido tan absoluto como hacían creer sus adversarios; tan sólo hubiera sido

un buen español. El sello de esta noble raza, que constituyó largo tiempo su gloria, fué saber reunir, á mucha pasión, arranques, entusiasmo y energía, un sentido muy práctico. Se imagina fácilmente que el entusiasmo excluye por necesidad el buen sentido. Santa Teresa fué una administradora de primer orden.»

.....

«Aunque apasionado por la libertad, el señor Cánovas amaba en la práctica el principio de autoridad; esto se pudo observar especialmente en aquel período turbulento de Regencia, en el cual, como verdadero dictador, se propuso poner orden en todo, y lo que aún era más difícil, en la gente de su país. Entonces, ó cuando él tenía la fuerza en sus manos y sentía la necesidad de servirse de ella, marchaba á compás, cual soldado que no teme á las balas; iba derecho al bulto sin inquietarse de las resistencias, ni de los odios, ni de las pequeñas cuestiones de sentimiento. La obra que realizó en 1874 fué colosal y duró largo tiempo, ó hasta 1881, pero él fué uno de los primeros en observar, en tiempo hábil, que la obra fué un poco dura y le faltaba contrapeso.»

.....

VII

REVUE POLITIQUE ET PARLEMENTAIRE

Bajo el epígrafe *España*, y autorizada por el distinguido escritor nuestro compatriota don M. J. Sánchez Guerra, antiguo Subsecretario de Estado y Diputado á Cortes, publicó la Revista en su número de 10 de Noviembre de 1897, sección destinada al examen de la *Vie politique et parlementaire á l'étranger*, la Crónica relativa á nuestro país, esta vez consagrada, en su mayor parte, al crimen de Santa Agueda.

«La muerte del Sr. Cánovas, dice el Sr. Sánchez Guerra, si en toda circunstancia hubiera sido un acontecimiento de capital importancia bajo el punto de vista de la política española, rodeada ahora de las trágicas circunstancias que la acompañaron, en ocasión en que el jefe del partido conservador se encontraba al frente del Gobierno y el país por consecuen-

cia de las guerras coloniales que viene sosteniendo, en situación difícil, era y debía ser un suceso que conmoviese y suspendiese durante algún tiempo la vida de la Nación.

En los primeros momentos, la grandeza moral del difunto, el horror que hubo de inspirar el crimen y la exageración inherente al efecto que produjo en todas las imaginaciones, las cuales, trastornadas por esta noticia y llenas de estupor, abultaban la gravedad de sus consecuencias inmediatas, determinaron una corriente sentimental y avasalladora que los propios adversarios del Sr. Cánovas, envueltos y arrastrados por ella, contribuyeron á hacer creer que no se trataba en suma ó en definitiva de la desaparición de un hombre eminente, sino de la ruina y destrucción de la Patria, por el hecho de la caída del gigante que la llevaba sobre sus espaldas.

El autor de estas líneas, bien que haya figurado siempre entre los adversarios políticos del Sr. Cánovas, fué, sin embargo, uno de los admiradores más fervientes de su talento extraordinario y de su palabra elocuente. Aun en los momentos en que la lucha política era más ardiente, supo guardar en sus discursos y en sus escritos el respeto debido al Sr. Cánovas, y las páginas mismas de esta Revista han ofrecido de ello frecuentes pruebas: mas este respeto no le impidió, cuando el señor Cánovas vivía y gobernaba, criticar severamente muchos de sus actos; ni obsta, ahora que ese hombre extraordinario ha muerto, para rehusar asociarse á los juicios exagerados sobre su persona y su política que aparecen en las publicaciones nacionales y extranjeras.

La Historia, en el dominio de la cual entró el Sr. Cánovas de una manera solemne por consecuencia de su trágica muerte, no juzga á los hombres de Estado ni por los ditirambos de sus partidarios, ni por las diatribas de sus adversarios. Júzgalos, á la vista de sus actos, de la obra que realizaron ó á que colaboraron. En mis apreciaciones sobre el conjunto de la del Sr. Cánovas, no creo que deba ser tachado de pasión alguna, afirmando que la Historia colocará en un rango elevado la figura del primer Ministro de D. Alfonso, que supo triunfar, gracias á su perspicacia y á su energía de hombre de Estado, de la fatalidad histórica

que parecía pesar sobre todas las restauraciones, y que permitió establecer la española sobre bases tan amplias que, en poco tiempo, logró disipar las desconfianzas de los vencidos de Sagunto y agrupar en derredor del Trono, recientemente restablecido, todas las fuerzas monárquicas del país; pero debo añadir al mismo tiempo que me es imposible no recordar que, después de haber gobernado durante muchos años, disponiendo de un poder tan indiscutido que para encontrar una situación semejante en la Historia era preciso remontarse á los poderosos Ministros de los Monarcas absolutos, ha dejado á su muerte el país que gobernaba completamente desorganizado, bajo el punto de vista de la mayor parte de los servicios públicos de una importancia verdaderamente capital, como Hacienda, Marina, Justicia, Ejército» (1).

VIII

QUESTIONS DIPLOMATIQUES ET COLONIALES

REVUE DE POLITIQUE EXTÉRIEURE

La Revista quincenal que lleva ese título, consagró las primeras páginas de su número

(1) No es justo en esto el Sr. Sánchez Guerra, pues si bien reconoce inmediatamente después que no era sólo responsable de esos males, le atribuye la mayor parte, no sólo por el mucho tiempo que ejerció el Poder, sino por sus facultades personales, sin tener en cuenta la índole del país y la de los elementos que cooperan á la administración y el gobierno. Un hombre solo, por grandes que sean su capacidad y su poder, no puede atender á todo, y así como al principio de la Restauración consiguió, con la eficaz cooperación del Sr. Salaverría, poner en orden nuestra desquiciada Hacienda y reorganizar los servicios, y en el último período de su vida hacer, auxiliado por el General Azárraga, un envío de fuerzas á la isla de Cuba que asombró al mundo, así lo hubiera encauzado y mejorado todo, si sólo hubiera dependido de su voluntad. En último término, y una vez establecido el llamado turno de los partidos, lo mismo el conservador que el liberal son responsables de las deficiencias á que se refiere el Sr. Sánchez Guerra. De la de los ramos de Guerra y Marina, de la última sobre todo, no hay que hablar. Consolémonos, sin embargo, con que en este período llamado de regeneración, excepción hecha de la Hacienda, todo ha empuorado, debiéndose en mucha parte el desahogo con que aquélla funciona á la terminación de la guerra y á la sensibilísima pérdida de nuestras colonias, que han traído consigo una gran disminución en los gastos.

correspondiente al 15 de Agosto de 1897 al señor Cánovas, diciendo, bajo la firma autorizada de M. Delnus Monsaut, Diputado, lo que copiamos á continuación :

M. Cánovas del Castillo.

« Acaba de caer á los golpes de un asesino. instantáneamente, rodeado de todas las simpatías y del mayor pesar, este hombre, cuya energía ó inexorable rigidez había despertado tantos odios.

El Sr. Cánovas era un conservador de la antigua escuela. En ningún momento de su carrera pactó con los partidos revolucionarios de su país. En esa España, víctima de las agitaciones, de las intrigas, de las combinaciones de los politicastros, él ha dado el espectáculo de una hermosa unidad de vida.

Para el que está al corriente de los asuntos de España, es una verdad que este hombre de Estado tomó el poder en las circunstancias más difíciles, y por decirlo así, las más trágicas que se han presentado á este noble país.

Cuando se estudia la historia de los últimos años, se pregunta verdaderamente si obedece á una fatalidad de raza que para esta infortunada Nación sea imposible el establecimiento definitivo del régimen de libertad.

El Sr. Cánovas del Castillo, al hacerse cargo del Poder (1), se halló enfrente de dos dificultades verdaderamente espinosas: de una parte, la represión de la insurrección de Cuba; de otra, la conservación del orden contra los agitadores anarquistas.»

Respecto de estos últimos, recuerda el atentado del Liceo de Barcelona, y después añade: «Necesario era perseguir á los culpables. Un Gobierno que no hiciera esto con el mayor rigor, reprimiendo tan estúpidos y salvajes atentados á la vida humana, se hubiera puesto fuera del círculo de los pueblos cultos.»

Habla después de haber denunciado con furor los anarquistas el tratamiento odioso de que fueron objeto en las prisiones de Montjuich, y manifiesta que sus informes, que con-

sidera sinceros, y en todo caso menos interesados que los de los acusadores, son de que la verdad había sido por éstos odiosamente adulterada.

IX

LE MEMORIAL DIPLOMATIQUE

El periódico semanal así titulado, dijo del Sr. Cánovas, en su número del 15 de Agosto, lo siguiente, bajo las iniciales L. N. B. :

Cánovas del Castillo.

« Cánovas estaba designado, por lo mismo que era objeto de la admiración y reconocimiento de la gente honrada, para víctima del odio. Si; desde hacia tiempo estaba expuesto á los estragos de una bala ó de un puñal, de esos que abren á sus víctimas las puertas de la inmortalidad. Sabíalo él, y no por eso trató de impedirlo.

No ha llegado la hora aún de trazar en su completo desenvolvimiento la carrera del más grande de los españoles contemporáneos. Los periódicos han dado el esqueleto cronológico y las grandes líneas de su vida. Los detalles no son bien conocidos. Ellos se precisarán poco á poco y se ordenarán en la Historia. Es un simple croquis el que voy á bosquejar aquí al margen de la noticia telegráfica.

Recuerdo á Cánovas tal como apareció la primera vez á mis jóvenes ojos, hace veinticinco años, en el camino de Cauterets á la Raille.

Estaba en aquel momento en el apogeo de su fortuna. Alfonso XII le debía la Corona, y le llamaba su padre. Era preciso oír á Cánovas referir su papel en la Restauración. Arrestado al recibir la primera noticia del movimiento, fué también encarcelado en el Saladero. Algunas horas después era llevado para ser custodiado á la vista en un salón del Ministerio del Interior, y á poco trasladado al despacho del jefe del Gabinete del Ministro. Apenas trans-

(1) Refiérese á la última vez.

currida otra hora, las puertas se abrieron de par en par, á presencia del Secretario general del Ministerio, que le saludó como jefe del Gobierno, invitándole á tomar posesión, sin más tardanza, del Gabinete ministerial (1).

Pero sobre esta época, cualquiera que fuese su benevolencia y su confianza, Cánovas no refería nada más que lo que era de todos conocido. Prefería hablar con sus comensales habituales sobre Literatura, Historia y Derecho.

El mártir de ayer—dice para t erminar, refiriéndose á lo anterior y á algo mías que omitimos por abreviar—merece mayor oración fúnebre.

Yo no he podido sustraerme á evocar en este marco del Pirineo que él amaba por las sombr as arboledas y las altas cascadas de cristalinas aguas, la figura de aquel que no fué solamente un gran político, sino para algunos un amigo fiel y un maestro indulgente.»

Le Memorial Diplomatique escribió despu es sobre *l'assassinat de M. Cánovas*, y publicó, por último, unos datos biográficos relacionados con la carrera política del mismo.

X

LES ANNALES POLITIQUES ET LITTERAIRES

La revista popular y semanal que lleva ese título, en la *Crónica política* correspondiente á su número del domingo 15 de Agosto, dijo lo siguiente :

« El revólver de un miserable acaba de hacer entrar prematuramente en la Historia, una de las más grandes figuras políticas de España en el siglo que termina. El Sr. Cánovas del Castillo, cuyo nombre desde el domingo anterior pronuncian todos los l bios, ha sido asesinado en Santa Agueda.

(1) Donde estuvo fué en el Ministerio de la Guerra, como todos saben, y antes en el Gobierno civil de Madrid.

El Sr. Cánovas fué el principal obrero en la restauración del Rey Alfonso XII, y también quien, cuando murió este príncipe, evitó á su Patria una crisis, y tal vez una nueva revolución. A su patriotismo y á su habilidad se debió igualmente que la España conservase Las Carolinas.»

En el propio número, y bajo el epígrafe *Les  chos de Paris*, volvió á ocuparse del Sr. Cánovas, diciendo que España acababa de perder uno de sus más ilustres hombres de Estado, y dió á luz algunos datos biográficos acerca del mismo.

Por último, en el del 15 de Mayo de 1898 se ocupó del libro que acababa de publicarse, titulado *l'Espagne, Cuba et les Etats Unis*, su autor M. Ch. Benoist, en que se analizaba la situación de España, con la competencia y el talento que distinguen á dieho escritor.

XI

L'UNIVERS ILLUSTRÉ

En su número del 14 de Agosto dió á luz un buen retrato del Sr. Cánovas del Castillo, del cual se ocupó al tratar de sus grabados, publicando algunos datos biográficos del mismo. « Era, decía, jefe indiscutible del partido conservador, pero el epíteto de conservador, añadía, aplicado al Sr. Cánovas deb  entenderse en el sentido más lato, porque en verdad, bajo su dirección había perdido él mismo mucha parte de su rigidez de principios y de su intolerancia, y liberalizado. Lo que caracterizaba al Sr Cánovas era, además de una elocuencia sin igual, la flexibilidad de su espíritu, la habilidad para desarmar á sus adversarios y saberse mantener en el poder en las circunstancias más comprometidas.

XII

L'ILLUSTRATION

En su número del 14 de Agosto publicó también un excelente retrato del Sr. Cánovas del Castillo, diciendo que « la noticia del atentado contra el mismo, el 8 del propio mes, había

producido una honda emoción en España, y despertado en todas las demás naciones sentimientos de dolorosa simpatía.

«El Sr. Cánovas del Castillo no era solamente, añadía, uno de los más importantes hombres de Estado de nuestra época; unía á esto ser orador muy notable, erudito y escritor de talento, haber publicado varias obras y formar parte de las Academias Española y de la de la Historia.»

XIII

LE MONDE ILLUSTRÉ

En la explicación de los grabados contenidos en su número correspondiente al 14 de Agosto, entre ellos un gran retrato del Sr. Cánovas, trató del asesinato del mismo en el balneario de Santa Agueda el 8 del propio mes, y publicó algunos datos biográficos, políticos y literarios del célebre hombre de Estado, como le llamaba. Después, en el número siguiente, ó del 21 de Agosto, dió á luz otro grabado, representando la puerta entreabierta por donde entró el asesino; el banco en que estaba sentado el Sr. Cánovas y el retrato de Angiolillo...

XIV

L'ECONOMISTE EUROPÉEN

Habló, en su número del viernes 20 de Agosto de 1897, de los grandes funerales hechos al Sr. Cánovas, y de manifestarse ya los apetitos de los que disputaban la sucesión del grande hombre de Estado.

XV

DOCUMENTS ET RENSEIGNEMENTS SUR LES QUESTIONS ACTUELLES

En el número 2, tomo XL, correspondiente al 14 de Agosto, trató del asesinato del Sr. Cánovas del Castillo, cuyo retrato publicó diciendo que era el difunto uno de los hombres de Estado de mayor importancia de Europa, dando á continuación datos biográficos del mismo mucho más extensos, no obstante las pequeñas dimensiones del cuaderno, que los contenidos en otras publicaciones de mayor tamaño. Habría no poco que rectificar en la relación de los hechos, si entrase tan imprecisa en el plan de esta obra. «La noticia de la muerte trágica de Cánovas, decía, para ter-

minar, ha causado en Europa y en América profunda emoción.»

XVI

LE PETIT PARISIEN

SUPPLEMENT LITTERAIRE ILLUSTRÉ

En el número correspondiente al domingo 22 de Agosto dió noticia del atentado contra el Sr. Cánovas, publicando su retrato, bastante bueno por cierto, y el de su asesino.

XVII

LE PETIT JOURNAL

En su número del propio día, ocupó su primera página con un grabado iluminado de dicho trágico suceso, del que hablaba en su «Crónica de la Semana», diciendo que el asesinato del primer Ministro de España por un sicario anarquista, émulo de Caserio, y además su compatriota, aumentaba las preocupaciones de la Dirección francesa de Seguridad general.

XVIII

L'ILLUSTRÉ SOLEIL DU DIMANCHE

También dió á luz el 22 de Agosto un buen retrato del Sr. Cánovas, diciendo que había merecido dicho atentado una reprobación unánime, y que tres hechos notables se marcaban en la vida de la víctima: la Restauración de Alfonso XII, de la que fué elemento principal; que España fuese la primera, en Europa, que mantuvo una actitud enérgica frente á Bismarck en la cuestión de Las Carolinas; y, en fin, la tenacidad, la energía ó indomable patriotismo con que procuró impedir en los últimos meses de su vida que los Estados Unidos pusieran los pies en Cuba. «Suceda lo que quiera en el porvenir, concluía diciendo, puede asegurarse que la memoria de este hombre de Estado vivirá en la de todos los hombres de corazón.»

XIX

LE PELERIN

Limitóse en su número del 21 de Agosto á dar noticia de los funerales hechos al Sr. Cánovas y de haber sido condenado á muerte su asesino, si bien publicó un grabado en colores representativo del crimen de Santa Agueda.

GRAN BRETAÑA

PERIÓDICOS POLÍTICOS DE LONDRES

Según el corresponsal del *Heraldo* en Londres, en telegrama del 9 de Agosto por la tarde, había causado en dicha capital inmensa sensación de sentimiento, de reprobación y de general simpatía hacia España, la noticia del asesinato del Sr. Cánovas.

Todos los periódicos dedicaron larguísimo artículos al suceso, describiéndolo en todos sus pormenores, comentando las consecuencias y enalteciendo las cualidades del Sr. Cánovas (1).

A la vez publicaron numerosos telegramas y correspondencias de Madrid y datos biográficos de aquél, de que se nos facilitaron algunos apuntes que no utilizamos por diferenciarse poco de los varios contenidos en esta obra.

THE TIMES

En su número del 9 de Agosto escribió lo siguiente:

«Con el brutal y estúpido asesinato del señor Cánovas, los anarquistas han proporcionado á la Humanidad una nueva razón para considerarlos como implacables enemigos de la sociedad.

El crimen que ha robado á España uno de sus más hábiles y el más universalmente respetado de sus hombres públicos, parece ser la venganza anarquista por las ejecuciones de los conspiradores de Barcelona, lo mismo que el asesinato del Presidente Carnot, una venganza por el castigo de Vaillant, Henry y otros criminales que habían cometido sus crímenes en París. Es difícil imaginar el resultado que esos infames pretenden alcanzar, á no ser la cruel satisfacción de su vanidad. Pero deben

(1) Por lo tarde, sin duda, que acudimos en busca de periódicos ingleses, según indicamos al principio de esta segunda parte, aunque con relación también á otras naciones, no pudimos obtener más que *El Times* y algunas referencias de lo escrito por otros periódicos. Siempre, según se nos ha dicho, hubiera sido difícil lograrlo, pasados los primeros momentos, por acomodarse la tirada de los periódicos en Londres á la venta ó necesidades del día en que se publican.

tener en cuenta una idea muy equivocada de la sociedad si esperan impedir á sus guardianes que cumplan sus deberes contra los asesinos que amenazan constantemente las vidas de las personas. En ninguna sociedad que no esté corrompida, pueden tener valor ni por un momento semejantes temores.

Los peligros del anarquismo son tan palpables, que despiertan el instinto de la propia defensa en todas las clases y en todos los países. Los atentados que se realizan para propagar esas ideas por medio de la dinamita y del asesinato, no pueden tener más que un resultado: precisamente el contrario del que los anarquistas persiguen. Así se aumenta el horror y la abominación en todas las conciencias rectas de todas las fracciones contra los autores de semejantes delitos, juntamente con la protesta contra los principios, de los cuales nacen tales crímenes. Ellos aumentan también el sentido de unión contra los enemigos comunes de la raza humana y conducen á estimular el celo en la persecución de miserables que se jactan de ser enemigos de la ley, del orden, de la civilización y de todas las religiones.»

«Sin duda los conspiradores podrán continuar perpetrando esos crímenes, mientras sientan tan profunda indiferencia por sus vidas. Pero se equivocan si piensan inspirar tal miedo que la sociedad no los castigue, pues si así fuese, la misma sociedad habría firmado su sentencia de muerte.

La muerte del experimentado estadista coloca un grave peso en los hombros de la Reina y lanza una oscura sombra sobre la inocente juventud del Rey.

Cánovas ha representado un honroso y distinguido papel en la historia de su Patria. Seguramente á ningún individuo de nuestra época debe España y la Monarquía española mayor agradecimiento.»

«Los ideales que, cuando era hombre joven y aun desconocido, escogió prudentemente,

eran grandes y muy difíciles de seguir para cualquier hombre ocupado en la vida pública de España. A ellos ha permanecido fiel durante toda su larga y activa carrera política, levantando el arte de gobernar á gran altura entre sus compatriotas. El grado de consistencia, resistencia y energía demostrada por él en su prolongada carrera pública, daría reputación á un político de partido en cualquier país de Europa, y es probablemente el único caso que conocemos en la moderna Historia de España. Entrado en la vida política á la edad de diez y ocho años como periodista moderado defensor de los principios conservadores, ha sostenido sus ideas á través de revoluciones y guerras civiles, ya en los Ministerios, ya en las oposiciones, hasta caer herido de muerte como primer Ministro á la edad de setenta años.

Es cierto que tuvo la suerte de salvarse de las tentaciones que podían haberle hecho claudicar en el período revolucionario. Y después de haber estado dos años en las Cortes representando á Málaga, su país natal, fué enviado á Roma como agregado á la corte papal, evitándose las tempestuosas pruebas á que hubiera tenido que someterse de haber seguido en España.

Dotado de inmensa sagacidad práctica, como político hizo una cruel oposición á los excesos del régimen político de Narváez y González Bravo, y con el mismo juicio se apartó de las confusiones revolucionarias de los años siguientes, presenciando impasible la presentación de la candidatura de Hohenzollern, el breve reinado de Amadeo y el Gobierno del General Serrano; y es que Cánovas podía esperar y esperaba hasta que el fruto que preparaba estuviere maduro y cayese por su propio peso. Al fin, á últimos del año 1874 publicó el real Manifiesto, suscribiéndolo como agente y representante reconocido de Alfonso XII. Aun en aquel crítico momento el Sr. Cánovas mostró su devoción á otros principios sustanciales de su propio credo político. Entendía que los pronunciamientos militares habían sido la ruina de su país y anhelaba con pasión realizar la restauración alfonsina sin la intervención directa del Ejército. Desgraciadamente para él, y por culpa del General Martínez Campos, no pudo llevar á cabo su propósito, y tuvo que aceptar el puesto preeminente de Presidente del Consejo de la Regencia de manos de gene-

vas, con breves intervalos, ha sido el primer Ministro de España.»

« Cuando murió Alfonso XII, el Sr. Cánovas demostró una vez más y de modo práctico la gran sinceridad en que se inspiraba su patriotismo y la lealtad que le caracterizaba. Retiróse é influyó por la entrada de su rival, Sagasta, al cual apoyó con todas sus fuerzas, porque temía que, de seguir el Ministerio conservador, los liberales impacientes y avanzados pudiesen unirse con los republicanos en un movimiento antidinástico durante la crisis ocasionada por la muerte del Soberano. La Historia le ha recompensado aquel acto de abnegación; y nuevamente, del 90 al 92 y desde el 95 acá, ha vuelto á ser Presidente del Consejo. El excelente sentido práctico que ha demostrado repetidas veces, es solamente comparable á la constante adhesión y fidelidad á sus principios conservadores. La energía con que desafió la oposición formidable de la Iglesia sobre las medidas de tolerancia concedida por la Constitución del 76, y el valor moral y el entendimiento con que después se encontró encargado de llevar á cabo una revisión de aquella Constitución en sentido liberal, son pruebas elocuentes de su ilustración y de su talento.

España, en una palabra, pierde con la muerte del Sr. Cánovas el primero, el mejor y el más capaz de sus hombres de Estado videntes.»

• •

El propio periódico *The Times*, en un segundo artículo que publicaba casi á renglón seguido del anterior, en su citado número del 9 de Agosto, añadía:

« Jactábase D. Antonio Cánovas de no haber modificado nunca en el curso accidentado de su vida política los principios que había profesado desde los comienzos de su carrera, y seguramente esa constancia era una de sus características, por lo mismo que es muy raro entre los políticos de su país.»

THE DAILY GRAPHIC

« Es inútil buscar palabras—decía—con que condenar el espantoso ultraje de que ha sido víctima el jefe del Gobierno español, porque

están en el corazón de todos los hombres civilizados. Se trata del acto de un monomaniaco político.

Con el Sr. Cánovas, los anarquistas han destruído á uno de los pocos hombres fuertes que han permanecido en la brecha en los días más negros de la historia de España.

Imposible sería hallar argumento más expresivo contra la propaganda anarquista, que el hecho mismo de que los anarquistas enderecen sus odios más reconcentrados y sus aversiones más sangrientas contra hombres de esa talla, de esos méritos y de ese patriotismo. »



En otro número decía el mismo periódico que el asesinato del Sr. Cánovas era el acto de un loco político, lamentando que un cierto número de correligionarios del asesino acabaran de desembarcar en Inglaterra, presentándose, no como mártires, sino como héroes.

THE DAILY NEWS

« El bárbaro atentado del Sr. Cánovas— escribía — ha hecho desaparecer á uno de los pocos hombres capaces de dirigir el Gobierno de la Reina Regente por en medio de las tremendas dificultades que le asaltan y le rodean por todas partes.

A sus compatriotas servirá de algún consuelo pensar que el Sr. Cánovas no ha caído por la mano criminal de ningún español. »

THE DAILY CHRONICLE

« El asesinato de D. Antonio Cánovas del Castillo merecerá el anatema de todo el mundo civilizado.

No hallamos palabras para expresar el horror que nos causa el abominable suceso.

Enviamos al pueblo español el testimonio de nuestra simpatía y participación en su pena por la pérdida del eminente hombre de Estado, del honrado jefe político y del perfecto caballero. »

THE DAILY TELEGRAPH

Decía que « el Sr. Cánovas era el verdadero

tipo de lo que en otro tiempo se designaba con el nombre de liberal conservador, título que utilizó para bautizar su partido.

Partidario del principio de la Monarquía constitucional, apoyaba las reformas en sentido moderado y estaba resuelto á mantener la soberanía de España en Cuba, costara lo que costara. »

Dice que el Sr. Cánovas era al mismo tiempo eminente político é ilustre escritor, entre cuyas más renombradas obras cita su *Historia de la Casa de Austria*.

Después pedía la celebración de un concierto europeo para la represión del anarquismo.

THE STANDARD

Aconsejaba, asimismo, enérgicas medidas, añadiendo que los españoles se unirían para salvar las dificultades que les rodeaban, aludiendo á las guerras; y *Daily Mail* manifestaba que la Historia incluiría la obra del señor Cánovas entre las más salientes realizadas en España.

THE NEWCASTLE DAILY CHRONICLE

El 10 de Agosto consagró un artículo á las consecuencias que tendría para España la muerte del Sr. Cánovas del Castillo, diciendo, entre otras cosas, que « si hubo, en verdad, tiempos en que el asesinato del mismo habría puesto en verdadero peligro á las instituciones, y hasta habría sido motivo para encender una guerra civil, estos tiempos habían pasado, por fortuna, pues la Regencia de doña María Cristina había modificado aquel orden de cosas y conseguido extinguir poco á poco los profundos resentimientos y odios políticos que dividían á los españoles. Bien puede asegurarse que en la Historia moderna nunca ha estado España tan unida como ahora. Lo ha demostrado en más de una ocasión durante el Gobierno del que tan apropiadamente llaman algunos el Pitt español, y al tener conocimiento de su inesperada y trágica muerte, todos los españoles, sin distinción de partidos, han protestado del asesinato brutal, sin que uno sólo haya sido capaz de alterar el orden. »

PERIÓDICOS ILUSTRADOS

THE GRAPHIC

Este importante periódico ilustrado, en su número del 14 de Agosto, publicó en lugar preferente el retrato del Sr. Cánovas, consagrándole un artículo, del que se extracta lo siguiente :

« El anarquismo ha producido ya otra víctima eminente en el Sr. Cánovas. A semejanza del Presidente Carnot, el primer Ministro español ha sido herido de muerte por la mano de un extranjero y aislado asesino, pues, en apariencia, no tiene cómplices, aunque su asesinato haya sido meditado y arreglado por una conspiración vasta de anarquistas. El infortunado hombre de Estado ha pagado con su persona el justo castigo impuesto por el Gobierno español á los anarquistas de Barcelona y de sus compañeros con motivo de los crímenes del Liceo y de la procesión del Corpus..... »

« En las presentes circunstancias por que atraviesa España, la muerte del Sr. Cánovas es una verdadera catástrofe. El Sr. Cánovas estaba tan íntimamente ligado y por tanto

tiempo á la vida pública de su país, y era tan firme sostén de la Monarquía, que su pérdida constituye un tremendo desastre. Indudablemente, ha sido jefe del Gobierno de la mayor parte de los reinados de Alfonso XII y Alfonso XIII..... »

« Con breves intervalos de retiro á la oposición, puede decirse que ha sido jefe del Estado hasta la muerte del Rey, en que él mismo influyó por la entrada del Sr. Sagasta. El puesto que abandonó lo recobró pronto, y en él ha alternado con el jefe del partido liberal.

Calurosas simpatías á España se han expresado estos días por todas las naciones vecinas ; multitud de telegramas de pésame se han cursado de todos los Soberanos, incluyendo nuestra propia Reina, por diplomáticos y personas importantes. »

THE ILLUSTRATED LONDON NEWS

Este periódico, el más importante de los ilustrados de Londres, dió á luz también un retrato del Sr. Cánovas y publicó un artículo necrológico del mismo.

ITALIA

PERIÓDICOS DE ROMA

Los diarios de dicha capital se manifestaban unánimes, el 9 de Agosto, en deplorar y condenar el asesinato de Cánovas, crimen realizado, una vez más, por un italiano.

Il Popolo Romano, después de asociarse al dolor de España, escribía que, bien que la anarquía no tenga Patria, era bien triste que la mano del asesino de Cánovas, como la que dió muerte á Carnot, fuese la de un italiano, y que habiendo la Naturaleza favorecido á

aquel país en cuanto á dulzura de costumbres, llevase, no obstante, la primacía á los demás en el crimen del asesinato político, hacia el cual parecía inducido por una inconcebible voluptuosidad.

Don Chisciotte ó Quichotte—de ambas maneras aparece escrito—añadía, por su parte, que era una verdadera desgracia la existencia de una secta feroz que parecía empeñada en atraer el odio de las naciones sobre el nombre italiano ;

pero que el atentado de que se trataba debía estrechar más y más los vínculos que unían á los pueblos latinos.

La *Opinione* y la *Fanfulla* aconsejaban un acuerdo internacional con tal motivo, añadiendo el primero que la Italia renegaba del italiano que no era el autor de un atentado, sino de un asesinato.

La *Italia* escribía que era necesario lavar, costara lo que costase, la vergüenza de ver á Italia tan grande, tan admirada, menospreciada por la siniestra enormidad de sus asesinos. Impónese—añadía—esta medida de higiene social.

La *Messaggero* publicó una extensa biografía del Sr. Cánovas.

La *Observatore* y la *Voce della Verita* expresaron que esos hijos degenerados de Italia, aludiendo á los anarquistas, pertenecían á las nuevas generaciones ateas y masónicas liberales.

La *Tribuna*, en su número del 10, publicó un artículo, reproducido por el Sr. Pérez de Guzmán, en el que dió á luz en *La Epoca*, correspondiente al 8 de Agosto de 1900, con motivo del tercer aniversario de la muerte de Cánovas (1), y además los datos sobre éste que se transcriben á continuación:

«Antonio Cánovas del Castillo nació en Málaga en 1828. Hizo estudios brillantes, dedicándose en los primeros años á la literatura. Por algún tiempo tuvo con éxito un curso en el Ateneo de Madrid. Electo diputado, no tardó en hacerse notar por sus talentos oratorios.....

.....
Era un literato que valía.....

A fines de 1855 fué investido de una importante misión cerca de la Santa Sede, y durante los dos años que pasó en Roma escribió, bajo forma de cartas, dos de sus más importantes trabajos literarios: uno sobre el *Saco de Roma*; el otro sobre la *Batalla de Pavía*. Ha publicado también una obra sobre el teatro español contemporáneo.»

En los números posteriores del 11, 12, 13, 14 y 15 de Agosto dió noticias, tomadas de los periódicos de Madrid y otros extranjeros, sobre el atentado de Santa Agueda.

* * *

La *Vera Roma*, en su número 33, correspondiente al 15 de Agosto, escribió, por su parte, lo que transcribimos á continuación:

(1) Página 123.

Cánovas del Castillo.

«El hombre cuyo retrato publicamos con orla de luto, ha desaparecido hace ocho días de la escena del mundo. Un asesino le dió muerte cuando se encontraba atendiendo al restablecimiento de su salud en un lejano y solitario establecimiento termal de su país.»

.....
«Era el jefe del Gobierno de España, D. Antonio Cánovas del Castillo, Presidente del Consejo de Ministros de la Reina Regente, quien caía bajo el plomo homicida.

Transcurridos ocho días después de la fúnebre escena, que ha horrorizado al mundo entero, queremos transportar á nuestros lectores ante el cadáver ensangrentado y el feroz asesino, que, cogido infraganti, se apresuró á declarar que había querido vengar la muerte de otros asesinos, condenados en España, y á quienes él llamaba hermanos.

Para demostrar la indignación producida por el horrible suceso en todo corazón en que domine aún el sentimiento natural de humanidad y de conservación social, bastan los comentarios hechos por la prensa diaria, deplorando y anatematizando el asesinato.

Nosotros preferimos dar una ligera biografía de la víctima, y poner de relieve los juicios formulados por cierto periódico sobre este deplorable suceso; juicios que harían desesperar de la salvación común si fuesen alguna vez tomados en cuenta ó sirviesen de norma de gobierno en la sociedad humana.

¿Quién era Cánovas del Castillo? Era un hombre de talento, de letras, de ciencia y de gobierno.»

.....
A continuación se hacia la biografía del señor Cánovas, en que, entre otros hechos, se consignaban los siguientes:

«Vino á Roma en 1854 como Encargado de negocios, y desplegó sus buenas tendencias conservadoras preparando las bases del Concordato que después se estipuló entre España y la Santa Sede. Siendo Ministro de Ultramar presentó la ley para la abolición de la esclavitud de los negros.

Extraño á la revolución que destronó á la Reina Isabel y llevó á Madrid á Amadeo de Saboya, fué el alma de la restauración monárquica con D. Alfonso XII.»

.....

«Jefe del partido liberal conservador, trabajó sin descanso por el honor y los intereses de España. En el momento crítico del conflicto con Alemania por las islas Carolinas, Cánovas trabajó hábilmente con el Nuncio, que á la sazón era Monseñor M. Rampolla, para que la peligrosa cuestión fuese sometida al arbitraje de Su Santidad León XIII, como sucedió en efecto, con satisfacción de ambas partes litigantes.....»

«A sus talentos literarios y científicos debió el honor de ser nombrado Académico de número en las Reales Academias de la Lengua y de Bellas Artes y Director de la Real Academia de la Historia; lauros muy merecidos por su talento, demostrado en otras obras que dió á luz, con aplauso universal. Tal era el personaje que á los sesenta y nueve años fué muerto

por el anarquista Miguel Angiolillo, nacido y pervertido en Italia.»

«Terrible y dolorosa certeza es para nosotros los italianos, ya tildados en el mundo con el infamante nombre de bandidos, recibir hoy, para colmo de infamia, el de asesinos internacionales.»

(Ocupábase después, con alguna extensión y gran sentido moral y jurídico, en combatir el anarquismo; censuraba á la Prensa que se hace eco de los crímenes que realiza, y habla del meeting del *Théâtre de la République*, en París, en donde el anarquista español Manuel Tárrida pedía la muerte de Cánovas mientras éste sucumbía.)

PERIÓDICOS DE MILÁN

Courriere della Sera escribía el 10 de Agosto lo que sigue:

«Una vez más el verbo del anarquismo se escribe con caracteres de sangre: otra víctima ilustre cae bajo los golpes de esos apóstoles de la destrucción.

En todo el mundo civilizado se levantará un grito de indignación en contra de aquellos sectarios que buscan difundir sus malvadas aberraciones con la propaganda del asesinato.

Nos convendría á nosotros, los italianos, que se desmintiese la voz de ser el homicida un conciudadano nuestro, pues en cualquier país que haya nacido el asesino, él ha roto todo vínculo proveniente de su nacimiento: esa gente no tiene Patria.

También esta vez es un personaje histórico el que ha sucumbido víctima del furor morboso de los anarquistas. Cánovas del Castillo ha impreso profundamente su nombre en muchas páginas de la Historia española contemporánea.

Desde hace muchos años la política española oscilaba entre dos hombres que representaban dos tendencias: Cánovas del Castillo y Sagasta. El primero era el jefe reconocido del partido conservador; el otro estaba á la cabeza del grupo liberal.

En los últimos años, Cánovas había tenido que luchar en contra del movimiento disidente que se había manifestado en las filas de su partido; las defecciones estaban á la orden del día, y no tardaron en llegar á ser tan numerosas que los rebeldes formaron un partido aparte: el de los conservadores disidentes. Estos antiguos amigos se hicieron adversarios irreconciliables, y Cánovas tuvo, á menudo, que resentirse de sus ataques.

Pero el fuerte temple del hombre de Estado, que tan trágicamente ha desaparecido ahora de la escena del mundo, supo hacer frente á la coalición de los antiguos y de los nuevos adversarios. Teniendo toda la confianza de la Soberana, procuró conservarla en las más hondas vicisitudes por que atravesó España durante su Gobierno.

La última vez que fué llamado al Poder, la herencia que le había dejado el Ministerio anterior era gravísima en extremo. La cuestión de Cuba había vuelto á un período grave, y España debía contar ya con una verdadera insurrección armada. En el interior, los republicanos y los carlistas volvían á levantar la cabeza, promoviendo agitaciones en las provincias; y alrededor de estas dificultades políticas y militares se agolpaban estrechamente imperio-

sas necesidades financieras, que centuplicaban los obstáculos sobre el camino del nuevo Ministerio.

Cánovas afrontó resueltamente este arduo y complejo problema; su Gobierno atravesó crisis violentísimas; pero, en conjunto, su situación política no había empeorado.

La época del último Ministerio Cánovas es una de las más movidas que registra la Historia española en los últimos tiempos.

La rebelión en las Antillas y en las Filipinas exigió esfuerzos enormes de parte del Gobierno español; un fuerte dispendio en hombres y en dinero fué necesario para domar la revolución colonial. Cánovas no retrocedió ante las inmensas responsabilidades que contraía. Mantúvose firme en la tesis que la rebelión armada debía ser vencida con las armas, y que tan sólo cuando el último rebelde se hubiera sometido, España podría inaugurar las reformas políticas y administrativas en sus colonias.

Ni la amenazadora intervención de los Estados Unidos valió para hacerle ceder; él hizo frente con entereza á la intrusión americana y supo poner á salvo la dignidad española de toda ofensa.

También en el interior su política se inspiró siempre en la mayor energía; los partidos

revolucionarios encontraron en él al hombre de puño de hierro. En la época de los terribles atentados anárquicos de Barcelona, procedió con despiadada severidad. Fué acusado entonces de haberse excedido en la represión, extendiendo alguna vez también á inocentes los durísimos castigos impuestos á los culpables (1); mas él siguió su camino, sin cuidarse de la fácil popularidad, persuadido de que al terror había de contestarse con el terror.»

.....
.....

El mismo periódico, en su número del 10-11 de Agosto, escribió lo siguiente:

Impresión en Roma.

«Grande, profunda impresión ha causado la noticia del asesinato de Cánovas del Castillo; mayor también, porque siendo, por desgracia, italiano el asesino, parece casi que la desventura que ha tocado á España nos toca también directamente á nosotros. Los periódicos, deplorando vivamente las circunstancias del asesinato, expresan el temor de que pueda producir malas consecuencias la repentina desaparición de un hombre de Estado tan energético y experimentado.»

PERIÓDICOS DE GENOVA

El periódico *Caffaro*, en su número del 9-10 de Agosto, publicó lo que transcribimos á continuación:

«Triste privilegio el de nuestra Patria, el de proveer á la anarquía de todo el mundo de asesinatos de los jefes de Estado! Ayer era Carnot, hoy es Cánovas; y así como ayer el asesinato del Presidente de la República francesa echaba una sombra de desconfianza y de censura sobre nuestra Nación, el asesinato del primer Ministro de la Reina de España renoverá en contra del nombre italiano todos los odios, todas las maldiciones, todas las calumnias que antiguos y arraigados prejuicios, leyendas de brigantes y un período doloroso de historia han contribuido á crear y acreditar en contra de nosotros.

Por eso será más dolorosa para todos los italianos la noticia de la trágica muerte del Sr. Cánovas del Castillo, estadista de primer orden, culto, literato de genio, Ministro energético y hombre privado profundamente simpático, que, excepción hecha de las luchas políticas, acaso más enconadas en España que entre nosotros, no inspiraba más que sentimientos de estimación y de deferencia á todos los partidos y á todos sus más acérrimos adversarios de la Cámara.

El fin dramático de este hombre altamente apreciable, es para España un luto nacional. Nunca, durante su larga y activa carrera parlamentaria, en el Gobierno y en la oposición,

(1) Este es un error, como ya se ha demostrado.

había demostrado Antonio Cánovas del Castillo tan brillantes dotes de hombre de Estado como durante su último Ministerio.

La insurrección de Cuba, estallada de improviso, con violencia bastante para quebrantar el Gobierno más firme, no le sorprendió sin estar preparado y sin faltarle confianza; con firmeza inquebrantable, con voluntad tenaz, con fe inconcusa, él organizó una formidable expedición, que si aún no ha logrado ni parece cercano el momento de lograrlo, dominar á los insurrectos cubanos, no es seguramente por falta de hombres y de armas ni por insuficiencia de los jefes.

La insurrección de Cuba dejaba á España casi extenuada á causa de los grandes sacrificios en hombres y en dinero, hechos necesarios por la guerra; y he aquí á Cánovas cogido entre dos fuegos, expuesto á todas las críticas, sumido en las mayores dificultades, combatido encarnizadamente por los enemigos en el extranjero y por los adversarios en el interior. Sin embargo, su calma, su fría energía, no se desmintieron un solo instante; jamás padeció el menor desaliento. Al propio tiempo que los asuntos de la guerra, él dirigía, entre las luchas cotidianas del Parlamento, los asuntos del Gobierno; y á pesar de todos los

esfuerzos de los liberales para derribarle, Cánovas conseguía cerrar las sesiones de las Cortes como Presidente del Consejo, acaso un poco debilitado por la fortuna contraria que pesaba sobre la expedición de Cuba y por las dificultades financieras en el interior; pero siempre dueño de la posición, siempre más fuerte que sus adversarios políticos.

Ante el vil asesinato de este insigne hombre de Estado y patriota, nuestra Nación, á la cual parece haya tocado el triste privilegio de dar los instrumentos del asesinato político, á menos que, como deseamos, noticias más exactas vengan á desmentir la primera, se asocia de corazón al sentimiento que desde todo el mundo civilizado se levanta alrededor de la tumba prematura de Cánovas del Castillo, al grito de reprobación en contra de esta suprema y bestial vileza del asesinato político, que deshonra la civilización y la humanidad. »

« Como escritor, el Sr. Cánovas se hizo célebre con numerosas obras, tanto morales como políticas, y con una *Historia de la Casa de Austria*, considerada como el mejor de sus trabajos. »

PORTUGAL

PERIÓDICOS DE LISBOA (1)

DIARIO DE NOTICIAS

En su número del 9 de Agosto de 1897 dió la de la muerte del Sr. Cánovas, diciendo que aquella capital había sido sorprendida la noche anterior, la del 8, con la lúgubre nueva

de que el ilustre Presidente del Consejo de Ministros, estadista y hombre de letras eminente, había sido asesinado en un balneario, cuando descansaba de sus grandes faenas políticas.

de la prensa, y desde luego suponemos que fué mucho, en elogio del mismo.

(1) Únicamente hemos podido obtener este periódico; pero en cambio logramos, como se ve en la Tercera parte, el *Diario* de la sesión que la Cámara de los Pares de Portugal dedicó al Sr. Cánovas, y que por sí solo vale tanto como cuanto se escribiera por el resto

Aparte esto, es evidente que cuando se supo en Lisboa la muerte del Sr. Cánovas todos los Ministros y muchas personas distinguidas se presentaron en la Embajada de España; que la Prensa toda de Portugal dedicó largos artículos para enaltecer la memoria del

La pérdida de hombres de la talla de Cánovas—añadía—no puede ser más sensible y dolorosa, ni más grave el momento elegido para ese crimen nacional, por la situación que atraviesa España. Cánovas era un estadista de gran valer, no sólo en España, sino en Europa. Su figura se hombreaba con la de los hombres de mayor importancia y más cultura que han estado al frente de los Gobiernos de sus naciones. Era un orador de primer orden, fácil y elegante, y concluía así: «Tomamos parte en el dolor que aflige á nuestros vecinos, y que ha de aumentar sus aficciones internas y externas, sintiendo vivamente, como ellos, esa lastimosa é importantísima pérdida. Es una pérdida europea.»

* * *

En el mismo número publicaba unas notas biográficas de Cánovas, y en el correspondiente al sábado 14, después de consignar el destino ó la fatalidad de Italia de ser hijos suyos los ejecutores, casi exclusivos, de crímenes como los ejecutados en Carnot y Cánovas, y de exponer que los Gabinetes europeos deben pensar en medidas represivas que eviten ó impidan esa clase de delitos, decía que «la muerte del último, ó sea de Cánovas, por las circunstancias que la rodeaban, era un acontecimiento europeo, y tal vez universal. La inminencia de un conflicto con los Estados Unidos había hecho que se condensase la atención de todos en aquella figura eminente, que, consubstanciando el orgullo de la Patria, podía dar muestras de una energía extraordinaria y alientos, á proporción que acreciesen los peligros. Como Castelar, nos inclinamos

mismo, y que tanto en la capital como en las playas donde veraneaban los españoles, fué general el sentimiento que produjo el crimen.

En Figueira se suspendieron los bailes y conciertos preparados, luciendo el Casino español colgaduras negras.

En Granja se celebró una misa en sufragio del señor Cánovas. Ofició en ella el obispo de Bethsaida y asistieron, entre otras personas distinguidas de la colonia española, los Sres. Puigcerver, conde de las Almonas, Sánchez Román, Magas, Sellés, Santos y Lara; generales Sánchez Gómez, Lletget y barón de Pallaruelo.

respetuosamente ante el féretro del estadista de tacto, que no vaciló nunca deante de ninguna amenaza, y que prefería, como los saguntinos del tiempo de Roma ó como los zaragozanos del tiempo de Napoleón, morir envuelto en sus ruinas á doblegar su frente. En cuanto á España, tiene que reconocer sus merecimientos y manifestarse agradecida por la manera con que ella rechazó arrogante las imposiciones del extranjero.....»

«Personalmente considerado el caso, la muerte de Cánovas fué para él una dicha. Lleva intacta en sí la gloria de haber mantenido con la mayor firmeza el decoro de la Patria, y si por acaso ó por desgracia sobreviniese algún desastre, ya no serían sus labios cada- véricos los que apuraran el cáliz de esa amargura patriótica.

Hombres de la talla de Cánovas no son vulgares, sino como ciertos cometas fulgurantes que aparecen de tiempo en tiempo; pero una Nación que acaba de dar tantas pruebas de vitalidad no se extingue con la muerte de uno de sus hijos, por muy extraordinarios que sean sus merecimientos ó sus recursos. Para el partido conservador, de cierto que la pérdida de Cánovas es irreparable; mas para España, tenemos la esperanza de que no suceda lo mismo y que sabrá colocarse á distancia de todo peligro.

Si Francisco de Borja, santificado más tarde, sentía transformarse todo su interior delante del cadáver de una Reina, ¿á qué profundidad no sería conducido su espíritu delante del cadáver de Cánovas del Castillo, que hasta hace poco dominaba la España entera con su poder y tenía pendiente de su palabra la solución de un conflicto internacional, que dominaba únicamente por la estela fulgurante de su imponderable talento, por la grata memoria de su nombre, por el trágico fin de su existencia?

Estos requisitos y estas virtudes las poseyó Cánovas en grado eminente, y envuelto en ellas—mortaja de semi-dios—desciende gloriosamente á la sepultura, circundada su frente con la aureola de la inmortalidad.»

R U S I A

El *Diario de San Petersburgo*, único periódico de que hemos podido tener noticias, en su número del 9 de Agosto de 1897 decía que todos en aquella capital se habían asociado al sentimiento del mundo entero en presencia de la

pérdida cruel que se había hecho sufrir á España con la muerte de un hombre tan eminente como el Sr. Cánovas, estando Rusia vivamente impresionada por ese nuevo crimen del anarquismo.

SECCIÓN SEGUNDA

ARGENTINA (REPÚBLICA)

PERIÓDICOS DE BUENOS AIRES

I

EL CORREO ESPAÑOL

Este importante periódico salió con orla negra en su número correspondiente á los días 9 y 10 de Agosto de 1897, dando á luz un retrato de gran tamaño del Sr. Cánovas, y a continuación el artículo que sigue :

Una víctima ilustre.

• Conturbado nuestro ánimo por el inesperado y terrible golpe que viene á herirnos como españoles ; sin palabras con que expresar la amargura y la indignación que inundan nuestro espíritu ante el infame atentado que acaba de privar, no sólo á nuestra Patria, sino al mundo, de uno de sus hijos más ilustres, en vano intentaríamos tributar en estas líneas al excelso mártir que ha sucumbido ante la saña de un oscuro y miserable asesino, cuyo brazo villano armaron quizá los enemigos de la integridad de España, un homenaje digno de nuestro respeto, profundo y acendrado como nuestro dolor. Era demasiado grande esa figura que trágicamente desaparece de la escena de la vida, en que tan importante papel desempeñó, para que puedan servirle de epitafio esas frases de vulgar condolencia, exornadas de retóricos atavíos, con que se da el último adiós á los que se hunden para siempre en las tinieblas de lo ignorado. Por esto, para hacer algo digno del hombre excepcional cuyo inmortal espíritu flota sobre nuestras cabezas y que deja, como rastro de su existencia terrena, una estrella radiante que en oleadas de luz condensará

en sus páginas la Historia, sería necesario que escribiéramos con el corazón, y el corazón sabe sentir, pero es impotente para traducir sus impresiones, quizá porque la palabra es un instrumento harto material y tosco para expresar las emociones supremas. El silencio, una mirada, un apretón de manos, una lágrima de los ojos ó del alma, que también el alma llora, aunque los ojos estén secos, dicen más que los discursos grandilocuentes ó que los períodos conceptuosos.

La muerte de D. Antonio Cánovas del Castillo habría sido en toda ocasión una inmensa desgracia nacional ; que hombres como él, que encarnan toda la cultura de un período histórico, rebasan la esfera de lo brillante y de lo útil, y pueden ser mirados como necesarios para la realización de las aspiraciones de su Patria en una determinada época. Pero hoy, cuando ese gran español, cuando esa elevada inteligencia y esa voluntad gigante estaba al frente de los destinos de nuestro país como estadista irremplazable, porque había sabido reflejar como ninguno la tenaz resolución de nuestro pueblo en mantener su integridad á costa de todo linaje de sacrificios ; hoy que el nombre de Cánovas al frente del Gobierno simbolizaba la exaltación del honor patrio, no sólo frente á los traidores que mantienen la guerra en Cuba, sino frente á todas las naciones interesadas en arrebatar nos ese preciado florón de nuestra diadema colonial, hoy el bárbaro asesinato de ese insigne patriota es una puñalada asestada por la espalda á nuestra madre España. Curará ésta—¿quién lo duda?—pueblos como el nuestro no sucumben jamás ; —pero ha de verter mucha sangre por esa he-

rida que la inflige una mano alevosa y cobardo.

Nosotros no creemos, no podemos creer, que la muerte de D. Antonio Cánovas se deba al acceso de locura de un miserable cualquiera; en el vil matador que ha herido con su revólver un corazón cuya nobleza era indigno de comprender, y un cerebro cuyas sublimes especulaciones no podía siquiera concebir, no vemos sino un instrumento mísero é inerte, casi tan inconsciente como el arma de que se ha valido. Esa bestia con forma humana, ese repugnante extranjero—un español no podía mancharse con tan villano crimen—ha sido excitado, sugestionado, arrastrado al acto impulsivo por otros infames, aún más odiosos que él, que, cegados por su aversión al nombre español, no han vacilado en dirigir la torpe mano de uno de esos imbéciles morales, excrecencias monstruosas de la humanidad, que están siempre dispuestos á representar el papel de sicarios y que creen alcanzar gloria cuando se hunden bajo el peso de la execración universal.

No se entreguen, sin embargo, á ilusiones excesivas los menguados que crean haber postado á la causa de España con el asesinato del primer Ministro de la Corona y del más autorizado representante de la opinión pública. Nada hay tan odiosamente inútil como el crimen político. Se mata al hombre, pero se le sublima, se glorifica su recuerdo, se le rodea de una aureola prestigiosa que nada puede borrar, y el que no era sino un jefe de partido obedecido por unos y combatido por otros, se convierte en un mártir, admirado y respetado por todos; su nombre pasa á ser una bandera, el reguero de su sangre una senda gloriosa que el honor impone seguir y á cuyo término se encuentra la victoria.

Cánovas asesinado ha de ejercer sobre el pueblo español aún más influencia que Cánovas Presidente del Consejo de Ministros, dueño del Poder y soberano de hecho en la política de la Restauración desde hace veintidós años. Ahora se inaugura un nuevo período de su gobierno, y nunca habrá sido tan extensa y tan acatada su jurisdicción como desde el momento en que ha dejado de ser hombre, sujeto á las limitaciones y deficiencias de nuestro linaje, para transfigurarse en fórmula sagrada, en apóstol y mártir de la honra nacional, en símbolo del noble orgullo de la raza es-

pañola que sabe morir por un ideal y que sabe vencer aun después de morir.

¡Honor eterno á la memoria de D. Antonio Cánovas del Castillo!»

Además publicó—y llama esto la atención, puesto que la muerte del Sr. Cánovas se verificó el día 8—unos *Datos biográficos* de los más completos que hemos visto, y que reproduciríamos con gusto si no fuera porque hemos publicado ya otros varios, y á continuación vamos á dar otros, insertos en *La Nación*, en *La Prensa* y en *El Diario*.

II

LA NACIÓN

Al día siguiente del fallecimiento del Sr. Cánovas, ó sea el 9 de Agosto, esto es, á la par que muchos periódicos de Madrid, publicó, precedido de un retrato de aquél, el notable artículo que, en parte, insertamos á continuación (1):

Cánovas del Castillo, asesinado ayer en Santa Agueda.

«Cánovas del Castillo era la figura más culminante de la política española. Nadie ha llenado como él su escenario desde 1875; en un período de veintidós años nadie ha provocado tantas cóleras, ha desatado tantas pasiones, ha tenido el Gobierno en períodos más difíciles. Después de Gladstone, después de Bismarck, era quizá el hombre público europeo mejor preparado, de mayores talentos, de dotes más excepcionales.

Por eso una necrología de Cánovas, para ser completa, tendría que ser extensísima, tendría que examinarlo bajo el múltiple aspecto de político, de orador, de diplomático, de legislador, de financista, de escritor, pues bajo todos esos conceptos ha brillado en su larga vida pública; pero tenemos forzosamente que limitarnos á recordar algunos rasgos, á reseñar los hechos, los actos más importantes en que ha intervenido, ya como restaurador de la Monarquía.

(1) Suprimimos, por ser muy conocidos, muchos de los datos biográficos que contiene del Sr. Cánovas, negando una vez más que tuviera la participación que se le atribuye en el periódico clandestino *El Murciélago*.

ya como jefe de Gabinete ó de partido, ya como miembro del Parlamento.

No hace mucho, por otra parte, publicamos á una con el retrato un extenso é interesante estudio biográfico de Teodoro Baró, que daba una idea completa del hombre y del estadista. Reproducimos el retrato por la actualidad que reviste, y pasamos á reseñar á grandes rasgos su vida.»

.....

«Coronada ésta—alude á la Restauración,— Cánovas continuó al frente del Gobierno y reunió una Junta de notables para redactar la Constitución, que fué aprobada por las Cortes de 1876.

Luego continuó en la Presidencia del Consejo de Ministros hasta 1881, dejando marcado su paso con huellas indelebiles. Atrajo á su partido gran número de carlistas, suprimió la mayor parte de los periódicos liberales (1), ganó para su causa á varios de los políticos influyentes que hasta entonces lo habian combatido, se opuso al indulto de los regicidas Oliva y Otero, y reveló en todos sus actos la energía y la firmeza que reclamaba la época, además de un talento poderoso y de un tacto que han superado pocos estadistas.

En esta época formó rápidamente el partido conservador liberal con algunos restos de los partidos moderado y revolucionario, dándose cuenta de que este era el único medio para cimentar el Trono de Alfonso XII. Persuadido Cánovas de que el militarismo era el principal elemento perturbador de la política española, alejó en lo posible de los negocios públicos á los militares, rodeando, sin embargo, al Rey con un grupo de Generales, cuya adhesión supo asegurarse. Cánovas no perdonó medio para poner término á las guerras civiles, y desplegó tal habilidad, que aseguró sobre sólidas bases la paz ambicionada.

En 1883 fué llamado de nuevo á la Presidencia del Consejo, y permaneció en ella hasta la muerte de Alfonso XII, en 1887. Aquel Gobierno, transcurrido en medio de violentas agitaciones políticas, le permitió demostrar de nuevo la energía que había revelado en toda su vida pública.

Sostuvo con firmeza los derechos de España

cuando se produjo con Alemania la cuestión de Las Carolinas. Dominó por la fuerza las sublevaciones que por diversos motivos se intentaron, dando pruebas de que estaba dispuesto á arrostrar cualquier extremo para mantener la paz y defender la Monarquía. Dos oficiales fueron fusilados en Santa Coloma por haberse sublevado contra la Monarquía. En todas las dificultades que entorpecieron la marcha de su Gobierno, procedió con la misma firmeza, aceptando todas las responsabilidades y afrontando las situaciones más graves.

Fué debido á su carácter y su energía que el Gobierno de Alfonso XII se mantuvo sin agitaciones ni disturbios á través de una época en que las excitaciones y los apasionamientos de la política llegaban á su colmo. Volvió al Poder en 1890, y se retiró nuevamente dos años después.

Pero aún le estaba reservado el período de mayor prueba, el último en que ha tenido que desplegar todas sus aptitudes, toda su serenidad en las situaciones difíciles. Hace poco más de dos años, cuando ya había estallado y se había extendido la insurrección de Cuba, asumió de nuevo las riendas del Gobierno; y cuando creía todo el mundo que había degenerado por su matrimonio tardío con una joven hermosa, contraído dos ó tres años antes, apareció con más vigor intelectual, con mayor energía de carácter que en sus mejores tiempos.

No necesitamos reseñar las dificultades y complicaciones políticas, militares, financieras, internacionales, á que ha tenido que hacer frente en esos dos años; los hechos son tan recientes, que están en la memoria de todos. Bien puede decirse sin vacilación que, á no ser la firmeza, la previsión, el acierto y la claridad de vistas del Sr. Cánovas del Castillo, las insurrecciones de Cuba y Filipinas habrían asumido proporciones extraordinarias y habrían surgido graves complicaciones con los Estados Unidos. Hubo un momento, hace unos dos meses, que irritado por la oposición que se le hacía, pareció resuelto á retirarse; pero cediendo á los ruegos de la Reina, y teniendo en cuenta la gravedad de las circunstancias, permaneció en su puesto.

En otro orden de ideas, agregaremos que Cánovas creía que España estaba obligada á influir en Africa más que ninguna nación, y á procurar que toda la Península ibérica for-

(1) Esto no es exacto.

mase una sola nación. En una de sus obras dice :

«España puede ser todavía una gran nación continental y marítima, uniéndose pacífica y legalmente con Portugal, su hermana, comprando ó conquistando á Gibraltar tarde ó temprano y extendiéndose por la vecina costa de Africa.»

Cánovas figuraba entre los primeros oradores políticos de España. Una de sus cualidades más características era su facilidad para improvisar teorías, que verdaderas ó falsas, se presentaban siempre bajo brillantes apariencias.»

Cánovas íntimo.

Hace algunos meses Rubén Darío publicaba en este diario una ligera semblanza de Cánovas, de la que entresacamos los siguientes rasgos :

«Populares son por la caricatura, sus ojos, sus espejuelos, sus bigotes y su imperante gesto.

Cánovas vive en su mansión de la Huerta, como un potentado. Muchas veces se ha hablado de esa rica morada en donde vive el primer estadista del mundo actual, según opinan algunos.

La *serre* es famosa ; la biblioteca mucho más ; todo el recinto es un encanto, y la emperatriz de todo eso y de D. Antonio, además, es la dama elegante y vivaz á quien los amigos de la casa llaman concisamente «Joaquina»—doña Joaquina de Osma, una espléndida peruana, exuberante de vida, hermosa y culta, que habla el español con la erre parisiense. Cierto es que en las recepciones de Cánovas lo que más se oye hablar es francés.

Entre todas aquellas elegancias, la dueña de casa discurre, llenando con su amable presencia y animando con su conversación los grupos de invitados, en las recepciones.

En esas fiestas, el talento del viejo Cánovas chispea.

Quien estas líneas traza, hale visto y oído entre un sinnúmero de personajes de distintas nacionalidades, con un tacto que revelaba la frecuencia de la vida cortesana y diplomática, hablar á cada cual de lo que más de cerca le interesaba, sin olvidar nombres, detalles per-

sonales, títulos de libros, cuestiones, anécdotas y toda suerte de asuntos. Y el viejo Cánovas, con la firmeza de quien conoce su poder, vibraba, iba y venía, tan lleno de una brava y contagiosa juventud.

En su mesa solía reunir—en la época á que se refieren las anteriores palabras—á algunos americanos. Sus preferidos eran el mejicano Riva Palacios, el argentino Quesada, centroamericano de Peralta, y algún otro.

Siempre tiene extranjeros notables invitados.

Su mesa es de primer orden, aunque no iguale á la luculeana mesa de Castelar. Allí, al amor de los mejores vinos, se oye un alegre brotar de ideas, de ocurrencias, de alusiones, de anécdotas, en que el anfitrión muestra toda su Andalucía, y doña Joaquina su Lima, su París y su Madrid. Y uno ve al vigoroso Ministro, lleno de vida, con sus cabellos blancos, relampagueándole los ojos, gesticando como un dominador.»

Cánovas y los argentinos.

«Un distinguido caballero, que ha representado á nuestro país en España, nos envía las siguientes líneas, llenas de calor y espontaneidad :

La muerte del Sr. Cánovas del Castillo, primer Ministro del Gobierno español, primer hombre de Estado de España y uno de los primeros hombres de Europa, es una pérdida inmensa, no sólo para su Patria, sino también para todos los pueblos civilizados del mundo.

Cánovas del Castillo formaba actualmente con Gladstone y Bismarck, la fuerte y brillante trilogía cuyos destellos geniales han asombrado ó conmovido la Europa en los últimos veinticinco años, ya con sus fulgores deslumbrantes de libertad y de progreso, ya con resplandores siniestros de valientes audacias y de tiránica prepotencia.

No es mi ánimo bosquejar, siquiera, la biografía del ilustre Cánovas del Castillo ; no poseo los elementos necesarios, ni el momento es oportuno, impresionado el espíritu por tan salvaje crimen.

Pero los que hemos seguido de más ó menos cerca, en los veinte años pasados, los procedimientos, la labor ruda y fecunda de este carácter indomable y poderoso, de este verdadero hombre de Estado, preparando y realizan-

do la Restauración de la Monarquía en su país, combatiendo enérgicamente, sin desmayar un momento, las sublevaciones formidables de Cuba y de Filipinas, podemos, en este instante supremo, proclamar altamente nuestra admiración por las extraordinarias cualidades de gobernante que reunía el muerto; por mucho que, como americano y hombre libre, lamente, por mi parte, su enérgica aplicación en la contienda con Cuba—energía que, además, como español y jefe de Gobierno, tenía el deber y el derecho de emplear.

Este inicuo asesinato, cometido por criminales que se intitulan «anarquistas», cuando todas las leyes los califican simplemente de asesinos, incendiarios y ladrones, no sólo producirá en Europa y entre todos los españoles profundo dolor é indignación, sino también entre los argentinos que sepan, como muchos lo sabemos, el interés con que el ilustre estadista miraba cuanto tenía relación con el progreso y engrandecimiento de la República Argentina, la simpatía y aprecio que demostraba por algunos de los argentinos que conocía, y la admiración y el respeto con que se expresaba respecto del General Mitre, como me lo manifestó repetidas veces, cuando representé á mi Patria en Madrid; sentimientos que, en su nombre, tuve la satisfacción de comunicar oportunamente á nuestro ilustre y venerado General.

Al manifestar nuestro pesar profundo por el asesinato del Sr. Cánovas del Castillo, es necesario que los hombres honrados de todos los países—los que no tememos los odios de los malvados, por muy alto que estén encubiertos ó muy bajas que sean sus guaridas—exijamos de las autoridades la mayor energía en defensa de la sociedad seriamente amenazada por una secta de bandidos fanatizados.»

La impresión en Buenos Aires.

«No hay para qué decir que la noticia del asesinato de Cánovas causó honda impresión en el público.

Hecho tan inesperado y de tanta trascendencia no fué creído en los primeros momentos, especialmente por la colectividad española, haciéndose sólo el convencimiento cuando aparecieron los boletines que daban cuenta detallada del atentado.

Aún á las once de la noche persistían las dudas, contribuyendo á fomentirlas en algunos

el hecho de que el señor Ministro de España se encontraba á esa hora presenciando el espectáculo en el teatro de la Comedia, lo que hace suponer que él también se contara entre los incrédulos.

Algunos concurrentes al mencionado teatro se acercaron al Sr. Durán y Cuerdo, preguntándole si daba crédito á las noticias propaladas por los boletines, á lo que el señor Ministro contestó que nada podía decir, porque aún no se le había comunicado nada oficialmente.

En el Club Español fué grande la consternación que produjo la fatal nueva, perdiendo sus salones la animación acostumbrada. Reunida su Comisión directiva, adoptó, entre otras resoluciones, la que publicamos más abajo, invitando al comercio español á cerrar hoy sus puertas en señal de duelo.

El hecho de ser domingo, día en que la vida se paraliza casi por completo en Buenos Aires, á punto de que desaparecen los millares de muchachos que se dedican á la venta de diarios, ha sido causa de que la sensacional noticia no haya tenido mayor resonancia aún; de manera que la mayoría del público la vendrá á conocer hoy, á pesar de que hayan sido cuatro los diarios que la dieran á la publicidad en boletines.»

III

LA PRENSA

En el propio día 9 de Agosto dió á luz, además de un retrato de Cánovas, el artículo de que tomamos los párrafos siguientes:

Antonio Cánovas del Castillo, asesinado ayer.

«Todavía han de estar grabados en la memoria de los lectores los rasgos seguros y atrevidos, como trazados por mano de artista, con que Núñez de Arce cinceló en una de sus últimas correspondencias á *La Prensa* la semblanza de Cánovas del Castillo, de cuya fecunda existencia acaba de cortar el hilo un atentado criminal.

Ni la fidelidad en el parecido, ni la exactitud de las líneas de aquel retrato, podrían ser superadas, por muchos que fuesen los pormenores biográficos recogidos por el observador

más escrupuloso, para animar la fisonomía del estadista y acentuar el carácter del político que más ha actuado en la España contemporánea.

Habrá quien discuta la capacidad intelectual de Cánovas del Castillo; podrán las pasiones partidarias, tan encendidas siempre en los pueblos meridionales, regatearle los quilates del talento, la extensión de su cultura ó la profundidad de sus ideas; pero habría que negar la evidencia misma, para desconocer en él la existencia de una vigorosa personalidad, forjada entre los rigores de luchas varoniles, cualquiera que haya sido el auxilio que recibiera del concurso fortuito de las circunstancias.

La cualidad que decide del destino de cada hombre, la que marca cada individualidad con sello indeleble y hace que algunas se destaquen sobre la mansa grey y se impongan á las miradas de la multitud; eso que llamamos el carácter, cifra y compendio de una voluntad de hierro, servida por una inteligencia luminosa, fué en el hombre que acaba de caer en medio del combate, el resorte secreto de su fuerza, de su poder y de sus triunfos.

Muchos actos de su vida pública comprueban esta apreciación. Desligado de los partidos en que ha militado, cada vez que disienta de sus aspiraciones ó de sus rumbos, se le ha visto marchar solo y proceder por su cuenta exclusiva siempre que la previsión de los acontecimientos le aconsejaba señalar nuevos derroteros á la política de su país.

Así se le vió mantenerse aislado durante el reinado de D. Amadeo de Saboya, seguro de que no podía arraigar aquel ensayo de Monarquía revolucionaria, en tanto que sus correligionarios de la Unión liberal tomaban parte en la revolución del 69 y ofrecían sus servicios á aquel Monarca.

De igual modo se retrajo de toda intervención, á pesar de haber sido especialmente solicitado su concurso, cuando derribada la República el 3 de Enero de 1874 por el golpe de Estado del General Pavía, convocó éste á los hombres notables de todos los partidos, para que organizarasen la nueva situación política. Se dió cuenta de que tal estado de cosas tenía que ser transitorio; entendió que la solución de aquel tormentoso período no podía ser otra que la Restauración de la Monarquía con D. Alfonso XII; y al ver que las demás opiniones

disentían de la suya, se apartó del movimiento de la política activa, á la espera de que el tiempo preparase las condiciones que semejante transformación demandaba.

Hombre de ley y parlamentario convencido, aspiraba á ver restaurada la Monarquía por el voto del país representado en Cortes. El General Martínez Campos se anticipó á la ejecución de estos planes y proclamó á D. Alfonso XII en Sagunto. Aunque no sin visible contrariedad, Cánovas cedió ante los hechos consumados, para dirigirlos; y entonces, autorizado por los poderes que la familia real le tenía otorgados, y de los cuales había tenido la previsión de proveerse, se puso al frente del Ministerio-Regencia, que gobernó hasta la llegada del Rey.

Era temor general de los partidos revolucionarios que la Restauración extremara la persecución contra los vencidos, y que de igual modo que todas las demás restauraciones, se caracterizase aquélla también por desquites y represalias; pero Cánovas pronunció entonces su célebre frase: «Vengo á continuar la Historia de España», y esta actitud desarmó todas las prevenciones y desvaneció todos los recelos.

Se ha hecho un cargo contra Cánovas del Castillo por su olímpica soberbia, por su condición autoritaria; hay que reconocer que esto no ha sido sino la conciencia de su superioridad. Durante muchos años ejerció en el Parlamento español una dictadura intelectual, que no ha sido disputada sino mucho después, cuando con él midieron sus armas hombres como Azcárate y Salmerón; pero aquella dictadura estaba sostenida por su competencia reconocida y por el prestigio de su palabra. No fué nunca la ciega sumisión de los partidarios, ni los galardones del éxito.

Los pormenores de su vida, como estadista, como literato, como orador y como político, además de que son de pública notoriedad, no podrían caber en una sucinta noticia biográfica como esta, que más ha de tener el carácter de un testimonio de respeto en la hora suprema á un hombre ilustre que ha ofrecido al servicio de su Patria todos los anhelos de su espíritu y todas las fuerzas de su inteligencia; pero tampoco podríamos excusarnos de señalar los momentos culminantes de su laboriosa existencia. »

.....

«De sus recientes actos de gobierno, ¿qué podríamos decir que no sea del dominio público? En las dos guerras coloniales que España sostiene al presente, Cánovas ha demostrado entereza, actividad y vigor intelectual. Sus grandes cualidades no se habían eclipsado un solo momento, ni los años habían hecho mella perceptible en su naturaleza robusta, verdaderamente privilegiada.

España y los españoles están de duelo, sin distinción de partidos políticos; y propios y extraños no podrán menos de descubrirse con respeto ante la tumba de un hombre, quizá el más influyente de su Patria durante más de media centuria.»

* * *

Del notable artículo, como todos los del señor Núñez de Arce, publicado por *La Prensa* poco antes, el 26 de Junio, y á que se refería el anterior, reproducido por algunos periódicos chilenos, después de la muerte de Cánovas, tomamos los siguientes párrafos:

D. Antonio Cánovas del Castillo, asesinado ayer en España,

JUZGADO POR D. GASPAR NÚÑEZ DE ARCE

Madrid, 26 de Junio de 1897.

«La resistencia del jefe de Gobierno tiene fácil explicación para cuantos conocen su carácter imperioso y nada flexible. El Sr. Cánovas del Castillo es un hombre de Estado eminente, que ha prestado á su Patria grandes servicios. Negarlo sería locura. La circunstancia de militar en campo opuesto al suyo no tiene fuerza bastante para obscurecer á mis ojos sus extraordinarios méritos y superiores cualidades. Dotado de vasta capacidad, de profunda instrucción, y á veces de provechosas iniciativas, se ha conquistado en la historia política de España lugar privilegiado y duradero. Esto lo confiesan propios y extraños.

No hay género literario en que no se haya ensayado su prodigiosa actividad intelectual: en la poesía, en la crítica, en la novela, en la Historia, y si no ha sido afortunado en todos, en todos ha dado pruebas evidentes de su saber y su ingenio. Pero el campo más apropiado para el desenvolvimiento de sus facultades ha sido siempre la oratoria. En él ha dominado desde joven, y domina todavía en el último

tercio de su vida, como conquistador y como maestro. Cuando se levanta para hablar en el Ateneo ó en el Parlamento, el Sr. Cánovas del Castillo se transfigura. Su rostro, sacudido por continuas contracciones nerviosas, y como el de Mirabeau, poco favorecido por los dones de la Naturaleza, dijérase que se ilumina con los resplandores de la palabra. Su voz, algo monótona, pero solemne y vibrante, empieza á caer lentamente sobre el auditorio, que le escucha en silencio; después se anima, se enardece, empleando contra su adversario, en el calor del combate, todas las artes, buenas y malas, de la retórica, desde el alfilerazo al golpe de maza. La fina ironía, el sarcasmo acerbo, el silogismo sutil, el argumento contundente, la frase halagadora, la reticencia cruel, brotan de sus labios en caudal abundante, con arrolladora elocuencia.

Cuando un hombre como el Sr. Cánovas del Castillo llega por sus pasos contados, sin apresuramientos ni sorpresas, á las más elevadas cumbres del poder y de la fama, no cabe negar la legitimidad de sus títulos ni querer menguar su gloria. El favor ó el capricho de un rey ó de una muchedumbre pueden en momentos dados levantar á la cúspide social seres que no lo merezcan; pero si no poseen condiciones para sostenerse en el puesto debido á los azares de la fortuna, estos vanos ídolos se desmoronan y desvanecen pronto, como las figuras de nieve que modelan los niños en los rígidos días del invierno, y que los primeros rayos del sol deshacen y disuelven en sucio y asqueroso cieno.

Es ley ineludible de la Naturaleza la imperfección humana. El Sr. Cánovas del Castillo no ha podido sustraerse á esta ley vital, y al lado de las esclarecidas dotes que le adornan tiene en grado sumo dos defectos capitales que las empujeñecen y deslustran: el exclusivismo y la soberbia.

No es difícil que el actual Presidente del Consejo de Ministros adopte una opinión ajena antes de haber expuesto la suya; pero si se ha adelantado á formularla, ¡ah!, entonces no hay remedio, es menester que su juicio, acertado ó erróneo, prevalezca á toda costa; su orgullo no consiente la contradicción, ¡qué digo la contradicción!, ni siquiera el más leve disentimiento.

El Sr. Cánovas del Castillo cree de buena fe en su propia infalibilidad, y es implacable con

cuantos no se someten á su pontificado intelectual y político.

Tal vez amargado por el triste conocimiento de los hombres que adquiere en las altas esferas del Gobierno, mira á los demás con desdén difícilmente disimulado.

Cortés y comedido en los debates de los Cuerpos colegiados, es, por el contrario, en las conversaciones de su tertulia maldiciente y agresivo hasta la crueldad, sobre todo con los que, militando bajo sus órdenes, alardean de independencia, porque en sus relaciones políticas se ajusta estrictamente á la máxima del Evangelio: «¡ Quien no está conmigo, contra mí está! »

Los favores que ha repartido y reparte á manos llenas, le han granjeado numerosa y dócil clientela: pero es más temido que amado, y son muchos más los enemigos mortales que le ha creado la intemperancia de su vena satírica inagotable, porque la natural ingratitude del género humano olvida con más facilidad un beneficio que una burla.

El convencimiento de su superioridad indiscutible ofusca á menudo la clara inteligencia del Sr. Cánovas del Castillo, y es absorbente hasta un extremo en realidad asombroso. En cuantas situaciones ha presidido, él ha sido Ministro universal.

Sus demás compañeros de Gabinete han sido y son, como sucedió en las monarquías absolutas, meros secretarios del despacho, ó más bien humildes y sumisos ejecutores de su voluntad suprema. El lo piensa todo, él lo dispone todo, él lo organiza todo, él lo es todo, él forma ó disuelve sus Ministerios, sin contar para nada con los que van á ser ó á dejar de ser Ministros, como ha acontecido durante la última crisis, en que los demás consejeros de la Corona han estado cuatro días sin saber por qué habían dimitido, ni si estaban vivos ó muertos.» (1)

(1) No pasamos de aquí porque lo demás son apreciaciones—aunque correctas, como de la pluma que proceden, al fin de adversario político—sobre la negativa del Sr. Cánovas á satisfacer la susceptibilidad del partido liberal, por cierto incidente que tuvo lugar en el Senado, y que motivó el acuerdo de retraimiento del mismo. Los liberales podían opinar así ó como el señor Núñez de Arce indica, pero los conservadores, no, sin que valga decir, en apoyo del proceder de los liberales, que un disidente del Sr. Cánovas, que hasta entonces no

IV

EL DIARIO

También el día 9 publicó este periódico lo que copiamos á continuación:

Cánovas del Castillo.

«La inesperada desaparición del hombre de Estado cuya muerte anunció ayer el telégrafo, ha sido anoche y será hoy un tema de conversación que se explotará en todos los Círculos, y en todos, seguramente, se condenará el abominable asesinato.

Las circunstancias dramáticas del fallecimiento del primer Ministro del Gabinete español impresionan el espíritu y añaden un triste interés á todo lo que se relaciona con la vida de este estadista.

Para España es una inmensa pérdida.

En su país fué Cánovas del Castillo todo lo que puede ser un hombre dentro del régimen monárquico. Desde el año 1845, venia tomando parte activa en la política; poco después de esta fecha fué Diputado, apoyó la política de O'Donnell y combatió tenazmente siempre el espíritu republicano.

Ocupó durante la Presidencia de ministros de O'Donnell, los Ministerios de Ultramar y Estado. En Roma desempeñó un alto puesto diplomático.

La revolución que derrocó á Isabell II le obligó á expatriarse. A fines del año 1870 volvió á tomar parte activísima en la política española, empezando desde aquella fecha á trabajar por la dinastía borbónica.

El grito de Sagunto dado por Martínez Campos, que cooperaba con Cánovas para traer á Alfonso XII, lo llevó á la Presidencia del Consejo de Ministros.

había deastado por completo los vínculos que le ligaban al partido, se emancipase en absoluto, aludiendo sin duda á que por aquel entonces iba recorriendo lugares el mencionado disidente y proclamando su desacuerdo: conducta esta muy censurada por los conservadores que se mantenían fieles, y eran los más, al Sr. Cánovas, y aun por liberales y periódicos como *El País*, tan distanciado de Cánovas como de Silvela, que deca de este último horrores en su número del 13 de Agosto de 1897.

De todas suertes, para juzgar de la disidencia de Silvela, véase desde la página 44 lo que escribieron el *Heraldo* y otros periódicos nada afeos á Cánovas.

Desde esta época, Cánovas ha figurado en primer término en la política de su país, mereciendo honores excepcionales que jamás quiso aceptar.

Quisiéronle hacer Príncipe, y él no quiso aceptar, estimando que llamarse Cánovas era suficiente título.

Su talento y su vasta erudición le permitieron abordar todos los géneros.

Fué periodista, historiador, poeta, legislador, orador notabilísimo y hombre que en el trato íntimo encantaba á sus amigos, pues tenía salidas ingeniosísimas.

Nadie contaba cuentos con más gracia y chispa que Cánovas del Castillo, que al morir gritó ¡ Viva España !

Tenía sesenta y nueve años, y era uno de los hombres del mundo que contaba más condecoraciones extranjeras.

Muchas personas de la colonia española han visitado esta mañana al Ministro de España en señal de pésame por este triste suceso.

Esta tarde irán varias Sociedades en corporación á visitar al representante de España con igual objeto.

La función anunciada para esta noche en la Comedia ha sido suspendida, en señal de duelo por la muerte de Cánovas.

De acuerdo con la invitación hecha por la

Comisión directiva del Club Español, hoy han cerrado sus puertas las casas de comercio españolas, en señal de duelo por la muerte de Cánovas.

Esta noche volverá á reunirse la Comisión del Club Español, para adoptar otras resoluciones. Háblase de realizar una demostración pública de protesta y de homenaje á la memoria de la ilustre víctima.

El Club Español de La Plata ha resuelto hoy lo siguiente, en homenaje á la memoria de Cánovas : que durante el día de hoy permanezcan cerradas las casas de comercio de aquella ciudad ; concurrir al local del Club hoy, á las tres de la tarde, á suscribir una nota de pésame y protesta, que será remitida á España. »

Por último, *El Guerrillero Español*, periódico ilustrado de Buenos Aires, en su número del 29 de Agosto, en que publicó un gran grabado representando la manifestación de duelo por el Sr. Cánovas que tuvo lugar en dicho día, dirigiéndose la comitiva á la Casa de España (la de la Legación), dedica sentidas palabras á este suceso, y refiriéndose al discurso pronunciado por el Sr. Ardití Rocha, dice « que tuvo los acentos de dolor para la llorada víctima, los del entusiasmo para enaltecerla, los del anatema para condenar el crimen alevoso y los del amor más puro para la madre Patria ».

435

PERIÓDICOS DE CÓRDOBA

LOS PRINCIPIOS

El órgano de la Asociación « Juventud Católica » dedicó al Sr. Cánovas, en su número del 22 de Agosto de 1897, lo que se transcribe á continuación, publicando además su retrato :

Homenaje á España.

« Queriendo tributar nuestro humilde homenaje de admiración á la madre Patria con ocasión del grandioso funeral celebrado ayer por la colonia española de esta ciudad en honor de Cánovas del Castillo, hemos improvisado el presente número especial de *Los Principios*.

Bastarían las firmas del distinguido literato doctor Jacinto R. Viñas, Vicario de la diócesis del Paraná ; del doctor Manuel D. Pizarro, doctor Moyano Gacitúa, doctor Morcillo, Sr. Eizaguirre, Manuel Río, Suárez Salgado, etc., para considerar la importancia de esta hoja, que no hemos podido confeccionar como hubiéramos querido por la premura del tiempo de que hemos dispuesto : (1)

(1) Algunos de los que suscriben este homenaje, tomaron parte también en el trabajo titulado *Cánovas, juzgado por los argentinos*, como puede verse en la Tercera parte.

Cánovas del Castillo y la decadencia
de España.

«Uno de sus biógrafos, español como él, ha dicho de Cánovas del Castillo que «vale más que su país».

Esto lo dice, pero no lo siente la altivez hispana. Es un desgarramiento de corazón, y nada más; un grito de dolor que á la propia grandeza de una nación homérica, arranca la aflicción en sus desgracias.

Nada hay en España que sea superior á España. Ella hace á su imagen y semejanza sus héroes y sus grandes estadistas. Esta fué en todo tiempo su historia; y ésta es también la historia de la humanidad. Sólo en pueblos en formación pueden darse hombres superiores que valgan más que su país; en pueblos ya formados, cada nación funde en su propio molde sus héroes, sus oradores, sus artistas, sus literatos, su grandes capitanes y sus grandes estadistas. Esto hace precisamente la gloria de Cánovas del Castillo: es como la síntesis del genio español.

Por eso al evocar su nombre yo me inclino ante la grandeza de España, de que fué aquél la más alta personificación; pues yo no confundo la decadencia con las desgracias de una nación, siempre que ésta conserve su alma, su espíritu, su aliento, como lo conserva España, y la vemos reproducida en el estadista eminente que al expirar, víctima de los errores de su siglo, vinculó su gloria á la gloria de su propio país, en este grito en que se exhaló todo su aliento, su espíritu colosal, su alma española toda entera: ¡Viva España!»

M. D. PIZARRO.

* * *

«La vida de un gran hombre no se rescata con el último suplicio de su malvado victimario: así nos lo dicen de consuno la razón y la conciencia; y siendo el patíbulo el medio más terrible inventado para la expiación del crimen, es á la vez la más solemne demostración de la impotencia de la justicia humana para por sí sola satisfacer aquella.»

EUFRASIO S. LOZA.

Agosto, 22 de 1897.

A España

EN LA MUERTE DE CÁNOVAS DEL CASTILLO

I

Sube, Genio inmortal, á las alturas;
Mártir que llora inconsolable España,
Apurando su cáliz de amarguras.
Te hirió traidora la cobarde saña
De la secta infernal casi en el seno
De tu esposa querida:
Mordió tu corazón con su veneno
La sierpe maldecida;
Y al par que hondo lamento
Del mundo enristrecido,
Del monstruo vil, sangriento,
Oyóse de placer el alarido.

II

Allá, del mar remoto
Te llegan con horror gritos de guerra,
Cuando el sepulcro á tu Adalid encierra.
¿La nave irá sobre la mar bravía
A merced de los vientos, sin piloto?
Extinta su energía;
Apagado en los cielos tenebrosos
Aquel Astro de Ciencia;
Muda en el Parlamento su elocuencia;
Tu porvenir incierto,
España, ¿cuál será, Cánovas muerto?

III

El mismo, el mismo de tus grandes días,
Cuando la Cruz flameó sobre Granada;
Cuando en Lepanto hundías
Con tu pujanza la morisca armada,
Cuando besó tu frágil carabela
La tierra americana,
Al sonrosado albor de la mañana.
El mismo de Bailén, de Roncesvalles.
De Otumba y Castillejos!...
No has borrado la Cruz, no, de tus viejos
Castillos y blasones;
Profesas su doctrina;
Serás eternamente, noble España,
La gran madre latina!

IV

Para llorar tu duelo,
Triste Nación, ¿qué ciclo
No se enlutó? ¿Qué mares

No rugieron de cólera y quebranto?
De la Iglesia de Cristo en los altares
El Pontífice Santo
Por la víctima oró, bañado en llanto.
« ¡Cuán justo es tu pesar, el mundo entero
« Te dice lastimero!
« Ese nuestro dolor, Madre afligida,
« ¡Qué corazón no ha abierto tu honda herida?

V

Monstruo horrendo, anarquía,
Noche que odias el día;
Sin honor, sin justicia y sin virtudes,
¿Piensas regir el mundo,
O fascinar tal vez las multitudes?
¡Ah, no! ¡La humanidad, reptil inmundo,
Aplastará tu frente maldecida!
¡No se ha roto de Dios el brazo fuerte;
Y sobre los horrores de la muerte,
Como aurora de luz, triunfa la vida!

VI

La Religión te execra y te maldice,
Ella, que sólo con amor bendice.
En vano te levantas
Contra Dios y la Patria; en tu locura,
Amasada con rabias del infierno,
Vencida has de caer ante el Eterno,
Y te hollarán sus plantas!

VII

Esa tumba de honor y de civismo
A mil generaciones será ejemplo.
Conviértela en tu templo,
España, de lealtad y patriotismo.
Y tú, viuda infeliz, joya de Lima,
Santa mujer, que al matador perdonas,
¡Tu caridad heroica te sublima!
Ya del mundo te cubren las coronas.
¡Cánovas! El fulgor de eternos soles
Irradie tu memoria,
Y te aelame la Historia
« El grande entre los grandes españoles».

J. R. VIÑAS.

Paraná, Agosto de 1897.

Antonio Cánovas del Castillo.

« Atribuir la profunda impresión causada en todo el mundo, por el asesinato alevé del pri-

mer Ministro de España, á las dotes de inteligencia y de corazón del grande estadista, es empequeñecer un acontecimiento que, aunque verificado en España y en un español, constituye una página de la historia del linaje humano.

Ese anarquista de nombre incierto, al extender su brazo sin resentimiento, sin interés personal, para hacer blanco certero en la persona de Cánovas del Castillo, ha arrojado con lógica brutal los principios del 89 contra el Evangelio de Cristo, y el choque de ambas teologías ha arrancado un gemido á la humanidad.

Toca ahora á las clases gobernantes hacer fuego sobre los anarquistas, pero no tanto con el plomo fratricida de Angiolillo, sino con la verdad católica, que ilumina las inteligencias, y la caridad, que restaña las heridas.

No hay otro remedio. Cátedra contra cátedra.»

L. MORCILLO.

* * *

«Amigo Datori: La enfermedad que me aqueja es causa de que no satisfaga su pedido en forma más adecuada á su propósito.

El patriotismo, como todos los grandes amores, tiene inspiraciones de vidente; la exclamación de Cánovas, moribundo, expresa una necesidad y un deseo universales.

Sí, que viva España, porque son necesarios la fe y el celo del pueblo predilecto del sagrado corazón, el valor y la intrépida tenacidad de la civilizadora de la mitad del orbe, para la ardua empresa de contener y encauzar el torrente que amenaza al mundo con los horrores del caos.

¡Que Dios devuelva el antiguo poderío al brazo de Lepanto y vigorice el soplo que transporta las montañas en la causa de San Ignacio!»

MANUEL E. DEL RÍO.

* * *

Cánovas.

«Nuestra Patria está de duelo. Su bandera, á media asta, envuelta en fúnebres crespones, cual si sintiera el dolor del pueblo español, pliégame hoy, como pudiera plegarse en desolado campo de batalla, en que los estragos de

cruentísimo combate ocasionan á España la pérdida de cien mil hombres. ¡Tal era el valimiento en los momentos actuales del Sr. Cánovas del Castillo!

Su trágico fin ha arrancado un grito de profunda indignación á todo el mundo civilizado, que ve con horror la tendencia destructora de los sectarios del anarquismo, que eligen sus víctimas en los más ilustres y más grandes hombres de Estado.

Y que el primer Ministro español era un grande hombre, lo dicen bien alto las manifestaciones universales de dolor que su muerte ha suscitado: Glasdton, reputándolo el primer hombre de Estado de Europa, y Bismarck «que jamás se había inclinado ante ningún hombre y se inclinaba ante la memoria de Cánovas del Castillo».

Ya no le veremos, como en la cuestión de Las Carolinas, dominar en sí su temperamento batallador y llevar al mismo tiempo por el camino de las energías moderadas, que evitaban conflictos internacionales, la genial altivez de nuestro pueblo.

.....

Ya no iluminará con los destellos de su vasta ciencia los amplios salones de la Academia de la Lengua, de la Academia de la Historia y del Ateneo Científico y Literario.

Ya no resonará en el Parlamento español su autorizada voz en los altos y serenos debates ó en las tempestuosas discusiones. Sus improvisaciones admirables, su lógica contundente, su réplica, que era á la vez ariete formidable, ya no fulminará á sus adversarios; pero aquel grito de ¡viva España! que brotó de su corazón y apenas vibró en sus labios al extinguirse su vida, aquella condensación de todas las energías de su sér en un único y último pensamiento que, al apagarse la luz de su muerte, dedicaba á su Patria, resonará en el corazón de todos los españoles como el último supremo anhelo del patriotismo, como una gran enseñanza que nos lega el primero de nuestros hombres públicos, al vivir por España y para España y al morir pensando en ella.»

ROGELIO MARTÍNEZ.

* * *

«La vida del ilustre, del Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, ha sido muy fe-

cunda. Me sería imposible hacer un estudio de ella; por eso me limitaré á repetir sus últimas palabras: ¡viva España! Tal fué su último pensamiento, su último deseo, que los españoles debemos grabar en nuestros corazones. España debe vivir. Sus hijos deben seguir la ruta que les trazó aquel gran hombre. Deben luchar con fe y unidos; cada cual en su esfera de acción, hacer lo necesario para que España cumpla en la Historia sus providenciales destinos, en la seguridad de que el Todopoderoso permitirá que el hombre por cuya muerte hoy lloramos no sea el último que conduzca á nuestra Patria por el camino de la lealtad y la grandeza.»

MANUEL PEREA MUÑOZ.

* * *

A continuación publicaba un bien pensado y mejor escrito artículo, de D. Eleuterio Ríos, sobre *La conspiración socialista*, que no reproducimos, con sentimiento, por el deseo de abreviar éstas ya numerosas páginas.

* * *

«Hernán Cortés, quemando sus naves en el Golfo de Méjico, asombró al mundo en el siglo XVI, immortalizando las glorias de España con hechos de tanto heroísmo.

¡Cánovas del Castillo, afrontando en el siglo XIX la situación difícil de esa Nación y muriendo al grito de ¡viva España! por la mano alevé de un execrable asesino, tendrá un lugar preferente en el corazón de todos los hijos de ese heroico pueblo!»

M. GONZÁLEZ.

* * *

Siguen otros dos sentidos párrafos de los Sres. D. José Manuel Eizaguirre y D. Miguel Rodríguez de la Torre, diciendo el primero que ama y admira á España, porque fué la Patria de su padre, y que no es raro que la admire, porque es la madre de su Patria; y el segundo, atribuyendo los males que se experimentan á habernos apartado de la buena doctrina, sin volver á la cual legaremos al siglo XX la funesta herencia de la irreligión en el individuo, en la sociedad y en la familia.

* * *

Continúa luego:

Las tres grandezas del genio.

«Hállanse, á mi ver, en Cánovas del Castillo tres altas facultades, que raramente suelen hallarse reunidas en un hombre de Gobierno.

Constituyen la primera toda una serie de virtudes políticas que, cual el patriotismo, el espíritu de progreso, la aspiración de engrandecimiento nacional, etc., forman lo que pudiera llamarse *sus grandes ideales*; sintetizándose en la segunda diversas manifestaciones de ingenio é ilustración, como son las profundas disquisiciones filosóficas, los sabios estudios históricos, los notables trabajos económicos, constitucionales y sociológicos, las brillantes facultades oratorias académicas y parlamentarias, su habilidad política y otras no menos preciosas dotes de su espíritu selecto, que son prueba evidente de sus *grandes talentos*; y componen la tercera sus vigorosas altiveces, la ruda y majestuosa franqueza para combatir al contrario cara á cara y pecho á pecho, su arrogancia y serenidad en los momentos difíciles de las grandes responsabilidades históricas, su constancia en los propósitos y la vigorosa firmeza en las resoluciones, que revelan claramente sus *grandes energías*.

Estas tres grandes cualidades de su alma se uniforman y complementan en un todo, formando como resultante el genio político del ilustre estadista español.»

F. RODRÍGUEZ DEL BUSTO.

Córdoba 29 Agosto 1897.

«A la vista de una querida madre que, enlutada, suspira y llora la muerte trágica de un hijo predilecto, las lágrimas asoman á los ojos é imponderable pena oprime el corazón.»

JEMÍSTOCLES CASTELLANO.

«Cánovas, menos grande por las concepciones trascendentales de su cerebro *monstruo* que por las palpitaciones patrióticas de su corazón, tuvo energías bastantes para enfrenar el egoísmo de una raza, conduciendo en carroza la soberbia de los Césares y conmover el corazón del prestamista hebreo con los andrajos de su pueblo, porque amó su Patria y su libertad.»

.....

NÉSTOR P. PIZARRO.

«Cánovas del Castillo era uno de los más grandes cerebros de Europa, y el más grande, sin duda, en la política militante de España. ¡El anarquismo, cortando su cabeza, ha cometido el más horrible de sus crímenes, porque si otras veces ha segado vidas de Presidentes, de demócratas ó de Príncipes, en Cánovas ha cortado la cabeza de un pueblo.

En España sobran los héroes á veces; pero comunmente fáltanle los hombres de gobierno.....»

.....
.....
.....

* * *

Siguen otros pensamientos y manifestaciones no menos elocuentes respecto de Cánovas, de los cuales entresacamos los siguientes:

«¡Noble España! El *monstruo* de tu raza necesitaba ser aplastado por el *monstruo* de la Humanidad. Tus hijos se conducen por la pérdida del eminente estadista y levantan su voz de execración y de protesta contra los sectarios de la *Nada*.»

B. OTERO CAPDEVILA.

Agosto, 21 del 97.

* * *

Cánovas del Castillo.

«El preclaro nombre de tan ilustre republico guardaránlo eternamente esculpido los anales de oro de la nobilísima España por los siglos de los siglos.

Y en mármoles y bronce también allí se verá esculpido.

Las crueles heridas que son tu vital estambre, ¡oh Cánovas!, cortaron tu aliento de gigante, abriéronte las puertas de la inmortalidad ante el concepto humano.

Patriota, sabio, estadista, te llora y te glorifica un pueblo.

Mártir, tu memoria vivirá eternamente en la conciencia honrada y justiciera de los hombres y de los pueblos.»

ENRIQUE LÓPEZ BALTODANO.

* * *

« Cuando, al través de los tiempos, los que marchan por la existencia se detienen ante una de esas tumbas que guardan las cenizas de los caídos en aras de sus altos ideales, el viajero arranca un tirso de los laureles que florecen sobre la huesa para ir á entregarlos á las generaciones que se inician, á fin de que, coronándose con ellos, se inspiren en la obra de esas individualidades que supieron levantarse con ímpetus de gigante, labrando un porvenir á los pueblos y á las razas, y dejan-

do á su paso la estela luminosa de las grandes virtudes y de las glorias eternas. »

LUCIO STELLA.

* * *

Por separado, y al hablar de las manifestaciones de duelo y funerales hechos por el alma del Sr. Cánovas, se da cuenta y publica casi íntegra, entre otras, la oración fúnebre pronunciada en los que tuvieron lugar en Córdoba y dió á conocer *Los Principios*.

ESTADOS UNIDOS DE AMERICA

En la imposibilidad de reproducir todo lo escrito por los periódicos norteamericanos con motivo de la muerte del Sr. Cánovas, nos limitamos á extractar lo más importante, injusto ó no con la víctima de Santa Agueda, pu-

blicado en los días 9, 10 y siguientes del mes de Agosto de 1897. Bajo el punto de vista político, ó de la pérdida posterior de nuestras Colonias, es de lo más interesante que contiene este libro.

PERIÓDICOS DE NEW YORK

I

THE NEW YORK

« D. Antonio Cánovas del Castillo, el más poderoso hombre de Estado de España, que restauró en su Trono á los Borbones y era su más fuerte sostén, ha caído herido de muerte por la bala de un asesino. Si algún asesinato permite esperar que se cambie el mapa del mundo, es éste.

El culpable de la situación actual, era Cánovas (1). No obstante sus cualidades magníficas de lealtad y de patriotismo, era de un modo incuestionable el mantenedor de la violencia. Su poder era tan grande que, una vez quitado de enmedio, son de esperar las más lisonjeras consecuencias. Cuba puede y debe prometerse ya ser independiente. Pero aún

(1) Porque trataba de evitar el robo consumado por los Estados Unidos.

más que esto, es indudable que los Borbones españoles deben irse preparando á un nuevo destino que deje el campo libre al gobierno del pueblo por el pueblo. El asesinato es cosa reprochable, pero en esta ocasión, dadas las condiciones del desgraciado primer Ministro, hay que reconocer que puede producir el establecimiento de dos nacionalidades republicanas, donde hoy impera una monarquía militar despótica... »

II

THE NEW YORK WORLD

En su número del 9 de Agosto y bajo el epígrafe *Acto providencial*, escribía:

« El Coronel Aguirre afirma que la muerte de Cánovas significa la independencia para Cuba y es un acto providencial. Los cubanos van ¡ por fin !... á ver realizados sus ensueños de li-

bertad, porque ahora, sin Cánovas, la guerra entre los Estados Unidos y España es inevitable.

La muerte de Cánovas es la mayor de las calamidades que podía haber caído á España. Era uno de los hombres de Estado más grandes de Europa. Su falta producirá una verdadera revolución en el país. Los republicanos no podían soñar mejor oportunidad para derrocar la monarquía. Y lo mismo digo de los carlistas y de los socialistas andaluces. Los tres elementos estaban contenidos por el prestigio é indudable energía de Cánovas. »

* * *

Comentarios de Sherman.

«Quizá la muerte de Cánovas, por lo violenta, despierte simpatías hasta entre sus enemigos, vigorizando al Gobierno español. El primer efecto del asesinato será, pues, contraproducente.

Cánovas era, al decir de Sherman, un estadista de elevada talla, un hombre de admirable habilidad para el Gobierno, un político que había sabido conquistarse la confianza de su pueblo, y era sutil y diplomático hasta un grado sumo. Para el partido conservador la muerte de Cánovas es una gran pérdida, para España la pérdida es irreparable. Nada podrá compensarla. »

THE WORLD

New York, 14 Agosto.

Conducción del cadáver de Cánovas.—Impo- nente manifestación de duelo.—El camino, desde la casa al cementerio, alfombrado con flores y hojas de laurel.

HOMENAJE SORPRENDENTE DE BISMARCK

«Nunca incliné mi cabeza ante nadie. Pero la inclinaba siempre que oía el nombre de Cánovas. »

* * *

(Publica después un extenso telegrama de Madrid, fechado el 13, y que ocupa dos columnas, en el que se describe el entierro.)

III

NEW YORK ADVERTISER

9 Agosto.

« El asesinato de Cánovas ha conmovido al mundo civilizado. Se trata de la muerte, indudablemente, de uno de los más hábiles y fuertes políticos que Europa produjo nunca. Representaba las ideas ultra-conservadoras, aunque los clericales le combatiesen por las concesiones que, astuta y habilidosamente, hacía al espíritu y las conquistas del progreso moderno. Era el verdadero amo de España. Sería difícil, si no imposible, hallar en ninguno de los políticos sus compatriotas otro que uniese á su carácter maravilloso tan extraordinarias y diferentes cualidades.

Para nosotros los americanos, la primera consecuencia de la muerte de Cánovas es lo que complica la cuestión de Cuba. Con tranquilidad en el interior, como disfrutó hasta ahora con Cánovas, España puede afrontar complicaciones exteriores con probabilidades de éxito, no obstante lo exhausto de su Tesoro. Pero aniquilada la mano de Cánovas, que sujetaba los elementos de la discordia, hasta el punto de tenerlos reducidos á la impotencia, la tranquilidad se trocará en revolución, y carlistas y republicanos se disputarán el triunfo...

Tal es la perspectiva que se desarrollará en España cuando pase esta primera ebullición de la simpatía universal ante el trágico fin del insigne hombre de Estado. »

IV

NEW YORK WORLD

9 Agosto.

Venganza justa.

El General Palma dice que la venganza anarquista aprovecha á la causa de Cuba.

«No simpatizo con el asesino (dice Palma), pero no puedo ocultar que lo que ha hecho es un acto de estricta justicia. Cánovas, aún más que Weyler, era el responsable de la guerra que se hace en Cuba. Merecía el fin que ha tenido. Como hombre, deploro el infortunio; como político, lo celebro. »

V

NEW YORK JOURNAL.

El asesinato de Cánovas.

• El Rey de España es un niño que tiene ahora once años de edad. La Regente es una mujer, débil como tal. En Cuba, la revolución se mantiene, y sucede lo mismo en Filipinas. Y hoy Antonio Cánovas del Castillo, el poderoso hombre de Estado que restauró á los Borbones en el Trono, y que les sostuvo hasta aquí con su fuerza irresistible, ha caído muerto por un asesino. Si alguna vez, como dice un colega, el asesinato amenazó con cambiar el mapa del mundo, es ésta.

Cánovas era, ante todo, un ardiente monárquico. Desde 1854, que entró en la vida pública, no ha dejado de figurar ni un solo día en lugar preeminente de su país, ni de robustecer á todo trance la dinastía borbónica, tan necesitada de protección.

Durante la fugaz intentona de República, Cánovas adoptó una actitud de dignidad y de patriotismo. Poseía dos de las más grandes cualidades que se requieren para ser la cabeza de un Estado: conocer y aguantar las exigencias de su tiempo y dominar su propio temperamento.

En el Parlamento republicano hizo una campaña admirable, refrenando la ira que encendían en él los ataques de que era objeto, y dejando que aquellas instituciones cayeran despedazadas por sus mismos mantenedores, para que el espíritu público otorgara resueltamente sus simpatías á la causa monárquica, ya rodeada de prestigios y de esperanzas, gracias á sus trabajos incesantes. Cánovas, que dirigió la educación del Rey enviándole á una Academia militar inglesa, fué su primer Ministro. A su viuda y al actual Rey los ha servido con el mismo empeño é idéntico desinterés. Su tacto exquisito y su admirable prudencia evitaron una revolución á la muerte de Alfonso XII, y tales condiciones, sumadas á una indomable fuerza de voluntad, que ha crecido en imperio y en influencia con los años, le han permitido gobernar con mano de hierro, y admirado de amigos y adversarios, hasta haber reducido á la impotencia, estado en que hoy se encuentra, al partido republicano español.

Cánovas, inventor y mantenedor de la teoría, que el país entero compartía con él, de que únicamente la incondicional sumisión de los rebeldes restauraría la paz en Cuba y la daría libertades, era, como ya hemos dicho, el cimiento en que descansaba la Monarquía borbónica, la base de todo el estado actual, el hombre que, más que un ejército de tropas aguerridas, quería y podía sostener las instituciones vigentes. Es indudable que era una inteligencia superior, adornada de las más sorprendentes cualidades; un hombre leal y patriota, que ha prestado á su país insignes servicios. Tan colosal era su poder personal, que, una vez desaparecido, son de temer las más trascendentales consecuencias. Cuba puede ya prepararse á ser libre.

Siempre es odioso el crimen: casi siempre barrera infranqueable para el desarrollo de la libertad y del progreso. Pero las condiciones de insustituibilidad que reunía el infortunado primer Ministro, es posible que produzcan, á su muerte, un cambio importante.

VI

NEW YORK SUN

9 Agosto.

• De cuanto se dice con motivo de la muerte de Cánovas, lo único indudable es que acelerará el triunfo de la revolución cubana. El mayor obstáculo para ello ha desaparecido.

Durante un cuarto de siglo Cánovas ha sido el alma de su país y de la dinastía: según han reconocido hasta sus mayores enemigos, los carlistas y los republicanos. El fué el que en 1874 preparó el golpe de Estado para restaurar la Monarquía sobre las ruinas de la República. El fué quien dió los medios á Martínez Campos para vencer á los carlistas en el Norte; el que guió, aconsejó, educó y costeó la vida del joven y abandonado D. Alfonso en el destierro, y el que lo condujo á salvo durante las turbulencias y dificultades de su reinado; él fué el más decidido campeón de la viuda Regente, haciendo olvidar las luchas civiles, que siempre fueron compañeras en España de las Regencias; él, además de restaurar, consolidó la Monarquía, atrayendo á ella á su rival Sa-

gasta, á quien favoreció y ayudó; él fué, finalmente, quien ahogó todos los complots republicanos hasta la muerte de Zorrilla, en la desesperación y en el destierro. En una palabra: los servicios que prestó al hijo y al nieto de Isabel II fueron mayores con mucho á los que rindió Cavour á Víctor Manuel, ó Bismarck á Guillermo I de Alemania. El auto-convencimiento de la propia valía hizo que el hijo de una lavandera, como era Cánovas (1), rehusara el Ducado que en distintas ocasiones le ofreciera el Monarca.

É hizo bien, creyendo que ningún título podía aumentar su personal importancia y sus inmensos merecimientos; tenía razón, al considerarse á sí mismo como un extraordinario fenómeno, como el hombre indispensable para su país. Desde 1874, repetimos, él, en el poder ó en la oposición, ha sido el verdadero piloto de la Monarquía, el alma entera del Estado.

Con la muerte de este hombre eminente pierde España su mejor estadista y Cuba libre su peor enemigo.»

Cánovas juzgado por Olney.

El exsecretario de Estado, Mr. Richard Olney, hace justicia al eminente estadista español en las siguientes declaraciones que ha recogido el Dr. Shaw Bowen y tomamos de *Las Novedades*, de Nueva York:

«El Sr. Cánovas era por sus sentimientos un español típico. De vasta erudición, estaba especialmente empapado en la literatura española. Sus grandes aptitudes naturales habíanse desarrollado grandemente por el estudio. En él se hallaban reunidos el literato erudito y el estadista práctico, formando un tipo que es más común que aquí en el extranjero. Conocía perfectamente la idiosincrasia de todas las clases españolas, y su poder enorme se derivaba de su maestría para dominar las combi-

naciones parlamentarias. La Reina Regente depositaba en él su entera confianza, y todas las fracciones políticas, aun las que le eran más hostiles, reconocían sus grandes dotes.

En este país son muy poco apreciadas las exigencias de la política española. Cánovas se veía obligado á reconocer lo que llamaba la «realidad nacional», frase de mucha importancia para los que sepan comprender su significación. Monárquico del tipo más pronunciado, esforzábese con todo en unir el principio de la Monarquía con las tendencias liberales de los tiempos presentes. Pareciase al gran príncipe de Metternich en su devoción á la realeza, y si Metternich hubiera vivido en la época napoleónica, hubiera cedido á las influencias de la época, como cedía el estadista español.

Cánovas era un experimentado diplomático de tipo europeo, y uno de los más hábiles de Europa. Demostró su sagacidad evitando alianzas comprometedoras, porque bien sabía que la Hacienda española no estaba para someterla á los gravámenes que sufrió la de Italia á consecuencia de la triple alianza.

Cánovas se rodeaba siempre que podía de hábiles lugartenientes, y dió muestras de excelente juicio enviando á Washington, como Ministro de su nación, á un hombre de señalada capacidad y de devoción patriótica á su país.

Aunque ningún hombre es necesario á una nación, sufren éstas cuando pierden á ciudadanos importantes, sobre todo en circunstancias como las que señalan la desaparición de Cánovas.

Dícese que el asesinato fué debido á que Cánovas castigó con severidad á los anarquistas de Barcelona. Pero recuérdese que éstos habían perpetrado un crimen horrible: el arrojar una bomba explosiva al pasar una procesión, causando muchos muertos y heridos.»

PERIÓDICOS DE WASHINGTON

VII

El *Washington Post*, del 9 de Agosto, añadía: «La muerte de Cánovas ha sido bien recibida por los cubanos.»

(1) Esto es completamente inexacto. Cánovas era hijo de una verdadera señora, hija á su vez de una víctima gloriosa de nuestra independencia, en Málaga, como se lee en las páginas 3 y 14.

«Creer que equivale á su anhelada independencia. Emilio Agramonte, el Presidente del Club revolucionario, *José Martí*, apenas podía anoche creer la noticia; tantos son los beneficios que espera de su confirmación. Cánovas, á su juicio, era el principal y único responsable de las relaciones amistosas existentes entre España y los Estados Unidos, y sus enér-

gicas instrucciones eran tan bien cumplidas por los diplomáticos de su país, que ya el Presidente Cleveland comprendió que, amistosamente, no podía intervenir en la cuestión de Cuba. Todo esto cambia con la muerte de Cánovas.»

* * *

En el *Hotel Central*, un influyente cubano afirmaba que la desaparición del ilustre estadista significaba la libertad de Cuba antes de un año.

* * *

El Mayor Antonio Serrano, miembro de la Junta Cubana, que tomó parte en la última guerra de los seis años y que tiene ahora dos hijos peleando á las órdenes de Calisto García, no ocultaba anoche su complacencia por las noticias recibidas de Madrid. «Ella—dijo—deben traducirse, no sólo por la caída del partido conservador, sino por la derrota definitiva de las tropas de Weyler. Ahora, sin Cánovas, el conflicto no tardará en resolverse; dará á los insurrectos nuevo vigor y nuevos desalien-

tos al ejército de España. Firmemente creo que aumentarán las deserciones de las fuerzas opresoras, y las adhesiones á las que luchan por la libertad. Tal es uno de los efectos que espero de la muerte de Cánovas.

Lamento el asesinato, pero él va á ser la salvación de nuestra causa. La noticia electrizará de júbilo á los verdaderos patriotas; se extenderá como el fuego y removerá las últimas voluntades que queden por decidir en la isla de Cuba.»

VIII

THE EVENING STAR

Washington, 9 Agosto.

«Cánovas era el más grande, por su inteligencia y sus dotes de gobierno, de los hombres políticos de España. El solo era un partido. Durante muchos años nadie inspiró más que él la política de su país. Tenía una tenacidad incomparable y recursos intelectuales jamás por nadie superados. Naturalmente, su pérdida es inmensa para el partido conservador y para España.»

PERIÓDICOS DE FILADELFIA

HK

PHILADELPHIE PRESS

9 Agosto.

«Después del asesinato, ¿qué?...

La muerte de Cánovas no es solo la remoción de un primer Ministro. Los Ministros van y vienen. La falta de un jefe, casi siempre encuentra otro preparado para serlo.

Pero Cánovas era mucho más que un primer Ministro; más que un jefe de su partido, era todo su partido mismo, sustancial y absolutamente. Su imperiosa fuerza, su decisión incontestable, le conquistaron adeptos. Durante veinte años ha mantenido el cetro de España...

¿Quién le sucederá? Tal es el gravísimo problema planteado por el asesino.

Nadie en el partido conservador posee el genio avasallador y las dotes de mando de Cánovas. Todos carecen del prestigio inmenso que era necesario para sujetar á los diversos elementos de que se compone la parcialidad.

Se avecina tremenda crisis, en la que se desatarán los odios y rencores furiosos que hasta aquí encadenó Cánovas. Cánovas podía prometer reformas y libertades para Cuba únicamente después de que los insurrectos depusieran las armas y se rindieran á discreción. Sagasta, su más probable sucesor, las concederá desde luego, empezando por destituir al bárbaro Weyler...»

* * *

Dice el Sr. Frank Domínguez, el Presidente de la Junta cubana en Filadelfia :

« Soy patriota, y no anarquista. Deseo ver libre á Cuba, pero no por la mano de un asesino. Por eso celebro que no sea cubano el matador. »

Diversas opiniones sobre la muerte de Cánovas.

« El Sr. Congosto, cónsul de España en Filadelfia, rehusó dar su opinión sobre el hecho, mientras no estuviera confirmado oficialmente, limitándose á hacer el panegirico de Cánovas. Marcos Morales, antiguo Presidente de la Liga-Cuba-Americana, y actualmente miembro distinguido del Consejo cubano, en esta ciudad, dijo que lamentaba la muerte como hombre, aunque como político la celebrase con toda su alma. El Sr. Morales no podía ocultar su sonrisa mientras leía nuestros telegramas de ayer.

Rafael Bina, á quien fuimos á visitar en su casa de la Décima Calle, y que es también un cubano de gran importancia, nos dijo:—Sí, señores; yo celebro mucho que hayan por fin quitado de enmedio á Cánovas. Era el mayor y más fuerte de nuestros enemigos.

I. A. Lassa, un español conocidísimo que vive en el 3.038 de la calle Quince, se lamentó amargamente del crimen.

En cambio Francisco Baret, un cubano que acaba de llegar del campo insurrecto, afirmó que todos los cubanos saludarian con entusiasmo la muerte de hombre tan funesto para Cuba.

E. A. Calves, otro cubano, deploró la muerte de Cánovas; « tanto más—dijo,—cuanto que Sagasta, su sucesor, no tendrá más remedio que seguir su misma política en Cuba ».

Frank Domínguez, por último, se expresó en estos términos :

« Quiero ver libre á Cuba. Pero no merced á un asesino. »

« Cualesquiera que sean los efectos que traiga consigo la muerte de Cánovas, es indudable que ésta fué lógica, aunque abominable, por estar dictada por los mismos revolucionarios, á quienes sin descanso persiguió en vida. Era el político más conspicuo y entero, al propio tiempo que la personificación del partido y de los ideales conservadores. Trabajó como nadie, y más que nadie, por el orden de cosas existente en España. Representaba la más hermosa flor del jardín de estadistas de España (textual). No era sólo un cortesano leal, sino un hombre de superior cultura, de saber indudable y de ideas amplísimas. Sus defectos eran reflejo de los defectos de la corte y del país. Y la bala que cortó el hilo de su vida dejará por mucho tiempo en el mundo una huella sangrienta. »

X

PHILADELPHIA RECORD

« Sería ridículo negar la trascendencia del asesinato de Cánovas. La desaparición de una personalidad tan saliente, que habría impreso con energía un carácter propio á la política interior y exterior de España, afectará en grado sumo al problema de Cuba.

Ninguno de los partidarios de Cánovas posee los dones de inmensa superioridad que á Cánovas adornaban. Ninguno podrá resistir, como Cánovas resistió, los embates de la opinión y de los descontentos.

Y si cambió ó no la política de Cuba, ahora se verá; pero si por consecuencia de más suaves procedimientos se llega á un arreglo, los patriotas cubanos deberán aprovecharse de las diferentes condiciones en que ha sumido á España el asesino de su primer Ministro, el más grande, influyente y enérgico de los modernos hombres de Estado en la Península. »

PERIÓDICOS DE CHICAGO

XI

CHICAGO JOURNAL

Sostiene que la bala de un fanático ha resuelto de golpe cuestión tan larga y enojosa como la de Cuba. La tenacidad y el imperio de Cánovas iban ya haciendo interminable el conflicto.

XII

CHICAGO CHRONICLE

10 Agosto.

Procedimientos asesinos.

«El efecto del asesinato de Cánovas ha sido todo lo contrario de lo que la Junta revolucionaria cubana esperaba. Ha unido á todos los partidos españoles y ha restado simpatías á los patriotas cubanos en todas las partes del mundo. Quizá suceda esto con injusticia, porque no resulte exacto que la comisión del crimen haya sido inspirada por los patriotas cubanos.

Pero la mejor política de los amigos de Cuba debe consistir ahora en protestar del crimen de que ha sido víctima el más grande hombre de Estado que jamás tuvo España. No pueden ganar fuerza afirmando, como algunos lo hacen, que el asesinato interesaba á la libertad de Cuba, y que ésta es ya un hecho, merced á la desaparición de Cánovas. No creemos en la virtualidad del procedimiento del asesinato para que se realicen las victorias de la libertad.»

XIII

CHICAGO TIMES HERALD

10 Agosto.

Lo que significa para Cuba la muerte de Cánovas.

«La primera pregunta que todo el mundo se hace, después de saber la muerte de Cánovas y de reprobar el asesinato, es: —¿Qué consecuencias tendrá en Cuba?...

Por el momento el primer efecto será reunir más á los españoles ante la desgracia nacional y atraer simpatías del extranjero hacia una Monarquía que ha perdido el más poderoso de sus apoyos. Pero, después, la muerte de Cánovas no tiene más remedio que herir gravemente el porvenir de España. Una cosa es la simpatía y otra dar dinero, y todos los telegramas de pésame que Europa envía no proporcionarán una peseta más al Tesoro nacional. Y España necesita, no simpatías, sino dinero. Cánovas, en eso, había realizado esfuerzos gigantescos, acomodando los ingresos á los gastos y obteniendo recursos que ningún otro hombre político de su país hubiese podido obtener. Eran universales su fama y su opinión de enérgico y de patriota.

Era el único español político en que los banqueros de Europa tenían absoluta confianza.

Su desaparición desalentará á los Gobiernos europeos en su fe de que España se rehabilite. Los corréligionarios de Cánovas son débiles y muy inferiores á él. Desde el momento que el cuerpo de Cánovas descansa en el sepulcro, la lucha por sucederle hará más imposible que nunca la pesada tarea de pacificar á Cuba. La muerte de ese hombre fuerte, único en una raza débil y decadente, acelerará de modo sorprendente la inevitable y satisfactoria conclusión de la guerra de Cuba.»

* * *

El *Chicago Times Herald* decía el lunes 9 de Agosto de 1897:

«La muerte de Cánovas favorece la causa de Cuba.»

PERIÓDICOS DE BOSTON

XIV

BOSTON GLOBE

9 Agosto.

El mayor enemigo de Cuba.

(OPINIONES DEL DOCTOR JOSEPH LUIS)

«Ha muerto el mayor enemigo de la libertad de Cuba—dijo ayer, en Baltimore, el doctor.— Su asesinato priva á España del único hombre capaz de energías y de dotes de gobierno.»

**

10 Agosto.

Reprobación del asesinato de Cánovas.

Joseph Monzon, representante de Cuba en Boston, dice :

«Indudablemente Cánovas ha sido muerto por un fanático. Tengo la seguridad de que ningún cubano, ni ningún amigo de nuestra independencia, simpatiza con el asesino. No somos criminales. Además no queremos la muerte de Cánovas, ni de ningún otro hombre político de España. Combatimos al Gobierno español, y más particularmente la soberanía de España.

Deplora la muerte de Cánovas por dos razones : por la mancha de sangre que arroja sobre la Historia de nuestra libertación (revolución), y porque escapará á nuestra venganza el peor de nuestros enemigos : el general Weyler. Muerto Cánovas, Weyler será re levado.»

PERIÓDICOS DE NUEVA ORLEANS

XV

NEW ORLEANS DEMOCRAT

España y el General Woodford.

.....
 «La opinión en las altas esferas de España es que Woodford lleva proposiciones de los Estados Unidos para concluir la cuestión de Cuba sobre la base de una indemnización de guerra pagada á España por Cuba y de la absoluta independencia de la isla. Los españoles, sin embargo, sospechan que Cuba no podrá jamás pagar á España lo que le ha costado la guerra en los últimos treinta meses, y se disponen á rechazar la proposición. Realmente no es para nadie un secreto que la indemnización que Woodford ofrezca no excederá mucho, y es bastante, de 100 ó 150 millones de duros. Pero como España lleva ya gastados en

la guerra entre 400 y 450 millones de duros, claro es que ha de parecerles mezquina la compensación que los Estados Unidos están dispuestos á garantizar.

La prueba de la importancia que da el Gobierno español á estas instrucciones que se suponen dadas á Woodford es que Cánovas ha teleografiado inmediatamente á Weyler, ordenándole que, sin pérdida de momento, procure llegar á un arreglo honroso con los insurrectos antes de que el Ministro americano formule su proposición.

En consecuencia de estas órdenes urgentes de Madrid, Weyler se dispuso, por mediación de un amigo común á los dos, á tener una conferencia con Máximo Gómez. Las condiciones de paz que Weyler estaba autorizado á ofrecer eran (1) :

(1) No podemos responder de la exactitud de esto. A título de referencia se transcribe.

1.ª Los insurrectos depondrán las armas en las seis provincias de la isla.

2.ª Todos cuantos hayan tomado parte en la insurrección serán perdonados por España, y ésta les facilitará los medios de salir de la isla ó de fijar su residencia en ella si lo desean.

3.ª Los repatriados que desde fuera de la isla hayan fomentado ó ayudado la insurrección, igualmente perdonados por España, recibirán de ésta los medios para volver á la isla si quieren.

4.ª Autonomía completa de Cuba.

Estas bases son ampliación de las que en un principio estaba Cánovas dispuesto á promulgar. Pero como no se mencionan en ellas ni el extremo de la Deuda en que ha incurrido España por la fuerza, ni la naturaleza ni extensión de la autonomía que se brinda, no se puede juzgar con acierto del alcance ni valor de la oferta.

Muerto Cánovas, todo queda en suspenso. »

PERIÓDICOS DE ATLANTA

XVI

THE CONSTITUTION

«La muerte de Cánovas alegra á los cubanos. La colonia cubana de Atlanta manifiesta gran entusiasmo por el asesinato.»

«Lo creen una bendición para Cuba.»

«Cambiará la situación política de la isla.»

«Opiniones de americanos eminentes acerca de la muerte.»

«Todos ellos estiman que la muerte de Cánovas significa mejores tiempos para Cuba.»

«Los cubanos de Atlanta están entusiasmados con la muerte del Presidente del Gobierno español. No hay ninguno que no muestre la inmensa satisfacción que el asesinato ha causado.

Todo el día de ayer lo pasaron los cubanos hablando del suceso. El Club Cubano de la calle de *Peachtree*, era el centro de mayor animación y donde los fugitivos de la lucha en la manigua cambiaban impresiones acerca del hecho.

Estiman los patriotas que la muerte de Cánovas significa el fin de la guerra. Puede decirse que la insurrección ha ganado su última batalla.

El doctor Juan Plá, uno de los cubanos más importantes que residen en nuestra ciudad, no cabía ayer en sí de gozo : el asesinato traerá consigo la inmediata llamada á España del brutal Weyler.

Casimiro Pérez, el famoso azucarero que hace meses reside en Atlanta, emite los mismos juicios : la muerte de Cánovas es un inmenso beneficio para Cuba. Cánovas, añade Oscar Pacetti, el conocido tabaquero, debió ser asesinado hace veinte años. El doctor Castroverde y otros numerosos cubanos, afirman que el triunfo de la insurrección está ya inmediato. Cánovas era la última gota de sangre que quedaba á España ; su pérdida es una bendición para Cuba : significa el fin de la guerra. »

Indianópolis News, 10 de Agosto. Entre los comentarios que se hacen con motivo de la muerte de Cánovas, figura el de sostener que él exclusivamente representaba en su país el partido de la guerra. Es indudable ; pero no lo es menos, á juzgar por nuestros informes fidedignos, que el partido de la guerra se compone del país entero. Tanto, que hay motivos para sospechar que el Gobierno hubiese procedido de otra suerte en Cuba, á no temer las iras de la opinión. Los mismos republicanos que ahora se congratulan de la muerte de Cánovas, le hubiesen combatido hasta derribarle si hubiese abandonado la guerra.

El Gobierno continuaba la guerra, entre otras razones, por temor á la revolución.

Cualquiera que sea el sucesor de Cánovas, tendrá que luchar con dificultades invencibles : porque Cánovas podía hacer en su país lo que para su heredero será imposible.

Por no hacer esta reseña interminable, no seguimos traduciendo y extractando la multitud de artículos, en su mayoría transmitidos por telégrafo, con datos y detalles de los funerales de Cánovas y de las manifestaciones de

pésame universal á que su muerte dió lugar. Basta lo copiado para comprender la trascendencia que al asesinato de Cánovas concedió la parte más principal de la prensa norteamericana.

CHILE

PERIÓDICOS DE SANTIAGO

EL FERROCARRIL

El decano de los periódicos de Santiago, en su número del 10 de Agosto de 1897, después de reproducir el *Boletín* que repartió dos días antes, ó sea el 8, con noticias del asesinato, decía, del ilustre estadista español D. Antonio Cánovas del Castillo, y de publicar telegramas alusivos á este suceso y manifestaciones de duelo hechas con tan triste motivo por la colonia española al Ministro de España, señor López Guijarro, dió á luz unos apuntes biográficos del propio Sr. Cánovas, precedidos de las siguientes palabras:

« Profunda impresión ha producido en Chile, como seguramente en todo el mundo civilizado, la infausta noticia del asesinato del eminente político, que durante medio siglo ilustraba, con su talento y sus conocimientos, á la nación española.

D. Antonio Cánovas del Castillo en España, Salisbury en Inglaterra, Bismarck en Alemania, han formado una trinidad política que ha ejercido la mayor influencia en los fastos de sus países respectivos.

El gran político español, menos afortunado que los otros dos, ha caído en medio de una lucha cruenta, seguramente la más difícil de la España después de la invasión francesa é independencia de las colonias americanas. No sólo ha hecho frente á la guerra de Cuba y Filipinas, en la que ha demostrado extraordinaria potencia de movilización de elementos y gran capacidad rentística, sino que ha afrontado las contingencias de un estado político interno de los más graves, convulsionado como

se halla el país por las más encontradas opiniones carlistas, dinásticas, republicanas, cantonales, anarquistas, etc.

La España ha hecho frente á esta conjuración de todos los elementos desencadenados en su contra, hábilmente dirigida por el diestro piloto que solo pensaba en salvar la nave que se le había confiado.

El Sr. Cánovas del Castillo ha caído como los viejos y heroicos capitanes españoles, al pie de su bandera y en defensa de su Patria y de sus leales convicciones.

Deja tras de sí una de las páginas más brillantes de la Historia española, una noble vida, cuajada de hechos culminantes que el tiempo no será bastante para hacerlos borrar de la memoria de sus compatriotas y del mundo civilizado.»



El mismo periódico, *El Ferrocarril*, en su número del día siguiente, ó sea el 11 de Agosto, hablando de las *Manifestaciones de duelo* por el Sr. Cánovas del Castillo, dió cuenta de los acuerdos tomados por la colonia española de Santiago, y añadía:

« El comercio español mantuvo ayer cerradas sus puertas en manifestación de duelo por la gran desgracia que ha venido á afligir á su país con la inesperada y trágica muerte de su ilustre estadista, orador y literato, Sr. Cánovas del Castillo.

Nada más justo que este sentido homenaje de consideración y de respeto á la memoria de su gran república, al hombre eminente que

ha regido sus destinos con tan esplendoroso brillo en estos últimos años. »

A continuación, bajo el epígrafe *Españoles ilustres, Perfiles de D. Antonio Cánovas del Castillo*, copió una parte de lo escrito por el señor D. Miguel Moya acerca del mismo, en su libro *Oradores políticos*, y por último la semblanza del propio Sr. Cánovas, del ilustre escritor don Gaspar Núñez de Arce.

En el propio número, y tomado de *La Ilustración Artística de Barcelona*, reprodujo el siguiente notable y conocido artículo del señor D. Teodoro Baró: (1)

Don Antonio Cánovas del Castillo.

«Nació en Málaga el año 1828, y con gracia andaluza decía D. José de Salamanca que á Cánovas y á él sus paisanos les echaron de allí por tontos. Vino á Madrid, en cuya Universidad cursó hasta graduarse de doctor, contrayendo íntimas relaciones de amistad con Castelar y Martos, dándose el caso excepcional de tres condiscipulos que llegaron á Ministros, á presidentes del Congreso y á académicos, ocupando dos de ellos la jefatura suprema del Estado: Castelar cuando la República y Cánovas durante el Ministerio Regencia.

Llegó á la capital sabiendo que valía y dispuesto á abrirse paso, y dado su carácter, es de suponer que jamás perdió la seguridad de figurar en primera línea. Tuvo la protección de su tío D. Serafín Estébanez Calderón, conocido en el mundo de las letras por *El Solitario*, de quien siempre ha conservado el cariñoso recuerdo de la gratitud, como lo prueban los elogios con que ha pagado al literato el apoyo que recibió del deudo. Supo lo que eran las casas de pupilos, y en las tertulias del café de la Perla derrochó ingenio á falta de dinero. Ganoso de notoriedad, aceptó la dirección del periódico *La Patria*, inspirado por el general Pavia, marqués de Novaliches, y tanto extremó los ataques á la situación moderada presidida por Narváez, que casi salía á denuncia por día, lo que le permitió ensayar en el tribunal sus dotes oratorias, después de haber hecho gala de sus cualidades de polemista en el diario. También escribió artículos literarios en *Las Novedades* y en algunos sema-

narios, y por aquel tiempo dió la última mano á *La Campana de Huesca*, novela que cuenta cuatro ediciones, y si bien no está á la altura de las de Walter Scott, no es posible confundirla con la morralla que hizo las delicias de los lectores de fantasías históricas por entre-gas.

Adquirió la deseada notoriedad cuando la sublevación de Vicálvaro. Buscaba la policía á D. Leopoldo O'Donnell, quien había hallado refugio en el domicilio del progresista D. Angel Fernández de los Ríos, director de *Las Novedades*. En aquel movimiento se distinguieron dos jóvenes: Cánovas y el Marqués de la Vega de Armijo; el primero, redactando el Manifiesto de Manzanares, que convirtió en victoriosa la situación comprometida de los sublevados; y el segundo, Grande de España, disfrazándose de cochero y guiando el carruaje que sacó á O'Donnell de Madrid. La primera vez el viaje resultó inútil, porque Dulce no pudo acudir á la cita, lo cual obligó á D. Leopoldo á regresar á la villa y corte, no sin peligro. Al llegar al puente de Toledo preguntóle el Marqués si corría las cortinillas del carruaje para que los guardas de consumos y agentes no le vieran. «No—contestó inmediatamente O'Donnell,— porque el llevarlas corridas sería manera segura de excitar su curiosidad.»

A Cánovas no le hace gracia que le recuerden el Manifiesto de Manzanares, porque ha puesto empeño en ser la encarnación del orden y el respeto á la Monarquía, y es aquél un documento revolucionario. Cuando de él le han hablado en las Cortes, ha contestado con brío y exponiendo una teoría, porque es hombre que siempre tiene una preparada para todas las cosas y para todos los casos, con tanta claridad desarrollada y gallardía mantenida, que si á las naciones se las gobernara con teorías, España sería el pueblo mejor regido del mundo estando Cánovas en el poder.

Por tremendo que sea el conflicto planteado en el Congreso, él en el acto expondrá con vigorosa dialéctica el pro y el contra y os resolverá la dificultad, lo que no impedirá que las cosas continúen como antes, porque si cuando habla domina las inteligencias, no domina los hechos, porque éstos obedecen á leyes muy distintas de las oratorias.

Durante el bienio fué oficial del Ministerio de Estado y después Agente de preces en Roma, donde ya patentizó sus excepcionales cua-

(1) Los datos biográficos contienen algunas inexactitudes que no vale la pena de rectificar.

lidades. Cuando el Gabinete Armero, fué nombrado gobernador de Cádiz, y hay quien afirma que es delicioso oírle narrar sus impresiones, al pasear la vista por la ciudad y recordar que él mandaba en todos y á todos podía enviar á la cárcel. Con la Unión liberal fué director de administración local y subsecretario de la Gobernación; pero hizo sus pinitos de disonimio, y á él se debe la famosa frase *panliberalismo*, con la que calificó aquella situación. Fué por primera vez Ministro de la Gobernación el 64, siendo Mon Presidente del Consejo (1), y el año siguiente lo fué de Ultramar y de Hacienda con O'Donnell. En los últimos tiempos del reinado de Doña Isabel II adquirió gran relieve por sus discursos contra los errores políticos de Narváez y Gonzalo Bravo, y al triunfar la revolución se destacó su personalidad por encima de cuantos permanecieron fieles á la causa vencida. No había querido seguir á los personajes de la Unión liberal, y se había ido á Simancas á hacer estudios en su archivo, donde tuvo noticia de los sucesos del 68. Cuenta Cánovas que fué al alcalde y le preguntó: «¿Se corre algún peligro en este punto?» Contestóle el alcalde: «¿Cómo quiere usted que pase nada, si este año no se ha cogido un grano de trigo y la gente tiene hambre?» De lo cual deduce D. Antonio, y á nuestro entender no se equivoca, que el hambre produce la anemia, aplana la voluntad y por eso no engendra revoluciones; pero las produce la cuasi satisfacción del deseo en hombres que ganan lo suficiente para nutrirse y satisfacer las necesidades apremiantes; mas no para pagarse las superfluas.

Durante la revolución fué su actitud de respeto á la entidad Monarquía y de adhesión á D. Alfonso XII, de quien había recibido la representación y plenos poderes. Trató D. Amadeo de atraerse á aquel hombre, á quien ya podían aplicarse las palabras del hidalgo al labrador en el malicioso cuento de Sancho: «Sentáos, majagranzas, que á donde quiera que yo me siente será vuestra cabecera.» Pero Cánovas, respetuoso con quien ocupaba el trono, fué fiel á lo que representaba D. Alfonso y no modificó su actitud, que era la del político que no creía en el éxito de aquel in-

(1) Este Ministerio fué el que, por iniciativa del señor Cánovas, derogó la reforma constitucional de 1857, uno de los hechos que más honran la historia política del mismo.

tento de Monarquía revolucionaria; pero no quería contribuir á su fracaso, ni apresurarlo á costa de la Patria. D. Amadeo renunció á la Corona, declarándose impotente para remediar los males de la Nación, agravados y perpetuados por los mismos españoles, y en la sesión en que la Asamblea proclamó la República quedó patentizado para los hombres reflexivos que no era viable la nueva forma de gobierno. Rivero, que presidía, negó la palabra á Ruiz Zorrilla y á Martos, quien dijo: «No está bien que contra la voluntad de todos parezca como que empieza la tiranía el día que la Monarquía acaba.» Estas palabras inutilizaron á Rivero, que estaba designado para Presidente de la República, la que desde aquel momento quedó sin cabeza, y sin ella vivió y murió. Cuando el general Pavía disolvió la Asamblea y llamó á los hombres eminentes de todos los partidos de gobierno para que constituyesen una situación, Cánovas negó su concurso, porque se prescindía de la afirmación de la Monarquía de D. Alfonso.

Sabía que la Restauración debía venir, y esperó, apercibiéndose para que no le hallase desprevenido el acontecimiento, que creía fijado para cuando el Gobierno provisional convocase al país en Cortes, pues después de las agitaciones del período revolucionario y del desenfreno de la federal, era tan general como vehemente el deseo de pedir la tranquilidad y la terminación de las guerras civiles al Trono de D. Alfonso XII. Se suponía que las Cortes proclamarían la Restauración; pero Martínez Campos tuvo más confianza en el hecho que en la eventualidad, y aclamó á D. Alfonso en Sagunto, sorprendiendo á Cánovas y disgustándole, porque hubiera preferido el otro procedimiento; pero el éxito fué completo; don Antonio se encargó del poder supremo, en virtud de los poderes que le había conferido D. Alfonso, y entonces fué cuando pronunció aquellas famosas palabras: «Vengo á continuar la Historia de España.» Gracias á Cánovas, aquella fué una Restauración sin agravios que recordar, ni venganzas que satisfacer; pero también fué una situación en que quiso no hubiese más voluntad que la suya; y aunque eran ocho Ministros, no pasaban de titulares, porque el Ministro universal era él. Desplegó extraordinaria suma de energías y de aptitudes; á todos se impuso, á todos imprimió dirección, y si por dos veces se vió

obligado á eclipsarse, dejando el puesto á Jovellar y á Martínez Campos, puso término á la misión de ambos cuando lo tuvo por conveniente, porque en realidad era él quien presidía los Gabinetes que los otros habían formado. Martínez Campos escarmentó, y de entonces data su propósito de no volver á ser Presidente del Consejo de Ministros, porque tendría que depender de Cánovas ó de Sagasta, lo que no sería gallardo ni agradable.

No hay jefe que haya tenido sobre su partido autoridad tan absoluta como D. Antonio. Hacía sentir su voluntad, no consentía discrepancias, y de la obediencia nació la adulación. Cánovas vale mucho bajo todos conceptos; pero no está en situación de compartir con Lope de Vega el dictado de monstruo, que con falta de discreción le adjudicó un periódico. A fuerza de oírse llamar ilustre, como si fuese ofensa pronunciar su apellido á secas, se ha colocado y le han colocado á una altura, desde la cual ve á los hombres más pequeños por efecto óptico, y no es de extrañar que políticamente los considere ateniéndose á la talla que aparentan. Sagasta es el único que en el Parlamento le trata de tú, ó sea de igual á igual.

Cánovas es Cánovas en todas partes: en las Academias, en el Ateneo, en el Senado; pero en ninguna como en el Congreso, porque allí el ataque reviste las proporciones de la pasión, y es aquella caldeada atmósfera la que necesita el gran orador. Cuando está en la oposición se sienta en el extremo de uno de los bancos que dan al pasillo que corresponde á la primera puerta de la izquierda de la Presidencia; una vez entró distraído por otra y se encontró con los bancos ocupados por los fusionistas, quienes se levantaron riendo, ofreciéndole cada cual su sitio para que constase su ingreso en el partido. Cánovas no admitió la oferta; dió las gracias sonriendo y se fué á su puesto. Por lo regular llega al Congreso después de las cuatro, y no hay Diputado que no sienta la necesidad de verle. Los espectadores de las tribunas se dicen: «Allí está el monstruo»; los provincianos murmuran: «¡Ese es!», y las señoras le miran á través de los gemelos. La cabeza de Cánovas tiene extraordinario vigor; las pupilas no son bien pareias; el bigote es de militar retirado de la primera mitad de esta centuria, y la mosca revela que el barbero no es muy entendido en simetría, pues los pocos pelos que la forman

se corren al lado derecho; es grande la boca, cuya parte izquierda echa hacia arriba repetido movimiento nervioso, que agita desde la mejilla á los tendones del cuello; son los dientes largos y descarnados; las facciones pronunciadas, el cabello gris, abundoso, rebelde al peine; cuando levanta la cabeza la piel de debajo de la barba forma un sector que llega á la nuez. Lleva el cuello de la camisa vuelto, viste de negro y es la desesperación de su sastre, porque para Cánovas la ropa no tiene importancia, y á veces parece que la levita se le quiere escapar por la cabeza. No la lleva abrochada, y las mangas resultan largas sin serlo. El chaleco es abierto y usa cadena de reloj, y pendiente de ella un lapicero de metal precioso. Este conjunto atrae, se impone desde el primer momento, porque ejerce la fascinación de lo grande; y para dar idea exacta de la materia al servicio del espíritu, sería necesario que labrase su estatua un Miguel Angel.

Cuando es Presidente del Consejo de Ministros no suele prodigarse en las Cámaras; pero en la oposición no pierde ningún debate importante. Al llegar no falta quien le entere del curso de la sesión. En el banco de detrás se sienta Pidal y en el del lado Romero Robledo. Durante la discusión acostumbra hacer comentarios, reducidos á un par de frases dichas en voz baja. Es muy cortés en el Parlamento, y á veces se molesta permaneciendo en su banco para que el orador no tome á desaire su ausencia. Siempre hay movimiento de expectación en la Cámara cuando pide la palabra, y al levantarse fijanse en él todas las miradas. Deja el bastón en el banco; pide al Diputado que tiene al lado que toque el timbre para que le traigan el vaso de agua azucarada, con café; apoya la mano izquierda en el respaldo del banco que tiene delante, y con la cabeza inclinada, á la que imprime pausado movimiento, comienza á hablar sin estar del todo libre de emoción; y apenas ha desplegado los labios empieza la lucha de la mano derecha y luego de ambas con los lentes, que se tuercen y deslizan, y que vuelven á su posición natural sin lograr tenerlos en ella más allá de medio minuto; lucha que durante todo el discurso sostiene automáticamente, siendo tan porfiada, que si se diese cuenta acabaría por sentir el efecto del mareo, como los que en ella se fijan; pero la verdad es que nada pierde la oración parlamentaria. Perora con la cabeza

algo baja, y se notan en los dedos de la mano izquierda los efectos de la emoción, que los agita, aunque de modo apenas perceptible. Cuando está en el banco azul levanta la cabeza para mirar á las oposiciones. En los períodos de gran energía lleva la mano derecha cerrada á la altura de la sien, hacia el cabello, como si con ella vibrase el pensamiento que expone, y la baja con energía al acabar el período. Por el fondo son sus discursos de hombre del Norte, por la exactitud de la frase de castellano viejo, y por el acento de meridional; cuando expone domina, asombra al sintetizar, y cuando al fuego de la imaginación se funde el pensamiento hasta evaporarse en párrafos grandilocuentes, entonces es imposible sustraerse á la fascinación que ejerce el orador de inteligencia privilegiada, que de todo sabe y á quien todas las grandes cuestiones son familiares, cuya palabra aún suena en nuestro interior después de haberse apagado en el espacio.

Se le acusa de soberbio; no lo es el hombre de trato afable y cortés. Cánovas es enérgico, y se limita á mantenerse á la altura de su posición política, sin consentir que nadie se le imponga ni le manosee. Cuando á la muerte de D. Alfonso XII regresó de Antequera Romero Robledo y fué á verle con la pretensión de que justificase su dimisión, Cánovas, que jamás olvida que es el jefe del partido conservador, le habló de todo menos de política, con lo cual irritó tanto á Romero, que levantó bandera de disidencia, inventó el pacto de El Pardo, y después de meter mucho ruido, separándose de D. Antonio con un escuadrón, tuvo que llamar á su puerta acompañado de una patrulla. Al entrar Romero Robledo, se levantó para salir Silvela, quien en la sesión de 6 de Diciembre del 92 empleó el verbo soportar, refiriéndose á las complacencias del jefe del partido con los romeristas. Cánovas no soportó el verbo; planteó al día siguiente la cuestión de confianza, y como sólo obtuviera 121 votos la toma en consideración y 107 la aprobación, se creyó en el caso de dimitir. Por cierto que el gobernador de Valladolid, al enterarse de que únicamente habían votado seis en contra, no tuvo en cuenta que la derrota consistía en el número de los abstenidos y felicitó al Ministro de la Gobernación por el triunfo del Gobierno. Silvela mostróse sorprendido del efecto producido y de la arrogante réplica de Cánovas á su discurso, y dijo á un amigo: « Me ha pasado

lo que al cazador, que apunta á la liebre y mata al perro, pues tiraba á los reformistas. » Estos llevaron al partido conservador su sumisión á Cánovas, pero no fuerza ni prestigio; en cambio la disidencia de Silvela lo disolvió, porque si hoy presta obediencia á su antiguo jefe, la voluntad está con Silvela. Cuando en graves circunstancias fué llamado D. Antonio á reparar las inconcebibles debilidades y los errores de la situación presidida por Sagasta, hubiera podido acabar con la disidencia, y en verdad no deseaba otra cosa Silvela; pero formó un Ministerio que por su flojedad y su significación era un reto. Fué aquel Gabinete un lamentable error que sobre todos pesa, en particular sobre el Sr. Cánovas, á quien no se le oculta que es jefe de un partido que obedece, pero no aprueba, cuyo antiguo brillante Estado mayor está hoy reducido á inválidos y á improvisados (1).

Dice que el arte más difícil es el gobernar, porque á todas las dificultades hay que sumar las que nacen de la voluntad y de la diferente manera de pensar, y añade que en política no debe intervenir la pasión, ni se puede querer ni aborrecer, porque las circunstancias varían y á veces obligan á juntarse con quien menos desea. Afirma que los pueblos de menos pasiones son los más á propósito para la libertad, y los más difíciles los pueblos que las tienen. Cuando tomaba parte en una conversación todos callan por no perder ni una frase, pues narra con sobrio é inimitable gracejo y maneja el epigrama con más habilidad que el indio la flecha. De él dijo Posada Herrera que era orador de primera, hombre de Estado de segunda y escritor de tercera (2). Como gobernante, no

(1) En esto carece por completo de razón el Sr. Baró, pues las personas de que se acompañó el Sr. Cánovas en su último Ministerio eran de las más notables ó salientes del partido conservador, como los Sres. Duque de Tetuán, Romero Robledo, Azcárraga, Cos-Gayón y Linares Rivas, no inferiores, ni mucho menos, á los señores Silvela y Villaverde, únicos exministros que, con algunos Diputados y exdiputados, constituían la disidencia, capitaneada por el primero. ¿Y qué dirá ahora el Sr. Baró de los Ministros elegidos por el Sr. Silvela? Para nosotros no tienen tacha; pero en nada aventajan á aquellos á quienes se alude.

(2) El Sr. Posada Herrera, por su parte, no era orador, ni hombre de Estado de ninguna categoría, ni se había distinguido como escritor.

Prueba de ello que su muerte pasó inadvertida y nadie se ocupó de ella. El Sr. Cánovas le hizo Presidente del Congreso, en cuyo desempeño no dió muestras de gran lealtad hacia aquél á quien debía tan alto puesto.

desciende de las alturas, sin tener en cuenta que los pueblos viven de administración, ó sea de pequeñeces. No podemos dudar de que posee la noción exacta de la política; pero también es cierto que se atiene á los medios y descuida el fin, que consiste en llevar al ánimo de cada ciudadano, por medio de una administración recta y celosa, esa satisfacción interior que constituye la fuerza de los Gobiernos. Ciertamente que en el mismo error incurren todos nuestros políticos, lo que hace que seamos una Nación regida por hombres notables, pero pésimamente administrada.»

EL PORVENIR

En su número del 10 de Agosto, y bajo el epígrafe *Cánovas del Castillo, nefando crimen anarquista*, menciona las *sentidas manifestaciones de duelo* hechas en dicha capital por su muerte; publica una biografía del mismo y los telegramas de condolencia sobre el *asesinato del gran estadista*, y por último, lo siguiente:

«En toda España ha producido este crimen la más honda consternación. Cánovas del Castillo no solo era un político eminente, jefe desde muchos años del partido conservador, sino un literato ilustre, un orador de gran talla y uno de los ingenios más esclarecidos de la Península. Su nombre era familiar para todos los españoles, que consideraban honrada á su Patria con tener un hombre de los talentos de la noble víctima que acaba de caer al golpe alevé del anarquismo.»

EL CHILENO

Este diario de la mañana, comercial, noticiero y de avisos, consagró á la muerte del señor Cánovas gran parte de su número del 10 de Agosto.

El asesinato de Don Antonio Cánovas del Castillo, primer Ministro de España.

Comienza diciendo que «desde la noche del domingo comenzó á circular en Santiago la noticia de que había sido asesinado por un anarquista el Presidente del Consejo de Ministros de España, D. Antonio Cánovas del Castillo.

El telegrama de la Agencia Havas era vago, no tenía detalles. La Legación de España en Santiago y nuestro Gobierno no tenían noticia.

Y en medio de la emoción profunda, producida por la tremenda nueva, el público aguardaba una confirmación, tenía esperanzas de que hubiera un error.

Desgraciadamente, telegramas posteriores han ido confirmando plenamente la noticia del horrible atentado, y en la tarde de ayer la Legación de España en Santiago, recibió el telegrama que inserta del Ministro de su nación en los Estados Unidos, que lo ratifica.»

Refiere después que el asesino fué un anarquista italiano, y añade:

«¡No podía haber un español tan infame que cortara existencia tan preciosa para su Patria! ¡Se necesitaba para ese horrendo crimen un extranjero, compatriota del asesino de Sadi Carnot!»

A continuación publicó unos datos biográficos de Cánovas, de los que transcribimos los párrafos siguientes:

«La tribuna parlamentaria, que han ocupado los más grandes oradores del siglo, cuenta entre las glorias á Cánovas. En las más ardientes batallas del Congreso nunca permaneció ociosa la espada toledana de su elocuencia y su saber.

La restauración de los Borbones fué un pensamiento de la mente clara y poderosa de don Antonio Cánovas. El fundó esta monarquía. El la ha sostenido sobre sus hombros durante un cuarto de siglo. A él se debió en parte muy principal el movimiento que llevó á don Alfonso XII al trono de España.

El 31 de Diciembre de 1874 fué nombrado Presidente del Consejo de Ministros, y desde entonces ha ocupado en diversas ocasiones ese alto puesto, siendo constantemente el verdadero centro de la política española, el sostén de la monarquía, la más alta cabeza de su país.

Los últimos años han sido para Cánovas de lucha, de inmensas dificultades, de las más tremendas responsabilidades que pueden pesar sobre un hombre de Estado.

Las guerras de Cuba y Filipinas, las penurias del Erario, las complicaciones de la política interior, la lucha sorda contra los Estados Unidos, esos formidables mercaderes de la diplomacia, todo eso pesaba sobre el gran Ministro que iba caminando por entre tanto peligro salvando la honra y la integridad de España, interpretando el sentimiento popular español.

¡Era un mundo bamboleante y amenazado de mil peligros, que D. Antonio Cánovas sostenía con pujanza de atleta!

La augusta señora que con virtud incomparable y rara entereza guarda para su hijo el trono de su esposo, sabía que Cánovas era el escudo de la Monarquía española.

Ha caído como caen los grandes servidores de los pueblos, víctima de la infamia, del crimen. La España tiembla ante el obscuro vacío que el coloso caído deja en su alto cargo. El mundo civilizado maldice al asesino y pide la represión de esos crímenes. Los hombres que amamos y servimos los intereses conservadores de la sociedad. lloramos al que fué sostén de todo un orden social en España.

Reciba la digna colonia española de Chile la expresión de condolencia que por la prensa le envía el país entero unido á su justísimo

duelo. Recíbala muy especialmente de nosotros el Excmo. Sr. D. Salvador López Guisjarro, Ministro de España en Chile, que ha sabido ensanchar y robustecer esta fraternidad hispano-chilena, que hoy hace nuestra la desgracia de su patria.

D. Antonio Cánovas del Castillo, hijo del pueblo, príncipe del talento y del amor á su Patria, que rehusó siempre los títulos de nobleza, era un Atlante que tenía sobre sus espaldas á la Monarquía española.

Pidamos al Eterno que dé el reposo al alma de este político que fué hombre de fe, que fué cristiano, y pidámosle que salve á la madre Patria de los conflictos que la cercan. »

Por último, toma de la obra citada del señor Moya, *Oradores políticos*, lo que al Sr. Cánovas se refiere.

PERIÓDICOS DE VALPARAÍSO

LA ESPAÑA

Precedido de un magnífico retrato del señor Cánovas del Castillo, adornado de los atributos de la Fama y dedicado por la colonia española á la memoria del eminente estadista Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, coiuienza su número del 14 de Agosto de 1897, casi todo dedicado á la muerte del mismo, del modo siguiente :

¡Cánovas!

« Era un dictador. Sí ; era un dictador que arrastraba en pos de sí el corazón de todos los españoles ; un dictador que nos avasallaba, que nos oprimía, que nos alucinaba ; un dictador sublime. Era la Patria ; representaba el orden, la balanza de la ley en equilibrio, la síntesis del derecho.

¡Qué hermosa dictadura la suya !

Del hombre de Estado que ha caído bajo el plomo anarquista, podemos decir lo que Campoamor dijo del insigne Quintana : podemos decir que desde su advenimiento á la vida pública ha demostrado

.....

« Que no son ilusiones los deberes ni el patriotismo una palabra vana. »

Nadie como Cánovas se ha concitado en nuestro país más odios políticos en épocas determinadas, cuando la excitación de los partidos ha llegado á su período álgido, porque sus adversarios vieron siempre con ira que era el ilustre hombre público una fortaleza imposible de rendir ; de ahí que en medio de las nacionales convulsiones doctrinarias, en medio de los rencores que sus enemigos alimentaban, se diese el caso de que no hubiera quien se atreviese á atacar á su dignidad, so pena de merecer de la opinión pública una frase de reprobación. Sus enemigos han sido siempre adversarios leales.

Castelar le profesaba un intenso cariño ; Sagasta le respetaba y le admiraba ; Ruiz Zorrilla, el que fué alma del partido republicano revolucionario, dijo en cierta ocasión : « Cánovas y yo somos los dos políticos españoles que no tenemos mácula, los únicos que no sabemos lo que es una apostasía. »

Cánovas creyó que la salvación de la Patria exigía la Restauración monárquica, cuando el ensayo de la forma republicana había resultado un fracaso, y la Nación batió palmas en su honor.

Hizo la pacificación en las Provincias Vascongadas y en las Antillas, y atribuyó la jornada á prestigios ajenos. Cuando la Patria se

vió amenazada de una irritante desmembración territorial, mostróse soberbio y grande, enérgico y sublime, como España esperaba de él.

En posteriores épocas, cuando el pueblo le hizo objeto de hostiles manifestaciones, exhibióse magnífico en medio de las populares tempestades, desafiando al rayo de la pública animadversión con la austera majestad de su conciencia tranquila.

Fué entonces cuando dijo, dirigiéndose á los que le atacaban: «Pues qué, ¿pensáis que no sé que aquellos que son empuente y base de la ley se concitan el odio de los que, si han aprendido la cartilla de sus derechos, ignoran el decálogo de sus deberes!»

Cuando al Eterno le plugo arrebatár la vida á aquel Monarca que fué honor del Trono de San Fernando; cuando murió D. Alfonso XII, aconsejó á la virtuosa dama que hoy ocupa la Regencia que llamara á los Consejos de la Corona al partido liberal, y explicó su determinación y sus opiniones con una frase feliz:

«A reinado nuevo, nuevos Ministros.»

En los presentes días era necesario al frente del Gobierno un carácter; un hombre que ofreciese al país garantías, en el que se tuviese fe, y el Sr. Cánovas del Castillo había logrado obtener la confianza de todos los españoles, porque todos veíamos en él la personificación de nuestras nacionales aspiraciones; el espíritu enérgico que ansiábamos, porque teníamos el convencimiento de que, aun equivocándose, todos sus actos se habían de inspirar en el bien y en el honor de España.

Pues bien; la vida de ese hombre, que en estos momentos era preciosa, ha sido arrebatada por un torpe asesino, por uno de esos oscuros y rencorosos anarquistas que quieren redimir á la Humanidad exterminándola; por uno de esos infames que vengan por medio del crimen á aquellos á quienes la ley ha hecho expiar delitos horrendos.

El feroz y sanguinario anarquismo decretó la muerte del hombre de Estado, del gran patriota, del hábil político, del sabio diplomático, del orador grandilocuente, del historiador famoso, del virtuoso y honrado español que era timbre y gloria de su patria; la *bestia humana* consumió el crimen, arrebató una existencia preciosa convulsionando al orbe...

Está bien. Tenemos los demás hombres que habitamos el globo el derecho de la revancha,

y, por lo tanto, todo el orbe decretará el total exterminio de la secta maldita, la destrucción del anarquismo.

* * *

Derramemos una lágrima sobre la tumba del que acabó su existencia pronunciando las frases más gratas á nuestros oídos: prorrumpiendo ese grito que nació de lo íntimo de su alma, y que representa fielmente el temple de su espíritu indomable: ese ¡Viva España!, que es la expresión de su sacrificio, algo semejante á las palabras de Jesús en la cruz, y digamos, en presencia del sepulcro del gran Cánovas, aquella estrofa de nuestro poeta:

Cayó, como la piedra en la laguna,
con rudo golpe en la insondable fosa;
ya no levantará tormenta alguna
su elocuencia, vibrando en la tribuna
como el rayo, terrible y luminosa.»

* * *

A continuación dió á luz el mismo periódico el patriótico artículo siguiente (1):

A la prensa.

«Habéis comprometido nuestra gratitud. Habéis herido la fibra más sensible de nuestra alma. Habéis demostrado, de una manera que no deja lugar á dudas, que participáis de nuestros dolores, así como os gozáis en nuestras alegrías. Habéis, queridos colegas, probado *urbi et orbe* que no se han extinguido en vuestros nobles corazones los sentimientos de amor, admiración y cariño á vuestra raza, á vuestros progenitores, á aquella bendita Patria que es la madre común; á aquella España bajo cuyo sol nacieron vuestros abuelos, vuestros padres; árbol frondosísimo del que son las repúblicas latinas, las repúblicas hispano-americanas, ramas robustísimas.

En presencia del nefando crimen cometido por la maldita ralea, por la infame asociación anárquica; en presencia del cadáver del gran estadista español, sacrificado villana y alevosamente por la *fera humana*, os cubrís los ojos horrorizados por el espanto y dejáis que surque vuestro rostro una lágrima tan sincera

(1) Decimos patriótico, porque *La España* es un periódico español, escrito, según su contexto, por españoles.

como ardiente, lágrima que simboliza el pesar que os aflige, lágrima generosa que se mezcla á los raudales de nuestro llanto.

En la difícil ocasión presente, cuando las peripecias de una gran convulsión política tiene á nuestra Patria agobiada y cuando diferencias de criterio han sido parte á querer amortiguar el fuego sagrado que debe unir eternamente con estrechos vínculos á la vieja Metrópoli con sus lozanas, frescas y jóvenes hijas, es de gran entidad, es de importancia capitalísima y compromete nuestros afectos el acto de adhesión hacia España, realizado por vosotros, valientes y queridos compañeros, que sois tan dignos como legítimos é ilustrados órganos de la opinión pública en Chile.

Ante la tumba del inmortal hombre de Estado que acaba de caer herido por el plomo de una secta odiosa; ante el sepulcro de Cánovas del Castillo, os habéis descubierto emocionados, y con labio balbuciente habéis rendido el homenaje de los espíritus templados para la virtud; y comprendiendo que la gran Patria necesitaba que el amor de todos sus hijos se manifestara sin reservas, habéis dejado á un lado las opiniones que no eran armónicas con las suyas, para que ante la magnitud de su desgracia pudiera darse el consolador espectáculo de vuestra adhesión y de vuestro cariño.

* * *

La colonia española, de la que somos órgano, nos ha confiado la honrosa misión de decirlos cómo agradece, desde lo íntimo de su corazón, las palabras de condolencia que la habéis dirigido desde las columnas de vuestros diarios.

Jamás la ingratitud ha echado raíces en las almas ibéricas; es por eso que vosotros, escritores chilenos, que formáis parte de nuestra familia, que soís, ó nuestros hijos ó nuestros hermanos, participáis de nuestro dolor sinceramente; y así como os inclináis á nosotros en estos momentos, debéis creer que la habitual franqueza española nos dicta la obligación de corresponder á vuestras manifestaciones.

¡Loor á la prensa chilena! ¡Loor á vosotros, que sabéis conquistaros nuestro inextinguible amor!

La España, al cumplir el encargo de los españoles que residen en Valparaíso, y por ex-

tensión el de todos los compatriotas que habitan en esta República, os envía, por su parte, un fraternal abrazo, tomando acta de que cuando España gime, vosotros no os consideráis extraños á sus pesares.»

* * *

Aún sigue al anterior, firmado por D. Victoriano de Castro, con fecha 11 de Agosto, el no menos notable artículo que á continuación se transcribe:

Cánovas del Castillo.

«No voy á escribir una biografía, ni tampoco pienso redactar un verdadero artículo; voy á dejar simplemente que la pluma se deslice por el papel reflejando el estupor, la pena y la angustia de mi corazón por la pérdida de uno de los hombres por quien he tenido más simpatía en este mundo.

¡Murió Cánovas! Murió el coloso, porque lo era, á pesar de su casi pequeña estatura, y murió cuando, á pesar de sus sesenta y nueve años de edad, disfrutaba de una plenitud admirable de energía de cuerpo y de espíritu.

Era Cánovas una gloria española salida del periodismo, que fué donde alcanzó sus primeros triunfos, dando á conocer muy pronto las brillantes dotes de que su vigoroso y fecundo espíritu estaba maravillosamente dotado.

Su muerte será sentida por todos los españoles, sin distinción de colores políticos, porque aun sus enemigos sentían hacia él una admiración tan extraordinaria como merecida, y todos, amigos y enemigos, no podían menos de confesar que á su poderoso talento é incontrastable energía unía un patriotismo fuera de toda duda, que se manifestaba en todos sus actos y en todas las ricas fases de su fructuosa y activísima existencia. Como hombre, como ciudadano y como político de primera fila, siempre resaltaba en sus acciones el entrañable amor á la Patria que llenaba todo su sér; no es extraño, por lo tanto, que todos los españoles lloremos su trágica muerte.

Aunque combatió con la energía con que él sabía combatir el Gobierno de Isabel II (1), fué desnués por convicción y patriotismo el alma de la restauración de Alfonso XII; pero tuvo la abnegación y el talento de dejar que

(1) Fué Ministro de esta augusta señora dos veces.

más conveniente régimen para asegurarla duraderamente.

El Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo figuró desde su adolescencia en el campo de la política, cooperó al establecimiento de la Monarquía constitucional hoy reinante y llegó á ser el jefe del partido conservador español.

Pero en esta larga y gloriosa carrera no ascendió, como tantos otros políticos, con las alas de la intriga, sino imponiéndose en toda ocasión por su talento profundo y su firmísimo carácter. La política no era para él medio de satisfacer personales ambiciones—ya que la ambición debe de extinguirse en el ápice del poder, falta de nuevos campos de conquista.—sino objeto de estudio en los libros y en el corazón humano para servicio de su Patria.

Si el Sr. Cánovas era un verdadero político de escuela y de ciencia, no por eso dejaba de ser un hombre de Estado en toda la extensión de la palabra. Los ideales de la política no lo apartaban del mundo real para llevarlo á regiones ideales; conocía profundamente la parte de arte que existe en la política, y tomaba las cosas y los hombres tales cuales los veía á la luz de su clara inteligencia en un tiempo y situación dados.

Y no era oportunista en la acepción mezquina de esta palabra. Mezcla de hombre de ciencia y de político de incomparable experiencia, sabía iuntar de maravillosa manera las tendencias á lo ideal y las exigencias de las cosas, los hombres y los tiempos.

Ni era solamente un hombre de Estado el Sr. Cánovas del Castillo. Muchos ramos del saber humano han recibido provechosa contribución de su talento y espíritu de trabajo. Fué un verdadero jurisperito; dedicó su mocedad al estudio del Derecho.

En este árido campo de la prensa trabajó infatigablemente, alcanzando merecida reputación de periodista habilísimo. En el Parlamento brilló por su talento oratorio, tanto, que muchos lo ponen por encima de su reconocido talento de escritor.

Cultivó atentamente la Historia, maestra de la política. Ha publicado varias obras históricas, algunas de las cuales le abrieron, siendo joven aún, las puertas de la Real Academia de este ramo.

Sobresalió también en las letras; cultivó con acierto la poesía y la novela, rindiendo igual culto á la verdad y á la belleza.

Amó las artes, fué erudito y filósofo.

Pocos talentos más vastos, ningún espíritu de trabajo más desarrollado, ningún carácter más resuelto y tenaz.

He aquí un ligero esbozo del político que pierde España, honra de ella y del mundo contemporáneo.

Todo ha desaparecido á manos de un obscuro asesino de la horda anarquista.

.....

 La Unión envía su más sentido pésame á la madre Patria, á su Ministro en nuestro país y á la diligente colonia española.

* * *

Al anterior artículo ó editorial seguía después el siguiente, no menos notable:

El duelo de España.—La obra del anarquismo
 Para conjurar la tormenta.

« La noticia que nos dió el cable del asesinato de D. Antonio Cánovas del Castillo ha conmovido con recia sacudida el organismo entero de nuestro mundo social.

Y no es Chile solamente quien da muestras de duelo ante el luctuoso acontecimiento; es la América, es la Europa, es todo el mundo civilizado, quien contempla con el ánimo suspenso, con los nervios rígidos y la sangre helada, el cadáver de aquel hombre, gloria y luz de la España, y honra de nuestro siglo y de nuestra raza.

Es otra víctima más, sacrificada en aras de las sangrientas venganzas del anarquismo, que escoge para ellas los hombres más ilustres, las figuras más culminantes, las cabezas superiores. Ayer era Francia la que lloraba al egregio Carnot; hoy es España la que derrama sus lágrimas por el ilustre Cánovas.

Y tiene razón la madre Patria para llorar.

En Cánovas del Castillo pierde á su político más experto, á su estadista más concienzudo.

Poeta, historiador, crítico, periodista, filósofo y político, D. Antonio Cánovas del Castillo aprendió todo el saber humano y poseía un talento tan extraordinario como su actividad.

El lo pensaba todo, lo dirigía todo, lo resolvía todo; presidía el Consejo de Ministros, asistía á las Cortes, allanaba los obstáculos de la diplomacia, pronunciaba discursos en el Ateneo y en la Academia, escribía libros y re-

vistas, y todo lo hacía con erudición pasmosa, con talento sorprendente y fijeza de miras inauditas.

Desde la humilde esfera, en donde transcurrieron las horas de su infancia, hasta la encumbrada posición en que vivió los días de su vida, subió paso á paso, con ánimo sereno y levantado. Su prestigio no nació en las tormentas populares, tan fáciles de impresionar; fué la elaboración tranquila de su cerebro poderoso, y el día en que llegó al Poder no era el desconocido de la víspera, era el varón sabio, el hombre patriota y el político distinguido.

Merced á tan raras prendas de carácter y á su vasto saber, reunió en torno suyo los dispersos soldados de la política española, cicatrizó las heridas de los pequeños partidos destruidos en luchas sin importancia y robusteció la Monarquía española, que á él, y solamente á él, le debe sus años de Gobierno pacífico y su estabilidad en el Poder.

Y cuando Cánovas llegó al Gobierno ya era tiempo, pues España estaba cansada, agobiada por las convulsiones políticas, á las que puso glorioso término con su política sabia y tolerante.

Impuso y sostuvo con brillo durante su Gobierno las ideas conservadoras, y la Iglesia fué amada y respetada por él, que contó entre sus amigos y favorecidos á un cardenal González, príncipe de la filosofía escolástica.

Por la altivez de su carácter, por la firmeza de sus convicciones, Cánovas del Castillo ha sido el político que ha encarnado de mejor manera el temperamento y el carácter de la raza castellana.

En las horas de conflicto con los alemanes sobre las islas Carolinas, con los moros de Marruecos, con los cubanos y con los americanos del Norte, supo hacer respetar la honra y los derechos de la Patria española, y cuando todos los hombres de Gobierno sentían desfallecimientos, él, de pie, confiado en el patriotismo de su raza, tenía frases de aliento y los impulsaba á la defensa del honor de la bandera.

Era inflexible con la maldad y se conquistó el odio de los malos, que decretaron su muerte.

¡El anarquismo! He ahí la obra de los espíritus fuertes de este siglo; ellos han expulsado á Dios del templo, de la escuela, del hogar y de la conciencia, y los vencidos de la vida, sin anhelos divinos en el alma y el cuerpo, lleno de necesidades materiales, se revuelven

desesperados y esgrimen en forma de argumento supremo el puñal del asesino.

Y á sus zarpazos de fieras bravías no caen los culpables, los que á ese estado los han reducido, no; las víctimas son los inocentes, los que se oponen al avance destructor, los que pretenden convertirlos en ciudadanos pacíficos y buenos.

Y eligieron para realizar su obra nefanda los momentos en que España más necesitaba de su primer Ministro.

La rebelión de Cuba agoniza, Francia celebra tratados con España y el Japón le brinda su amistad para salvarla de los Estados Unidos; y así, la política interna y externa, inspirada y manejada por Cánovas del Castillo, prometía á la madre Patria días de paz y de tranquila gloria.

Sobrada razón tiene España para llorar sobre la tumba que encierra al que encarnaba sus energías heroicas y sus altiveces patriotas.

Cábele, sin embargo, en su amargo dolor, la satisfacción de que no haya nacido bajo el cielo español el que villanamente le ha arrebatado su político más hábil, su hombre más ilustre y su figura de fama universal.

El fúnebre crepón que enluta hoy la bandera española, interpreta también el sentimiento de los americanos todos. Los hijos, cualquiera que sean las desavenencias que los separen de la madre, no pueden permanecer serenos cuando ella llora la desgracia de su hogar.

Si en los días de dolor es cuando consuela más el cariño espontáneo y sincero, ya pueden los españoles apreciar cómo hacemos nuestra su desgracia nacional y cómo nos affigimos con su duelo.

Y como el heroico General Prim, ha sido en horas de tormenta política cuando el hombre ilustre ha caído asesinado; no, se le ha muerto por fría venganza, por ruindad criminal.

Es una víctima de la lucha de la luz con la sombra, del bien con el mal, de la civilización tranquila y libre con el odio sombrío y fanático.

Ante la tumba de Cánovas del Castillo se mezclan las plegarias del mundo civilizado y cristiano con las frases de indignación que arranca el acto brutal del anarquismo, que es la encarnación de la bestia apocalíptica.

¡Que esa tumba sea el altar en donde los hombres de saber, de ciencia y de poder pro-

metan congregar sus esfuerzos para extirpar la horrenda plaga que amenaza cubrir de nubes negras la tarde del siglo XIX, y oscurecer con fragorosa tempestad la alborada del siglo venidero!»

* * *

Todavía, y como si no fuesen bastante los dos artículos que anteceden, publicaba el propio periódico los siguientes

Datos biográficos (1) de D. Antonio Cánovas del Castillo.

«Monárquico por convicción; dinástico por aficiones personales; liberal doctrinario, en cuanto los avances de la libertad no se traducen á su juicio en perturbaciones de la paz pública; conservador de lo que, á juicio suyo, hay de bueno en nuestros organismos históricos y en los procedimientos de nuestra política; reaccionario ante la crítica democrática; liberal ante los críticos reaccionarios, que no le perdonan prescindiera en 1875 de los elementos caídos en 1868; ecléctico, por temperamento, en las ideas; tenaz en sus empeños, como Ruiz Zorrilla; hábil, como Sagasta; luchador parlamentario á lo Ríos Rosás; gobernante á lo O'Donnell, con energías y durezas á lo Narváez; fiero ante las contrariedades; sereno en el poder; incansable en la oposición; celoso siempre de sus prerrogativas; altivo; desdefioso; conecedor de lo que valen sus amigos y de lo que pueden sus adversarios; dueño de su pensamiento y de su palabra; con una historia consecuente, con un nombre envidiable y envidiado: este es D. Antonio Cánovas del Castillo, jefe del partido conservador de la Restauración borbónica en España; partido compuesto de fracciones diversas, recogidas al azar en el naufragio de 1874; es, á saber: los antiguos unionistas, algunos moderados y aun carlistas avanzados en ideas, y algunos progresistas tibios. De esta tortilla de verbas, es Cánovas el hábil cocinero.

Hijo del pueblo, por su trabajo, por su talento, por su actividad, por su personal acción, ha labrado paso á paso el pedestal de su grandeza. Con Martos y Castelar hizo la vida estudiantil. Pobres los tres, y los tres audaces, de-

cididos, entusiastas, sabiendo lo que valían, presintiendo lo que habían de ser; mientras Castelar y Martos peroraban á las soñadoras multitudes, mientras cantaban con mágicos acentos y grandilocuente inspiración himnos á la libertad, Cánovas aprovechaba el tiempo.

Aquellos anhelaban democratizar á España con la palabra, con la persuasión; Cánovas quiso imponer con el Gobierno nuevas ideas, templándolas en las corrientes de la tradición y de la conveniencia española, por estimar que nuestro pueblo, apasionado é impresionista, no estaba preparado á las transformaciones democráticas. Cánovas, por hacer algo y servir de algo y en algo práctico y útil á la Patria, huyó las auras populares, evitó gastarse en *meetings* y barricadas. Fué á las Cortes, y en dos años se hizo lugar honroso en el Parlamento. El Congreso y la prensa sirviéronle de medio para darse á conocer y estimar. Estalló la revolución del 54, y su talento y su pluma dieron forma — en el Manifiesto firmado por O'Donnell en Manzanares — al pensamiento de los revolucionarios. Ganaron éstos; surgieron, como de toda revuelta, rápidas fortunas y encumbramientos sorprendentes; y Cánovas, conociendo que los sucesos cambiarían pronto y que lo creado por la vicalvarada tenía la fortaleza de un castillo de naipes, no quiso intervenir en el pugilato de ambiciones que se produjo. Pidió y obtuvo ir á Roma con un destino diplomático, y así realizó sus deseos de conocer y admirar las grandezas y maravillas de la ciudad de los Césares y de los Papas. En su empleo sirvió bien y eficazmente á su Patria, suavizando las rudezas con que la curia vaticana trataba los asuntos españoles. Reveló entonces Cánovas sus cualidades diplomáticas para sobreponerse á sus émulos, utilizar á sus amigos y vencer á sus contrarios; cualidades que durante la unión liberal llevaron desde su escaño de diputado á una dirección general, á una subsecretaría, y luego, en breve carrera, al Ministerio (1). El más joven y el más entendido de los prohombres creados por el duque de Tetuán en sus postrimerías políticas, recogió cuidadoso las enseñanzas de los sucesos en que intervino, y de los gobernantes con los cuales colaboró; y así, en la revolución y después de la revolución, se comportó con la se-

461

(1) Son, más que datos, apreciaciones acerca del señor Cánovas, y por eso las reproducimos en casi su totalidad.

(1) En cuyo puesto, entre otras cosas, derogó la reforma constitucional de 1857

renidad y alteza de miras que los más severos censores de sus actos le reconocen.

No tomó parte ninguna en ese gran movimiento democrático, porque es enemigo de la democracia; pero aprobó la revolución de Septiembre, porque respondía á una necesidad nacional, y se mantuvo fiel al régimen monárquico. Según Cánovas, no es posible la transición brusca de la monarquía á la república en los países de tradición monárquica.

Cánovas fué dinástico, porque harto se le alcanzaba la imposibilidad de que arraigase en pueblo tan devoto de la Historia, de su independencia, de su dignidad, como el pueblo español, una dinastía extranjera; aunque la representase un príncipe tan ilustrado é inteligente y liberal como fué Amadeo de Saboya, fingiendo no recordar que en España son tan extranjeros los Borbones como los Austrias y los Saboyas. Presumió que la opinión y los partidos, á medida que los sucesos se precipitaran, volverían los ojos al hijo de Isabel II; y, determinando la abdicación de ésta, dió el paso inicial de la Restauración, á cuyo servicio se puso desde que comprendió la imposibilidad de la duración de la dinastía saboyana: no combatió al principio abiertamente á la república, mientras no la hicieron imposible la guerra civil carlista y la desunión de los mismos republicanos; pero en esa torpe actitud carlista, en aquella torpísima desunión, y en la deslealtad del ejército, vió Cánovas bien pronto formidables colaboradores que utilizar. Sumó adhesiones, estimuló simpatías, atrajo desengañados, utilizó ambiciosos; supo calcular el tiempo para no perder en infructuosas tentativas las fuerzas acumuladas; conspiró, pues, y conspiró con un éxito que no era muy difícil. Llegó la hora, y la Restauración se hizo sin efusión de sangre, sin grandes protestas. Recibiónla los monárquicos con alegría, porque realizaba sus anhelos; los liberales con desconfianza, por si las cosas retrocedían á 1867; los carlistas con desaliento, porque era su muerte en los combates y su anulación en la vida política; los republicanos con tristeza y resignación, porque de los pecados de todos era consecuencia el hecho de Sagunto.

Cánovas, Ministro regente, no persiguió á los vencidos con la saña que muchos esperaban. Se concretó á quitar obstáculos de su camino; pero á los consejos del nuevo Rey llevó revolucionarios como Romero Robledo y Aya-

la y Martín Herrera. Aceptó lo hecho por los demócratas en lo que auxiliaba la acción de los poderes restaurados. Derogó leyes como las del jurado y matrimonio civil, más por estimarlas prematuras que por incompatibles con sus ideas. Concentró más su pensamiento en la tarea de dar al país la paz que anhelaba, y la paz en la Península y en Cuba fué un hecho por todos los partidos celebrado. Después, cuando no hubo enemigos armados, abrió á los partidos monárquicos las puertas de palacio, procurando la formación del que, andando los días, hubiera de recoger su herencia y continuar su obra. Enemigo de los procedimientos, más que de las ideas, vió complacido á Castelar en el Congreso, dando á los debates parlamentarios la nota de grandeza y libertad que necesitaban. Reorganizó la situación del país; normalizó, encauzó, y cuando juzgó robusta y fuerte la Monarquía borbónica restaurada, obra suya, cedió su puesto al Sr. Sagasta.

Vuelto al poder, siguió su antigua táctica de utilizar y conservar las reformas introducidas en las leyes por sus adversarios, afianzándolas según le aconsejaban las exigencias de su política y los resultados que aquellas daban en la práctica: pretendió, pues, hacerse político á la manera inglesa, y tendió á que sus adversarios lo fuesen también.

Muerto Alfonso XII pudo conservar el mando, y prefirió—contra la opinión de sus amigos, á riesgo de ser destruido su partido—entregarle á los liberales, constituyéndose en su auxiliar decidido para que la regencia fuese adelante. Mas, al observar demasías de tono democrático en la política sagastina, al notar que en esta política preponderaban tendencias peligrosas para la Monarquía y para la tranquilidad de la Nación, y mejor aún, viendo en peligro la unidad de los liberales y la jefatura del Sr. Sagasta entre los suyos, procuró ser llamado por la Corona, á fin de impedir se malograra su labor de quince años, y mantener en el partido rival del suyo la cohesión que cinco años de poder habían quebrantado. A Cánovas le gusta tener en frente un partido grande, poderoso, fuerte; no fracciones, ni pandillas, ni grupos sueltos. Con aquél sabe que puede contar en momentos difíciles—como en Noviembre de 1885—para salvar las instituciones; con éstos, sabe que no es factible nada.

Pasemos ahora á las otras notables fases con que á la crítica y á la posteridad se presenta D. Antonio Cánovas del Castillo.

De una cultura superior, le son familiares las bellezas y los secretos del idioma, las maravillas del arte, las grandezas de la Historia. Adora la estética en todo, la sorprende donde pocos la adivinan, la denuncia allí donde no todos la ven. Tiene la palabra abundosa de Moret, con los giros esculturales de Martos y casi la gallardía de Castelar. Analiza lo bello con el tino de Pi y de Benot.

Hace historia con la llaneza y concisión de Melo, la intención de Mariana y la donosura de Valera. Es más crítico que literato, pero sus producciones literarias son dignas de atención y cuidadoso estudio.»

.....

* * *

En su número del 11 de Agosto, el propio periódico *La Unión* publicó el *Estudio biográfico de Cánovas*, por Campoamor, de todos tan conocido, y que no creemos necesario reproducir aquí.

EL MERCURIO

Consagró su editorial del 9 de Agosto, día siguiente al de la muerte del Sr. Cánovas, á dicho triste suceso, escribiendo lo que copiamos á continuación :

El nuevo crimen de los anarquistas.

« El telégrafo acaba de comunicarnos el inicio y sanguinario atentado con que los anarquistas han conmovido al mundo.

Ha caído bajo su puñal el Presidente del Consejo de Ministros de España, el ilustre Sr. Cánovas del Castillo, uno de los hombres de Estado más eminentes de aquella Nación, que en estos últimos años tanto ha tenido y tiene que luchar con el infortunio.

En todo tiempo y en toda ocasión el asesinato político ha de ser condenado universalmente, como el más infame crimen con que pueden mancharse los malvados ; pero el anatema contra el asesino es tanto más tremendo, cuando se trata de un hombre de Estado ins-

pirado por una política moderada y de conciliación.

En efecto ; los biógrafos del Sr. Cánovas del Castillo reconocen que, al emplear sus poderosos talentos para la Restauración de la Monarquía constitucional, puso en práctica una política moderada y tolerante, y abrió francamente las puertas á todos los elementos que quisieron contribuir al afianzamiento del Trono.

Un gran político consagrado así á servir los intereses de su Patria, y que en estos últimos años cargaba sobre sí con el peso, casi superior á toda fuerza humana, de salvarla de los infortunios que tan despiadadamente la vienen agobiando, no podía despertar odios susceptibles de armar contra él el brazo de un asesino.

.....

A la vez que pensamos en los medios de evitar la repetición de crímenes que, como el asesinato de Cánovas del Castillo, conmueven de horror á toda la humanidad, sentimos que desde lo más profundo del corazón, el alma arranca sus más delicados y conmovidos sentimientos de condolencia para enviárselos palpitantes á la infortunada España, á la madre Patria, que un día rica y poderosa, rebotando majestad y vigor, trajo su sangre, su civilización y sus virtudes, para formar lo que llamamos la América española ; y hoy tiene que sostener una desastrosa guerra para impedir que se desprenda de su corona de descubridora y conquistadora de un mundo, la última perla que atestigua lo que fué su antigua opulencia ; y al mismo tiempo que aquella crudísima guerra la desangra y la consume la savia de sus fuerzas, el monstruo del anarquismo devora las entrañas de su madre, y con el puñal del asesino sacrifica ignominiosamente á los hombres ilustres que se mantienen en el puesto del sacrificio, luchando por que la madre Patria pueda ver algún día como aquellos en que no se ponía el sol en sus dominios.

* * *

¡ Oh España infortunada ! Te enviamos desde el fondo del corazón un sentimiento de condolencia, que llora tus desgracias, como si sobre nuestra propia Patria pesaran, y alza-mos al cielo fervientes votos por que del mis-

mo rigor de tu infortunio renazca tu grandeza pasada, y la gloria con que deslumbrabas á ambos mundos.»

* * *

En el mismo número añadía :

D. Antonio Cánovas del Castillo.

« El telégrafo nos anunció ayer la noticia de que D. Antonio Cánovas del Castillo, jefe del Gabinete español, había sido asesinado por la mano alevé de un anarquista.

La fatal nueva ha causado en este puerto profunda sensación, no sólo entre la colonia española sino aun entre los chilenos, que también sabían apreciar las eminentes cualidades del hombre de Estado que dirigía el Gobierno en la madre Patria.

El Sr. Cánovas del Castillo, á sus cualida-

des de energía poco común, unía dotes de ilustración que hacían resaltar su personalidad de estadista, con la fama merecida del hombre de letras. Ha figurado, pues, en el escenario de la vida contemporánea española como político, demostrando relevantes aptitudes de orador parlamentario y como escritor y literato, acreditándose á este respecto con la publicación de importantes obras históricas y con la presidencia del Ateneo de Madrid, que desempeñó por varios años con aplauso general.»

.....

*

También publicó * * * datos biográficos del Sr. Cánovas, y por último, el notable artículo del Sr. Núñez de Arce, tomado de *La Prensa*, de Buenos Aires (República Argentina), que hemos transcrito en su lugar.

TERCERA PARTE

RECUERDOS Y JUICIOS

CRÍTICOS ACERCA DE CÁNOVAS

SECCIÓN PRIMERA

Veladas literarias, políticas y académicas

PREMIO CÁNOVAS

VELADA EN EL ATENEO DE MADRID

I

Tuvo lugar esta solemnidad en la noche del 9 de Noviembre de 1897, de que se dió cuenta en un precioso folleto que comienza con el retrato de Cánovas y continúa del modo siguiente :

• ¡ Hermosa fiesta la que el día 9 de Noviembre de 1897 se celebró en el Ateneo ! Aquella Corporación, que tanto debe á la poderosa inteligencia y sabia iniciativa de D. Antonio Cánovas del Castillo, dió evidente prueba de que á la puerta del edificio en que tiene su residencia el Ateneo, quédanse la pasión política, los prejuicios de secta, los apasionamientos bastardos, todo, en fin, lo que desune y separa, y que sólo penetran en aquel recinto de ilustración y cultura el amor á la ciencia, el ansia de saber, el deseo de buscar la verdad ; todo lo que une las inteligencias en una suprema aspiración.

Cuanto de más ilustre encierra la capital de España en Ciencia, en Arte, en Literatura, en noble linaje y en política, hallábase re-

unido en el gran salón de actos del Ateneo.

No faltaban tampoco en esta solemnidad hermosas damas, y bien claro se leía en los semblantes el interés que todos los concurrentes tenían en dedicar á la memoria del insigne varón en cuyo honor se celebraba la velada, el tributo á que son acreedores sus altos merecimientos.

En la plataforma, delante del retrato del hombre ilustre, estaban los Sres. Azcárate, Pidal, Moret y el Sr. Cánovas del Castillo (D. Emilio), en representación de la familia del ilustre finado.

Abrió la sesión el Ministro de Ultramar, y comenzó su discurso el Sr. Azcárate.

El sabio Catedrático de la Central, que tantas veces combatió con D. Antonio Cánovas en las lides del Parlamento, con severa y sencilla elocuencia, fué el primero en ensalzar una de las múltiples fases de la personalidad del gran estadista, tan múltiple y compleja, que no parece sino que en ella se resumían y compenetraban cualidades que cada una de por sí hubieran bastado para darle puesto de

preferencia entre las primeras filas de la sociedad.

Discurso de D. Gumersindo Azcárate.

No lo reproduce el folleto, y mucho menos podría reproducirse aquí, limitándonos á copiar el extracto publicado en aquél de la oración del sabio Catedrático y elocuente Diputado:

«En todas las veladas de esta naturaleza — comenzó diciendo — hay dos partes: una consiste en la biografía del muerto, en pintar su retrato; otra, en describir, en reproducir el ambiente en que ha vivido, en hacer el marco de ese retrato.

Ya habréis sospechado que ninguna de esas dos partes corre á mi cargo. Yo os hablaré de los vínculos de afecto que unieron al Sr. Cánovas con este Ateneo. Los señores Pidal y Moret os harán uno el retrato y otro el marco á que antes me he referido, y yo no haré más que entretejer el cordón de que ha de colgarse toda la obra.

Existe una circunstancia en D. Antonio Cánovas que ha de hacerle simpático á esta casa, y esta circunstancia es la de su grande amor al trabajo; y digo esto porque el Ateneo es una casa de trabajadores, no una reunión de desocupados.

Hasta tal punto era Cánovas amigo del trabajo, que para él vivir y trabajar eran sinónimos. Pero el trabajo que Cánovas practicaba era doblemente estimable, porque no se dedicaba al trabajo necesario para obtener de él los medios de vida que hacen falta á todo hombre, sino á ese trabajo espontáneo, deseado, que no tiene otro estímulo que las exigencias del espíritu, ni otra sanción que la de la propia conciencia.

Y este amor del Sr. Cánovas al trabajo, al concretarse más, más se capta las simpatías de los ateneístas. No hay hombre que no resulte con un carácter peculiar y distintivo que sobresale de entre todos los otros caracteres que el individuo ostenta y que le acompaña durante toda su vida. Hay hombres que siempre, siendo políticos, no por eso dejan de ser críticos, filósofos, historiadores, economistas, etcétera.

El Sr. Cánovas fué uno de esos políticos, sin ser de los que, al cabo de los años, no acrecientan el bagaje con que entraron en la po-

lítica sino con una vulgar y rutinaria experiencia, que es lo menos que de los años se puede obtener. No. El supo aprender que la política y el derecho son ciencias sociales, y que la primera no puede practicarse sin que el espíritu esté repleto de cultura en todas las ramas de la ciencia.

Decía de su *oficio*, como modestamente llamaba á la política, que ni él ni nadie que lo practicase debería dejar de trabajar para aprender. Y, en efecto, tenía razón; porque el hombre de Estado debe tener un criterio para resolver el problema jurídico, otro para resolver el problema social y otro para resolver el problema económico; y todos estos criterios son puramente técnicos y no se adquieren más que por medio del estudio de las diferentes materias.

Como consecuencia de este estudio continuado que el Sr. Cánovas verificaba, robando el tiempo á las ocupaciones que le proporcionaban los arduos problemas de la gobernación de un país, tenía la comprensión rápida de todo aquello que se presentaba ante su inteligencia, rapidez conseguida únicamente por la preparación que había logrado por medio del estudio.

Si no hubiera sido político, hubiese dedicado su actividad al ramo histórico, y buena prueba de ello es la continuación á la *Historia de España* de Mariana, que comenzó cuando todavía era estudiante, obra que no es la única suya, sino que escribió otras del mismo género.

Libros, en realidad, ha dejado pocos (1). Sus mejores producciones son los innumerables discursos parlamentarios pronunciados por él en forma de rápidas y vibrantes improvisaciones; el prólogo á *El Solitario*; los discursos en las Academias de Jurisprudencia, de la Lengua, de San Fernando, de la Historia y de Ciencias Morales y Políticas, y otros muchos en que se revela su decidido cariño á la cultura y al arte.

Circunscribiendo todavía más el amor del Sr. Cánovas á esta casa, sólo podré decir que ha explicado en sus cátedras á la vez que González Brabo; Escosura y otros; ha sido Presidente de la Corporación varias veces durante doce años, y últimamente ha dado la mejor

(1) Sin embargo, léase la Necrología del Sr. Vignau y se verá, como en la del Sr. Cos-Gayón, que no son tan pocos.

prueba de su afecto al Ateneo con la creación de la Escuela de Estudios superiores.

Estaba identificado con lo substancial de esta casa. En cierta ocasión recordaba las célebres palabras del Duque de Rivas, diciendo que el Ateneo era una Asociación nacida á la sombra de la libertad. De puertas adentro consideraba á todos de igual manera, como hermanos; no había para él diferencias de partido en las cuestiones políticas, ni de escuela en las filosóficas, y esta unión llegó á hacer del Ateneo de Madrid, según él decía, el centro de más viva luz de toda España.

Dos recuerdos puramente personales debo hacer aquí. En una ocasión, porque el señor Cánovas hizo algo que á mí me pareció mal, y en otra, porque yo hice algo que á él no le pareció bien, se rompieron mis relaciones con el Sr. Cánovas; y justo es consignar que ambas veces se reanudó nuestra amistad en esta casa.

Con lo que he dicho he concluído de tejer el cordón que ha de sostener el cuadro y el marco que ahora váis á ver fabricar. Ya os lo avisé al principio. Tosca es su fabricación por las condiciones del fabricante, pero de gran solidez, porque en su composición han entrado como materiales tres hilos valiosísimos, tres amores del Sr. Cánovas: el amor á la ciencia, el amor al trabajo y el amor á esta casa. »

Discurso de D. Alejandro Pidal.

Copiamos íntegro el notabilísimo discurso leído por el insigne orador, y que llamó extraordinariamente la atención del público.

• • •

« Admirable sobre todo encarecimiento resulta, á mi parecer, señores, la costumbre que habéis establecido de organizar estas solemnes manifestaciones en que ponéis en contacto íntimo y vigoroso el alma del Ateneo con el alma misma de la Patria, asociándoos al duelo de la Nación por la muerte de sus grandes hombres. Porque si el estudio, la ciencia y la verdad son el objeto de nuestras instituciones, ¿qué mayor ocasión que esta que tan señaladamente nos ofrece la Providencia para estudiar en las hondas palpitations de la realidad, que se desenvuelve ante nosotros, las revelaciones misteriosas de la verdad con que

se nutre y se depura la ciencia? A los ojos de todo verdadero pensador nada enseña tanto como una tumba, sobre todo cuando se la sorprende en aquel fugacísimo momento en que la losa sepulcral no ha interceptado por completo el contacto del aire ambiente y de luz que relaciona la presencia del que se va, con lo que le sucede y con lo que deja. Para los que huscan en la observación de los hechos la confirmación ó la prueba de sus doctrinas, ninguna ciencia engarza tan luminosamente la verdad como la historia de una vida contemplada desde las alturas de su muerte.

Y si la vida fuese una vida no sólo privada, sino pública; si su historia llegase á ser tanto la historia de la Nación como la del individuo; si el cadáver que descansa en la fosa hubiese servido de morada á uno de esos espíritus superiores que dejaron hondamente marcada la huella de su paso en su peregrinación sobre la tierra, como hombres dotados de condiciones y facultades extraordinarias, marcados por el dedo de Dios con el sello de los grandes destinos, entonces casi puede decirse que la Historia y la Filosofía, convocadas por la religión en los bordes mismos de la huesa, abren á los ojos de todo el que se aproxima al sepulcro el libro misterioso de los siete sellos que vió el Apostol de Patmos en las visiones apocalípticas de la eternidad pendiente de la diestra el Creador, cuyos escondidos secretos sólo se vislumbran con alguna mayor claridad en esos solemnes y decisivos instantes en que alumbrá la densa noche y las espesas tinieblas del mundo la luz del rayo con que fulmina sobre los grandes hombres de la Historia sus inexorables sentencias de muerte.

Tal es, sin duda alguna, por parte de nadie que yo sepa, lo que acontece hoy, por desgracia, con la muerte de D. Antonio Cánovas del Castillo. Van transcurridos ya días y meses en medio de las hondas preocupaciones que nos rodean, debajo de las siniestras y pavorosas nubes que nos amenazan, en esta época contemporánea en que la vida, tocada de la electricidad que la compenetra y la sirve, se desenvuelve con vertiginosa rapidez. El sol ha continuado levantándose impasible y sereno en el horizonte; las estaciones se suceden unas á otras inalterables; la vida, llena con los ruidos de su cotidiana labor, los campos y las ciudades, y las pasiones humanas, recobradas de los primeros momentos de espanto en

que las sobrecogió la catástrofe, levantan de nuevo su voz, acaso más esperanzadas que nunca, en demanda de sus respectivas concupiscencias, y, sin embargo, en vano pretendería nadie negarlo—todo el mundo lo confiesa y lo siente,—hay algo como de duelo en la atmósfera, algo así como de orfandad en la sociedad contemporánea; se palpa el vacío de una gran personalidad con quien contábamos todos para nuestras empresas y hasta para nuestras batallas; sentimos que empieza una nueva era en la historia de nuestros días; presagiamos el advenimiento de una nueva generación y la desaparición de otra aún no vieja; apunta como la alborada de una mañana y como el ocaso de un hoy en las penumbras del ayer en los futuros destinos de la Nación española, y todo el mundo se pregunta qué encierra para nosotros y nuestros hijos el tenebroso porvenir que se dibuja sobre los horizontes de nuestro cielo. Como si la Providencia enlazase la muerte de un hombre con los problemas más pavorosos de la sociedad y de la Patria para dar mayor realce á sus funerales, su nombre evoca y cifra al mismo tiempo todas las cuestiones pendientes: la idea de la muerte de Cánovas se ha hecho inseparable de la idea de la muerte con que amenaza la barbarie anarquista á la sociedad, y de la idea de la muerte con que amenaza á nuestras glorias más amadas y á nuestras esperanzas más risueñas la barbarie filibustera de nuestras colonias. Diríase que el proyectil que hirió las sienas de D. Antonio Cánovas del Castillo, y que no sólo hirió al hombre sino al español ilustre, á la autoridad, al Gobierno, al partido y á la Nación, había sido disparado por tres manos combinadas á un tiempo: la mano del anarquismo social; la mano del filibusterismo filipino, y la mano del filibusterismo americano; como si la barbarie asiática, en todas sus más recientes manifestaciones, hubiera querido asesinar en su más alta representación á la civilización española; esto es, á la civilización europea, hija de la Cruz, con las armas perfeccionadas de la cultura material, como para significar claramente la absoluta y urgente necesidad de los principios morales para que el mundo no se hunda en el salvajismo de la civilización, que es el salvajismo más repugnante, porque es el salvajismo, mas la mentira.

Nada más digno hoy, por tanto, de serena meditación y de estudio, que las enseñanzas

que encierra y despide con vivísima luz de sí el cadáver de D. Antonio Cánovas del Castillo.

Cada época tiene su generación, y en ella y con ella su enseñanza, su ejemplo. Antonio Pérez, Olivares, Somodevilla, Jovellanos fueron elocuente lección á su tiempo. Hoy, dorados con los arreboles de la tradición, sirven de enseña y de blasón á las escuelas y doctrinas. Años más tarde, la memoria de Cánovas se transfigurará en el mito por la leyenda, ó se perderá, si queréis, desvanecida en el océano sin límites del olvido; pero para nosotros, que lo conocimos y tratamos y asistimos á su nacer y á su morir en el seno de la vida pública y pudimos admirar sus condiciones á través de las impurezas de la realidad, que á todos universalmente nos aquejan, la memoria de Cánovas presenta una magnífica oportunidad como tema de meditación y de estudio que no debemos desaprovechar sin hacernos reos de indisculpable negligencia, ¡que no todos los días en el barro amasado por la mano de Dios sopla la divinidad un espíritu y enciende una llama intelectual que sólo con el brillo de su fulgor disipa las sombras tenebrosas de la duda positivista sobre la existencia del alma y ahuyenta las negaciones ateas sobre la existencia del Creador, que refleja en ella su luz, como el sol refleja sus rayos en los lagos hondos y serenos que se extienden en las alturas!

Porque en Cánovas, á pesar de sus extraordinarias circunstancias, se reflejan mejor, á mi parecer, que en otro alguno de sus contemporáneos difuntos los caracteres propios de esta edad tan crítica, como de transición. á cuyo desenvolvimiento asistimos. Cánovas, nacido en humilde condición, hijo glorioso de sus obras, que llega á través de las enconadas luchas de la agitada vida de su tiempo, á impulsos de su propio valer y excepcionales facultades, no sólo á ocupar todas las cimas más encumbradas del honor, del poder y de la fortuna, sino á sentarse como rey en el solio de la dictadura, tanto moral como intelectual, como (¿por qué no decirlo!) política, que ejerció en su tiempo y en su país, y logra, al morir con muerte clásica por la grandeza y la majestad, á manos de la negación del orden social todo entero, sea sinceramente llorado por propios y extraños, por amigos y por enemigos, dejando en pos de sí un vacío imposible hoy por hoy de llenar en Ateneos y Academias, en el poder y en la sociedad, en el partido y en la Na-

ción, en una palabra; en la Historia, es la representación más genial y genuina y más gloriosa además de la grande y tradicional democracia española, que nunca pidió ejecutorias ni pergaminos al mérito y al saber para elevarlo á las alturas, que dió constante muestra de sí en todas sus empresas y batallas, que quiso abarcar, enlazándolas, las majestades de la tradición con las esperanzas del progreso, que abrió generosa su corazón á todo sentimiento de vida, que reflejó en su alma todo el sol que inunda los cielos de su Patria y que sólo puede morir á manos de la democracia falsificada, la que se llamó la *democracia de las tres mentiras*, y pudiera llamarse la *democracia de los tres odios*, la que renegando de su abolen-go divino, humano y nacional, hace su propaganda por el hecho concretado á la destrucción y simbolizado en el asesinato.

Detengámonos, pues, unos breves momentos siquiera á medir con la vista de cerca á aquellos restos sagrados antes que se apodere de ellos la Historia. No temáis de mí análisis enfadosos y prolijos. Muchas páginas serían necesarias para analizar á Cánovas dignamente; pero Cánovas no merece el análisis, Cánovas es digno de la síntesis como toda personalidad resuelta, fecunda y vigorosa. El llevó como por la mano casi toda la vida pública y social de su generación y de su tiempo; él fue político y orador, historiador y académico; hombre dado á la especulación y hombre dado á la acción en todas las esferas de la actividad literaria y científica; con estudio y conocimiento nada común en las artes de la guerra y en las industrias de la paz, y á pesar del carácter eminentemente práctico de toda su variada labor, á sus horas de ocio y de juventud, novelista y hasta poeta. Por eso entre los mo-tes ó apodos con que con mayor ó menor caridad suelen la admiración ó la pasión contraria en política caracterizar á las gentes, sólo prevaleció, respecto de Cánovas, el de *El Monstruo*, con que le señalaron amigos y enemigos á un tiempo, como testimonio de la facilidad con que su genio lo llevaba todo de frente.

Contribuía á esto, en gran parte, su saber, fruto de serios y bien dirigidos estudios; el caudal respetable de su erudición, atesorado en su facilísima memoria; el afán con que prestaba su poderosa atención á toda idea científica y á toda noticia literaria, para no

quedarse nunca atrás del movimiento intelectual contemporáneo; su incansable laboriosidad, que jamás le permitió perder el doble sello más característico de su personalidad peculiar, el sello de trabajador y de estudiante, pero más que nada contribuyó á este resultado feliz la prodigiosa flexibilidad de su ingenio.

Yo le ví en horas de angustia nacional aprovechar los instantes que le dejaban libre los implacables teléfonos del Pardo, que le anunciaban la rápida agonía de su Rey, y los apremiantes telegramas de provincias sobre alarmas y alteraciones del orden público amenazado, al propio tiempo que preparaba los futuros derroteros del poder público y señalaba los carriles de la legalidad por donde había de venir la Regencia, trayendo aún incógnita en su seno la suerte de la futura Monarquía, deliberar con el arquitecto, llegado por acaso allí, sobre los planos de la bodega de la Moncloa. Los que fuimos Ministros con él le vimos actuar como ponente en todos los negocios importantes de nuestros departamentos respectivos. Las Academias de la Lengua y de la Historia le veían todas las noches de junta, al descansar de las arduas tareas del Gobierno y del Parlamento, discutir con igual empeño y tenacidad una fecha ó una papeleta del diccionario vulgar, que pudiera mostrar en la más alta y trascendente solución de la Hacienda ó de la política.

Cuando el centenario último de Colón y del descubrimiento de América, los sabios extranjeros, que acudieron á contemplar desde cerca las reliquias de nuestras glorias, le vieron, sin abandonar un instante el timón de los destinos del Estado, llevar la palabra con elevación y originalidad en todo linaje de disciplinas, enlazadas con la memoria de aquel prodigioso acontecimiento, y España entera le admiró, en los comienzos de la Restauración, ejerciendo con facilidad, y á la vez de dictador en la política, de sabio enciclopédico en Academias y Sociedades literarias, de gran capitán en las guerras civiles y coloniales, de hombre de mundo y de sociedad en los teatros y salones; ¡ que no le pareció carga pesada para sus hombros, al que había recibido sobre ellos de la Providencia el encargo de restaurar el orden político y social en España, personificar durante algún tiempo á toda la Nación juntamente en todas sus diversas esferas, para

elevarla como en vilo en brazos de su robusta personalidad, desde los abismos de la disolución hasta las regiones de la paz y las alturas de la gloria!

Y aquí tocamos, señores, á mi juicio, la nota fundamental de la personalidad del Sr. Cánovas; la clave, por decirlo así, que nos da la cifra del hombre, el foco que inunda con raudales de luz su naturaleza. Con ser Cánovas un orador de tan vigorosa fantasía; con ser un historiador de tanta erudición y memoria; con ser un político de tan decidida y constante voluntad en sus propósitos y empeños, todo esto aparecía como informado y como avasallado en él por la fuerza dominante de su talento.

Eso era, á la verdad, ante todo el Sr. Cánovas del Castillo: una potencia intelectual de tan colosales dimensiones, que la misma dictadura que ejercía él sobre la sociedad, ó á lo menos sobre su partido, la ejercía su talento sobre él, dominando todas sus facultades é inclinaciones. En los profundos misterios que entraña en su seno el problema metafísico del principio de individuación, debe hallarse la causa eficiente de este fenómeno. En aquél cráneo forjado á golpes de martillo por la mano del Creador sobre el yunque de la materia, se albergaba una facultad intelectual de una potencia extraordinaria. Diríase que en los profundos senos de aquella caja cerebral había hallado la llama venida del cielo ancho espacio para dilatarse y crecer y dar robusta muestra de sí en todas sus propias operaciones.

La facultad inorgánica del entendimiento vive y opera por sí; pero actúa mediante las condiciones del instrumento. De la apropiada combinación de los dos resulta aquella potencia dinámica de percepción intelectual, mezcla de microscopio y de telescopio á la vez, con que transparentaba las cuestiones al iluminarlas con su mirada. Todo se le ha podido negar al Sr. Cánovas del Castillo en los arrebatos de la pasión durante las batallas de la política; pero nadie le ha negado jamás las proporciones ciclópeas de su entendimiento. Cuando se conferenciaba con él, sorprendía su fuerza de adivinación, consolaba la maravillosa evaluación de las razones opuestas á su dictamen, sentía uno su convicción comovida y como dislocada dentro de sí al choque de sus pujantes razonamientos; podía

dudarse del acierto de su razón, ¡que el entendimiento sólo se rinde desarmado ante la verdad!; pero vencedor ó vencido en aquella lucha, salía uno reconfortado de la batalla. Diríase que, como Jacob, habíase peleado con un dios cuerpo á cuerpo, y que en aquel duelo intelectual la verdad no podía haber padecido. Y así era, en efecto, por lo común; ó por un trabajo reconcentrado de la convicción, ó por una rectificación inesperada de la contienda, la verdad no tardaba en aparecer serena y resplandeciente en su solio; pero la verdad despojada de las nieblas de las hipótesis y de las dudas por los esfuerzos de la contradicción, radiante y esplendorosa la faz, arrojados lejos de sí los postizos con que había tratado de disfrazarla el error para extrañarla del entendimiento.

Así era que Cánovas, como orador, no aspiraba al arte por el arte de la palabra; diríase que menospreciaba la retórica y que sentía desvíos hacia la elocuencia. Las figuras y los lugares retóricos eran para él artificios incómodos de que no necesitaba el verbo clarísimo de su mente. Eran andamios que desdeñaba la fuerza ascensora de su razón. La palabra para Cánovas sólo era el instrumento dócil de su razón, y nunca consintió á su razón que sirviera los intereses de su instrumento. Por eso era tan ático su decir, por eso era la inspiración su elemento. «Yo sólo le pido á mi palabra—le oí decir una vez—que responda á mi pensamiento en el momento en que éste la solicite: al despertar de dormir, al levantarme de la mesa, en el Parlamento, en el club, en el Ateneo y la Academia.» Y tenía razón el Sr. Cánovas; era muy hermosa por sí la tersa figura de su palabra para que sintiese dejars: ver en su desnudez sorprendida. Los alifios de la coquetería en el decir, los moños y los trapos de la retórica, sólo sirven á la palabra, como á la mujer, para disfrazar estragos de la edad y vacíos de pensamientos.

Y si esto era Cánovas como orador, ¿qué diremos como historiador consumado? ¡Ah! señores, cuando se leen sus estudios históricos incomparables, no parece que leemos una narración, sino que asistimos en persona al suceso. A la potente evocación de su conjuro intelectual, despierta y surge á raudales sobre el pergamino la vida. No es la poética y pintoresca descripción de los pormenores del hecho, es su substancia trascendental la que,

evocada, se aparece. Los muertos dejan, es verdad, su sepulcro para presentarse ante nosotros; pero no para mostrarnos sus arreos, sus vestimentas y ropajes, sino para enseñarnos su corazón, abierto por la mano misma de sus acciones. La mirada de Cánovas, como historiador, es la mirada del águila en la naturaleza: todo lo abarca en la dilatada extensión, y todo lo penetra en la honda profundidad, y á todo se eleva en la serena ascensión, que no conocen ni consienten límites en las regiones propias de los hechos humanos las audacias sublimes de su pupila.

Leed, leed los que no los conocáis, si por acaso existe alguno, sus trabajos sobre la grandeza y sobre la decadencia de España, y veréis cómo, á la voz del moderno Ezequiel profetizando sobre los huesos, el polvo de los sepulcros se agrupa; cómo se articulan los esqueletos; cómo la carne se va revistiendo de piel; cómo, en suma, la vida toma posesión otra vez de los dominios de la muerte; y al paso que saludaréis con respeto la fe sincera y ardiente del antiguo pueblo español, la majestad humilde de sus Monarcas, la pericia y el arrojo de sus capitanes, la audacia y la fortuna de sus navegantes y conquistadores, la sabiduría y elocuencia de sus teólogos y poetas, la astucia y la habilidad de sus diplomáticos, y oiréis la triunfante marcha del sonoro idioma español, que canta al compás de las armas con que toma posesión y da la vuelta al universo mundo, y asistiréis á aquellos heroicos combates en que no se sabe qué admirar más, si el incontrastable empuje de nuestras naos y galeras ó la formidable resistencia del tercio viejo ó la intrepidez y gallardía de nuestra caballería á la jineta; os hallaréis con algo más, con bastante más que todo eso: os hallaréis con la finalidad soberana, con las causas ocultas y manifiestas, con el plan divino y humano, con los medios providenciales y terrenos, que forman, animan, conservan, dirigen y disuelven toda aquella máquina suscitada por Dios en los momentos más críticos de la Historia moderna para salvar á la civilización occidental de la barbarie oriental que la amenazaba con muerte humanamente inevitable, sin la Nación española, cuya grandeza deslumbradora tuvo tanto de sobrenatural como de natural su decadencia; que aún palpitan en mis oídos aquellas brillantes y profundísimas palabras arrancadas por el fuego

de la improvisación á la mente del Sr. Cánovas en una sesión del Congreso, y que los años no han podido aún borrar de mi memoria, porque en ellas está admirablemente condensado todo cuanto puede decir el historiador sobre este asunto tan trascendental como doloroso. «*Pocas cuestiones hay—decía—á que haya dedicado yo más vigiliat y que haya estudiado más, en los estrechos límites de mis conocimientos y de mi-inteligencia, que ésta de las causas que hayan podido producir la decadencia de España.*

No se realiza ningún hecho de tal magnitud por una sola causa; la Humanidad es menos unitaria en su marcha que todo eso. Muchas causas complejas, algunas de las cuales arrancaban de los motivos mismos de nuestro engrandecimiento, produjeron esa decadencia. Nosotros tuvimos una grandeza en mucha parte artificial, en mucha parte debida, más que al desenvolvimiento de nuestra nacionalidad, á grandes aventuras individuales. Tuvimos una grandeza extendida por toda Europa, con naciones distintas, con lenguas y costumbres diversas; y claro es que, cualquiera que hubiera sido el espíritu que nos hubiese animado, nuestra decadencia era de todas suertes inevitable. Lo que debe sorprender á todo el que estudie profundamente nuestra Historia, no es que perdiéramos un día el Rosellón, y otro Portugal, y otro el Artois, y otro Flandes; LO QUE VERDADERAMENTE SORPRENDE ES QUE MANTUVIÉRAMOS POR TANTO TIEMPO TODAS ESAS GRANDEZAS DESDE ESTAS POBRES Y ESTÉRILES LLANURAS DE CASTILLA.»

Y si queréis saber el por qué de este engrandecimiento y el secreto resorte de esta fuerza, leed, leed de nuevo sus estudios sobre los españoles en Italia, donde, como en un admirable panorama, aparecen como de relieve los ignorados caminos por donde nos conducía la Providencia á ser los inevitables campeones de aquel gigantesco empeño, de aquella misión trascendental de sacar á salvo la fe, la Religión y la Iglesia, y con ellas la razón y la libertad y la civilización juntamente, en jornadas como la de Lepanto, en batallas como la de Mulberg, en Concilios como el de Trento, en monumentos como El Escorial, en publicaciones como la *Poltiglota*, con políticos como Cisneros, con teólogos como Melchor Cano, con filósofos como Vives, con capitanes como Alba, con marinos como Santa Cruz, con poetas como Calderón, con pintores como Murillo, con oradores como Granada, con santos como Teresa de Jesús, con Monarcas como los Re-

yes Católicos y con pueblos como el gran pueblo español, que, aun después de tres siglos de decadencia, no ha perdido el genial y nativo y tradicional heroísmo de su raza, que nos le hace aparecer entre los emponzoñados miasmas de la manigua y bajo los tropicales ardores del cielo índico como el antiguo soldado de Ceriñola y San Quintín, de la Valtellina y de las Dunas, de Nordlingen y hasta de Rocroy, donde para que dejase de ser invencible nuestra vieja Infantería hubo que cañonearla como un castillo y que capitular con ella como una plaza.

Por eso os digo que el talento, el mero talento especulativo, aquel que en virtud de su origen divino y de su fuerza celestial abstrae y generaliza, distingue y clasifica, y mira y ve detrás de lo singular lo universal para cifrarlo en síntesis concreta, es el que anima, tanto al historiador como al orador, en la personalidad literaria del Sr. Cánovas del Castillo.

Y si esto puede decirse del historiador, ¿qué no podría decirse del pensador, á no vedármelo los límites de la solemnidad literaria de esta noche!

No alcanzó al Sr. Cánovas, es verdad, en el apogeo de su juventud el renacimiento de los estudios filosóficos en España; pero estudió de joven á nuestros políticos y juristas, á nuestros teólogos y á nuestros poetas y oradores, á nuestros predicadores y á nuestros místicos, y bebió allí claro conocimiento y noticia de lo más sólido y fundamental y de lo más elevado, al propio tiempo, de la gran filosofía cristiana. Algo tarde, es verdad, pudo prestar atento oído al rumor como de invasión de las doctrinas racionalistas, que iban tomando asiento en España; pero dando al hecho toda la trascendencia é importancia que encerraba dentro de sí, dedicó su atención á su estudio, y no contento con leer todo lo que se escribía, le vimos acudir muchas noches, robando horas á su solaz, á las conferencias filosóficas que se dieron en la Universidad central durante algún tiempo, y á toda solemnidad académica en que se tratara de filosofía.

Por entonces hubo de trahar estrecha y hasta entrañable amistad con el célebre padre Ceferino. Yo tuve la suerte de presenciar sus más íntimos coloquios especulativos, encerrados los tres en lo más apartado de su magnífica biblioteca. Era aquélla una escena singular. Frente á frente dos de las más poderosas

inteligencias de nuestro tiempo. El uno, de naturaleza andaluz, malagueño, con toda la pujanza meridional, un griego de nuestras antiguas colonias peninsulares. El otro, astur de naturaleza, nacido y criado en lo hondo de un valle enterrado más que cercado por tres altísimas montañas, con toda la reconcentración en el carácter y en la palabra del hombre del Norte español: un cántabro transfigurado por el sayal. Con sólo mirarse se comprendían, con media palabra se comunicaban; verse y estimarse fué todo uno. Verdad es que Cánovas se jactaba de ser el primero que había adivinado al padre Ceferino en sus obras, y el padre Ceferino sabía casi de memoria los estudios históricos de Cánovas antes de regresar de Manila. De este mutuo conocimiento y de esta mutua estimación, sacó el padre Ceferino grande ayuda en su peregrinación á través de las mitras más importantes de España, á que le había presentado Oastellar, en busca del estudio y reposo de su convento. Cánovas sacó más. Sacó unas líneas en la *Historia de la filosofía*, del padre Ceferino, que le consagran á la inmortalidad entre los pensadores cristianos.

Pero donde el talento especulativo de Cánovas dió gallarda muestra de sí, fué en el pavoroso problema de la cuestión social, tal como ante nuestros ojos se aparece. Parecía como que presagiaba la íntima unión entre ese problema y su muerte. Lo cierto es que en sus estudios sobre él se transparenta la fuerza perforadora de su pensamiento, llegando hasta el fondo de la cuestión sin esfuerzo y por métodos peculiares de su naturaleza intelectual. No parece un hombre de escuela, sino simplemente un observador profundo y de buena fe, que aplica atento oído á los hechos. A veces parece desorientado en la indagación; pero pronto se ve que abarca con su mirada todos los caminos. Sus conclusiones no fueron claramente entendidas al pronto: se le acusó de individualista intransigente primero y de socialista después. Fué moda, como tildarle de ecléctico. El Emperador de Alemania al principio, y el Sumo Pontífice León XIII más tarde, consagraron sus opiniones. Yo he hecho un cotejo de las doctrinas formuladas en sus escritos por todos, y puedo decir que son las mismas en el fondo; y no podía ser de otra manera; es ya un lugar verdaderamente común que la cuestión social es una cuestión

religiosa y que no hay término medio para su resolución; ó el *Evangelio*, que impone la caridad á los ricos y el respeto á la propiedad á los pobres y el trabajo á todos como medio de alcanzar, mediante cortos días de prueba, la eterna felicidad, ó la Esclavitud, que roba el trabajo de los débiles en provecho y para goce egoísta de los fuertes.

Todos los explosivos del mundo no cambiarán jamás los términos generales de este problema.

El mundo podrá presenciar un nuevo terror, el terror de la revolución antisocial, como presencié el terror de la revolución antirreligiosa en la Reforma, y el terror de la revolución antipolítica en la Convención; pero ó el género humano desaparece, ó el problema sobrenadará en todos los diluvios de sangre: ó la Cruz, que nos señala el cielo como patria de la común felicidad, ó el *Látigo*, que nos señala la tierra como término á nuestros destinos, y donde desde Adán acá, salvo en los héroes de la religión, el más débil trabaja en provecho del más fuerte. Podrán los fuertes de hoy ser acaso los débiles de mañana: ese es el secreto y acaso el castigo de Dios; pero para todo desinteresado observador, el orden de los factores no altera el producto. Cánovas lo vislumbró desde el comienzo de sus estudios; pero sólo al último concretó la fórmula más cruda de su doctrina. Había acumulado tanta razón, que ya le pareció salvado el inconveniente de la vulgaridad. No era ya el dicho rutinario del sentido común; era la reconcentración irreductible de la verdad científica demostrada.

El pensador que en plena revolución, delante de las utopías sociales, combatiendo á la *Internacional*, no había tenido reparo en proclamar ante el Congreso que «no eran posibles los derechos individuales más que en los pueblos religiosos», y que «si fuese verdad que no hay Dios, la razón estaría de parte del anarquismo», no tuvo inconveniente alguno en confesar que si ante la marea arrolladora del socialismo, que amenaza á la religión y á la propiedad y á la civilización juntamente, era preciso aunar todos los remedios á un tiempo, era porque la impiedad, corrosiva de la moral y del derecho, había privado de su eficacia universal al único Código en que se armonizaban por completo los antagonismos sociales, en una palabra, al *Catecismo*.

Ahora, en lo que Cánovas se muestra impla-

cable, y con razón, en mi modesto pero sincero sentir, es en sus razonadas diatribas contra el sufragio universal, elaborado é impuesto por las clases medias, en el seno de una civilización basada sobre la propiedad, ante las clases desheredadas, descristianizadas y armadas de las sociedades modernas.

Es tan honda y tan viva su convicción al desarrollar este tema, que su voz abandona á veces los tonos serenos de la especulación para tomar los acentos apasionados del tribuno. No es que trate de persuadir, á mi juicio, dirigiéndose á la voluntad; es que su razón vigorosa se indigna, por respetos á su dignidad, de lo inconcebible del absurdo del principio y del hecho, que revisten, á su parecer, todos los caracteres propios de un incomprensible suicidio.

De todos modos, bien podemos asegurar que en las doctrinas y en los estudios sociales de Cánovas del Castillo brilla más, mucho más que el hombre de escuela y de sistema, moldeado por la enseñanza tradicional, el ciudadano libre de la república de las letras que, sin compromisos con nadie, aborda resuelto la realidad sin esquivarla ni torcerla. Su talento, solicitado vigorosamente en sí por las dificultades del caso, desdeña todo auxilio que no sea el de la razón práctica del hombre de Estado. Por eso tienen tanta fuerza sus conclusiones, independientes de todo prejuicio de secta y de pandilla, y el ánimo atribulado se serena al ver la armónica conjunción que en torno de este problema temeroso verifican espontáneamente, obedientes á las atracciones de la verdad, los genios más elevados, puestos al servicio de la religión, de la humanidad y de la ciencia.

Poco os he dicho de Cánovas como orador, como historiador y como pensador en las grandes cuestiones filosóficas y sociales; menos aún os podré decir de Cánovas como literato. No consienten los desarrollos de un libro los breves términos de una oración necrológica. El orador de incontrastable habilidad en las luchas parlamentarias, de altos vuelos é ideas madres en los discursos académicos, de finísima y acerada ironía en la discusión personal, de sentido práctico y de aplicación en los negocios de Estado; el historiador que exhumbó con su talento y su estudio el alma viva de su Nación de entre el polvo y la polilla de los archivos; el pensador que proclamó la existen-

cia real y la necesidad social de Dios, del Evangelio y la Iglesia, la familia y la propiedad como intangibles fundamentos de la civilización europea, rindió tributo de cooperación á la novela y á la poesía. Mucho se equivocará de seguro el que juzgue estas recreaciones literarias del pensador y del político con el criterio maligno y mordaz que ha presidido á la crítica al por menor de la prensa que le combatía. El hombre de Estado que proclamaba que «sólo le agradaba la poesía en los versos y que la detestaba en los negocios» como remedio y preservativo contra las invasiones de la imaginación en los dominios del cálculo, no cultivó sin preparación estas luminosas regiones del pensamiento. Conocedor de las literaturas antiguas y observador de las modernas, así extranjeras como nacionales, dejó en la *Novela histórica* acaso la mejor imitación que poseemos del gran novelador escocés; y en las distintas *Poesías* con que alegró, sin otra pretensión, sus solaces, dejó caer perlas de sentimiento y de ingenio, que no hubieran parecido fuera de su lugar engarzadas en la diadema de los mayores poetas españoles ó italianos.

Pero no fué esta, ciertamente, la esfera en que dió todo el impulso de su voluntad á las actividades de su genio. Donde él cifró tanto la vocación de su espíritu como la gloria de su nombre fué en lo que él llamaba modestamente «su oficio», ó sea en el campo de la lucha, sin tregua, sin paz y sin reposo: en la arena candente de la política.

Al llegar aquí confieso, señores, que me siento embargado por el temor de que alguien dé contrario sentido á mis frases del que las presta mi voluntad. ¡Mi decidida voluntad de aparecer ante vosotros como narrador desapasionado y sereno! Lejos de mí la casi sacrilega intención de profanar la memoria del muerto á que se rinde homenaje esta noche, convirtiéndola en arma de propaganda ni de discusión, y menos de vilipendio y de ultraje; y si no fuera por la necesidad de decirnos alguna palabra en esta ocasión sobre lo que constituyó su principal esfera de acción en la tierra, pasaría en silencio esta fase tan importante de su vida, alegando lo que es notorio para todos, que no ha podido sonar aún para él, considerado como político, la hora de juzgarlo con imparcialidad, como lo juzgará en su día la Historia. ¡Que fué muy varia y compleja su

labor y muy dilatada su vida! Manejó ideas y sistemas á granel y dió nombre á muchas leyes y teorías; barajó muchos hombres y muchos partidos; tomó parte en muchas combinaciones; creó, amparó y tuvo necesariamente que lastimar muchos intereses, para que nosotros, los que crecimos ó nos disminuimos con él, podamos apreciar con toda la serenidad que requiere un fallo definitivo aquello que sólo se podría aquilatar cuando, sedimentados por el tiempo los entusiasmos y los odios, aparezcan tales como fueron la intención que inspiraba y dirigía sus actos, el fin que los orientaba á modo de estrella polar, el acierto con que dispuso los medios, el éxito que coronó sus propósitos y sus planes y el resultado trascendental que produjeron en la Historia sus hechos. Mientras tanto, séanos solo lícito considerar, como anunciamos al principio, los rasgos más característicos de su acción antes que el tiempo los borre, los olvide ó los desfigure.

Como todos sabéis, la obra política de Cánovas puede decirse que se encierra en la obra de la Restauración, dilatándose, á pesar suyo, por la Regencia.

Para juzgarle con relativo acierto en esta obra, fuerza es poner silencio en esta ocasión á los diferentes criterios en que se divide la política, para prestar atento oído á su voz, que nos expone los puntos de vista en que él creyó que se debía colocar para llevar á cabo su empresa. Sólo así podremos apreciar con serenidad la filosofía de su pensamiento y su acción en momentos tan trascendentales para la Historia.

Juzgando, con razón ó sin ella, que la revolución no había tenido otra causa que la división de los monárquicos constitucionales á uno y otro lado del histórico puente de Alcolea, se propuso, actuando por el momento, no como jefe de partido, sino como virrey, buscar en la reconciliación de los monárquicos constitucionales divididos el éxito de la Restauración, agrupándolos todos junto al Trono. Para esto abarcó con una mano la sociedad que caía al lado de allá de la revolución, y con la otra la sociedad que de la revolución había nacido; y constricto con su brazo poderoso el conjunto, apagó el fuego de las discordias que en su seno había encendido la pasión y que ya había amortiguado el desengaño, y le forzó á entrar en la órbita de la legalidad, ordenando

en sistemas los astros dispersos en el espacio para que pudieran girar en él con todo el armonioso concierto de las constelaciones planetarias.

Para esto prescindió de toda legalidad positiva é invocó los eternos fundamentos de la ley histórica y tradicional con que moldeó á la larga, durante luengos siglos de compleja labor, la forma sustancial de las sociedades, la mano que preside la Historia.

Y después, resumiendo en síntesis perfecta, que casi podría llamarse hegeliana, la tesis y la antítesis legal de los principios constitucionales en pugna, forjó ó hizo forjar, por diestra combinación de artífices informados por su espíritu y su ideal, la Constitución vigente, alrededor de la cual fueron organizándose las fuerzas aisladas de la política hasta crear los dos partidos gobernantes que, turnando periódicamente en el poder como instrumentos de gobierno para la Patria y para el Trono, dieron comienzo á una era de paz, no esenta seguramente de defectos, pero que con sus defectos y todo debemos pedir á Dios que no se grave en la memoria de nuestra generación como se grabó en la de la humanidad la época de un paraíso perdido, recordado con envidia y hasta con dolor entre las miserias y trabajos de la tierra, regada con sangre y con sudor y cubierta de abrojos y de espinas.

Así entendió su misión durante el período constituyente de la Restauración de la Monarquía legítima el Sr. Cánovas, hasta que, logrado el propósito de ver definitivamente consumada su obra, recobró el papel de jefe del partido conservador á que voluntaria y temporalmente había renunciado.

Entonces fué cuando anunció en pleno Senado español que á la obra constitucional y monárquica no había llevado sus ideales y compromisos de partido, sino las exigencias inexorables de la realidad y las combinaciones de las escuelas militantes; pero que, terminada la misión que la Providencia y la Historia le habían confiado de consuno, declaraba que á haber obrado por cuenta propia no hubiera procedido como procedió, sino como requerían imperiosamente de él sus convicciones conservadoras.

Y aquí empieza una nueva era en la política de la Restauración. La primera fué como de creación constitucional y orgánica, la segunda como de consolidación y de lucha, dentro de

la esfera legal, por el lógico y progresivo desarrollo de las tendencias. Entonces fué cuando, completándose por ley de prescripción los partidos, vinieron á la legalidad por uno y otro lado juntamente los elementos que no habían juzgado oportuno concurrir á la ejecución de la obra en los primeros momentos de la empresa; entonces fué cuando, llegadas á su apogeo, brillaron en todo su esplendor las agrupaciones conservadora y liberal frente á frente.

Pero entonces fué también ¡ay! cuando el cielo, nublándose de repente, dejó caer sobre la desventurada Nación la catástrofe inesperada de El Pardo.

El Rey, que nos había sonreído como una esperanza de paz, de gloria y de progreso, se marchitó al rigor de las inclemencias de la vida; y en aquel Trono, ocupado por la juventud viril, gallarda y fuerte, tuvieron que refugiarse la viudez, la orfandad y las zozobras de lo desconocido.

¡Ante las sentencias fulminadas por Dios, sólo cabe enmudecer y humillar la frente á los hombres! ¡Dios mismo, con su propia mano, cerraba el ciclo de la Restauración y abría la era de la Regencia!

En aquel momento solemne Cánovas no se inmutó. Con la misma serenidad con que había resistido los impulsos generosos, aunque imprudentes, de la Nación para lograr el éxito por otros caminos, cuando la célebre cuestión de Las Carolinas, en que sólo debimos á Cánovas y al Rey sacar á salvo la paz, la honra y las colonias, con la misma se presentó en las tristes arboledas de El Pardo, cruzó grave y sereno sus enlutados salones, se acercó al lecho fúnebre en que yacía caliente aún el cadáver del Rey, que acababa de sumirse en la eternidad, arrancó respetuosamente de él á la esposa anonadada por el dolor, y reconociéndola en nombre del Gobierno como Regente, abrió con la mano misma del poder el camino real de la legalidad, que siguieron todos bajo su dirección con feliz unanimidad más tarde: cuando Cánovas terminó verdaderamente su misión, tomando como Presidente del Congreso á la Regente el juramento de la Constitución, «no *para serlo*, como en frase profunda lo había condensado su genio previsor, sino *por serlo* solamente».

Cánovas me lo dijo entonces y me lo ha repetido después, y sospecho que no seré yo

sólo quien lo haya escuchado de sus labios: «Este es el momento en que yo me debo retirar de la vida pública totalmente»: frase que aclaraba aquel tan comentado como explotado concepto: «á reinado nuevo, hombres nuevos».

Lo cierto es que, si no se retiró, se eclipsó del todo durante algún tiempo. Hecha la resistencia de honor á una legislación democrática fundada en el *Jurado*, en el *Sufragio universal* y en el *Matrimonio civil*, que v.ia con pena amparados por elementos conservadores, si no del partido, de la sociedad, y que á él le parecían tocados de obcecación y de vértigo, puede decirse, en realidad, que sus subsiguientes Ministerios no fueron Ministerios políticos, sino de negocios.

Quedaba, es cierto, su altísima y trascendental personalidad, que por sí sola influye y pesaba en la política, como el sol, por el solo hecho de su masa influye en el sistema solar; pero fuera de esta influencia, debida á su presencia meramente y á la indiscutida y omnimoda autoridad que alcanzaba en todos los ámbitos de su partido, haciendo de él, aun sólo por esto, un apreciable instrumento de gobierno para la Nación, y al respeto con que hasta los que alardeaban de ser sus enemigos en público le consultaban en secreto, un vago presentimiento de pesimismo interior presidía á todos sus actos. Prestó, es claro, el poderoso concurso de sus luces y de sus aciertos á toda obra patriótica y común, á Gobiernos amigos y adversarios; pero paralizóse totalmente en él el impulso de la lucha y de la batalla, por el poder y por el mando. Sostuvo, más que combatió, al partido opuesto en el poder, y sólo se prestó repetidamente á heredarlo, cuando estaba expedida la patente de defunción por los médicos del partido.

Su última campaña de sobra la conocéis, no he de juzgarla yo aquí y en estos momentos; sólo consignaré dos ó tres frases que sentí caerle del corazón más que de los labios, en momentos de íntima y reconcentrada expansión... para que las recoja, si gusta, la Historia:

«Hacemos cuanto se puede hacer y nadie podría haber hecho más, ciertamente, ni nadie creyó que se podía hacer tanto como se hace.»—«La Historia me juzgará, de seguro, con más alta imparcialidad que hoy se me juzga por algunos.»—«Tengo fe en el éxito, si se

me deja; pero si se me estorba, ¡qué he de hacer!»—«¡España no puede ser una nación de mercaderes!»—«En todo caso, pues todo lo tengo previsto, yo sacaré á salvo el honor de España y de su bandera.»

Estas palabras que, como véis, pudieran servir de epígrafes á distintos capítulos de un libro, son otros tantos motivos de meditación, que dejo entregados á vuestro estudio.

Yo no sé lo que Cánovas hubiera podido dar de sí en estos últimos momentos; no tengo la visión profética de los futuribles históricos, y no he de juzgarle por el incienso ni por el ultraje con que alternativamente se le saludaba hasta por los mismos órganos de la opinión en la plaza pública y en la Prensa; pero sí he de decir, para no ser cómplice cobarde de un cómodo y egoísta silencio, que cuando le oía disertar sobre los problemas coloniales pendientes, tomar el pulso á cada fuerza y el peso á cada opinión, clasificar los elementos en pro y en contra de cada tendencia y sumar las ventajas y las desventajas de cada solución... un sentimiento se apoderaba invenciblemente de mí... Que podrían ser ó no insuperables los obstáculos para obtener un éxito feliz, que no á todo alcanza el poder limitado del hombre; pero que si el éxito fracasase, no sería porque nos hubiese negado Dios en la hora suprema del conflicto una inteligencia superior que lo dominara desde lo alto; una voluntad decidida é incontestable dispuesta á sacrificarlo todo para conjurarlo.

Pero dejando á un lado prejuicios y presentimientos, lo que no es dado á nadie negar, lo que consignará en su día la Historia es que bajo su personal dirección, España, que avarecía á los ojos de todas las naciones civilizadas del mundo como un país desangrado, exhausto de energías y de poder, como un león postrado por sus dolencias en todas las miserias de la decrepitud, con una Hacienda averiada y con una población sólo apta para las tristes hazañas de la guerra civil y las funestas proezas de los alzamientos militares, se reveló de pronto como un país dotado de alma generosa y enérgica, pronto á todo sacrificio y abnegación en aras de los derechos de su nacionalidad, y que, como si fuese un sólo hombre, tremolando los gloriosos girones de su bandera nacional y desnudando con serena resolución su espada, abandonaba alegre sus hogares, formada en ejércitos inesperados por

su número y organización, para defender en sus colonias, no el material provecho ni el comercial interés, sino los altos destinos que en la Historia le había confiado la Providencia.

Esta fué su última labor: la muestra gallarda que dió de sí la España de la Regencia; ¡aquella España que en las últimas agonías de la revolución nos había descrito la elocuencia de Castelar como un cadáver desgarrado por las discordias civiles, y á la vera de cuya fosa se daban cita las naciones rivales de su poder para echar suertes sobre sus vestiduras!

Las últimas palabras que crucé con él cuando tan vecina, aunque oculta, tenía la criminal emboscada de la alevosía y la muerte, tampoco las podré olvidar fácilmente. « En Octubre pasará un mal momento el partido conservador—me dijo con acentos que podrían pasar por proféticos,—no porque no tenga seguridad de dominar la situación, tanto en Cuba como en Filipinas, sino porque no quiero, si se sigue así, que la campaña de violencia con que se me acosa alcance y envuelva á nadie más que á mi persona » (1).

Palabras que revelaban las confianzas de su cabeza y los temores de su corazón.

Porque eso, ¿quién lo podrá negar? Podría tener otras pasiones, que hombre era, y nada humano, sabido es, podemos considerar ajeno á todos y cada uno de nosotros; pero su pasión ardiente y convencida y tenaz era la Patria y la Monarquía, que se confundían en una sola entidad en su corazón y en su mente, en su acción como en su doctrina.

A él se debe, á las adivinaciones de su genio á través de los grandes hechos de la Historia, la implantación en la España moderna de aquella teoría sobre la consustancialidad de las dos, que le llevaban á declarar sustantivas las formas de gobierno en política. A él se debe la solemne promulgación de aquella profunda teoría, que él recogió entre el polvo y la ruína de los monumentos históricos, más aún que en los tratados de ciencia y de filosofía políticas: la distinción sustancial entre la formación abstracta del poder, según la ciencia de las escuelas, y la formación histórica y real á través de los siglos y de los hechos. A él

(1) En esa campaña de violencia, sin considerar lo difícil de las circunstancias, cupo la principal parte á Silveira.

se debe que en el orden político la majestad de la Monarquía española se ciera como soberana autoridad compenetrada con la soberana autoridad de la majestad de la Nación, sin que el contrato casi divino de esta unión indisoluble penda de ningún efímero papel ni de ninguna más ó menos borrosa tinta, sino de los títulos imperecederos de la voluntad de Dios en la Historia, confirmados por el alma de la Nación y escritos con la sangre generosa del pueblo sobre el suelo mismo de la Patria.

A esta fe, á esta convicción, á este amor, que revestían en él los caracteres de un deber, ajustaba sin vacilación su palabra y sus obras.

« Ser monárquico por ser amigo del Rey, no es ser monárquico de verdad, es ser amigo del Rey solamente. El verdadero monárquico lo es del Rey, no por amigo, sino por Rey, aunque sea el Rey perpetuamente enemigo »—le oí contestar una vez á las críticas irrespetuosas de algunos que hablaban de correspondencias de cariño y de gratitud.

Porque aquel hombre, que ha sido considerado, sin razón, como escéptico en el orden práctico de la vida, tenía, no sólo fe religiosa y científica en los dogmas religiosos y morales y en los grandes principios de la Humanidad, sino que rendía culto sincero á tres cosas que no suelen hoy merecer igual devoción de los hombres. Tenía fe religiosa en la Historia, á la que miraba como el tribunal de la posteridad, cuyo fallo era preciso merecer á toda costa, aun á costa de la popularidad efímera del momento; tenía fe en las fórmulas consagradas por la tradición y en las formas exteriores de los organismos jerárquicos, que creía indispensable conservar para no convertir á la sociedad democrática de nuestro tiempo en una infame Behetría; y tenía fe, finalmente—fe profundamente moral,—en el cumplimiento del deber, tal como se aparecía á sus ojos.

¡Ah, señores, se ha hablado mucho, yo he hablado también, de la soberbia de Cánovas! Puede decirse que éste ha sido un lugar común de las conversaciones políticas de todos. No niego yo que no ocultase todo lo debido la convicción de aquella general superioridad que le daban sus medios intelectuales. Válganle en esto de disculpa aquellas palabras tan conocidas de un virtuoso y sabio prelado fran-

cés: «La encina no puede tenerse por yedra». Lo cierto es que al lado de rasgos escapados á la acción de su voluntad por explosiones de sus nervios, que confirmaban esta creencia, lo que descollaba en Cánovas en todo momento era una paciencia sin igual, con cosas, con hechos y con personas.

Y el secreto nobilísimo de esta paciencia era «el deber». El deber que él creía propio y natural de su oficio de político y gobernante. Jamás le ví aplazar un trabajo, un estudio, una lectura, una conversación, por enojosa que fuera é inoportuno el momento en que solicitase su atención, en el paseo, en el teatro, en la mesa, en el lecho mismo del descanso y hasta del dolor.

Como el *talento* en el orden intelectual, fué el *sentimiento del deber*, en el orden político, su gráfica característica. El deber, sólo el deber, le llevó á veces desde la oposición al Gobierno; el deber le apartó de poner en práctica su resolución de retirarse á «las mil felicidades de su casa», como me decía una tarde viendo ponerse el sol en las frondosas alamedas de «La Huerta», rodeado de la admiración cariñosa de su mujer y de unos *in folios* en pergamino; el deber le hacía abandonar toda distracción, como he dicho, cuando se le ofrecía un asunto á su consideración ó á su fallo; el deber le hacía saltar de golpe del lecho para escribir una carta crispada y nerviosa como un apóstrofe al Ministro de la Guerra sobre un cuartel, al de Estado sobre una negociación, al de Marina sobre un crucero, al de Fomento sobre el Museo de Pinturas, al Gobernador sobre una manifestación, al Alcalde de Madrid sobre el riego. El deber y sólo el deber le hacía sacrificar el íntimo goce del estudio y los libros, á los que sólo podía dedicar ratos sisados ocultamente á sus abrumadoras ocupaciones, lo que le hacía graciosamente decir: «Yo estudio como otros roban pafuelos».

Y el deber, finalmente, el deber ha sido la causa ocasional de su muerte.

Nada tenía personalmente contra él el desdichado que le privó de la vida; pero representaba la autoridad y personificaba el Gobierno de una sociedad que comete el delito de defenderse con la ley de sus enemigos jurados, que la combaten, sembrando al acaso y por doquier la muerte, la desolación y la ruina; y eso bastó para designarlo á sus golpes.

Por eso ha muerto á manos de la anarquía

social, como mártir del orden social todo entero, y por eso espero que Dios, que es el fundamento único de este orden, habrá mirado con amor el alma del gran patricio, que se presentó ante su divino Tribunal con la palma inmarcesible en la mano.

Así lo consideró toda la civilización á la vez al llorar su muerte como la de mártir, con aquel llanto universal de Reyes, de sabios y de pueblos, que regó las flores de su sepulcro.

¡Grande y extraordinario tributo rendido por el sentimiento universal, no sólo á la víctima propiciatoria de los fundamentos sociales, sino al reputado por la opinión como uno de los primeros hombres de Estado de la época contemporánea!

Y no se tome á exageración.

Que si no dispuso, como Bismarck, de un poder constante y soberano para preparar y concluir las combinaciones diplomáticas y guerreras que le permitieron fundar el Imperio; si no obtuvo, como Cavour, la complicidad de la revolución desde el protestantismo á la judería y desde Napoleón hasta Mazzini para formar el reino de Italia; si no tenía á sus órdenes, como Gladstone, todos los recursos del pueblo inglés para transformar como de golpe los ideales de su raza, no enturbió con las artes de la mala fe la noble acción de su política internacional, ni suscitó á la Patria problemas que atentaran contra su integridad ni su fe, ni obscureció el brillo de su reputación con los despechos de su vanidad en el ocaso de su existencia, ni dejó luengo rastro tras sí de lágrimas y de sangre, suficientes para borrar la aureola con que la Humanidad circunda la frente de sus bienhechores.

Otra y distinta fué su misión; otros y varios sus instrumentos; otro el pueblo que gobernó; otras las Instituciones que defendía. Pero hubiera sido cosa curiosa de ver la acción de esos tres grandes hombres en España, donde á la sola idea de un Ministerio que dure más de dos años, parece que se conmueven los fundamentos de todo el orden social, como si por extraña contradicción con el de todos los países del orbe, sólo pudiera tener por base el orden aquí los trastornos, las mudanzas y la inestabilidad del incesante movimiento.

Por eso temo, señores, en verdad, que si Cánovas aparece relativamente pequeño al lado de lo que hubiera podido ser al servicio

de más espléndidos ideales y mejor servido de medios que secundaran su acción, su figura, tal como es, se vaya agrandando más y más cada día sobre el pedestal que, á nuestro pesar, le forjen los futuros acontecimientos.

Que ese suele ser á veces el arco triunfal que levanta á sus grandes hombres la Historia; arco compuesto, más que de trofeos y de laureles en vida, de las desdichas conjuradas por ellos, que levantaron audaces la cabeza apenas desapareció de la escena la mano de hierro que las oprimía. Que en la historia de las naciones, como en la vida de los individuos, sucede con la autoridad como con la salud: no se sabe lo que vale hasta que se pierde.

¡De seguro que con ser tan ávido de la gloria, no hubiese él querido nunca para sí la que destacara su grandeza elevándola sobre las piedras de las ruinas de nada que perteneciera á su Patria! ¡Aquella Patria que sirvió gloriosamente con la pluma y con la palabra, y en aras de cuya salvación quiso la Providencia otorgarle el honor de que depositara, como ofrenda preciosa, su vida! ¡Vida honrada por todos los grandes actos de su existencia, y más honrada todavía por el acto supremo de su morir, pues ya la Historia ha grabado con el cincel de la inmortalidad sobre el mármol de su sepulcro aquella sentencia decretada por la Humanidad para los favoritos de la muerte:

Un vel morir tutta una vita honora.

Hora es ya de terminar, señores, que bastante he abusado de vuestra bondad esta noche, aun pasando en silencio tanto y tanto como os tendría que decir, con sólo dejar abiertas las válvulas de mis recuerdos.

Nadie podrá tacharme de parcialidad en pro ni en contra de la gran figura que he bosquejado. No me he dejado llevar por el amor ni por el influjo de esa hora que se suele llamar con sarcasmo «la hora de las alabanzas». Tampoco he aprovechado la ocasión para poner de relieve ante la Historia las harto notorias diferencias que tuve públicamente con él antes de pertenecer á su partido.

Por lo mismo que entonces le dije rudamente la verdad y que después le he ayudado lealmente (sin contradicción), siendo modelo de disciplina, tengo autoridad para exigir que se crea en la sinceridad de mis palabras.

Si al principio le combatí por el sentido general de la Restauración, que yo hubiera querido más alto, no tuve reparo alguno en ser Ministro con él cuando, consumado todo en la Historia, se me buscó para confirmar el sentido conservador de su partido, y en ayudarle desde lo alto de la Presidencia del Congreso después, cuando, más que soluciones constituyentes, se ventilaban doctrinas de aplicación á la política constituida.

Siempre vi en él la hipótesis arrolladora y triunfante con quien tenía que contar todo principio y todo sentimiento moral que aspirase á traducirse en político, y como tal lo secundé sin otra intención y propósito, como bien á las claras puede apreciarlo hoy todo el mundo. Pero sobre todo otro sentimiento respecto de él, el que constantemente me subyugó desde que le conocí combatiéndole, fué el de una sincera y profundísima admiración por la fuerza propia, peculiar y exclusiva de su talento.

Cuando pienso en el bárbaro crimen que lo mató, os lo confieso con vergüenza, casi tanto como el pecado contra Dios, el delito contra la ley, el crimen contra la Patria y el orden social, me enciende y me irrita la sangre la idea de aquel cerebro privilegiado destrozado bárbaramente por el plomo; la idea de aquel foco potentísimo de luz sumido de pronto para nosotros en las tinieblas; de aquella fuerza concentrada por Dios, para bien de la Humanidad, en aquel organismo viviente, aniquilada por el fanatismo estúpido de una secta que ha erigido en la destrucción el ídolo de sus abominaciones.

Por eso no olvidaré jamás, aunque viva largos años sobre la tierra, aquella escena grabada en mi fantasía y en mi corazón con rasgos tan sombríos como indelebles, cuando en el solitario, desierto camino de Vergara, abrasado por los ardientes rayos del sol, me tropecé inesperadamente, de pronto, con el cadáver errante del gran hombre.

Al verlo aparecer envuelto en las densas nubes de polvo que levantaba el trote de los caballos del carro funeral y de los soldados montados que le precedían, cubiertos con sus blanquecinos capotes; al verlo pasar delante de mí como una visión dantesca, separado de todo otro séquito y acompañamiento que el vacío, el silencio y la soledad, inevitablemente producidas por el respeto á las incontra-

tables violencias del dolor; al contemplarlo encerrado en el ataúd, que se veía á través de la urna fúnebre de cristal, en que el sol reverberaba sus rayos; al mirarlo desaparecer apresuradamente en las revueltas del camino como una aparición fugitiva que sólo deja tras sí el abandono y el olvido, declaro que me sentí como víctima de una pesadilla de esas que dejan sin latidos al corazón y sin ideas al entendimiento.

¡Cánovas, el hombre extraordinario que acababa de ver lleno de vida y de vigor en la cúspide del poder, fijando los ojos sobre sí de todo el mundo civilizado! ¡Cánovas, aquel genio de cuya voluntad pendían tantas voluntades y de cuyo entendimiento recibían luz tantos entendimientos! ¡Cánovas, el verbo de la Restauración y el heraldo de la Regencia! ¡La historia viva de la Nación durante veintitrés años! ¡El que tenía pocos momentos antes aún entre sus manos experimentadas todos los hilos de la trama de nuestra crisis colonial... llevado... arrebatado así... entre cuatro tablas clavadas... como un poco de polvo, en fin... que hoy recoge la Humanidad y que mañana dispersará el viento!... Me pareció como un rapto llevado á cabo á espaldas de la Humanidad por espíritus fantásticos y malignos... como un robo á mano armada hecho á la vida por la muerte, al tiempo por la eternidad, á la Patria por sus enemigos... Sentí impulsos como de correr tras de aquella caja negra, en que iban encerradas tantas ideas grandes, tantos pensamientos profundos, tanta voluntad, tanta autoridad, tanta fuerza... sin pararme á considerar que ya no iba dentro de ella más que un corazón helado, una lengua muda y una inteligencia apagada, y que todo lo que el gran Cánovas no podía ya decir, me lo decían á gritos en clarísimos caracteres las rodadas del carro funeral, hondamente impresas en el camino, formando esas aterradoras palabras con el polvo:

Sit transit gloria mundi.

Por eso, sin duda, se clavaron en el polvo mis pies; por eso alcé meditabundo los ojos al cielo; por eso, señores, hago punto final aquí, pidiéndoos perdón por lo que os he molestado esta noche, porque ante aquella conmovedora visión preñada de gravísimas enseñanzas, y evocada hoy de nuevo por mi recuerdo ante vosotros, sólo una palabra podría su-

bir desde mi corazón á mis labios; la palabra sublime por su sencilla profundidad del gran orador de la Francia cristiana ante los mortales despojos del gran Rey que dió su nombre á su siglo, con ser uno de los mayores de la Historia:

Sólo Dios es grande, hermanos míos.

* * *

Y añade el folleto:

«¡Qué decir del discurso del Sr. Pidal!

Por grande que haya sido la admiración de los que acaban de leerlo, no es comparable con la que experimentaron los oyentes. Había que oír al gran tribuno, cuya voz, en la que se sucedían acentos de honda tristeza y arranque de fogosa inspiración, vibraba poderosa y solemne bajo las bóvedas de aquel salón lleno de gloriosos recuerdos.

Pocas veces hemos podido apreciar con tanta intensidad como anoche esa compenetración misteriosa que parece fundir en uno, bajo el poderoso influjo de la elocuencia, todos los sentimientos y todo el pensar de una multitud. La voz del Sr. Pidal era como la voz gigante de todo aquel escogido concurso; lo que aquella voz decía con arrebatadora elocuencia, era lo que sentían y pensaban todos los corazones y todas las inteligencias que allí había congregado el deseo de tributar el debido homenaje á la memoria de D. Antonio Cánovas.

Varias veces los aplausos interrumpieron al lector; y cuando el Sr. Pidal hubo acabado, fué aquello como una tempestad de entusiasmo. El ilustre orador—dice un periódico,—emocionado profundamente, estuvo largo rato inclinado ante el público que le aclamaba.»

Discurso que puso fin á la velada, de D. Segismundo Moret.

«La hermosa figura del Sr. Cánovas—dijo el entonces Ministro de Ultramar y Presidente del Ateneo—no podía ser retratada por nadie mejor que por el Sr. Pidal. Y después de un retrato tan grande y tan completo como el que acaba de hacer, apenas me encuentro con fuerzas para hacer un marco digno de él.

Realmente, dada la naturaleza del retrato hecho, baste un sencillo filete que separe la pintura del lienzo de pared sobre que se colo-

ca, con objeto de que no se confunda con él. ¡Y qué voy á deciros yo! Cuanto podía decirse se ha dicho ya. No queda nada nuevo. No traía ningún plan de discurso; pero, si lo hubiera traído, habría tenido que abandonarlo.

No haré más que llamaros la atención acerca del signo característico de Cánovas. Su afán era el de la discusión. No se desmintió nunca. Su deseo era tener un contrario para la polémica.

Otra cosa digna de notar en él era el contraste profundo que en su vida se observó, viéndose obligado á aceptar instituciones que detestaba, tales como el sufragio universal y otras, nacidas de las libertades modernas.

Para concluir, hemos de fijarnos en un detalle: la vida es una eterna producción de actividad, pero no sabemos hacia donde; no hay más que un momento, uno solo, en que vemos la dirección que lleva nuestro movimiento en la vida: este momento es aquel en que se ven los horizontes de la muerte. Entonces es cuando únicamente sabemos á dónde vamos.

Y después de este momento, cuando ya se ha muerto, cuando la Historia y la opinión forman juicio acerca del difunto, antes de juzgarle, se considera que ya *ha vivido*, que ya *ha sido*, y bajo este punto de vista es acreedor á nuestro respeto más profundo.

Por eso, respecto de Cánovas, todos debemos levantarle un altar en nuestro corazón, como homenaje al hombre que *ya fué*.

• • •

EL LIBERAL

Ocupándose en su número del 10 de Noviembre de 1897 de la velada celebrada la noche anterior, en honor de Cánovas, escribía lo que sigue:

«En tanto que llega el momento, que será sin duda solemne, de que las Cortes españolas rindan su tributo á la memoria del Sr. Cánovas del Castillo, y le presten culto en aquella tribuna que ocupó con su gloria durante medio siglo, luchando sin tregua con los mayores colosos de la palabra, con Castelar, Rivero, Ríos Rosas, Martos, Moret y tantos otros que encarnaron las generaciones más unidas á su ilustre vida política; el Ateneo, su hogar intelectual, su casa propia; el Ateneo, del que fué Presidente doce años, en distintas épocas;

el Ateneo, que le debe el lujoso edificio que hoy ocupa, y acaso su existencia material, ha querido dedicar la sesión de apertura de curso á honrar los hechos de uno de sus primeros pensadores, del que consagró su vida entera al estudio y al trabajo.

Y la velada de anoche en honor del señor Cánovas fué digna del muerto ilustre, y con eso está hecha su mayor ponderación. Lo fué por la palabra elocuentísima de los tres ilustres oradores que llevaron la voz de la docta casa. Lo fué también por el público de selección de *élite* intelectual y social que llenaba el salón y las tribunas y todo el Ateneo. Lo fué, en fin, por el ardoroso entusiasmo con que el auditorio se asoció al encomio justísimo, al panegírico magistral con que fueron cantados más que dichos los grandes méritos del Sr. Cánovas del Castillo, por los Sres. Azcárate, Pidal y Moret.»

• • •

A continuación expuso la síntesis de los discursos de estos tres notables oradores, diciendo del pronunciado por el Sr. Azcárate en aquella solemnidad científica y literaria que hizo un cordón para colgar el cuadro—papel que se había reservado—de finísimo tejido, tratando con amor, con pasión de convencido la figura del Sr. Cánovas; y del del Sr. Pidal, que aún resonaban los aplausos tributados al del Sr. Azcárate cuando se levantó aquel á leer el suyo, que fué «una de las mejores oraciones que hayan salido en toda su vida de los labios elocuentísimos del presidente del Congreso. Encantó, conmovió, sugestionó, arrebató al público con párrafos que sonaban unas veces á clarín de guerra contra el anarquismo y filibusterismo y se convertía en otras en elegía doliente y hermosísima. Soberana demostración fué el discurso del Sr. Pidal, de que posee, como muy pocos, el don de la oratoria.»

• • •

«Y como es imposible recordar, añade, el trabajo elocuente y aplaudidísimo del exministro de Fomento, como no se le puede seguir á través de aquellos párrafos en que pintaba el cuadro de la personalidad ilustre del señor Cánovas, como filósofo, como orador, como político, en los más supremos trances de su vida y en los más nimios detalles de su historia, reproduce tan sólo la última parte del

discurso, que fué interrumpida frecuentemente por el entusiasmo del público, que se representaba la triste escena de la conducción del cadáver del Sr. Cánovas.»

•••

Hablando, por último, del discurso del señor Moret, dijo que «únicamente un orador tan grande como el Sr. Moret puede alcanzar un éxito, y un éxito ruidoso, después de la admirable declamación del Sr. Pidal.

El Sr. Moret logró tan señalado triunfo con muy pocas palabras, pero muy sentidas, muy bellas, muy llenas de lágrimas verdaderas por la pérdida de Cánovas.» Y de éste dijo magistralmente lo que era justo decir: «que con ser tan grande, con haber influido tanto sobre su tiempo y sobre su Patria, se vió, como todos, arrastrado por la corriente, llevado por los sucesos, asistiendo á la negación y á la pérdida de los principios fundamentales que había afirmado. Lo cual, por haberlo reconocido y sancionado el mismo Sr. Cánovas, constituía una alabanza más á su espíritu superior.»

II

DISCURSO

leído por el Excmo. Sr. D. Alejandro Pidal

EN EL CÍRCULO LIBERAL-CONSERVADOR

al tomar posesión de la Presidencia del mismo.

No podemos, con verdadero sentimiento, insertar íntegro el notabilísimo discurso del señor Pidal. Nos limitamos á reproducir algunos de sus párrafos más importantes, y singularmente aquellos en que trató de justificar la rápida unión de algunos de los elementos conservadores, fieles hasta entonces al Sr. Cánovas, con los disidentes acaudillados por el señor Silvela. La conveniencia de esa unión, bajo el punto de vista del interés del partido, y sobre todo de la Monarquía, no cabría discutirla si todas las fuerzas conservadoras se hubieran sumado á las del Sr. Silvela; pero no habiendo sucedido así, cabe dudar de su utilidad, máxime iniciada tan á raíz de la muerte del Sr. Cánovas, cuando tan próxima estaba la antipatriótica campaña del Sr. Silvela, sobre la cual pasa, como por ascuas, el Sr. Pidal, no vertiendo en esta ocasión la menor censu-

ra contra ella. A veces alargan más las distancias los actos de cierta índole que los arroyos de sangre de que habla el Sr. Pidal. Justo es consignar, sin embargo, que el Sr. Silvela ha tratado de enmendar sus errores pasados haciendo justicia á Cánovas en cuantas ocasiones se le presentaron, y de ello ofrecen buena muestra las páginas de este libro.

He aquí ahora el discurso del Sr. Pidal:

«Acabáis de elevarme, por unánime aclamación, á los inmerecidos honores de este puesto, consagrado á la inmortalidad por la memoria, siempre viva en él, de nuestro último Presidente, D. Antonio Cánovas del Castillo, y ni puedo, ni quiero, ni sabría daros otras muestras de agradecimiento por ello que exponeros lisa y llanamente, con claridad, y sobre todo con la sinceridad absoluta que profeso, por naturaleza y por cálculo, tal como la vengo viendo yo, con la vista miope de mi entendimiento, pero desinteresada y serena de mi buena voluntad, el estado general de las ideas y los hechos relacionados con nuestro partido, que, por ser el único en que milité desde que, descendiendo de las alturas de la escuela á la arena candente de los partidos militantes, me alisté, con toda la decisión de las resoluciones meditadas, y con todo el desinterés del que sólo obedece á los imperativos morales, á las órdenes de aquel que todos juntamente lloramos, y al que procuré secundar en su obra de conservación de todos los intereses sociales, si no con todo el acierto que dan el genio y el saber, con toda la lealtad de que es capaz un corazón ajeno y sordo á toda voz que no sea la del honor, me inspira ese sentimiento de amor y de respeto filial que despiertan en la familia los hogares solariegos, testigos de los días memorables de felicidad y de las horas solemnes de tristeza.» (*Bien.*)

.....
 «Conocéis mi historia en el partido conservador; conocéis mis creencias, mis principios, mis opiniones; habéis visto de cerca mis procedimientos y reglas de conducta con él, y sea el que fuere vuestro juicio sobre el modo con que desempeñé mis deberes, estoy seguro de que todos los que me conocéis habréis hecho siempre justicia al móvil eterno de mis actos políticos, que no ha sido nunca jamás otro que el de contribuir á la paz, á la unión y á la dis-

ciplina, que es la fuerza de los organismos sociales, y á la elevación posible hacia el ideal eterno de la justicia, que profesó siempre como credo todo partido conservador digno de la significación social de este nombre.

Así entré, sin solicitud alguna de mi parte, en el Ministerio que presidía nuestro jefe, habiendo logrado oír de él, en la primera ocasión en que, por creer que mi nombre se prestaba á los ataques de las oposiciones, le ofreci dejar contento mi puesto, estas palabras memorables: «Aquí todos nos llamamos Pidal»; y cuando más tarde fui propuesto espontáneamente por él para Presidente del Congreso, al terminar la primera legislatura, aquellas otras que me dijo, con acentos que no he de olvidar mientras viva: «Tengo que decirle á usted, para su particular satisfacción, que he conocido muchos Presidentes del Congreso, y pocos, pero muy pocos, leales á los Gobiernos que apoyaban; pero con la lealtad de *cuarto de hora* de usted no he conocido casi ninguno.»

.....

«Cumpló, pues, de nuevo con mi modo esencial de ser al ocupar este puesto, que, como todos los que ocupé por voluntad del partido conservador, más fueron impuestos que solicitados, al exponeros con total apartamiento de miras ambiciosas ó desleales lo que sólo ha de aparecer en mis labios porque lo tengo grabado en el entendimiento y en el corazón por la mano firme de la convicción y la honrada del sentimiento.

No tome nadie, pues, se lo ruego, á artificios retóricos de habilidosa, propaganda en pro de tal ó cual solución lo que os diga con absoluta franqueza esta noche. Nada más lejos de mí, ni más opuesto á mis propósitos, que arrastrar al partido conservador por estos ó aquellos caminos. Hora es ésta en que cada uno tiene el deber y la obligación de pensar y de obrar por sí, tomando él solo toda la responsabilidad de sus hechos. Yo sólo quiero exponeros, como dato para vuestras informaciones, lo que pasa honradamente por mí, no para defenderme por cierto de tanta y tanta inexactitud como gratuitamente se me atribuye, sino para que veáis cómo se presentan las cosas á mi espíritu, desinteresado de todo otro fin que no sea el bien propio del partido con-

servador y el bien supremo de la Patria.»
 (Aplausos.)

* * *

«Cuando llegó á mis oídos la nueva infausta del crimen de lesa nacionalidad que se perpetró en Santa Agueda, una idea fija y un sentimiento invencible se apoderaron de mí; idea y sentimiento ya viejos, porque vagaban constantemente en torno de mí como pesadillas eternas de los insomnios de mi patriotismo alarmado. ¡Qué es lo que va á pasar aquí! En la tremenda crisis que la muerte de D. Antonio Cánovas del Castillo, es decir, del hombre de valer tan excepcional que por tan excepcionales circunstancias ha sido como el creador y el conservador de todo nuestro universo político, sume al partido conservador, á los organismos dinásticos, á la Patria, en fin, empeñada en la resolución de problemas tan hondos y trascendentales, ¡qué es lo que yo puedo hacer! Mejor aún, ¡qué es lo que debo intentar para remediar en lo posible los daños que nos amenazan á todos!

Y entonces, como siempre que me había propuesto el enigma, decidido á resolverle de buena fe, sin pasiones, sin otra mira personal que el bien público en todos sus órdenes, examinándome con sinceridad ante los ojos de Dios, no se me ocurrió otra respuesta que la que me dictaban á una la conciencia de mi escaso valer, mis experiencias políticas, la razón y el sentido común en su acepción más corriente: la falta irreparable de Cánovas sólo se puede suplir por la unión íntima de todos los elementos conservadores, dispersos por la sociedad al soplo de pequeñeces que, si pudieron tener algún valor en situaciones normales, sería un crimen contra la Patria mantener en momentos tan críticos y tan graves para todo lo que es indispensable conservar para bien de la Monarquía española. Si Cánovas, por su misma excepcional importancia, que daba valor á todo lo que informaba con su presencia, podía caminar hasta solo, cuanto más poco acompañado y combatido por muchos, nosotros solos, sin él, cuando aún seríamos pocos todos unidos para hacer frente á la situación preñada de peligros que nos amaga, no podemos desperdiciar una sola fuerza utilizable para la empresa de continuar la política conservadora en toda la honda y grave significación que da á esta política la ciencia. Contestemos, pues, al

estampido de la pistola con que la anarquía hiere en el corazón de la autoridad, al organismo político y á la Patria, no sólo con el eco de la plegaria ante Dios, no sólo con el gemido del desconsuelo ante el cadáver, no sólo con el grito de la indignación precursora del fallo solemne de la justicia, sino con el ruido imponente de la marcha de todas las falanges conservadoras que salen de sus respectivos cuarteles para formar en apretadas filas el ejército formidable del orden, amenazado por sus más odiosos enemigos, que al herir con herida mortal á Cánovas, no le hirieron tanto por herir en él al genio como para herir á la sociedad, no sólo por el principio de autoridad que representaba y que ejercía, sino por las consecuencias de disolución universal que preveían como consecuencia de su muerte. (*Atronadores aplausos.*)

No se me ocultaron, señores, las dificultades que, como toda otra obra, sobre todo si es buena, habría de presentar la ejecución de esta obra, única salvadora; pero lo que confieso que no se me ocurrió, y declaro que no se me podía ocurrir lógicamente, era que este reconocimiento universal de que la pérdida de Cánovas era tan grande que todo debía cambiar con su muerte, fuese, en lugar de un homenaje tributado á su grandéza excepcional, á su pérdida irreparable, á su irremplazable jefatura, considerado como un ultraje inferido á su memoria, suponiendo que el único modo de honrarle era obrar como si su muerte fuese un detalle insignificante para la marcha de la política y de la historia. »

« Yo creía, y creo, por el contrario, que cuando la sólida y maciza columna de pórfido ó de granito que sostiene una fábrica ó sirve de pedestal á un monumento cae tronchada por su base, lo primero que es indispensable hacer es reconocer la importancia del peligro que corre la construcción por la grandéza del daño experimentado, apresurándose á sostener, con el mayor número posible de contrafuertes, su peso, y que el único modo de justificar el que no se acuda á este remedio es despreciar la columna que lo sostenía y cayó; alegando que, más que una base fundamental, era una base decorativa. (*Aplausos.*)

Lo que sí creía entonces y sigo creyendo hoy, y cada vez con más fundamento, era que la unión necesaria, indispensable. á mi juicio,

no debía ser obra del interés y menos de las ambiciones de nadie, por más que los primeros y hasta las segundas de todos estuvieran interesados en ella, sino obra sólo de la fe y de la abnegación en los principios y las personas.

No era para esto necesario abdicar de nada de lo que constituía el credo fundamental del partido conservador, puesto que de unir á conservadores se trataba; era necesario, al revés, no renegar de la política personalísima del Sr. Cánovas, que precisamente había fundado la Restauración sobre el olvido de los agravios, el respeto á los antecedentes de cada uno, la unión de los elementos más divergentes en la Historia, la conciliación de los hombres más enemigos y contrarios, unidos en el solo propósito de no volver la cara atrás para recordar miserias del pasado, sino de mantener fijos hacia adelante los ojos, clavados en el porvenir, para hacerle todo lo posible dichoso.

Quizás el único que hubiera podido tener autoridad para oponer dificultades á este propósito era yo, que no me asocié por completo á él en los comienzos de la Monarquía restaurada; pero los hombres que, en uno ú otro campo hoy, colaboraron en aquella obra, esos debían tenerlo como á obligación gloriosa para su nombre, su historia y su consecuencia.

Tampoco podía yo ver dificultades mayores para el éxito de la empresa en antecedentes secretos respecto á la última voluntad del jefe de nuestro partido. Porque, aparte de que su muerte fué tan inesperada como rápida, y no le dió lugar á testar ni á idear trazas para ello, aun cuando lo hubiera podido hacer, hay encargos en los testamentos que los albaceas testamentarios más respetuosos á la voluntad última del difunto no los pueden ejecutar, por la misma razón de no ser el muerto, sino ellos, los encargados de llevarlos á cabo. Figuráos que Virgilio, en vez de mandar quemar la *Eneida* á su muerte, la hubiera mandado continuar ó corregir á sus albaceas más íntimos. Figuráos que se le hubiera querido obedecer. ¿No creéis que si resucitara Virgilio y hubiera visto la continuación no habría quedado contento de la obediencia? Y si porque dejó dispuesto que se quemara se hubiese entregado al fuego la *Eneida* y la hubiera perdido la Humanidad, ¿qué concepto os merecería la obediencia testamentaria? ¿Les llamaríais alba-

ceas ó enemigos jurados de Virgilio á los que se atrevieran á mirar con los ojos severos del autor los yerros casi gloriosos de su obra? (*Muy bien, muy bien.*)

Pero á fe que este no es el caso aquí, y si Cánovas no podía mandar como muerto lo que no podía hacerse sino con él como vivo, aparte de que, vivo y todo, faltaba saber lo que él habría hecho en nuestro caso, yo os afirmo con toda la verdad de hombre honrado que jamás quiso ni aparecer ni como un segundo á mis ojos como obstáculo á la unión ni á la reconciliación con elemento alguno político de la escuela conservadora.

Testigo de mayor excepción soy yo, que le combatí con ahinco al principio de su primado y que me elevó á donde véis, sin haber mediado otro paso que la fusión liberal de elementos harto más separados, y que no conocieron para formar un partido esos escrúpulos que estorban uniones más fáciles y corrientes; testigo soy, y no solo aún, por fortuna, de que siempre acogió propicio toda reconciliación política y personal, aunque dificultaran el hecho páginas amargas del *Diario de las Sesiones*, y hasta columnas mismas de la *Gaceta*.

Testigo soy de que jamás me oyó mal cuando le propuse, ni me vedó proponerle jamás, medio alguno de conciliación con las diversas disidencias con que fué tropezando en su historia; testigos somos todos del absoluto olvido que reinó en él, después de terminada la lucha, respecto á la procedencia y al nombre y al modo y manera de combatir de sus anteriores adversarios y sus posteriores amigos.

No era él hombre, no, de miras estrechas en la política, ni era tampoco un corazón albergue de inextinguibles rencores; ni aun con sus adversarios de siempre establecía y reconocía él otro abismo que el de los principios, y aun esos los sabía debidamente salvar cuando era urgente y necesario atender á la conservación de aquello á cuyo servicio deben estar los principios, los procedimientos y las personas; pues los partidos políticos, antes que escuelas de sistemas, antes que reuniones de amigos, son instrumentos de gobierno, que deben, ante todo, atender al objeto para que se fundan, se organizan y se dirigen, aun cuando puedan á veces ser distintos los móviles y las causas y aun el objetivo final que respectivamente persiguen cada uno de

los elementos que concurren para formarlos.

Así es que yo tengo toda clase de motivos para tener y dar como averiguado y seguro que si desde lo alto de la región en que está contempla el curso humano de los sucesos, aplaude, como continuación de su obra y aplicación exacta de sus principios, todo movimiento de unión de fuerzas conservadoras, para no dejar en el aire y expuesta á la tempestad su obra política y patriótica.

Y esto es tan de suyo evidente, que nadie ó casi nadie se ha atrevido á tomar sobre sí la responsabilidad de atacar la unión de frente, como cumple al que la cree á todas luces perjudicial. Razones de oportunidad, de procedimiento y de velocidad, á lo sumo, es lo que he oído contra una idea que algo tendrá de incontestable dentro de sí cuando sólo se la persigue de soslayo.»

«En este estado las cosas, yo, que jamás me creí, si no con títulos, con facultades para aspirar á la jefatura; que aunque las hubiera tenido, me hubiera faltado siempre, gracias á Dios, la petulancia de creerlo, ofreciéndome espontáneamente á suceder al hombre que habíamos perdido; que para tener autoridad en la obra de unión que predicaba, necesitaba aparecer como soy, como apóstol desinteresado que busca el bien común y no el suyo; que aun así oía con placer á todos ó á casi todos los primates (salvo la susodicha excepción), sin la precaución oratoria, la idea constante, aunque innecesaria, de que yo no debía serlo y que ellos no querían serlo tampoco; yo no podía hacer otra cosa que, ó dar pasos prudentes, pero hacia adelante, en el único camino que se me enseñaba como posible, ó si no estaba conforme con él,irme tranquilo á refugiarme á mi casa.

No os lo he de ocultar, señores; esa fué mi gran tentación. A ella me empujaban con brío mis intereses, mis aficiones, el estado triste de mi ánimo y todo lo que se me apareció iluminado ante mis ojos por la luz meridiana de la realidad que lo bañaba todo con sus rayos. Lo único que me contuvo fué el deber, os lo juro; el deber moral, más que moral, religioso, con que siento y con que creo yo que es indispensable contar como móvil y como criterio en las cuestiones políticas, que afectan por su

gravedad á los más altos intereses de la sociedad y de la Patria.

En aras de ese deber me contuve; en aras de él secundé con todo el vigor necesario la acción política del General Azcárraga en el Ministerio y el partido; en aras de él me resigné á ver aplazados procedimientos que yo estimaba urgentísimos por demás, y que, llevados á cabo entonces, no hubieran presentado, á mi juicio, los inconvenientes que más tarde; en aras de él me condené al silencio y al retiro en Asturias, viendo desoídos mis consejos é incumplimentadas las promesas; en aras de él aconsejé á S. M. cuando fui llamado á la consulta; en aras de él hice saber en los periódicos mi opinión, totalmente opuesta á la entrada prematura del partido liberal con sus tres consecuencias funestas: la de arrojar desorganizado al partido conservador del poder, de reemplazar á Weyler con inoportunidad manifiesta para todos y para todo, menos para él, si por acaso fuese culpable de algún error ó de alguna falta política ó militar, y con la más enorme todavía de entregar con la autonomía más radical, de balde, sin preparación, como á oscuras, la última de las concesiones posibles en los momentos en que todo hacia prever que, más que como concesión generosa, se tomaría como síntoma de debilidad, como última carta, en fin, en una partida en que sólo cabría ya jugar la reconquista ó el abandono. (*Aplausos.*)

El partido liberal, que aceptó el poder, responderá ante la Nación y la Historia de haberlo aceptado sin necesidad, á deshora y con precipitación. A mí sólo me toca declarar que si me parecía urgente la concentración de los elementos conservadores antes del cambio, para evitarlo, entre otras cosas; después... después me pareció un crimen contra la Patria retardarlo, pues si ante las contingencias posibles el partido liberal tuviese que abandonar el poder, y la Monarquía y la Patria se hallaran sin instrumento político y sin partido legal á que entregar el gobierno, ¡ay! ¿sobre quién, sino sobre nuestras miserias morales, sobre nuestro amor propio y nuestra vanidad y nuestras pasiones pequeñas arrojaría la Historia la responsabilidad de las catástrofes que ocurrieran? »

.....

«A la muerte del jefe del partido conservador, y pasados los primeros momentos en que los temores de alteración del orden público amenazado podían haber exigido la espada de un militar al frente del Ministerio, todo el mundo esperó una de dos: ó que la Corona, otorgando su confianza al más digno, indicase al partido un rumbo, una dirección, un sentido por tan elevada manera; ó que el partido lo dispusiese por sí con uno de esos plebiscitos irresistibles, que imponen, sin necesidad de solemnidades exteriores, por su arrolladora unidad y por su sentido común, evidente y avasallador, un nombre y una doctrina. No llegó á suceder así, sin duda por sobra de respetos en todos, en la Corona hacia la voluntad del partido, y en el partido, á la vez, por respetos á las decisiones de la Corona. Pero ello es que todo estaba dispuesto á la unión y á la reorganización del partido conservador, depositado en Santa Agueda.»

.....

«No es culpa mía, ciertamente, que posteriores actos ó pasiones hayan dificultado la unión total por una ó por otra parte, y que el partido conservador haya perdido la ocasión de mantener en sus mayorías, unidas y aumentadas con los elementos conservadores hasta entonces apartados en el Parlamento de ellas, su fuerza irresistible de acción, su posición ventajosa de organismos parlamentarios legales, sus medios para dar ante el mundo el ejemplo del noble desinterés, del elevado patriotismo que infundió en las venas de toda su organización la mano firme y poderosa de su jefe, D. Antonio Cánovas del Castillo, cuyos solemnes funerales debimos haber celebrado todos los que respetamos su memoria, deponiendo ante su tumba, si es que los había, todo linaje de agravios, uniendo bajo los auspicios de su memoria y en holocausto á su nombre, elevado á las alturas de la gloria con la aureola del martirio, todos los miembros de la gran familia conservadora, amamantada á sus pechos, atentos sólo á los peligros que corría la Patria, amenazada de tan gravísimos males.

Ensueño vano, si queréis; pero no me negaréis que generoso, y para cuya total realización no acertaba yo á ver obstáculos, por

más que los buscarse para vencerlos, con ánimo á todo decidido.» (1)

«El Sr. Silvela había pertenecido al partido liberal conservador desde sus orígenes más remotos, desde los comienzos de su gestación en las Cortes Constituyentes. En el libro que se publicó por la *Oposición conservadora*, hay que buscar el embrión de la política constituyente de Cánovas en la obra á que coadyuvaron después otros que le siguieron más tarde.

El Sr. Silvela fué luego uno de los príncipes del partido, á quienes llegó á considerar la opinión como heredero del mando en no lejano porvenir. Por el Sr. Silvela sintió el partido conservador canovista todo el amor compatible con la disciplina excepcional con que obedecía á su jefe, y si alguna vez esmaltó el dejo melancólico de la tristeza los viriles acentos del jefe del partido conservador en sus grandes momentos de la tribuna, los que admiramos en él el temple vigoroso de acero de su espíritu colosal, no podíamos menos de ver en aquellos velados gemidos de un gran dolor, que lo que ponía lágrimas en su voz y como suspiros en su palabra era el amor como paternal por el hijo pródigo de su escuela que, empujado por la fatalidad, hacía esfuerzos por no abandonar los límites de la jurisdicción paterna y pugnaba por no alejarse de los términos de la casa solariega de su familia (2).

Había habido, es cierto, riñas y contiendas de familia, más agrias cuanto más íntimas, como sucede por lo común entre parientes y entre hermanos; pero á los ojos desapasionados de todo buen observador, los motivos ocultos de aquellas riñas más eran los celos que los odios. Pudieron disputar, y aun disputaron, tal vez sobre métodos y procedimientos de ocasión y de circunstancias, con mesura y con

(1) Es más que posible que el Sr. Pidal haya rectificado algo de lo que dijo en el solemne acto á que lo copido y lo que sigue se refiere.

El tiempo, que ha deamentido muchas de las cosas en que confiaba, patentizarán que se equivocó, de medio á medio quizás.

(2) En este punto, el Sr. Pidal debía referirse tan sólo á su persona y las de sus allegados, y no á los demás conservadores fieles, ó como les llamaba, canovistas. La última parte de su discurso venía á ser una novela, en que la fantasía se aparta á veces, no sólo de la realidad, sino hasta de la verosimilitud.

urbanidad, en las lides del Parlamento; pero versaba, como se ve, por eso mismo, la disputa sobre la mejor aplicación de la misma doctrina fundamental, de los mismos principios conservadores.

No hubo, pues, ni pudo haber entre ellos, ni hay, por tanto, entre nosotros, no digo los lagos de sangre, ni las nubes de pólvora, ni los abismos de doctrina, ni las cordilleras de precedencia, que no impiden otras uniones menos necesarias; y sólo buscándolos con el decidido propósito de encontrarlos, se puede tropezar aquí con nada que se parezca á obstáculos en las circunstancias presentes.» (1)

III

DISCURSO

leído en la Real Academia Española

POR D. DANIEL CORTÁZAR

el 23 de Abril de 1899.

Al comienzo de este notable discurso, ó antes de entrar en lo que constituye la materia del mismo, decía el Sr. Cortazar con gran modestia «que sólo por tolerancia excepcional había habido medio de que llegase á suceder en la silla académica al hombre esclarecido que la dejó vacía; mas ya que es así, añadía, aceptamos el hecho con sus inevitables contrariedades é inconvenientes, entre los cuales no es el menor el de ser yo el llamado á rendir en público, y por vez primera en esta casa, tributo de admiración y respetuoso afecto á la memoria imperecedera del Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo».

Después continuaba:

«Varón de peregrinas y multiplicadas aptitudes, bien puede decirse que en él estaban sintetizadas las condiciones críticas propias de la sociedad presente, y era así la demostración más palpable de cómo el trabajo, el estu-

(1) Pero ¿y la campaña de verano, de que hablamos en otra parte, que casi alcanzó á la catástrofe de Santa Agueda? Aunque el Sr. Cánovas no diera importancia á los desplantes de Silvela, ¿dejarían de molestarle, como más de una vez dejó entrever en su conversación, presente el Sr. Pidal, á quien, como á otros muchos, parecía muy mal aquella campaña?

dio y el talento, dirigidos por el camino del honor, llegan á las cumbres más altas de la gloria, no sólo sin ofensa de nadie, sino con áquiescencia y admiración de todos. Con sus obras demostró claramente lo grande y complejo de su valer como historiador imparcial y diligente; como estadista sin rival en España; como patriota que acepta el sacrificio en el sentido más preciso de la palabra; como orador brillantísimo; como político batallador y de altos vuelos; como escritor erudito, castizo y fecundo, y como hombre, en fin, tan teórico como práctico, pues apenas había ramo de los conocimientos humanos de que no tuviera segura y acertada noticia. Su excepcional talento y rapidísima percepción fueron proclamados indiscutibles; pero como al andar del tiempo esto pudiera considerarse exagerado, habéis de permitirme evocar un recuerdo personal que lo demuestra.

En el invierno de 1890 presidía el Ateneo de Madrid el Sr. Cánovas, y tratando de animar las conferencias científicas de aquella casa, pensó en invitar á diversas personas, todas de capacidad notoria, menos el que esto refiere, para que explicasen las lecciones de un curso de «Historia de la creación», á la altura de las teorías y de los descubrimientos más modernos. Convocóse á una reunión previa para discutir el programa, que alguien había ya trazado, y varios de los concurrentes fueron presentando á lo proyectado objeciones que alteraban el sistema de exposición propuesto, agregando nuevos detalles, dignos de consideración, sin duda, pero que destruían la cohesión del plan sin ventaja manifiesta de la obra. Comprendiólo en seguida el Presidente, y, con manifiesta sorpresa de cuantos imaginaban que el asunto no era de su especial competencia, recogió y resumió admirablemente los pensamientos que sobre el particular se habían emitido, y, desechando minucias y peregrinas proposiciones de cuestionable sentido práctico ó de muy difícil aplicación por el momento, formuló, en términos precisos, el índice general del curso de modo que, componiendo un conjunto homogéneo, pudieran, sin embargo, los encargados de las lecciones exponerlas con cuanta amplitud juzgasen necesaria, considerando los hechos á que habían de referirse desde el punto de vista que á cada cual mejor pareciese, sin que por ello la totalidad perdiera la hilación debida. De este

modo, los especialistas hubieron de confesar que había quien fácilmente reunía, condensaba y ponía de acuerdo los conocimientos distintos de que estaban tan orgullosos, por creerlos casi privativos, y llegaba á formar una síntesis de comprensión general y ordenada.

Vano sería el intento de hacer en esta ocasión la biografía del Sr. Cánovas como orador ó como político, y sólo en concepto de un tributo de honor á la memoria de tan potente genio me limitaré á reseñar las condiciones literarias y académicas del gran maestro.

El *Semanario Pintoresco*, *La Ilustración*, *Las Novedades*, y algunos otros periódicos, dieron á luz, hace ya cerca de medio siglo, diversos escritos del Sr. Cánovas, quien por aquella época, en los comienzos de su vida pública, también imprimió una novela histórica titulada *La Campana de Huesca*, notable imitación de las de Walter Scot, tan en boga por entonces, y que, precedida de un prólogo de D. Serafín Estébanez Calderón, puede considerarse como estudio acabado de la nobleza aragonesa, del famoso Rey Monje y de las artes españolas, en el momento, importantísimo en nuestra Historia, de la fusión en una sola nacionalidad de Aragón y Cataluña.

Siguió á esa obra la *Historia de la decadencia de España desde el advenimiento al trono de don Felipe III hasta la muerte de Carlos II*, continuada más tarde, en unión de D. Joaquín Maldonado Macanaz, como base y primer ensayo del profundo trabajo que acerca de la historia de la casa de Austria insertó en el *Diccionario de Política y Administración*, de Barca y Suárez Inclán, y donde presentó con nueva luz y criterio independiente, y con datos hasta entonces nunca aducidos, la labor penosa de aquellos Reyes y de aquellos Ministros, en cuyas manos se deshacía sin remedio posible la inmensa mole que sobre la Corona de España acumularon las herencias y los enlaces regios.

La maestría del estilo y la pureza del lenguaje avaloran estas y otras obras del Sr. Cánovas, como la colección de artículos y discursos, designada con el título de *Problemas contemporáneos*; los dos tomos de *Estudios literarios*; el interesante libro *El Solitario y su tiempo*; el prólogo á las *Obras de Moreno Nieto*; el del libro *Los vascos*, de Rodríguez Ferrer; el de la versión castellana de las *Oraciones de Demóstenes*, por D. Arcadio Roda, y el de los *Poemas dramáticos contemporáneos*, por D. Pedro

de Novo y Colson, etc., etc. Además pueden calificarse de magistrales los discursos que el Sr. Cánovas pronunció varios años al inaugurar las cátedras del Ateneo, así como los que destinó á solemnizar los actos de su recepción en las Academias de la Historia, de San Fernando y de Ciencias Morales y Políticas, y sobre todo el que leyó en 1867 acerca de « La libertad en las artes », al tomar posesión de la silla que en esta Academia dejó vacante el duque de Rivas, y el referente á los « escritores aljamiados » con que contestara en 1875 al de recepción del Sr. Saavedra. También publicó el Sr. Cánovas un tomo de poesías, entre las que hay algunas donde, como ha dicho uno de sus más ilustres biógrafos, « dejó caer perlas de sentimiento y de ingenio que no estarían fuera de lugar engarzadas en las diademas de los mayores poetas españoles é italianos ». Labor tan grande y de tanto precio es, sin embargo, pequeña al lado de la acción política, en cuya exposición y análisis repito que ni por incidencia puedo ni debo ocuparme en la ocasión y lugar presente. Conste, sí, que el mérito relevante y la originalidad indiscutible del Sr. Cánovas han llenado páginas sinnúmero de nuestra historia literaria contemporánea, aunque no hayan tenido nunca la resonancia de sus altas empresas en las esferas y ciencias del Gobierno, ante las cuales, por confesión hasta de sus más decididos adversarios, era menester inclinarse respetuosamente, reconociendo tanto talento, percepción tan clara, palabra tan maravillosa y carácter tan completo, unido todo á la honradez más intachable y las virtudes cívicas más conspicuas con que Cánovas dió á su Patria muchos días de gloria, orden y progreso.

Podrá atenuar el tiempo el horror inmenso que causó en el mundo entero el nefando crimen cometido por vil y miserable anarquista el 8 de Agosto de 1897; pero la memoria de Cánovas siempre señalará en la Historia de España un punto crítico digno de reflexivo estudio, como lo son en otro orden de ideas los que por sus especiales condiciones denominan *singulares* los matemáticos.

Dios, ciertamente, habrá acogido en su seno el alma de aquel varón fuerte y justo, por quien en el día de su muerte todos, amigos y adversarios, elevaron preces al Altísimo, como las elevo yo con espíritu humilde y atribulado al escribir estos renglones. »

IV

PREMIO CÁNOVAS

Ofrecido por la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación, y otorgado á la obra de D. Alfonso Pons y Humbert, así como el *accésit* á la de D. Antonio de Lara y Pedrajas.

En el discurso leído por el ilustrado secretario general de dicha Corporación, D. Félix Llanos y Torriglia, en la sesión inaugural del curso de 1897-98, refiriendo las bajas, no pocas por desgracia, ocurridas desde el último parte leído al inaugurarse la de 1895-96, citaba, entre ellas, en fin..., la gala más preciada, decía, de aquel cuadro de honor, el académico de mérito y expresidente de la Academia, D. Antonio Cánovas del Castillo, víctima de un maldito; y añadía después: « Hablar de él será siempre empresa temerosa; hablar de él hoy, cuando aún vibran en el espacio los acentos tribunicios de Azcárate, Pidal y Moret, que tan hermosa corona fúnebre entretejieron para depositarla sobre su retrato de Presidente del Ateneo de Madrid, sería en mí descomedida pretensión. No está lejano el día en que la Academia, ya que no pudo echar las campanas á vuelo, recibéndole, cual deseaba, para imponerle la investidura de nuestros predilectos, doble á muerto en solemne sesión consagrada á su memoria.

Entonces oiréis su necrología, redactada por quien pueda hacerlo; no exijáis de mí sino el tributo de los humildes, lágrimas y oraciones, y permitidme cerrar ya este párrafo cruento. »

* * *

En la Memoria igualmente leída por el propio Sr. Llanos y Torriglia, en la sesión inaugural del curso de 1898-99, expuso, con la propia corrección de estilo, que la forma en que había de honrarse por la Academia la respetada memoria del Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, ocupó varias sesiones de la Junta de Gobierno en su deseo de acertar con algo que tuviera más positiva eficacia que una velada necrológica.

Contaba—añadía—la celebración de esta solemnidad con el inevitable apoyo de los precedentes; pero varios vocales de la Junta, y á la cabeza de ellos el autorizadísimo parecer del Sr. Maura, opinaron que sería de resultados más provechosos, y aun más adecuados á

la importancia del ilustre repúblico, cuyo recuerdo se invocaba, la celebración de un concurso, en el cual fuera objeto de estudio la personalidad científica del Sr. Cánovas. Esta fué al fin, terminaba diciendo, la decisión de la Junta, y en consonancia con lo acordado la Academia convocó, para un plazo que expiraba en 28 de Febrero de 1899, un concurso, en que se adjudicaría un premio de 5.000 pesetas á la mejor obra original é inédita, escrita en lengua castellana por un solo autor, y que versase sobre el tema siguiente: «*D. Antonio Cánovas del Castillo. Su significación en la ciencia del Derecho y en la sociología. Su influencia en la historia de la legislación española.*»

En la Memoria leída asimismo por el señor Llanos y Torriglia, en la sesión inaugural del curso de 1899-900, dió cuenta de haberse declarado desierto el concurso para adjudicar el premio Cánovas, pues aunque se presentaron dos estimables monografías, dice, la Comisión de Fomento primero, y la Junta de gobierno después, entendieron que quedaba sin tratar en ellas lo relativo á la influencia ejercida por el eminente estadista en la legislación positiva, motivo por el cual se había publicado nueva convocatoria, cuyo plazo de presentación de trabajos expiraba el próximo día 1.º de Marzo de 1900.

Por último, en la Memoria correspondiente al curso de 1900-901, inaugurado el 17 de Noviembre del primero de dichos años, el propio señor secretario de la Academia dió cuenta de haber respondido al segundo llamamiento tres trabajos, tan estimables todos, que fué preciso escoger *lo mejor entre lo bueno*. Y los mejores fueron, según la Comisión, los que aparecieron obra de los académicos don Adolfo Pons y Humbert y D. Antonio Lara y Pedrajas, adjudicándose en consecuencia el premio de 5.000 pesetas al primero y el accésit de 1.000 al segundo, conforme al dictamen suscrito por los Sres. D. Antonio Maura, don Faustino Rodríguez San Pedro y D. Pedro Calderón Ceruelo, quienes afirmaban haber encontrado en la monografía del Sr. Pons una superioridad indudable, tanto porque las innumerables transcripciones y citas de los escritos y discursos del Sr. Cánovas del Castillo dan á conocer á éste tal cual fué, cuanto porque la parquedad en el elogio y en la censura dejan al lector que forme juicio propio con absoluta independencia.

Se han publicado ya el notable trabajo de D. Alfonso Pons y Humbert, premiado por la Academia, que forma un volumen de más de 600 páginas, y el no menos meritorio, aunque más breve ó reducido, pues no llega á 300, de D. Antonio de Lara y Pedraja, que obtuvo el accésit.

Ni de una ni de otra obra podemos dar más que una sucinta idea en esta recopilación de lo escrito ó publicado acerca de Cánovas. Otra cosa exigiría la impresión, idea desde un principio abandonada, de más de un volumen.

Cánovas del Castillo

POR D. ALFONSO PONS Y HUMBERT

Comienza el ilustrado autor de esta interesante obra, premiada por la Academia (1), recordando la sesión del Congreso de los Diputados de 25 de Julio de 1899, en que, tratándose de honrar la memoria de Cánovas, cierto orador republicano—esto lo añadimos nosotros—«*combatíó el acuerdo en proyecto, indicando, entre otras cosas más ó menos razonadas é imparciales, que era harto pronto para juzgar con la posible fortuna la obra realizada por el influyente político, al cual, mejor que nadie, apreciaría sin duda la generación venidera*»; y aunque ésta fué una sola y exclusiva nota discrepante—agregamos también nosotros—en relación con lo propuesto y acordado por unanimidad, según se hizo constar en el acta de la sesión del citado Cuerpo Colegislador, el recuerdo de lo que el autor oyó entonces, parecióle entrever ó descubrir toda entera la dificultad ó serie de dificultades que habría de vencer en el curso de su trabajo.

Lástima que no hubiera precedido á éste la presente obra, en que abundan los juicios y opiniones sobre D. Antonio Cánovas del Castillo de personas no inferiores, ni mucho menos, á la que alude, ahorrándose gran parte de la investigación en que consistía su empeño, y que al fin, debido á su capacidad, con tanto lucimiento ha realizado.

Según el Sr. Pons, citase á diario en la Prensa, en las discusiones políticas, en el Parlamento, el nombre del célebre estadista, mezclándose de continuo imputaciones cruentas

(1) Y merece ser adquirida.

de magnas responsabilidades históricas con frases de admiración entusiasta, «y en tanto que no falta quien le atribuya culpabilidad en las recientes desdichas nacionales, otros hay que le lloran y echan de menos, convencidos de que si él viviera habríanse evitado tales infortunios».

«De Cánovas del Castillo, orador, publicista, literato, historiador—añade,—nadie á estas alturas se acuerda; de Cánovas del Castillo, primer Ministro, jefe de un partido importante, acuérdanse todos, adversarios y amigos, más evidentemente, siquiera para maltratarle, los primeros que los segundos.» En esto último el Sr. Pons no es justo ó no está en lo cierto. Más se acuerdan y mejor tratan por punto general—de lo que es testimonio este modesto trabajo de recopilación—la memoria de Cánovas los adversarios que los amigos, habiéndoles igualado, cuando no excedido, en el elogio á su muerte; y no siendo comparable tampoco, en otro orden de consideraciones, la conducta de los segundos con la de los primeros, la cual, lejos de imitar, parece como que pusieron empeño en contradecir.

En lo que el Sr. Pons tiene razón de sobra, sin referirse á la personalidad de Cánovas, sino en general á todos los hombres públicos, es en censurar la manía ó moda española de maldecir de ellos, atribuyéndoles con razón ó sin razón la culpa de todo, siendo así que en nuestra última catástrofe, no sólo los hombres políticos, «la Nación en peso—dice—fracasó en la jornada», de donde provino después el silencio de la misma Nación.

Habla después el Sr. Pons del estado de exaltación perpetua en que vive la imaginación nacional; de su impresonabilidad, que le impide tener noción clara de la proporcionalidad de las cosas, perdiéndose en generalidades y abstracciones, que prueban cuán arraigada está en nosotros la costumbre de no detallar ni analizar. «No poco se apartaba, en general—dice,—de este modo de ser Cánovas del Castillo, hombre de constante deliberación, de sereno juicio, de amor grande al trabajo intelectual, que cultivó en diversas de sus esferas, demostrando en todas, aparte opiniones y tendencias, indiscutible profundidad de conocimiento científico....»

El deber, y sólo el deber, le hacía sacrificar el íntimo goce del estudio y los libros, á los que sólo podía dedicar ratos sisados ocul-

tamente á sus abrumadoras ocupaciones, lo que le hacía graciosamente decir: «Yo estudio como otros roban pafuelos.» (1)

«Consecuencia del sentimiento del deber, que como acreditan las anteriores palabras, en tan alto grado poseía Cánovas del Castillo, era, y no de las menos importantes, la severidad que revelaba en todos sus actos, no omitiendo en ellos jamás nada que les pudiera convenir ó ser necesario de alguna manera. Así en las discusiones parlamentarias solía intervenir luego de haber tomado parte los más insignes oradores, y al hablar él, sin embargo, parecía totalmente otra la cuestión planteada; siempre exponía algo nuevo, algo que daba mayor interés al debate, datos y observaciones, en suma, que nadie sino él aducía, guiado por su constante afán de no perder detalle en el estudio de cuanto hacía objeto de su peculiar competencia.»

«Respetaba, aun cuando no lo compartiese ni aceptase, lo que el país hiciera, por entender que «con la Patria se está, con razón y sin razón... como se está con el padre, con la madre, con la familia...»

«Partidario, según demostrara cuasi por entero, y partidario resuelto de los procedimientos de paz, enemigo declarado de las revoluciones, que, según él, «pueden ser algunas veces excusables, y si se quiere legítimas, pero jamás pueden constituir un título de vanagloria», no rehuyó las transacciones, siempre que las estimara eficaces, llegando á decir más de una vez públicamente que ellas constituyen «la misma realidad de la política», y que «no existe posibilidad de gobernar sin transacciones lícitas, justas, honradas é inteligentes».

«Mas esto debía de ser, naturalmente, sin menoscabo de lo que constituía la esencial doctrina de su pensamiento político... por lo que después de ofrecer en las Cortes de 1870 «que él aceptaría los efectos de la revolución de 1898, siempre que en adelante reconociese al bien del país, excuso: que si se tratase de resolver por simpatías la cuestión monárquica, serían las suyas todas para el Príncipe don Alfonso, á quien estaba dispuesto á defender, ni más ni menos que como defendiera en ciertos instantes á Isabel II; pero que si el Rey

(1) Discurso en el Ateneo, de D. Alejandro Pidal, pág. 413.

que se eligiese evitaba á la Nación parte de sus males, traía consigo el anhelado bienestar, en nombre del interés general estaría él dispuesto á apoyarle en su obra... » (1)

«Según Cánovas del Castillo, el desconocimiento de la realidad histórica «es la mayor enfermedad de que pueden adolecer los hombres políticos»... No sé que nadie le haya considerado jamás como soñador ó visionario. Porque no lo era, contestaba en cierta ocasión á los que le reprochaban el no haber aceptado en la Constitución de 1876 la intolerancia religiosa, con todo y profesarla en otro tiempo, del siguiente admirable modo (copia á continuación su discurso en la sesión del Congreso de 3 de Mayo de 1876). »

* * *

«De pesimista, aparte de soberbio, se tachó en más de un caso á Cánovas del Castillo, el cual constantemente rechazara «estas dos leyendas», como él mismo decía... «No se confesaba, ni mucho menos, optimista al tratar de las cosas de España... siquiera con ello se enajenase las simpatías de gentes superficiales... Mas de esto á mostrarse sin esperanza y sin aliento, á creer que no había posibilidad de arreglo y mejora para los infortunios de la Nación en absoluto, cual se quería suponer... media un abismo enorme.»

«Conocedor profundo de la Historia patria, sobre la que tantos estudios especiales hiciera desde muy joven, atento observador y crítico de las causas generadoras de nuestra nacional decadencia, espectador sereno de las transformaciones que en su día experimentaron poderosos imperios, señalándose entre ellos, sobre todo, la ruina de la supremacía militar...; actor influyente en trascendentales sucesos que le dieron la medida de la época, los hombres y las ideas con que hubo de contar para el logro de sus intentos, nadie, con recto juicio, pudiera estimar fuera de base razonada el que Cánovas del Castillo, en sus palabras, se abstuviese de revelar, para el presente y para lo porvenir, alegres ú optimistas pensamientos.»

«¿Cuándo, cómo, en dónde vacilara la voluntad política de Cánovas del Castillo? ¿No he-

mos dicho que arrastró con frecuencia la impopularidad de la Nación?

¿Y qué es todo esto sino confianza? ¿Y qué es todo esto, en el fondo, sino optimismo? Optimismo respecto de si; optimismo respecto de algo más, de lo fundamental para la Patria. Creía, y esperaba; puestos en la Monarquía los ojos, afirmaba que ella, «entre nosotros, tiene que ser una fuerza real y efectiva, decisiva, moderadora y directora, porque no hay otra en el país.»

«Era para él consustancial la Monarquía con la Patria, y mientras subsistiesen unidas... la confianza en lo porvenir sbase en Cánovas del Castillo agrandando; mas tal vez no estaba á la propia altura de esta dinástica convicción la seguridad de que otros, aparte él mismo, supieran defender y mantener con fortuna la institución real en España... ¿Quién sabe si lo que en tantas ocasiones se entendiera por pesimismo, no obedecía sino á la escasa ó ninguna confianza que mereciesen al así calificado los calificadores! »

«No hago otra cosa que examinarle desde su peculiar punto de vista. Y en tal concepto, destacase en Cánovas del Castillo, ante todo, su acendrado amor á la Monarquía que sirviera.»

Habla después el Sr. Pons de los primeros pasos de Cánovas del Castillo como periodista, así como de sus obras y escritos históricos y literarios, y más adelante se ocupa de si era escéptico ó no, y dice: «Dos son las principales manifestaciones del escepticismo: duda en el pensamiento y vacilación en la voluntad. ¿Se dió alguna vez esa vacilación y esa duda en Cánovas del Castillo, y se tradujo á sus actos por manera ostensible? Vamos á verlo.»

«En lo que respecta al orden puramente religioso, juzgábase él sincero y acendrado creyente: «Para mí—decía—todo tiene en el tiempo su razón manifiesta ó latente; y todo espero que, á la postre, ha de servir para mejorar en esta vida la suerte de los hombres y hacerles ganar el bien eterno.» (1)

«Ya en una discusión parlamentaria muy no-

(1) Pero nunca, así lo hizo constar, á servirle.

(1) Discurso leído en el Ateneo el 25 de Noviembre de 1871.

table acerca de *La Internacional*, indicó, hace veintinueve años, que no podía pensar en las cuestiones morales y políticas, ni en problema alguno, sin encontrarse frente á frente con la objetividad sublime de Dios, la cual imponíasele con fuerza irresistible; idea religiosa que no nacía en él de un sentimiento pío, de un alma beata, sino de una razón convencida (1). Y pocos días después afirmaba elocuentemente en otra parte que nada, si con imparcial propósito se examina la realidad, penetra en el entendimiento tan pronto y vivamente como el concepto de Dios, á cuyo reconocimiento necesario habrá de conducir toda indagación que á un tiempo busque la verdad en el mundo y en la conciencia, no suprima hechos internos ni externos, y en vez de negar á ciegas respete, y de nuevo observe lo que no comprenda á primera ó segunda vista. Que sin Dios distinto del mundo no tiene racional explicación el hombre, siquiera nada más que por los hechos de su voluntad libre y su razón se le considere cual el mayor fenómeno de la Naturaleza; su posible desinterés de las cosas del mundo, su amor al bien por el bien, el deber que en sí reconoce de amar y servir al prójimo, el imperativo principio de moralidad que surge y se inspira en su alma, ¿qué explicación tienen, con efecto, de otra manera? (2)

«Claro resulta de todo esto que de una razón convencida, no de un alma beata, según él dijera, nacían en Cánovas del Castillo tales pensamientos. Había llegado al concepto de Dios por la senda de la reflexión y de la lógica, no por el camino, harto más llano y bello, de la fe irresistible y ciega.»

«Y dice que si los salmos bíblicos, y aun los himnos religiosos de todos los pueblos, han repetido muchas veces que pregonan los cielos la gloria del Señor, él cree, por consecuencia de lo expuesto, que, «más que los cielos, todavía, la pregona y hace patente el orden social»; el examen de las mortales enfermedades que sin Dios la sociedad padece y de los remedios fáciles que en Dios halla, constituyen, en suma, prueba superior á la físico-teología de los salmos y de los himnos y á la me-

tafísica ú ontológica que aceptan muchos sabios modernos (1).

«Conocidas las anteriores ideas, nadie, seguramente, tendría por escéptico á Cánovas del Castillo.....»

«Para los que le tacharon de pesimista, fijos á las opiniones frecuentes por él expuestas desde la tribuna parlamentaria, será, tal vez, un descubrimiento con el que no contasen éste de la religiosidad de Cánovas del Castillo...»

Expone el Sr. Pons más adelante, en el capítulo V del libro I, algunos datos biográficos de Cánovas del Castillo, á partir de sus primeros estudios; y luego, en el libro II, entra ya en la materia principal de su concienzudo estudio, ocupándose de la significación de aquél en la ciencia del Derecho y de la Sociología, trabajo en que, naturalmente, no podemos seguirle, porque para ello necesitaríamos mucho más espacio del que podemos disponer. Lo principal, en nuestro concepto, de esta parte de la obra del Sr. Pons, es el capítulo III, en que no sólo emite su ilustrada opinión sobre el *Estado*, la *Política*, el *Derecho político* y el *positivo*, sino que á la vez reproduce las de otros distinguidos juriscónsultos y notables oradores sobre materias tan importantes, transcribiendo, además, algunos párrafos de disertaciones científicas y discursos pronunciados en el Parlamento por Cánovas del Castillo.

«El Estado, según éste, no es un ser, no es más que institución ó instrumento; no tiene ni puede tener otros derechos que los de la personalidad humana; instrumento de la personalidad humana, no puede realizar nunca, no puede pretender realizar otros derechos que aquellos que en la personalidad humana residen.»

«La idea del Estado concebida de otra suerte es una idea que conduce fatalmente al panteísmo; nace de la pretensión de sustituir con una unidad humana y terrena la grande Unidad divina, que se intenta hacer desaparecer de la conciencia del hombre.....»

«Todo derecho emana de la personalidad humana; el Estado es el instrumento, única-

(1) Sesión del Congreso de 6 de Noviembre de 1871.

(2) El discurso en el Ateneo citado anteriormente.

(1) El propio discurso,

mente el instrumento, de la personalidad humana; pero ¿son por esto las facultades, las atribuciones del Estado insignificantes?»

« Puedo, pues, sustentar, y he sustentado siempre, el derecho absoluto de la personalidad humana; puedo, pues, sustentar, y he sustentado siempre, la necesidad del Estado; digo más, la necesidad de un Estado positivamente constituido..... »

« El Estado es un organismo ante todo intelectual y moral; el Estado necesita, además de condiciones externas, además de vida externa, además de cuerpo, espíritu. Lo necesita el Estado, lo necesita la Nación, lo necesita la sociedad en que vive..... » « El Estado, desde la tribu, y aun desde la familia, tiene ya principios morales, tiene bases intelectuales y morales sobre que fundarse. »

« Suprimid si no los principios que constituyen entre nosotros la familia; suprimid las relaciones del padre, de la madre y de los hijos; suprimid las relaciones del hijo con el padre, con la madre, con el abuelo; suprimid el respeto, la obediencia y, en una palabra, todas las relaciones que median entre esos individuos, y decidme si hay familia, si la familia puede existir sin esas leyes, que antes de ser leyes eran principios..... »

« ¿ Puede existir una nación sin un depósito moral, sin un espíritu como el que antes os he indicado? ¿ Qué es la Patria, si eso no es? ¿ Era, por ventura, la Patria de España la que habitaron por mucho tiempo los árabes, los africanos y los descendientes de los africanos y de los árabes? No; eso no ha sido jamás la Patria española. La Patria española no ha estado nunca á las orillas del Tajo ó del Guadalquivir... Ha estado siempre, está y estará, allí donde estén los grandes principios de la nacionalidad española. » (*Aplausos.*) (1)

D. Antonio Cánovas del Castillo.

Estudio crítico

POR D. ANTONIO DE LARA Y PEDRAJAS

« Como todos los hombres que, ya guiados por la Providencia ó cumpliendo libremente su

destino, han influido personal y directamente en la marcha de su Nación, Cánovas del Castillo ha sido, y será quizá todavía por largo tiempo, muy controvertido, llegando unos hasta el elogio sin tasa y sin medida, teniéndolo por un portento y maravilla de la época y no viendo en él sino los aciertos, y alcanzando en otros la censura hasta la negación de las cualidades más evidentes..... »

« Sin desconocer el alto valor de otras cualidades que realizaron en vida á Cánovas del Castillo y le permitieron influir de modo muy directo en la esfera científica, y más aún en la propiamente social de la Nación española durante cerca de medio siglo, lo que más contribuyó sin duda á este resultado fué las condiciones peculiares de su carácter, que se distinguía por una acentuación vigorosa de su personalidad. »

Habla el Sr. Lara de los comienzos de la carrera de Cánovas; de haber mantenido su individualidad propia sin confundirse en las corrientes múltiples y contradictorias que agitan el país, quedando distinto y separado, sin dejarse arrastrar por los acontecimientos, antes bien, dirigiéndolos ó encauzándolos, convirtiéndose en centro de acción y jefe reconocido de escuela.

« Con conciencia clara de este poder—dice, —bien pronto se convence de que puede realizar una misión importante en la Historia de su país, y á cumplirla se encaminaba con resolución, pero sin precipitarse..... dominando en todo momento los estímulos de su ambición para escoger el instante y la sazón de tomar determinadas direcciones..... »

« Esta convicción de su propio valer va siempre implícita, y muchas veces claramente manifestada, en cuanto hace y dice..... » « Y al exponer ó discutir doctrinas ó cuestiones de conducta—sin propósito, por condición natural,—hablará con frecuencia en primera persona, empleando este pronombre para realzar y dar más fuerza á la afirmación por ser suya, como se ve en las frases « entiendo yo », « no he dicho yo », « cómo he venido yo á ser » y otras muchas análogas, que brotan espontáneamente de su boca ó de su pluma.

Por otra parte, esta personalidad no está sujeta á las mudanzas del tiempo ni á las veleidades de la fortuna, no sufre intermiten-

(1) Sesión del Congreso de 2 de Enero de 1877.

cias ni desmayos ; su ley es la unidad, y por ella se rigen sus más variadas manifestaciones, á tal punto, que desde los primeros pasos en su carrera hasta los últimos de su gloriosa y accidentada vida, los mismos principios informan su conducta y sus doctrinas, y un poderoso engranaje los une y sistematiza fuertemente.»

Dice después el Sr. Lara que la vacilación, la incertidumbre, son cosas que no entran en su seno, siendo claro, preciso, terminante, y diciendo siempre de un modo definitivo lo que piensa y lo que quiere. El estilo personal responde á estas cualidades del pensamiento, viéndole siempre á cubierto de esas inconsecuencias que á muchos lleva, por ejemplo, á no creer en Dios y sí en multitud de supersticiones, á ser espiritualistas en filosofía y naturalistas en literatura ; á poner muy alto el Derecho y hacer poco caso de la Moral. «En Cánovas—continúa—no ocurría esto. Su carácter personal lo traduce al exterior. Cree en Dios uno y personal, pero creador del Universo ; en el régimen de las cosas humanas, pone la autoridad sobre la libertad ; en la Historia, el libre albedrío sometido á la Providencia ; en política, el poder Real sobre los otros poderes ; en filosofía, la razón sobre todas las facultades.....»

«Esta unidad poderosa que hemos visto impresa en su acción y en sus ideas, no engendraba en él, sin embargo, la obstinación del fanatismo, porque, si bien hija de su naturaleza moral y de su temperamento vigoroso, estaba regida por la razón, que sabia templar las inflexibilidades de la voluntad ó el rigor de los principios, para acomodarlos á las exigencias de la realidad en la vida de relación con sus semejantes.

Por eso, creyente convencido y sincero, acepta los dogmas fundamentales de la fe ; pero no rechaza la intervención de la razón en los negocios del mundo.....»

.....

«El bien quisiera, que alientos para ello le sobraban, aplicar las ideas puras en la plenitud de su perfección y de su belleza ; pero hombre de conciencia recta y dotado de una poderosa intuición del mundo en que vivía y de un exacto sentido de la Historia, detestaba los delirios de la fantasía y de las especulaciones abstractas del entendimiento, engen-

dradoras de la utopia, á la que tenia horror por dañosa y perturbadora del orden de las cosas terrenas.»

Habla de que «esto le permitía llegar á términos de concordia y resolver con facilidad las situaciones más difíciles, y así pudo, «en día memorable para la Nación», poner paz en los ánimos turbados por las contiendas civiles, cerrando un período histórico y abriendo á la vez otro con aquellas célebres palabras, dignas de los tiempos clásicos : *Vengo á continuar la Historia de España.*»

«Todas estas notas del carácter de Cánovas del Castillo estaban compenetradas de un alto sentido moral, que obligaba á profundo respeto aun á sus mismos adversarios.....» «Mirando siempre la vida desde lo alto, y convencido de que la Humanidad, como las naciones, como los individuos, tienen una misión que cumplir..... estudiaba su marcha y sus movimientos con aquella serenidad que su importancia requería.....»

.....

«Pero si el hombre se impone al hombre por el carácter, no ejerce atracción hacia sí, convirtiéndolo en prosélitos á los demás, si no posee una inteligencia superior para inquirir y conocer la verdad donde quiera que se halle y de cualquier orden que sea, y ese arte maravilloso de concertar las aspiraciones al ideal con la realidad, pesando, midiendo sabiamente los elementos que de cada uno pueden entrar en la obra para que sea ordenada, viva y fecunda. Ambas cualidades las reunía en alto grado Cánovas del Castillo, y de ello dan testimonio los firmes asientos sobre los cuales levantó su obra política.»

.....

«Es tan poco frecuente que en un hombre alcancen sus varias facultades á dar frutos estimados todas ellas... que, viéndolo, se niega el público á reconocerlo, admitiendo, á lo sumo, que tal aserto sea una concesión graciosa al prestigio obtenido por aquella aptitud en que descuella de modo sobresaliente. Esto ha sucedido á Cánovas del Castillo... ó lo que á muchos hombres de valer en la Historia : el estadista y el orador parlamentario han oscurecido al literato y al hombre de ciencia.

Claro se ve, sin embargo, que esto obedecía á un prejuicio arraigado, y contra el que nada

valían las pruebas... Pero para los que le hemos seguido paso á paso á través de todas las manifestaciones de su espíritu y estudiado con el detenimiento que requieren sus múltiples y variadas producciones, nada sorprende tanto como la elevación de pensamiento con que, en general, trataba todos los asuntos y la perspicacia con que descubría el nudo de la cuestión y se apoderaba de él para hacerlo objeto de su examen.»

«No son sus libros obras magistrales ni tratados completos en donde se exponga el contenido total de una ciencia ó se dilucide una teoría en todas sus partes, pero para los que no aprecien los trabajos del entendimiento por la cantidad, no desmerecen por ello lo más mínimo.»

«En los trabajos de Cánovas, como escritor, no se encuentran siquiera párrafos que huelguen y se puedan suprimir sin perjuicio de que quede cortado el hilo del discurso ú obscuro el concepto que venía exponiendo... En no pocos casos, la opinión sustentada por él es apoyada brevemente, pero con palabras que dejan entrever los sólidos fundamentos de que

parte y lo mucho que había discurrido sobre ellas; lo que hubiera hecho patente si el tiempo y el espacio lo hubiesen consentido.

Así ocurre en la ciencia del Derecho, que, sin haber ejercido él la profesión á que lo capacitaba su carrera, dejó sentado su criterio de jurisconsulto en los temas más fundamentales de aquella, con tal precisión y maestría, que bien pueden dar lugar sus puntos de vista á opuestos pareceres; mas no por falta de conocimiento respecto al sentido íntimo de las doctrinas que analiza ó al alcance de los problemas por ellas planteados. Y otro tanto acontece con la Filosofía social, en que ataca siempre el núcleo de la cuestión fijando así su pensamiento con firmeza, no siéndole difícil entonces dilucidar los extremos en que conviene ó en que discrepa de otras opiniones.»

Por último, consagra el Sr. Lara la última parte de su excelente trabajo á la *Influencia*, como la titula, *de Cánovas del Castillo en la historia de la legislación española*, en que no podemos, con sentimiento, seguirle, por la misma razón que hemos expuesto al ocuparnos de la obra del Sr. Pons.

SECCIÓN SEGUNDA

Artículos y juicios críticos⁽¹⁾

RECUERDOS DE CÁNOVAS

(1850 A 1897)

El Parnasillo (semblanzas é impresiones)

POR D. GASPAR NÚÑEZ DE ARCE

I

« Cuando, lejos de Madrid, en la apacible calma de esta costa montañesa, buscaba alivio á la postración de mis nervios fatigados por la continua agitación de la vida moderna, el telégrafo, con su brutal laconismo, vino á interrumpir bruscamente mi relativo reposo, anunciándome sin preparación alguna el bárbaro asesinato de Cánovas del Castillo.

Al horror que me produjo el monstruoso crimen de que ha sido víctima uno de los hombres más eminentes de la España contemporánea, ¿qué digo de España?, del mundo civilizado, y á las patrióticas alarmas que hizo nacer en mi ánimo tan espantosa catástrofe nacional, cuyas consecuencias no son fáciles de prever en estos momentos de angustia,

uniéronse, para hacerme más honda y terrible la impresión del trágico suceso, los recuerdos de una amistad contraida ha más de cuarenta y siete años, en esa risueña edad de la juventud, llena de esperanzas é ilusiones, en que los afectos que se adquieren llegan á formar parte integrante de nosotros mismos, resistiéndose á los contratiempos y desengaños de la vida. Son como los sentimientos religiosos, que suelen estar aletargados, pero no muertos, en lo íntimo de la conciencia, y que surgen con ímpetu irresistible del fondo de las almas cuando algún dolor profundo los sacude y despierta.

Aún no había yo cumplido diez y siete años la primera vez que tuve la satisfacción de estrechar la mano del varón ilustre cuya pérdida lamenta hoy toda España. El mismo lo consigna así en una hermosa página del *Album* con que me honró no hace mucho, sin merecerlo, la Asociación de Escritores y Artistas, y que he vuelto á repasar ahora dominado de viva emoción. « Conoci á Núñez de Arce—decía con elegante estilo—cuando podía tenerse por un niño aún, en el estrecho y oscuro café del Príncipe, donde, hacia los últimos lustros de su vida, se congregaban por las noches bastantes literatos de fama, y entre ellos los principales corifeos del glorioso pero expirante romanticismo español. A oírlos como oráculos acudían allí entonces varios jóvenes, prematuros huéspedes algunos ya de la madre tierra, no sin haber dejado también nombres merecidamente célebres.

(1) No reproducimos aquí todos los artículos publicados en memoria ó elogio de Cánovas, sino tan sólo aquellos que no tenían otro sitio ó lugar determinado en esta obra. En las diferentes *Revistas* de que nos ocupamos en la *Sección primera*, de la *Primera parte*, se encuentran artículos no menos notables, de Castelar entre ellos, así como en la *Sección segunda*, aniversarios de la muerte de Cánovas; y en las Secciones tercera y cuarta, que se refieren á la prensa de provincias y á la de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, que aún entonces eran colonias españolas. También se hallan artículos dignos de ser leídos en las demás partes de la obra, y pueden buscarse consultando el Índice.

»Sin duda era Núñez de Arce el de menor edad de todos, vivos y muertos...» Y no continuó copiando, porque al leer los afectuosos conceptos con que me juzga, más el amigo que el crítico, siento humedecidos de lágrimas los ojos y oprimido el corazón.

¡Ay! desde el día en que Cánovas y yo nos hablamos por primera vez, hasta la hora infausta en que el arma de un infame asesino cortó inesperadamente la carrera del insigne hombre de Estado, ¡cuán trascendentales sucesos y cuán radicales cambios han ocurrido en España! Las tempestuosas revoluciones y reacciones que en tan largo período han conmovido el suelo de la Patria, han roto también, dispersando sus átomos á todos los vientos, el núcleo de generosos y entusiastas jóvenes que entonces, soñando en lo porvenir y dilatando su mirada por los falaces horizontes de la vida, buscábanse atraídos por el puro y desinteresado amor de las Letras y las Artes. Cada cual ha seguido después el rumbo que le señalaban sus convicciones ó sus conveniencias; algunos, perturbados por la ciega pasión de partido, se han combatido, aun estimándose, con feroz encarnizamiento, y muchos han caído antes de salvar la penumbra de los primeros años, vencidos, muertos ú olvidados entre el revuelto polvo de nuestras discordias civiles. Pero en la lejana época á que me refiero, todos componían juntos una legión poderosa, aunque desconocida, que ignoraba su propia fuerza y era, sin saberlo, la representación intelectual más genuina de aquella ardiente juventud de 1850, bajo cuya acción arrolladora é incesante se ha transformado por completo, en el espacio de treinta años, la sociedad española.

II

En estos momentos tristísimos, evocados por la intensidad de mis recuerdos, se levantan en mi pensamiento, con todo el relieve de la realidad, los lugares, los hombres y las cosas de aquellos días ya tan distantes. Aún veo tal como era el viejo y destartado café del Príncipe, llamado el *Parnasillo*, establecido en el mismo local ocupado hoy por la Contaduría del Teatro Español, y en donde, como cuenta Mesonero Romanos en un interesante artículo de las *Memorias de un scetón*, acostumbraban á reunirse, en el último período del go-

bierno absoluto, los amantes y aficionados de las Artes y la Literatura. Algo había variado el café allá por el año 1850, de lo que era en los tiempos á que el *Curioso Parlante* se refiere; pero no tanto que hubiese perdido su sello característico ni en el decorado, ni en el mobiliario, y menos todavía en los asistentes, muchos de los cuales seguían siendo los mismos.

Varias mesas de nogal—pocas, porque la pequeñez del recinto no consentía mayores ensanches, y además porque eran suficientes, y aun sobraban, para el escaso consumo que los habituales parroquianos hacían—hallábanse repartidas por la mezquina sala, obstruyendo el paso las noches de estreno en que era mayor la concurrencia. Una puerta con ancha mampara, forrada de roja bayeta, abierta en el muro lateral de la derecha, había puesto en comunicación directa el café con el teatro, que estaba á la sazón organizado como una de tantas dependencias del Estado. En él trabajaban en sana paz y honrada compañía, ofreciendo un buen ejemplo que no ha vuelto á repetirse, Bárbara y Teodora Lamadrid, Matilde Díez, el heredero de Máiquez, Carlos Latorre, ya en el crepúsculo vespertino de su gloriosa vida, Julián y Florencio Romea, Valero, Arjona, Pizarroso y Mariano Fernández, el último de los graciosos de la antigua escuela; es decir, los actores más excelentes que ha tenido España en lo que va de siglo.

Guardaba la puerta, impidiendo la entrada por aquel lado en el templo de Talía, á los que no iban provistos del correspondiente pase, un viejo acomodador del teatro, empaquetado en su librea, que no sólo conocía personalmente á los autores de nota, sino que olía ó adivinaba con certero instinto á los que se encontraban en camino de serlo, para no estar con ellos demasiado esquivo y riguroso.

No había penetrado todavía en el *Parnasillo* la luz del gas, ni siquiera la del petróleo. Seis ó siete lámparas anacrónicas, contemporáneas de Carlos IV, alimentadas con aceite y engrimaldadas con flores de trupo, alumbraban, ó mejor dicho, rompían la semioscuridad de las ennegrecidas y ahumadas paredes del clásico café, donde apenas se atrevían á asomarse los profanos, y en el cual era seguro encontrar, en las horas de los espectáculos teatrales, á las autores que entonces gozaban del favor del público.

Allí, seguido de su fiel compañero de glorias

y fatigas, D. Antonio Alcalá Galiano—elo-cuente orador, no muy bien tratado físicamente por la Naturaleza, pero que al hablar se transfiguraba hasta parecer hermoso,—acu-día algunas noches el insigne Duque de Rivas, cuya imaginación, rebelándose contra las injurias del tiempo, se conservaba fresca, lozana y fecunda para inventar cuentos y chascarrillos que, por la vivacidad y gracia con que los refería, llegaba á creer verdaderos él mismo. También iba, cuando sus achaques no se lo estorbaban, lo cual acontecía raras veces, el patriarca de la poesía, D. Juan Nicasio Gallego, envolviendo en un enorme levitón de anchos y largos faldones su cuerpo fornido, y aunque abrumado por el peso de la edad, todavía incisivo y ocurrente contra las exageraciones románticas, que habían sido y continuaban siendo su eterna pesadilla. El más constante á esta reunión era el general Ros de Olano, joven aún, pero á quien le gustaba tratar con personas graves y formales, el cual divertía su humor melancólico juzgando, en la confianza de la amistad, con tono sentencioso y sibilitico, los libros de los hombres y los sucesos del día. Estos personajes y algunos más, no menos respetables por su vejez ó por su posición social, como que pertenecían á las más elevadas clases de la Administración, la Milicia y la Banca, constituían lo que, con la incoherencia propia de los pocos años, llamábamos el *Sanhedrín*. Tan curioso centro de ancianos tenía un puesto reservado en el fondo de la sala, en el rincón más oscuro del *Parnasillo*, cerca de un gran reloj de música, semejante á un órgano, que al dar las horas regalaba los oídos del público con algún trozo de la sinfonía de *Guillermo Tell*, *La Motta di Portici* ó *Los Puritanos*.

III

Ocupaban, generalmente, la parte central del café literatos y poetas, que estaban en la madurez de su talento ó habían llegado á la plenitud de sus facultades. Era de los primeros en acudir el autor de *Guermán el Bueno* y *Carlos II el Hechizado*, D. Antonio Gil y Zárate, entonces Director de Instrucción pública, varón integérrimo y austero, ni alto ni bajo, grueso, parco en palabras, que parecía estar siempre ensimismado, y contra quien, por inexplicable antipatía, agotó el crudal de sus crueles

epigramas el satírico Villergas. Haciale compañía, mientras tomaba lentamente una taza de café, el célebre Bretón de los Herreros, que se gozaba con ingenuo candor en repetir, elogiándolos y riéndolos, versos y chistes de sus comedias, sin que su taciturno é indulgente colega en la Academia y en el teatro le atajase en las propias alabanzas. Verdad es que el mayor de nuestros autores cómicos, después de Moratín, no hacía más que anticiparse, con la espontaneidad ruidosa é inofensiva de su amor propio, al juicio de la posteridad, que le ha colocado con justicia entre los castizos y excelsos maestros del habla castellana.

Era también asistente asiduo á la tertulia del *Parnasillo* D. Juan Eugenio Hartzenbusch, que andaba siempre mariposeando de mesa en mesa, y tenía para todos alguna palabra agradable y cortés. Aquel hombrecillo afeitado como un clérigo, de cabeza menuda, ojos inquietos y trato familiar, ocultaba bajo tan modesta apariencia una voluntad tenacísima, aunque nada batalladora. Por excepción llevaba de frente la contraria á los que discutían con él. Plegábase, por de pronto, con frase balbuciente á la opinión que oía; mas luego, en el curso de la controversia, á fuerza de atenuaciones y *distingos*, iba transformando el juicio ajeno en el suyo propio, por regla general diametralmente opuesto al que antes había admitido. Cuando no podía más se callaba, pero no se convencía. A no haber heredado de su madre, según afirmaba, un carácter tímido, habría sido quizá un crítico inflexible y obstinado, porque no le faltaban ni habilidad ni ciencia para serlo. Era bueno, y hacíase doblemente simpático á los ojos de la juventud, no sólo por su talento, sino por su natural inclinación á amparar las obras de los autores noveles con prólogos verdaderamente paternales.

Empresa difícil sería la de referir los lances cómicos dramáticos, y hasta líricos, de que fué testigo el café del Príncipe en aquellos días, ya medio olvidados, y requeriría más espacio del que dispongo. En otra ocasión es posible que lo intente. Por hoy me limito á ir presentando las figuras más salientes del cuadro, contando con que la perspicacia del lector suplirá las deficiencias de mi relato y llegará á formarse aproximada idea de lo que sería aquella reunión de hombres de rica fantasía,

intención poco piadosa y regocijado ingenio.

Prosigo, pues. Compartía con Hartzenbuch, si no el cariño, la preferencia de la gente moza, acaso obedeciendo, sin darse cuenta de ello, á la ley del contraste, el popular autor del drama *Don Francisco de Querado*, y algunos años después primer traductor de Enrique Heine en idioma castellano. Era Eulogio Florentino Sanz-seco, amojamado, de tez biliosa y humor quebradizo. Agudo y ásperamente mordaz como el protagonista de su obra, que había tomado por modelo, susurrábase que meditaba de noche, en la quietud y el silencio del sueño, los feroces sarcasmos y sangrientas burlas con que sazónaba sus conversaciones del día siguiente. Yo no afirmo que esto fuese verdad; lo que sí digo es que sus aceradas frases y tremendas sátiras clandestinas le hicieron temible á la corte, granjeándole tanta reputación, por lo menos, como su obra más aplaudida.

Valía mucho; pero extremó tanto la estimación de sí mismo, que se hizo desgraciado. Metióse en la cabeza que el público no apreciaba sus producciones en todo cuanto se merecían, y para castigarle por su irreverencia rompió la pluma en la mitad de su carrera y en la fuerza de sus años. Comparándose con otros, llegó á creer que ningún puesto oficial ajustaba bien á la grandeza de sus méritos, y prefirió arrastrar la triste vida de *bohémio* á admitir los altos cargos diplomáticos que en distintas circunstancias le ofrecieron sus amigos y adversarios. Desdén el trabajo, sin disfrutar por eso del ocio con dignidad, que ha sido, es y será la aspiración constante de las almas superiores. hastiadas del vano ruido del mundo; no llegó á ser nada, porque quiso ser demasiado, y el instrumento con que labró su humillación y su ruina no fué la injusticia de los demás, sino la propia soberbia.

A la salida de los teatros dábase también una vuelta por el *Parnasio*. D. Antonio García Gutiérrez, el primer poeta dramático que tuvo el honor de ser llamado á la escena la noche del estreno de *El Trovador*, obra, lo mismo que *Don Alvaro ó la fuerza del sino* y *Los amantes de Teruel*, que lleva la castiza marca del verdadero romanticismo español. Entraba en el café rebujado en su capa con embozos de rojo terciopelo, mascando la punta de un cigarro apagado y se agregaba al grupo que veía más cerca, siempre serio, meditabundo, casi huraño, no por orgullo, vicio desatentado que no cabía

en alma tan delicada y tierna como la suya, sino por ocultas tristezas tal vez ó por excesiva é invencible modestia.

Cerca de las doce, antes de ir á las tertulias aristocráticas, que entonces comenzaban muy tarde, y en las cuales lucía por su urbanidad y gracejo, pasábase por el café del Príncipe el autor de *El hombre de mundo* (aún no había compuesto la *Muerte de César*), el insigne Ventura de la Vega. Era el poeta argentino de trato halagador y ameno; odiaba la melancolía romántica, que llamaban las almas incomprendidas y sentimentales el mal del siglo; vestía con elegante pulcritud y se hacía notar en donde quiera que se presentaba por su porte distinguido, su pálida y expresiva cara, en que resplandecían dos grandes y hermosos ojos rebosando malicia; su limpia y reluciente calva y sus anchas patillas negras, que le daban aspecto, no de literato, sino de banquero acaudalado.

Obligado por la necesidad, única fuerza capaz de vencer su ingénita indolencia, y cuando todavía no había conquistado la altísima reputación que después tuvo, surtió casi solo de traducciones y arreglos, magistralmente hechos, algunos superiores á los mismos originales, los más importantes teatros de la corte por espacio de varias temporadas. Este período de actividad febril contrasta singularmente con toda la vida de Ventura de la Vega, que según pública voz y fama, era abandonado y perezoso en grado sumo. Cuéntase que perdió la primera secretaría de la Embajada de París, por no haber tenido fuerzas para madrugar á la hora que salía la diligencia de Francia. Por espacio de un mes estuvo encargando todas las noches á su ayuda de cámara que le despertase al romper el alba. El pobre criado cumplía con puntualidad el encargo, llamándole apenas amanecía. Ventura de la Vega se incorporaba sobresaltado, lanzándole una mirada aterradora, y luego, dejándose caer pesadamente sobre los mullidos colchones, le despedía con cajas destempladas. De esta suerte, sin que, á pesar de los buenos propósitos de la víspera, se decidiera ningún día á esperar vestido la *rosada fa: de la aurora*, dejó transcurrir con creces el plazo reglamentario para tomar posesión de su destino y fué declarado cesante. La anécdota me parece pura leyenda; pero es lo cierto que él hizo cuanto pudo para acreditar su proverbial desidia, poniendo en la carpeta de un vo-

luminoso expediente del Ministerio de Estado la siguiente redondilla que se ha hecho vulgar:

*Duerma en paz este expediente
mientras otro oficial llega,
que Ventura de la Vega
no quiere meterle el diente.*

Recibido con júbilo en todos los corrillos, andaba de un lado á otro, haciendo reir á las personas más graves con sus graciosas salidas, el pobre Narciso Serra, á la sazón oficial de Caballería. Tenía una figura esbelta; era delgado, rubio, de facciones casi infantiles, aunque ya marchitas, que contrastaban con el tono escéptico y burlón de que hacia alarde en los años más floridos de su juventud. Desde muy niño mirábasele como un prodigio en los círculos literarios por su portentosa potencia de improvisación, que le servía de escudo contra sus mismas calaveradas en los trances más apurados. Confiando en la excepcional facilidad de su nimen, escribía las poesías líricas, como más tarde escribió la mayor parte de sus obras dramáticas y cómicas, en la mesa de algún café, entre el bullicio de la gente y al correr de la pluma. Ponía su musa al servicio de todo el mundo por un almuerzo, por un halago, por una promesa no siempre cumplida, y si fuese lícita la investigación de la paternidad maravillaría el número de obras, firmadas por sus amigos y explotadores, que son hijas abandonadas ó vendidas de un inagotable ingenio.

He hablado de sus calaveradas, y necesito, en justo desagravio debido á su memoria, hacer una aclaración. Ligero, inclinado al placer, como todos los muchachos de imaginación inquieta y desarreglada, con el recuerdo, aún reciente, de la desordenada vida de lord Byron y Espronceda, ídolos de la generación poética á que pertenecía, tal vez incurrió en extravíos y locuras más perjudiciales para él mismo que contrarias en absoluto al sentido moral. Porque tenía un corazón sano, honrado y religioso, como se vió después. Cuando postrado por cruel enfermedad en el lecho del dolor, donde pasó parálítico y solitario quince años ó más de su atormentada existencia, edificó á cuantos le habían creído rebelde á todo freno con la serena grandeza de su resignación, la humildad de sus costumbres y su cristiana muerte.

Con la cabeza coronada de abundantes cabellos, erguida altaneramente sobre robustos

hombros, la fisonomía cejijunta, pero noble, y los espesos bigotes caídos sobre la comisura de sus labios sensuales y desuñados, presentábase en el *camasíu* de tarde en tarde, pisando recio y metiendo ruido, el poeta venseñoano José Heriberto de Quvedo, por cuyas venas corría, como atestiguo con documentos fehacientes, sangre de nuestro gran satírico del siglo xvii. Distinguiase el literato á quien nombró por su espíritu quijotesco, muy en armonía con su naturaleza física, el cual le llevó, siendo republicano, á desafiarse con un redactor del *Lutigi*, luego eximio novelista, en favor de la Reina Doña Isabel II, ó, como el nuevo caballero andante decía, por el honor de la *dama ofendida*. Cansado ó nada satisfecho de sus éxitos, renunció pronto al cultivo de las letras, dedicándose á la carrera diplomática. Representó á España en algunas naciones del Norte de Europa y pereció trágicamente durante el sitio de París, empujado al peligro, sin necesidad y sin gloria, por su índole impaciente y aventurera.

Frecuentaban también el café del Príncipe: Rodríguez Rubi, poeta dramático de moda é introductor en la escena nacional de la comedia política, con sus puntos y ribetes de Aristofanesca; Patricio de la Escosura, nervioso, móvil é impresionable como un pájaro asustado, autor de comedias, novelas y obras de administración, pero sobre todo orador discreto y á la vez fogoso, que improvisaba con espontánea elocuencia, sin más que abrirle camino, sobre las materias más abstrusas y desconocidas para él, porque su claro entendimiento era —perdóneseme la vulgaridad de la comparación— como esponja que todo lo absorbía y como estómago robusto que todo se lo asimilaba; el cantor de las flores, Pepe Selgas, suave y delicado como un aroma, pero mortal enemigo de la civilización moderna; Ventura Ruiz Aguilera, cuya *Elegía á la muerte de su hija* bastaría, si no tuviese más para hacer perdurable su memoria en las letras patrias; José María Díaz, el último de los románticos é imitador, á veces feliz, de Shakespeare, á quien se le llamaba por antonomasia el *poeta*; el inspirado Paco Zea, cuya vida fué un poema doloroso; Miguel de los Santos Alvarez, discípulo predilecto de Espronceda y continuador del *Diablo Mundo*; muy inferior al poema de María, que dejó sin terminar; el cubano Francisco Orgaz, sordo como una tapia. Y que según mur-

muraban los malévolos, se había roto el timpano con la resonancia atronadora de sus versos; y otros muchos escritores más, buenos, medianos y malos, cuya enumeración omito, porque sus nombres escapan á mi memoria. ¡Ay! Todos cuantos intervinieron de alguna manera en este magnífico período de la literatura nacional descansan ya en la paz del sepulcro. ¡Tqdos, no! Quizás algunos rezagados, perdidos en la soledad y en la sombra, resisten todavía la acción corrosiva del tiempo, semejantes á las hojas secas y amarillentas que continúan tenazmente adheridas á su rama, después de haber desnudado los duros vientos de otoño el árbol en que crecieron.

IV

Cerca de la puerta de entrada del *Parnasillo*, en las primeras mesas de la izquierda, congregábase el grupo bullicioso de los recién llegados al campo de la política, de la literatura y de las artes. Como los catecúmenos, que no pasan del átrio del templo mientras no están suficientemente instruidos en los dogmas de la religión, aquel cenáculo, bastante numeroso, de la *gente nueva*, de donde habían de salir tantos hombres de Estado, literatos, poetas, oradores, artistas y altos empleados de la administración y la magistratura, concurría al modestísimo café del Habiche para recibir de los maestros, como lo habían hecho las generaciones anteriores, el bautismo, ó más bien, la confirmación oficial de su talento. Allí figuraban en primer término, para no hablar más que de los muertos, un gallardo mozo de contextura atlética, de busto y cabeza leoninos, de voz sonora y contagiosa alegría, que había de enriquecer, en el transcurso de los años, el teatro español con sus grandiosas creaciones, y otro muchacho, pálido, imberbe, de rostro anifado y ojos vivos y penetrantes, cuya mirada casi provocativa, tal vez por efecto de su miopía, templaban apenas los cristales de unos lentes que su dueño manejaba con cierto desenfado, muy cercano á la impertinencia. Llamábase el uno Adelardo López de Ayala, inmortal autor del *Hombre de Estado*, el *Tejado de vidrio*, el *Tanto por ciento*, *Consuelo* y la admirable oración fúnebre, solemne y conmovedora como un salmo, que pronunció desde el elevado sitial de la presidencia del Congreso, con motivo del fallecimiento de la Reina Doña Mercedes. El otro

joven era Cristino Martos, orador realmente maravilloso que hablaba con la corrección de un libro clásico, y de cuyos labios brotaban, relampagueando, imágenes, chistes, sarcasmos é ideas atrevidas, todo en revuelto remolino, como las chispas de un hierro candente sometido al yunque. Demócrata convencido y agitador incansable, aunque más temerario que valiente, se afilió, al salir de las aulas, en el partido avanzado; adquirió por su apasionada elocuencia envidiable nombradía, y llegó á ser con el tiempo el verbo luminoso, aunque no siempre reflexivo, de la revolución de Septiembre.

En aquel grupo, compuesto, como he dicho, de jóvenes despiertos y animosos, algunos de los cuales han «continuado gloriosamente la historia de España», descollaba sobre todos sus compañeros, por la amplitud y alteza de sus miras, lo certero de su juicio, la firmeza de su carácter y las mismas inflexiones de su voz, autoritaria y sugestiva, el ilustre estadista que una mano traidora ha borrado del número de los vivos.

Descubríasen bien á las claras, al verle y oírle, que pertenecía á la raza férrea de seres superiores, formados por la Providencia para mandar hombres y regir pueblos. Donde quiera que estaba le correspondía el primer puesto por derecho de conquista. Era osado, absorbente, imperioso, y no se necesitaba mucha penetración para comprender que aquel joven, de ancha y cuadrada cabeza, como la de algunos Césares romanos, de paso torpe y vacilante por la cortedad de su vista, pero de entendimiento ágil y voluntad resuelta, estaba llamado á influir de un modo decisivo, si no se malograba, en los futuros destinos de la Nación española. Y así ha sucedido, en efecto. Desde el año 1854 no ha dejado de intervenir, cada vez con mayor autoridad y poderío, en la política nacional, hasta que un horrendo crimen le ha arrebatado, en el apogeo de su grandeza, al cariño de una esposa amantísima, á la solicitud de sus deudos, á la admiración de sus amigos, al respeto de sus adversarios y al servicio de la Patria.

La muerte es una gran conciliadora, ante cuya sombría, pero serena majestad, enmudecen las pasiones humanas. No para mí, que siempre le quise bien, sino hasta para sus mayores enemigos, Cánovas del Castillo debe de ser inviolable y sagrado, porque hay algo

más cobarde é infame que insultar á una mujer indefensa, y es injuriar á un muerto. Las almas ruines que se ensañan con los cadáveres son de la naturaleza de los buitres y los chacales.

Quédese, pues, para la Historia escrita por las generaciones venideras, exentas de nuestros amores y nuestros odios, y seguramente más imparciales, la tarea de juzgar al hombre de Estado; yo, por mi parte, me concreto en esta ocasión á consagrar en unas breves líneas, antes de concluir este artículo, ya demasiado extenso, un recuerdo á las cualidades y virtudes del hombre privado.

Cánovas del Castillo, tan inflexible, y á veces implacable en las lides parlamentarias, era sencillo, y aun tierno, en sus relaciones íntimas y familiares. Yo le ví, á la muerte de Ayala, echarse llorando en brazos de Cristino Martos, también profundamente conmovido, y le oí exclamar, con la voz entrecortada de sollozos: «¡Pobre Adelardo! ¡Uno más que nos abandona! ¡Ay, Cristino! ¡Cuán solos y cuán tristes nos vamos quedando en el mundo!»

Fiel y consecuente con los compromisos contraídos en la primavera de la vida, nunca se olvidó de ellos, y para sus compañeros de la infancia y sus camaradas de la Universidad, cualesquiera que fuesen las circunstancias en que se hallaran, jamás estuvieron cerradas las puertas de su corazón. Favoreció cuanto pudo á los humildes, amparó á los menesterosos y acrecentó á los que, por su inteligencia, lo merecían, y aun á los que no lo merecían, pues muchos debieron su elevación y su fortuna, no á los propios merecimientos, sino á la amistad del poderoso hombre de Estado.

Era, en el consorcio ordinario de la vida, afable, comunicativo y complaciente. Corriase el riesgo, hablando con él, de que el diálogo empezado degenerase con facilidad en monólogo; más esta propensión á monopolizar la palabra, no era exclusivamente suya: es muy común en casi todos los grandes oradores, y en otros muchos que no pueden alegar siquiera la disculpa de serlo. Tenía fuertes sacudidas, como el mar; pero también como al mar le duraban poco, y recobraba sin esfuerzo la calma. Acostumbrado á la dominación, no pecaba de sufrido. ¡Desgraciados de aquellos que, llamándose sus amigos, contrariasen sus planes ó desoyesen sus órdenes! Seguros podían estar de que, en los primeros momentos y en la confianza de su tertulia ín-

tima, no les dejaría hueso sano con su cáustica mordacidad, exuberante de ingenio. Pero cuando se le aplacaba la cólera, ó se le sometían los discólos, ó el éxito cicatrizaba la herida, solía ser, en el encomio de los mismos á quienes había agraviado, tan extremado y excesivo como lo había sido en el vituperio.

Gustábale prestar protección á los escritores y artistas desvalidos, siendo muchos los que le deben el pan de cada día y la relativa tranquilidad de espíritu para dedicarse á sus aficiones favoritas. No era preciso que los interesados se lo pidiesen, porque no buscaba la gratitud; bastaba con que alguna persona, en cuyo buen juicio tuviese confianza, se lo recomendase, para que se apresurara, con una espontaneidad que revelaba la generosidad y la nobleza de sus sentimientos, á remediar en lo posible la suerte de los escritores y artistas desgraciados.

Por sus inclinaciones y sus gustos era, ante todo y sobre todo, literato. Ha muerto sin haber podido realizar los dos deseos más ardientes de su vida: escribir un drama que fuese aplaudido del público, ó una gran obra de Historia, géneros por los cuales sentía especial predilección. Tengo la certidumbre, por lo que en distintas ocasiones ó de sus labios, que en medio de las zozobras y amarguras del Gobierno, soñaba alguna vez con la idea de emplear los últimos días de su vida y el caudal de su estudio y su experiencia en componer, ya retirado de los negocios y en el reposo de su hogar, algún libro importante que cerrase honrosamente á los ojos de las generaciones venideras su fecunda historia de escritor, de filósofo y de hombre de Estado.

Dios no lo ha querido así, llamándole á su seno, sin que lograrse satisfacer tan honrada aspiración. Pero ¿qué importa? No lo necesita para la perpetuidad de su nombre. La mano criminal que ha pretendido abismarle en el olvido de la tumba, ha abierto para él, por designio providencial, esa prolongación del recuerdo, más ó menos relativa, que el humano orgullo llama *inmortalidad*.

Ha tenido un fin digno de envidia. Ha muerto mártir del deber, y ha sido llorado por todo un pueblo. ¡Dichoso él! Es lo más que puede alcanzarse en la tierra.

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE.

Santander, 24 de Agosto de 1897.

La muerte de Cánovas.

Opiniones y juicios acerca del mismo

POR D. JUAN VALERA

Cánovas y Valera se conocieron desde jóvenes con cierta nota ó reputación ya de escritores, en casa del tío del primero, el célebre literato D. Serafín Estébanez Calderón, tantas veces citado en este libro. Luego cultivaron esa amistad por su común afición á las letras, y á la muerte de Cánovas era natural que Valera le consagrara algún recuerdo. Hizolo primero en *El Mundo Naval Ilustrado*, que se publica en Cádiz, en un artículo titulado *Notas diplomáticas*, á cuyo final decía lo que se copia á continuación:

I

«Al terminar el artículo que antecede, lleno de tolerancia para todas las opiniones, de fe en el progreso del humano linaje y de esperanzas optimistas en la civilización del mundo, estaba yo muy lejos de prever la horrible tragedia ocurrida en Santa Agueda cuarenta y ocho horas más tarde.

Aun prescindiendo de la admiración y del afecto que inspira á sus compatriotas la ilustre persona que allí ha sido víctima, esta tragedia es de lamentar como signo ominoso de los errores de entendimiento y de la abominable perversión de voluntad que fermentan aún en el seno de nuestra sociedad, tan adelantada y tan culta, viciando á muchos hombres y convirtiéndolos en fieras.

Hasta las más audaces utopías, aunque propendan á desbaratar el organismo social, tal como está hoy constituido, y á fundarle y á recomponerle sobre bases nuevas, si noto ingenio en quien las inventa, fervoroso convencimiento en quien las divulga y la recta intención en quien las sostiene, de hacer que triunfen por buenos medios, todo ha ganado siempre algo de mi simpatía, disculpándolo en mi corazón por lo generoso, y tal vez celebrando con la imaginación la ingeniosidad del sistema y la sutileza de la teoría, aun cuando la razón la halle irrealizable y falsa, y como tal la condene.

No es esto afirmar que con el andar del tiempo y con la lenta evolución con que crece y se difunde el bienestar sobre toda clase de perso-

nas, ya que no trayéndolas al mismo nivel, colocándolas en desigualdad tolerable para el que está por bajo, y justa por ser merecidos el premio y la posición del que está más alto, no lleguen á realizarse un día cuantos ensueños de transformación y de mejoras sociales se compadecen con la imperfecta condición humana y con los recursos que ofrece el mundo en que vivimos, que la ciencia descubre y de que el arte se apodera.

La libertad omnímoda que se disfruta hoy en España y en otras muchas naciones de Europa, presta armas suficientes para que el trabajo luche dentro de la ley con el capital individual, para que le oponga el capital colectivo, y para que tal vez le venza. Es mentira que haya clases cerradas, que nadie goce de privilegios por pertenecer á tal ó cual clase, y que, en realidad, sea clase la burguesía ó lo que se llama clase media. Todos, en el día de hoy, pertenecemos á la clase media de derecho, y quizás antes de un siglo todos serán de hecho clase media ó burgueses, sin que la miseria los aflija y sin que la dura necesidad los fuerce á rudas faenas, que desempeñarán máquinas prodigiosas y estupendos artificios.

Por lo mismo que yo veo así las cosas, y por lo mismo que columbro tan risueño y luminoso el horizonte de lo futuro, deploro y maldigo con más energía que otros esa abominable secta, vergüenza de Europa, negra mancha de la civilización ascendente, que se apellida anarquismo ó nihilismo. No creo yo que ha nacido en el hondo centro de la más atroz pobreza, de la invencible ignorancia y del abandono en que se suponen que yacen y gimen las más bajas capas sociales, sino creo que ha nacido de un saber superficial y pedantesco; de vagas y malsanas lecturas, que se han indigestado ó han fermentado en cerebros débiles; de la abjuración de toda religión positiva ó de toda alta metafísica y, por consiguiente, de la moral, que en ellas se funda; y por último, más que de la sed de goces y de riquezas, y más que de la envidia y de la rabia contra quien los tiene, de cierto prurito, de cierto anhelo, origen de las más nobles y brillantes acciones, cuando se funda sólidamente en la bondad; y origen, cuando sus fundamentos son malos, de los crímenes más brutales y atroces.

Para mí es indudable que ni al lanzar bombas de dinamita en Barcelona, ni al esgrimir

el puñal contra Carnot, ni al disparar tres veces el revólver contra Cánovas, pensaron mucho los asesinos en acelerar el advenimiento de su sistema social, si alguno tienen. Pensaron en llamar la atención por estilo tremendo, en surgir del seno oscuro de la muchedumbre anónima y en que sus personas y sus nombres, de los que apenas nadie sabía, resonasen con terror por toda la redondez de la tierra y fuesen pronunciados por aquellos á quienes envidian, no por más ricos, sino por ser conocidos y estimados.

Una vanidad satánica, que sería ridícula si no arrastrara al crimen á quienes de ella están poseídos, hace creer á éstos que es injusticia social ó ciego capricho de la fortuna, apoyado en la iniquidad ó impotencia de las leyes, y que no son el valor, el talento, el estudio y otras altas facultades y virtudes las que elevan sobre sus semejantes á determinado individuo y hacen que brille y que sea venerado y amado. La ira del envidioso, y no doctrina alguna social, religiosa ó política, arma entonces su diestra. Así es como el asesino de Cánovas, cuyo nombre no recuerdo, y me alegraré de no recordar nunca, se movió á poner término á aquella noble y gloriosa vida, llenando de dolor á todos los españoles, que en circunstancias tan difíciles esperaban de él la salud de la Patria, y particularmente á los que como amigos le trataban y se complacían en admirar la profundidad y agudeza de su ingenio, la entereza de su carácter, su dominadora y varonil elocuencia y todas aquellas altas prendas que así le habilitaban para el gobierno del Estado como para brillar en los Ateneos y Academias y deleitar en los salones con su amena conversación, tan rica en chistes urbanos, en ocurrencias originales y en atinados juicios.

El horror que ha causado en todas partes la nueva del asesinato de Cánovas, más que en el hecho mismo, se funda en la carencia de motivo y de propósito que le explique y que tenga algo de racional, por muy vicioso que sea. Frecuentes eran, por desgracia, en las edades antiguas los asesinatos de Príncipes, magnates y grandes señores; pero entonces se alcanzaba el poder por la violencia y también por la violencia tenía que perderse. Por eso afirmaba el satírico latino que eran pocos los dominadores de pueblos que descendían á la región de las sombras *sicca morte, sine*

cede et vulnere. El que anhelaba suplantarle en el poder; el que se proponía vengar agravios, no recibidos por ministerio ineludible de la ley, sino por la propia voluntad de la ley, sino por la propia voluntad del tirano, tenía alguna razón, aunque inmoral, para convertirse en feroz instrumento de la muerte.

Asesino era; pero no era, además de ser asesino, absurdo y brutal enemigo de la raza humana y del orden social y político en que la raza humana vive. Así son, y por eso espantan y parecen mil veces más monstruosos, estos criminales de ahora llamados anarquistas. ¿Qué puede mover el ánimo y el brazo de quien hirió á Cánovas, sino la envidia de su elevación y de su brillo, el odio á la sociedad entera y el estúpido prurito de llamar la atención de los hombres y de causarles asombro, elevándose sobre ellos, aunque sea en el patíbulo? A todo hombre de no vulgares aspiraciones, con energía en el corazón y con viva luz en el entendimiento, Cánovas, en vez de ser objeto de enojo, debía ser ejemplo de cuánto valen y pueden en el día tan egregias cualidades y cierto indicio y prueba de que no hay camino cerrado á quien las posea para subir á las mayores alturas, y para subir á ellas no por fuerza ni por engaño, sino por mérito, y para estar en ellas sin agravio ni ofensa de nadie, sino repartiendo favores y mercedes.

La enormidad del crimen de su muerte sube, pues, de punto al considerar que el crimen ha sido inmotivado y que, además, carece de fin y de objeto. La sociedad no puede intimidarse ni arredrarse en vista de tan horribles crímenes; antes bien, redoblará sus esfuerzos para acabar con una secta que está fuera de toda ley, y cuyos individuos puede afirmarse que han renegado de su casta de seres racionales, y que ellos mismos se apartan y extrañan del conjunto y concierto del linaje humano.

La única infame satisfacción que puede traer á los anarquistas la muerte de Cánovas es la de ver que lo mejor de España, sin distinción de partidos, viste por ella de luto, y que la han deplorado los Gobiernos y los escritores de las naciones civilizadas del mundo, rindiendo al eminente estadista espontáneo tributo de altas y merecidas alabanzas.

Yo, que me honré y me complací siempre con ser su particular amigo, sé las doy también muy sentidas, y rechazando suposiciones

malévolas, entiendo que, lejos de haber decaído, él valía más y se había encumbrado más en estos últimos tiempos, luchando con las dificultades.

Admiro yo los bríos y el abinco con que ha defendido la integridad de los dominios de España, y sobre todo el paciente sufrimiento, harto pasmoso en él, que por naturaleza era poco sufrido, con que supo disimular y aguantar ofensas é impertinentes pretensiones de un poder desmedido y desproporcionado, contra el cual España, abandonada y sola, era en extremo aventurado que se alzase. Demos gracias á su immortal espíritu porque no quiso mostrarse sobrado animoso, comprometiendo al pueblo cuyos destinos dirigía, y tomando una resolución desesperada, que no debe ni puede tomar el jefe de un partido sólo, sino la Nación entera y cuanto son los partidos, y esto en el caso tristísimo de que las ofensas duren y crezcan y de que el sufrimiento se agote. »

JUAN VALERA.

II

El Liberal, en su número del 5 de Septiembre de 1897, publicó este nuevo artículo de don Juan Valera con el título de

Opiniones y juicios acerca de Cánovas.

Sr. D. Miguel Moya.

Mi distinguido y querido amigo: Me pide usted con insistencia que le escriba algo sobre las anécdotas que yo sepa de Cánovas y sobre los dichos agudos que haya oído yo de sus labios. Mucho me cuesta, casi puedo afirmar que no sé decir que no, sobre todo á personas tan amables como usted; pero lo mejor sería que yo nada escribiese sobre esto, porque aunque yo estimaba mucho á Cánovas y él me quería bien, al menos me lisonjeo de que así era, no puedo jactarme de haber sido nunca de sus íntimos, por donde es evidente que lo que yo sepa de Cánovas todo el mundo lo sabe. Recelo, además, defraudar las esperanzas de parte del público, que tal vez espere leer una serie de epigramas cruelmente graciosos, contra determinadas personas, en lo cual se supone que Cánovas sobresalía; pero como

yo donde más le he tratado y le he oído ha sido en reuniones íntimas y tertulias de damas, le conozco menos por lo satírico que por lo galante, pues él lo era en extremo y tenía muy amena y apacible conversación con las mujeres, mostrándose, no duro censor, sino indulgente y blando con las que merecían censura, y con las que le agradaban y le entusiasmaban, que fueron no pocas, antes de su segundo casamiento, entusiasta y fervoroso panegirista.

Lo epigramático hubo de guardarlo Cánovas para otras ocasiones y lugares. Y como él, desde su primera juventud, estaba seguro de descollar y de elevarse, y como no temía que nadie le atajara el paso, entiendo yo que si él gustó de decir y dijo epigramas no fué por odio ni por enojo, sino por amor al arte, en el calor de la improvisación, y sin la acritud que algunos de sus encomiadores le han atribuido. Quizá provenía esta acritud de que ellos aguzaban y enarbolaban la flecha que Cánovas había disparado, ó que más bien había saltado de la aljaba, corriendo luego y divulgándose rápidamente, arrebatada por el raudal copioso de las frases, agudezas y chistes con que esmaltaba los diálogos en que intervenía.

Pretenden los franceses que la lengua y el ingenio de ellos son los más propios, casi los únicos, para la *causerie*; pero si hubieran oído á Cánovas en español, y le hubieran entendido, sin duda que no se mostrarían tan orgullosos. Yo de mí sé decir que nunca hallé por esos mundos *causer* más afuente y divertido.

No he de negar que Cánovas solía ser epigramático. Lo que niego es la malevolencia. El epigrama se le escapaba sin querer. Recuerdo que en cierta ocasión habíamos hablado ambos con un señor que tuvo fama de discreto en sus mocedades, y que, ya maduro, nos parecía tonto. Cánovas habló de las interminables disputas que tienen los filósofos acerca de los destinos y esferas á donde vuela el espíritu después de la muerte, y extrañó, haciéndonos reír, que nada se hubiese disputado sobre los destinos y esferas de no pocos espíritus que han residido, según opinión general, en algunos seres humanos, y que los han abandonado á lo mejor sin aparente lesión orgánica, y dejándolos tontos de capirote.

En medio de los afanes y cuidados de su fecunda y activa vida política, Cánovas no ha prescindido nunca de sus aficiones literarias.

y, como tenía gran facilidad y tiempo para todo, ha escrito bastante de literatura y aun de ciertas cuestiones filosóficas, muy por cima de los asuntos y problemas inmediatamente prácticos, por no calificarlos de menudos, que suelen preocupar á los políticos de España.

No es mi ánimo exponer y aquilatar aquí el mérito de Cánovas como literato, pensador, historiador, crítico y hasta poeta. Básteme decir que su extraordinario valer como fácil, brillante é imperioso orador y sus altas prendas de hombre de Estado, han contribuido á eclipsar las otras facultades especulativas que él poseía, y hasta han estorbado que las ejercite asiduamente, sacando de ellas mayor abundancia de sazonados frutos. Añádase á esto que el enconado espíritu de partido, y tal vez la envidia de ver á Cánovas en la más elevada posición, han pervertido el criterio de muchos, juzgando á Cánovas como escritor casi siempre con severidad extremada, y muy á menudo con injusticia patente y absurda.

Sin duda que él tenía un defecto; pero este defecto se ha hecho constar con sobrada acritud y se ha exagerado. Extraño parece; pero es, sin embargo, muy frecuente en personas como Cánovas, de tan prodigiosa afluencia y energía de palabra, la cual brotaba de sus labios semejante á inexhausto venero y á raudal impetuoso, que parezcan al escribir algo emmarafadas en el estilo. Pero hay que notar que la tal maraña no suele estar en el que escribe, sino en él que no sabe leer, y sin embargo, lee. Del mismo defecto, y con menos razón todavía, se acusaba á D. Antonio Alcalá Galiano, siendo en este caso más evidente aún la culpa de los lectores, porque algunos años hace escribir castizo era más raro que hoy, y la generalidad de las gentes, cuando leían algo en castellano puro, se enredaban y hasta llegaban á no entenderlo, como si leyesen en griego ó en hebreo.

La culpa de Cánovas en esto del estilo, pues yo no he de negar que como escritor tenía alguna culpa, nacia del sobrado esmero, de su anhelo de perfección en la forma y de su afán de ser pulcro y atildado. Si Cánovas no hubiese corregido nunca las pruebas de imprenta y hubiese confiado esta tarea á cualquier secretario suyo, su estilo nos parecería á todos mucho más natural y espontáneo. Al corregir las pruebas no he de negar yo que él le viciaba un poco. Aun así, la mayor parte de sus obras, y

singularmente las políticas, históricas y filosóficas, se leerán siempre con agrado, hallando en ellas, quien sea capaz de entenderlas, sutiles y profundos pensamientos y el sello magistral de una inteligencia alta y clarísima y de un saber nada común, adquirido por el estudio.

No hé de sostener yo que fuese Cánovas muy notable poeta; pero él no pretendió serlo tampoco. Su galantería de hombre de mundo, el afecto vehemente con que solía prendarse de algunas mujeres y su constante amor á todo lo poético en la forma y en el fondo, le inspiraron algunos versos, contra los cuales se han lanzado, sin fundamento, mil injurias. Y esto, si en absoluto es injusto, lo es mucho más cuando se consideran sin pasión las demás medidas alabanzas que se prodigan á tantas vulgaridades y prosaicas y ramplonas simplezas como en verso se componen. Ciertamente que los versos de Cánovas, aunque Cánovas careciese de estilo poético, tendrían que ser mejores que no pocos de los que hoy se elogian, como obra al cabo de una persona discreta, instruída, y cuyo entendimiento ve con claridad las cosas y cuyo corazón es capaz de sentir y de apasionarse con la mayor energía.

Puede que alguien me acuse de sobrado parcial de Cánovas; pero mi parcialidad favorable dista infinito de igualarse á la desfavorable parcialidad con que Cánovas ha sido tratado.

Yo, aunque separado de él en política, no olvidaré nunca la buena correspondencia y los favores que le debo literariamente y como particular amigo. Hace ya medio siglo que le conozco. Empecé á verle y á tratarle en casa de su tío, D. Serafin Estébanez Calderón, á quien yo admiraba mucho y me complacía en llamar mi maestro. Cánovas y el piadoso y erudito D. Francisco Javier Simonet, muerto poco há en Madrid, eran considerados por mí como condiscípulos.

Desde entonces han sido constantes, aunque no frecuentes, mis amistosas relaciones con Cánovas. Me complazco en recordar que él escribió, en 1858, un artículo encomiástico del tomo de versos que publiqué entonces; que en 1867 hice yo de Cánovas un breve panegírico, al contestar á su discurso de recepción cuando entró en la Real Academia Española; que él escribió y autorizó con una introducción elegante y benigna mis cinco primeras no-

velas, publicadas en la colección de D. Mariano Catalina; que más tarde tuve el gusto de dedicarle mis *Cartas Americanas*, y que, por último, sé yo que él leía y celebraba mis escritos con bondadosa indulgencia, lo cual, aunque parezca extremado candor en mí el declararlo, me lisonjeaba en extremo. Así es que Cánovas era quizás la primera persona á quien yo enviaba un ejemplar de todo libro mío, no bien salía de la imprenta. Recientemente le había enviado hasta cuatro. Y yo me forjo la ilusión de que no entraban mis cuatro libros en el número de los trescientos que, cuando él hizo dimisión la última vez, tenía por leer sobre su mesa. De seguro que por lo menos los había hojeado, ó quién sabe si los había leído á medias.

Es singular: donde y cuando yo viví más constante y amistosamente con Cánovas, fué en los mismos baños de Santa Agueda, en 1868, poco antes de estallar la revolución que arrojó de España á los Borbones. Allí fuimos rivales de una rivalidad muy inocente. Cánovas capitaneaba una compañía para hacer charadas en acción y yo capitaneaba otra. Las dos primeras damas de nuestras compañías eran Anita Becerra y mi hermana la marquesa de Caidedo. Y no faltaron ocasiones en que, al representar aquellos dramas fingidos, alguien tuviese que matar á Cánovas. ¿Quién había de pronosticar entonces, entre las personas que allí asistíamos, y cuyos retratos conservo en fotografía, formando grupo, que Cánovas, veintinueve años después, había de morir de tan desastrada, aunque gloriosa muerte?

He tratado y hablado á Cánovas lo bastante para creerme autorizado á negar cierta mala condición de carácter de que no pocas personas le acusan. Siendo de advertir que la tal mala condición es muy común entre los hombres, y casi siempre con menos disculpa y motivo que en Cánovas, dado que él la tuviese. Hablo de la estimación en que se tiene cada uno, la cual, si se emplea y consume toda en estimarse uno mismo, no nos deja ni un átomo de ella con que estimar á los otros, de donde nace el desdén y el desprecio con que miramos á los que nos rodean, á la Nación á que pertenecemos y á veces á todo el humano linaje, salvo el individuo excepcional y teratológico que en nosotros vemos. Digo con toda franqueza que nunca advertí que resaltase este defecto en Cánovas, aunque, según dejo expuesto, es de-

fecto muy humano, y tan peculiarmente propio de los españoles, que de él, en mi sentir, provienen nuestras mayores desventuras. Como ya lo declaraba el insigne poeta Camoens, los españoles somos

Todos de tal nobleza é tal valor
que cualquier d'elles cuida que é o melhor.

De aquí, natural y forzosamente, el echarnos unos á otros la culpa de cuantos males ocurren: el regionalismo, el separatismo y las interminables guerras civiles. Como cada cual cree que por sí solo vale mucho, imagina que para su prosperidad, su grandeza y su gloria le estorban los demás, con quienes está unido, y se empeña, ó en separarse de ellos, ó en dominarles por fuerza. El defecto es, pues, muy español, haciéndole más odioso la hipocresía con que procuramos encubrirle, dando en público hiperbólicas alabanzas á las mismas personas, instituciones y colectividades á quienes en secreto vilipendiamos. No gustamos del término medio. Cuando la rabia no nos arrastra á injuriar desafortadamente, alabamos por tan pomposo estilo, que la alabanza parece burla: todo poeta es pasmoso, todo general invicto, todo literato eximio y todo catedrático un pozo de ciencia, salvo el decir luego en voz baja que no hay uno que valga para su oficio y que no sea un majadero.

Ahora bien; yo creo que Cánovas carecía de esta doblez, que elogiaba con moderación y con pulso, juzgando de las personas y de las cosas del mismo modo, en voz alta que en voz baja, en público que en privado. Y no se complacía tampoco en adular ruinmente á las colectividades, poniendo por las nubes, ya al pueblo, ya al ejército, para buscar el apoyo del uno ó del otro. Y no sacaba de continuo á relucir nuestros laureles del Garellano, Pavía, San Quintín, Otumba y Lepanto, para ansoberbecer vanamente al vulgo y para hacerle creer que nuestra decadencia y postración de ahora dependen sólo de unos cuantos malos gobernantes que hemos tenido. Cánovas creía que las raíces del mal eran más hondas y que las naciones tienen de ordinario, ni más ni menos, que el Gobierno que merecen.

Y como él era *gubernamental* y algo autoritario, defendía de no pocas inculpaciones á los gobernantes, no sólo del día, sino también de aquella edad en que se supone que ellos con

sus vicios, torpezas y maldades, causaron la rápida decadencia de nuestro gran imperio.

A la verdad, yo no me atreveré á sostener que Narváez, O'Donnell, Prim, Serrano, Sagasta ó el mismo Cánovas, valgan tanto como Cavour ó como Bismarck, que son los dos hombres políticos que han hecho cosas más grandes en estos últimos tiempos; pero sí me inclino á creer que, si cualquiera de ellos hubiera venido á gobernar á España, no se hubiera lucido mucho más que nuestros ya citados egregios compatriotas.

¿ En qué consiste esto? Yo no quiero ni debo creer en el acaso. Creo, no obstante, en leyes providenciales que se sustraen á toda previsión humana y por cuya virtud se suceden los casos, y suben ó se abaten los poderes de la tierra, sin que dependa todo del entendimiento y de la voluntad de los hombres que dirigen aquellos poderes.

Cánovas (y no pocas veces, y más que nunca en Santa Agueda, he discutido con él sobre esto) era para las colectividades menos *determinista* que yo; creía menos que yo que el curso de los sucesos fuese tan independiente de la voluntad humana, como el de los astros; en el mal éxito y en el bueno hacia entrar como factor más al valer que á la fortuna. No dilucidaré aquí sobre quién, él ó yo, estaba más en lo cierto. Lo que sí confesaré es que su doctrina era más dura que la mía, cruel acaso, pero útil. Y no por seguir esa doctrina, aunque la hubiera extremado mil veces más, debemos tildar á Cánovas de carencia de patriotismo. Para las nobles empresas no suele nadie salir del letargo con caricias y lisonjas, sino con amonestaciones severas.

No fué adulando á su Nación, sino censurándola ásperamente, como Parini, Leopardi, Fóscolo, Balbo, el mismo Cavour y tantos otros la despertaran, moviéndola á formar la unidad con que soñaba en vano desde los tiempos del Rey bárbaro Teodorico, y á transformarse, de mera expresión geográfica, en potencia de primer orden. Cánovas, por consiguiente, lejos de ser poco patriota, lo era tanto como ellos, cuando por dicha formaba de España menos favorable concepto del que formamos todos en público, aunque en secreto por desgracia, y esto prueba nuestro hipócrita abatimiento, cualquiera es más maldiciente que él y más desesperado.

Veo que, en vez de contar chistes y anédo-

tas de Cánovas, me he metido en honduras que usted no me pedía. Esto tiene un remedio: rasgue usted mi carta y no la publique. Casi preferiré que así sea su afectísimo amigo, q. l. b. l. m.,

JUAN VALERA.

Zarauz, 25 de Agosto de 1897.



Cánovas del Castillo

JUZGADO POR D. FRANCISCO SILVELA

La Epoca, en su número del 20 de Diciembre de 1897, reprodujo en parte, y la *Revista Política y Parlamentaria*, en el suyo, correspondiente al 30 de Enero de 1900, en totalidad, el *Prólogo* escrito por el Sr. Silvela, según el primero, para el libro que una importante casa editorial de Barcelona estaba imprimiendo acerca del eminente estadista Sr. Cánovas, y según la segunda, la *Revista*, para el tomo de lujo en gran tamaño, y en prensa ya, sobre el propio Sr. Cánovas, *su vida y sus obras*, escrito por D. Gabriel R. España.

Sea lo que quiera de estas dos versiones, y aun de otra tercera que hemos oído, el *Prólogo* de que se trata, tomado de la *Revista Política y Parlamentaria*, dice así:

I

«El juicio sobre los gobernantes y aun sobre todos los hombres que en cualesquiera orden de la vida moral imperan y dirigen á los demás, difícilmente se pronuncia con acierto y se fundamenta con exactitud por los contemporáneos; mas no por esto es menos útil el concierto de las impresiones y críticas que se producen al morir una de esas grandes personalidades, pues de él se recoge después lo que aquilata el tiempo, y entre la escoria de las pasiones ó preocupaciones del momento va el metal precioso de la obra realizada por el espíritu superior, al que han rendido tributo, de una ú otra manera, los que sintieron de cerca su influencia y presenciaron su modo de ser.

En ese concepto, es de capital interés la obra para la que se nos ha pedido este prólogo, consagrado á rendir alto honor al hombre extraordinario que sucumbió á la venganza del anarquismo en Santa Agueda, como víc-

tima elegida para herir en ella las superioridades en el Gobierno de las clases medias y la defensa de la sociedad, tal como se halla hoy constituida.

Preciso es reconocer que la propaganda por el crimen eligió esta vez su víctima con cierto instinto. Cánovas representaba, mejor quizá que otro hombre alguno de su tiempo, cuanto niega y cuanto combate el anarquismo, aquello que está más vivo y lucha en primera línea en la actualidad; no fué ese crimen semejante á la feroz destrucción de desconocidos, ni á la muerte de jefes de Estado colocados por el acaso ó la tradición en sus cargos; fué el golpe dirigido contra un caudillo de ideas y de procedimientos puestos en línea de batalla contra el enemigo de la sociedad moderna; fué el tiro disparado al jefe de un ejército que los combatía de frente con las severidades de las leyes, y procuraba flanquearlos y debilitarlos al propio tiempo, con las reformas sociales y con la predicación de principios en la sociología, en la economía política, en el Derecho.

Si la organización social y política de los pueblos, tal como se halla constituida en su esencialidad, no fuera obra de origen divino y suprasensible, con repetidos golpes como ese podría ser vencida ó desviada de sus cauces; pero son tan ajenos á la voluntad del hombre sus cimientos y sus líneas cardinales de sociabilidad, autoridad, noción de lo justo y lo injusto y de lo tuyo y lo mío, del bien y del mal, que los golpes, certeros ó desatinados del anarquismo, por mucho que se repitan y por hábil dirección que los guíe, en cuanto á herir las cabezas del ejército del orden social, quedarán siempre reducidos en sus efectos á lo que quedan todos los desvaríos humanos que pretenden subvertir el curso de las fuerzas divinas: á manchas menudas de sangre, á gotas de lágrimas, á pasajeras quejas de dolores individuales ó nacionales, que entorpecen la marcha del mundo moral en sus evoluciones, menos que detienen el avance de la marea los parapetos de arena que un niño puede levantar en la playa.

La intervención de los crímenes contra las personas en la dirección de los sucesos políticos y sociales se iba eliminando de la historia de los pueblos cultos, por el mayor perfeccionamiento de su sentido moral, y aparece ahora como procedimiento del anarquismo,

y antes como ahora, ofrece la observación de los hechos la enseñanza de que las consecuencias del acto criminal se desvían constantemente del intento de sus autores, siendo las ideas y propósitos que inspiran el delito y fanatizan al asesino las que resultan más directa y definitivamente lastimadas por el golpe.

El asesinato político, en una ú otra forma, ha producido siempre el mayor mal á la causa por la que se cometió, y no es esa observación constante la que menos ha contribuido á desterrarlo de los procedimientos de los partidos y banderías, en luchas de fuerza; pero ese arma, puesta al servicio del fanatismo anarquista, si bien no es proporcionada á la enormidad de sus instintos de revolución social, pide defensa muy activa en las sociedades, pues los triunfos que representa alienta el fanatismo, acrece las ilusiones de victoria y multiplicará los intentos, sembrando de víctimas las filas más preciadas del ejército social, sin beneficio, en verdad, para las locuras en cuyo nombre se producen, pero con dolores y daños inmensos para el progreso y la dignidad humana en la Historia.

La propaganda por el crimen es un desahogo de pasiones brutales, que viven en el corazón del hombre corrompido por el pecado original, y que vivirán eternamente con la especie; pero es al propio tiempo una manifestación de ignorancia y oscuridad del espíritu herido por los dolores de la vida social, sin comprender sus causas ni darse cuenta de las fuerzas engendradoras de los daños que quiere combatir ó vengar; algo muy semejante al acto del salvaje, arrojando flechas á las nubes que le amenazan con el rayo y el granizo.

La necesaria defensa de las propiedades, las vidas y las riquezas de todo orden, que representan los amenazados y heridos por esas brutales agresiones, pide represión y vigilancia incesante contra tales enemigos; pero el orden social, las bases fundamentales de la propiedad, la autoridad, la familia quedan tan por encima de esos ataques, como el cielo de las asaltos de los titanes.

II

«Cánovas no merece el análisis», decía con razón Pidal en la admirable oración que leyó en el Ateneo de Madrid el 9 de Noviembre;

«Cánovas es digno de la síntesis, como toda personalidad definida, fecunda y vigorosa», y su síntesis es su vida y su acción política, á la que servían como instrumentos apropiados y valiosos su elocuencia, su erudición, sus estudios históricos y literarios y hasta las dotes privilegiadas de su ingenio, de su conversación, de su arte de agrandar y seducir y dominar á las gentes, en las luchas diarias de la vida.

Orador, no cuidó nunca del arte, en lo que tiene de bello, para mover el corazón ni halagar el oído, ni despertar en el auditorio emociones dulces ó apasionadas, por cuadros que matizara la imaginación, ni por cadencias que cautivaran los sentidos; atento sólo al fin político del discurso, todo se dirigía en él al ataque ó á la defensa de una acción de gobierno, bien fuera ésta encaminada al logro inmediato de resoluciones parlamentarias, bien al triunfo ó á la propaganda de ideas sociales, económicas ó administrativas, que de cerca habían de traducirse en medidas del poder público.

Historiador, escribió é investigó con la idea fija de buscar en las causas de nuestra decadencia los secretos de nuestra restauración, y en sus estudios, cuadros y juicios críticos de sucesos y personajes, se descubre la preocupación constante de la actualidad y de la aplicación de los problemas del momento; no ahonda ni desembaraza de los escombros de lo pasado al viejo edificio para ofrecerlo á la admiración de las gentes, sino para allegar materiales con los que edificar la vivienda nueva, ó ampararla contra las injurias de los que la destroran ó desnivelan.

Literato y hombre de mundo, ni aun en tales inclinaciones de su espíritu, las que más le cautivaban en el apogeo de su fuerza y su vida, se despojaba de su personalidad avasalladora de hombre de Estado, y sus protecciones, sus juicios sobre sus contemporáneos, sus aficiones de amistad, las agudezas é ingenuidades de su conversación incomparable, giraban constantemente y se inspiraban sin tregua ni desfallecimiento en el fin político que preocupaba su mente, constituyendo lo esencial de su naturaleza.

En los días de mayor pujanza de la revolución de Septiembre, cuando los que nos decíamos por la monarquía del Príncipe Alfonso éramos mirados como ilusos cultivadores

de un romanticismo inofensivo, un elevado funcionario del nuevo régimen, amigo antiguo de Cánovas, le vió en un puesto de libros viejos rebuscando papeles varios, y dándole una palmadita en el hombro, le dijo con protectora sonrisa: «Lo que es ahí, D. Antonio, no va usted á encontrar el secreto de traca á Don Alfonso»; á lo que le replicó Cánovas: «Pues se equivoca usted, que aquí hay ingredientes para la receta con que me propongo restaurar»; y con efecto, en sus trabajos históricos, en sus oraciones del Aeneas, que tanta impresión producían en una generación ávida de enseñanzas y doctrinas, recogió los elementos de su indiscutida superioridad, que le permitió realizar aquella obra de autoridad, y al propio tiempo de paz y de concordia, que llena las páginas de la Restauración de los Borbones en España, cuyo mérito no se puede apreciar bien si no es comparándola con la historia de todas las demás restauraciones políticas.

No era Cánovas, al triunfar la revolución de Septiembre, un vencido, y no concibió la Restauración, que es la obra política de su vida, como una revancha. Sus principales amigos, sus más devotos admiradores, los más fácilmente inclinados á proclamarle jefe y á seguir su inspiración y á elevarle á los primeros puestos, estaban entre los vencedores, y él tenía sobrada conciencia de su superioridad para dudar, ni por un momento, de lo que era visible para cuantos vivíamos en las interioridades de aquel régimen, que si él hubiera querido entrar en el movimiento revolucionario aun al día siguiente de la victoria, el primer puesto le hubiera alcanzado sin gran dilación y con corto esfuerzo. No le detenían para ello ni devociones legitimistas, que jamás profesó, ni esperanzas ciertas de personal victoria, y así es que asistió al ensayo de la monarquía popular con leal imparcialidad, limitándose á formar con sus discursos y con la obra doctrinal de unos cuantos amigos que le seguíamos, y que él asiduamente inspiraba y dirigía, un cuerpo de enseñanzas conservadoras que constituían el fundamento de una política adaptada á las necesidades del país, seriamente estudiadas, y que se reducían á pedir á los poderes constituyentes del nuevo régimen la suma de elementos de autoridad indispensables para asegurar en España el orden público y el desenvolvimiento normal de

las instituciones políticas y administrativas.

Sobre esa idea fundamental desarrolló y dió forma á toda su acción y á la de los que le seguíamos, más que como correligionarios y adeptos, como verdaderos discípulos, cuidando sólo de la doctrina, del dogma, de la idea, y desdeñando durante algunos años la iglesia, la organización, el mecanismo de partido. No buscábamos ni pedíamos una solución concreta que hubiera de contener determinados sumandos personales; teníamos y proclamábamos por la más segura la Monarquía hereditaria de los Borbones, pero anteponiendo el concepto de Patria y de Monarquía á todos los demás; y en presencia de un hecho tan considerable como era el de la revolución de Septiembre, esperó Cánovas el total desenvolvimiento de aquel suceso, y después de haber acudido con su doctrina á todos los problemas de la Constitución, de la administración local, del Código penal, de las cuestiones sociales y económicas, aguardó con sincero desinterés y amor á su país que el nuevo orden de cosas justificara sus títulos para gobernar á España, reconciliando los ánimos, restableciendo el orden material y moral, normalizando, en suma, la vida nacional.

Cuando realizaba Cánovas esta labor en la mayor fuerza y completa madurez de su genio, no se hacía ilusión sobre el papel secundario á que el buen suceso posible de la nueva Monarquía le hubiera condenado, y bien recuerdo que el día en que, elegido yo diputado por las fuerzas conservadoras de Avila, derrotando á un respetable doceafista de la provincia, me ofrecí á él para ingresar en su exiguo grupo, me advirtió sinceramente «que no lo hiciera si no tenía decidida vocación de mártir, porque el camino que habíamos de seguir no era probable que nos condujera al Gobierno».

Aún se acentuaron más sus resoluciones de esperar los resultados del nuevo régimen, cuando D. Amadeo de Saboya intentó la formación y favoreció el desarrollo de un partido conservador dentro de su Monarquía; pero siempre mantuvo su decisión, que seguramente hubiera sido firme, de no servir personalmente á la dinastía revolucionaria, y los que de cerca le tratábamos entonces podemos prestar testimonio de cómo el amor á la Patria española, á su prosperidad, á su paz, á su bienestar, era un sentimiento verdadero de su alma, uno de los más constantes y seguros de cuantos

en ella palpitaban. Sin esfuerzo ni sacrificio renunciaba entonces á jefatura de partido, á dirección de fuerzas activas en el Gobierno, y disolvió su grupo, porque pesaba sobre su ánimo la idea de que sólo serviría de estorbo á la nueva política y de dificultades para los aumentos personales de los que le habíamos seguido.

Algunos creímos que en el régimen establecido faltaba la suma de autoridad que habíamos predicado como necesaria para crear el orden público en España, y anunciamos á nuestros electores la catástrofe como inevitable y nos retiramos; otros siguieron con fe el ensayo de partido conservador que intentó el Sr. Sagasta, y Cánovas se quedó voluntariamente solo y expuesto á dar por terminada su vida pública, al menos por largos años, puesto que los primeros lugares en la Monarquía de Saboya hubieran estado ocupados por otros nombres, si aquella dinastía se hubiera consolidado, y esto seguramente no se ocultaba á su inteligencia, y á ese destino tenía decidida su voluntad.

Los sucesos confirmaron pronto el juicio de los que habíamos estimado imposible aquella Monarquía, y cuando ese conocimiento se formó en el ánimo de Cánovas, con la misma resolución con que se había impuesto el apartamiento y la espera se lanzó de lleno á la acción y á la lucha, y preparó y llevó á término contra el nuevo régimen la conspiración más hábil, más persistente y más completa, á la que consagró todas sus facultades extraordinarias, aprovechando cuantos medios ponía á su disposición su inteligencia, su prestigio, su actividad, su ingenio, sin desdeñar ninguna fuerza ni desperdiciar una ocasión para decidir voluntades, comprometer intereses y desvanecer desconfianzas; y poderosamente ayudado, en verdad, por la torpeza de sus adversarios, dió prodigioso impulso á un movimiento de opinión que prestó á la restauración de D. Alfonso XII cimientos amplísimos y firmes en toda la sociedad española, desde los círculos populares á los salones de la aristocracia y de las clases medias.

Gran fortuna fué para Cánovas contar con un colaborador para la obra como el general Martínez Campos, que tuvo la inspiración de desobedecerle en el momento preciso en que quizá se prolongaba demasiado la labor preparatoria y se daba lugar á que, adquiriendo

fuerzas el Gobierno provisional del general Serrano, se retardara más de lo conveniente el advenimiento de la Monarquía legítima. El arriesgado lance de Sagunto ahora parece cosa muy sencilla, porque salió maravillosamente; pero en el momento en que de él se tuvo noticia en Madrid, se creyó la temeridad más enorme por Cánovas y por los que estábamos en su modesto despacho de la calle de la Madera, cuando el difunto D. Esteban Garrido nos dió lectura de la carta, en la que participaba el general que sin otro auxilio que su fe iba, como Pedro el Ermitaño, á levantar el estandarte de la Restauración, y se reconocía sin derecho á que le ayudáramos ni le defendiéramos.

No olvidaría jamás, aunque viviera siglos, la impresión de aquella lectura, que se hacía en el momento mismo de recibirse en Madrid la noticia del movimiento entre los dos ejércitos del Norte y del Centro, que sabíamos bien que eran ajenos á él y podían caer sobre aquella pequeña columna y deshacerla.

Ahora es difícil colocarse con la imaginación en aquellos días y apreciar lo que significaba el duque de la Torre, con un Gobierno suyo en Madrid y al frente de un ejército de operaciones sobre Pamplona, y el general Jovellar con otro sobre Valencia; el primero, hombre de valor personal extraordinario y acreditado en numerosos lances de guerras y revueltas, rodeado de Estado Mayor suyo y formado por él durante toda la revolución, y amenazados directamente por el movimiento él y los suyos en su poder y sus mandos; y el segundo, no menos valeroso, y sin el menor compromiso para secundar el intento; pero los que presenciáramos aquella escena y recordamos lo que esos riesgos suponían, tendremos que rendir siempre en testimonio de verdad un tributo de admiración al valor que encerraba aquel acto; nos hizo á todos la carta el efecto de la despedida de quien marcha á un sacrificio de muerte, sin probable retirada á ninguna frontera, condenado el general á sucumbir, si no resultaba cierta su confianza, que parecía algo romántica, de renovar en el siglo XIX los prodigios del predicador de la primera cruzada, y por primera vez vimos temblar al Sr. Cánovas por el éxito de la Restauración, que él creía seguro, pero aplazado á más remota fecha.

Concurrieron maravillosamente el trabajo de preparación moral y la acción de la fuerza, que

eran los dos factores indispensables para la obra, y concurrieron sin el concierto de los dos caudillos. ¿Quién es capaz de decir, si la obra se hubiera malogrado ó no con alguna mayor espera? Lo seguro es que el momento resultó feliz, puesto que no costó una gota de sangre, y que la resolución independiente del general fué una inspiración dichosa para todos y de abnegación personal verdaderamente heroica (1).

Fué también gran ventura para Cánovas que el general Martínez Campos resultara hombre singularmente inclinado á recoger para sí las culpas de aquello que le sale mal, renunciando á defenderse y á no aprovechar en su beneficio lo que le sale bien, desafiando sus naturales consecuencias, y pudo con entero desembarazo desenvolverse en la Restauración su pensamiento y propósitos.

Esta obra de la Restauración es hoy muy diversamente juzgada, y es fácil, en verdad, una vez conseguido un fin político, señalar aquello que se pudiera haber hecho mejor; pero abrazándola en su síntesis, no cabe negar, sin desapoderada pasión, que representa un progreso considerable llevado á cabo con un pensamiento y propósito preconcebido en su período de preparación, y lealmente expuesto y ejecutado en la admirable labor parlamentaria de las Cortes de 1876.

Los discursos de Cánovas en aquella asamblea constituyen una obra verdaderamente grandiosa, y mientras la oratoria política sea para los hombres un arte, y el gobierno de los pueblos y los partidos una ciencia, y el tacto y la prudencia en la dirección de las fuerzas sociales de un país un don del cielo, y en ello colaboren para perfeccionarlo el estudio, el conocimiento de la historia, el ingenio humano, el dominio de las pasiones y de los intereses personales, los discursos que se publicaron por los que representaban unidos entonces las fuerzas conservadoras de España en aquellos afortunados días, serán un monumento imperecedero para la gloria de aquel español ilustre, dignos por sí solos de la estatua que ahora se le ha de levantar.

Oportunos son estos momentos de confusión

(1) A cuyo éxito contribuyeron, secundando el movimiento, por los esfuerzos de Cánovas, los Generales Jovellar y Primo de Rivera, Capitán general éste de Castilla la Nueva, y General en jefe aquél del ejército del Centro.

en las fuerzas políticas de España para recordar algunos de sus consejos y enseñanzas, y allí deben buscar, los que vacilan en sacrificar pequeñas pasiones en aras del bien común y de la paz pública, doctrinas y advertencias saludables.

Habíanse despertado con la victoria de la Monarquía legítima los antiguos exclusivismos que estorbaran el afianzamiento de nuestro régimen constitucional durante sesenta años; todo lo que había de progresivo en la revolución de Septiembre estaba en riesgo, y á merced de la prudencia y de la energía de un hombre; y todo lo salvó, consiguiendo una normalidad constitucional que ha resistido á inmensas desgracias con que nos ha probado cruelmente la Providencia. Logramos un pacto fundamental por todos respetado, beneficio que en vano persiguieron tres generaciones políticas, y que una vez conseguido, no apreciamos lo bastante hoy; alcanzamos una suma de libertades positivas que han sido válvula de seguridad para el orden público, una paz religiosa completa, una relación de los partidos gobernantes no interrumpida en medio de dificultades pavorosas, un olvido de las acciones militares en el Gobierno que nos dishonraban, y un renacimiento de nuestro crédito y nuestros recursos financieros que ha sido paralizado por desastres inmensos, pero que aún puede recobrase y restablecerse si pronto nos devuelve alguna protección el cielo y acudirnos con decisión al remedio.

«Ah!»—decía, con acento de incomparable elocuencia, á los que pedían como premio de la victoria la Constitución de 1845, la intolerancia religiosa y la proscripción de las fuerzas monárquicas que habían realizado la revolución.—«vosotros podréis ir á todas las intransigencias; vosotros podréis levantar todas las banderas exclusivas, pero todas las levantaréis sin mí...» «Nosotros no creemos que es posible aplicar á la política principios inflexibles; nosotros entendemos que la política ha sido en todo tiempo obra de circunstancias, combinación de fuerzas en tales ó cuales momentos, y contemplando las necesidades actuales, miramos al porvenir de la Patria, y nunca volveremos estéril y malignamente la vista á lo pasado, para que ahondando diferencias y resucitando antiguos odios, hagamos imposible todo régimen político, toda constitución social; nosotros no quere-

mos que se haga la política de los antecedentes; queremos, en una palabra, hacer la política de la resurrección y de la vida, y no la política de los sepulcros.

«Hay que estar preparados—decía en otra discusión—á que todo hombre político, si es hombre de rectitud y de buena intención, al discutirse ciertos hechos mantenga la buena fe, el vivo ideal y el sentimiento de amor patrio que le ha inspirado, y que no reniegue de su conducta, porque de su conducta pasada, cuando ha sido inspirada por móviles generosos, ningún hombre de dignidad puede renegar jamás; ¿pero á dónde volveré los ojos si estas cuestiones de antecedentes hubieran de engendrar elementos de disolución y discordia?»

«Esta mayoría—decía en otra sesión trazando los deberes que el partido conservador tenía que cumplir ante la Monarquía restaurada—no representa ni puede representar lo pasado, que sería estéril y triste representación; esta mayoría significa hoy lo presente, y aspira á representar honrada y fecundamente el porvenir.»

Una muerte gloriosa ha iluminado con su niestro pero vivo resplandor aquella existencia consagrada á lo que él creyó sus deberes políticos para con su Patria: los que le siguieron hasta el último día, como los que le combatimos en su posíter gobierno, nos inclinamos ante su memoria y sentimos todos que España ha perdido un hombre que la honraba y la engrandecía ante el mundo, y al que van unidos los más firmes y positivos progresos de nuestra historia política en el presente siglo.»

F. SILVELA.

*
*
*

Cánovas del Castillo (recuerdos íntimos).

POR EL MARQUÉS DE LEMA

I

«Pasan los días desde aquel en que ocurrió el horrible suceso, y aún parece más fresco y vivo el recuerdo del insigne varón cuya muerte llora España. El vacío inmenso que ha dejado, aparece cada día más difícil de llenar. Los arduos problemas cuya solución habíale encomendado la confianza de todos, semejan ahora inextricables laberintos, sin el mágico hilo

que descubra su misterio. La vista recorre el largo y áspero camino que su inteligencia poderosa y su firme mano desbrozaron en medio de nuestras civiles discordias y de las ideas de revolución y desorden, y si para algunos la vía pudo trazarse en dirección distinta, nadie habrá que niegue á Cánovas el mérito de haber abierto la senda de orden y de paz por la cual instituciones, gobierno, partidos, han marchado sin grave tropiezo durante veintitres años.

Respetemos la voluntad divina y acatemos sus designios, que han trocado en espantosa realidad lo que aún se nos figura terrible pesadilla.

Séanos, no obstante, licito á los que tuvimos la suerte de admirar de cerca las extraordinarias cualidades del hombre para siempre apartado de nosotros, evocar su figura, tanto más interesante cuanto más íntima, cuanto menos asequible á la investigación del historiador y al juicio del crítico, que si podrán exponer y examinar los grandes hechos á que el malogrado Ministro de doña Isabel, de D. Alfonso y de doña María Cristina tan poderosamente contribuyó, no logrará sorprender ese otro aspecto de una existencia que es la de España durante largo período, que á veces explica de un modo más acabado y completo los actos más ostensibles y ruidosos de la vida pública, revelando el modo de pensar y de sentir, en el abandono de la amistad y de la confianza, de varón tan esclarecido.

No otra cosa me propongo en esta y otros artículos, modesta ofrenda que puedo elevar á la memoria del que fué, no sólo el compañero y amigo, del ser para mí más querido, sino cariñoso y benévolo protector y amadísimo jefe durante mi corta vida política, y que me honró con afecto y confianza nunca bastante agradecidos.

Aunque lo conocí de niño, bien puedo decir que sólo lo traté durante los diez ó doce últimos años de su vida. Seguramente el recuerdo de mi padre y de mi tío, más aún del primero, á cuyas órdenes sirvió D. Antonio Cánovas como gobernador de Cádiz allá por los años de 1857 á 58, cuando D. Manuel Bermúdez de Castro desmontó el Ministerio de la Gobernación en el Gabinete presidido por el general Armero, que facilitó el advenimiento al poder de la unión liberal, de cuyo último Gobierno formaron parte mi padre y D. Antonio,

fué la causa de la benévola acogida que hallé siempre en el trato familiar de la ilustre víctima del abominable atentado anarquista, y en ninguna ocasión fué, naturalmente, aquel más íntimo y estrecho que en las varias temporadas que pasamos juntos en el balneario donde había de cortarse violentamente tan preciosa existencia.

D. Antonio adoraba ese apartado lugar veraniego. Como siempre, acudió á él cuando los cuidados del poder le impedían ir á la Borboulle, Ems, aguas, en su opinión, las más eficaces para su ligero padecimiento de la garganta, á Carlsbad ó á Schlangenbad; representaba en su vida un momento de descanso, no ya de las graves ocupaciones de su elevado cargo, á las que asiduamente dedicaba su trabajo en las últimas horas de la mañana, una vez cumplidas las prescripciones del tratamiento medicinal, y su pensamiento todo el día, sino de esas mil incumbencias ajenas á su posición que fatigan mucho más que la seria y difícil labor inherente á los graves problemas del Gobierno.

Llegada la hora de comer, «echaba la llave», según su propia frase, al trabajo serio; esforzándose por apartar de sí las graves preocupaciones que le embargaban, y convertíase en el hombre de sociedad más agradable y ameno que he conocido, y aplicaba su atención y los recursos de su admirable ingenio á asuntos ligeros, y su memoria prodigiosa á evocar, ordenados y llenos de vida, los hechos de anteriores tiempos por él conocidos ó presenciados, ó los de épocas que su estudio de la Historia en sus verdaderas fuentes, los documentos, le revelaba con viveza y juicio crítico tales, que daban á pensar á veces si habría sido contemporáneo de tan remotos sucesos.

Su pensamiento, sin embargo, no se apartaba de las cuestiones sometidas á su resolución, en medio de aquel aparente recreo de su inteligencia.

¡Cuántas veces, después de una relación interesantísima de algún acontecimiento importante de otros tiempos, de acabada descripción de un personaje, de gracioso chisme de una sociedad desaparecida, ó tras algún rasgo oportuno de ingenio sobre cualquier asunto frívolo del momento, volvía D. Antonio al Ministro que le acompañaba ó á mí cuando, sin más títulos que su confianza, servíale de subsecretario, ó llamaba á su fiel secretario

particular para dictar el pensamiento de una respuesta epistolar ó telegráfica sobre grave punto que se le había consultado, para pedir un antecedente ó completar una orden dada anteriormente!

Pierdo la cuenta de los veranos que Cánovas pasó en Santa Agueda. Allí estaba cuando se formó, quizás, la primera partida carlista. Muchas veces le he oído referir cómo desde un rincón de la plaza de Aramayona (un paseo desde Santa Agueda) vió venir, uno tras otro, á los mozos que, dejando las faenas del campo, tranquilos, resueltos, sin jactancia, cojían un viejo fusil y corrían á unirse y formarse con sus compañeros.

« Dos ó tres sacerdotes, decía, veían desde un balcón de la Casa Consistorial, tal vez aquel de donde descolgóse en otra ocasión el cura Santa Cruz, el espectáculo, sin pronunciar palabra, pero revelando en su muda atención que aprobaban y alentaban el acto. Bastóme presenciar, sin que nadie me molestase, aquella escena, para comprender que la guerra civil había estallado, y aunque al referir el hecho en San Sebastián riéronse de mis temores D. José de la Concha y otros Generales, poco tiempo transcurrió para que me riera yo á mi vez de su incredulidad. »

¡ Con qué gracia recordaba D. Antonio el día en que, siguiendo la costumbre del país, vióse obligado á tomar parte en el *aurreku* de honor, digámoslo así, bailado por las personas más principales de Mondragón, con el Alcalde, de levita y sombrero de copa, á la cabeza, obligado por la invitación de la señora de Mendía, la esposa del fundador del establecimiento de Santa Agueda! »

No había medio de negarse sin inferir grave desaire, y D. Antonio tuvo que formar en el corro al lado de la respetable señora, que era muy gruesa. « Con lo que yo no contaba—añadía el malogrado Presidente—era con que en una de las figuras más características del baile, que cuantos lo hayan visto no olvidarán seguramente, había de sufrir el choque de la enorme mole de la excelente señora, que me dejó maltrecho y destrozado por algunos días. »

Como en Madrid, nuestro querido jefe era aficionado á la sobremesa. A cualquier indicación abríase aquel tesoro de datos y recuerdos, chispeaba su brillante ingenio, y al levantarnos de la mesa aún nos sabía á poco

aquella deliciosa conversación. Más curioso de lo pasado que del presente, gozábame en encaminar su pensamiento hacia sucesos cuyo íntimo desarrollo anhelaba yo conocer, ó al estudio de alguna personalidad ilustre, política, militar ó literaria. D. Antonio no se hacía esperar. Indicada la nota, desenvolvíase bien pronto una admirable sonata. Los ratos de paseo, por las tardes, cuando nos dirigíamos á Vergara, Oñate ó Escoriaza, jamás eran perdidos. Mientras se deleitaba en la espesa vegetación de los montes vascongados, cuyos pequeños valles le encantaban, según su propia expresión, porque eran los más asequibles á la cordedad de su vista, dibujaba la silueta de una situación, de un personaje, ó sin sentirlo, disertaba familiarmente sobre el arte de la política: sobre literatura ó filosofía. Nada de vaguedad en sus afirmaciones; todo era preciso, acabado, impregnado de ese conocimiento práctico de la vida, hijo de quien había visto y profundizado el corazón de los hombres.

II

No olvidaré, seguramente, mi amigo don Emilio Nieto, á quien Cánovas apreciaba mucho, haciendo justicia al talento y al espíritu templado y conciliador que distinguen á ese Diputado liberal, la conversación que sostuvo D. Antonio una tarde que, en unión de la Marquesa de Squilache, nos dirigíamos á Oñate.

Una tormenta nos sorprendió en el camino; hubo que cerrar el coche para defendernos de la copiosa lluvia, y ni aun así nos pareció largo el paseo. Muy al contrario. Privado de la contemplación del paisaje, refugióse Cánovas en sus recuerdos, mientras nosotros le escuchábamos extasiados. Habló, entre otras cosas, de la manera cómo constituyó el primer Gabinete de la Restauración. « Llamado por la Reina en 1873, recibí los poderes que más tarde me sirvieron para constituir el Ministerio-Regencia (1). La oposición de los elementos moderados habíase calmado; hasta el mismo D. Agustín Esteban Collantes se conformó, como hombre práctico que era, de buen grado, con la designación de S. M. Quedaron algunos

(1) La custodia de esos poderes la confió al hermano que hace esta recopilación.

irreductibles, como D. Claudio Moyano (de cuya capacidad intelectual, dicho sea de paso, tenía escaso aprecio Cánovas), ó como otros, el Conde de Ruñonostro, por ejemplo, que con el tiempo había de ser mi amigo político.»

Extendiose después en otras consideraciones para llegar á la noche, en que, ya en libertad, se dirigió desde el Gobierno civil al Ministerio de la Guerra.

«Mientras Primo de Rivera decía en las mejores palabras posibles á los Ministros del general Serrano que estaban allí de más, no sin que D. Antonio Romero Ortiz, con escaso dón profético, dijese, señalando al entonces capitán general de Madrid, «este señor volverá á traernos de la misma manera que ahora nos echa», reunia yo en otro salón á los personajes del partido alfonsino que sucesivamente iban llegando, desde el respetable conde de Cheste, envuelto en su blanca capa, al adusto D. Claudio. Mientras presentaba yo los poderes de Doña Isabel dos ideas me agitaban, ideas que, revistiéndome de la gravedad propia de las circunstancias, procuraba que no trasluciesen. Era una la de la impresión que mi relativa juventud ante aquellos señores, casi venerables, me producía á mí mismo y debía producir á ellos. Era la otra la del apuro en que me hallaría, dado el criterio que llevaba yo formado sobre la composición del futuro Gabinete, si la mayor parte de aquellos señores me decían que «sí» cuando les ofreciese, siquiera tímidamente, un puesto en el Ministerio. Concluida la parte más ceremoniosa del acto, comenzaba la más difícil cuando tuve que hablar particularmente con cada uno de los presentes que, formados en dos líneas, se agrupaban á mi paso.

Fué uno de ellos D. Agustín Esteban Collantes, á quien había yo acusado en aquella célebre causa juzgada por el Senado veinte años antes, y de la que salió libre el entonces Ministro de Fomento. «Sr. D. Agustín—le dije:—Yo le estoy muy agradecido por la conducta noble que ha seguido usted conmigo en París. Usted y yo hemos olvidado las diferencias que nos separaron en otro tiempo, pero el público no las ha olvidado. Usted y yo no podemos figurar en el mismo Ministerio. Yo, sin embargo, le ofrezco una cosa que creo satisfará á su corazón de padre. Su hijo de usted (á la sazón muy joven) vendrá conmigo, y yo le ofrezco hacer su carrera; usted, por su parte, puede

elegir la legación que más le convenga.» Acepto agradezco, y así tué que se le nombró Ministro en Portugal, y su hijo D. Saturnino entró como subsecretario en la Presidencia y prestó muy buenos servicios.

«Sr. D. Antonio—me preguntó D. Fernando Alvarez:—¿está usted dispuesto á restablecer la Constitución de 1845? No—le repuse;—muchos de sus principios serán respetados; pero el criterio con que yo aprecio las circunstancias me imponen la promulgación de una nueva ley para la Monarquía española.» «Entonces—dijo Alvarez,—aunque preste mi apoyo al nuevo orden de cosas, no puedo formar parte del Gobierno que usted va á presidir.»

«A usted le tengo reservada la Embajada de España en Roma—le dije á D. Antonio Benavides.—Hay cuestiones muy importantes que deben plantearse, y un hombre de sus luces y experiencia es necesario al Gobierno cerca de la Santa Sede. Con usted, Sr. Moyano, sé que no puedo contar—observé al pasar á su lado.» «En efecto, no es posible, dado el camino que presumo piensa usted seguir»—me respondió. «Una dificultad menos»—pensé.

Salaverría también se negó en un principio; pero algo más tarde, y cuando yo había ya mandado aviso á Sánchez Bustillo, debió reflexionarlo mejor, y me participó su aceptación.»

Otros detalles interesantes, que no retengo con tanta fidelidad, añadió el insigne hombre de Estado.

Recuerdo también perfectamente que en la noche del viernes 6, última vez que le ví, trazó en breves rasgos la historia del conde de Cheste, desde que en sus mocedades asistió al colegio de D. Alberto Lista, situado en la calle de San Mateo, donde adquirió, en la compañía de tantos literatos como allí se reunieron bajo la dirección del inspirado poeta, la afición á las buenas letras, hasta su mando en Barcelona en 1868. Cánovas, que hacía justicia al valor del venerable general, creía que su conducta en la capital del Principado no respondió á las esperanzas que en él se cifraban, por una idea equivocada de los medios de que disponía, muy suficientes para haber inclinado la balanza en favor de la Reina, si Pezuela se hubiese decidido á marchar á las Provincias Vascongadas con las fuerzas que mandaba, en vez de salir casi solo de Barcelona, escoltado por Lizárraga. «Tan cierto es—añadía D. Antonio,—

que el valor militar es muy distinto del valor de la responsabilidad para adoptar grandes resoluciones en momentos supremos.»

Encontraba muy merecido y apropiado para una persona de las condiciones y posición social del conde de Cheste la dirección de la Academia Española.

«No hace mucho—añadía—que algunos descontentos quisieron levantar mi nombre frente al del director actual; pero yo me negué en absoluto á todo lo que, sobre no ser justo, representase romper la tradición de aquella casa. Allí los presidentes han durado en el cargo hasta que Dios ha dispuesto de ellos. Molins ha sido tal vez la única excepción, pues con el pretexto de su ausencia como Embajador en París, fué sustituido por el conde de Cheste. Ha sido también otra tradición de la casa, que empieza en su fundador, confiar su dirección, no meramente á un literato, por notable que fuese, sino á hombres amantes de las letras, de gran importancia social por su cuna ó prestigio político ó militar, y claro es que reúne estas condiciones el ilustre veterano.»

La situación de Cheste en Cataluña llevó de la mano á Cánovas á recordar la de Calonge en Castilla la Vieja.

«Calonge hallábase todavía en mejores condiciones; más cerca de la Reina, con una oficialidad enardecida y sedienta de marchar contra los revolucionarios.

Desaprovechó aquellas circunstancias, y cometió la imprudencia de salir solo para San Sebastián. En Quintanapalla le hicieron volver atrás y en otras estaciones le buscaron para matarle, y debió su salvación á la Milicia Nacional de Duesias, que le apresó.

Si ambos generales hubiesen coincidido con sus tropas en Guipúzcoa, quizá hubiese cambiado la faz de los acontecimientos.»

«El arte del mando—nos decía otra tarde,—como todas las artes, exige hábito y aprendizaje. Claro es que será éste más corto ó más largo, conforme á las condiciones y aptitudes de la persona. Los ingleses, más prácticos que nosotros, han creado una clase gobernante que en las magistraturas honoríficas locales y del condado adquieren desde luego una preparación para los puestos del Gobierno del Estado, en el que tantos grandes ejemplos ha dado la aristocracia, ya *tory*, ya *whig*.» Y desenvolviendo estos principios, reforzábalo

con el fruto de su propia experiencia de los hombres con quienes había compartido las tareas del Gobierno, que bien quisiera reproducir, si la discreción no me lo vedase.

¡Como me lo represento continuamente en estos inolvidables momentos, con sus expresivos ademanes, las inflexiones variadísimas de su hermosa voz, ya serena y reposada cuando narraba ó definía, ya viva y enérgica, ya insinuante y maliciosa! ¡Y aquel peculiar decir, con el que daba relieve á expresiones que en otros labios hubieran pasado inadvertidas! La oportuna colocación de las palabras, los incisos que introducía, sin perder el hilo de su pensamiento, y sobre todo el inimitable manejo de los adverbios, eran particularidades de su locución, que excitaron siempre mi asombro y contribuyeron á explicarme la influencia avasalladora de su mágica palabra.

¡Quién hubiera podido decirme que tres días después, por aquella misma carretera que, tranquilos y alegres, recorrimos tantas veces, había de ver pasar solo, con paso acelerado, revelador de la tremenda catástrofe, cubierto de polvo, escoltado por unos cuantos soldados de Caballería, bajo los ardores de un sol abrasador, el carro funesto que conducía los restos inanimados del insigne hombre de Estado, y cien metros más allá á la desolada viuda, agobiada por el peso de su dolor, desplomada sobre el hombro del médico y fiel amigo, impotente testigo de la irremediable desgracia!

Quédense para otro día otros muchos recuerdos íntimos de D. Antonio Cánovas del Castillo; que al renovarse en la mente la tristísima escena, las fuerzas se acaban y se embota la memoria.»



Con el propio título de *Cánovas del Castillo*.—*Recuerdos íntimos*, publicó el Marqués de Lema, en *La Epoca*, otro interesante artículo, del cual copiamos algunos párrafos, por la imposibilidad en que nos vemos de reproducirlo en totalidad.

Después de elogiar la idea del Sr. Núñez de Arce (1) de evocar el recuerdo de aquel famoso «parnasillo» que se congregaba en el café del Príncipe, y de decir que Cánovas sentía gran admiración por el talento poético de

(1) Véase el primero de los artículos de esta Sección.

D. Gaspar, al que consideraba como uno de los más notables artífices de la versificación castellana, habla del Ministerio constituido por el señor Duque de Tetuán, ya mediado el año de 1865, y en que obtuvo la cartera de Estado el Sr. D. Manuel Bermúdez de Castro, padre del Marqués de Lema, así como la de Ultramar el Sr. Cánovas, que se encargó interinamente después de la de Hacienda (1), por dimisión del Sr. Alonso Martínez, que había sustituido á D. Pedro Salaverria; y después de referir los sucesos del 22 de Junio y sus tristes consecuencias, manifestaba lo siguiente:

«He oído juzgar con gran imparcialidad á D. Antonio Cánovas la política de aquel Gabinete, y merecen consignarse sus juicios: «Un Gobierno á quien habían sorprendido los sucesos de Enero y los gravísimos de Junio, no tenía razón para continuar en el poder. Podrá apreciarse de una manera ó de otra la forma en la cual vióse obligado á abandonarlo el General O'Donnell; pero el hecho de encontrarse incapacitado para continuar aquel Gobierno no puede ofrecer dudas cuando se juzgan los hechos con el desapasionamiento que trae consigo el tiempo y la experiencia política.» En cuanto á su opinión sobre lo que representó la Unión liberal, la esterilidad de su gestión política y administrativa y el escaso bien que reportó al país un partido de las condiciones de aquél, no obstante hallarse compuesto de los hombres más notables de España, nada tendré que añadir, pues nunca ocultó Cánovas sus juicios, que pueden verse en el mismo *Diario de Sesiones del Congreso*, y algunos en no remota fecha, expuestos en contestación á ciertas apreciaciones históricas del Sr. Silvela.

Como Posada, como Bermúdez de Castro, no se hizo nunca Cánovas la ilusión, después de los sucesos de Junio, de que el Ministerio O'Donnell conservaba la confianza de la Corona. Más crédulo y confiado el Duque de Tetuán, resistíase á las excitaciones de sus compañeros, que le aconsejaban pusiese en claro tan importante cuestión, y á regañadientes fué cediendo, y llegó á proponer á S. M. ciertas medidas de gobierno, cuya aceptación podía servirle para comprobar la solidez del te-

rreno que pisaba el Gabinete. Y así vino la suspensión de las sesiones parlamentarias, el propósito de reforzar la mayoría del Senado, la presentación de la lista de veintidós Senadores, la insignificante alteración en la misma por la adición del nombre del Conde de Zaldivar y la creciente confianza del General O'Donnell, seguida por su completa decepción cuando se consideraron, por quien podía hacerlo, prematuros los nombramientos de los Senadores vitalicios propuestos por el Gobierno.

Retiróse entonces del poder, para no volverlo á ocupar, aquel hombre que por muchos años había ejercido influencia decisiva en los destinos del país, y á quien si alguna falta puede imputársele en su vida política, la posteridad tiene que reconocer excelentes y sólidas cualidades. Aun cegados por la pasión política, reconocieronlas sus contemporáneos.»

.....

 Sigue el Marqués de Lema ocupándose del Duque de Tetuán, y añade:

«Pero dejemos la palabra á Cánovas, cuyo juicio sobre el primer Duque de Tetuán trasladé al papel en el momento mismo de oírsele:

«No era un genio, pero hallábase dotado de tan sereno juicio; poseía una tan gran dosis de sentido común; era tal la ponderación de sus facultades, que suplían con ventaja al talento superior de otros hombres. Amaba su carrera, conservando siempre aquellas aficiones á la milicia que no tenía Narváez, que (frase textual de Cánovas) no volvía la cabeza para ver pasar un regimiento. O'Donnell tenía afán de poder é influencia.

Ninguno ama más el poder por el poder mismo. Fuera de las de la política y milicia, carecía de aficiones. Puede decirse que las mujeres no le dominaron nunca ni le ocupó seriamente el amor. Cuando, en raras ocasiones, estallaba su carácter, era violentísimo; pero en general era de trato apacible, de juicio frío y sereno, y no se exasperaba, como Narváez, á cada instante.

Dotado, como éste, de gran valor personal, no era arrebatado y temerario como el del Duque de Valencia, del que se diferenciaba mucho. Narváez tenía gran talento natural, mu-

(1) Los demás Ministros eran los Sres. Calderón Collantes, Posada Herrera, Zabala y Marqués de la Vega de Armijo

cha ambición, aunque menos apego al poder que su rival; sirvióle su posición militar para satisfacer su ambición política. Al revés de O'Donnell, su carácter era habitualmente muy violento, aunque tales arranques no eran siempre inconscientes, pues D. Ramón sabía que tenía un capital en su mal genio y supo explotarlo en situaciones difíciles y aun normales, como hombre político que era y de grandes aptitudes para el arte de dirigir y dominar á los hombres. Narváez admiraba más en ocasiones, pero O'Donnell atraía con mayor afecto.»

Y termina el Marqués su artículo así :

« Sabida es la división que la pérdida de su jefe produjo en las filas de la Unión liberal. Algunos hombres importantes de este gran partido permanecieron fieles á sus compromisos con el país y la Monarquía, apartándose de la política de la revolución. Entre ellos estuvo Cánovas del Castillo, á quien los sucesos de Septiembre sorprendieron en Simancas, engolfado en aquellos papeles que fueron siempre su mayor delicia, penetrado su ánimo, sin duda, de aquella máxima que más de una vez he oído de sus labios: « Un hombre honrado no puede de buena fe tomar parte más que en una sola revolución, y eso porque ignora sus efectos y su trascendencia. »

EL MARQUÉS DE LEMA.

* * *

Cánovas y la prensa.

POR D. J. MAÑÉ Y FLAQUER

Tomado del *Diario de Barcelona*, publicó *La Epoca*, en uno de sus números inmediatos á la muerte del Sr. Cánovas, el siguiente artículo, en que nos permitimos hacer algunas supresiones, como en otros trabajos, por la necesidad de acomodar el original á las dimensiones no pequeñas ya de la obra :

« Nunca se puede decir con tanta propiedad de uno que muere que « le llegó el día de las alabanzas » como ahora, aplicándolo al Sr. Cánovas del Castillo. Desde el más humilde gace-

tillero hasta el Príncipe de Bismarck, nadie le ha regateado la ponderación de sus grandes merecimientos, excepto algunos fanáticos—fanáticos, no : malvados—que han honrado su memoria vomitando sobre su tumba la hiel de su odio satánico. Ni esta gloria le ha faltado.

La prensa periódica es la que más se ha excedido en el tributo de alabanzas pagado al difunto por todas las clases de la sociedad ; pero, á decir verdad, debía esta reparación al muerto como compensación á las ignominias que arrojó sobre el vivo hasta las mismas puertas del sepulcro.

Recientemente decía un periódico de esta localidad que á pocas personas se había tratado tan duramente como al Sr. Cánovas en los últimos meses de su existencia, pues se le negó todo, así la inteligencia como la instrucción, la bondad como la rectitud, el patriotismo como la moralidad ; se le llegó á calificar de calamidad nacional, y su presencia en el Poder como un crimen de lesa Patria. Es indudable que la prensa periódica allanó el camino al homicida y preparó la escena para cometer el crimen, convirtiendo poco menos que en criminal al que la secta había elegido para víctima. Se le hizo odioso entre los sectarios y sospechoso entre los que se dejan impresionar por la prensa radical, quienes, sin admitir por completo las afirmaciones de aquella, creen que hay algo de verdad en el fondo de lo que dice, sin tomarse la molestia de comprobarlo.

Periódicos circunspectos como *Le Temps*, *Le Journal des Débats*, *Le Journal de Genève*, y otros, sin dejar de hacer justicia al talento, al saber y á las dotes de hombre de Estado del Sr. Cánovas, lamentan que no supiera romper con su pasado de doctrinario, que fuera refractario á las exigencias democráticas de los tiempos presentes, que no diera satisfacción á las aspiraciones liberales de la mayoría del país, que tuviera encerrados los derechos de hablar, escribir y asociarse en límites demasiado estrechos.

Esto se dice, por ligereza ó falta de información, cediendo á las calumnias de los radicales, de un hombre que admitió el sufragio universal y el jurado, y ha consentido una libertad sin límites en todo—mucho mayor que la que se goza ó se sufre en Francia—sin excluir la propaganda y organización anarquista. Hasta tal punto se extravió la opinión en Eu-

ropa y América, que hay quien ha parangonado el Gobierno de Cánovas con el de Felipe II.

Un periódico republicano de Barcelona, á quien no ha de cegar su afinidad de doctrinas políticas con el malogrado estadista, al recibirse la noticia del atentado de Santa Águeda escribió: «Cualquiera que dijera que Cánovas podía ser asesinado, hubiera sido tenido por loco de remate, pues sus talentos y su modo de gobernar corriente y dentro de las ideas modernas no eran para crearle enemigos de esa naturaleza.—Ha sido preciso el tolle tolle de los periódicos extranjeros, la leyenda del Montjuich, para armar, sin duda, el brazo de un asesino, que también es italiano, como el que inmoló á Carnot.»

Con nuestro colega barcelonés coincide un periódico extranjero, también republicano, el *Journal de Genève*, quien estampa en su número del 13 de este mes los siguientes párrafos:

«¿Acaso se necesita más para hacer estallar de repente uno de esos accesos de frenesí sanguinario que espantan y desconciertan, que los tristes hábitos de una polémica sectaria, esa lenta intoxicación de entendimientos averiados por medio de doctrinas preñadas de odio; las incesantes campañas de injurias, de imputaciones, de críticas emponzoñadas; una atmósfera de sospechas, de cóleras, de excitaciones péfidas y maliciosas, cuidadosamente mantenidas?»

.....

Todas las personas sensatas y desapasionadas han reconocido que el principal causante de la muerte del Sr. Cánovas fué la prensa periódica; que ella, con sus imprudencias, sus intemperancias y sus aviesas pasiones armó el brazo del asesino; pero no solamente la prensa extranjera, como insinúa nuestro colega barcelonés, sino también la española, y no sólo la radical, pues periódicos que hacen profesión de monárquicos y tienen la pretensión de formales, no perdonaron medio de desconsiderar, de vestir el sambenito del réprobo al que la secta anarquista se limitó á ejecutar como víctima destinada al sacrificio por una opinión pública extraviada por la prensa.

«Falta la religión y falta también la disciplina»—dijo con acento de tristeza y de ver-

dad el señor Obispo de Sión en su magnífica oración fúnebre.—No saben la responsabilidad moral que contraen—añadía—los que, empuñando el lápiz para la caricatura y la pluma para la sátira, destruyen con el arma de la burla los más respetables principios.»

A estas palabras del elocuente prelado, uno de los más importantes periódicos de Madrid las pone el siguiente comentario: «Mediten sobre su alcance cuantos emplean su ingenio en la obra de desacreditar á todo lo que brilla, á todo lo que se levanta sobre el nivel vulgar. El chiste soez, el sarcasmo injurioso, el ataque calumnioso, adornado todo ello como flecha ponzoñosa con las plumas vistosas del ingenio, causan heridas mortales y son quizá armas que abren el camino á otras más mortales y peligrosas.» Esto es lo que ha pasado al Sr. Cánovas, á ese tirano abominable, enemigo feroz de todas las libertades, que pocos días antes de morir consentía que en un artículo titulado *Proceder salvaje.—La Inquisición en España durante el siglo XIX*, se dijera lo siguiente: «El anarquismo dinamitero seguirá haciendo estragos mientras haya verdugos como los de Montjuich, que se ceban en infelices é inocentes obreros, y mientras en esta sociedad exista hambre é injusticia.» (1)

Así por este tenor se ha ido preparando la catástrofe de Santa Águeda, contribuyendo la prensa radical y la monárquica, la ligera y la formal, pues durante meses enteros centenares de periódicos han atacado, no sólo los actos del Sr. Cánovas, que en esto estaban en su derecho, sino su persona, aplicándole con todo rigor la máxima integrista de que lo que importa es matar al artillero en vez de entretenerse en desmontar las piezas. Y luego viene el llanto tardío hasta de los que no tuvieron escrúpulo en propagar la leyenda de Montjuich!

Tiempo atrás dijimos que la prensa periódica se iba convirtiendo en *flagellum Dei* para la sociedad actual; hoy piensa ya como nosotros un periódico tan poco sospechoso como el *Figaro*, de París. ¡Qué triste desengaño para los que abrazamos la profesión con entusiasmo y entera buena fe!»

J. MAÑÉ Y FLAQUER.

(1) Según el Sr. Gil Maestre, se han estado publicando 33 periódicos, que *El Siglo Futuro* califica de descaradamente anarquistas.

Cánovas historiador.

POR D. RODOLFO RODRÍGUEZ DE ARMAS (1)

Estudios del reinado de Felipe IV.—Revolución de Portugal.

« La grandeza de la obra literaria del Sr. Cánovas del Castillo nos induce á hacer un análisis de sus trabajos, porque consideramos que presentar en conjunto sus ideas principales es prestar un servicio á las letras, aun cuando los pensamientos bosquejados aparezcan deslucidos por las torpezas de nuestro lenguaje y las impurezas de nuestro estilo.

Empezamos ocupándonos de sus estudios históricos, porque la opinión general los estima como la mejor producción de su talento. Entre esos preciosos estudios elegimos hoy el que examina la irreparable separación de Portugal.

Muy fácil es escribir obras de Historia en las cuales se sigan las corrientes vulgares al apreciar los hombres y los acontecimientos y se aprovechen los materiales acopiados por otros. Cuando, por el contrario, un historiador no quiere fiarse de las pruebas reunidas por los demás, investiga él personalmente con laboriosidad y persistencia tenaz, acumula documentos y datos de primera mano, y, prescindiendo de las opiniones expuestas, somete con serenidad á su recto juicio é imparcial criterio todos los elementos reunidos, realiza una de las funciones del pensamiento más noble y grande y de resultados más útiles para el desenvolvimiento de la Humanidad.

Tratar los asuntos históricos de la primera manera dicha pueden hacerlo todos los hombres de medianos entendimiento é ilustración; pero desmenuzarlos y juzgarlos del segundo modo expuesto, es empresa que sólo pueden realizar los talentos de primera magnitud, de esos pocos que reúnen dotes tan variadas como perseverancia infatigable en la investigación, clarividencia intelectual suma para mostrar iluminadas de luz épocas pasadas que el tiempo entenebrece, dominio de los mecanismos del lenguaje, para evocarlas con sus rasgos típicos á la vista de todos, independencia rara de raciocinio para desechar ajenos pensamien-

tos, confianza grande en las facultades propias y rectitud de ánimo bastante para reprimir los impulsos de la pasión y las vanidades nacionales, y no dejarse guiar más que por la razón, la justicia y la imparcialidad.

Muchos autores habían hablado de Maquiavelo antes que Macaulay escribiese su bello ensayo. Todos presentaban al ilustre florentino como la encarnación de la más refinada maldad política.

« Después de leer á Macaulay, comprendemos que en el *Príncipe* no late el corazón de Maquiavelo, sino todo el corazón de la Italia entera del Renacimiento.

Antes que Cánovas escribiese su estudio sobre la Revolución de Portugal, multitud de historiadores habían descrito dicho acontecimiento y deducido la responsabilidad que Felipe IV y Olivares tuvieron en el funesto hecho de consecuencias tan deplorables para la Patria. Precisamente, en medio de las múltiples bellezas que ostenta la obra que analizamos, de su estilo y lenguaje, de la erudición recóndita que muestra, nos llama especial atención los juicios del Sr. Cánovas acerca de Felipe IV, su primer Ministro, y el estado de España á mediados del siglo XVII. Al leerlos es cuando sentimos el ánimo levantado, en presencia de una superior crítica, que manifiesta en el Sr. Cánovas todas esas rarísimas aptitudes de verdadero historiador á que antes nos referíamos.

Leyendo á Macaulay, vemos derramar torrentes de luz sobre la casi fabulosa figura de Maquiavelo. Leyendo á Cánovas, surge en nuestra mente un siglo XVII iluminado por oleada de rayos clarísimos que disipan la espesa niebla que lo envolvía. Después de haber examinado muchos historiadores, meditamos recordando las reflexiones de Cánovas, y desaparece el engaño en que estábamos, y comprendemos bien las causas de nuestras desgracias. Aquel cuadro pintado por todos, donde resaltan un Rey libertino y un privado imbécil, como fuentes casi únicas de nuestro decaimiento, no es más que un falso sueño de ilusos.

En el estudio de Cánovas se sienten reveladas todas las palpitaciones del corazón español en el siglo XVII, sus heroísmos y flaquezas, y se ve cómo no había entonces nin-

(1) Tomamos de *La Epoca*, que lo publicó en su número del 28 de Agosto de 1897, este notable y erudito trabajo del Sr. Rodríguez Armas.

gún poder humano que sostuviese el frágil alcázar de nuestra preponderancia. Felipe IV y Olivares tienen vida nueva, alumbrada por los juicios justísimos de Cánovas, fundados en pruebas irrefutables. El desgraciado Conde Duque, que ha merecido la execración perenne de los españoles, aparece muy distinto de como lo concebíamos.

Cuando encontramos una obra histórica, cualquiera que sea su extensión, que levanta los tupidos velos que ocultaban la verdad, y que nos hace ver una época tal cual era, con viva realidad, dando nueva carne á sus personajes, sentimos toda la conmoción que produce la serena majestad de la Historia crítico-filosófica.

Todos se empeñaban en acumular defectos en Olivares, para convertirlo en causante de nuestra ruina. Sus contemporáneos, desde la Reina Isabel hasta el último hombre del pueblo, lo odiaban profundamente.

Se ocupa el autor de las sátiras é insultos que le formaron á Olivares tan mala reputación, citando á Quevedo y Vivanco entre sus contemporáneos, y á Lafuente entre los modernos historiadores, que presenta al mismo como un ambicioso vulgar, diciendo que sin carecer de entendimiento cometió más torpezas que si hubiera sido un imbécil.

Manifiesta después el Sr. Rodríguez de Armas que cuando la opinión general se empeña en dar determinado carácter á un personaje, todos siguen la creencia aceptada, y que sólo los espíritus muy superiores saben sustraerse á las idolatrías y denigraciones comunes para distribuir las alabanzas y las censuras con justicia; sólo la crítica elevada ve las buenas y malas cualidades que existen en los hombres, que no son encarnaciones del bien ó del mal, sino conjuntos de defectos y bondades. Así estudian las celebridades históricas Taine, Guizot y Macaulay. Así analiza Cánovas el carácter del esclarecido Conde-duque.

«Nos lo presenta lleno de orgullo, soberbia, vanidad, presunción y arrogancia, tratando con dureza á los más encumbrados y confiando de modo excesivo en su talento y experiencia. La irresolución es, según Cánovas, la cualidad que más perjudicó á Olivares, porque «necesitan los hombres públicos la inspiración sú-

bita de cuál será el menor mal de los males». Señala también las faltas políticas de Olivares: el no haber hecho la paz con Holanda, aun perdiendo á Flandes, para que se hubiese resistido mejor la guerra con Francia y se dispusiese de más recursos para someter á Portugal. El no haber desterrado á Braganza de Portugal en 1637, fué un gran error, lo mismo que el sacar de allí en 1640 1.300 soldados y dejar sólo una escasísima guarnición.»

Para describir el Sr. Cánovas las buenas condiciones de Olivares, recurre á textos de individuos que estuvieron en relación con él. Además de las opiniones de los Embajadores venecianos Mocenigo, Corner y Justiniani, que también inserta el Sr. Cánovas en el *Bosquejo histórico de la Casa de Austria*, cita las de Francisco de Melo, Friceyra, el Nuncio Sachetti y Bassompierre. Todas estas personas, que no estaban ligadas á Olivares por afectos ó intereses, lo prescrtan adornado de tan nobles prendas como el valor, actividad incansable para el trabajo, ilustración, elocuencia, actividad, desinterés, talento, deseo de engrandecer el reino y entereza en sus tratos con el Rey. ¡Cuán diferente el Olivares que todos describían al que muestra Cánovas con textos irrefutables á la vista! En vez del privado adulador, el Ministro indómito que impone con firmeza sus opiniones al Monarca; en vez del adocenado valido, el gobernante que se desvive por reunir dinero y tropas para la guerra, desplegando laboriosidad extremada para acumular elementos en Flandes, en Fuenterrabía, en Cataluña y en Portugal, en medio de invasiones extranjeras, formidables insurrecciones interiores, carencia de recursos é intrigas palaciegas para destituirle; en vez del amante de diversiones y festejos, el político incansable que se queja de tener que asistir á ellos, robando tiempo á los negocios públicos, cuando había que luchar con tantos inconvenientes, con tantos problemas imponentes.

En verdad, no era Olivares un hombre vulgar, aun cuando fracasaran las empresas que dirigiera. No se estrelló ante frágiles obstáculos, sino ante empeños inmensos. En las desgracias nacionales tuvieron él y Felipe IV alguna culpa; pero no toda la responsabilidad es de ellos. En Olivares, como dice Cánovas, se halló la víctima expiatoria de los errores de todos.

Según el común sentir de los historiadores, el Conde-duque es culpable de la pérdida de Portugal. Cánovas prueba que durante su Gobierno no se tiranizó á los portugueses, y sólo hace á Olivares el cargo que le corresponde justamente, señalando al par el que á otros puede imputarse. Desde los tiempos de Felipe II, graves faltas se cometieron, las cuales nunca fueron enmendadas.

Felipe IV ha sido descrito siempre como el Rey perennemente entregado á galanteos, amorosas conquistas, fiestas y placeres; que sentía tedio y horror por los negocios de Estado y repugnancia invencible hacia cualquier asunto serio.

Cánovas, con textos autorizados, justifica que Felipe IV, aunque amante de diversiones é imbele enemigo de asistir á acciones de guerra, no se despreocupaba de las cosas públicas y de sus deberes de Monarca. El prólogo de Felipe IV á su traducción de varios libros de la *Historia de Italia*, de Giucciardini, los muchos decretos de su puño y letra que existen y su correspondencia con sor María de Agreda, no tenidos en cuenta por tantos historiadores y examinados escrupulosamente por Cánovas, patentizan el deseo de Felipe IV de servir bien á la Monarquía.

Para explicar desventuras tan grandes como las que sufrimos al mediar el siglo XVII, traza Cánovas un cuadro fiel y exacto, aunque amargo, de la verdadera situación de España, cuadro rebotante de matices sombríos que entristecen el ánimo; pero con una realidad y una viveza de colorido por nadie igualadas.

El regionalismo, doloroso rescoldo de las divisiones medioevales, hacía que no existiese verdadera unificación nacional después de la unión geográfica de territorios; por eso no había un espíritu español, sino tendencias distintas en cada región. El Conde-duque demuestra su talento político al decir al Rey en una Memoria que el negocio más importante para S. M. era ser Rey de España, no de Castilla, Aragón, etc.

Si no existía la debida compenetración y solidaridad en la Península, tampoco había la riqueza necesaria para hacer frente á tantas empresas gigantescas. ¡Cuántos trabajos, cuántos esfuerzos tenía que hacer Olivares para conseguir que las Cortes votasen subsidios, aun en las épocas de mayores peligros! Siquiera la agobiada Castilla hacía normas sa-

crificios para sostener nuestra grandeza; pero las demás provincias se resistían á contribuir con las cantidades que demandaban las circunstancias. Hasta el espíritu militar había decaído en 1640. La nobleza no acudió á alistarse cuando la guerra de Portugal, como en pasados tiempos. ¡Qué exactísima es esta idea de Cánovas: toda grandeza que no se apoye en el desarrollo nacional, tiene necesariamente que caer!

Aquella situación tan violenta en que estaba España, haciendo esfuerzos sobrehumanos para sostener su preponderancia, resistiendo todavía como un coloso las acometidas de infinidad de enemigos, la bosqueja Cánovas de manera incomparable.

Creemos que Cánovas ha reproducido el carácter y el espíritu de la España del siglo XVII, valiéndose de pruebas auténticas, las cuales combina é ilustra con reflexiones atinadísimas, para descubrir la verdad que ocultaban vulgares prevenciones. Después de leer la revolución de Portugal, vemos delante de nuestros ojos las corrientes secretas que latían en las entrañas de la sociedad española, desde los días de su mayor encumbramiento, y que estaban llamadas á ocasionar su descenso político; vemos marcados sin atenuaciones los síntomas de debilidad que habían de conducir á los aciagos años del cuitado de Carlos II. *

* *

La nación.

POR D. MANUEL ORTÍZ DE PINEDO

En carta dirigida por el mismo (1) al señor D. Andrés Mellado, y que publicó *La Correspondencia de España*, insistiendo su autor en la tarea humilde, pero patriótica, de ocuparse de los asuntos coloniales, preocupación profunda y preferente—decía—de España entera; después de consignar que el gobernar es labor que no puede interrumpirse ni abandonarse un solo día, una hora, un instante, manifestaba lo siguiente:

«Unánime y merecido duelo ha consagrado la Nación á la pérdida irreparable que le causa la súbita desaparición, la muerte del gobernante supremo, del director de su política in-

(1) Fué Ortíz de Pinedo amigo inseparable de la infancia (siempre iban juntos) de Martos, y ambos discípulos y amigos íntimos de Cánovas.

terior y exterior, del estadista eminente á quien tenía confiada la defensa de su honra (1), la integridad de la Patria, la salvación de tantos intereses, la vida nacional, en las presentes azarosas circunstancias.

Cánovas, el patricio insigne, ha sido vilmente asesinado cuando más necesaria era á la Patria su existencia. Acechado por la desesperación demente, por el odio anónimo, infame, ha sucumbido en defensa de la sociedad y de España. ¡Gloriosa muerte la suya y tremenda desgracia la nuestra al perderle! Entre los que le lloran, hállese quien estas líneas escribe, amigo suyo de toda la vida.

Pero cuanto más se considera su muerte, mayor aparece la obligación, la responsabilidad de llenar, hasta donde sea posible, el vacío que en el Gobierno ha dejado.

La Nación no puede aguardar, la nave del Estado no ha de pararse, y todo el mundo anhela conocer fijamente cómo va á continuar la ardua misión que él desempeñaba. Obra personalísima su marcha política, resultante de sus calidades propias, de su alteza de miras, de su genial manera de ser, ¿quién ofrece garantías de acierto para reemplazarle? Lo de menos era en él ser jefe de su partido. Los hombres á quienes imponía su voluntad no la discutían, no replicaban; admiradores constantes, le obedecían ciegamente. La pérdida del jefe es algo más que la dispersión de la hueste conservadora, es la muerte del partido. En él se engendraban todas las iniciativas; él era el programa, y valerosamente asumía todas las responsabilidades.

Tomó las riendas del Gobierno y nadie se fijó más que en él, sin curarse apenas de los que le acompañaban. Desaparece, y ninguno ve el sucesor. Hay una tumba gloriosa y un Gobierno deshecho.

Marquemos lo que era su personalidad en el ejercicio de sus funciones oficiales, y se explicará el fenómeno de su omnipotencia. La insurrección separatista en Cuba, con su origen extranjero, sus comienzos audaces, su ferocidad, había estallado; y lejos de amedrentarle, sirvióle como incentivo para acometerla. Formó su plan para defender la integridad de la Patria, y se lanzó á ejecutarlo con ener-

gía nunca superada. Creció en talla moral á medida que crecía el peligro. Con el auxilio del Ministro de la Guerra, organizó los medios de sofocar el incendio.

Soldados y dinero urgían, y llamó reservas, nutrió los regimientos, formó un ejército, embarcóle rápidamente en la flota trasatlántica, ajustó armamento, municiones, pertrechos, la construcción de acorazados, de buques menores de costas, llenó los parques y arsenales, se apoderó de todos los resortes de gobierno, inspiró confianza á la Nación, que respondió á su llamamiento con su sangre y sus recursos, entregándose á él en cuerpo y alma; disolvió Cortes y convocó otras nuevas, yerro gravísimo que soportó la opinión silenciosa para no crearle obstáculo ninguno; encargóse de dirigir las relaciones diplomáticas; dió instrucciones á diario á nuestro embajador en Washington; supo, antes que todos, las noticias infaustas por el cable, sin intimidarse; la de la insurrección aterradora de Filipinas no quebrantó su entereza; defendióse en hábiles conferencias de personajes extranjeros enviados para inquirir sus planes, de astutos *reporters* de la prensa de Europa y de América; acordó el relevo de Generales en jefe y les nombró sucesores; mudó por sí los rumbos de su política, sin miedo á la crítica, sustituyendo la de aguardarlo todo de las armas, de su primera época, por la de las reformas y concesiones políticas; redactó sin consulta los decretos que las contienen, con los preámbulos amplísimos que las explican; pronunció en los Consejos presididos por la Corona importantes discursos; escribió notas reservadas; despachó la correspondencia telegráfica secreta; refrenó conjuras en los suyos; oyó quejas acerbas; abatió soberbias intemperantes, y aún quedóle tiempo para conversar á todas horas con los periodistas de la corte y de provincias, recibir Comisiones, presidir Academias, curiosar libros nuevos, hablar de arte, de literatura, siempre animoso, alguna vez abrumado, nunca rendido, ni débil ni vacilante en su voluntad inquebrantable, en su labor titánica, asombrosa.

Toda esta obra personal ha concluido. ¿Quién de entre los suyos puede reemplazarle? Y sin embargo, la necesidad de gobernar apremia; los problemas no dan espera. Como su sistema era hacer frente á los acontecimientos, improvisar el remedio, manejar el

(1) Conviene tener presente que el Sr. Ortíz de Pinedo estaba muy distanciado, en política, del Sr. Cánovas, lo que aumenta el valor de sus juicios y apreciaciones.

timón según arreciaba el oleaje, no ha dejado ni rumbo trazado de antemano ni plan conocido ni secreto por descubrir.

Su muerte lo ha revelado prontamente. Los que fueron ejecutores de sus órdenes, sus dóciles Ministros, han caído en el aturdimiento; el partido se ha declarado en plena indisciplina. Los jefes de grupo se entregan á la discordia como los Generales á la muerte de Alejandro. La opinión los mira con lástima y con terror.

La situación en Cuba y en Filipinas aparece agravada.....»

«¿Qué nuevas instrucciones habrá recibido Mr. Woodford después de la muerte de Cánovas? ¿Hay rumores más graves que los que circulan sobre sus propósitos?»

Los cabecillas cubanos, conocedores de la debilidad del Gobierno, exagerándola á su modo, ¿qué no serán capaces de intentar para ayudar la política yankee? El General Weyler, ofrecida su dimisión, ¿cómo ha de sentir en la ejecución de sus medidas aquella firmeza que la confianza en Cánovas le inspiraba?»

«Esto no puede ser y no será. La Nación no ha de consentirlo. ¿Dónde buscar el remedio, la solución? En palabras, en frases, en manifestaciones de Cánovas, las cuales pronunció en momentos críticos, y más ó menos veladas consignó luego en documentos oficiales. Todo el mundo las conoce. Más de una vez, al dirigirse á redactores de periódicos de la corte, dijo:

«En esta lucha empeñada en defensa de España, á la que consagro las energías de mi alma, he meditado las dificultades nuevas que pueden ocurrir, resuelto á hacerlas frente ó intentar vencerlas. Si alguna vez resultasen superiores á mis esfuerzos, la Nación decidirá.»

«La Nación decidirá! ¿Qué quiso decir? Lo único que podría expresar en su poderosa inteligencia, en su amor á la Patria, en su fe monárquica. La Constitución — pensó — es el acta en que la Nación delega en la Corona por modo permanente su soberanía para ser ejercida con arreglo á los principios fundamentales. La palabra Nación fué usada por él como sinónimo de Trono, Monarca, Corona; que

fuera de este símbolo, de esta acepción, él no podía de otro modo emplearla. Si pretendió esforzar el significado, fué en el sentido de que la Nación está obligada á expresar sus sentimientos, sus aspiraciones, sus propósitos, por medio de la opinión pública, para que la Corona obre con conocimiento de lo que el pueblo quiere, de lo que la mayoría anhela en circunstancias extraordinarias. En esta penetración de relaciones en que la Corona ha de vivir con la Nación, la corriente comunicativa es continua y se produce fuera de los organismos oficiales por tantos y tan eficaces medios como en la vida moderna tiene la opinión para manifestarse.

El momento previsto por el gran estadista ha llegado. Nunca pudo él prever que lo trajese su muerte; pero cuán alto habla en pro de su talento de gobernante haber calculado esta contingencia suprema bajo forma tan respetuosa como consoladora.

La Nación decidirá; es decir, si el curso de los acontecimientos hiciese preciso, inevitable, que la Nación sea oída, óigase á la Nación y que ella decida.

Y como la Nación no es ni los organismos oficiales sin libertad, ni los partidos políticos solos, apasionados, la Corona únicamente posee el procedimiento legal para consultarla. ¿Cuál es éste? Llamar al poder á otro hombre, á quien, autorizado para disolver las actuales Cortes, garantice, obrando con amplio criterio, las elecciones de otras, dignas de los problemas llamados á resolver.»

* * *

Cánovas del Castillo.

POR D. J. P. DE G.

Las iniciales J. P. de G. corresponden á las del distinguido escritor D. Juan Pérez de Guzmán (1), autor del interesante artículo que transcribimos á continuación, y del que es copia después: (2)

«Ya duerme en San Isidro su cadáver. Allí

(1) Publicans otros artículos del mismo autor en este libro.

(2) Lamentando tener que suprimir algunos párrafos de uno y otro en gracia de la brevedad.

el sentimiento unánime de la Patria erigirá su sepulcro en altar.

Todas las opiniones se han expresado; todos los afectos han estallado en latidos de dolor, y amigos y adversarios, con admirable identidad de emoción y de pena, han pronunciado el severo juicio de aquella vida tan poderosa y tan fecunda.

A las sentencias propias han añadido los extranjeros sus fallos desapasionados; y si Castelar ha dicho que Cánovas no tiene sustitución; si su muerte para *El Globo* y *El Tiempo* ha sido una gran desgracia, una inmensa desventura nacional; si por sus obras, para *El País*, había merecido el universal reconocimiento de ser uno de los más eximios estadistas de los modernos tiempos, y para *El Imparcial*, por una parte era el más enérgico paladín del Trono, y por otra el más firme sostenedor de la defensa social, más allá de nuestras fronteras, donde los hombres públicos se avaloran con otro peso y por otra medida, no sólo debe España á Cánovas del Castillo, en la opinión del *Times*, haber inspirado el sentimiento político de sus contemporáneos, sino que el *Daily Mail* ya ve á la Historia incluyendo toda la obra del ilustre estadista entre las más salientes realizadas en nuestra Nación.

A la verdad, España, en su largo desenvolvimiento histórico, jamás se había envaneido con la gloria de un estadista de las prendas personales, de la fecundidad y resistencia de acción, de la elevación y extensión de miras del Sr. Cánovas del Castillo.

Las figuras más elevadas en nuestra vieja Monarquía quedan empujadas en su presencia. Ni Cisneros llevó por espacio de veinte años adelante un plan más vasto de reconstrucción nacional, ni se valió de instrumentos de mayor benignidad y grandeza de alma para realizarlo. Hay que buscar naturalezas regias para hacerle compañía. Hay que buscar sus congéneres en Fernando V de Aragón, con su perseverancia; en Carlos V, con su espíritu innovador; en Felipe II, con los hábitos de su trabajo y su prudencia.

Entre los Borbones, Cánovas es superior á Felipe V y á Carlos III, la figura más decantada de nuestros tiempos modernos. Y entre los Ministros de tantos Reyes, ni uno solo se le puede comparar.

Ni Ensenada, ni Floridablanca, ni Aranda, ni Campomanes, tuvieron un Trono que sacar

de sus pavesas, una familia augusta que rescatar de su ostracismo, campos vastos de civiles contiendas que reducir á la paz, fanatismos oboecados de escuela que arrancar de raíz, rivalidades aviesas de tradición ó de extirpe que fundir en una común concordia, un cuerpo entero legal sustantivo que establecer, una Hacienda disipada y en quiebra que reconstruir, una Administración desmoralizada que reorganizar y un país indigente de ánimo y de fortuna á quien infundir alientos viriles y á quien poner en camino de rehacer su propia prosperidad.

Estos milagros, en nuestro siglo, no se han realizado, en medio de las grandes revoluciones de Europa, más que en España y por el Sr. Cánovas del Castillo. La Alemania de Bismarck estaba preparada para los triunfos militares del Rin y para los morales que han sido su consecuencia. La Italia de Cavour se ha enriquecido con los despojos de todos los desheredados y se ha engrandecido con el apoyo de todos los auxiliares extranjeros. La Inglaterra de lord Beaconsfield ha podido levantar el emporio de su imperio colonial y marítimo sobre los grandes medios que le han prestado su hegemonía de los mares y su opulencia. La Hungría de Deak se ha rejuvenecido por las condescendientes y magnánimas concesiones de un Soberano, de indole verdaderamente paternal. La Francia de Thiers se ha reconstruído sobre los inmensos recursos de su bienestar interior y sobre su propio instinto de conservación.

Pero en España, Cánovas no encontró sino un país en todo y por todo absolutamente dilacerado. Toda la obra reconstructiva le pertenece, todo el pensamiento fué suyo y suya toda la ejecución.

El Trono, el Parlamento, los partidos, los hombres, en sus manos no han sido más que instrumentos, para convertirlos luego en la dignidad é importancia de su propia institución.

Su influencia, que ha durado veintidós años, no ha sido otra cosa que una escuela continuada de necesaria disciplina opuesta á los hábitos de una inveterada insubordinación. A esta disciplina ha subordinado, para imprimir su movimiento armónico al conjunto, todas y cada una de las diversas piezas del complicado mecanismo; y entregada cada cual á su propia potencia, dentro de su radio peculiar de

acción, ha logrado obtener la suma de fuerzas en que al morir inesperada, violenta y gloriosamente, deja constituida nuestra sociedad política y civil.

Si acierta el *Times* cuando escribe que la trágica muerte de este gran hombre de Estado deja caer una pesadumbre de simpática tristeza sobre la Reina Regente, tan respetada—porque, en efecto, el dolor de la Reina Cristina, como ella misma ha escrito á la desolada viuda de Cánovas del Castillo, la identifica é identifica á sus augustos hijos en el amargor de sus lágrimas y en la agonía de su duelo,—el *Times* compromete la elevación de su juicio cuando estima que esta inmensa desgracia, por la pérdida de un hombre de tal magnitud de talentos, proyecta una oscura sombra sobre la juventud del Rey.

La grandeza de la obra del Sr. Cánovas estriba, más que en nada, en la solidez de su propia subsistencia. Su muerte llena de dolor todos los corazones de España; pero no infunde el más leve temor en ninguno acerca de nuestro porvenir. La obra del Sr. Cánovas no se interrumpirá. Este será el último título de su gloria.

Los problemas pendientes que nos abruman serán dominados victoriosamente, sin más que continuar con fe la norma de conducta que sobre ellos el gran estadista tenía trazada. Una exquisita prudencia y una indomable energía llegarán al triunfo de nuestros problemas más abstrusos. Tal es la virtud de su disciplina, que ha de sobrevivirle por mucho tiempo, y de sus enseñanzas, que han de vivir eternas en nuestros corazones.

Como ocurre con la Reina-Emperatriz Victoria en los sesenta años felices de su reinado, la balanza del Gobierno del Sr. Cánovas, en los veintidós años de la dirección explícita ó tácita de su Gobierno, se suman en un número de beneficios sin término con que España ha alcanzado en ese tiempo los progresos notorios que todo el mundo observa y admira.

¿Quién habría de haber profetizado al señor Salaverría, en cuyas manos, al principio de la Restauración, el Sr. Cánovas recomendó el hacer el inventario de nuestra derruida Hacienda, que á los veinte años de aquella obra gigantesca el crédito del Gobierno y la prosperidad del país podía llevarnos á sostener guerras tan dispendiosas como las coloniales pendientes, sin interrumpir en lo más mínimo

ni un solo día las obligaciones ordinarias de la vida nacional, ni recurrir á las onerosas imposiciones de los prestamistas extranjeros?

¿Quién había de decir al General Marqués de Miravalles y á su mismo Subsecretario entonces, el General Azcárraga, que aquél Ejército que la Restauración improvisó, y con mil esfuerzos emancipó del yugo de su tradicional indisciplina, podría dar á las guerras de Ultramar contingentes de 200.000 soldados, modelos de valor y de virtudes militares, sin que el país opusiera la menor resistencia al sacrificio, ni las penalidades de la campaña crearan un solo descontento?

.....
 Todos estos, y otros que no enumeramos por no hacernos prolijos, son los frutos materiales permanentes deducidos de las conquistas políticas y morales hechas por el Sr. Cánovas del Castillo en los veintidós años de su poder y de la imposición de su admirable disciplina en todas las órbitas de la vida pública y civil. Estos elementos, que tan poderosamente contribuyen á la pública prosperidad, se sustentan en otras tantas fuerzas de resistencia que, alrededor del Trono y al amparo de las Instituciones creadas, garantizan la continuidad de la obra del Sr. Cánovas el Castillo, cuyo espíritu generoso y bienhechor batirá desde el cielo sus alas sobre esta Patria, para él tan querida, y que le debe tantos beneficios, para que no se pierdan los frutos de su labor.

El Sr. Cánovas, que jamás tuvo émulos en el reconocimiento que de su superioridad de pensamiento y de acción todos los hombres y todos los partidos le hacían, deja en todos los campos adoctrinados ilustres continuadores.

No ha mucho, ante cierta actitud del Sr. Sagasta con su partido, el Sr. Cánovas exclamaba:

—¡Gracias á Dios que si un día me duele la cabeza, cuenta la Patria con quien la sirva con mi misma abnegación!

Ciertas disidencias conservadoras no lo han sido de principios, ni aun de métodos de ejecución, con el partido en que se formaron hombres políticos bajo la égida del Sr. Cánovas.

.....
 Todos tienen por vínculo común la Patria y el Trono, y para defender la integridad de la primera y la subsistencia y la inmunidad

de la Corona, en las más arriesgadas pruebas de la fortuna, todos acudirían á los manes del hombre ilustre de Estado que acaba de morir violentamente, á pedirle inspiraciones de acierto y á hacerle ganar, desde el sepulcro que le encierra, su fuerza de la virtualidad permanente de sus ideas y de sus obras, las legendarias victorias que el romance atribuyó á nuestro antiguo Cid castellano, levantándolo de la tumba de San Pedro de Cardena para combatir contra los moros.

.....

¡Lloremos su muerte, pero engrandezcamos su recuerdo!

Lo que él creó está en honor de todos robustecerlo y conservarlo; y los hombres de todas las opiniones y las fuerzas conservadoras y progresivas de la Nación, creadas y estimuladas bajo el amparo del Trono y de las Instituciones, como una pifa rodearían el solio de una Reina dotada de tantas virtudes y de un Rey niño rodeado de tantos prestigios y esperanzas, para defender en ellos las salvaguardias de la Nación, si por cualquier concepto apuntase en el horizonte de nuestros destinos el más tenue síntoma de peligro.

Deja la muerte del Sr. Cánovas algunos problemas difíciles pendientes, como los de las guerras coloniales, la reconstrucción de nuestro poder marítimo y las reformas de nuestra política colonial. Estas eran las últimas cuestiones en que su espíritu batallador estaba ahora interesado, prometiéndose que, para la seguridad y los progresos del porvenir, las soluciones por él acariciadas serían el complemento de toda su labor reconstructiva desde el primer día de la Restauración. Su dolorosa muerte quita á esas soluciones el honor de su nombre y de su firma; pero su espíritu se reflejará en ellas, y de cualquier modo, sea quien quiera el que victoriosamente las realice, á él también deberá la Patria, en medio de los conflictos que pusieron esas cuestiones sobre el tapete, las poderosas iniciativas que él se complacía en ver dirigidas acertadamente á un próximo resultado.

Ya el polvo de la sepultura cubre los restos del Sr. Cánovas, pero su espíritu habrá de vivir por mucho tiempo entre nosotros; y cuando las generaciones que personalmente le han conocido y admirado pasen también y se

desvanezcan en el implacable giro de la vida, la Historia le habrá fabricado la figura gigante de su genio y el inventario glorioso de sus obras, con que su nombre jamás se extinguirá de los anales de la Patria.

La misma tragedia de su muerte, será el último título de su glorificación. Castelar no se ha engañado cuando ha dicho: «Su muerte gloriosa le abre la inmortalidad.» Un periódico ha repetido: «Su muerte, ya gloriosa por la vida, lo será mucho más por la muerte.» «Al cabo—como dice *El Imparcial*—esta trágica desventura lleva en sí envuelta la glorificación del martirio, pues muerto Cánovas por un anarquista, lo constituye en mártir de la defensa social, sentimiento que era en él tan profundo como el sentimiento de la Patria.»

* * *

Cánovas en los salones.

FOR J. P. DE. G.

«El que con diestra pluma se proponga en su día ser biógrafo definitivo de Cánovas—pues hasta hoy no lo ha sido ninguno en la extensión que demanda el estudio sobre un hombre que durante tanto tiempo ha desempeñado papel de primer orden en la política de España, siendo la palanca ya visible, ya velada, de todos los acontecimientos,—no podrá menos de consagrar muchas y muy curiosas páginas á la manera cómo su habilidad le hizo servir del instrumento de la mujer para las mayores funciones y los bien preparados éxitos de la vida social y pública.

Es un error creer que la mujer no ejerce en la Naturaleza y en la Historia sino la influencia del hogar y el sublime ministerio de la maternidad. El alma de la vida es la mujer, y mientras la sociedad es más culta, más grande y determinante es el influjo que ella ejerce. El amor, que parece ser el único objeto de su existencia, no es en ella más que su medio.

La clara penetración de Cánovas, desde los primeros pasos de su carrera, así lo comprendió; y en todas las evoluciones de su destino buscó en este resorte poderoso de la mecánica social el secreto eficaz de los resultados que se proponía. No es extraño que el que muy joven aún, y al guiar sus primeros pasos por el trillado campo de la política, escabroso pedregal de intrigas y de ambiciones, supo desde

luego meterse en el bolsillo desde las columnas de *La Patria* á Pacheco, á Ríos Rosas y á Pastor Díaz; que el que al dar con Fernández de los Ríos el segundo avance en *Las Novedades*, logró adquirir el mismo ascendiente, que ya no perdió jamás, sobre carácter tan entero como el del general O'Donnell; que el que al advenimiento de la unión liberal, de que fué el espíritu invisible, sin disputarle la jefatura, se hizo árbitro de Posada Herrera, y al venir, á la caída de la unión liberal, la reacción conservadora, se hizo árbitro de Mon, de los Conchas y de Miraflores, en todos sus caminos se buscase teatro, opinión, punto de apoyo y proyección ballística en el escenario privado.

Con estudiarle en el seno de la tertulia íntima de la difunta duquesa de Rivas, en el comedor de la condesa del Campo de Alange, todavía durante la última revolución, en los salones de la condesa del Montijo, y después de la Restauración en el comedor de la duquesa de Bailén, se despeja la incógnita de muchos de los lances de su fortuna.

La tertulia íntima de la duquesa de Rivas sólo tenía en apariencia el aspecto literario y el aspecto selectamente aristocrático, pero además era una tertulia política.

El dominio total y omnímodo de la prensa, su continuo jalear y machacar sobre los nombres que encumbra, no tiene tanta importancia en el encumbramiento de un nombre y de un prestigio, como la continua alabanza y ponderación que brota de uno de estos círculos, donde no se leen todos los periódicos y de los que, alcanzando la suprema autoridad social que tenía la casa y familia del egregio autor de los *Romances* y de *La fuerza del sino*, salen las reputaciones impuestas al resto de España y con una aureola inmortal.

Hizo Cánovas de la tertulia de la duquesa de Rivas su trono privado literario, su corte suprema de admiración, el más escogido de sus círculos sociales, y luego que se halló en completo dominio de él, allí discernió para los demás las palmas académicas, los cargos palatinos, las alturas de la diplomacia y las alturas del Parlamento: todas las distinciones, en fin, de la suprema cultura artística ó intelectual y todos los pináculos de la carrera social. La última de estas hechuras de Cánovas en el círculo familiar de la duquesa de Rivas, lleva un nombre ya glorioso para España: llámase Marcelino Menéndez y Pelayo.

El comedor de la condesa del Campo de Alange, tenía una significación muy distinta. Allí la musa reinante era la política. ¡Pero con qué resortes! La agudeza del ingenio estaba á puja entre la ilustre señora y el comensal ilustre. Allí, á fuerza de sátiras del aticismo mejor templado, se domesticaba á las fieras del Parlamento, y cuando la nota se extremaba y el chiste resultaba un poco duro, había un tácito pacto entre la egregia dama y el egregio político, mediante el cual el ingenio sarcástico echaba el peso de la originalidad y de su responsabilidad á la sarcástica dama y ésta al político; de modo que se hacía difícil desentrañar la procedencia efectiva del chiste.

Es indecible el número de los caracteres enteros que allí tuvieron que plegar las alas de su inflexibilidad, y aunque las anécdotas que de aquella casa surgían con velocidad eléctrica corrían por todos los altos círculos de Madrid, las víctimas propiciatorias se despepitaban por ser comensales de aquella mesa y justadores de aquella lid. Si se formara un libro en que se recogieran solamente algunas de las frases gráficas, de los moles típicos, de los lances paradójicos y de las escenas cómicas que de allí salieron ó que allí se prepararon, no habría entre los hombres de ingenio Gracianas y Quevedos templados y suficientes á modelar tantas formas picantes de gracia y de talento.

Esta labor no era estéril, sino la primer fuente de subordinación que Cánovas tuvo, antes de ensayar en edad más madura los resortes de disciplina puestos en juego para someter á las unidades de autoridad moral que él formó tantos espíritus discolos, tantos engrimientos pretenciosos, tantas posiciones resistentes, tantas tendencias exclusivas y tantos vuelos de la ambición.

El que ha descrito recientemente en *La España Moderna* los salones de la condesa del Montijo, podrá excusarse aquí de fijar la manera cómo el talento de Cánovas los aprovechó como instrumentos de su carrera é instrumentos de su política. La condesa del Montijo, al fin y al cabo, era la madre de la española ilustre que compartía en París con Napoleón III el trono imperial de Francia: y aunque la egregia dama excluía de su casa todo reflejo de parcialidad política, era, á pesar de su deseo, y significaba en la opinión de propios y extraños una verdadera sucesión diplo-

mática del palacio de las Tullerías. Frecuentar aquellos salones equivalía á ponerse en inmediata relación social con todo el alto elemento diplomático de todas las potencias del mundo. ¿Cómo Cánovas no había de procurar ejercer allí directas influencias y hacerse partícipe y muy partícipe de su ambiente?

Los salones de la condesa del Montijo sirvieron á Cánovas de íntima tribuna, principalmente desde la caída del ministerio largo de la unión liberal hasta la muerte del general Narváez. De allí partieron todas sus exhortaciones y todos sus augurios para que llegara á augustos oídos el eco de la tempestad que se fraguaba. De allí partieron y allí se formaron las combinaciones ministeriales de 1864, de 1865 y de 1866, en que personal y sucesivamente él pasó por las carteras de Gobernación, de Ultramar y de Hacienda.

Y después de su destierro, al caer del poder, desde aquellos salones contribuyó á hacer sentir el peso de su influencia hasta en el mismo Trono.

Otra vez, durante la revolución, y sobre todo desde la renuncia del Rey Don Amadeo, sirvióse Cánovas del ascendiente por él conquistado entre las damas de la sociedad aristocrática que frecuentaban los salones de la condesa del Montijo, y ya también los de la marquesa de Portugaleta y los de la condesa de Vilches, para sugerirlas á hacer en los templos con públicas demostraciones la reacción moral de la religión y de la fe, y á hacer en las calles, en la Castellana, en la Plaza de Toros, en todas partes, la reacción material en pro de la causa del Príncipe D. Alfonso, restando á las muchedumbres anárquicas con la mantilla blanca y el prendedor de la flor de lis.

Y el movimiento que con esto produjo fué tal y de tal empuje, que sus resultados pronto se vieron, como si aquel ejército inerme y encantador hubiera traído sobre Madrid y sobre toda España los ejércitos de Moltke y los cañones del cerco de París.

El comedor de la duquesa de Bailén, después de la Restauración, tuvo un carácter más conciliador y más pacífico. Alonso Martínez fué uno de sus más asiduos comensales; y Cánovas con Alonso Martínez echaron en aquellas comidas firmes cimientos para la concordia civil, que desde entonces impera en los partidos avanzados de la política y para las

transacciones mutuas de la obra definitiva constitucional.

Cuando los partidos se definieron y se establecieron de una manera permanente, los dos campos atrincherados de la contienda constitucional, los salones de las altas damas perdieron alguna parte de su eficacia, aunque no toda; pero la situación de las cosas permitió á Cánovas hacer la vida más concentrada, y uniéndose á doña Joaquina de Osma, convirtió su morada de la Huerta en el centro de su estrategia política.

Ya es lícito decirlo: Cánovas del Castillo, que en medio de su gran posición política pasó la vida, así en su casa de la calle de la Madera Baja como en la de Fuencarral (1), casi como un huésped y un pupilo, aunque rodeado de servidores que adoraban en él, no tuvo un verdadero hogar, una verdadera familia (pues su primer matrimonio duró pocos años), ni gozó de las inefables dichas y de los tiernos cuidados que nacen del fondo de los cariños domésticos, hasta que avanzado en años tuvo la suerte de enlazarse con la esclarecida dama que en estos momentos llama hacia sí la compasión, la simpatía, la veneración y el respeto de todo el mundo.

Todos los afectos de que durante su vida Cánovas había carecido (2), en su distinguida esposa los encontró, y ésta ejercía sobre aquel ánimo los influjos de reina y señora, de esposa y de amiga.

Llenaban, como siempre, su corazón y su mente los latidos de la Patria, las demandas del Trono, la custodia de un cetro reservado para un Rey que aún es un niño, el honor de su nombre, la seguridad de su obra, la expectación del mundo y el juicio de la Historia. Pero en este juicio, en esta expectación; en aquellas seguridades, en aquel renombre, en aquella custodia, en aquellos deberes y en aquellos sentimientos sublimes, iban envueltos un re-

(1) Vivió antes en familia ó en compañía de su señora madre y de su hermano, el coleccionador de este libro.

(2) Para el articulista, según esto, no son afectos los de los padres y hermanos. Cánovas perdió casi niño á su padre: pero su madre vivió bastantes años, no pocos de ellos, en Madrid.

cuerdo permanente, un culto continuo, un rendimiento perpetuo en aras de la que era la comparticipación de sus glorias.»

*
* *

El corazón y la cabeza en la revolución española.

POR D. MANUEL TROYANO

En el interesante trabajo que lleva ese título, publicado en el *Almanaque de El Imparcial* para el presente año de 1901, y en que se habla de Jovellanos, Riego, Espartero, Narváez, O'Donnell, Prim, Castelar y Cánovas, su autor, el Sr. Troyano, que nunca fué muy benévolo con el último, á juzgar por sus artículos, ó los que le han atribuido en dicho periódico, después de consignar que el pleno dominio de la inteligencia, fuerza capital del siglo XIX, comienza en la política española cuando llegan á ser figuras culminantes de ella Castelar y Cánovas, los cuales representan una influencia marcadísima, intensa, permanente, siendo Cánovas todo el aspecto conservador de la Restauración y de la Regencia en su fondo y en su forma, y Castelar todo el lado reformador y progresivo en la sustancia y en el procedimiento, escribe del primero, ó sea de Cánovas, lo que sigue:

«Cánovas es el intelectualismo en su más alto grado; pero el intelectualismo que no se sobrepone á los efectos de nuestra educación secular. Por eso mismo, por lo que responde á la estructura mental que esa educación ha dado á la raza, su predominio es mayor sobre los cerebros de sus contemporáneos afines.

Su potencia discursiva es enorme. Baja siempre partiendo de un principio ó de un apotegma, verdadero ó falso, que él mismo, con autoridad pontifical, ha establecido; pero baja con tal vigor, que se lleva por delante todo lo que encuentra. Ese vigor espanta á cuantos piensan en la misma forma y los somete incondicionalmente. Cabe decir que bajo su poderío intelectual, el servilismo sube del corazón á la cabeza.

Guarda el cerebro para lo grande y el corazón para lo pequeño. Así se produce un desnivel, por donde caen muchas cosas.

Estima á los hombres exclusivamente por el

talento, y mientras mira con simpatías á un malvado inteligente y vivo, aborrece, y aun persigue con sus epigramas y sarcasmos, á un tonto de buena fe.

La conciencia de su extraordinaria fuerza intelectual, probada en las lides de la política, le hace presumir que lo podría todo si tuviera instrumento adecuado, y culpa de las deficiencias de su acción á España entera. Mira siempre hacia afuera, nunca hacia dentro, y no llega á notar que, venciendo fácilmente á los demás, nunca se vence á sí propio.

Establece como un hombre de Estado las bases de la Restauración, y después deja á subordinados suyos trabajos importantes y trascendentales, á fin de disponer de tiempo suficiente para mostrar en salones y Academias sus omnilaterales talentos. A pesar de ello, los de observación é inducción no se corresponden en magnitud con los del orador, el polemista, el combinador de pasiones é intereses para llegar á un determinado fin, el conocedor de los resortes de gobierno, el bibliófilo, el erudito, el tratadista de cien diversas cuestiones, el hacedor de frases y epigramas. En el pedazo de cuarzo aurífero, ve el cuarzo, pero no ve el oro, y arroja con desdén el pedrusco. Pudo en los primeros tiempos de la Restauración cultivar gérmenes de vida y prosperidad, pues era omnipotente, y los deja soterrados bajo las rutinas, los intereses menudos y aun los enormes. En los últimos años no hace de las energías que España había depositado en sus manos aplicación provechosa:

Su inteligencia revelaba en grado gigantesco lo que de ella sobra y falta en nuestra vida pública. Foco potentísimo, hallábase colocado de manera que la mayor cantidad de luz caía sobre la persona del grande hombre, no sobre la Nación. Una muerte trágica viene á aumentar el relieve. Y cada día se nota con mayor claridad que la extraordinaria fuerza cerebral era lo suyo, y las deficiencias corresponden á su tiempo y á la contextura mental dada á la raza. Esto explica muchas cosas.

En esta rápida excursión á través de la vida pública de nuestro país durante el siglo, los dos grandes motores, el corazón y la cabeza, se nos presentan en proporciones muy diferentes. Si esto se nota en las cumbres. ¿qué será en las hondonadas?»

Recuerdos de la juventud.

POR EL CONDE DE CASA-VALENCIA

En el libro que con ese título ha publicado recientemente el conde de Casa-Valencia, habla de haber tratado por primera vez en 1846 á Antonio Cánovas del Castillo, y que á partir de 1847 se matricularon siempre el mismo día, para estar juntos en la cátedra, el propio Cánovas, Alejandro Groizard, Fernando Rodríguez Pridal y él. Refiere que habiéndose establecido los premios que indica y á que sólo podían aspirar los que hubiesen obtenido la nota de sobresaliente, resolvieron hacer oposición á ellos los citados, á excepción de Groizard y otro condiscípulo llamado Gago, y dándose un nuevo ejemplo de que no siempre gana en las oposiciones el que más vale, siendo Cánovas el de más talento de los cuatro, obtuvieron los premios por unanimidad Rodríguez Pridal y él.

En el curso académico de 1847 á 1848 se matriculó Alcalá Galiano, ó sea Casa-Valencia, con Cánovas en la asignatura de literatura, en la que tuvieron por condiscípulo á Castelar, que desde entonces fué querido amigo de ambos, recordando una sesión solemne en que tomaron parte los tres, y que ha referido el Sr. D. Pedro Novo y Colson en artículo sobre Castelar, publicado en la *Ilustración Española y Americana* de 29 de Febrero de 1896 con el epígrafe *Anécdotas auténticas de españoles célebres.—Desde estudiante á jefe de Estado.*

« En 1848—dice el Sr. Novo y Colson—Castelar estudiaba el curso preparatorio de Derecho y las materias de literatura general y española. Todos los sábados celebrábase academias en la capilla de San Isidro, donde los alumnos discutían temas capitalísimos de dichas asignaturas.

Allí se dió á conocer Castelar como orador, produciendo sus discursos la misma emoción que más tarde produjeron en el Ateneo, en las Cortes, en las reuniones públicas y en la cátedra universitaria.

Allí también comenzó Cánovas del Castillo á hacerse notar, siendo el asombro de sus condiscípulos y de sus maestros.

El renombre de las academias literarias y de los oradores jóvenes había despertado gran interés, y cierto día presenciaron una sesión los más altos funcionarios de la enseñanza oficial,

como Seijas Lozano, Gil y Zárate, Revilla, Pastor Díaz, etc.

Un alumno debía leer el meditado discurso; otros dos le harían objeciones orales. Los catedráticos designaron á Cánovas para la lectura, y á D. Emilio Alcalá Galiano y á Castelar para las objeciones.

El tema elegido fué: «¿Cuál de las regiones conocidas favorece más la expresión estética en el arte y á la poesía?»

—Yo mantendré la superioridad del paganismo para este fin—dijo Galiano.

—Y yo la del cristianismo—exclamó Castelar.

—Y yo, ¿cuál?—repuso Cánovas.—Habéis elegido lo mejor; pero como no se trata de profesar doctrinas, sino de mantener controversias, apечugaré con el panteísmo.

La sesión resultó maravillosa. Cánovas, después de leer su discurso, asombró á todos con sus réplicas brillantes, profundas, acertadísimas. Castelar pronunció una oración religiosa que hizo llorar y creer á los más racionalistas. Alcalá Galiano deleitó con su sabiduría y corrección de estilo. Una ovación inmensa y sin precedentes premió el talento de estos excepcionales discípulos.

Al concluir el acto el rector, D. Nicomedes Pastor Díaz, los llamó á su presencia y les dijo con acento de convicción profunda: «Sr. Cánovas, usted será un gran orador político; señor Alcalá Galiano, usted será un gran orador forense; Sr. Castelar, hágase usted cura y será el primer orador sagrado de este siglo.»

En ese propio artículo cuenta al final el señor Novo y Colson que, aleccionado por la experiencia, decía años después Castelar: «Las tres cosas que se me han indigestado en la vida son: los percebes, los versos y la federal. No volveré á probarlos.»

La parte del artículo transcrita, según el conde de Casa-Valencia, contiene tres equivocaciones. El tema elegido para el discurso fué: «¿Cuál es la religión que más favorece la inspiración poética?» Cuando nos lo comunicaron se apresuró Castelar á pedirnos á Cánovas y á mí, que tuvimos gusto en complacerle, que le dejáramos el catolicismo, lo que no hubo de causarnos sorpresa, por saber que su lectura preferida eran nuestros escritores sagrados, y *El genio del cristianismo* y *Los mártires*, de Chateaubriand. Elegí yo entonces el paganismo, y Cánovas el ateísmo para lucir su incomparable

ingenio con brillantes paradojas. Después de oír su elocuente discurso y de felicitarle cordialmente, aconsejamos todos á Castelar que siguiera la carrera eclesiástica, pues sería predicador de primer orden.»

* * *

La herencia de Cánovas.

FOR C. T. C.

Tomamos de *La Epoca* el artículo que lleva dicho título y dió á luz dicho periódico á poco de la muerte del Sr. Cánovas, encabezándolo de este modo:

«Un importante conservador, que por su posición social, sus servicios al partido y la influencia que ejerce en una provincia debe ser considerado como voto atendible, nos remite el siguiente artículo, en que con completa franqueza expresa lo que piensan de la situación actual muchos conservadores de provincias (1):

«Será cosa de alquilar balcones para ver lo que pasa cuando yo me muera.» Esta frase se atribuye al fecundo ingenio de D. Antonio Cánovas del Castillo, y aun cuando puede no ser cierto que sea suya, es oportuna, porque, en efecto, en todos los partidos la guitarra está templada para mucha música.

En cuanto al conservador, sería de desear que nos mostráramos completamente unidos en esta jornada luctuosa, y ponemos la esperanza en Dios de que con su gracia iluminará los entendimientos; pero bueno es que en Madrid se sepa cómo se piensa en provincias.

Es cosa corriente que en todo *ab intestato*, cuando no hay acuerdo en la familia, la herencia es para la curia; y si esto no se tiene presente en estas circunstancias, pudiera suceder que el partido conservador saliese de ellas perjudicado para mucho tiempo.

La necesidad de que este partido huérfano se mantenga unido, fué reconocida desde el momento en que el estupor que produjo el crimen dió lugar á la reflexión en nuestros hombres públicos.

El Sr. Romero Robledo proclamó esta necesidad en el Círculo conservador de Madrid,

(1) No es menester ser muy lince, teniendo en cuenta las iniciales y lo que dice *La Epoca*, para comprender que el autor del artículo no puede ser otro que el señor Conde de Torres Cabrera.

haciendo algunas salvedades que no sentaron bien, y como el Sr. Romero Robledo no es, ciertamente, un político adocenado, guardó silencio, dejó correr la bola y espera los acontecimientos.

El Sr. Silvela rindió el justo tributo de dolor por la desgracia, se ofreció al General Azcárraga dispuesto á facilitar la acción de la Corona; pero sostuvo su banderín de enganche.

Los Presidentes de ambas Cámaras legislativas adoptaron una actitud correcta, porque el Sr. Elduayen se mostró propicio á dejar su alto sitial para facilitar soluciones, y el Sr. Pidal separó de sí el cáliz de la jefatura, ensalzando ajenos merecimientos. Y no hay para qué decir, porque son públicos, los sacrificios á que se resignó el General Azcárraga, secundado por sus compañeros en el Gabinete, ni la actividad con que los Comités de las provincias se ofrecieron al Gobierno para sostener la política del gran estadista.

Por otra parte, los periódicos de mayor circulación ofrecieron solícitos al Sr. Silvela la funesta manzana con que podía turbar más y más pronto la paz amenazada. Al General Martínez Campos, que con patriótica cautela reservaba sus opiniones, le tiró de la lengua un amigo indiscreto, y *El Nacional* le agredió de frente; *El Tiempo* acentuó sus exclusivismos; *La Unión Católica* tronó de una manera formidable contra el Sr. Silvela; *La Epoca* no dió paz á la mano en su noble afán de sofocar el incendio, y entre las llamaradas de pasión destacóse la hermosa figura de S. M. la Reina Regente, confiando en que los cumplidos caballeros de la Nación española, que mereció el epíteto de hidalga, no han de llevar sus personales ambiciones hasta entregar indefensos al filibusterismo los ricos florones de la Corona de su augusto hijo.

Si predominan las pasiones y no se impone el patriotismo, es evidente que el partido conservador caerá dividido en fracciones para no levantarse en mucho tiempo.»

«¿Es posible que los hombres públicos, cuyos talentos les colocaron en situación de ser en política los testamentarios de D. Antonio Cánovas del Castillo, no vean claro esto? ¿Es posible que, viéndolo, haya quien emprenda este camino de perdición, que puede precipi-

tar á España en el abismo? No, y mil veces no. Los que aprendieron á pensar en la cosa pública teniendo por maestro á aquel hombre eminente, no han podido olvidar aquella política de ANCHA BASE en que cimentó el gran estadista la obra gigante de la Restauración dinástica, y saben perfectamente que en las luchas políticas, no siendo posible exterminar al contrario, el triunfo consiste en atraerlo, en asimilarlo, en hacer que desaparezca, engrosando las propias filas; y de esta manera, y no de otra, fué como D. Antonio Cánovas reconstituyó el ancho pedestal en que se levantó de nuevo la antigua Monarquía.

Saben también los que aspiran á constituir por selección un nuevo partido, que los átomos homogéneos y asimilables están esparcidos en todas las fracciones; que al efecto de que la cohesión nos una, es indispensable arreglar las cosas de manera que no resulten distancias perceptibles; y si, lejos de hacer esto, se empeñan en marcar distancias y en dificultar el camino con la exigencia de públicos ressellamientos, trabajan indudablemente en su propio daño.

Por otra parte, los que, si se perpetúan las intransigencias, pudieran ser una esperanza, han de comprender que la inflexibilidad en los principios no está reñida con la ductilidad en los procedimientos. Tendrán presente que el gran hombre á quien como político combatieron á raíz de la Restauración, los atrajo después como filósofo.»

.....

«D. Antonio Cánovas del Castillo, á quien cándidamente se acusa por alguien en estos días de haber subordinado la política á su capricho, ha sido precisamente el hombre á quien menos se puede imputar semejante conducta desde que existe en España el régimen constitucional.

Atento siempre á las necesidades del país y del Estado, nadie como él subordinó sus deseos á aquellas necesidades; nadie, abrigado como él arraigadas convicciones de lo que debiera ser el Gobierno, acomodó sus pasos á las circunstancias de lugar y de tiempo; nadie, cuando el triunfo contra la revolución debía enorgullecerle, hubiera brindado, como él lo hizo, con aquellos laureles al General D. Ramón Cabrera, quien seguramente hubiera eclipsado una gran parte de sus glorias si,

aceptando la jefatura de uno de los partidos políticos militantes, hubiera recogido los elementos reaccionarios que, abundantes, poblaban la atmósfera en aquellos momentos; nadie como él hubiera renunciado espontáneamente á la dictadura, que se le ofrecía fácilmente á la muerte del Rey D. Alfonso XII, y como nadie ha tenido tan absoluto dominio sobre sí mismo, tan claro conocimiento de los hombres y de las cosas ni tan acendrado amor á la Patria; nadie tampoco hubiera podido conseguir un deleite mayor para su espíritu como el que, absortos, tuvimos la dicha de verle disfrutar, sentando á su mesa las dos águilas de nuestra tribuna: Pidal y Castelar; engolfándose en disquisiciones histórico-filosóficas y reconociendo ambos el respeto indiscutiblemente debido á las actuales Instituciones.

La política, pues, de aquel hombre eminente, es la política que se impone en estas circunstancias.» (1)

.....

C. T. C.



CÁNOVAS

POR EL CONDE DE ESTEBAN COLLANTES

Los anónimos (2)

La Epoca recogió del señor conde de Esteban Collantes, que se encontraba en Avila, anécdotas de la vida del Sr. Cánovas:

«—Muchas tengo, en efecto—contestó el conde de Esteban Collantes.—Durante la Restauración, no sólo fui subsecretario de la Presidencia, sino que viajaba, vivía y no me separaba nunca del Sr. Cánovas. Tengo el propósito de dar al público, pasado algún tiempo, pormenores íntimos y documentos muy curiosos referentes á los primeros años de la Restauración. Ahora, como usted comprenderá, con la enfermedad de mi hija y con el aturdi-

(1) No se ha seguido, por desgracia, aunque otra cosa se haya supuesto.

(2) No recordamos, porque en otro caso lo hubiéramos reservado para los fines de esta obra, haber visto en *La Epoca* lo que *Las Provincias de Levante*, periódico de Murcia, publicó y copiamos aquí, en su número correspondiente al 21 de Agosto de 1897.

miento que me ha producido el trágico suceso de Santa Agueda, no estoy, realmente, para nada.

—Tengo entendido que en varias ocasiones se amenazó á Cánovas, por medio de anónimos, con asesinarle.

—Es cierto. Precisamente de lo primero que habré de tratar, con motivo de los recuerdos de que he hablado á usted, es de las diferentes veces que le amenazaron de muerte.

Muchos anónimos recibió en ese sentido, y era completa la despreocupación con que él los acogía, comentándolos conmigo cuando le daba cuenta de ellos con gran indiferencia, y las más de las veces en broma. Precisamente cuando la abolición de los fueros recibió muchos anónimos, diciéndole que le iban á asesinar, y él me decía: «Tengo tal conciencia de que, dentro de la conveniencia del país y de mis deberes, he hecho lo que nadie se hubiese atrevido á intentar en beneficio de las Provincias Vascongadas, que, conociendo la hidalguía de los vascos, estoy seguro que ellos lo comprenderán y que nadie me hará daño alguno, y para probarlo iremos tan pronto como pueda á Santa Agueda.»

Con efecto, yo estuve con él el verano del 78, y todas las tardes salíamos solos en coche y volvíamos de noche, y jamás nos ocurrió nada.

Pero al regresar á Madrid ocurrió un suceso muy curioso. Nos habían anunciado por anónimos que en el viaje de regreso sería asesinado en el tren. Iguales anónimos habían recibido algunas autoridades del tránsito, que me lo comunicaron en Vitoria y Burgos.

Cánovas no había hecho el menor caso; pero yo iba ya prevenido. Habíamos pasado la estación de Venta Baños; me mandó cerrar las cortinillas de las farolas que daban luz al salón y me dijo:

—Yo me voy á recostar en el sofá; recuéstese usted en el otro, y á dormir.

En efecto; se echó sobre el sofá, y yo, aunque hice lo propio, no quise dormir, por si acaso ocurría algo. No habían pasado diez minutos, cuando de pronto se abre la portezuela lateral y entra precipitadamente un hombre. Me avalancé á él en medio de la obscuridad para sujetarle, cuando le oí exclamar:

—No se asusten ustedes, soy Ramón. Me bajé en la última estación, echó á andar el tren antes de lo que yo pensaba, y corriendo

he podido subir al estribo de uno de los últimos coches, y por los estribos y con gran riesgo y miedo he venido hasta encontrar la portezuela del salón.

Excuso decir á usted el susto que me llevé con la entrada brusca de aquel dichoso Ramón después de las noticias que habíamos recibido del proyecto de atentado. Cánovas, sin embargo, no hizo más que incorporarse y decirle:

—Podía usted haber reservado su aparición para otro coche, con menos riesgo de su persona y mayor descanso de las nuestras.»

*
*
*

Castelar velando á Cánovas

POR DON LUIS MOROTE (1)

Comienza este precioso artículo por el imponente silencio y la tranquilidad que reinaba en el balneario de Santa Agueda, de madrugada, formando contraste el sosiego de muerte de la avanzada noche y el ruido y el movimiento y la confusión irrespetuosos de todo el día, durante el que, caravanas de curiosos romeros, atraídos por la resonancia de la desdicha, trocada en acontecimiento nacional, desembarcaban cada momento en la puerta de los baños y se hacían mostrar el lugar del crimen.

A dicha hora todo dormía en el balneario de Santa Agueda; todos se habían refugiado en sus cuartos vencidos por la fatiga física y moral, á excepción de dos personas, que desafiaban el cansancio con firme tesón, sostenidas por el dolor, que hace milagros de resistencia.

Esas dos personas que estaban en pie velando el cadáver, formando trinidad moral de afectos, de sentimientos, de pensamiento, eran la viuda de Cánovas y D. Emilio Castelar, que había separado breves minutos del lado del amigo entrañable, amigo de la juventud luminosa y de la vejez robusta, emocionado, conmovido, atribuladísimo, rota el alma por el dolor inenarrable de una afección que se inmortaliza, que no contesta á ninguna interrogación por el porvenir de la Patria española, y que lo único que dice, más como gemido que

(1) Sentimos no poder reproducir íntegro este notable y sentido artículo del Sr. Morote, que publicó *El Liberal* en su número del 12 de Agosto de 1897.

como frase, es: «No quiero pensar, porque no quiero que al dolor del corazón se una el dolor del pensamiento.»

La viuda de Cánovas, exaltada por la pasión de su pena, tan intensa, tan honda y tan sinceramente sentida, que tocaba los límites del extravío y de la locura, aplicables en su situación, que desgarraba sus entrañas como desgarró la bala los senos del cerebro privilegiado de un gran pensador y de un estadista grande en el siglo, se había negado á ver á nadie, prohibiendo hasta el acceso de la mortuoria cámara á todos menos á Castelar.



Y más adelante:

«Castelar repetía con su prodigiosa memoria, á modo de rezo y de oración fúnebre, las elocuentísimas palabras de uno de los más elocuentes oradores de España. Palabras del muerto y del vivo dignas, en que se encerraban vibrantes sus merecidas glorificaciones. Palabras que son de Donoso Cortés:

«Sócrates no fué tan grande por la vida que vivió como por la muerte que le dieron; él debe más á la cicuta que á la filosofía. El mundo se hubiera indignado contra Roma, si hubiera permitido Roma que César muriese de la muerte de los demás hombres; su gloria fué tan grande, que mereció ser coronada con un grande infortunio. Morir en su lecho es cosa apenas permitida á Cromwell. Napoleón debió morir de otra manera, debió morir vencido en Waterlóo, proscrito por Europa. Un sepulcro fabricado por Dios para él en una isla desde el principio de los tiempos, debía contener sus cenizas; un ancho foso debía separarlo del mundo, y en este foso hervir y bramar el Océano.»

Esas palabras hermosas, con la hermosura de la elocuencia verdadera, eran pronunciadas por los únicos labios vivos que en esta tierra de España han superado todos los prodigios de la oratoria de todas las edades y de los pueblos todos: la oratoria de Castelar. Transfigurado como él se transfigura, esta vez más que nunca por el dolor, fuente perdurable de los mayores prodigios de la elocuencia humana, Castelar no podía tributarle á su hermano del alma tributo más apasionado que esas frases ardientes que ungíanle como uno

de los más grandes hombres de la Historia de España, por la vida y por la muerte.

Si posible hubiera sido obrar el milagro de una resurrección de Cánovas, ese milagro sólo podía obrarlo arrancándolo á la muerte, déspota poder á ninguno otro comparable, Castelar con su palabra. Por ella, por el genio de la palabra, aun en los períodos en que más separados estaban en su empresa militante por ideas tan radicalmente contrarias, se fundieron en una las dos almas que por la vida corrían emparejadas: el alma de Castelar y el alma de Cánovas. De uno á otro espíritu iban corrientes de entusiasmo que mutuamente caldeábanse en la fe incontrastable de ese instrumento de soberanía de los modernos tiempos: la palabra.

Cuando tantas veces juntos habían estimado y admirado la profundidad y la hermosura de las palabras de Donoso Cortés, ¡quién le dijera á Cánovas que un día le fuesen aplicables! ¡Quién á Castelar que las había de repetir al borde de la tumba de su amigo, cortada la vida del grande hombre por un crimen.»



«La cámara mortuoria es una amplia sala. En el centro de ella, y en dirección de Norte á Mediodía, descansa el cadáver de D. Antonio Cánovas del Castillo. Está encerrado en la caja. Su rostro tiene el blanco del mármol. Parece por el reposo de sus facciones, alteradas por la muerte, y por su frío de eternidad inanimada, una estatua yacente. El criminal término puesto á su vida, las heridas por donde se escapó á torrentes su sangre, le han dado á los rasgos de su fisonomía esa severidad y esa falta de ser de las estatuas propias.

El muerto, que ha gozado todos los honores de la tierra, viste, sin que nada los recuerde ni los empafte, modesto traje de levita, sin una cruz, sin una condecoración, que en tal momento respetan su grandeza todas esas pompas y vanidades de humo para el mérito verdadero. El que está junto á él, el cerebro superior que le vela, el espíritu de selección maravillosa que acompaña como igual á la grandiosidad aquella sin vida, presenta el mismo aspecto. También viste negra y modestísima levita, cuya pureza de toga no ofendieron jamás distintivos mundanales.

El muerto y el vivo, los dos magnos espíritus amigos, son dos plebeyos, con la majestad

inmensa de una plebe que por su genio, por su intelectualidad, se ha hecho señora de su Nación. Allí están, vivo y muerto, las dos primeras figuras de España. El uno lo fué y el otro lo es por la sola fuerza de su voluntad poderosa, por la energía mayor del humano planeta, por el verbo divino de la palabra. Sin dinero, sin fuerza, sin tradición, sin ninguna de esas energías sociales que todo lo avasallan, todo, todo lo dominaron y lo fueron. ¡Lección profunda de los tiempos, el cuadro que forman esos dos plebeyos ilustres que todo lo dieron á su Patria! ¡Ejemplo para meditado ese poder de la palabra y de la idea, de los pueblos directora, sin armas! ¡Eficacia grandiosa de la fe en sus convicciones, en su voluntad y en sus propósitos, que nada rindieron!

Y cuando se los contempla así, viene á la mente, sin casi necesidad de reflexión, la idea de la incontrastable, de la poderosísima influencia de Castelar sobre la inteligencia y sobre la voluntad de Cánovas del Castillo, influencia de tal modo eficaz, que dentro del espíritu de lo existente vino á infundirle, en todo lo que cabía infundirlo, el espíritu de la revolución gloriosísima que aún continúa en todas sus substancias vivas, hasta dar por resultado lo que Castelar llamaría con frase feliz la *prescripción de la libertad*.

Por esa influencia incontrastable de Castelar, tanto ó más que por la convicción de Cánovas, era todo lo vigente de una radicalísima impotencia para destruir la libertad ganada. Podrían no amarla, pero no podían acabar con ella. Y porque la libertad era y es un hecho y un derecho, aún existimos los españoles, en medio de las miserias y desdichas de la luctuosa guerra de Cuba y de nuestra situación general, sin ventura en el mundo.

Sin formar juicios políticos, sin adelantarnos á los juicios de la Historia, es para admirada en esta hora solemne en que todos nos descubrimos ante una muerte desastrosa, esa amistad entre Cánovas y Castelar, esa influencia de que tantos testimonios hay en los hechos recientes, que están presentes á todos y que no necesitamos recordar.

La amistad es una de las cosas sólidas y grandes y respetables de la tierra, la sola cosa que desafía las impurezas de la vida política. Olvidemos de lo que cada uno sentimos y creemos, para inclinarnos ante ese espectácu-

lo que significa la consagración de la excepcional figura de Cánovas, con el sólo hecho de rezar junto á su fosa, aún no abierta, el gran Castelar, cuyo rostro se inunda de lágrimas y aparece iluminado, convulso, por el dolor sin nombre.»

* * *

«Ha amanecido. Un día brumoso, triste, feo. El cielo, encapotado, como si acompañase al estado de tribulación, de malestar, de inquietud, en que todos los que hemos presenciado este gran dolor nos encontramos. Castelar ya no vela el cadáver. Está en el salón, inclinándose sobre el pecho su cabeza. Todo el cuadro que por la noche vimos se ha disipado, se ha difuminado, y hasta su noción real y sugestiva se ha perdido en las brumas de la mañana. Con ella se han ido todos mis pensamientos, dejando un vacío grande, un aplamamiento tal, que no pienso, que no escribo, que no veo...

Y está únicamente fija en mi retina, grabada con caracteres indelebles en mi mente, la visión del rostro de mármol de Cánovas del Castillo, como si lo viese ya cual estatua que reposara con la majestad de la piedra en San Francisco el Grande.

Una última vez, y acompañados de Castelar, entreabrimos la cámara mortuoria... No lo podemos ver; su esposa se ha abrazado al cadáver y lo cubre con su cara, con sus brazos, con su cuerpo. Aquel dolor causa espanto. Son la muerte y la locura que se dan un beso. Y las manos, las manos de Cánovas del Castillo, blancas, blanquísimas, levantadas por un movimiento de la que fué su compañera querida, que le da el último adiós, parece que se alzan y dictan órdenes con la soberana voluntad que fué su genio...»

LUIS MOROTE.

Santa Agueda, 10 Agosto.

* * *

Carta de D. Francisco Cortejarena al Marqués de Valdeiglesias

Portugalete 19 de Agosto.

Excmo. Sr. Marqués de Valdeiglesias.

Querido amigo: De regreso á ésta, después de haber rendido el último tributo de respeto

y cariño á nuestro ilustre jefe, D. Antonio Cánovas del Castillo, quiero consignar mis impresiones al visitar el féretro en la cámara mortuoria.

Entraba el día del entierro por la galería artística de la casa, y ya la perspectiva de aquella mansión me produjo una gran tristeza al contemplar la falta en ella de las estatuas y demás objetos preciosos que habitualmente la embellecen, cubierto el blanco suelo por su parte central con un paño negro y sintiendo bajo mis plantas el roce de la arena allí dejada por la multitud que había acudido á rendir el último tributo al cadáver del Presidente del Consejo de Ministros.

Algunos pasos después encontré á la señora de Cánovas, y por la expresión de su mirada pude comprender su estado moral en aquellos momentos, limitándome á dirigirle algunas palabras de consuelo. Preciso es haber tenido la desgracia de perder la compañía eterna de la vida, consagrada por el sacramento, para comprender la pena que aflige al ánimo al pensar en la forzosa separación de dos almas que se compenetran y que viven una para otra.

Cada momento que pasaba era mayor el número de personalidades notables que se reunían en aquella galería, y la desconsolada viuda hubo de retirarse, sin duda, para contemplar un postrer momento los inanimados restos de su esposo. Poco más tarde estaba yo situado en la baranda que separaba el espacio ocupado por el féretro del resto de la hermosa sala del vestíbulo, entonces cubierta toda de negros paños.

Colocado junto á la familia del hermano del finado, D. Emilio, y detrás del señor Marqués del Pazo de la Merced, ví levantarse á la viuda después de haber estado de rodillas rezando y sollozando al lado de su difunto esposo. En este momento hube yo de decir á la señora de Osma que pasara al otro lado de la baranda, y al mismo tiempo indiqué al dicho señor Marqués que me quedaba allí vigilando, por lo que pudiera ocurrir á la señora de Cánovas, á juzgar por la característica expresión de su semblante. Pasaban unas tras de otras muchas personas hincando la rodilla ante el hermoso crucifijo colocado en la cabecera, y llegó el instante más imponente. De pie la acongojada viuda, preparadas ya las bondadosas personas que con anhelo querían honrarse llevando la preciosa carga, creí vislumbrar en todos

una dolorosa cuanto natural incertidumbre.

La señora de Cánovas, en actitud digna, severa, reprimiendo su profundísima emoción, no daba orden ninguna. ¡Cómo había de darla! Aquellos señores, sin decidirse á levantar el féretro, temiendo pecar de solícitos... al fin se decidieron y emprendieron su camino, dirigiéndose á la puerta principal, donde esperaba el carro fúnebre; detrás seguía la viuda; detívose en el umbral, saludó con digna actitud á la muchedumbre, que respetuosamente se descubrió, y volvióse á sus habitaciones diciendo con entrecortado acento: —«Estoy muy agradecida á todos.»—Yo la acompañaba, y habiéndola indicado que me quedaría en la casa por si algo la ocurría, contestó con decisión: —«Gracias, gracias; todos con él.»

Cumplí el mandato, y al salir de aquella estancia vinieron á mi mente tantas agradables veladas que solíamos pasar en compañía de nuestro querido D. Antonio.

He de aprovechar esta ocasión para consignar lo que no todos saben, y es el trato afable, la dulzura y cariño con que á todos nos recibía, y han de resonar siempre en mis oídos las frases amables con que constantemente me despedía. Habrá en las grandes ocasiones impuesto su voluntad y sus decisiones, porque realmente era el que estaba más acertado y el que tenía la razón. Yo mismo le he visto enérgico y hasta duro en algunos momentos y al tratar de ciertos asuntos; pero en la vida social era D. Antonio una persona que encantaba por su gracejo, que nunca hablaba con énfasis, ni como superior, él, que lo era para todos, y contrastando su tono sencillo y á veces modesto con la profundidad y exactitud de los conceptos, nos hacía exclamar muchas veces á los que le rodeábamos: «¡Cuánto sabe este hombre!»

Y ahora, amigo Alfredo, si estos renglones sirven para completar cuanto se ha dicho con motivo de la trágica muerte de nuestro inolvidable jefe, puede publicarlos, siquiera al escribirlos me sirvan para pensar un rato más en aquél, con cuyo espíritu hemos de vivir en grado consorcio para que nos sirva de guía en nuestras decisiones ulteriores.

Su amigo afectísimo,

FRANCISCO DE CORTEJARENA,

*
* *

La Huerta

POE D. JOSÉ GUTIÉRREZ ABASCAL (KASABAL)

« La hermosa residencia donde se han deslizado los últimos años de la gloriosa existencia del Sr. Cánovas del Castillo ha de pasar á la Historia, como todo lo que se relaciona con el insigne estadista víctima de los enemigos de la sociedad, y en estos momentos en que se cubren con negros paños, por decisión inquebrantable de la afligida viuda aquellas suntuosas paredes, vamos á evocar algunos de los recuerdos á ella unidos.

La *Huerta* es de construcción reciente; el señor Marqués de la Puente y Sotomayor (que en paz descansa) era un hombre de gustos muy delicados, que sentía especial predilección por las plantas y las flores, y para cultivarlas con cariño adquirió al final de la Castellana los vastos terrenos que poco á poco se han ido convirtiendo en una de las moradas más espléndidas y deliciosas del Madrid moderno.

.....

Quando el año 1887 el Sr. Cánovas del Castillo contrajo matrimonio con la encantadora señorita doña Joaquina Osma, el Marqués, su padre, que sentía, al mismo tiempo que cariño, admiración y entusiasmo por su yerno, se propuso que éste y su esposa ocupasen la suntuosa morada. Tuvo que vencer para lograrlo las resistencias que opuso el Sr. Cánovas del Castillo, que, bien instalado en desahogado piso de rica casa de la calle de Fuencarral, temía tocar á su biblioteca, bien catalogada, y á sus preciosas colecciones artísticas, bien colocadas, y que tenía, además, el natural deseo de dar el hogar, digno de ella, á la que tan feliz le hacía otorgándole su mano, que había sido muy disputada, y haciéndole dueño de su corazón, hasta entonces solicitado en vano por ricos é ilustres amadores.

Pero el Marqués de la Puente no se dió por vencido; adquirió al final de la calle de Serrano nuevos terrenos, en los que hizo levantar un pabellón especial para biblioteca, construído con arreglo á los modernos adelantos, le unió al palacio por cómoda galería de cristales, y durante una expedición veraniega de sus hijos, trasladó allí, valiéndose de inteligentes auxiliares, todos los libros y preciosi-

dades artísticas del Sr. Cánovas del Castillo, que cuando volvió á Madrid se encontró instalado, como por encanto, en la *Huerta* que había de ser tan famosa.

¡Qué tranquila se hubiera podido deslizar allí la existencia del ilustre estadista si hubiera consagrado al amor que le sonreía, al arte que le halagaba y al estudio reposado á que le llamaban sus aficiones todo el tiempo que, siguiendo impulsos de su deber y de su corazón de patriota, consagró á la Nación, á la Monarquía y á su partido!

En la primavera del año 1888 recibieron por primera vez en aquella morada los Sres. de Cánovas del Castillo á sus amigos. La biblioteca, las habitaciones del piso bajo y del principal, todo estaba abierto y por todas partes entraban los invitados, expresando su admiración.

La biblioteca es indudablemente la mejor colección de libros que un particular ha reunido; en el comedor brillaban las magníficas piezas de plata repujada que el Sr. Cánovas había llevado; en el vestíbulo estaban las obras de arte por él reunidas durante su estancia en Roma y en sus excursiones por Europa; en el piso principal se admiraban las habitaciones particulares de los nuevos esposos.

.....

No han pasado todavía diez años, y ¡qué mudanza! Paños de luto ocultan las bellezas del vestíbulo; cirios mortuorios se colocan entre las plantas, y todo se prepara para recibir el cadáver del grande hombre, del dueño, no hace mucho feliz, de aquella morada, que viene acompañado por la afligida esposa.

El Estado le ha pedido el querido despojo para honrarle como era debido en la residencia oficial de los presidentes del Consejo de Ministros; pero ella no ha cedido, y ha querido que el cuerpo del esposo adorado esté, las últimas horas que ha de pasar sobre la tierra, allí donde él y ella fueron tan felices, en el hogar que honraba con su nombre y esclarecía con su talento.

Ella le velará, como le ha velado desde que recogió su último suspiro, y fuerte y animosa, sobreponiéndose á su dolor, le dará el último beso allí donde le tendió por primera vez los brazos, y aun cuando los mortales despojos desaparezcan de su afligida vista, buscará consuelo en Dios primero, porque es creyente, y después en la grandeza del nombre, que ella

sabrá llevar con la dignidad que le es propia y con el decoro que merece.

La *Huerta* se cierra desde ahora para las alegrías y las dichas; pero se abre para los respetos, y cuando se muestre á los extranjeros se podrá decir:

—Ahí vivió feliz un grande hombre que se sacrificó á su Patria, y ahí vive respetada la que supo comprenderle y amarle.

Hay tocas de viuda que valen tanto como una aureola, y hombres que merecieron su dicha, á los que hay que envidiar aun después de muertos.»

KASABAL.

* * *

París-Madrid

POR BRANTÔME

Publicamos á continuación el siguiente notable artículo del Sr. Brantôme, su fecha 16 de Agosto de 1897, inserto en *La Epoca* de uno de los días inmediatos:

«Supongo, señor director, que dispondrán ustedes ya de un poco de espacio en las columnas de *La Epoca* para continuar en ellas la serie de *París-Madrid*, interrumpida por la tremenda desgracia nacional que han sufrido ustedes y hemos sufrido los españoles todos con la pérdida de Cánovas del Castillo.

No he de añadir una palabra más á cuanto del eminente estadista se ha dicho por periódicos y periodistas españoles en honra y gloria del difunto y en menosprecio y baldón de su asesino. He de reflejar la impresión que ha producido tan gran desgracia en el extranjero, y muy especialmente en París. ¡Grande, inmensa! puedo asegurarlo á usted. En esta Francia, tan indiferente á cuanto no es francés; en este París tan escéptico, si no tan hostil, para el extranjero cuando el extranjero no es de aquellos que derrochan el oro á cataratas y raudales, la muerte de Cánovas ha sido recibida con asombro, con dolor, con espanto. Con asombro, porque para los franceses, como para muchos españoles, la figura del Sr. Cánovas iba unida, como el alma al cuerpo, á la moderna Historia de España.

El había prometido continuarla, y la continuó, en efecto; él la hubiera proseguido, y en él y en ella creíase á un tiempo, cuando por esperanzados labios se decía que jamás termi-

naría España su gloriosa Historia. Es así que republicanos, radicales, socialistas, monárquicos, conservadores, orleanistas y bonapartistas, cuantos pueden algo en Francia, sintieron, al conocer la muerte de Cánovas, algo así como el anuncio de grandes males y trastornos para España.

—*Comme il est solide votre Cánovas*—oíase decir á gentes de todos los partidos.

—*¡Vous avez votre Cánovas! ¡En fin!*—se repetía diariamente, como diciendo:

—¡Ustedes tienen aún salvación! ¡Tienen un hombre!

Ustedes tienen un crédito, un sostén, una columna en que apoyarse.

Y ¡fenómeno curioso! aquí en Francia, donde las pasiones políticas se desencadenan con la fuerza del torrente, donde el adversario es un enemigo y el enemigo un odio; cuantos discurren con cierta elevación en cuestiones de política extranjera, se han unido para reconocer la importancia de la figura política del señor Cánovas y la trascendencia de su muerte.

Por fortuna, hasta el presente la cordura del pueblo español y el patriotismo de los políticos han hecho ver á Francia que sabemos resistir los embates de la desgracia sin estremernos ni perturbarse nuestra mente.

Pasado el primer momento de asombro, se tejió en honra del eminente estadista Sr. Cánovas una valiosa, riquísima, espléndida corona de aplausos y elogios. Pocas veces la prensa francesa, tan parca en juicios benévolos respecto de personajes extranjeros, tan superficial y frívola ante las grandes desgracias, se ha mostrado más seria, más imparcial, más honrada, más galante.

No era el Sr. Cánovas de aquellas figuras políticas ó literarias que aparecen expuestas en la barraca de notabilidades del universo á son de bombo y platillo, explotadas para el reclamo de Exposiciones, banquetes, anuncios de jabón, de pastillas ó del vino Coca.

Sin figurar en tan chillón escaparate, era conocidísimo el nombre del primer estadista español, y al recordarlo cuantos lo hacían evocaban sin duda algo como un símbolo de la gravedad castellana, del viril carácter de nuestros mayores, de la energía que nos hizo dominadores del mundo. No hubiera sido posible que aquel ilustre Taine, tan tozudo en sus juicios, tan reflexivo en sus opiniones, dijera, como dijo con menosprecio al serle presentado un

eminente orador compatriota nuestro, fallecido muchos años atrás:

—¡ Ah! ¡ Ese es el famoso canario español!

Por el contrario, hubiera saludado en el señor Cánovas como un recuerdo de nuestra raza, tan adormecida, al parecer, pero tan propia para crecerse ante las angustias del peligro y los ahogos de la miseria.

Singularmente desde las campañas de Cuba y de Filipinas, el gran estadista había ganado universal renombre y ganándolo con él para España. Es preciso vivir en el extranjero para comprender la fuerza que aún tiene nuestro nombre. Se equivocan muy mucho aquellos españoles renegados que de continuo procuran empujarse a sus compatriotas y á su país, y considerándolo poco menos que al borde del abismo. Nuestra raza, apenas sale de su odioso y criminal letargo por obra de un hombre ó de un suceso, recobra sus extintos bríos y vuelve á ser la de siempre. ¡ Decadente un pueblo que conserva vírgenes y dispuestos para el sacrificio tesoros de valor, de fuerza, de entusiasmo! ¡ Decadente un pueblo que apenas ha intervenido en las luchas europeas del siglo! Es tan verdad esto, que cuando muchos franceses serios oyen hablar de nuestras miserias, sonríen no sin cierta envidia. Porque comprenden que si ellos poseen más riqueza, más *confort*, más civilización, tienen muchos de nuestros defectos, pero les faltan cualidades de aquellas que el excesivo refinamiento gasta y consume.

—¡ Son los franceses españoles con dinero! — dijo el propio Sr. Cánovas con exactísima frase.

A que no se dijera que los españoles «son franceses sin dinero» tendió el ilustre estadista, y justo es decir que en el extranjero se vió en la obra últimamente emprendida por el señor Cánovas é interrumpida desdichadamente por la muerte el despertar brioso de un pueblo. Por eso *Le Figaro*, *Le Temps*, *Le Journal*, el *Journal des Débats*, cuantos periódicos mueven la opinión en Francia, han dedicado columnas enteras en su honor, distinguiéndose el estilo empleado por dichos periódicos, serio, grave, «histórico», por decirlo así, del alegre y despreocupado con que generalmente visten su pensamiento los cronistas franceses.

Han querido sin duda de este modo poner el marco que le correspondía al retrato del señor Cánovas.

Singularmente en *Le Journal*, tanto el re-

vistero de asuntos extranjeros, M. Saisy, como el escritor Gastón Routier, han escrito con gran conocimiento de causa, especialmente el segundo.

El artículo de Saisy es sencillo, elocuente y hasta profundo; la situación actual de España está bien juzgada en él y no se incurre en las vulgaridades é impertinencias en que generalmente caen nuestros vecinos al tratar de nosotros. Saisy concede á Cánovas el primer puesto en la política española. Gastón Routier era amigo del Presidente difunto, y en Madrid le visitó varias veces; así es que el retrato que traza de él, si bien inexacto en algunos detalles, es muy parecido en otros. La figura de aquel Cánovas grave, vestido siempre de levita negra, fino y cortés sin familiaridades, agudo en el chiste, profundo en el juicio, mezola de académico ensimismado por el estudio y de político batallador, está pintada de mano maestra.

Salvo algunos otros detalles en que ha incurrido la prensa francesa, como, por ejemplo, decir que Cánovas fué maestro de escuela, y que siendo tal le predijo una gitana que llegaría á gran altura y perecería asesinado cuando ya estuviese en la cumbre (1); salvo algunas otras invenciones del género *pintoresco español*, que nunca faltan en las fábricas parisienses de exportación *pour l'Espagne et pour le Maroc*, como he dicho ya, la prensa francesa se ha conducido bien con nosotros. ¡ Claro está que el cínico Rochefort, aquel que vió tripas de anarquistas fuera de sus correspondientes cavidades y arrancadas por el hierro de imaginarios verdugos, claro está que debía, por obligación, desafinar en las generosas alabanzas que se han tributado al Sr. Cánovas.

Rochefort, engendro de odios y de calumnias, mezcla de arlequín, de loco y de farsante, de filibustero, de anarquista, de *camelot* boulevardesco, de revolucionario y lamedor de guillotina, debía coronar su obra procurando, sin conseguirlo, profanar la memoria del muerto ilustre con palabrotas é insultos.

¡ Quizá la propaganda de Rochefort y de otros como él ha puesto el revólver en manos del asesino y llevádole á su horrendo crimen! Busca la policía á los autores materiales de los atentados, cuando quizá son menos culpa-

(1) También ha publicado este cuento la prensa española, de donde lo habrá tomado acaso la de París.

bles que esos investigadores ocultos en la sombra y que desde las delicias de Capua, entre trago de Champagne y terrina de *foie-gras*, como divertido *sport* escriben artículos y propagan ideas que caen como fuego en estopa sobre el rebaño de infames ó de desdichados que odian á la sociedad. Pero á Rochefort se podría aplicar un cuento que ha referido, atribuyéndolo al Sr. Cánovas, una revista francesa. Parece ser que hallándose el ilustre estadista en París y en visita con un conversador pesado y tonto, como Cánovas se mostrara impaciente y llamara al criado, éste, con perspicacia digna de su amo, comprendió la situación de la víctima é inmediatamente exclamó:

—Señor, me han dicho que hay fuego en casa del Sr. X.

El Sr. X. levantóse inmediatamente y fué escapado á su casa, librando al Sr. Cánovas de la inconmesurable *tabarra* que le amenazaba.

Pues Rochefort, apenas comprende que puede haber fuego en su casa, echa también á correr. Respondan otros de crímenes y atrocidades: á él le corresponde tragar, gozar y... escaparse cuando el peligro se acerca.

Otra excepción ha sido en el coro de alabanzas M. Clemenceau, quien ha publicado en *La Dépêche* un artículo irrespetuoso. Por cierto, y esto es original, que en el tal artículo parece como profetizarse el asesinato de Cánovas, hasta el punto de que la redacción del periódico puso una nota en que se salvaba la responsabilidad de Clemenceau y se le eximia de toda sospecha.

Mas, ¿qué pueden tales minucias ante las pruebas de respeto que han dado prensa, Gobierno y particulares, tanto en los periódicos como en las honras fúnebres, como en telegramas y cartas de pésame?

Espanto he dicho que causó tal desgracia, y espanto por las amenazas que envolvía para el orden social. La policía francesa no estuvo tan torpe como la española, pues días antes del atentado conocía los manejos del anarquismo y anunció los planes de éste. Después ha expulsado á Tarrida y á otros anarquistas de acción. Merece, pues, plácemes, y es de desear que sus buenos propósitos tengan eco en la policía española.

BRANTÔME.

*
* *

Cánovas y Vizcaya

POR D. FABIÁN ORTIZ DE PINEDO

Aquí, como en todas partes, el atentado que arrancó la vida al Sr. Cánovas del Castillo ha producido verdadero estupor. Era natural. El hombre que puso todas las fuerzas vivas del país al servicio de las clases conservadoras, que fué baluarte y garantía de sus intereses, á los que lo sacrificó todo, incluso su existencia, no podía desaparecer sin que estas clases sintieran que acababan de perder á su más firme y decidido protector. Y de esa protección resuelta y sistemática, condensación al fin de toda su política, ninguna población tuvo, si se exceptúa á Barcelona, pruebas más señaladas que Bilbao.

Allá por el año 76 no hubo, sin embargo, en las Provincias Vascongadas, donde ha venido á morir y donde tanto se ha sentido su muerte, hombre tan impopular como el Sr. Cánovas. El puso mano en los Fueros, abolió las Juntas, suprimió las Diputaciones forales y modificó todo el régimen político y administrativo de Alava, Guipúzcoa y Vizcaya. No se puede exigir de un pueblo que sacrifique de buen grado las instituciones á cuyo amparo ha vivido largos siglos. Su impopularidad, no obstante, fué pasajera. Olvidado aquí el nombre de aquel monomaniaco que se llamó Sánchez Silva, ¿cómo iba á perseverar el encono contra él, que al fin y al cabo dejó en pie, desdiciendo la opinión de muchos que se llamaban liberales y demócratas, algo de lo que la tradición había sancionado?

Además, la Restauración, y quien dice la Restauración dice Cánovas, fué en sus comienzos clemente. ¿Cómo se había de perpetuar el odio contra el que no se ensañaba con sus enemigos, contra el que no los perseguía, contra el que no los encarcelaba? Ahora mismo, cuando las clases conservadoras, alocadas por la costosa y sangrienta guerra de Cuba, por la insurrección de Filipinas, por los atentados anarquistas, pedían un día y otro día que se extremaran las medidas de represión, el Sr. Cánovas aprovechaba toda circunstancia favorable para abrir la mano, para poner en libertad ó para salvar del presidio á los inocentes que fueron víctima de esa temible oleada persecutoria que desde América y desde Oceanía ha venido á extenderse por la Península. ¿Qué

desdicha la suya en estos dos últimos años! Ser justo y aparecer arbitrario; ser clemente y pasar por airado. Cargar con todas las responsabilidades y aceptarlas como propias. Esta fué su verdadera grandeza. Nunca se lo agradecerán bastante las clases cuya influencia decisiva en el Estado vino él á consolidar con su talento, con sus desvelos, con su energía.

¿Quién hubiera dicho el año 76 que su muerte sería en esta provincia de Vizcaya tan sinceramente llorada? ¿Quién hubiera pensado que donde tuvo tantos adversarios llegaría á contar tantos admiradores? ¿Quién podía sospechar en aquella época que al ocurrir su muerte llenarían los periódicos de Bilbao sus columnas con los telegramas y las comunicaciones de pésame que enviaban los Ayuntamientos de Guernica, de Orduña, de Ondárroa, Marquina, Bermeo, Durango, Lequeitio y tantos otros?

Sería inútil negar la verdad. A pretexto de defender el orden, el carlismo lo destruyó aquí todo; paralizó la industria y el comercio; suspendió en absoluto la producción; el fragor de las máquinas fué sustituido por el de los combates; en lugar del estridente rugir de las sirenas de los buques anclados en la ría, oíase el estampido de los cañones que bombardeaban á Bilbao; en vez de los remolcadores que cruzan la barra para que la pasen sin riesgo los barcos cargados de mineral, las cadenas que cerraban la ría.

¿Qué contraste el que ahora ofrece la invicta villa con el que presentaba en aquellos tristes días!

Quien quiera que compare, y no hay más remedio que comparar, la obra de la violencia enfrente de la obra de la pacificación, no podrá menos de recordar cuánto puso el Sr. Cánovas en la consolidación de esta última.

Vizcaya no lo olvida. Por eso apoya á quien le garantiza la paz, á quien le asegure el trabajo de todos los días.

Bilbao, Agosto 97.

*
* *

Dos semblanzas de Cánovas

POR D. ISIDORO BUGALLAL Y ARAUJO

Bajo el epígrafe que antecede, publicó el mencionado Sr. Bugallal las semblanzas de

que trata en un folleto que tenemos á la vista, insertando la una, su fecha 1890, en *La Correspondencia Gallega*, de Pontevedra, y la otra, en 1897, en *El Faro*, de Vigo.

«Quisiera tener—dice en los breves párrafos que sirven de introducción al folleto—la pluma de Cervantes, la inspiración del Dante, el espíritu observador de lord Macaulay, para que mi trabajo fuese digno del eminente hombre de Estado español; mas habré de contentarme con mi pobrísimo estilo y mis pobrísimos conceptos, ya que no da otra cosa de sí esta pobre inteligencia mía, ni sé expresar de mejor manera el entusiasmo inmenso y la admiración sin límites que siempre he sentido hacia el hombre á quien debe España la más larga era de paz interior y respetabilidad exterior disfrutadas en este siglo próximo á expirar.»

La *Semblanza de 1890* dice así en sus párrafos principales:

«La personalidad del eminente hombre de Estado es tan grande y se halla rodeada de tantos y tan extensos y esplendorosos horizontes, que al tratar de hacer su semblanza ó de diseñar, aunque sea brevemente, la figura del jefe del actual Gobierno (éralo Cánovas á la sazón), la pluma tiembla, las ideas se oscurecen, los perfiles se confunden y todo parece mostrarse rebelde á trazar unas líneas que reflejen los entusiasmos y la admiración que en nosotros despierta el eximio político, el enérgico y elocuentísimo orador, el profundo sabio con cuyo esclarecido nombre honramos hoy estas columnas.

Después de que tantos biógrafos se han encargado de contarnos la vida pública del señor Cánovas, desde que nació en Málaga hasta que dió á España las más inmarcesibles glorias de este siglo, todo cuanto yo pueda decir del grande hombre resultará sin color y casi sin vida; pero una fuerza interior que no sé explicar, aquella fuerza que lleva á los corazones nobles hacia lo grandioso y extraordinario, me conduce casi insensiblemente á decir algo en un periódico, algo que se haga público, acerca del hombre á quien debe España la paz y libertad que disfruta actualmente, y que el estadista singular ha hecho surgir de entre el caos revolucionario y anárquico

en que nuestra querida Nación se vió envuelta durante seis años de desgoberno.»

«Entonces se levantó de todas partes, de todas las provincias, de todos los pueblos, un universal clamoreo, que unánimemente pedía la paz, el término de tanta guerra y de tanto desastre y el comienzo de una nueva era de regeneración política y social.»

«Apareció el poder, apareció el Gobierno, apareció el hombre. El poder lo representaba la Restauración de D. Alfonso XII; el Gobierno, su primer Ministerio; el hombre, don Antonio Cánovas del Castillo.

Y todo acabó en poco tiempo: la guerra cantonal, la guerra carlista, el bandolerismo y la guerra de Cuba. España disfrutó de paz octaviana y los ciudadanos respiraron el ambiente sano y vivificador de la verdadera libertad.

¡Qué gloria tan grande la del Sr. Cánovas!»

«Hay que ver, hay que ver al Sr. Cánovas en el Congreso de los Diputados. La atmósfera caldeada por las pasiones políticas, la mayoría hostil.....» «Y allí, sentado en un escaño y reclinado en el respaldo de otro, se agita el orador con los estremecimientos nerviosos del que tiene conciencia de lo que se debe á la tribuna parlamentaria; se oye un «pido la palabra» y se ve levantarse de su asiento al Sr. Cánovas, engrandecido por la aureola de la elocuencia y por su brillante historia. Entonces se nota un murmullo de expectación indescriptible, se hace el silencio, un silencio religioso, y todas las miradas y todos los labios están pendientes durante una ó dos horas de la palabra enérgica, vibrante, elocuentísima, inimitable, hermosa, del que es rey de la tribuna, príncipe de las Academias y primer hombre de Estado de este siglo.»

«Yo soy del número de los españoles que se enorgullecen de haber nacido en esta Patria, que produce hombres como Cánovas.....»

«La figura del Sr. Cánovas es más grande cuanto más se la mira. El Rey D. Alfonso XII

le quería con cariño entrañable; y todo cuanto Cánovas significa á la hora presente, y significa mucho, puesto que significa la España de la Restauración, la España de nuestros días, se lo debe Cánovas á su propio esfuerzo, á su propio instinto que, ya desde muy niño, le habria inducido á adivinar, como á lord Beaconsfield en Inglaterra, su elevadísimo destino en la Historia.....»



La *Semblanza de 1897*, limitándonos á copiar ó entresacar lo más saliente, consigna lo que sigue:

«Todos los periódicos—dice,—á raíz de la muerte del grande hombre, han ensalzado como era debido sus méritos eminentes. Cánovas, sin embargo, es y seguirá siendo una interesantísima actualidad.»

«¡Qué hombre tan grande! Nace de modesta familia y se eleva sobre todas las familias españolas.....»

«Un día le reprochan la redacción de tal documento—aludiendo al programa de Manzanares,—de matiz revolucionario, y contesta: «Cuando podía ser una gloria para alguien ostentar el título de autor de ese Manifiesto, yo dije siempre que el autor lo era el ilustre General O'Donnell; cuando podía haber responsabilidad para alguien, yo no rehuí la responsabilidad ni oculté mi propio nombre.»

«Leed aquel grandioso discurso de Cánovas pronunciado al discutirse en las Cortes Constituyentes la totalidad de la Constitución del 69; y cuando os pongan delante cualquier tratado completo de Derecho político y Derecho administrativo, no lo hojeéis siquiera. ¿Para qué? En el discurso de Cánovas tenéis todo un Derecho político, todo un Derecho constitucional, todo un Derecho administrativo.....»

«Abrid las páginas del *Diario de Sesiones* de las Cortes de D. Alfonso y de la Reina Regen-

te. Ved cómo rebate y tritura las teorías democrático-republicanas de sus adversarios.....»

« Cánovas fué siempre dueño de todo el Diccionario y de toda la Gramática; hacia del lenguaje su más sumiso esclavo; no decía nunca más que aquello que convenia decir. Se crecía en la tribuna donde hablaba, por momentos, con elocuencia arrebatadora ó con elocuencia severa y convincente, y siempre como un sabio. La tribuna de Cánovas era algo más que la tribuna de un orador sublime: era la cátedra augusta de un doctor en la ciencia de gobernar los pueblos.....»

« Y vino D. Alfonso XII, y con D. Alfonso vino Cánovas « á continuar la Historia de España ». Y Cánovas empezó respetando las instituciones democráticas implantadas, como el Sufragio universal, la libertad de cultos (1), la libertad de imprenta, el Jurado. Poco á poco, procediendo con tacto, obrando con gran talento, inspirándose siempre en su amor á la Patria, fué sustituyendo conquistas por conquistas y libertades por libertades. Dió á España una Constitución liberal, pero no genuinamente democrática; restableció el matrimonio canónico, compatible con el civil; restringió el Sufragio cuanto se debía restringir; permitió la propaganda de toda doctrina legal; pagó sus atrasos al Clero; restableció la normalidad religiosa; acabó la guerra civil de la Península y la guerra civil de Cuba; hizo la paz material y moral de la Nación; consiguió para la Monarquía dos grandes y robustos partidos que turnasen pacíficamente en el poder; terminó la era de los pronunciamientos y de los golpes de Estado; redujo á sus justos límites el militarismo; alcanzó el respeto á España de todas las potencias, é hizo incommovible el Trono, afianzándolo sobre la firme base que hoy ostenta.

Alguien ha regatado á Cánovas la gloria de ser el Restaurador de la Monarquía. Ciertamente, no se sabe á punto fijo si quien primero dió el grito alonsino fué Martínez Campos ó el entonces brigadier Dabán. Lo que sí se sabe con más evidencia es que el grito de un General del Ejército, vibrando en

un rincón de España, resonó con eco formidable y unánime por toda la Nación; que un hombre civil, Cánovas, recogió aquel grito en su corazón y en su cerebro; que con brazo fuerte lo hizo simpático y respetable en todo el país, y que construyó, con sus energías de gigante, el gran edificio de la Restauración.

La revolución de Septiembre... vivió dos años; la Monarquía de D. Amadeo... no vivió más que otros dos años; la República, que le siguió, fué dueña del poder durante un año escaso; la otra República, que nació del golpe de Estado del 3 de Enero, vivió un año justo.

Dad á cualquiera de esos poderes desaparecidos un Cánovas, y hubiese perdurado. Quitádselo á la Restauración, y la Restauración no hubiese vivido más allá de un lustro.

Merced á Cánovas, vive hoy la Monarquía restaurada.....»

« Y bueno es recordar aquí que la actual insurrección de Cuba (1) había estallado y había tomado gran incremento antes de que el señor Cánovas fuese llamado, por la última vez de su vida, á los Consejos de la Corona. El señor Cánovas acudió á todas sus energías de hombre de gobierno y de hombre de Estado, y envió á Cuba un ejército de 200.000 hombres; y los envió, no tan sólo para vencer á los insurrectos, sino también para demostrar al mundo entero la vitalidad de esta Nación.....»

« Manos fuertes eran las de Cánovas para sostener y guiar el timón del Estado. Inteligencia extraordinaria la inteligencia de Cánovas, puede decirse era una inteligencia « única ». No admite comparación con ninguna otra inteligencia. Por todas estas condiciones excepcionales de Cánovas, fué el hombre más discutido, más combatido y, al propio tiempo, más respetado de la época presente.....»

Trata luego de las silbas á Cánovas, y más adelante, encomiando la sinceridad del mismo, recuerda una frase suya que la sintetiza: « Podré callarme aquello que creo conviene re-

(1) Esta la modificó limitándola á la tolerancia religiosa, después de consignar que la religión del Estado era la católica apostólica romana.

(1) Esto, naturalmente, se escribía antes de su pérdida ó del desastre.

servarse ; pero no engañó á nadie con la mentira».

« El año de 1880—continúa el Sr. Bugallal,— y en época de Carnaval, se celebró espléndido baile en el palacio de Medinaçeli, hoy derruido. Allí se congregaba, como todo el mundo sabe, lo más elevado de la aristocracia española. Se acercó un máscara á dar broma al Sr. Cánovas, y éste, que reconoció una persona elevadísima tras del disfraz, contestó al máscara las siguientes ó parecidas frases : « Como Presidente del Consejo de Ministros y, por lo tanto, principal Consejero responsable de S. M. el Rey y de su augusta familia, tengo el deber de manifestar con toda lealtad que no merece mi aprobación el acto que estoy presenciando, si bien comprendo que le abonan muy generosas disculpas. » El máscara se retiró sin la menor protesta. »

Ocupase luego de la dimisión del poder hecha por Cánovas cuando murió el Rey D. Alfonso ; de la negativa de la Reina Regente á admitírsela en momentos tan críticos ; de la insistencia de aquél y del cambio político que se realizó, « evitando—dice—una verdadera revolución, á cuya crisis se llamó por algunos la crisis del *micdo*, cuando fué la crisis del patriotismo. »

« Cánovas ha muerto—dice el Sr. Bugallal, después de estudiarlo y encomiarlo bajo otros aspectos,—y el mundo entero se postra de rodillas ante su cadáver. Jamás muerto alguno alcanzó tantos honores ni tan universales muestras de duelo. » (1)

« Puede Glasdton retirarse á la vida privada sin que la Inglaterra se conmueva ; puede Bismarck ser recludo en su casa de campo, sin que Alemania se estremezca ; pero Cánovas no puede desaparecer sin que España sienta sacudidas de terremoto, y sin que los españoles todos le lloremos. »

« No. No hay en la Historia de España ejemplo de hombre tan extraordinario. Todos los buenos le bendicen ; todos los sabios le respetan. »

(1) Pruébalo este libro.

Los primeros tiempos de Cánovas

POR D. JOAQUÍN RIVERA DEL PINO

Así se titula el primero de los artículos publicados por el Sr. Rivera, amigo que fué de la infancia de los Cánovas, en el periódico *Gente Vieja*. Háblase en él (vió la luz el 20 de Enero de este año) del viaje que hizo Cánovas á Aragón, donde concibió su primera producción literaria titulada *La Campana de Huesca* ; de la profecía de Ayala de que Cánovas sería el que primero fuese Ministro entre todos los jóvenes que se reunían entonces en el llamado *Parnasillo* (café del Príncipe) y de la restauración en el trono de D. Alfonso XII, iniciada en Sagunto por el General Martínez Campos, de acuerdo con él, respecto de la cual escribe lo siguiente :

« A las veinticuatro horas de esto, hallábase Cánovas en el palacio de Buena Vista haciendo funcionar todos los hilos telegráficos y formando Ministerio ; así ocupado, recibió la grata visita del ilustre Capitán general que años antes prohibió la entrada en el Congreso ; la conferencia fué cordialísima y breve ; nadie sabe lo que en ella se trató ; pero sí se pudo observar que Cánovas dió á leer á su amigo el General un documento que debió convencerle de que la Restauración de la Monarquía se hallaba en buenas manos.

Toda la noche la pasó el apoderado por la Reina Isabel II para dirigir la educación de su augusto hijo y traerlo al Palacio donde nació, en montar la máquina gubernativa. El Ministerio que formó lo componían personas competentísimas y de garantía para inaugurar la política de atracción y tolerancia que tanto brillo dió á la Restauración ; para la cartera que mayores dificultades había de ofrecer en aquellas circunstancias fué designado el más joven de los Ministros, que la desempeñó un quinquenio con gran inteligencia y acierto, y sin ningún tropiezo.

Al sentarse en el trono de sus mayores don Alfonso XII, que, por su ilustración, su bizarria y los generosos impulsos de su noble alma, reinó en el corazón de los españoles, dijo Cánovas del Castillo, con las riendas del Poder en las manos, que venía á continuar la Historia de España. Desde aquel instante comenzó la segunda etapa de su vida política, revelán-

dose como insigne estadista, que figuró á la altura de los Cavour, Bismarck, Thiers, Gambetta y Gladstone.

La Nación agradecida, y por iniciativa del predilecto discípulo del gran Cánovas, ha erigido la estatua del mártir de Santa Agueda frente á la puerta del Senado, para que vele contra las asechanzas de los enemigos del sistema representativo. La Historia hará lo demás.

A la par del privilegiado cerebro de Cánovas brotó en la revolución de 1854 otro no menos prodigioso y grande; separados y poseídos del más ardiente patriotismo, perseguidos por distinto camino, el mismo objetivo: el engrandecimiento y la prosperidad de la Patria. Y ¡fenómeno singular! las grandes iniciativas de aquellos dos colosos no solían fracasar por la mutua y cruda guerra que, noble y patrióticamente, se hacían en defensa de sus respectivos ideales; venían á tierra por la envidia y emulación de sus más torpes correligionarios.

El gran Castelar dijo á la muerte de Cánovas que éste era irremplazable, y si el gran Cánovas le hubiera sobrevivido, no es aventurado suponer que hubiera dicho á la muerte de aquél que los republicanos habían perdido su fiador.

Casi á la par también bajaron á la tumba ayer Cánovas y Castelar; si resucitaran hoy, rojos de vergüenza, volveríanse á sus sepulturas. »

• • •

El segundo artículo de Rivera del Pino se publicó en el número de *Gente Vieja* correspondiente al 30 de Abril próximo pasado, y de él tomamos lo siguiente:

Muertos ilustres. —Cánovas del Castillo.

« Los signos característicos de la altiva y noble patria de los Pelayo, Guzmanes y Méndez Núñez, van borrándose de la memoria de los descendientes de aquellos ilustres varones, á medida que desaparecen de entre nosotros los hombres viriles y ansiosos de gloria que apréstanse á sacrificar sus vidas por conservar las nobilísimas tradiciones de esta sufrida y mermada España, postrada y sin fe, desde que por arte de sortilegio cayó en manos de la codicia y el empirismo político, que la envilece y mata á palos de ciego.

Al extremo Norte de la aristocrática y hermosa calle de Serrano, frente á la verja de la renombrada *Huerta*, suélenge ver curiosos transeuntes contemplar con cierta expresión de amargura y desencanto el triste y sombrío aspecto que ofrece el verjel que en días poco lejanos era el más concurrido y animado centro de Madrid y morada del genio, donde el Derecho y la razón de Estado tenían seguro asiento; la unidad de la Patria, su más sólida garantía, y el obscurantismo y la licencia, su debido freno.

Con el modesto nombre que recuerda su pasado, conócese la espléndida residencia que fué de D. Antonio Cánovas del Castillo, cuna de muchas reputaciones y de no pocos ingratos; la *Huerta* continúa produciendo delicadas flores y plantas exóticas, si bien échase mucho de ver la ausencia definitiva del coloso obrero que en ella cultivaba las letras y fomentaba la rica y selecta biblioteca, en cuya pura y vivificante atmósfera maduraba los saludables frutos de su poderosa inteligencia, para darles en justa sazón al pueblo amado, por quien trabajaba sin cesar.

En la *Huerta* sentían los institutos armados ardor y entusiasmo para defender con bríos y abnegación de soldados la envidiada y legítima herencia que en el mundo descubierto por Colón nos dejó, entre otros bienes, la católica y muy generosa Isabel I. El despojo inicuo de nuestro vasto imperio colonial, impunemente dejado arrebatar, emborronó los timbres de nuestra gloriosa Historia, sin un acto de los poderes públicos que tendiera á depurar responsabilidades, del modo que se hizo en los desastres de Lisa y Sedán, por Gobiernos celosos de la honra de su pueblo. Y ¡ay de la pobre España si está condenada á soportar de nuevo componendas perniciosas y genialidades que en su inmoderada sed de mando llegaran, á fuerza de escarceos, á hacerse oír y sentir...

Las artes liberales descubrían en la *Huerta* extensos horizontes y radiante luz para emprender sus bellísimas concepciones; los escritores y poetas hallaban estímulo y facilidades para perseverar en sus tareas civilizadas; de tal manera protegíanse allí la ciencia y las artes, que si era preciso una ley especial á fin de que la sabia juventud pudiera difundir su saber, universalmente reconocido, ó para la adquisición de inapreciables joyas ar-

tísticas, evitando la vergüenza de que tales riquezas traspasasen la frontera, la ley no se hacía esperar.

Para todo sobrábale tiempo al coloso de la *Huerta*, sin cometer ligerezas que pudieran atormentar su honrada conciencia, sin temor á la maledicencia, que venía á estrellarse en el blindaje de su limpia reputación y sin manifestar cansancio. Sus horas de ocio pasábalas en las Reales Academias Española y de la Historia, presidiendo sus sesiones las noches que las celebraban. »

Después de los sentidos párrafos transcritos, habla Rivera del Pino de la parte que á Cánovas cupo en la restauración del suntuoso templo de San Francisco el Grande y en las obras de mejora que se emprendieron más tarde en el mismo, siendo ya Presidente del Consejo de Ministros, bajo la dirección de algunos de nuestros laureados artistas; recuerda también haber evitado el mismo la total ruína de la monumental iglesia fundada por los Reyes Católicos en la imperial Toledo, bautizada por eso con el nombre de San Juan de los Reyes, y haber visto casi reedificado su gótico claustro; débese á Cánovas asimismo la transformación del histórico Casón del Retiro, convertido por su voluntad en museo helénico, cambiándole el honor de haber firmado, con la Reina doña Isabel II, el acta de inauguración de las obras del edificio destinado á Biblioteca y Museos, donde recibió más tarde, cuando el centenario de Calderón, á nuestros hermanos los representantes de las Repúblicas hispano-americanas. Cánovas, en fin, según el Sr. Rivera, dió casa propia al Ateneo y á la Real Academia Española, y Alcalá y Simancas le deben la restauración y ampliación de sus Archivos.

* * *

Por último, en el número de *Gente Vieja* correspondiente al 10 de Junio próximo pasado, ha publicado el propio Sr. Rivera otro artículo, del que vamos á dar breve idea:

Recuerdos de una «garden party».

Después de recordar los que celebraban y celebran el 13 de Junio la festividad de San Antonio, y entre los que figuraba Cánovas del Castillo, dice que el de 1897 fué el último día de gala en la *Huerta*, siendo el único en

que cerraba sus libros y apartábase de la política, para consagrarse á sus amigos políticos y particulares.

« La confianza que inspiraba al país—añade—aquel inolvidable estadista, tanto por su talento como por su acendrado patriotismo y circunspección, evidencióse en la *Huerta* el día de San Antonio del referido año de 1897, con el apoyo incondicional que en todos sentidos le ofrecieran las fuerzas vivas del país allí reunidas. No era de extrañar, pues, la inmensa satisfacción que revelaba Cánovas en su semblante en aquella memorable y su última recepción. ¿Y por qué no había de tenerla? De una parte las sinceras muestras de adhesión y cariño de que era objeto, y de otra las favorables noticias que de Cuba y Filipinas iba recibiendo. »

.....

« En ninguna de las anteriores *garden party* dadas en la *Huerta* en celebridad del santo de Cánovas hubo tan extraordinaria concurrencia como en esta de que vengo hablando. . .

Estos ratos de esparcimiento y solaz en la *Huerta* no eran perdidos para la salud del Estado, puesto que allí, con raras excepciones, íbase á cobrar alientos para la guerra y á prestar fuerzas para terminarla con honra. Nadie podía imaginar aquella tarde, de justificadas esperanzas, que una bala traidora viniera á desbaratarlo todo, llenando de luto y de vergüenza á España, sin quedar el consuelo siquiera de plagiar aquellas célebres frases de Francisco I después de su derrota en la batalla de Pavía. »

.....

J. RIVERA DEL PINO.

* * *

Un pensamiento patriótico

POR D. ARTURO BALDASANO Y TOPETE.

En carta al director de *La Epoca*, fechada en Nueva York el 8 de Septiembre de 1897, decía lo que copiamos á continuación:

« Mi querido amigo: Un mes hace ya que una mano cruel arrebató para siempre al que era una gloria nacional: al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.

¿Qué mucho que todos los españoles—lo

mismo los que están cerca del que fué teatro del horrendo crimen, como los que estamos lejos, muy lejos de la Patria amada—sintamos hoy con más vehemencia el dolor que á todos nos produjo la espantosa muerte del que cayó víctima de la defensa social?

Debemos, pues, señalar el *primer mes* con algún acto que sea preparación del extraordinario tributo que, cuando llegue el *primer aniversario* de tan llorada muerte, rinda España entera á la memoria del gran estadista.

La *Epoca* y otros periódicos se han hecho eco, entre los varios proyectos para conmemorar los servicios de tan insigne español, del que se refiere á dar el nombre de *Cánovas* á uno de los primeros buques de guerra que se construyan para nuestra armada.

Deuda justa, y que pagará especialmente con gusto la Marina, por lo mucho que hizo por ella el difunto Presidente del Gobierno de S. M.

Aunque no tengo la honra de ostentar el botón de ancla, pocos paisanos quizá podrán afirmar como yo el profundo interés y la atención prolija que en medio de sus agramadoras atenciones prestó siempre el Sr. Cánovas del Castillo á toda idea que de cerca ó de lejos pudiera redundar en beneficio del aumento de nuestra Marina.

No he de cansar relatando mi entrevista con el ilustre hombre de Estado en Marzo de 1884, para darle á conocer mi proyecto de Lotería Naval, cumpliendo las augustas indicaciones de S. M. el Rey D. Alfonso XII (q. e. p. d.).

El Sr. Cánovas hizo que le explicara detenidamente mi pensamiento, y lo acogió con suma benevolencia, ofreciendo ocuparse de él, como lo hizo, al escribirme sobre dicho asunto á Nueva Orleans, para donde salí al día siguiente de la entrevista.

Si por circunstancias que no son del caso no se llevó á la práctica mi proyecto, que gracias al cual, de haberse realizado, tendríamos ya la escuadra á que aspiramos; hoy, que se cumple el mes del crimen de Santa Agueda, creo oportuno proponer de nuevo que se acepte mi pensamiento, y que por *una sola vez* se autorice, en cuanto se reunan las Cortes, la celebración de un sorteo único que podría verificarse el 8 de Agosto de 1898, y que con el producto líquido del mismo, 2.000.000 de pesos (pues 1.000.000 se repartiría en premios), se

construya un crucero que perpetúe el nombre de Cánovas.

La *Epoca* publicó ya, el año anterior, mi antiguo proyecto de Lotería Naval, que presenté en 1884, y que después he reproducido, como uno de los medios de aumentar los cuantiosos fondos que se necesitan para conseguir que España llegue á tener una poderosa escuadra.

En la Península y provincias de Ultramar está por demás asegurar que se arrebatarían las acciones de la Lotería Naval con entusiasmo, pues al mismo tiempo que se elevaba un monumento flotante al «martir de la defensa social», se aumentaba nuestra Marina con un poderoso buque más, sin tocar á los fondos que para ello tiene destinados la Junta patriótica. También así el presupuesto del Estado se ahorraría un nuevo crédito.

Puede asegurarse que mayoría y minorías votarían unánimes la ley necesaria, y este sería uno de los actos más hermosos que las Cámaras españolas ofrecerían como holocausto á aquel que fué honra y gloria de nuestra tribuna.»

* * *

Notas de un médico.

Así se titula la triste relación del embalsamamiento del cadáver del Sr. Cánovas, hecha por el distinguido facultativo Sr. Llorente, que publicó el *Heraldo*, de donde la tomamos, para terminar esta sección, en los días inmediatos á la muerte de aquél:

CÁNOVAS VIVO Y CÁNOVAS MUERTO.—RECONOCIMIENTO DE LAS HERIDAS.—EMBALSAMANDO EL CADÁVER.—LUCHA INÚTIL CON LA VIUDA.—REFLEXIONES TRISTES.

«La circunstancia de encontrarme accidentalmente en San Sebastián en unión de mi familia, á la que unían al Sr. Cánovas del Castillo estrechos vínculos de amistad, me hizo conocer en las primeras horas de la tarde del 8 la triste nueva del atentado contra el Sr. Cánovas. Deseoso de prestar mi modesto auxilio profesional, unime á la expedición de Saint Aubin y Melgares, redactores del *Heraldo de Madrid*, tomando el tren de las cuatro para descender en Zumárraga y en coche trasla-

darme á Santa Agueda. En las estaciones intermedias supe que el doctor señor Marqués del Busto y el Sr. Castellano, Ministro de Ultramar, iban en el mismo tren por encargo de Su Majestad la Reina. Pasé á saludarles, ofreciéndoles mi concurso, que aceptó el Marqués del Busto con el asentimiento del Sr. Castellano. Desde aquel momento formamos parte de la comitiva, y en Zumárraga, debido á la amabilidad del Sr. Castellano y Marqués del Busto, me uní á éste para trasladarnos á Santa Agueda.

Durante el trayecto versó mi conversacion con el doctor Busto acerca del triste suceso que todos deploramos. Tan pronto tuvo noticia S. M. la Reina del suceso, encargó á mi ilustre companero se trasladase al lugar del crimen. Conocia éste al Sr. Cánovas hace muchos años, ya como médico, ya como amigo íntimo de él y de la familia de su infortunada viuda. Padecía Cánovas, datando de muchos años, una glucosuria sumamente grave, que sobrellevaba de modo admirable, debido á su privilegiada naturaleza y al estudio minucioso y detallado que habia hecho del padecimiento, siguiendo las prescripciones higiénicas con la tenacidad de su carácter. De este padecimiento, me dijo el Marqués, sabia Cánovas tanto como el médico más ilustrado. Le eran familiares los trabajos más modernos, y se sujetaba á esa serie de privaciones que impone tan terrible padecimiento.

Tenia Cánovas una naturaleza extraordinaria y su resistencia se acrecentó merced á los solícitos cuidados, á su absoluta subordinación al régimen y á tener un estómago privilegiado; se le ha visto tomarse la nata de doce cuartillos de leche de una vez, y por la noche dejaba á la cabecera de la cama carne fría de ave. Cuando sentia debilidad, tomaba un poco de carne fría y una copa de Jerez. Para sustituir el azúcar en el café usaba la sacarina, y recuerdo haberle oído al Sr. Castellano cómo fijó su atención en el arreglo del nuevo Arancel cuando llegó al impuesto sobre esta substancia, añadiendo que, como producto industrial, habia que prohibirlo; pero que en manera alguna como medio terapéutico, porque tenia gran aplicación para sustituir el azúcar en ciertos padecimientos, mas sin añadir nada que pudiera traslucir el uso que de ella hacia.

Sobre estos asuntos versaba nuestra con-

versación cuando llegamos á Vergara y nos comunicaron ya de un modo cierto que el Presidente del Consejo habia fallecido. Tan pronto descendimos en el balneario, el Marqués pasó á visitar á la señora de Cánovas, y yo esperé sus órdenes. Poco tiempo después cambiamos impresiones sobre lo que podia hacerse para proceder en tiempo oportuno al embalsamamiento, á cuya idea, dada la imposición de las circunstancias, se resignó la señora viuda de Cánovas, á pesar de la cláusula expresa en sus disposiciones que prohibia se le embalsamara. Se pidieron aparatos á los pueblos próximos, pero no los habia, y fué necesario solicitarlos de San Sebastián. En las primeras horas de la mañana llegó al balneario el distinguido médico doctor Celaya, acompañado del doctor Acha, trayendo todo lo necesario.

A las once de la mañana procedimos á los preparativos de la operación, que hizo penosos el empeño de la señora de Cánovas de presenciaria y aun de ayudar á la traslación del codáver desde el lecho mortuorio á las mesas de madera que, cubiertas con hule y una sábana, se habian dispuesto.

Mis ruegos y los más autorizados del Marqués del Busto fueron infructuosos para hacer desistir á la ilustre señora de su empeño decidido é imperativo de ayudarnos con valor y entereza incomparables y conmovedores.

.....

El reconocimiento de las heridas permitió reconstituir el orden en que éstas fueron producidas: la primera se advierte en el lado derecho del pecho, junto á la región external, que tenia el orificio de salida en la parte posterior del tórax, junto á la columna vertebral.

Fué ésta la que atravesó el periódico que leia en el acto de la agresión; siendo mortal de necesidad, le permitió ponerse de pie, más que como acto voluntario como acto inconsciente, retrocediendo algunos pasos y volviendo la cabeza hacia el lado derecho, presentando la región mastoidea izquierda al arma del agresor, que disparó otros dos tiros de nuevo; el primero, que penetró por la región auricular atravesando la masa encefálica y saliendo por la frente, y el segundo la región supraclavicular, junto á la horquilla, que rompió vasos de tal importancia que determinaron una hemo-

rragia interna, que le dejó exangüe al momento.

Todas las heridas eran mortales de necesidad en el acto, y puede asegurarse que no le permitieron darse cuenta de la terrible situación.

Descubierto el cadáver, que, exangüe, presentaba un aspecto marmóreo, se procedió al taponamiento de las heridas y de la boca y faringe, á través de la que salía aún sangre. A juzgar por los orificios de entrada y salida, diríase que las heridas, siendo mortales por los órganos lesionados, no habrían ocasionado grandes destrozos; pero el reconocimiento de las mismas puso de manifiesto enormes destrozos producidos por la trayectoria del proyectil: Le suturamos cuidadosamente los orificios de entrada y salida, y procedimos los señores Marqués del Busto, Celaya y yo á descubrir la arteria femoral, mientras se preparaba el aparato inyector con el líquido anti-séptico. Abierta aquélla, procedí á la introducción de la cánula, y empezó luego el acto de transfusión del líquido, que pronto, y sin gran resistencia, penetró en cantidad de cinco litros:

Se ligó el vaso arterial, procedí á la sutura de la piel y se bañó su cuerpo con alcohol, procediendo luego al vendaje de todo su cuerpo, desde las extremidades inferiores hasta el cuello, con vendas empapadas en una solución de acetato de plomo.

La infortunada viuda no se apartó un ins-

tante de nosotros, maravillándonos su energía para sofocar las expansiones de dolor que resplandecían en su rostro.

.....

El Presidente del Senado, Sr. Elduayen, penetró en la estancia durante la operación, y entre escenas de tristezas acabamos aquel calvario, producido por la angustia que todos sentíamos en presencia del cadáver de un hombre tan ilustre, muerto á manos de un criminal, y de aquella esposa infortunada, á quien su pena y su amor prestaron resistencia incomprendible en horas tan tristes.

Nunca olvidaré aquel tristísimo cuadro. Robusta y vigorosa aquella naturaleza privilegiada en que todo revelaba fortaleza y prometía vida para varios años, el crimen ha privado á España de una inteligencia y un carácter que habían de servirle aún en su integridad mucho tiempo, en días tan difíciles para la Patria.

En eso, cumplidos los deberes profesionales, pensaba yo como español al retirarme de Santa Agueda, después de ofrecer los homenajes de mi respeto á la atribulada viuda del ilustre estadista y estrechar la mano de mi sabio maestro, el Marqués del Busto, y mis dignos compañeros, entre los cuales no he de olvidar al celoso director del establecimiento, que tuvo conmigo atenciones especialísimas de compañerismo y afecto. »

SECCION TERCERA

Homenajes á Cánovas en las Cámaras portuguesas

CÁMARA DE LOS PARES

*Sesión celebrada por la Cámara de dignos Pares, en honor de Cánovas,
el 9 de Agosto de 1897*

I

Del número 14 del *Diario da Cámara dos dignos Pares do Reino*, tomamos lo siguiente:

« El señor *Presidente* (Excmo. Sr. D. José María Rodríguez de Carvalho): Víctima de un odioso y repugnante atentado, falleció ayer en España el Sr. Cánovas del Castillo, Presidente del Gobierno de aquella Nación y uno de los hombres más distinguidos y beneméritos, que gozaba allí de un gran prestigio y consideración por sus brillantes cualidades de estadista eminente, de escritor correcto y de elocuente orador parlamentario.

Creo interpretar los sentimientos de la Cámara proponiéndole que se consigne en acta la expresión de su profunda pena por tan doloroso acontecimiento (*Muestras de aprobación*), y que acto continuo se levante la sesión, no sólo para honrar la memoria de aquel glorioso estadista, sino como protesta de indignación contra tan abominable atentado. (*Muestras de aprobación.*)

El señor Ministro de *Negocios Extranjeros* (Mathías de Carvalho): Señor Presidente, el execrable atentado de que acaba de ser víctima el Sr. Cánovas del Castillo, no podrá dejar de levantar en todo el mundo civilizado un clamor unánime de horror y de indignación. (*Aprobación.*)

Pierde la España uno de sus hijos más predilectos; Europa, un estadista notable entre los más notables de todos los tiempos (*Aprobación*), y nosotros perdemos por tan infausto acontecimiento un amigo sincero y verdadero. (*Aprobación.*)

La orientación política de aquel gran espíritu en lo tocante á las relaciones internacionales entre España y Portugal, fué siempre estrechar cada vez más los lazos de amistad que felizmente existen entre los dos pueblos de la Península, conservando cada uno de ellos su entera y completa independencia.

Señor Presidente, la Nación portuguesa toma la parte más sincera en el dolor agudo y en el inmenso pesar que aflige en este momento á la nobilísima España. (*Aprobación.*) Y el Gobierno, intérprete de estos sentimientos fraternales, se asocia con profunda emoción á la sentida propuesta que V. E. acaba de someter á la Cámara y que me parece corresponde perfectamente á los sentimientos de esta ilustre Asamblea, del Gobierno y del país. (*Muchas muestras de aprobación.*)

Voces: Muy bien, muy bien.

El señor Conde de *Macedo*: Señor Presidente, cúpleme comenzar declarando que me asocio con entera convicción y desde el fondo del alma á la propuesta que V. E. acaba de someter á la aprobación de la Cámara.

Diré más, señor Presidente: fui advertido por V. E. de la presentación de esa proposición, que antes de oír á V. E. había tomado *in mente* á mi cargo de presentar, en términos casi idénticos, convencido de que procediendo así cumplía el doble deber que para mí resulta de ser á un tiempo miembro de esta Cámara y representante de Portugal en España.

No lamento, sin embargo, el hecho de haber sido avisado por V. E., señor Presidente. El proceder esta moción de la Presidencia de la Cámara, le imprime un carácter de autoridad, le da tal alcance é importancia, que no podría conseguirse formulada por mi humilde voz.

No se ha interrumpido, señor Presidente; no ha cesado todavía la larga serie nefasta de calamidades y desdichas con que la Providencia se complace en poner á prueba todas las energías, siempre vivas y á cada paso crecientes, de la noble Nación española.

El espantoso, el infausto acontecimiento de que V. E. acaba de darnos noticia; el infame y execrable atentado de que ha sido víctima el Sr. Cánovas del Castillo, es por ahora, y ojalá lo sea por mucho tiempo, el último eslabón (y también uno de los más pesados) de una larga cadena de notorias y tan inmerecidas como enormes desgracias que han herido á aquella gran Nación, para nosotros, más que amiga, hermana.

Señor Presidente: no ha sido solamente como particular, ni tan sólo en nombre de la amistad personal contraída (y me vanaglorio en decirlo), conquistada en el trato constante que desde hace cuatro años he tenido la honra y la satisfacción de mantener con el Sr. Cánovas del Castillo; no ha sido tampoco solamente como portugués amante y respetador de la Nación vecina y hermana, sino también como Par del Reino y hombre público, por lo que yo formulé en mi mente la moción que tan oportunamente ha presentado V. E.; para ello me sobran impulsos y razones.

Es que el Sr. Cánovas del Castillo no sólo era el parlamentario eminente que tantos de nosotros tuvimos el gusto de oír; no era solamente un primoroso y notabilísimo hombre de letras, cuyas obras todos tuvimos ocasión de leer; no era el filósofo é historiador profundo y hombre de Estado de primera talla,

cuya dupla calidad le permitió decir un día en pleno Parlamento español, sin inmodestia ni posible réplica, después de haber realizado la Restauración monárquica, que se hallaba allí, al frente del Gobierno, para continuar la Historia de España (*Aplausos*), interrumpida ó en suspenso durante el período revolucionario. (*Muchas muestras de aprobación.*)

El noble finado, la desgraciada víctima del más feroz y detestable de los fanatismos, era para mí—para nosotros los portugueses—(y puedo afirmarlo con más autoridad que muchos) un amigo de Portugal, como lo demostró en muchas ocasiones; un constante mantenedor sincero y convencido de todas nuestras aspiraciones y sentimientos de independencia.

Además, señor Presidente, Cánovas del Castillo, el eminente y malogrado hombre de Estado cuya alta memoria estoy conmemorando, era, sobre todo esto, uno de aquellos dos brazos fuertes, uno de aquellos dos *meneurs d'hommes* que, como designados, elegidos por el destino, en la Nación amiga y vecina se afirman y apoyan Instituciones similares de aquellas que nosotros queremos aquí, respetamos y amamos, y que estaríamos todos prontos á defender si fuera necesario á costa de nuestras haciendas, de nuestras vidas y de nuestra sangre. (*Aplausos unánimes.*)

Añadamos, señor Presidente, que ningún suceso político importante que ocurra en España nos debe ser indiferente.

En el profundo luto que envuelve en funéres crespones el corazón de toda España, apenas un consuelo puede atenuar el inmenso dolor que abrumba en este momento el alma de todo español patriota: que el vilísimo, nefando, cobarde y execrable atentado, no ha sido cometido por la mano de un español, sino de un extranjero.

España entera puede ensoberbecerse y estar orgullosa al afirmar que ningún español, cualquiera que fuese su procedencia y su pensamiento político, era capaz de atentar contra su propia Patria, destruyendo la vida del hombre más eminente de los modernos tiempos. (*Repetidos aplausos.*)

Algunas palabras más y termino: V. E., señor Presidente, seguramente permitirá y no lo llevará á mal, que yo, completando su pensamiento, haga á su proposición una pequeña ampliación que naturalmente resulta de ella

misma: que el voto de sentimiento que la Cámara va, de seguro, á pronunciar, sea comunicado, no sólo al Gobierno español, sino á la familia del ilustre finado. (*Aplausos.*)

El Sr. *Antonio Cándido*: Señor Presidente: Después de las elocuentes palabras con que V. E. ha acompañado su proposición, y de las no menos elocuentes que han pronunciado el señor Ministro de Negocios Extranjeros y el digno Par señor Conde de Macedo, podría prescindir de que figurase mi nombre. Cuando en una Asamblea profundamente conmovida se ha dicho una vez lo que todos sienten en el corazón, no es preciso repetir lo dicho; si la conmoción es, como en este momento, de dolor y de espanto, no hay medio de proferir todas las palabras de justicia y de verdad que la ocasión demanda, pero no permite, y que el alma siente y la voz no puede articular.

¡Qué dolorosas sorpresas nos da el tiempo!
¡Qué tremendas realidades perturban, hieren, sacuden, desorientan las ilusiones necesarias de la esperanza en el bien y de la confianza en la vida!

Yo sé que de la muerte de Cánovas del Castillo, de la sangrienta tragedia que ha puesto fin á su larga vida de trabajo, de prestigio y de gloria, se puede sacar una gran lección. Lección para los Parlamentos y para los Gobiernos, que de tan pequeñas cosas se preocupan y no saben ver los peligros mayores que amenazan terriblemente á las sociedades humanas... Pero no sacrificaré á la política lo que está más elevado que ella, los derechos del corazón, en esta hora. Ya V. E. ha propuesto, señor Presidente, que en el acta de la sesión de hoy se consigne el íntimo y profundo sentimiento de toda la Cámara por la muerte violenta del grande hombre de Estado que hasta ha poco presidía el Ministerio español; pero ruego que se añada también, de un modo patente y visible, la expresión de nuestro profundo horror por el nefando atentado que arrebató á España una vida tan cara, tan digna, tan honrada y tan preciosa para el servicio de su Patria (*Muchos aplausos*), y privó á la conciencia humana el placer de venerar y respetar vivo, como uno de los más grandes hombres de nuestra raza, la más bella, la más fecunda, la más amable entre todas las razas del mundo. (*Aplausos generales.*)

Señor Presidente: Cánovas del Castillo era ahora, y desde hace mucho tiempo, uno de

los primeros nombres de la política europea (*Aplausos*); y para que la justicia universal lo aclamase considerándolo grande entre los más distinguidos, no era preciso que la muerte, postrándole, permitiera medir su grandeza en todos sentidos. Después de Gladstone, que hace cuarenta años era el mayor financiero del mundo y el primer orador de la incomparable tribuna inglesa; después de Bismarck, que por la diplomacia y la guerra hizo la asombrosa unidad alemana, seguía Cánovas del Castillo, que realizó la admirable Restauración española. (*Muchos aplausos.*)

Este insigne hombre de Estado, en cuyo pasado se cuenta la Restauración española planeada, llevada á efecto y consolidada después en condiciones extremadamente difíciles, era al mismo tiempo orador elocuentísimo, escritor de primer orden, notable historiador, académico erudito y perfecto. (*Muchos aplausos.*)

No siempre es posible admirar por grandes cualidades de espíritu á aquéllos que los intereses de los partidos ó la predilección de los jefes de los Estados ponen al frente de los Gobiernos; pero en Cánovas del Castillo, el talento de dirigir hombres era apenas uno de sus talentos, la elocuencia parlamentaria era apenas una de las fórmulas de su elocuencia, y si nada quedase en memoria política de nuestro tiempo, ella se manifestaría con lucida gloria en la bibliografía literaria, crítica é histórica de su país. (*Aplausos.*)

Su carácter de hombre de Estado era del más puro, rígido é inquebrantable temple. No es fácil encontrar quien se le compare. Los grandes jefes conservadores de Inglaterra, en nada se parecen á los jefes conservadores de nuestro Continente. Cuando Guizot gobernó á Francia, el espíritu del tiempo era bien distinto del espíritu de hoy, y transportado á la España de nuestros días el genio de rígido doctrinario, zozobraría aquí más pronto y más lamentablemente que en su Patria. En la lógica coherente del sistema, y en la valiente firmeza de la acción, el paralelo posible; pero Cánovas tenía además la habilidad compatible con fuertes convicciones, y la facultad de transigir, dentro de los límites posibles, con la dignidad política y la dignidad personal.

Fué por el procedimiento de gobierno, más que por las doctrinas políticas que profesaba, por lo que Cánovas afirmó su tendencia conservadora. Dentro de las mismas leyes, y cum-

pliéndolas, pueden dividirse y extremarse escuelas diferentes y partidos contrarios; y por eso este hombre de Estado, para ser enérgico, para hacer respetar la autoridad y el poder público, para mantener el orden social, no necesitó nunca violar la Constitución de su país. Era el primero en acatarla y cumplirla, y podía por eso, mejor que ninguno, hacerla cumplir y respetar por todos. (*Aplausos.*)

De su patriotismo, Cánovas del Castillo deja ejemplo y lección á los suyos y á los extraños, en cada acto público que practicó, en cada discurso que pronunció, en cada libro que escribió; y lo que hizo cuando murió Alfonso XII, y en toda la brillante obra de su último Ministerio, en que tan enorme esfuerzo era preciso para defender la integridad de la Patria, y más que la integridad de la Patria el decoro y la dignidad de ella, ha de valer á su memoria fervorosos cultos, que el reconocimiento de los pueblos presta siempre á los que los aman y sirven lealmente. (*Aplausos.*)

Señor Presidente, la solidaridad humana es cada vez mayor. Siéntese, manifiéstase siempre que la ocasión se presenta. Es consolador poder afirmar que en esto,—y no sólo en esto,—la moral social ha progresado enormemente. Para que el sentimiento por las grandes desgracias se difunda y comunique universalmente, no son impedimento las fronteras de las naciones, la diversidad de creencias, la diferencia de razas y mucho menos las diferencias de escuelas y de partidos: en esta hora todo el mundo se unirá simpáticamente á la gran Nación española, sometida á una privación durísima.

Mas para asociarnos nosotros al gran luto de España, para unirnos á su gran dolor, para darnos á nosotros pésame sentidísimo, tenemos más razón y derecho que pueblo alguno de la tierra. España es, por afinidades de todo orden, la Nación que más amamos entre todas las naciones; y el hombre ilustre que ella ha perdido, merecenos, aparte de otros homenajes, una gratitud especial, porque en sus relaciones con nosotros fué siempre correcto y digno, como era propio de su genio—gentil, generoso y nobilísimo,—como pedía la hidalga tradición de su Patria. (*Muchos aplausos.*)

¡Dios conceda á España la resignación que necesita! (*Voces: Muy bien.*)

El Sr. Hinte Ribeiro: Señor Presidente: al

sentido homenaje prestado por V. E. á la memoria de ese gran estadista, se asoció el señor Ministro de Negocios Extranjeros, en nombre del Gobierno; asóciase el señor Conde de Macedo, nuestro representante en la corte de Madrid; asóciase con su palabra brillante, en nombre de la mayoría, el Sr. Antonio Cándido, y ahora, en nombre de la minoría, permítame V. E. que diga también algunas palabras.

Señor Presidente: Toda España, Nación nuestra hermana y amiga, está poseída en este momento, traspasada de un profundo sentimiento de dolor. Ha muerto Cánovas del Castillo, el gran estadista que, después de restaurar la actual Monarquía en España, supo con suprema inteligencia, con lucidísimo criterio, con ánimo nunca desfallecido, con una decisión que en todos momentos y en todas horas fué siempre superior á las dificultades, á los peligros, á las vicisitudes de la vida pública y particular, á defender siempre los derechos, el pundonor y la honra de aquella gran Nación. (*Aplausos.*)

Lo arrebató la muerte cuando, resuelto y firme, proseguía una campaña que era el asombro de todos nosotros. Le derribó la mano vil de un fanático, de ese fanatismo que es lo más peligroso de las sociedades modernas, y de que fué víctima Carnot en Francia, y de que por poco no lo fué también el Rey de Italia.

¡Qué vida y qué muerte!

La vida fué una epopeya de trabajo, de abnegación y de gloria. La muerte fué todo lo que hay de más sublime. Cánovas, en las ansias de la agonía, dejó que el sentimiento vivísimo de su amor á la Patria, exhalara desde el fondo de su alma, con la última gota de sangre de su corazón, un ¡Viva España!

Señor Presidente: hagamos conocer á España, á nuestra hermana y amiga, que nosotros, los portugueses, compartimos profundamente el dolor que la oprime; digámosle que la muerte de Cánovas produce en nosotros, en nuestros corazones, en nuestro ánimo, una sacudida muy profunda, una conmoción de pesar y de recuerdo cariñoso, pero al mismo tiempo una calurosa protesta, vibrante de indignación, contra los miserables factores de la anarquía social. (*Aplausos.*)

Haga V. E., señor Presidente, consignar en acta al mismo tiempo el homenaje de nuestro sentimiento por la pérdida del gran perso-

naje que se llamó Cánovas del Castillo, y la protesta ó clamor de indignación general contra el infame atentado de que ha sido víctima y que le convirtió en polvo en el túmulo.

El señor *Obispo* (Conde de Coimbra): Señor Presidente: mi palabra, la más humilde y más oscura de esta Cámara, no sirve para hablar de un hombre como Cánovas.

De un astro de tanta grandeza, que mereció siempre el respeto y la consideración de toda la Península y de toda Europa, por su talento, por su saber, por su diplomacia, por sus principios arraigados de orden, de autoridad y de gobierno, y por la firmeza inquebrantable de su carácter y de sus convicciones, sólo pueden juzgar hombres también de primera talla, como los que acabo de oír, que militan en la política portuguesa, como aquél militaba en la de España.

Señor Presidente: Cánovas no fué sólo un político, un estadista y un sabio; fué también honra de la humanidad, porque rara vez, sólo de cuando en cuando aparecen hombres como él, y de un héroe así, sólo deben hablar aquellos á quienes Dios ha concedido también la centella del genio, y no un humilde Obispo de provincia que nada merece y nada tiene de esa condición.

Pero, señor Presidente, la gratitud y el agradable recuerdo no son cualidades privativas únicamente de los grandes hombres; siéntenlas de igual manera todos los corazones, y es tan grande el dolor y tan profundo el recuerdo que sintió el mío al recibir la noticia de tan nefando y horroroso atentado, que no puedo dejar de desahogarme en esta Cámara; ¡tanto me oprime y tanto me pide este desahogo, lo mucho que debo al glorioso muerto!

Señor Presidente: cuando fui á Madrid á tomar parte en una sesión de la Real Academia de la Historia, destinada á honrar la memoria de nuestro gran historiador Alejandro Herculano, no cesé de admirar á aquel grande é inolvidable estadista, uno de los primeros de Europa en este siglo, como acaba de afirmar la palabra elocuentísima del Sr. Antonio Cándido, y jamás en toda mi vida podré olvidar las bondades y finezas con que me cautivó y confundió. Y sin embargo, señor Presidente, no hacia eso en mérito á mi persona humilde, que nada vale ni nada merece: hacíalo ciertamente para, en mi calidad de Obispo católico, honrar la religión que tanto respetaba

y protegía, y al Obisapado de la Nación portuguesa, á quien tanto apreciaba.

No es sólo España la que debe llorar su muerte y tan gran desgracia. Debemos nosotros llorarla también, porque nuestro Portugal, por la fuerza de su actividad y de sus doctrinas, por el afecto que nos tenía, y por lo que más de una vez le oí, tenía en él una garantía y una fuerte barrera contra sofados *iberismos*, y contra la propaganda en la Península de ideas impías, anárquicas y disolventes.

Por tanto, señor Presidente, si en mi cualidad de amigo personal y gratísimo de ese gran astro que se apaga en Europa y en el mundo, pero cuya memoria no se borrará jamás en mi corazón, me hace verter aquí lágrimas de intenso dolor, mas me las hace verter todavía en mi cualidad de Obispo católico, amante de la religión, ciudadano portugués y amigo de mi Patria. En este punto, paréceme poder decir que me encuentro acompañado por todo el Episcopado y por todo el clero de mi país.

El señor Arzobispo de Évora. (*Aplauso.*)

El orador.—Señor Presidente, cuando un estadista como Cánovas, con la comprensión siempre clara de sus deberes y con una conciencia y voluntad siempre firme para cumplirlos, ha honrado y protegido tanto la religión, la Iglesia y sus ministros con su autoridad, con su palabra y con su ejemplo, Obispos y sacerdotes deben cubrirle de aplausos y bendiciones en vida, y de sufragios, lágrimas y dolor en la muerte.

Pero, señor Presidente, no nos limitemos sólo á lágrimas y dolores, porque desgraciadamente ellas no pueden ya volver la vida á ese gran hombre que un traidor asesinó y ha conseguido derribarlo para siempre, llevando el luto, la consternación y el horror á todos los Estados y Cortes de Europa, y principalmente á la excelsa y preclara Reina Regente, á ese ángel bueno de España, que tanto merece la pública gratitud por sus virtudes y por su juicio y acierto gubernamental, así como merece la compasión de todos por sus continuas amarguras y tribulaciones.

Aprovechemos la lección que de fuera nos viene, para que no nos ocurra lo mismo á nosotros. Y visto que parece tramarse en las tinieblas una conjura contra el orden social y contra los grandes representantes de la autoridad pública, unámonos todos, partidos y Gobiernos, hombres públicos y particulares,

sacerdotes y seglares, y combatamos con eficacia y sin flaquezas esas doctrinas antirreligiosas y antisociales que por ahí se propalan sin ninguna traba, y que ponen en peligro constante á los depositarios del poder público. Cuidemos de la educación religiosa del pueblo portugués, cuya necesidad tuve la honra de demostrar en esta Cámara no hace muchos días; desterremos de nuestras escuelas la enseñanza sin Dios y sin fe, y procuremos, á favor de una propaganda perseverante y eficaz de justicia, de moral y de caridad para todos, el remedio de esos crímenes hediondos y monstruosos que afrentan y desmienten la civilización, y que ultrajan y avergüenzan á la humanidad. (*Muchos aplausos.*)

El señor *Presidente*: Tiene la palabra el digno Par, Sr. Conde de Casal Ribeiro.

El Sr. Conde de *Casal Ribeiro*: Señor *Presidente*: después de las elocuentes palabras que acaban de ser proferidas en esta Cámara en homenaje al eminente hombre en la política, en la ciencia y en las letras, Cánovas del Castillo, no osaría tomar la palabra si no fuera en cumplimiento de una deuda sagrada.

Quiero decir, permítame la Cámara que relate el hecho, que en Madrid, después de recibir los más honrosos homenajes de sentimiento, en la ocasión en que tuve el profundo disgusto de perder á mi padre, cuando me retiré á mi cuarto, en el hotel en que me alojaba, tuve la honra de ser visitado por Cánovas, cuya muerte tiene enlutada hoy á la Nación española, y cuyo gran sentimiento enluta también á la Nación portuguesa, y le oí las siguientes palabras: «Perdí en su padre un amigo. Ruégole qué de hoy en adelante sea heredero de su padre en la amistad que le tenía, y que ya se la declaro íntima y sincera.»

Señor *Presidente*: en nombre, pues, de esas nobles palabras que me fueron dichas teniendo Cánovas las lágrimas en los ojos; en nombre de esa honrosa herencia que me legó Cánovas, además de asociarme, como miembro de esta Cámara, á la proposición del señor *Presidente* y á todo cuanto se ha dicho en homenaje del gran personaje Cánovas del Castillo, deseo consignar aquí, de todo corazón, como amigo verdadero, mi mayor sentimiento y gratitud en memoria del leal y decidido amigo de mi padre, que tanto me honró.

El Señor *Presidente*: La Cámara quiere, de seguro, que, tanto esta proposición como la adición del digno Par, Sr. Conde de Macedo, sean aprobadas por aclamación. (*Grandes aplausos.*)

Voces: Por aclamación, por aclamación.

El señor *Presidente*: Queda aprobada por aclamación.

La próxima sesión no tendrá lugar hasta el 12 del corriente.

Se levanta la sesión.

II

Cámara de los Diputados (1)

En esta Cámara el *Presidente* dijo:

«No por cortesía, sino por deber y cariño, protestamos de la infamia que ha llevado el luto á la Nación española.»

Cánovas fué un hombre providencial y uno de los primeros estadistas de Europa.»

El Ministro de Negocios Extranjeros, Mathias de Carvalho, manifestó que Portugal se asociaba al duelo de España por la pérdida de uno de los primeros estadistas del mundo.

El Sr. Laraujo dijo:

«Cánovas era grande en literatura, en política, en sociología, y su muerte es una herida profunda para el alma de España.»

El Sr. Joao Franco, en nombre de los regeneradores, se expresó en los siguientes términos:

«Gran orador, gran carácter, gran escritor, gran patriota, fué mayor que Bismarck, pues éste se ocupó solamente de política, y la huella de Cánovas queda impresa además en las ciencias y en la literatura española.»

Su obra de la Restauración fué admirable; la realizada ahora para la pacificación de Cuba, asombrosa.»

Terminó diciendo:

«Señores Diputados: Al levantar la sesión en señal de duelo, sea nuestro grito el de ¡viva España!»

Todos los Diputados contestaron con vítores.

(1) No hemos podido obtener el *Diario de Sesiones* como de la Cámara de los Pares.

SECCIÓN CUARTA

Cánovas juzgado por los Argentinos y Chilenos

JUICIO DE LOS ARGENTINOS

I

Con el título de *Cánovas juzgado por los argentinos* publicóse en Buenos Aires (1) un precioso folleto, del que vamos á dar noticia, encabezado con la siguiente

Advertencia.

« Pocos crímenes han logrado conmover tanto á las sociedades actuales como el perpetrado en la persona del Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo; y es que si España se sintió dolorosamente indignada por el luctuoso hecho que le arrebató á uno de sus hijos más ilustres, los pueblos todos, al lamentar el suceso, se dieron cuenta de la gravísima situación en que los gobernantes se hallan y de la intranquilidad que tales crímenes siembran en la conciencia de las naciones.

Al grito de indignación de la honradez española respondieron las honradas lamentaciones de todos los pueblos cultos de la tierra. Afortunadamente para la Humanidad, aún los buenos están en mayoría.

Esta República se asoció al duelo de la Nación descubridora, y durante varios días la Prensa se hizo eco del dolor que á todos los argentinos embargaba. Recoger estas notas de pésame y tejer con ellas una corona fúnebre para el llorado amigo, fué mi primera idea. Pero eran, no eran, son tantas, aun sin contar las que á mi diligencia se escaparan, que abandoné la pretensión, prefiriendo dirigirme

á las notabilidades con que el país cuenta, solicitando un pensamiento, una frase que quedase en el libro para perpetuar el recuerdo de uno de los hombres más eminentes que haya producido Europa en este ya agonizante siglo.

Los autógrafos originales se remiten, por conducto del señor Ministro de España, al Gobierno de la madre Patria.

Al entregar al público este pequeño ramo, donde al lado de espléndidas rosas se encontrarán delicados lirios ó modestísimas violetas, he de manifestar mi gratitud á cuantos accedieron á mi ruego. La comunidad de ideas, afectos y sentimientos, une más á los pueblos que la fría redacción de los tratados diplomáticos. El pueblo que es ya por honrosa tradición cuna de la caballeridad, no olvidará ciertamente esta nueva prueba de afecto de la República Argentina; honrando á Cánovas, se honró á la par á la Nación española.

Sea esta *corona* un lazo más, y lazo de amor, que una á argentinos y españoles. »

R. MONNER SANZ.

Adragué (República Argentina), Septiembre 1897.

• •

« Cánovas lleva consigo la admiración de sus contemporáneos, y su memoria tiene asquorada la apoteosis de la Historia. »

JOSÉ E. URIBURU.

(Presidente de la República.)

• •

(1) En el pie de imprenta aparece también Barcelona.

«La repentina desaparición del ilustre estadista D. Antonio Cánovas del Castillo, inmolado por la mano feroz de un sectario fanático, deja un inmenso vacío difícil de llenar en el escenario político de su Patria, y ha enlutado con razón á los españoles de todo el mundo, repercutiendo dolorosamente la inmensa desgracia en el corazón de los argentinos, que admiraban al eminente pensador, orgullo y gloria de España.

Graves reflexiones suscita en el espíritu este crimen nefando, provocado por el violento estallido de pasiones desenfrenadas en hombres sin Dios ni Patria y que hieren sin piedad á las naciones en su misma cabeza, aniquilando sus personajes de más valer, que son la alta expresión del talento, de la ciencia, de la virtud cívica.

Ante la irreparable desgracia que aflige á la madre Patria, hago votos por que sus hombres dirigentes, unidos todos en un propósito común, busquen y encuentren algún medio eficaz que evite estos crímenes horrendos, que son una vergüenza para la Europa civilizada y significan un verdadero retroceso en la época que hemos alcanzado de progreso y de cultura en todos sentidos.

¿Cuál sería él? No veo otro, á mi juicio, que inculcar en la juventud y en el pueblo sanas doctrinas, amor al trabajo y, sobre todo, sólidas creencias religiosas, que fortalezcan en ellas la abnegación, la autoridad y el sacrificio, dándoles así mayor fuerza para sostener con éxito la lucha por la vida.

Conseguir suprimir de ese modo los desesperados y desheredados de la vida, es suprimir los anarquistas.»

JUAN AYALA.
(Teniente general.)

• • •
Cánovas del Castillo.

«Este ciudadano austero, que por más de medio siglo ha batallado sin cesar por la civilización y estabilidad de su Patria, ha caído inopinadamente bajo el plomo mortífero de una mano criminal.

La Argentina toda, hasta en su más humilde rincón, ha recibido con sorpresa y dolor tan infausto acontecimiento, que ha enlutado á la nacionalidad española.

Como argentino é hijo de este suelo, me inclino reverente ante el nombre venerado del malogrado Cánovas del Castillo y me asocio de corazón á la protesta universal que se hace hoy contra el anarquismo, que desquicia el orden moral, enluta los hogares y hace desaparecer de una manera brutal á los personajes políticos más ilustres, que, como Cánovas, han puesto toda su intelectualidad y civismo para enaltecer el nombre de su Patria.

El concepto que se tenía de Cánovas en esta República era de un Bismarck en política y de un Cicerón por su gran talento.

Cánovas del Castillo es verdaderamente una gloria nacional de España, que no sólo merece coronas y siemprevivas, sino que su nombre debe ser tallado en el mármol y en el bronce para enseñanza de las generaciones del porvenir.»

ADEODATO Y BERRONDO.
(Gobernador de San Luis.)

• • •
«¡Looado sea Dios, cuya Providencia amorosa convierte en bendiciones los inmensos males que afligen á los que la reconocen y adoran!

España, siempre grande, siempre noble, siempre heroica, nos ofrece una nueva elocuente prueba de esta verdad en los aciagos días por que atraviesa, en el funesto suceso que la tiene hoy sumida en el dolor.

La inesperada y trágica desaparición de uno de sus más ilustres hijos, que con su privilegiada inteligencia, enérgica constancia y patriotismo acendrado, la sostenían en la ruda prueba á que se halla sometida, provoca un sentimiento unánime de profunda simpatía hacia sus nobles hijos, arranca un grito universal de dolor y protesta contra el salvaje atentado.....»

JUAN AGUSTÍN BONEO.
(Obispo titular de Arsinoé.)

• • •
«Con el asesinato de Cánovas del Castillo pierde España el primer estadista de su época, la raza latina uno de sus cerebros mejor organizados, y el mundo civilizado todo lamenta la nueva é ilustre víctima sacrificada por la falta de energía de los Gobiernos, que hasta hoy no han sabido unirse para extirpar de raíz el cáncer social de la anarquía.»

E. CANTÓN.
(Vicepresidente de la Cámara de Diputados.)

«El 12 de Octubre de 1892 escuché muy de cerca el discurso inaugural sobre el Centenario de Colón, pronunciado por el señor Ministro Cánovas, en el histórico convento de Santa Maria de la Rábida, esa venerable cuna del descubrimiento de América, según la llamó entonces; y pude notar que, además de guiarse aquella sabiduría que es condición esencial de la oratoria, era su frase intencionada y su pensamiento adecuado para impresionar, uniéndose á ello su exposición clarísima, su dicción castiza y su locución insinuante, á pesar de cierto dejo andaluz.

Noches después fui presentado por el secretario del Congreso internacional, Sr. Zaragoza (1), en el gran baile de mantillas, dado por Huelva en honor de la Reina Regente, y mientras departamos con detención acerca de los sucesos y de los hombres del Río de la Plata, que le interesaba conocer, observé que la palabra brotaba espontánea de sus labios con una armonía que embargaba el espíritu, ya predispuerto por el prestigio de ese talento firme y sereno que ha hecho universal la fama de su elocuencia, saturada con rasgos que adivinan por su oportunidad y su dominio sobre el corazón humano, no menos que sobre la historia, las ciencias y las letras.»

ÁNGEL JUSTINIANO CARRANZA.



.....

«Lo único que á usted puedo manifestarle es que, no obstante su gran pérdida, España siempre se conservará grande en sus infortunios, como ha sido gloriosa en sus esfuerzos, que tanto bien han reportado á la humanidad.»

ADOLFO P. DE CARRANZA.
(Director del Museo Histórico.)



La víctima duerme el sueño eterno.

«La sociedad no sale de su estupor, al considerar esa existencia tronchada alevosamente por mano de un desconocido; pero encuentra algún consuelo en rendir homenaje

(1) Antiguo Secretario particular del Sr. Cánovas, ya también difunto.

de admiración y simpatía al ilustre extinto.»

ULADISLAO CASTELLANO.
(Arzobispo de Buenos Aires.)

«Bismarck acaba de decir que inclina su cabeza ante él, no habiéndolo hecho ante nadie. Ese es el juicio que debe prevalecer, dada la autoridad de quien lo hace.»

MARIANO DEMARÍA.
(Diputado al Congreso.)



«Cuando cayera exánime el Sr. Cánovas del Castillo por la bala de Angotillo, alzara también mi voz de protesta contra ese anarquismo que pretende en su insanía rehacer la especie humana y reconstruir el organismo social, segando las cabezas generadoras y dominantes de la civilización actual.»

.....

El intelecto del Sr. Cánovas del Castillo y su influencia en los tiempos en que viviera y actuara ya lo dirá la Historia, escrita por algún Menéndez Pelayo ó Castelar; pero me atrevo á creer que la última palabra que se le consagra será el alto concepto de una superioridad indiscutible, porque vale mucho el hombre que llega á la cima é impone sus ideas y sus creencias en una Nación de veinte millones de almas, entre las que la selección se elabora por el sufragio universal, por los certámenes de sus Ateneos y Academias y por los debates de sus grandes Cortes.»

ANTONIO DÍAZ.
(Gobernador de la provincia de Saltes.)



Inmolación de una ilustre víctima.

«¡La madre Patria está de duelo! La noble, la grande, la caballerosa España, viste hoy de luto en testimonio del dolor acerbo que la embarga, y sus dignas hijas, las jóvenes naciones del continente americano, asóciense á su pena y á su llanto, formándole fúnebre cortejo con las de Europa y todo el mundo civilizado. No es para menos la pérdida in-

mena que ha sufrido y la dura prueba á que ha sido sujeta.

Cánovas del Castillo, el gran patricio, el estadista consumado, el que era honra y prez de su noble Patria, su decidido defensor y acertado guía, el propagador extremo de la justicia de su causa y representante legal de su autoridad soberana, el grande entre los grandes, de merecida fama universal en las ciencias y en las letras, en el Gobierno y en la diplomacia, ha dejado de existir inesperadamente fulminado por el mortífero plomo que contra él lanzara alevosamente la mano criminal de un asesino anónimo.

¡Una víctima ilustre más que lamentar, inmolada por el fanatismo aterrador de la anarquía!

Ayer caía en Francia el Presidente de la República, Carnot; hoy Cánovas del Castillo, el jefe dignísimo del Gabinete del Gobierno de su país, cae en España...; mañana sabe Dios cuántos y quiénes serán los que les sigan... Mientras el monstruo del anarquismo exista, toda autoridad será acechada y amenazados se verán de muerte sus legítimos representantes.

¡Ojalá que el nefando crimen que acaba de conmover y horrorizar al mundo sirva á las naciones de escarmiento! ¡Ojalá se aperciban desde luego de la necesidad palpitante que todas tienen de uniformar sus leyes y costumbres, según las enseñanzas saludables del Evangelio! ¡Ojalá no olviden nunca aquel sabio aforismo del Divino Maestro: «Dad á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César», y se persuadan de que es absurdo pretender aunar respeto y acatamiento á la autoridad humana, sea cualquiera la forma en que ella se presente, si no se inculcan primordialmente en los hombres, en la masa popular, en todo sér consciente, inteligente y libre, los sentimientos de amor, respeto, acatamiento y sumisión á la suprema autoridad divina.

Entretanto, en presencia de esa tumba recientemente abierta por un fanático sectario, levántense los pueblos todos de la tierra para rodear á España y consolarla en su amargura, y hagan sentir por todas partes el eco unísono

de su protesta en nombre de la ley y de la justicia, de la religión y de la civilización cristianas.

Yo, por mi parte, me siento impulsado á no callar, á no permanecer indiferente y mudo ante la desgracia inmensa que hoy lamentan mancomunadas la madre Patria y sus amantes hijas con la irreparable pérdida de una de sus más puras y brillantes glorias, con la desaparición violenta y trágica muerte de una de sus personalidades más salientes, el Excmo. Señor D. Antonio Cánovas del Castillo.

Si yo hubiera tenido la misión de escribir el epitafio para su tumba, lo habría tomado, sin vacilación alguna, del mausoleo que encierra los despojos mortales del célebre conde Rossi, en Roma, primer Ministro del inmortal Pío IX, sacrificado en su defensa, para esculpirlo á su vez en el sepulcro del no menos grande y célebre Cánovas del Castillo, igualmente sacrificado en defensa de otra causa noble y santa:

*Optimam causam mihi tuendam
Deus assumpsit miserebitus mei.*

MONSEÑOR MILCIADES ECHAGÜE.

(Protomotario Apostólico «ad hinstar», Vicario general castrense.)

• •

«España, patria de los grandes santos y de los grandes héroes, no debe desesperar por la muerte del eminente Cánovas del Castillo. Dios le dará otro.»

MARIANO ANTONIO ESPINOSA.

(Obispo titular de Siberiópolis y Aurolia,
de Buenos Aires.)

• •

«La muerte de Cánovas del Castillo, nueva vida arrebatada por un fanatismo que, con sus extravíos, cunde peligrosamente en nuestros días, es, sin duda, una fatal desgracia que con razón ha conmovido al mundo entero.»

«Literato, historiador, gran político y estadista, Cánovas del Castillo, con su preclaro talento, supo granjearse el respeto y la admi-

ración aún más allá de las fronteras de su Patria, y España, á cuyo servicio puso no pocas veces con lealtad y desinterés todas sus dotes, ha de sentirse orgullosa al contarle en el número de sus hijos predilectos.»

«Hombre de ideales fijos y definidos, defendió siempre con singular firmeza, en la Academia, en la tribuna y en la prensa, el crédito político de sus convicciones, y al caer, sacrificado por mano criminal, en momentos que su Patria le tenía confiados sus destinos, deja bien marcadas las huellas de su vasta ilustración y de su genio.»

«¡Que desde el cielo vele por la grandeza y prosperidad de los suyos, que era su noble y sincera aspiración!»

ANTONIO F. HERRARI.

(Presidente del Tribunal de Cuentas de la provincia de Buenos Aires.)

• •

«La dolorosa intensidad de la conmoción que ha sentido el mundo civilizado ante la muerte de Cánovas del Castillo consagra, con caracteres de universalidad excepcional, el homenaje que la crítica biográfica, literaria y política habrán tributado á la gran personalidad del ilustre estadista español.»

«Personificación de los más grandes atributos morales de su raza, lega á la Historia contemporánea de la madre Patria una página llena de vigor y de luz, elocuente mentís á la supuesta decadencia del pueblo hispano.»

«¡Que su vida en la Historia sea tan fecunda como su talento, y constituya siempre para los españoles una aspiración y una enseñanza!»

JOSÉ HIGUERA ALCORTA.

(Gobernador de la provincia de Córdoba.)

• •

«La infausta noticia del vil y cruel asesinato del Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, Presidente del Consejo de Ministros en España, causó una honda sensación en todos los pueblos de esta República, conocedores de las raras dotes y cualidades gubernativas de este ilustre estadista de la madre Patria, asociándose al duelo de la Nación española, haciendo públicos homenajes á la memoria de este hijo ilustre suyo, elevando sus preces al

Omnipotente por el eterno descanso de su alma.»

JOSÉ MARÍA GELABERT.

(Obispo del Litoral.)

• •

CÁNOVAS

«No era una gloria nacional y exclusiva de España; era una gloria del siglo XIX, que reivindicaba para la raza latina la preeminencia en el orden público desde el difícil escenario en que actuara.»

«Para los americanos que amamos á España, que no escribimos ni hablamos de ella, de sus grandezas y de sus hombres sin sentirnos hondamente conmovidos, hasta sellar con tiernas y dulces lágrimas los conceptos filiales que vertimos, tiene un mérito especial: había compartido su hogar con nosotros.»

«Por eso acaso más que por la gran figura que desaparece, contemplamos las gratas é imponentes demostraciones de sincera condolencia en la República Argentina.»

«¡Será que para realizar el magno ideal de la confraternidad hispano-argentina, por cima de afejas y pueriles preocupaciones, era necesario el sacrificio de tan ilustre víctima!»

«¡Caro precio! Pero al fin sería un título más de gratitud, un estímulo poderoso para los que anhelamos y perseguimos esa unión.»

«Así lo creemos los hombres de corazón.»

JUAN A. LÓPEZ.

(Director de «La Voz de la Iglesia.»)

• •

«La muerte del eminente estadista é ilustre patriota español Antonio Cánovas del Castillo, ha sido un duelo universal.»

«España ha perdido en él uno de sus mejores hijos, y la Humanidad uno de sus dignos representantes en el orden intelectual y moral.»

«Los hispano-americanos, que siempre han acompañado á su antigua madre Patria en sus felicidades y en sus desgracias, se asocian á este gran duelo, honrando en él la memoria de un varón de su noble raza.»

«El patriotismo ilustrado y el amor del bien público es lo que imprime su sello duradero la figuración de los hombres de Estado, y esto

es lo que hará vivir á Cánovas del Castillo en la posteridad, dentro y fuera de su Patria.»

BARTOLOMÉ MITRE.



«Yo, que llevo en mis venas sangre andaluza y sangre vizcaína, comparto el amor á mi Patria con el amor á España.»

«Lloro, pues, con ella, como lloran sus nobles hijos, el horrible sacrificio del Sr. Cánovas del Castillo, á quien, como ellos, consideraba el primer hombre de Estado de los tiempos modernos.»

ALEJO DE NEVARES.

(Presidente del Consejo general de los Círculos de Obreros Católicos.)



«Cánovas del Castillo, como estadista, fué la más vigorosa encarnación, en todo el siglo, del espíritu español, en lo que tiene de más fuerte, sólido y sensato. Su rigidez de criterio y de carácter era consecuencia ineludible de sus convicciones profundas y de su soberano don de imperio. Nació para gobernar.»

«Los prestigios literarios podrían compararse á esas flores y enredaderas gentilmente entrelazadas en las verjas de los jardines.»

CALIXTO OYUELA.



«Las letras, las ciencias, el orden social, visiten luto; el galano literato, el pensador profundo, el político inquebrantable, ha caído, víctima de bala anárquica.»

«A la manera que el cedro gigantesco, al desplomarse herido por el hacha ó tronchado por el huracán, conmueve el bosque donde alza su copa, resonando el eco de su caída en los valles vecinos, el jefe del Ministerio español, D. Antonio Cánovas del Castillo, cayendo herido por mano criminal, ha conmovido el mundo de las letras, de las ciencias y de la política, donde descollaba, levantando muy alta su frente.»

«¡ España, noble y heroica España, tus nietos de América mezclan sus lágrimas á tus lágrimas, como se regocijan de tus glorias y tus triunfos, y en estos momentos de común consternación te abrazan para luchar unidos contra el anarquismo y por la estabilidad de las instituciones cristianas! »

DOCTOR PABLO PADILLA Y BÁRCENA.

(Obispo de Solta.)



«No sé si Cánovas estaba ó no en error, ni quiero que me lo diga el tiempo (este oráculo brutalmente mecánico que falla sin oír). Sé que á una edad en que la naturaleza humana cede á todo empuje, este hombre aceptó la tarea de salvar el decoro de su Patria, y... cualquiera que el resultado final sea podrá ponerse al frente de la estatua que recoja el triunvirato más heroico de los tiempos modernos, y mucho más heroico que los de Roma—Martí, Maceo y Gómez.—la del bravo viejo hidalgo «D. Antonio», cuyo nombre ya resuena en la región de la inmortalidad.»

DAVID PEÑA.

Rosario de Santa Fe, Agosto 1897.



«El asesinato de Cánovas priva á España del más preclaro de sus estadistas, verdadero «Canciller de hierro» á la usanza castellana, y cuya inflexibilidad en la energía, unida á una serenidad admirable, obedecían á un criterio de alto vuelo, á una cultura soberana y á una destreza maravillosa en la ductilidad de los medios.»

«Conservo de su trato en la señorial mansión de la *Iluerta* los recuerdos más inolvidables, y cualquiera que fuera la manera cómo un extranjero puede juzgar la acción política de Cánovas, nadie puede desconocer que fué la más alta encarnación del españolismo, y que enaltecía á su Patria al formar, con Bismarck, con Gladstone, con Crispi, esa constelación brillante de estadistas que iluminan las postrimerías de este siglo.»

ERNESTO QUESADA.

San Rodolfo, Septiembre de 1897.

« En los países monárquicos, el Soberano se reemplaza fácilmente ; el heredero está allí, consagrado de antemano por la ley, la tradición y la costumbre, y ocupa *incontinenti* el puesto vacante, sin que nada se conmueva ni altere. Pero cuando desaparece en pleno ejercicio del poder uno de esos genios políticos que encarnan la aspiración nacional de su época é imprimen á los acontecimientos el sello de su voluntad, como Cánovas del Castillo, es rara fortuna y poco frecuente en la historia de los pueblos encontrar el sucesor antes de largos intervalos de tiempo y de sucesivos ensayos infructuosos. »

« La pérdida de este grande hombre de Estado puede valorarse por la consternación y duelo que ha causado en toda España, siempre fiera y altiva en los peligros, y por la repercusión que ha tenido en el mundo tan injusta muerte. »

JULIO A. ROCA.

« Republicano de corazón y de principios, me inclino respetuosamente ante el nombre ilustre de Cánovas del Castillo, y uno mi protesta á la de todos los que condenan el crimen de Santa Agueda. »

ADOLFO RUIZ.

(Gobernador de Santiago del Estero.)

« En tesis general pienso que el Sr. Cánovas del Castillo ha conducido el gobierno y la política de su país en razón de la síntesis humana, lógica y progresista de los dos principios de la aristocracia autoritaria y de la democracia pura, contribuyendo á realizar en la época moderna lo que estuvo en la carne y en el sentimiento de aquel fiero pueblo español del tiempo de los Reyes ciudadanos, D. Sancho de Castilla y D. Pedro de Aragón.

España exparció la semilla cien años antes que ninguna otra nación europea ; y cualesquiera que sean las opiniones que contra Cánovas del Castillo se viertan, habrá que reconocer que él la hizo fructificar en los tiempos actuales, restableciendo el equilibrio político á expensas de los dos grandes factores socia-

les que mantuvieron la libertad de su país en épocas muy anteriores, como lo ha restablecido Inglaterra y después Bélgica, Suecia, Noruega, Italia, y como lo restablecerán las demás naciones de Europa, si no quieren presenciar el perpetuo divorcio de los pueblos con sus respectivos Gobiernos y las legítimas reivindicaciones que tal divorcio provoca. »

ADOLFO SÁLDIAS.

(Literato.)

« Una eminencia menos en la vasta planicie contemporánea. ¿Hasta cuándo vamos á ver rodar cabezas pensadoras y hombres ilustres destinados al gobierno de sus semejantes ?

El sentimiento de las sociedades y los símbolos vivientes de sus anhelos colectivos vienen recibiendo el reto de la alevosía, que cambia de un pistoletazo la faz de las naciones y sus pronunciamientos soberanos. »

ROQUE SÁENZ PEÑA.

« Cuando un hombre ha gobernado un gran pueblo por espacio de un cuarto de siglo, en medio de furiosos políticos internos y guerras exteriores, y muere llorado por el mundo entero, que se asocia al duelo de su Patria, huérfana de tan eminenté ciudadano, ¿qué podría agregarse en su honor ? »

DR. JACINTO R. VIÑAS.

(Vicario de la Diócesis del Paraná.)

« Cánovas del Castillo será presentado en la historia del siglo XIX á la altura de Cavour, de Bismarck, de Galsdtonne, de Thiers.

Como ellos, Cánovas del Castillo fué menos grande por la producción genial que por la unidad de sus ideales patrióticos.

La reconstitución italiana exalta á Cavour ; Bismarck entrafía las tradiciones y las energías del germanismo, y proclama en Versalles el segundo advenimiento de su influencia ; Thiers recoge á la Francia en el campo de la

derrota y la presenta al mundo libre y respetada. La expansión colonial de la Gran Bretaña, fundada en la libertad civil y en la honradez administrativa, es la gloria serena y perdurable de Gladstone. La integridad de la soberanía nacional fué la bandera y el sudario de Cánovas del Castillo.

Su sangre ha robustecido á España, y mientras ella llora á su insigne piloto, el mundo le advierte que el horrible sacrificio ha confirmado el rumbo.»

ESTANISLAO S. ZEVALLOS.

(Exministro de Relaciones Exteriores.)

CÁNOVAS DEL CASTILLO

JUZGADO POR LOS POLÍTICOS Y LITERATOS MÁS DISTINGUIDOS

DE CHILE (1)

En un lucido volumen impreso en Barcelona, que nadie ha tratado de imitar en España, y sin otro título que la dedicatoria *Al insigne Cánovas del Castillo*, se contienen los siguientes escritos y cartas (2):

D. Antonio Cánovas del Castillo, por A. Orrego Luco.

Carta de D. Carlos Morla Viouña.

España y Cánovas, por E. Altamirano.

Carta de D. Ambrosio Montt.

En honor de su carácter, por Carlos Walker Martínez.

La fiera, por E. Blest Gana.

Cánovas, por Enrique Mac Iver.

El Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, por Marcial Martínez.

Dos Ministros parlamentarios, por Juan A. Barriga.

Cánovas, por Jorge Uncens.

A la madre Patria, por T. A. Concha Castillo.

Cánovas del Castillo, por Carlos Concha.

Cánovas del Castillo, por Julio Bafiados Espinosa.

A la memoria de Cánovas del Castillo, por Agustín Edwards.

La idea, por L. Barros Méndez (3).

Tratándose de un libro que conocen pocos

en España, nuestro gusto sería reproducir en este los escritos, algunos de ellos notabilísimos, y todos de mérito literario, que anteriormente se mencionan; pero en la imposibilidad de verificarlo, daremos una idea sucinta de su contenido.

I

D. Antonio Cánovas del Castillo

POR A. ORREGO LUCO

Está dedicado al Excmo. Sr. D. Salvador López Guijarro, al señor Conde de Vista Florida y á la colonia española en Santiago.

«La personalidad que acaba de desaparecer del escenario de la política española, en medio del trágico horror de una catástrofe, era una de las más extraordinarias y brillantes de nuestra época.

Si puede haber divergencias al apreciar sus doctrinas y al juzgar sus actos, no puede haberlas para reconocer la elevación moral de

Honras fúnebres en honor del Sr. Cánovas del Castillo en Santiago de Chile.

Expresión de gracias.

La colonia española.—Honras fúnebres celebradas en Valparaíso.

Los funerales del Sr. Cánovas del Castillo en Concepción.

Idem en Iquique.

Exequias en Jocopulla.

Idem en Talca.

Idem en Los Angeles.

Idem en Antofagasta.

(1) Hay que añadir esto á lo mucho publicado en la prensa de Chile en honor de Cánovas, y que nos hemos complacido en reproducir en su lugar correspondiente.

(2) La impresión: de este libro terminó, según á su final se expresa, el 2 de Octubre de 1897.

(3) Además contiene, y se consigna en el Índice: *Oración fúnebre*, por el Presbítero D. Ramón Angel Jara.

II

Carta de D. Carlos Morla Vicuña.

sus propósitos, la energía y viril entereza con que se sacrifica en aras de los desinteresados fines que persigue; para reconocer que esas doctrinas son las que mejor reflejan las tradiciones y las íntimas tendencias de la Nación que ha dirigido, y para colocarlo entre las grandes personalidades contemporáneas y entre los más grandes representantes de su raza.

Poseía un talento superior y una asombrosa erudición; grandes dotes literarias que, en géneros muy diversos, lo colocan entre los más notables escritores de su tiempo, y excepcionales aptitudes oratorias, que lo levantan á la altura de los más poderosos oradores españoles.

Sus estudios filosóficos revelan una original y rara intensidad de pensamiento; en sus estudios históricos abundan vivas y brillantes narraciones, observaciones sagaces y ese sentimiento de inmensa equidad que es la única, la triste compensación que deja en las almas elevadas la experiencia del corazón humano y el hábito amargo de la vida pública. Sabía exponer con asombrosa claridad los más complicados problemas políticos, darles animación y ese supremo interés de todo lo que se presenta á nuestro espíritu de una manera clara y transparente. Y sobre todo eso, dominándolo todo, al través de las páginas del escritor, como al través de sus discursos parlamentarios, circula una corriente oratoria conmovedora, apasionada, enérgica y viril, cargada con los despojos recogidos en el estudio de todas las ciencias y de todos los tiempos.

Esa poderosa personalidad viene del fondo de una provincia lejana; viene del seno de una familia modesta; emerge de la sabia oscuridad de un gabinete de trabajo; avanza envuelta en una lucha política incesante, sin más prestigio y sin más armas que las de su inteligencia y su carácter; se coloca á la cabeza de una aristocracia arrogante y celosa; levanta el Trono que una revolución ha derribado; afirma la Corona en las sienes de su joven Monarca; envuelve con su prestigio el solio que aguarda á su nuevo Soberano, y cae herido por la mano de asesino alevé en los momentos mismos en que España daba al mundo conmovedora prueba de que aquel hombre había conseguido despertar en su pueblo, junto con las antiguas tradiciones, la vitalidad asombrosa de los días más heroicos de su Historia.

En dicha carta, escrita el 12 de Agosto de 1897 por el exministro de Relaciones Exteriores de Chile, Sr. Morla Vicuña, al Sr. D. Salvador López Guizarro, Ministro de España entonces, recuerda su llegada á Madrid como comisionado de su Gobierno para adelantar en los seculares Archivos de la madre Patria investigaciones históricas destinadas á esclarecer y preparar la solución pacífica de las cuestiones de límites que Chile tenía pendientes con Estados hermanos limítrofes, su visita al Presidente del Consejo de Ministros, D. Antonio Cánovas del Castillo, á quien, á ruego suyo, fué presentado en el Congreso por don Emilio Castelar, y consigna al comienzo de su relato lo siguiente:

«Siento la necesidad de pagar con más expansión de alma al Sr. Cánovas del Castillo una deuda de gratitud; de explicar por qué he dicho en una nota de cancillería que le merecí particulares atenciones; de cumplir en este momento, quizás único y ciertamente oportuno, un deber: el de dar espontáneamente testimonio de la elevación de ideas y del cordial afecto con que el ilustre jefe del partido conservador de España consideró á sus hermanos de hispano-América.»

.....

Después dice: «Aquella presentación fué hecha en términos que no olvido, pues me impresionaron muy gratamente, porque distinguí en ellos los dos rasgos característicos de nuestra raza: la afabilidad y la franqueza. No he acertado aún á descubrir dónde se anida lo que se llama en Francia la *morque espagnole*. Júzguese si no por este diálogo, que guardo estereotipado en la memoria:

«—Antonio, te presento á Morla, chileno, español de Ultramar, que viene enviado por su Gobierno á hacer en nuestros Archivos buscadas entre las probanzas y memoriales de los descubridores y conquistadores del Nuevo Mundo, nuestros comunes antepasados. Cuento con que le facilites el buen desempeño de su misión.

—No ha podido usted, Sr. Morla, venir patrocinado mejor que por Emilio. Acompáñeme usted al palacio de la Presidencia y le haré

extender amplia autorización para que se le admita y deje trabajar á su guisa en todos los Archivos del Estado. En España, ya lo ve usted, republicanos y monárquicos no se devoran.

—Morla me afirma que aún no estamos en paz con aquellos españoles del otro lado del mar, sino que vivimos en un peregrino estado de tregua indefinida. ¿Qué hace V. E. que no regulariza esas relaciones?

—¿Por qué no las regularizaste tú mientras fuiste jefe del Estado?

—¡Porque no me dejásteis tiempo con vuestras continuas conspiraciones!»

Todo esto, dicho en tono ameno y acompañado de amables sonrisas, que revelaban cuán sincero era el aprecio y cuán cordial la amistad que mediaba entre ambos personajes. »

Refiere el Sr. Morla que después de mandada extender por el Sr. Cánovas la orden á los Archivos para el desempeño de su encargo, le pidió éste que le expusiese el estado actual de las relaciones entre España y las Repúblicas sudamericanas del Pacífico; que así lo hizo, despidiéndose aquel día; volviendo otro, en que Cánovas le habló de las bases de un tratado definitivo de paz y amistad, lo que le llenó de estupor y sorpresa por el supuesto de que él se abrogase facultades que su Gobierno no le había conferido, cuyo proyecto le redactó é hizo escribir el propio Sr. Cánovas, sobre cuyo particular y con verdadero alborozo escribió el mismo día una extensa carta á Su Excelencia el Presidente de Chile, cosa que no fué extraña al renacimiento de simpatías entre españoles y chilenos, y termina así:

«A la ilustre víctima de hoy, cuyo sacrificio en odio al orden social tan hondamente nos conmueve; al eminente estadista español, incorporado ya á los inmortales de la Historia; á Cánovas del Castillo, cábele la gloria de haber dado, con tanta generosidad y elevación de espíritu, el primer paso en la vía de la reconciliación de nuestros pueblos.

Perdone, caro Ministro, la extensión de esta carta. Sin ella, el incidente que refiero quedaría ignorado; y aun cuando el grande hombre cuyo trágico fin lamentamos no ha menester de esta hoja en su inmarcesible corona cívica, ella es el tributo del apasionado agradecimiento que le guardo por haber, por su in-

termedio, tendido un día á Chile agraviado la mano de España reparadora.»

III

España y Cánovas.

Así titula el exministro del Interior chileno D. E. Altamirano, las líneas que consagró, en Septiembre de 1897, á la muerte de Cánovas.

«En el acontecimiento—dice—que España, y con España el mundo entero, deplora, el anarquismo ha elegido su víctima y la ha elegido bien.

Era D. Antonio Cánovas, por su carácter firmísimo, por su indomable energía, por la naturaleza de sus ideas, por su vasta ilustración, por su gran prestigio, por la autoridad moral que ejercía en su Patria y sobre la opinión, en general, de sus contemporáneos, era un tipo de los caudillos que han de organizar en todas las naciones el gran partido de la resistencia y del orden para salvar la libertad que pelagra, la justicia que vacila, la moralidad que muere.

El anarquismo ha derribado en esta vez á un formidable adversario, ha arrebatado á España un estadista eminente y al mundo uno de esos hombres que, en el revuelto mar de las ideas y de los sistemas filosóficos y políticos, nos prestan en la tierra el mismo servicio que á los navegantes prestan los faros.»

IV

Carta de D. Ambrosio Montt.

En esa carta, escrita el 11 de Agosto de 1897 en Villa del Mar, y dirigida al Sr. López Guijarro, el exdiputado Sr. Montt, después de lamentar el horrible suceso de Santa Agueda y de recordar que conoció de cerca á Cánovas del Castillo, con quien mantuvo frecuentes relaciones, y cuya amistad comenzó en Roma á principios de 1856, dice:

«Cánovas es, en mi humilde concepto, el estadista más eminente de España en el siglo por acabar. Merece un lugar al lado de Gladstone, cerca de Cavour y no muy lejos de Bismarck. Aventura con mucho á los del orden civil, que la han gobernado con éxito vario, y aun—perdonen los militares de la Península—á los tres preclaros soldados que ayu-

daron á fundar el nuevo régimen con mano muy firme, no siempre atinada y á veces arbitraria y poco constitucional. Cánovas es desinteresado como Espartero, no menos entero que Narváez y harto más hombre de gobierno y de administración que O'Donnell. Y realizó tamaña empresa sin otras armas que las de su palabra, su carácter y su grandeza de alma. »

V

En honor de su carácter.

El artículo así titulado es obra del Senador chileno D. Carlos Walker Martínez :

« Así como son dignos de desprecio los hombres públicos que andan á caza de la popularidad, siempre inconsciente y necia, así también, y del mismo modo, merecen altísimo respeto las personalidades políticas que franca y resueltamente consagran su vida á la defensa de los principios que forman su credo, sin contemplaciones pusilánimes. Los primeros, simples traficantes de la opinión, más ó menos desvergonzados, siguen las corrientes dafninas que brotan de las malas pasiones ; no importa que se desquicie la sociedad con tal de satisfacer sus ambiciones ; al paso que los segundos, que forman los grandes caracteres de la humanidad, no toman en cuenta ni las contradicciones, ni las dificultades, ni los peligros personales de la lucha, á trueque de cumplir honradamente su deber estimulados por el espíritu del sacrificio.

Suelen, aparentemente, ser más afortunados los primeros ; pero dentro del criterio honrado, ¡ cuán enorme la diferencia entre unos y otros ! Desaparece la postiza autoridad de aquéllos al día siguiente de su desaparición de la escena del tiempo. El prestigio de los últimos se agiganta sobre su tumba, dilatándose con su recuerdo las proporciones de su fama. Esto, independientemente de algo que no es dado olvidar, á saber : del premio divino, que es eterno.

He ahí la síntesis de la situación histórica que se ha creado Cánovas del Castillo. »

VI

CÁNOVAS

POR EL DIPUTADO CHILENO D. ENRIQUE MEN-IVER

« Ruge la tempestad y se desencadena el rayo sobre las eminencias ; la calma vuelve, y aparecen ellas más grandes en la atmósfera purificada.

Tal acontece en la vida humana. Quien por sus virtudes, sus talentos y sus servicios lábrase pedestal que le eleva á las alturas, puede ser herido por el rayo de las tempestades sociales, pero su personalidad permanece incólume y embellecida por el martirio.

Cánovas perdió la vida para pasar á la Historia. Su existencia fué de labor fecunda para el bienestar y el progreso de su Patria. Su nombre no se oscurecerá en parangón con el de los egregios estadistas que han constituido grandes nacionalidades y dirigido grandes pueblos en el periodo contemporáneo. »

VII

El Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo

POR D. MARCIAL MARTÍNEZ, SENADOR CHILENO

« Quiero rendir, en estas pocas líneas, el tributo de mi admiración y respeto al eminente estadista, eximio literato, extraordinario orador parlamentario, honra y prez de su Patria y de la raza española toda.

La biografía del ilustre Cánovas del Castillo es universalmente conocida, y su corona fúnebre ha sido tejida por el mundo civilizado entero.

Discernir cuál ha sido la facultad dominante de ese hombre de genio, sería obra muy extensa de análisis, de crítica y de sicología. Conozco no sólo lo que se ha dicho en su honor, sino lo que se le ha enrostrado ; y mi opinión es que, los defectos de ese grande hombre, eran la resultante de sus poderosas facultades.

La España ha perdido un genio, y la América un modelo que imitar, siquiera en parte. »

VIII

Dos Ministros parlamentarios
POR EL EXDIPUTADO CHILENO
D. JUAN A. BARRIGA

«En la historia parlamentaria de nuestro siglo, el hombre de Estado que presenta mayores analogías con D. Antonio Cánovas del Castillo, es Guizot. Para todo español Cánovas será siempre el hombre de la Restauración, como Guizot fué el alma, el pensamiento y la acción dominante en la Monarquía de Julio.»

Ambos eran conservadores por principio y autoritarios por temperamento. No comprendían de igual manera las necesidades del siglo ni emplearon idénticos medios en el manejo de los negocios públicos; pero en el fondo los animaba un mismo propósito: restablecer el orden político y el orden moral, quebrantados por la revolución. Guizot llevó demasiado lejos la política de resistencia; Cánovas llegó en sus concesiones á donde Guizot no hubiera llegado nunca: al sufragio universal.»

IX

Cánovas
POR D. JORGE HUNESUS, DIPUTADO

«La figura de Cánovas del Castillo representaba uno de los más perfectos y maravillosos equilibrios que la naturaleza ha producido entre las facultades del entendimiento y las de la voluntad.»

Es frecuente encontrar políticos de gran talento y de poco carácter.

Es frecuente también encontrar políticos de gran carácter y de escaso talento.

En cambio, encontrar políticos que reúnan en grado eminente ambas condiciones, es dar sencillamente con el prodigio cerebral más raro que se produce en el escenario humano.

Ese prodigio se ha llamado Bismarck para Alemania, Gambetta para Francia, Gladstone para Inglaterra, Cánovas del Castillo para España.

Cánovas era la gloria por excelencia de la historia política de la España del siglo XIX.

España ha quedado en tinieblas y de luto. Lloremos con ella...»

X

Cánovas del Castillo
POR EL DIPUTADO D. CARLOS CONCHA

«Con la desaparición violenta de D. Antonio Cánovas del Castillo de la escena de la vida, ha recaído una desgracia no circunscrita á los límites de la Patria, que se honró al contarle entre sus hijos.»

Es verdad que Cánovas era uno de los políticos más eminentes que haya tenido España; de los más brillantes oradores y el primer polemista de sus Cortes; individuo ilustre de muchas Academias; filósofo de profundos conocimientos sociales y políticos; literato de gran fuste... y mucho más.

Era una combinación tal de facultades diversas, de talento que en los ingenios vulgares pareciera no poder hermanarse, que su personalidad constituyó, á mi juicio, uno de esos privilegios que muy raras veces concede Dios á los hombres ó á los pueblos.

Ante la posteridad no será Cánovas tan sólo la gran figura que España podrá mostrar orgullosa; será también una de las más brillantes de la Historia contemporánea.»

XI

Cánovas del Castillo
POR EL DIPUTADO D. JULIO BAÑADOS ESPINOSA

«Ha dejado de ser un nombre para transformarse en una gran idea.»

Encarna el heroico sacrificio en razón de un patriótico plan de Gobierno.

Cánovas del Castillo ha sido uno de los hombres de Estado contemporáneos más completos entre los que han figurado concurrentemente con él en el viejo mundo.

Para encontrar, entre los que como Ministros ó jefes de Estado han dirigido las naciones de Europa en la época contemporánea, un similar á Cánovas del Castillo en riqueza de dotes naturales, es preciso cruzar por Italia, por Alemania, por Austria y por Rusia para enfrentarnos con Thiers y Gambetta en Francia y con Disraeli y Gladstone en Inglaterra. »

.....
.....
.....

A la memoria de Cánovas del Castillo

POR EL EXSENADOR D. AGUSTÍN EDWARDS

Hablando de los anarquistas, dice:

«Víctima de una de esas asociaciones, ha sido ayer asesinado un hombre que, nacido en modesta cuna, llegó á ser honra de España, gloria de las letras castellanas y estadista de indiscutible y gigantesca talla ante el orbe entero.»

.....
.....

SECCIÓN QUINTA

Juicios acerca de Cánovas en Méjico y Uruguay

I

DISCURSO LEIDO POR D. JUSTO SIERRA

En una sesión celebrada en Méjico en honor de Cánovas

BAJO LA PRESIDENCIA DEL GENERAL D. PORFIRIO DIAZ

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA

Señor Presidente.—« Señores: He aceptado con temor—por debilidad dirán algunos—el encargo de tributar un homenaje de doloroso respeto á la memoria de un hombre de combate y de deber, que de tal modo llenaba y dominaba la escena política de su país, que parece vivir todavía y moverse y batallar más acá de la fulminante tragedia de su muerte, y por tal manera que todo aquel que lo analice y lo juzgue en estos instantes no puede prescindir de la vaga aprensión de verlo levantarse en la tribuna de enfrente y tomar con su incisiva y desdeñosa elocuencia la defensa de su vida consagrada á su Patria y de sus actos consagrados á su idea. »

« ¡ Analizar, juzgar ! Pero es dado hacer esto ante un muerto arrancado repentinamente á la tribuna, al poder, al consejo, al solio, á la brega de todas las horas y de todos los instantes ; en pleno trabajo de creación de acontecimientos, de previsión ansiosa de consecuencias, de modificación de causas ; en plena tarea de resistencia y de impulso ; con el alma heroica é inquieta de un gran pueblo entre las manos, con la enorme sombra amenazadora del Aguila americana en el horizonte, y entre esta sombra y ese pueblo una barra roja de sangre que vibra y relampaguea y convierte el último trozo del Atlántico es-

pañol en un pavoroso problema para el honor y la vida de una nación que ha hecho de su honor su vida ? Y después la sorpresa de la muerte inmerecida, injusta, traidora, que ha puesto á este muerto de cuerpo presente en todos los pueblos civilizados y la emoción de dos continentes ante ese ataúd improvisado por la fatalidad, y el odio y las grandes cabezas descollantes en los grupos políticos europeos, inclinándose estremecidos ante tamaña desgracia. »

.....

« Por eso el grupo de hombres consagrados al culto del derecho que me ha mandado aquí, ha concretado mi misión en esta simple fórmula : ¡ Este hombre tuvo por ideal un deber ! ¡ Cómo trató de realizarlo ! »

.....

« Para entrar en el infierno político español, cuando iba á promediar nuestro siglo, un hombre, sincero ó no, debía decirse á sí mismo lo que Virgilio al Dante en el umbral de la ciudad doliente :

*Qui si convien lasciare ogni sospetto
ogni viltés convien che qui sia morta. »*

«Y así, sin recelo y sin miedo, antes con ímpetu y con bravura, un joven malagueño, que ni en la tribuna del Ministro acertó nunca á disimular su origen y acento, tomó un puesto en el combate político apenas cumplidos los veinte años. Para desempeñar un papel igual á su ambición, el joven Cánovas del Castillo tenía una inteligencia cultivada, pasión por las letras, afán por escalar un lugar alto desde donde pudiera hacerse oír y la seguridad de subordinar todo sentimiento y toda idea á su voluntad, que es lo que se llama un carácter.»

«Ahora bien; en nuestros tiempos los hombres y los pueblos que tienen conciencia de lo que quieren y energía para transformar su conciencia en voluntad y su voluntad en actos, son los triunfadores en la lucha por la vida; por eso triunfó Cánovas.»

«Había dos caminos entonces para llegar en los países de habla española al Poder ó á la popularidad: el periodismo ó el pronunciamiento.»

«Los militares se pronunciaban cuando en el Poder había abierto brecha la pluma; generalmente eran aliados en estos asaltos el hombre de pluma y el hombre de espada. A una alianza de este género debió Cánovas su primera credencial de Diputado á Cortes en 1854.»

«Entre tanto un estudio profundo de la Historia de su país, sobre todo en uno de los más tristes períodos de decadencia, lo había transformado de revolucionario en hombre de Gobierno, transformación indudabilísima, y le había hecho comprender que el *militarismo* era el cáncer de la Monarquía.»

«Cuando á los treinta y seis años obtuvo una cartera de Ministro, el fogoso malagueño era un conservador, resuelto á dar estabilidad creciente á las instituciones monárquicas y á convertir al ejército en un instrumento de orden, y no de anarquía como era.»

«Difícil, imposible tarea; cuando la revolución del 68 derrocó á la Reina Isabel, el desilusionado Ministro se dedicaba á las letras en el retraimiento.»

«¿Qué había nacido de la revolución del 68, lenta, trabajosamente, teniendo por luz de aurora el colosal incendio de la guerra franco-

alemana y empapada en la sangre caballeresca de D. Juan Prim?»

«Una Monarquía nueva.»

«Cánovas estaba ya en la brecha; si de él puede decirse lo que de Guizot, que pulió su estilo en el mármol de la tribuna, también puede afirmarse que los acontecimientos que tumultuosamente pasaban á su vista, dándole una clara intuición de su deber, y revelándole su fuerza de voluntad y de palabra, lo sacaron hombre de Estado.»

«Y, sea dicho para su honra, él, monárquico y borbónico, porque no creía ni en el espíritu republicano de la gran mayoría de un pueblo que, como el español, vive de historia más que de pan, y porque tampoco creía que, habiendo un representante de la Monarquía hereditaria, pudiera aclimatarse una familia exótica en el trono español; él, monárquico y borbónico, apoyó al Gobierno cada vez que se trató de luchar por los principios de conservación social, y se puso frente á frente de las sectas, y empeñó con ellas el terrible duelo á muerte que terminó en Santa Agueda.»

.....

Manifiesta después el Sr. Sierra que á don Amadeo debieron parecer los españoles los hombres más bravos y más ingobernables, como decía D. Fernando el Católico; que Cánovas comprendió, refiriéndose al período de la improvisada República, que se acercaba el momento de la acción, y mientras aquélla, «acosada por el carlismo en el Norte, el socialismo en el Sur y la guerra colonial en Cuba, corría desbocada y espoleada por el jacobismo de las asambleas de Madrid, de uno en otro abismo él preparaba la Restauración en todas partes, avivaba todos los celos, despertaba todas las aspiraciones, excitaba todos los apetitos, y poniendo de su parte á las señoras y al clero, dos armas irresistibles en España, realizaba la reacción en la sociedad antes de convertirla en hecho político.»

.....

Habla después de Castelar con el elogio merecido, y dice que el hombre que pensaba de la manera que expresa «comprendió que sobre todas las fórmulas pondrá siempre un pueblo la necesidad de vivir y de poseer, y dejando á un lado ensueños y maravillas, encontró las palabras de la razón y los conjuros prestigiosos de la realidad y de la necesidad

del momento, para crear el orden, la seguridad y la paz. Y la estólida de una Asamblea republicana de hombres de talento le cortó el paso, le cerró la puerta, le imposibilitó su obra, y una hora después la república agonizaba bajo la bota del general Pavía.

« Cánovas del Castillo recogió la herencia. Tras la incierta y floja dictadura de Serrano vino el pronunciamiento del ejército, iniciado por el que desde hoy es jefe del Gobierno español, y vino la Restauración. ¿Qué se restauraba? La Monarquía, que había llevado á cabo antaño la unificación de España en peligro de muerte. Y la unificación fué rehecha á fuerza de sacrificios, extinguiendo la hoguera del carlismo en el Norte y en América la insurrección colonial. ¿La Monarquía restaurada era entonces la antigua Monarquía? Sí, pero con un espíritu nuevo, con un programa moderno. El autor de este programa fué Cánovas, y para realizarlo fué desde aquel momento el verdadero Rey de España. »

« Nadie se equivocó en su país respecto de él; era una fuerza. La roca primitiva de su inteligencia y su carácter, era la fe religiosa, la fe española, y por ella su alma estaba identificada con el alma de las masas rurales que lo comprendieron y lo siguieron por cristiano, por católico, por creyente. « Declaro en esta hora solemne, decía en la tribuna parlamentaria, que yo no puedo pensar en las cuestiones morales y políticas; que no puedo detener un momento mi razón en problemas tales, sin encontrarme frente á frente con la objetividad sublime de Dios. » Para él, la solución de las cuestiones sociales estaba en el Evangelio. La más alta teoría de Dios, existía en el dogma católico. La creencia de que el Estado, verdadera providencia social, limita por sus funciones genuinas los derechos individuales ó impulsa ó crea la vida nacional, era el terreno de empalme entre su credo religioso y su filosofía política. Esta teoría, precisa confesarlo, está plenamente conforme con la tradición latina; por ella, tanto como por el idioma, somos, no étnica, pero sí espiritualmente latinos los pueblos hijos de España por la sangre y de Francia por el pensamiento. De su creencia y de su doctrina extraía el prócer estadista su programa conservador, los límites severos impuestos á la libertad religiosa y á las libertades del

pensamiento exteriorizadas en la cátedra, en la tribuna, en la prensa. »

« Pero jamás habría sido el conspicuo político que fué, si en el estudio de su época no hubiese adquirido la pasión reflexiva por la libertad política, en la forma representativa y parlamentaria, ya que no sobre una base democrática, sí sobre una abierta oligarquía de propietarios. No creía imposible aclimatar la institución inglesa en la tierra clásica de las Cortes, y puso en ello todo su celo, esa especie de entusiasmo frío que lo caracterizaba. Y como en él el político estaba servido por una elocuencia que se levantaba lenta y sordamente y acababa por fulminar todos los dardos de la lógica y del epigrama, y como era enorme la autoridad de su palabra y de su posición, y como entonces, por lo menos, sus amigos estaban sometidos á férrea disciplina, fué admirable lo que logró. Logró la venida al terreno parlamentario de todos los partidos, y la venida al terreno constitucional de todos los monarquistas. Llegó el caso en que pudiera dejar al partido liberal el poder, para demostrar que todas las prácticas parlamentarias, con su mecanismo de partidos turnándose en el poder, cabían en su obra. »

« Muerto Alfonso XII, y organizada la Regencia, tuvo España la insólita fortuna de ver en el solio á una mujer superior, aplicada al estudio del deber político, y en quien la solicitud maternal se traducía en prudencia, equidad y acierto singulares. Entónces el partido liberal marchó hacia la Monarquía democrática, y Cánovas lo combatió con todas sus fuerzas para moderarlo. Cuando se sintió vencido; cuando el juicio por jurados y el sufragio universal fueron derechos constitucionales; cuando Castelar se retiró á su pontificado literario y los republicanos ó se rendían ó filosofaban en las Cortes, entonces Cánovas tornó al poder, y respetó todas las conquistas democráticas; su obra estaba consumada, y sobre el equilibrio de los partidos fundado el Gobierno libre. »

« Y tornó al poder con la inteligencia cada vez más abierta, cada vez más flexible, porque empleaba sus ocios políticos en las letras y la Historia, sus dos amores juveniles, que son para las almas selectas amores eternos, y en exponer en el Ateneo, con mayor ó menor competencia, pero con una curiosidad científica insaciable y un inextinguible ardor

de batallar, todos los problemas sociológicos, filosóficos y económicos de nuestro tiempo; eso sí, como era una personalidad moralmente atlética, gustaba mostrar su yo en todas las luchas, en todos los asaltos y en todas las victorias; la modestia, esa coquetería de los hombres de mérito, no la conoció Cánovas. Y nunca perdió de vista su objetivo supremo: asegurar en la teoría sus procedimientos políticos; pero como profesaba la máxima de que no se gobierna á los hombres con teorías, y eso mostraba su índole de hombre de Estado, siempre las atenuó al aplicarlas.»

«¿Merece ó no merece, señores, el hombre que aquí conmemoramos que ante su féretro, levantado en alto por el pueblo más varonil de la Historia, el supremo homenaje de la verdad franca y lealmente expresada? Si aquí se ha dado la palabra á un mejicano, ¿por qué no le sería lícito expresar con un profundo respeto un profundo dolor?»



Se ocupa después del problema de Cuba, en el estado que tenía entonces; habla de los esfuerzos sobrehumanos de España, de su milagroso patriotismo, y continúa:

«¿Iba Cánovas á la libertad? Su secreto queda sellado en su tumba. ¿Temía que al cabo de la autonomía, del *home rule* cubano, estuviese la emancipación? Pues cabalmente eso es lo que no hay que temer, lo que hay que organizar y sancionar por medio de un pacto sagrado entre hija y madre; todas las naciones hispanoamericanas, nosotros los primeros, tenderíamos las manos y juraríamos con ellas.»

«Cánovas no pudo ver más que la formidable necesidad del momento. Y para satisfacerla, ¿qué labor sin término y sin descanso, qué autoridad inmensa la de ese hombre al pedir á un pueblo el sacrificio de la fortuna y de la vida, y qué abnegación la de ese pueblo al responder con su fortuna y con su vida! Ganar tiempo, abreviarlo todo, reprimir con la celeridad del rayo, esa era toda su política, porque esa era la salvación; fuerzas, dinero, un capitán armado con la espada del ángel

exterminador, todo eso puso el Ministro español al servicio de su deseo... y pasó el tiempo... y le sorprendió la muerte.»

«¡Oh qué gran luchador! ¡Oh qué combatiente soberano! ¡Cómo recuerda por su temperamento á esos invencibles aventureros que pasaban la vida bregando en un trópico al otro y morían con la mano crispada sobre la cruz de la espada rota! ¡Cómo recuerda por su genio á aquellos áttivos generales españoles del siglo XVI, que salían de una familia humilde y acababan por mandar los ejércitos imperiales en Italia, en Francia, en Viena y en Túnez! Así fué este Antonio de Leyva de la política, de la raza de los que no conocieron ni el miedo ni la fatiga, con sus tercios detrás y su España inmortal ante los ojos.

Si el hombre pudiera componerse su propio drama; si el repúblico eminente que lloran unos y compadecen otros, pero que respetamos todos, hubiese organizado y dispuesto la urdimbre y la trama de su vida, desde el primer verso hasta el trágico desenlace, habría hecho lo mismo que el artista supremo que se da en espectáculo, las palpitations del espíritu en el maravilloso fanal de la Naturaleza, semejantes al aleteo del pajarillo en la campana neumática.»

Alude después al asesinato de Cánovas, y termina así:

«Y la Nación española, que empezaba á interrogar á su áttivo conductor, con angustia dolorosa obtiene, no de Cánovas, sino del destino, por toda respuesta una agonía rápida, un grito de ¡Viva España!, un cadáver transfigurado por el martirio, y un asesino cuyo credo tiene por artículo primero la negación de la Patria.

Por eso hoy España, orgullo y tristeza de la Historia, bañada en llanto, pega su frente al mármol de la reciente tumba. Justo es que llore y sienta; los vástagos como Cánovas son siempre primogénitos.»

El anterior discurso, según *La Epoca*, fué aplaudido con entusiasmo en la solemne sesión mejicana, y quedará como uno de los mejores recuerdos consagrados al inolvidable político español.

II

CÁNOVAS

JUZGADO POR EL ESCRITOR DE MONTEVIDEO
SR. BULNES

Del periódico *El Mundo*, que se publica en Montevideo (Uruguay), tomó un periódico de Madrid, y transcribimos nosotros, el notable artículo siguiente:

«El Sr. Cánovas era un hombre de Estado de la talla de Jiménez de Cisneros; autoritario como el cardenal, puro en sus manejos como el cardenal, inflexible en lo que trazaba á mismo, sin ayuda de nadie, como su deber; brusco en maneras, pero delicado en sentimientos. En su despacho era un Moltke adusto, laborioso, silencioso, colocando sus alfileres en el extenso plano de sus programas, con ideas punzantes, acabadas, siempre de origen histórico, de forma autoritaria, de alcance jurídico.

Castelar es un orador más español que Cánovas; majestuoso, extenso, descriptivo, haciendo brillar de preferencia el idioma admirable y la imaginación ensanchada con todas las figuras de la Historia, tristes ó graves, trágicas ó dulces, eternas ó fugitivas. D. Antonio era de la alta escuela romana, preciso, práctico, legista, con tono; no de poeta, sino de César senatorial, ilustrado, moral, adaptado á la situación, con un corazón militar cuando había peligros; con una indiferencia estoica cuando aparecían puerilidades; con extremado vigor de acierto cuando sentía que el golpe daba en la línea de flotación de esa Monarquía que hizo nacer el mariscal Martínez Campos, pero que ha sido educada, sostenida, amparada, vigilada, llevada paternalmente por la mano, levantada hercúleamente en el período de tempestad, cimentada sobre la tradición de los conservadores y sobre las esperanzas de los progresistas.

D. Antonio era muy orgulloso, pero no de puerilidades; sentía lo que pesaba el edificio que sostenía, no se fatigaba, vivía por él y para él, lo había creado con los escombros de una revolución, con el polvo trágico de un siglo de anarquía; cuando los liberales españoles perdieron la república, la democracia

española estaba desacreditada, la monarquía carlista odiada, el federalismo no era comprendido, se le veía como la ruptura de la unidad nacional; para un cesarismo, no había César; para una república, faltaba pueblo republicano; para una oligarquía, no había un interés político capaz de unir á la nobleza; para formar una burocracia, no había dinero; para volver á una feudalidad turbulenta, ya no existían los *ricos-hombres* de Aragón; para el absolutismo austriaco del siglo XVI, no había conquistas; para la teocracia del siglo XVII, no había bastantes sombras; no había más que España debilitada, carcomida, atónita, y frente á este espectáculo de naufragio, de tablas rotas, de cañones sin cureñas, de Códigos sin jueces, de coronas deshechas y *pronunciamientos* epidémicos, quedaba una promesa, una esperanza, una expresión de salud: un niño, hijo de la tradición.

Cánovas se hizo cargo de ese niño que representaba un pasado hecho pedazos por la sombra cólera del pueblo español, por sus errores tempestuosos, por sus esperanzas inauditas, por ese temple que distingue á las razas superiores y que sólo el genio griego, con una frase que no ha perdido ni un átomo de su belleza, ha sabido describir: «Los dioses—dice Esquilo—no nacen bien en el Olimpo, sino en el dolor.» El pueblo español nunca se desespera, es su virtud; derrotado su ejército, se retira, no huye; es un pueblo que tiene por característica la paciencia, no la paciencia de la mujer, sino una paciencia especial: la de la serenidad en la tormenta; el pueblo español se vuelve loco cuando baila la jota; es metódico, grave, medido, ceremonioso, persistente cuando pelea contra un naufragio.

D. Antonio Cánovas del Castillo, hombre de Estado á carta cabal, fraguado en Toledo con acero catalán, conocía bien á la Nación que debía reorganizar, la virtud social española por excelencia, la tenacidad; el pueblo español en la prosperidad, es la epopeya de la indolencia; en el peligro, es la égloga de la tenacidad. D. Antonio, fundado en esa virtud, concibió un plan político que tenía las altas formas de un ideal y el atrevimiento propio de la ambición caldeada en la sabiduría, en el valor, en ese no sé qué de gigantesco, de profético y de oportuno que poseen los hom-

bres destinados á empuñar siglos, dirigir la Historia, cortar corrientes sociales destructoras, manejar naciones. D. Antonio concibió hacer del niño que representaba un pasado, el porvenir de España.

Con una habilidad extraordinaria, de un soplo acabó con la atmósfera mística que prestigiaba al partido carlista, consiguiendo que León XIII fuese el padrino del niño rey; más heroico que Cortés, quemó sus naves, no como el conquistador militar, en un puerto y ya en tierra firme, sino en plena mar, durante la tormenta, confiado en sus brazos, en su respiración de gigante, en una serenidad de astrónomo, en un misticismo, no religioso, sino patriótico; un misticismo extraño á las suntuosas basílicas ibéricas, íntimo para el corazón de cada español; cortó con el partido conservador, fijo, recalcitrante, que pretende detenerse en las corrientes oceánicas de la civilización como una isla con habitantes, pero sin fertilidad, con estructura de panteón y un faro rojo y rotatorio avisando al navegante perdido en las tinieblas: «Peligro de acercarse».

El asesinato del Sr. Cánovas del Castillo es un golpe inmundo del anarquismo, asesinado al corazón de España. El jefe del Gabinete español era más que un hombre eminente: era una institución, una situación, un par-

tido, una disciplina, una historia y una gloria europea.»

.....

**

«El Sr. Cánovas del Castillo era la expresión genuina y correcta de esa España viva que se mueve con prudencia, teniendo que remolcar poderosos intereses tradicionales, que no puede ni quiere dejar arrinconados en la primera estación de su marcha.

D. Antonio nunca olvidó las palabras de Eurípides, como fundamento de la ciencia de gobierno: «La guerra se hace sólo con dinero, y la paz sólo se consigue con más dinero.» El Sr. Cánovas ha sido el fundador de la política con dinero y el fundador de ese gran crédito interior de España que le ha permitido hacer empréstitos que asombran aun á los mismos estadistas españoles.

Sólo la Historia futura podrá decirnos toda la influencia que el nefando crimen de que ha sido víctima el hombre de Estado más grande de España, y de los más brillantes de Europa, debe tener sobre el destino de la Nación española. Los grandes abismos que hacen peligrosa la política española quedan abiertos, el asesinato lanza sobre ellos la noche: ¿quién será el estadista español que tome á cargo salvar el destino de su Patria y llegar á la aurora, no con esperanzas, sino con laureles?»

CUARTA PARTE

MANIFESTACIONES

DE

PÉSAME Y HONORES FÚNEBRES (1)

SECCIÓN PRIMERA

Pésames de personas Reales

I

CARTA DE S. M. LA REINA REGENTE

Dicha carta, dirigida á la viuda del Sr. Cánovas, de puño y letra de S. M. la Reina Regente, decía así:

«Afectada, desolada por tan horrible desgracia, carezco de palabras para expresar mi dolor. Quisiera enviarle consuelo, y sólo sé llorar con usted al sér que ha perdido y que tanto amaba.

Yo también he perdido mucho. Al Consejero leal, al que tanto me ayudaba, al que tanto necesitaba. Los servicios eminentes que prestó á mi esposo, le hacían objeto de mis respetos. Además, le unían conmigo sus valiosísimos sacrificios por el Trono. La Patria, el País y la Historia le harán justicia.

Yo conservaré siempre su memoria con inmensa gratitud. Mis hijos se unen á este duelo de la Corona y de la Nación. Nuestras oraciones son para él.

El cielo quiera concederle la resignación necesaria.»

II

TELEGRAMAS

de personas Reales dirigidos á la señora viuda de Cánovas.

De la Reina Isabel:

«Excma. señora doña Joaquina de Osma de Cánovas.—Baños de Santa Agueda (Provincias Vascongadas):

Con toda mi alma te acompaño en tan justísima pena; comparte contigo tu dolor tu amiga que sabes cuánto te quiere.—ISABEL.»

Del Rey de Portugal:

«Madame Cánovas del Castillo.—Madrid.—Desde Cascaes, 9 Agosto:

Vous prie d'accepter sincères condoléances pour le terrible malheur que vient de vous frapper.—ROI DE PORTUGAL.»

De la Reina Amelia:

«Palacio de Cintra, 9 Agosto.—Je viens de apprendre le deuil irréparable qu'en vous frappe l'Espagne entiere; croyez qui de tout mon cœur je m'associe a votre douleur.—AMELIA.»

(1) Tomado casi todo de la prensa de Madrid.

De la Reina doña María Pía (1):

«Madame Cánovas del Castillo:

De Cintra, 10.—Aceptez je vous prie mes plus sincères condoléances pour l'affreux malheur que vient vous frapper par la mort de monsieur Cánovas.

Ce crime si horrible a rempli mon cœur de douleur partageant la votre et croyez que je regrette beaucoup ce grand homme d'Etat qui fut si loyal a son pays et a son Roi dont il a donné tant de preuves; le connaissant depuis longtemps j'admirais et j'estimais ses hautes vertus et qualités; je prie Dieu qu'il vous soutienne dans cette si grande épreuve.—MARÍA PÍA.»

De la Reina de Servia:

Trouville, 18 de Agosto.—C'est avec les sentimens de la plus profonde sympathie qui je viens dire la part vive et de cœur qui je prends a votre affreux malheur.—NATHALIE.»

De la Infanta Doña Isabel:

«Señora de Cánovas del Castillo.—Santa Agueda (San Ildefonso), el 8 á las diez y cincuenta minutos de la noche:

Profundamente impresionada por terrible desgracia, le envía su más sentido pésame.—ISABEL DE BORBÓN.»

De la Archiduquesa Isabel:

«Señora de Cánovas.

SSS. M. de Wei-Kersdorf B. Baden.—274-32-9.—9,45 mañana.—Profondement affectée de l'horrible malheur qui vient de vous frapper vous exprime ma plus vive sympathie et prie Dieu de vous donner force et resignation.—ARCHIDUCHESE ELISABETH.»

Del Rey y el Gobierno de Bélgica:

«Madame Cánovas del Castillo.—Santa Agueda.—Madrid, 9, á las nueve y diez minutos mañana.

(1) *Lisboa, 18 (5,6 tarde).*—La reina doña Pía ha hecho anunciar que en señal de sentimiento, por el luto que afige á la nación española, no recibirá mañana sábado, en contra de su costumbre.

La Cámara municipal de Lisboa acordó enviar telegramas de pésame á la viuda del Sr. Cánovas y al Gobierno español.

Además hoy ha resuelto mandar celebrar en la iglesia municipal de San Antonio una solemnísimá misa, en la que se cantará el *Libera mee*.

En la misma sesión, el Sr. D. Antonio Duarte da Cruz Pinto, pronunció un elogio elocuentísimo y entusiasta del Sr. Cánovas. El periódico *O Seculo*, de que es redactor el Sr. Duarte da Cruz Pinto, publicará mañana el texto del discurso.—*Carrelhas*.

Le Ministre des Affaires Etrangères me charge d'être au pres de votre escolence l'interprete des regrets et de la profonde sympathie du Roi et du Gouvernement de Sa Majesté.—WECHAEGHEN DE NAEYER.»

De los Príncipes de Baviera:

«Señora de Cánovas del Castillo.

De Nymphenberg, 10.—De todo corazón nos asociamos á su dolor.—PAZ y LUIS FERNANDO.»

De la Infanta Eulalia:

«Señora de Cánovas.

Saint Moritz Dorg, 10.—Acabo de saber horrible desgracia; envío sentido pésame.—EULALIA.»

«Madame Cánovas del Castillo.

Hampton Court, 9 (11,15 mañana).—La Princesse et moi esprimons notre plus sincère sympathie.—BARÓN POIREL.»

Del Rey Francisco:

San Sebastián, 10.—El Rey D. Francisco de Asis ha dirigido á la Reina Regente un despacho asociándose al duelo de España con motivo del fallecimiento del Sr. Cánovas.—B.»

De la Reina Victoria:

El Embajador de Inglaterra ha enviado al Ministro de Estado la siguiente nota:

«Mi augusta Soberana me ha encargado que ofrezca á la Reina Regente, al Gobierno y á la señora de Cánovas sentido pésame, expresion de su simpatía por la pérdida que España sufre al ser asesinado el ilustre estadista Cánovas del Castillo.

El Marqués de Salisbury me encarga al propio tiempo transmita respetuoso pésame por tan triste acontecimiento.»

Del Príncipe de Gales:

El Príncipe de Gales ha dirigido al Embajador de Inglaterra el siguiente telegrama:

«Ruego exprese mi profunda simpatía á la señora de Cánovas del Castillo por la muerte terrible de su distinguido esposo, á quien tuve el gusto de conocer.—ALBERTO EDUARDO.»

Del Emperador de Austria:

El Presidente del Ministerio, Sr. Badeni, y el Sr. Gausch, Ministro de Cultos é Instrucción pública, han visitado al Embajador de España, señor Marqués de Hoyos, para darle sentido pésame, en nombre del Emperador, por el asesinato del insigne político español Sr. Cánovas del Castillo.

III

LA SANTA SEDE

EL DUELO EN EL VATICANO

San Sebastián, 13 (2,15 tarde).—Según comunica nuestro Embajador cerca de la Santa Sede, desde que se supo en Roma la noticia del asesinato del Sr. Cánovas del Castillo, el Santo Padre no recibe á nadie; habla con frecuencia del horrible crimen, y todas sus palabras y todos sus actos revelan la tristeza que le embarga.

Todos los Cardenales residentes en Roma, el Cuerpo diplomático acreditado cerca del Vaticano, los superiores de los institutos religiosos españoles en la Ciudad Eterna, el Director y el Secretario de la Academia de Bellas Artes de España, la colonia artística de nuestro país y gran número de personas de todas las clases sociales, desfilan por la Embajada de España cerca del Vaticano, para dar el pésame por la muerte del eminente estadista y manifestar con tan triste motivo sus simpatías hacia SS. MM. y hacia la Nación española.—URRENGOECHEA.

MISA DEL PAPA Y PRIVILEGIO ESPECIAL

El Ministro de Estado, señor Duque de Tetuán, ha dirigido al Presidente interino del Consejo y al Ministro de Gracia y Justicia el telegrama siguiente:

«El Embajador de España cerca de la Santa Sede me dice en telegrama de hoy que Su Santidad ha celebrado esta mañana una misa por el eterno descanso del alma del Sr. Cánovas y concede permiso á su viuda para que durante un mes se diga misa en el oratorio de su palacio en sufragio de su amado esposo, gozando del privilegio gregoriano.»



El Santo Padre envió además la expresión de sus sentimientos á S. M. la Reina Regente, y los Cardenales Rampolla y Cretoni se presentaron en la Embajada de España en Roma, recibiendo además en Madrid el telegrama siguiente:

«*San Sebastián, 10 (6,10 tarde).*—S. M. la Reina ha contestado en términos cariñosísimos á los expresivos telegramas de S. S.

Una vez más se ha demostrado el vivo interés que á S. S. el Papa inspiran todas las cuestiones que afectan á España y la sinceridad con que se asocia á todas las desventuras de nuestra Nación.»

IV

TELEGRAMAS

de pésame publicados por el Gobierno en la «Gaceta de Madrid» (1)

Alemania.—Al Ministro de Estado de España: Acabo de recibir, por un telegrama de San Petersburgo, la orden de parte de S. M. el Emperador y Rey, mi Augusto Soberano, de hacer llegar á S. M. la Reina Regente la expresión de los sentimientos personales de profundo pesar con que el Emperador ha sabido la triste noticia del asesinato del Sr. Cánovas del Castillo.

Al rogar á V. E. que tenga á bien elevar esta comunicación á conocimiento de S. M. la Reina Regente, aprovecho la ocasión para reiterar á V. E. la seguridad de mi alta consideración.—RADOWITZ.

Austria.—Al Ministro de Estado de España: Recibo en este momento la orden telegráfica, de parte de S. E. el Sr. Conde Golochowsky, Ministro Imperial y Real de Negocios Extranjeros, de expresar al Gabinete de S. M. C. el profundo y sentido pésame del Gobierno Imperial y Real con la triste ocasión del vil atentado que desgraciadamente priva á S. M. la Reina Regente de un Consejero fiel y adicto, arrebatado al Gobierno su ilustre jefe y al país un patriota y eminente hombre de Estado.

Al cumplir este triste deber, ruego á V. E. se

(1) En el Ministerio de la Gobernación se recibieron más de 6.000 telegramas de pésame por la muerte del Sr. Cánovas. En el de Estado, más de 1.000.

Para pintar el estupor causado en los primeros momentos por la noticia del atentado y pintar á la vez lo que era D. Antonio Cánovas en el gobierno, no hay nada tan gráfico, según un periódico, como la frase espontánea de uno de los Ministros más caracterizados y amigos del Sr. Cánovas. (Debe aludirse al Sr. Cos-Gayón).

Estaba en el teléfono contestando á las consultas que se le dirigían y dando las órdenes convenientes en los primeros momentos, cuando al dejar el aparato exclamó con voz acompañada de lágrimas:

«Está visto que hay que cambiar de naturaleza y modo de ser, porque hasta ahora al saber una noticia de importancia no se me ocurría más que decirselo á Cánovas.»

sirva recibir la expresión de mi más alta consideración.—CONDE ROZIEBRODSKI.

Francia.—Sr. Ministro de Estado de España: Tengo encargo de expresar con toda urgencia á S. M. la Reina Regente y á su Gobierno el profundo dolor que ha experimentado el Gobierno de la República al tener noticia del horroroso atentado que acaba de herir al señor Presidente del Consejo y á España entera.

Tenga V. E. á bien permitirme añadir á ello la expresión de mis propios sentimientos de pesar, y recibir la seguridad de mi alta consideración.—REVERBEAU.

Italia.—Al Ministro de Estado: Después de haber tenido el honor de presentar á V. E. personalmente mis sentimientos de pésame por la gran pérdida que ha sufrido España, creo de mi deber poner en conocimiento de V. E. que he recibido un telegrama de mi Gobierno, que nada puedo hacer mejor que traducirlo textualmente.—«Le ruego que manifieste en nombre del Gobierno de S. M. los sentimientos de la más profunda indignación y del más vivo pesar por el atentado horrible que ha privado á España del ilustre hombre de Estado á quien estaba confiada la dirección del Gobierno.—El señor Marqués de Rudini, Presidente del Consejo, y yo, deseamos que V. E. sea en esta ocasión al mismo tiempo intérprete de nuestros sentimientos personales.—Firmado: VISCONTI-VENOSTA.»

Sírvase aceptar, señor Duque, la expresión de mi más alta consideración.—F. DE RENZI.

Estados Unidos.—Al señor Ministro de Estado: En el triste instante en que el más ilustre de los hombres de Estado españoles cayó bajo la mano de un asesino por haber rechazado el fanatismo en que tales individuos se inspiran, no vacilé en expresarle á V. E., bajo mi responsabilidad, la repulsión que sentía mi Gobierno hacia el crimen y su profunda simpatía hacia España con motivo de tan irreparable pérdida. Ahora tengo el honor de participar á V. E. que mi Gobierno me ha teleografiado aprobando mi conducta, y que el Secretario de Estado me ha ordenado expresar á V. E., en nombre del Presidente de los Estados Unidos, que á su vez habla en el del pueblo americano, su profundo pesar y su simpatía hacia España por la muerte del Presidente del Consejo de Ministros, Sr. Cánovas del Castillo, á quien califica como uno de los hombres de Estado más eminentes de esta época.

Y como asimismo me ordena el Presidente que haga llegar su pésame á la familia del señor Cánovas, me permito rogar á V. E. transmita á la que fué su noble y fiel esposa la adjunta comunicación, en la cual se expresa su pesar.—HAMIS TAYLOR.

Bélgica.—Al Sr. Ministro de Estado: Al saber la funesta noticia del crimen de que ha sido víctima el ilustre Presidente del Consejo, tomé parte en el sentimiento de horror y en el profundo pesar que experimentan hoy, no solamente España entera, sino todas las naciones civilizadas.

S. M. la Reina Regente, el Gobierno de S. M. C. y la Nación española han sufrido una pérdida irreparable.

Tengo el honor de manifestar á V. E. toda la participación que tomo en esta espantosa desgracia, y le ruego que tenga á bien comunicar mis sentimientos á sus compañeros del Gobierno de S. M.

Ayer, cuando la noticia de la muerte del señor Cánovas del Castillo apareció fuera de duda, me apresuré á dar conocimiento de ella, por telégrafo, al Sr. de Tavereau, Ministro de Negocios Extranjeros.

Sírvase V. E. aceptar la expresión de mi más alta consideración.—L. VERHAECKE DE HAËYER.

República Argentina.—Al Sr. Ministro de Estado: Mi Gobierno se ha servido encargarme por telégrafo presente en su nombre al de S. M. sus expresivos sentimientos de dolor por el atentado criminal de que ha sido víctima el Excmo. Sr. Presidente del Consejo, D. Antonio Cánovas del Castillo.

Cúmpleme con este motivo reiterar á vuecencia el sincero pésame que en mi visita de ayer tuve la honra de presentar verbalmente en el Ministerio de Estado, lamentando la inmensa desgracia que affige á España entera. Saludo á V. E. con mi más alta consideración.—CARLOS MARÍA DE CANTOS.

República del Paraguay.—Al Sr. Ministro de Estado: Tengo la honra de dirigirme á vuecencia, rogándole quiera comunicar á S. M. y á su Gobierno la profunda y sentidísima expresión del pesar con que el mío recibirá la noticia de la muerte del Excmo. Sr. Presidente del Consejo de Ministros, D. Antonio Cánovas del Castillo, á cuya gloriosa vida pública ha puesto lamentable término una mano criminal.

Desgracia es ésta que, por afectar á España tan hondamente y en las circunstancias actuales, llorarán tanto como ella las naciones americanas, que cifran su más honroso título en tenerla por madre, y las afectará aún más por haber recaído en el estadista insigne, cuya elevada y generosa política ha borrado toda huella de las cuestiones que á algunos países hispanoamericanos pudieran haber alejado algún día de su antigua Metrópoli.

Por lo que al Paraguay toca, el nombre del Sr. Cánovas está indisolublemente unido á la historia de sus relaciones diplomáticas con España; un Gobierno presidido por el señor Cánovas fué quien tomó la iniciativa y ajustó un Tratado de paz y amistad, de mucho antes solicitado sin éxito por el paraguay. No era ciertamente necesario ese Tratado para estrechar vínculos que nunca se debilitaron, y que con él ó sin él tuvieran siempre la misma fuerza; pero sirvió para colmar un vacío notable y dar notoriedad y consagración oficial á los sentimientos de recíproco cariño y respeto de ambos pueblos.

Repito al señor Ministro que será verdadero y grande el pesar con que mi Gobierno se entere de tan dolorosa é inesperada nueva, y á estas manifestaciones suplico á V. E. quiera unir las mías particulares, igualmente sentidas.

Sírvase V. E. aceptar las seguridades de mi consideración muy distinguida.—B. GARAY.

Costa Rica.—Al Sr. Ministro de Estado: Con la más profunda pena he tenido noticia de la trágica muerte del Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, Presidente del Consejo de Ministros de Su Majestad Católica.

En cualquier circunstancia habría sido en extremo lamentable la desaparición del hombre ilustre, cuyo último suspiro ha sido un viva España; pero en la actualidad, cuando con energía y perseverancia indomables se mantenía en la cima de su exaltada posición defendiendo los intereses de su Patria, como el nauta defiende su barco del asalto de las tempestades, la muerte del Sr. Cánovas es una inmensa desgracia pública, en la que son partícipes todos los amigos de la nobilísima Nación española.

Al asociarse el Gobierno de la República de Costa Rica al de Su Majestad Católica en la honda pena que aflige á España, abraza la firme confianza de que ésta continuará hallando

en la lucha la pujanza y el brio con que ha sabido sobreponerse á mayores infortunios.

Dígnese S. E. hacer presentes estos sentimientos á S. M. la Reina Regente (q. D. g.) y aceptar la expresión de la respetuosa simpatía y del profundo dolor con que le acompaña en esta ocasión.—MANUEL M. DE PERALTA.

República del Uruguay.—Al Sr. Ministro de Estado: Sinceramente afectado por el crimen vituperable que priva á España y á Europa de uno de los hombres de Gobierno más eminentes del siglo actual, presento á V. E. el testimonio de mi profundo pésame, rogándole que lo haga extensivo á todo el Gabinete y lo eleve á las gradas del Trono.

Conocedor de los sentimientos que animan á mi Gobierno, respecto de esta noble Nación y de quienes personifican sus poderes, me adelanto, asimismo, á expresar á V. E. el vivo interés con que ha de compartir á estas horas el duelo de España.

Con este luctuoso motivo, me reitero de V. E. una vez más muy atento servidor.—ENRIQUE DE ARRAGA VIDAL.

Roma 9 de Agosto.—El Cardenal Rampolla al Encargado de Negocios en Madrid: «Participe á ese Gobierno el pésame del Santo Padre, por el terrible crimen de que ha sidó víctima el Sr. Cánovas del Castillo.»

Lisboa 9 de Agosto.—Al Ministro de Estado, el Encargado de Negocios de España: «Su Majestad el Rey ha enviado el siguiente telegrama: Acabo de saber en este momento el horroroso crimen de que fue víctima Cánovas. Doy á S. M. y Gobierno español mi más sentido pésame.»

En el día de hoy han venido á esta Legación á expresar su profunda pena, el Gobierno, Cuerpo diplomático y gran número de personas notables de este país.

Idem 10.—Las Cámaras de los Pares y de los Diputados, después de tributar expresivos elogios al ilustre estadista Sr. Cánovas y deplorar su pérdida, levantaron la sesión en señal de duelo.—ARANGUREN.

París 9.—El Presidente del Consejo de Ministros de la República francesa al General Azcárraga, Ministro de la Guerra y Presidente del Consejo de Ministros.—Madrid.

«Tengo el honor de dirigir al Gobierno español y á la familia del Sr. Cánovas, la expresión del más profundo dolor y de indignación del Gobierno francés al recibir la noticia del

abominable atentado que cubre á España de luto.»

Guatemala.—Al Ministro de Estado de España: Este pueblo y Gobierno deploran la desgracia que contrista á España con motivo del sensible fallecimiento del Excmo. Sr. don Antonio Cánovas del Castillo, y se unen en el dolor á SS. MM. y al Gobierno y pueblo de la madre Patria.—JORGE MUÑOZ.

Al Ministro de Estado de España.—«Recibida la noticia del asesinato del Presidente del Consejo de Ministros, Sr. Cánovas del Castillo, el Consejo general suizo, profundamente conmovido por el terrible atentado, me encarga haga presente al Gobierno español la expresión de su sentimiento y simpatía.»—EL VICEPRESIDENTE DE LA CONFEDERACIÓN SUIZA.

Méjico 10 de Agosto.—Al Ministro de Estado de España.—El personal de esta Legación eleva á S. M. y á su Gobierno sentido pésame. La colonia española celebrará honras solemnes. He recibido visita personal del Sr. Presidente de la República, expresando profundo dolor.—ARCOS.

Lima 11 de Agosto.—Al Ministro de Estado el Representante de España.—El Presidente de la República telegrafía á S. M.:

«El Gobierno me visita personalmente, asociándose al duelo de la Legación.»

Lima 11 de Agosto.—El Presidente de la República, el Gobierno y la sociedad de Lima y los españoles, únense á la Legación, rogándole transmita sentido pésame á la señora de Cánovas.

Santiago de Chile.—Al Ministro de Estado de España: «En nombre de S. E. el Presidente de la República de Chile y de su Consejo de Gobierno, tengo el honor de transmitir á vuecencia la expresión de los sentimientos de indignación y profundo pesar con que se han impuesto del abominable crimen de que ha sido víctima el Excmo. Sr. Presidente del Consejo de Ministros de España, D. Antonio Cánovas del Castillo, rogando á V. E. la haga llegar á S. M. la Reina y á los Excelentísimos señores colegas de V. E.—CARLOS MORLA, Ministro de Relaciones Exteriores.»

Valparaiso 13.—La colonia española de Santiago de Chile, se asocia al duelo nacional por la pérdida del Sr. Cánovas del Castillo.

Agosto 9.—Al Ministro de Estado, el Representante de España en Petrópolis: El Presidente de la República me encarga exprese á

V. E. el sincero pésame de la nación brasileña por el triste acontecimiento que ha hecho perder á España uno de sus más queridos hijos, el eminente estadista Cánovas del Castillo. Asociándome á estos sentimientos, ruego á V. E. los transmita al Gobierno.

El personal de la Legación y de la colonia, se asocian al dolor que aflige á España.—LLAVERÍA.

• • •

Además de los telegramas que anteceden, publicó la *Gaceta*, en días sucesivos, una extensa relación de los Centros, Autoridades, Corporaciones y aun particulares que habían dirigido su sentido pésame al Gobierno, con motivo de la muerte del Sr. Cánovas.

V

PÉSAME DEL AYUNTAMIENTO DE MADRID

DIRIGIDO Á S. M. LA REINA

El Alcalde de Madrid, en nombre de la Corporación que preside, dirigió ayer telegramas de pésame á la Reina y á la señora viuda de Cánovas.

He aquí el texto de ambos telegramas:

«*Mayordomía mayor del Real Palacio.*

San Sebastián.

En esta hora de tribulación nacional, subiendo al cielo confundidas en un mismo sentimiento de dolor las oraciones de todos los españoles ante el crimen que nos ha arrebatado al insigne hombre de Estado que ostentaba con orgullo nuestra Patria, el Ayuntamiento de Madrid quisiera expresar con la ejemplaridad más señalada estos sentimientos que palpitan en las Corporaciones populares.

Por esto me encarece ruego á V. E. eleve á S. M. estas manifestaciones en nombre del pueblo de Madrid, pidiéndole así con las voces unánimes y el impulso irresistible de todo lo que siente con pasión la fe monárquica, y que por ello converge instintivamente su primera mirada hacia el Rey, así en las aflicciones como en los júbilos nacionales, sabiendo que si en el Trono hallan siempre la fuente primera de sus alegrías en los días venturosos, á la vez

allí también, en las horas de tribulación, encuentran la mejor fortaleza y consuelo para conllevar las necesidades.—EL ALCALDE DE MADRID.»

VI

TELEGRAMAS

y manifestaciones de pésame dirigidos á la señora viuda de Cánovas, por Ministros, autoridades, corporaciones españolas y notabilidades extranjeras. (I)

Del Sr. Crispi:

«Signora Cánovas del Castillo:

Nápoles, 10.—La notizia dell' assassinio del signore Cánovas mi ha fortemment colpito mi associo di cuore al lutto vostro e della Spagna per la tragica fine dell' esimio uomo di Stato.—CRISPI.»

«Excm. Sra. D.^a Joaquina Osma:

Para Santa Agueda de Madrid 11, depositado el 9 á las 12,46 minutos:

Ayer no me atrevi á telegrafiarla. He sentido profundamente la desgracia que causa el duelo, no sólo de ustedes, sino de España entera. Murió por la defensa de la sociedad y será recompensado por Dios.—ARSENIO MARTÍNEZ DE CAMPOS.»

«Madrid (para Santa Agueda), 8.—Ministro de la Gobernación á la Excm. Sra. D.^a Joaquina Osma de Cánovas del Castillo:

Los Ministros que en estos momentos se encuentran en Madrid cumplen el tristísimo deber de dar á usted el más sentido pésame por la espantosa desgracia que la Patria y la Monarquía han sufrido hoy, y que tan directamente aflige á usted.

A esta manifestación de duelo ruega se le asocie el general López Domínguez, que está presente, y se asociarán de seguro todas las personas honradas y todos los partidos políticos, que ya en cuanto han sabido la noticia han comenzado á protestar calurosamente contra el infame crimen que ha puesto fin á la vida del hombre por tantos títulos extraordinario y benemérito que había unido á usted su suerte por estrechos y santos lazos.—FERNANDO

(1) No presumimos publicar ni aun la mitad de los recibidos.

COS-GAYÓN.—EL CONDE DE TEJADA DE VALDOSERA.—MARCELO DE AZCÁRRAGA.»

«Señora Cánovas del Castillo:

Santa Agueda.

En el trance de este inmenso duelo nacional, el Ayuntamiento de Madrid quiere ser la Corporación popular que más vivamente interprete los sentimientos de admiración profunda y de angustioso dolor que atormentan hoy todos los corazones españoles. Las voces unánimes de la Corporación me demandan por ello que en esta hora de tribulación acuda en primer término á rendir el más respetuoso homenaje de pésame á la ilustre viuda del ilustre estadista con cuyas aficciones se identifica la Nación entera.

Si no resultan expresados estos sentimientos con toda la intensidad con que palpitan en el seno de la Corporación, debido es no más que al mismo estupor que ante la inmensidad de la desgracia experimenta.—EL ALCALDE DE MADRID.»

«Habana, 10.—Profundamente emocionado, reitero mi telegrama de condolencia después del acto solemne y grandioso de los funerales que por el eterno descanso del primer hombre de la Nación, su esposo, el inmortal Cánovas, se acaban de celebrar en la catedral, con asistencia de todo el pueblo; que así quiso honrar la memoria de su hijo adoptivo. Como triste recuerdo de este acto enviaré las coronas que le han sido dedicadas.—VALERIANO WEYLER.»

«París.—Atterré du coup qui vous frappe croyez á ma douloureuse sympathie.—DUCHESSÉ DECASES.»

«Cintra.—Profondement impressionnés par horrible malheur plaignons de tout cœur et partageons votre douleur.—DUC ET DUCHESSÉ PALMELLA.»

Del conde de Chestre:

«Segovia 8.—Recibido telegrama con el mayor dolor. Dios dé á usted y sus compañeros abnegación y fortaleza para que no sea tan sensible la pérdida de su dignísimo Presidente, arrojando al frente del Estado la peligrosa situación que nos deja tan sensible pérdida.—EL CONDE DE CHESTE.»

«Madame Cánovas del Castillo.—Madrid.

Hamburgo 10.—A vous prends l'expression de ma sympathie et de mon admiration pour le grand patriote que l'Espagne á perdu.—BARÓN STURM.»

«Madame Cánovas.—Madrid.
Biarritz 10.—Notre fidélité attachement au
 Président vous exprime de cœur ses senti-
 ments de vive sympathie pour cruelle douleur
 et de profonde indignation du crime commis.
 —COMTE ET COMTESSE LAROCHEFOUCAULD.»

«Señora de Cánovas del Castillo.—Lima.—
 Depositado domingo 8.

Acompaño á usted en su gran dolor.—PRE-
 SIDENTE DEL PERÚ.»

Del Conde Dubsky :

«Madame Cánovas.—Madrid.

De Vieu 1501 26/9 552 H. S.—Chercher en
 vain espression pour exprimer la part doulou-
 reuse que je prends au malheur terrible et
 cruel qui vient de vous frapper.—DUBSKY.»

«Madame veuve Cánovas del Castillo.—Ma-
 drid.

Hambury núm. 16.—Le Congrès universel de
 la Paix devoue au principe de l'inviolabilité
 de la vie humaine vous exprime sur la pro-
 position de ses membres italiens son unanime
 reprobation de l'attentat qui vous a privé de
 votre époux.—RICHTER, PRESIDENT.»

«Viuda de Cánovas.—Madrid.

New York 11 Agosto.—Junta patriótica, en
 representación colonia, acaba honrar memoria
 del gran estadista con solemnes honras fúne-
 bres, y envía á usted el testimonio de su pro-
 funda simpatía por irreparable pérdida.—JOSÉ
 J. NAVARRO, Presidente.—ARTURO CULLÁS,
 Presidente honorario.—CIRIACO VIADERO, Te-
 sorero.»

«Exoma, señora viuda de D. Antonio Cánovas
 del Castillo.

Vera Cruz 11 Agosto.—Colonia española de Ve-
 racruz acompaña á V. E. en su justo dolor.»

De la Habana :

«Viuda de Cánovas.—Junta damas Cruz
 Roja afectada desgracia vuestra acordó acom-
 pañaros sentimiento.—Presidenta, IRENE
 ARANA.»

«A la señora viuda de Cánovas del Castillo.
 —Madrid.

Betelu 13 (3,35 tarde).—En estos momentos
 en que la Nación entera tributa el último ho-
 menaje de respeto y admiración al ilustre go-
 bernante muerto gloriosamente en defensa de
 los más caros intereses sociales, ruego á usted
 reciba la expresión de mi profundo senti-
 miento por la pérdida del esposo querido, y
 me considere presente á tan solemne acto, al

que el estado de mi salud me impide asistir.—
 RAMÓN BLANCO.»

«Señora Cánovas.—Madrid.

Marchiennesaupont 15.—Profondement emue
 par votre noble et chrétienne parole de par-
 don je viens vous supplier respectueusement
 saisir l'occasion que vous confere votre posi-
 tion unique pour donner un exemple sublime
 et fructueux et porter un coup infiniment puis-
 sant á toutes les formes de la violence en re-
 clamant le pardon officiel de l'assassin procla-
 mant ainsi que la violence ne peut jamais être
 un remede pour la violence et que le seul an-
 tidote se trouve au calvaire dans l'exemple
 du Christ le grand assassiné.—LA MARECHALE
 BOOTH CLIBBORN.»

«Señora Cánovas :

Habana (depositado domingo 8).—Casino Es-
 pañol hace suya hondísima pena por inmensa
 desgracia que llora con vucencia toda la Na-
 ción.—SANTOS GUZMÁN.»

«*Therapia.*—Je vous prie d'agreer mes res-
 pectueuses condoleances et l'expression d'une
 profonde tristesse, votre deuil est par tous les
 amis de l'Espagne.—CAMBON.»

«*Toledo 8.*—Sentidísimo pésame nombre Car-
 denal Monescillo y mío por desgracia que de-
 ploramos.—OBISPO AUXILIAR.»

«*París.*—Mi mujer y yo sentimos profunda-
 mente la desgracia que hoy affige á usted y
 á España, y le deseamos todo género de con-
 suelos.—POLAVIEJA.»

«*Habana 10.*—Se inclinan llenos de dolor
 ante inmensa desgracia que la affige.—MAR-
 QUESES DE PINAR DEL RÍO.»

«*Stockolmo 11.*—Mártir del patriotismo, él
 hará redoblar sentimiento de lo que es Patria.
 —GOERAN BJORKMAN.»

«*Marín 12.*—Reciba usted mi más sentido y
 doloroso pésame por la muerte del hombre
 ilustre, gloria de España, á quien tanto debe
 la Patria, y que en la noble y enérgica defen-
 sa de ella y del orden social, ha perdido la
 vida.—ECHEGARAY.»

«*Tarragona 10.*—Ofrezco á V. E. mi más pro-
 fundo pésame por la muerte alevosa de su
 ilustre esposo. Pido á Dios por el vana des-
 canso de su alma.—EL ARZOBISPO.»

«*Granada 18.*—Acabo de tener triste con-
 suelo pronunciando oración fúnebre por mi
 querido amigo su digno esposo. Bendícela en
 su dolor.—EL ARZOBISPO DE GRANADA.»

«*Buenos Aires 18.*—Españoles residentes Re-

pública Argentina asóciense al dolor que la aflige.»

Del obispo de Sión :

« A la señora de Cánovas.—Aterradísimo por tan inmensa desgracia, asóciome á usted en su profunda pena y oraciones. »

El diputado á Cortes por la Habana, señor González López, ha recibido de Cuba el siguiente telegrama :

« González López, Diputado.—Madrid.

Haga presente señora de Cánovas, á nombre del pueblo y Ayuntamiento de Regla, la expresión de sincera condolencia.

Ruégole represente á este pueblo en los funerales del insigne patrio.—El Alcalde, José CAGIGAS. »

• •

Merece reproducirse también en este lugar el siguiente, del jefe del partido reformista de Cuba, dirigido al Sr. Dolz :

« Dolz.—Madrid.

Eleve nombre partido profundo testimonio pésame á S. M. la Reina por alevosa muerte ilustre Presidente Consejo, gloria de nuestra Patria, por cuya integridad y honor en estas lejanas tierras realizó tantos y tan prodigiosos esfuerzos.

Preséntese Gobierno y ofrézcale profunda adhesión é incondicional concurso partido en estas dolorosas y tristes circunstancias, que el viril ejemplo de la gloriosa víctima lega á la Patria, hará que ésta, por el patriotismo de todos, se sobreponga á la desgracia.

Coloque sobre féretro que encierra ilustres despojos corona fúnebre, como sentida ofrenda de los leales reformistas de Cuba, y hágase intérprete cerca Prensa del profundo duelo que nos aflige.—MARQUÉS DE RABELL. »

Inmediatamente el Sr. Dolz transmitió al señor Duque de Medina Sidonia, Mayordomo mayor de SS. MM., el siguiente despacho :

« Mayordomo mayor de SS. MM. :

Cumpliendo encargo telegráfico que hace desde Habana el Marqués de Rabell, jefe del partido reformista, ruego á V. E. eleve á Su Majestad el profundo testimonio, nuestro pésame por alevosa muerte ilustre Presidente Consejo, gloria nuestra Patria, por cuya integridad y honor realizó tan prodigiosos esfuerzos.

El partido reformista confía en que el viril ejemplo que la víctima lega al patriotismo de todos, hará que la Nación se sobreponga á tan grande desgracia.—Dolz. »

VII

MANIFESTACIONES DE PÉSAME

AL HERMANO DEL SEÑOR CÁNOVAS

Recibió numerosos telegramas de España y algunos del extranjero, que no hay para qué reproducir, comenzando por el del Mayordomo mayor de S. M. la Reina Regente, en nombre de ésta, y el del Secretario de S. A. la Infanta doña Isabel y siguiendo por el que á continuación se transcribe del señor Marqués de Grijalva, fechado en Sainte du Decalle, residencia de S. M. la Reina doña Isabel :

« Al dolor sin consuelo de usted y de toda su querida familia, mañana lunes asistirá S. M. y asistirá toda su servidumbre á la misa que ha ordenado la Reina por el alma del gran ciudadano que hemos perdido. »

VIII

TELEGRAMAS

al Gobierno no publicados en la «Gaceta»

EL CARDENAL MONESCILLO

Toledo 9 (10,55 noche).—Su Eminencia continúa en el mismo estado de gravedad que indicaba en mis anteriores despachos.

Ha dormido á intervalos muy cortos.

Al darle conocimiento del atentado de que ha sido víctima el Sr. Cánovas, exclamó el Cardenal Monescillo :

—¡Qué desgracia para España!

El Ministro de Gracia y Justicia ha participado á Su Eminencia la triste noticia del asesinato del Sr. Cánovas.

Inmediatamente que recibió la noticia el Cardenal Monescillo, pidió papel, y con pulso inseguro y auxiliado por un familiar, redactó el siguiente telegrama dirigido al Ministro de Gracia y Justicia :

« Me asocio desde el lecho del dolor á la desgracia que aflige al Gobierno de S. M. y á toda la Nación por la muerte de mi buen amigo el señor Presidente del Consejo de Minis-

tros. Elevo preces al Altísimo por el eterno descanso de su alma y ordeno que se hagan solemnes funerales.—EL CARDENAL MONESCILLO.»

El estado de Su Eminencia se agrava por momentos.—C.

* * *

Casi todos los Prelados españoles fueron enviando telegramas de pésame, y á la vez que concedían indulgencias, demostraban su pesar pidiendo á Dios por el alma del desgraciado Sr. Cánovas.

Del Sr. Sagasta:

«*Avila 8* (4 tarde).—A Ministro Gobernación:

Con profunda pena me entero del telegrama. Estamos todos de pésame. Me pongo incondicionalmente á las órdenes del Gobierno de S. M.—P. M. SAGASTA.»

El Gobierno contestó al telegrama del señor Sagasta en estos términos:

«Los Ministros reunidos dan á V. E. muchas gracias por su sentido telegrama y su patriótica oferta. Dios nos dé acierto á todos para cumplir los nuevos deberes que la desgracia nos impone respecto de la Patria y de la Monarquía.»

Del Sr. Silvela:

«Ruégole exprese Ministro Gobernación mi pena profunda y mi ofrecimiento incondicional de cuanto crea pueda ayudar defensa orden público y apoyo Gobierno.—SILVELA.»

Del General Polavieja:

«*París 9* (1 mañana).—Siento vivamente asesinato Presidente Consejo, que tan grandes servicios ha prestado, estaba prestando al Rey y á la Patria.

A pesar del estado de mi salud, puede V. E. disponer de mí si juzga necesarios mis servicios.—POLAVIEJA.»

Del Comandante general de la Escuadra:

«Al Ministro de Marina:

Recibido telegrama de V. E. en que me participa el doloroso acontecimiento del villano asesinato del Presidente del Consejo de Ministros. Doy á V. E. y al Gabinete constituido bajo la presidencia del General Azcárraga el más sentido pésame y en el del personal á mis órdenes.»

Del General Calleja:

«*Pantiesca 9* (7 mañana).—Hondamente impresionado por criminal atentado contra ilus-

tre patricio que presidía Consejo de Ministros, me asocio duelo, que será nacional por tan grande pérdida.—CALLEJA.»

Todos los Capitanes generales de distrito, Gobernadores militares y no pocos Comandantes militares, han teleografiado al señor Ministro de la Guerra dando el pésame por la muerte del Sr. Cánovas y encareciendo que las autoridades reunidas cumplirán su deber para el mantenimiento del orden.

En parecidos términos han teleografiado todas las autoridades de Marina al General Beranger.

Del General Lachambre:

«*Malaga 9* (30,10 mañana).—Triste, dolorosamente impresionado por la desgracia de que me entero en este momento, ocurrida al jefe del Gobierno, uno mi sentimiento verdadero al de todos los hombres honrados de la Nación, lamentando en el alma el brutal é inicuo suceso, que no puede explicar ni pasiones políticas ni ningún otro movi-

Ruego á V. E. que haciendo presente esto al Gobierno de S. M., disponga incondicionalmente de mí en todo.—GENERAL LACHAMBRE.»

Del General Primo de Rivera:

«*Manila 9* (10 mañana).—*Madrid 9* (8,40 noche).—Capitán general á Ministro Guerra:

No tengo frases para explicar mi pena por mi Patria, por la Reina y por mí.

Disponga, hoy con más razón que nunca, de mis servicios.

Ruego dé idea de mi dolor á la viuda.—PRIMO DE RIVERA.»

«*Manila 9* (6,25 tarde).—Gobernador general á Ministro de Ultramar:

En mi nombre y en el de todos cuantos aquí sienten y alientan por España, expreso á V. E. el más vivo y profundo dolor por la pérdida que experimenta la Nación con el fallecimiento de uno de sus más preclaros hijos, víctima del execrable anarquismo.

Atento á mis deberes, continuaré trabajando con ahinco para el restablecimiento del orden aquí y dispuesto á hacerlo con la fe y lealtad de siempre por la Patria y por Sus Majestades donde se me mande.—PRIMO DE RIVERA.»

En el Ministerio de la Gobernación se recibieron, entre otros, los siguientes:

«El Sr. Montero Ríos, por conducto del Gobernador de Pontevedra, manifiesta á V. E. el testimonio de su profundo senti-

miento por la muerte violenta del Sr. Cánovas.»

Otro:

«Siento en el alma la desgracia ocurrida. Para cualquier puesto militar que me crea útil el Gobierno, estoy pronto.—MARTÍNEZ CAMPOS.»

Otro:

«El Sr. Gamazo y el Sr. Maura, sabedores del crimen perpetrado en Santa Agueda, participan de la indignación de todas las conciencias honradas y piden á Dios para el alma del finado, ofreciendo al Gobierno su leal concurso.»

Otro:

«Antequera 8 (8 noche).—Desesperado, sin saber ni darme cuenta de la enorme desgracia que ha caído sobre la Patria y sobre la Monarquía, me dirijo á usted. Excuso hacer ofrecimientos.

No sé cómo demostrar el luto del amigo y la desesperación que siento como español.—ROMERO ROBLEDO.»

Del Cardenal Cascajares:

«San Sebastián 12 (2,30 tarde).—El Cardenal Cascajares, Arzobispo de Valladolid, que se encuentra en el convento de Capuchinos de Fuenterrabía y que se hallaba unido por lazos de íntima y cariñosa amistad con el señor Cánovas del Castillo, ha cumplimentado hoy á la Reina, manifestándola que está afectadísimo á causa de la trágica muerte del gran hombre político á quien lloran España y el mundo entero.—M.»

IX

OTRAS MANIFESTACIONES DE DUELO NACIONALES

UNIÓN OBRERA DE MADRID

La Sociedad madrileña Unión Obrera se reunió anoche en Junta directiva con motivo del trágico suceso.

Acordó, entre otras cosas, dirigir cartas de pésame á la Reina, á la viuda de Cánovas, al Ministro de la Guerra y al jefe superior de Palacio, y que asista una comisión de la directiva y socios obreros á recibir el cadáver.

También dedicará una corona con la siguiente inscripción:

«La Unión Obrera de Madrid protesta de hecho tan vandálico.»

ALCALDÍA DE GUADALAJARA

«Excelentísimo señor Ministro de la Gobernación:

Guadalajara 12 Agosto de 1897.

Reunido este Ayuntamiento en sesión ordinaria en el día de hoy, ha acordado dedicar exclusivamente la misma á consignar la indignación que le ha causado el vil asesinato cometido en la persona del eminente estadista el excelentísimo señor Presidente del Consejo de Ministros, D. Antonio Cánovas del Castillo, y nombrar una Comisión de su seno para que asista al entierro de tan esclarecido patricio, elevando á V. E., como en su nombre lo hago, la expresión de su más sincero pésame por desgracia tan inaudita, y rogándole á la vez se sirva transmitirlo á la infortunada viuda de la víctima.—El Alcalde, MANUEL MARÍA VALLES.»

ISLA DE CUBA

10 Agosto.

LA NOTICIA EN LA HABANA.—ACTITUD DEL CÓNSUL NORTEAMERICANO.—EN LA BOLSA

Un despacho de la Habana dice que la noticia del asesinato del Sr. Cánovas produjo allí gran consternación.

El Cónsul general de los Estados Unidos envió en seguida la expresión de su simpatía á Weyler.

Añade que la Bolsa estuvo muy agitada, sufriendo gran baja todos los valores, pero que la noticia de que el General Azcárraga se había encargado de la Presidencia del Gobierno, había hecho renacer un poco la confianza.—FABRA.

DEMOSTRACIONES DE DUELO.—LA PRENSA, EL COMERCIO Y EL VECINDARIO

Hasta ayer martes no se supo oficialmente en la Habana la noticia del asesinato del señor Cánovas del Castillo.

Las tiendas se cerraron, quedando suspendidos todos los negocios.

Los balcones de las calles principales aparecieron colgados de negro.

Los periódicos expresan el mayor dolor por la pérdida sufrida; consideran el porvenir con

dudas y temores, y aconsejan á los cubanos que cuenten con el patriotismo de los hombres de Estado españoles y sobre la lealtad española para impedir mayores dificultades en lo sucesivo.—FABRA.

ACTITUD DE LOS TRES PARTIDOS.—LA PRENSA.—UNA FRASE.—NEGOCIOS SUSPENDIDOS.—LAS CASAS ENLUTADAS.—TELEGRAMAS DE PÍSAME.—CORONAS.—LO QUE DICE UN JEFE DE PARTIDO

El corresponsal de un periódico de Madrid en la Habana da cuenta en los términos siguientes de cómo demuestran su pesar en aquella capital todos sus habitantes por la muerte del Sr. Cánovas:

«La Habana está ofreciendo un espectáculo de respeto y de duelo que merecen fijar la atención de España.

Las Juntas directivas de los partidos reformista, constitucional y autonomista han concurrido en pleno á Palacio á consignar su profundo sentimiento ante el General Ahumada.

Los periódicos se publican con grandes orlas de luto, corridas á lo largo de todas sus columnas.

La protesta energética y violenta contra el crimen, los elogios entusiastas de la víctima y el temor á las consecuencias de la desgracia, se hacen públicos con los más sentidos acentos.

Es muy comentada y ha merecido grandes elogios la frase pronunciada por el Marqués de Rabell ante la Directiva del partido reformista.

Todos los teatros de esta capital han acordado suspender por tres días sus funciones.

En la Bolsa y en la Lonja de víveres se han suspendido las operaciones en señal de duelo.

Ayer ostentaron colgaduras negras los edificios que ocupan las redacciones de los periódicos, el Círculo reformista, Casino Español, Centro Asturiano, Centro Gallego y muchas Corporaciones particulares.

Esta mañana se ha extendido extraordinariamente esa demostración de duelo, apareciendo colgadas de negro centenares de casas, especialmente en los barrios comerciales: las calles del Obispo, Orreilly, Mercaderes, Murralla, Monte y otras, son las que más enlutadas se ostentan.

El General Ahumada recibe numerosos telegramas de pésame.

Es inmenso el número de coronas que por

cable se encargan á Madrid; puedo asegurar que á estas horas llegan á 100 las órdenes dadas con ese objeto.

El Sr. Montoro, que se muestra afectadísimo, ha declarado que la muerte de Cánovas, á más de una desgracia nacional, es un duro golpe para Cuba, porque ningún hombre de la historia conservadora que Cánovas tenía hubiera sido capaz de dar pasos de avance tan resueltos en política colonial; su concurso desde el Poder y desde la oposición para la obra de las libertades cubanas ha de dejarse sentir mucho—agregó el elocuente orador autonomista.

Se reciben con ansiedad los telegramas de Madrid, y es general la creencia de que esta catástrofe hará crecer el patriotismo de todos los españoles para resolver rápidamente la cuestión de Cuba.

La nota general es de unión y de apoyo resuelto á los Poderes públicos.

ITALIA

TRISTEZA POR LA MUERTE DE CÁNOVAS

San Sebastián 13 (1 tarde).—El Embajador de Italia, actualmente en Zarauz, ha dirigido al Duque de Tetuán una nota concebida en estos términos:

«Tengo el honor de poner en conocimiento de V. E. los siguientes telegramas:

El primero dice:

«El Consejo comunal de Nápoles, asociándose á la general indignación provocada por el horrendo asesinato que priva á España de un ilustre estadista, ruega á V. E. sea intérprete de los sentimientos de los habitantes de esta ciudad cerca del Gobierno español y de la viuda del Sr. Cánovas.—Firmado: MARQUÉS CAMPOLATOR.»

El segundo telegrama dice:

«La Cámara de Comercio de Nápoles ruega á V. E. interprete cerca de ese Gobierno el sentimiento del gremio de comerciantes y su indignación por el cruel asesinato del Presidente del Consejo, Sr. Cánovas del Castillo.»

El tercero dice:

«El Consejo provincial de Avellino, horrorizado por el execrable asesinato del gran estadista y Ministro Cánovas del Castillo, lamenta la pérdida y ruega á V. E. participe á ese

Gobierno su sentido pésame.—Firmado: Presidente, CAPORRI.»

Tengo la satisfacción de transmitir á V. E. estas pruebas de fraternidad, dentro de la general indignación y la comunidad del dolor.—Firmado: RENZI.»

EL PRESIDENTE DEL SENADO.—LAS LISTAS

Roma 9.—El Presidente del Senado ha pedido al Sr. Rudini que el Gobierno exprese al de España sus vivos sentimientos por el asesinato del Sr. Cánovas.

Todas las notabilidades italianas se han inscrito hoy en las dos Embajadas españolas.

—El Sr. Crispi ha dirigido una carta al Ministro de España cerca del Rey Humberto, que dice así:

«Ruégole transmita á su Gobierno mi pésame por la muerte del glorioso estadista, honor de la raza latina.»

TELEGRAMAS DE PÉSAME.—ADHESIONES DE IMPORTANCIA.—GALLI Ó GOLLI DESCONOCIDO DE LA POLICÍA.

Roma 9.—Los Sres. Brin, Banea y otros Ministros han teleografiado al Conde de Benomar sus pésames por el asesinato del Sr. Cánovas.

El Sr. Rudini, los Subsecretarios de Estado, el Cuerpo diplomático, los personajes de la corte, Crispi y casi todos los Senadores y Diputados que se encuentran en esta capital, se han inscrito en la Embajada de España.

El nombre del anarquista Galli es desconocido por completo entre la policía italiana, y ningún individuo de este nombre ha sido condenado por el Tribunal de Lucera ni por los de Nápoles y Pozzuoli.

El Sr. Sánchez de Toca ha recibido el siguiente despacho telegráfico del Alcalde de Roma:

«Roma 10.—Alcalde Madrid.—Intérprete general del sentimiento de horror de la ciudad de Roma por el asesinato del ilustre Presidente del Consejo, Sr. Cánovas del Castillo, envío á su señoría la expresión profunda del sentimiento y viva participación en el luto de esa insigne capital.—ALCALDE RUSPOLI.»

LA COLONIA ITALIANA EN MADRID

El Sr. Bossi ha dirigido á nuestro compañero el redactor del *Heraldo*, Sr. Gallego, una

carta, en nombre de la colonia italiana residente en Madrid, en la cual se dice:

«La colonia italiana de Madrid, de la que formo parte, se asocia de todas veras al dolor que embarga á España por la pérdida de uno de sus más ilustres hijos. Ni puede ser de otro modo. Porque siendo España é Italia naciones hermanas, comunes á ambas han de ser sus tristezas y sus venturas. La colonia italiana en Madrid, que exterioriza sus sentimientos dedicando una corona á Cánovas, protesta indignada del hecho abominable realizado por un malvado que no podía llamarse hijo de Italia, porque los réprobos no tienen patria.

Por la colonia italiana de Madrid, PEDRO BOSSI.»

* * *

Marsella 10 (1 mañana).—La prensa local publica extensos pormenores acerca del crimen de Santa Agueda, y dedica al eminente estadista frases de elogio.

La colonia española, vivamente impresionada, se asocia al duelo nacional y protesta indignada contra la doctrina que pone en práctica procedimientos criminales.—C.

TANGER

La noticia del hecho ha causado en Tánger tristísima impresión.

En la Legación española ondea la bandera á media asta.

El cuerpo diplomático se ha apresurado á dar el pésame al ministro de España.

Han visitado al ministro de España, con objeto de manifestarle el profundo sentimiento que ha producido el asesinato del ilustre estadista, la misión católica, la militar y la Cámara de Comercio.

* * *

El 9 de Agosto el Consejo federal de Berna telegrafió á M. Lardet, Cónsul general de Suiza en Madrid, el encargo de transmitir al Gobierno español la expresión de todas sus simpatías á propósito del asesinato del Sr. Cánovas, añadiendo que el Vicepresidente, M. Ruffy, había hecho por la mañana, á nombre del Consejo federal, una visita de condolencia al Sr. Tejada, Cónsul general de España en Berna.

Londres 9.—Al recibirse la noticia del asesi-

nato del Sr. Cánovas, el Embajador británico en Madrid fué encargado por el *Foreign-Office* de hacer conocer los sentimientos de viva condolencia de la Reina Victoria á la Reina Regente, á la señora de Cánovas y al Gobierno español.

Viena 10 Agosto (despacho).—El Conde de Welsersheimb, primer jefe de Sección del Ministerio de Negocios Extranjeros, ha expresado al Marqués de Hoyos, Embajador de España, á nombre del Gobierno de Austria-Hungría, las condolencias del mismo con ocasión de la muerte de Cánovas del Castillo.

TELEGRAMAS

no dirigidos al Gobierno ni á la familia de Cánovas, pero sí relativos á su muerte.

EL SR. CASTELAR

Vitoria 9 (8,15 tarde).—Al subir las escaleras del balneario de Santa Agueda me encuentro al Sr. Castelar, que llegó esta mañana (1).

El ilustre repúblico anda vacilante; está como atontado por el aplanamiento que le ha producido el crimen.

Me dice:

—¡Qué desgracia! ¡Ya lo sabe usted, Cánovas era un hermano mío!

(1) Según telegrama de San Sebastián del Sr. Loma, del mismo día, fué á visitar á Castelar antes de su salida para Santa Agueda, para rogarle le manifestase la impresión que le había causado la muerte de Cánovas.

El insigne orador le contestó muy conmovido:

«—No estoy para hacer frases, sino sólo para sentir en el alma la muerte del amigo queridísimo.

Esta noche salgo para ponerme á las órdenes de la pobre Joaquina. ¡Dedicada! ¡Qué golpe tan terrible!»

Le pregunté cómo había sabido la noticia, y me contestó:

«—Me hallaba corrigiendo las pruebas de la *Historia de España*, y me llamaron diciendo que me buscaba el Sr. Graner.

Me chocó mucho, por ser la hora de los toros. Salí. Y me dijo:

—Han matado á Cánovas.

Viendo la impresión horrible que la noticia me causaba, trató de calmarla, diciéndome:

—No ha muerto. Está herido levemente.

Luego, al venir de los toros la señora de Triana, supo que, por desgracia, la noticia de la muerte de Cánovas estaba confirmada oficialmente.»

En la madrugada de hoy saldrán para Santa Agueda los Sres. Castelar y el duque de Tetuán.

Márcho con ellos.

Y añade:

—Antonio llevaba estos últimos tiempos la cruz de todos los españoles. El sólo la sostenía.

Sentía el presagio de una gran catástrofe.

No sabía cuál; pero sí que había de ser muy inmensa y terrible.

Y, por desgracia, han venido los hechos á comprobarlo.

Su muerte gloriosa le abre la inmortalidad.

Contóme después el Sr. Castelar que inmediatamente después de llegar á Santa Agueda, se fué á consolar á Joaquina Osma, á la inconsolable viuda del Sr. Cánovas, que se halla en un estado de hiperestesia y sostenida sólo por su fibra y su nervio, que son muy grandes.

El eminente tribuno dice que no ha pasado en su vida una mañana tan dolorosa como ésta, en que vió el cadáver de su entrañable amigo y habló con la infortunada viuda.

LA POLÍTICA.—LA SOLUCIÓN LIBERAL

A continuación me preguntó el Sr. Castelar con vivísimo interés qué se piensa en Madrid y qué dicen de la resolución de la crisis.

Referile entonces la conferencia sostenida en la estación de Valladolid entre los señores Martínez Campos y Elduayen, y le dije que todo hacía creer que la solución sería la venida al poder del Sr. Sagasta.

Le apunté después la idea de un Gobierno nacional, presidido por él, á lo que me replicó Castelar:

«—No. Serviré á mi Patria mucho mejor fuera del Gobierno.

Sólo podría aceptarle bajo la forma republicana.

Debe entrar Sagasta con el apoyo decidido é incondicional de los conservadores para resolver lo antes posible el problema de Cuba.»

Y añadió:

«—No me pregunte usted más.

Ayudo á constituir al país, no á destruirlo.»

Y terminó diciendo:

«—Otras personas, aun regias, serían sustituibles. Cánovas no tiene sustitución.»

El Sr. Castelar ha recibido de Nueva York el telegrama siguiente, que ha comunicado á la señora viuda de Cánovas y al señor Ministro de Estado, enviando el original á este último.

« Emilio Castelar.—Madrid.

Setenta millones de americanos se sienten heridos de horror al crimen del asesino, y afectados de grandes simpatías por el Gobierno de España y la familia del difunto ilustre.

El *New York Journal*, deseando que seáis el intérprete y conductor de un mensaje de estos millones de hombres que se interesan profundamente por la Nación española, os ruega les digáis por el cable, á sus expensas, si la política del Gobierno respecto de Cuba será ó no cambiada materialmente por el abominable crimen que ha cometido una enorme locura.

W. R. HEARST. »

DEL SR. SAGASTA, DESDE AVILA, Á « EL LIBERAL »

« La muerte de Cánovas hubiera producido siempre duelo nacional; pero la muerte de Cánovas, Presidente del Consejo de Ministros, dada por un anarquista asesino, no sólo es causa de duelo nacional, sino motivo de eterna gratitud á su nombre y á sus hechos, por la sociedad amenazada. »

OTRO, AL MISMO PERIÓDICO, DESDE MÁLAGA,
DEL SR. SILVELA

« Héroe del deber, ha caído en el combate... por defender las leyes, instituciones y principios, superiores á todos los partidos. Sin duda alguna la primera palabra que en el Congreso se pronuncie, será para inscribir su nombre en la lápida que aguarda el de un mártir de la Patria, y que no puede recibir otro más digno. »

TELEGRAMA DEL PRÍNCIPE DE BISMARCK

« Deploro pérdida gran hombre de Estado, de quien admiraba el talento y el carácter. »

Muchos periódicos extranjeros publicaron además, y reprodujeron los de España, lo siguiente:

UNA FRASE DE BISMARCK

El famoso excanciller Bismarck es uno de los personajes que más expresivamente han

teleografiado su duelo á la ilustre viuda de Cánovas.

Dice en su despacho que nunca se inclinó ante nadie, pero lo hacia cuando en su presencia nombraban á Cánovas.

TELEGRAMA DE FOGGIA, PUEBLO NATAL
DE ANGIOLILLO

« Al Presidente del Consejo de Ministros de la nobilísima España: Ruego á V. E. exprese á ese Gobierno unánime sentimiento y profundo pesar de los habitantes de Foggia, los cuales, indignados, protestan execrable delito cometido por criminal Angiolillo, que la suerte hizo, por desgracia, naciera en este pueblo. »

MANIFESTACIÓN EN MONTEVIDEO

San Sebastián 16 (3,15 tarde).—Nuestro Ministro en Montevideo comunica que, al ser conocida allí la noticia del asesinato de Cánovas, los presidentes de las Sociedades españolas promovieron una imponente manifestación de 20.000 almas.

Audieron al acto, asociándose al duelo de los españoles, el Gobierno y las personalidades más notables de la República.

El doctor Suffer, presidente del Casino Español, pronunció un discurso de enérgica protesta.

La prensa de Montevideo hace suyo el dolor de España.—KELLER.

XII

MANIFESTACIONES DE PÉSAME

DE LAS REALES ACADEMIAS DE LA HISTORIA
Y DE BELLAS ARTES

I

La primera de dichas Reales Academias dirigió á la señora viuda de Cánovas la comunicación siguiente:

« Excelentísima señora doña Joaquina Osma y Zavala, viuda de Cánovas:

Excelentísima señora: Esta Real Academia, poseída á-la vez de un dolor profundo por la irreparable pérdida de su amado director, el Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo,

y del más vivo sentimiento de indignación por el alevoso atentado del que fué víctima el día 8 del corriente aquel eminente hombre público, en sesión extraordinaria celebrada en la noche de ayer acordó por unanimidad elevar á V. E. la expresión de la cordial premura con que se asocia á su inmensa pena por tan imprevisto infortunio. La Academia no olvidará nunca al hombre superior que, dirigiendo los destinos de su Patria desde el eminente puesto de Presidente del Consejo de Ministros, no desatendió ni los más insignificantes deberes de su cargo de director de este Cuerpo académico.

Tendrá siempre presentes sus relevantes dotes de historiador y de crítico profundo, su exquisito gusto en materia de artes y letras, la facilidad con que trataba las cuestiones de estética clásica como un helemo de los mejores tiempos, y recordará sobre todo que aquel literato con genio de artista era como hombre de Estado la más segura salvaguardia de los verdaderos amantes del orden, de la paz, del progreso intelectual y moral y de la prosperidad de su país.

Sirvan á V. E. de consuelo estas líneas, como expresión espontánea del afecto que profesaba la Real Academia de la Historia á su dignísimo director, y de su deseo sincero de que baje pronto la santa paz del cielo al atribulado corazón de V. E., calmando sus dolores.

Dios guarde la vida de V. E. muchos años.

Madrid 10 de Agosto de 1897.—El secretario perpetuo, PEDRO MADRAZO. »

* * *

También dirigió otra carta á D. Emilio Cánovas del Castillo, concebida en estos términos:

« Excmo. Sr. D. Emilio Cánovas del Castillo:

Muy señor mío y de toda mi consideración y (1) aprecio: La Real Academia de la Historia, dolorosamente afectada al tener conocimiento del bárbaro atentado cometido contra la persona de su amado director, el Excelentísimo Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, su señor hermano, me encarga que transmita

(1) D. E. Cánovas recibió otras muchas manifestaciones y telegramas de pésame, que se omiten en gracia de la brevedad.

á usted la expresión de su profundo sentimiento.

Esta Academia se enorgullecía de tener á su frente al varón eximio, que mientras prestaba los más grandes servicios como hombre de Estado á la España católica y monárquica, contribuía con su profunda crítica histórica y su luminosa dialéctica á mantener en la altura en que hoy se encuentra el nombre de este instituto literario.

La Providencia, en sus inescrutables desig-nios, dispuso que á la causa del orden en nuestro país le faltase su más firme apoyo, y que nuestro Cuerpo académico se viese privado del prestigio de tan autorizada dirección.

Usted ha perdido al hermano cariñoso, al consejero sabio y prudente, al más leal amigo; pero debe servirle de lenitivo en su honda pena el considerar que los grandes infortunios no son señales de fría indiferencia ó abandono de parte de la divina Providencia, y que así como ella sacará incólume de esta tremenda desgracia que hoy nos anonada al catolicismo y la Monarquía en España, tenderá Dios también su diestra poderosa al hermano atribulado para sacarle triunfante de la dolorosa prueba á que le tiene hoy sometido.

Toda la Academia por mi conducto ofrece á usted el testimonio de su verdadero dolor y de su sincero aprecio, y con tan triste motivo me repito suyo afectísimo q. s. m. b.—El secretario perpetuo, PEDRO DE MADRAZO. »

* * *

La propia Academia pasó igualmente al Gobierno la comunicación que sigue:

« Excelentísimo señor Ministro de la Guerra, Presidente interino del Consejo de Ministros:

Excmo. Señor: Esta Real Academia de la Historia, tristemente afectada por la noticia del bárbaro atentado de que fué víctima el día 8 del actual en Santa Agueda su ilustre y amado director, el Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, reunida en sesión extraordinaria en la noche del 9, acordó elevar al Gobierno de S. M., huérfano hoy de su dignísimo Presidente, la sentida expresión de su inmenso dolor por tan irreparable pérdida.

Era hoy aquel extraordinario hombre de Estado la más segura garantía de la defensa social y el más firme apoyo del Trono; y esta Real Academia se enorgullecía de tener á su

frente, al mismo tiempo que un crítico profundo en las materias de su instituto, un eminente estadista de dotes tan excepcionales.

Sírvase V. E. transmitir á los demás señores Ministros de la Corona, sus dignos compañeros, esta cordial manifestación de la Academia Española de la Historia.

Dios guarde á V. E. muchos años.

Madrid 10 de Agosto de 1897.—Por acuerdo de la Academia.—El secretario, PEDRO DE MADRAZO. »

II

Real Academia de Bellas Artes de San Fernando:

Excmo. Señor: Esta Real Academia, que se ha enterado con pena é indignación del criminal atentado de que ha sido víctima su hermano el Excmo. Sr. D. Antonio (q. e. p. d.), eminente político y digno individuo de esta Corporación, ha acordado enviar á V. E. su sentido pésame, expresión del duelo verdadero que la embarga por pérdida tan dolorosa é irreparable.

Dios guarde á V. E. muchos años.

Madrid 10 de Agosto de 1897.—El secretario general, SIMÓN AVALOS.

Excmo. Sr. D. Emilio Cánovas del Castillo.

III

La señora viuda de Cánovas recibió además el siguiente homenaje de la Junta patriótica de Nueva York:

«Excelentísima señora doña Joaquina de Osma, viuda Cánovas:

Muy señora nuestra: La Junta patriótica española, aunque organizada con el objeto exclusivo de contribuir al fomento de la Marina de guerra de España, no podía permanecer impassible é indiferente ante la inmensa desgracia que acaba de experimentar la Nación en la muerte del ilustre estadista D. Antonio Cánovas del Castillo.

De tal modo estaba identificada con la historia de la España moderna la noble y heroica figura del digno esposo de V. E., que todos los españoles aquí residentes, al tener noticia del infame atentado que ha puesto fin

á la preciosa vida del gran patriota, hemos experimentado la indignación y el dolor que nos causara un atentado contra la misma Patria.

Movidos, pues, por esos sentimientos, y sin inquirir las ideas políticas de sus miembros, puesto que aquí somos por encima de todo españoles, la Junta patriótica tomó la iniciativa y la representación de la colonia en disponer la celebración de solemnes honras fúnebres por el alma del ilustre finado, las cuales se verificaron el día 18 del corriente mes en la iglesia de San Vicente de Paul, de esta ciudad.

Como humilde recuerdo de ese acto rendido á la memoria de quien tanto hizo por España, la Junta patriótica tiene asimismo el honor de remitir á V. E., por separado, las cintas de las coronas depositadas sobre el túmulo durante aquella función religiosa, las cuales fueron remitidas por las personas y entidades que se expresan:

El excelentísimo señor Ministro de España en Washington, D. Juan M. Ceballos, agente en esta plaza de la Compañía Trasatlántica española; la «Associated Spanish et Cuban Press» (Asociación de periodistas españoles y cubanos); *Las Novedades*, de Nueva York, periódico español, y la Junta patriótica española.

Al reiterar, excelentísima señora, la expresión del profundo dolor con que los españoles residentes en esta Metrópoli lamentamos una pérdida tan sentida para V. E., para la Patria y para todos los españoles, elevamos votos al Todopoderoso por que conceda al espíritu de V. E. la resignación que ha menester para sobrellevar tamaña desventura, y para que permita á su alma gozar del consuelo que entraña el grandioso y conmovedor espectáculo que ofrece una Nación agradecida, al efectuar la apoteosis del hombre que con colosal esfuerzo supo conquistar para ella tantos días de gloria y ventura.

Sírvase aceptar, excelentísima señora, la expresión de nuestros sentimientos y de nuestro respeto.

Por la Junta patriótica española.—El presidente honorario, ARTURO CUYÁS.—El presidente, JOSÉ F. NAVARRO.—El vicepresidente, EMILIO M. CASTILLO.—El tesorero, CIRIACO VIADERO.—El secretario, EMILIO LÓPEZ.—El contador, JOSÉ PANDO. »

SECCION SEGUNDA

Honores fúnebres.

I

ENTIÉRRO DE CÁNOVAS (1)

Un Real decreto, fechado en San Sebastián el 9 de Agosto de 1897 y publicado en la *Gaceta* del 10, disponía lo que se transcribe á continuación :

REAL DECRETO

«Queriendo dar un insigne testimonio del profundo dolor que ha causado en mi Real ánimo y producirá en la Nación el fallecimien-

(1) La muerte del Sr. Cánovas fué objeto durante muchos días, no solo de general conversación y de artículos de periódicos políticos y literarios, sino de noticias más ó menos exactas de su juventud, familia á que pertenecía y casa en que nació en Málaga. En el artículo *Los primeros años de D. Antonio Cánovas del Castillo*, que sigue á la *Introducción*, y en varias notas puestas en la notable *Necrología* del Sr. Vignau y Ballester, que también figura á la cabeza de la obra, se rectifican algunos datos sobre los particulares expresados; mas entre las cosas, no muchas, olvidadas, se encuentra la partida de bautismo, que publicaron algunos periódicos, á la muerte de Cánovas, y no pareciendo que huelguen juntos el acta de defunción, y el de nacimiento, se inserta el último a continuación :

«En la ciudad de Málaga, en once de Febrero de mil ochocientos veinte y ocho: Yo D. José Lucena, Cura Teniente de esta Parroquia de los Stos. Mártires Ciriaco y Paula, bauticé á *Antonio, Emilio, Juan de Mata*, hijo legítimo de D. Antonio Cánovas, natural de la ciudad de Orihuela, y de D.^a Juana Castillo, natural y ambos vecinos de ésta: nieto paterno de otro D. Antonio Cánovas y de D.^a Isabel García, y materno de D. José Castillo y D.^a Juanita Estebanés: declaró dicho su padre no haber tenido otro hijo de este mismo nombre y aseguró que nació el día 8 del corriente. Padrinos D. Antonio Ferrán y D.^a María de la Concepción Herrera, su mujer, á los que advertí su obligación y parentesco: testigos D. José Solano y Fernández de León, de esta vecindad. Doy fé.—*José Lucena.*»

to del eminente hombre de Estado, Presidente de mi Consejo de Ministros, D. Antonio Cánovas del Castillo, muerto alevosamente en los momentos que más necesitaba la Patria de su grande inteligencia y relevantes dotes, y para significar asimismo el alto aprecio y consideración en que he tenido siempre sus servicios y lealtad, de acuerdo con Mi Consejo de Ministros;

En nombre de Mi Augusto Hijo el Rey don Alfonso XIII, y como Reina Regente del Reino,

Vengo en decretar lo siguiente :

Artículo 1.^o Se tributará al cadáver de D. Antonio Cánovas del Castillo los honores fúnebres que la Ordenanza señala para el Capitán general de Ejército que muere en plaza con mando en Jefe, celebrándose además en Madrid solemnes exequias el día que se fije.

A la conducción del cadáver y á las exequias concurrirán Mi Consejo de Ministros y Comisiones de todos los Cuerpos, así civiles como militares.

Art. 2.^o Por Mi Ministro de Gracia y Justicia se dirigirán Cartas Reales á los Muy Revdos. Arzobispos, Revdos. Obispos, Vicarios capitulares y jurisdicciones exentas, para que en todas las Iglesias, Catedrales, Colegiatas y Parroquias de sus diócesis respectivas hagan celebrar el correspondiente Oficio de difuntos.

Art. 3.^o Durante tres días, á comenzar desde el siguiente á la fecha de este Real decreto, vestirán luto riguroso las clases todas del Estado.

Dado en San Sebastián á nueve de Agosto de mil ochocientos noventa y siete.—*MARÍA CRISTINA.*—El Presidente interino del Consejo de Ministros,—*MARCELO DE AZCÁRRAGA.*»

CEREMONIAL

APROBADO POR LA REINA REGENTE DEL REINO, EN NOMBRE DE SU AUGUSTO HIJO EL REY (QUE DIOS GUARDE), POR REAL ORDEN DE ESTA FECHA, PARA LA TRASLACIÓN DEL CADÁVER DE DON ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO, PRESIDENTE QUE FUÉ DEL CONSEJO DE MINISTROS, DESDE SU DOMICILIO, EN EL PASEO DE LA CASTELLANA, AL CEMENTERIO DE LA SACRAMENTAL DE SAN ISIDRO; ACTO QUE SE VERIFICARÁ EL DÍA 12 DEL CORRIENTE Á LAS CUATRO DE LA TARDE.

1.º Por los respectivos Ministerios se invitará á todas las corporaciones, funcionarios y dependientes de los mismos, para que asistan á esta ceremonia, de uniforme ó con el traje correspondiente á sus respectivos cargos, debiendo hallarse á la citada hora en el referido domicilio.

2.º Asistirán todo el Clero parroquial, con mangas y estandartes, y las Sacramentales y Cofradías, con sus respectivas parroquias.

3.º A la llegada del cadáver al cementerio, se entonarán en él el responso y oficio de sepultura.

4.º En el acompañamiento del cadáver, fuera de los puestos designados á las personas y corporaciones que tienen una representación especial, la colocación de los demás que asistan, se verificará sin distinción de clases.

5.º Presidirá el duelo el Consejo de Ministros, con el Representante de S. M. la Reina, los Presidentes de los Cuerpos Colegiados, los Prelados y las personas que, en nombre de la familia del finado, concurren al acto.

6.º Para la debida colocación de los concurrentes, cada Ministerio y dependencia comisionará dos de sus empleados, que reconozcan á los de su ramo y les indiquen su puesto en la comitiva.

7.º El acompañamiento se dirigirá por el Paseo de la Castellana, el de Recoletos, Plaza de Madrid, calle de Alcalá, Puerta del Sol y calle Mayor á la Cuesta de la Vega, á cuya entrada tendrá lugar el desfile de las tropas que se hallen cubriendo la carrera, despidéndose allí el duelo y continuando el cadáver al cementerio con la guardia de honor de Alabarderos, la Artillería y el batallón de Infantería que preceden al Clero, y el regimiento de Caballería de escolta

8.º El orden de la comitiva será el siguiente:

a) Una sección de Guardia Civil de Caballería, que abrirá la marcha.

b) Cuatro piezas de Artillería montada.

c) Un batallón de Infantería.

d) Acogidos de los Establecimientos de Beneficencia.

e) Las Cofradías y Sacramentales con sus respectivas parroquias; la de la Concepción en lugar preferente, como parroquia del finado, con cruz alzada.

f) Carro fúnebre, llevando las cintas del féretro un Capitán General de Ejército, el Almirante ó un Vicealmirante de la Armada, un ex-Presidente del Consejo de Ministros, un Caballero del Toisón de Oro, un Vicepresidente del Senado, un Vicepresidente del Congreso, un Académico de la Historia y el Presidente del Ateneo.

g) Dos hileras de Alabarderos, á los costados del féretro.

h) Los porteros del Congreso, de la Presidencia del Consejo de Ministros y dos de cada uno de los restantes Ministerios y dependencias del Estado y los criados del difunto, irán á la inmediación del féretro con hachas encendidas.

i) Los concurrentes se colocarán por el orden que sigue:

Los que no tienen puesto especial designado.

Los Generales, Jefes y Oficiales del Ejército y Armada.

Ayuntamiento y Diputación provincial de esta capital, precediéndoles los que de otras poblaciones y provincias asistan en corporación.

Antoridades de la provincia.

Tribunal de la Rota.

Tribunal de las Ordenes y Diputaciones de las Ordenes Militares.

Tribunal de Cuentas.

Junta Consultiva de Guerra.

Consejo Supremo de Guerra y Marina.

Tribunal Supremo de Justicia.

Consejo de Estado.

Diputados á Cortes.

Senadores.

Capitanes Generales de Ejército y Almirante de la Armada.

La presidencia del duelo.

Cuerpo de Alabarderos y Escolta Real.

El regimiento de Caballería de escolta.

9.º Las tropas, en traje de gala, se hallarán tendidas en la carrera, con arreglo á Ordenanza, y seguirán al regimiento de Caballería de escolta, después que pase el acompañamiento.

10.º Detrás de las tropas irán los coches del finado y los del Gobierno, Corporaciones y particulares.

11.º Terminados en el cementerio los repuestos y oficio de sepultura, la recibirá el cadáver, haciéndose las salvas de Ordenanza.

Madrid 10 de Agosto de 1897.

AZCÁRRAGA.

II

RELACIÓN

tomada de «El Imparcial» correspondiente al sábado 14 de Agosto de 1897.

MANIFESTACIÓN SOLEMNE

La conducción del cadáver del Sr. Cánovas al cementerio de San Isidro ha dado lugar á una imponente y grandiosa manifestación de duelo que será recordada siempre por cuantos la presenciaron, y que significa no sólo el homenaje al muerto ilustre, sino la protesta social contra la barbarie anarquista.

La tarde fué espléndida y no tan calurosa como correspondía á los días caniculares que atravesamos.

En todo el largo trayecto, desde el final del paseo de la Castellana á la Cuesta de la Vega, había grande aglomeración de gente. En las vías centrales era imposible transitar y la Guardia civil de caballería y los guardias de orden público trabajaban sin descanso para dejar expedito el camino que debía recorrer el fúnebre cortejo. Los edificios públicos, los círculos y casinos y alguna casa particular, tenían en los balcones colgaduras de luto. Las banderas de los centros oficiales estaban izadas á media asta.

Desde las dos de la tarde el movimiento de carruajes era grande en todo Madrid. Desde los trenes solemnes de la Real casa, las embajadas, las Cámaras y los Ministerios, hasta los humildísimos coches de alquiler, puede decirse que todos los carruajes de Madrid se dirigían á la Huerta, ya conduciendo comisio-

nes enlutadas y funcionarios vestidos de respluciente uniforme, ya gente curiosa que deseaba buscar sitio cómodo para presenciar el paso del entierro.

En la Castellana, á las tres y media de la tarde, el espectáculo era brillantísimo. Iban acudiendo las tropas que iban á cubrir la línea; llegaban al trote los lucidos escuadrones de húsares; desfilaba, marcando el paso con arrogante marcialidad, al compás de tambor y pífanos, el zaguanete de alabarderos; corrían ordenando la colocación de tropas los generales y jefes seguidos de ayudantes, y en suma, la España oficial desplegaba sus esplendores para honrar la memoria del jefe del Gobierno fallecido.

En los árboles del paseo de la Castellana, según dijimos ayer, habían sido colocados grandes tarjetones en que se leían los nombres de las corporaciones, hermandades y centros, para que pudieran colocarse fácilmente en su puesto.

EN LA HUERTA

UNA MISA

Se celebró ayer á las diez de la mañana por el dominico fray Fernando Argüelles, á la que asistieron únicamente la señora de Cánovas, el Duque de Arión y los Sres. Morlesín (don Atanasio y D. Juan), quienes permanecieron la noche última velando el cadáver.

HONORES

Desde por la mañana, una batería colocada detrás de la calle de Diego de León, estuvo haciendo las salvas de ordenanza.

El zaguanete de alabarderos, que da guardia de honor al cadáver, se instaló durante la noche en la biblioteca.

DESCUBRIMIENTO DE LA CAJA

A la una del día se procedió á levantar la tapa del féretro, escena que presenció la ilustre viuda, acompañada de la señora de D. Guillermo Osma y de los Sres. Morlesín.

El cadáver apareció bajo el cristal velado por un paño; se hallaba en completo estado de descomposición.

EL MOMENTO SUPREMO

Va acercándose la hora señalada para la salida del fúnebre cortejo; á la Huerta han ido

llegando las personas más allegadas de la familia, figurando como únicas damas arrodilladas en la capilla ardiente, además de la viuda, que no se separa del cadáver, la señora de D. Emilio Cánovas, su hija y su hija política, la señora de Cánovas y Vallejo, y la señora de Osma (D. Guillermo); han penetrado ya en la sombría estancia todos los Ministros, de gran uniforme; los Presidentes de ambas Cámaras; el representante de S. M. la Reina, Duque de Sotomayor; el de S. A. la Infanta doña Isabel, D. Alonso Coello; el señor Arzobispo-Obispo de Madrid-Alcalá (1), y el Duque de Arión, que viste el uniforme de los macstrantes de Granada; los sobrinos del insigne estadista, su amigo íntimo el Sr. Rivera y los Sres. Morlesin y Osma se disponen a levantar en hombros el féretro para conducirlo hasta la carroza mortuoria que aguarda ante la verja del paseo de la Castellana; resuenan en el parque los acordes de la Marcha Real, y suena la hora solemne, el trágico momento en que los restos mortales del gran hombre de Estado han de abandonar para siempre aquella suntuosísima morada que durante diez años fué albergue delicioso de su dicha y apropiado marco de su genio.

Son contadas las personas que presenciaron el acto; en todas ellas produce una impresión inmensa; han desaparecido todas las coronas que rodeaban el féretro; una tan sólo, la de doña Joaquina Osma, de violetas de Palma, permanece allí para ser luego depositada en el carro fúnebre; alzan el féretro los señores Cánovas (D. Antonio, D. José, D. Máximo y D. Jesús), los Sres. Morlesin, Rivera, Osma y Martínez Marín, y descienden por la suntuosa escalinata, seguidos de las personas que presiden el duelo.

LA COMITIVA

A las cuatro y cuarto se puso en movimiento el fúnebre cortejo en el siguiente orden:

Dos arzones de artillería con coronas.

Seis *landaux* con coronas.

Las hermandades de las respectivas iglesias con sus estandartes.

Mangas y ciriales de todas las parroquias de la corte.

(1) Al hermano único del finado, autor de este libro, presente también, le hicieron retirar de allí atendida su estremada aflicción.

Clero de todas las parroquias y el de la Concepción con cantores.

Asilados de San Bernardino y del Hospicio con hachas encendidas.

Guardas del Parque de Madrid y de la Moncloa.

Gran carroza-estufa, de ébano, con grandes plumeros, y arrastrada por ocho caballos empenachados de negro y con gualdrapas de terciopelo bordado, que conducía el cadáver.

Junto á la carroza iban los porteros del Senado, Congreso, Presidencia del Consejo, Ministerios, Academias de la Lengua, de la Historia, de la de Bellas Artes de San Fernando y de Ciencias Morales y Políticas con hachas encendidas y varios individuos de la servidumbre de los señores de Cánovas.

Daban guardia de honor seis alabarderos.

Detrás iba el duelo: primero el general, compuesto de las Comisiones llegadas de provincias, entre ellas las de las Diputaciones de Málaga y Murcia, bajo mazas; la Asociación de la Cruz Roja y la de Militares veteranos; después, los Generales, jefes y oficiales del Ejército; la Diputación de Madrid bajo mazas y el Ayuntamiento en la misma forma; empleados de la Presidencia y de todos los Ministerios, vistiendo unos de frac y otros de uniforme; los Tribunales de la Rota, Ordenes y Diputaciones militares; religiosos de las Ordenes de Filipinas, agustinos, dominicos, franciscanos y recoletos; el Tribunal de Cuentas; el Consejo Supremo de Guerra y Marina; la Junta Consultiva de Guerra; el Tribunal Supremo; el Consejo de Estado; los Senadores y Diputados á Cortes, unos de frac y otros de uniforme; el Cuerpo diplomático extranjero, precedido de los altos funcionarios del Ministerio de Estado y la presidencia del duelo.

Seguían el Real Cuerpo de alabarderos, formado en columna de honor y con la música á la cabeza tocando marchas fúnebres; la escolta real, en traje de gala; el coche oficial y el particular del Sr. Cánovas, ambos enlutados y con los faros encendidos; tres carrozas de la Real casa, precedidas de un correo de gabinete; los regimientos de husares de la Princesa y de Pavía; carrozas de gala del Congreso, del Senado, de la Diputación y del Ayuntamiento en número de catorce; los coches de los Ministros, y después un número incalculable de carruajes.

LA PRESIDENCIA

La presidencia del duelo formaban los señores Azcárraga, como Presidente del Consejo de Ministros; todos los demás Ministros, excepto el Duque de Tetuán, que se hallaba de jornada; los Sres. Elduayen y Pidal, Presidentes, respectivamente, del Senado y Congreso; el Duque de Sotomayor, en representación de S. M. la Reina; el Arzobispo-Obispo de Madrid-Alcalá; el Obispo de Sión; el Sr. Sagasta, y por la familia, el Duque de Arión y los sobrinos del finado antes citados.

El Sr. Sagasta vestía de levita; los demás de uniforme ó frac.

LA CONCURRENCIA

Tarea imposible es la de citar los nombres de cuantas personas han tomado parte en esta manifestación de duelo. Todos los que tienen representación oficial, todos los funcionarios públicos, todos los que, militando en opuestos partidos—hasta en el republicano,—tienen una personalidad saliente, han asistido al entierro.

Se calcula que habrán concurrido unas diez mil personas.

Citaremos, pues, únicamente los que hemos podido retener en la memoria, y esta lista, forzosamente incompleta, acaso contenga repetidos algunos nombres, que por su cargo oficial figuran en otra sección.

He aquí los que recordamos:

Duques de Santa Lucía, Almenara Alta, Vista Hermosa, Ahumada, Ciudad Real, de la Torre, Sessa, Denia, Valencia y Medina de Rioseco.

Marqueses de Aranda, Argelita, Barzanallana, Benzú, Bozraya, Camarines, Canales de Chozas, Castañón Honda, Caracena, Corvera, Elduayen, Figueroa, Flores Dávila, Fuentefiel, Goicoerrotea, Viana, de la Merced, Altavilla, Viesca de la Sierra, Santa Ana, Hermida, Pidal, Villaviciosa, Ivanrey, Ibarra, Larios, Quintanar, Pozo Rubio, Tovar, Torneros, Távora, Vallecillo, Villa Real del Taio, Garantía, Alboloduy, Camno-Sagrado, Cusano, de la Granja, Zafra y Valdeiglesias.

Condes de Pallarés, Montarco, Renazar, Romanones, Romera, Toreno, Paredes de Nava, Vilana, Atarés, Belascoáin, Bernar, Campillos, Cerragería, Corzana, Malladas, Moral

de Calatrava, Pefialver, Sallent, San Luis, Sepúlveda, Tilly, Torre-Arias, Valdeinfantas, Casa-Miranda, Fontao, Villar, Agrela y Vilches; vizcondes de los Asilos y Campo-Grande, barón del Solar de Espinosa.

Generales del ejército y de la Armada, señores Borbón, Gamir, Topete, Cubas, Castro y López, Arderius, March, Martínez de Espinosa, Moñio, Gutiérrez Cámara, Bosch, López Pinto, Rodríguez de Rivera, Sánchez Campomanes, Muñoz Vargas, Bascaran, Andrade, Cortés, Orozco, Sarra's, Verdes Montenegro, García Peña, Villar (D. César), Palacio, Hidalgo, Terry, Warleta, Butler y Lazaga.

Los consejeros togados del Supremo de Guerra y Marina, Sres. Herrera, Donoso de la Campa y Tello; los consejeros de Estado señores Danvila (que ha ido presidiendo aquel Cuerpo por enfermedad del Sr. Fabié), Rodríguez (D. Tiburcio), Hernández Iglesias, Cisneros, Alcántara, Guerola, Nido y Segalerva; los Ministros del Tribunal de lo Contencioso-administrativo Sres. García Gómez de la Serna, Valverde, Martínez (D. Cándido), Riaño y López (D. Cayo); el Presidente del Tribunal de Cuentas, Sr. D. Rafael Cabezas; los Ministros del mismo, Sres. Gutiérrez de la Vega, Ca'lina, Botella, González de la Peña, Canido y el fiscal Sr. Alvear.

Señores Valera, Querol, Iturralde, Agrela (D. Mariano), Ruiz de Arana, Mirasol, Baüer (D. Gustavo), Aguilera, Albarrán, Alonso Martínez (D. L.), Alonso Pesquera, Alvarado, Andrade, Angulo y Prados, Aullón, Aznar, Badín, Balbás, Barroeta, Bergamín, Borés y Romero, Botella (D. C.), Buzallal, Burgos (D. Manuel), Burell, Bustillo, Campos Palacios, Canido, Carvaial y Domínguez, Castell, Castro Gavaldá, Cea, La Cierva, Cobián, Coll y Puiol, Concha Alcalá, Cornet, Corrales, Crespo Quintana, Dato, Dávila, Delgado (don Eleuterio), director de la Arrendataria de Tabacos; Díaz Castañate, Díaz Caneja, Díaz Cordobés, Disdier, Elías de Molins, Fatehan y Fernández del Pozo, Fernández Arias, Fernández Daza, Fernández de Henestrosa, Viesca F., Pérez de Soto, Frau, Fuente y Álvarez Cedrún, Gadea, Galván, Gallego, García Comisión, García Gómez, Rendueles, García San Miguel, Gasset (D. Rafael), Gaxarre, Gil Bergea, Gil de Reboleño, Goicoerrotea, Gómez Robledo, González Fgea, González López, González Fiori, González Rothwos, Govantes.

Gurrea, Hermida, Ibarra (D. T.), Isern, Ugarte, Abarzuza, Albarrán, Angulo, Vizconde de los Asilos, Romero Robledo, Bosch y Fusteguerras, Bushel, Concha Castañeda, Cortejarena, Ferreras, García Ramos, González, Cané, Ibarra (D. Eduardo), López Martínez, Maluquer, Martínez del Campo, Moltó, Moya (D. Miguel), Palou y Flores, Martitegui, Orozco, Luceño, Burgos (D. Javier), Perrin, Palacios, Vela, Vega (don Ricardo), Alvarez Marifo, Alvarez Pasarón, Espeliú, Jiménez (D. Julio), Sepúlveda (don Enrique), Rancés, Morote, Lombardero, Arambilet, Fernández Brañas, Canals, Gómez de Baquero (D. Eduardo), F. Villegas, Fernández Shaw, Briones, Febrer, Pérez Magnin, Jiménez, Ramírez, Lázaro, Linares Astray, Luque, Madariaga, Mellado, Marín y Luis, Martín de Oliva, Martínez de la Riva, Molleda, Montilla, Món, Muro y Carratalá, Navarro Ramírez, Michel y Osma, Novo y Colson, Ochando, Osma, Pérez Aloe, Poggio, Puich, Pulido, Quintana, Rabola, Rivas, Roland, Sánchez Dalp, Sanz Albornoz, Sau Sevilla, Serrano Alcázar, Silvela (D. Francisco), Suárez de Figueroa (D. Adolfo), Suárez Inclán, Terry, Vázquez de Parga y Pedregal, Prida (D. Francisco), Téllez Girón, Flaquer, García López, Tello (D. Joaquín), Cossío, Lapoulide, Reza Barrado, Gálvez, Iturralde, Guerra y Alarcón, Zamora Caballero, Pero (D. Pedro), Montesinos, Martos (D. Facundo y D. Cristino), Yáñez, López (D. Tiberio), De Blas, Corcuera, Villanueva, Ducazcal, Mathet, Mateos, López Balboa, Guevara, Clot, López Dávila, Riesco, Tejerina, Eslava, Masip, Urbano, Vidal y Llimona, Campa, Rodríguez (don Sergio), Ruiz Márquez, Peña Costalago y Díaz Valero, Martos (D. Jacinto y D. Cristino), Rodríguez Escalera, Marqués, Beltrán, Pol, Cobian, Arrillaga, Gonsálvez, Vaamonde, Retortillo, Ibarrola, Flores Calderón, Sánchez Ocaña, Calleja, Lastra, Mencheta, Cavanella, La Roca, Dóriga, Cruz (D. Francisco), Berro, Díaz Cañabate, Asensio, Cocagne, Moragas, Salaya, Arifo, Novella, Concha Alcalde, Tovar, Gil, Mínguez (D. Adrián), Cos-Gayón (don Manuel, Santiago, Cuartero, Pita (D. Federico), Cortazar, Bombín, Lacasa, Dávila, Acín, Molina, Díaz Cobeña, Villademoros, Commelerán, Barrios, Machero, Corrales, Sabater, González (D. Juan Bautista), Ruano, Refina, Arbós, Fernández y González, Velázquez, La-

rrinúa (D. Pedro), Campos, Sarthou, Antón, Amaral, Conde de Serra, Embajador de Rusia, Marqués de Peñafiel y Vaudevalle.

CENTROS OFICIALES Y COMISIONES

Entre otras Comisiones de provincias, recordamos las siguientes:

Zaragoza.—D. Rafael Pamplona, Alcalde; D. Francisco Gracia y D. Santiago Lorda, Concejales; los maceros de la invicta villa, el Presidente de la Diputación Provincial, Sr. Ojeda, y los Sres. Castellón, Vara y Ojeda.

Guadalajara.—D. Fernando Guici, D. Victoriano Ciruelos, D. Felipe Samparero, en representación de los conservadores de la provincia; el Alcalde de Guadalajara, Sr. Vades; los Tenientes de Alcalde Sres. Ruiz y García Monterones, y los Concejales Sres. Carrasco y Medranda.

Segovia.—El Alcalde, Sr. Sáez Romero, y varios Concejales, presidiendo esta Comisión el jefe del partido conservador de la provincia y el Diputado electo Sr. Pedrazuela.

Albacete.—El Presidente de la Diputación Provincial, D. Francisco Gómez Ruiz; el Secretario, Sr. Archilla y López, y los Diputados Sres. García Más y Paredes; el Alcalde accidental, D. Francisco Onsurbe Manteca, y el Concejel D. Ramón Garrido.

Barcelona.—Los Tenientes de Alcalde señores D. Diego de la Llave y D. Federico Travé y el Concejel D. Ramón Martínez.

Habana.—El Diputado Sr. González López, en representación de aquel Ayuntamiento y del de Regla.

Málaga.—El Alcalde, Sr. Solier, varios Concejales y el Diputado D. Leopoldo Larios.

Valladolid.—El Alcalde, D. Mariano G. Lorenzo y el Marqués de Alonso Pesquera.

Tarrasa.—El Alcalde, Sr. Ventalló, que ha sido portador de una magnífica corona de metal, en nombre de los Comités conservadores de aquel distrito.

Murcia.—D. Juan Aguilar y los Sres. Illán Sánchez, Pérez Marín, Balboa, Brugaolas y Dairí.

Lorca.—El Alcalde Sr. Maulía.

Cieza.—El Alcalde, Sr. Marín, y los Concejales Sres. Jaén, Pérez y Capdevila.

Palencia.—Estuvo representada por el Diputado de la provincia, D. Cristóbal Botella, en virtud de telegrama del Presidente del Mu-

nicipio de la capital, D. Severiano Guigelmo.

Granada.—Ha estado representada por los Diputados á Cortes Conde de Benalúa, Martos de la Fuente y Senador Marqués de Hermita.

Los Diputados provinciales de Granada también han enviado una primorosa corona de flores naturales.

Toledo.—El primer Teniente Alcalde, don Teodoro San Román, y D. Francisco S. Maeso, D. Ciriaco Morcuende, D. Rafael L. Victoria, D. Pedro Gil, D. Juan P. Monge y don Emilio Hernández.

Representaron á la Diputación de Toledo los Sres. D. Pablo Jiménez Cano, Presidente; D. Julián M. Montalvo, D. Claudio Ramírez, D. Casimiro Oliva y D. José S. Morate.

Por el Ateneo de Madrid fueron numerosos socios, la Junta directiva y los profesores señores Besses, Avancini y Hurtevisé.

Por la Escuela de Música y Declamación todos los profesores, bajo la presidencia del señor Monasterio.

La Junta directiva de la Asociación de la Prensa, compuesta de los Sres. Moya, Rancés, Marqués de Valdeizlesias, Gallego (don Tesifonte), Soldevilla, Martínez Soto, Francos Rodríguez, Perpen y Bocherini.

El Ayuntamiento de la corte iba en masa, presidiendo el Alcalde, Sr. Sánchez de Toca, y después la Diputación con el Marqués de Bogaraya.

Detrás marchaba el personal del Ministerio de Hacienda, con el Marqués de Mochales; el de Fomento, con los directores generales señores Quiroga Vázquez y Conde y Luque; el de Gracia y Justicia, con los jefes de sus secciones; el de Ultramar, con los Directores generales, y el de Gobernación, con el Marqués de Vadillo.

Del Ministerio de Estado iban el Subsecretario, señor Marqués de Amposta, y los señores Palacio (D. Manuel), Salazar, Caner, Valdés, Queipo del Llano y Antón.

Universidad, Sr. Fernández y González.

Instituto, Sr. Commelerán.

Academia de Medicina, Sres. Pamo, Cervera, Olmedilla y Fernández Caro.

Milicianos nacionales, Sres. Puch, Alderete y Arribas.

Asamblea Central de la Cruz Roja, presidida por el General Sáenz.

Económica Matritense, doctor Moragas.

Consejo de Instrucción pública, Sres. Larroca, Pirera y Saavedra.

Las redacciones de los periódicos *El Nacional*, *La Epoca*, *El Estandarte*, *El Tiempo*, *La Correspondencia Militar*, presididas por sus respectivos directores, y numerosa representación de los restantes periódicos de Madrid.

Academia Española, Sres. Silveira, Saavedra, Tamayo, Liniers y Valera.

Personal del Banco de España, con el Director, Sr. Barzanallana.

Círculo liberal, Sr. Aguilera.

Tribunal de la Rota.

Consejo de Estado, con los ya citados.

Personal de la Presidencia del Consejo.

En representación del Colegio de Médicos de Madrid, los doctores Grinda, Pando y Valle, Rupilanchas y Megía.

Representando al Tribunal Supremo de Justicia, que iba con su personal, han asistido su Presidente interino, Sr. D. Eduardo Martínez del Campo, y los Magistrados de aquel Cuerpo Sres. Viada, Lassu, Roldán, Solís, Rodríguez, Barnuevo, y el Ministerio fiscal, representado por el Abogado fiscal señor Landeira.

La Audiencia territorial iba con igual aparato, y formaban su comisión el presidente interino, Sr. D. Ricardo Molina; el de la Audiencia provincial, Sr. D. Antonio Izquierdo; el fiscal Sr. D. Joaquín Martón, los magistrados Sres. López Aranda, Peña Costalago, Loaysa, Sanz y Chicoy y algunos abogados fiscales y fiscales sustitutos.

Los jueces de instrucción de Madrid, presididos por su decano, Sr. Carlos y Alix, señores Ruiz Hita, Rodríguez Valdés, Valle y Llano, Gullón, Ruiz y Andrés y Ponce de León.

Todos los Jueces municipales, propietarios y suplentes, Sres. Dessy y Martos, Campos, Rodríguez del Rey, Cañabate, Aguilera y Arresse, Alberni, Usera, Alvarez de Estrada, Sales, Martínez Jiménez, Moreno Nieto y otros.

Los Fiscales municipales Sres. Rodríguez Escacena, Serrano Carmona, Benad y varios más.

La Comisión de escribanos de los Juzgados de primera instancia, compuesta por los señores García del Rivero, Camacha é Insausti.

Una Comisión del Banco Hipotecario de España, compuesta del Gobernador, D. Juan de la Concha Castañeda; del subgobernador, don

León Cocaque; del Consejero, señor Marqués de la Vtesca de la Sierra, y del Sr. D. Luis Fernández Heredia, censor.

La Junta de obras del puerto de Málaga estuvo representada por los Diputados de aquella capital y por D. Guillermo Pozzi.

También asistieron nutridas y valiosas representaciones de los pueblos y Ayuntamientos de Cehegin, Mazarrón, Totana, Aguilas, Librilla, Yecla, Jumilla, Moratalla, Bulla, Bomiell, Archena, Cartagena, La Unión, Alhama, Meca, Villanueva, Abanilla, Ricote, Caravaca, Calasparra, San Javier, Pinatar, Abarán, Blanca, Molina y Alguaba, compuestas de sus Alcaldes y de varios Concejales.

Entre las Comisiones procedentes de provincias que asistieron ayer al entierro del señor Cánovas del Castillo figuraba la del Ayuntamiento de Linares, formada por los señores D. Diego Nartona, Alcalde; los Concejales D. Francisco Murcia y D. Manuel Martínez y el Secretario D. Diego Gómez.

LOS MACEROS

Han llamado la atención de cuantos presenciaron el entierro los brillantes trajes de los maceros de algunos Ayuntamientos de provincia.

Los de Zaragoza visten amplísimas capas de damasco carmesí, y cubren la cabeza con rizadas pelucas y elegantes birretos con blancas plumas; llevaban las mazas cubiertas con fundas de raso negro, en señal de duelo.

Los de Murcia, que eran cinco, vestían elegantísimos trajes de raso negro, y recordaban algo á los personajes de la corte de los Reyes Católicos.

Otros vestían riquísimas dalmáticas primorosamente bordadas en sedas y oro sobre fondo de terciopelo carmesí.

LAS CORONAS

Iban en dos arzones de artillería y en varios carruajes, y ofrecían un aspecto pintoresco y brillante con la multitud de cintas pendientes á ambos lados, de cuyo negro fondo se destacaban en letras de oro entusiastas dedicatorias.

La del Fomento Nacional de Barcelona, que, como dijimos ayer, es de hierro fundido, y de una magnificencia y un gusto que hacen honor

á la industria catalana, iba sola sobre una plataforma forrada de paños negros.

Imposible sería citarlas todas, pues pasan de 500.

EN LA CALLE DE ALCALÁ

Al llegar la fúnebre comitiva á la Cibele, la Plaza de Madrid ofrece animado aspecto.

Todos sus alrededores están llenos de gente que se descubre al pasar el cadáver.

Al empezar á subir la calle de Alcalá el carro fúnebre, baten Marcha Real las músicas, é inclinándose las enlutadas banderas, presentan armas los soldados.

Frente á la iglesia de San José, cuyas campanas doblan, se canta un responso.

La Presidencia del Consejo de Ministros tiene su puerta y balcones completamente cerrados.

En ninguna parte se refleja el duelo producido por la muerte del ilustre estadista como en su residencia oficial.

Los balcones y ventanas de todos los círculos y dependencias del Estado, situadas en la calle de Alcalá, están completamente cuajadas de público.

EN LA PUERTA DEL SOL

A las cinco y diez minutos desembocaban los batidores que abrían la marcha al fúnebre cortejo en la Puerta del Sol.

La aglomeración de gente era tanta en las dos esquinas de la calle de Alcalá, que los que querían avanzar para buscar mayores anchuras se veían comprimidos por una impenetrable barrera de carne humana.

El café Universal tuvo que cerrar las puertas para evitar que la avalancha lo arrastrara todo; pero en las ventanas que quedaban abiertas se veían sobre sillas y mesas verdaderos racimos de señoras y de niños.

Los que lograban, no sin trabajo y á fuerza de empujones, salvar la peligrosa angostura, se encontraban en terreno más amplio y despejado.

La doble fila de tropa de infantería que abría paso á la comitiva se veía de tal modo empujada por la muchedumbre, que los soldados tenían que hacerse fuertes para no ser arrollados.

Pero en cambio, en el espacio que quedaba

entre éstos y la acera, se podía circular con relativa comodidad.

Sólo en la esquina de la calle de Carretas y en la entrada de la calle Mayor las apreturas eran tan molestas y peligrosas como las de la calle de Alcalá.

Pero el aspecto que presentaba la Puerta del Sol era verdaderamente grandioso.

Los balcones, muchos de ellos engalanados con colgaduras negras, estaban llenos por completo, y á pesar de caer á aquella hora un sol de justicia, las señoras sufrían en su puesto sin moverse el sofocante calor.

El paso de la comitiva por la Puerta del Sol duró más de dos horas, debido por una parte á lo largo del cortejo, y de otra á haber tenido éste algunos compases de espera de tiempo en tiempo.

A pesar de ello, la multitud no daba muestra alguna de impaciencia, y ni un grito ni una voz turbó durante el largo espacio el respetuoso silencio, que sólo interrumpían los majestuosos ecos de la Marcha Real con que habían roto las músicas militares desde la aparición del cortejo.

EN LA CALLE MAYOR

Desde la Puerta del Sol hasta la Cuesta de la Vega no ha ocurrido ningún incidente.

La calle Mayor ofrecía á todo lo largo un efecto hermoso. Las filas de soldados y la formada por el público; la comitiva ocupando el centro de la calle; los balcones, terrazas y tejados rebozando gente; todo ello, y el contraste de los trajes oscuros y claros de los que ocupaban los huecos de las casas, formaban un cuadro del cual es difícil formarse idea sin haberlo presenciado.

El Círculo liberal estaba severamente colgado de negro, y desde sus balcones se ha hecho al cadáver, á su paso por este sitio, una silenciosa y respetuosísima manifestación de duelo.

Desde el Ayuntamiento arrojaron sobre el féretro lluvia de hojas de laurel.

La calle Mayor tenía su pavimento cubierto de estas hojas y de flores.

EN EL CEMENTERIO

A las ocho de la noche llegaba al cementerio la comitiva, y era verdaderamente solemne y

grandioso el efecto del cuadro que entonces se ofreció á la vista de los que formaban el cortejo.

Desde la escalinata de la ermita de San Isidro, cuyo interior se hallaba iluminado por los bandidones que rodeaban el féretro, se divisaban, cual móviles estrellas, las luces de ininidad de carruajes que apresuraban la marcha, para llegar á tiempo de que sus dueños pudiesen presenciar los últimos actos de la imponente ceremonia; muy cerca de la ermita se oían con estruendo, y á muy cortos intervalos, las salvas de artillería, y dentro, ante la imagen del Santo Labrador, y contrastando con las sencillas paredes desnudas, los bordados uniformes de los altos personajes, que acudían á rendir el último tributo de respeto y admiración al eminente hombre público.

Cesaron los religiosos cantos y volvió á ponerse en marcha la comitiva, dirigiéndose al patio de la Concepción, donde se hallaba el panteón de la ilustre familia de los marqueses de la Puente y Sotomayor.

Antes de que se comenzara á cerrar el nicho, el señor Arzobispo-Obispo de Madrid-Alcalá rezó un responso por el alma del Sr. Cánovas, y momentos después—eran ya las ocho y media de la noche—todos los asistentes desfilaron por delante de la presidencia del duelo.

LAS CINTAS DEL FÉRETRO

Llevaban las cintas del lado derecho el señor Rada y Delgado, en representación de las Academias; el Sr. García Alix, como Vicepresidente del Congreso; el Sr. Romero Robledo, como exministro conservador más antiguo, y el general Martínez Campos, en calidad de ex-Presidente del Consejo de Ministros y representando á los caballeros del Toisón.

Las cintas del lado izquierdo las llevaban el catedrático de la Universidad Central, D. Manuel Antón, como vicepresidente del Ateneo; el Duque de Sexto, como Vicepresidente del Senado; el general López Domínguez, en representación de los capitanes generales de ejército, y el almirante Chacón, representando á la Marina de guerra española.

EL DESFILE

El único sitio que aparecía despejado en la carrera era el espacio que media á mano dere-

cha, conforme se baja hacia la Cuesta de la Vega, entre las calles del Factor y de Bailén, merced á no pocos esfuerzos y paciencia de los delegados de la autoridad gubernativa, señores Valverde y Chinchilla y de algunos funcionarios de la policía judicial.

A cosa de las cinco y media, precedida de cinco carruajes materialmente atestados de coronas, á los que seguían estrechamente agrupados los estandartes de numerosas cofradías, las mangas de todas las parroquias y gran golpe de clero secular y regular, llegó la carroza mortuoria y se colocó inadvertidamente frente y muy próxima á la puerta de la embajada de Italia, que tenía cerradas sus dos hojas, y á media asta, cayendo sus paños sobre la marquesina que protege la entrada, la bandera que ostenta en el centro la cruz blanca de Saboya.

Entonces del grupo que en la acera de enfrente esperaba á pie firme, aguantando los rigores del sol de Agosto, el paso de la fúnebre comitiva, se destacó el Vizconde de Irueste, el cual dispuso que avanzara el carruaje que conducía el cadáver hasta colocarse á la embocadura de la calle de la Almudena.

Fueron llegando sucesivamente las comisiones y representaciones de las corporaciones oficiales de Madrid y provincias, ocupando el espacio que había dejado vacío la previsión de los agentes arriba mencionados.

Próximo á la carroza se situó el capitán general con su escolta, y enfrente la presidencia del duelo.

Y comenzó el desfile en columna de honor.

Pasaron primero el Cuerpo de alabarderos, y la escolta real y los húsares, con los clarines á la sordina.

Y tras no breve espacio, durante el que sufrió algunas interrupciones el buen orden de la manifestación, á despecho de las órdenes que recibía de los Sres. Azcárraga y Navarro Reverter, y transmitía personalmente, sin gran éxito, el señor Conde de Peña-Ramiro, llegaron y desfilaron á los acordes de las bandas las fuerzas que habían formado la carrera.

A cosa de las siete se retiró del duelo el señor Sagasta para dirigirse á la estación y salir para Avila.

Con él abandonaron la comitiva muchos de los conspicuos del partido liberal que constituyen el estado mayor del jefe.

A las siete y media terminó el desfile, y el coche mortuorio, seguido de infinidad de carruajes, tomó la dirección del cementerio.

El desfile se verificó frente á la Capitanía general.

Las tropas desfilaron en columna de honor, por secciones, saludando los generales, jefes y oficiales y las banderas al féretro cuando pasaban delante de él.

El orden de desfile era el mismo de formación:

Primera división.—General Echagüe.

Primera brigada: general Campos Ordovas. Segundos batallones de los regimientos de San Fernando y Zaragoza. Segundo regimiento de zapadores-minadores y batallón de ferrocarriles.

Segunda brigada: general Viso. Segundos batallones de los regimientos de Cuenca, Asturias, León y Covadonga.

Tercera brigada: general Pareja. Segundos batallones de los regimientos de Canarias y Wad-Rás y batallones de cazadores de Ciudad Rodrigo y Manila.

Segunda división.—General López Cerdón.

Brigada de artillería.—General Salas: dos baterías del regimiento ligero y los 10.º y 14.º montados.

Brigada de caballería.—General Ezpeleta: regimientos de dragones de Lusitania, húsares de Pavía y cazadores de María Cristina.

El aspecto de los 12 batallones de infantería, dos y medio regimientos de artillería y tres ídem de caballería era imponente.

La marcialidad de nuestros soldados apareció una vez más, rindiendo el último tributo á quien tanto hizo por el poder militar de España.

Terminado el desfile, regresaron las tropas á sus cuarteles por el camino más corto, continuando con el féretro hasta la sacramental escolta de honor, compuesta, como ya se ha dicho, del batallón de Saboya, regimiento de húsares de la Princesa y cuatro piezas de artillería.

AL OSCURECE

Era el momento en que las tropas regresaban por la Puerta del Sol, y ésta presentaba un aspecto de animación y movimiento singulares.

Venían parte de la fuerza de artillería por

la calle de Preciados ; otras baterías por la del Arenal ; pasaba la infantería batiendo marcha, y en medio del bizarro desfile iban y venían cientos de carruajes, carros y jinetes. Millares de transeuntes de á pie llenaban las amplias aceras, y de conjunto tal surgía un ruido ensordecedor. No hubo el menor incidente desagradable.

* *

Acerca del solemne entierro que, tomado de *El Imparcial*, se acaba de referir, escribió *El Liberal*, al día siguiente, lo que sigue :

El duelo de ayer.

« El entierro del Sr. Cánovas del Castillo ha sido una imponente manifestación de duelo, una protesta vivísima del espíritu del país entero contra el crimen que ha arrebatado la vida á quien la consagró á su Patria.

En el cortejo fúnebre iba todo el Madrid intelectual, todas las representaciones de la España oficial, toda la personificación de los grandes elementos sociales, tales como el ejército, la marina, la Iglesia, el Parlamento...

La capital de la Nación en las calles, en los balcones de la carrera, hasta en las proximidades del cementerio, se ha asociado á la imponente ceremonia, muestra de dolor. Y durante toda la tarde de ayer Madrid ha presenciado uno de los más grandiosos entierros que recuerda la historia de la España constitucional. Con razón se ha recordado el entierro del general Prim. Ahora, como entonces, la emoción producida por el atentado ha sido inmensa, universal.

Cuando se aproximaba el cortejo al lugar del desfile, la calle Mayor estaba sembrada de flores y perfumaban el aire las fragancias del laurel. Tan bello y delicado tributo al muerto ilustra prueba cómo nuestro pueblo se une en una sola alma para honrar y glorificar á sus grandes hombres.

El magnífico espectáculo, iluminado por la espléndida luz de una tarde hermosa de verano, quedará grabado en la mente de cuantos lo presenciaron, enseñándoles como el culto á los muertos es una de las grandes virtudes de los pueblos.

Por eso la energía de esta nuestra amada España no se extingue ni se extinguirá, que cuando así sabe sobreponerse á sus desgracias y hacer de ellas una consagración de su dolor, se fortifica y conforta para hacer frente á todas las dificultades, continuando la vida, prosiguiendo con patriotismo verdadero en la solución de sus males.

La negra fortuna podrá afligir al país ; pero no le abate, y la Nación, al manifestarse vencida y fuerte, prueba la fe en su derecho y en sus destinos. »

* *

Por su parte *La Correspondencia de España*, en su número del día 14, escribió el sentido artículo que á continuación se transcribe :

¡ Descanse en paz !

« Si fué solemne y grandiosa la manifestación de luto que Madrid y las representaciones de toda España hicieron á la memoria de D. Antonio Cánovas del Castillo, cuando sus restos mortales eran conducidos por las calles de la corte, cubiertas de laurel, al son de la Marcha Real y entre un pueblo que sólo tenía frases de dolor ó de piedad afectuosa, el acto del entierro revistió caracteres de majestad poética y de grandeza conmovedora.

Había cerrado ya la noche ; el féretro, llevado á hombros por personas queridas, avanzaba entre las calles de sepulcros á la luz de los blandones ; el clero cantaba aquellas hermosas plegarias, en que delante de la muerte se habla del Dios de la vida, y sobre las densas tinieblas de la tumba hacen irradiar las esperanzas de la resurrección y de la eterna gloria. Iluminaba la luna por entre los cipreses los panteones de tantos que fueron nuestros amigos ; nuestros hermanos, los hombres que brillaron en el mundo y las mujeres que nos prendaron con su belleza ó con sus virtudes ; en aquellas regiones del sueño de la muerte seguían al ataúd algunos centenares de personas, cuyos semblantes y figuras apenas se veían ; pero que allá en las sombras, donde el dolor no necesita pudores, lloraban con gran desconsuelo, y allá en lontananza millares y millares de luces, que cabrilleaban como los astros en el mar, nos descubrían la gran ciudad, aquel Madrid, á donde llegó desvalido y desesperado nuestro llorado amigo, y sobre la cual fulguró al cabo su inteligencia soberana y su honradez intachable.

El panteón se había engalanado con flores y laureles y coronas para recibir los gloriosos despojos del grande hombre ; en torno de la cripta, y al resplandor de las teas funerarias, se destacaban los semblantes de Elduayen y Cos-Gayón, los dos amigos fieles, aniquilados por la inmensa pena ; más allá se veía á Pidal y á Romero Robledo ; y en la sombra, á lo lejos y en la confusión del último término se escuchaban sollozos ahogados de gente desconocida que se ocultaba para llorar mejor.

Tronaba el cañón enfrente de la ermita del Santo Patrono, y las descargas de la Infantería retumbaban como el tableteo de una tormenta que rompe el espacio en son de duelo ó de amenaza.

Sonó luego ese terrible crugido del féretro que cae al fondo del sepulcro, y que es el último eco de la muerte para el amor y el entusiasmo de los que viven. Y en medio de aquel duelo profundo y de aquellas masas dolientes, apiñadas en las sombras de la región de los sepulcros, surgía el canto religioso de las

sublimes esperanzas que clamaba por boca de los sacerdotes del Dios de verdad: «No, no morirá para siempre.»

Confortados con la fe, todos los que también hemos de morir, abrimos nuestro corazón á esas santas promesas de la religión del Cristo, confiando en la inmortalidad del alma, que rompe las murallas de la tumba entre los que fueron y son y entre los que somos y pronto dejaremos de ser, para unirmos á los que ya nos precedieron en esa vida que nunca acaba.»

DESPUÉS DEL ENTIERRO (1)

IMPRESIONES

EL LAUREL

Grato aroma de laurel embalsamaba anoche la calle Mayor, y entre las piedras de las calles y los railes del tranvía quedaban hojas de la verde planta, enviada por Murcia, para que fuese la última alfombra del que le representó en Cortes tantas veces y contribuyó poderosamente á su alivio cuando las terribles inundaciones.

Por un camino de laurel ha ido el Sr. Cánovas á la tumba, y el perfume que quedó después del entierro, parecía decir:

—Por aquí ha pasado el genio.

Dios quiera que esos laureles reverdezcan para España, y que los podamos colocar en tristes aniversarios, unidos á las palmas de la victoria y las ramas de olivo, sobre el sepulcro del lloraro muerto.

EL PERDÓN

Desde la terrible tragedia de Santa Agueda se destacaba imponente al lado del cadáver de la gloriosa víctima, la hermosa figura de la viuda, sublime en su dolor sin consuelo, y rechazando con energía el descanso, para que no la quitara ni una sola de las amarguras de la pena.

Cerró los ojos del sér querido muerto, le puso con sus manos las ropas que habían de ser su mortaja, le veló sin rendirse á la fatiga y le acompañó hasta el hogar lleno de los recuerdos de su ventura.

Todos la admiraban y la respetaban, pero desde ayer crecieron, si es posible, la admiración y el respeto.

Las sublimes palabras de perdón para el asesino, pronunciadas por la viuda al despedirse para siempre del cadáver de su esposo, realzan más y más á la viuda de Cánovas.

Detrás de la mujer fuerte ha aparecido la mujer cristiana, y dispongan los jueces lo que la ley les manda, ó sea lo que quiera la reso-

lución de la justicia, ella, la más herida, después del muerto, por las balas asesinas, puede sentir tranquila su conciencia y cuando se dirija al cielo para rogar por su esposo, pronunciará sin que una sombra le empañe las dulces palabras que dicen «...y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores».

CÁNOVAS Y SAGASTA

Pasó el féretro en que iban los restos del grande hombre; las gentes se descubrían, y las mujeres, haciendo la señal de la cruz, decían:

—¡Dios le haya perdonado!

Y después, fijándose en el imponente cortejo, buscaban con la vista al que más interesaba ayer después del muerto, al Sr. Sagasta, y al verlo recogido y silencioso seguir tras el carro fúnebre el camino que la admiración había alfombrado con laureles, y que la piedad llenaba con oraciones, todos le saludaban con respeto.

De las dos fuertes columnas de la Regencia queda en pie una, y aunque tenga que soportar mayor peso, sabrá cumplir sus destinos, para bien de la Monarquía y de la Patria, que Dios redobla las fuerzas del que tiene que cumplir en la sociedad tan altas misiones, como las que se impusieron al ilustre jefe del partido liberal al borde de la tumba de don Alfonso XII, como las que se le imponen ahora junto al sepulcro del Sr. Cánovas del Castillo.

LA TUMBA DE CÁNOVAS

Son de triste actualidad en estos momentos las siguientes líneas que copiamos de un estudio, que hace algunos años consagró el insigne autor de las *Doloras* á D. Antonio Cánovas:

«Cuando estemos todos en ese campo sin odios, que se llama el cementerio, las gentes cruzarán indiferentemente por el lado de nuestros sepulcros olvidados, mientras que no habrá un solo español que para honrarse á sí mismo y á su Patria no se descubra reverente al pasar por delante de la tumba del Sr. Cánovas.»

Campeamor tiene razon: ayer comenzó el homenaje.

En el campo sin odios quedó el cadáver del Sr. Cánovas, llevado allí entre manifestaciones sentidísimas de dolor y de respeto.

Paz al alma del muerto y gloria á su nombre, y fuerzas y energías para los que tienen que continuar su obra.»

K.

(1) Artículo cuyo autor, por la inicial, debe ser el señor Kasabal.

III

LAS CORONAS

Las enviadas á la casa del Sr. Cánovas del Castillo, ó allí recibidas, y que, por su considerable número, sólo en muy pequeña parte pudieron lucir en el féretro, son:

Corona de flores naturales, enviada por Su Majestad la Reina Regente, con una carta autógrafa para la viuda.

De la viuda del Sr. Cánovas.—A Antonio, su inconsolable Joaquina.

Del Duque de Tetuán.

Del Ministro de la Gobernación.—Fernando Cos-Gayón, á su querido jefe y amigo.

Del Ministro de Ultramar.—Tomás Castellano, á su querido Presidente.

Del Ministro de Fomento.—A su querido jefe y amigo, Aureliano Linares Rivas.

Al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, el Ministro de Gracia y Justicia.

Al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, el Ministro de Hacienda, Juan Navarro Reverter.

A su respetable jefe y querido amigo, el Conde de Tejada de Valdosera.

Aureliano Linares Rivas, á su querido amigo y jefe Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.

Al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, el partido conservador de Valladolid.

Al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, los Generales, Jefes y Oficiales del séptimo Cuerpo de ejército.

El partido conservador de Lorca, á su ilustre y malogrado jefe.

De D. Joaquín Rivera.—Al gran español, el amigo del alma.

Al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, el Ministerio de la Gobernación.

A la memoria de D. Antonio Cánovas, el Gobierno civil de Madrid.

De los Marqueses de Torrelaguna.—Al gran patricio le lloran, con la Nación entera, sus afligidos amigos los Marqueses de Torrelaguna.

Al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, la Unión Vascongada.

A su querido primo D. Antonio Cánovas del Castillo, Joaquín y Tomás Michel y Osma.

Al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, su servidumbre.

Al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, Joaquín López Dóriga.

A su Excmo. Presidente y Académico de mérito, la Real Academia de Jurisprudencia.

Nunca olvidarán á su ilustre padrino, el excelentísimo Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, sus agradecidos amigos Beatriz y Rafael Sarthou.

A su Presidente, el Círculo Conservador de Madrid.

A su querido jefe D. Antonio Cánovas, el Comité conservador de Burgos.

Al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, la Diputación provincial de Valladolid.

La Unión obrera de Madrid protesta de hecho tan vandálico.

A Cánovas, *El Nacional*.

Al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, Arturo Zancada, Gobernador civil de Valladolid.

Al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas, la Marquesa viuda de Oliva é hijos.

La Sociedad « Vizcaya », al defensor del trabajo nacional.

Al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, Navarra.

Al ilustre estadista Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, la Escuela Nacional de Música y Declamación.

Valladolid, á su hijo adoptivo el excelentísimo Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.

A Cánovas del Castillo, *La Epoca*.

Al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, el Gobernador civil de Avila, J. Marzuola.

A D. Antonio Cánovas del Castillo, la Legación de Portugal.

A D. Antonio Cánovas del Castillo, la Diputación provincial de Madrid.

In memoriam, Adelita y Guillermo.

Al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, la Diputación de Alava.

Al eminente hombre público D. Antonio Cánovas del Castillo, el Ayuntamiento de Avila.

Al ilustre é inmortal jefe el excelentísimo Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, el Comité conservador de Brivesca.

Al Excmo. é Ilmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, la Real Academia de Medicina.

Al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, el Gobernador civil de Alava.

El Cuerpo de ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.

El Ministro del Brasil, al ilustre Cánovas.

El Conde de Torre-Muzquiz, al eminente estadista D. Antonio Cánovas del Castillo.

Los Condes de Montarco, al amigo inolvidable.

Del Conde de Ramiranes.

A. Retortillo y Macperson, á la memoria del Sr. Cánovas.

El partido conservador de Huelva, á su ilustre jefe.

Al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, el General Bargés.

Héroe y mártir de tu más grande amor. Ezequiel Díez y Sanz.

El partido conservador de Avila, á su jefe.

Al amigo del alma, Carmen y Eugenio Esteban.

El personal de la Presidencia, al excelentísimo Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.

Los conservadores de Avila, á su ilustre jefe.

El Casino de Murcia, al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.

El Conde de Esteban-Collantes, á su protector y jefe.

El Ayuntamiento de Vitoria, á D. Antonio Cánovas.

A su amigo de siempre, Enrique Medina.

A mi querido amigo, Antonio María de Prida.

Juan José Serrano, al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.

Diego Fernández Arias, al excelentísimo señor D. Antonio Cánovas del Castillo.

Al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, el Ministerio de Hacienda.

Vila Vendrell, á su llorado jefe.

A la mayor eminencia administrativa, don Antonio Cánovas, la Asociación de funcionarios civiles del Estado, Diputaciones y Ayuntamientos.

Manuel Cano Cueto, Gobernador de Huelva, á su protector.

Al eminente estadista, al jefe ilustre, al querido é inolvidable amigo, los Marqueses de Viana.

Gratitud-eterna, Antonio Mollada.

Al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, la Marina.

Lafuente, á su queridísimo é inolvidable D. Antonio

Atanasio Morlesin y señora, á nuestro querido jefe.

Al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, sus agradecidos amigos Diego Pequeño y señora.

Recuerdo de gratitud, Márquez-Pérez.

El Cuerpo de Carabineros, al excelentísimo Sr. Cánovas del Castillo.

Los catedráticos y personal del Instituto Agrícola de Alfonso XII, al excelentísimo señor D. Antonio Cánovas del Castillo.

La colonia italiana de Madrid.

A Cánovas, su inolvidable amigo Romero Robledo.

A mi querido amigo y respetable jefe, su admirador, Antonio Sedó y Panier.

A mi respetable jefe el Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, su admirador y amigo Arturo Saforcada.

Al eminente estadista el Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, su admirador Francisco Peris Mencheta.

La Real Academia de la Historia, á su inolvidable Director D. Antonio Cánovas del Castillo.

A su querido hermano, Emilio y Adelaida.

A D. Antonio Cánovas del Castillo, el Centro del Ejército y de la Armada.

Los conservadores de Cáceres, á su queridísimo jefe.

Al eminente estadista Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, su admirador el Gobernador de Málaga, Pedro de Miranda.

Los Condes de Torre-Vélez y sus hijos.

A su inolvidable jefe, los conservadores de Murcia.

A su ilustre jefe, el partido liberal conservador de Zaragoza.

Al más eminente é ilustre de sus hijos, la ciudad de Málaga.

Javier Betegón á Cánovas, gloria de España.

La Diputación provincial de Zaragoza, á la memoria del ilustre patrio Excmo. Sr. don Antonio Cánovas del Castillo.

La Cámara de Comercio de la Habana, al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.

La Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, á su insigne individuo Excmo. señor D. Antonio Cánovas del Castillo.

La Embajada inglesa, al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.

José Potenciano, al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.

Al talento, á la honradez y al patriotismo, José Hierro.

El Conde de Serra y Saint Iscle, á su malogrado y muy querido jefe y amigo.

Juan Manuel García y Santos, al excelentísimo Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.

El Senado, al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.

Recuerdo de amistad y gratitud.—Eduardo Masip.

Los Sres. de Crooke y Loring, al Excmo. señor D. Antonio Cánovas del Castillo.

El Comité liberal conservador del distrito del Hospital, á su inolvidable jefe el excelentísimo Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.

Al eminente estadista, restaurador de la Monarquía, su entusiasta admirador, *Un demócrata*.

El Fomento del Trabajo Nacional, á su socio de mérito D. Antonio Cánovas del Castillo.

La Real Academia Española, á D. Antonio Cánovas.

La Diputación provincial de Málaga, al excelentísimo Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.

La empresa constructora del puerto de Málaga, al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.

La Junta de Obras del puerto de Málaga, en testimonio de gratitud y respeto, al excelentísimo Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.

La Sociedad Geográfica de Madrid, á su expresidente D. Antonio Cánovas del Castillo. Veneración y gratitud.—Carmen y Zafra.

Los conservadores de Huesca, á su digno Presidente.

El batallón de Voluntarios de Manila, al excelentísimo Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.

La Lonja de Víveres de la Habana, al excelentísimo Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.

El Cuerpo de la Guardia civil, al Excmo. señor D. Antonio Cánovas del Castillo.

El partido conservador de la provincia de Palencia, á su ilustre é inolvidable jefe.

El Ayuntamiento de Huelva, al Excmo. señor D. Antonio Cánovas del Castillo.

Diputación y Ayuntamiento de Cádiz, á su Gobernador de 1857.

Al cariñoso é inolvidable amigo, Justita Sundheim.

A mi inolvidable jefe, Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, su afectadísimo adepto Juan Francisco Fontau.

El Ayuntamiento y partido conservador de Cehejin.

El Ayuntamiento y el partido conservador de Caravaca.

Los Diputados á Cortes de la provincia de Albacete, á su ilustre jefe.

Doloroso recuerdo del Conde de Heeren, á su ilustre amigo Cánovas.

Al ilustre Cánovas, el partido reformista de Cuba.

Enrique Reñina, á su preclaro jefe excelentísimo Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.

José Fermín Pavia, á Cánovas del Castillo.

El Ayuntamiento y pueblo de Cicza, á su muy querido hijo adoptivo el Excmo. señor D. Antonio Cánovas del Castillo.

Al socio honorario D. Antonio Cánovas del Castillo, la Asociación de Escritores y Artistas.

A nuestro inolvidable amigo el Excmo. señor D. Antonio Cánovas del Castillo, el Marqués de Larios, Enrique Crooke Larios.

A mi respetable amigo el Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas de Castillo, Leopoldo Larios.

El Banco de España, al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.

El pueblo de la Habana, al Excmo. Sr. don Antonio Cánovas del Castillo.

La Compañía de los ferrocarriles Andaluces, á su antiguo Presidente el Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.

A su inolvidable amigo el Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, la Marquesa de Squilache.

Los conservadores de Lérida, á su jefe. A su querido jefe, Juan Morlesin.

El Banco Español de la isla de Cuba, al excelentísimo Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.

El partido conservador liberal de Segovia, al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.

A su inolvidable jefe, Luis Angosto.

Al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, el partido de la Unión constitucional de Cuba.

A D. Antonio Cánovas del Castillo, el Marqués de Sardeal.

Al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, el Ayuntamiento y conservadores de Yecla.

El Ayuntamiento de Jumilla, á su hijo adoptivo D. Antonio Cánovas del Castillo.

A un hombre, á un mártir, al Excmo. señor D. Antonio Cánovas, Enrique Disdier.

A D. Antonio Cánovas del Castillo, el Ayuntamiento de Albacete.

Los Barones del Solar de Espinosa, al excelentísimo Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.

Al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, Gabriel González.

Los Marqueses de Villamantilla de Perales,

al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.

Juan de la Cierva, á su querido jefe.

Al eminente hombre de Estado D. Antonio Cánovas del Castillo, el Banco Hipotecario de España.

A nuestro querido tío, María y Antonio.

A su hermano Antonio, la Condesa viuda del Castillo de Cuba.

A mi inolvidable tío Antonio, Francisco Cánovas.

«La Gran Peña», á D. Antonio Cánovas del Castillo.

El Ayuntamiento y ciudad de Murcia, á su hijo predilecto, el Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.

Barcelona, á Cánovas (1).

El Círculo Conservador liberal de Barcelona.

Señora Duquesa de Osuna, Condesa Duquesa de Benaverite.

Al ilustre patricio Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, su admirador y amigo, Ernesto de Castro Gabaldá.

A su jefe, V. de Irueste.

A nuestro insigne é inolvidable jefe, los Senadores y Diputados de la provincia de Badaioz.

A nuestro querido primo Antonio, los Duques de Nájera.

Los Duques de Mandas.

A Cánovas, su admirador y amigo Leopoldo Solier.

A su amigo Cánovas, Ramón Blanco.

La Sociedad Santa Agueda, de Bilbao, al primero de los escogidos, Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.

El Instituto de Voluntarios de la Habana, al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.

Al eminente estadista Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, el Ayuntamiento de Granada.

Los Condes de Guaqui, al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.

Al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, el Ayuntamiento de Segovia.

A D. Antonio Cánovas, el Ateneo de Madrid.

A su socio protector D. Antonio Cánovas del Castillo, la Asociación de la Prensa de Madrid.

Al amigo y protector, Santos Isasa.

A su inolvidable y querido amigo el excelentísimo Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, los Condes de Vilana.

A mi inolvidable amigo y jefe, Francisco Lastres.

El Ayuntamiento y pueblo de Abarán, al excelentísimo Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.

Al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, el Ayuntamiento de Blanca.

(1) De bronce, plata y cobre, se ideó y construyó en cuarenta y ocho horas. Es una de las más notables.

Al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, constante defensor de la Monarquía y de la Patria, el Alcalde de Palencia.

El Ministro de la Guerra, Marcelo de Azcárraga, á su querido Presidente.

La Liga Vizcaina de Productores, á su inolvidable protector, Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.

El Gobierno de Costa Rica, á Cánovas.

Guatemala, á Cánovas.

El Marqués de Lema, á su jefe y amigo.

Al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, el Ayuntamiento de Toledo.

Antonio González Egea, Alcalde de Almería, á su ilustre jefe.

El partido conservador de Almería, á su ilustre jefe D. Antonio Cánovas del Castillo.

José González Collet, á la memoria de su ilustre y llorado jefe y amigo.

El Ayuntamiento de La Unión, á su ilustre jefe D. Antonio Cánovas del Castillo.

El Ayuntamiento de Zaragoza, al Excmo. señor D. Antonio Cánovas del Castillo.

La Diputación provincial de Murcia, á su inolvidable hijo predilecto.

El Ayuntamiento de la ciudad de Linares, al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.

A mi señor, su jardinero Pedro López.

El Gobernador civil y la Diputación provincial de Castellón, al Sr. Cánovas del Castillo.

El partido liberal conservador de Castellón, al Sr. Cánovas del Castillo.

El Comité conservador del distrito de Palacio, al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.

Su Notario, L. González, al Excmo. Sr. don Antonio Cánovas del Castillo.

Los Directores generales del Ministerio de Fomento, al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.

A nuestro inolvidable tío, Pepe y Consuelo Cánovas.

A nuestro querido tío, Máximo y Carmen Cánovas.

El Ayuntamiento de Sevilla, al Excmo. señor D. Antonio Cánovas del Castillo.

El partido conservador valenciano, á su inolvidable jefe el Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.

Al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, su apasionado y respetuoso amigo José Novillo.

A su inolvidable tío, Joaquín.

El Alcalde de Tarrasa, á Cánovas.

Al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, la Sociedad de Altos Hornos.

A su ilustre jefe, los Diputados Bores y Bergamín.

Al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, Joaquín Angoloti.

Al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, el Ayuntamiento de Córdoba.

Al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, Luis M. de Pando.

Al amigo inolvidable, los Condes de Montarco.

A su ilustre jefe D. Antonio Cánovas del Castillo, el partido conservador de Palma de Mallorca.

Al amigo verdadero, Valeriano Weyler.

Al gobernante irremplazable, el General Weyler.

Al Sr. Cánovas del Castillo, el General Marqués de Estella y familia.

A su amigo D. Antonio Cánovas del Castillo, los Condes de Sallent.

Al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, los Diputados provinciales de Granada.

Faltan muchísimas que llegaron de provincias y Ultramar con posterioridad á la publicación de esta lista.

Entre las más notables y suntuosas figuran las enviadas por las Repúblicas Sudamericanas y colonias extranjeras residentes en ellas.

El número de todas pasa de 500.

IV

EL PANTEÓN

Ocupa éste un grande espacio cuadrado, en cuyo centro se alza una bella estatua alegórica, labrada en mármol blanco.

La elegante verja que le rodea desaparecía bajo la multitud de coronas que se habían colocado durante la tarde, figurando allí casi todas las de flores naturales, y formando el más artístico conjunto.

En este panteón se hallan enterrados doña Blanca de Osma y Zavala, Marquesa que fué de Povar, y D. Fernando Fernández de Córdoba, Duque de Arión, Marqués de Malpica y de Povar, su marido.

En la cripta en donde ha sido enterrado el cadáver del Sr. Cánovas, hay seis nichos, y en el frente se ve un altar de mármol blanco.

De los seis nichos tres están vacíos; en uno de los de la derecha se halla enterrado el cadáver del Coronel D. Francisco de Osma y Ramírez de Arellano, y en uno de los de la izquierda D. José Joaquín de Osma, Marqués de la Puente y Sotomayor, fallecido hace poco más de un año. Enfrente de éste, que era su padre político, á la vez que su admirador y amigo, es donde han sido depositados los restos mortales del gran estadista español (1).

(1) Tomado lo que antecede de un periódico de Madrid, sólo añadiremos que el partido conservador que, en su mayoría, ha hecho muy poco por la memoria de Cánovas, debió erigirle un panteón, según algunas de sus más antiguas é importantes personalidades, la del Sr. Romero Robledo, entre ellas; pero que esto no hace falta ya, porque en la testamentaria de aquél se ha reservado por los herederos, con tal objeto, la suma de 132.000 pesetas.

En el interin, son muy de apreciar las gestiones hechas para trasladar á Málaga el cadáver del Sr. Cánovas, en cuya Catedral estaría mejor que en parte alguna.

PETICIÓN DEL AYUNTAMIENTO DE MÁLAGA

El Ayuntamiento de Málaga, en sesión extraordinaria que celebró el día 9 del actual, tomó, entre otros y por aclamación, el acuerdo de gestionar cerca de la señora viuda del ilustre estadista Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, para que el cadáver de éste fuera trasladado á aquella ciudad andaluza para darle sepultura en un mausoleo que se construya en la iglesia catedral.

Con este objeto, una Comisión de dicho Ayuntamiento, compuesta de los Sres. D. Jerónimo Rubio Alarcón, D. Alberto García Gutiérrez y D. Juan Benítez Gutiérrez, acompañados de los Diputados D. Francisco Bergamín y D. José Boreas, visitó anoche en el Ministerio de la Guerra al señor Presidente interino del Consejo de Ministros para hacerle saber los acuerdos adoptados, y rogarle se sirva interponer su valiosa influencia con la respetable viuda, á fin de que sea un hecho la aspiración de la ciudad de Málaga, cuna del señor Cánovas, y pueda allí perpetuarse la memoria del hijo amado, que pereció víctima del proyectil que lanzara la mano criminal de fanático asesino.

El Sr. D. Salvador Solier, amigo del alma del ilustre finado, con el que le ligaba un afecto fraternal, no pudo asistir á dicha visita por encontrarse algo indispuesto.

La Comisión malagueña salió altamente satisfecha del recibimiento que le dispensó el Sr. Azcárraga.

Recientemente han hecho la misma moción, no sólo el Ayuntamiento, sino el señor Obispo y el Cabildo catedral de Málaga, ofreciendo destinar una capilla de aquel hermoso templo á tal objeto, asunto sobre el cual *El Nacional* del 24 de Mayo último publicó lo siguiente :

La tumba de Cánovas.

« Desde Málaga, donde se encuentra, nos dirige nuestro querido director D. Adolfo Suárez de Figueroa un telegrama, en que se manifiesta una vez más el cariñoso culto que mantiene en su espíritu á la memoria del gran Cánovas.

Para cumplir el honrosísimo encargo que nos hace, en la forma más digna y adecuada al noble deseo que lo motiva, creemos lo mejor reproducir íntegramente sus palabras, fiel expresión en este caso del más elevado sentimiento :

« Málaga 24 (9,30 mañana).—Ruégoles escriban un sentido artículo, interesando de la señora Duquesa de Cánovas conceda á Málaga el honor de guardar los restos de su ilustre esposo.

Me dicen que se proyecta construir en Madrid un panteón especial y que se hallan muy adelantados estos trabajos.

Ningún sitio mejor para guardar los restos de aquel insigné estadista que una capilla de

la catedral de Málaga, y estoy seguro de que se apresurarán á ofrecerla el Obispo y el Cabildo.

Me propongo mover la opinión en este sentido, y desde luego aseguro que el Ayuntamiento, la Diputación provincial, todos los Círculos y Corporaciones políticos y sociales pedirán unánimemente para esta ciudad la honra de ofrecer á los restos de Cánovas lugar acomodado á su grandeza.

Quiero que *El Nacional*, para quien en toda ocasión será sagrada la memoria de aquel grande hombre, se adelante en este asunto con toda elocuencia y solicite el amparo de los demás periódicos para inducir á la señora Duquesa de Cánovas en favor de este deseo mío, que significa una obligación para Málaga y con cuya expresión interpreto la voluntad de esta provincia.—ADOLFO FIGUEROA.»

El Nacional apoyó, en su citado número, los deseos de su director el Sr. Figueroa, que por nuestra parte deseáramos ver atendidos.

* * *

Sobre el asunto de la tumba de Cánovas, *La Época* del 15 de Agosto de 1897 dijo lo que sigue :

Una visita al cementerio de San Isidro.

« Esta tarde hemos visitado la tumba que guarda los despojos del gran español D. Antonio Cánovas del Castillo.

Allí, cuando la lluvia arreciaba, aumentando las melancolías del sagrado recinto, permanecimos algún tiempo entregados á las meditaciones que la mansión de los muertos despierta siempre en cualquier espíritu medianamente reflexivo.

Bajo estos muros de piedra—pensáramos—yacen los restos de un grande hombre ; el tiempo, que todo lo destruye, convertirá en polvo su yacente cuerpo. Nada quedará de la materia... pero su espíritu, aquel espíritu gigante y luminoso, vive y vivirá eternamente en la Patria, en las instituciones seculares, á las que dió nueva vida en la sociedad española, á la que tantos beneficios hizo y por la que sacrificó toda su vida, y sobre todo en la Historia, en cuyas páginas se irá destacando con relieve cada vez mayor, á medida que transcurran los años...

.....

A la derecha de la puerta que da ingreso al panteón en que descansa el grande hombre hay pegada sobre el muro una tosca cuartilla de papel con una inscripción escrita con tinta, que literalmente copiada dice así :

« A la memoria de Cánovas.

Adiós, fiel español, Dios te dé el descanso que me-

reces por el bien que prestastes á tu querida Patria.
Contigo sea la paz espiritual. »

Preguntamos al guarda del sagrado lugar si sabía por quién ó por qué orden se había puesto allí aquella tosca y sencilla inscripción, y nos dijo que desde la noche en que se dió sepultura al cadáver la viene viendo, sin que haya visto á la persona que dedicara este modesto recuerdo.

Después hablamos un rato con el guarda, el que nos manifestó que son numerosas las personas que acuden allí á visitar la tumba del gran estadista, entre las que se cuentan muchos extranjeros, que allí se quedan un rato meditando y después se alejan silenciosos... »

* * *

El mismo periódico *La Epoca*, en su número del día 17, escribió lo que se copia á continuación:

En la tumba de Cánovas. — Un modesto y sincero recuerdo.

« Al hablar de la visita que hicimos el domingo al cementerio de San Isidro, copiamos la inscripción que se leía en la tosca cuartilla de papel colocada á la derecha de la puerta que da acceso al panteón en que descansa el señor Cánovas.

¿Quién había colocado allí aquel trozo de

papel en que de manera tan humilde se consagraba un recuerdo á la memoria del muerto ilustre ?

Nuestra curiosidad ha quedado satisfecha. Una persona á quien unían los vínculos de la más estrecha y antigua amistad al Sr. Cánovas, nos dice que el día del entierro, en el momento en que el duelo oficial se retiraba y cuando ya sólo quedaban allí algunos parientes y amigos á quienes el dolor impedía alejarse de aquel sitio, vió á un caballero de distinguido y venerable aspecto y correctamente vestido, que al salir de la cripta se detuvo para pegar la mencionada cuartilla en uno de los lados de la puerta.

Aunque el caballero en cuestión no podía infundir sospechas, despertó, sin embargo, la curiosidad de la persona que nos facilita estas noticias, y acercándose al papel, encendió una cerilla para leer lo que decía.

Con voz ahogada por el llanto y en frases correctísimas, el caballero le dijo :

—Comprendo la curiosidad de usted. Tal vez he podido infundir sospechas ; pero con esto á nadie ofendo. He querido expresar un sentimiento que es el de todo buen español.

Al salir del panteón, el Sr. Romero Robledo estrechó la mano de uno de los más fieles amigos del Sr. Cánovas, y profundamente conmovido le dijo :

—Este hombre no debe quedar aquí. Hay que hacerle un mausoleo tan grande como él se merece, y se lo haremos. »

SECCIÓN TERCERA

Funerales, misas, oraciones y panegíricos

PRIMERO FUNERALES ESPAÑA

Fueron numerosísimos los funerales por el alma del Sr. Cánovas dentro y fuera de España.

El Real decreto de 9 de Agosto de 1897, inserto en otro lugar (Sección segunda), dispuso que en todas las iglesias Catedrales, Colegiatas y Parroquias de España se celebrase el correspondiente oficio de difuntos, verificándose suntuosísimos en Madrid, en la iglesia de San Francisco el Grande, con asistencia del Gobierno, Senadores y Diputados, altas Corporaciones del Estado, como el Consejo de Estado, Tribunal Supremo, Consejo Supremo de Guerra y Marina y Tribunal de Cuentas; la Audiencia de Madrid, las autoridades de todos los órdenes, además de representación de la familia (1).

(1) La invitación para asistir decía así:
«Habiéndose dispuesto por Real decreto de 9 de Agosto celebrar solemnes honras por el alma del

EXCMO. SR. D. ANTONIO CANOVAS
DEL CASTILLO

(q. e. p. d.)

Presidente del Consejo de ministros
EL GOBIERNO DE SU MAJESTAD

tiene la honra de invitar á V..... para que se sirva asistir á dicho acto religioso, que se verificará en la iglesia de San Francisco el Grande, el día 16 del corriente mes de Agosto, á las diez de la mañana.

De uniforme ó frac.

Las señoras de negro.

Entrada por la puerta principal.»

•••

Lo mismo tuvo lugar en todas las capitales de provincia, distinguiéndose entre ellas la de la Habana, perteneciente á España aún, donde se verificaron las exequias, costeadas por el Ayuntamiento, el 18 de Agosto, en honor, decía el anuncio, de su hijo adoptivo, y también en Santiago de Cuba y San Juan de Puerto Rico (1).

En Málaga, país natal del Sr. Cánovas, fue-

Además de los citados funerales tuvieron lugar otros en la Catedral, costeados por el Ayuntamiento de Madrid.

Al acto religioso, que revistió gran solemnidad, concurrió numeroso y distinguido público.

Después de la Misa se cantaron solemnes oficios de difunto.

El Ayuntamiento asistió en corporación, precedido de cuatro maceros con uniformes de gala.

Poco después dirigiéronse á la Huerta el señor Alcalde y buen número de concejales para ofrecer personalmente, y en nombre del pueblo de Madrid, el testimonio de su pésame á la ilustre viuda.

Como la señora de Cánovas no recibía á nadie, el Alcalde y los concejales pasaron por la capilla ardiente, dejando sus tarjetas en la bandeja colocada al efecto.

Por su parte, la congregación de la Purísima Concepción de la Real Academia de Jurisprudencia, celebró en San José la misa de *Requiem* de Estatutos en sufragio del alma del Sr. Cánovas del Castillo, presidente que fué de dicha docta Corporación.

(1) *Habana 17.*—Al Presidente del Consejo de Ministros:

Acaban de celebrarse solemnes honras por el eterno descanso del ilustre finado, que costeó el Ayuntamiento á su hijo adoptivo, y puedo asegurar á V. E. que han sido tan espontáneas como sentidas todas las manifestaciones de duelo con que los habitantes de esta Isla, sin distinción de clases, han tributado al eminente estadista, y con la magnitud que imprime el sello del dolor háñse asociado al que embarga á la Nación por la irreparable pérdida que mano criminal ha causado.—WEYLER.

San Juan de Puerto Rico 17.—Al Presidente del Consejo de Ministros:

Acaban de celebrarse con gran solemnidad en la Santa Iglesia Catedral los funerales que la Diputación

ron solemnísimos los funerales celebrados en la Catedral, así como en Cádiz, donde tuvieron lugar otros en el acorazado *Carlos V*. El oficiante, que lo fué el Gobernador eclesiástico, á nombre del Obispo, dirigió á los concurrentes una sentida alocución ensalzando las glorias de la Marina, tributando justos elogios al Astillero gaditano, que había dado tan hermosa muestra de arquitectura naval.

Después dedicó elocuentes y sentidas frases á la memoria del Sr. Cánovas, pidiendo á los concurrentes que rezaran breves momentos por el eterno descanso del gran hombre público.

El espectáculo, según la prensa gaditana, fué conmovedor; más de cien damas se arrojaron ante el altar, acompañando al sacerdote en sus preces por el alma del finado.

Además, el Comandante general de la Escuadra dió cuenta al Ministro de Marina de haberse celebrado el 11 de Agosto, á bordo de los buques de su mando, misas de *Requiem* por el alma del ilustre patricio D. Antonio Cánovas del Castillo, cuya muerte tenía affigida á la Patria entera, habiendo asistido con el mayor recogimiento á dicho acto religioso las dotaciones de los buques, con sus oficiales á la cabeza.

De San Sebastián, residencia de SS. MM. y Real familia, telegrafaron lo siguiente:

«Martes 10 (2 tarde).—En la iglesia de la Antigua, y por encargo expreso de S. M. la Reina, mañana, á las diez, se celebrará una solemne misa y responso por el eterno descanso del alma del Sr. Cánovas.

No se han repartido invitaciones.

«La Corte asistirá al acto, como así también el Ministro de Estado y los altos funcionarios de Palacio.»

* * *

En Barcelona, además de los funerales oficiales, tuvieron lugar otros, costeados por el partido conservador, en la iglesia de Santa María del Mar; en Zaragoza, en la iglesia

y el Prelado acordaron llevar á cabo por el alma del Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas, con la asistencia de autoridades, Corporaciones, Ejército, Armada, Voluntarios y Centros oficiales.

En varios pueblos se han celebrado con igual pompa.

En los demás se llevarán á efecto en días subsiguientes.—**MARTE.**

del Pilar; en Sevilla, el 21, en la Catedral, pronunciando la oración fúnebre el Canónigo Sr. Arbolí, después de cuyo acto se repartieron limosnas, de igual modo que en los celebrados en Soria. Los de Córdoba, oficiando el señor Obispo, tuvieron lugar el 24, y desde el 19 al citado día verificáronse en Oviedo, Segovia, Palencia, Teruel, Logroño y Ferrol, donde ofició el Vicario del departamento. En Plasencia, Lorca, Monforte, San Feliú de Guixols, Castrojeriz, Miranda, Valle de Tobalines y Calzada de Oropesa, se celebraron las exequias próximamente en los mismos días. En Granada el partido conservador costeó misas en todas las parroquias y repartió 5.000 panes á los pobres; y en Almería, además de los funerales oficiales, verificáronse otros costeados por la Diputación y el Ayuntamiento, estando encargado del panegírico que según referencias, fué notabilísimo, el Magistral de Guadix, con lo que terminamos ó hacemos punto en esta relación, ya que para continuarla necesitaríamos poder disponer de muchas páginas.

EXTRANJERO

FRANCIA

En París se celebraron funerales solemnes el 14 ó 15 de Agosto (ambas fechas se citan), en la Capilla Española de la avenida de Friedland. Referíalos *La Época* del modo siguiente:

«Las paredes del templo estaban cubiertas de colgaduras de paño negro con franjas y flecos de plata.

El catafalco era suntuoso y estaba espléndidamente iluminado.

La capilla de música ha ejecutado escogidos trozos de las más notables composiciones religiosas.

Ha presidido el triste acto el Embajador de S. M., señor Duque de Mandas, á quien acompañaba todo el personal de la Embajada, el Cónsul general, Sr. Flores, con el personal del Consulado, y el Delegado de Hacienda con los jefes y oficiales de aquella dependencia.

A pesar de no haberse hecho invitaciones particulares, por tratarse de un acto de carácter oficial, han acudido á orar por el alma

del insigne hombre de Estado casi todos los individuos de la colonia española, amigos personales del Sr. Cánovas, el General Polavieja, los Embajadores de Portugal é Italia, el Ministro de Negocios Extranjeros, M. Hanotaux, con los principales funcionarios á sus órdenes, el jefe del Protocolo, el Conde de Guaqui, el General Guzmán Blanco, los señores Batanero, Bonafoux, Ezpeleta, Goguel, Badel y multitud de señoras.

Terminada la misa, ha rezado un responso el Nuncio Apostólico, monseñor Clari.

La ceremonia ha sido imponente, y, no obstante la ausencia de París de muchos hombres políticos, literatos, aristócratas, banqueros y periodistas, había en la iglesia más de quinientas personas. »

INGLATERRA

LONDRES

Londres 13 (12,45 tarde).—En la iglesia de San Pablo y San Eduardo, de Westminster, se celebró esta mañana una misa de *Requiem* por el alma del Sr. Cánovas del Castillo.

El acto revistió gran solemnidad.

Presidia el conde de Casa-Valencia, acompañado por el personal todo de la Embajada de España.

Entre los concurrentes al acto figuraban los embajadores de los Estados Unidos, Alemania é Italia y los Encargados de negocios de Francia y de Suiza, este último acompañado de su esposa.

La representación de la colonia española era numerosa y distinguida.

El ministerio inglés de Negocios Extranjeros envió delegados especiales para que estuvieran presentes en el acto.—MOORE.

El general Cámara, jefe de la comisión de marina en Londres, ha dirigido al general Beránger el siguiente telegrama :

« Regreso en este momento de asistir á las honras fúnebres celebradas hoy en la iglesia católica de San Pablo y San Eduardo por el alma del Presidente del Consejo, habiendo sido presididas por nuestro Embajador, á las que asistieron numerosa representación del cuerpo diplomático, distinguidas personas del país y todo lo más selecto de la colonia española.

Reitero á V. E. mi profunda pena, asocián-

dome de todo corazón al duelo nacional en las presentes tristes circunstancias.—CÁMARA. »

PORTUGAL

LISBOA

El Municipio de Lisboa, en su sesión del 13 de Agosto, acordó celebrar una misa al día siguiente por el alma del Sr. Cánovas, levantándose acto continuo la sesión.

En el propio día tuvieron lugar en Oporto solemnes exequias por el alma del Sr. Cánovas, según el siguiente telegrama :

« *Oporto 14*.—El Cónsul de España en esta población ha hecho celebrar hoy en la iglesia de Congregados una misa de *Requiem* por el alma del Sr. Cánovas del Castillo. Entre la numerosa concurrencia al acto religioso figuraban los Cónsules de Francia é Italia, y el Gobernador civil.—FABRA. »

También tuvieron lugar en Porto :

« *Porto 11* (4,59 tarde).—En Granja se ha celebrado por el Obispo de los Algarbes la misa en sufragio del Sr. Cánovas del Castillo.

Al acto religioso ha concurrido la colonia española y muchos portugueses.

El presidente de la Asamblea, Sr. Brito, se afectó mucho.

El Obispo llevaba la banda de Carlos III.

La colonia ha teleografiado al general Azcárraga dando el pésame á la viuda.

En Espinho se celebrará mañana otra misa de *Requiem*, en la que actuará un sexteto de profesores del teatro Real.

En la Asamblea de Espinho se ha suspendido el baile anunciado.—JORDÁN. »

Y del mismo modo en Figueira da Foz y en Espinho :

« *Figueira da Foz 14* (2,4 tarde).—En San Antonio se ha celebrado una solemne misa en sufragio por el alma del Sr. Cánovas del Castillo.

Asistió numerosísima concurrencia, entre ella la colonia española en masa.—JORDÁN. »

« *Espinho 12* (11,53 mañana).—Se ha celebrado solemne misa de funeral, que ha estado concurridísima.

La orquesta ha interpretado escogidos trozos de música religiosa.

Han asistido, entre otras personas notables, el Sr. Puigcerver, el conde de las Almenas y los Sres. Sellés, Llano Santos y otros.

En la Asamblea y en los hoteles ondea la bandera á media asta.—JORDÁN.»

AUSTRIA

UNA MISA EN VIENA

Viena 17.—El Embajador de España en esta capital, Marqués de Hoyos, ha hecho celebrar hoy una misa en sufragio del alma del Sr. Cánovas del Castillo, habiendo asistido á la misma todo el personal de la Embajada y Consulado y la colonia española en su casi totalidad.—FABRA.

SUECIA

FUNERALES EN STOCKOLMO

San Sebastián 12 (9 noche).—Un telegrama que el representante de España en Stockolmo ha dirigido al Ministro de Estado, da cuenta del elocuente y sentidísimo homenaje que el Gobierno y la capital de Suecia han tributado á la memoria del Sr. Cánovas.

En sufragio por el ilustre muerto se han verificado en aquella catedral solemnes funerales, á los que asistieron todo el elemento oficial, el Cuerpo diplomático, las autoridades y numeroso público.

El Rey Oscar estuvo representado por el primer Gentil hombre de la corte.

Presidieron el duelo el Ministro de Negocios Extranjeros y el Ministro de España, señor Marqués de Prat de Nantouillet.

Ofició el Obispo católico, y la capilla de música cantó la misa de Mozart.

El túmulo levantado en el centro del templo era suntuoso. Hallábase cubierto por la bandera española, y sobre él se colocaron las insignias de la orden del Toisón de oro.

El Marqués de Prat oyó de labios de los más ilustres personajes que asistieron á las honras y de los individuos del Cuerpo diplomático frases que expresaban el profundo sentimiento por la muerte del más eminente de los estadistas españoles y la gran indignación por el infame y alevoso asesinato.—M.

BÉLGICA

Bruselas 16 (3,15 tarde).—En la iglesia de Sain-Jacque-sur-Caudenberg, situada en la

plaza Royale, se ha celebrado esta mañana, á las diez, una solemne misa en sufragio del alma del eminente hombre de Estado D. Antonio Cánovas del Castillo.

La colonia española, invitada por uno de sus más dignos individuos, D. Julián Blasco Baladas, ha asistido á la fúnebre ceremonia, que también ha sido presenciada por el representante diplomático de España y altos funcionarios del Gobierno belga.—R.

ESTADOS UNIDOS

En Nueva York tuvieron lugar los funerales por el Sr. Cánovas el 18 de Agosto, en la iglesia francesa de dicha ciudad, asistiendo el Ministro español, Sr. Dupuy, la colonia española, agentes consulares y representantes extranjeros.

El Sr. Sherman telegrafió lamentándose de haber recibido ya tarde la invitación para dicho acto y expresando su profunda simpatía hacia el noble pueblo español.—FABRA.

CHILE

Respecto de Chile, puede verse la página en que se hace mención de los funerales allí celebrados por el Sr. Cánovas.

SEGUNDO

ORACIONES FÚNEBRES⁽¹⁾

I

ORACIÓN FÚNEBRE DEL ILUSTRÍSIMO SEÑOR OBISPO DE SIÓN EN LAS SOLEMNES EXEQUIAS CELEBRADAS EN LA IGLESIA DE SAN FRANCISCO EL GRANDE, DE MADRID.

La síntesis de dicha notable oración, tomada de un periódico de provincias, es como sigue:

Comenzó el exordio tratando en frases sentidísimas de lo que es la muerte, y añadió que las dos ideas que se proponía tratar en su oración fúnebre eran: la necesidad del respeto

(1) Fueron muchas las pronunciadas, según la Prensa, en los quince días siguientes al fallecimiento del Sr. Cánovas; pero no era posible, como se comprenderá fácilmente, tener idea de su contexto no siendo frecuente, sino muy raro, el tomar notas ó apuntes de tales oraciones.

al principio de autoridad y la creencia en otra vida.

Afirmó cómo todo viene de Dios, lo mismo el poder que el gobierno. Los que desconocen este principio caen en el fanatismo, en la locura que arma el brazo del asesino, lo mismo contra los Reyes, que contra los Presidentes de las Repúblicas, que contra los jefes de los Gobiernos.

Entrando ya en el panegírico de la vida del grande hombre, recordó cómo en Cánovas habían desaparecido siempre las exigencias de la vida privada ante las necesidades de la vida pública, dedicando entera la suya al servicio de la Patria y del Rey.

Recordó rasgos de la existencia del ilustre muerto; buscó en sus actos y en sus discursos la síntesis de su obra política, encontrando en ella la afirmación cristiana del poder enfrente de todas las audacias y de todas las anarquías modernas.

Sentó que Cánovas había sido el verdadero y más fuerte protector del orden social durante toda su vida política, defendiendo siempre ese poder en sus principales bases, cuales son el poder divino, el poder real, el social y el de la familia. Y no solamente afirmó esos poderes, sino que aun restauró los últimos al encontrarlos débiles al principio de la Restauración dinástica. Al advenimiento al trono de D. Alfonso XII fué Cánovas el adalid más firme del poder real.

Las Academias que honró con su talento vestirán paños negros, y la tribuna de nuestros Cuerpos Colegisladores permanecerá de luto al mirar extinguido el genio de la elocuencia parlamentaria.

Elogió la serenidad con que el Sr. Cánovas resolvió los grandes problemas que al principio de la Restauración se le presentaron, así como la honradez y la abnegación con que desempeñó todos sus cargos políticos.

Dijo luego que frente el Sr. Cánovas de un Gobierno revolucionario que quiso abrir las puertas de España á la internacional, madre de las actuales utopías anarquistas, afirmó que el tremendo problema social no lo podía resolver la ciencia, sino el catecismo.

La parte más elocuente del sermón fué sin duda aquella en que censuró á los que contribuyen por cualquier manera al desprestigio de la autoridad, combatida incesantemente por el anarquismo.

«No saben—dijo en un hermoso arranque oratorio—que siempre fueron el lápiz que traza la caricatura y la pluma que ridiculiza á los que representan el poder los precursores del puñal.»

Para resolver el problema pavoroso que preocupa á todos, invitó á los que hoy ejercen la autoridad y á los que la ejercerán mañana á meditar en las enseñanzas que de catástrofes como la de Santa Agueda se desprenden, recomendándoles que predicaran siempre y defendieran en todas partes el respeto á la ley de Dios, el amor á la Patria y la fidelidad al Rey.

—Convirtamos este inmenso dolor que nos agobia—dijo para concluir—en plegaria, y elevando el espíritu á Dios ante esta tumba abierta, digámosle:—Tú, que eres el perdón y la infinita misericordia, y fuente de toda esperanza y toda vida, escucha esta plegaria que se eleva de lo más hondo de nuestros corazones. No exageres los rigores de tu justicia con esta noble España.

El hombre ilustre á quien lloramos tuvo fe; ni una palabra de negación surge de sus discursos ni de sus obras; fué un creyente, y pocos momentos antes de morir prosternábase ante el ara santa en el sacrificio de la Misa. Si tu esperanza le sostuvo, perdónale, Señor. Y pues no negó al Padre, al Hijo ni al Espíritu Santo, que ellos sean con él y le compensen en la otra vida.»

II

ORACIÓN FÚNEBRE DEL EXCMO. SR. ARZOBISPO DE GRANADA, EN LOS SOLEMNES FUNERALES CELEBRADOS EN AQUELLA CATEDRAL POR EL ALMA DEL SR. CÁNOVAS DEL CASTILLO, EL 18 DE AGOSTO DE 1897. (1)

«Señores: Yo que por mis padecimientos de cabeza llevo muchos años sin poder dirigir la palabra á estos amadísimos hijos, vengo hoy por circunstancias solemnes á presentarme en este púlpito, aquí, donde no hay más que una sola entidad: autoridades civiles y militares, el comercio, las ciencias y las letras, los ciudadanos amantes de la ilustre Granada, el pueblo fiel, estas damas cristianas y el cle-

(1) Solo reproducimos la parte que publicaron los periódicos de la localidad.

ro con su Prelado, no formamos más que una sola entidad, porque á todos nos trae á este lugar un solo sentimiento de religión, de amistad y de piedad.

¿A qué vengo yo aquí? ¡Vengo á pronunciar un discurso, vengo á hacer un sermón, ni siquiera una oración fúnebre! A nada de eso vengo; vengo á establecer una protesta enérgica que ha exhalado un gemido, un llamamiento salido de lo íntimo de nuestras almas, una condenación unánime que surge de todos en este instante.

El Arzobispo de Granada, con la autoridad que le da la Santa Sede y el augusto puesto que ocupa en la Iglesia de Dios, viene á protestar ante vuestra presencia, en nombre de todos vosotros; á protestar en nombre de España entera, en nombre de la sincera amistad, en nombre, en fin, de todas las personas sensatas y de juicio, contra el acto vandálico, contra el asesinato de D. Antonio Cánovas del Castillo.

Precisamente cuando acababa de salir del templo de practicar una obra cristiana, cuando todavía resonaban en sus oídos los cánticos sagrados, una mano alevosa atenta contra la vida de ese grande hombre, cometiendo un crimen en todos nosotros, atentando contra la nacionalidad, causando una desesperada perturbación en los corazones, realizando un crimen de lesa humanidad.

Permitidme, amados de mi alma, que yo exhale la primera queja, que yo exhale el primer lamento por el Sr. Cánovas del Castillo, á quien me unía una tierna y profunda amistad; nació, como yo, en Málaga; fué bautizado en la misma piedra bautismal que yo, y recibimos el mismo año el Sacramento de la Confirmación; después, en la niñez, nos estrechó el lazo de la amistad, y yo entonces ví en él al hombre grande, al hombre de Estado, y él veía en mí al hombre alejado de las luchas políticas del mundo; quizás presumía en mí al humilde sacerdote. Por eso le lloro con abundantes lágrimas que salen de mis ojos, por eso es grande la pena del corazón al recordar su muerte.

Por lo demás, señores, era D. Antonio Cánovas del Castillo, todos lo sabéis, el hombre de inmenso talento, gran literato á más de protector de las artes, enamorado de la ciencia, el protector de todo lo grande y de todo lo bueno; pero yo, señores, no voy á hacer aquí su

panegírico, aparte de que yo no cuento con conocimientos para juzgar de cosa tan trascendental como la gobernación del Estado; yo creo, señores, siguiendo las huellas de la Iglesia Apostólica Romana, que al hombre no debe juzgársele á los días inmediatos á su muerte.»

Hizo un ligero estudio del Sr. Cánovas del Castillo, terminando con estas palabras:

«En la vida de los hombres, señores, la moral se compone de sus actos, porque sus actos forman como los guarismos que después de la vida se suman, y esta suma es lo que constituye el peso en la balanza de la justicia.»

Ocupándose del criminal, dijo textualmente: «¡Ah, señores! no me atrevo yo á nombrarle. ¿Sabéis por qué? Porque ese hombre ha consumado un crimen de lesa humanidad. ¿Y queréis oír un elocuente sermón para todos vosotros, para todos los gobernantes, para todos los ciudadanos? Este sermón se ha escapado de su boca, diciendo: yo no he estado nunca en el templo; es la primera vez que he entrado en él.»

Después dijo:

«Europa entera, los Reyes, los Soberanos, el Príncipe Bismarck, que no ha bajado nunca la cabeza y ha dicho que la dobla ante el señor Cánovas del Castillo, se han inclinado con veneración ante el hombre ilustre que hoy todos lloramos; ante ese gran hombre, que ha producido en España un sentimiento para todas las clases sociales.»

La notable oración del señor Arzobispo produjo excelente efecto en el numeroso público que la escuchó; de ella tendrán nuestros lectores alguna idea por los párrafos textuales que reproducimos; la extensión del discurso nos impide publicar la traducción íntegra hecha por el taquígrafo del Ayuntamiento.

III

BREVE REFERENCIA DE LA ORACIÓN FÚNEBRE PRONUNCIADA EN LA IGLESIA CATEDRAL DE MÁLAGA POR EL CAÑÓNIGO MAGISTRAL DE LA MISMA D. VALENTÍN MARÍN RUS, EN LAS SOLEMNES EXEQUIAS CELEBRADAS POR EL ALMA DEL SR. CÁNOVAS.

«Grandes y profundas enseñanzas se derivan de la muerte violenta del grande hombre;

IV

pero, como decía con más elocuencia que nosotros el Sr. Marín en su oración fúnebre, la más importante es la de que, á vista de ese mártir ilustre asesinado por el anarquismo, la sociedad medite en su defensa, que ya no es posible retardarla ni un solo momento.

Parece como que la Providencia, con lo extraordinario de este crimen, nos avisa del cumplimiento de nuestro deber, y que ha permitido que la víctima sea la más ilustre, para que el pueblo español salga de su punible indiferencia y corte el mal de una manera rápida y definitiva.

Los sangrientos despojos del eximio hombre de Estado piden inmediatas soluciones para el pavoroso problema; el alma augusta del mártir parece que llama á la nuestra, no pidiendo nada para él, que nada necesita el que está en la presencia de Dios, sino luchando aún en servicio nuestro, de esta desgraciada España, que le fué tan querida, y por la que ha sacrificado hasta su existencia.

Si este solemne aviso es escuchado por todos nosotros y sin perder momento nos apresuramos á que nos aproveche la terrible lección, aun después de su muerte, la sociedad tendrá que agradecer al eminente malagueño su último sacrificio.

Para evitar el mal, como decía muy bien el Sr. Marín Rus, es preciso remontarnos á la causa, sin concretarnos solamente á los efectos; es de absoluta necesidad dar el golpe de muerte en la raíz para que ese árbol siniestro no produzca tantos asesinos; y en lo que respecta al Gobierno, debe saber que los *salvajes de la civilización* no brotan espontáneamente, sino que se forman con enseñanzas infames, con asociaciones más infames aún y aun con prensa que, de modo más ó menos directo, hace la apología de estos malditos crímenes sociales.

Que la memoria del inmortal Cánovas no se aparte de nosotros: que el crimen de que ha sido víctima no pierda con el tiempo su brutal relieve, y que cuantos lloramos su muerte nos conjuremos contra el anarquismo hasta que no queden de él ni señales.

Son ellos infames en la agresión; seamos nosotros inexorables en el castigo y enérgicos é indomables en contener su progreso, arrancando las raíces del mal. »

ORACIÓN FÚNEBRE PRONUNCIADA EN LAS SOLEMNES EXEQUIAS COSTRADAS POR EL PARTIDO CONSERVADOR DE LA PROVINCIA DE CASTELLÓN Á FAVOR DEL ALMA DEL SR. CÁNOVAS, POR EL DOCTOR D. JUAN GARRIDO, CAPELLÁN DE HONOR HONORARIO, PREDICADOR DE S. M. Y CANÓNIGO MAGISTRAL DE LA CATEDRAL DE VALENCIA

« Al contemplar en este sagrado recinto y en derredor de suntuoso catafalco cuantas personas respetables por su prosapia, ilustres por su saber, distinguidas por sus legítimas influencias y notables por su piedad, gozan de merecido renombre en el censo de la provincia de Castellón, se advierte desde luego que una desgracia inmensa, trascendental, embarga hoy los corazones. Porque si sólo se tratara de honrar la memoria de un prócer, ¿quienes sino los que ostentan escudos de bien adquirida grandeza rendirían tributo de dolor? Si solas las letras lloraran la pérdida de uno de sus más fervientes cultivadores, ¿no serían las Academias y Liceos quienes se cubrieran de fúnebre crespón? Y si la cruel y atrevida parca hubiera segado con su inexorable guadaña la vida de un hombre consagrado exclusivamente á poner en juego los resortes de una política hábil y beneficiosa tan sólo para sí y sus adeptos, ¿quienes más que sus deudos habrían de reconocerse obligados á embalsamar su tumba con afectos de ternura y gratitud?

.....
Pero cuando vemos que todas las clases sociales, sin distinción de estados, se hallan aquí representadas por igual y confunden entre sí amargo llanto, ¡ ¡ ay ! ! es evidente que una desgracia nacional embarga nuestros corazones.

Sí; el que disponía á su arbitrio, aun no poseyendo ninguno, de todos los blasones y títulos de nobleza; el varón ilustre solicitado por todos los Institutos, por todas las Sociedades, por todas las Academias de las Ciencias humanas; el eminente estadista ante cuyo nombre inclinaba su cabeza aquel que, por haber cambiado á su antojo la paz de Europa y haber transportado á Rusia el centro de los destinos de la civilización europea, nunca la inclinó ante los demás Cancilleres del mundo; D. Antonio Cánovas del Castillo cayó al golpe de un crimen enorme, tan enorme que

ha hecho eco de horror en ambos mundos y más allá de cuantos viven. Una mano horrenda y facinerosa, movida por un corazón de fiera, consumó en la persona del Magistrado encima del cual sólo brillaba la corona del Rey, el más feroz, el más atrevido de los asesinatos... dejando sumidos en la aflicción más profunda, no sólo á su amada esposa, sino al pueblo, que le admiraba como á uno de los más preclaros ornamentos de su Historia. ¡Qué extraño parecerá que los admiradores del verbo de aquel entendimiento privilegiado, que modelaba tipos é ideas que, por lo nuevas, conmovían al mundo de la ciencia, paguen hoy tributo á su memoria? ¡Quién podrá tener por cosa rara que expresen hoy su sentido pésame los que lloran la pérdida de aquella palabra que, aun modulada por órganos viejos, vibraba con la fuerza de una eterna juventud?... Y aunque toda pasión levanta vapores que oscurecen y aun impiden la razón, si es mucha su vehemencia, ¡qué pasión política, por vehemente que sea, podrá negar con justicia los elogios fúnebres de don Antonio Cánovas del Castillo? Sabido es, señores, que es muy difícil escribir mucho sobre diferentes materias, y no separarse de la verdad en ninguna; que atravesar el mar tempestuoso de las ciencias sin chocar contra ninguno de los escollos en que han naufragado tantos sabios, es propio de la ciencia divinamente comunicada; que caminar por las sendas resbaladizas de la gobernación de los pueblos y no encontrar con ningún tropiezo, es un don con que el cielo ha distinguido á muy contados gobernantes. ¡Y es posible ser hombre y vivir como los ángeles?»

«Yo no vengo á celebrar las excelencias de un Santo, ni las raras y encumbradas perfecciones de una de esas almas influidas constantemente por la divina gracia... Vengo á honrar la memoria de un hombre digno de universal respeto y admiración universal por haber recibido de Dios la ciencia de las cosas existentes y haber llegado, mediante ella, á conocer las vicisitudes de los tiempos y las inclinaciones de los hombres de su época. Es mi ánimo elogiar al insigne sabio y eminente estadista...»

«¡D. Antonio Cánovas es digno de admiración y respeto universal por su saber, y de pie-

dad y duelo de los españoles por su muerte!»

«Cuando, derribados los imperios trazados por el filo de la espada, han llegado á temblar las gigantescas basílicas de los entendimientos, debe considerarse como un prodigio la manifestación de un genio que, tocado de los rayos de luz que despiden la sabiduría eterna, lega á las posteridades los más bellos monumentos del saber. Y si Pitágoras, en la paz de los valles de Grecia, recibía los homenajes de sus discípulos; si Platón se paseaba escoltado de admiradores á lo largo de las escarpadas crestas del cabo Sunio, y el Occidente se disponía á recoger los ecos de la voz que elevaba Confucio en un extremo Oriental, ¡qué extraño es que la prensa... y los Parlamentos... y los Centros de administración... formasen alrededor de Antonio Cánovas, admirando la fluidez con que se desprendían de su preclaro ingenio notas, conceptos, tesis y proposiciones que, abarcando los inmensos dominios de las ciencias, daban solución á los problemas de su época y de su Patria?»

«Y si aún damos el título de genio á quien en algún orden de las manifestaciones de la energía y actividad humanas está muy sobre el nivel de los demás, ¡por qué lo hemos de reconocer en D. Antonio Cánovas la subsistencia del genio como fuerza creadora de prodigiosa elocuencia? Señores, en la elocuencia de Cánovas viéronse reunidos todos los caracteres que, separados, bastan para formar la gloria de los oradores más famosos de la antigüedad.»

«D. Antonio Cánovas no poseía tan sólo en eminentísimo grado la facultad de persuadir al oyente y de conmover su ánimo por medio de la palabra; allá en el verbo de su entendimiento llameaba la luz del genio de la ciencia.»

«En el Ateneo de Madrid (que presidieron, dice, el Duque de Rivas, Alcalá-Galiano, Donoso Cortés y los Pidal) combatió D. Antonio Cánovas (1), y combatió sin tregua, y cuerpo

(1) Que también hubo de presidirlo bastante tiempo.

á cuerpo, con el desatentado revolucionarismo de las escuelas irreligiosas y demagógicas, esgrimiendo las armas bien templadas de la ciencia con el valor que á la ciencia presta la fe en la Religión católica. Quien quiera que con ánimo sereno y desapasionado medite sobre las afirmaciones filosóficas y morales é históricas y políticas de Cánovas, ¿podrá negarle con justicia el atributo de católico que sobresale en las prodigiosas manifestaciones de su genio científico? »

« No seré yo, aun ayudado de documentos tan convincentes (como los que cita), quien juzgue del catolicismo de Cánovas como sabio; júzguelo, en primer lugar, el eminente filósofo, exornado con la doble púrpura de la ciencia y la esplendente púrpura romana, el Cardenal González, para el cual los trabajos históricos de Cánovas son dignos de ser tomados en cuenta en la historia de la filosofía del presente siglo; júzguelo también el ilustre historiador y publicista belga Humissen, según el cual para Cánovas, el sabio, el economista, el hombre de Estado, no se apartan ni un instante del católico fiel, profundamente penetrado de la eficacia social de los dogmas del cristianismo. »

« Cánovas, que en filosofía rendía culto al principio cristiano y en moral á la moral católica, y en historia á la severa imparcialidad, no admitió otra ley de economía política que la ley de la expiación; ley en que el trabajo aparece como un castigo y un mérito, y junto al trabajo va el ahorro y con el ahorro la caridad, y con la caridad el cielo, y con el cielo una eterna compensación del trabajo y del dolor (1). »

« Pero... yo no quiero hablar de la vida política de D. Antonio Cánovas, ni de sus persecuciones ni sus triunfos; ante esa figura colosal que se alza en la historia del último tercio del siglo XIX yo no me detengo; paso de largo, después de inclinarme ante ella, como se inclinan las almas nobles y generosas ante la estatua de un genio bienhechor. »

(1) Discurso parlamentario acerca de « La Internacional ».

« Duelo y piedad nos demanda la muerte de D. Antonio Cánovas, ya que nuestra lengua debe enmudecer ante su ciencia y sus cualidades de hombre de Estado. La muerte no en todos es igual, ni el golpe de su terrible brazo produce siempre unas mismas consecuencias. »

« Habiendo visto ya con admiración el tesoro riquísimo de conocimientos que constituía el patrimonio del malogrado D. Antonio Cánovas, y después de recorrer á flor de tierra las espaciosas regiones de su acción política, probado que, como sabio, es digno de nuestro respeto, y demostrada la razón del duelo universal, por cuanto el atentado de que fué víctima no tuvo por móvil rencores personales, sino el odio á la autoridad. acercáos á esa tumba silenciosa... y pedid al Señor de las misericordias que, ya que concedió á su siervo Cánovas la ciencia verdadera para conocer las vicisitudes de los tiempos y las inclinaciones de los hombres, le dé á ver aquel Centro de luz, de verdad y de vida donde Dios tiene su imperio y desde el cual reina por los siglos de los siglos. »

V

ELOGIO FÚNEBRE

DEL EXCMO. SR. D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO, PRONUNCIADO EN LA CATEDRAL DE SAN LUIS DE POTOSÍ, POR EL ILMO. SR. D. IGNACIO MONTES DE OCA Y OBREGÓN, OBISPO DE DICHA DIÓCESIS, DOCTOR EN TEOLOGÍA Y AMBOS DERECHOS, CORRESPONDIENTE DE LAS REALES ACADEMIAS ESPAÑOLA Y DE LA HISTORIA, EN LAS SOLEMNES EXEQUIAS CELEBRADAS POR LA COLONIA ESPAÑOLA EL 9 DE SEPTIEMBRE DE 1897.

En *El Estandarte*, periódico que ve la luz en San Luis de Potosí, se hizo una interesante relación de las suntuosas honras fúnebres celebradas en aquella catedral por el alma del Sr. Cánovas, y á que asistieron el Gobernador del Estado, el Vicecónsul de España, individuos del Supremo Tribunal y del Congreso y los personajes más preeminentes de la colonia española.

La notabilísima oración del señor Obispo, que, según dicho periódico, haría época en los anales de la oratoria sagrada, dice así:

Nom solum Judæi, sed aliæ quoque nationes, indignabantur et moleste ferebant de nece tanti viri injusta.

No sólo á sus compatriotas y coreligionarios, sino á las naciones extranjeras, ha llenado de indignación y sumergido en hondo duelo el alevoso asesinato de varón tan insigne.

II Mac. IV, 35.

«Un mes ha transcurrido desde que se consumó el horrible atentado. La ilustre víctima duerme tranquila en su glorioso sepulcro, y han desaparecido las manchas de la sangre del mártir. La justicia humana ha cumplido su misión con la rapidez y el rigor que tamaño crimen demandaba, y el asesino también reposa en la huesa cavada por el verdugo. El timón de esa nave tan difícil de gobernar, que en medio de la más furiosa tormenta quedó privado de la dirección del gran repúblico, se ve ya empujado por otras manos vigorosas que parecen llevarla por idéntico rumbo. Sus deudos, su partido, el Estado, las Academias, los pobres empiezan á dividirse la herencia del prócer, del político, del patriota, del sabio, del cristiano. La máquina social funciona en ambos mundos con la misma precisión que antes del funesto acontecimiento, y todo, al parecer, ha pasado.

Todo ha pasado, sí; pero aún no pasa la indignación universal causada por el alevoso asesinato del insigne varón. Aún no se secan las lágrimas que ha hecho verter la pérdida, en estos momentos irreparable, de aquél á quien miraba España como su salvador. Aún se mantiene vivo el sentimiento de horror producido por la inicua trama que, al arrebatar la vida del primer Ministro de una Monarquía, amenaza con igual suerte á todos los Príncipes y gobernantes de la tierra. Como en tiempo del sacerdote Onías, la indignación y el luto no se manifiestan únicamente entre los partidarios y compatriotas de la ilustre víctima, *non solum Judæi*, sino que alcanzan á todas las naciones civilizadas de ambos continentes, *sed aliæ quoque nationes indignabantur*. Tiemblan en su trono el Czar de todas las Rusias y el Sultán de Turquía; se tienen que

rodear de guardias aun el Presidente de la República francesa y el Rey Humberto, si bien el poder de uno y otro emana de los principios modernos, y hasta los supremos magistrados de los Estados libres de ambas Américas se estremecen en las sillas en que la voluntad del pueblo los ha colocado.

Es que el proyectil homicida no ha herido tan sólo al jefe del partido conservador de la Monarquía española. Si así fuera, habría vacilado, señores, en aceptar la misión que me confiásteis de pronunciar su elogio al pie del altar. El repúblico insigne á quien lloramos hace tiempo que á la España entera representaba, que era, si así puedo expresarme, la encarnación viviente del *pensamiento español*. Aún hay más. Desde que empezó la lucha titánica en defensa de las últimas posesiones españolas en América y el extremo Oriente, personificaba el grande hombre de Estado los intereses de toda la raza española en ambos hemisferios, el elemento *pan-hispánico*, si me permitis esta expresión. Y no es esto todo. Al caer herido de muerte por un asesino que ningún resentimiento personal abrigaba contra su víctima, se elevó ésta á la categoría de representante del orden social, del principio de autoridad, de esa autoridad que emana de Dios mismo y que todos estamos obligados á defender. He aquí por qué subo con tanta confianza á esta cátedra, no sólo por complacer á la colonia española de mi ciudad episcopal, sino en cumplimiento de un alto deber religioso y patriótico, á tejer el elogio de D. Antonio Cánovas del Castillo; y me perdonaréis si al anunciároslo no agregó sus numerosos títulos, porque para señalaros su grandeza basta su nombre.

Un mes ha transcurrido, señores, desde que abandonó la tierra su alma escogida, y aún se pregunta el mundo quién podrá reemplazarlo. ¿Cuándo volverá á suscitar la Providencia otro hombre que á un talento tan claro una la afición al estudio y el amor á las letras hasta sus últimos instantes, que ponga estas altas cualidades, naturales y adquiridas, al servicio de la Patria, y que anime su vida pública y privada con el espíritu cristiano, único capaz de sublimar á un mortal hasta la altura en que hoy lo contemplamos?

Tal fué Cánovas del Castillo, y yo os invito á que, repasando conmigo los principales actos de su laboriosa vida, lo admiréis primero

como hombre de letras, poeta, orador, filósofo, historiógrafo; luego como político, y en todas circunstancias como cristiano. Concedme, os ruego, vuestra benévola atención.

X

Cuéntase de Napoleón el Grande que, felicitándole un día el emperador de Austria por el hallazgo de ciertos pergaminos que indicaban la ilustre prosapia de los Bonapartes, contestó altivamente: «No necesito antepasados; yo soy el Rodolfo de Hapaburgo de mi raza.» Otro tanto podría decir Cánovas del Castillo. Nació, como bien sabéis, al expirar la tercera década de este siglo, y para labrarse una carrera y una posición no contaba más que con los recursos de su ingenio. Era la época de las contiendas civiles y de las luchas políticas en España, y era preciso abrirse camino, ó con la espada de acero del militar, ó con la espada de la palabra del orador. Preferió la segunda, y desde su temprana juventud se dedicó á adquirir esa multitud de conocimientos que exige tan difícil carrera. Casi todas las demás artes, dice Cicerón, tienen cada una de por sí cuanto basta para sostenerse; *cetera fere artes se ipsa per se tuentur singula*. Pero el arte del bien decir, es á saber, de hablar con ciencia, con pericia y con elegancia, no tiene límite alguno que lo circunscriba como en un campo cercado.

Cánovas, no sólo siguió estos consejos (los que el orador cita), sino que fué más allá, y apropiándose los conceptos de los autores clásicos antiguos y modernos, compuso él mismo versos originales y cultivó la poesía, no tan sólo en sus mocedades, sino en la edad madura y hasta en los últimos años de su vida. ¿Hay que vituperarlo por esto, como lo han hecho algunos críticos? El cultivo de la poesía es para el hombre de letras lo que el ejercicio de la esgrima para el hombre de guerra. Indispensable éste al joven oficial, es no menos necesario al general encanecido en el campo de batalla. No que sea propio de un guerrero de edad madura y elevada jerarquía el sentar plaza de duelista ó de maestro de armas; pero es su deber no olvidar el manejo de la espada, ni exponerse á perder el vigor del cuerpo entregándose á la inacción.

No de otra suerte acaece con la esgrima del entendimiento; y el cultivo de la poesía, que formó parte integrante de la educación del joven, sirvió al estadista ya maduro, no sólo para llenar los forzados ocios en que lo sumergió de vez en cuando la política, sino para no dejar enervar aquellas brillantes facultades, que cada vez que salía de su involuntario reposo aparecían más frescas y más vigorosas.

Entre las poesías de sus juveniles años encontramos una intitulada *Ilusiones y desengaños—Roma—Italia*, á que en la última edición añade la siguiente nota: «Ni una palabra he alterado en esta composición que modifique la expresión de los sinceros sentimientos del autor en su juvenil edad y durante la crisis tremenda de 1847 á 1849.—Por lo demás, ilusiones y desengaños que padeció un Pontífice como Pío IX, nada tiene de particular que por un estudiante de jurisprudencia se padeciesen... ¿Por ventura al trazar recientemente estas líneas, ó al cantar hace medio siglo

«Y yo, Italia, te amaba...

Y allá en la noche oscura

Tal vez gloria y virtud en tí soñaba.»

.....

625

Donde mejor podemos descubrir—dice después el orador—el ánimo recto, la conciencia delicada y el acendrado patriotismo de don Antonio Cánovas es, á mi ver, en sus *Estudios sobre el reinado de Felipe IV*, publicados cuando el autor tenía cuarenta años; refundidos cuatro lustros más tarde, nos revelan el modo de pensar del gran político en tan diversas épocas de su vida, y nos dan la clave de su conducta en este último período.

En sus discursos, ya improvisados, ya escritos, por sincero que fuese al expresar sus pensamientos, tenía que atender á captarse la benevolencia de un auditorio fácilmente impresionable, y no le era dado vaciar tan completamente su corazón como al escribir la historia, destinada á lectores que tenían la facilidad de meditar á sangre fría y en silencio los conceptos vertidos, y á los cuales se podía presentar la verdad sin ambages.

La primera ley que se impone al historiador—dice Cicerón (1)—es guardarse de estam-

(1) De Oratore, lib. II.

par una falsedad; *¿quis nescit primam esse historia legem, ne quid falsi dicere audeat?* La segunda es no tener miedo por motivo alguno de decir la verdad, y toda la verdad, *¿deinde ne quid veri non audeat?* La tercera es evitar toda sospecha de parcialidad, ó de espíritu de partido; *¿ne qua suspicio gratia sit in scribendo, ne qua similitatis?* Todos estos preceptos cumplió al pie de la letra el historiador español; y yendo aún más allá de lo que soñara el orador romano, tuvo el valor de corregir los errores en que al principio incurria y de confesar haber errado, y el patriotismo de escoger un asunto escabroso; pero que era preciso tratar para la salvación de la Patria.

«No eran tan propensos nuestros antepasados (nos dice), ni la generalidad de los hombres lo son, á contar sus desdichas nacionales, cuanto sus glorias.» Se necesitaba, en efecto, gran dosis de atrevimiento para tocar un asunto como la pérdida de Portugal y el principio de la decadencia de España, y Cánovas no temió tratarlo, y siguió profundizándolo y esclareciendo un punto tan oscuro, sin disimular nada á sus lectores, aun á riesgo de lastimar los más delicados intereses.

«Poco debieron sospechar (dice al empezar sus *Reflexiones sobre la separación de Portugal*) los primeros liberales, nuestros antecesores, que ellos, que no se cansaban de censurar desdichas antiguas, como la segregación de Portugal y otras, perderían igualmente y en poquísimos años territorios mucho más vastos.» No es fácil saber si cuando primero se publicó este libro produjeron tales observaciones la misma impresión que en los que ahora las leemos. La crítica que hace de la inoportuna política de conciliación de Felipe II en Portugal y en Flandes, de la debilidad de aquel Monarca en no sofocar desde un principio la rebelión protestante en los Países Bajos, de su poca prudencia en retirar de aquellas apartadas provincias las tropas españolas, y en dejar abandonadas débiles guarniciones; las simpatías que parece le inspira más tarde el Ministro de Felipe IV, juzgado *omnipotente* por la generalidad de los historiadores, y que en realidad tenía atadas las manos en su lucha desgraciada por la unidad nacional, se pueden aplicar de tal manera á la situación de España en los últimos meses y á la que guardaba el Ministro de la augusta madre de Alfonso XIII, que si no supiéramos que el libro vió la luz mucho

antes de los recientes sucesos, nos veríamos tentados á creer que no es historia, sino retrato vivo de la época actual.

Pero apoyándose sus aseveraciones en documentos fehacientes, nadie puede ver en ellas alusiones á personajes ó partidos de los tiempos que corren; antes bien, nos vemos obligados á admirar la sagacidad del hombre de Estado al tomar la pluma de historiador, y su previsión, que raya en espíritu profético. «Aconteció en Flandes lo que por todas partes acontece, que la debilidad del mando obliga, tarde ó temprano, á los Gobiernos á exagerar sus rigores, y luego á sustentar dudosas luchas, si no prefieren entregarse á merced de sus adversarios, que es lo que hizo á la postre España en Portugal.» El que hace nueve años reimprimía estas líneas, trazadas hacía veinte ó cuarenta, *¿sabía ya, ó preveía* que á él iba á tocar la herencia de ajenas debilidades, que como el Conde-Duque de Olivares tendría que luchar, al parecer con un puñado de descontentos, en realidad con una gran potencia extranjera, y que los rigores de Montjuitch serían fatales á su persona, como lo fueron al favorito de Felipe, y entonces también, por desgracia, á toda la Monarquía?

¡Y no era Cánovas inclinado al rigor! Por el contrario, pocos caracteres podrán encontrarse más flexibles y conciliadores; y este espíritu debía infundirlo á todo su partido, á toda la Nación. No necesitamos para convencernos de ello recurrir á ajenos documentos. El en sus discursos nos ha dejado consignados sus íntimos sentimientos, y basta con tomar uno al acaso para leer en el fondo de su alma generosa. Él, en el que trata de *El juicio por Jurados y el partido liberal-conservador*, asegura, y esto delante de inmenso concurso, que «ninguno como este partido tiene dadas tantas pruebas de moderación y espíritu conciliador, desde la Restauración cuando menos». Lo que enuncia en el exordio lo desenvuelve y explica con galanas frases y lógica irresistible, y lo comprueba más que todo con los hechos. Después de largas páginas llenas de erudición y sólidos argumentos contra la práctica del Jurado en España, concluye que, «por su voto al menos, no habría dejado su partido de transigir hasta con el juicio por Jurados». Afirma que uno de sus deseos más caros ha sido entenderse con sus adversarios en todo lo referente á la organización de tribunales; y termina admitiendo

lo que tanto ha combatido y limitándose á «apetecer que no nos dé razón á los conservadores la experiencia y que la Providencia divina, ya que la ciencia no pueda ser, ilumine mejor que á los demás á los Jurados de nuestra Patria».

¿Puede pedirse mayor lenidad, más dulzura, mayor espíritu de conciliación? Y notad, señores, que estas transacciones no eran puramente platónicas. Era Cánovas un hombre que, llegado al poder, sostenía con los hechos las doctrinas que cuando no estaba en el Gobierno predicaba, y que jamás se mostró severo, sino cuando lo exigió la salvación de la Patria.

Donde aparece, quizá más que en ninguno de sus libros, filósofo profundo, jurisconsulto consumado, cristiano caritativo y católico convencido, es en su discurso sobre la *Cuestión obrera* y en los dos que le sirven de complemento sobre la *Conferencia de Berlín* y las *Últimas consideraciones* que ésta sugiere. Aunque ecléctico en todo, como él mismo se gloria, y aunque liba en todas las flores para la composición de estas arengas, manifiesta un criterio tan radicalmente católico, que si no supiéramos que la primera fué pronunciada antes que saliera á luz la famosa Encíclica de León XIII, *de conditione opificum*, creeríamos que el orador español se había inspirado en la lucubración del gran Pontífice.

Conoce á fondo la caridad cristiana; pero declara que esto no basta para resolver la cuestión. Comprende la importancia de la acción de la Iglesia; pero expone que ella no tiene actualmente todo el poder que se requiere para llevar á cabo las reformas que la situación exige, sin la ayuda del Estado, y en la necesidad de esta cooperación insiste una vez y otra con vehemencia. No quisiera cansaros con citas; pero no puedo resistir al deseo de repetir al pie de la letra algunas de sus sentencias, dignas en alto grado de esta cátedra santa.

.....

.....
 ¡Detente, ilustre orador! ¿Estás pensando acaso en que tú propio vas á ser víctima de este anarquismo, cuando después de señalar el peligro das el grito de alarma? No te quiso escuchar España, no te oye Europa, no han seguido tus consejos las Américas, y la sangre ha corrido y seguirá corriendo con la tuya.

¡Ojalá que atiendan á otras admoniciones que oportunamente le dirigiste, y que aún es tiempo de seguir! Tened la benevolencia de escucharlas.

.....

Y, sin embargo, no era este su modo favorito de preparar sus discursos, y cuando se le presentó la ocasión, contradijo abiertamente á estos preceptistas romanos, oponiéndoles otras teorías, así como diariamente les contradecía en la práctica. Prefería, en efecto, «la improvisación oratoria, más indispensable, más frecuente, más útil sin duda, en nuestras asambleas modernas, que su rival, aunque por fuerza menos correcta, y bien ordenada, más pobre en adornos y de menos efecto en la lectura». Comparaba al orador con el autor dramático que representa su propia obra, y explicando este principio, añadía que «este género de drama consiste no en monólogos, sino en verdaderos diálogos del orador con su público, en que sólo se oye la voz articulada del primero, pero en el cual es indispensable que tome parte el otro, con sus mil voces interiores, las cuales de seguro contestan á quien sabe preguntar, ya con aprobación, ya con desaprobarción, ya con entusiasmo, ya con cólera.» (1)

Cuando dictaba estos preceptos, los había puesto en práctica hacía largos años. Era, en verdad, un grande improvisador y un actor consumado. A la lógica contundente, á la elegancia en el decir, á la prontitud en responder, añadía esa gracia natural de la fértil Andalucía que lo vió nacer, y, cuando convenía, salpicaba sus discursos con ese gracejo, esas sales, esos chistes y alusiones que tanto recomendaba Cicerón, que hacían temblar de cólera á los contrarios, estremecerse de risa á los amigos, y que le aseguraban ese éxito inmediato, indispensable, según él, á todo orador.

.....

II

Hasta aquí, señores, he dejado hablar al poeta, al historiador, al filósofo, al jurisconsulto, al orador, al cristiano, y he procurado, citando sus propias palabras, que se retrate

(1) Prólogo á los *Oradores Romanos*, de Roda.

á sí mismo en estos altísimos caracteres. Mi tarea empieza á ser más difícil, pues tengo que entrar en el terreno para mí desconocido de la política, servirme de mis propias frases y comunicaros mis propias reflexiones. ¡Quiera el Señor inspirar mis palabras al tocar asunto tan escabroso!

Me he propuesto ponerlos delante de los ojos al lamentado Ministro de la augusta madre de Alfonso XIII, no como jefe de un partido, sino como representante genuino de España, de la raza española, del principio de autoridad. Me permitiréis, por tanto, que no os hable de sus primeros pasos como Diputado, ni de su intervención en los acontecimientos de Vicálvaro, ni aun siquiera de la parte que tuvo en su calidad de Encargado de Negocios en Roma, en la preparación del Concordato. Mucho menos trataré de investigar las simpatías ó antipatías que haya podido abrigar hacia la revolución de Septiembre, que derrocó la Dinastía por él restaurada pocos años más tarde. Desde este momento empieza su verdadera grandeza, y es cuando os invito á admirarlo.

No llevéis á mal que, hallándonos tan lejos del teatro de los acontecimientos, os recuerde la situación que guardaba España en la época de la Restauración. Ni la República ni la Monarquía revolucionaria habían podido darle la paz, ni mucho menos ponerla en la vía de progreso que algunos soñaron. Una gran parte de la Nación se acogió, para acabar con aquellas, á la bandera tradicionalista, ó legitimista, ó como queramos apellidar la causa de D. Carlos, y se encendió la guerra civil con todos sus horrores. Sostenía al último, como de costumbre, el elemento religioso, y le daba una fuerza que ningún otro partido alcanzaba; pero que, grande como era, no bastó para que lograra el triunfo definitivo. Era menester levantar un estandarte que conciliara todos los intereses y simbolizara todos los principios, desde la religión y la Monarquía tradicional hasta las libertades republicanas, y éste fué el que enarbó D. Antonio Cánovas del Castillo, poniéndolo en las manos de Alfonso XII.

Para alcanzar la victoria, no bastaba que los que habían permanecido fieles á la dinastía venciesen en el campo de batalla; era indispensable ganar los corazones. A los republicanos y á los monárquicos del duque de Aosta, los desveló la fuerza de los acontecimientos, y los

atrajo la diplomacia. Restaba arrebatár á los carlistas las armas materiales, y sobre todo, las armas morales que parecían hacerlos invencibles. No olvidéis, señores, que habían de pasar todavía varios años antes que León XIII (1) dirigiera á los Obispos españoles estas palabras: «Se ha de huir la equivocada opinión de los que mezclan y como identifican la religión con algún partido político, hasta el punto de tener poco menos que por separados del catolicismo á los que pertenecen á otro partido.» Reinaba entonces Pío IX, y la opinión general en todas partes era que la religión estaba vinculada, casi exclusivamente, en los partidarios de D. Carlos, y que afiliarse en otra bandera equivalía punto menos que á apostatar.

La grande habilidad de Cánovas consistió en dar al mundo señales de lo contrario, no sólo con la derogación de ciertas leyes que, como la del registro civil, desagradaban al pueblo español, sino sobre todo y más que todo, alcanzando la protección decidida del Soberano Pontífice para el joven Rey que acababa de recobrar, merced á él, el trono de sus abuelos. Si imponente fué el espectáculo que dió al mundo católico Alfonso XII, cuando al poner el pie en su reconquistado reino cayó en los brazos del Cardenal Moreno, Arzobispo primero de Valladolid y luego de Toledo, de mayor efecto fué la llegada del Nuncio apostólico á Madrid, dando el ósculo de paz, á nombre del Pontífice, al hijo de la Reina Isabel. «¡Ah!»—me decía por aquel tiempo, llorando en la falda francesa de los Pirineos, uno de los ardientes partidarios de D. Carlos.—No son las armas las que nos han vencido, sino el enviado pontificio. Lucharemos contra todas las potestades de la tierra; pero ante la decidida voluntad del Vicario de Cristo, es fuerza doblar la rodilla. Vimos impertérritos el avance de incontables legiones, pero al aparecer monseñor Simeoni no nos quedó otro recurso que emprender la retirada.»

¡Quién hubiera creído que en la segunda mitad del siglo XIX la alianza con el jefe del catolicismo diera tal fuerza á una Nación!

Ella salvó á España más tarde de la desigual guerra, como la llamó el mismo Cánovas, que inconsideradamente iban á emprender contra la poderosa Alemania. Ella ha contribuido en

(1) Encíclica *Cum Multis*.

gran parte á sostener en el Trono á la augusta Señora, émula de María Teresa de Austria y de doña Blanca, la madre de San Luis, que con tanta majestad y tanto tino lleva las riendas del difícil gobierno que las manecitas del Rey niño aún no son capaces de empuñar.

Todo esto ha sido, como nadie lo ignora, la obra de Cánovas del Castillo; y si á la Iglesia no se le dió tanto cuanto tal alianza parecía exigir, hay que tener en cuenta que era indispensable mantener el equilibrio entre los partidos contrarios, evitar males mayores y conservar á todo trance la paz.

Harto hizo con desterrar las revoluciones de la tierra clásica de los pronunciamientos, como las naciones extranjeras con escarnio la apellidaban, y convertir á España en una nueva Inglaterra, en que pacíficamente, y por turno, sin vulnerar en nada los derechos de la Corona, sin perturbar el orden social, y animados todos del más ardiente patriotismo, se suceden uno á otro en el mando los partidos liberal y conservador.

En una de las épocas en que imperaba el primero, fué cuando se preparó, y no por cierto entre las sombras de la noche, la terrible insurrección que en el momento dado estalló formidable en las islas españolas del extremo Oriente y del extremo Occidente.

¿Producirá este levantamiento los benéficos resultados que la rebelión de Cataluña en tiempo de Felipe IV (que con fruición precursora narra Cánovas del Castillo), es decir, el desengaño saludable y el convencimiento que, más bien que caer bajo extraña dominación, es preferible el yugo de nuestros hermanos?

Ni lo sé ni me toca investigarlo; pero si debo señalaros un gran beneficio que de esta guerra lamentable ha resultado á todos los hispano-americanos.

¿No habéis notado, señores, que desde el momento en que empezó á verse el peligro inmediato de que el Golfo de Méjico se convirtiera en un inmenso lago anglo-americano, los ojos, aun de los que antes eran enemigos de España, se volvieron con dulce mirada hacia la madre Patria? ¿No habéis observado la actitud tan digna y la neutralidad simpática que han guardado los gobernantes de las Repúblicas latinas de América? ¿No os indica esta conducta que la idea general es que los doscientos mil soldados que han venido á luchar á las Antillas están defendiendo, no sólo la

integridad de España, sino la existencia de sus hijas emancipadas, la libertad de la raza española en el Nuevo Mundo? ¿No pudiera esta conformidad de sentimientos engendrar la uniformidad de acción, y producir la confederación que soñó Bolívar, pero con la madre Patria á la cabeza?

La que fué una utopía en la época del vencedor de Juanín, podría ser una realidad en el siglo al ver el inmenso Imperio de Rusia atravesado por larguísima vía férrea desde las orillas del Neva hasta las costas fronterizas del Japón, y podrá construir otra que desde el estrecho Magallanes conduzca en breves días hasta la ribera del Bravo. Sea lo que fuere de estos sueños, la unión de corazones existe entre todos los hijos de la madre España, y esta unión se debe á D. Antonio Cánovas del Castillo, personificación al morir de toda la raza española.

¿En qué te había ofendido esta noble raza, hijo tenebroso del anarquismo, para que así salieras de tus antros á sumergirla en hondo duelo? ¿Qué agravios tenías que vengar en ese hombre, viva encarnación de la España, que te dió el asilo y el pan, que tu propia Italia te negaba? Bien te conocían sus numerosos guardadores, y á la benevolencia de ese gobernante tan generoso, que hay quien lo haya tachado de débil, debiste el que no te sepultaran en el castillo de Montjuich con los criminales que llamas tus hermanos.

¿Y pagas tamaña bondad ensangrentando el suelo que te ha dado hospitalario abrigo, arrancando la vida á tu bienhechor, poniendo en peligro hasta la integridad de la Nación á cuyo amparo te habías acogido?

¡Ah! Bien te reconozco en esa actitud de supremo desdén con que te encaras con tu víctima y desafías al poder que, vivo ó muerto, representa. No de otra suerte se me figura que Luzbel, primer padre y maestro del anarquismo, se ha de haber erguido ante el trono del Omnipotente al pronunciar el insensato *nos servíam*. Tal es la divisa de hermandad satánica á que estás afiliado: no servir á nadie, no tolerar autoridad alguna, todo destruir, todo aniquilar. Ya no me maravilla que asestes tus tiros al insigne varón que ningún mal te ha hecho. Representa el orden social, representa el principio de autoridad, representa á ese Dios cuya existencia niegas, y esto te basta.

¿Pero no ves, insensato, que Dios no muere,

como dijo, al caer asesinado también por tus hermanos, otro representante del poder y de la sociedad y de nuestra raza, en una de las Repúblicas hijas de España? (1) ¿No ves que al pretender derribar á tu víctima lo que has logrado es erigirle un pedestal que le engrandecerá á los ojos de todos los pueblos y de todas las generaciones?

Sí, señores; si gloriosa fué la vida de Cánovas, infinitamente más gloriosa ha sido su muerte de mártir. Ved cómo se postran ante su tumba los depositarios de esa autoridad emanada del derecho divino de que él fué representante y baluarte. «Desolada por la horrible desgracia—exclama la augusta Reina á quien tan fielmente sirvió,—no encuentro palabras con que expresar mi dolor... He perdido al Consejero leal que tanto me ayudaba y de quien necesitaba tanto. Los servicios eminentes que prestó á mi esposo D. Alfonso XII haciéndole objeto de todos mis respetos, y le unían conmigo nuevos y valiosísimos sacrificios por el Trono.»

A las lágrimas de la inconsolable Soberana une las suyas, y las bendiciones que abren las puertas del cielo, el Sumo Pontífice León XIII. En alta voz expresan su dolor los Emperadores y Reyes del antiguo mundo. Los Presidentes de las Repúblicas de América mandan á través de los mares sus gemidos; y uno de ellos, el del Uruguay, baña el mensaje de luto, no con llanto, sino con su propia sangre, vertida á los pocos días del mismo modo violento que la del mártir de Santa Agueda.

Bien habéis hecho, españoles, en iniciar esta solemne manifestación de duelo y gratitud. Pero no olvidéis que somos ante todo cristianos y que, más que de lágrimas de dolor, más que de cánticos de alabanza, ha menester el difunto de oraciones y de sufragios. Es manía universal hablar mal de los hombres que están en el poder, y nada perdonar á los que se hallan revestidos de autoridad. ¡Injusticia atroz! El gobernante—salvo rarísimas excepciones que confirman la regla—sacrifica al pueblo á quien se consagra, su vida, su salud, su reposo, su paz, su fortuna, sus intereses y, por servirlo, descuida á menudo hasta trabajar con el ahinco que conviniera por la salvación de su propia alma.

(1) García Moreno, Presidente del Ecuador.

Si su patriotismo no hubiera encumbrado á Cánovas hasta el alto puesto que ocupaba, habría podido pasar los últimos años de su vida en este dulce reposo, que permite al feriente cristiano prepararse con tiempo á la muerte. Los negocios públicos y la bala traidora que le arrebató tan violentamente la existencia no le dieron lugar para esa preparación inmediata, que tanto sirve para purificar el alma antes que se presente al justo juez de los vivos y de los muertos.

Los principios altamente religiosos de que hizo alarde toda su vida, que manifestó sin temor, aun en Asambleas abiertamente hostiles al catolicismo, y que se jactó más de una vez de no haber cambiado jamás, nos hacen creer que en los breves instantes que transcurrieron desde su primera herida hasta que exhaló el postrer suspiro su corazón se elevó al Señor con actos de sincera contrición, que unidos á los Sacramentos que á tiempo se le administraron, le habrán abierto las puertas del cielo.»

.....

VI

ORACIÓN FÚNEBRE

DEL DOCTOR D. RAMÓN ÁNGEL JARA, GOBERNADOR ECLESIASTICO DE VALPARAÍSO, EN LAS SOLEMNES EXEQUIAS CELEBRADAS EN HONOR DE D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO, EN LA IGLESIA MATRIS DE DICHA CAPITAL POR LA COLONIA ESPAÑOLA, EL 20 DE AGOSTO DE 1897.

La notabilísima oración fúnebre del doctor Jara, impresa en Montevideo, va precedida de una Carta-Prólogo, notable también, del doctor D. Matías Alonso Criado, Miembro de la Real Academia de la Historia, dirigida á la señora viuda de Cánovas, que comienza así:

«Vuestro ilustre esposo, de eterna memoria, me honró con su amistad afectuosa, y, como Presidente de la Real Academia de la Historia, en 1864, me señaló un puesto superior á mis méritos en tan docta Corporación...
 «Al caer el gigante, á impulsos del pigmeo, al sucumbir la virtud á manos del crimen, al suceder la apoteosis universal y pú-

blica al sacrificio individual que hasta carece de la razón del egoísmo, impidióme la distancia añadir una modesta corona á las muchas y valiosas que en la tumba marcaron el límite entre la vida del efímero miembro de la sociedad humana y la del personaje histórico, factor imperecedero de la civilización.»

«Había pensado recopilar las publicaciones de la prensa periódica del lugar de mi residencia y ordenarlas con la descripción de la grandiosa manifestación pública celebrada el 15 de Agosto en Montevideo en honor de la más ilustre víctima española del anarquismo, y renuncié á tal propósito, que hubiera dado un libro demasiado voluminoso, ante una novedad que venía á conciliar maravillosamente mi deseo con la brevedad y con el cumplimiento de otros deberes de amistad y de patriotismo. Tal fué el magistral discurso pronunciado en el templo principal de Valparaíso por el eminente orador chileno y venerado amigo mío, el doctor D. Ramón Angel Jara, documento de inapreciable valor, cuya difusión por América y por Europa importa, á mi entender, muchísimo, así por su especial carácter de acabada apología como por sus alcances, no sólo en las relaciones hispano-americanas, si que también en la más alta y amplia esfera de los intereses religiosos y humanitarios.»

«La ceremonia—aludiendo á las solemnes honras—fué digna de sus iniciadores, y correspondió á los peregrinos méritos que adornaban al insigne jefe del Gabinete español, traidoramente arrebatado á su Patria en hora infausta para ella y aun para el mundo civilizado.»

«Sobre la parte superior de la principal puerta de entrada (del templo) resaltaban del tul negro las letras de la siguiente inscripción (en latín): «Los hijos de España, llenos de gratitud y admiración, ruegan al Dios supremo por tí, ilustre Antonio Cánovas.»

«Sobre la puerta de la derecha—continuando la descripción—se ostentaba el telegrama, soberbiamente justiciero, que Bismarck envió—

y todos conocen—á la viuda del ilustre español.»

«En la nave central se alzaba un catafalco, majestuosamente hecho, cuyos adornos y cintas ostentaban, con letras de oro, frases en latín como éstas: «Hijos de Iberia, llorad amargamente, porque la fiera del anarquismo devoró á Cánovas, grande en las letras, y el más grande entre los políticos de su Patria.»

Descansaba sobre el fúnebre monumento una hermosa corona de violetas, adornada con rosas y siemprevivas, que llevaba la siguiente dedicatoria: «La colonia italiana de Valparaíso al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.»

Sigue el Sr. Alonso Criado encomiando el discurso pronunciado por el Gobernador eclesiástico, Sr. Jara, que después se extracta, y á cuya terminación ofició el responso el ilustrísimo señor Obispo de Guayaquil. El Sr. Alonso Criado dice después que si Cánovas hubiera fallecido de muerte natural no hubiese servido el suceso para acentuar la confraternidad hispano-americana; pero, sacrificado como un mártir de la civilización... ha tenido una muerte digna de su vida. Añade, transcribiendo palabras de Donoso Cortés, que Sócrates no fué tan grande por la vida que vivió como por la muerte que le dieron, y que el mundo se hubiera indignado contra Roma si ésta hubiera permitido que aquél muriese de la muerte de los demás hombres, terminando con otras frases del propio Donoso Cortés, repetidas por Castelar, que acogen á Cánovas como á uno de los más grandes hombres de la admirable Historia de España.

ORACIÓN FÚNEBRE (1)

Tras de un brillante exordio, en que recuerda el orador el asesinato de Carnot, tan sentido en Francia, «un nuevo grito ha venido, dice, á conmover la tierra, anunciando un crimen horrendo que deja á la víctima bañada en sangre y bañada en un mar de llanto á la

(1) Sentimos no poder reproducirla íntegra, como por su mérito merecía.

Iglesia, al Trono, á las Letras y á las glorias todas de una nación incomparable...

¡Ah! Ese grito ha desgarrado nuestras almas, porque esa voz es la tuya, ¡oh España, queridísima madre de nuestra Patria, abuela venerable de la generación americana!

Yo no acierto á explicarme la emoción que en esta hora me domina. He visto pasar delante de mis ojos túmulos funerarios de Pontífices y de magistrados, de sacerdotes y de guerreros, de víctimas inmoladas en crueles hecatombes, y con todo nunca sentí mi espíritu tan profundamente turbado... ¡Ah, señores! Es que al ver ultrajada por un misero asesino á la única nación que ha tenido dos mundos por corona; al ver, entre fúnebres crespones, inclinado sobre el cadáver de un hijo aquel pendón hispano que jamás pudieron doblar los infortunios; al ver abatidas por el dolor aquellas columnas del escudo ibérico que siempre alientan con el *plus ultra* de sus glorias, se revela en mis venas la altiva sangre española.»

«Por vez primera me encuentro delante de un sepulcro en torno del cual se agrupan, para hacer duelo común, casi todas las grandezas del espíritu humano. Y mientras la poesía y la historia, la elocuencia y el derecho, la diplomacia y la magistratura escriben en el álbum de sus glorias el nombre venerando del Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, dejadme á mí, en nombre de la Iglesia, que fué su madre, grabar en la lápida de su tumba el elogio más comprensivo con que los Libros Santos han honrado á un caudillo ilustre de Israel: *Erquisivit omnimodo ezaltare populum suum*. «En todo orden de cosas procuró el engrandecimiento de su Patria.» (1)

Si, señores; porque la engrandeció con el cultivo de las letras, con los servicios en la administración del Estado y con la firmeza incontrastable de su fe, el Sr. Cánovas del Castillo llegó á ser un cerebro, un corazón y un alma que no vivían sino para la gloria de su adorada España. He ahí por qué los hijos de ese pueblo, sin distinción de opiniones políticas, amigos y adversarios de la dinastía que hoy le rige, unen sus voces desde todos los ámbitos del mundo para execrar el crimen y

mezclar sus lágrimas para llorar al egregio compatriota.»

«Esta adorable Providencia que, según Bosquet, «prepara los efectos en las causas más distantes y realiza aquellos grandes sucesos cuyos resultados alcanzan tan lejos», prepara hombres extraordinarios que descuellan repentinamente entre la multitud por el brillo de su ingenio, por la espontaneidad del talento, por la serenidad del valor, por la fecundidad de sus empresas y, más que todo, por aquel sentimiento religioso que á todos los hombres verdaderamente superiores les acerca, sin esfuerzo, á la grandeza infinita de Dios.»

«Era indispensable, señores, anticipar esta reflexión de carácter general, para explicarnos el apareamiento súbito de D. Antonio Cánovas del Castillo en los puestos más elevados de la magistratura española. Era hombre providencial, y Dios le había preparado con dotes extraordinarias en su inteligencia y cualidades sobresalientes en su carácter.»

«Lo sabéis, señores. Cánovas reveló la superioridad de su espíritu desde que se inició en el cultivo de las Letras; superioridad que se tornó en ruidosos triunfos...

¡Misterios de la vida! ¡Cuándo habría de pensar el joven Cánovas del Castillo que en la tarde de la vida, su propia cabeza ensangrentada habría de producir en el mundo mayor espanto que aquella fatídica campana formada de la cabeza de los nobles, y por él tan admirablemente dibujada!

El sol, para alumbrar, no admite espera; en apareciendo, su luz se impone. Y así se imponen á las multitudes y á los Gobiernos los hombres verdaderamente superiores. Por lo mismo que á ellos están reservadas las grandes empresas, Dios cuida de ellos, y por medio de las situaciones en que les coloca, de los acontecimientos que les hace presenciar, de los personajes con quienes los relaciona, va preparándoles para sus altísimos designios.

Todo esto puede decirse precisamente de Cánovas. A él le fué dado presenciar, dentro

(1) Lib. 2.º de los Macab, cap. XIV, núm. 35.

y fuera de su Patria, grandes sacudimientos sociales.»

«En ese momento supremo—aludiendo el orador al deseo de los españoles de la Restauración,—salta sobre el puente un hombre extraordinario trayendo en su alma los destellos del genio. Sé abre paso por entre la turbada multitud; llama en torno suyo á los representantes del pueblo; alza su voz poderosa como el trueno, y exclama: «No es posible que sobre el Trono de España se perpetúen monarcas extranjeros; traigamos sobre nuestros brazos á un hijo de nuestra raza, que el Cetro de España sabrá unirnos á todos cuando lo veamos empuñado por un heredero de nuestros Reyes.»

—¡Cierto! ¡A la obra!—responden millones de ciudadanos, y Alfonso XII sube al Trono traído por las manos de aquel humilde malagueño, D. Antonio Cánovas del Castillo.....»

* * *

Habla después el orador de la elocuencia prodigiosa de Cánovas, el cual, junto con la energía de Demóstenes y la gravedad de Hortensio, le acompañaban el razonamiento de Esquines, la ternura de Cicerón y á veces la aspereza satírica de Focion...

«No debe, pues, sorprendernos, señores—continúa,—que un ciudadano de tan egregias dotes fuera capaz de encarrilar á su Patria por un sendero en que se conciliaran el orden y la libertad, sostenidas por la fidelidad y la obediencia al Soberano.

Cánovas del Castillo, como hombre de ideas profundas y no de huecas palabras, amaba tanto la verdadera libertad como detestaba á la falsa libertad, á esa caricatura que hace de ella la licencia.....»

«El amor apasionado que Cánovas profesaba al orden y á la libertad, fué el que le hizo desdefiar todas las tentaciones del amor propio con que la forma republicana, sustituida á la Monarquía en el Gobierno de España, hubiera de llevarle á las alturas del poder. El grande estadista sabía bien que los pueblos no se acomodan á los Gobiernos, sino

que éstos deben acomodarse á los pueblos.....»

* * *

«Restablecida la Monarquía en España, sería inoficioso decir que D. Antonio Cánovas del Castillo quedó obligado á ser, de cerca ó de lejos, según la prudencia se lo aconsejaba, el apoyo más firme y constante de la casa de Borbón.....»

«Hablad con aquellos que conocen bien la historia íntima de los palacios, y ellos os dirán que Cánovas del Castillo ha tenido rasgos en su vida que habrían envidiado Richelieu en Francia y William Pitt en Inglaterra, porque es más fácil lisonjear la vanidad de los grandes que sorprenderlos en el camino de sus extravíos.....»

* * *

El orador sagrado se ocupa á continuación del profundo convencimiento que tenía Cánovas de los hombres, de su actividad, encontrándose casi al mismo tiempo en las Cortes pronunciando extensos discursos y dilucidando en los Consejos de Gobierno los más trascendentales problemas, llegando á donde no llegaba su palabra, sus escritos. El Ateneo y la Academia saboreaban, como regalada miel, los frutos de su ingenio, y las Cancillerías de las grandes naciones consultaban como oráculos las opiniones del primer Ministro de España.....»

* * *

«La brevedad del tiempo no me permite—dice, aproximándose á la conclusión,—agregar aquí sino una sola pregunta: ¿Qué resorte secreto había en este hombre excepcional, que armonizaba todas esas fuerzas del sabio, del literato, del jurisconsulto, del magistrado y del ciudadano? ¿Qué interés humano perseguía á costa de tantos sacrificios? ¿Serían los honores? Nadie los miró con tan soberano desprecio, hasta rehusar en su persona toda ostentación de recompensa humana. ¿Serían las lisonjas de los grandes? Las odiaba en tanto grado, que huía de la corte para buscarse algún solaz cultivando los fru-

tos, siempre agradecidos, de la tierra. ¡Serían títulos de nobleza! Los rechazó cien veces; una sola insinuación de su voluntad habría bastado para inclinar en su favor la balanza que él sostenía en sus propias manos. ¡Ah señores! Digámoslo de una vez. El secreto poderoso, el eje en torno del cual giraban todas las acciones de Cánovas del Casti-

llo, era la fe cristiana de su alma; fe humilde y sencilla; fe práctica é ilustrada; fe incommovible y siempre victoriosa.....»

.....
 «¡Consuélense vuestras almas al pensar que el mundo entero sufre con vosotros!.....»

.....

QUINTA PARTE

HOMENAJES PERMANENTES

SECCIÓN PRIMERA

Inscripción del nombre de Cánovas del Castillo en una lápida del Congreso

I

DISCUSIÓN DE LA PROPOSICIÓN

PRESENTADA CON TAL OBJETO

En la sesión del citado Cuerpo Colegislador de 25 de Julio de 1899, se presentó una proposición suscripta por los Sres. D. Aureliano Linares Rivas, D. Práxedes Mateo Sagasta, D. Francisco Romero y Robledo, don Antonio Maura, D. José Canalejas y Méndez, el Marqués de Mochales y D. Juan Poveda, pidiendo que el nombre de *Antonio Cánovas del Castillo* se inscribiese en el salón de Sesiones de la Cámara, como recuerdo á sus grandes servicios y testimonio de la gratitud de la Patria.

Esa proposición la apoyó el Sr. Linares Rivas en los términos siguientes:

« Señores Diputados: Vengo á demandaros un acto de justicia.

El ilustre nombre de Cánovas del Castillo no está todavía escrito en letras de oro en este recinto, donde tantas veces nos ha cautivado con su elocuencia asombrosa. Aquel medallón vacío (señalando al lado derecho de la Presidencia) es un cargo formidable contra

todos nosotros, habiendo, como hay, nombres tan gloriosos como el de Cánovas, que tienen tantos y tan merecidos títulos para ocuparlo.

Describir los méritos de un varón tan insigne sería completamente ocioso, sobre todo en una Asamblea donde tan reciente está el recuerdo de su paso por la política y por la historia entera del país.

Era Cánovas un orador parlamentario asombroso; jamás se dirigió al corazón de sus oyentes, siempre á su entendimiento, para convencernos y para persuadirnos. Cómo convencía y cómo persuadía siempre, lo sabéis todos vosotros perfectamente. No recordaréis ninguno de vosotros una sola contienda en que haya sido vencido; yo, por lo menos, que conservo tantos ejemplos de sus prodigiosos discursos, no recuerdo de una sola ocasión en que el éxito le haya vuelto la espalda.

Su nombre no era sólo de este recinto, no era sólo de España entera: era de Europa, era de todo el mundo. Júzguesele como se quiera en su gestión política, como orador parlamentario no habrá una sola discrepancia.

Cánovas era un historiador notable, era un gran sociólogo; todos sus trabajos en las Academias y en los libros de la Historia demuestran perfectamente las altas cualidades que se revelaban en él á cada instante.

Cánovas era, además, un insigne estadista; si alguien lo dudara, la política de la Restauración, tan dulce, tan humanitaria, tan benévola, tan conciliadora, bastaría por sí sola para fundar una reputación; y sin acudir á otros ejemplos, aquella política, repito, sería lo suficiente para dejar grabado su nombre de una manera indeleble en los fastos de la Historia española.

Sumamente trágica su muerte en Santa Agueda, ocurrida como para dejar paso á todas las desdichas que debían venir en tropel sobre España, le han constituido en un verdadero mártir.

No fué víctima del encono particular, no fué víctima de ningún odio particular ó privado; fué víctima de sus opiniones, de su manera de ver y dirigir la política española, y sobre todo del odio profundo que á sus resueltos mantenedores profesan todos aquellos que detestan el orden social.

Por consiguiente, como orador, como estadista, como sociólogo, como historiador, como mártir de la política española, tiene demasiados títulos para que vosotros acordéis que su nombre se grabe en aquel medallón para recuerdo de todos. » (*Muy bien.*)

El señor Marqués de Mochales, firmante también de la proposición, en nombre de la minoría liberal conservadora, añadió por su parte lo que se transcribe á continuación:

« Si de una parte mi natural y peculiar modestia me dicta que nada puedo añadir á cuanto tan elocuentemente acaba de decir mi particular amigo el Sr. Linares Rivas, de otra parte habéis de reconocer conmigo que fué tan alto el nivel alcanzado por el ilustre y para nosotros inolvidable jefe, D. Antonio Cánovas del Castillo, que aún sería mayor inmodestia pretender juzgarle ó siquiera encomiar ante vosotros su vida y la historia de sus actos, cuando su vida fué durante tantos años la vida de la Nación y con sus actos trazó la historia de la Patria.

Van transcurridos próximamente dos años desde su alevosa muerte, y de entonces acá tres Gobiernos se han sucedido y dos Cortes

fueron disueltas, y aun en medio de este ambiente, propio de las Cámaras deliberantes, á través de las pasiones que aquí embargan nuestros espíritus y alientan nuestras empresas; aun en medio de esta realidad que hace olvidar á los que existieron y fija nuestra atención en las angustias del presente, ó abre el pecho á las esperanzas de un porvenir más venturoso, en vano nadie pretenderá negarlo, todos lo sentimos, y aun todos lo confesamos, hay algo como de duelo, algo como de orfandad en la Cámara, y se palpa, se toca el vacío que dejó aquella ilustre personalidad á quien todos acudíamos, no sólo para nuestras empresas y batallas, sino para poner término á ellas, salvando él con su autoridad en los supremos instantes, no sólo la dignidad colectiva y personal, sino también los sagrados y grandes intereses de la Patria y la libertad.

Si D. Antonio Cánovas del Castillo como historiador y académico fué admirado por cuantos se dedican á la especulación científica y literaria, lo fué aún más todavía por el caudal de su erudición atesorado en su prodigiosa memoria, y por su peculiar afición al trabajo, y Cánovas orador fué por su potencia intelectual el más arrogante y viril orador parlamentario. Ahí, en la colección de nuestro *Diario de las Sesiones*, recogidos están sus más admirables discursos, y en todos ellos rebosa la sana doctrina, el dogma del partido liberal conservador, que es y será siempre el alma de cuantos con este ó semejante carácter pretendan sucederle. »

Al Marqués de Mochales siguió el Presidente del Consejo de Ministros, Sr. Silveira, que se expresó así:

« Señores Diputados: Cuando se esparció por España y por todo el mundo la triste nueva del drama de Santa Agueda, surgió unánime en el pensamiento de todos la idea de que el nombre de D. Antonio Cánovas del Castillo debía figurar en esas lápidas donde figuran los nombres de mártires ilustres de la libertad y del deber.

Fué víctima D. Antonio Cánovas, terminando de aquella manera, con gloria para él, su existencia, tan llena de servicios eminentes á la Patria, de la ira del anarquismo, que eligió su víctima, como suele hacerlo siempre, en la altura, buscando aquellos que podían

herir más la imaginación de las gentes en el sacrificio de un hombre que había consagrado precisamente su esfuerzo, no sólo á la defensa de la libertad y del orden en su Patria, sino al mejoramiento de las clases obreras y á la solución del problema social, que él, como nadie, había tratado en nuestro país con tanta elevación y al propio tiempo con tan profundo sentido práctico.

No hay que hacer el panegirico del Sr. Cánovas del Castillo, como decía muy bien el Sr. Linares Rivas; pero yo he sostenido siempre que la gran figura que representa en nuestra Historia y en nuestro desenvolvimiento intelectual, moral y político, no será apreciado exactamente sino cuando la distancia permita mirarla de algo más lejos, y entonces se reconocerá, por no entrar en otros detalles menudos que serían impropios en este momento, que supo sintetizar con admirable elevación é indiscutible prudencia todos los esfuerzos de las generaciones que le habían precedido en la defensa de las instituciones parlamentarias, dando á este país una legalidad común que ha permitido el desenvolvimiento práctico de las libertades públicas, y que asegura el funcionamiento del régimen representativo, si acertamos todos á conservar con prudencia lo que con prudencia estableció él, en momentos en que la prudencia era verdaderamente meritoria.

No se puede olvidar que cuando él sentó entre nosotros las bases de la tolerancia política, del equilibrio de la fuerza de los partidos y de la legalidad común, era el vencedor, y el vencedor con una fuerza avasalladora, que no ha tenido quizá ningún hombre público en España, al menos con tan sólidos cimientos y por tan largo tiempo como él pudo disfrutar de esa verdadera omnipotencia; no se puede olvidar que en tales circunstancias, refrenando, no ya sus pasiones, sino lo que es mucho más difícil, las pasiones de los suyos, las pasiones de los que tenía á su lado, de los que eran sus más leales amigos, sus más consecuentes partidarios, aquellos en quienes podía fiar de una manera más firme todo su porvenir y toda su existencia; conteniendo todas esas pasiones, estableció entre ellos un régimen de tolerancia, de ponderación de fuerzas, que aseguró cimientos sólidos á la legalidad común, y con ellos cimientos sólidos á la paz política y al bienestar de la Nación es-

pañola. No hubiera prestado otro servicio D. Antonio Cánovas del Castillo, y sería acreedor á figurar en primer término entre todos los hombres que han hecho algo por la grandeza, por la gloria y por la prosperidad de su país.

Pero, reunido á estos eminentes servicios políticos el conjunto de condiciones extraordinarias que hacían de él un orador incomparable, un escritor de primer orden, un historiador que ha sabido desentrañar muchas verdades oscurecidas en las leyendas de nuestro país, dando á nuestra Historia, en su desenvolvimiento y en su estado moderno, el sentido práctico de que estaba privada aquí hacía tanto tiempo; cuando, reunidas á sus eminentes servicios políticos esas cualidades extraordinarias, que poquimosos hombres han reunido en la Historia, todas las manifestaciones que se hagan en su honor serán, indudablemente, pequeñas y menudas al lado de las que nombre tan esclarecido merece.

Yo tuve la desgracia en los últimos años de disentir de algunos de sus puntos de vista políticos; pero me he consolado siempre, y me consuela en estos momentos, la idea de que jamás la pasión me ha arrastrado á desconocer en lo más mínimo, ni á disminuir en nada, lo que constituyó para siempre en mí un verdadero culto, la admiración hacia sus cualidades eminentes y el respeto hacia aquel hombre que tantos servicios había prestado al país, y que tantos merecimientos tenía para la humanidad entera, puesto que no se puede encerrar su nombre en el límite de la Historia de su propia Nación, sino que, como publicista y como pensador, ha sido estimado por el mundo entero en el alto valor que deben tener, y que tendrán constatemente sus obras.

Me asocio, pues, con profundo entusiasmo, aun cuando los momentos y la solemnidad que nos reúne en estos instantes despierten amarguísimos recuerdos, á la petición que ha hecho á la Cámara el Sr. Linares Rivas, y que estoy seguro que será acogida como un tributo de justicia por la Nación entera. » (*Muy bien.*)

—
Siguió al Sr. Silvela el Sr. Romero y Robledo, que se expresó así:

« Voy á decir sólo dos palabras.

El honor tributado á la memoria del hombre ilustre que hizo la Restauración, que dió á la

Restauración la corriente de política generosa que ha ensalzado el señor Presidente del Consejo de Ministros, y cuya falta en la política española se deja ver hasta en la composición de los partidos, no exige de mí que entone elogios y alabanzas que están en la conciencia del país; me he levantado sólo, por estar muy separado de la mayoría, para asociarme con todo el sentimiento y la verdad de mi alma al tributo rendido al verdadero mártir de la Patria, D. Antonio Cánovas del Castillo. » (*Muy bien.*)

Habló después el Sr. Poveda, dando las gracias al Presidente del Consejo de Ministros por haberse asociado al tributo de admiración y respeto á la memoria del Sr. Cánovas del Castillo, objeto de la proposición, cuyo nombre, gloria entre las glorias de la tribuna española, era necesario que constase inscrito en una de las lápidas del salón de Sesiones.

El Sr. Pi y Margall—lo consignamos por respeto á la verdad,—reconociendo los méritos del Sr. Cánovas, se opuso á la proposición, por razones que á nosotros no nos toca juzgar, y á las cuales contestó el Sr. Silvela del elocuente modo siguiente (1):

« Señores Diputados: No es éste momento de entrar en una discusión tan honda como aquella que las palabras del Sr. Pi y Margall provocan; pero no es posible oírlas en silencio sin protestar contra ellas, á causa de su notoria y enorme injusticia. (*Aplausos.*)

El Sr. Cánovas del Castillo, en la cuestión de Cuba, como en todas, mostró la elevación extraordinaria de su carácter. El patriotismo era la nota culminante en él. Los que le hemos podido tratar en la intimidad podemos dar testimonio perpetuo de que su alma se movía á la inspiración del patriotismo más que á la de ninguna otra pasión. Para él no había intereses de partido, intereses personales, ni estímulos de ninguna especie que no se subordinaran, por movimiento espontáneo de su corazón, á los intereses de la Patria. Siempre propicio para recoger el hecho más insignificante que pudiera redundar en aumento del bienestar y de la riqueza del país, para

(1) Algo se diría aquí también sobre las observaciones expuestas por el Sr. Pi y Margall, si el recopilador no fuese hermano de Cánovas.

recoger los trozos de cualquier monumento artístico, á fin de conservarlos á su país, ó para anotar cualquier hecho de la Historia, cualquier elemento de gloria que contribuyera á enaltecer las glorias de la Patria, sólo esta clase de estímulos movían su alma y su patriotismo con preferencia á todo linaje de pasiones.

Y en la cuestión de Cuba lo demostró cumplidamente. No puede olvidar ningún español de los que tuvieron la fortuna de haberlo escuchado de sus labios, la sinceridad y el calor con que dijo desde este sitio que él, en la cuestión de Cuba, que era una cuestión eminentemente nacional, ponía su criterio, su voluntad y su inteligencia en aras de la Patria, que esperaba que la Patria resolviera cuestión de aquel tamaño; pero que si su Patria vacilaba en el empeño tomado sobre sí de consumir sus fuerzas en defensa de aquellos florones de nuestra antigua corona de Castilla, él se resistiría, y si cedía por completo, quizá se retiraría del mundo de los vivos, quizá no podría soportar su alma, su corazón y su vida, el sentimiento y la pena que esto le ocasionaría. (*Muy bien, muy bien.*) Eso dijo, y en aquella ocasión él recogió los sentimientos de la Patria. Si la Patria se equivocó, esto no puede ser motivo para que dejen de tributársele los honores que merece.

No debemos esperar que la Historia le juzgue. La Historia tengo la convicción de que le juzgará como hombre eminente, como gran patriota; lo que seguramente juzgaría muy severamente la Historia es que los que estuvimos á su lado y admiramos sus virtudes y sus cualidades, le regateáramos los merecidos honores en el momento en que se los podemos tributar. Eso es lo que juzgaría severamente la Historia, si nosotros incurriéramos en semejante ingratitud. » (*Bien, bien. Aplausos en la mayoría.*)

Rectifica el Sr. Pi y Margall, declarando de nuevo que reconoce los méritos del Sr. Cánovas del Castillo, y después de algunas palabras del Sr. Poveda, rechazando la protesta del jefe de los federales, pronunciaron los siguientes discursos los Sres. Romero Robledo, Aguilera y García Alix.

El Sr. Romero Robledo:

« Me parece, con perdón del Sr. Pi y Margall, que S. S. no ha podido escoger una oca-

sión más inoportuna para discutir la cuestión de Cuba que ahora que se trata de honrar la memoria del Sr. Cánovas del Castillo.

Hace muy pocos días, el Sr. Linares Rivas lo ha recordado, todos los monárquicos de esta Cámara nos asociábamos gustosos al honor que se tributaba al eminente tribuno señor Castelar, y no sería porque alguno de nosotros hubiera tenido en su larga vida política algún punto de coincidencia con el señor Castelar, ni hubiera aprobado sus ideas ni su política. Hay que distinguir las opiniones que los hombres representan en la lucha de los partidos, de aquello que constituye nuestro patrimonio nacional, de las cualidades de los hombres que se distinguen; llegan á grandes posiciones y merecen un gran respeto de la opinión pública y de todos los que militan en los diversos partidos.

Aquí se honra la memoria del Sr. Cánovas y se honró hace poco la del Sr. Castelar, no porque esos hombres eminentes hicieran esta ó la otra política, sino porque llegaron á un gran puesto ganado por su entendimiento, y el Sr. Cánovas, además, porque murió á la cabeza del Gobierno, siendo representante del orden social, vilmente asesinado por los salvajes de la época moderna.

Por ese hecho, por esa razón, aquí figura en letras de oro el nombre del general Prim, y de seguro no votaron su inscripción los que le asesinaron. Por esa misma consideración está ahí el nombre de aquel que representa la negación de las ideas dominantes en otra época, y que fué uno de los que concurrieron á la transformación de la sociedad moderna. Por esas condiciones, ese vacío (señalando al medallón de la izquierda de la presidencia) está reclamando el nombre de Cánovas del Castillo. Por esa razón de equidad que á Prim, autor ó uno de los autores principales de la revolución de Septiembre, víctima de un vil asesinato, le hace figurar ahí como mártir de aquella causa, D. Antonio Cánovas del Castillo, autor ó director de la Restauración de la Monarquía (*Muy bien, muy bien*), y asesinado vilmente, debe figurar ahí, hoy más que nunca, por el aplauso unánime de todos los monárquicos de esta Cámara, sin que nada importe la oposición del Sr. Pi, como no sea para abrillantar la manifestación que aquí se realiza. (*Ruidosos aplausos.*)

El Sr. Pi y Margall, que cuando se tributa-

ron honras á Castelar no estaba en este sitio sin duda para no asociarse... (Haciéndose cargo de palabras que el Sr. Pi le dirige en voz baja.) Es decir, que si hubiera estado le hubiera combatido. Pues ya lo sabéis: el señor Pi y Margall es enemigo de todas las glorias nacionales.» (*Prolongados aplausos.*)

Por su parte, el Sr. Aguilera (D. Alberto) añadió:

«Señores diputados: En el momento que pedi la palabra estaban ausentes de la Cámara varios correligionarios míos que hubieran hecho uso de ella con más brillantez que yo puedo hacerlo. Esta circunstancia me impone el deber de ser brevísimo al asociarme en nombre del partido liberal á las manifestaciones de la Cámara en loor del ilustre repúblico Sr. Cánovas del Castillo.

Cualesquiera que hayan sido sus opiniones políticas, aquí, á nuestro lado, le hemos visto durante treinta años personificando todo un sistema, á cuya creación todos hemos contribuido. Con él hemos discutido, y aunque de él hayamos las más veces disentido, aún resuenan los ecos elocuentes de su voz en este recinto y no podemos negarle, después de muerto, ninguna de las cualidades que le reconocimos en vida, ni dejar de tributarle los honores á que por su alteza de miras, por su patriotismo y por su honradez política se hizo acreedor.

Por consiguiente, rogando á la Cámara me perdone, si dominado por las circunstancias que me han obligado á molestar su atención, no soy tan extenso como la importancia del asunto demandara, concluyo asociándome de todo corazón y á nombre del partido liberal á las manifestaciones y á la proposición del señor Linares Rivas.»

Por último, el Sr. García Alix, como vicepresidente de la Cámara, se expresó así:

«Señores diputados: La Mesa, que en esta ocasión solemne debiera estar representada por persona de más condiciones que la que la ocupa, no puede menos de asociarse á la proposición del Sr. Linares Rivas, interpretando la casi unanimidad de la Cámara, por ser ella un tributo rendido á la justicia, un homenaje debido al mérito relevante.

Es verdad que en esta ocasión no puede la Mesa, con dolor por su parte, consignar que

ha habido unanimidad completa; pero ¡ah señores! no amengua nunca la belleza del paisaje la sombra, ni la hermosura del cielo la nube. (*Muy bien, muy bien.*)

El Sr. Cánovas del Castillo representa una gloria como hombre de Estado de la Nación española; personifica la elocuencia parlamentaria; es el mártir del deber, que ha luchado contra todos aquellos que atentaban contra el orden social, y ha sucumbido en la lucha como sucumben los buenos. El nombre de Cánovas del Castillo debe estar aquí con la misma razón que está el del general Prim, por mantener el orden público, luchando contra los que lo perturbaban, contra los que le asesinaron en la sombra, porque no se atrevían á acometerle cara á cara (*Muy bien*); con la misma razón que está aquí el nombre del marqués del Duero, que murió luchando por la libertad y por el régimen constitucional, porque Cánovas del Castillo ha sido el continuador de la Historia de España, y ha caído defendiendo el interés supremo del orden social.

Por tanto, la Mesa cree que en la ocasión presente, olvidando esa pequeña nube, apartando esa ligera sombra, tomará análogo acuerdo al que tomó en tardes anteriores respecto de la proposición del Sr. Linares Rivas, decidiendo que sea votada desde luego, y que el nombre del ilustre mártir de Santa Agueda, del insigne hombre de Estado, figure en el salón de sesiones de esta Cámara en la lápida que ha indicado el Sr. Romero Robledo.» (*Muy bien, muy bien.*)

La proposición fué votada por unanimidad, y á poco el nombre de Cánovas del Castillo fué inscrito en una lápida, hasta entonces vacía, á la izquierda de la presidencia del Congreso.

II

ARTÍCULO DEL SR. D. SALVADOR CANALS

SOBRE EL MISMO ASUNTO

Al siguiente día, 26 de Julio. *El Español* diario político liberal, publicó el notable artículo que copiamos á continuación, del señor D. Salvador Canals:

Cánovas.

«Habla yo recientemente con un viejo republicano, de cuya integridad de convicciones y de carácter y de cuya pureza de costumbres atestigua la miseria en que vive, y me sorprendió el hecho de que, al hacer la crítica de los partidarios de la República, contra ninguno se ensañaba tanto como contra Pi y Margall, á pesar de existir entre los dos afinidades que no había entre mi interlocutor y centralistas tan convencidos como Castelar y Salmerón. Preguntábale yo la causa de su odio á Pi, y el ilustre y derrotado viejo me decía:

—Porque Pi y Margall es un *poscur*. Esa frialdad del «hombre de hielo» es una mentira; no es más que la máscara de un hombre lleno de pasiones. Respeto á la persona; pero detesto al político como á ninguno otro.

La otra tarde, al ver cómo Pi y Margall huía ostensiblemente del salón de sesiones del Congreso á la hora en que todos los grupos de la Cámara cantaban á Castelar, y ayer al oír cómo, en el mismo recinto y con análogo motivo, después de la muerte niveladora de todos los odios, el «hombre de hielo» tomaba la voz de la historia para imputar crudamente á Cánovas la pérdida de las colonias, he recordado el severo juicio que de este republicano burgués y personaje hacía aquel otro republicano bohemio y en miseria...

No ha sido justo, no, el Sr. Pi y Margall, ni ha adivinado la Historia, porque si ésta se hizo sobre la base de documentos más serenos que los juicios emitidos bajo el fragor de la actualidad por la gaceta periodística, la figura de Cánovas no podrá ser ofrecida á la posteridad con los siniestros colores de que ayer la pintaba el jefe de los federales. Pasión del cariño hay en los que presentan á Cánovas con todos los prestigios, rodeado de la aureola magnífica del estadista perfecto; pero hay también pasión, y pasión antipática de implacables rencores en quien pretenda reducir el grande hombre perdido á las modestas proporciones de un hábil parlamentario.

Hombre extraordinario de Parlamento era Cánovas; dominábalo con su voz sonora, con su estilo de hierro, con su juicio agudísimo, con su cultura asombrosa, con su energía al pensar y argüir, con aquella genial flexibili-

dad de su talento al exponer teorías y al modificarlas, según las leyes de la oportunidad, según las necesidades de gobierno; pero no fué sólo esto, no fué sólo el hombre de Parlamento, el hombre de elocuencia, el hombre de serios estudios, sino también, y acaso sobre todo, el hombre de Estado. Una de las grandes condiciones del Cánovas parlamentario es precisamente demostración de una de las grandes dotes de Cánovas estadista. Siempre se opuso á que se coleccionaran en libros sus discursos del Parlamento, reconociendo que entre unos y otros había contradicciones, si lícitas y necesarias en el *Diario de Sesiones*, que es la historia de un gobernante, impropias del libro de un pensador que ha de presentarse al público con gran solidez de criterio.

Para estudiar en justicia á Cánovas no es posible limitarse á analizar lo que hizo y lo que dejó de hacer, sino cómo hizo lo primero y por qué dejó de hacer lo segundo.

Si se dijera, en histórico inventario, que Cánovas tuvo en el período revolucionario el singular acierto de no acercarse tanto á las nuevas efímeras instituciones que pudiese perder la significación con que luego había de dirigir la Restauración, ni alejarse tanto de ellas que pudiera, como otros, momificarse en medio del torbellino de ideas que habían revolucionado al país; si se dijera que tuvo el carácter necesario para mantener, dentro de tanta anarquía, la cohesión de los elementos heterogéneos que habían de restaurar el Trono; si se dijera que al formar el primer partido de la Monarquía restaurada supo hacerlo tan amplio que en él cupiesen los hombres más opuestos, y tan fuerte que con él resistiera durante siete años todo género de acometidas; si se dijera que realizó el milagro de despojar de todo militarismo un trono por militares devuelto á su dueño; si se dijera que se creó enfrente, para el funcionamiento regular del régimen, un partido formado por grupos también notoriamente heterogéneos, y que se las arregló de modo que al entrar en la Monarquía los últimos revolucionarios lo hicieran sin alterar el equilibrio de los dos únicos partidos de Gobierno; si se dijera todo lo que Cánovas habló, todo lo que Cánovas legisló, todo lo que Cánovas gobernó—en toda la fuerza de la palabra,—se haría el retrato de un estadista notable; pero éste no aparecería tan grande como si se dijera á la vez para qué país,

sobre qué opinión, con qué gentes y en qué época realizó aquel hombre aquella obra (1).

Y aún se vería esto mejor analizando por qué dejó de hacer Cánovas lo que no hizo. Que dejó de hacer muchas cosas necesarias, ¿quién lo duda? Que no dignificó el origen del régimen parlamentario con procedimientos electorales de toda pureza, ¿quién puede negarlo? Que no quitó al ejército el usufructo de la mayor parte del presupuesto de gastos, como le había quitado el monopolio de la política, ¿quién lo discute? Que no dió al Ministerio de Fomento todo lo que la educación y el renacimiento material del país necesitaban, ¿cómo dudarlo? Que en los problemas coloniales procedió con vacilaciones, cayendo en funestas complacencias, ¿á que conduciría negarlo, si es cierto? Pero es menester recordar lo que Cánovas dijo sobre esas cosas en sus discursos de la oposición y leer lo que de ellas escribió en sus libros, para mirar en seguida por qué no hizo lo que al país convenía que se hiciera.

De 1875 á 1879, ¿quién hubiera hecho más de lo que Cánovas hizo, restaurar un Trono, darle una Constitución, rehacer un pueblo y terminar dos guerras? En 1879 y 80, ¿fué posible hacer otra cosa que evitar la resurrección del militarismo? En 1881, ¿se pudo hacer más que evitar que los liberales cayesen del lado de la libertad? En 1883, ¿qué hacer sino introducir en la Monarquía por la puerta del Gobierno á los amigos del duque de la Torre, é impedir después la formación de un tercer partido que habría alterado para muchos años el equilibrio parlamentario? En 1884 y 85, ¿en qué pudo ocuparse Cánovas más que en restañar las heridas revolucionarias de nuevo abiertas y en apretar los vínculos de nuevo relajados? De 1885 á 1890, durante la revolución democrática, ¿cómo no comprender la grande obra de Cánovas al contener á su partido y al ofrecerse á las clases conservadoras como garantía del nuevo estado de derecho? ¿Que Cánovas combatió éste! Gran torpeza habría sido lo contrario; ¿pues qué democrata se hubiese fiado de una democracia acogida con alborozo por Cánovas? ¿No sabe todo el mundo que el fracaso de la fórmula Abarzuza en 1895 no lo produjo más que la

(1) Esto último es lo más importante de cuanto en el artículo se dice.

colaboración de hombre que, como Romero Robledo, significaba tanto y tan desagradable para los cubanos?

En 1890, instaurada una nueva legalidad, convertidos republicanos y carlistas en trastos de museo arqueológico, pudo Cánovas entregarse á aquella obra; pero ¿no fué precisamente entonces cuando su partido comenzó la crisis de que no salió jamás? Cuando Romero Robledo, cuando Silvela, Cánovas tuvo siempre delante una disidencia, y para todo el que conozca nuestra política de personalismos, nuestra opinión muerta y nuestra prensa dispuesta siempre á soplar sobre todas las hogueras. ¿puede ser asombroso que Cánovas tuviera que apelar á esos procedimientos electorales en que no se sabe quién ha puesto más, si los Gobiernos con sus actos ó el país con sus omisiones? ¿Cómo arriesgarse á reducir los presupuestos militares en un país donde todo propósito de insubordinación encontraba siempre quien lo inflase y amparara con tal de producir una descalabradora al Gobierno? ¿Cómo lanzarse á una revolución de la política colonial, cuando la de la Metrópoli, por nuestra inveterada indisciplina social, parecía siempre prendida con alfileres?

La conducta de Cánovas en la cuestión de Cuba y en sus derivaciones internacionales, no es comprensible para un hombre como el Sr. Pi y Margall, que gobernó contemplando el ombligo de su filosofía. ¿Cómo un hombre que daba á entender en sus libros, y en la intimidad claramente decía que España era una Nación sin soldados, sin armas, sin barcos y sin dinero, la llevó á una guerra que, además, podía parar en otra mucho más grave y trascendental? Pues es muy sencillo.

Cánovas percibía la enfermedad nacional en sus grandes efectos; pero no conocía momento por momento el pensar y el sentir de la Nación. Entre ésta y él no había más intermediarios que los Diputados, las autoridades y los personajes por él creados, y la prensa. Aquellas criaturas suyas no se acercaban á Cánovas para hablar, sino para oír, y no tanto por afición á su ciencia, cuanto por codicia de sus bondades. ¿Podía ser esa una fuente de opinión? Por otro lado, la prensa no respondía más que á dos móviles: ó al prurito de oposición á todo trance, que aquí ha dominado siempre á los periódicos no comprometidos

con los Gobiernos, ó al lirismo vano, disfraz de la ignorancia ó comodín de la apatía, que aquí aplicamos siempre á todo aquello que es susceptible de un tropo. ¿Quién al leer la prensa española, sin excepción alguna, de 1895 á 1898, no imaginaba un país resuelto á todo sacrificio y á toda ruina antes que ceder frente á los insurrectos? ¿Qué hombre político, con la conciencia despierta, puede declarar que él sabía que no era la opinión como la pintaban los periódicos? ¿Qué Gobernador, ni qué Diputado, ni qué pueblo, ni qué Centro, ni qué elemento social se acercó á Cánovas para decirle lo contrario de lo que predicaba la prensa?

¿Cómo asombrarse de que Cánovas se creyera ante un dilema pavoroso: ó la lucha en Cuba con el desastre posible, ó la sublevación militar primero y la revolución política después con el desastre seguro? ¿Que se equivocaba Cánovas? Ahora, *á posteriori*, frente á una opinión impasible ante la pérdida de todas las colonias, frente á un país indiferente á todas las vergüenzas, frente á un Ejército resignado á todas las amarguras, todos lo vemos; pero ¿quién lo vió antes, quién lo dijo en un discurso ó en un artículo? Sólo Pi y Margall, á quien todos llamaron loco ó extravagante; sólo Pi y Margall, más culpable que los equivocados, pues no se lanzó á una peregrinación de propaganda que habría formado acaso una opinión que á todos abriera los ojos... ¿Por qué ha de pagar la equivocación de todos quien otras veces estuvo solo á la hora de los aciertos? (1)

Algo de esto y mucho más que esto tendrá que analizar la Historia cuando tropiece con la figura de Cánovas, y entonces, aunque se señalen sus errores, aunque se acentúe sobre todo aquel error suyo fundamental de una España ferozmente unitaria á la francesa, continuación de una funesta política de cuatro siglos, Cánovas, como hombre de Estado, conservará gloria bastante para que, al historiar su tiempo, queden de ella unos cuantos giros con que envolver y calentar el rostro helado de D. Francisco Pi. »

* * *

(1) Así como en la *Introducción* se cita este notable artículo, así debemos recordar aquí la defensa que, con pluma ajena, se hace allí de la conducta de Cánovas en la cuestión de Cuba.

III

EL NACIONAL

El periódico así titulado, fiel siempre á la memoria del Sr. Cánovas, en su número correspondiente al 30 de Octubre de 1899, publicó lo que sigue :

Congreso.

« En la corona de laurel, mucho tiempo vacía, solícita de una grande heroicidad que conmemorar, se destaca en letras de oro el nombre de Cánovas del Castillo. ¡ Cuánto pensamiento trae á la mente el homenaje de la Cámara ! Si por entre aquellas letras asoma al mundo la mirada del grande hombre, verá hoy su antigua hueste de cortesanos aduladores mariposeando en torno al angel rebelde del antiguo paraíso conservador.

Con la mudanza de los hombres verá también la triste mudanza de los tiempos, más difíciles y más graves, cuanto más menudos é incapaces los hombres venidos á la misión difícil de prevenirlos y encauzarlos.

Pero desde aquellos altos espacios, donde

el espíritu se despoja de pasiones terrenales, mejor será esperar inspiraciones grandes y hermosas que rayos de indignación y explosiones de odio.

Imponga á todos ese nombre, no el temor de execraciones violentas, sino la enseñanza de altísimos ejemplos. El recuerda las grandes luchas de la España moderna, la Restauración gloriosa, la transacción prudente, el gobernar discreto, la energía saludable, la vida por la Patria, la muerte alevosa, pero envidiable y grande de los mártires.

Al lado de otro héroe, también ceñido de áureo laurel, se aparece el nombre de Cánovas del Castillo.

También el marqués del Duero cayó gloriosamente vencido al plomo enemigo, y no muy lejos de aquel lugar, donde quiso la Providencia arrebatarlos al grande hombre de Estado.

La analogía de la muerte los reúne ; la voluntad de los hombres ata sus apellidos en el templo de las leyes... sabe Dios si cuando se hubiesen juntado en la tierra aquel ingenio poderoso y aquella espada victoriosa, no tendríamos que llorar por los pedazos de Patria y los pedazos de honra que el huracán de la desgracia se llevó entre sus negras alas... »

SECCIÓN SEGUNDA

La estatua de Cánovas

Si á raíz de la muerte del Sr. Cánovas del Castillo se hubiese abierto, como se pensó, una suscripción nacional para erigirle un monumento, aquella se hubiera elevado á una suma de consideración; pero se descuidó por los encargados de realizarlo, y hasta no volvió á pensarse en ello, al dividirse las fuerzas conservadoras que obedecían al Sr. Cánovas, quedándose unas con el señor duque de Tetuán, y marchándose otras con los disidentes que capitaneaba el Sr. Silvela (1). El Sr. Ro-

(1) En *La Correspondencia de España* correspondiente al jueves 9 de Diciembre de 1897, apareció un artículo en que se reflejaba la opinión general sobre un monumento á Cánovas; según puede verse á continuación:

EL MONUMENTO A CANOVAS

El recuerdo de Cánovas del Castillo será perpetuo en los libros de la Historia; pero ha de ser asimismo declarado ante el pueblo, esculpido para sus respetos, manifiesto para su gratitud, y hecho presente á todos, mientras duro la memoria de las generaciones y de los siglos: que también el nombre se borra y desaparece en la vida, así sea lo único que tiene de inmaterial el cuerpo humano.

¿Se traducirá en estatua el testimonio de la consideración de sus conciudadanos, en fundación benéfica, en instituto de enseñanzas y socorros, en obra pía adecuada á la grandeza del personaje? Es igual lo que ello sea, y es igual que todo á un tiempo se cree y establezca. Lo que no puede dejar de ser es que se prolongue hasta donde lo consienta el transcurso de los tiempos la memoria del gran estadista.

Aunque no lo intentaran, como lo intentan, los que más apasionadamente le seguían; aunque lo olvidasen, que no lo olvidan, los que vivieron más cerca de su persona: aunque la generación actual no rindiera el homenaje debido á los méritos y calidades de Cánovas, lo rendirían diversas gentes en diversos tiempos; como lo hicieron otros que sus contemporáneos con D. Alvaro de Bazán, y aun otros que inmediatamente no recibieron los favores con D. Baldomero Espartero y doña María Cristina.

mero y Robledo, que no se sumó con unas ni otras, y conservaba vivo el afecto que siempre tuvo á Cánovas, concibió, por su parte, el pensamiento de abrir con el indicado objeto una suscripción entre sus afines y amigos particulares, sin rechazar el concurso de cuantos quisieran asociarse á él, y con la perseverancia que le caracteriza y tanto le enaltece,

Recordamos de Cánovas la lucha; recuerdan sus adversarios cuánto les combatió, y cuánto les protegió sus aliados y amigos. Discutimos su política, su manera de ser, su humor, su idiosincrasia. Sabemos hasta dónde fué orador, hasta dónde literato y poeta, historiador y crítico, y hablamos todavía de su persona, de sus discursos y de sus libros, con la falta de serenidad que naturalmente impone el poco tiempo pasado y el breve paréntesis que nos separa de su gloriosa existencia.

Pero cuando se siente hondo y se piensa con elevación y desinterés, aparece la gran figura del gobernante que reconquistó la Patria, restauró la Monarquía, acabó dos guerras, afirmó las libertades públicas, y fué seguro fiador y garantía de respeto para todas las leyes que discutiera con el partido liberal de la restauración; para el sufragio universal, para la libérrima palabra escrita, para el Jurado, para lo que constituía y es el significado y la esencia de la escuela democrática, ensanchando con su amplísimo concepto de la Monarquía la esfera de esta gran magistratura de los siglos, y de esta institución tutelar de la nación española.

Y tal concepto de lo que Cánovas significaba y era, cada día se presentará con líneas mejor acusadas, y ha de penetrar con más luz en todos los entendimientos. Su memoria, que necesariamente se perpetuará, debe ser así estimada por los que le conocieron, y honrarse su generación honrando á su contemporáneo insigne.

La idea surgió bajo diferentes aspectos. Y al presentarse de relieve el influjo personal y político de los que intentaron igual homenaje, ya parece que no es lo principal honrar á Cánovas, sino demostrar cada uno mayor influencia entre los suyos, ó mayor entusiasmo, ó medios mayores de realizar el pensamiento, ó mayor adhesión al Presidente del Ministerio-Regencia.

¿Va á ser el monumento, la institución, ó lo que se acuerde, la obra de todos ó la obra de unos cuantos? No lo sabemos. Ignoramos también los propósitos de

realizó la obra que en honor del propio Cánovas se destaca, desde 1.º de Enero, en la plaza del Senado.

La descripción de este monumento, debido principal y casi exclusivamente, como queda dicho, al Sr. Romero y Robledo, corre impresa, autorizada por la *Comisión ejecutiva*, y no tenemos necesidad de reproducirla.

En la exposición del trabajo ó Memoria á que nos referimos, y en cuya portada se ve un buen grabado del monumento, se dice lo siguiente:

MEMORIA SOBRE LA ESTATUA

«Una de las figuras más notables de nuestra Historia contemporánea ha sido la del Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, que ha llenado con su nombre y su prestigio un cuarto de siglo.

Quizás es prematuro el momento para rendir á Cánovas del Castillo la admiración

Romero Robledo, que todo corazón y todo entusiasmo viene propagando constantemente la patriótica idea: ignoramos lo que piensa el Directorio conservador-liberal con D. Fernando Coa-Gayón; y asimismo desconocemos lo que podrán imaginar otras personas eminentes. Pero entendemos que no debe limitarse el propósito á los anhelos de un partido, menos á los de una fracción, por importante que sea, ó á los de una tendencia política cualquiera.

La creación de una Junta nacional podría resolver todas las dificultades y aunar todos los esfuerzos. Váyase á una obra de todos y todos iremos. El partido liberal se sumaría seguramente en conjunción patriótica á todas las fuerzas del partido conservador.

Podrían entrar en ella todos los liberales además y todos los que viven desinteresados ante los movimientos de la política militante. Compondrían la Junta personas de altura, y no sería la que se levantara la estatua de Romero, ni la de Ekluyen, todo lealtad y cariño hacia el gran hombre su amigo, ni la del Directorio, ni aun la de su partido, sino la de la Patria.

La que merece quien de modesta y honrada extracción se elevó á las mayores alturas de la vida por su propio esfuerzo, sus aptitudes únicas y sus talentos extraordinarios; la que se debe al carácter que entregaba su voluntad ante la primera condición ó el sencillo ahogo del admirador y del amigo; hombre sin rencores y corazón sin odios, porque jamás pasaron de sus labios, ni subieron al pensamiento, ni llegaron á sus entrañas, para el perjuicio de nadie las agudezas de su ingenio y de su palabra; y único definidor en el Parlamento y en el libro, filosófica y científicamente de la política liberal-conservadora, en conceptos que caben dentro de las escuelas más progresivas y más adelantadas; hombre, en fin, á quien se le debe un período de paz y de concordia, de prosperidad relativa, de respetos á todas las opiniones, de suavidad de costumbres, y de pujanza del crédito que no tiene igual en todo lo que va pasado de la presente centuria.»

que justamente merece, porque los grandes méritos se aquilatan en la pátina del tiempo, y tienen su propio eco entre las páginas de la Historia.

Quizás perjudica todavía á Cánovas del Castillo, para la admiración general, el recuerdo de su enorme labor política, de su actividad batalladora, de su trabajo creador como hombre de partido y de su misma importancia avasalladora, que le llevó á realizar, desde un modesto origen, sus ideales de gobierno, hasta ocupar el sitio del primer estadista español de su tiempo.

La Patria tenía derecho á esperar todavía grandes beneficios del ilustre repúblico: cuando se atravesaban momentos difíciles, cuando Cánovas se había dedicado fervorosamente á resolver nuestras contiendas ultramarinas entrando por el camino de las reformas, la bala de un asesino, en 8 de Agosto de 1897, cortó una existencia, cuya falta ha sido quizás de incalculables y fatales consecuencias para España.»

Poco tiempo después del trágico suceso, el eximio hombre público Excmo. Sr. D. Francisco Romero Robledo, con esa energía, entusiasmo y perspicacia en él tan característicos, que le lleva con tanta frecuencia á ser el eco de los grandes sentimientos populares, traducidos siempre por él en notas grandiosas y resonantes, ya de palabra, ya de hecho, inició una suscripción para la erección de un monumento en honor de aquel ilustre patricio.

Y el resultado fué cual debió ser y tan rápido como era de suponer: al llamamiento de Romero Robledo, ante el recuerdo glorioso de Cánovas y con el simbolismo de la idea de la Patria, que representaba la conjunción de dichos dos nombres y la suscripción alcanzó una cifra considerable, teniendo que consignar, como es justo, que el Ayuntamiento de Madrid dió facilidades y prestó también su ayuda á la realización del pensamiento.

Encargóse del proyecto de monumento conmemorativo, propiamente dicho, el notable arquitecto Ilmo. Sr. D. José Grases y Riera, y dé la estatuaría y trofeos que habían de adornar y coronar el mismo, el aventajado escultor Sr. D. Joaquín Bilbao.

Madrid es una de las capitales europeas en que menos abundan las estatuas y monumen-

tos conmemorativos en honor á los grandes hombres y á las grandes ideas.

Precisamente los principales monumentos estatuarios, el notable Apolo de las Cuatro Estaciones en el Prado, la plácida y hermosa Cibeles y el arrogante Neptuno, ni representan personajes históricos, ni simbolizan sentimientos patrióticos y políticos, ni son ya de nuestro tiempo.

La estatuaria histórica y personal de nuestra capital ha surgido en la segunda mitad del todavía corriente siglo; no abundan los ejemplares de primer orden, habiendo algunos, pocos en número, de elevada inspiración.

Sin hacer mención de unos ni otros, por aquéllo de que toda comparación es odiosa, debemos, en honor á la justicia, afirmar, ante la contemplación del monumento levantado á Cánovas del Castillo, no que éste sea el mejor, puesto que la preferencia exclusiva y cerrada á favor de uno entre varios es siempre atrevida, sino que es, por lo menos, uno de los primeros de alta concepción y de excelente traza arquitectónica que hasta ahora se han levantado en Madrid. »

Hácese después la descripción del monumento (1), y continúa:

« Así como los Sres. Grases y Bilbao han sido los afortunados artistas que han dado al monumento su forma material ó externa, el Sr. Romero Robledo ha sido verdaderamente el alma de la obra.

(1) Explican su origen y objeto las inscripciones siguientes:

VÍCTIMA DEL ANARQUISMO
MURIÓ ASESINADO EN SANTA ÁGUEDA
EL 8 DE AGOSTO DE 1897
SIENDO PRESIDENTE
DEL CONSEJO DE MINISTROS

—
POR SUS TALENTOS Y PATRIOTISMO
MERECIÓ EL RESPETO
DE SUS CONTEMPORÁNEOS

y otra, de bronce, en superficie curva, con letras resaltadas, colocada en la parte posterior, con la leyenda:

ERIGIÓSE ESTE MONUMENTO
POR SUSCRIPCIÓN NACIONAL Y VOLUNTARIA
INICIADA POR EL EXCMO. SEÑOR
DON FRANCISCO ROMERO ROBLEDOS

Joaquín Bilbao, escultor.—José Grases Riera, arquitecto.

La altura total del monumento, desde el suelo de la plaza hasta la parte superior de la estatua de Cánovas, es de algo más de 16 metros.

La de la estatua de Cánovas es de 3 metros con 26 centímetros, y la del grupo la Fama y la Historia, en sus límites bajo y alto, de 3 metros con 85 centímetros.

Este hombre prestigioso y superior parece ser en los corrientes tiempos la personificación ó el paladín ejecutor de gran número de esas determinaciones enaltecidas para nuestra cultura y grandeza, que sin dejar de relacionarse con la política en sus varias manifestaciones no son exclusivas de partido político determinado, y que quizás se perderían en el tiempo si no existiera su personalidad saliente y entusiasta.

Así es que es preciso reconocer que sería una ingratitud y olvido indisculpables entre los amantes de nuestras glorias nacionales, si al recuerdo del insigne Cánovas del Castillo, que quedará reproducido constantemente por el monumento levantado en su honor, no va unido el del nombre de Romero Robledo, á cuyo valer, temple y prestigio se debe seguramente la erección del mismo. »

Y termina diciendo respecto del emplazamiento lo siguiente:

« Pensóse primeramente en la plaza del Obelisco de la Castellana, y hubo que desecharlo en atención á que el Obelisco tiene una significación patriótica de nuestra historia contemporánea.

Se pensó después en la explanada de la estación del Mediodía, y se desechó también por ser sitio atestado con frecuencia de vehículos y sin el reposo y majestad que requiría el objeto.

Realmente la estatua de Cánovas, por su alta significación política, debía levantarse frente á un edificio como la Presidencia del Consejo de Ministros, el Congreso de los Diputados ó el Senado.

La Presidencia carece de plaza y el Congreso tiene al insustituible Cervantes, por cierto que con tal pobreza, que es oprobio y sonrojo de nuestra cultura; adoptóse por fin la plaza del Senado. »

* * *

Tuvo lugar la inauguración el día 1.º de Enero del año actual, primero también del siglo, que anunció *El Nacional* en su número del 24 de Diciembre anterior en los términos siguientes:

INAUGURACIÓN DEL MONUMENTO Á CÁNOVAS

« La generosa iniciativa del Sr. Romero Robledo va á convertirse en realidad. El primer día del nuevo año se verificará el acto solemne

de descubrir el magnífico monumento erigido por el esfuerzo poderoso de un amigo leal, y ejecutado con soberana inspiración por un artista ilustre para perpetuar la memoria del gran estadista español, asesinado inicualemente en Santa Agueda.

A raíz de aquella tremenda catástrofe se iniciaron varios proyectos, y hasta creemos que alguna suscripción, entre los opulentos correligionarios de aquel insigne hombre público para tributarle un homenaje digno de sus merecimientos y su fama. Pero el olvido implacable llegó más pronto de lo que acaso presumían, y juzgaron más práctico colocar sobre el pedestal que había de sostener la gloriosa figura de Cánovas, muerto, la mezquina y ridícula efigie de Silvela, vivo.

Entre espíritus egoístas y desleales no era dudosa la elección: lo primero exigía ciertos sacrificios y lo segundo proporcionaba indudables ventajas.

Entonces fué cuando el Sr. Romero Robledo convocó un día á sus amigos, y sin ostentación, como deben realizarse los actos que inspira un sentimiento verdadero, les pidió su ayuda para honrar la memoria de Cánovas; á su cariñosa solicitud respondieron con entusiasmo, y cada cual en la medida de sus fuerzas, todos sus amigos, que por cierto no eran en aquella fecha tantos como hoy; el Sr. Romero Robledo se encargó de dar forma á tan hermoso pensamiento, y confiado éste á la incansable actividad, á la fecunda iniciativa y al cariño del ilustre colaborador de Cánovas, no hubo obstáculos que no se vencieran, ni dificultades que no se allanaran, hasta ver levantarse sobre su artístico pedestal la estatua del glorioso restaurador de la Monarquía.

El monumento próximo á inaugurarse es obra del Sr. Romero Robledo y sus amigos; pero hay algo que vale mucho más que la parte material, y que sólo se debe al primero: en los bocetos del artista, en los planos del arquitecto, en el conjunto, como en los detalles, en todo ha intervenido tan directa y eficazmente, que la obra lleva el sello personalísimo de su talento y la grandeza de su alma, puestos uno y otra al servicio de la amistad entrañable y de la admiración que profesaba al insigne jefe del antiguo partido conservador.

Terminado ya el monumento, ocúpase estos días el Sr. Romero Robledo en ultimar los

preparativos para que el acto resulte digno de aquella gloria nacional; á este fin ha celebrado conferencias con las personalidades más ilustres, despertando afectos, estimulando entusiasmos y recabando el apoyo y el concurso de todos.

El acto se verificará, como hemos dicho, el día 1.º, celebrándose á las dos de la tarde una solemne sesión en el Senado, á la que concurrirán el Gobierno y representaciones de todos los Centros, Academias y Sociedades de Madrid y provincias. Se pronunciarán discursos en honor de Cánovas, y después se procederá á descubrir la estatua en presencia de todos los invitados.

Aquella misma tarde, en el Círculo de los amigos del Sr. Romero Robledo, se repartirá á los pobres una importantísima cantidad, distribuida en bonos de á peseta.

El coste total del monumento pasa de 50.000 duros.

El Nacional dedicará ese día á dar cuenta de tan hermosa solemnidad todo el espacio necesario, consagrando de este modo cariñoso recuerdo á la memoria del insigne estadista, á quien se guarda en esta casa culto inalterable. »

* * *

Por su parte *La Epoca*, en su número del 30, también de Diciembre, publicó otro artículo describiendo la estatua del Sr. Cánovas:

«Sobre tan artístico basamento se asienta la estatua de bronce, puesta de pie, en actitud de hablar, extendido el brazo derecho levemente y sustentando con el izquierdo un libro; el parecido es exacto, y en la arrogancia y distinción del continente y en la naturalidad de la postura palpita el carácter firme y sereno del ilustre prohombre cuya memoria inmortaliza.

El grupo, también de bronce, colocado en la parte media anterior del monumento, se compone de dos figuras, una sedente que representa la Historia escribiendo en su libro, que tiene sobre una de sus rodillas, los hechos memorables del ilustre repúblico, y otra la Fama, de pie, apoyando una mano en la Historia y llevando en la otra una corona que eleva hasta tocar el nombre de Cánovas resaltado en el collarino. »

Después, en su número del día 31, anunció la inauguración de la estatua del modo siguiente:

LA ESTATUA DE CÁNOVAS

Mañana, á las dos de la tarde, se celebrará el acto solemne de descubrir la estatua de don Antonio Cánovas del Castillo, erigida á la memoria del gran estadista en la plaza del Senado.

Oportuna es la fecha de la inauguración del monumento. Entre las grandes figuras que lega á la posteridad española el siglo XIX, es una de las de mayor significación é importancia la del inolvidable jefe del partido conservador.

Dotado de facultades excepcionales, hombre de Gabinete y de Parlamento, historiador de claro y penetrante sentido crítico, orador elocuentísimo, filósofo profundo, sociólogo y literato, su vasta y sólida inteligencia abarcó el extenso campo de los conocimientos humanos y aumentó, con investigaciones propias y con admirables adivinaciones, el caudal de la patria sabiduría.

Acontece muy á menudo que el estudio enerva la voluntad: los hombres que viven en el mundo de las ideas suelen andar con dificultad por el mundo de los hechos. Buen ejemplo de esto que acabamos de decir fué el reinado de D. Alfonso, por antonomasia llamado *el Sabio*. Pero esta ley no rigió con Cánovas: sus ideas se traducían en hechos, su pensamiento se resolvía en acción, su cultura era uno de los fundamentos de su energía.

Sólo con una voluntad de hierro pudo encauzarse el desbordamiento revolucionario, vigorizar las leyes quebrantadas por seis años de indisciplina, acabar con la guerra civil é infundir en España el aliento de la libertad, compatible con el carácter de nuestro país, con lo que llamó con frase exacta la constitución interna de España.

Tacháronle algunos de pesimista... La severidad imparcial de sus juicios históricos sirvieron de pretexto á no pocos espíritus superficiales para asegurar que Cánovas tenía en poco á nuestro pueblo. Tal acusación fué hija de la ignorancia y del *patrioterismo*, hoy tan desacreditado. Cuando Cánovas vivía era poco menos que artículo de fe, que una gran parte de la prensa se complacía en predicar, la creencia de que no había en el mundo quien aventajase á los españoles ni en arte, ni en valor, ni en nada. Cánovas demostró en sus libros lo errado de tales ditirambos. Fué

esto bastante para que se le motejase de desdenoso hacia nuestras glorias.

Y, sin embargo, nadie le aventajó en amar á su Patria, y pocos le igualaron. A ella consagró sus estudios, sus desvelos, su poderosa actividad, su asombroso talento, su vida entera.

El representaba el principio de autoridad, la defensa del orden, el más fuerte baluarte de la sociedad... Por eso contra él esgrimieron sus armas los enemigos de la sociedad; por eso le eligieron á él como víctima de sus odios. El martirio es, aunque sangriento, la más triunfal corona. La muerte de Cánovas fué la consagración de su grandeza, el reconocimiento de que él era la más sólida columna del edificio social.

No han faltado entre los detractores póstumos del grande hombre algunos, tan ciegos, que intentan echar sobre la memoria de Cánovas la responsabilidad de los sucesos desastrosos acaecidos después de su muerte. Achaque es de flacos corazones cargar á otros el peso de las propias culpas. Cómodo es también explicar las cosas con el desacreditado sofisma de *post hoc ergo propter hoc*. Ocurrieron los desastres de España después de unos cuantos años de Gobierno de Cánovas, pues Cánovas fué la causa de tales desastres.

La Historia destruirá este sofisma: ella evidenciará los orígenes de nuestras desgracias y señalará la cantidad de culpa que á cada cual corresponde, y entonces se confirmará la profunda verdad que, con frase un tanto cómica, expresó Montero Ríos. Entonces se demostrará también que arrancan de muy lejos las causas de nuestra decadencia y que es una tremenda injusticia echar la culpa á un hombre, ni á una generación, de achaques contraídos en una sucesión de siglos.

Pero dejando á un lado este linaje de consideraciones, es evidente que entre las estatuas que quizás, y sin quizás, se han erigido con exceso de longanimidad en los últimos tiempos, la de D. Antonio Cánovas del Castillo es la que conmemora verdaderas grandezas del entendimiento, esfuerzos viriles de la voluntad, virtudes patrióticas que honran á España y que merecen el respeto y el agradecimiento de cuantos aman las glorias, por desgracia muy mermadas, de nuestro país. »

* * *

El 2 de Enero, la mayor parte de los periódicos de Madrid dieron cuenta de la ceremonia del día anterior, ó en que se descubrió la estatua por S. M. la Reina Regente, escribiendo *La Correspondencia de España* lo que sigue :

INAUGURACIÓN DE LA ESTATUA

« Este verano decía el Sr. Romero Robledo en San Sebastián :

« El monumento que se erige al Sr. Cánovas del Castillo en la plaza del Senado, se inaugurará, con solemnidad ó sin ella, el día primero del siglo XX. »

Y así ha sucedido.

Para la iniciativa, estuvo solo ; para la realización del pensamiento, le ayudaron sus amigos ; para arbitrar recursos, pidió limosna, como repetidamente le hemos oído decir con gran donaire.

Si celos y envidias impidieron reunir la mayoría parlamentaria en 1897 á raíz del crimen de Santa Agueda, para acordar el modo de enaltecer dignamente la memoria del estadista, como quería el Sr. Romero Robledo, el éxito ya logrado por el hombre que es en el Parlamento una institución, congregó hoy en el salón de Sesiones de la Alta Cámara y en torno del monumento á Cánovas del Castillo, á aquellas mayorías que eran las huestes de combate del jefe ilustre del partido liberal-conservador, y además á los elementos políticos que agrupó en torno del poder el Sr. Silvela.

En la pequeñez que nos envuelve al comenzar este siglo, aún parece que se eleva poco en la plaza del Senado la figura del Sr. Cánovas del Castillo sobre el nivel más alto en el mundo político.

¡ Cuántos, en la intimidad de su conciencia, colmados de honores y beneficios por aquella eminente figura política, habrán sentido esas inquietudes del alma que se llaman remordimientos por no haber contribuido en nada á levantar el monumento !

La prontitud con que éste se ha erigido, merced á la iniciativa y actividad que suele imprimir á todo lo suyo el Sr. Romero Robledo, parece que hace creer que allí surgió de la noche á la mañana.

Alzase en el centro de aquel bosquecillo

de árboles que había frente á la marquesina que resguarda y ampara á los *padres graves* de la Patria contra las inclemencias del tiempo al entrar en la Alta Cámara.

Para que la estatua sea mejor vista y admirada, el hacha podó los pocos árboles que circuían la base del monumento.

Cánovas domina la escena, como en sus tiempos dominó la tribuna parlamentaria.

Está bien emplazada allí su estatua, cerca, muy cerca del teatro de sus triunfos políticos ; cerca, muy cerca del Senado, que le debe su admirable constitución. »

* * *

Copia después *La Correspondencia* lo que sobre el emplazamiento dice en el impreso repartido la Comisión ejecutiva, y añade por su parte :

« El monumento, proyectado y ejecutado por el Sr. Grases, á la memoria de Cánovas, es grandioso y atrevido, de amplia base, de cuerpo medio robusto y artísticamente articulado, de fuste superior, esbelto y agradable ; su conjunto resulta armónico, elegante, muy nuevo y muy adecuado á su destino. »

Menciona después las altas personalidades que, además de SS. MM. el Rey y la Reina Regente, de S. A. la Princesa de Asturias y de las Infantas, concurren al Senado, donde comenzó la ceremonia ; transcribe los discursos del Presidente del Senado, del Sr. Romero Robledo y del Presidente del Consejo de Ministros en estos términos :

EL SEÑOR CONDE DE TEJADA DE VALDOBERA

« Con la venia de S. M., cuya asistencia á este acto es una demostración de que se asocia á todo lo que es noble, á todo lo que es grande, á todo lo que es patriótico, he de proferir algunas palabras para iniciar esta solemnidad, ya que el cargo que ejerzo al frente del Cuerpo Colegislador y tiene su asiento en este palacio no me permite guardar silencio.

Y ¿ cómo callar, si este recinto es uno de los teatros principales de los triunfos oratorios y parlamentarios de D. Antonio Cánovas del Castillo ?

El promovió, inspiró y defendió en este sitio la Constitución de 1876, que hace un cuarto de siglo rige á España ; él presentó y de-

fendió en este sitio la ley de represión de un tráfico eficazmente reprimido desde entonces, que había sido objeto ya de prohibición por leyes anteriores; él, en este sitio, en discusiones de leyes políticas, económicas y de reformas ultramarinas, puso de manifiesto aquella admirable claridad de exposición, aquella argumentación irrefutable, aquel purísimo estilo castellano, que hicieron considerarle desde sus primeros pasos en la palestra política como una de las primeras glorias de la tribuna española.

Por eso es este sitio apropiadísimo para expresar desde aquí el tributo de nuestro respeto y de admiración á su memoria; y por lo que á mí hace, el culto que á esta misma guarda en mi corazón.

Al prestar este homenaje, séame lícito prestárselo también de gratitud á D. Francisco Romero Robledo, que ideó y realiza la erección del monumento que en breve hemos de inaugurar, y que será recuerdo perpetuo de aquel hombre eminente, de aquel estadista ilustre, de aquel orador sin par, de aquel insigne historiador, de aquel filósofo profundo, de aquel mártir de su deber, cuya memoria durará tanto como dura la Historia.

Para los presentes y para los venideros, será un ejemplo de amor á la Patria y de desecho de su engradecimiento, cualidades que resaltaron en aquel eminente hombre, que es misión de los que están colocados al frente de las naciones infiltrar en el corazón de los pueblos sus sentimientos, sus aspiraciones, su alma, en fin.

Que el influjo místico de la de Cánovas ejerza sobre nosotros tal acción bienhechora; que nos haga á todos dignos de la grandeza de la Patria española.» (1)

EL SEÑOR ROMERO ROBLEDO

«Señora: Cúmpleme por designio de la Providencia, que siempre acude á premiar toda iniciativa inspirada en móviles generosos del alma, expresar á V. M. gratitud, no la mía personal, pequeña para quien es la ofrenda, sino la de las altas y valiosas representaciones de los organismos oficiales del poder legislativo, de los centros académicos y lite-

rarios que hoy se congregan voluntariamente en este recinto para honrar la memoria de un hombre ilustre, mártir del deber y orgullo de la Patria.

Sería en mi loco empeño intentar el elogio de quien, aguda nuestra pena, aún vive en todos los corazones; é impertinente y temeraria empresa buscar en la palabra acentos que equivalieran ni igualaran á lo que bien refleja y traduce el sentimiento que á todos en estos solemnes momentos nos embarga.

Un día no lejano, parece que fué ayer, cundió con la espantosa rapidez del rayo por los distintos ámbitos del reino la maldecida noticia del crimen de Santa Agueda.

D. Antonio Cánovas del Castillo, el Presidente de vuestro Gobierno, había sido alevemente asesinado. La muerte, que á todos nos persigue, y que, por desgracia, siempre llega sembrando desolación y llanto, sacude con violencia el espíritu y levanta más inconsolable el dolor y más implacable la ira. cuando hiere á mansalva, en hora inesperada y por medios imprevistos, sustituyendo la odiosa acción del delito á la esperada é imponente realidad del fallo de la Naturaleza.

En estas ocasiones el crimen engrandece á la víctima; pero la que aquí conmemoramos era de suyo, é independientemente de su trágico fin, demasiado grande.

Consagrada su vida al servicio de su Patria y de la Monarquía, era su vagar distracción de sus ocios, penosamente robados á las preocupaciones del deber, y fuente donde reconfortaba el poder de su inteligencia y el vigor de su actividad, el cultivo de las ciencias, de las artes y de las letras; que á todas las esferas del saber humano llegaba con sus aptitudes maravillosas aquel hombre, dejando su paso por doquiera luminosa estela de su poderoso entendimiento.

Y aquí está confirmando mis palabras la representación de los que fueron sus compañeros hasta aquel aciago día, que vienen á rendir su postrer homenaje de cariño y de respeto á la memoria de aquel infatigable obrero de la especulación científica y del pertinaz enamorado de nuestras joyas artísticas y de nuestras bellezas literarias.

Pero Cánovas no se pertenecía; arrastrado por la corriente impetuosa de los sucesos y de su patriotismo, pertenecía á los demás, á su país, y así pasará á la Historia y la posteridad

(1) El discurso del señor Presidente del Senado fué, como se ve, muy sentido y elocuente.

le juzgará como el primer hombre de Estado de su época.

Su nombre, ligado á la restauración de la Monarquía, será siempre el primero de este periodo histórico ante las futuras generaciones.

Constituye su más hermosa gloria la moderación que supo imprimir á aquel acontecimiento trascendental en la vida de España, obteniendo el triunfo envidiable de dirigir y alcanzar la restauración sin derramamiento de sangre, encaminándola, con su tacto y su perseverancia, por senderos que la preservaron de la reacción y que impidieron la lucha de los odios que siguen, como rastro fatal, á las contiendas civiles.

A realizar tamaña obra contribuyeron principalmente las cualidades de aquel gran Rey, vuestro augusto esposo, que, con el alma henchida de ilusiones y de grandes ideales, encontró en su primer Ministro el más adecuado ejecutor de sus elevadas miras, y, poseídos ambos del más fervoroso culto al derecho de la sociedad moderna, hicieron del anterior reinado espejo de Monarquías constitucionales y uno de los más felices que registra nuestra Historia.

En Cánovas político perdió la Nación un poderoso guía; la libertad, un esforzado adalid; la tribuna, una de sus más legítimas glorias, y la dinastía uno de sus mejores. por no decir el primero, de sus sostenes y el más ardiente de sus defensores.

En las luchas de la política mereció la idólatra adhesión de los suyos y el más acendrado respeto de sus adversarios, y por sus eminentes servicios ganó el derecho á la inmortalidad.

El primer día del siglo que hoy empieza registrará este solemne acto, con el cual el sentimiento de la nación escribe en mármoles y bronces el mérito del hombre inmortal que conmemoramos y la justicia que á sus servicios saben hacer sus contemporáneos.

Vuestra Majestad ha querido asociarse noblemente á este acto para brillarlo más. No podía ser de otra manera: encarnación de la Patria, su corazón no es indiferente á sus sufrimientos, ansias y glorias. Intérprete del sentimiento nacional en este homenaje, padre puede disputar á la augusta viuda de D. Alfonso XII y á sus augustos hijos el derecho de descender ante el siglo xx el velo que cubre la estatua de aquel servidor de la Patria, de

aquel servidor de la Monarquía, de aquel importante hombre público.

Señora: ¡Qué hermoso y cuán grande debe ser para el corazón de V. M. compartir los sentimientos del pueblo cuyos destinos rige!

Dios quiera que en todo tiempo, en la adhesión, en la lealtad y en la caballeridad de los españoles halle consuelo á sus penas, si, por desgracia, algún día las tuviera, y aliento, estímulo y premio para procurar siempre, *siempre*, el bien de esta desgraciada Patria. » (1)

EL PRESIDENTE DEL CONSEJO DE MINISTROS

« S. M. la Reina Regente, en nombre de su augusto hijo el Rey D. Alfonso XIII, me manda expresar á V. E. el agrado con que ha oído las palabras que acaba de pronunciar tan elocuentemente.

Al propio tiempo, me manda S. M. felicite á V. E. por el acierto con que ha organizado esta solemnidad, destinada á enaltecer la memoria del insigne varón que tan excelentes servicios prestó á la Patria y á la Monarquía.

S. M., con toda la familia Real, ha querido asociarse con efusión á este acto, asistiendo á él y honrándonos con su presencia, para demostrar de este modo el gran aprecio y estimación que tuvo siempre por el ilustre Cánovas del Castillo, considerando al propio tiempo que el honor que se dedica á los muertos sirve de estímulo á los vivos. »

ACCIÓN DE GRACIAS

Dirigiéndose á S. M. la Reina, puso el señor Romero Robledo digno remate á tan hermoso acto con las siguientes palabras:

« Permitidme, señora, dos palabras ante las que por encargo de V. M. me ha dirigido el señor Presidente del Consejo de Ministros:

La gratitud de mi alma no se expresa, se siente. »

* * *

El Imparcial, en su número del 2 de Enero, se ocupó también de la estatua de Cánovas, dando á luz el siguiente notabilísimo artículo de la señora doña Emilia Pardo Bazán:

(1) El discurso del Sr. Romero Robledo fué notabilísimo, según opinión unánime, confirmada por cuantos lo han leído después. Para el hermano de Cánovas, fué maravilloso.

A distancia.

«Un extranjero que, llegado hoy á Madrid, informado de la inauguración del monumento á D. Antonio Cánovas del Castillo, oyese decir que el homenaje es obra exclusiva, no de una corriente de opinión, ni siquiera de un partido, sino de un hombre—D. Francisco Romero Robledo, —¿qué consecuencia sacaría? ¿Supondría que fué efímera la huella, hueca la fama, pasajera la memoria que sólo la amistad eterniza en bronce?

Extranjero á quien esta duda asalte, acuérdate de las enseñanzas de Montesquieu: el mundo intelectual no sigue leyes fijas y constantes como el físico; de aquí que los hechos no revelen siempre la calidad y cantidad de los sentimientos. No debe parecerte extraño que, no ya la general admiración, pero ni el agradecimiento personal, hayan llevado partículas al metal de la estatua. Comprendamos y disculpemos. Si la ingratitud se presenta con caracteres epidémicos; si el tributo á Cánovas es un acto de romerismo, no lo achaquemos á miseria humana. Tratemos de explicarnos el fenómeno, sus causas hondas.

Lo que confunde, lo que dificulta la explicación, es que la figura de Cánovas se ha agrandado después de la muerte. Nadie fué en vida más odiado y combatido; sobre nadie como sobre él cayeron gota á gota los ácidos de la censura y los corrosivos de la sátira. Muerto, no sólo se acallaron los feroces ladridos de la jauría, sino que va formándose una leyenda de gloria, acogida amorosamente por la fantasía popular. A cada bola negra que sacamos, á cada nueva desventura que sufrimos, siempre que nos vemos crecer como el hojo, imagen, según Quevedo, de la grandeza de Felipe IV—mayor cuanto más le quitan,—la leyenda toma cuerpo, se añade una estrofa á la elegía y el clamor de duelo suena más alto: «¡Si Cánovas viviese!» Verdad ó ilusión, es la exclamación universal. «¡Si ahora viviese Cánovas!» Y así, mientras en los talleres modelaban y fundían el monumento, en las abatidas almas de los españoles, con la lentitud del proceso de cristalización en la naturaleza, iba cuajando en imperecedero bronce la imagen del asesinado.

Y en este caso preguntarás tú, oh extranjero: —¿Cómo esa idealización suprema no se tradujo en estallidos de simpatía? ¿Cómo no

se alzó el monumento por suscripción nacional, de millones de suscriptores? Aquí de la psicología y de la distinción entre las leyes del espíritu y de la materia. Poco después del drama del 8 de Agosto, España, que á principios de siglo vivió su epopeya, se vió envuelta en otra epopeya... al revés: el desastre. Al desastre siguió el coma, el colapso, la falta de pulso, esos estados que tienen nombres patológicos. No se sabe cuándo volverá á activarse la circulación, á entrar en calor el enfermo. ¿Qué importa que en su conciencia, allá donde aún queda algo de vida, levante estatuas? Son intenciones, vagas como los sueños de la fiebre, que no determinan acciones ni desarrollan fuerzas. El monumento á Cánovas, expresión de una idea ya popular, acaso no se hubiese erigido nunca, á no ser por la intacta vitalidad de Romero Robledo, maravillosa en medio de la depresión de la energía que padecemos todos. España está medio muerta. A no estarlo, ella se bastaría y sobraría para monumentos... y picotas.

Crea, pues, el consabido extranjero que en el monumento á Cánovas del Castillo, obra individual, se revela, involuntariamente, el colectivo sentir. De Cánovas hicieron nuestras desdichas un numen. No valdría tanto como él su estatua, aun siendo de oro puro y macizo; pero las circunstancias, sin aumentar los méritos, han acendrado su estimación y vedado su olvido. Los pueblos infelices cifran la esperanza en el recuerdo, se nutren del pasado; no conformes con la realidad, suponen vivos aún á sus héroes, y al vuelo del cuervo creen ver pasar al Rey Artús, que un día se presentará á salvarles. En otra forma—sin viejos mitos ni simbolismos fabulosos,—Cánovas adquiere prestigio, va siendo «el hombre que necesitamos». La sombra del sepulcro es para él luminosa; la distancia le aproxima á los corazones.

¡La distancia! En el tiempo ó en el espacio, ¡qué maestra! Ella corrige los errores de la miopía, que por fijarse en los hilos de la trama no distingue el diseño grandioso de la Historia. Cánovas, aunque visto muy de cerca, se ganaba entrañables afectos; tenía á distancia su verdadero punto de vista. Ejemplo: las manifestaciones de dolor que provocó en América la noticia de su muerte.

Esos innumerables españoles que en las tres Américas piden el sustento á su honrado

trabajo; esos emigrantes que dejaron la Patria por conquistar el pan, sienten con mayor intensidad el amor á España, la veneración hacia sus glorias. Así como la nueva de la muerte de Cánovas, por la diferencia de meridiano, se supo en América antes de que aquí sucediese, el respeto á Cánovas se impuso allí antes que en la Península. El emigrante que salía del puerto comentando y repitiendo frases agudas ó acerbas, al desembarcar en el Nuevo Mundo percibía, aun cuando no lo analizase, que los claros varones son elemento integrante de la nacionalidad, y pronunciaba el nombre del monstruo sin ironía, más bien con inconsciente orgullo.

Por otra parte, el monstruo llevaba en su anchuroso cerebro el cuadro completo de nuestras aspiraciones y de nuestros destinos, y no descuidaba un instante á esa América que ignoramos, y donde se habla nuestra lengua, se continúan nuestros linajes, se realiza la transformación de nuestra vetusta raza en pueblo joven. Aquel hombre de Estado, historiador, crítico, orador asombroso, pozo de sabiduría, maestro del derecho, con tiempo para todo, como sucede á las organizaciones privilegiadas, tuvo tiempo de ser americanista técnico y práctico. Fruto de sus desvelos fué el centenario de Colón. No podía España dar más de sí. No había puño como el de Cánovas para estrujar el limón nacional y sacar el postrer jugo de ciencia, de arte, de fraternidad hospitalaria, de ostentación decorosa. Parecimos entonces, acaso por última vez, la nación grande, la descubridora del Continente. Quedaron sentados los cimientos de unas relaciones y de una armonía aconsejada por la mejor política y el más sano patriotismo.

Cuando faltó Cánovas, los españoles de América y los americanos, en esto infalibles, vieron roto uno de los dos cables transmisores de la corriente entre la gente española, al través de los mares; vieron apagada una de las dos pupilas que alumbraban la faz de España. Poco había de tardar en romperse el otro cable y extinguirse el otro fanal; poco sobrevivió Emilio Castelar á Antonio Cánovas del Castillo.

No hubo población algo importante de Sud-América donde no se le hiciesen á Cánovas solemnes exequias. Al Uruguay, al Paraguay, á la Argentina, al Brasil, al Perú, no ciertamente llegaban ecos de nuestra vida oficial: no

se rendían honores al Presidente del Consejo, sino al ilustre, al patriota. Me relataba estas desinteresadas manifestaciones el delegado del Paraguay en la Exposición, el Sr. Alonso Criado, y repetía una frase pronunciada por Jara, Obispo chileno que es un apóstol, que con su palabra evitó una guerra entre Chile y la Argentina: «En torno del sepulcro de Cánovas se reúnen para llorar todas las grandezas del espíritu humano.»

Duelo que así se dilata por los términos del mundo, á las claras revela, ¡oh extranjero á quien me dirijo!, que el monumento lo erigió mentalmente toda la raza ibera. En alta representación de esa colectividad, más aún que en reconocimiento de servicios inolvidables, una mano regia descubrió el monumento. Bien pudo hacerlo con temblor de emoción sagrada al pensar que, en tiempos ya lejanos, la mano poderosa de Cánovas del Castillo tiró de las cuerdas que sostenían el telón donde se representaban á lo vivo nuestras discordias y descubrió el escenario en que aparecían un régimen seguro y un reinado pacífico y feliz.»

EMILIA PARDO BAZÁN.

* * *

También *La Epoca*, en su número del 2 de Enero, describió la ceremonia, encabezando el mismo con el artículo siguiente:

Más puede hacerse (1)

«Inauguróse ayer en la capital el nuevo siglo de una manera digna de tan gran suceso: pagando tributo de gratitud y ofrenda de admiración á una de las más notables individualidades que ha producido la Nación; á Cánovas del Castillo, político, orador grandilocuente, historiador, filósofo y amante de su Patria.

Como dice en un bien hecho y sentido artículo la señora doña Emilia Pardo Bazán, la distancia agranda la figura de Cánovas muerto. Nadie fué combatido en vida tanto como él, y cuando ha desaparecido de entre nosotros, fórmase en derredor de su nombre una leyenda de gloria. «¡Si viviese Cánovas!», se dice á cada bordada de la nave del Estado: «¡Si hubiese vivido!»

La solemnidad organizada ayer en la plaza de Doña María de Molina, en la que se levanta

(1). Sin embargo, no se ha hecho nada.

ta el artístico monumento consagrado al grande estadista, sirvió para traducir fielmente aquel estado de espíritu del público.

No faltó al Sr. Romero Robledo el concurso de ninguno de los elementos principales del Estado. Asociáronse á su obra benemérita, con absoluta espontaneidad, la Corona, la Real familia, el Gobierno, las Cortes, las Academias y los políticos y literatos de mayor viso. Todos aplaudieron uno de los mejor pensados y más elocuentes discursos que ha pronunciado un orador tan artista y tan fecundo; puede decirse que todos los presentes al acto de ayer hicieron suyas las frases de felicitación que le dirigió D. Alejandro Pidal: «Muy bien, y así le quiero á usted siempre.»

Después de esto, reconozcamos que la solemnidad de ayer, el pago de la deuda que esta Nación tenía contraída con uno de sus hijos más preclaros, erigiéndole un monumento que recuerde al pueblo sus facciones, semblanza y acitud; todo eso se debe á la personal iniciativa, al entusiasmo, decisión y constancia del Sr. Romero Robledo, secundado por corto número de personales amigos. El partido conservador, que Cánovas del Castillo organizó y presidió, al que tantas veces condujo á la cumbre del poder, no ha hecho hasta el presente nada para pagar una deuda tan grande y preferente. Los que á él pertenecemos, asistíamos á la ceremonia de la tarde de ayer como testigos que simpatizábamos con la idea de levantar un monumento; mas el Sr. Romero Robledo era el único actor.

En lo que concierne al partido conservador, la deuda queda en pie. A su tiempo quiso *La Época*, y propuso, hacer algo para solventarla; pero tuvo que desistir de la iniciativa porque la atención del público era absorbida por las desdichas nacionales.

Entretanto, los restos del ilustre estadista yacen en el cementerio de San Isidro, en mausoleo que no podemos llamar extraño, pues es de la familia de su segunda esposa, pero que no es el propio y personal que aquél merece.

Ya sea ese mausoleo, ya una edición *príncipe* de todas las obras, de todos los escritos y discursos de D. Antonio Cánovas del Castillo, ya sea otro pensamiento que parezca más acertado, insistimos en que puede y debe hacerse en obsequio á la memoria del hombre de

Estado y del amigo personal y protector de muchos conservadores que figuran en las primeras filas del partido; algo más y algo distinto de lo que tan felizmente y de modo tan satisfactorio se hizo ayer dentro y fuera de la Cámara de edad.»

* * *

El Liberal, *El Correo* y casi todos los demás periódicos de Madrid, en su número del propio día 2, se ocuparon, como los citados, de la inauguración de la estatua de Cánovas.

* * *

Esto mismo hizo *Blanco y Negro* en su número del 12 de Enero del año actual, uno de los mejores, por cierto, que ha publicado desde su origen dicha interesantísima revista, dedicando algunos párrafos al monumento de Cánovas, de los que entresacamos los siguientes:

«Es el primero del siglo xx. Con él parece que España trata de inaugurar su labor regeneradora honrando el mérito, el talento y el sacrificio.

Es el primero que responde dignamente al noble fin á que se le destina; esto es, á perpetuar la memoria de un grande hombre.

Así, pues, se puede afirmar que Cánovas tiene una estatua y Madrid un monumento; el primero, el único, mejor dicho, de los que ha levantado á las grandes inteligencias.

Y por caprichosa casualidad ó por rara circunstancia, se da el caso de que es también el primero, el único, debido á la iniciativa particular. Que es de justicia decir que se debe á la muy poderosa del Sr. Romero Robledo, á su persistencia y á su acometividad ingénitas, que en muchas ocasiones le sirven para poner en trances apurados á los Gobiernos defendiendo causas que él cree justas; otras, como la presente, para demostrar al mundo la generosidad de sus arranques y lo sincero de su admiración por el verdadero valer, y todas para que la actual generación considere en Romero Robledo al hombre de corazón sano y de inteligencia despierta y al luchador siempre activo.»

Pasa á describir el monumento, cuyo emplazamiento no encuentra bien; y después de describir la ceremonia de descubrir la estatua, termina así:

«Todos puede decirse recordaban entonces con horror aún la catástrofe espantosa que

privó á España de una inteligencia privilegiada, de una fuerza incalculable y de un prestigio universal. Y como dijo muy bien el Sr. Romero Robledo en el discurso precursor del acto, «su nombre, ligado á la Restauración de la Monarquía, será siempre el primero de este período histórico ante las futuras generaciones».

* * *

No terminaremos lo que al monumento de Cánovas se refiere, sin recordar el conato de incendio de que fué objeto la estatua que lo corona cuando estuvo expuesta en la última Exposición de París.

Al asesinato del mismo siguieron otros de que habló *La Epoca* en su número del 30 de Julio de 1900 (1). Respecto de Cánovas, el odio anarquista llegó al extremo de pretender incendiar su estatua en la Exposición. Así lo dió á conocer el siguiente telegrama de la Agencia Fabra, publicado por casi todos los periódicos de Madrid, y que tomamos del número de *El Español* correspondiente al 2 de Julio de 1900:

Contra Cánovas.

ANARQUISTAS ESPAÑOLES

«París 1.—Varios individuos á quienes no se conoce, pero que se supone sean anarquistas españoles, intentaron durante la noche última incendiar con petróleo la estatua de Cánovas del Castillo, obra del escultor Joa-

(1) REGICIDIOS Y ATENTADOS ANARQUISTAS

El asesinato del Rey Humberto I ha hecho recordar algunos regicidios cometidos en poco tiempo.

Alejandro III de Rusia, la Emperatriz Isabel de Austria y el Presidente de la República francesa, M. Sadi Carnot, han sido víctimas del furor sanguinario de los anarquistas.

El Príncipe de Gales fué objeto de un atentado en Bélgica, y al actual Emperador de Rusia, Nicolás II, le salvó la vida el Príncipe de Grecia cuando un fanático intentó agredirle en su visita á una de las ciudades del Japón.

Además de los regicidios, entre los nombres de las víctimas ilustres ocasionadas por los anarquistas se recordaba hoy el del ilustre Cánovas del Castillo, que el día 8 del próximo Agosto hará tres años que fué asasinado en Santa Agueda por Angiolillo.

quín Bilbao, y que figura en el jardín de la Exposición.

Sorprendidos en su tarea por varios agentes, lograron huir; pero son buscados activamente por la policía.

La Comisaría general española ha adoptado las medidas convenientes para proteger dicha estatua.»

* * *

En las *Hojas de calendario* que acostumbra á publicar dicho periódico, *El Español*, se añadió en el número de la citada fecha lo siguiente:

Un atentado.

«Manos criminales han intentado incendiar la estatua de Cánovas emplazada en el jardín de nuestro pabellón de París. Aprovecharon los malvados las sombras de la noche para lograr su empeño facineroso. Este quedó frustrado, porque los vigilantes, cumpliendo con su deber, descubrieron á los malhechores y los pusieron en fuga. ¡Triste ironía! En suelo extranjero y entre tinieblas, que favorecen los intentos alevosos, pudo ser respetado en efígie quien en su propia Patria y ocupando la cumbre del poder cayó bajo el plomo asesino, por estar desamparado de toda vigilancia, en pleno día. Muy grande fué, sin duda, el que tales odios suscita, aun habiendo muerto á mano airada, y más grande fuera todavía si al aborrecimiento implacable de unos pocos no acompañara un sentimiento de piadosa indiferencia con que los más recuerdan los errores del estadista, que tuvo, según se dijo parodiando una frase célebre, grandezas como pocos y defectos como muchos.»

* * *

Para terminar lo relativo á este desagradable suceso, con que se pone fin al libro, diremos que habiendo expuesto el diputado colectivista Mr. Lemat, en la sesión del Parlamento francés de 2 de Julio de 1900, la admiración que sentía hacia Angiolillo por haber ejecutado, con peligro de su vida, á Cánovas, lo que produjo rumores y protestas, se levantó Mr. Deschanet y dijo, con aplauso de la Cámara, que no era lícito hacer en la tribuna parlamentaria la apología del crimen.

INDICE

	Páginas.
<i>Introducción</i> , por D. Emilio Cánovas del Castillo.....	v
<i>Los primeros años de D. Antonio Cánovas del Castillo</i> , por el mismo hermano....	1
<i>Necrología del propio D. Antonio Cánovas del Castillo</i> , por D. Vicente Vignau y Ballester.....	13
<i>Otra</i> , por D. Fernando Cos-Gayón.....	22

PRIMERA PARTE

LA PRENSA NACIONAL

SECCIÓN PRIMERA

Periódicos políticos y no políticos de Madrid.

PERIÓDICOS POLÍTICOS

<i>El Imparcial</i>	1
<i>El Liberal</i>	42
<i>El Herald</i>	44
<i>El Globo</i>	47
<i>El Correo</i>	48
<i>El País</i>	48
<i>El Tiempo</i>	50
<i>El Día</i>	51
<i>El Siglo Futuro</i>	52
<i>El Resumen</i>	53
<i>La Correspondencia de España</i>	54
<i>La Epoca</i>	59
<i>El Nacional</i>	64
<i>La Unión Católica</i>	67
<i>El Estandarte</i>	67
<i>Las Ocurrencias</i>	72
<i>La Correspondencia Mustar</i>	73
<i>El Correo Militar</i>	74
<i>El Ejército Español</i>	74
<i>La Liga Agraria</i>	74
<i>La Campaña de Cuba y Actualidades</i>	75

Revistas científicas y literarias y periódicos jocosos y satíricos de Madrid.

I.— <i>La Ilustración Española y Americana</i> (con artículos de los Sres. Fernández Bremón, Cuenca, R. España).....	77
II.— <i>La Ilustración Nacional</i> (con artículos de los Sres. Siles, Carnicero, Collado (Juan de España) y Palacio).....	80

	Páginas.
III.— <i>La España Moderna</i> (con artículos, entre otros, de los Sres. Castelar y Gómez Baquero).....	82
IV.— <i>La Revista Moderna</i> (con artículos de los Sres. Navarro Ledesma, Menéndez Pe'ayo y Orejero).....	94
V.— <i>Blanco y Negro</i> (con un artículo, entre otros, de D. Eusebio Blasco).....	98
VI.— <i>Nuevo Mundo</i> (con fragmentos de una poesía de D. Antonio Cánovas del Castillo).....	100
VII.— <i>Revista Española</i>	101
VIII.— <i>Revista Contemporánea</i>	101
IX.— <i>La Semana Católica</i> (con un artículo de doña Antonia Rodríguez Ureta)....	102
X.— <i>Miscelánea</i>	103
XI.— <i>Madrid Cómico</i>	104
XII.— <i>Gedeón</i>	104
XIII.— <i>El Cardo</i>	105

SECCIÓN SEGUNDA

La prensa de Madrid en los tres primeros aniversarios de la muerte de Cánovas.

Primer aniversario.....	107
<i>La Epoca</i> (con artículos, entre otros, de los Sres. Maldonado y Macanaz, Cos-Gayón, V. Creux y Solsona).....	107
Segundo aniversario.....	112
<i>La Epoca</i>	119
<i>El Proteccionista</i>	121
Tercer aniversario.....	122
<i>La Epoca</i> (con artículos de los Sres. Gómez Baquero, Pérez de Guzmán y otro que se copia de <i>La Tribuna de Roma</i>)..	122
<i>La Correspondencia de España</i>	125
<i>El Herald</i>	126
<i>El Nacional</i> (con artículo del Sr. C. y L.)..	127

SECCIÓN TERCERA

Periódicos políticos, literarios y de noticias de las provincias.

PERIÓDICOS DE ALAVA

<i>El Anunciador Vitoriano</i>	131
<i>El Alavés</i>	132

	<u>Páginas.</u>		<u>Páginas.</u>
<i>El Diario de Alava</i>	133		
<i>La Concordia</i>	134		
<i>La Libertad</i>	134		
<i>El Semanal</i>	135		
PERIÓDICOS DE ALBACETE			
<i>Defensor de Albacete</i>	195		
PERIÓDICOS DE ALICANTE			
<i>La Correspondencia Alicantina</i>	137		
<i>La Correspondencia de Alicante</i>	138		
<i>El Graduador</i>	138		
<i>El Liberal</i>	139		
PERIÓDICOS DE ALMERÍA			
<i>La Provincia</i>	141		
<i>La Crónica Meridional</i> (con un artículo de D. Miguel Rodríguez García).....	142		
<i>El Minero de Almagrera</i> (Cuevas).....	143		
PERIÓDICOS DE ÁVILA			
<i>El Eco de la Verdad</i>	144		
PERIÓDICOS DE BADAJOZ			
<i>El Nuevo Diario de Badajoz</i> (con un notable artículo).....	144		
<i>La Región Extremeña</i>	145		
<i>La Coalición</i>	146		
PERIÓDICOS DE BARCELONA			
<i>La Dinastía</i>	146		
<i>El Noticiero Universal</i>	147		
<i>La Publicidad</i>	147		
<i>El Diario de Barcelona</i>	148		
<i>La Vanguardia</i>	149		
<i>El Diario de Comercio</i>	149		
<i>El Diario Mercantil</i>	150		
<i>La Publicidad</i>	150		
<i>La Opinión</i>	151		
<i>El Correo Catañés</i>	151		
<i>El Diario Catalán</i>	151		
<i>Las Noticias</i>	152		
<i>Los Negocios</i>	152		
REVISTAS ILUSTRADAS			
<i>La Ilustración Artística de Barcelona</i> (con un artículo de doña Emilia Pardo Bazán):.....	153		
PERIÓDICOS DE BALEARES			
<i>La Última Hora</i>	155		
<i>La Almudaina</i>	156		
<i>Diario de Ibiza</i>	157		
PERIÓDICOS DE BURGOS			
<i>El Diario de Burgos</i>	157		
<i>El Papa-Moscú</i>	158		
		PERIÓDICOS DE CÁCERES	
		<i>La Reforma de Cáceres</i>	159
		<i>El Eco de la Montaña</i>	159
		PERIÓDICOS DE CÁDIZ	
		<i>La Dinastía</i> (insertando un artículo de Cánovas de 1857).....	160
		<i>El Diario de Cádiz</i>	165
		<i>La Provincia Gaditana</i>	165
		<i>La Nueva Era</i>	166
		<i>El Contribuyente</i>	166
		<i>La Unión Republicana</i>	167
		<i>El Renacimiento</i>	167
		<i>El Guadalete</i>	168
		<i>Revista Portuense</i>	168
		PERIÓDICOS DE CANARIAS	
		<i>El Liberal de Tenerife</i>	169
		<i>El Diario de Tenerife</i>	170
		<i>La Opinión</i>	171
		<i>El Diario de Las Palmas</i>	172
		PERIÓDICOS DE CASTELLÓN DE LA PLANA	
		<i>El Regional</i>	174
		PERIÓDICOS DE CIUDAD REAL	
		<i>La Tribuna</i> (con un artículo de D. Ramón Llamas, versos de D. J. Aguilera, algunas palabras de D. Calixto Ballesteros, opiniones del Sr. Romero Robledo y versos de D. José Gil de Arana).....	175
		PERIÓDICOS DE CÓRDOBA	
		<i>La Monarquía</i>	179
		<i>El Comercio</i>	180
		PERIÓDICOS DE LA CORUÑA	
		<i>El Noroeste</i>	180
		<i>La Mañana</i>	180
		<i>La Ducha</i>	181
		PERIÓDICOS DE CUENCA	
		<i>El Correo Católico</i>	182
		<i>El Huécar</i>	183
		<i>El Progreso Conquense</i>	183
		PERIÓDICOS DE GERONA	
		<i>El Correo de Gerona</i>	184
		<i>Diario de Gerona</i>	185
		<i>La Lucha</i> (con un artículo de D. Casimiro Comas y Domenech).....	187
		PERIÓDICOS DE GRANADA	
		<i>La Publicidad</i>	189
		<i>El Popular</i>	191
		<i>El Defensor de Granada</i>	193

	<u>Páginas.</u>
PERIÓDICOS DE GUADALAJARA	
<i>La Crónica</i>	193
<i>Flores y Abejas</i>	194
PERIÓDICOS DE GUIPÚZCOA	
<i>La Unión Vascongada</i>	194
<i>La Voz de Guipúzcoa</i>	195
PERIÓDICOS DE HUELVA	
<i>El Defensor</i>	196
<i>La Provincia de Huelva</i>	197
PERIÓDICOS DE HUESCA	
<i>La Voz de la Provincia</i> (con artículos, párrafos, pensamientos y versos de D. José María Aisa, D. Antonio Albur, D. E. Arizón, D. Antonio Auñón, don Ramon Buena, D. Vicente Carderera, D. Rafael Cistué, D. José María de Claver Pérez, D. Cirilo Hernández de la Hoz, D. José Fernández Bravo, don Higino Lasala, D. José Lanerra, don F. López Guijarro, D. Ramón López Montenegro, D. I. Molera, D. Santos Naya, D. Juan Places y Escario, don Félix Puso Jordán, D. Pascual Queral, D. Julio Romero, D. Antonio Sánchez Pastor y D. Emilio Zavaleta Allurs).....	197
<i>El Diario de Huesca</i>	204
<i>El Cronista</i>	204
PERIÓDICOS DE JAÉN	
<i>El Conservador de Jaén</i>	204
<i>El Liberal de Jaén</i>	206
PERIÓDICOS DE LEÓN	
<i>Heraldo de León</i>	206
<i>La Provincia de León</i>	207
<i>El Campeón</i>	208
<i>El Porvenir de León</i>	209
PERIÓDICOS DE LÉRIDA	
<i>El País</i>	210
PERIÓDICOS DE LOGROÑO	
<i>La Rioja</i>	210
<i>El Demócrata</i>	211
PERIÓDICOS DE LUGO	
<i>El Eco de Galicia</i>	211
<i>El Lucense</i>	213
<i>El Regional de Lugo</i>	214
PERIÓDICOS DE MADRID (1)	
<i>Unión Ibero-Americana</i>	215

(1) No comprendidos en la sección primera.

	<u>Páginas.</u>
PERIÓDICOS DE MÁLAGA	
<i>El Cronista</i> (con un artículo, además de los de la Redacción, de doña Consuelo Fernández de Miranda de Ceballos).....	217
<i>El Diario de Málaga</i> (con artículo, además de los del texto, de D. Victoriano Lomeña García).....	220
<i>Las Noticias</i>	224
<i>La Unión Mercantil</i>	225
<i>El Cronista</i>	225
<i>Heraldo de Andalucía</i>	226
PERIÓDICOS DE MURCIA	
<i>Las Provincias de Levante</i> . (Su número extraordinario contiene una gran variedad de artículos, pensamientos, versos y párrafos de D. José Cánovas y Varona, D. Antonio Cánovas y Vallejo, D. Diego González Conde, el Barón del Solar de Espinosa, D. Alejandro Pidal, D. Rafael de Mazarredo, D. Francisco Martínez, D. José María Barnuevo, D. Juan de Aguilar, don Ramón Gómez, D. Mariano Vergara, D. José Esteve, D. R. Spottorno y Sandoval, D. A. Baquero, D. Antonio Gálvez Arce, el Conde de Roche, D. Narciso Clemencín Vergara, D. Carlos Cano, D. José Santiago Orts, D. Alfonso Chico de Guzmán, D. Vicente Pérez Calleja, D. Juan de la Cierva y Peñafiel, D. Gerardo Vicente Selgas, don José Calvo y García, D. Antonio García Alix, D. Joaquín Chico de Guzmán, D. Luis Peñafiel, D. J. Pavía, D. P. Díaz Casou, D. Ricardo Guirao, D. R. Alcázar, D. Angel Pulido y don Ezequiel Díaz y Sanz).....	227
<i>El Diario de Murcia</i> . (Su número extraordinario del 3 de Septiembre de 1897 contiene artículos, versos y pensamientos de muchos de los citados anteriormente y otros) como puede verse en la.....	235
PERIÓDICOS DE NAVARRA	
<i>Heraldo de Navarra</i>	243
<i>La Tradición Navarra</i>	243
PERIÓDICOS DE ORENSE	
<i>El Eco de Orense</i>	244
<i>La Nueva Epoca</i>	245
PERIÓDICOS DE OVIEDO	
<i>La Opinión de Asturias</i>	246
<i>El Carbayón</i>	248
<i>El Correo de Asturias</i>	249
<i>La Cruz de la Victoria</i>	250
<i>La Unión Republicana</i>	250
PERIÓDICOS DE PALENCIA	
<i>El Día de Palencia</i>	251

	<u>Páginas.</u>		<u>Páginas.</u>
PERIÓDICOS DE PONTEVEDRA		PERIÓDICOS DE VALLADOLID	
<i>La Correspondencia Gallega</i>	252	<i>El Norte de Castilla</i>	277
<i>La Opinión de Pontevedra</i>	255	<i>La Crónica Mercantil de Valladolid</i>	278
<i>El Diario de Pontevedra</i>	255	<i>El Eco de Castilla</i> (con artículo de don Antonio M. Viérgol).....	279
<i>El Noticiero Gallego</i>	255		
PERIÓDICOS DE SALAMANCA		PERIÓDICOS DE VIZCAYA	
<i>El Fomento</i>	256	<i>El Diario de Bilbao</i>	281
<i>El Adelanto</i>	257	<i>El Nervión</i>	281
<i>El Líbaro</i>	257	<i>El Porvenir Vasco</i>	282
		<i>El Noticiero de Bilbao</i>	282
PERIÓDICOS DE SANTANDER		PERIÓDICOS DE ZAMORA	
<i>El Cantábrico</i>	258	<i>Heraldo de Zamora</i>	283
<i>La Atalaya</i>	260	<i>El Correo de Zamora</i>	283
		<i>El Comentarista</i> (con un artículo de don Rafael Fernández Estebanillo).....	284
PERIÓDICOS DE SEGOVIA		PERIÓDICOS DE ZARAGOZA	
<i>El Adelantado</i>	260	<i>El Diario de Zaragoza</i> (con una semblanza de Cánovas, de D. Francisco Cafiamaque).....	285
<i>La Tempestad</i>	261	<i>La Derecha</i>	291
<i>El Amigo del Pueblo</i>	262	<i>Diario de Avisos</i>	291
		<i>Heraldo de Aragón</i>	291
PERIÓDICOS DE SEVILLA			
<i>El Conservador</i> (con artículos y pensamientos de D. A. R. Rivas, D. Manuel Gómez Imaz, D. Antonio Andrade Navarrete, D. G. Lupiáñez y D. J. Gestoso).....	262	SECCIÓN CUARTA	
<i>El Baluarte</i>	266	Periódicos de las islas de Cuba, Puerto Rico y Filipinas.	
<i>La Unión Mercantil</i>	266	ISLA DE CUBA	
<i>El Noticiero Sevillano</i>	266	PERIÓDICOS DE LA HABANA	
<i>El Porvenir</i>	267	<i>La Lucha</i>	293
<i>La Región</i>	267	<i>La Unión Constitucional</i>	297
<i>El Progreso</i>	267	<i>Diario de la Marina</i>	300
<i>El Orden</i>	267	<i>El País</i>	306
<i>El Español</i>	268	<i>El Comercio</i>	306
<i>La Opinión</i>	268	<i>El Avisador Comercial</i>	307
<i>La Revista de los Tribunales</i>	268	<i>Diario del Ejército</i>	308
<i>La Unión Nacional</i>	269	<i>El Diario de la Familia</i>	309
<i>La Andalucía Moderna</i>	269	<i>El Centinela</i>	310
<i>La Monarquía</i>	269		
PERIÓDICOS DE SORIA		ISLA DE PUERTO RICO	
<i>El Noticiero de Soria</i>	270	PERIÓDICOS DE LA CAPITAL (SAN JUAN DE PUERTO RICO)	
		<i>La Correspondencia de Puerto Rico</i>	312
PERIÓDICOS DE TARRAGONA		<i>El Diario Mercantil</i>	313
<i>Diario de Tarragona</i>	271		
<i>Diario del Comercio</i>	271	PERIÓDICOS DE PONCE	
<i>La Opinión</i>	272	<i>La Democracia</i>	314
PERIÓDICOS DE TERUEL			
<i>El Eco de Teruel</i>	273	ISLAS FILIPINAS	
		PERIÓDICOS DE MANILA	
PERIÓDICOS DE TOLEDO		<i>El Diario de Manila</i> (con un artículo, iniciales F. de la F.).....	316
<i>El Día de Toledo</i>	273	<i>La Oceanía Española</i>	318
<i>Heraldo Toledano</i>	273		
PERIÓDICOS DE VALENCIA			
<i>Las Provincias</i>	274		
<i>El Mercantil Valenciano</i>	276		

	<u>Páginas</u>
<i>El Comercio</i>	319
<i>El Español</i>	319
<i>El Porvenir de Visayas</i>	320

SEGUNDA PARTE

Prensa Extranjera

SECCIÓN PRIMERA

Alemania y Austria Hungría.

ALEMANIA

<i>La Gazette de l'Allemagne du Nord</i>	321
<i>Le Vorwärts</i>	321
<i>La Germania</i>	322
<i>Kölnische Zeitung</i>	322
<i>La Norddeutsche Allgemeine Zeitung, La National Zeitung, La Allgemeine Zeitung, de Munich, La Amburger Nachrichten</i>	324

AUSTRIA HUNGRÍA

<i>La Nueva Prensa</i>	324
------------------------------	-----

FRANCIA

PERIÓDICOS POLÍTICOS DE PARÍS

<i>Journal des Débats Politiques et Littéraires</i>	324
<i>Le Moniteur Universel</i>	326
<i>Le National</i>	327
<i>La Libre Parole</i>	327
<i>Le Siècle</i>	329
<i>Le Soir</i>	329
<i>L'Echo de Paris</i>	330
<i>L'Eclair</i>	330
<i>Le Matin</i>	331
<i>L'Événement</i>	332
<i>L'Autorité</i>	333
<i>Le Radical</i>	333
<i>La Lanterne</i>	333
<i>Le Petit Journal</i>	334
<i>Le Petit Parisien</i>	334
<i>La Presse</i>	334
<i>Gil Blas</i>	334
<i>Le Journal</i>	335
<i>La Gazette de France</i>	336
<i>La Patrie</i>	337
<i>Le Courrier de Soir</i>	337
<i>La Croix</i>	338
<i>Le Rappel</i>	338
<i>Le Gaulois</i>	338
<i>Le Soleil</i>	339
<i>Le Figaro</i>	341
<i>La Liberté</i>	341
<i>Paris</i>	342
<i>Le Temps</i>	342
<i>La République Française</i>	343
<i>Voltaire</i>	344
<i>L'Univers</i>	344
<i>La Petit République</i>	344
<i>L'Intransigeant</i>	344
<i>Le Jour</i>	344

	<u>Páginas</u>
<i>Cocarde</i>	345
<i>New York Herald</i> (edición París).....	345

LIBROS Y REVISTAS HISTÓRICAS, CIENTÍFICAS Y LITERARIAS DE PARÍS

El libro de M. V. Creux, <i>Étude Biographique et Historique sur M. Cánovas</i> (1).	346
<i>La Revue de Deux Mondes</i> (con un artículo de M. Benoist).....	347
<i>Nouvelle Revue Internationale</i> (con un artículo de Mad. Letizia de Rute).....	353
<i>Revue Historique</i>	356
<i>Revue Britannique</i>	356
<i>Revue d'Histoire Diplomatique</i>	356
<i>Revue Politique et Parlementaire</i> (inserta un artículo del Sr. Sánchez Guerra).	357
<i>Questions Diplomatiques et Coloniales</i> (con un artículo del Diputado M. Delmas Mousant).....	358
<i>Le Memorial Diplomatique</i> (con un artículo iniciales L. N. B.).....	359
<i>Les Annales Politiques et Littéraires</i>	360
<i>L'Univers Illustré</i>	360
<i>L'Illustration</i>	360
<i>Le Monde Illustré</i>	361
<i>L'Economiste Européen</i>	361
<i>Documents et Renseignements sur les questions actuelles</i>	361
<i>Le Petit Parisien</i>	361
<i>Le Petit Journal</i>	361
<i>L'Illustré Soleil du Dimanche</i>	361
<i>Le Pelerin</i>	361

GRAN BRETAÑA

PERIÓDICOS POLÍTICOS DE LONDRES

<i>The Times</i>	362
<i>The Daily Graphic</i>	363
<i>The Daily News</i>	364
<i>The Daily Chronicle</i>	364
<i>The Daily Telegraph</i>	364
<i>The Standard</i>	364
<i>The Newcastle Daily Chronicle</i>	364

PERIÓDICOS ILUSTRADOS

<i>The Graphic</i>	365
<i>The Illustrated London News</i>	365

ITALIA

PERIÓDICOS DE ROMA

<i>Il Popolo Romano</i>	365
<i>Don Chisciote</i>	365
<i>La Opinione y La Fanfulla</i>	366
<i>La Italia</i>	366
<i>Le Messagero</i>	366
<i>L'Observatore y La Voce della Verità</i>	366
<i>La Tribuna</i>	366
<i>La Vera Roma</i>	366

PERIÓDICOS DE MILÁN

<i>Courriere della Sera</i>	367
-----------------------------------	-----

(1) En la Introducción se habla de otro de M. Benoist.

	<u>Páginas.</u>		<u>Páginas.</u>
PERIÓDICOS DE GÉNOVA		PERIÓDICOS DE BOSTON	
<i>Caffaro</i>	368	<i>Boston Globe</i> (con opiniones de Joseph Monson).....	393
PORTUGAL		PERIÓDICOS DE NUEVA ORLEANS	
PERIÓDICOS DE LISBOA		<i>New Orleans Democrat</i>	393
<i>Diario de Noticias</i>	369	PERIÓDICOS DE ATLANTA	
<i>Rusia</i>	371	<i>The Constitution</i> (con conceptos ú opiniones de Juan Plá y Casimiro Pérez)...	394
SECCIÓN SEGUNDA		CHILE	
ARGENTINA (REPÚBLICA)		PERIÓDICOS DE SANTIAGO	
PERIÓDICOS DE BUENOS AIRES		<i>El Ferrocarril</i> (con un artículo, entre otros de su Redacción, de D. Teodoro Baró).....	395
<i>El Correo Español</i> (con un artículo de Ruben Darío).....	374	<i>El Porvenir</i>	400
<i>La Prensa</i> (con artículo, entre otros, de D. Gaspar Núñez de Arce).....	377	<i>El Chileno</i>	400
<i>El Diario</i>	380	PERIÓDICOS DE VALPARAÍSO	
PERIÓDICOS DE CÓRDOBA		<i>La España</i> (entre otros notables artículos, publicó uno de D. Victoriano de Castro).....	401
<i>Los Principios</i> (con artículos, pensamientos alusivos á Cánovas y versos de D. M. Díaz Pizarro, D. Eufasio S. Loza, D. J. R. Viñas, D. L. Morcillo, D. Manuel F. del Río, D. Rogelio Martínez, D. Manuel Pérez Muñiz, D. M. González, D. F. Rodríguez del Busto, D. Temistocles Castellano; don Nestor P. Pizarro, D. B. Olero Capdevila, D. Enrique López Baltodano y D. Lucio Hilla).....	381	<i>La Unión</i> (á su vez dió á luz, entre otros artículos, unos datos biográficos de D. Antonio Cánovas del Castillo).....	404
ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA		<i>El Mercurio</i>	409
PERIÓDICOS DE NEW YORK		TERCERA PARTE	
<i>The New York</i>	386	Recuerdos y juicios críticos acerca de Cánovas.	
<i>The New York World</i> (con unos comentarios de Sherman).....	386	SECCIÓN PRIMERA	
<i>The World</i>	387	VELADAS LITERARIAS, POLÍTICAS Y ACADÉMICAS.	
<i>New York Advertiser</i>	387	PREMIO CÁNOVAS	
<i>New York World</i>	387	I	
<i>New York Journal</i>	388	Velada en el Ateneo de Madrid.....	410
<i>New York Sun</i> (con un juicio de Olney).....	388	Discurso de D. Gumersindo Azcárate... ..	412
PERIÓDICOS DE WASHINGTON		Idem de D. Alejandro Pidal.....	418
<i>Washington Post</i> (con unas palabras del Mayor Antonio Serrano, de la Junta cubana).....	389	Idem de D. Segismundo Moret.....	426
<i>The Evening Star</i>	390	Artículo de <i>El Liberal</i> sobre la velada..	427
PERIÓDICOS DE PILADELPHIE		II	
<i>Philadelphie Press</i>	390	Discurso de D. Alejandro Pidal en el Círculo liberal conservador.....	428
<i>Philadelphie Record</i>	391	III	
PERIÓDICOS DE CHICAGO		Discurso leído en la Real Academia Española por D. Daniel Cortázar.....	433
<i>Chicago Journal</i>	392	IV	
<i>Chicago Chronicle</i>	392	<i>Premio Cánovas</i> , ofrecido por la Real Academia de Jurisprudencia y otor	
<i>Chicago Times Herald</i>	392		

	<u>Páginas.</u>
gado á la obra de D. Alfonso Pons y Humbert, así como el accésit á la de D. Antonio de Lara y Pedrajas.....	435
El libro del Sr. Pons y Humbert.....	436
Idem del Sr. Lara y Pedrajas.....	440

SECCIÓN SEGUNDA

ARTÍCULOS Y JUICIOS CRÍTICOS

Recuerdos de Cánovas (1850 á 1897).— <i>El Parnasillo</i> (semblanzas é impresiones), por D. Gaspar Núñez de Arce...	443
<i>La muerte de Cánovas</i> , opiniones y juicios acerca del mismo, por D. Juan Valera.....	450
<i>Cánovas del Castillo</i> , juzgado por don Francisco Silvela.....	455
<i>Cánovas del Castillo</i> (recuerdos íntimos), por el Marqués de Lema.....	460
<i>Cánovas y la prensa</i> , por D. J. Mañé y Flaquer.....	466
<i>Cánovas historiador</i> , por D. Rodolfo Rodríguez de Armas.—Estudio del reinado de Felipe IV.—Revolución de Portugal.....	468
<i>La Nación</i> , por D. Manuel de Ortiz de Pinedo.....	470
<i>Cánovas del Castillo</i> , por D. J. P. de G. (D. Juan Pérez de Guzmán).....	472
Idem en los salones, por ídem.....	475
<i>El corazón y la cabeza en la revolución española</i> , por D. Manuel Troyano.....	478
<i>La herencia de Cánovas</i> , por C. T. C.....	480
<i>Cánovas</i> , por el Conde de Esteban Collantes.....	481
<i>Castelar velando á Cánovas</i> , por D. Luis Morote.....	482
<i>Carta de D. Francisco Cortejarena al Marqués de Valdeiglesias</i>	484
<i>La Huerta</i> , por D. José Gutiérrez Abascal (<i>Kasabal</i>).....	486
<i>París-Madrid</i> , por Brantôme.....	487
<i>Cánovas y Vizcaya</i> , por D. Fabián Ortiz de Pinedo.....	489
<i>Dos semblanzas de Cánovas</i> , por D. Isidoro Bugallal y Araujo.....	490
<i>Los primeros tiempos de Cánovas</i> , por don Joaquín Rivera del Pino.....	498
<i>Un pensamiento patriótico</i> , por D. Arturo Baldazano y Topete.....	495
<i>Notas de un médico</i> , por el Sr. Llorente..	496

SECCIÓN TERCERA

HOMENAJES Á CÁNOVAS EN LAS CÁMARAS

PORTUGUESAS

<i>Cámara de los Pares</i> .—Sesión del 9 de Agosto de 1897.....	498
<i>Cámara de los Diputados</i>	504

SECCIÓN CUARTA

CÁNOVAS JUZGADO POR LOS ARGENTINOS Y CHILENOS

<i>Juicio de los argentinos</i> (con pensamientos y párrafos dedicados á Cánovas, por el Presidente de la República, altos dignatarios, Generales, Prelados, Diputados, Gobernadores, periodistas y escritores notables).....	505
<i>Idem de los chilenos</i> (con pensamientos y artículos igualmente de notables escritores que se citan, y entre ellos los Sres. Carlos Marín Vicuña, Altamirano y Montt).....	512
<i>Idem de mejicanos y del Uruguay</i> (discurso del Sr. D. Justo Sierra y artículo del Sr. Bulnes).....	520

CUARTA PARTE

Manifestaciones de pésame y honores fúnebres.

SECCIÓN PRIMERA

PÉSAMES DE PERSONAS REALES

<i>Carta de S. M. la Reina Regente</i>	521
<i>Telegramas de personas Reales dirigidos á la señora viuda de Cánovas</i>	524
<i>La Santa Sede</i>	527
<i>Telegramas de pésame publicados por el Gobierno en la «Gaceta»</i>	527
<i>Pésame del Ayuntamiento de Madrid</i> ...	530
<i>Telegramas y pésames dirigidos á la señora viuda de Cánovas por Ministros, autoridades, corporaciones y extranjeros</i>	531
<i>Pésames al hermano del Sr. Cánovas</i>	533
<i>Telegramas al Gobierno, no publicados en la Gaceta</i>	533
<i>Otras manifestaciones de duelo y pésame</i> ...	535
<i>Telegramas particulares relativos á la muerte de Cánovas</i>	538
<i>Manifestaciones de pésame de las Reales Academias de la Historia y de Bellas Artes</i>	539

SECCIÓN SEGUNDA

HONORES FÚNEBRES

I.— <i>Entierro de Cánovas</i>	541
II.— <i>Relación del mismo</i> , por <i>El Imparcial</i>	545
III.— <i>Las coronas</i>	555
IV.— <i>El Panteón</i>	558

SECCIÓN TERCERA

FUNERALES, MISAS, ORACIONES Y PANEGÍRICOS

Primero.— <i>Funerales</i>	561
España.....	561
Extranjero.....	561
Segundo.— <i>Panegíricos y oraciones fúnebres</i>	564

	<u>Páginas.</u>
I.—Del señor Obispo de Si6n, D. Jaime Cardona, en los funerales celebrados en la Iglesia de San Francisco el Grande, de Madrid.....	564
II.—Del señor Arzobispo de Granada, D. Jos6 Moreno Maz6n, en los que tuvieron lugar en aquella Iglesia catedral.....	565
III.—Del Can6nigo magistral de M6laga, D. Valent6n Mar6n Rus, en dicha catedral.....	565
IV.—Del Magistral de la de Valencia, en Castell6n, D. Juan Garrido.....	567
V.—Del se6or Obispo de San Luis de Potos6, D. Ignacio Montes de Oca, en su catedral.....	569
VI.—Del Sr. D. Ram6n Angel Jara, Gobernador eclesi6stico de Valparaiso, en la Iglesia matriz de dicha capital, con una Carta-pr6logo de D. Mat6s Alonso Criado.....	576

QUINTA PARTE

Homenajes permanentes.

SECCI6N PRIMERA

INSCRIPCI6N DEL NOMBRE DE C6NOVAS DEL CASTILLO EN UNA L6PIDA DEL CONGRESO

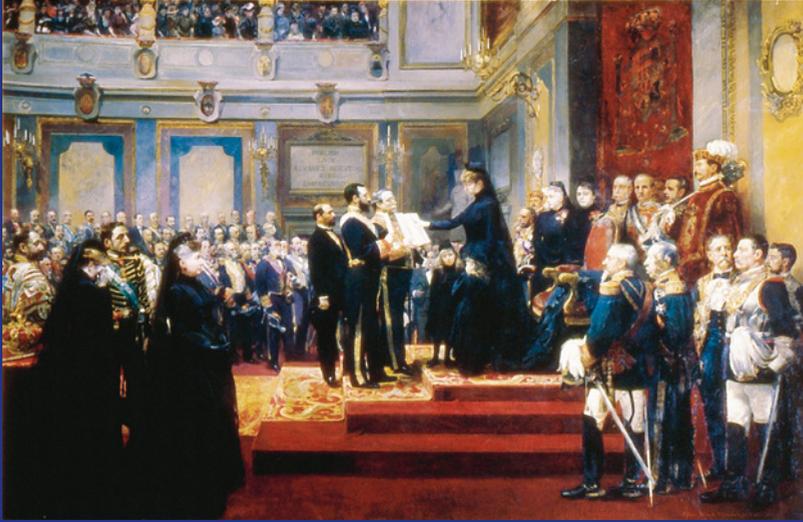
Discusi6n de la proposici6n presentada con tal objeto (discurso de los Sres. Linares

	<u>P6ginas.</u>
Rivas, Marqu6s de Mochales, Silvela, Presidente 6 la saz6n del Consejo de Ministros, Romero Robledo, Poveda, Pi y Margall, de nuevo de los Sres. Silvela y Romero Robledo, del Sr. Aguilera y del Sr. Garc6a Alix, Vicepresidente de la C6mara).....	581
<i>Articulo de D. Salvador Canals</i>	586
<i>Idem de El Nacional</i>	590

SECCI6N SEGUNDA

LA ESTATUA DE C6NOVAS

<i>Breve introducci6n y nota, insertando un articulo de La Correspondencia de Espa6a</i>	592
<i>Memoria relativa 6 la estatua</i>	592
<i>Articulos de El Nacional y La Epoca</i>	593
<i>Inauguraci6n de la estatua</i> (con los discursos de los se6ores Conde de Tejada de Valdosera, Presidente del Senado, Romero Robledo y Presidente del Consejo de Ministros).....	596
<i>El Imparcial</i> (articulo de do6a Emilia Pardo Baz6n).....	598
<i>La Epoca</i> (articulo titulado <i>M6s puede hacerse</i>).....	600
<i>Blanco y Negro</i>	601
<i>Atentado contra la estatua de C6novas en la Exposici6n de Paris</i>	602



En 1901, Emilio Cánovas del Castillo publicó una obra conmemorativa sobre la figura de don Antonio Cánovas. En ella, realiza un impresionante despliegue de material diverso: recuerdos de los primeros años del estadista, de sus primeros pasos en la vida política, de sus inquietudes intelectuales y de las últimas conversaciones mantenidas por ambos, especialmente sobre la cuestión cubana.

A ello se unen resúmenes del impacto que el magnicidio tuvo en los diarios y revistas de Madrid en 1897 y en los tres primeros aniversarios; en los principales diarios de provincias de España, de toda Europa, así como de la América Española. Ello incluía a los medios no separatistas de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, así como a la prensa norteamericana, en general respetuosa con el difunto, pero más preocupada por recoger las manifestaciones de satisfacción de los insurrectos cubanos, al creer Estados Unidos que la muerte de Cánovas aceleraría la independencia de la isla. La obra se cierra con los recuerdos sobre Cánovas de personalidades especialmente próximas a su figura, telegramas de pésame de estadistas y miembros de la realeza, honras fúnebres y descripción de la inauguración de su estatua en el Senado.

Con esta edición facsímil se pretende por la AEBOE recordar los 125 años del asesinato de la principal figura política del último tercio del siglo XIX español.